

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**



**TESIS DOCTORAL**

**Poder e influencia política de una reina de España  
durante la Guerra de Sucesión: María Luisa Gabriela  
de Saboya, primera esposa de Felipe V**

**Pouvoir et influence politique d'une reine d'Espagne  
lors de la Guerre de Succession: Marie-Louise  
Gabrielle de Savoie, première épouse de Philippe V**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**José Antonio López Anguita**

Directora

Carmen Sanz Ayán

**Madrid, 2016**



**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE  
MADRID**

***Poder e influencia política de una reina de España durante la  
Guerra de Sucesión: María Luisa Gabriela de Saboya,  
primera esposa de Felipe V.***

***Pouvoir et influence politique d'une reine d'Espagne lors de  
la Guerre de Succession: Marie-Louise-Gabrielle de Savoie,  
première épouse de Philippe V.***

Autor: **JOSÉ ANTONIO LÓPEZ ANGUITA**  
Director: **CARMEN SANZ AYÁN**

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**

*A mis padres, con todo mi cariño  
A Chiqui, sin tu ayuda todo esto no habría sido posible*

“El respeto que la difunta reina [María Luisa de Saboya] había demostrado hacia la nación española, el reconocimiento debido a su singular entereza en medio de los más desesperados reveses y los servicios que por dos veces habían puesto la corona sobre la cabeza de Felipe V, se habían extendido casi hasta el fallecimiento de esta reina, la cual había sabido ganarse en todo momento a los españoles gracias a la naturalidad y encanto de su carácter, que había hecho por así decirlo que la adorasen (...).”<sup>1</sup>

“Es de advertir que aquella dama (...) era mujer de muy elevado espíritu; y no porque fuera literata en la forma y modo de Pepita Sanahuja, sino porque tenía pretensiones de desempeñar en el mundo un papel importante, influyendo en los negocios de Estado con su intriga y sus consejos. El ideal de la señora doña Antonia de Gibrleón era la princesa de los Ursinos. En vida de su esposo, que había sido consejero de Castilla, trataba a los personajes más eminentes de la corte de Carlos III y Carlos IV, y en su casa hallaba la gente grave de entonces un punto de reunión donde dar rienda suelta a la chismografía política. Ella había fortalecido con el frecuente trato de tales eminencias su aptitud para *el gobierno de estos reinos*, como solía decir (...). Cuando la política estaba en los camarines y en las alcobas, el papel de estas matronas era de gran importancia en la vida pública; hoy las riendas del Estado han pasado a mejores manos, y las Maintenon y las Trémoville [sic] viven condenadas a presidir desde el rincón de una sala de baile, bostezando de fastidio, las piruetas de sus hijas y los atrevimientos de sus futuros yernos (...).”<sup>2</sup>

“(...) Currita, con el airecillo de la princesa de los Ursinos, propio de las mujeres cuando juegan en público a las muñecas con los hombres políticos, comenzó a caminar entre ellos hacia la puerta de la Saleta. Allí la esperaba Villamelón, nervioso, azorado, impaciente, mirando sin cesar hacia la entrada de la escalera.”<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> *Saint-Simon en España. Memorias. Junio 1721-abril 1722*. Estudio introductorio de M. A. Pérez Samper. Alicante, 2008, p. 312.

<sup>2</sup> B. PÉREZ GALDOS: *El audaz. Historia de un radical de antaño*. Edición de I. Sánchez Llamas. Madrid, 2003, p. 192. La cursiva en el original.

<sup>3</sup> L. COLOMA: *Pequeñeces*. Edición de E. Miralles. Madrid, 1998, p. 483.

## AGRADECIMIENTOS:

Decía La Bruyère en sus *Caractères* que había pocos excesos en el mundo tan bellos como la gratitud.<sup>4</sup> Siguiendo al famoso literato y moralista francés, en las líneas que seguirán me permitiré caer en el “exceso” que tan elocuentemente define. A lo largo de estos seis años de investigación y redacción de la tesis han sido muchas las personas que me han acompañado durante la que, sin duda, ha sido hasta la fecha la etapa más importante de mi vida. Algunas de ellas han sido presencias constantes a mi alrededor desde la infancia, otras se han cruzado afortunadamente en mi camino en los últimos años, pero a todas, sin excepción, quisiera expresarles mi más sincera gratitud por el afecto, amistad y ayuda que me han brindado en este tiempo.

En primer lugar me gustaría mencionar a la directora de esta tesis, la Dra. Carmen Sanz Ayán, sin cuyo aval este trabajo, fruto de la concesión de una beca FPU, no habría sido posible. Como maestra, Carmen Sanz ha sido, es y será una referencia indiscutible en mi actividad profesional. Su magisterio ha enriquecido notablemente este trabajo, cuyos posibles errores son solo achacables a mí. Como persona, Carmen Sanz me ha dado una lección de tolerancia y optimismo, me ha enseñado “a sumar” y me ha ayudado a superarme a mí mismo. Nunca podré agradecerle lo suficiente su apoyo incondicional y, sobre todo, su paciencia en los momentos en los que esta tesis no parecía tener fin. Gracias por guiarme, sin perder nunca el buen humor, en este largo camino.

Al Departamento de Historia Moderna de la Universidad Complutense de Madrid, donde tuve la suerte de ser becario predoctoral a lo largo de cuatro años, querría agradecerle lo mucho que aprendí allí durante ese tiempo. A la anterior dirección, formada por María Victoria López-Cordón y Teresa Nava Rodríguez, gracias por la buena acogida que me brindaron. A la actual, encabezada por Rosa Capel como directora y Dolores Herrero como secretaria académica, más gracias aún por el interés con el que han seguido la evolución de esta tesis, así como por las facilidades que me dieron para compaginar la investigación con mis actividades como becario. Nunca dejaré de estar en deuda con Dolores Herrero por la confianza que siempre ha depositado en mí como docente. A los profesores del citado departamento querría agradecerles la educación y la profesionalidad con la que me han tratado, en especial a Fernando Bouza, José Cepeda, Bernardo García, Manolo Martín Galán, Federico Palomo y Santiago Martínez. A mis compañeros becarios, muchas gracias también por las experiencias compartidas en el Seminario de la 9ª planta. De todos ellos no puedo dejar de mencionar, en primer lugar, a Elisa García Prieto, más

---

<sup>4</sup> «Il n'y a guère au monde un plus bel excès que celui de la reconnaissance». LA BRUYÈRE: *Les Caractères*. Introduction et notes d'Emmanuel Bury. París, 1995, p. 223.

amiga que compañera, de la que he tenido la suerte de no separarme desde que nos cruzamos por primera vez en tercero de carrera. Gracias por tu amistad, por compartir conmigo viajes dentro y fuera de España, por acompañarme en las largas sesiones de archivo y, sobre todo, por tu generoso apoyo. Tú, como Carmen, nunca lo dudaste. A Alejandra Franganillo, a quien tanto extrañaré pero de la que sé que le irá genial en Roma, gracias por llamarme una mañana de abril de 2013 y darme el mejor consejo que en aquel momento podía recibir. Tu marcha solo será un punto y seguido en nuestra amistad. No te olvides de nosotros. Tú me entiendes. Por último, a Enrique Corredera, con quien compartí piso y beca, gracias también. Nunca olvidaré nuestras largas conversaciones después de la cena, los momentos compartidos en casa y nuestras primeras “batallas” tras la independencia.

A lo largo de estos años he tenido también la fortuna de pertenecer a los proyectos coordinados “GECOFIN8015” y “HERMESP”, cuyas reuniones periódicas y financiación han contribuido no poco a esta tesis. A los IP de los subproyectos que formaban parte de ambos, Bernardo García, Alicia Esteban e Ignacio Pulido, querría darles las gracias por la cercanía que me han mostrado en todo este tiempo. A Antonio Terrasa, compañero en los dos proyectos, tengo también mucho que agradecerle. Ejemplo de honestidad e integridad profesional, amigo para lo bueno y lo malo, te incorporaste tarde a mi vida pero ya no te escaparás de ella. No puedo prescindir de tu alegría y estímulo intelectual. Gracias igualmente a Alejandro García Montón, con quien compartí muy buenos momentos en la mesa 5, en casa con Enrique y, después, en los congresos y seminarios en los que hemos coincidido.

Quedo en deuda con el profesor Jean-Pierre Étienvre, quien avaló ante el Ministerio de Ciencia e Innovación mi traslado temporal a la Université de Paris-Sorbonne, Paris IV, al igual que con Isabelle Poutrin, Jean-François Dubost, Marie-Karine Schaub y Fanny Cosandey, que aceptaron recibirme y responder generosamente a cuantas preguntas les planteé. A los profesores del Séminaire International de Versailles, gracias por los buenos consejos que me ofrecieron, en particular a Chantall Grell, quien me advirtió de las dificultades del género biográfico. A Anne J. Cruz debo agradecerle la confianza que ha depositado en mí como investigador, así como que me invitara a reflexionar sobre otras facetas de la vida de María Luisa de Saboya. Y a Elena Riva, el interés que ha mostrado en esta tesis desde que en 2012 nos conocimos en un Congreso celebrado en la Universidad Autónoma.

A los miembros de mi particular “familia francesa” (no solo Felipe V tuvo una): Nelly Labère, Gwladys Bernard, Roland e Isadora Béhar, Coline Ruiz-Darasse, Morgan

Lucas y Guillaume y Cécile Hanotin, gracias por la hospitalidad, afecto y generosidad con la que me tratasteis en París, además de por la paciencia con la que me guiasteis por las calles, archivos y bibliotecas parisinos (en especial Guillaume y Gwladys). A Nieves, Laura, Ruth, Nina, Alba, Zígor, Gerardo y Mireia: siempre guardaré en mi memoria las experiencias compartidas en el Colegio de España.

Al personal de los archivos y bibliotecas que he visitado en España, Francia, Italia y Gran Bretaña, debo agradecerle la amabilidad con la que respondieron a mis preguntas sobre las fuentes que custodiaban, además de la eficacia con la que cumplieron con su trabajo, facilitando con ello el mío.

Muchas gracias también a mis amigos, que no pocas veces me han obligado a “abandonar” a María Luisa de Saboya para regresar a ella con más fuerza, por todo el afecto y apoyo que me han brindado en este tiempo. Chiqui y Álvaro saben cuánto les debe esta tesis en todos los sentidos. También Viví y Leticia, Nacho y Susana, Juan y Elena, Carol y Celina. Hay una parte de vosotros en este trabajo.

A mi “familia de adopción”, la familia García-Oliva García-Bueno (en todas sus variantes y ramas), nunca sabré cómo agradecerle los buenos momentos que me ha proporcionado durante los meses de redacción. Los días de Villa Marpe, El Escorial, la Paloma, Guardamar... pertenecen ya a “mi historia” y siempre los recordaré con cariño y gratitud. En especial, gracias a mi “hermana” Cristina por enseñarme a valorar de dónde venía, por sostenerme cuando no tenía fuerzas y por sacarme una sonrisa cuando a veces no me apetecía. Me alegra tanto saber que siempre estarás a mi lado... Y a Paloma y Antonio, Antonia y Julito, Palo y Dani, Pablo y Arán, Raquel y Sergio, Marisa y Pedro, Leticia y Alejandro, Maribel y Vicente, Bárbara y Débora, Julio, Sagrario y Domin... por tantas y tantas risas que hemos compartido y nos quedan aún por compartir.

Por último, pero con todo mi amor, a mi familia. A mi hermano y a mi hermana, a mis cuñados, a mi sobrino Nico, a Eric y a Lolo, a mis tíos y tías, primos y primas... Muchas gracias por perdonar mis ausencias, por aliviar mis tensiones y por tratar de hacerme feliz incluso cuando no os lo he puesto nada fácil. Y, cómo no, a mis padres, José Luis y Toñi. Gracias por educarme, por darme una infancia feliz y por respetar todas y cada una de las decisiones que he tomado en mi vida. Puede que ninguno de los tres seamos perfectos, pero desde luego me habéis enseñado a ser una buena persona. Esta tesis está dedicada especialmente a vosotros.

## ÍNDICE

Resumen/Summary/Résumé	11
Abreviaturas:	17
<b>INTRODUCCIÓN</b>	
<i>Problemáticas y perspectivas de análisis</i>	19
<i>Objetivos</i>	29
<i>Estructura</i>	36
<i>Fuentes</i>	44
<i>Estado de la cuestión.</i>	59
<b>I PARTE. CONTEXTO.</b>	
<b>“Prodigios del nuevo siglo”: el advenimiento de los Borbones al trono español:</b>	68
<i>Dinastía, guerra y diplomacia: el eje Versalles-Madrid.</i>	72
<i>El entorno francoespañol de Felipe V: las “familias” francesa y española del monarca en los inicios del reinado.</i>	80
<i>Continuidad y renovación: el reformismo borbónico en los primeros años del siglo XVIII.</i>	90
La intervención de Francia en la política española: Despacho, Consejos y Secretarías.	93
<i>Una creciente francofobia: la inestabilidad interna de la corte española.</i>	99
<b>La reina consorte en las Monarquías europeas del Antiguo Régimen:</b>	111
<i>Matrimonio y dinastía.</i>	114
<i>Funciones y deberes de la reina consorte.</i>	121
Maternidad y sucesión.	121
El peso del arquetipo: ejemplaridad, ceremonia y representación.	125
La reina y la diplomacia	130
<i>Poder formal e informal de la reina consorte.</i>	134
<b>II PARTE. LOS REYES (1683-1700).</b>	
<b>Una princesa de Saboya en la corte de Turín:</b>	139
<i>Linaje y dinastía: la Casa de Saboya a mediados del siglo XVII.</i>	142
<i>Política y diplomacia: el estado saboyano.</i>	146
<i>Familia, educación y formación cortesana de una princesa de Saboya en la corte de Turín.</i>	151
Relaciones y vínculos familiares: María Luisa en la familia ducal saboyana.	151
Educación.	158
Espacios, contactos y formas de socialización.	163
Formación cortesana y proyección pública de la princesa María Luisa en la corte de Turín.	167
<i>Primeras opciones matrimoniales: Baviera y Austria.</i>	171
<b>Telémaco francoespañol: Felipe V, el primer Borbón:</b>	178
<i>Un Enfant de France en la corte de Versalles: la educación de Felipe de Anjou.</i>	182
La Casa del duque de Anjou: servidumbre y equipo pedagógico.	183
Mente, cuerpo y espíritu: instrucción intelectual, física y moral del duque de	



Anjou.	185
Logros y limitaciones de una <i>éducation de cadet</i> ?	192
Alternativas matrimoniales: consideraciones iniciales en torno a la consorte de un rey Borbón.	205
Conciliación y continuidad: el frustrado matrimonio de Felipe V y la archiduquesa de Austria.	211

### III PARTE. MATRIMONIO: NEGOCIACIÓN DIPLOMÁTICA, RITOS Y CEREMONIAS (noviembre de 1700-noviembre de 1701).

<b>Imponer una alianza, negociar un matrimonio: las nupcias de Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya.</b>	220
<i>Primeras conversaciones entre las cortes de Versalles y Turín.</i>	224
<i>La amenaza como estrategia de negociación.</i>	231
<i>Entre la corte y el campo de batalla: el gobierno español se posiciona.</i>	235
<b>Aspectos formales y ceremonias de un matrimonio real:</b>	246
<i>La embajada extraordinaria del marqués de Castel-Rodrigo: preliminares e instrucciones.</i>	247
<i>Las capitulaciones matrimoniales de los reyes: negociación, características y contenido.</i>	253
<i>Fiesta y ceremonia: la entrada pública del marqués de Castel-Rodrigo y las últimas jornadas de la reina en Turín</i>	260
<b>Primeras estrategias de control: el séquito piemontés de la consorte y su destino:</b>	269
<i>Formación y miembros del séquito piemontés de la reina.</i>	273
<i>¿Conducir a la reina hasta España?: la entrada en escena de la princesa de los Ursinos.</i>	281
<i>La vinculación de la reina con la corte de origen: la expulsión del séquito piemontés.</i>	290
<b>De Turín a Barcelona: el viaje de la reina y su llegada a España:</b>	300
<i>Consideraciones generales e itinerario.</i>	300
<i>Ceremonias y arquitecturas efímeras: el discurso del poder.</i>	306
<i>Solemidades y diversiones.</i>	308
<i>Arquitecturas efímeras, música, literatura y propaganda dinástica.</i>	314
<i>La legacía del cardenal Archinto y el acto de entrega de la reina.</i>	317
<i>Llegada a España: el incidente de Figueras.</i>	326

### IV PARTE. INSTALACIÓN: CONTROL, COERCIÓN Y ADHESIÓN (noviembre de 1701-enero de 1703).

<b>“Gobernar a la reina”: consecuencias del incidente de Figueras:</b>	335
<i>La colaboración entre la princesa de los Ursinos y el embajador francés: reforzar la autoridad del rey sobre la consorte.</i>	338
<i>Lealtad dinástica: controlar los vínculos de la reina con la Casa de Saboya.</i>	347
<i>Una reina aleccionada.</i>	353
<i>El inevitable ascendiente de la reina sobre el rey: adhesión frente a coerción.</i>	360
<b>Instalación en Madrid: ¿iniciación política?:</b>	369
<i>Debates alrededor del papel de la reina en ausencia de Felipe V: los peligros de la iniciación política.</i>	373
<i>El intervalo aragonés: un episodio de aprendizaje político.</i>	377
<i>Una reina gobernadora y una camarera mayor que se “erige en política”.</i>	383
<i>Dirección, disimulo y francofilia: la práctica de gobierno durante la primera Gobernación de María Luisa de Saboya.</i>	388
<i>Controlar los contactos de la reina gobernadora: la génesis del entourage de María Luisa de Saboya y la camarera mayor.</i>	397
<i>Continuidad y ruptura: la imagen pública de la reina durante la gobernación.</i>	417

<b>La formación de la Casa de la reina: un proceso singular:</b>	431
<i>Primera etapa en la formación de la Casa: el predominio del cardenal Portocarrero (junio-agosto de 1701).</i>	435
<i>Damas y confesores: la etapa del conde de Marcin (agosto-noviembre de 1701).</i>	444
<i>El predominio de la camarera mayor en la conformación de la Casa: la etapa de la princesa de los Ursinos (noviembre de 1702-febrero de 1703).</i>	464
<b>V PARTE: CRISIS E INESTABILIDAD (enero de 1703-abril de 1704).</b>	
<b>La crisis del Despacho: desarrollo y consecuencias inmediatas:</b>	486
<i>Síntesis de la crisis.</i>	487
<i>Ceremonial, tradición y acceso al monarca.</i>	491
<i>La fractura del entourage francés en Madrid.</i>	497
<i>Consecuencias inmediatas de la crisis: la camarera mayor frente al embajador francés</i>	511
<b>Intervención y oposición: la reina ante la crisis del Despacho:</b>	535
<i>Antecedentes. Intervención versus coerción (mayo de 1702-enero de 1703).</i>	536
<i>Intervención: la reina ante la crisis del Despacho (enero-febrero de 1703).</i>	547
<i>Lealtad y oposición:</i>	552
<i>La rivalidad de la reina y los D'Estrées.</i>	552
<i>Los vínculos de la reina con la princesa de los Ursinos.</i>	557
<i>María Luisa de Saboya ante Versalles: ¿una imagen distorsionada?</i>	564
<i>La reacción de Versalles a la crisis: continuidad, firmeza y contemporización.</i>	572
<i>Un proyecto de reconciliación.</i>	583
<b>“Una vieja y una muchacha”: iniciativa política:</b>	595
<i>Estrategias de deslegitimación, información y descrédito.</i>	598
<i>Un grupo de “sátrapas”: la reina y la red clientelar de la princesa de los Ursinos.</i>	607
<i>Dinámicas de poder, cambio y reforma.</i>	627
<i>“La injusticia [que] debía ser castigada”: la primera caída en desgracia de la princesa de los Ursinos.</i>	635
<b>VI PARTE: OPOSICIÓN Y CONTEMPORIZACIÓN (abril de 1704-abril de 1705).</b>	
<b>La reina y la Casa de Saboya: relaciones familiares, mediación y lealtad dinástica en el contexto de una frágil alianza:</b>	647
<i>Pertenencia dinástica, afectos y emociones.</i>	650
<i>Corte y diplomacia: ámbitos, límites y estrategias de mediación y patronazgo.</i>	664
<i>La quiebra de la alianza borbónico-saboyana: la mediación consentida.</i>	681
<b>María Luisa sin Ursinos: primeros conatos de independencia respecto a Versalles:</b>	697
<i>La misión del marqués de Chateauneuf en Madrid.</i>	701
<i>Una nueva camarera mayor.</i>	705
<i>¿Un nuevo círculo para la reina?</i>	715
<i>Poder informal y estrategias de negociación político-cortesana.</i>	722
<i>Correspondencia: recabar apoyos y solicitar favores.</i>	724
<i>El ascendiente de la reina sobre Felipe V: un debate continuado.</i>	736
<b>Mediación e instrumentalización:</b>	744
<i>Retórica de la reticencia, instrumentalización y ejercicio del poder.</i>	745
<i>La pervivencia de la red clientelar de la princesa: el “Despacho secreto” de la reina.</i>	752
<i>La reina y el embajador: alternativas políticas e inestabilidad gubernamental.</i>	760
<i>Hacia el retorno de Ursinos: “el despótico gobierno de la reina”.</i>	778
<b>EPÍLOGO: “Que la reina viva o muera, ha de salir la camarera” (1705-1715).</b>	803
<b>CONCLUSIONES</b>	887
<b>CONCLUSIONS</b>	912

<b>FUENTES DOCUMENTALES</b>	937
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	940
<b>ANEXOS</b>	969
* <i>Capitulaciones matrimoniales de Felipe V y María Luisa de Saboya.</i>	969
1. <i>Mémoire des considérations que l'on doit examiner au sujet de la déclaration de Madame la Princesse pour la future épouse du Roy d'Espagne</i>	975
2. <i>Copia de las cartas Felipe V a la duquesa Ana y a la princesa María Luisa de Saboya con motivo del anuncio de su compromiso.</i>	977
3. <i>Copias de las cartas de Felipe V a María Luisa Gabriela de Saboya durante el trayecto de la reina hasta Barcelona.</i>	977
* <i>La evolución de la imagen de la reina a través de las Instrucciones entregadas a los embajadores franceses en Madrid (1701-1711).</i>	979
* <i>Cartas de la reina de España a los duques de Saboya (1701-1703).</i>	983
* <i>Correspondencia de la reina con Madame de Maintenon (1704-1706).</i>	994
1. <i>Correspondencia de Madame de Maintenon con la reina</i>	1000
* <i>Memoria de la princesa de los Ursinos sobre la corte de Madrid (1705).</i>	1002

## RESUMEN

### INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS:

Desde una perspectiva general esta tesis se plantea como una aproximación a unos años concretos de la biografía de María Luisa de Saboya, primera esposa de Felipe V. Una etapa de la vida de la reina, que abarca el periodo 1701-1705, que estuvo dominada por las circunstancias derivadas de su proceso de adaptación tanto a la corte española como a su papel en calidad de consorte del primer Borbón. A lo largo del Antiguo Régimen las características de las uniones de la realeza europea, celebradas habitualmente entre miembros de diferentes dinastías, entrañaron la frecuente condición de extranjería de la soberana. Instalada en la patria de adopción, la nueva reina no solo había de aclimatarse a un entorno cuyos usos y costumbres solían ser diferentes de los de aquel en el que había crecido y se había educado. También debía iniciarse en el cumplimiento del ceremonial que regía en la corte de adopción y en el ejercicio de las diferentes manifestaciones que determinaban sus funciones como consorte del monarca. A este respecto, el caso de María Luisa de Saboya nos parece de interés en un doble sentido: en primer lugar, por el contexto de cambio dinástico y conflicto sucesorio en el que tuvo lugar su establecimiento en España. En segundo lugar, por la influencia que Francia ejerció sobre el gobierno y la corte españolas durante la Guerra de Sucesión y, de manera muy evidente, hasta 1709.

Esta tesis aspira a desentrañar cómo influyeron este conjunto de factores en el proceso de adaptación de la primera consorte borbónica. A través de sus páginas insistiremos en las motivaciones que subyacieron bajo su elección como esposa de Felipe V; analizaremos el papel que desempeñaron el gabinete de Versalles y los miembros más destacados del *entourage* francés del rey en la adopción de algunas de las medidas de mayor relevancia del proceso de adaptación de la soberana (como la composición de la Casa de la nueva reina, la expulsión de su séquito piamontés o la designación de una camarera mayor de origen galo); y examinaremos cuáles fueron los aspectos que condicionaron las características de la imagen pública de María Luisa inmediatamente después de su establecimiento en la corte de adopción. Asimismo, otro de los objetivos de esta tesis es estudiar cómo evolucionó la influencia política de la reina durante el marco cronológico elegido. Para ello nos

detendremos en: a) el desarrollo de sus vínculos con Felipe V; b) la naturaleza de la relación de la reina con su camarera mayor, la princesa de los Ursinos; c) las causas de la inestabilidad que caracterizó a las relaciones francoespañolas entre 1703 y 1705; y d) las diferentes estrategias desarrolladas por la soberana y la princesa con el fin de consolidar su autoridad no solo en el contexto de inestabilidad referido sino también, a un más amplio espectro, en el eje Versalles-Madrid.

## **CONCLUSIÓN Y RESULTADOS:**

Las conclusiones a las que hemos llegado en este trabajo nos han permitido discernir, en primer lugar, la profunda influencia que Versalles ejerció en un principio en el proceso de adaptación de la reina a través de los diferentes agentes del poder francés instalados en España (los embajadores de Luis XIV en Madrid, el jefe de la “familia francesa” del monarca, la camarera mayor de la soberana, también de origen galo, etc.). En segundo lugar, cómo tal proceso representó ciertos cambios con respecto a la tradición habsbúrgica anterior que simbolizan la doble condición de María Luisa de Saboya como reina de España y esposa de un Nieto de Francia. En tercer lugar, cómo el contexto que la Monarquía Hispánica afrontaba a la sazón, añadido a las particularidades de la personalidad del primer Borbón, contribuyeron a incrementar la influencia de la reina sobre la escena político-cortesana. Y, por último, cómo el ascendiente que la soberana ejerció sobre Felipe V, pese a los intentos de Versalles por impedir esta situación, contribuyó no solo a afirmar la *potestas* de María Luisa como consorte, sino también a consolidar la proyección de la princesa de los Ursinos (y del grupo de poder afín a esta) en la esfera pública a lo largo del conflicto sucesorio.

## **SUMMARY**

### **INTRODUCTION AND OBJECTIVES:**

This thesis intends to analyze a certain period in the life of Maria Luisa Gabriela of Savoy, Philip V of Spain's first wife. The so said period comprises the years between 1701 and 1705 and it was influenced by the process of adaptation of the new Queen to the Spanish Court and her functions as consort of the King. During the Early Modern Period, royal marriages were celebrated between members of

different regnant dynasties. This circumstance involved, in most of the cases, the foreign condition of the consort who, when she arrived to their new country, must face a double challenge. In the first place, they should learn the uses and customs of their new kingdom. But also, they should learn how to behave themselves within the court etiquette. In order to comprehend better this process we must address to particular cases, and we think that the one concerning Maria Luisa Gabriela of Savoy offers a very interesting point of view. The Savoyard princess became queen of Spain in a significant political moment, characterized, firstly, by a context of dynastic change and succession war. And, secondly, by the strengthening of the French influence over the Spanish court and administration.

The main goal of this dissertation is to unravel how these factors affected the adaptation process of Maria Luisa to her new country and her new role. In order to accomplish this objective we will focus the attention in the following topics. In the first place, we want to look the motivations that converted a Savoyard Princess into the first Bourbon Queen of Spain. Secondly we want to stress the role played by Versailles and Philip's French entourage in the adaption process of Maria Luisa. Their influence explained so many factors that affected Maria Luisa's first steps in the Spanish Court, as it was the composition of the Queen's Household; the dismissal of the princess' Savoyard entourage; or the election of a French woman as First Lady of the Chamber. We also want to analyze the factors and objectives that weighed in the construction of the public image of the new Queen. In the last place, we want to comprehend better the political role played by Maria Luisa Gabriela and how it changed during this process. As this was a mutable process, we want to dwell in the following aspects: a) the development of the relationship between the Royal Couple; b) the nature of the bonds that linked the Queen to her First Lady of the Chamber (the Princess of Ursins); c) the instability that characterized the French-Spanish dynastic and political alliance between 1703 and 1705; d) the strategies developed by the consort and the Princess of Ursins in order to reinforce their authority and influence at the Courts of Madrid and Versailles.

## **CONCLUSION AND RESULTS:**

Maria Luisa's path during this period of her life shows us the ways in which privileged women faced political challenges but also is a window to understand better this significant moment in the Spanish History. In this sense we have achieved a deep perspective of this period and we want to draft the main conclusions of this work. In the first place, we have to stress the major role played by Versailles in the adaptation process of Maria Luisa to her new Kingdom. In order to accomplish their objective the French King and his councilors rely on different allies in Madrid as the French ambassador, the French entourage of Philip V and the First Lady of the Chamber. This affirmation seems to relegate Maria Luisa Gabriela to a secondary role in the political scenario during these years; on the contrary, we have discovered a fundamental character to understand the period. The arrival of the new dynasty implied changes in the conception of the queen's role which marked a certain breakup with what was the Hapsburg's tradition. But we have to tinge this idea and put in its correct context the performing of Maria Luisa as queen consort. The significant political circumstances that affected the Spanish Monarchy, but also the conflictive personality of the King, weighed more in the way in which Maria Luisa performed her role as sovereign. As she gained confidence in her abilities as consort, she increased her political influence over the King and the Court. The prominence of Maria Luisa in the political scene -a fact that was fought by Versailles- cannot be separated from the rising influence of her First Lady of the Chamber; the Princess of Ursins acted as guide and confident and used this influence to reinforce her own entourage in the Spanish Court.

## **RÉSUMÉ:**

### **INTRODUCTION ET OBJETCTIFS:**

Dans une perspective globale cette thèse constitue une approche à certaines années de la biographie de Marie-Louise-Gabrielle de Savoie, première femme de Philippe V, roi d'Espagne. Une phase dans la vie de la reine, qui couvre le période 1701-1705, que fut influencée par les circonstances dérivés de son processus d'adaptation à la cour espagnole et à son rôle en tant qu'épouse du premier Bourbon

d'Espagne. Les caractéristiques des mariages de la royauté européenne pendant l'Ancien Régime, qui ont été lieu généralement entre les membres des différentes dynasties, ont pour conséquence que la reine, très souvent, est d'origine étrangère. Installée dans le pays d'adoption, la nouvelle reine devait à une ambiance dont les coutumes étaient bien différentes de celui dans lequel elle avait grandi et avait été éduquée ; mais également elle devait s'initier dans l'accomplissement du cérémonial de la cour d'adoption et dans l'exercice des différentes manifestations de son statut comme épouse du monarque. À cet égard, le cas de Marie-Louise-Gabrielle de Savoie nous semble intéressant par deux raisons. D'abord, pour le contexte de changement dynastique et de guerre de succession qu'a caractérisé son établissement dans l'Espagne. Mais aussi pour l'influence que la France a exercée sur le gouvernement et la cour espagnole pendant la première partie du règne de son époux, Philippe V.

Cette thèse vise à élucider comment cet ensemble de facteurs ont influencé le processus d'adaptation de la première reine de la Maison de Bourbon en Espagne. Dans ses pages nous étudions les causes de son choix comme épouse du roi; nous analysons le rôle joué par le gouvernement de Versailles (et les principaux membres de l'entourage français du roi) dans la prise des mesures les plus importantes du processus d'adaptation de la souveraine (par exemple la composition de la Maison de la nouvelle reine, l'expulsion de son entourage piémontaise ou la désignation d'une dame d'honneur d'origine française); et nous mettrons en valeur quels ont été les caractéristiques de l'image publique de Marie-Louise de Savoie après son établissement dans la cour d'adoption. Également, un autre objectif de cette thèse est d'étudier comment a évolué l'influence politique de la reine pendant son processus d'adaptation. Pourtant, nous voudrions approfondir dans des autres points d'analyse dans ce travail. Par exemple: a) le développement de les liens de la reine avec Philippe V; b) la nature de la relation de la souveraine avec sa dame d'honneur française, la princesse des Ursins; c) les causes de l'instabilité qu'a caractérisé les relations entre la France et l'Espagne depuis 1703 jusqu'à 1705; et d) les différentes stratégies développées par la souveraine et la princesse afin d'affermir son autorité dans cet contexte de crise et, dans un cadre plus large, dans les relations de pouvoir entre les cours de Versailles et Madrid.



## **CONCLUSIONS ET RESULTATS:**

Les conclusions auxquelles nous sommes arrivés dans cette thèse nous ont permis de discerner, d'abord, la influence exercée pour Versailles dans le processus d'adaptation de la reine à travers les différents agents du pouvoir français présents à l'Espagne à l'époque (les ambassadeurs de Louis XIV à Madrid, le chef de la «famille française» du monarque, la dame d'honneur, aussi d'origine français, etc.). En deuxième lieu, comment ce processus a représenté quelques changements par rapport à la tradition développée par la Maison d'Autriche; changements qui symbolisent la double condition de Marie-Louise-Gabrielle de Savoie en tant que reine d'Espagne mais aussi en qualité de femme d'un Petit-Fils de France. En troisième lieu, comment le contexte que la Monarchie espagnole traversait à l'époque, ajouté aux particularités de la personnalité du premier Bourbon, ont favorisé la consolidation de l'influence de la reine sur la Cour madrilienne et la scène politique. Et, enfin, comment l'ascendant que la souveraine a exercé sur le roi, en dépit des tentatives de Versailles pour empêcher cette situation, a affirmé non seulement son autorité comme reine d'Espagne, mais aussi a contribué à renforcer la projection de la princesse des Ursins (et son réseau) dans la sphère politique espagnole pendant la Guerre de Succession.

## ABREVIATURAS:

- AA. EE.:** Archives du Ministère des Affaires Étrangères (París).  
**CPE:** Correspondance Politique. Espagne.  
**CPS:** Correspondance Politique. Sardaigne-Savoie.  
**M/D:** Mémoires et Documents.
- A.N.:** Archives Nationales (París).  
**B<sup>7</sup>:** Correspondance consulaire. Marine et Outre-Mer.  
**K.:** Monuments Historiques.
- A.G.P.:** Archivo General de Palacio (Madrid).  
**A.G.S.:** Archivo General de Simancas (Valladolid).  
**DGT.:** Dirección General del Tesoro.  
**G&J.:** Gracia y Justicia.
- A.H.N.:** Archivo Histórico Nacional (Madrid).  
**OO. MM.:** Órdenes Militares.
- A.M.A.E.M.:** Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid).  
**S.S.:** Santa Sede.
- A.S.F.:** Archivio di Stato di Firenze (Firencia).  
**MdP:** Mediceo del Principato.
- A.S.T.:** Archivio di Stato di Torino (Turín).  
**LMS.:** Lettere Ministri Spagna.  
**LMF.:** Lettere Ministri Francia.  
**LPD.:** Lettere Principi Diversi.  
**LS.:** Lettere Sovrani.  
**M.:** Mazzo.
- BAUDRILLART:** BAUDRILLART, Alfred: *Philippe V et la cour de France, d'après des documents inédits*. París, 1890, vol. I.
- B.L.:** British Library.
- Add. Mss.:** Additional Manuscripts.
- B.N.M.:** Biblioteca Nacional de Madrid (Madrid).  
**Mss.:** Manuscrito.  
**R.:** Raros.  
**V.C.:** Varios, Caja.
- B.N.P.:** Bibliothèque Nationale Paris. (París).  
**N.A.F.:** Nouvelles Acquisitions France.
- C.<sup>a</sup>:** Caja.  
**C.:** Consejos.
- DANGEAU:** *Journal du Marquis de Dangeau, avec les additions inédites du duc de Saint-Simon, publiées par M. Feuillet de Conches*. París, 1854–1860, 19 vols.
- DMAV:** BERNARDO ARES, J. M. de (y otros): *De Madrid a Versailles. La correspondencia bilingüe entre el Rey Sol y Felipe V durante la Guerra de Sucesión*. Barcelona, 2011.
- E.:** Estado.

**Exp.:** Expediente.

**Fol., fols.:** folio, folios.

**Inv.:** Inventario.

**Leg.:** Legajo.

**Lib.:** Libro.

**LOUVILLE:** *Mémoires secrets sur l'établissement de la maison de Bourbon en Espagne, édités par le comte de Roure.* París, 1818, 2 vols.

**L. TR.:** LA TRÉMOILLE, D. (ed.): *Madame des Ursins et la succession d'Espagne. Fragments de correspondance.* Nantes-París, 1902-1907. 6 vols.

**MG:** Mercure Galant.

**MILLOT:** *Mémoires politiques e militaires pour servir à l'histoire de Louis XIV et de Louis XV. Composés sur les pièces originales recueillies par Adrien-Maurice, duc de Noailles, maréchal de France et ministre d'État par l'Abbé Millot, en Nouvelle Collection des Mémoires pour servir à l'histoire de France. Vol. 3.* París, 1839.

**R.B.:** Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

**RIA:** MOREL-FATIO, A. y LEONARDON, H. (eds.): *Recueil des Instructions données aux ambassadeurs et ministres de la France depuis les traites de Westphalie jusqu'à la Révolution Française. Espagne. Vol. XII. Tome II (1701-1722).* París, 1898.

**SAN FELIPE:** SAN FELIPE, Bacallar y Sanna, V., marqués de: *Comentarios de la guerra de España e historia de su Rey Felipe V, el Animoso.* Edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano. BAE, tomo, 99. Madrid, 1957.

**SOURCHES:** SOURCHES, Louis François de Bouschet, marquis de: *Mémoires du marquis de Sourches sur le règne de Louis XIV, publiés par le comte de Cosnac et E. Pontal.* París, 1882-1893, 13 vols.

**SSBL:** SAINT-SIMON, Rouvroy, Louis de duque de: *Mémoires de Saint-Simon. Nouvelle Édition augmentée des additions de Saint-Simon au Journal de Dangeau.* Publiés par A. de Boislisle, avec la collaboration de L. Lecestre y J. de Boislisle. París, 1879-1930, 42 vols.

**T.:** Tome, tomo.

**UBILLA Y MEDINA:** RIBAS, UBILLA Y MEDINA, Antonio de, marqués de: *Succession de el Rey D. Phelipe V nuestro señor en la corona de España, diario de sus viajes desde Versalles a Madrid, el que executó para su feliz casamiento, jornada a Nápoles, a Milán y a su ejército, sucesos de la campaña y su buelta a Madrid.* Madrid, 1704.

**Vol.:** Volume, volumen.

**ADVERTENCIA:** *Las normas de ortografía que hemos empleado en esta tesis se basan en las últimas modificaciones introducidas por la Real Academia Española en el uso del castellano escrito. En razón de ello, el adverbio “solo” y los pronombres demostrativos no van acentuados con la tilde diacrítica.*

## INTRODUCCIÓN:

“¡Los reyes son esclavos de la historia! La historia, o lo que es lo mismo, la vida colectiva de todas las individualidades, se aprovecha de cada minuto de la vida de los reyes, obligándolos a concurrir a su fin particular (...). Pero por ínfimas que sean las unidades utilizadas por el historiador para aproximarse lo más posible a la verdad, se equivoca siempre al admitir que toda manifestación tiene [un] origen propio y que las voluntades humanas se resumen en las acciones de una sola figura histórica.”<sup>5</sup>

### Problemáticas y perspectivas de análisis:

En 1761, apenas un año después de su matrimonio con el futuro emperador José II, Isabel de Borbón-Parma, nieta de Felipe V y de su segunda esposa, Isabel de Farnesio, se preguntó en su correspondencia qué destino aguardaba a la hija de un “gran príncipe”.<sup>6</sup> «Son sort est sans contredit le plus malheureux», respondió antes de describir las diferentes etapas de la vida de una princesa. Esclava desde su nacimiento de los prejuicios del pueblo, sometida a las etiquetas y honores propios de la *grandeur*, su rango la introducía en sociedad cuando apenas sabía balbucir, escribió, pero su condición (femenina) le privaba de la experiencia mundana que adquirirían los jóvenes que la rodeaban. Si su familia era numerosa, la diferencia de caracteres y las intrigas, demasiado frecuentes en la corte, la exponían cada día al peligro de pervertirse o de verse inocentemente mezclada en maquinaciones. Si pertenecía a una familia reducida, la unión que reinaba en ella no la recompensaba del tiempo que se veía obligada a conceder a aburridas ceremonias: «obligée de vivre au milieu du grand monde, elle n’y a, pour ainsi dire, ni connaissance ni amis». Pasados los años, llegaba el momento del matrimonio. Vedla condenada a abandonar todo, su familia y su país, continuaba la archiduquesa. ¿Por qué? Por un desconocido, por una persona de la que ignoraba el carácter y la manera de pensar; por una familia que quizás no la vería más que con recelo o, al menos, con prevención; obligada a sacrificarse en aras de un pretendido

---

<sup>5</sup> León Tolstoi: *La Guerra y la Paz*. Madrid, 1970, pp. 383 y 531.

<sup>6</sup> Nacida en Madrid en 1741, hija del infante Felipe, futuro duque de Parma, y de Luisa Isabel de Francia, Isabel de Borbón pasó parte de su infancia en la corte española. Casada en 1760 con el archiduque José, heredero de la emperatriz María Teresa y futuro emperador de Alemania, falleció en 1763 tras dar a luz a su segunda hija. Autora de algunos textos de carácter filosófico como *Méditations chrétiennes*, publicado en 1764 a instancias de la emperatriz María Teresa, y el *Traité sur les hommes*, su correspondencia personal con la archiduquesa María Cristina de Austria ha sido editada por Elisabeth Badinter en *Isabelle de Bourbon-Parme. «Je meurs d’amour pour toi...»*. *Lettres à l’archiduchesse Marie-Christine, 1760-1763*. París, 2008. Para una síntesis biográfica sobre Isabel véase «Préface», en BADINTER, E.: *Isabelle de Bourbon-Parme...*, pp. 9-57. Algunos datos sobre la infancia española de Isabel de Borbón-Parma pueden encontrarse en TORRIONE, M. y SANCHEZ, J. L. (eds.): *1744-1746. De una corte a otra. Correspondencia íntima de los Borbones*. Madrid, 2010, 2 vols.

bien público aunque, más frecuentemente, para favorecer la política de un desgraciado ministro que no había sabido encontrar otras vías para unir dos Casas (soberanas) y formar una alianza que anunciaba indisoluble pero que la primera apariencia de ventaja rompía tan fácilmente como cualquier compromiso tomado sin reflexión. «Peut-on rien trouver de [plus] dur, si l'on réfléchit bien, à cette situation?» «Soyez sur que le tableau des différentes situations d'une princesse, surtout lorsqu'on en a vu la vérité par soi-même, loin de faire trouver votre sort triste, le rend digne d'envie (...)», concluyó Isabel mientras comparaba su propio destino con el de su cuñada, la archiduquesa María Cristina, que consideraba más afortunado.<sup>7</sup>

A semejanza de Isabel de Borbón-Parma, María Luisa de Saboya, primera esposa de Felipe V, aludió con menos elocuencia y minuciosidad, aunque de manera igual de expresiva, a una de las circunstancias que toda princesa debía afrontar tras sus nupcias: el alejamiento de su familia, a la que normalmente no volvería a ver. «Je vous assure -escribió a su abuela, la segunda Madame Royale- que je songe souvent au malheur de toutes les princesses, qui n'ont jamais la consolation de revoir leur famille, et qu'il faut nous contenter de nous écrire (...)»<sup>8</sup>

Pese a la distancia en el tiempo y a la diferencia en el tono, los testimonios que acabamos de citar resultan interesantes en tanto en cuanto nos permiten conocer la percepción de dos mujeres de la realeza acerca de algunas de las circunstancias que determinaban sus vidas. Descendientes de linajes soberanos que durante centurias habían gobernado sus patrias nativas; rodeadas desde su nacimiento de todo tipo de cuidados cuya satisfacción correspondía a la larga nómina de servidores que integraban sus Casas; inmersas desde la más tierna infancia en el sistema curial, cuyo ceremonial se perfeccionaría a lo largo del Antiguo Régimen en todas las cortes de Europa, las princesas europeas del periodo moderno parecían vivir en un mundo de complacencia y privilegios.<sup>9</sup> Empero, esta impresión general no se corresponde del todo con el relato de María Luisa de Saboya, ni mucho menos con el de Isabel de Borbón-Parma. En

---

<sup>7</sup> BADINTER, E.: *Isabelle de Bourbon-Parme...*, carta n.º 28, pp. 82-84. Tras su matrimonio con Alberto de Sajonia, hijo del rey Augusto III de Polonia, María Cristina no debería abandonar su patria nativa, de ahí la comparación realizada por Isabel.

<sup>8</sup> La reina de España a Madame Royale. Madrid, 16 de junio de 1710, en ROCCA, C. della (ed.): *Correspondance inédite de la duchesse de Bourgogne et de la reine d'Espagne, petites-filles de Louis XIV*. París, 1865, pp. 209-210.

<sup>9</sup> Una aproximación general a las características de la vida de las princesas europeas durante el Antiguo Régimen puede encontrarse en BENNASSAR, B.: *Reinas y princesas del Renacimiento a la Ilustración: el lecho, el poder y la muerte*. Barcelona, 2007.

comparación con el del resto de sus congéneres del Estado llano, el destino de ambas puede resultar envidiable, qué duda cabe, pero es al acercarnos a sus respectivas historias personales cuando apreciamos las dificultades, tensiones y tragedias inherentes a la alta posición que estas mujeres ocuparon en sus patrias de origen y adopción.

Esta tesis se plantea, precisamente, como una aproximación a una serie de aspectos concretos de la biografía de la primera consorte borbónica, la ya mencionada María Luisa Gabriela de Saboya, a los que pretendemos dedicar una atención pormenorizada. Condenado durante décadas por algunas corrientes historiográficas, la *École des Annales* entre otras, debido a su imprecisión metodológica, al carácter positivista de sus estudios y a su naturaleza narrativa, que lo situaba a medio camino entre la historia, la literatura y la divulgación, el género biográfico ha protagonizado en los últimos años una etapa de auge y progresiva aceptación en el ámbito académico español.<sup>10</sup> A esta situación han contribuido, sin duda, la historia política y la historia de las mujeres, líneas de investigación relacionadas con el presente trabajo, que en las últimas décadas han enriquecido sus estudios con diferentes aportaciones metodológicas propias de la biografía histórica. Por ejemplo, el interés de esta en los “contextos” que condicionaban las acciones del sujeto; su capacidad para abrir “campos de análisis poco transitados hasta el momento” (como la incidencia de los sentimientos, las emociones y la vida privada sobre las acciones e “identidades” del individuo); o su preocupación por “reevaluar la naturaleza del poder” y la interacción de las esferas

---

<sup>10</sup> Acerca de la evolución del género biográfico y de los debates que ha generado en la historiografía, existe una abundante bibliografía de la que destacaremos los siguientes títulos: LE GOFF, J.: «Comment écrire une biographie aujourd'hui?», en *Le Débat*, 54 (1985), pp. 48-53; BORDIEU, P.: «L'illusion biographique», en *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, 62-63 (juin 1986), pp. 69-72; LÉVI, G.: «Les usages de la biographie», en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 44-6 (1989), pp. 1325-1336; PIKETTY, G.: «La biographie comme genre historique? Étude de cas», en *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 63 (juillet-septembre 1999), pp. 119-126; PÉREZ SAMPER, M. A.: “De historia, de biografías, de validos y de validos de validos”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, 36 (2011), pp. 197-205; y CABALLÉ MASFORROLL, A.: “¿Dónde están las gafas? La biografía, entre la metodología y la casuística”, en *HAFO*, I 46 (2011), pp. 168-180. Véase también el volumen dedicado a este género por DOSSE, F.: *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Valencia, 2007. Desde el ámbito anglosajón, donde la biografía histórica ha contado siempre con mayor aceptación, véanse el trabajo de CAINE, B.: *Biography and History*. Hampshire, 2010 y los artículos de BANNER, L. W.: “Biography as History”; KESSLER-HARRIS, A.: “Why Biography?” y TAYLOR, B.: “Separations of Soul: Solitude, Biography and History”, todos ellos en *The American Historical Review*, 114-3 (1999), pp. 579-586; 625-630 y 640-651 respectivamente. Sobre el concepto de Autobiografía, consúltense algunos trabajos de AMELANG, J. S.: *El vuelo de Ícaro: la Autobiografía popular en la Edad Moderna*. Madrid, 2003 e íd.: “Autobiografías femeninas”, en MORANT, I. (coord.): *Historia de las mujeres en España y América Latina. II. El mundo moderno*. Madrid, 2005, pp. 155-168.

pública y privada en el ejercicio de sus diferentes manifestaciones, lo que ha permitido, como indica Isabel Burdiel, “discutir las maneras diversas, posibles y peculiares de involucrarse en la esfera pública y de ensanchar el ámbito político por parte de los excluidos de ella, notablemente las mujeres, pero no sólo ellas.”<sup>11</sup>

Si bien en esta tesis hemos adoptado un enfoque parcialmente biográfico, debemos advertir que no se trata de una biografía de María Luisa de Saboya en sentido estricto. El protagonismo de la reina en este trabajo, y por añadidura como veremos el de la princesa de los Ursinos, es indudable, pero nuestro interés no radica en analizar las distintas facetas de la vida de la soberana en toda su extensión, es decir desde su nacimiento hasta su muerte. La complejidad del género biográfico, al igual que los retos y dificultades de diferente índole que entraña la realización de un estudio de esas características, excede a nuestra experiencia como historiador en ciernes. En razón de ello, según advertimos más arriba, hemos optado por focalizar nuestra atención en unos años concretos de la biografía de la consorte; años que estuvieron caracterizados por su proceso de adaptación a la corte madrileña y a su papel como reina de España.

Tal y como sugieren Río Barredo y Jean-François Dubost, las soberanas de la Edad Moderna habían de afrontar tras sus nupcias un periodo de transición determinado por su progresiva aclimatación a los usos y costumbres de su patria de adopción.<sup>12</sup> Esta situación derivaba directamente de las características de las uniones de la realeza durante el Antiguo Régimen. Desde los albores del periodo moderno, toda vez que concluyó el proceso de configuración territorial de las diferentes Monarquías europeas y estas terminaron por anexionarse feudos y señoríos anteriormente independientes a través de diferentes estrategias, entre ellas el matrimonio, los monarcas europeos optaron por casarse con descendientes de otros linajes soberanos.<sup>13</sup> Las nupcias regias se convirtieron, en lo sucesivo más que en el pasado, en una herramienta fundamental de la diplomacia. Si bien estas no solían resultar determinantes a largo plazo para la evolución de las relaciones internacionales,

---

<sup>11</sup> BURDIEL, I.: “Historia política y biografía: más allá de las fronteras”, *Ayer*, 93 (2014), pp. 47-84, en concreto, p. 73; véanse también el artículo de BOLUFER, M.: “Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres”, en el mismo número de esta revista, pp. 85-116, o el clásico artículo de PLANTÉ, C.: «Écrire des vies de femmes», en *Les Cahiers du GRIF*, 37-38 (1988), pp. 57-75.

<sup>12</sup> RÍO BARREDO, M. J. y DUBOST, J. F.: “La presencia extranjera en torno a Ana de Austria (1615-1666)”, en GRELL, C. (ed.): *Ana de Austria. Infanta de España y reina de Francia*. Madrid, 2009, pp. 111-153, en particular, p. 113.

<sup>13</sup> PERCEVAL, J. M.: «Épouser une princesse étrangère: les mariages espagnols», en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir politique. Les princesses d'Europe. XV<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècle*. Rosny, 2007, pp. 66-77, en particular, pp. 70-74.

dada la frecuente variabilidad de las alianzas establecidas, coronaban tratados entre estados y entretejían una complicada trama de relaciones entre dinastías que podían constituir el punto de partida de futuros acuerdos en un contexto diplomático a menudo cambiante.<sup>14</sup> Desde estas perspectivas, las princesas dinastas (hijas, nietas, sobrinas o primas del soberano) suponían instrumentos clave en la ejecución de la política exterior de los jefes de sus respectivos linajes, viéndose abocadas en consecuencia a abandonar sus patrias de origen y a instalarse en una corte extraña.<sup>15</sup>

Las características de las uniones de la realeza en la Edad Moderna implicaban, por lo tanto, la frecuente extranjería de la consorte y, en razón de ella, la exigencia de que esta se adaptase a un entorno política y culturalmente diferente de aquel en el que había crecido y se había formado. Como quiera que en ocasiones los matrimonios entre dinastías solían concertarse cuando ambos contrayentes apenas habían alcanzado la adolescencia, una alternativa que solía emplearse con objeto de soslayar las posibles dificultades surgidas de la aclimatación de la desposada a un nuevo ambiente era su establecimiento en la corte de adopción en plena infancia, lo que teóricamente reducía el impacto del cambio y otorgaba a sus futuros súbditos un control total sobre la educación de la que con el tiempo sería su soberana. Así se haría, por ejemplo, cuando Margarita de Austria y la infanta María Ana Victoria, hijas del emperador Maximiliano I y de Felipe V respectivamente, se comprometieron antes de cumplir los cinco años de edad con Carlos VIII y Luis XV de Francia. En cualquier caso esta práctica no era tan común y, en último término, no afectaba *de iure* al origen extranjero de la consorte, que por lo general solía ser descendiente de una dinastía europea diferente a aquella con la que había entroncado por matrimonio.

De hecho, la condición de extranjería de la soberana era un aspecto exteriorizado en las diferentes ceremonias que solemnizaban las nupcias regias. Si durante la negociación que antecedió al matrimonio continuaba manteniendo su identidad como miembro del linaje soberano de origen, tras la firma de las

---

<sup>14</sup> LAMAISSON, P.: «Tous cousins? De l'héritage et des stratégies matrimoniales dans les monarchies européennes à l'âge classique», en BONTE, P. (dir.): *Épouser au plus proche: inceste, prohibitions et stratégies matrimoniales autour de la Méditerranée*. París, 1994, pp. 341-367; BÉLY, L.: *La société des princes, XVIe-XVIIIe siècle*. París, 1999.

<sup>15</sup> Consúltense a este respecto el volumen dedicado a las estrategias matrimoniales de la dinastías europeas durante el siglo XVII publicado por la revista *XVIIe siècle*, n° 61-2 (abril-junio 2009). También resulta de interés el artículo de SUTTER FICHTNER, P.: "Dynastic Marriage in Sixteenth-Century Habsburg Diplomacy and Statecraft: An Interdisciplinary Approach", en *The American Historical Review*, 81-2 (1976), pp. 243-265.



capitulaciones matrimoniales y la efectuación de la boda por poderes comenzaban a desarrollarse diferentes mecanismos que simbolizaban la “apropiación de la princesa extranjera” por parte de la nueva dinastía.<sup>16</sup> Quizás, la circunstancia más significativa de esta situación, al menos en el plano visual, sería el conocido como cambio de vestidos, es decir, el momento en el que la soberana abandonaba la indumentaria característica de su patria nativa para lucir la vestimenta propia de su patria de adopción. Aunque las fuentes no se ponen de acuerdo a la hora de concretar en qué ocasiones la consorte utilizaba el atuendo de una u otra corte durante los actos públicos que solemnizaban sus nupcias, lo cierto es que este cambio siempre tenía lugar, poniendo de relieve, a través de su inserción en el ceremonial, la “metamorfosis” de la soberana, esto es, su “españolización”, para el caso que nos ocupa.<sup>17</sup>

Pero el cambio en la indumentaria constituía solo uno de los diferentes elementos que condicionaban el proceso de adaptación de toda princesa. Que esta se habituara a los gustos y hábitos de su nueva patria en cuestiones como la alimentación, era algo que podía exigírsele, pero a menudo se le concedía la posibilidad de hacerlo paulatinamente. No admitía dilación alguna, sin embargo, la iniciación de la soberana tanto en el ceremonial de la corte de adopción como en sus funciones en calidad de consorte del monarca. Si bien las princesas dinastas eran instruidas desde la más tierna infancia en los pormenores de la etiqueta vigente en sus cortes de origen, al igual que en el ejercicio de algunos de los roles que deberían desempeñar tras sus respectivos matrimonios (por ejemplo la recepción de embajadores), no es menos cierto que tras su enlace la soberana se incorporaba a un sistema curial dotado de sus propias características y dinámicas de funcionamiento.<sup>18</sup> El papel de la camarera mayor en la

---

<sup>16</sup> PERCEVAL, J. M.: “Jaque a la reina. Las princesas francesas en la corte española, de la extranjera a la enemiga”, en GRELL, C. y PELLISTRANDI, B. (dirs.): *Les cours d’Espagne et de France au XVII<sup>e</sup> siècle*. Madrid, 2007, pp. 41-60, en concreto, p. 49.

<sup>17</sup> PERCEVAL, J. M.: «Épouser...», en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir politique...*, p. 69 ; para el caso concreto de Isabel de Borbón, véase OLIVÁN SANTALIESTRA, L.: “Isabel de Borbón’s Sartorial Politics: From French Princess to Habsburg Regent”, en CRUZ, A. y GALLI STAMPINO, M. (eds.): *Early Modern Habsburg Women. Transnational Contexts, Cultural Conflicts, Dynastic Continuities*. Farnham, Burlington, 2013, pp. 225-242, en concreto, pp. 227-230.

<sup>18</sup> Véanse a este respecto BÉLY, L.: *La société des princes...*, pp. 48 y ss., o los estudios centrados en la educación y formación cortesana de algunas infantas españolas de MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, S.: “Reyna esclarecida, Cynthia clara, hermosa luna”: el aprendizaje político y cortesano de la infanta Isabel Clara Eugenia”, en VAN WYHE, C. (dir.): *Isabel Clara Eugenia. Soberanía femenina en las Cortes de Madrid y Bruselas*. Madrid, 2011, pp. 21-59; OLIVÁN SANTALIESTRA, L.: “‘My sister is growing up very healthy and beautiful, she loves me’: The Childhood of the Infantas María Teresa and Margarita María at Court”, en COODLIGE, G. (ed.): *The Formation of the Child in Early Modern Spain*. Ashgate, 2014, pp. 165-187. También es interesante a este respecto la tesis de GARCÍA PRIETO, E.: *La Infanta Isabel Clara*

conducción de los primeros pasos de la consorte en su nueva patria era fundamental: “Aunque no estuviera dicho en ningún reglamento (...) a la camarera mayor le correspondía una función fundamental como era la de instruir a las nuevas soberanas en el ceremonial y las costumbres de la corte española.”<sup>19</sup> Desde su posición al frente de la cámara de la reina, la camarera mayor aleccionaba a la soberana recién llegada en los pormenores de la etiqueta borgoñona y orientaba sus actos en las diferentes apariciones públicas que esta protagonizaba.<sup>20</sup> Esta relación mentora podía llegar a ser problemática para la vinculación de ambas mujeres (criada y señora), toda vez que algunas consortes, por ejemplo María Luisa de Orleáns, experimentaban en ocasiones ciertas dificultades para asumir los condicionantes que el ceremonial podía imponer sobre su conducta y cotidianidad. En cualquier caso, era gracias a su participación en estas ceremonias -por muy enojosas o incomprensibles que pudieran parecerles en un principio-, así como a los gestos y actitudes que la soberana manifestaba durante su desarrollo, que la consorte se identificaba con los rasgos y valores que daban forma al arquetipo de Reina Católica.<sup>21</sup> El sometimiento de la reina a la etiqueta, a los hábitos y formas de vida imperantes en la corte de adopción, contribuía así a matizar su condición de extranjera. Como persona particular, la princesa podía conservar gustos, aficiones y afinidades propias de su patria de origen, que estaba autorizada a practicar o cultivar en privado. Sin embargo, en tanto que soberana, su cuerpo simbólico se imponía sobre la personalidad e identidad de la mujer que ostentaba la dignidad regia.<sup>22</sup>

Las exigencias que el proceso de adaptación comportaba para las princesas europeas, casadas por lo general en plena juventud, entrañaban la puesta en vigor de algunas disposiciones destinadas a facilitar este trance a la recién llegada. Sería el caso de su instalación en la corte de adopción acompañada de un conjunto de criados procedentes de su patria nativa. La inserción de este grupo de servidores, tan

---

*Eugenia de Austria, la formación de una princesa europea y su entorno cortesano*. Madrid, 2012. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense.

<sup>19</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Entre damas andas el juego: las camareras mayores de palacio en la Edad Moderna”, en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II* (2003), pp. 123-152, en concreto, pp. 131-132.

<sup>20</sup> Para un ejemplo concreto de la adecuación de una reina a la etiqueta véase ÉDOUARD, S.: *Le corps d'une reine: histoire singulière d'Elisabeth de Valois, 1546-1568*. Rennes, 2009, en concreto el capítulo 2.

<sup>21</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “La construcción de una reina en la Edad Moderna: entre el paradigma y los modelos”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*. Madrid, 2005, pp. 309-338.

<sup>22</sup> ÉDOUARD, S.: *Le corps d'une reine...*; SCHULTE, R. (ed.): *The Body of the Queen. Gender and Rule in the Courty World, 1500-2000*. Nueva York, 2006.

extranjeros como la propia consorte, en la Casa de la nueva soberana podía dar lugar a complejas negociaciones entre los diplomáticos que representaban los intereses de ambas dinastías durante las conversaciones previas al matrimonio: “ateniendo a su corta edad, señalan Río Barredo y Dubost en alusión a las dobles bodas de 1615, se justificaba el traslado de los criados que se encargarían de su comida y vestido, y que podrían hablar con ellas en su lengua materna y entretenerlas como estaban acostumbradas.”<sup>23</sup> La finalidad de esta medida, tal y como advierten los mismos autores, era procurar que la princesa no pasara radicalmente de un “extremo a otro”. Sin embargo, alrededor de esta disposición giraban asimismo otras cuestiones: en primer lugar, la exteriorización del prestigio de la dinastía de pertenencia de la consorte a través de la composición del séquito de criados que la acompañaría hasta la corte de adopción. En segundo lugar, la posibilidad de perpetuar *in situ* la influencia que la dinastía de origen ejercía sobre una soberana que, técnicamente, pasaba a formar parte de otro linaje real.

Esta práctica, y este aspecto concreto de la misma, eran probablemente los que mayores problemas suscitaban entre las monarquías que protagonizaban un matrimonio regio. De entrada, no eran pocas las dificultades que se presentaban a la hora de integrar a los naturales de la patria nativa de la consorte, a menudo sujetos pertenecientes a la alta aristocracia de sus Estados, en la estática jerarquía que daba cuerpo a las Casas que deberían servirles en la corte de adopción. También eran comunes los conflictos, ceremoniales o de índole privada, que estos servidores protagonizaban. A este respecto el problema presentaba diferentes facetas. Por un lado, en un principio la soberana tendía a manifestar una mayor cercanía y favor hacia estos sujetos, que a veces habían estado a su servicio desde su infancia, que hacia el grupo de criados naturales de la patria de adopción, a quienes desconocía por completo y con los que a menudo podía llegar a tener dificultades para comunicarse. La excesiva exteriorización de estas preferencias por parte de la consorte podía generar todo tipo de envidias y enfrentamientos en el seno de su servidumbre, que se acentuaban cuando los miembros del séquito procedente de la patria nativa de la reina no se comportaban con la prudencia y decoro que exigían su situación en la corte de adopción. A este tenor es bien conocido el caso de algunos de los servidores alemanes de Mariana de Neoburgo, objeto de los odios de los cortesanos españoles por sus intrigas y codicia.

---

<sup>23</sup> RÍO BARREDO, M. J. y DUBOST, J. F.: “La presencia extranjera...”, en GRELL, C. (ed.): *Ana de Austria...*, p. 113.

Por otro lado, como hemos señalado más arriba, estos criados extranjeros encarnaban la potencial influencia que la corte de origen podía ejercer sobre la soberana tras su matrimonio. Los inconvenientes derivados de este hecho se incrementaban cuando la consorte pertenecía a una dinastía potencialmente enemiga; o cuando sus nupcias coronaban un acuerdo diplomático que sellaba una paz o aproximación entre Estados de marcada fragilidad. En ambos casos, los compatriotas que estaban al servicio de la soberana eran contemplados con profunda suspicacia por la corte de adopción. Súbditos de un monarca foráneo, para el que podían ejercer como espías, devenían sujetos cuya proximidad a la reina podía comprometer la lealtad que esta debía a la dinastía con la que había entroncado por matrimonio.<sup>24</sup>

Aunque conviene no generalizar al respecto, el cúmulo de factores que acabamos de referir determinó que desde finales del siglo XVI se introdujeran ciertos cambios en la práctica descrita. La permisividad de la corte de adopción hacia la instalación en su seno de algunos de los criados que acompañaban a la reina hasta su nueva patria se hizo más restringida. De entrada, procuró reducirse el número de los servidores extranjeros que permanecían junto a la consorte tras la conclusión de los ritos y ceremonias que solemnizaban sus nupcias, al igual que el rango social de estos; en razón de esta última condición, pasó a otorgárseles los cargos de menor jerarquía de la Casa y la cámara y, en el caso francés, se les exigió una «loyauté politique sans faille» al monarca en cuyos territorios se establecían.<sup>25</sup> Ciertamente, estos cambios no eliminaron por completo la oposición, inconvenientes y suspicacias que podía generar la presencia extranjera en torno a la consorte. En cualquier caso, lo que nos interesaría destacar aquí es cómo, si bien en su origen esta práctica era vista como favorable para la adecuada adaptación de la soberana a la corte de adopción, paulatinamente fue siendo apreciada como una situación que, lejos de facilitar, dificultaba la aclimatación de la princesa a su nuevo entorno y condición. Al fin y al cabo, la máxima expectativa de un

---

<sup>24</sup> A este respecto, uno de los ejemplos mejor estudiados es el destino de los servidores extranjeros de Ana de Austria e Isabel de Borbón en las cortes de Madrid y París. RÍO BARREDO, M. J. y DUBOST, J. F.: “La presencia extranjera...”, en GRELL, C. (ed.): *Ana de Austria...*; OLIVÁN SANTALIESTRA, L.: «Retour souhaité ou expulsion réfléchi? La maison espagnole d’Anne d’Autriche quitte Paris (1616-1622)», en CALVI, G. y CHABOD, I. (eds.): *Moving Elites: Women and Cultural Transfers in the European System Court*. Fiesole, 2008, pp. 21-31; y FRANGANILLO ÁLVAREZ, A.: *La reina Isabel de Borbón: las redes de poder en torno a su Casa (1621-1644)*. Madrid, 2015. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense, pp. 68-81. Agradezco a la autora que me haya proporcionado un ejemplar de su trabajo.

<sup>25</sup> DUBOST, J. F.: «La cour de France en face aux étrangers. La présence espagnole à la cour des Bourbons au XVII<sup>e</sup> siècle», en GRELL, C. y PELLISTRANDI, B. (dirs.): *Les cours d’Espagne et de France au XVII<sup>e</sup> siècle*. Madrid, 2007, pp. 149-169.

monarca, como de sus súbditos, era que la consorte asumiese los comportamientos y hábitos propios de su nuevo reino, que se identificase con los valores que daban cuerpo al estatus que había adquirido y que se comprometiese con los intereses de la dinastía de la que había pasado a formar parte, a la que por otro lado pertenecerían sus descendientes.

En última instancia, el proceso de adaptación de la soberana no se limitaba a su aclimatación a los usos, costumbres y ceremonial de la corte de adopción. Al instalarse en su nueva patria la consorte se incorporaba a un espacio politizado, conformado por distintos grupos de poder cuyos miembros desarrollaban diferentes estrategias con el fin de salvaguardar cuotas de influencia adquirida, obtener una mayor preeminencia en la escena político-cortesana o favorecer sus intereses particulares y los de sus respectivos linajes.<sup>26</sup> En un principio, la soberana no era sino un elemento exógeno que debía integrarse en este universo de complejos equilibrios, afinidades y enemistades coyunturales. Asimismo, su propia Casa constituía otro espacio de poder en el que los servidores de mayor rango (hombres y mujeres) empleaban el servicio a la consorte como una muestra de crédito y distinción, pero también como un medio a través del que establecer relaciones de patronazgo y clientelismo, o desde el que proyectar su ascendiente sobre otros planos de la esfera pública merced a su proximidad a la soberana.<sup>27</sup> Por lo tanto, la nueva reina debía aprender a desenvolverse en el entramado de centros y relaciones de poder vigentes en la corte de adopción. Recién instalada en ella, podía valerse del consejo de la camarera mayor, quien teóricamente conocía “las peculiaridades de la vida interna de la corte, los ‘partidos’ que la dividían y sus personajes más influyentes, con algunos de los cuales solían estar estrechamente emparentadas.”<sup>28</sup> Aunque por regla general la reina recién llegada optaba por la prudencia a la hora de intervenir en las pugnas cortesanas que se desarrollaban en la corte de adopción, no es menos cierto que su actitud podía variar con el paso del tiempo (arriesgándose con ello, si caía en el exceso, a desvirtuar su imagen pública y a

---

<sup>26</sup> Véanse, entre otros, ASCH, R. G. y BIRKE, A. M. (eds.): *Princes, Patronage and the nobility. The Court at the beginning of the Modern Age, c. 1450-1650*. Londres, 1991. HESPANHA, A. M.: “La corte”, en *La gracia del derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna*. Madrid, 1993, pp. 177-202; DUINDAM, J.: *Viena y Versalles. Las cortes de los rivales dinásticos europeos entre 1550 y 1780*. Madrid, 2009 [2003], en especial, cap. 7.

<sup>27</sup> AKKERMAN, N. y HOUBEN, B. (eds.): *The politics of Female Households. Ladies-in-Waiting across Early Modern Europe*. Boston-Leiden, 2014.

<sup>28</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Entre damas andas el juego...”, en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II* (2003), p. 131.

salirse de los límites que marcaba el arquetipo). En calidad de consorte la soberana suponía la persona más próxima al monarca, teórica fuente de todo poder. En consecuencia, podía constituir una figura de notable potencialidad tanto para el devenir del *cursus honorum* de ciertos ministros, cortesanos y burócratas como para la evolución de las relaciones diplomáticas entre dinastías. En este sentido, que la reina mantuviera una relación cercana y cordial con el rey no solo consolidaba su posición en la institución monárquica, facilitando además su supervivencia en una corte extraña, sino que también incrementaba su propio crédito y autoridad ante sus súbditos. El estudio de Édouard, para el caso de Isabel de Valois, y las ediciones de la correspondencia de la infanta María Teresa con Felipe V e Isabel de Farnesio, o de María Antonieta con su madre, la emperatriz María Teresa, dan fiel cuenta de la importancia que concedieron las respectivas cortes de origen de estas princesas a la evolución de sus relaciones tanto con sus esposos como con los jefes de la dinastía en cuyo seno habían matrimoniado.<sup>29</sup>

Dicho esto, no es menos cierto que el ascendiente que la consorte podía ejercer, al igual que su capacidad de patronazgo político-cortesano, dependían de distintos condicionantes: desde el contexto reinante en la corte de adopción hasta la permisividad u oposición del rey ante el ejercicio de su influjo, pasando por la propia voluntad de la soberana por intervenir en la toma de decisiones y el reparto de mercedes.<sup>30</sup> Pero con independencia de esto, de lo que no cabe duda es de que la nueva reina debía “aprender” a relacionarse con sus súbditos más encumbrados y resolver, cuando se daban las condiciones precisas, si quería hacer uso de la *potestas* derivada de su dignidad regia o limitarse a la maternidad y al cumplimiento de su papel ceremonial. Decisiones todas ellas que no siempre eran fáciles de tomar debido a las diferentes presiones a las que la consorte, como veremos, podía verse sometida.

## Objetivos:

Expuestas las problemáticas y perspectivas de análisis que definen esta tesis, a continuación nos detendremos en los objetivos que han determinado nuestra investigación. Este trabajo pretende poner de relieve cuáles fueron las características y

---

<sup>29</sup> ÉDOUARD, S.: *Le corps...*, en especial cap. 6; TORRIONE, M. y SANCHO, J. L. (eds.): *1744-1746. De una corte a otra. Correspondencia íntima de los Borbones*. Madrid, 2010, 2 vols.; LEVER, E. (ed.): *Marie-Antoinette. Correspondance (1770-1793)*. París, 2005.

<sup>30</sup> CAMPBELL-ORR, C.: “Introduction”, en CAMPBELL-ORR, C. (ed.): *Queenship in Europe, 1660-1815. The role of the Consort*. Cambridge, 2004, pp. 1-15, en particular, pp. 7-12; POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K.: «Des vies inscrites dans l'ordre politique», en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (eds.): *Femmes et pouvoir politique...*, pp. 24-50, en especial, pp. 41-42.

condicionantes del proceso de adaptación de María Luisa de Saboya tanto a la corte española como a su papel en calidad de consorte de Felipe V. El caso de la primera soberana borbónica nos parece interesante por diferentes razones. En primer lugar, por el momento en el que tuvo lugar el establecimiento de la reina en España, coincidente con un contexto de cambio dinástico y conflicto sucesorio. Ambas situaciones determinaron la vida de María Luisa después de su matrimonio y, qué duda cabe, su proceso de adaptación a la corte de adopción. De entrada, su propia elección como esposa de Felipe V no puede comprenderse sin tomar en cuenta la evolución de las relaciones internacionales europeas inmediatamente después del fallecimiento de Carlos II; la necesidad de Francia y la Monarquía Hispánica de incluir al ducado de Saboya en la órbita borbónica con el fin de garantizar la defensa de las posesiones españolas en el Norte de Italia; o el interés de Versalles en consolidar la unión de ambas ramas de la Casa de Borbón mediante un matrimonio endogámico.<sup>31</sup>

En segundo lugar, la entronización de Felipe V supuso el inicio de una nueva etapa en las relaciones francoespañolas que estuvo caracterizada por la influencia que Francia ejerció sobre la Monarquía Hispánica a lo largo del conflicto sucesorio (y de manera muy evidente hasta 1709). Los comunes intereses de las “Dos Coronas” justificaron tal influjo en la escena diplomática, del mismo modo que la dependencia militar española y la exigencia de agilizar la toma de decisiones por parte de Madrid, incitaron a Luis XIV a autorizar la participación de sus embajadores en el gobierno hispano, a introducir ciertas reformas en la administración y a poner a disposición de su nieto a diferentes militares y tecnócratas franceses (los duque de Noailles y Berwick, el mariscal de Tessé o el financiero Jean Orry, entre otros).<sup>32</sup> Las características de la vinculación entre ambas ramas de la Casa de Borbón en este periodo recuerdan sucintamente a la que mantuvieron los Habsburgo de Madrid y Viena, con mayor o menor fortuna, entre los siglos XVI y XVII. Pero, mientras que en este último caso la Monarquía Hispánica había ostentado la posición de preeminencia en sus relaciones con la rama imperial de la dinastía, después de 1700 pasó a ocupar una situación de relativa subordinación a Francia.

---

<sup>31</sup> Recuérdesse que María Luisa de Saboya no solo era hija de una princesa francesa sino también hermana de la duquesa de Borgoña, quien en un futuro, que a la postre no se materializó, estaba llamada a convertirse en reina consorte de Francia.

<sup>32</sup> BERNARDO ARES, J. M.: “Versalles y Madrid a principio del siglo XVIII: sociología cortesana, Monarquía Universal y Estado unitario”, en BERNARDO ARES, J. M. (y otros): *De Madrid a Versalles. La correspondencia bilingüe entre el Rey Sol y Felipe V durante la Guerra de Sucesión*. Madrid, 2011, pp. 15-55.

Visto así, el contexto que María Luisa de Saboya hubo de afrontar como “Reina Católica” fue un tanto diferente al que determinó la existencia de sus predecesoras. ¿Cómo afectó este hecho a la condición de la soberana como consorte y, más concretamente, a su proceso de adaptación? El análisis de la negociación que antecedió a su matrimonio con el rey, que Versalles dominó prácticamente por completo, aporta interesantes pistas al respecto y nos permite discernir lo que sería la tónica dominante en las etapas iniciales del discurrir de tal proceso. Esto es, la gestión por parte de Francia de los distintos factores que lo caracterizaron, desde la composición de la servidumbre de María Luisa hasta su conducta como consorte de un rey Borbón, pasando por las características de su imagen pública y su relación con el poder.

Profundizando más en estas cuestiones, es de notar que la influencia ejercida por Versalles sobre Madrid no se limitó a los aspectos político-diplomáticos mencionados más arriba, sino que se extendió también a otros ámbitos como el *entourage* del monarca, la proyección de la dignidad regia y la vida privada de Felipe V. Analizar la incidencia de estos factores en la situación de María Luisa tras su instalación en España es otro de los objetivos de esta tesis. Si a lo largo del siglo XVII algunas de las antecesoras de la soberana hubieron de afrontar el ascendiente ejercido por el valido sobre sus respectivos esposos, la corte y su propia Casa, la primera reina borbónica vivió una situación parecida en cierto sentido. Cuando María Luisa de Saboya llegó a la patria de adopción halló a Felipe V rodeado de una nutrida “familia francesa”, algunos de cuyos miembros ejercían una notable influencia sobre el monarca. De hecho, ciertos de estos sujetos intervinieron, junto al entonces embajador francés, Marcin, Luis XIV y sus ministros, en la toma de algunas decisiones que afectaron de lleno a las circunstancias en las que se produjo el establecimiento de la consorte en la corte española: por ejemplo la expulsión de su séquito piamontés o la elección de una francesa como su camarera mayor.<sup>33</sup> Al incidir tanto en estas disposiciones como en la participación de los sujetos citados en su aplicación, nos interesa destacar cómo el proceso de adaptación de María Luisa de Saboya representó ciertos cambios con respecto a la tradición habsbúrgica anterior; mudanzas que simbolizan, en último término, su doble condición como reina de España y esposa de un Nieto de Francia.

De la misma manera, queremos señalar cómo las expectativas de Versalles en cuanto a la vida de la corte y la exteriorización de la majestad real condicionaron la

---

<sup>33</sup> DÉSOS, C.: *Les français de Philippe V. Un modèle nouveau pour gouverner l'Espagne (1700-1724)*. Estrasburgo, 2009.



proyección ceremonial de María Luisa de Saboya inmediatamente después de su instalación en España. Tras la entronización de Felipe V, Luis XIV aspiró a modificar la etiqueta borgoñona y a introducir en la corte madrileña ciertos hábitos, prácticas y formas de sociabilización propias de Versalles. Tal y como ha advertido recientemente Vázquez Gestal, las dificultades del primer Borbón para adecuarse a los rasgos de la majestad real preconizada por su abuelo, añadidas a la inestabilidad derivada del conflicto sucesorio, impidieron la completa reproducción del modelo versallesco en Madrid.<sup>34</sup> Sin embargo, según podremos apreciar, en tanto los reyes permanecieron en Barcelona María Luisa de Saboya participó en el desarrollo de algunos de los cambios impuestos, bien que efímeramente, en el sistema curial hispano.

Asimismo, destacaremos cómo el afán rupturista de Versalles no se circunscribió al ámbito de la corte y el ceremonial, sino que existió también un evidente interés en diferenciar la imagen de la nueva pareja real de la de sus más inmediatos predecesores en el trono. Las razones que subyacían bajo este propósito eran de diferente naturaleza. Según indicó en su día Ana Álvarez, la idea de que el declinar de la Monarquía Hispánica derivaba de la *praxis* del poder desarrollada por los sucesores de Carlos I y Felipe II, estaba muy enraizada en el imaginario francés con respecto a lo español.<sup>35</sup> De hecho, la entronización de Felipe V fue presentada como el inicio de una nueva era de esplendor para la corona española que estaría protagonizada por el joven monarca de origen galo, digno nieto de Luis XIV. Estas consideraciones, propias de la propaganda real, no deben ocultar que la principal preocupación de Versalles en lo que se refiere al primer Borbón eran las particularidades de su carácter, junto con el previsible ascendiente que su esposa, elemento exógeno en las relaciones francoespañolas, podía ejercer sobre el rey. Tal y como veremos en esta tesis, inmediatamente después del matrimonio del soberano el gobierno francés auspició la puesta en vigor de diferentes estrategias destinadas a coartar la vinculación emocional que Felipe V podría establecer con la consorte. El monarca, por emplear algunas expresiones de Luis XIV, no debía caer en el mismo error que Carlos II, despreciado por sus súbditos ante la excesiva facilidad con la que se sometía a las exigencias de Mariana de Neoburgo.

---

<sup>34</sup> VÁZQUEZ GESTAL, P.: *Una nueva majestad. Felipe V, Isabel de Farnesio y la identidad de la monarquía (1700-1729)*. Madrid/Sevilla, 2013.

<sup>35</sup> ÁLVAREZ LÓPEZ, A.: *La fabricación de un imaginario. Los embajadores de Luis XIV y España*. Madrid, 2008.

Necesariamente, esta pretensión había de tener su reflejo en el ejercicio por parte de María Luisa de la *potestas* derivada de su dignidad regia. Antes de su matrimonio, al igual que inmediatamente después, Versalles aspiró a que la esposa de Felipe V emulara en su relación con el poder a las últimas consortes francesas. Las fuentes que hemos consultado evidencian el profundo recelo que provocó al otro lado de los Pirineos la influencia que María Luisa de Saboya podía llegar a ostentar sobre la esfera político-diplomática. Recelo que, aunque conectado en un principio con las suspicacias que suscitaban los orígenes dinásticos de la reina y las ambiciones del duque de Saboya, tenía también su razón de ser en el temor de Luis XIV y sus ministros a que la nueva soberana pudiera imitar el comportamiento de sus más inmediatas antecesoras de la Casa de Austria: Mariana de Austria y Mariana de Neoburgo. La percepción de Versalles acerca de ambas reinas era marcadamente crítica. Si nos acercamos al contenido de los despachos de los embajadores galos en la corte de Carlos II, la madre y la segunda esposa del monarca reúnen las características más negativas del género femenino. Son mujeres ambiciosas, intrigantes, despóticas y, en el caso de Mariana de Neoburgo, incluso violentas.<sup>36</sup> Más que modelos de soberanía femenina parecen contramodelos. Sin embargo, a la imagen de las últimas reinas de España se contrapondría, a ojos de los franceses, el inmaculado perfil público de las consortes de Francia en la segunda mitad del siglo XVII: soberanas que se someten de buen grado, como Ana de Austria tras la mayoría de edad de Luis XIV, a la autoridad de su hijo, o se ven relegadas, como María Teresa de Austria, a la maternidad y al ejercicio de sus funciones ceremoniales.<sup>37</sup> Esta diferencia en las conductas de las consortes de uno y otro reino en el mismo periodo ha sido interpretada por nosotros como uno de los aspectos que más influyeron en el proceso de adaptación de María Luisa de Saboya a corto plazo. El interés de Versalles en “formar” a una soberana «éloigné des affaires», que se mantuviera al margen del reparto de mercedes y cuyo crédito personal no menoscabara la «gloire» de su esposo, supuso una idea que no solo condicionó el comportamiento de la reina durante sus primeros meses en la corte de adopción. También determinó, según veremos, la toma de algunas decisiones relativas

---

<sup>36</sup> Véanse a este respecto los testimonios recogidos en MACQUART, F.: *Le réseau français à la cour de Charles II d'Espagne: jeux diplomatiques de fin de règne: 1696-1700*. Tesis doctoral inédita. Université de Toulouse le Mirail, 1999, 2 vols. Disponible en la Biblioteca de la Casa de Velázquez (Madrid).

<sup>37</sup> COSANDEY, F.: *La reine de France. Symbole et pouvoir*. París, 2000; KRAWOFORD, K.: *Perilous Performances. Gender and Regency in Early Modern France*. Londres, 2004; VERGNES, S.: *Les Frondeuses. Une révolte au féminin (1643-1661)*. París, 2013, en especial cap. 1.

a la composición de su cámara y a la fiscalización de los contactos de María Luisa con sus súbditos, los embajadores de las potencias extranjeras y las mujeres españolas que se encontraban a su servicio, dotadas de los mismos defectos que Mariana de Austria y Mariana de Neoburgo. Atender a las diferencias citadas más arriba nos permitirá comprender, asimismo, otro de los aspectos que vertebran este trabajo: el continuo debate y oposición que generó, entre determinados sectores de Versalles y el *entourage* francés de Felipe V en Madrid, el ascendiente que María Luisa de Saboya había de ejercer sobre el monarca con el paso del tiempo.

Con todo, el factor más relevante a largo plazo en el proceso de adaptación de la primera consorte borbónica sería la designación de la princesa de los Ursinos como su camarera mayor. El nombramiento de esta dama francesa, viuda de un Grande de España de origen italiano, demostró que Luis XIV conocía a la perfección la trascendencia que tenía este cargo en la aclimatación de toda consorte a la corte madrileña y al ejercicio de sus funciones como Reina Católica. Los objetivos del monarca galo a este respecto no podían ser más ilustrativos de sus intenciones: solo una camarera mayor francesa podría formar a la perfecta soberana auspiciada por Versalles. En esta tesis analizaremos las características del papel desempeñado por la princesa de los Ursinos junto a la reina inmediatamente después de su establecimiento en la corte de adopción. Si bien era Francia desde donde partían una buena parte de las directrices relativas a la instrucción de María Luisa en calidad de consorte de Felipe V, veremos cómo era Ursinos la encargada de llevarlas a la práctica, deteniéndonos en el modo en que lo hacía y en la manera en que, de considerarlo oportuno, reconducía las órdenes de Versalles con el fin de estimular la popularidad y prestigio de la nueva soberana. Por otro lado, focalizaremos nuestra atención en las diferentes prácticas desarrolladas por la camarera mayor con el fin de procurarse el favor de María Luisa y, por añadidura, consolidar su posición en el *entourage* de los reyes. El examen de este conjunto de estrategias nos ha parecido de interés puesto que nos permite discernir no solo las razones que explican la estrecha vinculación que mantuvieron ambas mujeres hasta la muerte de la consorte (1714), sino también los criterios de distinta naturaleza en los que esta se basó. El caso de la princesa de los Ursinos constata la notable intimidad que determinadas camareras mayores podían llegar a establecer con sus señoras, además de los réditos de todo tipo que estas servidoras privilegiadas podían obtener de la misma.

En este sentido, otro de los objetivos de este trabajo es reflejar la trayectoria de la camarera mayor entre 1701 y 1705. Resulta innegable que la influencia política de la princesa derivó, primero, del favor con el que la consorte le agració y, segundo, del propio ascendiente ejercido por María Luisa de Saboya sobre Felipe V (circunstancia que se reveló inevitable pese a los intentos de Versalles por impedir lo contrario). Depositaria absoluta de la confianza de la soberana, la estrecha relación de la dama con María Luisa, así como su posición de preeminencia en el círculo regio, suponen aspectos que deben tomarse en consideración al analizar la proyección de la princesa en la esfera pública durante el conflicto sucesorio. De hecho, fueron estos factores los que permitieron a la camarera intervenir en el desarrollo de la conocida como “crisis del Despacho”; soslayar con éxito la autoridad ejercida por los embajadores de Luis XIV sobre el gobierno español; y desarrollar una activa labor de patronazgo político-cortesano independiente, con frecuencia, de los dictados del gabinete francés.

Al abordar las cuestiones a las que acabamos de referirnos, hemos procurado reconstruir el papel que la consorte pudo desempeñar en un conjunto de situaciones en las que el protagonismo de la princesa fue mucho más destacado. No en vano, es al examinar la conducta de María Luisa en tales situaciones cuando podemos apreciar la evolución producida en su proceso de adaptación como consorte del primer Borbón. Durante el periodo de inestabilidad que caracterizó a las relaciones francoespañolas entre 1703 y 1705, la soberana «*éloigné des affaires*» dio paso a una reina capaz de instrumentalizar su influencia sobre Felipe V con objeto de otorgar su protección al grupo de poder encabezado por la princesa de los Ursinos; favorecer la ejecución de los proyectos de reforma de Orry (patrocinados por la dama); y oponerse a la política de Luis XIV en España con el fin de obtener del monarca galo el regreso a Madrid de la antigua camarera mayor (desterrada en abril de 1704). Según veremos, estos años constituyeron un tiempo de pugna y disensión en el *entourage* francés del Rey Católico, pero también de oposición a las diferentes manifestaciones de la *potestas* de la soberana. Para la reina, esta época de su biografía, que concluyó con el triunfal retorno de la princesa de los Ursinos a Madrid en 1705, determinó también la definitiva consolidación de su posición en el seno de la pareja real. En lo sucesivo, Luis XIV redujo su control sobre el comportamiento de María Luisa de Saboya en calidad de consorte de su nieto; cesaron las críticas que hasta la fecha había concitado su ascendiente sobre el rey; y Versalles abandonó la desconfianza con la que, hasta

entonces, había contemplado tanto dicho ascendiente como el compromiso de la soberana con los intereses de su dinastía de adopción.

El establecimiento de la reina en España, politizado desde el principio, se caracterizó, pues, no solo por su aclimatación a una corte dominada por la guerra y las perspectivas de cambio y continuidad a diferentes niveles; sino también por el interés de María Luisa de Saboya en afianzar su influencia como consorte en el seno de una estructura de poder vertical, el eje Versalles-Madrid, en la que en un principio se le había adjudicado una posición de absoluta supeditación. Es por ello que consideramos que, una vez la soberana consolidó su *potestas* en 1705, podemos dar por concluido su proceso de adaptación.

### **Estructura:**

La presente tesis está dividida en seis partes, cada una de ellas con varios capítulos que oscila entre los dos y los cuatro, además de epílogo, introducción, conclusión, apéndices y fuentes documentales y bibliografía. La búsqueda de la mayor claridad expositiva ha sido el factor que ha determinado la elección de la estructura de este trabajo. En razón de ello hemos optado por combinar el enfoque cronológico con el temático, si bien el primero tiene un claro predominio sobre el segundo. Dado el carácter parcialmente biográfico de esta tesis, consideramos en su momento que la perspectiva diacrónica nos permitiría visibilizar de manera más conveniente las características, desarrollo y cambios producidos no solo en el proceso de adaptación de María Luisa de Saboya sino también en su papel como consorte del primer Borbón. En esta última decisión influyó, asimismo, la necesidad de analizar de manera simultánea la evolución de la trayectoria de la princesa de los Ursinos como camarera mayor, favorita de los reyes e intermediaria entre las cortes de Madrid y Versalles. El enfoque temático prima en aquellos capítulos que tratan aspectos relacionados de manera transversal con los objetivos principales de este trabajo. Es decir, los relativos al contexto socio-político en el que se enmarca esta tesis o a algunas cuestiones de la biografía de la reina, por ejemplo la conformación de su Casa, su condición como intermediaria ante la corte de Turín o su relación con el ámbito diplomático. Los tres aspectos referidos se desarrollan de manera continuada a lo largo del eje temporal elegido y son susceptibles, por tanto, de ser examinados de manera individualizada.

Si bien nuestro trabajo arranca en 1701, año en el que tuvo lugar el primer matrimonio de Felipe V, y finaliza en 1705, tras el regreso de la princesa de los

Ursinos a Madrid después de su primer destierro, algunos de sus capítulos exceden los límites cronológicos que acabamos de mencionar. Esta situación afecta, de entrada, a las dos partes que dan inicio a esta tesis. La primera de ellas está destinada a ubicar al personaje en su contexto, de ahí el análisis que dedicamos, por un lado, a las relaciones diplomáticas y dinásticas entre Francia y la Monarquía Hispánica (las “Dos Coronas”) en los primeros años del siglo XVIII; a las particularidades del *entourage* francoespañol de Felipe V; o a la evolución de la administración y la corte españolas durante el conflicto sucesorio. Por otro lado, nos interesa igualmente definir de manera general cuáles eran las coordenadas vitales de las princesas europeas durante la Edad Moderna; en qué consistían sus funciones en calidad de consortes de un monarca (fuera este emperador, rey, duque o príncipe); cuál era su estatus en el seno de las Monarquías del Antiguo Régimen; y qué variables condicionaban el grado de influencia que la soberana podía ejercer sobre la esfera pública. Todo ello con vistas a entender de manera más precisa qué se esperaba de María Luisa de Saboya como Reina Católica y qué tipo de valores, ligados a la imagen arquetípica de esta dignidad, hubo de asumir e incidieron en su conducta a corto y largo plazo.

Situados los protagonistas de esta tesis en el contexto que determinó su existencia, hemos dedicado su segunda parte a la figura de los reyes: Felipe V y su primera esposa. A lo largo de este apartado pretendemos desentrañar la evolución de sus respectivas trayectorias vitales hasta el momento en que estas se entrecruzaron definitivamente: el año en que tuvo lugar su matrimonio. Nos interesa conocer las características de su infancia, educación y formación cortesana, pero también de su personalidad. En el caso del primer Borbón, las peculiaridades de su carácter y juventud en Versalles han sido objeto de recientes debates historiográficos y, de hecho, constituyen un importante factor interpretativo del ascendiente que sus dos esposas disfrutaron sobre la escena político-cortesana<sup>38</sup>, lo que explica nuestro interés en abordar este aspecto. En lo que concierne a María Luisa, aludir a la etapa inmediatamente anterior a su elevación al rango de reina de España nos ayudará a discernir el origen de algunos de los rasgos de su personalidad que se manifestaron a lo

---

<sup>38</sup> Sobre la personalidad de Felipe V véanse: LABOURDETTE, J. F.: «La personnalité de Philippe V», en BÉLY, L. (dir.): *La présence des Bourbons en Europe, XVIe-XXIe siècle*. París, 2003, pp. 171-184; el estudio psico-histórico de ALONSO FERNÁNDEZ, F.: “Desventuras biográficas de Felipe V, primer Borbón español”, en *Anales de la Real Academia Nacional de Medicina*, 4 (2006), pp. 791-806; y las reflexiones acerca de su infancia y educación de TORRIONE, M. y TORRIONE, B.: “De Felipe de Anjou, ‘enfant de France’, a Felipe V: la educación de Telémaco”, en MORÁN TURINA, M. (dir.): *El arte en la corte de Felipe V*. Cat., exp. Madrid, 2002, pp. 41-88.

largo de su vida en la corte de Madrid; de ciertos de sus gustos y aficiones; de sus afectos y afinidades con los miembros de la familia ducal saboyana y, lo que es más importante, nos permitirá comprender, en algunos casos, por qué afrontó del modo en que lo hizo ciertas de las situaciones en las que se vio inmersa durante los años de su biografía que hemos analizado aquí.

El matrimonio constituía sin duda el episodio más importante en la vida de una princesa casadera, el momento en el que se decidía su destino y comenzaban a deliberarse algunos de los aspectos relativos a su futuro proceso de adaptación, tales como la disposición del séquito de servidores que habrían de acompañarla desde su corte de origen o la conformación de la Casa que debía servirla tras su instalación en la corte de adopción. Examinar las circunstancias en las que tuvieron lugar las primeras nupcias de Felipe V es el objetivo de la III parte de esta tesis. En ella acometemos, en primer lugar, el análisis de la negociación diplomática llevada a cabo por los gobiernos de Versalles, Turín y Madrid con anterioridad a la formalización del matrimonio regio. Su desarrollo evidencia de un modo bastante elocuente tanto las tensiones que desestabilizaron la alianza borbónico-saboyana prácticamente desde su establecimiento, como las causas de los recelos hacia los orígenes dinásticos de María Luisa de Saboya y las consecuencias de su posible (y previsible) ascendiente sobre Felipe V, suspicacias que la consorte habría de afrontar más tarde. En segundo lugar atendemos a los aspectos formales y celebrativos del matrimonio real, en concreto al discurrir de la embajada extraordinaria del marqués de Castel-Rodrigo en Turín; a la discusión, características y contenido de las capitulaciones matrimoniales de los reyes; y a las diferentes ceremonias que solemnizaron las nupcias reales en la capital piamontesa. En tercer lugar examinamos la puesta en vigor de las primeras estrategias de control sobre el entorno de la nueva soberana. En particular, queremos poner el acento en la injerencia de Versalles en todo un conjunto de disposiciones, referentes a la organización y destino del séquito piamontés de la consorte, en las que *a priori* no debería haber intervenido. La vulneración por parte de Luis XIV y sus ministros de diferentes privilegios y prerrogativas que correspondían a las cortes de Turín y Madrid refleja, por un lado, el peso del gabinete galo en la adopción de las decisiones más importantes relacionadas con las nupcias de Felipe V, Rey Católico pero asimismo príncipe de la Casa de Francia. Y, por el otro, el interés de la monarquía vecina en fiscalizar desde el principio la composición del *entourage* de la consorte, así como las

posibles influencias externas a las que la esta podría verse expuesta, a través de la designación de la francesa princesa de los Ursinos como dama encargada de acompañar a la joven soberana desde Niza hasta Barcelona. En último término nos detendremos en la organización y desarrollo del viaje de María Luisa de Saboya a través de Italia y Francia con destino a la Península Ibérica. Analizaremos el itinerario que siguió, las diferentes ceremonias dispuestas durante su recorrido y el discurso del poder que se halla presente en las arquitecturas efímeras erigidas para la ocasión (en las que, junto a los tópicos habituales en la alabanza de este tipo de efemérides, existen algunas referencias interesantes al conflicto sucesorio, al papel de Saboya en la coalición borbónica y a la figura de Luis XIV como cabeza de la Casa de Borbón). Asimismo, procuraremos discernir las razones que llevaron a la reina a protagonizar el conocido como “incidente de Figueras”, episodio a menudo reducido a la categoría de anécdota pero que, sin embargo, tuvo una notable trascendencia en la trayectoria posterior de la soberana.

La parte IV de este trabajo pretende estudiar las condiciones en las que se produjo la instalación de María Luisa de Saboya en la corte de adopción, primero en Barcelona y después en Madrid. A través de sus páginas examinamos cómo asumió la soberana la tutela de Versalles, encarnada en la princesa de los Ursinos, sobre su comportamiento público y sus relaciones con el rey, así como cuáles fueron los valores y prácticas, desarrolladas por sus antecesoras de la Casa de Austria, con los que María Luisa se identificó o, por el contrario, procuró distanciarse. En este sentido, los discursos que acompañaron algunas de las actitudes de la reina durante sus primeros meses en el país manifiestan su voluntad por destacar la vertiente ejemplar de su dignidad regia, pero también por marcar distancia con algunos de los rasgos que habían caracterizado la imagen de Mariana de Neoburgo, su más inmediata predecesora. Este apartado de la tesis nos permitirá, además, apreciar los primeros cambios suscitados en el papel de María Luisa de Saboya como consorte de Felipe V, en particular en lo que se refiere a su relación con el poder. Si en un primer momento Ursinos debía formar a una soberana «*éloigné des affaires*», el contexto de conflicto sucesorio en el que se hallaba inmersa la Monarquía Hispánica obligó a Versalles a alterar algunos de los principios fundamentales de la instrucción de la reina. Así, su designación como gobernadora en ausencia de Felipe V favoreció la intervención formal de la consorte en el ámbito político, aspecto que su proceso de adaptación no



contemplaba en un principio. Dadas la juventud e inexperiencia de la gobernadora, esta situación entrañó, paralelamente, la activa implicación de la camarera mayor en la toma de decisiones. Analizar la dinámica de poder que caracterizó la primera gobernación de María Luisa de Saboya será también objeto de esta parte de la tesis. Este fue para la reina y la princesa un periodo de iniciación en el tratamiento de los asuntos de Estado; de establecimiento de contactos con diferentes ministros, cortesanos, burócratas y servidores españoles y franceses, algunos de los cuales pasarían a integrar más tarde la red clientelar de la camarera mayor; de consolidación de sus respectivas posiciones en la corte madrileña y, en definitiva, de afianzamiento de la relación de confianza y lealtad que ambas mujeres comenzaron a forjar en el invierno de 1701. Finalmente aludiremos a la composición de la Casa de María Luisa de Saboya. Más que realizar un examen minucioso de su organización, nos interesa señalar cómo la conformación de la servidumbre de la consorte estuvo determinada por tres ideas relacionadas entre sí: en primer lugar, la necesidad de forjar alrededor de la nueva reina un entorno favorable a Francia mediante la intervención de Versalles en la nominación de los sujetos que habían de ocupar los puestos de mayor jerarquía de la Casa (camarera mayor; mayordomo y caballerizo mayor; confesor real...); en segundo lugar, la defensa de la autoridad de la camarera mayor (leal a Luis XIV) no solo ya sobre la cámara regia sino también sobre el conjunto de la servidumbre de la soberana; por último, la voluntad de controlar los contactos de María Luisa de Saboya con los sujetos que se encontraban a su servicio, lo que entrañó la activa instrumentalización, por parte de Versalles, de las prerrogativas del cargo palatino que Ursinos ostentaba. En resumen, buscamos poner de relieve cómo la composición de la Casa de la primera soberana borbónica estuvo relacionada, en cierto modo, tanto con los objetivos que Luis XIV perseguía respecto al control del proceso de adaptación de la reina, como con el interés del monarca en privar a la servidumbre de María Luisa -con la salvedad de la camarera mayor- del ascendiente que algunos de sus miembros habían disfrutado con anterioridad sobre la escena político-cortesana merced a su proximidad a la consorte.

La parte V de la tesis aborda la implicación de la reina y la princesa en la toma de decisiones hasta la primera caída en desgracia de Ursinos en abril de 1704. A lo largo de sus páginas nos detendremos en el papel que jugaron ambas mujeres en el desarrollo de la conocida como “crisis del Despacho”; en la fractura del *entourage* francés de Felipe V; y en la pugna de influencias protagonizada por la camarera mayor

y los embajadores franceses, el cardenal y el abate d'Estrées. De entrada nos interesa destacar cómo, con independencia de las ambiciones de la reina y la princesa sobre la esfera pública, que ha constituido la explicación de la historiografía tradicional a los sucesos de enero de 1703, estos no pueden desligarse ni del contexto político-diplomático que atravesaba la Monarquía Hispánica en esos momentos ni de la propia experiencia de ambas mujeres durante la gobernación de 1702. En ese periodo la camarera mayor profundizó en su conocimiento sobre los «affaires d'Espagne» y se forjó una determinada visión de las relaciones francoespañolas opuesta a las directrices de Versalles en cuestiones tan delicadas como la proyección de la autoridad de los embajadores galos en el gobierno español, las prerrogativas de estos en el marco del ceremonial habsbúrgico o el incremento de la presencia francesa en la dirección de los asuntos de Estado, guerra y hacienda. Secundada por la reina, la defensa de sus opiniones en los aspectos referidos sería una constante en la conducta de la princesa durante los primeros meses de 1703, si bien es cierto que tal defensa se vería condicionada en todos los sentidos por la oposición surgida entre el embajador francés, la camarera mayor y la propia consorte. Analizar las razones que motivaron el posicionamiento de María Luisa de Saboya junto a la princesa de los Ursinos en el contexto de la hostilidad de la dama hacia los D'Estrées, será también objeto de esta parte de la tesis. En ella incidimos, además, en las estrategias desarrolladas por ambas mujeres con el fin de salvaguardar su influjo sobre la esfera político-cortesana, así como en las consecuencias del mismo: el impulso otorgado a las reformas institucionales pergeñadas por Jean Orry; la formación de un grupo de poder en la corte madrileña encabezado por la camarera mayor y el financiero; y el innegable ascendiente sobre la toma de decisiones del que gozaron este último y la dama merced a su proximidad a la pareja real. Asimismo, examinamos los efectos que tuvo la crisis del Despacho en la imagen de la soberana y Ursinos a ambos lados de los Pirineos; el sentido e intencionalidad de las informaciones que circularon entre Madrid y Versalles respecto a ambas mujeres; y cómo la credibilidad que otorgaron Luis XIV y sus ministros a tales testimonios contribuyó a reforzar el compromiso de la consorte con la causa de la princesa. Por último, aludimos al papel de María Luisa de Saboya en el contexto de la labor reformista de Orry patrocinada por la camarera mayor. Buscamos poner de relieve, por un lado, cómo la soberana se mostró lo suficientemente segura de su posición y autoridad, frente a las vacilaciones que evidenció con anterioridad, como

para secundar las iniciativas de ambos aunque ello entrañase oponerse a las directrices de Versalles. Por el otro queremos destacar cómo, si bien la iniciativa en materia política estuvo encabezada en este momento por la dama y Orry, este periodo puso de manifiesto, no obstante, la trascendencia del ascendiente que María Luisa de Saboya ejercía sobre Felipe V, lo que hace de la soberana una figura significativa en la ejecución de los planes de reforma defendidos por ambos sujetos.

En cuanto a la parte VI de este trabajo, está dedicada a analizar la proyección de la reina en la escena político-cortesana en solitario, tras la primera caída en desgracia de la princesa. Desde una perspectiva general aspiramos a poner en valor la importancia que adquirió la influencia de la consorte en las relaciones entre las Dos Coronas desde la primavera de 1704, lo que corroboran los diferentes intentos de Luis XIV por instrumentalizar el ascendiente de María Luisa de Saboya sobre Felipe V. En segundo lugar, pretendemos desentrañar las razones que motivaron la oposición de la soberana a la política de Versalles a lo largo de esta etapa. Que la reina nunca terminó de asumir la destitución de Ursinos es bien conocido, como también el que buena parte de la hostilidad de María Luisa a la actividad gubernamental del entonces embajador francés, duque de Gramont, derivó de este hecho. Con todo, en esta parte de la tesis insistimos asimismo en otros factores que, junto a los vínculos de la consorte con la dama, pueden ayudarnos a comprender de manera más completa la conducta de la reina en esta coyuntura. A saber: el compromiso de la soberana con el mantenimiento de las reformas de Orry; su oposición a Ubilla, Secretario del Despacho Universal; o la falta de coherencia existente en los discursos de Luis XIV, algunos de sus ministros y Gramont en cuanto al papel que la consorte había de desempeñar en la toma de decisiones. Discursos que, al estar sembrados de contradicciones y críticas más o menos explícitas hacia la influencia de María Luisa sobre Felipe V, no hicieron sino alentar la desconfianza de la reina hacia las órdenes de Versalles. En tercer lugar, nos detenemos en algunos de los aspectos que nos permiten apreciar la evolución producida en el comportamiento de la soberana en el contexto de la que consideramos la última etapa de su proceso de adaptación. Nuestra intención en este punto no es juzgar lo acertado o desacertado de algunas de las acciones protagonizadas por María Luisa en estas fechas, algo que se hace extensible a las cuestiones señaladas más arriba. Lejos de ello, aspiramos a poner de manifiesto cómo la consorte fue capaz de emplear su crédito y contactos en las cortes de las Dos Coronas con el fin tanto de mantener la

cohesión del grupo de poder vertebrado en su día por la camarera mayor, como de favorecer la causa de esta última ante el monarca galo. Nos encontraremos, pues, con una María Luisa de Saboya más madura, segura de la firmeza de su posición en el seno de la pareja real y que se mostrará capaz de actuar con autonomía, esto es sin la tutela de la princesa, no solo en el cumplimiento de su papel como consorte sino también en el ejercicio de la influencia derivada de su condición regia. Por último, dado que esta parte de la tesis está destinada en su totalidad a la reina, consideramos oportuno incluir en ella un capítulo dedicado a los vínculos de María Luisa con su dinastía de origen. A través de sus páginas analizamos los lazos de la consorte con los distintos miembros de la familia ducal; el desarrollo de su condición como mediadora en favor de los intereses de Saboya y determinados súbditos piamonteses en la Monarquía Hispánica; y la participación de María Luisa en las relaciones diplomáticas entre el ducado y las Dos Coronas antes y después de la quiebra de la alianza borbónico-saboyana.

Finalmente este trabajo concluye con un epílogo en el que examinamos la evolución de las respectivas trayectorias de la reina y la princesa entre 1705, año del regreso de la camarera mayor a Madrid, y 1715, momento de la caída en desgracia de Ursinos tras la prematura muerte de la consorte y el segundo matrimonio de Felipe V con Isabel Farnesio. Nos interesa destacar como la estancia de la dama en Francia, y en particular las conversaciones de Marly, contribuyeron al inicio de una etapa de estabilidad en las relaciones francoespañolas que se extendió hasta 1709. En razón de ello, analizaremos el papel de ambas mujeres en este nuevo contexto, las características de su proyección en la esfera político-cortesana y los cambios producidos en el *entourage* regio durante este periodo, en el que adquieren importancia personajes de gran relevancia que gozarán de la protección de la reina y la princesa (como Amelot, Macanaz, Grimaldo, etc.).

Este trabajo cuenta, además, con un apéndice en el que incorporamos documentación de diferente naturaleza que, por su extensión, no cabía introducir en el cuerpo del texto. Los criterios que han motivado la selección de las fuentes que incluimos en él han girado en torno a la importancia de su contenido para una mejor comprensión de algunos de los acontecimientos y procesos que analizamos en esta tesis. Tal es el caso, por ejemplo, de la inclusión de algunas muestras documentales relativas al matrimonio de los reyes; de los apartados dedicados a la figura de la reina en las instrucciones recibidas por los sucesivos embajadores franceses durante la

Guerra de Sucesión (lo que nos permite visibilizar de manera general la evolución del rol de la consorte en el contexto de las relaciones diplomáticas entre Francia y la Monarquía Hispánica); o de la “Memoria” redactada por la princesa de los Ursinos con anterioridad a su regreso a España en 1705. Asimismo hemos realizado una edición de la correspondencia de la reina con los duques de Saboya entre 1701, año de su enlace con Felipe V, y 1703, cuando el ducado abandonó la coalición borbónica. Este epistolario es bien conocido por los historiadores que se han aproximado a la figura de María Luisa de Saboya. Sin embargo, a diferencia de lo sucedido con las cartas que la soberana envió a su abuela, Madame Royale, editadas en el siglo XIX, la correspondencia de la reina con sus padres no había sido transcrita hasta ahora en ninguna de las obras dedicadas a este periodo. Por ello, a través de su inserción en este apéndice, pretendemos poner de relieve su valor como fuente para un mejor conocimiento de las diferentes facetas de la biografía de la consorte en los primeros tiempos de su vida en España. Finalmente, incluimos la transcripción de algunas de las epístolas intercambiadas por María Luisa de Saboya y Madame de Maintenon entre 1704 y 1706, además de una correspondiente al año 1711. Su transcripción, esperamos, permitirá al lector apreciar la naturaleza eminentemente política de la relación de ambas mujeres, así como el importante papel que la esposa morganática de Luis XIV jugó en algunos de los momentos más complicados de la vida de María Luisa. Por último, nos gustaría hacer notar que hemos respetado la grafía original de la documentación incorporada en este apéndice, con la salvedad de los signos de puntuación y acentos que se rigen por las normas de ortografía española y francesa actuales. Además, hemos desarrollado las frecuentes abreviaturas que estos documentos contienen y que en el texto aparecen entre corchetes. Por ejemplo: Made. = Mad[am]e; Srma. Sra. = S[e]r[enisi]ma S[eño]ra.

### **Fuentes:**

A lo largo de las páginas que seguirán realizaremos un somero recorrido por las fuentes de diferente naturaleza que constituyen el sustrato primario de esta tesis. Una parte fundamental de la documentación que incluimos en este trabajo es la correspondencia, de carácter privado y diplomático. A decir verdad, somos conscientes de los problemas que pueden derivarse de la utilización de una fuente de esta índole. Todo testimonio epistolar constituye una narración subjetiva susceptible no solo de ocultar información relevante para la comprensión de un determinado acontecimiento

o fenómeno, sino en la que el emisor, a menudo, puede representar aquello que el receptor espera leer. No obstante, la apreciación que acabamos de realizar no implica que debamos desechar de forma sistemática este tipo de documentación en un estudio de carácter parcialmente biográfico. De entrada, no podemos dudar de la veracidad de todo relato personal. Asimismo, por muy subjetivo que pueda ser el contenido de cualquier misiva, no es menos cierto que con frecuencia este influye en la toma de ciertas decisiones; que las impresiones recogidas en un epistolario pueden ser objeto de interesantes análisis; y que podemos aspirar a lograr una cierta objetividad cruzando diferentes correspondencias y otros registros documentales con objeto de detectar silencios e intencionalidades, así como de corroborar, refutar y concretar la narración de determinados hechos. Por citar dos ejemplos relacionados con este trabajo, al contrastar el contenido de las misivas de los d'Estrées, Louville y la princesa de los Ursinos con los informes de Operti y Pucci, embajadores de Saboya y Toscana en Madrid respectivamente, hemos podido aportar una visión más completa tanto de la crisis del Despacho como de las intenciones que subyacían bajo la actuación de sus principales protagonistas a lo largo de su desarrollo. Igualmente de interés para nosotros ha sido el epistolario de Louville, en el que nos detendremos más adelante. La parcialidad de las cartas del marqués en algunos aspectos no ha impedido que su análisis nos haya permitido apreciar cómo las características de la imagen proyectada en Versalles sobre María Luisa de Saboya y la princesa de los Ursinos, tuvo unos objetivos políticos concretos y, a medio plazo, determinó la adopción de determinadas disposiciones por parte del gabinete francés.

Entre la correspondencia privada empleada en esta tesis destacaremos, en primer lugar, la emanada de la propia María Luisa de Saboya. Ciertamente no son muchos los registros documentales que han llegado hasta nosotros de mano de la reina. En algunos casos se trata de muestras aisladas y vestigios que no constituyen una serie cronológica completa; en otros nos encontramos con que, o bien contamos con las cartas de la consorte pero carecemos de la respuesta a las mismas de sus receptores, o bien sabemos que, aunque esta correspondencia existió, no parece haber sobrevivido. Esto último sería achacable al epistolario de María Luisa de Saboya con Felipe V en los momentos en los que el monarca se encontraba en el frente militar<sup>39</sup>; o

---

<sup>39</sup> A este respecto cabe señalar la existencia en el Archivio di Stato di Torino de algunas cartas, de carácter formal y redactadas de mano de un secretario, intercambiadas por los reyes durante el viaje de María Luisa hasta España.

a las cartas que la soberana intercambió con su abuelastra y hermana, las duquesas de Orleáns y Borgoña, cuya existencia conocemos gracias a otras fuentes. Dicho esto, a pesar de los vacíos documentales que acabamos de referir, y que en cierto modo condicionan cualquier investigación relacionada con la primera consorte borbónica, tenemos la fortuna de contar con cierto número de cartas redactadas o dictadas por María Luisa. Estos son:

**-La correspondencia de la reina con sus padres, los duques de Saboya, y su abuela, la segunda Madame Royale**, depositada en el Archivio di Stato de Turín.<sup>40</sup> Este conjunto de epístolas son especialmente representativas para los años 1701-1703, si bien su cantidad se reduce considerablemente después de la quiebra de la alianza borbónico-saboyana. No ocurre lo mismo, sin embargo, con las cartas de María Luisa a su abuela, de las que se han conservado un buen número entre 1704 y 1713. Lamentablemente, las respuestas de la duquesa Ana y Madame Royale a las misivas de la reina no han llegado hasta nuestros días, aunque por el contrario poseemos algunas de las cartas de Víctor Amadeo II a su hija. La consulta de este grupo de escritos aporta información relevante para conocer las características de la relación de la reina con los miembros de la familia ducal; la evolución de sus vínculos con Felipe V y la princesa de los Ursinos; o cómo asumió la soberana su instalación en la corte de adopción y el ejercicio de las diferentes facetas de su papel como consorte del primer Borbón, entre otras cuestiones.

**-La correspondencia de María Luisa de Saboya con Luis XIV** entre 1702 y 1714, ubicada en el Archivo Histórico Nacional (Madrid) y el Archive du Ministère des Affaires Étrangères (París). Si bien una parte de estas cartas ha sido publicada por José Manuel de Bernardo Ares, las diferentes ediciones realizadas por este autor no incluyen las misivas correspondientes a los años 1701-1702, lo que hace obligada la consulta *in situ* de estas en París.<sup>41</sup> La lectura de las mismas resulta imprescindible para conocer tanto el desarrollo de las relaciones entre la soberana y el rey de Francia, cabeza de la Casa de Borbón, como la evolución que se produjo en el rol que éste adjudicaba a la consorte en el seno de la pareja real.

---

<sup>40</sup> El Archivo Histórico Nacional, en su sección Estado, conserva la copia de una de las cartas enviadas por María Luisa a su padre en enero de 1708. A.H.N.,E, leg. 2574.

<sup>41</sup> BERNARDO ARES, J. M. (y otros): *De Madrid a Versalles. La correspondencia bilingüe entre el Rey Sol y Felipe V durante la Guerra de Sucesión*. Madrid, 2011; BERNARDO ARES, J. M. y ECHEVERRÍA PEREDA, E. (coords.): *Las cortes de Versalles y Madrid en el año 1707. Estudio traductológico e histórico de las correspondencias real y diplomática*. Madrid, 2011.

**-La correspondencia de la reina con Madame de Maintenon**, que se encuentra en el Archive du Ministère des Affaires Étrangères de París. Las misivas intercambiadas por ambas mujeres distan de presentar una serie cronológica ininterrumpida. No obstante, aquellas que conservamos resultan fundamentales para discernir la trayectoria de la soberana durante la desgracia de Ursinos; su actuación en favor de la dama entre 1704 y 1705; o la importancia que María Luisa otorgaba a la condición de Madame de Maintenon como intercesora ante Luis XIV.

A diferencia de lo que sucede con la reina, la princesa de los Ursinos dejó un voluminoso epistolario durante su estancia en España (redactado por terceros a causa de su mala visión). Dada la trascendencia del papel que la dama jugó tanto en la política de la Monarquía Hispánica durante el conflicto sucesorio como en la vida de María Luisa de Saboya hasta su fallecimiento, su correspondencia constituye una fuente fundamental para cualquier estudio que aborde no solo ya la figura de la reina sino también la situación del gobierno, la corte y la diplomacia españolas en los primeros años del siglo XVIII. Entre las muestras epistolares “dictadas” por la dama debemos destacar:

**-La correspondencia de la princesa con el Secretario de Estado de Asuntos Exteriores francés, el marqués de Torcy**: publicada en su mayoría a comienzos del siglo XX por el duque de La Trémoille, en una edición de seis volúmenes que incluía un conjunto de misivas ubicadas en el Archive du Ministère des Affaires Étrangères de París y en los archivos de la familia La Trémoille<sup>42</sup>, aporta una valiosísima información acerca del desarrollo de las diferentes facetas del proceso de adaptación de María Luisa de Saboya; de la evolución producida en el papel de la princesa en el marco del mismo; y de la paulatina implicación de la dama en la toma de decisiones en el gobierno español. En otro orden de cosas, las cartas de Ursinos al ministro, redactadas para ser leídas no solo por Torcy sino también por Luis XIV, constituyen un vívido testimonio acerca del estado del gobierno y la corte madrileña entre 1701 y 1715. En particular, su consulta ha sido especialmente fructífera a la hora de analizar la participación de la consorte y la camarera mayor en la crisis del

---

<sup>42</sup> A pesar del valor como fuente que posee la recopilación epistolar de La Trémoille, debe tenerse en cuenta que las misivas que incluye fueron extractadas por el autor, lo que a menudo nos ha obligado a contrastar el contenido de las cartas transcritas con el de los originales depositados en el Archive du Ministère des Affaires Étrangères de París.



Despacho, su compromiso con las reformas de Orry o la labor de patronazgo político-cortesano desarrollada por la dama gracias a la protección de la reina.

**-El epistolario de la princesa con la mariscala de Noailles y Madame de Maintenon:** publicado por Auguste Geffroy, Marcel Loyau y, más recientemente, por Bots y Bots-Estourgie, a quienes debemos una edición revisada de la correspondencia de Maintenon que incluye las cartas que ésta intercambió durante una década con Ursinos<sup>43</sup>, ambos conjuntos epistolares son complementarios y abarcan cronológicamente todo el periodo en el que la camarera mayor se mantuvo en España al servicio de María Luisa de Saboya. Así, mientras que la correspondencia de la dama con la mariscala de Noailles resulta de obligada consulta para reconstruir la acción de la princesa en el círculo regio desde 1701 a 1703, las misivas semanales de Ursinos a Madame de Maintenon, junto con las respuestas de esta a las mismas, nos permiten apreciar una amplia variedad de cuestiones que remiten a la evidente proyección de ambas mujeres en las relaciones políticas, diplomáticas y dinásticas de las Dos Coronas entre 1705 y 1715. El desarrollo del conflicto sucesorio, la situación de las relaciones internacionales europeas y el relato de nombramientos, disposiciones de gobierno y cambios introducidos en la administración y las instituciones, son aspectos que se entremezclan en el epistolario de las dos damas con otras noticias relativas al *entourage* de los reyes y la vida cotidiana de María Luisa de Saboya, lo que justifica la trascendencia que la historiografía ha otorgado a esta correspondencia.

**-El epistolario de Ursinos con el mariscal de Tessé, caballerizo mayor de la duquesa de Borgoña, y el cardenal Gualterio, nuncio papal ante la corte de Versalles:** depositado en la British Library (Londres), supone un registro documental más fragmentado en su cronología y, por ello, menos trascendente que los anteriores. No obstante, ambas correspondencias, que cubren de forma desigual el periodo 1706-1714, han sido de interés en la elaboración del epílogo que concluye este trabajo. En sus cartas a estos sujetos la princesa aporta datos acerca de la situación de la corte madrileña; las alteraciones introducidas en la cámara regia en 1706 y 1712; o la participación de la reina en la concesión de ciertas mercedes a determinados súbditos

---

<sup>43</sup> Un buen número de las cartas de Ursinos a la mariscala de Noailles fueron publicadas en 1859 por Auguste Geffroy en su *Lettres inédites de la princesse des Ursins...* Respecto a la correspondencia de la princesa con Madame de Maintenon entre 1705 y 1715, ha sido editada recientemente (parcial e íntegramente) por LOYAU, M.: *Correspondance de Madame de Maintenon et de la princesse des Ursins. 1709: une année tragique*. París, 2002, e íd.: *Madame de Maintenon et la princesse des Ursins. Correspondance 1707-1709*. París, 2014, y BOTS, H. y BOTS-ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres de Madame de Maintenon*. París, 2009-2013, 7 vols, en especial vols. 3-6.

italianos. Además, las misivas de la camarera mayor a Tessé rinden puntual cuenta de la evolución de la enfermedad que desembocaría en el fallecimiento de María Luisa de Saboya, e incluyen algunas reflexiones personales de la dama en relación a sus vínculos con la finada; su situación en el *entourage* real tras la muerte de la consorte, o los sentimientos que generó en la princesa el nuevo matrimonio de Felipe V.

Otros conjuntos epistolares relevantes en la ejecución de esta tesis han sido las **correspondencias de los marqueses de Montviel y Louville con Torcy y el duque de Beauvilliers**. Resulta complejo definir la naturaleza de estos epistolarios. En sentido estricto, no estamos ante una correspondencia completamente privada que suponga un canal de comunicación exclusivo entre el emisor y el receptor de la misma. Al igual que las cartas de la princesa de los Ursinos, las misivas de Montviel y Louville a ambos ministros eran a menudo leídas a Luis XIV, quien gracias a ellas contaba con una detallada información sobre la corte española que enriquecía la aportada por los representantes de la diplomacia francesa en Madrid. Con todo, no nos encontramos tampoco ante una correspondencia diplomática, toda vez que, aunque su contenido era a grandes rasgos similar al que podría aportar algún embajador bien informado, sus emisores no ostentaban oficialmente esta dignidad. A nuestro modo de ver, las cartas de Louville y Montviel conforman epistolarios de carácter semiprivado, en el que se alternan misivas susceptibles de ser leídas por terceros con otras cuyo encabezamiento remite con frecuencia únicamente a su destinatario original (por ejemplo a los duques de Beauvilliers “seuls”). Depositada en el Archive du Ministère des Affaires Étrangères<sup>44</sup>, la consulta de la correspondencia de Montviel y Louville nos ha permitido reconstruir parcialmente el contexto que María Luisa de Saboya hubo de afrontar a su llegada a la corte española en 1701; los motivos subyacentes bajo las suspicacias que generaban tanto sus orígenes dinásticos como su posible ascendiente sobre Felipe V; y la ejecución de las primeras medidas relativas a la composición de la servidumbre de la futura consorte. A este respecto, las cartas de ambos sujetos aportan abundante información acerca de las cualidades de las mujeres que habían de conformar la cámara de la reina. Opiniones que, si bien subjetivas y parciales, nos permiten comprender la importancia que Versalles otorgó a la constitución del

---

<sup>44</sup> Algunas de las cartas de Louville serían editadas por el conde de Roure en sus *Mémoires sur l'établissement de la Maison de Bourbon en Espagne...*, por Boislisle en los Apéndices de su edición de las *Mémoires de Saint-Simon...* y por Georges Lizerand en los Apéndices de la biografía que dedicó al duque de Beauvilliers, *Le Duc de Beauvilliers 1648-1714...*

*entourage* palatino de María Luisa y, por añadidura, a la designación de una francesa como camarera mayor. En otro orden de cosas, la correspondencia de Louville (Montviel abandonó España en 1702) complementa el relato realizado por los d'Estrées sobre la crisis del Despacho, además que resulta fundamental para conocer las características principales de la imagen de la reina y la princesa difundida en Versalles en la citada coyuntura, o el desarrollo por parte de ambas mujeres de algunas estrategias destinadas a salvaguardar su influencia sobre el rey.

En lo que respecta a la **correspondencia diplomática**, su valor como fuente para la elaboración de esta tesis ha sido indiscutible. En primer lugar cabría destacar la **documentación emanada de la embajada francesa en Madrid**. El epistolario de los sucesivos embajadores galos en la capital española es de obligada consulta en todo estudio relacionado con la historia de España a lo largo de la Guerra de Sucesión. En este sentido, por muy utilizados que puedan parecernos los fondos que alberga el Archive du Ministère des Affaires Étrangères de París, el volumen de documentos generado por los embajadores de Luis XIV en la corte madrileña durante el primer cuarto del siglo XVIII es tal, que su lectura siempre es susceptible de aportar nuevos datos e interpretaciones sobre este periodo. En nuestro caso, la proyección de los diplomáticos franceses no solo ya en el gobierno español sino también en el *entourage* regio al menos hasta 1709, convierte su correspondencia con Versalles en un instrumento de especial relevancia para reconstruir: a) el contexto en el que María Luisa de Saboya hubo de desenvolverse durante su matrimonio con Felipe V; b) cómo afectó la evolución de la guerra y de las relaciones entre Francia y la Monarquía Hispánica a su proceso de adaptación y, en particular, a la posición y autoridad de la consorte en el seno de la pareja real; y c) las distintas impresiones que suscitó, entre 1701 y 1705, tanto la influencia que la soberana ejercía sobre el rey como la posible instrumentalización de la misma en favor de los intereses bien de Francia, bien de las Dos Coronas. Dicho esto, podemos concretar un poco más la utilidad que hemos otorgado a esta correspondencia en la realización del presente trabajo. Por ejemplo, el epistolario de Marcin es de gran interés para conocer qué se esperaba de María Luisa de Saboya, en tanto que consorte de un rey Borbón, en los meses inmediatamente posteriores a su instalación en la corte de adopción (nos referimos a la soberana «éloigné des affaires» que veremos más adelante), así como para discernir cuál fue el rol que Ursinos hubo de desempeñar a la sazón junto a la reina. Por su parte, las

misivas de sus sucesores, los d'Estrées y el duque de Gramont, cuyo contenido es sin duda más crítico hacia la consorte, aportan interesantes datos sobre la intervención de María Luisa de Saboya en la toma de decisiones, sobre sus contactos en la escena político-cortesana y su relación con la camarera mayor, o sobre la trascendencia de la protección que la reina tributó a la princesa y a algunos de sus parciales a partir de enero de 1703. Para obtener una percepción más ponderada de la soberana, hemos consultado la correspondencia del marqués de Chateauneuf, quien permaneció en Madrid durante unos meses en la primavera de 1704 tras abandonar la embajada francesa en Lisboa. Las cartas del marqués a Luis XIV y Torcy nos han ayudado a contrastar el contenido de algunas de las informaciones remitidas en su día por los d'Estrées, pero también a analizar las distintas acciones de la reina inmediatamente después de la primera desgracia de la camarera. Por último, las epístolas de Amelot nos han permitido describir no solo la situación de la corte madrileña después del regreso de la princesa a España, sino también analizar cuáles fueron los respectivos roles de la dama y la soberana en una etapa de relativa estabilidad en las relaciones de las Dos Coronas (1705-1709).

El contenido de los registros documentales que acabamos de señalar debe complementarse, en último término, con la respuesta de Luis XIV y Torcy a las cartas enviadas a Francia por este grupo de diplomáticos. Merced a su consulta podemos entrever, de entrada, hasta qué punto las noticias remitidas por estos sujetos tenían incidencia en las decisiones adoptadas por el monarca francés y sus ministros. A su vez, las misivas de Torcy, por sí mismas, suponen una fuente de notable interés para estudiar los diferentes factores que caracterizaron las primeras etapas del proceso de adaptación de la reina: los objetivos iniciales que Versalles perseguía con el mismo; el sentido otorgado al control de los vínculos de la soberana con Felipe V; o las razones que subyacían bajo la adopción de decisiones como la expulsión del séquito piamontés de la consorte, entre otros aspectos.

Con todo, si la correspondencia de los embajadores franceses en Madrid constituye uno de los conjuntos documentales más completos con los que contamos para reconstruir la vida de María Luisa de Saboya como reina de España, no es menos cierto que su contenido adolece de una cierta parcialidad en determinadas cuestiones. Tal es lo que observamos, por ejemplo, al consultar el flujo de misivas que circuló entre Madrid y Versalles desde la crisis del Despacho, momento en el que la implicación de

los diplomáticos franceses en la misma y la disensión imperante en el *entourage* real privó de cierta objetividad a sus relatos acerca de la situación reinante en la capital española. Con objeto de alcanzar una cierta ecuanimidad al analizar tanto el desarrollo de la citada crisis como la trayectoria de la reina y la princesa entre 1701 y 1705, hemos consultado el epistolario de otros diplomáticos destinados en Madrid durante este periodo. Concretamente, hemos privilegiado la lectura de la correspondencia del embajador saboyano en España hasta octubre de 1703, el comendador Operti; de los embajadores del gran ducado de Toscana, y del enviado jacobita ante la corte madrileña, Sir Tobby du Bourk, sujetos todos ellos bien relacionados con María Luisa y la camarera mayor:

**-La correspondencia de Operti:** ubicada en el Archivio di Stato de Turín, supone un conjunto documental de gran relevancia para aproximarnos a la vida de la soberana en los primeros tiempos de su matrimonio, lo que lo equipara en importancia al epistolario de los embajadores franceses. Su consulta aporta un amplio caudal de información de diferente naturaleza acerca de la negociación diplomática que antecedió a las nupcias de Felipe V y María Luisa de Saboya; el impacto que tuvo sobre la corte española tanto la instauración de la nueva dinastía como la creciente influencia francesa sobre el gobierno; o los discursos que suscitaban en Madrid determinados acontecimientos relacionados con el desarrollo del conflicto sucesorio o la adopción de ciertas decisiones político-militares. No obstante, si en algo destaca la correspondencia de Operti es en la utilidad que puede otorgársele a la hora de examinar las acciones de María Luisa inmediatamente después de su instalación en la corte de adopción. El interés de los duques de Saboya en conocer los pormenores de la vida de su hija tras su establecimiento en España convierte las cartas del diplomático en un prolijo relato que nos permite analizar desde la imagen pública de la reina hasta la evolución de sus relaciones con Felipe V, pasando por el modo en que María Luisa de Saboya asumió sus funciones como consorte del primer Borbón. Asimismo, las misivas de Operti son interesantes en un doble sentido: por un lado, aportan bastante información sobre el desempeño de la princesa junto a la reina, datos gracias a los cuales podemos estudiar el papel que la dama jugó en el proceso de adaptación de María Luisa y, en particular, en algunas de las acciones protagonizadas por la consorte en los primeros meses de su matrimonio. Por el otro, las cartas de Operti contienen también diferentes referencias a la intervención de la soberana en las relaciones diplomáticas de Saboya con las Dos

Coronas, así como a su función como intermediaria en favor de los intereses en la Monarquía Hispánica de Víctor Amadeo II y determinados súbditos saboyanos. Finalmente, los legajos que contienen la correspondencia de Operti albergan también algunas misivas remitidas al diplomático por los duques de Saboya y Madame Royale; epístolas que nos permiten subsanar los vacíos existentes en la correspondencia de María Luisa con todos ellos y, en último término, proporcionar una visión más completa de los vínculos de la reina con su familia, de la evolución de su identidad dinástica, o del papel que los padres y la abuela de la soberana pudieron desempeñar en un proceso de adaptación dominado por la corte de Versalles.

**-La correspondencia de los embajadores toscanos en Madrid:** depositada en el Archivio di Stato de Florencia, contiene información de carácter general acerca de la vida de los reyes y la situación de la corte madrileña. En concreto, su consulta ha sido fundamental para poner en contexto el estado del gobierno español en enero de 1703; para estudiar las diferentes acciones protagonizadas por la reina, la camarera mayor y Felipe V inmediatamente después del regreso de este último de la jornada italiana; y para puntualizar de algún modo los objetivos que la camarera mayor perseguía de su intervención en la crisis del Despacho.

**-El epistolario de Sir Tobby du Bourk con Torcy y el cardenal Gualterio:** el enviado jacobita en España no solo fue una figura de cierta proyección en el *entourage* real, que gozó del favor de la reina y la princesa de los Ursinos, sino también uno de los informadores de Torcy en Madrid entre 1705 y 1715. Sus cartas al ministro, depositadas en el Archive du Ministère des Affaires Étrangères de París, junto a las que remitió al cardenal Gualterio, ubicadas en la British Library de Londres, incluyen desde noticias de carácter político-diplomático hasta diferentes referencias relativas a la composición de la Casa de la reina o a la participación de la princesa de los Ursinos en la toma de decisiones en los decisivos años 1713-1715. Por otra parte, las misivas que du Bourk envió a Gualterio a lo largo de 1704, han sido fundamentales en el análisis que hemos realizado de las causas que precipitaron la primera caída en desgracia de la camarera mayor. **El fondo Gualterio de la British Library incluye, además, algunas cartas remitidas al cardenal por el embajador francés, abate d'Estrées,** cuyo contenido está relacionado con la crisis del Despacho, la proyección de Ursinos y Orry en la escena política entre 1703 y 1704, y la relación de poder que el diplomático mantuvo con la princesa a lo largo de su embajada.

Otros de los fondos epistolares de naturaleza diplomática que hemos empleado en la realización de este trabajo han sido, en primer lugar, la **correspondencia de Phélyppeaux, embajador francés en Turín**, con la corte Versalles entre 1701 y 1703 (Archive du Ministère des Affaires Étrangères de París); las **minutas de las cartas del enviado español en Saboya, Don Juan Antonio Albizu**, en el mismo periodo (Biblioteca Nacional de Madrid); y las **misivas que el marqués de Castel-Rodrigo** envió a España durante su embajada extraordinaria ante la corte saboyana (Archivo Histórico Nacional). Los tres registros documentales señalados han sido de gran relevancia en nuestro examen de los diferentes aspectos que caracterizaron la efectucción del primer matrimonio de Felipe V. En particular, su consulta ha sido fundamental para reconstruir: a) la negociación diplomática que antecedió tanto a la firma del tratado de alianza borbónico-saboyano de 1701 como a las nupcias regias; b) las diferentes disposiciones relativas a la organización del viaje de la reina hasta España y a la composición de su séquito piamontés; c) las conversaciones entre Madrid y Turín con motivo de la redacción de las capitulaciones matrimoniales de los reyes. La abundante información que contiene la correspondencia de estos diplomáticos debe combinarse, en última instancia, con el contenido de los **epistolarios de Operti y el conde de Vernon**, embajadores saboyanos en las cortes de España y Francia (Archivio di Stato de Turín).

El último conjunto documental al que nos referiremos dentro del apartado dedicado a la correspondencia diplomática sería el conformado por las **cartas de Tessé a la princesa de los Ursinos**. Depositado en la Bibliothèque Nationale de París, se trata de un fondo muy fragmentado en su cronología pero que, sin embargo, aporta ciertas noticias de interés respecto al papel que Versalles adjudicó a la reina y a la duquesa de Borgoña en el fallido intento de aproximación de las Dos Coronas a Saboya en 1708-1709. En otro orden de cosas, las misivas de Tessé proporcionan algunos datos relativos a los gustos literarios, teatrales y musicales de María Luisa que lamentablemente no son frecuentes en el resto de la documentación consultada.

Un epistolario de carácter oficial, aunque no estrictamente de naturaleza diplomática, sería el remitido por el *Commis de marine* en Madrid, **Ambrose Daubenton, a Pontchartrain**, Secretario de Estado de la Marina francesa. Localizadas en los Archives Nationales de París, las cartas de Daubenton y su sucesor, Partyet, que abarcan toda la cronología del conflicto sucesorio, nos permiten completar el volumen

de información aportado por los embajadores galos en la capital española. Además de los aspectos relativos a los intereses comerciales de Francia en la Monarquía Hispánica, en ellas abundan noticias de distinta naturaleza que abarcan desde la situación de la corte y el gobierno hasta los nombramientos ejecutados para determinados cargos en la administración, las Casas reales y el ejército, pasando por la descripción de las diferentes ceremonias y festividades desarrolladas en Madrid con motivo de las más importantes efemérides. En particular, la consulta de este fondo epistolar ha sido de notable utilidad para el estudio del conjunto de relaciones establecidas por la consorte y la princesa de los Ursinos en la corte madrileña; para el análisis de la composición y actividad del conocido como “Despacho secreto” de la reina a lo largo de 1704; y para desentrañar el sentido e intencionalidad de algunas noticias relativas a la francofobia de María Luisa.

Junto con la correspondencia, a lo largo de la ejecución de este trabajo hemos recurrido a otro tipo de **fuentes de naturaleza diplomática** que complementan la información obtenida en los distintos epistolarios consultados. Así por ejemplo, las **consultas del Consejo de Estado** (donde se incluyen referencias al contenido de los despachos remitidos a Madrid por los diplomáticos españoles destinados en las diferentes cortes de Europa) han sido de especial interés para analizar las relaciones de la Monarquía Hispánica con otras potencias europeas, en particular con Francia y Saboya. Su lectura (en el Archivo General de Simancas y el Archivo Histórico Nacional) nos ha permitido discernir diferentes cuestiones, tales como:

- La importancia del ducado de Saboya en la situación geopolítica del Norte de Italia antes y después del conflicto sucesorio (el interés de Madrid por formalizar una alianza con Turín durante el último cuarto del siglo XVII así lo corrobora);

- El cúmulo de intereses económicos que vinculaban a Saboya con la Monarquía Hispánica, al igual que la voluntad de Turín por convertir tales intereses en ganancias territoriales, aspecto que condicionaría tanto la negociación previa a las nupcias reales como el papel de María Luisa como intermediaria entre el ducado y la corona española;

- La diferente posición que ocupaban en la corte de Versalles los embajadores de Felipe V, lo que incide en el contenido de la información que estos remitían a Madrid; y

- El posicionamiento de las instituciones oficiales españolas (y sus miembros más destacados) ante la influencia francesa, el desarrollo del conflicto sucesorio o los cambios introducidos en la administración hispana.



En otro orden de cosas, la documentación emanada del Consejo de Estado durante la embajada extraordinaria del marqués de Castel-Rodrigo en Turín, que se encuentra en el Archivo Histórico Nacional (Consultas, instrucciones, registros de gastos, descripciones del ceremonial desarrollado en efemérides concretas, etc.) ha sido para nosotros una fuente imprescindible en la elaboración de los capítulos dedicados al matrimonio de los reyes, al desarrollo de la mencionada embajada y al viaje de la reina María Luisa hasta España. A pesar de la riqueza de esta documentación, su información debe completarse, no obstante, con los fondos depositados en el **Archivio di Stato de Turín** (en su sección *Matrimoni de Sovrani...*) y la **Biblioteca Reale** de la misma ciudad, donde pueden localizarse algunas relaciones manuscritas relativas a los fastos que solemnizaron las nupcias regias en la capital saboyana, la misión de Castel-Rodrigo en Turín o el viaje de la soberana por tierras del ducado. La **Biblioteca Reale de Turín** alberga, asimismo, los registros ceremoniales de la corte saboyana, que hemos utilizado tanto en la narración de algunos de los acontecimientos que acabamos de referir como para el análisis del aprendizaje cortesano de la entonces princesa María Luisa de Saboya (este tipo de documentación describe de manera detallada las ceremonias de diferente naturaleza en las que María Luisa participó desde su infancia hasta su matrimonio con Felipe V). En cuanto a los gastos efectuados por el marqués de Castel-Rodrigo durante su embajada, pueden rastrearse parcialmente también en la sección **Dirección General del Tesoro del Archivo General de Simancas**.

Los dos últimos tipos de fuente que conforman el sustrato primario de este trabajo son:

**-La documentación relativa a la Casa de María Luisa de Saboya:** depositada en el Archivo General de Palacio (Madrid), se trata de un fondo de documentos distinta naturaleza (administrativa, económica...) que permite reconstruir parcialmente la evolución de la servidumbre palatina de la consorte entre 1701 y 1714. Especial interés han tenido para nosotros las diferentes plantas de la Casa de la reina realizadas a lo largo de su vida con el fin de contabilizar los gastos que sus servidores comportaban a la Hacienda regia. Gracias a ellas tenemos la oportunidad de conocer los nombres y cargos de los sujetos que servían a María Luisa<sup>45</sup>; una información que

---

<sup>45</sup> El contenido de estas plantas puede dar lugar a confusión en ocasiones. En ellas se registran los nombres de los criados que formaban parte oficialmente de la servidumbre de la consorte, pero ello no significa que estuvieran en activo, es decir, que ejercieran el cargo, sino que cobraban un salario de la Casa. Así, a menudo ocurre que, al contrastar estos listados con el contenido de los

podemos completar, en ciertos casos, con los datos que contienen los **expedientes personales** de estos criados (ubicados en el mismo archivo aunque es de notar que la información que aportan es muy desigual) o con los fondos de las **secciones Consejos y Órdenes Militares del Archivo Histórico Nacional**, cuya consulta ha favorecido que hayamos podido desentrañar los perfiles biográficos de algunas de las mujeres que integraban la cámara de la soberana. En otro orden de cosas, las fuentes de naturaleza económica ubicadas en Palacio nos han permitido contextualizar la voluntad de la princesa de los Ursinos de reducir el número de criados al servicio de la consorte. Esta pretensión no estaba relacionada únicamente con el interés de la dama en consolidar su preeminencia sobre el *entourage* de su señora, sino también con el impacto que tuvo el conflicto sucesorio en las vías de financiación de las Casas reales, lo que puede apreciarse al aproximarnos al registro de las consignaciones de rentas destinadas a la Casa de María Luisa. Finalmente, la consulta de los **Memoriales** elevados por los servidores de la soberana nos ha proporcionado diferentes noticias, muy fragmentarias ciertamente, acerca de las pretensiones y mercedes obtenidas por estos sujetos, así como de la intervención de la consorte en la concesión de algunas de ellas. Con el fin de aportar una visión más precisa en este punto, hemos completado la información de estos Memoriales con el contenido de la sección **Gracia y Justicia** del Archivo General de Simancas, en la que podemos encontrar algunos datos relativos a los réditos que obtuvieron por su proximidad a la soberana tanto algunos de sus criados como otros individuos de conocida parcialidad a la camarera mayor. En cualquier caso, y como ya dijimos en las páginas anteriores, el estudio de la composición de la Casa de María Luisa no pasa únicamente por la consulta de los fondos del Archivo General de Palacio. La correspondencia de los embajadores franceses en Madrid, de Torcy o de du Bourk, entre otros, localizada en el Archive du Ministère des Affaires Étrangères de París, resulta imprescindible para conocer los criterios que determinaron la elección de los cargos de mayor jerarquía de la Casa. Además, los epistolarios de la princesa de los Ursinos y Operti contienen numerosas noticias acerca de la cotidianidad de las mujeres de la cámara regia y sus vínculos con la consorte, gracias a las cuales podemos discernir la “dimensión humana”, y no ya simplemente organizativa o económica, de este espacio institucional.

---

expedientes personales de estos individuos, nos encontramos con que algunos de los criados que incluyen han obtenido la jubilación y ya no sirven a la reina; una situación que es frecuente en la cámara de María Luisa para los años posteriores a 1706.

-Finalmente, el análisis de la imagen pública de María Luisa de Saboya y de su proyección ceremonial como consorte del primer Borbón se ha nutrido de los fondos de la *Gaceta de Madrid*, la *Gazette de France* y el *Mercure Galant*. En lo que respecta a la primera, nos ha sido de gran utilidad la edición realizada en 1998 por Margarita Torrión.<sup>46</sup> En cuanto a las otras dos fuentes mencionadas, pueden consultarse en la Bibliothèque Nationale de France (en papel y microfilm). Los tres conjuntos documentales citados contienen descripciones muy prolijas acerca de las diferentes solemnidades y ceremonias públicas desarrolladas en la corte madrileña, así como de la participación de los reyes en ellas. Si bien se trata de textos esencialmente narrativos, permiten no solo reconstruir el discurrir de estas efemérides sino también examinar el modo en el que su exteriorización a través de la letra impresa contribuyó a la identificación de María Luisa de Saboya con algunos de los valores ligados al arquetipo de Reina Católica. En otro orden de cosas, la consulta del *Mercure Galant* y los *Recueils des Gazettes* ha sido de inestimable valor para reconstruir el viaje de la soberana hasta España a través de Francia, además de para comprender cuáles eran los rasgos principales de la imagen de la reina divulgada en el país vecino.

En último término, si bien buena parte de la documentación que hemos descrito en estas páginas es manuscrita, no podemos dejar de aludir aquí a la importancia que han tenido en nuestra investigación las fuentes editadas. A este respecto cabe destacar la importante labor desarrollada por la historiografía francesa desde finales del siglo XVIII. Algunos de los ejemplos más significativos son las bien conocidas ediciones de las *Mémoires de Saint-Simon* o de los *Journals* de los marqueses de Dangeau y Sourches, donde pueden encontrarse numerosas referencias a la corte de Madrid, las relaciones de las Dos Coronas, la evolución del conflicto sucesorio o la trayectoria de los distintos súbitos franceses al servicio de Felipe V. Empero, estos no son los únicos títulos de interés en lo que al caso español se refiere. La princesa de los Ursinos, el duque de Noailles, el marqués de Louville o los embajadores Harcourt y Amelot de Gournay, entre otros, rindieron cuenta de su experiencia en España a través de voluminosos epistolarios que fueron editados entre los siglos XVIII y XIX por el duque de La Trémoille, Auguste Geffroy, el abate Millot, el conde de Roure, Célestin Hippeau y el barón de Girardot, respectivamente. Asimismo, Alfred Morel-Fatio y Henri Leonardon publicaron a finales de la década de 1890 las instrucciones entregadas a los

---

<sup>46</sup> TORRIÓN, M. (ed.): *Crónica festiva de dos reinados en la Gaceta de Madrid (1700-1759)*. Málaga, 1998.

diplomáticos franceses destinados en la corte española, continuando de este modo una destacable actividad editora que se ha mantenido hasta nuestros días, como corroboran las obras de Marcel Loyau, Hans Bots y Éugène Bots-Estourgie. Finalmente, es de notar que la labor de la historiografía francesa ha tenido su reflejo en la comunidad historiográfica española, según corroboran las distintas ediciones de la correspondencia de Luis XIV y Felipe V llevadas a cabo por el profesor Bernardo Ares o la traducción al castellano de las Memorias del duque de Berwick y el epistolario de Amelot (originalmente en francés).<sup>47</sup>

### **Estado de la cuestión:**

Un aspecto que cualquier investigador puede advertir al aproximarse a la figura de María Luisa de Saboya es la escasa atención que la historiografía ha otorgado a la soberana hasta fechas recientes, lo que no deja de ser llamativo si tomamos en consideración la amplia producción bibliográfica que el reinado de Felipe V ha generado.<sup>48</sup> Según veremos a continuación, contamos con apenas cuatro biografías de María Luisa, dos de ellas muy breves y otras dos de parco valor académico. Carente de entidad propia en tanto sujeto historiográfico, la primera consorte borbónica aparece como un personaje secundario en la panoplia de estudios dedicados a la Guerra de Sucesión, la corte de Felipe V o el devenir político-institucional de la España del primer cuarto del siglo XVIII.

Las primeras referencias a *La Saboyana* pueden encontrarse en las crónicas borbónicas contemporáneas al reinado de Felipe V. Las obras de Nicolás Belando, el conde de Robres o Castellví, por ejemplo, aportan algunos datos acerca de la vida de la soberana. Sin embargo, el protagonismo de María Luisa en todas ellas (la duquesa de Anjou para Castellví) no deja de ser reducido, habida cuenta que constituyen narraciones focalizadas principalmente en las consecuencias del advenimiento al trono del primer Borbón, la evolución de la Guerra de Sucesión o los aspectos político-diplomáticos que distinguieron el largo gobierno del monarca.<sup>49</sup> La situación es un

---

<sup>47</sup> Un listado de los títulos a los que hacemos referencia aquí puede consultarse en la bibliografía de este trabajo.

<sup>48</sup> MOLAS RIBALTA, P. (y otros): *Bibliografía de Felipe V*. Madrid, 2004.

<sup>49</sup> BELANDO, N.: *Historia civil de España: successos de la guerra, y Tratados de Paz, desde el año de mil setecientos, hasta el de mil setecientos y treinta y tres*. Madrid, 1740, vol. I.; ROBRES, López de Mendoza y Pons, A, conde de: *Memorias para la historia de las guerras civiles de España*. Estudio preliminar y transcripción de J. M. Iñurrategui. Madrid, 2006; CASTELLVI, F.: *Narraciones históricas*. Edición d J. M. Mundet i Gifre y J. M. Alsina Roca. Estudio preliminar de F. Canals Vidal. Madrid, 1997, 4 vols.

tanto diferente en los trabajos de San Felipe, Rousset de Missy y Macanaz. La presencia de María Luisa en estas obras es sin duda más destacada. Al igual que los cronistas mencionados más arriba, cada uno de estos autores insiste en los principales acontecimientos que jalonaron la biografía de la reina desde su instalación en España, pero lo hacen con mayor profundidad, aunque no siempre desde la completa objetividad. Así, San Felipe refiere las circunstancias en las que tuvo lugar el primer matrimonio de Felipe V, el establecimiento de María Luisa en la corte española y su papel como gobernadora durante las diferentes estancias del monarca en el frente militar. Al abordar todas estas cuestiones, Bacallar destaca la responsabilidad de la soberana al frente del poder, su compromiso con la causa borbónica durante el conflicto sucesorio y su innegable popularidad entre el pueblo castellano, que solo la firma de la paz de Utrecht (en la que Saboya, patria nativa de la consorte, resultó beneficiada) pudo ensombrece.<sup>50</sup> Aunque en general respetuoso con María Luisa, de quien ponderó “su condición afavle (...) muy parecida a la de su esposo, que es la bondad misma (...)”, Rousset de Missy incorporó en su *Historia política y secreta de la corte de Madrid...* un componente de crítica implícita hacia la consorte.<sup>51</sup> En particular en lo que concernía a sus vínculos con la camarera mayor, cuya influencia política, que Rousset censuraba, consideró consecuencia de la excesiva sumisión de los reyes hacia las ambiciones de la dama: “el uno y el otro se justificaron difícilmente del cargo debido a la excesiva libertad q[u]e dieron à la Princesa de los Ursinos, causa de tantas persecuciones y movimientos”, concluyó.<sup>52</sup> Una situación diametralmente opuesta apreciamos en las *Memorias para la historia...* de Macanaz. Protegido de la reina y la princesa, el autor rinde justicia en su trabajo al favor que ambas mujeres le tributaron. En lo que respecta a María Luisa de Saboya, su narración vertebró una imagen por completo idealizada de la soberana, cuya biografía altera en ocasiones con el fin de enfatizar el idílico perfil de la reina que pretende presentar (es el caso, por ejemplo, de la insistencia del autor en aludir a la educación de María Luisa en un convento piamontés, circunstancia que en realidad nunca tuvo lugar). De acuerdo con la obra de Macanaz, la primera consorte borbónica es una mujer cercana a la perfección, al igual

---

<sup>50</sup> SAN FELIPE, Bacallar y Sanna, V., marqués de: *Comentarios de la guerra de España e historia de su Rey Felipe V, el Animoso*. Edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano. BAE, tomo, 99. Madrid, 1957.

<sup>51</sup> ROUSSET DE MISSY: *Historia política y secreta de la corte de Madrid de el ingreso de el Rey Phe 5º a la Corona hta la Paz Gral, con reflexiones sobre el Estado en qe entonzes seballa la Monarquía Española* B.N.M., Mss. 10947, fol. 204r. Existe una edición impresa en Lieja, 1719.

<sup>52</sup> *Ibidem*.

que un modelo de soberana equiparable en su conducta, en los momentos en los que ejercía la gobernación, a la mismísima Isabel la Católica.<sup>53</sup> La senda trazada por Macanaz, al menos en lo que atañe a las características de la imagen de María Luisa, sería seguida por el Padre Flórez en sus *Memorias de las Reynas Catholicas*, publicada a finales del siglo XVIII. La María Luisa descrita por Flórez reúne las virtudes que configuraban tanto el arquetipo de consorte como el ideal de feminidad característico del Antiguo Régimen (afabilidad, modestia, prudencia, discreción, etc.). El esbozo biográfico de la soberana alude a los principales acontecimientos de su vida, patrón que por otro lado se repite en toda la obra. Sin embargo, en el caso concreto de María Luisa, el autor recalca los sacrificios que esta llevó a cabo durante la Guerra de Sucesión (perjudicando con ello incluso su propia salud); el tierno amor que le profesó Felipe V; y, sobre todo, su destacada contribución a la continuidad de la dinastía merced a los cuatro hijos varones que dio a luz.<sup>54</sup>

A lo largo del siglo XIX la presencia historiográfica de María Luisa de Saboya fue más marcada que en la centuria anterior. Buena parte de ello debemos agradecerlo a la labor desarrollada por la historiografía positivista francesa. En este sentido, la publicación de las *Mémoires* de los duques de Saint-Simon, Noailles y Berwick, o del marqués de Louville (los tres últimos al servicio de Felipe V en vida de su primera esposa), añadida a la edición de la correspondencia de Madame de Maintenon, la princesa de los Ursinos o Alberoni, por citar algunos ejemplos, aportaron abundantes datos acerca tanto del reinado del primer Borbón como de la vida (pública y privada) de María Luisa de Saboya.<sup>55</sup> Contemporáneas a algunos de los trabajos citados, y en ciertos casos enriquecidos por la documentación que incluían,

---

<sup>53</sup> MACANAZ, M.: *Memorias para la historia de el reinado de el Sr. Rey Don Phelipe V...* R.B., II/2081-2086, 6 vols. En especial consúltase el perfil de María Luisa que el autor incluye en el primer tomo de su obra, fols. 72r.-73r.

<sup>54</sup> FLOREZ, E.: *Memorias de las reinas católicas de España*. Valladolid, 2002, vol. II.

<sup>55</sup> SAINT-SIMON, Rouvroy, Louis de duque de: *Mémoires de Saint-Simon. Nouvelle Édition augmentée des additions de Saint-Simon au Journal de Dangeau*. Publiés par A. de Boislisle, avec la collaboration de L. Lecestre y J. de Boislisle. Paris, 1879-1930, 42 vols.; *Mémoires politiques e militaires pour servir à l'histoire de Louis XIV et de Louis XV. Composés sur les pièces originales recueillies par Adrien-Maurice, duc de Noailles, maréchal de France et ministre d'État par l'Abbé Millot, en Nouvelle Collection des Mémoires pour servir à l'histoire de France. Vol. 3*. Paris, 1839; *Mémoires du maréchal de Berwick, écrits par lui-même ; avec une suite abrégée depuis 1716 jusqu'à sa mort en 1734; précédés d'une ébauche d'éloge historique par le Président de Montesquieu, et de son portrait par milord Bolingbroke, publiés par Michaud et Poujoulat*, t. 8. Paris, 1839; ROURE, C. (ed.): *Mémoires secrets sur l'établissement de la maison de Bourbon en Espagne, extraits de la correspondance du marquis de Louville, gentilhomme de la chambre de Philippe V et chef de sa maison française*, Paris, 1818, 2 vols.; *Lettres inédites de Mme. de Maintenon et de Mme. la Princesse des Ursins*. Paris, 1826, 4 vols.; BOURGEOIS, E. (ed.): *Lettres intimes de J. M. Alberoni, adressées au comte I. Rocca*. Paris, 1892.

serían la magna obra de William Coxe dedicada a los soberanos de la Casa de Borbón desde 1700 hasta 1788<sup>56</sup>; la primera biografía medianamente académica de la princesa de los Ursinos, por François Combes<sup>57</sup>; y la no menos monumental *Histoire de France* de Jules Michelet, en especial los tomos dedicados al reinado de Luis XIV.<sup>58</sup> Asimismo, en 1862, Frédéric Sclopis publicó la primera biografía de la reina. Basada en la documentación depositada en el Archivio di Stato de Turín, se trata de una obra relativamente breve que describe la trayectoria vital de la soberana hasta su muerte.<sup>59</sup> Fruto de una historiografía que reivindicaba el papel de la Casa de Saboya en la historia de la recién unificada Italia, Sclopis nos muestra a una María Luisa que, aunque comprometida con los intereses de su patria de adopción, nunca olvidó su país de origen: «(...) Elle se dévoua entièrement au pays qui l'avait adoptée, sans jamais oublier celui qui l'avait vue naître (...), sa mémoire mérite d'être honorée autant par l'un que par l'autre.»<sup>60</sup> Tres años después, en 1865, la condesa della Rocca editó a su vez la correspondencia de la reina y su hermana, la duquesa de Borgoña, con su abuela Madame Royale, depositada también en los archivos turineses. La obra de della Rocca, aunque cuenta con algunos errores en su edición, constituye una recopilación de cartas de carácter personal que a día de hoy continúa siendo de gran valor para el historiador. Además, incluye una introducción de Leo Joubert acerca de las relaciones entre Francia y la Casa de Saboya que alude someramente a la vida de las princesas María Adelaida y María Luisa.<sup>61</sup>

El conjunto de trabajos que acabamos de citar influyeron en el perfil historiográfico de la primera consorte borbónica en un triple sentido: en primer lugar, contribuyeron a mantener viva la imagen de la soberana ejemplar e idolatrada por sus súbditos, cuya vida en España constituyó un continuo sacrificio debido a las veleidades del conflicto sucesorio y a las particularidades de la personalidad de su esposo. En segundo lugar, María Luisa aparecía como una figura de contornos más ambiguos. Por un lado, algunas de estas obras la presentaban como una mujer diametralmente

---

<sup>56</sup> COXE, W.: *España bajo el reinado de la Casa de Borbón (1700-1788)*. Alicante, 2011 (edic. inglesa, 1813; primera edición española 1846-1847).

<sup>57</sup> COMBES, F.: *La princesse des Ursins. Essai sur sa vie et son caractère politique d'après nombreux documents inédits*. París, 1858.

<sup>58</sup> MICHELET, J.: *Histoire de France. Tome XIV. Louis XIV et le duc de Bourgogne*. Édition présentée par Paul Viallaneix et Paule Petitier. París, 2008 (primera edición 1862).

<sup>59</sup> SCLOPIS, F.: *Marie-Louise-Gabrielle de Savoie, reine d'Espagne. Étude historique*. Chambéry, 1862.

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 170.

<sup>61</sup> ROCCA, Comtessa DELLA (ed.): *Correspondance inédite de la duchesse de Bourgogne et de la reine d'Espagne, petites-filles de Louis XIV*. París, 1865.

opuesta tanto a la segunda esposa de Felipe V, la ambiciosa y autoritaria Isabel de Farnesio, como a su hermana, la duquesa de Borgoña, cuyas tendencias hedonistas caracterizaron su corta vida.<sup>62</sup> Por el otro, ciertos de estos trabajos, *verbigracia* los de Michelet, Saint-Simon, Roure, Coxe o Baudrillart<sup>63</sup>, se mostraron abiertamente críticos con algunas de las acciones de la reina; matizaron las diferencias existentes entre esta y su sucesora en el tálamo regio; y contribuyeron a difundir uno de los mitos más divulgados en cuanto a la relación de Felipe V con sus dos mujeres: la instrumentalización que estas llevaron a cabo de los apetitos sexuales del monarca con objeto de reforzar su propia autoridad sobre la esfera pública. Tal y como concluyó Coxe al referirse a Isabel de Farnesio: “La nueva reina reemplazó a la antigua en el poder lo mismo que en el lecho nupcial; se valió de los mismos medios que María Luisa de Saboya y pronto fue señora, no menos absoluta, de la voluntad de su marido y de la monarquía”.<sup>64</sup> Por último, otra tendencia característica en los estudios mencionados fue focalizar su atención, más que en la soberana, en la princesa de los Ursinos. Así, mientras que María Luisa conservaba en buena medida su buena reputación historiográfica, el ascendiente de la camarera mayor sobre los negocios de Estado era objeto de la constante reprobación de unos autores que, hijos de su tiempo, estaban más que dispuestos a censurar la injerencia de una mujer en la escena político-diplomática. De los tres perfiles de *La Saboyana* a los que acabamos de referirnos, la historiografía de la España liberal se ubicó a medio camino entre el primero y el tercero, tal y como constatan las referencias a María Luisa de Saboya que encontramos en las obras de Modesto Lafuente y Maldonado Macanaz: “Pero lo que causó honda pena y verdadera amargura al rey y á la nación española (...) fue la muerte de la reina, cuya salud y débil constitución habían estado minando tiempo hacía los viages, los

---

<sup>62</sup> «La célébrité de cette princesse [la duquesa de Borgoña] n’a rien perdu encore aujourd’hui; c’est toujours une gracieuse mémoire qu’on aime à rafraîchir; tandis qu’on ne parle presque plus de la sœur de la duchesse [María Luisa]; son rôle cependant fut plus considérable que celui qui échet à Adelaïde de Savoie [...]. Mêlée à des graves événements soumis à des appréciations différents, vivant dans une cour dominée par l’étiquette et fermée aux plaisirs; placée à la tête d’un peuple sérieux, aussi capable de héroïsme qu’insensible aux attraits des agréments passagers et des émotions légères; sa sœur, disons-nous, eut une tout autre destinée; elle s’y plia de bonne grâce, s’y fit valoir avec dignité et se ménagea une place distinguée dans l’histoire du pays dont elle ceignit la couronne.» SCLOPIS, F.: *Marie-Louise-Gabrielle de Savoie...*, pp. 5-6.

<sup>63</sup> A finales del siglo XIX Alfred Baudrillart inició la publicación de su magna obra dedicada al reinado de Felipe V. Para el periodo que abarca la vida de María Luisa de Saboya en España véase BAUDRILLART, A.: *Philippe V et la cour de France, d’après des documents inédits*. París, 1890, vol. I.

<sup>64</sup> COXE, W.: *España bajo el reinado...*, p. 533.



trabajos y los desabrimientos. El pueblo que la amaba y respetaba por sus virtudes, la lloró sinceramente”, escribió Lafuente.<sup>65</sup>

La presencia historiográfica de la reina en el siglo XX fue muy desigual. En los inicios de esta centuria Émile Bourgeois le dedicó un artículo con el elocuente título «Une reine et une oeuvre. Marie-Louise de Savoie, Reine d’Espagne (1708-1716)». El trabajo de este autor ensalzaba el ascendiente político de la consorte durante el conflicto sucesorio: «Pendant douze ans, la reine, en Espagne, fut le roi, et un roi, qui par un instant, ne fut inférieur à sa tâche (...)», podemos leer.<sup>66</sup> No obstante, la parcialidad de Bourgeois hacia María Luisa le llevaba a exagerar el papel que ésta había desempeñado en la ejecución de las reformas introducidas en la administración española entre 1713 y 1714. Un proceso que no solo estuvo protagonizado por otros agentes del poder real (Orry, Macanaz, Grimaldo...) sino que también se produjo en unas fechas en las que María Luisa se encontraba ya mortalmente enferma. La imagen sumamente elogiosa de la consorte se reproduciría, asimismo, en la monumental obra que el mismo autor dedicó pocos años después a la diplomacia europea durante el siglo XVIII.<sup>67</sup>

En 1905 Lucien Perey (seudónimo de Luce Herpin) publicó la segunda biografía de la soberana: *Une reine de douze ans...*<sup>68</sup> Basada parcialmente en los fondos del Archivio di Stato de Turín y el Archive du Ministère des Affaires Étrangères, la obra aspiraba a destacar el protagonismo de María Luisa de Saboya en un contexto histórico que su autor, en el «avant-propos» de la misma, consideraba dominado por la estela de la todopoderosa princesa de los Ursinos.<sup>69</sup> El trabajo de Perey constituye un

---

<sup>65</sup> LAFUENTE, M.: *Historia General de España. Parte III. Edad Moderna. Tomo XVIII*. Madrid, MDCCCLVII, pp. 366-367; MALDONADO MACANAZ Y GÓMEZ DE ARTECHE, J.: *Historia del reinado de Felipe V y del advenimiento de la Casa de Borbón al trono de España*. Madrid, 1891.

<sup>66</sup> BOURGEOIS, E.: «Une reine et une oeuvre. Marie-Louise de Savoie, Reine d’Espagne (1708-1716) », en *La Grande Revue* (juillet 1901), pp. 130-160, la cita en p. 137.

<sup>67</sup> BOURGEOIS, E.: *La diplomatie secrète au XVIIIe siècle: ses débuts. Tome II: Le secret des Farnèse. Philippe V et la politique d’Alberoni*. París, 1909. Aunque centrada en la etapa en la que Felipe V ya estaba casado con Isabel de Farnesio, incluye importantes referencias a la vida de su primera mujer.

<sup>68</sup> PEREY, L.: *Une reine de douze ans. Marie Louise Gabrielle de Savoie, reine d’Espagne*. París, 1905. Es de notar que el retrato que aparece en las primeras páginas de este libro, que se atribuye a María Luisa de Saboya, corresponde en realidad a una pintura de Isabel-Carlota de Orleáns, duquesa de Lorena y hermana del futuro regente de Francia, de Pierre Mignard.

<sup>69</sup> «Il existe certaines figures dans l’histoire qui ont le don d’attirer l’attention du public; leur voisinage éclipse celles qui les entourent. Il se forme autour d’elles une sorte d’auréole derrière laquelle disparaissent les personnages relégués au second plan et qui mériteraient mieux. Si quelqu’un a été victime de cette injustice du sort, c’est à coup sûr la jeune reine d’Espagne Marie-Louise-Gabrielle de Savoie. La figure imposante de madame des Ursins (...) a fait pour ainsi dire disparaître la reine.» *Ibid.*, p. 10.

estudio más consistente que el de Sclopis, en tanto en cuanto aborda con mayor profundidad las diferentes etapas de la vida de la reina. Con todo, es de notar que reproduce el perfil historiográfico más favorable a la soberana; incide poco en el contexto político-diplomático que dominaba la Monarquía Hispánica a la sazón (con la salvedad de las alusiones a la Guerra de Sucesión); y, en definitiva, no deja de representar a María Luisa como una víctima tanto del conflicto sucesorio como de su instalación en una corte decadente, atrasada y sembrada de intrigas y conspiraciones.

La publicación de la biografía de Perey inauguró un largo vacío historiográfico en torno a *La Saboyana*. Con las excepciones del brevísimo estudio de Biondi Morra (de apenas quince páginas); del artículo de Rodolico, centrado en la instalación de la soberana en Madrid; del “Estudio preliminar” de Seco Serrano a la obra de San Felipe; o del trabajo del ginecólogo Enrique Junceda Avelló, de escaso valor académico<sup>70</sup>, la tónica dominante es encontrarnos a María Luisa de Saboya como una figura más o menos secundaria en trabajos dedicados a Felipe V, Isabel de Farnesio, la princesa de los Ursinos o, desde una perspectiva más general, la historia de España de la primera mitad del siglo XVIII.<sup>71</sup> La muerte de la reina en plena juventud, la incidencia que la Guerra de Sucesión tuvo en su vida y los pocos años que duró su matrimonio con el primer Borbón (apenas una década), hacen que su presencia en estos estudios, como en las biografías dedicadas a Felipe V, sea bastante reducida; sobre todo en comparación con el protagonismo que Isabel de Farnesio goza en ellos (lo cual por otro lado es justo si consideramos que esta compartió con el monarca más de treinta años de su vida).<sup>72</sup> Algo similar podemos apreciar en otras obras que, en su día, contribuyeron decisivamente a un mejor conocimiento de algunas de las facetas del reinado, como los

---

<sup>70</sup> BIONDI MORRA, F.: *María Luisa de Saboya, reina de España*. Madrid, 1943; RODOLICO, N.: “Alcuni documenti sulla Regina di Spagna, Maria Luisa Gabriella di Savoia”, en VICENS VIVES, J. (dir.): *Relaciones internacionales de España con Francia e Italia (siglos XV a XVIII)*. Barcelona, 1951, pp. 33-46; SECO SERRANO, C.: “Estudio preliminar”, en SAN FELIPE, Bacallar y Sanna, V., marqués de: *Comentarios de la guerra...*; JUNCEDA AVELLÓ, E.: *La Saboyana. La reina María Luisa Gabriela de Saboya (1688-1714). Biografía de una vida apasionada*. Oviedo, 1998.

<sup>71</sup> TAXONERA, L.: *Isabel de Farnesio: retrato de una reina y perfil de una mujer (1692-1766)*. Madrid, 1943; CERMAKIAN, M.: *La princesse des Ursins. Sa vie et ses lettres*. París, 1969; PALACIO ATARD, V.: *La España del siglo XVIII: el siglo de las reformas*. Madrid, 1978; ENCISO RECIO, L. M. (y otros): *Los Borbones en el siglo XVIII*. Madrid, 1991; ANES, G.: *Historia de España. Vol. 4. El siglo de las luces*. Madrid, 1994; BOTTINEAU, Y.: *Les Bourbons d'Espagne*. Madrid, 1993; LYNCH, J.: *La España del siglo XVIII*. Madrid, 2004 [1989].

<sup>72</sup> TAXONERA, L.: *Felipe V, fundador de una dinastía y dos veces rey de España*. Madrid, 1956; VOLTES, P.: *Felipe V, fundador de la España contemporánea*. Madrid, 1991; KAMEN, H.: *Felipe V, el rey que reinó dos veces*. Madrid, 2000; LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V, réformateur de l'Espagne*. París, 2001; MARTÍNEZ SHAW, C. y ALFONSO MOLA, M.: *Felipe V*. Madrid, 2001; VARGA, S.: *Philippe V. Roi d'Espagne, petit-fils de Louis XIV*. París, 2011.

estudios de Bottineau sobre el arte cortesano en la España del primer Borbón; de Kamen, sobre la Guerra de Sucesión; o de Teófanés Egido, sobre la sátira y la publicística en la primera mitad del XVIII.<sup>73</sup>

La carencia de trabajos sobre María Luisa de Saboya a lo largo del siglo XX ha hecho que la imagen *quasi* idílica de la soberana, configurada en la centuria anterior por autores como Modesto Lafuente, Maldonado Macanaz, Sclopis y Perey, entre otros, haya pervivido prácticamente hasta nuestros días. No obstante, es de notar que la presencia de la reina entre la historiografía española ha aumentado en la primera década del siglo XXI, en buena medida debido a la revisión historiográfica que ha experimentado el reinado del primer Borbón en los últimos años.<sup>74</sup> Así, en 2000, Pérez Samper publicó un largo artículo centrado, entre otros aspectos, en el desarrollo de los festejos que solemnizaron las nupcias de Felipe V y María Luisa de Saboya en Barcelona (1702). Además, la misma autora abordó la figura de la soberana en la biografía colectiva dedicada a la Casa de Borbón (publicada ese mismo año) y, poco después, aludió a “el valor de una joven reina” en otro trabajo que giraba alrededor de la repercusión de la batalla de Almansa en la correspondencia femenina.<sup>75</sup> En cuanto a la imagen pública de María Luisa de Saboya y su proyección ceremonial, han sido también objeto de recientes análisis por parte de Pérez Samper, González Cruz, Franco Rubio o López Anguita.<sup>76</sup> No obstante, de todos los trabajos publicados en los últimos

---

<sup>73</sup> BOTTINEAU, Y.: *El arte cortesano en la España de Felipe V (1700-1746)*. Madrid, 1986 [1962]; *Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII*. Valladolid, 2002 (1971); KAMEN, H.: *La guerra de sucesión en España, 1700-1715*. Barcelona, 1974.

<sup>74</sup> Para un recorrido por la historiografía más reciente sobre el reinado del primer Borbón véase la Introducción del trabajo de VÁZQUEZ GESTAL, P.: *Una nueva majestad...*, pp. 21-48.

<sup>75</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “Felipe V en Barcelona: un futuro sin futuro”, en *Cuadernos Dieciochistas*, 1 (2000), pp. 57-106; LÓPEZ-CORDÓN, M. V., PÉREZ SAMPER, M. A. y MARTÍNEZ DE SAS, M. T.: *La Casa de Borbón. Vol. I (1700-1808)*. Madrid, 2000, pp. 58-174; PÉREZ SAMPER, M. A.: “La batalla de Almansa en palabras de mujeres”, en GARCÍA GONZÁLEZ, F. (coord.): *La Guerra de Sucesión en España y la batalla de Almansa. Europa en la encrucijada*. Madrid, Sílex, 2009, pp. 529-546.

<sup>76</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “La figura de la Reina en la nueva monarquía borbónica”, en PEREIRA, J.L. (coord.): *Felipe V de Borbón (1700-1746). Actas del Congreso de San Fernando (Cádiz), de 27 de noviembre a 1 de diciembre de 2000*. Córdoba, 2002, pp. 271-318; GONZÁLEZ CRUZ, D.: “Actitudes e imágenes de las reinas en tiempos de crisis: la transición de los Austrias a los Borbones”, en GONZÁLEZ CRUZ, D. (ed.): *Virgenes, reinas y santas. Modelos de mujer en el Mundo Hispánico*. Huelva, 2007, pp. 73-104; FRANCO RUBIO, G.A.: “Rituales y ceremonial en torno a la procreación real en un contexto de crisis: el primer embarazo de María Luisa de Saboya (1707)”, en NIETO SORIA, J. M. y LÓPEZ-CORDÓN, M. V. (eds): *Gobernar en tiempos de crisis. Las quiebras dinásticas en el ámbito monárquico (1250-1808)*. Madrid, 2008, pp. 235-266; LÓPEZ ANGUITA, J. A.: “Entre Francia y la Monarquía Hispánica. Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya en los almanaques franceses de los primeros años del siglo XVIII”, en *En nombre de la paz. La Guerra de Sucesión Española y los Tratados de Madrid, Utrecht, Rastatt y Baden, 1713-1715*. Cat. exp. Madrid, 2013, pp. 211-23; *id.*: “La imagen de Felipe V y su entorno cortesano a través de la correspondencia de Madame la duquesa de Orleáns”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y LUZZI

años relacionados directa o tangencialmente con la soberana, el que ha tenido mayor repercusión a nuestro modo de ver ha sido *Necesidad y venalidad...* de Francisco Andújar. A través del análisis de un importante caudal de documentación de naturaleza económica, Andújar ha demostrado cómo la consorte se benefició de la venta de mercedes en las Indias, cuyo fruto destinó a usos particulares como la compra de alhajas y la reforma de sus aposentos, entre otros fines. En nuestra opinión, el interés de la obra de Andújar radica en que nos aproxima a una María Luisa más real y menos idealizada. De hecho, ha sido el único autor que, recientemente, ha puesto en duda la objetividad del perfil historiográfico de la primera consorte borbónica más divulgado entre la historiografía española. No en vano, a la imagen de la soberana generosa y desinteresada, dispuesta a empeñar sus joyas con objeto de financiar la guerra, ha contrapuesto la de una reina que, lejos de desprenderse de sus alhajas, adquiere otras nuevas con el dinero adquirido de prácticas que Andújar define como corruptas.<sup>77</sup> Finalmente, es de destacar la labor de edición de la correspondencia entre Luis XIV y los reyes que el grupo de investigación dirigido por el profesor Bernardo Ares está llevando a cabo desde 2005. Si bien su trabajo no parece haber finalizado todavía, los resultados que ha arrojado hasta ahora aportan nuevos datos y perspectivas de análisis no solo sobre el papel de María Luisa de Saboya en calidad de consorte de Felipe V, sino también acerca de su influencia en el seno del eje Versalles-Madrid.<sup>78</sup>

---

TRAFICANTE, M (coords.): *La corte de los Borbones: crisis del modelo cortesano*. Madrid, 2013, vol II, pp. 1127-1162.

<sup>77</sup> ANDÚJAR, F.: *Necesidad y venalidad. España e Indias. 1704-1711*. Madrid, 2008, en especial el capítulo 10: “Hacia la corrupción. El negocio de la reina, su camarera y el duque de Linares”, pp. 285-301.

<sup>78</sup> Véase especialmente BERNARDO ARES, J. M.: “Los tres reyes de la Monarquía Católica según las cartas reales de 1704”, en BERNARDO ARES, J. M. (y otros): *La correspondencia entre Felipe V y Luis XIV. I. Estudio histórico, informático y traductológico*. Córdoba, 2005, pp. 7-57; íd.: “Versalles y Madrid a principio del siglo XVIII: sociología cortesana, Monarquía Universal y Estado unitario”, en BERNARDO ARES, J. M. (y otros): *De Madrid a Versalles...*, pp. 15-55; íd.: “El papel estelar de las reinas en la diplomacia francesa: María Luisa de Orleans (1679-1689) y María Luisa Gabriela de Saboya (1701-1714)”, en SÁENZ CAMAÑES, P. (ed.): *Tiempo de cambios. Guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía Hispánica (1648-1700)*. Madrid, 2012, pp. 167-194.

## **PRIMERA PARTE: CONTEXTO**

### **“PRODIGIOS DEL NUEVO SIGLO”: EL ADVENIMIENTO DE LOS BORBONES AL TRONO ESPAÑOL.**

“Ormai gli affari più importanti si trattano a Barcelona (...). Il cardinal Portocarrero s'astiene più che mai dal prendere alcuna iniziativa e al Consiglio di Stato, ridotto a dar pareri soltanto se e quando il re voglia chiederli, è tolto persino di presentarli a Sua Maestà nella loro forma genuina, giachè a cangiarli per istrada provveggono, seconde le istruzioni segrete di Luigi XIV i consiglieri francesi della corona. Primeggia ormai tra questi il Marcin che progredisce di giorno in giorno nella confidenza di Filippo V e nell'autorità. La Spagna in somma, è divenuta mera esecutrice di ciò che dispone la Francia (...).”<sup>79</sup>

“Estos son prodigios de la entrada del nuevo siglo”, así definió el embajador español en Venecia, Don Juan Carlos Bazán, la impresión que le causó la noticia del ascenso al trono de Felipe V.<sup>80</sup> En efecto, el advenimiento de los Borbones a la corona española constituyó un “prodigio” que alteró sensiblemente no solo la evolución de las relaciones internacionales del siglo XVIII, sino también la configuración política, administrativa, territorial y social que había caracterizado hasta entonces a la Monarquía Hispánica. En el ámbito diplomático, la designación de un nieto de Luis XIV como sucesor de Carlos II puso fin, al menos teóricamente, a la enconada rivalidad que había caracterizado las relaciones entre ambas coronas en los últimos doscientos años. El antagonismo tradicional debía dar paso ahora a una comunidad de intereses, fundamentada en la pertenencia dinástica, que habría de garantizar la formación de un frente común francoespañol o borbónico de cara al resto de potencias europeas.

Un planteamiento cuyos objetivos no se dejarían sentir únicamente en lo que se refería a las relaciones internacionales, sino que se tradujo en la progresiva influencia de Francia, poder hegemónico en el seno de esa mancomunidad, sobre la política interior y exterior españolas. El creciente influjo de Luis XIV sobre la Monarquía Hispánica cristalizó en la llegada a Madrid desde el país vecino de un heterogéneo grupo de servidores palatinos, tecnócratas, militares, financieros, diplomáticos y aristócratas que habían de auxiliar a Felipe V en el arte de gobernar. Aún más amplio espectro, buena

---

<sup>79</sup> Informe de Mocénigo, embajador veneciano, a la Serenísima. Madrid, 27 de octubre de 1701, recogido en NICOLINI, F. (ed.): *L'Europa durante la Guerra di Successione di Spagna*. III. Nápoles, 1938, p. 340.

<sup>80</sup> Don Juan Carlos Bazán al duque de Medinaceli. Venecia, 4 de diciembre de 1700. B.N.M., Mss. 13390, fols. 203r. y v.

parte de ellos, con diferente grado de implicación, se convertirían en garantes tanto de la estabilidad de la entente Versalles-Madrid, como de la propia intervención del rey de Francia en el gobierno español. Delegados de Luis XIV en la capital de la Monarquía Hispánica, fueron los encargados de ejecutar las órdenes de su soberano y, en consecuencia, ciertos de ellos se convirtieron en los impulsores del conocido como reformismo borbónico que afectó a la política y a la administración españolas en los primeros años del siglo XVIII.<sup>81</sup>

Este complejo proceso se produjo con la Guerra de Sucesión como telón de fondo, provocada no solo por la negativa del emperador Leopoldo I a avenirse a los términos del testamento de Carlos II, sino por el mucho más significativo temor de las potencias marítimas a los efectos que sobre sus intereses económicos en el Atlántico y en el Mediterráneo podría tener el recién inaugurado eje Versalles-Madrid. La contienda sucesoria terminaría por minar la hegemonía de Francia en Europa y sancionaría la partición de la Monarquía Hispánica. Sin embargo, propiciaría la implantación en esta última de todo un conjunto de reformas de diversa naturaleza. En el plano sociológico, confirmaría el definitivo alejamiento de la alta aristocracia (la Grandeza) de la toma de decisiones y su sustitución por una élite de burócratas e individuos pertenecientes a la nobleza media que coparían los cargos de mayor potencialidad, que no de mayor jerarquía, en el gobierno y las instituciones. En cuanto a la alta administración, la evolución del conflicto y las necesidades derivadas del mismo, alentarían la transformación del sistema polisinodial, así como el protagonismo y renovación de otras instituciones ya existentes (Secretarías). Para finalizar, en lo que respecta a la administración territorial el sometimiento de los reinos de la Corona de Aragón y Cataluña a la autoridad borbónica, el primero después de la derrota de las tropas aliadas (1706/1707), la segunda tras la paz de Utrecht y la caída de Barcelona (1713/1714), permitirían a Felipe V aplicar los Decretos de Nueva Planta que, al conllevar la derogación de los fueros y privilegios tradicionales de estos dominios, pusieron fin *de facto* al concepto de Monarquía compuesta que había regido hasta el momento.

A grandes rasgos, no serían pocos los logros del primer reformismo borbónico. No obstante, es de señalar que tanto su calado como las características de la influencia francesa en España han sido analizados por la historiografía en los últimos años desde una perspectiva diferente. Durante el siglo XIX y buena parte del XX la historiografía

---

<sup>81</sup> El papel de esta heterogénea comunidad de franceses durante el primer reinado de Felipe V ha sido analizado por DÉSOS, C.: *Les français de Philippe V...*

francesa tradicional defendió la imagen de Luis XIV como un monarca todopoderoso, capaz de gobernar la Monarquía Hispánica desde Versalles y de imponer en Madrid el “modelo francés” de gobierno centralizado. El rey de una nación, Francia, capaz asimismo de sostener el grueso del peso de la contienda sucesoria y de garantizar la seguridad de las posesiones españolas durante buena parte de la misma.<sup>82</sup> Ciertamente, el influjo de Luis XIV sobre la Monarquía Hispánica, así como la capacidad de resistencia de Francia en la contienda, son difíciles de negar. Sin embargo, recientes estudios han puesto de manifiesto las dificultades del monarca para mantener la guerra en tantos frentes diferentes, además de su interés por lograr una salida pactada al conflicto prácticamente desde su estallido.<sup>83</sup> De la misma manera, las relaciones francoespañolas han sido objeto de una renovada atención. En este sentido, se ha insistido en la existencia de un proyecto dinástico auspiciado por Luis XIV, un proyecto en el que el eje Versalles-Madrid, reforzado por las sucesivas uniones entre los miembros de una y otra rama de la dinastía, habría de garantizar la hegemonía de la Casa de Borbón en el marco de las relaciones internacionales europeas.<sup>84</sup> Junto con este aspecto, la oposición entre las cortes francesa y española esbozada por Baudrillart en algunos de sus trabajos<sup>85</sup>, ha dado paso a planteamientos que insisten en la colaboración que se dio entre algunos de los franceses del *entourage* de Felipe V y ciertos oficiales y burócratas de la administración hispana. Evidentemente, existió una fuerte francofobia y una marcada inestabilidad en la corte madrileña, agravada por las dudas sobre la legitimidad del Borbón como Rey Católico. Con todo, ello no fue óbice para que una parte de la elite gubernamental española (tildada generalmente en la documentación francesa de perezosa, apegada a la tradición e incapaz de solventar los problemas a los que la corona se enfrentaba), fuera consciente de la necesidad de implantar ciertas reformas, así como de renovar las tradicionales estructuras político-administrativas de la Monarquía.<sup>86</sup>

---

<sup>82</sup> Por ejemplo, GAILLARDIN, C.: *Histoire du règne de Louis XIV. Troisième partie: La décadence. Les guerres de la seconde coalition et de la Succession d'Espagne*. Tome VI. París, 1879; COURCY, Marquis de: *La coalition de 1701 contre la France*. 2 vols. París, 1886.

<sup>83</sup> ALBAREDA, J.: *La Guerra de Sucesión de España (1700-1714)*. Barcelona, 2010.

<sup>84</sup> BERNARDO ARES, J. M.: “Franceses divididos y españoles desencantados. La lucha por el poder en los primeros años del reinado de Felipe V”, en CASTELLANO, J. L. y GUADALUPE-MUÑOZ, M. L. (eds.): *Homenaje a Don Antonio Domínguez Ortiz. Volumen III*. Granada, 2008, pp. 137-157.

<sup>85</sup> BAUDRILLART, A.: *Philippe V et la cour de France. I. Philippe V et Louis XIV*. París, 1890.

<sup>86</sup> Son por ejemplo los estudios de DUBET, A.: *Un estadista francés en la España de los Borbones. Juan Orry y las primeras reformas de Felipe V (1701-1706)*. Madrid, 2008; o los trabajos de DE CASTRO, C.: “El Estado español en el siglo XVIII: su configuración durante los primeros años de Felipe V”, en *Historia y política: ideas, procesos y movimientos sociales*, 4 (2000), pp. 137-170; íd.: *A la sombra de Felipe V. José Grimaldo, ministro*

Este último aspecto nos lleva al reformismo borbónico, que tampoco ha permanecido al margen de la revisión historiográfica a la que venimos aludiendo. Frente a las tesis de ruptura con la España de los Austrias, la historiografía francesa y española de los últimos años ha observado importantes visos de continuidad con la anterior dinastía. Así por ejemplo, para Capel y Cepeda el “camino reformista se había iniciado en el último cuarto del siglo XVII”.<sup>87</sup> Lo que corroboran también otros autores, que han visto en la reforma de la administración acometida durante el reinado de Felipe V más una continuación del modelo anterior, renovado o evolucionado, que una ruptura con el mismo sobre la base de la creación de instituciones *ex novo*.<sup>88</sup> En esta misma línea, Anne Dubet no considera adecuado que deba hablarse de modelo francés por contraposición al austriaco, ya que fue un equipo francoespañol el que impulsó reformas que a veces suscitaron oposición tanto en Madrid como en Versalles.<sup>89</sup>

A lo largo de las páginas que seguirán aludiremos a las circunstancias que rodearon el ascenso al trono del primer Borbón, así como a su significación para las relaciones políticas, diplomáticas y dinásticas entre Francia y la Monarquía Hispánica. Por otro lado, a través de ellas pretendemos también contextualizar los momentos inmediatamente posteriores a la llegada del monarca a España; y analizar las características de su entorno más cercano (que presenta una cierta estabilidad por lo menos hasta 1705), junto al papel que jugaron a la sazón algunos de sus miembros más destacados (franceses y españoles). Por último, nos referiremos al sentido de los afanes reformistas del gabinete de Versalles respecto a la corte y la administración españolas. Afanes que no eran sino un síntoma del influjo francés en Madrid y que, aunque evolucionaron con el tiempo, alentaron una creciente francofobia que se hizo patente desde los primeros meses del reinado.

---

*responsable (1703-1726)*. Madrid, 2004; *id.*: “Las primeras reformas institucionales de Felipe V: el marqués de Canales (1703-1704)”, en *Cuadernos dieciochistas*, 1 (2000), pp. 155-183.

<sup>87</sup> CAPEL, R. y CEPEDA, J.: *El siglo de las Luces. Política y sociedad*. Madrid, 2006, p. 203.

<sup>88</sup> ESCUDERO, J. A.: *Los orígenes del Consejo de Ministros en España. La Junta Suprema de Estado. Vol. I*. Madrid, 1979; *id.*: *Administración y Estado en la España Moderna*. Valladolid, 1999; MARTÍNEZ ROBLES, M.: *Los oficiales de las Secretarías de la Corte bajo los Austrias y los Borbones, 1517-1812*. Madrid, 1987; LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Instauración dinástica y reformismo administrativo: la implantación del sistema ministerial”, en *Manuscrits: Revista d'història moderna*, 18 (2000), pp. 93-111; CASTELLANO, J. L.: *Gobierno y poder en la España del siglo XVIII*. Granada, 2006.

<sup>89</sup> Véanse las conclusiones de esta autora en su obra *Un estadista...*, pp. 305-309.



### **Dinastía, guerra y diplomacia: el eje Versalles-Madrid.**

En contra de lo esperado, en su testamento del 3 de octubre de 1700 Carlos II designó como su sucesor a un Nieto de Francia, potencia a la que la Monarquía Hispánica se había enfrentado y unido dinásticamente de manera intermitente durante los últimos doscientos años. ¿A qué se debió el viraje operado tanto en el propio monarca como en el seno del Consejo de Estado, que se había manifestado con anterioridad favorable a tal designación? En los últimos años la historiografía ha tratado de desentrañar las razones de una disposición que alteró el curso de la historia de Europa. Frente a la visión tradicional, que abogaba por la existencia de un partido francés consolidado en la corte española, fruto de la acción del embajador de Luis XIV en Madrid, marqués de Harcourt<sup>90</sup>, los autores que recientemente se han aproximado a la cuestión han detectado al menos tres motivos que explicarían la decisión tomada por Carlos II. En primer lugar, el desarrollo durante los últimos años del reinado de una eficaz máquina propagandística por parte de Versalles, que habría incidido en las excelencias del gobierno de Luis XIV sobre el país vecino por contraposición a la deficiente labor gubernamental llevada a cabo por los monarcas de la Casa de Austria en España.<sup>91</sup> En segundo lugar, la impopularidad de la imagen del emperador en la corte española, asociada con el desorden que había caracterizado al gobierno durante el reinado de Carlos II; así como la existencia en el Consejo de Estado de una figura de peso, el cardenal Portocarrero, artífice de un programa político de “continuidad reformada” cuya puesta en vigor tenía más posibilidades de fructificar con la dinastía borbónica que con un hijo del emperador en el trono. Y, por último, lo que sin duda fue más decisivo, el impacto que tuvieron sobre el gobierno y la diplomacia españolas los Tratados de Reparto de la Monarquía Hispánica, que determinaron que la mayoría de los consejeros de Estado se inclinasen

---

<sup>90</sup> Henri de Beuvron, marqués, después duque de Harcourt (1700) y par de Francia (1709), nació en 1653 en el seno de una familia de la alta aristocracia normanda. Teniente general del ejército francés desde 1693, mariscal de Francia en 1703, capitán de guardias de corps ese mismo año, fue agraciado con la orden del Santo Espíritu en 1705. Comandó los ejércitos franceses en el Rin (1709), Flandes (1710) y Alemania (1711 y 1712). Ostentó la embajada francesa entre 1697 y 1700 y de nuevo a lo largo del invierno y el verano de 1701. Designado *gouverneur* del futuro Luis XV y miembro del Consejo de Regencia, falleció en París en 1718. BLUCHE, F. (dir.): *Dictionnaire du Grand Siècle*. París, edic. de 2005, p. 708. Su correspondencia con Luis XIV durante su etapa como embajador en Madrid fue editada por HIPPEAU, C. (ed.): *Avènement des Bourbons au trône d'Espagne. Correspondance inédite du Marquis de Harcourt*. París, 1875, 2 vols.

<sup>91</sup> ÁLVAREZ LÓPEZ, A.: *La fabricación de un imaginario. Los embajadores de Luis XIV y España*. Madrid, 2008.

por la designación como sucesor de un príncipe francés.<sup>92</sup> En este sentido, para una parte de la elite de gobierno española el mantenimiento de la integridad territorial de la corona pasaba por la nominación de un nieto de Luis XIV como heredero de Carlos II. A su modo de ver, solo el poder militar francés sería capaz de hacer frente a los proyectos de partición esbozados por las potencias marítimas y la propia Francia, a la que se pretendía desligar de tales Tratados a través del contenido del testamento del soberano español.<sup>93</sup> Quizás, una de las muestras más elocuentes del sentir de la corte madrileña a este respecto sean las palabras que el virrey partenopeo, duque de Medinaceli, pronunció ante el enviado veneciano en Nápoles Francesco Savioni. Para Medinaceli lo prioritario era la seguridad de las posesiones españolas, cuya garantía bien valía el nombramiento como sucesor del archiduque, el duque de Anjou o incluso el hijo del Gran Sultán.<sup>94</sup>

Ahora bien, ¿qué esperaba el gobierno francés del advenimiento al trono español de la Casa de Borbón? Conocidas son las dudas de Luis XIV respecto a si aceptar el testamento de Carlos II o mantenerse fiel a los Tratados de Reparto. Dudas que pretendió zanjar a través de la convocatoria de un Consejo privado en los aposentos de Madame de Maintenon, al que asistieron Torcy, el duque de Beauvilliers, el canciller Pontchartrain, el delfín y los propios Luis XIV y Maintenon. Aunque las fuentes difieren en cuanto al posicionamiento a favor o en contra de la aceptación de ciertos de los asistentes, lo que nos interesa son los argumentos que unos y otros emplearon para defender sus respectivas posturas. Tales razonamientos nos permiten dilucidar las expectativas que Francia albergaba de la entronización de Felipe V. Así, quienes se mostraron proclives a la asunción de la herencia española arguyeron: primero, que con ella se evitaría la reunión de las dos ramas de la Casa de Habsburgo y la nueva

---

<sup>92</sup> Sobre el sentido de los Tratados de Reparto en las relaciones internacionales europeas, véase BÉLY, L.: «La diplomatie européenne et les partages de l'Empire espagnol», en ÁLVAREZ-OSSORIO, A., GARCÍA GARCÍA, B. J. y LEÓN, V. (eds.): *La pérdida de Europa...*, pp. 631-652.

<sup>93</sup> Excede a nuestros propósitos realizar un análisis de la situación de la corte y el gobierno españoles en la última década del reinado de Carlos II. Remitimos, entre la amplia bibliografía existente, a RIBOT, L.: «La sucesión de Carlos II. Diplomacia y lucha política a finales del siglo XVII», en RIBOT, L.: *El arte de gobernar. Estudios sobre la España de los Austrias*. Madrid, 2006, pp. 227-276; id.: *Orígenes políticos del testamento de Carlos II. La gestación del cambio dinástico en España*. Discurso de entrada a la RAH. Madrid, 2010. MACQUART, F.: «Le dernier testament de Charles II d'Espagne», en BÉLY, L. (dir.): *La présence des Bourbons en Europe XVI<sup>e</sup>-XXI<sup>e</sup> siècles*. París, 2003, pp. 111-124. Una visión desmitificadora de la embajada de Harcourt en España entre 1697 y 1700 ha sido aportada por BÉLY, L.: «Le Marquis d'Harcourt, ambassadeur de France après de Charles II d'Espagne: acteur et témoin», ponencia presentada en el XIII Seminario Internacional de Historia de la Fundación Carlos de Amberes: *Vísperas de Sucesión: Europa y la Monarquía de Carlos II*, celebrado en Madrid los días 29 de noviembre-1 de diciembre de 2012.

<sup>94</sup> Francesco Savioni a su gobierno. Nápoles, 10 de agosto de 1700, recogido en NICOLINI, F. (ed.): *L'Europa...*, I, Nápoles, 1937, p. 74.

reproducción del imperio de Carlos V, que tanto había perjudicado a Francia; segundo, que si la guerra resultaba inevitable, ya que era previsible que Leopoldo I no aceptase el contenido del testamento del último Austria, la opción más justa era el sostenimiento de los derechos de la Casa de Borbón; tercero, que a pesar del desorden de su gobierno y sus dificultades económicas, la Monarquía Hispánica podría ofrecer a Francia enormes beneficios en el comercio de Indias; cuarto, que al pertenecer sus soberanos a una misma dinastía, ambas coronas tendrían los mismos intereses y objetivos, esto es, dañar el poder imperial, el comercio y las colonias inglesas y holandesas. Una vía, la comercial, que les permitiría enriquecerse mutuamente y devenir así las potencias hegemónicas del continente; y quinto, que la unión de ambas potencias habría de reforzarse por medio de sucesivos matrimonios entre los miembros de una y otra rama de la dinastía. Tales uniones contribuirían a la unión de las Dos Coronas que, por su contigüidad y común disfrute de los beneficios de las Indias, podrían mantener su hegemonía económica, diplomática y militar en Europa y América.<sup>95</sup>

El debate suscitado en Versalles a cuenta de la aceptación del testamento no era una cuestión baladí, ni respondía tampoco a un intento de Luis XIV por guardar las apariencias ante sus otrora aliados en la gestación de los Tratados de Reparto. Se hacía eco la preocupación del gabinete francés respecto a las consecuencias que el advenimiento de la Casa de Borbón a la corona española tendría para Francia. Según ha señalado Bély, la sucesión borbónica era susceptible de una triple visión en el marco de las relaciones internacionales europeas. Una optimista, que mantenía que la entronización de Felipe V no tendría mayores consecuencias: el duque de Anjou se convertiría en Rey Católico y las dos Monarquías permanecerían independientes una de otra; una segunda más temible, que preveía que su ascenso al trono conllevaría la formación de un frente borbónico hegemónico en Europa. Es decir, que la Europa de los Habsburgo daría paso a la Europa de los Borbones y que los destinos de ambas Coronas serían regidos por un experimentado Luis XIV. Y por último una visión más circunstancial, que contemplaba el estallido de la guerra, para la que la unión de las dos Monarquías entrañaría el progresivo agotamiento de Francia, que debería defender

---

<sup>95</sup> ÁLVAREZ LÓPEZ, A.: *La fabricación...*, pp. 319-323, donde la autora da buena cuenta de las deliberaciones previas a la aceptación del testamento de Carlos II.

tanto sus fronteras como las del imperio español y coordinar unos intereses geopolíticos y diplomáticos que podían resultar contradictorios en tantos frentes.<sup>96</sup>

Como habrá podido apreciarse, los argumentos esgrimidos en Versalles durante las deliberaciones previas a la aceptación del testamento coincidían con los planteamientos de la segunda visión descrita por Bély. En efecto, el advenimiento de Felipe V al trono de España fue contemplado en un primer momento por Luis XIV como el punto de partida para la creación de un eje Versalles-Madrid que habría de imponerse sobre el resto de potencias de Europa. Básicamente, lo que pretendía reproducirse a la sazón era el esquema de colaboración política, militar y diplomática que las dos ramas de la Casa de Austria habían desarrollado con mayor o menor suerte durante los siglos XVI y XVII. Como en el caso de esta última, la unión entre ambas cortes habría de sostenerse en virtud de las alianzas matrimoniales entre los príncipes y princesas de una y otra rama de la dinastía. Tales enlaces afirmarían el sentimiento de pertenencia dinástica y contribuirían a mantener viva la comunidad de intereses entre las Dos Coronas, que el reinado de Felipe V inauguraba. En este sentido, parecía contemplarse la posibilidad de que en función de la coyuntura se produjeran ciertas fricciones en el seno de dicha comunidad. No obstante, lo estrecho de los lazos familiares, que los sucesores del primer Borbón habían de perpetuar a través de sus nupcias, ayudaría a superarlas.<sup>97</sup> Como también el hecho de que ambas Monarquías pasaran a tener los mismos objetivos en el panorama internacional. La rivalidad francoespañola quedaba atrás, en adelante las Dos Coronas tendrían intereses, aliados y enemigos comunes.

A la sazón, esta visión fue compartida tanto en Francia como en la Monarquía Hispánica, para esta última al menos entre finales de 1700 y comienzos de 1701. La propaganda de ambos países constituye un buen ejemplo de ello. Entre los muchos pliegos de cordel publicados con motivo de la entronización de Felipe V, destaca una breve Relación de la entrada que el condestable de Castilla realizó en París, en calidad de

---

<sup>96</sup> BÉLY, L.: «La diplomatie...», en ÁLVAREZ-OSSORIO, A., GARCÍA GARCÍA, B. J. y LEÓN, V. (eds.): *La pérdida...*, p. 637.

<sup>97</sup> «(...) que cet intérêt étoit si grand et si palpable, et les occasions de division entre les deux rois du même sang si mediocres en eux-mêmes et si anéantis en comparaison de ceux-là, et qu'il n'y avoit point de division raisonnable à en craindre; qu'il y avoit à espérer l'établir et Monseigneur après lui, entre ses deux fils, qu'il n'y avoit pas moins lieu d'en espérer la continuation dans les deux frères, si unis et si affermis de longue main dans ces principes, qu'ils feroient passer aux cousins germains, ce qui montrait déjà une longue suite d'années; qu'enfin si le malheur venoit assez à surmonter toute raison pour faire naître des guerres, il falloit toujours qu'il y eût un roi d'Espagne, et qu'une guerre se pousseroit moins et se termineroit toujours plus aisément et plus heureusement avec un roi de même sang qu'avec un étranger, et de la maison d'Autriche (...).» SSBL, VII, p. 303.

embajador extraordinario de la Junta de Regencia, en marzo de 1701. Recibido en audiencia por Luis XIV, este se habría presentado ante el condestable como el “mejor español del mundo” para, acto seguido, iniciar un discurso en el que incidía en la unión que en adelante presidiría la relación entre ambas Coronas; una unión que transcendía lo dinástico y, como si de una premonición se tratara, se extrapolaba al plano militar: “y me verán á la frente de los Franceses por defender à los Españoles; y veràn à mi Nieto à la frente de los Españoles, por defender a los Franceses.”<sup>98</sup> Retórica, la de la colaboración, que en el seno de la propaganda francesa tenía también mucho de supeditación de la Monarquía Hispánica a los dictados de Francia. Así, la *Harangue fait au Roy d’Espagne* por la *Académie Française* en 1700, concebía la subida al trono de Felipe V como obra exclusiva de Luis XIV. El monarca, al aceptar el testamento de Carlos II a favor de su nieto, había puesto fin a años de combates entre dos pueblos célebres, temidos y admirados. Poseedor de un alma y un carácter que habían hecho de la Monarquía francesa un reino próspero y “feliz”, permanecería al lado del rey español para instruirle con sus preceptos y lecciones.<sup>99</sup> Una visión similar de la situación podemos observar en el *Estado geográfico e histórico de los reinos y provincias...*, para la que la entronización de Felipe V forjaba una alianza que haría de los Borbones los auténticos árbitros de Europa y devolvería a la Monarquía Hispánica su antiguo esplendor. Vinculación dinástica de la que nacería, en último término, “una paz profunda” que Luis XIV a través de su “prudencia” sabría conservar.<sup>100</sup>

Desde estas perspectivas, a finales de 1700 el prestigio del rey de Francia en Madrid era innegable. Para los cortesanos españoles Luis XIV no solo había de garantizar la integridad territorial de las posesiones de la Monarquía Hispánica en Europa e Indias; también había de procurarles un monarca que, bajo sus consejos, restauraría el “antiguo esplendor” de la corona. De hecho, no fueron pocos los que entendieron la situación desde este prisma. Prueba de ello son las numerosas cartas de parabién que algunos miembros de la alta aristocracia hispana dirigieron al rey de Francia, misivas en las que también se apresuraban a ofrecer sus servicios a Felipe V a

<sup>98</sup> *Relación de la entrada en París del Excelentísimo Señor Condestable de Castilla, y León, Embaxador Extraordinario del Rey Católico, al Cristianísimo, y su Audiencia, en Versailles, el día 13 de Março de 1701*. Madrid, 1701. B.N.M., 2/23787 (10), s. f.

<sup>99</sup> DE LA CHAPPELLE, M.: *Harangue faite au Roy d’Espagne au nom de l’Académie Française*. Paris, MDCC. A.N., K1332, p. 5.

<sup>100</sup> *Estado geográfico e histórico de los reinos y provincias de la Monarquía española... junto con una relación “muy exacta y curiosa” de todo lo que ha pasado desde la elevación de Felipe V al trono de esta Monarquía...* La copia que hemos consultado se encuentra en AA. EE., CPE., t. 91. La cita se encuentra en los fols. 473v.-474r.

través de su abuelo.<sup>101</sup> O los discursos que personajes de la talla del presidente de Castilla, el conde de Fernán Núñez y el marqués de Leganés, por ejemplo, realizaron ante el embajador francés y en los que solicitaban la intervención de Luis XIV en el gobierno español con objeto de poner fin al desorden reinante.<sup>102</sup> Según indicó Louville a principios de 1701, las expectativas que la corte madrileña albergaba de la entronización de un Borbón eran tan altas que resultaría difícil no decepcionar a los españoles.<sup>103</sup>

Ciertamente, el desencanto y la frustración no tardaron en aparecer. A nuestro juicio, ello se debió a las diferentes concepciones de ambas cortes respecto a las implicaciones que el recién inaugurado eje Versalles-Madrid tendría para una y otra. En lo que se refiere a la española, los ejemplos citados más arriba evidencian que existía una conciencia de crisis, así como el interés por recuperar el prestigio y la posición perdidos en Europa décadas antes. En cierta medida, podían aceptarse temporalmente tanto la intervención de Luis XIV en los asuntos, como la de algunos de sus representantes, por ejemplo el embajador Harcourt o Jean Orry, llamado recuérdese a instancias de Portocarrero para poner en orden las finanzas españolas. Con todo, la injerencia de Versalles sobre la corte y la administración no solo debía ser limitada, sino que sus efectos no habían de provocar una transformación radical de ambos cuerpos. Este planteamiento remitiría bien a la continuidad estricta con las prácticas de la anterior dinastía, bien a la continuidad reformada que propugnaba Portocarrero.<sup>104</sup> En los dos casos se perseguía devolver su anterior fortaleza a la Monarquía, pero ninguno de ellos contemplaba que para lograrlo debiera acatarse un intervencionismo de Francia en la política española tan profundo como el que se produciría. Ni tampoco las alteraciones que se darían en la dinámica de funcionamiento del poder o en algunas de las instituciones de la administración que, aunque oficiosas en muchos casos, no fueron por ello menos evidentes.

---

<sup>101</sup> Son por ejemplo las del condestable de Castilla, el duque del Infantado, el obispo de Segovia, etc., dirigidas a Luis XIV, el delfín y el nuevo monarca. En ellas puede observarse el pragmatismo de la aristocracia ante un hecho consumado como es la sucesión de Felipe V a la corona: al tiempo que manifiestan su alborozo por el advenimiento al trono de la Casa de Borbón, exponen los servicios que, durante siglos, han prestado sus antepasados a los sucesivos reyes españoles. R.A.H., leg. 10, carpeta 17.

<sup>102</sup> MILLOT, pp. 76, 80-81.

<sup>103</sup> *Ibid.*, p. 76.

<sup>104</sup> Sobre la línea política del cardenal Portocarrero, véanse SANZ AYÁN, C.: “Teoría y práctica política ante el dilema sucesorio: el ‘Teatro Monárquico’ de Pedro Portocarrero”, en *Ariadna*, 18 (2006), pp. 165-182; PEÑA IZQUIERDO, A. R.: *De Austrias a Borbones. España entre los siglos XVII y XVIII*. Astorga, 2008.

En lo que a Francia respecta, desde el primer momento se dio por hecho que Luis XIV actuaría como líder indiscutible del eje Versalles-Madrid. Por su experiencia en el gobierno y su posición como cabeza de la Casa de Borbón, había de ejercer como mentor de su joven e inexperto nieto, del que conocía las carencias y particularidades de su carácter. De hecho, la correspondencia que mantuvo con Felipe V hasta su muerte en 1715, editada y analizada por Bernardo Ares, abunda en consejos sobre la manera en que el nuevo soberano debería comportarse y ejercer el poder.<sup>105</sup> Dado que desconfiaba del influjo que los españoles podían adquirir sobre el rey de España, procuró rodearle de un grupo de franceses de su confianza y encomendarle al que entonces era su embajador en Madrid, Harcourt. Esa doble vía, control sobre los contactos de Felipe V con sus súbditos y asesoramiento a través de la correspondencia privada y diplomática, parece haber sido el primer cauce elegido por Luis XIV para garantizar la buena marcha de la entente francoespañola. Evidentemente el monarca francés estaba al tanto de todo cuanto sucedía en Madrid, así como de las diferentes materias que se trataban en el gobierno (no en vano el soberano dedicaba prácticamente las mismas horas a gobernar España que Francia).<sup>106</sup> Sin embargo, en un principio se mostró reacio a intervenir abiertamente en el gobierno español, como lo demuestra su primera negativa a que Harcourt entrase en el Despacho.<sup>107</sup> Lo que no quiere decir que el rey francés, por medio de su embajador o de las cartas que remitía a Felipe V, llenas de recomendaciones sobre nombramientos y medidas a adoptar, no gobernase España desde la distancia. En nuestra opinión, el estallido de la guerra y la formación de la Liga de la Haya propiciaron un cambio en las expectativas de Luis XIV respecto al papel de Francia en el gobierno de la Monarquía Hispánica. La corona francesa había de garantizar la defensa de las posesiones españolas durante la contienda; protección que, aunque nacida de la «tendresse» del monarca francés por su nieto, distaba de ser desinteresada.<sup>108</sup> España debía racionalizar sus finanzas, ponerse en estado de defender sus territorios peninsulares y ser capaz de contribuir al esfuerzo bélico. En la misma línea, tampoco debemos olvidar los intereses económicos de Francia en la Monarquía Hispánica, ni los

---

<sup>105</sup> BERNARDO ARES, J. M. (y otros): *De Madrid a Versalles. La correspondencia bilingüe entre el Rey Sol y Felipe V durante la Guerra de Sucesión*. Barcelona, 2011.

<sup>106</sup> MILLOT, p. 77.

<sup>107</sup> A decir de Baudrillart, en un primer momento Luis XIV trató de otorgar a su nieto un gobierno propiamente español. BAUDRILLART, A.: *Philippe V et la cour...*, I, pp. 68-71. Véase también el epígrafe de este capítulo titulado “El Despacho y la intervención del embajador de Francia en la política española”.

<sup>108</sup> «Instruction au Sieur Comte de Marcin... 7 juillet 1701», en *RLA*, XII-II, p. 5.

mucho más importantes beneficios que esta esperaba obtener del comercio de Indias (los verdaderos desencadenantes de la declaración de guerra de las potencias marítimas a Felipe V en opinión de algunos autores).<sup>109</sup> La combinación de ambos factores, conflicto bélico e intereses económicos, sumada a la situación de dependencia militar de Madrid, justificaría para Versalles la reiterada injerencia de Francia en el gobierno español. Por un lado, esta continuaría desarrollándose por la vía habitual de la correspondencia entre Luis XIV y su nieto, a la que se añadiría desde finales de 1701 la que mantendría con la reina María Luisa. Por el otro, el intervencionismo francés en la administración cristalizaría en medidas de más amplio espectro. La primera de ellas, la participación de los embajadores del rey de Francia en la toma de decisiones a través de su entrada en el Despacho español, prácticamente institucionalizada hasta 1709. La segunda, la venida desde el otro lado de los Pirineos de un grupo de tecnócratas, militares, financieros y oficiales del comercio que habrían de gestionar los aspectos relativos a la marcha de la contienda, y a cuyas órdenes servirían los españoles en muchos casos. La tercera, la designación de una francesa como camarera mayor de la reina, con el cometido de fiscalizar el posible influjo que la soberana podía adquirir sobre la corte, el rey y el gobierno. Y la cuarta, la ejecución de disposiciones de diferente calado tendentes a racionalizar el tratamiento de los asuntos en aras de la obtención de recursos, la satisfacción de los intereses franceses en España y la buena marcha de la guerra (de lo que se encargarían Orry, los embajadores de Luis XIV, principalmente Amelot, y cierto número de burócratas y oficiales de la administración española). Para Bernardo Ares, la influencia del rey de Francia sobre España sería tan determinante durante la contienda que podría hablarse no de Dos Coronas, sino de una sola. Una monarquía borbónica, regida por un triángulo gubernativo francés, en la que las decisiones importantes se tomarían en Versalles y no en Madrid en virtud de los “intereses comunes” de la dinastía. En la cúspide de este triángulo se situaría Luis XIV (junto a sus ministros), que representaría la “línea de mando”, en tanto que Felipe V y la reina María Luisa constituirían la “línea de sometimiento”, que se prolongaría hasta los vértices donde se encontrarían los sucesivos embajadores galos, la influyente princesa de los Ursinos y

---

<sup>109</sup> STEIN, S. J. y STEIN, B. H.: *Plata, comercio y guerra. España y América en la formación de la Europa moderna*. Barcelona, 2002, p. 141. Respecto a los intereses económicos franceses en España e Indias, BERNARDO ARES, J. M.: “Tres años estelares de política colonial borbónica (1701-1703)”, en *Cuadernos de Historia de España*, LXXX (2006), pp. 171-196; también la síntesis que realiza ALBAREDA, J.: *La Guerra*, pp. 64-72. Para una visión de la guerra en clave económica SANZ AYÁN, C.: “La Guerra de Sucesión (1700-1714). Un conflicto por el dominio del ‘asiento de negros’”, en *En nombre de la paz...*, cat. exp., pp. 125-137.



militares franceses como Berwick o técnicos de las finanzas y la administración como Orry.<sup>110</sup>

### **El entorno francoespañol de Felipe V: las “familias” francesa y española del monarca en los inicios del reinado.**

Felipe V viajó desde Versalles hasta España acompañado de un nutrido grupo de domésticos franceses, algunos de los cuales le habían servido durante su vida como duque de Anjou. En su obra *Les Français de Philippe V*, Catherine Désos llevó a cabo un esbozo de los principales integrantes del *entourage* galo del monarca.<sup>111</sup> Este estaba compuesto, en la cúspide, por los antiguos caballerizo y *gentilhommes de la manche* del otrora duque de Anjou: los marqueses de Valouse, Candau, Montviel y Louville. De los cuatro, el último era el que ocupaba una posición más sólida alrededor del rey. Nacido en 1664, perteneciente a una familia de la baja nobleza, su padre contaba con la protección de los duques de Saint-Simon y Beauvilliers, gracias a la que entró a formar parte de la servidumbre de los *Enfants de France*. Hombre de gran imaginación e ingenio, que hacían de él una excelente compañía, gozaba de la absoluta confianza no solo de Felipe V sino también de Beauvilliers, quien le encargó la tarea de actuar a modo de mentor del nuevo rey de España.<sup>112</sup> En un segundo nivel en el seno de esta heterogénea comunidad encontraríamos a los jefes de la cámara y el guardarropa del monarca,

---

<sup>110</sup> BERNARDO ARES, J. M.: “Los tres reyes de la Monarquía Católica según las cartas reales de 1704”, en BERNARDO ARES, J. M. (y otros): *La correspondencia entre Felipe V y Luis XIV. I. Estudio histórico, informático y traductológico*. Córdoba, 2005, pp. 7-57; íd.: “Sociología de corte, guerra europea y estado unitario (1707)”, en BERNARDO ARES, J. M. y ECHEVERRÍA PEREDA, E. (coords.): *Las cortes de Versalles y Madrid en el año 1707. Estudio traductológico e histórico de las correspondencias real y diplomática*. Madrid, 2011, pp. 107-145, en concreto, pp. 109-112.

<sup>111</sup> DESOS, C.: *Les français de Philippe V...*, pp. 69-71.

<sup>112</sup> Algunos datos sobre la biografía y carácter de Louville en SSBL, II, pp. 3-5; POZAS POVEDA, L.: “El Marqués de Louville un enviado de Luis XIV a la Corte de España”, en BERNARDO ARES, J. M. (coord.): *La sucesión de la Monarquía Hispánica, 1665-1725. Biografías relevantes y procesos complejos*. Madrid, 2007, pp. 107-121. Jacques de Vassal, marqués de Montviel, hizo carrera en el ejército antes de ser designado gentilhomme de la manche del duque de Anjou en 1698. Permaneció en España desde 1701 a 1702 y falleció en París en 1744. RLA, XII-II, p. 17 (*infra* 3) y MORMICHE, P.: *Devenir prince. L'école du pouvoir en France, XVIIe-XVIIIe siècles*. París, 2009, pp. 17 y 70 (*infra* 225). Respecto a Candau, no contamos con más información sobre su vida de la que aporta Mormiche, p. 17, que indica que entró a servir como gentilhomme a la par que Montviel. Hyacinthe Boutin (1671-1736), marqués de Valouse, pasó al servicio de los duques de Anjou y Berry en 1694 como caballerizo. Acompañó a Felipe V a España, país que no abandonó. Caballerizo del monarca, mayordomo de semana y finalmente primer gentilhomme de su cámara, fue agraciado con la orden del Toisón. SSBL, VII, p. 345 (*infra* 1). Algunos datos sobre su personalidad y trayectoria en España en VARGA, S.: *Philippe V, roi d'Espagne. Petit-fils de Louis XIV*. París, 2011, p. 211-212. En adelante, incluiremos en nota a pie de página las biografías de los personajes más relevantes de las Casas francesa y española del monarca.

Claude de La Roche<sup>113</sup> y Gaspar Hersan<sup>114</sup>, descendientes de linajes con una larga tradición de servicio en los palacios reales franceses. A ambos estaban supeditados Martin Boilot y Nicolás Duport (ujieres de cámara), Nicolas Rouillier y Marc Renard (ayudas), Charles Valois y Jean Pichelin (mozos), Eléazar Audibert y Etienne Lambert (ayudas de guardarropa) y Simon Monteau y Pierre Dutillot (mozos de la misma sección).<sup>115</sup> En cuanto a los puestos de tapicero, *porte-manteau* y portador de arcabuz, fueron a parar a Charles Passarat, François Rivet y François Boisbrun. Además, con el rey viajaba también su cuerpo médico, encabezado por Honorato Michelet, primer médico; Jean-Baptiste Legendre, primer cirujano y Louis Riqueur, boticario, quienes habían servido ya a diferentes miembros de la familia real francesa. Por último, junto a todos ellos destacaban la nodriza de Felipe V, la dama Rouiller (casada con Nicolás), mandada pronto de regreso a Francia a causa de su afán de enriquecimiento<sup>116</sup>; Henri Vazet, de origen humilde, elevado al rango de barbero real<sup>117</sup>; Angélique Tesson, almidonadora; Marguerite La Chambre, lavandera, y Guillaume Daubenton, que ocupaba el mucho más importante cargo de confesor del rey.<sup>118</sup> Hombre bien valorado en Versalles, jesuita, antiguo confesor de la delfina María Ana de Baviera y rector del Colegio Real de Estrasburgo, Daubenton fue enviado a España a instancias del Padre La Chaise, confesor de Luis XIV.<sup>119</sup>

En un primer momento el monarca francés informó a Portocarrero de que sus súbditos no se establecerían en España de manera definitiva. Su permanencia en el país

---

<sup>113</sup> Claude de la Roche, hijastro de Alexandre Bontemps, *premier valet de chambre* de Luis XIV entre 1659 y 1701, era desde 1690 el primer *valet de chambre* del duque de Anjou. Personaje que formaba parte del círculo más íntimo de Felipe V, como Vazet o Hersan, falleció en Madrid en 1735. SSBL, VII, p. 345 (*infra* 3); VINHA, M.: *Les valets de chambre de Louis XIV*. París 2009 [2004], pp. 248 y 319. La evolución de su carrera en España y el destino de su familia pueden consultarse en DÉSOS, C.: *Les français...*, p. 425.

<sup>114</sup> Hersan, cuyo padre era *écuyer de bouche* de Luis XIV, entró al servicio del monarca en 1670, como ujier, de donde pasó a la Casa de los duques de Borgoña y Anjou con el mismo puesto en 1689; ascendió al puesto de primer ayuda del guardarropa un año después. Falleció en España en 1721. SSBL, VII, p. 345 (*infra* 2); DÉSOS, C.: *Les français...*, p. 424.

<sup>115</sup> Entre los miembros del servicio de boca del monarca, muy reducido, sólo vinieron a España el Sieur Francine, *maître d'hôtel* y Charles Daucours, ayuda, DÉSOS, C.: *Les français...*, p. 70.

<sup>116</sup> MILLOT, p. 78.

<sup>117</sup> Henri Vazet, perteneciente a una familia provenzal de origen humilde de la que se desconocen más datos, pasó a España como barbero de Felipe V, puesto que desempeñó hasta su muerte, y ocupó asimismo el cargo de ayuda de la furriera de María Luisa de Saboya. Tildado por Louville “como uno de los más grandes bribones que he conocido”, criticado por el embajador francés, abad d'Estrées, a causa de su excesiva familiaridad en el trato con Felipe V, gozó de la confianza del monarca, la reina María Luisa y la princesa de los Ursinos, quienes le encargaron el desempeño de algunas misiones en la corte de Versalles. Falleció en Madrid en 1729; SSBL, XII, p. 59 (*infra* 1); DÉSOS, C.: *Les français...*, pp. 425.

<sup>118</sup> *Ibid.*, pp. 69-70.

<sup>119</sup> Sobre el padre Daubenton, véase, DÉSOS, C.: *La vie du R. P. Guillaume Daubenton (1648-1723). Un jésuite français à la Cour d'Espagne et à Rome*. Córdoba, 2005.

sería temporal, arguyó, solo hasta que su nieto se habituara a las costumbres españolas y dominara con fluidez el castellano.<sup>120</sup> Sin embargo, el paso del tiempo terminaría por desmentir las intenciones iniciales de Luis XIV. Así, a lo largo de 1701 los domésticos franceses de Felipe V se integraron en el seno de la Casa española del monarca, ocupando puestos similares o diferentes a los que ya desempeñaron durante el viaje del rey. En este sentido, Valouse fue nombrado caballerizo mientras que Candau, Montviel y Louville eran designados gentileshombres de la cámara. Daubenton, cuyo nombramiento al frente del confesionario regio era también provisional, se afianzó en el mismo, con lo que se quebró una tradición que establecía que los confesores de los reyes de España habían de ser dominicos. Y una suerte similar tuvieron La Roche y Hersan, agraciados con los títulos de primer y segundo ayuda de cámara, a los que sumaron los de secretario del monarca y jefe del Guardarropa respectivamente. Por su parte, Vazet se mantuvo en el puesto de barbero; Rouiller, Lambert, Pichelin y Valois fueron nombrados mozos de cámara; Passarat y Dutillot del guardarropa; Boisbrun, ballestero del soberano y Angélique Tesson y Marguerite La Chambre se vieron transformadas en lavanderas de corps. Para terminar, los miembros del cuerpo médico, así como Boilot, Duport y Rivet mantuvieron cargos semejantes a los que ya ostentaron durante la travesía del monarca hasta la Península. Desde estas perspectivas, la estancia de los domésticos franceses en España no solo no fue transitoria sino que, a lo largo de la Guerra de Sucesión, otros individuos cruzaron los Pirineos para ejercer cargos en las Casas del rey, la reina o los infantes.<sup>121</sup>

Por otro lado, a los servidores de palacio que se trasladaron a España debemos añadir todo un conjunto de hombres de negocios, tecnócratas, militares y diplomáticos que, también procedentes de Francia, encarnarían la influencia francesa en la política interior y exterior españolas entre 1700 y 1714. De todos ellos, por el momento nos contentaremos con citar a Jean Orry, personaje destacado tanto por su relevancia en el círculo de los reyes como por su prolongada permanencia en el país en comparación con otros individuos de este último grupo. Financiero experimentado que ya se había destacado por su talento en el aprovisionamiento de los ejércitos franceses durante la Guerra de la Liga de Augsburgo, fue enviado a España en el verano de 1701, a instancias de Portocarrero y Harcourt, con objeto de restaurar las finanzas de Felipe V.

---

<sup>120</sup> DÉSOS, C.: *Les français...*, pp. 72-73.

<sup>121</sup> La implantación de la “familia” francesa en el seno de la Casa española de Felipe V se encuentra recogida en *Ibidem*, pp. 138 y ss.

A pesar de que la suya fue una elección fortuita, puesto que en un primer momento se había pensado en Desmarets para que ocupase su lugar, desempeñó un papel fundamental en el reformismo borbónico durante los primeros años del siglo XVIII. Criticado por los embajadores franceses en España entre 1703 y 1705, Orry supo ganarse por el contrario la protección de la princesa de los Ursinos, de Felipe V y de la reina María Luisa, quienes apreciaron su capacidad de trabajo. Ciertamente, no llegó a desempeñar ningún puesto oficial en el gobierno español hasta 1713. No obstante, desde una posición oficiosa, se encontró detrás de buena parte de las reformas ejecutadas en la administración hasta el final del conflicto sucesorio.<sup>122</sup>

Tras su instalación en la capital (febrero de 1701), el *entourage* francés de Felipe V había de integrarse en la corte madrileña y compartir espacio, palatino y gubernamental, con la “familia” española del monarca, compuesta tanto por los miembros de su Casa como por los ministros y burócratas que daban sentido al sistema polisinodial. A la cabeza de estos últimos figuraba Luis Manuel Fernández de Portocarrero y Guzmán. Arzobispo de Toledo, cardenal desde 1669, consejero de Estado a partir de 1677, era considerado como uno de los principales artífices del advenimiento de los Borbones a la corona española.<sup>123</sup> Por este motivo, el gabinete de Versalles y Luis XIV le procuraban un respeto aparente, si bien eran conscientes de los defectos de su personalidad (impulsividad, falta de tacto, carencia de una inteligencia notable...). Al lado de Portocarrero se encontraban los presidentes de los principales Consejos de la Monarquía y los consejeros de Estado, muchos de ellos designados a instancias suya en los últimos meses del reinado de Carlos II.<sup>124</sup> La presidencia del de Castilla era ostentada desde 1699 por don Manuel Arias, comendador del Viso y de Quiroga, consejero de Estado desde diciembre de 1701 y arzobispo de Sevilla en

---

<sup>122</sup> Sobre Orry pueden consultarse las biografías publicadas HANOTIN, G.: *Jean Orry. Un homme des finances royales entre France et Espagne (1701-1705)*. Córdoba, 2009 y DUBET, A.: *Un estadista francés...* La primera es fundamental para conocer los orígenes y trayectoria del financiero hasta su instalación en España, analiza los primeros planteamientos de reforma de la administración y las finanzas españolas y su labor en el país hasta 1705. Sin embargo, la segunda, cuyo análisis finaliza en 1706, es más exhaustiva en cuanto a los métodos de trabajo de Orry, las iniciativas a las que dio cauce y su influjo en diferentes ámbitos (ejército, gobierno, finanzas...) y la relación del financiero tanto con otros personajes del *entourage* francés de Felipe V, como con los estratos medios de la burocracia y la administración española (consejeros, Secretarios del Despacho...).

<sup>123</sup> Acerca del cardenal Portocarrero y su acción sobre el gobierno español, véanse, PEÑA IZQUIERDO, A. R.: *La casa de Palma. La familia Portocarrero en el gobierno de la Monarquía Hispánica (1665-1700)*. Córdoba, 2004; íd.: *De Austrias a Borbones. España entre los siglos XVII y XVIII*. Astorga, 2008.

<sup>124</sup> PEÑA IZQUIERDO, A. R.: *De Austrias...*, pp. 99 y 115.

1702<sup>125</sup>; y las de Flandes, Aragón e Italia por el conde de Monterrey<sup>126</sup>, el duque de Montalto<sup>127</sup> y el marqués de Mancera.<sup>128</sup> Los dos primeros, como Arias, habían sido perseguidos por Mariana de Neoburgo antes de la muerte de Carlos II y, a comienzos del reinado de Felipe V, mantenían buenas relaciones con el cardenal, no así Montalto, enemistado con este último. En cuanto a Mancera, contaba a la sazón con ochenta y seis años y un largo historial de servicio a la Casa de Austria, lo que no había impedido que defendiera el ascenso de un Borbón al trono español. En agradecimiento, Felipe V le había elevado a la presidencia del Consejo de Italia, que apenas podía desempeñar correctamente a causa de su edad. Por lo que respecta a los consejeros de Estado más importantes<sup>129</sup>, el duque de Medinasidonia<sup>130</sup> y el marqués del Fresno<sup>131</sup> pertenecían a la red Portocarrero; el conde de Santisteban<sup>132</sup> se mostraba más tibio respecto al cardenal y el almirante de Castilla<sup>133</sup> y el conde de Frigiliana<sup>134</sup> eran vistos como parciales a los Habsburgo. Sus opiniones en el Consejo no solo no eran tenidas en

<sup>125</sup> Para una síntesis biográfica de Arias, *RLA*, XII-II, p. 28 (*infra* 1).

<sup>126</sup> Juan Domingo Méndez de Haro y Guzmán (1640-1716), conde consorte de Monterrey, había ocupado ya los cargos de gobernador de los Países Bajos y virrey de Cataluña. BARRIOS, F.: *El Consejo de Estado de la Monarquía Española, 1521-1812*. Madrid, 1984, p. 402.

<sup>127</sup> Fernando de Aragón y Moncada (1644-1713), VIII duque de Montalto y VI de Bivona, príncipe de Paterno..., capitán general de Artillería de Flandes, gentilhombre de cámara de Carlos II, presidente de los Consejos de Indias y Aragón y consejero de Estado desde 1691, estaba casado con María Teresa Fajardo, VII marquesa de los Vélez. *Ibid.*, p. 400.

<sup>128</sup> Antonio Sebastián de Toledo Molina y Salazar, II marqués de Mancera (1615-1715), antes de su designación como presidente del Consejo de Italia había ostentado los puestos de embajador en Venecia y en el Sacro Imperio, virrey de Nueva España, mayordomo mayor de Mariana de Austria y consejero de Estado desde 1680. *Ibid.*, p. 398.

<sup>129</sup> Entre ellos se encontraban también el marqués de Mancera, el duque de Montalto y el conde de Monterrey, consejeros de Estado desde 1680, 1691 y 1693 respectivamente.

<sup>130</sup> Juan Pérez de Guzmán el Bueno (1642-1713), XI duque de Medina-Sidonia, virrey de Cataluña entre 1690 y 1693; gentilhombre de cámara de Carlos II y consejero de Estado desde 1699. Casado con Mariana de Guzmán, IV duquesa de Medina de las Torres. BARRIOS, F.: *El Consejo...*, p. 405; IMHOFF, J. W.: *Recherches historiques et généalogiques des Grands d'Espagne*. Amsterdam, MDCCVII, pp. 71 y 74.

<sup>131</sup> Pedro Fernández de Velasco, II marqués del Fresno, conde consorte de Peñaranda, gentilhombre de la cámara de Carlos II, había sido embajador en Inglaterra y miembro del Consejo de Estado desde 1699. Falleció en 1713 a los ochenta años. *RLA*, XII-II, p. 34 (*infra* 1).

<sup>132</sup> Francisco de Benavides y de la Cueva Dávila y Corella, IX conde de Santisteban del Puerto († 1716), virrey de Sicilia (1678-1687) y de Nápoles (1687-1696), consejero de Estado desde 1699. Casado con Francisca de Aragón, hija de los duques de Segorbe. BARRIOS, F.: *El Consejo...*, p. 406.

<sup>133</sup> Juan Tomás Enríquez de Cabrera Toledo y Sandoval (1646-1705), XI almirante de Catilla, VII duque de Medina de Rioseco, conde de Melgar, gentilhombre de cámara y caballerizo mayor de Carlos II, capitán general de la caballería de Milán, embajador extraordinario en Roma (1676), gobernador de Milán (1678-1686), virrey de Cataluña (1688) y consejero de Estado desde 1691. Casó con la hermana del duque de Medinaceli, de quien no tuvo descendencia. *Ibid.*, p. 401. Sobre su papel tras el ascenso al trono de Felipe V, véase, GONZÁLEZ MEZQUITA, M. L.: *Oposición y disidencia en la Guerra de Sucesión Española. El almirante de Castilla*. Valladolid, 2007.

<sup>134</sup> Rodrigo Manrique de Lara, II conde de Frigiliana, conde consorte de Aguilar, consejero de Estado desde 1691, presidente del Consejo de Aragón en ausencia del duque de Montalto. IMHOFF, J. W.: *Recherches historiques...*, p. 174.

cuenta, sino que ellos mismos contaban con la inquina de Portocarrero y la sospecha de Versalles.<sup>135</sup> Para terminar, restaría aludir a la figura del Secretario del Despacho Universal, Don Antonio Ubilla y Medina, futuro primer marqués de Rivas. Hijo de un antiguo secretario de Felipe IV, también oficial mayor en la Secretaría de Estado de Italia, entró a servir en esta misma Secretaría a los dieciocho años, pasando después a la de Cruzada, Órdenes y Perú, en el Consejo de Indias. Desde 1698 ocupaba los puestos de Secretario del Despacho Universal y de Estado para las negociaciones de Italia y, aunque algunos autores lo sitúan entre los partidarios de Mariana de Neoburgo, y por tanto de la Casa de Austria, fue un estrecho colaborador de Portocarrero a partir de 1699.<sup>136</sup>

Junto a los ministros, Felipe V se vio rodeado a su llegada a Madrid por los miembros españoles de su Casa, a quienes designó en febrero de 1701. En los cargos menores quedaron situados muchos de los que habían servido a Carlos II. En cuanto a los puestos de mayor relevancia, fueron adjudicados bien a personajes cercanos al cardenal, bien a individuos que habían manifestado su parcialidad a la Casa de Borbón.<sup>137</sup> Así, las dignidades de mayordomo mayor, caballerizo mayor y sumiller de corps, recayeron sobre el marqués de Villafranca (al que se privó de la Presidencia del Consejo de Italia)<sup>138</sup>, el duque de Medinasidonia y el conde de Benavente<sup>139</sup>, este último abiertamente profrancés. Como mayordomos semaneros se mantuvieron en sus puestos el conde de Priego, los marqueses de la Alameda y Francavila y Don Alejo de Guzmán, emparentado con Medinasidonia, algunos de los cuales estaban ausentes de la corte.<sup>140</sup> Para finalizar, en calidad de gentilhombres de cámara Felipe V designó a los

<sup>135</sup> «Instruction au Sieur Comte de Marcin... 7 juillet 1701», en *RL4*, XII-II, pp. 34-38.

<sup>136</sup> Sobre Ubilla, véase, HAMER FLORES, A.: «De Austrias a Borbones. La Secretaría del Despacho Universal en la sucesión a la Monarquía Hispánica», en BERNARDO ARES, J. M. (coord.): *La sucesión...*, pp. 87-106.

<sup>137</sup> «Relación de los gefes de la Real Casa, a quienes la Magestad de Phelipe V nombró para que le sirviesen luego que llegó a Madrid, que fue a 18 de febrero de 1701». B.N.M., Mss. 12777, fols. 19r.-22v.

<sup>138</sup> Fadrique de Toledo y Osorio (1635-1705), VII marqués de Villafranca, capitán general de las galeras de Sicilia y Nápoles, gobernador de las galeras de España desde 1677, virrey de Sicilia (1673-1676), consejero de Estado y presidente del Consejo de Italia entre 1691 y 1701; mayordomo mayor de la Casa de Felipe V desde esa fecha hasta su muerte. Casado con Catalina de Moncada, hija del duque de Montalto, con la que tuvo descendencia. BARRIOS, F.: *El Consejo...*, p. 400; IMHOFF, J. W.: *Recherches historiques...*, pp. 167-169.

<sup>139</sup> Francisco Antonio Pimentel de Quiñones, XII conde de Benavente (1655-1709), sumiller de corps del rey desde 1693; Felipe V le mantuvo en el puesto hasta su muerte, en que fue sucedido por el duque de Alba. *RL4*, XII-II, p. 17 (*infra* 1). Algunos datos sobre su biografía y su función como sumiller de corps en GÓMEZ-CENTURIÓN, C.: «Al cuidado del rey: los sumilleres de corps en el siglo XVIII», en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II* (2003), pp. 199-239.

<sup>140</sup> «Historia del Sr. Rey Don Phelipe 5º de Borbón hasta el año 1715». B. L., Add. Mss. 21444, fol. 215r.

duques de Osuna<sup>141</sup> y Sessa<sup>142</sup>, a los marqueses de Quintana<sup>143</sup> y Valero<sup>144</sup> y a Don Agustín de Velasco, conde de Peñaranda.<sup>145</sup> Estos tres últimos eran igualmente muy próximos al cardenal, que se había servido de ellos para controlar la entrada a los aposentos de Carlos II en los últimos meses de vida del monarca.

Ambas “familias”, francesa y española, debían velar por las necesidades personales y gubernativas del monarca, acompañándole en los actos públicos y privados de su cotidianeidad y aportándole el consejo y asesoramiento que requería para ejercer el gobierno. A simple vista, podría parecer que los naturales del país tenían una mayor proyección en el entorno de Felipe V. No en vano, algunos de ellos pertenecían a las más importantes familias de la aristocracia hispana, ocupaban los puestos más destacados en la Casa y la administración y formaban parte del Despacho, el nuevo organismo surgido para acelerar el tratamiento de los asuntos. Sin embargo, carecían de un elemento fundamental que en la práctica les restaba una notable capacidad de influencia sobre la corte y el gobierno: la confianza de Versalles y del nuevo rey. En efecto, el gabinete francés recelaba del ascendiente que los españoles podrían adquirir sobre el joven e inexperto Felipe V. Tales suspicacias ya habían sido evidentes durante el viaje del monarca, momento en el que Beauvilliers advirtió al

---

<sup>141</sup> Francisco Acuña Pacheco y Téllez-Girón, VI duque de Osuna (1678-1716), gentilhombre de cámara de Felipe V en 1701, capitán de una de las dos compañías españolas de Guardias en 1705 y comendador de la orden de Santiago, actuó como plenipotenciario de Felipe V en Utrecht. Estaba casado con la hija y heredera del condestable de Castilla, Doña María de Velasco y Benavides. *RLA*, XII-II, p. 61 (infra 1); IMHOFF, J. W.: *Recherches historiques...*, p. 86.

<sup>142</sup> Félix Fernández de Córdoba y Requesens, IX duque de Sessa, duque de Baena, conde de Cabra, almirante de Nápoles. Estaba casado con Doña Margarita de Aragón, hija de los duques de Segorbe, de la que tuvo descendencia. SALAZAR Y CASTRO, L.: *Árboles de costados de gran parte de las primeras casas de estos reynos*. Madrid, MDCCXCV, p. 5.

<sup>143</sup> Martín Domingo Guzmán (1658-1722), marqués de Quintana y de Montealegre, tenía una larga trayectoria de servicio en palacio: menino bracero de Mariana de Austria en 1674; gentilhombre de cámara con ejercicio de Carlos II en 1675, fue también capitán de las Guardias Alemana (1690), Española (1699) y de Alabarderos (1705). Entre 1709 y 1715 estuvo a cargo de la cámara de Felipe V, si bien nunca fue designado sumiller de corps. GÓMEZ-CENTURIÓN, C.: “Al cuidado...”, en *Cuadernos de Historia Moderna*. Anejo II (2003), p. 229.

<sup>144</sup> Don Baltasar Zúñiga y Guzmán, marqués de Valero, hermano del duque de Béjar. Gentilhombre de cámara de Carlos II desde 1686, virrey de Navarra entre 1692 y 1697, se mantuvo como gentilhombre de la cámara de Felipe V y desempeñó a lo largo del conflicto sucesorio otros cargos de importancia como los virreinos de Cerdeña y Nueva España. Casado con una de las hijas del marqués de los Balbases, culminó su carrera como sumiller de corps del rey, puesto que ejerció entre 1725 y 1727, fecha de su muerte. *Ibid.*, pp. 230-231.

<sup>145</sup> Agustín de Velasco y Bracamonte, conde de Peñaranda, duque de Frías (1669-1741), hijo del marqués del Fresno y de Antonia Bracamonte, condesa de Peñaranda por derecho propio, fue gentilhombre de cámara de Carlos II desde 1697, siendo mantenido en el cargo por Felipe V. Grande de España en 1703, llegó a ser sumiller de corps de Felipe V entre 1728 y 1741. *Ibid.*, p. 231; IMHOFF, J. W.: *Recherches historiques...*, pp.222-223.

soberano de los peligros que entrañaba el mostrarse en exceso familiar con los cortesanos españoles.<sup>146</sup> En la misma línea, una vez en Madrid, el marqués de Montviel encomiaría la labor de los domésticos franceses, sin cuya presencia, añadía, el rey no vería ni escucharía más que a través de los ojos y oídos de siete u ocho de sus nuevos súbditos.<sup>147</sup>

Así pues, a partir de 1701 Felipe V estuvo rodeado de dos entornos paralelos: uno compuesto por los naturales de la Monarquía Hispánica, que ocupaban los puestos de mayor importancia en la administración y la Casa del monarca. Y otro conformado por aquellos que le habían seguido desde Versalles, a las órdenes de Louville<sup>148</sup>, que detentaban puestos secundarios en la corte y la servidumbre pero que gozaban del acceso privilegiado y la confianza del nuevo rey.<sup>149</sup> En última instancia, este grupo de servidores estaba conformado por súbditos de Luis XIV, de quien dependía su futuro en Madrid y al que debían lealtad. Y contaban, ante Felipe V, con el aval que les proporcionaba sus años de servicio en la Casa del otrora duque de Anjou. Ciertamente, no todos los franceses del rey disfrutaron de la misma capacidad de influencia. El perfil que muchos de ellos mantuvieron fue relativamente discreto a nivel político: se establecieron en el país, formaron parte del círculo más próximo del monarca y favorecieron la introducción en la corte española de ciertas modas y costumbres procedentes de Francia.<sup>150</sup> Otros, por el contrario, los de mayor jerarquía, jugaron un papel determinante en la evolución de las relaciones francoespañolas en los primeros años del reinado. Personajes como Louville, Montviel o el padre Daubenton, por ejemplo, se convirtieron en los ojos y oídos del gabinete de Versalles en Madrid. Según el propio Louville escribió a Torcy, no dejaría de rendirle puntual cuenta de todo

---

<sup>146</sup> Beauvilliers a Torcy. Dax, 31 de enero de 1701, cit. por LIZERAND, G.: *Le Duc de Beauvilliers, 1648-1714*. París, 1933, p. 451. Hasta la frontera francoespañola se trasladaron algunos aristócratas y cortesanos españoles como el duque de Béjar y su hermano, Don Pedro Antonio de Zúñiga, y los condes de Galves y Oñate, además del condestable que, enviado a París como embajador extraordinario de la Junta de Gobernación, se encontró con Felipe V durante su trayecto hasta España. “Historia del Sr. Rey Don Phelipe 5º...” B. L., Add. Mss., 21444, fol. 207v.

<sup>147</sup> Montviel al duque de Beauvilliers. Madrid, 4 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 112r.

<sup>148</sup> Louville fue designado en septiembre de 1701 jefe de la “familia francesa” de Felipe V. Marcin a Torcy. Zaragoza, 18 de septiembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 185r. y v. Sus cometidos radicaban en garantizar que los franceses sirvieran al monarca “como debían”, proveyéndoles de cuanto fuera necesario y asegurándose de prevenir “las dificultades ordinarias” que podían surgir entre los sirvientes de ambas naciones.

<sup>149</sup> Según indicaba Montviel a comienzos de febrero, los “franceses del rey” acompañarían y se alojarían con el monarca en “cualquier lugar donde estuviera”. Montviel a Torcy. Madrid, 19 de febrero de 1701. AA. EE., CPE., t. 96, fol. 50v.

<sup>150</sup> La carrera de estos criados menores puede seguirse en DÉSOS, C.: *Les français...*



cuanto acontecía en la corte madrileña, inclusive de las “anécdotas y cosas más secretas” para que pudiera servirse de ellas según su criterio.<sup>151</sup> La labor de información que desarrollaron estos individuos fue por tanto notable. Aunque no mantenían correspondencia directa con Luis XIV, personajes como los citados más arriba se carteaban asiduamente con sus ministros: Torcy, Pontchartrain, Beauvilliers y Chamillart, quienes se encargaban de leer sus respectivas misivas al soberano francés. A través de este medio, el rey de Francia no solo se mantenía al corriente de cuanto sucedía en la corte española, sino también de los actos y comportamientos más privados de su nieto, transmitiendo, en caso de considerarlo oportuno, recomendaciones o censuras de la más variada índole. Con todo, este sistema, que no pretendía sino garantizar el férreo control de Versalles sobre el rey de España y su entorno español, tenía también sus inconvenientes. En primer lugar, la imagen que de la corte madrileña reflejan las cartas de Louville o Montviel, por ejemplo, es una imagen sesgada fruto de la desconfianza, el desconocimiento del país y una cierta conciencia de superioridad respecto a los “naturales” que rodeaban a Felipe V. Como reconocía Montviel, España, pese a su vecindad con Francia, era el país de Europa que los franceses peor conocían.<sup>152</sup> Así, este grueso de misivas resulta interesante para conocer la intimidad del soberano y la manera en que acometió su papel al frente del gobierno de la Monarquía Hispánica; pero, en lo que respecta a la corte española, su funcionamiento y sus principales integrantes, denotan una marcada parcialidad. De entrada, evidencian el afán de ciertos miembros de la “familia francesa” por establecer en el Alcázar hábitos, formas de sociabilización y comportamientos propios de Versalles, sin tomar en consideración, por otro lado, la diferencia existente en la idiosincrasia de ambas cortes. Tal actitud desemboca en críticas, ironías y mofas hacia las costumbres de la aristocracia hispana.<sup>153</sup> De la misma manera, los franceses del entorno de Felipe V aportan sus opiniones sobre el gobierno de la Monarquía y, en este punto concreto, tienen también sus propias ideas. Aunque muchos de sus

---

<sup>151</sup> Louville a Torcy. Madrid, 26 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 89r.

<sup>152</sup> Montviel a Torcy. Buen Retiro, 17 de abril de 1701. AA. EE., CPE., t. 96, fols. 101v.-102r.

<sup>153</sup> “[Los franceses] todo era mofarse de las costumbres españolas, hechos a usar, sus trajes, lo ridículo de sus comedias y los españoles todo era forzar su gravedad natural a acomodarse a las modas libres de los franceses (...) [quienes] tuvieron muchos desencuentros con los españoles personas de calidad (...)”, ROUSSET DE MISSY, J.: *Histoire publique et secrète de la cour de Madrid, depuis l'avènement du Roy Philippe V, jusqu'au commencement de la guerre avec la France*. Lieja, 1719, existen varias copias de esta obra en la B.N.M., 2/6302; 2/6296; 2/70171; también hay una traducción al castellano en B.N.M., Mss. 10947, la cita (tomada de esta última) en fols. 54v.-55r., y otra copia en francés en la RB, VI/390.

pareceres acerca del sistema polisinodial resultan acertados (sobre todo aquellos relativos a la lentitud del sistema de consultas), no lo son tanto sus observaciones acerca de la manera de reformarlo o de la sumisión con la que los españoles se someterán a tales afanes renovadores. En último término, franceses como Louville, Montviel o los sucesivos embajadores de Luis XIV en Madrid, desarrollarán una activa labor de patronazgo político. Criterios tan variados como la relación personal, la lealtad hacia la nueva dinastía o los rumores esparcidos en torno al parentesco de ciertos aristócratas u oficiales de la administración con individuos vinculados a la Casa de Austria, servirán para promover el ascenso o la desgracia de personajes con una larga trayectoria de servicio a la corona.

Semejante *modus operandi* se mantuvo vigente al menos hasta 1705. El rey de Francia y sus ministros gobernarían Madrid desde Versalles utilizando para ello las informaciones aportadas por los miembros del *entourage* francés de Felipe V. Paralelamente, influirían en todo lo relacionado con las facetas pública y privada de la vida del monarca, desde la conducta que debía mostrar en el Despacho o ante la Grandeza, hasta la manera en que había de relacionarse con su esposa, la reina. A la larga, esta estrategia terminaría por perjudicar a Francia en un doble sentido. Como hemos dicho, la presencia de la “familia francesa” junto a Felipe V tenía por objeto garantizar la fluidez de las relaciones entre las Dos Coronas, así como su estrecha colaboración en el marco de la Guerra de Sucesión. Sin embargo, el ascendiente logrado en Madrid por los franceses que rodeaban al monarca, junto a la evolución del conflicto y de las relaciones internacionales, principalmente la sospecha de que Francia terminaría por aprobar el reparto de la herencia de Carlos II, alentaron la francofobia en la corte española. En otro orden de cosas, a la altura de 1705 el número de informadores con que Versalles contaba en Madrid se había incrementado notablemente. A los miembros de la “familia” francesa había que sumar al cónsul francés en la capital, Ambrose Daubenton, los sucesivos embajadores y militares galos enviados a España, el financiero Jean Orry, el caballero du Bourck<sup>154</sup> y otros súbditos de Luis XIV residentes en Madrid, como Madame Aguirre o el Padre Martín, del Hospital de San Luis. Todos ellos estaban en contacto con Torcy, Pontchartrain,

---

<sup>154</sup> Embajador en Madrid del pretendiente jacobita, Jacobo III Estuardo, pensionado por Chamillart y al que nos referiremos más adelante. KERNEY WALSH, M.: “Toby Bourke, Ambassador of James III at the Court of Philip V, 1705-1713”, en CRUICKSHANKS, E. y CORP, E. (eds.): *The Stuart Court in Exile and the Jacobites*. Londres, 1995, pp. 143-54.

Chamillart y Beauvilliers, vertían en las cartas que les remitían sus impresiones (subjetivas y con frecuencia contradictorias unas de otras) y tenían, no solo entre la Grandeza y la burocracia españolas sino también entre los integrantes del propio *lobby* francés, sus afines y enemigos. En consecuencia, ante la alta variedad de informaciones e informadores, Versalles fue perdiendo progresivamente toda visión mínimamente objetiva de cuanto sucedía en la capital española o tras los muros del Alcázar. Como escribió Madame de Maintenon a comienzos de 1703, resultaba del todo punto imposible saber con certeza qué pasaba en Madrid.<sup>155</sup>

### **Continuidad y renovación: el reformismo borbónico de los primeros años del siglo XVIII.**

“Todo es reformable”, así definía el marqués de Louville la situación de la corte y la administración españolas en una de sus cartas a Torcy a finales de julio de 1701.<sup>156</sup> La opinión del marqués, aunque ciertamente aventurada, no hacía sino hacerse eco del sentir general del gabinete de Versalles respecto a las circunstancias en las que la Monarquía Hispánica se encontraba. A la sazón, Luis XIV veía a la corona española, por su debilidad política y económica, como un organismo en decadencia dependiente de la corona francesa, máxime en un momento de conflicto sucesorio como el que se avecinaba. En este sentido, el soberano entendía que España no podría garantizar un apoyo notable a Francia en los primeros tiempos de la contienda (ni financiera ni militarmente), pero tal coyuntura no había de perpetuarse en el tiempo de forma indefinida.<sup>157</sup> Para el monarca francés era prioritario que Felipe V restaurase su autoridad como rey. Esta se había visto erosionada durante el último reinado a consecuencia de las carencias de Carlos II y el desorden reinante en el gobierno, lo que había derivado, por un lado, en el peso adquirido por los Grandes en la toma de decisiones; y por el otro, en las reiteradas faltas de respeto del pueblo madrileño hacia el rey.<sup>158</sup> Con objeto de poner coto a esta situación, Felipe V debía gobernar por sí mismo y procurar que todos los asuntos pasasen por su mano. Solo un rey instruido -

---

<sup>155</sup> Madame de Maintenon al cardenal de Noailles. Versalles, 2 de febrero de 1703, recogida en BOTS, H. y BOTS. ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres de Madame de Maintenon. Volume III, 1698-1706*. París, 2011, p. 390.

<sup>156</sup> Louville a Torcy. Madrid, 26 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 93v.

<sup>157</sup> «L'intention de Sa Majesté a été en même temps de regarder désormais les intérêts de la couronne d'Espagne comme les siens propres, et de lui donner tous les secours que la nation espagnole s'est flattée de trouver dans la puissance de Sa Majesté (...). Mais, quelque grands que soient ces secours, il faut, pour les rendre utiles, remédier incessamment aux plus pressans maux de l'Espagne.», la cita en «Instruction au Sieur Comte de Marcin... 7 Juillet 1701», en *RL4*, XII-II, pp. 4-5.

<sup>158</sup> *Ibid.*, pp. 8-9.

podemos leer en las instrucciones entregadas al conde de Marcin<sup>159</sup>- sería capaz de garantizar la felicidad de sus súbditos.<sup>160</sup>

A ojos de Luis XIV, como a los de su entorno, reforzar el poder real pasaba por desarrollar un programa de reformas de diversa naturaleza y calado. En primer lugar en el espacio áulico. Según indicó Baudrillart al analizar las instrucciones del conde de Marcin (1701), la reforma de la corte iría pareja a la progresiva pérdida de poder fáctico por parte de la Grandeza. Dado que los Grandes habían apuntalado su influencia sobre el gobierno por medio del ceremonial y el servicio en las Reales Casas, tanto el funcionamiento de estas como las atribuciones de sus principales cargos debían ser revisados. Ejecutada la reforma de la corte a semejanza de Versalles, privados los Grandes de todo influjo sobre los negocios de Estado y el reparto de mercedes, Felipe V estaría en condiciones de acometer el resto de su programa reformista, enfocado a continuación hacia la administración.<sup>161</sup> De acuerdo con las intenciones del gobierno francés, de entrada habían de racionalizarse los recursos del rey de España y sanear la Hacienda española. Ése sería el único medio capaz de convertir a la Monarquía Hispánica en un verdadero aliado para Francia durante el conflicto sucesorio, y no en un lastre. De la misma manera, y como consecuencia también de la guerra, la toma de decisiones debía ser agilizada. Privar a los Grandes de su poder en palacio era un paso, pero para que este fuera efectivo era pertinente adoptar otras resoluciones de más amplio espectro, que afectaban directamente al sistema polisinodial. Durante los primeros meses del reinado, Madrid y Versalles plantearon diversas soluciones a través de las que Felipe V habría de gobernar. En ningún caso se planteó la eliminación de los Consejos, medida que provocaría una considerable oposición. No era

---

<sup>159</sup> Ferdinand, conde Marcin, marqués de Clermont y conde de Gravelle, nació en Lieja en 1656. Inició su carrera en el ejército francés en 1673, en el que llegó a ser mariscal de campo en 1693, director general de caballería en 1695 y teniente general en 1701. Designado sucesor de Harcourt al frente de la embajada francesa el 13 de julio de 1701, llegó a Madrid el 15 de agosto de ese mismo año. Más cómodo en el mundo de la milicia que en el de la diplomacia, acompañó a Felipe V en la campaña italiana y permaneció en el cargo hasta mediados de diciembre de 1702. Falleció cuatro años después a consecuencia de las heridas sufridas durante el sitio francés de Turín. Los datos biográficos se encuentran recogidos en *Ibid.*, pp. 1-4.

<sup>160</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>161</sup> En su análisis de las instrucciones del conde de Marcin, Baudrillart vio que éstas otorgaban prioridad a la reforma de la corte sobre la de la administración, al considerar que sólo ejecutada la primera Felipe V podría detentar la suficiente autoridad como para acometer la segunda: «Après la réforme de la cour qui rendrait seule toutes les autres possibles, rien n'était plus urgent que celle des finances et celle de l'armée.» BAUDRILLART, A.: *Philippe V et la cour...*, I, p. 79. Aunque compartimos en parte la visión de Baudrillart, con objeto de aportar una mayor claridad expositiva a este capítulo aludiremos en primer lugar a la reforma de la administración y después a la de la corte.

necesario suprimirlos todos de golpe, escribió Louville, remedios tan violentos y bruscos no tenían ningún resultado; era mejor privarles de efectividad gubernamental, dejar morir a sus miembros y no cubrir las plazas vacantes. En tanto que órganos inoperantes proponía reformarlos (en primer lugar los de Indias y Hacienda, los más importantes), hasta convertirlos en instituciones de prestigio sin influencia tangible sobre los asuntos. El rey gobernaría auxiliado por otros organismos oficiosos (como el Despacho) o ya existentes pero dotados a la sazón de una mayor significación en el organigrama administrativo de la Monarquía (la Secretaría del Despacho Universal). Rodeado de ministros fieles y sumisos a su autoridad, Felipe V podría sanear las finanzas de la Monarquía y hacer de esta una máquina eficiente, susceptible con el tiempo de garantizar el apoyo necesario a Francia durante la contienda (y de hacer frente a los desembolsos que esta había realizado ya en su beneficio). El embajador francés habría de tener un papel destacado en el seno del proyecto reformista. Por un lado, aconsejaría al rey y le informaría de todo cuanto considerase oportuno, desempeñando las funciones «d'un premier ministre sans avoir le nom, ce qui est absolument nécessaire.» Por su condición de extranjero, sin parientes en la corte española ni teóricamente deudos, se mantendría al margen de las intrigas y facciones cortesanas que con frecuencia ralentizaban el tratamiento de los asuntos y la implantación de reformas. Por otro lado, los diplomáticos acreditados por Luis XIV en Madrid habían de apoyar las iniciativas del *entourage* galo de Felipe V (servidores palatinos, militares...), sobre todo las del financiero francés que habría de cruzar los Pirineos y poner en orden las finanzas españolas (Orry).<sup>162</sup>

Según hemos indicado más arriba, las opiniones de Louville, aunque con el tiempo se fueron radicalizando, fueron compartidas en un principio por Versalles. Con todo, una cosa será esbozar un proyecto de reformas en abstracto y otra muy diferente llevarlo a la práctica plenamente. En este punto, la historiografía española ha contribuido en los últimos años a desmitificar un tanto el alcance del reformismo borbónico del primer cuarto del siglo XVIII. Como se apreciará más adelante, en el ámbito de la corte y el ceremonial las alteraciones fueron más oficiosas que oficiales y, a grandes rasgos, la etiqueta borgoñona, tan denostada por Luis XIV, se mantuvo vigente durante todo el reinado de Felipe V. En lo que se refiere a la administración, valga como ejemplo la opinión de Escudero para quien, si bien los cambios fueron

---

<sup>162</sup> Louville a Torcy. Madrid, 26 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 92v.

evidentes, no respondieron a planteamientos fruto de un programa coherente. Al contrario, fueron más limitados de lo que en un primer momento se pensó, dándose a colación de situaciones y coyunturas concretas.<sup>163</sup> La guerra y el temor a una mayor inestabilidad en la corte española impusieron sus condicionantes al reformismo que Luis XIV postuló en un principio. En este sentido, resulta revelador observar que las reformas de gobierno más destacadas se realizarán al final de la contienda y no entrañarán la supresión del sistema polisindial, que convivirá con otras instituciones surgidas *ex novo* o renovadas a la sazón.

*La intervención de Francia en la política española: Despacho, Consejos y Secretarías.*

Cuando Felipe V llegó al poder heredó una administración cuya situación se caracterizaba por la ausencia de un primer ministro o valido destacado; la inoperancia de los Consejos y la hipertrofia del Consejo de Estado (que dificultaba el desarrollo de su papel auxiliar con respecto al soberano); el avance al primer plano del Secretario del Despacho; y la ausencia de secretarios personales del monarca.<sup>164</sup> En este contexto debemos situar el afán reformista del *entourage* galo del rey. Desde el primer momento, Luis XIV y sus embajadores se mostraron muy críticos con el sistema polisindial. En opinión del monarca francés, los Consejos eran una fuente de problemas para la expedición de los asuntos. Sus miembros no solo se oponían con frecuencia a la autoridad del soberano sino que tampoco guardaban el debido secreto ante ciertos negocios de Estado. Asimismo, el sistema de consultas y la superposición de instancias gubernamentales por las que debía pasar el trámite de los negocios, entrañaban una lentitud en la toma de decisiones que era incompatible con la coyuntura de conflicto sucesorio que presidía la Monarquía.<sup>165</sup> En vista de ello, Luis XIV propuso una solución de compromiso: potenciar la capacidad de maniobra de otras instituciones y conservar las apariencias de la forma tradicional de gobierno en aquellos negocios que lo permitiesen.<sup>166</sup> O lo que es lo mismo, gobernar en la práctica a través de cauces oficiosos (Despacho) y recurrir a aquellos procedimientos u organismos oficiales que presentaban una mayor eficiencia frente a los Consejos (Secretaría del Despacho). No

---

<sup>163</sup> ESCUDERO, J. A.: *Administración...*, p. 135.

<sup>164</sup> ESCUDERO, J. A.: *Los Secretarios de Estado...*, II, p. 332.

<sup>165</sup> Un ejemplo detallado del funcionamiento del Consejo de Estado se encuentra en BERMEJO, J. L.: *Estudios sobre la administración central española (siglos XVII y XVIII)*. Madrid, 1982, pp. 47-59 y ESCUDERO, J. A.: *Los orígenes...*, I, p. 28.

<sup>166</sup> «Mémoire contentant plusieurs observations et chagemens a faire à l'instruction donnée par le Roi (...) à M. le cardinal d'Estrées... Octobre 1702», en *RL4*, XII-II, p. 118.

obstante, como advierte Bermejo, ni la conciencia de Luis XIV respecto a los problemas de la administración era una novedad a la sazón, ni tampoco lo era su interés por alterar la tradicional dinámica de funcionamiento del gobierno. A decir de este autor, durante buena parte del siglo XVII las quejas y los intentos por poner remedio a los problemas derivados del *modus operandi* del Consejo de Estado fueron una constante, de ahí entre otras razones el peso adquirido por la Secretaría del Despacho Universal a partir de la segunda mitad de la centuria.<sup>167</sup> Sí que resultó una innovación, por el contrario, la efectividad y magnitud de las medidas adoptadas a comienzos del setecientos respecto a la polisinodia. Y es que, frente a las recomendaciones y tímidos conatos de renovación del siglo anterior, Luis XIV y sus colaboradores en España impusieron en el gobierno español reformas de mayor calado.

La instauración del Despacho o Consejo de Gabinete constituyó la primera de las innovaciones del reinado en lo que se refiere a la administración de la Monarquía Hispánica. Su origen radica en las propias circunstancias que caracterizaron la llegada de Felipe V al trono. Con apenas diecisiete años, sin experiencia gubernativa y poco familiarizado con las características de la administración y de la burocracia españolas, el nuevo rey habría debido gobernar en colaboración con el secretario del Despacho Universal, Ubilla, al que las atribuciones de su cargo erigían en nexo entre el monarca y los Consejos de la Monarquía. Sin embargo, el temor de Luis XIV a que su nieto cayera bajo el influjo exclusivo del secretario, le llevó a recomendar la formación de este reducido órgano de gobierno al que habrían de sumarse en un primer momento Don Manuel Arias, en calidad de presidente del Consejo de Castilla, y Portocarrero, como miembro del Consejo de Estado.<sup>168</sup>

---

<sup>167</sup> “Todo a lo largo del siglo XVII puede asistirse a un intenso forcejeo entre el Consejo y el monarca - con el valido de fondo, cabe imaginar muchas veces- para ponerlo al día e imprimirle rapidez y operatividad”. BERMEJO, J. L.: *Estudios...*, p. 48.

<sup>168</sup> «Instruction du Roi au Sieur comte de Marsin... 7 juillet 1701», en *RLA*, XII-II, pp. 28-30. Junto al Despacho en sí mismo, en el verano de 1701 se barajó otra alternativa de gobierno, propuesta por el duque de Montalto, que compatibilizaba la vigencia del sistema de Consejos, una cierta racionalización en el tratamiento de los asuntos y la existencia de un Gabinete que habría de asesorar a Felipe V. Según la iniciativa de Montalto, el rey habría de despachar los negocios tocantes a los Consejos, a “boca” y en días concretos, junto al presidente y el secretario de cada uno de ellos. En cuanto al resto de los “asuntos generales”, serían gestionados por el monarca con el asesoramiento de un gabinete compuesto por Ubilla, el presidente de Castilla, el embajador francés y Portocarrero. Louville a Torcy. Madrid, 26 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fols. 92r. y v. La propuesta de Montalto no se llevó a cabo, básicamente porque mantenía inalterable el sistema polisinodial y reducía de forma considerable el influjo del embajador francés sobre la toma de decisiones.

Desde estas perspectivas, en los inicios del reinado de Felipe V el establecimiento del Despacho se presentó como una solución temporal, que habría de facilitar la iniciación del nuevo monarca en la *praxis* de gobierno bajo la dirección de dos personas de confianza del soberano francés, como eran el cardenal y Arias. A grandes rasgos, según reconocen Castellano y López-Cordón, el Despacho, basándose en la autoridad real, debía encargarse de coordinar la labor de las diferentes ramas de la administración (Consejos, Secretarías del Consejo de Estado, Juntas...) en aras de la rápida expedición de los asuntos. Un “organismo centralizador” de la esfera política que, a través del *modus operandi* imperante en la Secretaría del Despacho Universal, había de contribuir a superar las deficiencias del sistema de Consejos y consultas.<sup>169</sup> Aunque se han visto ciertas concomitancias entre el Consejo de Gabinete y el *Conseil d'en haut* francés, lo cierto es que el primero, pese a tratarse de un organismo colegiado cuya función era auxiliar al rey en materia de gobierno, siempre tuvo un carácter oficioso y nunca fue institucionalizado de manera oficial.<sup>170</sup> Con el tiempo, se ampliaría el número de sus miembros (nunca hubo un pie fijo) hasta incluir a consejeros de Estado, presidentes de los Consejos de la Monarquía y otros oficiales de la alta administración y las Casas reales. Los criterios de selección de todos estos personajes son de sobra conocidos y pasaban por la lealtad a la Casa de Borbón, la voluntad de servicio al rey, la adhesión a Francia y la relativa sumisión a la injerencia de Versalles sobre el gobierno español.

Poco después de la llegada de Felipe V a Madrid el embajador francés se unió a los miembros del Despacho. A finales de enero de 1701, Portocarrero logró convencer a Harcourt de la necesidad de intervenir, en tanto que representante de Luis XIV, en la política interior española. A ojos del cardenal, la participación del embajador galo en el Consejo de Gabinete había de garantizar la puesta en marcha de las medidas adoptadas

---

<sup>169</sup> CASTELLANO, J. L.: *Gobierno...*, p. 36; LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Instauración dinástica...”, en *Manuscrits*, 18 (2000), p. 96. Una visión sintética del proceso reformista en la administración, el ejército y la organización del Estado puede encontrarse en DEDIEU, J. P.: “La Nueva Planta en su contexto. Las reformas del aparato del Estado en el reinado de Felipe V”, en *Manuscrits* 18 (2000), pp. 113-139. En cualquier caso, como indica Escudero, el Consejo de Gabinete no debe ser visto como un antecedente del Consejo de Ministros: en primer lugar, su composición no tenía que ver con la estructura de la administración central; carecía de representación oficial del Secretario del Despacho Universal o de los Secretarios de Estado y, por último, no existía un reparto de competencias entre sus miembros. “Se trataba claramente de un supremo organismo asesor que (...) marginó de hecho al que había desempeñado tal función hasta entonces [el Consejo de Estado]”. ESCUDERO, J. A.: *Los orígenes del Consejo de Ministros en España. La Junta Suprema de Estado. Vol. I*. Madrid, 1979, p. 33.

<sup>170</sup> Sobre las características del *Conseil d'en haut*, véase, SARMAINT, T. y STOLL, M.: *Règner et gouverner. Louis XIV et ses ministres*. París, 2010, en concreto capítulo IV «Louis XIV et ses ministres», pp. 151 y ss.



en su seno, así como la implantación del tímido reformismo que él y sus partidarios preconizaban. En un primer momento, el rey de Francia se negó a aceptar la propuesta de Portocarrero y Harcourt. Temeroso de excitar los recelos de los castellanos, ordenó a su embajador mantenerse al margen de la toma de decisiones. Sin embargo, a comienzos de febrero cambió de opinión. Según sus propias palabras, la entrada de Harcourt en el Despacho contribuiría a remarcar la “estrecha unión existente entre las coronas francesa y española”. Los castellanos no deberían mostrar susceptibilidades ante tal acción, puesto que los intereses de ambas monarquías eran los mismos.<sup>171</sup> “El deseo de los españoles (aunque habría que matizar y decir que solamente de algunos), la inexperiencia de Felipe V, la impotencia del gobierno de Madrid y la inminencia de la guerra”, sentenció Baudrillart, movieron a Luis XIV a variar su posicionamiento inicial.<sup>172</sup>

La entrada de Harcourt en el Despacho sancionó la intervención de los embajadores franceses en la administración española, hasta el punto que algunos autores han visto en ellos a los auténticos primeros ministros del rey de España durante la Guerra de Sucesión.<sup>173</sup> Presencia tan oficiosa en el Consejo de Gabinete como lo era el propio Consejo de cara a la administración, su integración en el número de sus miembros hasta 1709 contribuyó a reforzar la operatividad del Despacho. Ejecutores de las órdenes de Luis XIV, nexo entre el rey de España y sus ministros, los embajadores franceses supieron rodearse de un amplio círculo de colaboradores españoles, surgido en buena medida entre los oficiales de las Secretarías de Estado y de los Consejos, que les aportaron la información y experiencia necesarias para la tramitación de los asuntos de máxima urgencia. Con los condicionantes que el conflicto sucesorio imponía en la política interior española de fondo, el Despacho devino en la teoría una de las máximas instancias de gobierno: una plataforma desde la que conocer y exponer el verdadero estado de la Monarquía y los problemas que la acuciaban.<sup>174</sup>

---

<sup>171</sup> MILLOT, p. 78.

<sup>172</sup> BAUDRILLART, A.: *Philippe V et la cour...*, I, p. 58.

<sup>173</sup> BÉLY, L: «La présence et l'action des Ambassadeurs de France dans le gouvernement de Philippe V d'Espagne: conduite de la guerre et négociation de la paix», en MOLINIÉ, A. y MERLE, A. (dirs.): *L'Espagne et ses guerres. De la fin de la Reconquête aux guerres d'Indépendance*. París, 2004, pp. 183-201; BERNARDO ARES, J. M.: “Los embajadores franceses en España: Primeros ministros de la Monarquía hispánica (1701-1709)”, en PORRES MARIJUÁN, R. y REGUERAS, I. (eds.): *La proyección de la Monarquía Hispánica en Europa. Política, Guerra y Diplomacia entre los siglos XVI y XVIII*. Bilbao, 2009, pp. 121-145.

<sup>174</sup> Sobre Amelot de Gournay, embajador de Luis XIV entre 1705 y 1709, véase la reciente tesis de Guillaume HANOTIN.

No obstante esta última afirmación, conviene matizar un tanto su autoridad y funciones. De entrada, la relación del Consejo de Gabinete con los visos centralizadores de la política francesa no es tan evidente como *a priori* podría parecerlo. Como reconoce Castellano, el Despacho fue incapaz de dotar a la administración española de una verdadera “unidad de acción”, puesto que conviviría con instituciones como los Consejos, las Secretarías y las Juntas establecidas durante las ausencias de Felipe V de la corte. En este sentido, su función como enlace entre el monarca y las diferentes ramas de la administración sería destacable, pero su capacidad de maniobra fue limitada. La prevalencia que se otorgó durante los primeros años del siglo XVIII a la vía reservada sobre la colegiada afectó también a este organismo. La toma de decisiones se desarrollaría en buena medida no en el Consejo de Gabinete, sino en las reuniones de Felipe V con los Secretarios del Despacho y en las de estos con el embajador francés y otros burócratas; reuniones que tenían lugar en los aposentos reales o en las *covachuelas* del Alcázar y en las que no estaba presente la totalidad de sus miembros.<sup>175</sup> Así, el Despacho sería exclusivamente un cuerpo asesor para el rey de España y una “tapadera legal” para la intervención de Francia en el gobierno español.<sup>176</sup> La participación del embajador francés en sus sesiones tendría por objeto, por un lado, reforzar la autoridad de un monarca joven, inexperto e indeciso; y por el otro, optimizar el tratamiento de los asuntos y orientar la resolución de aquellos que tenían mayor prioridad (en función de la guerra o de los intereses de Francia). En otro orden de cosas, el Consejo de Gabinete tampoco permaneció al margen de la inestabilidad que caracterizó a la corte española en algunos momentos del conflicto sucesorio. Entre 1701 y 1709 estuvo formado por individuos parciales a la acción de Francia sobre la administración, seleccionados según los requisitos mencionados más arriba. Sin embargo, ello no fue óbice para que algunos de sus integrantes, como el duque de Montellano o el marqués de Mancera, por ejemplo, en ocasiones manifestasen su oposición tanto a la aprobación de determinadas medidas, como a la existencia del propio organismo. La combinación de todas estas circunstancias tendría a la postre dos consecuencias: en primer lugar, dotaría a la composición del Despacho de una notable inestabilidad que repercutiría en la dinámica de su funcionamiento

---

<sup>175</sup> CASTELLANO, J. L.: *Gobierno...*, pp. 36-40 y 42.

<sup>176</sup> Como lo ha definido Castellano en otro de sus trabajos. CASTELLANO, J. L.: “El gobierno en los primeros años del reinado de Felipe V. La influencia francesa”, en PEREIRA IGLESIAS, J. L. (coord.): *Felipe V de Borbón (1701-1746)*..., pp. 129-142, en concreto, p.135.

como cuerpo colegiado (por ejemplo entre 1703-1705 y a partir de 1709). En segundo lugar, afirmaría de forma paulatina su condición como órgano puramente consultor, hasta convertirse, en los últimos años de la guerra, en una entidad tan carente de influencia sobre el poder ejecutivo como podía serlo el Consejo de Estado.<sup>177</sup>

En este sentido, el cuerpo de gobierno más importante durante la Guerra de Sucesión sería la Secretaría del Despacho, que aunaba el despacho “a boca” con el monarca y la “vía reservada” (en contraposición a la colegiada propia de la polisinodia). El funcionamiento de la Secretaría del Despacho, desarrollado durante el siglo XVII, permitía al monarca estar puntualmente informado de una amplia variedad de negocios de Estado, así como dar rápido trámite a los asuntos más prioritarios: aquellos que surgían como consecuencia de la coyuntura bélica o de la necesidad de impulsar determinadas reformas. Además, por sus peculiaridades institucionales este organismo era más permeable a la intervención oficiosa del embajador francés o de Jean Orry que otros cuerpos de la administración.<sup>178</sup> Y, de hecho, este último se serviría de la Secretaría y de algunos de sus oficiales para dar cauce a su programa reformista. Así, como indica Anne Dubet, el rey, después de escuchar el diagnóstico de la situación que le comunicaban bien el propio Orry, bien los miembros de las Juntas instituidas para supervisar su labor en España, ordenaba al Secretario del Despacho poner sus decisiones en forma y transmitirlos a los diferentes Consejos.<sup>179</sup> Por tanto, el papel de la Secretaría en la optimización de recursos para el sostenimiento de la contienda, la creación de la Tesorería Mayor de Guerra, la provisión de tropas, el abastecimiento de víveres o la firma de asientos con diferentes financieros, no fue nada desdeñable.<sup>180</sup>

Con el tiempo, el organismo acumularía el tratamiento de tal cantidad de negocios de Estado que se haría necesaria una racionalización de las materias en las que tenía capacidad de decisión, así como la revisión de los criterios bajo los que se nombraría a los sujetos que ostentarían su titularidad. Frutos de tales necesidades fueron, en primer

---

<sup>177</sup> CASTELLANO, J. L.: *Gobierno...*, p. 60.

<sup>178</sup> Una completa descripción de las atribuciones del Secretario del Despacho puede encontrarse en BERMEJO, J. L.: *Estudios...*, pp. 25-39; ESCUDERO, J. A.: *Los secretarios...*, II, pp. 346-352 y pp. 463 y ss., donde advierte acerca de algunos errores acerca del oficio y la nomenclatura. También resulta prolijo el análisis que realiza MARTÍNEZ ROBLES, M.: *Los oficiales...*, pp. 52-53. Sobre la evolución de la Secretaría del Despacho desde sus orígenes a la división de 1705, HAMER FLORES, A.: “De Austrias a Borbones. La Secretaría del Despacho Universal en la sucesión a la Monarquía Hispánica”, en BERNARDO ARES, J. M. (coord.): *La sucesión...*, pp. 87-106.

<sup>179</sup> DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 183.

<sup>180</sup> Las características de este papel aparecen reseñadas en detalle en las obras de DUBET, A.: *Un estadista francés...* y DE CASTRO, C.: *A la sombra...*

lugar, la división de la Secretaría del Despacho Universal en dos entidades diferenciadas. En efecto, en septiembre de 1703 se dio ya un desdoblamiento de este cuerpo al ser designado el marqués de Canales como Secretario del Despacho Universal de Guerra, mientras que Ubilla quedaba encargado “de todo lo demás”. Sin embargo, el proceso no se oficializó hasta que Felipe V expidió un Real Decreto, en julio de 1705, que hacía efectivo lo que hasta entonces había sido oficioso. Es decir, la creación de dos Secretarías del Despacho Universal, una que acometería los asuntos relacionados con Guerra y Hacienda (a cargo de José Grimaldo), y la otra que tendría competencias sobre “todo lo demás”, o “lo político” como también fue denominada (cuyo titular sería el marqués de Mejorada).<sup>181</sup> En segundo lugar, dada la importancia de este cuerpo en el organigrama administrativo de la Monarquía y la exigencia de agilizar aún más la toma de decisiones, se procedió a designar para el cargo o cargos a individuos no solo de probada experiencia en el oficio, sino también que gozaran de cierta independencia respecto a determinados agentes del poder como la alta aristocracia palatina o los consejeros. En consecuencia, Ubilla, demasiado vinculado tanto a Portocarrero como a ciertos Grandes que habían jugado un papel primordial en los últimos años del reinado de Carlos II, recibió un honroso retiro tras la crisis del Despacho. Su lugar sería ocupado por individuos como Grimaldo y Mejorada, que contaban con una larga trayectoria de servicio a la corona, eran colaboradores habituales de Orry, el embajador francés o la princesa de los Ursinos y cuyo destino dependía, en última instancia, de su capacidad de trabajo, su flexibilidad ante el calado de las reformas propiciadas y la aquiescencia del *entourage* galo de Felipe V.

### **Una creciente francofobia: la inestabilidad interna de la corte española**

Tras la instalación de Felipe V en Madrid todo parecía indicar que las relaciones entre las comunidades francesa y española eran bastante cordiales. Antes de arribar a la capital, las misivas enviadas a Versalles por el marqués de Montviel presentaban a los españoles que rodeaban al monarca como bastante sociables. Todo marcha con bastante «politesse» de una parte y de otra, añadía. El rey se divertía jugando a las cartas con los miembros de su séquito, a los que se sumaba habitualmente el marqués de Valero quien, aunque no sabía francés, intentaba comunicarse.<sup>182</sup> Las semanas siguientes sus cartas siguieron la misma tónica. Los Grandes habían recibido al

---

<sup>181</sup> ESCUDERO, J. A.: *Los orígenes...*, I, pp. 40-45.

<sup>182</sup> Montviel a Torcy. Hernani, 27 de enero de 1701. AA. EE., CPE., t. 96, fols. 19r.-19v.

soberano con alborozo, se respetaba el reglamento de entradas en los aposentos reales y Felipe V se esforzaba por concurrir después de sus comer a los salones del Alcázar en los que se reunían los cortesanos españoles.<sup>183</sup> Respecto a su vestimenta, el monarca había anunciado que utilizaría indistintamente los trajes francés y español, dejando a sus súbditos la libertad de vestirse como ellos gustaran. De hecho, el soberano luciría el traje francés en algunas veladas musicales celebradas en Palacio, o durante sus paseos en carroza por las riberas del Manzanares, ocasión en la que algunos Grandes le siguieron ataviados de la misma guisa.<sup>184</sup> En definitiva, todo el mundo elogiaba la manera en que se expedían los asuntos, así como la unión que presidía las relaciones entre ambas coronas.<sup>185</sup>

La panorámica trazada por Montviel se desvirtuaría en pocos meses. Lo que antes eran elogios, daría paso en sus cartas a una visión más pesimista de la convivencia entre los franceses y los españoles tras los muros del Alcázar. Según las palabras del marqués, los oficiales del rey procedentes de Versalles desertarían unos tras otros de no ser por el apoyo que él mismo les tributaba.<sup>186</sup> Hasta el momento, todo lo relativo a su manutención había quedado paralizado en el Consejo de Castilla, donde no pensaban más que en la guerra, por lo que el soberano había tenido que hacerse cargo de su sustento.<sup>187</sup> Además, apuntaba, los aristócratas y oficiales de la administración tenidos por parciales a Francia eran vistos con recelo por sus homónimos.<sup>188</sup> Por su parte, Louville se hacía eco también de otros incidentes que denotaban la creciente francofobia reinante en Madrid. A finales de julio de 1701 informaba que unos palafreneros del marqués de Valouse habían sido apedreados a las puertas de palacio cuando llevaban los caballos de caza del rey. Su única culpa era el haber sido reconocidos por la población como franceses.<sup>189</sup> ¿A qué se debía el sustancial cambio operado en la situación? Desde una perspectiva más general podríamos argüir que las esperanzas suscitadas por el nuevo reinado estaban amainando rápidamente. A ojos de algunos de los cortesanos madrileños, la entronización de un nieto de Luis XIV

<sup>183</sup> BOTTINEAU, Y.: *El arte cortesano en la España de Felipe V (1700-1746)*. Madrid, 1986, p. 207.

<sup>184</sup> El mismo al mismo. Madrid, 19 de febrero de 1701; Buen Retiro, 23 de febrero de 1701. AA. EE., CPE., t. 96, fols. 52v. y 53v.-54r.

<sup>185</sup> Según escribía el propio Montviel a Torcy. Madrid, 24 de febrero de 1701. AA. EE., CPE., t. 96, fols. 56r. y v.

<sup>186</sup> Misiva cifrada, posiblemente de Montviel puesto que se encuentra entre sus cartas, dirigida a Torcy. S. f., pero anterior al invierno de 1701. AA. EE., CPE., t. 96, fols. 69v.

<sup>187</sup> *Ibid.*, fols. 68r. y v.

<sup>188</sup> MILLOT, p. 90.

<sup>189</sup> Louville a Torcy. Madrid, 20 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 67v.

no había contribuido al mantenimiento de la paz. El emperador se preparaba para invadir el Norte de Italia y el estallido de la guerra hacía temer una posible partición de la Monarquía Hispánica (perspectiva que la supresión del Consejo de Flandes en marzo de 1702 no hizo sino alentar). Por el contrario, el advenimiento de la Casa de Borbón había afirmado la injerencia de Francia en la administración y la corte españolas, simbolizada por la presencia junto al nuevo rey de un grupo de franceses cuya influencia iba *in crescendo* y por la entrada del embajador galo en el Despacho. Dicho esto, si analizamos las cosas más en profundidad podemos detectar que no era la figura de Felipe V la que en sí misma provocaba rechazo. Por ejemplo, a lo largo de los primeros años del reinado hubo Grandes como Mancera o Medinasidonia que se mostraron contrarios al reformismo francés, sin que por ello flaquearan en su lealtad al monarca. Lo que era objeto de crítica y murmuraciones eran la nueva dinámica de las relaciones francoespañolas que Versalles preconizaba, así como la proyección que Portocarrero y sus hechuras gozaban en la corte y en el gobierno. Una situación esta última de la que Louville y Montviel, entre otros, no tardaron en darse cuenta y advertir a Luis XIV.

En efecto, aunque los franceses les tildasen de desagradecidos, orgullosos y obstinados, los españoles tenían ciertos motivos para sentirse descontentos. En el seno de la Casa real observaban cómo los miembros de la “familia francesa” compartían la intimidad del monarca. Ellos atendían las necesidades más personales del soberano y le acompañaban en todos sus desplazamientos<sup>190</sup>, mientras que Felipe V, tímido por naturaleza y sin dominar aún con fluidez el castellano, apenas dedicaba unas palabras a los servidores españoles de su séquito, la mayoría de los cuales desconocía el francés. Esta sensación de arrinconamiento se incrementó al saberse que el soberano viajaría a Cataluña acompañado por la “familia” francesa al completo, llevando consigo “solo los sirvientes españoles necesarios para el servicio”.<sup>191</sup> Además, se estaban introduciendo ciertos cambios en las etiquetas y los usos de palacio. Para empezar, el reglamento de entradas se había relajado y no se aplicaba con muchos de los individuos venidos desde

---

<sup>190</sup> Tras su llegada a Madrid, Luis XIV insistió en que el conde de Marcin debía viajar con Felipe V siempre que éste se desplazase en su carroza, usurpando un puesto que correspondía al caballerizo mayor o al primer caballerizo en su defecto. MILLOT, p. 95.

<sup>191</sup> La Roche a Torcy. Madrid, 4 de septiembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fol. 101v. Por las mismas fechas, Mocénigo informaba del temor de los españoles ante la perspectiva de que Felipe V terminara por verse rodeado exclusivamente de gentileshombres franceses, cosa por otro lado, añadía, conforme a su política de sujeción a Francia. Madrid, 29 de septiembre de 1701, recogida en NICOLINI, F. (ed.): *L'Europa...*, III, p. 233.

Versalles, como el conde de Marcin quien, pese a no haber sido aún designado oficialmente como sustituto de Harcourt al frente de la embajada, se comportaba como si ya ejerciera tal cargo y accedía libremente a los aposentos del rey.<sup>192</sup> Lo mismo sucedía con los hábitos y formas de sociabilización francesas que comenzaban a penetrar en el Alcázar. Poco después de su llegada a Madrid, Felipe V se había negado a presenciar una corrida de toros que el duque de Osuna y el conde de Gálvez habían organizado en su honor, lo que provocó no pocas murmuraciones.<sup>193</sup> Por el contrario, el rey había hecho traer de Francia un músico de cámara, Desmarests<sup>194</sup>, vestía a menudo a la francesa y portaba la golilla solo en los actos más solemnes. Además, insistía en recorrer los salones del Alcázar donde permanecían los cortesanos. En sus misivas, Montviel y Louville ridiculizan la defensa que muchos de los Grandes realizaban de la indumentaria española. El primero escribió a Versailles que el hecho de que el rey abandonara la golilla era para el marqués de Villafranca, “padre de la etiqueta”, como si le arrancasen el corazón.<sup>195</sup> Meses después, Marcin relató otro jugoso episodio que tuvo también al marqués como protagonista. A decir del diplomático, el mayordomo mayor, encargado de disponer las tapicerías de la cama de matrimonio del monarca, habría ordenado que esta se preparase “a la española, puesto que vivíamos en España” y no a la francesa, como en un principio se le había indicado. Finalmente, sería necesaria una orden expresa del rey, a través de Ubilla, para que Villafranca se plegara a lo dispuesto por Felipe V.<sup>196</sup> Para finalizar, el Decreto de equiparación de los Grandes con los duques-pares de Francia soliviantó los ánimos de la aristocracia española. Las intenciones de Versailles sobre este punto bien podían ser buenas<sup>197</sup>, pero la Memoria elevada por el duque de Arcos al monarca demostró que la Grandeza española era contraria a una medida que no podía asimilar lo que, a su modo

---

<sup>192</sup> Mocénigo, embajador veneciano, a su gobierno. Madrid, 18 de agosto y 1 de septiembre de 1701, recogidos en NICOLINI, F. (ed.): *L'Europa...*, III, pp. 55-56 y 107-108.

<sup>193</sup> Montviel a Torcy. Buen Retiro, 17 de marzo de 1701. AA. EE., CPE., t. 96, fol. 74r. Por las mismas fechas, el monarca había declinado también la asistencia a un Auto de Fe, MILLOT, p. 79.

<sup>194</sup> BERROKAL CEBRIÁN, J. E.: “Un nuevo proyecto para establecer una *Musique française de chambre* en Madrid (1701)”, en SERRANO, E. (ed.): *Felipe V y su tiempo...*, II, pp. 883-890.

<sup>195</sup> Misiva cifrada, posiblemente de Montviel puesto que se encuentra entre sus cartas, dirigida a Torcy. S. f., pero anterior al invierno de 1701. AA. EE., CPE., t. 96, fol. 69r.

<sup>196</sup> Marcin a Torcy. Zaragoza, 17 de septiembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 192r.; este incidente se encuentra también recogido en MILLOT, p. 86.

<sup>197</sup> Según ha escrito Bernardo Ares, el Decreto de equiparación estaba en consonancia con la nueva política de colaboración y comunión de intereses entre ambas Coronas puesto que pretendía asimilar rangos, dignidades, honores y preeminencias entre las cortes de Madrid y Versailles. BERNARDO ARES, J. M.: “Franceses divididos y españoles desencantados...”, en CASTELLANO, J. L. y GUADALUPE-MUÑOZ, M. L. (eds.): *Homenaje...*, III, pp. 137-157.

de ver, era jerárquicamente desigual. Ciertamente, Arcos actuó como adalid de los Grandes en esta situación, por lo que fue enviado a servir con el ejército en Flandes.<sup>198</sup> Con todo, la oposición de buena parte del Consejo de Estado y del Despacho, incluidos Arias y Portocarrero a quienes se tenía por francófilos, a condenar de forma explícita el comportamiento del duque, puso de relieve que la mayoría de la alta nobleza española pensaba de la misma manera.<sup>199</sup>

Los miembros de la “familia” francesa y Marcin adoptaban al describir estas situaciones una posición que oscilaba entre la condena, ante lo que ellos consideraban “ataques a la autoridad del rey”, y la mofa, que pasaba por restar importancia a cuanto sucedía en el Alcázar y a la influencia de los Grandes, a quienes definían como el objeto de los odios del pueblo. No obstante, la situación no era tan anecdótica como parecía. Los Grandes no solo defendían usos y costumbres “incómodos”, como decía Montviel<sup>200</sup>, sino prácticas y hábitos propios de la dinámica de funcionamiento tradicional del sistema curial español. Según señaló en su momento Álvarez-Ossorio, las Casa reales habían constituido desde el reinado de Felipe III un lugar estratégico para el reparto de poder en el seno de la corte y la administración españolas. A través de su control al acceso a la persona del rey, la aristocracia había capitalizado la gracia del monarca y afirmado su preeminencia en el panorama político-cortesano.<sup>201</sup> Es cierto que este proceso se había exacerbado durante el reinado de Carlos II, pero también lo es que tras la llegada de Felipe V la Grandeza no abogaba por cuestiones arbitrarias o fruto de su capricho. Defendía privilegios y prebendas que, aunque *a priori* pudieran ser contradictorios con los derechos del monarca, habían mantenido durante años. En esencia, buscaban la perpetuación de unas relaciones de poder (entre rey y nobleza) en las que habían sido educados y bajo las que habían fraguado sus carreras en la corte, la diplomacia o la administración. Grandes y nobles no deseaban perder su proyección política, máxime en un momento de instauración dinástica y bajo un rey rodeado de individuos de diferente rango venidos desde Francia. Asimismo, si

---

<sup>198</sup> “Papel de don Antonio de Ubilla y Medina en nombre de Felipe V dirigido al duque de Arcos, ordenándole ir a Flandes. Palacio, a 19 de agosto de 1701”. RB, II/1144-1149, fol. 167r. La “Memoria” completa del duque fue publicada en *Semanario Erudito*, t. XXIV (1789), pp. 131-193.

<sup>199</sup> Marcin a Luis XIV. Madrid, 29 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 146v.; Louville a Torcy. Madrid, 21 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 84v.

<sup>200</sup> A decir de Montviel, buena parte de la Grandeza compartía con los franceses la incomodidad de la “golilla”. Montviel a Torcy. Madrid, 14 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 57v.

<sup>201</sup> ÁLVAREZ-OSSORIO, A.: «Versailles inversé. Charles II, ou la monarchie sous l'Empire des Nobles», en SABATIER, G. y TORRIONE, M. (eds.): *¿Louis XIV espagnol? Madrid et Versailles, images et modèles*. Versailles, 2009, pp. 137-154.



tomamos como referencia el *Teatro Monárquico...* de Pedro Portocarrero y Guzmán, que vio la luz en plena crisis sucesoria, podemos comprender mejor su negativa a someterse a los nuevos hábitos y usos franceses. Según indicaba este autor, era “presagio de la desolación de un imperio el mudar de traje, [que] trae consigo la mudanza de costumbres. No de malas a buena, si al contrario (...). Por esto pusieron tanto cuidado todos los príncipes prudentes (...), prohibiendo que no se admitiesen en sus dominios usos extranjeros (...).”<sup>202</sup> Abandonar sus modas en el vestir no era para la Grandeza una cuestión baladí. Algunos aristócratas podían adoptar el traje francés, bien puntualmente como había sucedido durante el reinado de Carlos II, bien con objeto de ganarse el favor del nuevo monarca y su entorno. Pero para la mayoría de los Grandes dejar la “golilla” suponía no ya una cuestión de pereza, como pensaba Montviel<sup>203</sup>, sino un signo de debilidad, de sumisión a Francia, de asunción del definitivo repliegue de la Monarquía Hispánica en el panorama europeo: “Siempre que la nación española mantuvo su antiguo traje, fue vencedora. Luego que admitió géneros extranjeros, fue vencida. Con las calzas y cuellos admiró el mundo su prudencia y temió su espada”, sentenció Portocarrero y Guzmán.<sup>204</sup>

Por otro lado, los españoles se veían también postergados en el gobierno de la Monarquía. En el ámbito diplomático, los embajadores y enviados de Felipe V en Europa apenas eran informados de las iniciativas emprendidas por sus homólogos franceses.<sup>205</sup> La misma supeditación se observaba en el ejército, donde el nombramiento del conde d'Estrées para comandar las marinas francesa y española provocó la dimisión del duque de Nájera como general de galeras y el regreso a la corte desde Andalucía del marqués de Leganés, capitán general de la Infantería española.<sup>206</sup> La situación en Madrid no era diferente. En la capital, como ya hemos dicho, la capacidad de resolución de los Consejos se había visto restringida no solo por el surgimiento del Despacho, sino también por la reiterada intervención de Luis XIV

---

<sup>202</sup> PORTOCARRERO Y GUZMÁN, P.: *Teatro Monárquico de España*. Edición, estudio preliminar y notas de Carmen Sanz Ayán. Madrid, 1998. Discurso III, cap. XXI, pp. 494-496.

<sup>203</sup> Montviel a Torcy. Madrid, 14 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 57v.

<sup>204</sup> PORTOCARRERO Y GUZMÁN, P.: *Teatro Monárquico...*, p. 497.

<sup>205</sup> Por ejemplo, en una misiva al duque de Medinaceli Don Juan Carlos Bazán, enviado español en Venecia, se quejaba de que el embajador francés y el príncipe de Vaudemont (gobernador del Milanesado) le mantenían al margen de sus conversaciones con los venecianos como si se tratara, decía, “del embajador del Sultán de Constantinopla”. Bazán a Medinaceli. Venecia, 7 de mayo de 1701. B.N.M., Mss. 3527, fol. 128v.

<sup>206</sup> Mocénigo a su gobierno. Madrid, 18 de agosto de 1701, recogida en NICOLINI, F.: *L'Europa...*, II, pp. 298; MILLOT, p. 85.

en el tratamiento de los asuntos y en la designación de los individuos que habían de ocupar los puestos clave en la administración.<sup>207</sup> A finales de octubre, Mocénigo informaba a Venecia que el Consejo de Estado se limitaba a dar su opinión solo sobre las cuestiones que el rey quería; es decir, aquellas sobre las que previamente decidían “los consejeros franceses” de Felipe V según las instrucciones secretas de Luis XIV. “España en suma, concluía, convertida en mera ejecutora de lo que Francia dispone.”<sup>208</sup>

En otro orden de cosas, el rechazo que la facción Portocarrero generaba entre amplios sectores de la corte no podía menos que agravar la situación. En efecto, los cronistas del reinado se muestran unánimes al referirse a las causas de la impopularidad del cardenal. Erigido en adalid del grupo de poder profrancés en el Alcázar madrileño, Portocarrero habría dedicado buena parte de sus esfuerzos a perseguir a sus opositores, a los que tildaba de “austriacos”.<sup>209</sup> Mariana de Neoburgo y el inquisidor general fueron desterrados, la primera a su diócesis de Toledo, donde el cardenal podría controlarla con mayor facilidad.<sup>210</sup> Asimismo, en contra de lo dispuesto por Carlos II en su testamento, el conde de Oropesa fue mantenido en el destierro, el almirante de Castilla privado de su puesto de caballero mayor del rey y el duque del Infantado del de gentilhomme de cámara. Además, no eran pocos los aristócratas que condenaban la excesiva sumisión del cardenal a los dictados de Francia, como también su interés por que el embajador galo entrara en el Despacho. Por último, el descontento generado por la fracasada Reforma de las Casas reales (1701)<sup>211</sup>, alentada también por Harcourt y Luis XIV, terminaría recayendo en exclusiva sobre el prelado.<sup>212</sup>

Con todo, si en los hechos el gobierno cardenalicio podía parecer decepcionante, sus iniciativas tenían algo de coherencia. Peña Izquierdo o Sanz Ayán han subrayado el interés de Portocarrero y sus parciales por emprender determinadas reformas que, sin suponer una ruptura con la tradición, contribuyeran a la renovación de las agotadas

---

<sup>207</sup> MILLOT, pp. 83-84.

<sup>208</sup> Mocénigo al gobierno veneciano. Madrid, 27 de octubre de 1701, recogida en NICOLINI, F.: *L'Europa...*, III, p. 340.

<sup>209</sup> “Historia del Sr. Rey Don Phelipe 5º...” B. L., Add. Mss., 21444, fols. 241v. y 243r.

<sup>210</sup> Sobre el destino de Mariana de Neoburgo tras la muerte de Carlos II, véase SANZ AYÁN, C.: “La reina viuda Mariana de Neoburgo (1700-1706): primeras batallas contra la invisibilidad”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y LOURENÇO, M. P. M. (coords.): *Las relaciones discretas entre las Monarquías Hispana y Portuguesa: las Casas de las Reinas (siglos XV-XIX)*. Volumen I. Madrid, 2008, pp. 459-482.

<sup>211</sup> Un análisis pormenorizado de la Reforma de la Real Casa de 1701 en GÓMEZ-CENTURIÓN, C. y SÁNCHEZ BELÉN, J. A. (eds.): *La herencia de Borgoña...*, pp. 28-31.

<sup>212</sup> Para una visión contemporánea del gobierno Portocarrero, véase, “Historia del Sr. Rey Don Phelipe 5º...” B. L., Add. Mss., 21444, fols. 240v.-251r.; SAN FELIPE [1957], pp. 20-23.

estructuras políticas, económicas y sociales de la Monarquía Hispánica.<sup>213</sup> En concreto, el primero ha visto en la política del cardenal durante los últimos meses de vida de Carlos II una cierta eficiencia, puesto que su acción en el Consejo de Estado resultó útil para hacer frente a los Tratados de Reparto.<sup>214</sup> Ahondando en la cuestión, lo cierto es que la actividad de Portocarrero en el poder no dejaba de tener alguna conexión con las máximas de Versalles. Por ejemplo, el alejamiento de Mariana de Neoburgo o la reforma de las Casas reales habían sido, y serían, cuestiones barajadas por Luis XIV y sus ministros durante buena parte de la guerra. De hecho, como advierte Gómez-Centurión, los cambios introducidos en la servidumbre de palacio no hicieron sino liberar espacio en los presupuestos para cubrir los salarios de los oficiales franceses de Felipe V.<sup>215</sup> En cuanto al destierro del inquisidor general o el alejamiento de Oropesa, resultaban comprensibles dado el ambiente de instauración dinástica e incipiente conflicto sucesorio. Personajes demasiado vinculados a la anterior dinastía, al igual que el almirante o Leganés, serían vistos con sospecha y vigilados por orden de Luis XIV. Sus respectivas situaciones podían responder a los planteamientos formulados por el monarca francés en una carta a Blécourt: “había que remediar los malos discursos mediante conductas [o castigos según se mirase] ejemplares”.<sup>216</sup>

Algo que sí cabría achacar al cardenal en exclusiva sería su afán por recompensar a sus parciales y parientes, así como su interés por controlar los contactos del nuevo monarca. En este sentido, los meses que sucedieron al ascenso al trono de Felipe V Portocarrero situó a personajes afines a su persona en algunos de los principales puestos de la corte y la administración, bien fuera a través de su acción directa, bien por medio de su recomendación al soberano. En el seno de la Casa, por ejemplo, Medinasidonia, Villafranca y Benavente ocuparon los cargos más destacados. Ubilla, secretario del Despacho, era también un estrecho colaborador suyo y fue mantenido en el puesto. En cuanto a su familia, resultó igualmente beneficiada. Don Melchor de Portocarrero, conde de La Monclova, virrey del Perú, habría sido

---

<sup>213</sup> SANZ AYÁN, C.: “Teoría y práctica política ante el dilema sucesorio: el ‘Teatro Monárquico’ de Pedro Portocarrero”, en *Ariadna*, 18 (2006), pp. 165-182; PEÑA IZQUIERDO, A. R.: *De Austrias...*, pp. 133 y ss.

<sup>214</sup> PEÑA IZQUIERDO, A. R.: *De Austrias...*, pp. 105-108.

<sup>215</sup> GÓMEZ-CENTURIÓN, C.: “La corte de Felipe V: el ceremonial y las Casas reales durante el reinado de Felipe V”, en SERRANO, E. (ed.): *Felipe V...*, I, pp. 879-914, en concreto, pp. 883-884.

<sup>216</sup> Luis XIV a Blécourt. Versalles, 8 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 91, fol. 451r.

destinado para ocupar la presidencia del Consejo de Indias tras su regreso a España.<sup>217</sup> El conde de Palma, casado con la sobrina del cardenal, sería designado virrey de Cataluña y el hijo de este, el marqués de Almenara, un joven de solo diecisiete años que “apenas sabía manejar una espada”, se vio agraciado con la comandancia de un regimiento de infantería.<sup>218</sup> Además, otro pariente de Portocarrero, Don Jerónimo, caballero de Santiago, se mantuvo en su puesto como ayuda de cámara del rey. En lo que respectaba a su acción en el entorno más próximo del monarca, el cardenal respetaba la posición que la “familia” francesa ocupaba en su seno; con todo, pasado el tiempo no dejó de criticar el grado de favor que ciertos españoles estaban adquiriendo ante Felipe V. Concretamente se quejó de Santisteban y del Fresno, con los que su relación se había deteriorado rápidamente. Al primero le calificaba de hombre solo atento a sus intereses, al segundo de espíritu maligno. Por ello recomendaba alejar a Santisteban de Madrid, ordenándole acompañar al rey en el viaje que este pretendía realizar a Italia, controlado eso sí por una de sus hechuras, Don Sebastián de Cotes.<sup>219</sup>

En el verano de 1701 la impopularidad del gobierno profrancés de Portocarrero era un hecho. En Madrid circulaban coplillas y libelos muy críticos con la situación general de la corte española: “Nuestro gobierno es un gobierno extraño, un rey mudo, un cardenal sordo, un presidente de Castilla que no tiene poder ninguno y un embajador francés que carece de voluntad”, decía una de ellas.<sup>220</sup> Otras composiciones eran más osadas y aludían de manera explícita a la creciente francofobia a la que hemos aludido, al tildar a los franceses de:

“mendigos enemigos [...] / los mejores traydores / perseguidos [sic] de muchachos, gavachos / y en sus acciones terribles, viles / no veréis muchos Abriles / que llegará a mandar / quien os haga desterrar / traydores, gavachos, viles [...]”.<sup>221</sup>

---

<sup>217</sup> Puesto que en el ínterin sería ostentado por el marqués del Carpio. Montviel a Torcy. Madrid, 4 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 127r.

<sup>218</sup> Mocénigo a su gobierno. Madrid, 6 de julio de 1701, recogida en NICOLINI, F.: *L'Europa...*, II, p. 332; Montviel a Torcy. Madrid, 9 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 53r.

<sup>219</sup> Portocarrero a Torcy. Madrid, 23 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 91, fols. 401v.-402r. Don Sebastián de Cotes fue nombrado a comienzos del reinado Comisario General de Cruzada, fallecido repentinamente en 1703, poco después del regreso de Felipe V de Italia. MACANAZ, M.: “Noticias individuales de los sucesos más particulares tanto de Estado como de Guerra, acontecidos en el reinado del Rey Nuestro Señor Don Felipe Quinto (que Dios guarde) desde el año de 1703, hasta el de 1706”, en *Semanario Erudito*, VII (1788), p. 35.

<sup>220</sup> Cit. por EGIDO, T.: *Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII*. Valladolid, 1971, p. 102.

<sup>221</sup> “Poesías varias”. B.N.M., Mss. 13654, fol. 142r.

El desprestigio del cardenal afectó también a la imagen pública de Felipe V, al que se culpaba de permitir muchas de las acciones llevadas a cabo por Portocarrero y sus hechuras (como la Reforma de las Casas reales).<sup>222</sup> Según escribió San Felipe: “Aunque el rey tenía bastantes [virtudes] para ser amado, parece que procuraba lo contrario, con su persona, el cardenal Portocarrero (...) [que] exasperó el ánimo de muchos hasta enajenarlos enteramente del rey.”<sup>223</sup> Pese a las palabras de San Felipe, lo cierto es que el comportamiento de Felipe V hacia el cardenal no dejaba de resultar lógico. El monarca no hacía sino seguir los consejos de su abuelo, quien le instó antes de partir de Versalles a tener la máxima consideración hacia el cardenal, artífice por otro lado del advenimiento de los Borbones al trono y estrecho colaborador de Harcourt en el Despacho.<sup>224</sup>

No obstante el respeto que Luis XIV parecía tener por Portocarrero, la labor de este al frente del gobierno y su vinculación con el monarca alarmaron a algunos de los principales representantes del grupo de poder francés en la corte: a saber, Louville, Montviel y Marcin. En un principio, los dos primeros habían mirado con cierta condescendencia al cardenal, al que consideraban bienintencionado pero irreflexivo y carente de energía.<sup>225</sup> Con todo, apenas unos meses después devino objeto de sus críticas. En opinión de ambos, Portocarrero solo se preocupaba por que el rey firmase premios o castigos para sus parciales y enemigos.<sup>226</sup> Su política de patronazgo se basaba en afectos y afinidades, decían, lo que privaba al monarca de individuos útiles a su servicio como el conde de Fernán-Núñez, parial a Francia pero caído en desgracia ante el cardenal.<sup>227</sup>

---

<sup>222</sup> Por su parte, Mocénigo tenía otra opinión al respecto. En concreto pensaba que la impopularidad de Portocarrero se debía a su apoyo a Harcourt y Marcin, que inspirarían, o colaborarían, en muchas de las medidas promovidas por el cardenal. Lo que ocurría era que, dado que el primero se encontraba retirado en La Zarzuela a causa de su enfermedad y el segundo no había sido designado todavía embajador, el descontento del pueblo y la corte se canalizada en exclusiva sobre Portocarrero. Mocénigo a la Serenísima. Madrid, 18 de agosto de 1701, recogida en NICOLINI, F.: *L'Europa...*, III, pp. 55-56.

<sup>223</sup> SAN FELIPE [1957], p. 21.

<sup>224</sup> En la misma línea, las instrucciones de Beauvilliers a Louville insistían en que Felipe V debía entregar su confianza primero, a Portocarrero, después a Arias y por último a Montalto. *Mémoires secrets sur l'établissement de la Maison de Bourbon en Espagne, extraits de la correspondance du Marquis de Louville, Gentilhomme de la Chambre de Philippe V et chef de sa Maison française*. I. París, 1818, p. 40.

<sup>225</sup> Montviel a Torcy. Buen Retiro, 6 y 17 de abril de 1701. AA. EE., CPE., t. 96, fols. 91v. y 103v.

<sup>226</sup> Misiva cifrada, posiblemente de Montviel puesto que se encuentra entre sus cartas, dirigida a Torcy. S. f., pero anterior al invierno de 1701. AA. EE., CPE., t. 96, fols. 69v.-70r.

<sup>227</sup> A la sazón, Louville y Montviel defendían el nombramiento de Fernán Núñez, reputado francófilo, como general de las galeras españolas; nombramiento al que se oponían Portocarrero (que le tildaba de poltrón e inútil) y Frigiliana. Sobre los problemas suscitados en torno a Fernán Núñez: Louville a Torcy. Madrid, 20 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 296r.; Portocarrero a Torcy. Madrid, 23 de julio de 1701; Torcy a Portocarrero. 8 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 91, fols. 390v. y 447v.-448r., respectivamente. A la postre, Fernán Núñez sería nombrado en septiembre de 1701 para servir a las

Por otro lado, con frecuencia este se extralimitaba en sus atribuciones. En este sentido, Louville y Montviel se quejaban que Portocarrero no informaba al soberano de algunos de los nombramientos que llevaba a cabo (como los que se realizaron entre el verano y el otoño para la servidumbre de la futura reina); que estaba cubriendo los cargos de la Casa del rey con miembros de su clientela (con el fin de mantenerse informado de todo cuanto sucedía en los aposentos reales)<sup>228</sup> y que, en colaboración con Arias, imponía a Felipe V la política que debía desarrollar en el Despacho.<sup>229</sup> El desastroso ascendiente del cardenal sobre la corte y el gobierno, añadían, estaba alejando al soberano de la Grandeza, que apenas frecuentaba el Alcázar por temor a suscitar los celos o la cólera del prelado.<sup>230</sup> Tras su llegada a Madrid, en el verano de 1701, Marcin confirmó buena parte de estos testimonios, si bien sus censuras no iban dirigidas tanto a Portocarrero como hacia Arias, al que describía como testarudo y poco apropiado para el cargo de presidente del Consejo de Castilla.<sup>231</sup> La naturaleza de estas informaciones quizás explicaría el progresivo decaimiento de la influencia de Portocarrero y sus adláteres sobre la administración y la corte a partir del otoño de ese mismo año.<sup>232</sup> O el que personajes anteriormente vinculados a la facción del cardenal, como Medinasonia y Santisteban, comenzaran a alejarse de Portocarrero y, protegidos por Louville y Marcin, pasaran a formar parte del círculo más próximo de Felipe V.<sup>233</sup> Aun así, Luis XIV continuó defendiendo la permanencia del cardenal en el Despacho hasta bien avanzado el año 1703, quien sabe si en agradecimiento a los servicios anteriormente prestados. Sin embargo, antes de esta fecha, las características de su nombramiento a la cabeza del gobierno mientras el rey permanecía en Cataluña (septiembre de 1701), denotan que el

---

órdenes del conde d'Estrées en la marina española. Marcin a Luis XIV. Torija, 7 de septiembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 172r.

<sup>228</sup> Montviel a Torcy. Alcolea, 24 de octubre de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 218v.

<sup>229</sup> Louville a Torcy. Madrid, 20 de julio de 1701; el mismo al mismo. Madrid, 10 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fols. 71r. y 192v.

<sup>230</sup> El mismo al duque de Beauvilliers. Madrid, 4 de agosto de 1701; Louville a Torcy. Madrid, 4 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fols. 115r. y 144r.

<sup>231</sup> Marcin a Luis XIV. Barcelona, 13 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 296r. y v. Por su parte, Blécourt secundaba las críticas de Marcin hacia Arias, cuya exoneración como presidente de Castilla recomendaba: Blécourt a Luis XIV. Madrid, 28 de julio de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 94, fol. 428v. El mismo al mismo. Madrid, 8 de agosto de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 92, fol. 40v.

<sup>232</sup> De lo que se hacía eco Mocénigo en algunos de sus despachos. En uno fechado en Madrid, el 1 de septiembre de 1701, señalaba que la autoridad del cardenal disminuía día a día, recogido en NICOLINI, F. (ed.): *L'Europa...*, III, pp. 107-108.

<sup>233</sup> Marcin defendería incluso el nombramiento de Santisteban como sustituto de Arias en la presidencia de Castilla. Marcin a Luis XIV. Torija, 7 de septiembre, Zaragoza, 18 de septiembre y Barcelona, 19 de octubre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 171r. y v., 185v. y 241v.; Louville a Torcy. Madrid, 4 de agosto de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 97, fol. 146r.

gabinete de Versalles estaba dispuesto a reducir considerablemente la capacidad de maniobra de Portocarrero prácticamente desde los inicios del reinado.<sup>234</sup> En cualquier caso, lo que nos interesa destacar es que tanto el régimen Portocarrero como el influjo francés sobre la administración, no harían sino alentar la inestabilidad interna en el gobierno y la corte española. Una inestabilidad que, con el conflicto sucesorio como telón de fondo, las reformas planteadas por Orry y las rivalidades surgidas en el *entourage* galo de Felipe V, iría *in crescendo* a lo largo de 1702 y llegaría a su punto álgido entre 1703 y 1705.

---

<sup>234</sup> MILLOT, p. 82. El nombramiento de Portocarrero para gobernar Castilla en ausencia de Felipe V fue restringido por el establecimiento del Despacho que acompañó al monarca en su viaje a Cataluña.

## LA REINA CONSORTE EN LAS MONARQUÍAS EUROPEAS DEL ANTIGUO RÉGIMEN:

«À quoi doit s'attendre la fille d'un grand prince? Son sort est sans contredit le plus malheureux.»<sup>235</sup>

“Monstruosidad es que intente  
un cuerpo de tal grandeza  
tener tan chica cabeza,  
y que el gobierno imprudente  
de una mujer, el valor  
regir de Castilla quiera.  
Púrgala, porque no muera  
deste pestilente humor,  
que con premios excesivos  
la cura te pagaré.”<sup>236</sup>

En su tesis de 2007 titulada *Antropología histórica de una élite de poder: las reinas de España*, Margarita García Barranco recurrió al *Diccionario de Autoridades* (1737) con el fin de ilustrar lo que podía entenderse por una “reina” en la Edad Moderna. A decir de esta autora, resultaba llamativo observar que frente a las trece acepciones que recogía el vocablo “rey” el término “reina” poseía únicamente dos. La primera lo definía como: “La Esposa del Rey, o la que posee con derecho de propiedad un Reino”; la segunda decía: “En el estilo cortesano y festivo se llama así a cualquier mujer”.<sup>237</sup> Dejando a un lado la última definición, que no nos interesa aquí, es de notar que el *Diccionario de Autoridades* no hacía sino hacerse eco, de forma jerarquizada, de los criterios que durante el Antiguo Régimen daban significado al concepto. Así, la figura de la soberana se definía de entrada por su doble consideración como esposa y madre y, solo en último término, por su condición de propietaria. Tal planteamiento era coherente tanto con el vacío legal que existía a la sazón alrededor del estatus jurídico de la reina en el seno de la institución monárquica<sup>238</sup>, como con los postulados que vertebraban el sistema patriarcal vigente en la sociedad de la Edad Moderna. Aunque revestida de los atributos de la realeza, la soberana no dejaba de ser una mujer. Desde una perspectiva general se esperaba de ella lo mismo que del resto de las féminas: castidad, dedicación a

---

<sup>235</sup> Isabel de Borbón-Parma: «Sur le sort des Princesses», en BADINTER, E. (ed.): *«Je meurs d'amour pour toi»*. *Lettres à l'archiduchesse Marie-Christine, 1760-1763*. París, 2008, n.º 28, p. 82.

<sup>236</sup> TIRSO DE MOLINA: *La prudencia en la mujer*. Edición de Juan Miguel Oliver Cabañes. Madrid, 2003, p. 108.

<sup>237</sup> GARCÍA BARRANCO, M.: *Antropología histórica...*, p. 64.

<sup>238</sup> Como recuerda García Barranco, la indefinición jurídica de la figura de la reina permaneció más o menos inmutable en las recopilaciones legislativas posteriores a las *Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio. Por tanto, su estatus legal estuvo definido durante toda la Edad Moderna en virtud de los postulados derivados de su naturaleza femenina, así como de su condición de esposa y madre. *Ibid.*, pp. 67-72.



la maternidad y sumisión hacia sus respectivos maridos. Su condición de esposa del monarca la convertía en una figura excepcional y ambigua a partes iguales. Por un lado, le otorgaba una posición de preeminencia que la situaba por encima de los varones del reino con la única salvedad del rey. Pero, por el otro, seguía siendo mujer, amén de la primera súbdita del monarca. En razón de ello, debía obediencia al soberano (que en su caso también era esposo y *pater familias*) y su majestad estaba sometida a los condicionantes derivados de su naturaleza femenina, así como de los principios y normas que regulaban el papel de las féminas en la sociedad y en el estado moderno. Evidentemente, había reinas propietarias y gobernadoras, máxime en la Monarquía Hispánica donde no regía la ley sálica, pero como recogía el *Diccionario de Autoridades* tal eventualidad se contemplaba en segunda instancia. Se trataba de la excepción a la regla, una situación que se entendía desde una transición hacia un nuevo reinado protagonizado por un varón, hasta un periodo de inestabilidad política. Tal excepcionalidad aparecía también reflejada en la propaganda real, que se encargó de justificar la existencia de este tipo de soberanas bien a través del “arquetipo viril”, bien mediante la teoría de la doble representación, que planteaba que el monarca siempre era varón aunque en determinados momentos se encarnara en el cuerpo de una mujer.<sup>239</sup>

Así, durante el Antiguo Régimen la soberana fue presentada como una figura en teoría al margen del poder político y adornada con las virtudes que caracterizaban la domesticidad.<sup>240</sup> El vacío legal al que aludimos más arriba en relación a su estatus jurídico, implicó que la posición de la reina en la institución monárquica, cuando no era propietaria, estuviese determinada por los lazos de parentesco que la unían al rey. En este sentido, la vinculación con el monarca planteaba una diversa tipología de soberanas. Una reina era consorte por ser la esposa de un rey en ejercicio; reina viuda tras el fallecimiento de su esposo y si no tenía ninguna filiación directa con el siguiente monarca reinante; reina madre cuando se trataba de la progenitora del nuevo soberano

---

<sup>239</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “La construcción de una reina en la Edad Moderna: entre el paradigma y los modelos”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel y las reinas de España...*, pp. 309-338, en concreto, pp. 335-338; GARCÍA BARRANCO, M.: *Antropología histórica...*, pp. 97-100. Para un análisis de la imagen de la reina propietaria focalizado en el caso de Isabel la Católica, véase, WEISSBERGER, B. F.: *Isabel Rules. Constructing Queenship, Wielding Power*. Minneapolis, Londres, 2004.

<sup>240</sup> Esta cuestión ha sido analizada para el caso de Margarita de Austria por SANCHEZ, M. S.: “Pious and Political Images of a Habsburg Woman at the Court of Philip III (1598-1621), en SANCHEZ, M. S. y SAINT-SAËNS, A. (eds.): *Spanish Women in the Golden Age...*, pp. 91-107.

y reina regente cuando ejercía el poder durante la minoridad de su hijo, llamado a reinar después de alcanzar la mayoría de edad. Caso particular era el de la reina gobernadora, que se hacía cargo del gobierno de la Monarquía por incapacidad o ausencia del monarca pero siempre, como en el caso de las regencias, de forma temporal.

Pese a todo lo expuesto hasta ahora, pecaríamos de reduccionistas si pensáramos que son únicamente la maternidad y su condición de esposas los factores que definen el rol de la soberana durante el Antiguo Régimen. La historia de género, de las mujeres, la historia social, la nueva historia política o la antropología histórica, entre otras disciplinas y corrientes historiográficas, han puesto de manifiesto en las últimas décadas las múltiples facetas que caracterizaban el papel de estas mujeres a lo largo del periodo moderno.<sup>241</sup> Por lo que se refiere a la reina consorte, sobre la que centraremos nuestro análisis, es de notar que ocupa una posición central en la institución monárquica. En primer lugar, garantiza la continuidad del linaje soberano, lo que ya es mucho en unas monarquías regidas por el principio hereditario. Ahora bien, aunque asegurar la sucesión es el máximo deber que se le exige, su labor no se reduce únicamente a eso. La cercanía al rey de que disfruta puede conceder a su figura una notable potencialidad que no se circunscribe en exclusiva al ámbito doméstico, sino que es extrapolable a otros campos como son las relaciones diplomáticas entre estados, el patronazgo político, cortesano y religioso, el mecenazgo... Espacios algunos de los cuales en los que la intervención en teoría le está vedada, pero que le es permitida o tolerada en virtud de dicha potencialidad.

Por otro lado, la reina consorte es una figura complementaria a la del monarca tanto a nivel institucional, como en el imaginario colectivo de la Edad Moderna. “El rey y la reina”, escribe Pérez Samper, “son dos caras de la misma moneda (...) el haz y

---

<sup>241</sup> De entre la amplia bibliografía existente señalaremos, como obras generales centradas en la problemática de la realeza femenina en sus diferentes aspectos: CAMPBELL ORR, C. (ed.): *Queenship in Europe, 1660-1815...*; COSANDEY, F.: *La reine de France...*; EARENIGHT, T.: *Queenship and Political Power...*; FRADENBURG, O. (ed.): *Women and Sovereignty...*; GARCÍA BARRANCO, M.: *Antropología histórica...*; GUERRA MEDICI, M. T.: *Donne di governo...*; LAYNESMITH, J. L.: *The last Medieval Queens. English Queenship, 1445-1503*. Oxford, 2004; LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. A. (coords.): *La Reina Isabel...*; POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir politique...* También, los artículos de PÉREZ SAMPER, M. A.: “La Reina”, en MORANT, I. (dir.): *Historia de las mujeres*; II; id.: “Las reinas de España en la Edad Moderna, de la vida a la imagen”, en GONZÁLEZ CRUZ, D. (dir.): *Virgenes, reinas y santas...*, pp. 13-57 y VISCEGLIA, M. A.: “Regalità femminile. Le regine consorti”, en VISCEGLIA, M. A.: *Riti di corte...*, pp. 158-207.

el envés de la realeza, de la monarquía”.<sup>242</sup> Sus funciones, ceremoniales e institucionales, su imagen pública, su consideración como símbolo, complementan el perfil que la propaganda y la tratadística política aportan del soberano. Ahondando aún más en la problemática, y según ya indicó Marion Facinger en 1968, la realeza femenina puede ser vista como un oficio del que derivan determinadas prerrogativas y que impone sus normas y límites a aquellas que la detentan.<sup>243</sup> En tanto que sujeto físico, la reina es una mujer con sus virtudes y defectos, sus deseos e intereses; como personaje institucional, representa un arquetipo que regula su imagen pública, sus funciones y su capacidad de maniobra en el seno de la corte y el estado, lo que puede y no puede hacer, lo que se espera y no se espera de ella.<sup>244</sup> Las características de este arquetipo la convierten en ocasiones en “una mujer oculta”, puesto que la dignidad que representa enmascara su dimensión humana.<sup>245</sup> Con todo, el paradigma tampoco es inamovible. La coyuntura, la personalidad de la reina, los cambios ideológicos e institucionales pueden alterarlo.<sup>246</sup> Es por ello que muy acertadamente Pérez Samper remite a la necesidad de estudiar casos concretos, las biografías de estas mujeres y el contexto histórico en el que vivieron, porque, a partir de ellos, se construye la figura de la reina a todos sus niveles (institucional, jurídico, público...).<sup>247</sup> Precisamente lo que pretendemos realizar en esta tesis.

### **Matrimonio y dinastía:**

Desde finales del siglo XV fue una práctica común el que los monarcas matrimoniaran entre iguales y, en consecuencia, buscasen esposa en el seno de otros linajes soberanos. Dado que durante la Edad Moderna la sucesión de las monarquías europeas se regía por el principio hereditario, que estipulaba el paso de la herencia de padres a hijos, las

---

<sup>242</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “La figura de la reina...”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel...*, p. 276; LAYNESMITH, J. L.: *The Last Medieval...*, p. 22.

<sup>243</sup> FACINGER, M.: “A Study of Medieval Queenship: Capetian France, 987-1237”, en *Studies in Medieval and Renaissance History*, 5 (1968), pp. 3-48, cit. por LAYNESMITH, J. L.: *The Last Medieval...*, p. 5.

<sup>244</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “La construcción de una reina...”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel...*, pp. 309-338.

<sup>245</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “La Reina”, en MORANT, I. (dir.): *Historia de las mujeres...*, II, p. 402.

<sup>246</sup> EARENIGHT, T.: *Queenship and Political Power...*, p. XVI. Las alteraciones en el modelo de “reina cortesana” a finales del siglo XVIII han sido analizados por LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Imagen y propaganda: de la reina cortesana a la reina burguesa”, en GONZÁLEZ CRUZ, D. (dir.): *Virgenes, reinas y santas...*, pp. 105-130. Para un estudio de caso concreto sobre la manera en que tales cambios afectaron a la imagen pública e historiográfica de María Luisa de Parma: CALVO MATURANA, A. J.: *María Luisa de Parma...*, pp. 103 y ss.

<sup>247</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “La figura de la reina...”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel...*, p. 276.

nupcias del rey constituían un acontecimiento que había de garantizar no solo la continuidad de la dinastía, sino también la estabilidad de la propia institución monárquica. Asegurar la sucesión a la corona constituía uno de los máximos deberes de la pareja reinante, si bien como se verá a continuación la responsabilidad principal en este aspecto recaía sobre la mujer. Por estas razones, la elección de aquella que había de convertirse en la consorte del soberano nunca era arbitraria. Ya a finales del siglo XIII las *Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio aludían a las cualidades que habían de exigirse a una futura reina:

“el rey debe cuidar que aquella con quien casare haya en sí cuatro cosas: la primera, que venga de buen linaje; la segunda, que sea hermosa; la tercera, que sea bien acostumbrada; la cuarta, que sea rica, pues cuanto ella de mejor linaje fuere, tanto será él más honrado por ello (...).”<sup>248</sup>

El voto emitido por el cardenal Portocarrero en una consulta del Consejo de Estado en mayo de 1689, cuando se debatía el segundo matrimonio de Carlos II, demuestra que las recomendaciones del derecho castellano medieval sobre este punto seguían estando muy presentes a finales del siglo XVII. Según indicaba el cardenal:

“Los sabios antiguos españoles previnieron cuanto debe el Rey ambicionar en orden a las dotes y dones que han de concurrir en la Princesa que se hubiese de coronar, reduciéndolos a cuatro, de cuyo concurso adornada, la definiera digna de la diadema. La primera prerrogativa que previnieron fue que descendiese de religioso, alto y esclarecido linaje y real prosapia, por el honor que logra la Real role y recomendación que se concilia y esperanza que conciben los vasallos de que renovará las operaciones gloriosas de sus mayores. La segunda prerrogativa es que sea hermosa y agraciada, para que con esto se concilie el amor del Príncipe y logrando la sucesión que se suspira, consuele a los Reinos con hijos que los haga recomendables al pueblo su hermosura y gentileza. La tercera, que adornen su esclarecida sangre los esmaltes de las virtudes reales correspondientes y conducentes al mayor bien del Rey y Reino y de sí misma. La cuarta, que sea rica en tal grado que enriquezca o a lo menos no empobrezca al Rey y al Reino. Hallándose en el mundo señora en quien concurren estas circunstancias, debe prevalecer y ser escogida para Reina.”<sup>249</sup>

Desde estas perspectivas, teóricamente cuatro eran los criterios que entraban juego a la hora de seleccionar a la consorte del soberano: linaje, hermosura, cualidades morales parejas a la alta posición que pasaría a ocupar y una rica dote capaz de enriquecer las arcas de su esposo. Con todo, en la práctica la importancia otorgada a

---

<sup>248</sup> Título 6, ley 1.

<sup>249</sup> Voto del cardenal Portocarrero sobre el segundo matrimonio de Carlos II. Madrid, 8 de mayo de 1689. A.H.N., E., leg. 2886, recogida en BAVIERA, A. y MAURA GAMAZO, G.: *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España*. Madrid, edic. de 2008, vol. I, p. 73.

dichos criterios era variable, según puede constatar en la enumeración que esbozan tanto las *Partidas* como el voto del cardenal. Atractivo físico, riqueza o buena educación constituían con frecuencia elementos que podían soslayarse durante la negociación de unas nupcias regias, siendo el primero un factor puramente anecdótico. No admitía discusión, por el contrario, la estirpe de la desposada. Entre los siglos XVI y XVIII Europa estaba constituida por estados dinásticos cuyos gobernantes formaban una exclusiva comunidad principesca, la *Société des princes* según la definió Bély, profundamente jerarquizada. Así, aunque los miembros de la realeza compartían valores, formas de vida y prácticas de gobierno, sociabilidad y representación, existían importantes diferencias entre unos y otros que estaban determinadas no solo por el peso político de los estados sobre los que gobernaban, sino también por la excelencia y antigüedad del linaje del que descendían.<sup>250</sup> En este sentido, procedencia y pertenencia dinástica suponían dos factores que condicionaban las posibilidades de una princesa casadera en el mercado matrimonial. Como afirma Campbell-Orr, las reinas solían ser elegidas merced a la importancia de su capital dinástico, concepto que remitía a la significación de la ascendencia, la pureza de la sangre y los múltiples parentescos que evidenciaban sus respectivos árboles genealógicos.<sup>251</sup> Una princesa oriunda de una potencia menor en el panorama europeo (capital político), surgida de una dinastía de reciente creación (capital dinástico), contaba *a priori* con menos oportunidades de realizar un encumbrado matrimonio que otra que sí cumpliera con ambos requisitos. La antropología histórica y la historia social han puesto de relieve las causas de la importancia otorgada a la estirpe de las princesas europeas durante la Edad Moderna.<sup>252</sup> Según explica Fanny Cosandey, las alianzas de la realeza francesa durante este periodo excluyeron cualquier incremento territorial para el soberano. Al contrario, la práctica de dotar a las mujeres de las familias reales con tierras fue casi abandonada a partir de la segunda mitad del siglo XVI.<sup>253</sup> Ello se debió, por un lado, al interés por no diseminar la herencia destinada al primogénito de la dinastía. Y por el otro, al reforzamiento de poder real, frente al señorial, que tuvo lugar a la sazón. Por la fuerza de las armas o a consecuencia de la extinción de las grandes familias de la aristocracia

---

<sup>250</sup> BÉLY, L.: *La société des princes, XVIe-XVIIIe siècle*. París, 1999.

<sup>251</sup> CAMPBELL-ORR, C.: "Introduction", en CAMPBELL-ORR, C. (ed.): *Queenship...*, p. 12.

<sup>252</sup> Fundamental en este punto ha sido la contribución de NASSIET, M.: *Parenté, noblesse et Etats dynastiques, XV<sup>e</sup>-XVI<sup>e</sup> siècles*. París, 2000.

<sup>253</sup> COSANDEY, F.: "Sucesión, maternidad y legado", en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel...*, pp. 485-496, en concreto, p. 487.

que gobernaban amplias superficies de territorio, los monarcas europeos consiguieron imponer su autoridad sobre la totalidad de sus estados. Indudablemente, las consecuencias de este proceso afectaron a las estrategias matrimoniales de la realeza. En primer lugar, y como veremos a continuación, salvo contadas excepciones los soberanos se vieron obligados a buscar esposa en el extranjero. En segundo lugar, perdido el lustre que otorgaba una dote en tierras, la tratadística política focalizó los réditos que la monarquía podía obtener de las nupcias del rey en la filiación dinástica de su plausible consorte. Como Jacques de La Guesle recordó a Enrique IV de Francia, los reyes habían de evitar casar con súbditas. La elección de una futura reina debía recaer en aquellas que pertenecieran a una “familia principal y soberana y que antaño hubiera sido honrada (...). Es de lo que los reyes deben cuidarse, si quieren que el respeto y la reverencia que se les deposita, continúen en sus hijos e incluso que no disminuyan respecto a ellos”.<sup>254</sup> Desde estas perspectivas, de acuerdo con Guesle, la soberana transmitiría a su descendencia las excelencias y deficiencias de su capital dinástico y político. La pureza de su sangre y lo elevado de su alcurnia contribuirían a ensalzar el linaje de sus vástagos. Como quiera que entre ellos había de encontrarse el siguiente monarca reinante, el crédito y la legitimidad del soberano se verían sensiblemente reforzados no solo por vía paterna, sino también materna.<sup>255</sup> Este principio se mantendría vigente durante buena parte de la Edad Moderna. Con todo, a partir del siglo XVIII la estirpe de la desposada perdería preeminencia en la negociación de unas nupcias regias. A decir de López-Cordon, si bien continuarían produciéndose “acuerdos de familia” y la tendencia siempre sería la de rehuir toda sospecha de *mésalliance*, los matrimonios de la realeza cederían a consideraciones menos simbólicas pero más pragmáticas, derivadas de la evolución de las relaciones entre potencias o la coyuntura diplomática.<sup>256</sup>

Paralelamente, durante el Antiguo Régimen pueblos, monarquías y Estados estuvieron representados por Casas soberanas cuyos intereses, que respondían en buena medida a una lógica dinástica, determinaron el desarrollo de las relaciones

---

<sup>254</sup> Cit. en *Ibíd.*

<sup>255</sup> *Ibíd.*, pp. 494-495. La importancia de este principio queda patente al examinar las uniones de los monarcas de la Casa de Austria quienes, imbuidos de un sentimiento de exclusividad dinástica que tenía su razón de ser en la antigüedad y origen imperial de su estirpe, no dudaron en practicar una política matrimonial endogámica que priorizaba las alianzas con miembros de las ramas española y austriaca de la dinastía.

<sup>256</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “La construcción de una reina...”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel...*, p. 311.

internacionales europeas.<sup>257</sup> Las princesas dinastas jugaron un papel fundamental en el marco de esta dinámica que afectaba de lleno a la evolución de la diplomacia. Como recordaba el emperador Carlos V a Felipe II en 1548: “Lo mejor, sin embargo, es unir los reinos por el lazo de los hijos. Por eso debéis tener numerosa posteridad (...).”<sup>258</sup> La prole del monarca, masculina y femenina, era entendida así como un precioso aval susceptible de ser utilizado en la forja de alianzas entre linajes regios. Los matrimonios de la realeza se convertían entonces en expresión de la política exterior de los estados; una pieza clave a través de la que la dinastía desplegaba complejas estrategias matrimoniales tendentes a afirmar su posición en el panorama europeo.<sup>259</sup> Es así, como indica Sutter Fichter, que los enlaces de los miembros de las Casa reales europeas no tenían nada de anecdótico. No se trataban de una cuestión privada o doméstica. Todo lo contrario. El establecimiento de vínculos familiares entre dinastías era materia de alta política y, en algunos casos, estos podían revertir las características del orden internacional.<sup>260</sup> A despecho de los efectos que la consanguinidad tenía sobre la descendencia, los soberanos repetían alianzas en aras de unos beneficios político-diplomáticos concretos.<sup>261</sup> Cuando se trataba de matrimonios asimétricos, por ejemplo aquellos que vinculaban a dinastías que gozaban de cuotas de poder e influencia desiguales, se daba una doble circunstancia. Por un lado, la potencia menor quedaba bajo la órbita de la potencia mayor o hegemónica (como sucedería tras los repetidos enlaces de los duques de Saboya con infantas españolas y princesas francesas). Por el otro, el capital dinástico y político de las hijas de la realeza contribuía a consolidar tanto su propia posición en la corte de adopción, como la legitimidad y prestigio del

---

<sup>257</sup> BÉLY, L.: “Casas soberanas y orden político en la Europa de la Paz de Utrecht”, en FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P.: *Los Borbones. Dinastía y memoria de Nación en la España del siglo XVIII*. Madrid, 2002, pp. 69-95.

<sup>258</sup> Cit. por BENNASSAR, B. y VINCENT, B.: *España. Los Siglos de Oro*. Barcelona, 2000, p. 51.

<sup>259</sup> POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K.: «Des vies inscrites dans l'ordre politique», en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir...*, pp. 24-50, en concreto, p. 32.

<sup>260</sup> SUTTER FICHTNER, P.: “Dynastic Marriage in Sixteenth-Century Habsburg Diplomacy and Statecraft: An Interdisciplinary Approach”, en *The American Historical Review*, 81-2 (1976), pp. 243-265. Es por esta razón que Guerra Medici ha definido las relaciones internacionales europeas durante el Antiguo Régimen como “asuntos de familia”. GUERRA MEDICI, M. T.: *Donne di governo...*, p. 154.

<sup>261</sup> LAMAISSON, P.: «Tous cousins? De l'héritage et des stratégies matrimoniales dans les monarchies européennes à l'âge classique», en BONTE, P. (dir.): *Épouser au plus proche: investissements, prohibitions et stratégies matrimoniales autour de la Méditerranée*. París, 1994, pp. 341-367.

soberano con el que matrimoniaban, incrementando el protagonismo de este en las relaciones internacionales.<sup>262</sup>

Al contar con una mayor movilidad que sus hermanos, las princesas se convertían en garantes de la paz entre estados, de ahí que la propaganda aludiera al carácter pacificador del que se hallaban revestidas. Con frecuencia, como denunció Erasmo de Rotterdam, el vínculo matrimonial como sustentador de paces y confederaciones entre monarquías se revelaba poco eficaz y, en consecuencia, no evitaba que pasado el tiempo la guerra volviera a presidir las relaciones entre ciertas potencias.<sup>263</sup> Tal fue así en el caso de los matrimonios hispano-franceses.<sup>264</sup> Cuando ello ocurría, la situación de la princesa en su corte de adopción podía tornarse complicada, puesto que la obligaba a mantener un delicado equilibrio entre su dinastía de origen y aquella a la que pasaba a formar parte en virtud de sus nupcias. Sin embargo, pese a las limitaciones del sistema, ello no fue óbice para el abandono de una práctica que veía en los matrimonios de la realeza un elemento de capital importancia en la evolución de la diplomacia. Educadas para el cumplimiento de sus deberes como consortes de un príncipe extranjero, desde la más tierna infancia las princesas protagonizaban compromisos matrimoniales que no siempre llegaban a buen puerto. Los intereses dinásticos variaban: el aliado de ayer podía convertirse en el enemigo de hoy y, en razón de este aserto, las alianzas se truncaban en algunos casos antes de materializarse definitivamente. El destino que se prefiguraba para ellas podía ser, por tanto, muy variable. El soberano, en calidad de cabeza de la dinastía, decidía no solo sobre el futuro de sus hijas, también sobre el del resto de las féminas de su linaje agnaticio. Esta circunstancia se hacía especialmente patente en el caso de monarcas cuya familia nuclear evidenciaba un claro déficit de princesas. Así, a falta de hijas en edad casadera, Luis XIV y Leopoldo I no dudaron en emplear a primas, sobrinas e incluso cuñadas como instrumentos con los que desarrollar una política matrimonial favorable a los intereses de sus respectivas dinastías.

En último término, junto a su capital dinástico y político las princesas contaban con un aliciente que podía incrementar sus oportunidades en el mercado matrimonial:

---

<sup>262</sup> SPAGNOLETTI, A.: *Le dinastie italiane nella prima età moderna*. Bolonia, 2003, p. 168; id: “Le donne nel sistema dinastico italiano”, en CALVI, G. y SPINELLI, R. (ed.): *Le donne Medici...*, I, pp. 13-34, en concreto, pp. 16-17.

<sup>263</sup> Cit. por VISCEGLIA, M. A.: “Regalità femminile...”, en VISCEGLIA, M. A.: *Riti di corte...*, p. 162.

<sup>264</sup> PERCEVAL, J. M.: “Jaque a la reina. Las princesas francesas en la corte española, de la extranjera a la enemiga”, en GRELL, C. y PELLISTRANDI, B. (dirs.): *Les cours d'Espagne et de France au XVII<sup>e</sup> siècle*. Madrid, 2007, pp. 41-60.



sus derechos sucesorios. En monarquías regidas por el principio hereditario existían mecanismos como la ley sálica, en el caso de la francesa, que excluía a las *Filles de France* de la herencia de sus ancestros. Ahora bien, esta ley, que *a priori* pretendía evitar que la corona recayese en manos extranjeras privilegiando el acceso al trono de los varones dinastas más alejados de la línea sucesoria, no imperaba en todas las monarquías europeas.<sup>265</sup> Tal sucedía por ejemplo en la española, donde las infantas, si bien postergadas en la sucesión en beneficio de sus hermanos, gozaban de derechos que transmitían a su futura descendencia. A decir de Cosandey, que ha analizado el proceso para el caso de las princesas Habsburgo casadas en Francia, este razonamiento hundía sus raíces en la doble consideración de la reina como esposa y súbdita del monarca: «en qualité de sujette elle est autorisée à recevoir l'héritage, en qualité de souveraine elle peut transférer ses biens à la couronne de France.»<sup>266</sup> El recurso a la renuncia en el momento del matrimonio constituyó una medida que los monarcas de la Casa de Austria emplearon al sancionar las nupcias de sus hijas con miembros de la familia real francesa. Con todo, la utilización de semejante subterfugio jurídico podía ser contestada. Como algunos autores han puesto de manifiesto, los derechos sucesorios de las princesas eran el origen de conflictos entre potencias. En el seno de una crisis dinástica, donde varios candidatos optaban a una misma herencia, la defensa de tales pretensiones, encarnadas o transmitidas por una mujer, no respondía únicamente a la arbitrariedad o a la ambición de una dinastía. La concepción patrimonial que los reyes europeos tenían de sus estados, así como la teología de la “guerra justa”, autorizaba la intervención militar con objeto de subsanar lo que se consideraba la vulneración de los derechos de un monarca a la herencia de sus antepasados.<sup>267</sup> En este sentido, la Guerra de la Devolución o el acceso de los Borbones al trono español, pusieron de relieve la debilidad coyuntural de las renunciaciones sucesorias. La apelación a argumentos derivados

---

<sup>265</sup> Sobre la ley sálica y su instrumentalización por la monarquía francesa a partir del siglo XVI, véanse, BARNAVI, E.: «Mythes et réalité historique: le cas de la loi salique», en *Histoire, économie et société*, 3 (1984), pp. 323-337; COSANDEY, F.: «De Loi Salique à la Régence, le parcours singulier du pouvoir des Reines», en VARALLO, F. (ed.): *In assenza del re...*, pp. 183-197.

<sup>266</sup> Las palabras de Cosandey se basan en el análisis que realizó de la Obra de Joly, *Traité des droits de la Reine*, publicado con objeto de defender las pretensiones de Luis XIV, en nombre de su esposa María Teresa, sobre el Franco Condado, Luxemburgo, Hainaut y Cambrai. COSANDEY, F.: «Reines de France, héritières espagnoles», en GRELL, C. y PELLISTRANDI, B. (dirs.): *Les cours d'Espagne et de France au XVII<sup>e</sup> siècle*. Madrid, 2007, pp. 61-76, en concreto, p. 68.

<sup>267</sup> POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K.: «Des vies inscrites...», en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir...*, pp. 31-32; MALETTKE, K.: «La signification de la Succession d'Espagne pour les relations internationales jusqu'à l'époque de Ryswick (1697)», en BÉLY, L. (dir.): *La présence des Bourbons...*, pp. 93-109, en concreto, pp. 99-100.

del derecho público y privado o las cláusulas que componían el contrato matrimonial de la futura soberana, podían comprometer la validez legal de esta fórmula jurídica. Desde estas perspectivas, los derechos sucesorios dotaban a la princesa de un importante capital simbólico que no solo condicionaba sus perspectivas matrimoniales, sino también el futuro de su descendencia y la evolución de las relaciones internacionales.

### **Funciones y deberes de la reina consorte:**

#### *-Maternidad y sucesión:*

La principal función de la reina en las monarquías europeas del Antiguo Régimen fue la maternidad. Como el resto de mujeres, la soberana estaba obligada a aportar herederos a su marido. Ahora bien, en su caso concreto esta circunstancia tenía unas implicaciones indudablemente mayores que para las otras féminas. En una Europa representada por Casas y linajes soberanos cuyos sistemas monárquicos se regían de acuerdo al principio hereditario, y en los que la sucesión de la corona pasaba de padres a hijos (o hijas, en el caso de que no imperara la ley sálica), la maternidad de la reina contribuía a asegurar la estabilidad de la dinastía en la que entroncaba por matrimonio y, por añadidura, la de la monarquía sobre la que gobernaba su consorte.<sup>268</sup> Dicha eventualidad era barajada incluso en el momento de negociar unas nupcias regias. Como afirmaba el cardenal Portocarrero en 1689, el destino de las princesas casaderas estaba determinado no solo por su fortuna, estirpe y capital político, sino que estos factores debían supeditarse, llegado el caso, a las cualidades que acreditasen su capacidad de procreación. Esta era, en su opinión: “(...) la dote más principal y de única consideración (...) [para] la más prudente y probable esperanza de que se logre y asegure la sucesión que se desea con tan justas ansias (...)”<sup>269</sup>

---

<sup>268</sup> Sobre la significación de la maternidad en el modelo de reina consorte durante el Antiguo Régimen, véanse los trabajos de CAMPBELL-ORR, C.: “Introduction”, en CAMPBELL-ORR, C. (ed.): *Queenship...*, pp. 5-7; COSANDEY, F.: “Sucesión...”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel...*, pp. 485-496; LAYNESMITH, J. L.: *The last...*, pp. 131-180; PÉREZ SAMPER, M. A.: “Las reinas”, en MORANT, I. (dir.): *Historia de las mujeres...*, II, p. 407-414; POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K.: «Des vies inscrites...», en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir...*, pp. 36-41. Aunque centrado en el Medievo, tienen plena vigencia para el periodo moderno algunas de las consideraciones que arroja John Parsons en su artículo: “The Pregnant Queen as Counsellor and the Medieval Construction of Motherhood”, en PARSONS, J. C. y WHEELER, B. (eds.): *Medieval Mothering*. Nueva York, 1996, pp. 39-61.

<sup>269</sup> Voto del cardenal Portocarrero sobre el segundo matrimonio de Carlos II. Madrid, 8 de mayo de 1689. A.H.N., E., leg. 2886, recogida en BAVIERA, A. y MAURA GAMAZO, G.: *Documentos inéditos...*, I, p. 75.

Es decir, los fundamentos sobre los que se asentaban los intereses de la dinastía, como las creencias que configuraban la mentalidad de las gentes del periodo o los planteamientos de la ciencia médica de la época, podían condicionar las posibilidades de una princesa en el seno del mercado matrimonial principesco. Una muchacha entrada en años o dotada de algún defecto físico evidente, solía ser vista como incapaz de garantizar la sucesión de su posible esposo. Sobre todo habida cuenta de que las causas de la infertilidad en un matrimonio siempre recaían, al menos de cara a la galería, sobre la mujer. Por el contrario, aquellas jóvenes casaderas pertenecientes a familias de probada fecundidad implementaban con frecuencia sus perspectivas de futuro. Tal fue el caso de Mariana de Neoburgo, escogida como consorte de Carlos II entre otras razones debido a la fertilidad de su madre, que había dado a luz en veinticuatro ocasiones.<sup>270</sup>

La función reproductora justificaba la presencia de la reina en el seno del sistema monárquico, así como la complementariedad de su papel en relación al del monarca. Si el rey estaba llamado a gobernar y defender la seguridad de sus estados patrimoniales, su consorte estaba obligada a avalar la continuidad de la dinastía a través de los frutos de su vientre, ejerciendo si era necesario la regencia en nombre de sus hijos menores de edad.<sup>271</sup> En este sentido, no se trataba solo de aportar herederos a la corona, preferiblemente varones y cuantos más de ellos mejor; la progenie femenina de la soberana también gozaba de una funcionalidad institucional concreta. Al igual que sus madres, las princesas alumbradas por la reina -si sobrevivían a la infancia- matrimoniarían con otros príncipes extranjeros y garantizarían el desarrollo de las estrategias matrimoniales de la dinastía.

Desde estas perspectivas, la dedicación de la soberana a la maternidad había de ser completa. Casadas en plena juventud, una vez llegaban a la edad núbil su destino estaba marcado por una sucesión de embarazos, abortos y partos que ponían en riesgo su salud y hasta su apariencia física.<sup>272</sup> Los elevados índices de mortalidad infantil y la

---

<sup>270</sup> A este respecto escribía el nuncio pontificio en Madrid el 12 de mayo de 1689: “La dote de la de Toscana [Mariana de Médicis, otra de las candidatas a casar con el monarca] podrá ser siempre mayor; pero parece que el Rey se inclina a la de Neoburgo porque la considera más fecunda”, recogida en *Ibidem*, I, p. 81.

<sup>271</sup> CAMPBELL-ORR, C.: “Introduction”, en CAMPBELL-ORR, C. (ed.): *Queenship...*, p. 5; LAYNESMITH, J. L.: *The last...*, p. 178.

<sup>272</sup> A este tenor, resulta interesante el juicio que el embajador ruso realizó sobre los efectos que la maternidad tuvo sobre el físico de María Luisa de Parma, consorte de Carlos IV: “Partos repetidos, indisposiciones y quizás un principio de enfermedad, que dicen puede ser hereditaria, la han marchitado completamente. Su tez, ahora aceitunada y la pérdida de sus dientes, la mayoría reemplazados

frecuente debilidad congénita de sus vástagos, obligaban a la reina a someterse a esta dinámica hasta pasada la etapa fértil de su ciclo vital. Por otro lado, el hecho de que ellas mismas no amamantaran a su prole contribuía a asegurar la frecuencia anual de embarazos y partos, más frecuentes por esta razón en las uniones de la realeza que en las del estado llano. Las cifras que arrojan algunos estudios de Bartolomé Bennassar son bastante elocuentes sobre los aspectos a los que venimos refiriéndonos. En palabras de este autor, entre 1490 y 1660 nueve reinas europeas o infantas murieron al dar a luz o durante el periodo puerperal con menos de treinta y seis años. Casos similares encontramos en la Monarquía Hispánica, donde las consortes de Carlos V, Felipe II o Felipe III fallecieron en circunstancias similares cuando contaban treinta y seis, veintitrés y veintiséis años respectivamente.<sup>273</sup> Bajo tan desoladores datos subyace, como hemos dicho, la necesidad de salvaguardar el equilibrio del *estatus quo* vigente, que una crisis sucesoria alteraría inevitablemente. Una reina estéril se encontraba en una posición frágil y de abierta desventaja en su corte de adopción. De entrada, la posibilidad de una anulación matrimonial pendía sobre su futuro. Las coplillas que aludían a la infertilidad de María Luisa de Orleáns así lo atestiguan: “Parid, bella flor de lis,/ que en aflicción tan extraña,/ si parís, parís a España,/ si no parís, a París”.<sup>274</sup>

El mensaje era claro: una reina que no tenía sucesión fracasaba en el cumplimiento del principal deber para el que había venido al país y decepcionaba las expectativas que se habían depositado en ella. Dado que en teoría la soberana había de ser el artífice de la continuidad -y tranquilidad- de la dinastía, aquélla que se mostraba incapaz de satisfacer las exigencias de sus súbditos sobre este punto era una figura perfectamente prescindible, de ahí las referencias al regreso de Orleáns a su patria nativa. O también del interés de su sucesora en el tálamo regio, Mariana de Neoburgo, por quedar encinta, lo que la llevó a arriesgar su salud con la toma de inciertas pócimas y brebajes que pretendían potenciar su fertilidad en aras de la llegada del anhelado

---

artificialmente, fueron el último ataque a su belleza”, cit. por CALVO MATURANA, A. J.: *María Luisa de Parma...*, pp. 42-43.

<sup>273</sup> BENNASSAR, B. y VINCENT, B.: *España...*, en particular el epígrafe: “Las reinas: estrategias, holocausto”, pp. 51-57; los datos que Bennassar aporta en este trabajo se encuentran desarrollados más ampliamente, desde una perspectiva comparada, en su libro *Reinas y princesas del Renacimiento a la Ilustración: el lecho, el poder y la muerte*. Barcelona, 2007.

<sup>274</sup> MAURA, D.: *Vida y reinado de Carlos II*. Madrid, 1990, p. 289.

heredero.<sup>275</sup> A un más amplio espectro, una reina sin descendencia contribuía a la desvirtuación del modelo de realeza vigente en el Antiguo Régimen. Si tomamos como referencia la teoría de los dos cuerpos del rey esbozada por Kantorowicz en los años cincuenta del siglo XX, la soberana, al igual que su esposo, estaría dotada de un cuerpo físico (sometido a los accidentes del paso del tiempo) y un cuerpo político (atemporal, sustentado en los valores, símbolos y prerrogativas que conformaban la identidad regia). Sin embargo, a diferencia del monarca, cuya naturaleza mortal solía ir siempre pareja al mantenimiento de su dignidad real, una soberana sin sucesión que sobrevivía a su consorte protagonizaba lo que García Barranco ha definido como una “dislocación del sistema simbólico de los dos cuerpos de la reina, ya que el cuerpo físico sobrevivía a las funciones del cuerpo institucional, generando un desajuste.”<sup>276</sup> O dicho de otra manera, la mujer que se veía abocada a esta situación se convertía en una reina “sin rey y sin reino”.<sup>277</sup> Aunque continuaba gozando del título, su posición en el sistema monárquico era ocupada por la siguiente consorte mientras ella aún vivía. Privada de cualquier función e influencia, su futuro se tornaba incierto y dependía de la buena voluntad del nuevo monarca reinante, con el que no le unía parentesco alguno. En el mejor de los casos, la reina viuda podía gozar de un honroso retiro gracias a las rentas previstas para ella en el testamento de su esposo. En el peor, las cláusulas testamentarias no se respetaban o se reducía la pensión destinada al mantenimiento de su corte y servicio -con lo que por ejemplo se amenazó a Mariana de Neoburgo tras la muerte de Carlos II-.<sup>278</sup> Una situación que, cuando tenía lugar, la sumía bien en el endeudamiento, bien en una relativa pobreza. En definitiva, la esterilidad, como sus consecuencias, eran eventualidades que toda princesa procuraba evitar aunque para ello debiera arriesgar la salud o la vida.

Por otro lado, la maternidad también conllevaba para la soberana consideraciones de índole diferente. En primer lugar, una prole sana y numerosa era vista como el símbolo de la aprobación divina a la unión de la pareja real<sup>279</sup>, lo que en

---

<sup>275</sup> Los efectos que sobre la salud de la reina tuvieron estos pretendidos remedios son descritos por Maura, *Ibidem*, pp. 395 y ss.; pp. 461-465, por ejemplo.

<sup>276</sup> GARCÍA BARRANCO, M.: “La Reina viuda o la muerte del cuerpo simbólico”, en *Chronica Nova*, 34 (2008), pp. 45-61, en concreto, p. 51.

<sup>277</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “La figura de la reina...”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel...*, p. 288.

<sup>278</sup> En la primavera de 1701, el marqués de Montviel informó a Torcy de la posibilidad de reducir la pensión de viudedad de 400.000 ducados que Carlos II consignó para Mariana de Neoburgo en su testamento. Montviel a Torcy. Buen Retiro, 6 de abril de 1701. AA. EE., CPE., t. 96, fol. 92r.

<sup>279</sup> LAYNESMITH, J. L.: *The last...*, p. 178.

momentos de crisis y debilidad del poder monárquico era susceptible de repercutir en el prestigio y legitimidad de la dinastía. Asimismo, aportar un heredero a la corona dotaba a la reina de un importante capital simbólico que redundaba en su capacidad de maniobra en la corte de adopción. Al asegurar la sucesión al trono, la soberana adquiría un cierto prestigio que podía emplear para apoyar su intervención en ámbitos como el reparto de mercedes o la diplomacia. Su influencia a todos los niveles crecía puesto que ya no se trataba solo de la consorte del monarca, sino también de la madre del próximo rey. En este sentido, los hijos suponían para la reina una garantía de estabilidad, de futuro, y su nacimiento terminaba de completar el proceso de naturalización iniciado tras sus nupcias. El principio sobre el que se sustentaba esta regla era simple: una reina sin descendencia sería sospechosa de continuar identificándose con los intereses de su Casa de procedencia; pero una vez se convertía en madre, su destino se veía irremisiblemente unido a los de la dinastía a la que pertenecía su prole. Era por ello, entre otras razones, que consolidaba su situación y, según el contexto, le estaba permitida una mayor participación en el poder.

*-El peso del arquetipo: ejemplaridad, ceremonia y representación.*

Como indicamos en la introducción a este capítulo la reina, en tanto que persona física, había de adecuarse a las características de un arquetipo que definía los contornos de su imagen pública y de su papel institucional. Ahora bien, sus atribuciones en la monarquía y en la corte no solo estaban significadas por el carácter paradigmático de su figura. El ceremonial, cuyo desarrollo y mayor complejidad fueron una constante en el seno de las monarquías europeas a partir del siglo XVI, también contribuyó a dotar a la soberana de unos deberes y unas competencias concretas. De hecho, ambas variables (arquetipo y ceremonial) guardaban conexión. Ciertos ritos y solemnidades en los que la reina tomaba parte, ya fuera en persona o en efigie, tendían a subrayar determinados rasgos del paradigma. Y lo mismo observamos en un sentido contrario.

Al margen de la maternidad, el primer deber de una soberana era la ejemplaridad en todas sus acciones y comportamientos. Esta era una cualidad derivada, por un lado, de la posición que ocupaba en la institución monárquica: “Igual que el honor de la época moderna”, escribe Pérez Samper, “pasaba frecuentemente por el honor de la mujer, el honor de la monarquía pasaba también por el honor de la

reina”.<sup>280</sup> Y por el otro, de su consideración como modelo a seguir para el resto de las féminas. Primera mujer del reino, la soberana debía aunar en su cuerpo simbólico un cúmulo de virtudes femeninas y cristianas. La propaganda regia (Relaciones y pliegos de cordel publicados con motivo de sus nupcias o partos, romances y oraciones fúnebres) constituye una fuente de inestimable importancia para saber qué se esperaba de ella, así como también para discernir cuáles eran los valores y atributos ligados a su figura. En esencia, la reina había de representar, y amoldarse a él en la medida de lo posible, el modelo de mujer vigente en el periodo moderno. En primer lugar tenía que ser casta, dulce y bella. A través de estas cualidades se ganaba el corazón de su esposo, la adhesión de sus súbditos hacia la corona y garantizaba la legitimidad incuestionable de la descendencia real. Además, debía ser una buena cristiana: estar dotada de una serie de virtudes que guardaban una estrecha relación con la confesionalidad de la Monarquía Hispánica y su rol como Reina Católica. En este sentido, las alusiones a la devoción, la piedad, la misericordia o la prudencia, estaban siempre presentes en las Oraciones fúnebres de las soberanas, siendo cualidades que estas ponían en práctica, como veremos a continuación, por medio de las visitas a conventos, la concesión de limosnas o su patrocinio sobre determinadas instituciones benéficas (Casas de expósitos, etc.). Para terminar, la última de las virtudes exigidas a la reina era la sabiduría, condición que en algunas de ellas se dio, como manifiestan por ejemplo la amplia cultura de Isabel de Farnesio o Bárbara de Braganza y su patronazgo sobre determinadas instituciones educativas. Cuando por el contrario esta cualidad no estaba presente en sus caracteres, tal ausencia podía justificarse recurriendo a la responsabilidad y buen tino con las que desempeñaban su papel.<sup>281</sup> En definitiva, como reconoce Pérez Samper, la imagen de la reina era una imagen icónica, paradigmática, tendente a la perfección. Que la dotaba de un perfil público al que cada una de las mujeres que ostentaban la corona debía ceñirse en buena medida. Es cierto que no todas ellas lo lograban, pero mantener una actitud abiertamente contraria no solo

---

<sup>280</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “La figura de la reina...”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel...*, p. 290.

<sup>281</sup> *Ibíd.*, pp. 290-298; *íd.*: “La Reina”, en MORANT, I. (dir.): *Historia de las mujeres...*, II, pp. 421-422; 424-427. La forma en que las características del arquetipo quedaban reflejadas en la propaganda ha sido analizada por LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “La construcción de una Reina...”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel...*, pp. 309-338.

suscitaba críticas, conllevaba un alto perjuicio para la propia figura de la soberana, la dinastía y la institución monárquica en su conjunto.<sup>282</sup>

Los deberes de la reina no se reducían ni derivaban únicamente de su condición de arquetipo. El ceremonial, que penetraba hasta en los actos más privados de su cotidianeidad, tenía en su vida un doble sentido. Por una parte le adjudicaba una serie de funciones más tangibles; por la otra subrayaba, en algunos casos de manera muy elocuente, cuál era su posición en la institución monárquica.<sup>283</sup> Tal sucedía por ejemplo con la tríada de ceremonias: coronación, entrada pública y funerales, cuyo análisis denota la creciente importancia que el papel de la reina fue adquiriendo en la monarquía; un papel diferente y menos transcendente que el del rey, aunque también relevante. De las tres, aludiremos brevemente a su entrada pública, efeméride a la que asiste físicamente, al contrario de sus funerales, y de la que ella es la principal protagonista. La entrada triunfal de la reina en Madrid adquirió una gran importancia en la exaltación de la imagen de la monarquía a partir de la segunda mitad del siglo XVI. En esencia, constituía una ceremonia de recepción que ponía fin a los ritos que solemnizaban unas nupcias regias y a través de la que la capital española acogía a su nueva soberana. A diferencia de la del monarca la entrada de su consorte carecía de todo carácter contractual, pero poseía igualmente un alto sentido simbólico. Suponía un acto público que no solo anunciaba la llegada de la nueva reina, sino también la materialización de las esperanzas que su venida aparejaba: paz, prosperidad, sucesión... Asimismo, puede ser considerada como un rito de paso que coronaba la naturalización de la regia consorte, siempre de origen extranjero: esta recibía el homenaje de las autoridades civiles y religiosas de la urbe y recorría sus calles vestida a la moda española, acompañada de un nutrido cortejo compuesto tanto por los servidores de su Casa, como de aquellos que le habían acompañado durante su viaje.<sup>284</sup>

---

<sup>282</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “La figura de la reina...”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel...*, p. 297.

<sup>283</sup> Fanny Cosandey ha analizado la evolución de la posición institucional de la reina de Francia desde el reinado de Luis XII a través de la tríada: coronación-entrada pública-funerales en su obra *La Reine de France...*; para una comparativa de estos tres ritos en las diferentes monarquías europeas, véase, VISCEGLIA, M. A.: “Regalità femminile...”, en VISCEGLIA, M. A.: *Riti di corte...*, pp. 165-180.

<sup>284</sup> Sobre las características y simbolismo de la entrada de la reina, véase la síntesis de RÍO BARREDO, M. J.: *Madrid, Urbs Regia. La capital ceremonial de la Monarquía Católica*. Madrid, 2002, pp. 33-44; sobre el proceso de naturalización de la soberana a través del conjunto de ceremonias vinculadas de su matrimonio: PERCEVAL, J. M.: «Épouser une princesse étrangère: les mariages espagnols», en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir politique...*, pp. 66-77.



En cuanto a las funciones más tangibles de la soberana, muchas de ellas estaban también reguladas por el ceremonial. Su origen podía ser muy variado: algunas procedían de la tradición y la reiterada repetición de prácticas por parte de sus antecesoras; otras estaban relacionadas con el calendario litúrgico o con la dinámica de festejos de la corte y, por último, ciertas de ellas estaban determinadas por la propia idiosincrasia de la monarquía o, como dijimos más arriba, derivaban de algunas de las características ligadas al arquetipo de reina consorte. La difusión del modelo cortesano borgoñón y el establecimiento de las *Etiquetas* de la Casa de la reina por Felipe II (1575) y de Palacio por Felipe IV (1647), precisaron de qué manera debía desarrollarse la participación de la soberana, y de su servidumbre, en las diferentes efemérides de la corte: desde las diversiones palaciegas a los acontecimientos más solemnes. Si bien la reina gozará de una mayor proyección ceremonial tras el establecimiento de la dinastía borbónica, con la Casa de Austria existieron ciertos actos (aparte de la entrada) que esta protagonizó junto a su esposo o en los que tuvo una función paralela (rituales ligados a la Semana Santa, por ejemplo).<sup>285</sup> Entre los primeros, destacaremos su asistencia a la representación de comedias. Así, en las *Etiquetas* de palacio podemos leer:

“Se colocaba la silla del rey sobre una alfombra (...) diez o doce pies separada de la pared; detrás de ella un biombo; a la izquierda, las almohadas para la reina e infantes. Para las damas se extendían alfombras, algo separadas de los lugares de los reyes. Detrás de los asientos de los reyes, se instalaban bancos cubiertos por tapices para Grandes, consejeros de estado (...).”<sup>286</sup>

Los segundos, menos lúdicos, nos remiten a deberes de representación más específicos. Tales eran las comidas públicas o la concesión de audiencias. En este sentido, al igual que el soberano, la reina comía en público asistida por sus damas y los miembros de su servicio, conforme a un ritual que asignaba a cada uno un papel específico en una ceremonia que contribuía a exaltar la majestad de la consorte real. De la misma manera, las audiencias concedidas por la soberana a sus súbditos o a embajadores extranjeros constituyeron una práctica, ritualizada, que se desarrolló desde los tiempos de Isabel la Católica. De nuevo acompañada por los miembros de su Casa y vestida lujosamente (con el fin de poner de relieve su belleza simbólica), la soberana recibía a peticionarios e integrantes del cuerpo diplomático en Madrid. Normalmente lo hacía apoyada sobre un bufete, si la audiencia era de un carácter más

<sup>285</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “La figura de la reina en la nueva Monarquía borbónica”, en PEREIRA, J.L. (coord.): *Felipe V de Borbón (1700-1746...*, pp. 271-318.

<sup>286</sup> RODRÍGUEZ VILLA, A.: *Etiquetas de la Casa de Austria*. Madrid, 1913, p. 121.

informal, o sentada sobre el trono ubicado en un estrado, en caso contrario. Aquel que tenía el honor de ser acogido por la soberana no podía dirigirle la palabra hasta que esta lo hiciera, entregándole a continuación bien su petición, bien sus credenciales. Tras una plática cuya duración no estaba establecida, daba por concluido el encuentro.<sup>287</sup>

Por último, como no podía ser de otra manera tratándose de una Reina Católica, la soberana tomaba parte en algunas de las fiestas del calendario litúrgico de la corte. En ciertas de ellas tenía un papel secundario, como en la procesión del Corpus, en la que no participaba pero que en ocasiones presenciaba desde el Alcázar.<sup>288</sup> En otras poseía más visibilidad: los actos públicos vinculados a la Virgen de Atocha o a la de la Almudena (de la que Isabel de Borbón era muy devota). Centrándonos en la primera, es de notar que el culto a Nuestra Señora de Atocha gozó de una notable difusión entre las soberanas españolas, hasta el punto de que tras el anuncio de cada embarazo o parto la reina acudía en procesión de acción de gracias a la Iglesia en que se encontraba depositada la imagen de la Virgen.<sup>289</sup> Además, y en continuidad con una costumbre desarrollada por sus antecesoras, las sucesivas soberanas españolas dedicaban buena parte de sus respectivas jornadas a la visita de Iglesias, conventos e instituciones benéficas madrileñas, a cuyo sustento contribuían también económicamente. Algunos, como los conventos de las Descalzas, la Encarnación o la Iglesia de San Gil, eran de fundación real y se hallaban muy próximos al Alcázar. La reina acudía a ellos de manera pública, acompañada de sus damas y servicio, a orar ante las reliquias que albergaban, asistir a ciertas festividades religiosas o en cumplimiento con los mandatos propios de la Semana Santa. Semejante conducta repercutía sobre la faceta pía, devota y misericordiosa del arquetipo que representaba. Asimismo, en conjunción con las audiencias, ahondaba en su consideración de intermediaria entre el monarca y sus súbditos. Como indica López-Cordón, este papel, que se daba también en el ámbito cortesano, tenía una doble lectura. Por un lado remitía de nuevo a la

---

<sup>287</sup> VALGOMA Y DÍAZ VARELA, D.: *Norma y ceremonia de las reinas de la Casa de Austria*. Discurso de entrada en la R.A.H. Madrid, 1958.

<sup>288</sup> “En la ventana principal de Palacio estava la Reyna [Isabel de Borbón] e Infanta [María], y el Cardenal Infante, el qual no fue en la Procession (...).” *Fiestas del Corpus de Madrid a las quales assistió la Catholica Magestad del Rey don Felipe IIII nuestro Señor, y los Señores Infantes, y el Príncipe Carlos de Inglaterra...* Sevilla, 1623, recogida en SIMÓN DÍAZ, J. (ed.): *Relaciones de actos públicos celebrados en Madrid (1541-1650)*. Madrid, 1982, p. 214.

<sup>289</sup> Sobre la relación entre la corona y los cultos locales madrileños, entre los que destacaba Nuestra Señora de Atocha, véase, RÍO BARREDO, M. J.: *Madrid, Urbs Regia...*, en especial el capítulo V.

complementariedad de la imagen de la pareja real: si el rey era concebido en la tratadística política como el padre de sus súbditos, el pastor de su pueblo, la reina era presentada como la “madre amantísima” de sus vasallos, una figura a través de la que solicitar y obtener gracias y mercedes. Por el otro, la caridad o la mediación podían constituir funciones que el ejercicio del gobierno o el deber de justicia impedían que el monarca realizase, por lo que resultaban más afines con el perfil amable, femenino, de la reina consorte.<sup>290</sup>

#### *-La reina y la diplomacia.*

La diplomacia era uno de los ámbitos en los que la reina disfrutaba de una mayor capacidad de maniobra. En el caso de las reinas regentes, su actividad al frente del gobierno durante la minoridad de sus hijos les llevaba a desarrollar una política exterior concreta, en ocasiones paralela a la que habían mantenido sus maridos, otras veces diametralmente opuesta.<sup>291</sup> En calidad de regentes, desplegaban sus propias estrategias diplomáticas, firmaban y promovían acuerdos y alianzas con otras potencias y declaraban la guerra o sancionaban la paz. Su intervención en el devenir de las relaciones internacionales era entonces formal y legítima, puesto que gozaban del poder por delegación hasta la mayoría de edad del monarca reinante.

En lo que concernía a las reinas consortes, su participación en el ámbito diplomático podía ser igual de activa, si bien siempre se daba desde una perspectiva informal. Varios eran los factores que condicionaban su actuación en este campo. A saber: la permisividad del monarca ante la misma; el contexto que imperaba en sus cortes de adopción o el propio interés de la soberana por implicarse en la política exterior del estado. La cercanía al rey de que disfrutaban o el afecto que este les profesaba, incrementaban el poder informal de la reina y, dentro de este, se encontraba su posible influjo sobre las relaciones diplomáticas de la corona. Este hecho no escapaba a los embajadores extranjeros. A través de las audiencias oficiales, institucionalizadas en el ceremonial, o privadas, los diplomáticos acreditados en la

---

<sup>290</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “La construcción de una Reina...”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel...*, pp. 315-316.

<sup>291</sup> La diplomacia de Mariana de Austria como regente durante la minoría de Carlos II ha sido analizada en OLIVÁN, L.: *Mariana de Austria en la encrucijada política del siglo XVII*. Tesis doctoral inédita. Madrid, 2006, en especial capítulos IV y V; también, SÁNCHEZ BELÉN, J. A.: “Las relaciones internacionales de la Monarquía Hispánica durante la regencia de doña Mariana de Austria”, en *Studia Historica. Historia Moderna*, 20 (1999), pp. 137-172. Caso especialmente interesante, por el viraje diplomático que experimentó Francia durante su gobierno, fue la regencia de María de Médicis. DUBOST, J. F.: *Marie de Médicis. La reine dévoilée*. París, 2009, pp. 389-409.

corte con frecuencia buscaban ganarse el favor de la consorte. Para ello recurrían a todo tipo de estrategias: la alabanza, el regalo, la organización de festejos en su honor..., eran mecanismos propios de la diplomacia informal susceptibles de favorecer la inclinación de la soberana hacia una determinada potencia y, a través de ella, influir en la opinión del monarca respecto a un tratado o alianza.<sup>292</sup>

Si bien es cierto que la injerencia de la esposa del rey en la diplomacia era a menudo censurada, esta puede ser vista también como un elemento consustancial a sus funciones como consorte. Según subraya Bénédicte Lecarpentier, la complementariedad que se observa en los roles de la pareja reinante puede extrapolarse igualmente al análisis de la acción de la reina sobre el ámbito diplomático. Si el monarca era presentado por la tratadística política y la propaganda como un hombre de acción, un rey guerrero que defendía en el panorama europeo los intereses de la dinastía a la que pertenecía, la imagen de su esposa se revestía de los atributos de la paz. Encargada, en palabras de Lecarpentier, de las “relaciones públicas” de la corona, la soberana mantenía correspondencia con otros príncipes y soberanos extranjeros. Su intercambio epistolar, público, altamente estereotipado, compuesto por mensajes de cortesía y felicitaciones redactadas por secretarios, cuyo lenguaje formal excluía toda muestra de afecto, de soberana a soberano, contribuía a la fluidez de las relaciones entre potencias en tiempos de paz.<sup>293</sup> En ciertos casos, el aprendizaje de las princesas en estos menesteres comenzaba cuando aún eran unas niñas. García Prieto ha documentado este proceso para las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, hijas de Felipe II. En efecto, a decir de esta autora, en 1576 ambas infantas intercambiaron sendas misivas con Ana y Leonor de Médicis, hijas del entonces duque de Florencia Francisco I. Junto a las cartas, las princesas florentinas enviaron también a Madrid un regalo floral. Semejante intercambio de epístolas y presentes podría ser visto como una muestra de cortesía más entre los miembros de sendas familias principescas estrechamente emparentadas. Sin embargo, el contexto político en el que se produjo invita a una mayor reflexión. A la sazón, Francisco I trataba de recabar el apoyo de Felipe II a sus pretensiones al título de gran duque de Toscana. Por tanto, la acción de las princesas Médicis y de las infantas no sería anecdótica. Por un lado,

---

<sup>292</sup> Tal fue la forma de proceder que empleó con Mariana de Neoburgo, aunque sin resultados evidentes, el marqués de Harcourt después de su designación como embajador de Luis XIV en Madrid en 1698. RIBOT, L.: *Orígenes políticos del testamento de Carlos II...*, pp. 85-86.

<sup>293</sup> LECARPENTIER, B.: “La reine diplomate: Marie de Médicis et les cours italiennes”, en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir...*, pp. 182-192, en concreto, p. 184.

denotaría su instrumentalización por parte del cabeza de la dinastía con vistas a la obtención de un beneficio político o diplomático concreto. Por el otro, evidenciaría su iniciación en una función, en unas formas de sociabilización epistolar en las que, una vez casadas, podrían participar asiduamente.<sup>294</sup>

La potencialidad que revestían las princesas en el ámbito diplomático derivaba también de las propias características de las uniones de la realeza. Nacidas en el seno de una Casa soberana, las reinas se convertían con frecuencia en garantes de la estabilidad y la buena marcha de los vínculos entre su dinastía de procedencia y aquella con la que entroncaban en razón de sus nupcias. Toda princesa casada en el extranjero debía, *a priori*, actuar en beneficio de su linaje de origen. Sus padres habían concertado su matrimonio con una intencionalidad determinada. Ya fuera la cimentación de un acuerdo diplomático o la consecución de un mayor protagonismo en el marco de las relaciones internacionales, la soberana estaba obligada a salvaguardar la alianza establecida a través de su matrimonio. Pero también, a defender los intereses de la dinastía de la que provenía, en ocasiones hasta anteponerlos a los de aquella a la que pertenecían su esposo e hijos. Como recogían las instrucciones secretas entregadas a María Luisa de Orleáns tras su enlace con Carlos II: “Vivid a vos y a vuestra Francia y mirad que en España no os aman.” De acuerdo con este documento, la reina siempre sería vista como una francesa en Madrid y, por tanto, solo en su patria nativa podría encontrar apoyo y confianza. En consecuencia, debía procurarse el afecto de su consorte para, por este medio, intervenir en la política interior y exterior españolas en beneficio de Francia.<sup>295</sup> Instrucciones similares enviaba Catalina de Médicis a su hija Isabel, casada con Felipe II. La soberana no debía escatimar en esfuerzos para mantenerse hermosa y agradar a su esposo. Los efectos que su atractivo físico podían tener sobre el rey se traducirían en ascendiente político susceptible de determinar la orientación diplomática de la Monarquía Hispánica. Aunque Isabel de Valois fracasó en el cometido que su progenitora le encomendó (no hay más que examinar el resultado de la entrevista de Bayona en 1565), ello no impidió que fuera vista, en Madrid y París,

---

<sup>294</sup> GARCÍA PRIETO, E.: *La infanta Isabel Clara Eugenia...*, pp. 154-157.

<sup>295</sup> SÁNCHEZ GONZÁLEZ, R.: “Consejos a una reina. Instrucciones de la diplomacia francesa a María Luisa de Orleáns, primera esposa de Carlos II”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel...*, pp. 575-584, la cita en la página 584.

como el símbolo de la frágil alianza francoespañola establecida tras la firma de la Paz de Cateau-Cambrésis (1559).<sup>296</sup>

La instrumentalización diplomática de las princesas no era una estrategia privativa de la corona francesa. También se daba entre los soberanos de la Casa de Austria.<sup>297</sup> Así, Margarita de Austria, reina que ha pasado a la historia por su devoción y desapego hacia los asuntos políticos, constituyó una pieza fundamental en el mantenimiento de unas fluidas relaciones entre las dos ramas de la dinastía. A lo largo de su matrimonio con Felipe III la soberana trabajó activamente, y con éxito, para recabar el apoyo financiero de la corona española a las iniciativas en Centroeuropa de su hermano, Fernando de Estiria, futuro emperador Fernando II.<sup>298</sup> Y algo similar observamos en el caso de Mariana de Neoburgo. Elegida como segunda esposa de Carlos II a causa de su parentesco con Leopoldo I, del que era cuñada, la corte vienesa esperaba obtener de su matrimonio importantes réditos diplomáticos. Puesto que debía la corona en buena medida a la intercesión del emperador, la nueva soberana había de promover los intereses imperiales en Madrid. Sus esfuerzos debían concentrarse en tres puntos concretos: la colaboración económica y militar de ambas cortes durante la Guerra de los Nueve Años; la neutralización de la actividad de la embajada francesa tras la firma de Paz de Ryswick y, lo que era más importante, la designación del heredero de Carlos II. Sin entrar a valorar el carácter de Mariana de Neoburgo, su fracaso en los cometidos que desde Viena le asignaron fue palmario sobre todo en los últimos años del reinado del monarca. La actitud irresoluta de la reina en la cuestión sucesoria, así como sus malas relaciones con los sucesivos embajadores imperiales, influyeron en el desprestigio de la imagen del emperador en la corte madrileña. En un momento dado, las pretensiones de Viena llegaron a exasperarla, como manifiestan las palabras que dirigió al conde Aloys de Harrach: “No soy esclava del emperador”.<sup>299</sup>

A nuestro juicio, esta frase simbolizaría el difícil equilibrio que las mujeres de la realeza debieron mantener entre las exigencias de sus cortes de origen y la coyuntura

---

<sup>296</sup> ÉDOUARD, S.: *Le corps d'une reine: histoire singulière d'Elisabeth de Valois, 1546-1568*. Rennes, 2009, en concreto los capítulos 4 y 5.

<sup>297</sup> HUGON, A.: «Mariages d'État et sentiments familiaux chez les Habsbourg d'Espagne», en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir...*, pp. 80-99.

<sup>298</sup> SANCHEZ, M. S.: *The Empress, the Queen and the Nun: Women and Power at the Court of Philip III of Spain*. Baltimore y Londres, 1998, en especial el capítulo 5; también, *id.*: “Pious and Political Images...” en SANCHEZ, M. S. y SAINT-SAËNS, A. (eds.): *Spanish Women...*, pp. 91-107.

<sup>299</sup> LÓPEZ ANGUITA, J. A.: “Madrid y Viena ante la sucesión de Carlos II: Mariana de Neoburgo, los condes de Harrach y la crisis del partido alemán en la corte española (1696-1700)”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y GONZÁLEZ CUERVA, R. (coords.): *La Dinastía de los Austrias...*, II, pp. 1111-1153.

que imperaba en aquéllas sobre las que reinaban. A través de la correspondencia privada o de las audiencias, no ya de las institucionales, previstas por el ceremonial, sino más bien de los encuentros secretos con los “embajadores de familia”, las princesas podían intervenir en la evolución de las relaciones diplomáticas entre potencias. En este aspecto concreto se hace patente la ambivalencia de la naturalización de la soberana en virtud de su matrimonio. Como hemos visto, la maternidad, junto a ciertas ceremonias y ritos de paso, tendía a matizar la extranjería de la regia consorte. Sus cortes de adopción les exigían lealtad, pero ello no impedía que desde su patria nativa se les reclamara otro tanto; como tampoco que se instrumentalizaran los lazos de afecto que les unían hacia sus respectivas parentelas. El recurso a lo emocional, que se observa al analizar la correspondencia privada de muchas estas mujeres con sus familias, podía devenir tanto una forma de coacción como una manera de justificar las iniciativas de la soberana en favor de los intereses de su dinastía de origen.<sup>300</sup> Desde estas perspectivas, si la naturaleza de los matrimonios de la realeza potenciaba la capacidad de la consorte para intervenir en la diplomacia, podía derivar en un conflicto de lealtades que, de hacerse público, perjudicaba sobremanera su reputación como reina. De ahí las frecuentes críticas vertidas sobre su actuación en este campo.

### **Poder formal e informal de la reina consorte:**

En calidad de consorte del rey, la reina era un elemento clave en la institución monárquica. Si bien se encontraba en una situación de supeditación e inferioridad, la diferencia en su estatus respecto al del monarca no implicaba que su figura careciera de una notable potencialidad. Como tampoco que llegado el caso pudiera constituir una parte integral en el ejercicio del poder real.<sup>301</sup> En virtud de su dignidad regia, de su consideración como esposa del rey y de madre de sus vástagos, la soberana ocupaba una posición de preeminencia en la corte y el estado. Con todo, dicha preeminencia no tenía por qué traducirse en poder o influencia ostensibles sobre tales espacios. Según ha mostrado Fanny Cosandey para el caso de las reinas francesas que sucedieron a María de Médicis y Ana de Austria, soberanas como María Teresa de Austria o María Leczinska fueron mujeres que ostentaron el título de consorte, disfrutaron de las prerrogativas derivadas del mismo y afrontaron sus deberes y constricciones. Sin

---

<sup>300</sup> SÁNCHEZ, M. S.: *The Empress, the Queen...*, p. 133.

<sup>301</sup> EARENIGHT, T.: *Queenship and Political Power...*, p. XVII.; FRAISE, G.: «Quand gouverner n'est pas représenter», en VIENNOT, E. (dir.): *La démocratie à la française' ou les femmes indésirables*. París, 1995, pp. 37-49, en concreto, p. 42.

embargo, ambas carecieron de un influjo tangible sobre sus esposos, la corte o la administración. Así, institucionalmente no se diferenciaron de sus más inmediatas antecesoras, pero al contrario que ciertas de ellas fueron ante todo esposas y madres y no agentes de acción política o cultural.<sup>302</sup>

Desde estas perspectivas, la primera observación que debemos hacer a la hora de definir el poder de la reina reside en esta distinción: la preeminencia que la soberana goza en el estado nace de su dignidad real, que la sitúa jerárquicamente por encima de sus súbditos y de la que deriva una cierta autoridad que es unánimemente reconocida y respetada. Con todo, esta no debe confundirse con ascendiente, que no está determinado por el rango o la jerarquía sino por otro tipo de condicionantes a los que aludiremos a continuación.

De la misma manera, podemos ser más concretos a la hora de analizar las características de la relación entre la reina consorte y el poder. Como la historiografía ha puesto de relieve en los últimos años, la *potestas* de las soberanas del Antiguo Régimen no ha de ser entendida como una manifestación uniforme. De acuerdo con Campbell-Orr, la reina podía ejercer el poder de manera formal o informal.<sup>303</sup> En el primer caso lo hacía tras su designación como regente o gobernadora en ausencia de su esposo, periodos en los que se hacía cargo del gobierno y destinos de la Monarquía de forma oficial. En cuanto al segundo caso, la vertiente informal de tal poder, revestía una mayor complejidad puesto que su materialización estaba supeditada al cumplimiento de toda una serie de factores. De entrada, el peso de las instituciones, la ideología y la coyuntura reinante en su corte de adopción, que podían estimular el ascendiente de la soberana, coartarlo o circunscribirlo hacia espacios concretos (domesticidad, patronazgo religioso, etc.). También, las características del capital dinástico, político y cultural de la reina, susceptibles de garantizarle toda una serie de apoyos (reales o simbólicos) capaces de favorecer su intervención sobre diferentes ámbitos. Y, en último término, la propia personalidad e intereses de la mujer que se ocultaba tras el personaje institucional, así como su habilidad para sacar partido de la potencialidad derivada de su condición de consorte del rey; es decir, su capacidad para transformar un matrimonio realizado por razón de Estado en un verdadero vínculo emocional, presidido si no por el amor, al menos por el afecto, el respeto mutuo y la camaradería. En este sentido, la influencia que una soberana podía llegar a ejercer

---

<sup>302</sup> COSANDEY, F.: *La reine...*, pp. 371 y ss.

<sup>303</sup> CAMPBELL-ORR, C.: "Introduction", en CAMPBELL-ORR, C. (ed.): *Queenship...*, pp. 7-12.



dependía en buena medida de lo emocional, de la naturaleza de los vínculos que la unieran a su esposo y de la permisividad del rey ante su influjo. Es cierto que en ocasiones el cariño y la ternura del monarca no determinaban el ascendiente de su consorte sobre espacios que trascendieran lo doméstico (tal sucedió con Felipe II y Ana de Austria, por ejemplo). Sin embargo, como ya hemos visto para algunos casos concretos, agradar al esposo, ganarse su afecto, reforzaban la posición de una princesa en la corte de adopción y, en función del carácter del rey, podían contribuir a incrementar su influencia tangible.<sup>304</sup>

Un ascendiente, en otro orden de cosas, que no tenía por qué estar enfocado en exclusiva al ámbito político o cortesano. Evidentemente, por su condición de esposa del soberano la reina podía devenir un sujeto muy activo en espacios como la corte, el gobierno, la administración o la diplomacia. Integrarse en las redes de poder vertebradas en el seno de la corte, favorecer la carrera de ministros y burócratas o incitar al monarca a desarrollar una línea política y diplomática concreta, son actuaciones que se reproducen con frecuencia en la biografía de algunas reinas consortes. Sin embargo, también hubo soberanas que, pese a mantener un bajo perfil político, gozaron por el contrario de una notable proyección en ámbitos como la cultura o la religiosidad, todo ello en función de las circunstancias, su personalidad, gustos y aficiones. De nuevo, la dignidad regia de estas mujeres, unida a su preeminente posición, las convirtieron a través del mecenazgo y el patronazgo en artífices de modas y costumbres, patronas de las artes y las letras o protectoras de determinadas órdenes religiosas. La influencia de una soberana consorte, por tanto, cristalizaba en una amplia variedad de manifestaciones, cada una de las cuales no eran excluyentes unas de las otras; a menudo estaban relacionadas entre sí pero tampoco tenían por qué darse simultáneamente bajo el impulso de la misma persona.

No obstante, independientemente de que el poder de la reina se diera desde una perspectiva formal o informal, debemos tener en cuenta que la soberana, aunque reina,

---

<sup>304</sup> CAMPBELL-ORR, C.: "Introduction", en CAMPBELL-ORR, C. (ed.): *Queenship...*, pp. 9-10; EARENIGHT, T.: *Queenship and Political Power...*, p. XVII; POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K.: «Des vies inscrites...», en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir...*, pp. 41-42. Las características del poder formal e informal de la reina han sido analizadas también en las introducciones de las biografías más recientes de algunas soberanas. Citaremos dos en concreto que, aunque centradas en el siglo XV, resultan interesantes puesto que nos permiten detectar que apenas se observan diferencias respecto a la naturaleza de los poderes de la reina entre el Bajo Medievo y la Edad Moderna. MAURER, H. E.: *Margaret of Anjou. Queenship and Power in Late Medieval England*. Woodbridge, 2003, pp. 1-13; SILLERAS-FERNÁNDEZ, N.: *Power, Piety and Patronage in Late Medieval Queenship. María de Luna*. Nueva York, 2008, pp. 1 y 7.

era también mujer. En consecuencia, las expresiones de su influencia tangible estaban sometidas a los criterios que condicionaban el ejercicio del poder femenino durante el Antiguo Régimen; máxime cuando este se focalizaba sobre espacios considerados como privativos de la elite masculina: la política, la diplomacia o el patronazgo cortesano. Así, al hilo de lo que teóricamente podía ser entendido como una contradicción -en razón del papel que la ideología patriarcal asignaba al conocido como “sexo débil”-, la antropología histórica, la historia de género, la historia social o la nueva historia política, se han interesado por la naturaleza y características de la influencia de la mujer sobre el gobierno y la corte a lo largo del periodo moderno. Esta labor conjunta ha contribuido a acotar aún más la definición de poder femenino, así como el contexto y las circunstancias bajo las que este se desarrollaba. En este sentido, Ignacio Atienza puso de relieve la doble articulación que presidía la situación social de las aristócratas de los siglos XVI y XVII, llamando la atención sobre la diferencia existente entre su papel oficial y su papel oficioso. En palabras de este autor, la pertenencia de estas mujeres a la clase dominante les proporcionaba una serie privilegios legales vinculados con su origen de nacimiento. Unas prerrogativas que iban unidas al ejercicio de un cierto poder, innegable sobre aquellos jerárquicamente inferiores a ellas pero variable en función de las circunstancias y oficioso, por tanto, en relación a aquellos que pertenecían a su mismo estamento: padres, esposos o hermanos, a los que teóricamente estaban sometidas.<sup>305</sup> Por su parte, Haase Dubosc apeló a la normalidad a la hora de abordar la existencia de mujeres que disfrutaron de altas cotas de poder. Una normalidad que no entraba en contradicción con las estructuras políticas, sociales e ideológicas del periodo moderno. Para esta autora, el Antiguo Régimen habría sido una etapa de contradicciones, rupturas y transgresiones con lo establecido oficialmente en las instituciones, la ideología y los códigos jurídicos y civiles; un periodo que habría funcionado sobre la excepción y la diferencia, habituales y aceptadas como tales. Desde estas perspectivas, el poder de la mujer, de la reina, excepcional de acuerdo a los postulados de la ideología patriarcal, sería visto hasta cierto punto como algo normal en función bien del contexto y las necesidades del momento, bien de las ambiciones e intereses de determinados individuos. Sin embargo, su ejercicio no estaba sometido a

---

<sup>305</sup> ATIENZA, I.: “Las mujeres nobles: clase dominante, grupo dominado. Familia y orden social en el Antiguo Régimen”, en GARCÍA-NIETO PARIS, M. C. (dir.): *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX. Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Madrid, 1986, pp. 149-169, en concreto, pp. 165-166.

una normativa estricta, sino que se caracterizaba por la coyuntura y la permisividad.<sup>306</sup> De ahí que el planteamiento de Dubosc deba complementarse con el de la historiadora feminista Michelle Coquillat, según la cual podía detectarse la existencia de dos poderes en las sociedades del periodo moderno: uno real, solitario y simbólico, que se asentaba sobre los principios de lo social (masculino); el otro socialmente inexistente en sentido estricto, errático, afectivo, sin reglas, ilógico, sexualizado y penalizable (femenino).<sup>307</sup> Aceptado, censurado y penalizado en función de la coyuntura, lo que explica en buena medida no solo los frecuentes ataques misóginos a los que las regentes del siglo XVII se vieron sometidas; sino también las críticas vertidas desde algunos sectores de la corte contra las reinas consortes que, transgrediendo los límites de la domesticidad ligada al arquetipo, influyeron sobre sus maridos e intervinieron activamente en el ámbito político. En definitiva, los principios de la ideología patriarcal podían llegar a ser difusos, a matizarse en situaciones de excepcionalidad, pero siempre se mantenían vigentes en cierto modo, siendo un recurso retórico que, llegado el caso, se empleaba con el fin de censurar o luchar contra el ejercicio femenino del poder.

---

<sup>306</sup> HAASE-DUBOSC, D.: «De la nature des femmes et de sa compatibilité avec l'exercice du pouvoir au XVIII<sup>e</sup> siècle», en VIENNOT, E. (dir.): *La démocratie...*, pp. 111-137, en concreto, p. 118.

<sup>307</sup> COQUILLAT, M.: «Les femmes, le pouvoir et l'influence», en KRAKOVITCH, O.; SELLIER, G. y VIENNOT, E. (eds.): *Femmes de pouvoir: mythes et fantasmes*. París, 2001, pp. 17-75, en concreto, p. 26.

## II PARTE: LOS REYES

### **UNA PRINCESA DE SABOYA EN LA CORTE DE TURÍN.**

«Il m'a dit que la Princesse de Piémont n'estoit point belle, mais qu'on pouvoit espérer beaucoup de son bon naturel et de l'attention extreme qu'il donnoit à son education, plus encore qu'il n'avoit fait pour celle de Madame la duchesse de Bourgogne, parce que, a-t-il ajoûté, les pères, cessans d'estre jeunes, s'appliquent davantage aux soins de leurs familles (...).»<sup>308</sup>

«(...) Je me souviens au même tems d'un mot que Mad[am]e la Duchesse Royale m'a dit en parlant de ses deux filles, qu'elles estoient taillés par merveille pour le pays où elles estoient: l'un pour se meser de tout, l'autre pour ne se mesler de rien (...).»<sup>309</sup>

En su biografía sobre la soberana, Lucien Perey describió la educación de las princesas María Adelaida y María Luisa como «exceptionnellement soignée et bien rare à cette époque chez des enfants appartenant à un rang si élevé (...).»<sup>310</sup> Sin ninguna prueba documental que sostuviese su aseveración, Perey -seudónimo de Luce Herpin- parecía dotar a la instrucción de las hijas de Víctor Amadeo II de una erudición que, a día de hoy, no podemos constatar a través de las fuentes. En este sentido, trazar una visión de conjunto acerca de la infancia y formación de la futura reina de España resulta complicado. En primer lugar, debemos afrontar la carencia de documentación de peso referida a la niñez de María Luisa. Los relativos pocos años que la princesa pasó en Turín, apenas han dejado su reflejo en algunas fuentes heterogéneas ubicadas en el Archivio di Stato o la Biblioteca Reale. En segundo lugar, carecemos de un programa que describa de manera pormenorizada la formación (intelectual y cortesana) que las princesas saboyanas pudieron recibir en la década de 1690; una carencia que ha llevado a los historiadores bien a aventurar afirmaciones como las de Perey, bien a soslayar en sus estudios este periodo de la vida de la soberana.<sup>311</sup> Por último, debemos subrayar la escasez de obras que aborden, de manera general o más específica, algunos de los elementos que daban cuerpo a la instrucción de las mujeres de las familias reales durante

---

<sup>308</sup> Víctor Amadeo II a Phélypeaux, sobre su hija María Luisa. Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 16 de enero de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fols. 40r.-v.

<sup>309</sup> Conde de Tessé a la princesa de los Ursinos. Génova, 24 de septiembre de 1708. B.N.F., N.A.F., 20273, fol. 47v.

<sup>310</sup> PEREY, L.: *Une reine de douze ans...*, p. 7.

<sup>311</sup> El otro biógrafo más destacado de María Luisa, Frederigo Sclopis, pasa por alto los años que la reina pasó en la corte de Turín y comienza su relato con el matrimonio real. SCLOPIS, F.: *Marie-Louise-Gabrielle de Savoie, reine d'Espagne. Étude historique*. Chambéry, 1862.

el Antiguo Régimen. Frente al predominio de estudios centrados en la educación de los príncipes, herederos o no, la formación de las princesas no ha recibido sino en los últimos años una cierta atención por parte de la historiografía.<sup>312</sup> Esta ha puesto el acento no tanto en las características de su infancia en sí misma, como en los saberes y valores sobre los que se asentaba la instrucción de las regias niñas. Una formación que, intelectualmente, se asemejaba bastante a la que recibían las muchachas de la élite; que no perdía de vista ni su naturaleza femenina ni su futura condición de esposas y madres<sup>313</sup> y, en definitiva, que aunque las formaba para el desempeño de muchos de los deberes que habrían de asumir como posibles consortes de un soberano, no solía prepararlas para el hipotético ejercicio del poder al que muchas de ellas podían estar llamadas como consecuencia de una minoridad o la ausencia e incapacitación del monarca.<sup>314</sup>

---

<sup>312</sup> Citaremos a continuación algunos trabajos de entre la amplia bibliografía existente al respecto: GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, J. L.: *El aprendizaje cortesano de Felipe II*. Madrid, 1998; MARTÍNEZ-HERNÁNDEZ, S. y PÉREZ DE TUDELA, A.: “La educación de Felipe III”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y VISCEGLIA, M. A. (dirs.): *La Monarquía de Felipe III. Vol. III: la Corte*. Madrid, 2008, pp. 83-145; BOUZA, F.: “La herencia portuguesa de Baltasar Carlos de Austria. El Directorio de fray António Brandão para la educación del heredero de la Monarquía Católica”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, 9 (1988), pp. 47-61; HOFFMAN, M. K.: *Raised to rule. Educating Royalty at the Court of the Spanish Habsburgs, 1601-1634*. Louisiana, 2011; FRANGANILLO ÁLVAREZ, A.: “The education of an heir to the throne: Isabel of Borbon and her influence on Prince Baltasar Carlos”, en COODLIGE, G. (ed.): *The Formation of the Child in Early Modern Spain*. Ashgate, 2014, pp. 143-163. Para un estudio transversal de la educación de Carlos II a través de la evolución del teatro palaciego durante su reinado, véase, SANZ AYÁN, C.: *Pedagogía de reyes: El teatro palaciego en el reinado de Carlos II*. Discurso de entrada en la R.A.H. Madrid, 2006. Con respecto a la formación de los príncipes franceses entre los siglos XVII y XVIII, podemos destacar la aportación de MORMICHE, P.: *Devenir prince. L'école du pouvoir en France XVIIe-XVIIIe siècle*. París, 2009.

<sup>313</sup> Véase al respecto la síntesis que Rosa Capel realizó sobre la evolución de la educación femenina (significación, saberes y centros de enseñanza) entre los siglos XVI y XVIII. CAPEL MARTÍNEZ, R.: “Mujer y educación en el Antiguo Régimen”, en *Historia de la educación: revista interuniversitaria*, 26 (2007), pp. 85-110; también, FRANCO RUBIO, G.: “El Tratado de la educación de las hijas, de Fénelon, y la difusión del modelo de mujer doméstica en la España del siglo XVIII”, en ALVAR EZQUERRA, A. (ed.): *Las Enciclopedias en España antes de L'Encyclopédie*. Madrid, 2009, pp. 479-500.

<sup>314</sup> Véanse por ejemplo: ALVAR, A.: “La educación de Isabel la Católica”, en *Torre de los Lujanes*, 48 (2002), pp. 221-238; MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, S.: “‘Reyna esclarecida, Cynthia clara, hermosa luna’: el aprendizaje político y cortesano de la infanta Isabel Clara Eugenia”, en VAN WYHE, C. (dir.): *Isabel Clara Eugenia. Soberanía femenina en las Cortes de Madrid y Bruselas*. Madrid, 2011, pp. 21-59; OLIVÁN SANTALIESTRA, L.: “‘My sister is growing up very healthy and beautiful, she loves me’: The Childhood of the Infantas María Teresa and Margarita María at Court”, en COODLIGE, G. (ed.): *The Formation...*, pp. 165-187; BERTINI, G.: “La formación cultural y la educación artística de Isabel de Farnesio en la corte de Parma”, en MORÁN TURINA, M. (dir.): *El arte en la corte de Felipe V*. Cat., exp. Madrid, 2002, pp. 417-436. De manera más general, algunos de estos aspectos de la educación de las princesas son abordados por Anne-Hélène Alliot en una tesis centrada en el periodo medieval: *Filiae regis Francorum: les princesses des fleurs de lys et la mémoire de la famille royale (fin XIIIe-fin XIVe siècles)*; véase también para la misma etapa, LEQUAIN, E.: «Le bon usage du corps dans l'éducation des princesses à la fin du Moyen Âge», en LANOË, C., DA VINHA, M. y LAURIOUX, B. (dirs.): *Cultures de cour, cultures du corps. XIVe-XVIIIe siècle*, París, 2011, pp.115-125.

En el marco de la recuperación historiográfica a la que venimos refiriéndonos, recientemente ha aparecido una tesis que aborda la formación de Isabel Clara Eugenia de Austria como infanta de España.<sup>315</sup> Ante la evidencia de “un programa educativo del que no tenemos referencia como un sistema programado y preestablecido”<sup>316</sup>, su autora propone una aproximación a la instrucción de la infanta a través del análisis de periodos de la vida y aspectos concretos como la infancia (juegos y diversiones), la formación intelectual (lectura y escritura), las prácticas devocionales, el aprendizaje del “oficio principesco” y el ejercicio del patronazgo; puntos de referencia todos ellos que nos permiten conocer cómo fue el desarrollo de Isabel Clara Eugenia en la corte madrileña antes de su marcha a Bruselas.<sup>317</sup>

El planteamiento de García Prieto nos parece el más adecuado a la hora de acometer el análisis de los años que median entre el nacimiento de una princesa y su matrimonio; sobre todo si tomamos en consideración que, en su estudio, la autora se enfrenta a la misma carencia de fuentes que posibiliten una reconstrucción exhaustiva del aprendizaje intelectual, moral y cortesano que muchas de estas muchachas recibieron. En otro orden de cosas, entendemos que la educación de las princesas no iba dirigida, al menos en exclusiva, a dotarlas de una destacada erudición sino que como hemos dicho contemplaba también otros “saberes”, otras experiencias, a través de las cuales eran adiestradas en los deberes y obligaciones que deberían desempeñar una vez accediesen al estado matrimonial. Por ello, a lo largo de este capítulo focalizaremos nuestra atención no solo en las características de la instrucción intelectual de María Luisa, sino también en otros elementos (formación cortesana y proyección ceremonial en Turín, espacios y formas de sociabilización, vínculos familiares...) que nos permitirán esbozar una panorámica general de su juventud en la corte de Víctor Amadeo II. Asimismo, se incluirán también sendos epígrafes introductorios centrados tanto en la imagen y representación de la Casa de Saboya entre los linajes soberanos del Antiguo Régimen, como en la evolución de la posición del estado saboyano en el marco de la diplomacia europea a partir de la década de 1680. Variables ambas fundamentales para comprender los orígenes dinásticos de María Luisa, las diferentes perspectivas matrimoniales que se barajaron para ella y su definitivo enlace con Felipe V.

---

<sup>315</sup> GARCÍA PRIETO, E.: *La Infanta Isabel Clara Eugenia de Austria, la formación de una princesa europea y su entorno cortesano*. Madrid, 2012. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense.

<sup>316</sup> GARCÍA PRIETO, E.: *La infanta Isabel Clara Eugenia...*, p. 124.

<sup>317</sup> *Ibidem*, pp. 123-176.

## Linaje y Dinastía: la Casa de Saboya a mediados del siglo XVII

Durante el Antiguo Régimen la Casa de Saboya se definió y representó a sí misma como una dinastía alemana asentada en Italia en la primera mitad del siglo XI. La tradición historiográfica oficial del estado saboyano defendió que Humberto Biancamano, primer conde de Saboya a partir de 1032, descendía de la Casa de Wettin, que rigió el Sacro Imperio Romano Germánico entre los siglos X y XI.<sup>318</sup> El primero en hacerse eco de esta teoría fue el historiador Jean d'Orville, al que el duque Amadeo VIII encargó en torno a 1419 la *Chronique de Savoye*. En su obra, d'Orville planteó que Biancamano sería descendiente de Bertoldo, duque de Sajonia, hijo a su vez de Vitichindo, valeroso guerrero que defendió Italia contra Carlomagno. Aunque muy difundida desde la Edad Media, la tesis de los orígenes alemanes de la dinastía sería puesta en duda en los siglos XVI y XVII. En ese periodo fueron varios los intelectuales que cuestionaron la vinculación de Humberto Biancamano con los Wettin, que entendieron más como una construcción historiográfica que como una evidencia basada en hechos reales.<sup>319</sup> Sin embargo, por muy controvertidas que pudieran ser las raíces sajonas de la dinastía, la antigüedad del linaje saboyano estaba fuera de toda discusión. En una época en que buena parte de las casas reales europeas habían debido afrontar extinciones, sucesiones femeninas y transmisiones de la herencia a otras líneas sucesorias, los Saboya podían enorgullecerse de haber regido ininterrumpidamente sus territorios desde el siglo XI. Semejante continuidad dinástica, combinada con el recurso a los orígenes germánicos,

---

<sup>318</sup> MERLOTTI, A.: "I Savoia: una dinastia europea in Italia", en BARBERIS, W. (ed.): *I Savoia...*, pp. 87-133, en concreto, pp. 89-90. De Vitichindo, hijo de Wernicke, príncipe de los sajones, descenderían Bruno, duque de Sajonia y antepasado de los Otones, emperadores de Alemania, y Walperto, conde de Ringelheim (fallecido en torno al 856), cabeza de la rama de la Casa de Wettin de la que provendrían los reyes de Dinamarca, los duques de Saboya y Schleswig-Holstein y los marqueses de Monferrato. CHIUSOLE, A.: *La Genealogia delle Case più illustri di tutto il mondo*. Venecia, MDCCXLIII, p. 276.

<sup>319</sup> André du Chesne en su *Histoire des roys, ducs et comtes de Bourgogne et d'Arles* sostuvo que Humberto Biancamano era italiano, descendiente de Humberto, marqués de Toscana, hijo a su vez de Hugo, rey de Italia y duque de Provenza. Algo similar se aprecia en *El Discorsi sopra la Ragion di Stato* de Apollinare Calderini, quien defendería que los duques de Saboya, habida cuenta del tiempo que llevaban asentados en Piamonte, no podían ser considerados más que príncipes de la península itálica. Cit. por MERLOTTI, A.: "I Savoia...", en BARBERIS, W. (ed.): *I Savoia...*, p. 95. La tesis de los orígenes sajones de la dinastía fue abandonada en el siglo XIX, en pleno *Risorgimento*. Así, los historiadores oficiales del ducado pasaron a postular que Biancamano descendería no ya del germano Vitichindo, sino de Berengario II, margrave de Ivrea y rey de Italia. MERLOTTI, A.: "Casa Savoia e la storia: una questione politica", en *La Reggia di Venaria e i Savoia. Arti, magnificenza e storia di una corte europea*. Cat. Exp. Turín, 2007, pp. 333-339. También, CANALE, M. G.: *Historia del origen itálico de la Casa de Saboya hasta nuestros días*. S. l., 1872, vol. I.

constituyó para la Casa de Saboya un elemento que la diferenciaría de otras dinastías italianas más recientes como los Farnesio, los Este o los Médicis.<sup>320</sup>

Ciertamente, frente a muchas familias que se vieron obligadas a justificar su pasado mediante el recurso a antepasados míticos o divinos, los Saboya estaban en posesión de un árbol genealógico que exhibía conexiones con las principales familias de la realeza europea. Desde el Medievo, los duques habían desarrollado una brillante política matrimonial. La estratégica posición geográfica de sus estados, emplazados entre Francia, la Monarquía Hispánica y el Imperio, determinó las sucesivas uniones de los miembros de la dinastía con integrantes de las casas reales francesa, española y austriaca. Centrándonos en el periodo moderno, observamos cómo a partir del siglo XVI los duques de Saboya establecieron alianzas con descendientes directas de reyes y emperadores. Así, Filiberto II casó con Margarita de Austria, hija de Maximiliano I de Habsburgo; Carlos III con Beatriz, que lo era de Manuel I de Portugal; Manuel Filiberto I lo hizo con Margarita de Valois, hija de Francisco I de Francia, y Carlos Manuel I con la infanta española Catalina Micaela de Austria, segundogénita de Felipe II de España. Los matrimonios de Víctor Amadeo I y de su hermano Tomás con sendas princesas francesas, María Cristina de Francia y María de Borbón-Soissons, inauguraron un cambio en la orientación de la diplomacia ducal. Como señala Andrea Merlotti, la intención de Carlos Manuel I al promover las nupcias de sus hijos no había sido la de romper con toda vinculación matrimonial con la Casa de Austria.<sup>321</sup> No obstante, la evolución de la política interior y exterior del ducado a partir de la década de 1620 (Guerra de Sucesión de Mantua, regencia de María Cristina, guerra civil...) tuvo su reflejo en las alianzas matrimoniales que los duques de Saboya establecieron en la segunda mitad del siglo XVII. A partir de este periodo los soberanos saboyanos contrajeron matrimonios con princesas vinculadas exclusivamente a la Casa de Borbón. De este modo, Carlos Manuel II casó en primer lugar con una nieta de Enrique IV, Francisca de Orleáns, y fallecida esta apenas un año después, con María Juana de Nemours, perteneciente a una rama menor de la Casa de Saboya establecida en Francia y emparentada con los Borbones por vía ilegítima. En cuanto a Víctor Amadeo II, tras el fracaso de sus nupcias con una infanta portuguesa Luis XIV promovió su matrimonio con otra princesa de Orleáns, nieta de Luis XIII y Ana de Austria por vía paterna y de

---

<sup>320</sup> MERLOTTI, A.: "Politique dynastique et alliances matrimoniales de la Maison de Savoie au XVIII<sup>e</sup> siècle", en *XVIII<sup>e</sup> siècle*, n° 61-2 (abril-junio 2009), pp. 239-253, en concreto, p. 240.

<sup>321</sup> *Ibidem*, p. 246.



Carlos I de Inglaterra y Enriqueta de Francia a través de su madre, Enriqueta Estuardo.<sup>322</sup> Por tanto, a finales del siglo XVII la tendencia de los duques de Saboya a casar con princesas procedentes de las más esclarecidas dinastías europeas había adquirido las trazas de una tradición consolidada. Eso puede deducirse de las palabras del enviado español en Turín, duque de Giovenazzo, al informar a Madrid de las diferentes opciones matrimoniales de Víctor Amadeo II:

“Señor –escribió el duque a Carlos II– hallándose esta Casa en posesión de hacer casamientos grandes, la veo en fija determinación de no contentarse con mediocridad, viendo asentada aquí la máxima de que los mayores monarcas pueden realzar las Princesas con quien se casen, pero que los duques de Saboya deven mantener el lustre de su sucesión con parentescos muy soberanos, con que a pocas [princesas] viene a reducirse el discurso.”<sup>323</sup>

Desde estas perspectivas, si entendemos, como lo hace Antonio Terrasa por ejemplo, que el linaje constituyó entre los siglos XVI y XVII “un elemento indispensable de encuadramiento, identidad y apriorismo fundamental para el medro socioeconómico y político”<sup>324</sup>, no es raro que los duques de Saboya desplegaran una amplia política cultural destinada a difundir las glorias de sus ancestros y su parentesco con las diferentes dinastías europeas. Una pieza clave en el desarrollo de tal estrategia la constituyó la literatura genealógica, que priorizaba la exhibición y descripción de los antepasados, reales, imaginarios o míticos y en la que “más interesante que la propia narración es la forma en que esta es presentada, es decir, tanto importan los datos como la forma en que son manipulados”.<sup>325</sup> Ya se ha visto como desde el Medievo existió un notable interés por parte de los soberanos saboyanos por relatar la historia de la dinastía, una tendencia que se incrementó a partir del reinado de Manuel Filiberto I. Este último promovió la publicación de algunas obras cuyo principal objetivo sería reseñar la antigüedad del linaje ducal y su raigambre sajona.<sup>326</sup> En cuanto a su sucesor, Carlos Manuel I, continuó

---

<sup>322</sup> Sobre la política matrimonial desarrollada por los duques de Saboya entre los siglos XVI y XVII, véase, *Ibidem*, pp. 244-253.

<sup>323</sup> Duque de Giovenazzo, enviado español en Saboya, a Carlos II. Turín, 28 de febrero de 1677. A.G.S., E., leg. 3652.

<sup>324</sup> TERRASA LOZANO, A.: *La Casa de Silva y los duques de Pastrana*. Madrid, 2012, p. 51.

<sup>325</sup> *Ibidem*, p. 52. Para una síntesis de la importancia de la literatura genealógica en la conformación de la imagen ideal de las familias de la aristocracia, véase el capítulo I de la obra de Terrasa “Esa comunidad imaginada llamada la Casa de Silva”, pp. 45-66.

<sup>326</sup> Por ejemplo las obras del historiógrafo de la corte saboyana Filiberto Pingone di Cusy *Serenissimorum Sabaudiae Principum, Ducumque Statuae, rerumque gestarum imagines, cum inscriptionibus et epigrammatibus* (1572) e *Inchytorum Saxoniae, Sabaudiaeque Principum Arbor Gentilitia* (1581), en la que se incidía tanto en la historia oficial de la Casa de Saboya como en las alianzas matrimoniales de sus miembros. MERLOTTI, A.:

la senda trazada por su padre e impulsó la aparición de la *Savoysiade* (1606-1609), de mano de Honoré d'Urfé, que recogía las gestas de Bertoldo de Sajonia, y la *Amedeide*, de Gabriel Chiabrera, dedicada a las batallas en Oriente de Amadeo VI, que luchó contra los infieles en Gallípoli. Todo estos impresos se hacían eco no solo de los triunfos de la dinastía y del destino de los sucesivos duques, sino también de sus uniones y de las de sus descendientes, masculinos y femeninos, entre los que se contaban personajes que habían emparentado con los emperadores de Alemania y Bizancio, los reyes de Francia, Inglaterra, Castilla, Aragón, Sicilia, Chipre o los duques de Sajonia, Borgoña y Borbón. La “filia genealógica” de la Casa de Saboya, si se nos permite emplear una expresión acuñada por Terrasa<sup>327</sup>, continuó a lo largo del siglo XVII. En 1621 María Cristina de Francia encargó al jesuita Pierre Monod sus *Recherches historiques sur les alliances royales de France et Savoye*. Cuatro décadas después, bajo los auspicios de la misma duquesa, apareció la obra del historiógrafo Samuel Guichenon *Histoire généalogique de la Maison Royale de Savoie* y, en 1682, se publicó el *Theatrum Sabaudiae*, que incluía grabados y referencias alusivas a los territorios que daban cuerpo al estado saboyano. De nuevo, el elemento común en estos escritos era la incorporación de árboles genealógicos que subrayaban la continuidad de la dinastía y sus vínculos con otros príncipes europeos.<sup>328</sup>

La exteriorización de los parentescos de la Casa de Saboya no fue en ningún caso inocente<sup>329</sup>, sino que constituyó un mecanismo fundamental a través del que la diplomacia ducal buscó favorecer sus ambiciones en el marco de las relaciones internacionales.<sup>330</sup> A partir del siglo XVII, los vínculos de la dinastía con otros linajes

---

“Politique dynastique et alliances matrimoniales de la Maison de Savoie au XVIIe siècle”, en *XVIIe siècle*, n° 61-2 (abril-junio 2009), pp. 239-253.

<sup>327</sup> TERRASA LOZANO, A.: *La Casa de Silva...*, p. 51.

<sup>328</sup> Sobre el impulso otorgado por los sucesivos duques de Saboya a la literatura genealógica, consúltese MERLOTTI, A.: “I Savoia...”, en BARBERIS, W. (ed.): *I Savoia...*, pp. 96-100.

<sup>329</sup> La exteriorización de los parentescos de la Casa de Saboya con otros linajes europeos y su consideración como un instrumento a través del que sustentar las ambiciones de la dinastía en el ámbito diplomático no tuvo en la literatura y la historiografía su único soporte. Recientemente, Oresko, Symcox o Pollack, entre otros autores, han analizado la política cultural desarrollada por los sucesivos duques saboyanos tomando como punto de partida esta premisa, que cristalizó en los diferentes programas iconográficos que pueden admirarse en las construcciones levantadas en Turín a lo largo del siglo XVII o en los retratos de la familia ducal, entre otros soportes. Véanse al respecto los trabajos de ORESKO, R.: “The House of Savoy in search for a royal crown in the seventeenth century”, en ORESKO, R., GIBBS, G. C. y SCOTT, H. M. (ed.): *Royal and Republican Sovereignty in Early Modern Europe*. Cambridge, 1997, pp. 272-350, en concreto, pp. 302-345. SYMCOX, G.: “From commune to capital: the transformation of Turin, sixteenth to eighteenth centuries”, en ORESKO, R., GIBBS, G. C. y SCOTT, H. M.: *Royal and Republican...*, pp. 242-269 y POLLAK, M. D.: *Turin, 1564-1680*. Chicago, 1991.

<sup>330</sup> ORESKO, R.: “The House of Savoy...”, en ORESKO, R., GIBBS, G. C. y SCOTT, H. M. (ed.): *Royal and Republican...*, p. 302.

soberanos serían enarbolados por la corte de Turín con vistas a sustentar sus aspiraciones sobre territorios como Brabante, Milán, Monferrato o Chipre. En concreto en 1632, sobre la base de sus derechos sucesorios a la corona chipriota, Víctor Amadeo I reclamó para los Saboya el estatus de Casa real. Las reivindicaciones del duque tenían escasa significación en la práctica, habida cuenta que la isla se encontraba ocupada a la sazón por los otomanos, pero estaban cargadas de un gran simbolismo. Arrogarse la condición de rey titular de Chipre conllevaba el acceso a las prerrogativas derivadas del *trattamento reale*. Bajo este término abstracto subyacían dos importantes distinciones. Por un lado, la elevación del rango del duque y de sus sucesores, que pasarían a ser designados de “Alteza Serenísima” a “Alteza Real”. Por el otro, la concesión a los diplomáticos saboyanos de los honores dispensados a los embajadores de las testas coronadas ante las diferentes cortes extranjeras.<sup>331</sup> Las pretensiones de Saboya sobre Chipre fueron objeto de abierta oposición por parte de otras soberanías italianas, principalmente Venecia, que había dominado la isla hasta 1571, o los Médicis, cuyo interés por alcanzar el estatus regio fue también una constante por las mismas fechas. Con todo, la evolución de la coyuntura diplomática europea favoreció la satisfacción de las aspiraciones de la dinastía en este punto.<sup>332</sup> A partir de la segunda mitad del siglo XVII, la diplomacia ducal logró concertar importantes acuerdos con las potencias europeas que acarrearón el reconocimiento del *trattamento reale* a los duques saboyanos. En 1652 lo obtuvieron de Baviera; en 1666, de Portugal y entre 1690 y 1696, de las Provincias Unidas, Inglaterra, el Imperio, la Monarquía Hispánica y Francia.<sup>333</sup>

### **Política y diplomacia: el Estado Saboyano**

María Luisa Gabriela de Saboya nació con el rango de princesa de un estado menor, una potencia de segundo orden en Europa dominada por su diversidad territorial. A mediados de la década de 1680, lo que se conocía bajo el apelativo genérico de ducado de Saboya comprendía diversas regiones vinculadas únicamente por su fidelidad hacia un soberano común. La más importante de todas ellas era el Principado de Piamonte, al Norte de Italia, territorio rico, poblado y fértil al que se consideraba el corazón del estado saboyano y en el que se encontraba su capital, Turín. Junto a este destacaban el ducado

---

<sup>331</sup> *Ibidem*, pp. 273-274.

<sup>332</sup> Véase el siguiente epígrafe de este capítulo.

<sup>333</sup> ORESKO, R.: “The House of Savoy...”, en ORESKO, R., GIBBS, G. C. y SCOTT, H. M. (ed.): *Royal and Republican...*, pp. 288-299 y 334-335.

de Saboya propiamente dicho, una región mucho más pobre y reducida que la anterior; el ducado de Aosta, comarca aislada por valles y montañas que le garantizaban una cierta autonomía; el condado de Niza, orientado hacia el Mediterráneo, y el principado de Oneglia, pequeño enclave situado entre Génova y la costa Ligur.<sup>334</sup>

A despecho de su falta de uniformidad político-jurídica y de la pobreza de sus territorios montañosos y mal comunicados, el estado saboyano ocupaba una estratégica posición geográfica. Enclavado a modo de cuña entre Francia, los cantones suizos y el Milanésado español, Saboya era considerada como la “llave de Italia” por el control que ejercía sobre los pasos alpinos que comunicaban la península itálica con el territorio francés y los Países Bajos. Dicha condición definió en buena medida la evolución diplomática del ducado durante el Antiguo Régimen. Carentes de un ejército numeroso y bien equipado, los duques de Saboya practicaron una política exterior definida por la alternancia de alianzas con sus más poderosos vecinos: Francia y la Monarquía Hispánica.<sup>335</sup> Si durante la segunda mitad del siglo XVI y las primeras décadas del XVII la influencia española en la corte de Turín resultó determinante, entre 1630 y 1690 el estado saboyano quedó reducido a la condición de satélite de la corona francesa. Al viraje operado en esta situación contribuyeron una serie de factores. En primer lugar, el declinar de la Monarquía Hispánica, inmersa en sus propios problemas en las Provincias Unidas, Cataluña y Portugal, así como la recuperación operada por Francia a partir de 1650. Pero también, la inestabilidad del poder ducal durante las regencias de Carlos Manuel II y Víctor Amadeo II; el parentesco de las sucesivas duquesas saboyanas con la Casa de Borbón y, principalmente, la posesión por la corona francesa de las fortalezas de Pinerolo (1631) y Casale (1681), circunstancia que constituyó una continua amenaza sobre Turín y neutralizó la libertad del ducado en el ámbito de la diplomacia europea. Dependientes en buena medida del apoyo de Francia hacia sus respectivos gobiernos, las regentes María Cristina de Borbón y María Juana de Nemours se vieron obligadas a

---

<sup>334</sup> Sobre la configuración política y territorial del estado saboyano, véase SYMCOX, G.: *Victor Amadens II. Absolutism in the Saboyard State, 1675-1730*. Berkeley, Los Ángeles, 1983. En concreto los capítulos “The Regions of the Saboyard Sate”, pp. 18-53 y “The Institutions of Government”, pp. 54-66.

<sup>335</sup> Para una síntesis de la política exterior del ducado entre los siglos XVI y XVIII, véanse, BÉLY, L.: “La Savoie entre Bourbons et Habsbourgs”, en *La Savoie dans l'Europe. Actes du XXXVIII<sup>e</sup> Congrès des sociétés savantes de Savoie (Moûtiers, 9 et 10 septembre 2000)*. Moûtiers, 2002, pp. 225-236 y STORRS, C.: “La politica internazionale e gli equilibri continentali”, en BARBERIS, W.: *I Savoia. I secoli d'oro di una dinastia europea*. Turín, 2007, pp. 3-47.

acatar el control que París impuso en las relaciones exteriores de Saboya con otras potencias europeas, en particular, con la Monarquía Hispánica y el Imperio.<sup>336</sup>

Este estado de cosas se mantuvo hasta la mayoría de edad de Víctor Amadeo II (1684). En una reciente biografía, Andrea Merlotti se refirió al duque como el primer soberano saboyano que, desde la muerte de Carlos Manuel I en 1630, trató de emanciparse de la tutela de Francia.<sup>337</sup> En efecto, la actitud de Víctor Amadeo II se caracterizó desde el primer momento por el deseo de independencia respecto a la corona francesa. De entrada, privó de toda influencia política a su madre excluyéndola junto a sus partidarios de la toma de decisiones. Además, autorizó el regreso a Turín de algunos de los principales opositores al influjo francés sobre el gobierno saboyano, como los marqueses de Parella y Pianezza, exiliados a instancias de Luis XIV en 1682. Por último, comenzó a desarrollar una política más plural. Así, no solo expresó su intención de enviar un embajador extraordinario a Madrid, sino que también inició una serie de reuniones con personajes ligados a los intereses de la Casa de Austria como el príncipe Eugenio de Saboya, al servicio del emperador Leopoldo I; el abad Grimani, enviado imperial en Milán o el conde de Fuensalida, gobernador español del Milanésado.<sup>338</sup>

Con todo, no fue hasta 1690 cuando se produjo la ruptura entre el ducado y la corona francesa. La oposición de Inglaterra, las Provincias Unidas, el Imperio y la Monarquía Hispánica a la política expansionista practicada por Luis XIV desde 1688, favoreció los intereses ducales en el marco de las relaciones internacionales. Autores como Symcox o Storrs han puesto de relieve la capacidad de Víctor Amadeo II para sacar partido tanto de la posición geográfica de sus estados, como de las circunstancias que determinaron la coyuntura diplomática europea tras el estallido de la Guerra de los Nueve Años.<sup>339</sup> En este sentido, nuestro interés no estriba en describir los pormenores que caracterizaron la rivalidad francosaboyana durante la contienda, sino más bien en poner de relieve las causas que favorecieron la alineación de Saboya con las potencias

---

<sup>336</sup> Sobre el periodo de regencias, véase, ROSSO, C.: “Il Seicento”, en GALASSO, G. (dir.): *Storia d'Italia. Vol. VIII-1: Il Piemonte sabauda. Stato e territori in età moderna*. Turín, 1994, pp. 243-252 y 260-263; también ORESKO, R.: “Princesses in power and european dynasticism: Marie-Christine of France and Navarre and Maria Giovanna Battista of Savoye-Genevois-Nemours, the last regents of the House of Savoy in their international context”, en VARALLO, F. (ed.): *In assenza del re. Le reggenti dal XIV al XVII secolo (Piemonte ed Europa)*. Florencia, 2008, pp. 393-434.

<sup>337</sup> MERLOTTI, A.: *Vittorio Amedeo II. Il Savoia che divenne re*. Turín, 1998, p. 17.

<sup>338</sup> SYMCOX, G.: *Victor Amadeus II...*, pp. 100-101.

<sup>339</sup> SYMCOX, G.: “Britain and Victor Amadeus II: or the use and abuse of allies”, en BAXTER, S. B. (ed.): *England's rise to greatness, 1660-1763*. Berkeley, Los Ángeles, Londres, 1983, pp. 151-184; STORRS, C.: “Machiavelli Dethroned: Victor Amadeus II and the Making of the Anglo-Saboyard Alliance of 1690”, en *European History Quarterly*, vol. 22, n.º 3 (Julio 1992), pp. 347-381.

coligadas contra Francia en la Liga de Augsburgo, así como los beneficios que el duque obtuvo de su alianza con ellas.

Incluir al ducado en la Liga constituía una cuestión de capital importancia para sus integrantes. Por su ubicación, el estado saboyano beneficiaba a la estrategia militar de los aliados en un doble sentido: por un lado, aseguraba la defensa del Milanesado de un posible ataque francés; por el otro, favorecía el desarrollo de incursiones periódicas en algunos de los puntos de Francia más vulnerables a nivel defensivo: el Lyonnais, el Delfinado, el Franco Condado y la Provenza, donde se encontraba la importante base naval de Toulon.<sup>340</sup> Al margen de los condicionantes inherentes a la conflagración bélica, la alianza de Saboya con los miembros de la Liga presentaba también otros alicientes. Para Guillermo III de Inglaterra, la firma de un acuerdo con Víctor Amadeo II serviría para afianzar los intereses comerciales de las potencias marítimas en torno al Mediterráneo y la Italia septentrional. En cuanto a la Monarquía Hispánica y el Imperio, un tratado con el estado saboyano contribuiría a la consolidación de su posición en el Norte de la península itálica, junto al restablecimiento de su influjo en la corte de Turín tras décadas de tentativas fallidas de acercamiento diplomático.<sup>341</sup>

No es de extrañar, por tanto, que las potencias europeas se mostrasen particularmente generosas durante sus negociaciones con el gobierno ducal. Los acuerdos que Víctor Amadeo II firmó con Leopoldo I, Carlos II y Guillermo III en mayo, junio y octubre de 1690 respectivamente, entrañaron importantes beneficios para la Casa de Saboya. En primer lugar, los aliados se comprometieron a proporcionar al duque subsidios mensuales por valor de 60.000 escudos y 15.000 hombres en concepto de tropas auxiliares. De la misma manera, se avinieron a reconocer las pretensiones de Víctor Amadeo II a intitularse “Alteza Real” y, lo más importante, le garantizaron la evacuación francesa de las fortalezas de Pinerolo y Casale, lo que *de facto* devolvería al ducado su antigua independencia frente a Francia.<sup>342</sup>

No obstante, pese a la potencialidad que revistieron los acuerdos firmados, los problemas derivados de la inserción del estado saboyano en el seno de una coalición tan heterogénea no tardaron en hacerse evidentes. Los subsidios y milicias prometidos no

---

<sup>340</sup> ROWLANDS, G.: “Louis XIV, Victor Amadeus II and French Military Failure in Italy, 1689-1696”, en *The English Historical Review*, vol. 115, n.º 462, pp. 534-569, en concreto, p. 536.

<sup>341</sup> SYMCOX, G.: “Britain and Victor Amadeus II...”, en BAXTER, S. B. (ed.): *England's rise...*, pp. 152 y ss.; SYMCOX, G.: *Victor Amadeus II...*, pp. 107-108.

<sup>342</sup> *Ibidem*, p. 159; SYMCOX, G.: “L'età di Vittorio Amedeo II”, en GALASSO, G. (dir.): *Storia d'Italia...*, VIII-1, pp. 271-438, en particular, p. 301.

llegaron con la frecuencia estipulada y, en cualquier caso, resultaron insuficientes para que el duque pudiese impedir la invasión por Francia del ducado de Saboya y parte del Piamonte. En otro orden de cosas, el desarrollo de las sucesivas campañas fue clarificando los objetivos político-diplomáticos de cada uno de sus firmantes y con ello, la divergencia de los intereses saboyanos respecto a los de Inglaterra y el Imperio. Así, desde 1694 la corte de Viena propuso concentrar la acción aliada sobre Casale, abandonando por el momento el asedio de Pinerolo, al que Víctor Amadeo II otorgaba prioridad. Por las mismas fechas, Guillermo III buscó intervenir en la política interna del ducado a través de la imposición de dos medidas que el duque consideró contrarias a sus intereses. La primera, la publicación de un edicto de tolerancia hacia los protestantes saboyanos, los valdenses; la segunda, que Saboya se sumase al embargo comercial aliado a los productos franceses y abriese sus mercados a la industria textil inglesa.<sup>343</sup>

Todas estas circunstancias influyeron en la traición de Víctor Amadeo II a las potencias de la Liga de Augsburgo. Sabedor de la trascendencia de sus estados para la evolución de la contienda, así como de las dificultades del ejército francés para continuar la guerra en el Norte de Italia, en concreto en Piamonte, el duque lograría formalizar en 1696 el tratado más ventajoso firmado entre Francia y Saboya en todo el siglo XVII. A la sazón, las conversaciones francosaboyanas estuvieron encabezadas por el conde de Tessé, por parte de la corona francesa, y Giovanni Battista Gropello como representante de Víctor Amadeo II. En sus negociaciones con el plenipotenciario francés, Gropello obtuvo de Luis XIV el abandono de todas las conquistas efectuadas por Francia en el ducado a lo largo de la guerra; la concesión por Versalles al duque del tratamiento de “Alteza Real” y la evacuación de Casale y Pinerolo, que retornarían a manos de los duques de Mantua y Saboya previa destrucción de todas sus fortificaciones. Además, el monarca francés se comprometió igualmente a no interferir en la política religiosa saboyana y a auxiliar al duque en una hipotética conquista de Milán en el caso de que el rey de España falleciese antes del fin de la guerra. Como colofón, el tratado establecía también el matrimonio de la primogénita de Víctor Amadeo II, María Adelaida, y el duque de Borgoña, segundo en la línea de sucesión al trono francés.<sup>344</sup>

---

<sup>343</sup> Para las disensiones en el seno de la Liga, véase, SYMCOX, G.: *Victor Amadeus II...*, pp. 112-116.

<sup>344</sup> Sobre el desarrollo de las relaciones francosaboyanas durante la Guerra de los Nueves Años y la negociación de la paz de Turín, véase, HANDEN, R. D.: “The end of an Era: Louis XIV and Victor Amadeus II”, en HATTON, R. (ed.): *Louis XIV and Europe*. Londres, 1976, pp. 241-260. Las cláusulas de la paz de Turín en, *Mémoires et lettres du Maréchal de Tessé. Tome Premier*. París, 1806, pp. 69-71.

La conocida como Paz de Turín, ratificada por Luis XIV el 6 de julio de 1696, afianzó la importancia de Saboya en el seno de la diplomacia europea en tanto en cuanto su abandono de la Liga de Augsburgo desencadenó la neutralidad de Italia en el conflicto y la firma de la paz de Ryswick un año después. Por otro lado, al pactar de nuevo con Francia, Víctor Amadeo II reforzó la seguridad de sus posesiones a través de la adquisición de Pinerolo e incrementó el prestigio de su dinastía mediante un ensalzado enlace matrimonial. A corto plazo, el balance de la Guerra de los Nueves Años fue positivo para el estado saboyano en el ámbito de las relaciones internacionales, si bien sus finanzas y su ya maltrecha economía tardarían años en recuperarse de los efectos de la contienda.

### **Familia, educación y formación cortesana de una princesa saboyana en la corte de Turín:**

*-Relaciones y vínculos familiares. María Luisa en la familia ducal saboyana:*

El 17 de septiembre de 1688, a las diez menos cuarto de la mañana, nació en el *Palazzo Reale* de Turín la tercera de las hijas de Víctor Amadeo II, duque de Saboya, y Ana María de Orleáns, *Petite-Fille* de France y sobrina de Luis XIV. Ese mismo día fue bautizada en la capilla del Santo Sudario con los nombres de María Luisa Gabriela<sup>345</sup>, siendo sus padrinos de bautismo el príncipe de Carignán y la reina de España, María Luisa de Orleáns, representada por la condesa de Oneglia.

En un epígrafe anterior aludimos a la pertenencia dinástica de María Luisa, aspecto fundamental para comprender por ejemplo su destino matrimonial; a continuación nos centraremos en su posición en el seno de la familia ducal saboyana -entendida en sentido extenso- y en sus relaciones con sus diferentes miembros. Atender a los vínculos establecidos entre parientes cercanos nos aporta la posibilidad, como reconoce García Prieto, de conocer diversas facetas de los personajes históricos a los que nos aproximamos.<sup>346</sup> Pero no solo eso, gracias a su estudio y análisis podemos discernir

---

<sup>345</sup> Parece ser que la reina nunca utilizó su tercer nombre, Gabriela, que no era de su gusto. Así lo corrobora la misiva que el marqués de Mejorada envió a Grimaldo en 1720, con motivo de la conmemoración del aniversario de la muerte de la soberana: “prevengo a V. S. movido de lo que veo en su carta que en las escrituras ni en otra parte no se ponga a nra. ama el terzer nombre de Gabriela por q me acuerdo de haverla visto alguna vez con enfado de q se le adjudicase nombre que dezía no haver tenido y mereze su memoria que ni aún difunta se incurra en cosa q no fuese de su agrado (...).” Mejorada a Grimaldo. Madrid, 17 de septiembre de 1720. AHN, E., leg. 2627.

<sup>346</sup> GARCÍA PRIETO, E.: *La infanta Isabel Clara Eugenia...*, p. 208. Consúltese el capítulo: “Familia y corte: los vínculos familiares”, en especial pp. 194-239.



algunos de los rasgos de la personalidad de estos sujetos que se hacen evidentes únicamente en el ámbito familiar; comprender el origen de ciertos de sus gustos y aficiones y discernir el peso que intereses, afectos y enemistades familiares pudieron tener en algunas de sus actitudes o en determinados episodios de su vida. En última instancia, la familia, así como las relaciones de diferente naturaleza que se establecen entre los individuos que la integran, constituyen un elemento fundamental para comprender el funcionamiento de la sociedad e incluso de la diplomacia del Antiguo Régimen.<sup>347</sup>

Indudablemente, fueron Víctor Amadeo II y Ana María de Orleáns los personajes que tuvieron una mayor influencia en la infancia de María Luisa. El primero, en tanto que *pater familias* y cabeza de la dinastía, jugó un papel transcendental en el futuro de la soberana. La segunda, ha sido definida por sus biógrafos como una mujer entregada al cuidado de sus hijos. Protagonistas de un matrimonio inestable de cuyos problemas María Luisa fue consciente desde niña<sup>348</sup>, no podrían encontrarse dos personalidades más dispares que las del duque y su consorte. Nacido en 1666, Víctor Amadeo II tuvo una juventud solitaria. Amante de la vida militar y responsable con sus deberes como soberano, a lo largo de todo su gobierno rigió por sí mismo sus estados consultando por separado a sus ministros sin jamás delegar en terceros la toma de decisiones. Aunque Symcox aludió en su momento a la subjetividad de los relatos del conde de Tessé sobre la corte de Turín, lo cierto es que los informes del diplomático constituyen a día de hoy una de las principales fuentes de información sobre Víctor Amadeo II y su familia.<sup>349</sup> En su correspondencia con Versalles, Tessé definió al duque

---

<sup>347</sup> De entre la amplia bibliografía al respecto, destacaremos las aportaciones de IMÍZCOZ BEÚNZA, J. M.: «Communauté, réseau social, élites. L'armature sociale sociale de l'Ancien Regime» y BERTRAND, M.: «Familles, fidèles et réseaux: les relations sociales dans une société d'Ancien Regime», en CASTELLANO, J. L., DEDIEU, J. P. (dirs.): *Réseaux, familles et pouvoirs dans le Monde Ibérique à la fin de l'Ancien Regime*. París, 1998, pp. 31-66 y 169-190 respectivamente; para el ámbito diplomático resulta fundamental la lectura de OZANAM, D. "Dinastía, diplomacia y política exterior" y BÉLY, L.: "Casas soberanas y orden político en la Europa de la Paz de Utrecht", en FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P. (ed.): *Los Borbones...*, pp. 17-46 y 69-95, respectivamente. Del artículo de Bély consúltense en especial las pp. 70-77. Con un carácter interdisciplinar y más general, véanse: CASEY, J. y HERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: *Familia, parentesco y linaje. Historia de la familia. Una nueva perspectiva de la sociedad europea*. Murcia, 1997 y CHACÓN, F. y BESTARD, J. (dirs.): *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid, 2011.

<sup>348</sup> En sus cartas a su abuela, la soberana dejó entrever su satisfacción al conocer la mejoría que se produjo en las relaciones conyugales de sus padres a partir de 1708. La reina de España a Madame Royale. Madrid, 26 de noviembre de 1708, recogida en DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, p. 195.

<sup>349</sup> Los despachos de Tessé se encuentran mediatizados por la desconfianza del gabinete de Versalles respecto a la fidelidad del duque a la alianza francesa suscrita con la Paz de Turín. Sin embargo, dado el conocimiento que el diplomático tuvo de la corte de Turín en los últimos años del XVII y comienzos del

como un príncipe inteligente pero indeciso, desconfiado e incapaz, por su naturaleza dura y fría, de hacerse “agradable” a sus súbditos. Un hombre consumido por las ambiciones que albergaba para la Casa de Saboya y en cuya cabeza «outre ses affaires particulières, celles de l’Europe entière roulent au moins une fois le jour».<sup>350</sup> Las circunstancias que rodearon su infancia, dominada por la inestabilidad de la regencia de María Juana de Nemours, hicieron de Víctor Amadeo II una persona voluble, tiránica, difícil en sus relaciones<sup>351</sup> e incapaz de mostrar afecto no solo hacia su progenitora, de la que se mantendría distanciado buena parte de su vida, sino también hacia su esposa.<sup>352</sup>

Por su parte, Ana de Orleáns nació en el castillo de Saint-Cloud en 1669. Hija de Felipe de Francia, duque de Orleáns, hermano menor de Luis XIV, y de Enriqueta de Inglaterra, la joven princesa francesa se educó bajo la atenta mirada de la segunda esposa de su padre, Isabel Carlota del Palatinado, conocida en Francia como *Madame Palatine*.<sup>353</sup> Casada con apenas catorce años, la nueva duquesa de Saboya hizo gala desde su juventud de un carácter apacible, reservado, afectuoso y maduro. Inteligente aunque sin inquietudes intelectuales, devota pero sin caer en el exceso, Ana de Orleáns supo adaptarse con rapidez –a decir de su primera biógrafa Luisa Saredo–, a sus funciones al frente de la corte de Turín.<sup>354</sup> Ejemplo de madre y esposa abnegada, cumplió con pulcritud con sus obligaciones como consorte y, a diferencia de sus predecesoras, María Cristina de Francia y María Juana de Nemours, manifestó un mayor gusto por la vida retirada que por los festejos cortesanos.<sup>355</sup> En los primeros momentos de su matrimonio Víctor Amadeo II trató a su mujer con dignidad. Sin embargo, el parentesco de Ana María de Orleáns con Luis XIV y su incapacidad para proporcionar al duque un heredero varón, provocaron el progresivo enrarecimiento de las relaciones conyugales de los soberanos saboyanos. Suspica hacia los orígenes franceses de su esposa, Víctor

---

XVIII, siguen constituyendo una fuente inestimable a la hora de realizar cualquier semblanza relativa a Víctor Amadeo II. SYMCOX, G.: “L’età di Vittorio Amedeo II”, en GALASSO, G. (dir.): *Storia d’Italia...*, VIII-1, pp. 270-272.

<sup>350</sup> Tessé a Luis XIV. Turín, 20 de junio de 1699. Recogida en *Mémoires et lettres...*, I, p. 151.

<sup>351</sup> Cualidades que le reconoce uno de sus biógrafos más favorables, Domenico Carutti. CARUTTI, D.: *Storia del regno di Vittorio Amedeo II*. Florencia, 1863, p. 92.

<sup>352</sup> Para una síntesis sobre la infancia, educación y personalidad de Víctor Amadeo II, véase SYMCOX, G.: *Victor Amadeus II...* En concreto el capítulo “The Ruler”, pp. 67-78.

<sup>353</sup> Que la trataría siempre como una hija y con la que mantendría un regular intercambio epistolar según reconocía la propia Madame en su correspondencia. Madame la duquesa de Orleáns a su hermana, la raugrave Luisa. S. I., 18 de septiembre de 1718, recogida en BRUNET, G. (ed.): *Correspondance complète de Madame duchesse d’Orléans, née princesse palatine, mère du Régent*. Paris, 1857, II, pp. 173-174.

<sup>354</sup> SAREDO, L.: *La Regina Anna di Savoia. Studio storico su documenti inediti*. Turín, 1887, p. 70.

<sup>355</sup> *Ibidem*, pp. 160-162.

Amadeo II privó a la duquesa de toda influencia política. De manera inflexible, se negó a otorgar a Ana María de Orleáns cualquier papel que trascendiera de sus deberes como consorte, madre y soberana. Jamás consultó con ella los negocios de gobierno y, aunque no es posible profundizar en cuanto acontecía tras las puertas de los aposentos ducales, el duque mostró una profunda frialdad hacia su esposa, al menos en los primeros años de su matrimonio; por su parte, esta le correspondió con una devoción no exenta de cierto temor.<sup>356</sup> Según afirmaba el conde de Tessé en 1699, Víctor Amadeo II honraba a la duquesa tanto como podía hacerlo una persona incapaz de expresar cualquier muestra de estima. En cuanto a Ana de Orleáns, añadía que pese a su «*coeur tout français*» no se preocupaba más que «*de ce qui se passe dans son appartement*», consciente de que su intervención unilateral en el ámbito político-diplomático sería censurada por su marido.<sup>357</sup>

El nacimiento consecutivo de cinco hijas entre 1685 y 1691 no coadyuvó a mejorar la convivencia entre los esposos. Cuando nació su primogénita, María Adelaida, en 1685, Víctor Amadeo II manifestó una alegría hasta entonces inusitada en él.<sup>358</sup> No solo decretó tres días de festejos en la corte de Turín sino que también se apresuró a dar cuenta del alumbramiento de la duquesa a las diferentes cortes europeas. Tales efusividades no se repetirían en los siguientes partos de Ana María de Orleáns. Por ejemplo, cuando esta dio a luz a las princesas María Ana y María Luisa Gabriela, en 1687 y 1688, el duque se mostró abiertamente decepcionado y ordenó anular las festividades programadas para la ocasión.<sup>359</sup> Dado que la sucesión de parte de los territorios del estado saboyano se regía de acuerdo a los criterios de la ley sálica, la preocupación de Víctor Amadeo II ante la falta de un heredero se acentuó en los años siguientes. La venida al mundo de tres varones que se malograron, en 1692, 1695 y 1697, complicó la posición de la duquesa en la corte de Turín.<sup>360</sup> Tanto más cuando en 1692, durante la

---

<sup>356</sup> CARUTTI, D.: *Storia del regno...*, p. 179.

<sup>357</sup> Sobre el papel de la duquesa en la corte de Turín y la relación que mantenía con su esposo, véase la misiva de Tessé a Luis XIV fechada el 24 de junio de 1699. *Mémoires et lettres...*, I, pp. 164-165.

<sup>358</sup> El marqués d'Arcy, embajador de Luis XIV en Turín, consignó el alborozo de Víctor Amadeo II por el nacimiento de su primogénita con las siguientes palabras: «Le duc de Savoie continue à ressentir une vive joie de la naissance de la princesse; il remplit tous ses devoirs de bon père et de bon mari; il a fait porter un petit lit dans la chambre de sa femme pour y dormir, et ne décesse durant le jour de monter à la chambre de sa fille». Cit. por PEREY, L.: *Une reine de douze ans...*, pp. 5-6.

<sup>359</sup> REINERI, M. T.: *Anna Maria d'Orleans...*, p. 191.

<sup>360</sup> Según informaba el enviado español en Turín, Don Juan Carlos Bazán, en mayo de 1697 la duquesa Ana había dado a luz un hijo que murió a las pocas horas de su nacimiento, lo que había “dexado infinitamente desconsolados a sus padres y a toda esta corte, que desde aquel punto han hecho extremos de dolor y de llanto (...)”. Bazán a Carlos II. Turín, 3 de mayo de 1697. A.G.S., E., leg. 3659.

Guerra de los Nueve Años y tras una enfermedad de la que posteriormente se repuso, el duque designó como su sucesor al hijo del príncipe de Carignán.<sup>361</sup> En otro orden de cosas, las dificultades de Ana María de Orleáns para concebir un heredero favorecieron la dependencia de Víctor Amadeo II hacia la condesa de Verrua. También de origen francés, casada con Augusto di Scaglia, conde di Verrua, miembro de una importante familia de la aristocracia piemontesa, la condesa se convirtió en la favorita oficial del duque a instancias de Luis XIV en 1689 aproximadamente. Aunque respetuosa en presencia de la duquesa Ana, de la que era dama, Madama di Verrua no tardó en devenir una figura influyente en la corte turinesa y, en 1699, ejerció de espía al servicio del conde de Tessé durante una de las breves embajadas que este desempeñó en Turín. La relación de la condesa con Víctor Amadeo II, que duró más de una década y dio como fruto dos hijos, se caracterizó por la inestabilidad y finalizó en 1700 con la huida de la primera a Francia hastiada, a decir del propio Tessé, del comportamiento tiránico, celoso y obsesivo de su regio amante.<sup>362</sup>

Frente a la escasa atención que por lo que parece Víctor Amadeo II procuró a sus hijas durante su infancia, los biógrafos de Ana de Orleáns han ponderado su faceta como madre. Diferentes informaciones dejan entrever la preocupación de la duquesa por la educación de María Adelaida y María Luisa<sup>363</sup>, a las que según se dice velaba durante sus enfermedades<sup>364</sup> y de quienes, asimismo, se negaba a separarse durante sus frecuentes retiros en la villa que poseía a las afueras de Turín. Influencia destacada en la niñez de ambas hermanas, podemos ver en Ana de Orleáns el origen de ciertas aficiones y de algunos de los rasgos del carácter de la futura reina de España: como su afabilidad y

---

<sup>361</sup> CARUTTI, D.: *Storia del regno...*, p. 138. Víctor Amadeo de Saboya-Carignán, 3º príncipe de Carignán, hijo de Manuel Filiberto de Saboya, nieto de Carlos Manuel I, y de Catalina de Este. Fue el heredero aparente del trono saboyano hasta el nacimiento del príncipe de Piemonte en 1699. Casado con María Victoria de Saboya, hija ilegítima de Víctor Amadeo II y la condesa de Verrua, falleció en Turín en 1741. SAN TOMMASO, M.: *Tavole Genealogiche della Real Casa di Savoia*. Turín, MDCCCXXXVII, p. 101.

<sup>362</sup> «L'amour du Prince [por la condesa de Verrua] s'est tourné dans des fureurs qui le rend tous deux malheureux. Ils passent leur vie en duretés et en reproches (...)», sentenció el conde de Tessé. Tessé a Luis XIV. Turín, 24 de junio de 1699, recogida en *Mémoires et lettres...*, I, p. 168. Sobre la condesa de Verrua, véase LÉRINS, G.: *La comtesse de Verrua et la cour de Victor Amédée II de Savoie*. París, 1881. Para los hijos de la pareja, legitimados por el duque en 1701, Vittoria Francesca (1690-1766), futura princesa de Carignán, y Vittorio Francesco (1694-1762), marqués de Susa, véase LÉRINS, G.: *La comtesse...*, p. 88.

<sup>363</sup> En este sentido, consideramos que la afirmación de Perey citada al inicio de este capítulo estaría más en consonancia con la preocupación de la duquesa por el crecimiento y cuidado de sus hijas que por su instrucción intelectual. PEREY, L.: *Une reine de douze...*, p. 7.

<sup>364</sup> La propia reina se referiría a los cuidados que su madre prodigaba a su hermano menor, el duque de Aosta, durante la enfermedad. La reina de España a la duquesa de Saboya. Barcelona, 26 de marzo de 1702. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

sencillez -propias también de la duquesa- o su gusto por la vida al aire libre, la costura y los paseos.<sup>365</sup>

Otro personaje fundamental para comprender la etapa que las princesas saboyanas pasaron en la corte turinesa fue su abuela, María Juana de Nemours, conocida también como (la segunda) Madame Royale.<sup>366</sup> Alejada de la escena política desde 1684, la antigua regente pasó los últimos cuarenta años de su vida retirada en el llamado *Palazzo Madama* de Turín. Dotada de un encanto notable, inteligente, amante de las artes y las letras, Madame Royale retuvo en la vejez la vivacidad e ingenio que la caracterizaron durante su juventud. Enemistada con su hijo a causa de sus tendencias francófilas, la duquesa viuda mantuvo por el contrario una excelente relación con su nuera -«la belle-mère et la belle-fille vécuront toute leur vie dans la plus intime amitié et dans la confiance la plus parfaite»-<sup>367</sup> y supuso una presencia constante en la infancia de sus nietas.<sup>368</sup> Junto a ella existieron otros miembros de la familia ducal con quienes María Adelaida y María Luisa tuvieron una cierta relación. En primer lugar debemos destacar a Ludovica de Savoia. Nacida en 1629, primogénita del duque Víctor Amadeo I y de Cristina de Francia, casó en 1642 con su tío, el antiguo cardenal Mauricio de Saboya, conde de Oneglia (1593-1657), hijo a su vez de Carlos Manuel I y de la infanta española Catalina Micaela.<sup>369</sup> Hasta su fallecimiento sin descendencia en 1692, la condesa mantuvo una relación fluida tanto con la duquesa Ana como con Madame Royale y frecuentó el entorno de las princesas saboyanas, a las que legó algunas joyas en su testamento.<sup>370</sup> Los últimos personajes de la dinastía a los que nos gustaría referirnos pertenecen a la rama Carignán de la familia ducal, encabezada por Víctor Amadeo de Saboya (1628-1709), 2º príncipe de Carignán. Nieto de Carlos Manuel I, primer príncipe de la sangre de la Casa de Saboya a pesar de su condición de sordomudo, Víctor Amadeo

---

<sup>365</sup> SAREDO, L.: *La Regina Anna...*, p. 161; REINERI, M. T.: *Anna Maria d'Orleans...*, pp. 163-192 y 257 y ss.

<sup>366</sup> La mejor síntesis del papel de Madame Royale como duquesa de Saboya, regente y duquesa viuda, la debemos a ORESKO, R.: "Maria Giovanna Battista of Savoy-Nemours (1644-1724): daughter, consort and regent of Savoy", en CAMPBELL ORR, C. (ed.): *Queenship in Europe...*, pp. 16-55, en concreto para su viudedad, véanse las pp. 37-46.

<sup>367</sup> SSBL, XXVI, p. 158, cit. por ORESKO, R.: "Maria Giovanna Battista...", en CAMPBELL ORR, C. (ed.): *Queenship in Europe...*, p. 40.

<sup>368</sup> Según corrobora su correspondencia. A.S.T., LPD., Mazzo 26, publicada parcialmente en 1865 por la condesa della Rocca en una obra ya citada.

<sup>369</sup> TETTONI, L.: *Le illustri alleanze della Real Casa di Savoia. Cenni genealógico-araldico-storici*. Turín, 1868, pp. 35 y 38.

<sup>370</sup> En concreto, la princesa Ludovica legó a María Luisa unos pendientes de perlas y una cruz de gruesos diamantes. REINERI, M. T.: *Anna Maria d'Orleans...*, p. 255.

de Carignán fue considerado hasta 1699 padre del heredero del ducado saboyano. Casado en 1684 con María Catalina de Este, tuvo con ella cuatro hijos de edades cercanas a las de las princesas María Adelaida y María Luisa: Isabel y María Victoria de Saboya, nacidas en 1687 y 1688, y Víctor Amadeo y Tomás, que lo hicieron en 1690 y 1696 respectivamente.<sup>371</sup> Con todos ellos las hijas de Víctor Amadeo II compartieron espacios, ceremonias y actos públicos de diferente naturaleza. Y en lo que a los Carignán se refiere, serían mencionados con frecuencia en la correspondencia de la reina con Madame Royale, si bien no siempre con afecto.<sup>372</sup>

Por último, tan importantes como sus padres y abuela fueron para María Luisa sus hermanos. La soberana siempre evidenció un profundo cariño hacia los príncipes Víctor Amadeo y Carlos Manuel, siendo incluso designada madrina de este último.<sup>373</sup> Sin embargo, la diferencia de edad y el poco tiempo que la soberana convivió con ellos los convierten en personajes secundarios en su infancia.<sup>374</sup> No así a María Adelaida de Saboya, tres años mayor que María Luisa. Aunque por su condición de primogénita María Adelaida siempre gozó de mayor consideración en la corte de Turín que su hermana menor, ambas crecieron juntas. Con la futura duquesa de Borgoña la soberana compartió crianza, juegos infantiles, aficiones (como la danza) y educación. Separadas en 1696, cuando contaban once y ocho años de edad respectivamente, a lo largo de este trabajo podremos apreciar lo estrecho de la relación entre ambas hermanas. Con todo, sí que nos gustaría avanzar aquí que la soberana vio en la duquesa «une bonne amie»<sup>375</sup> y

---

<sup>371</sup> TETTONI, L.: *Le illustri alleanze...*, pp. 40-41.

<sup>372</sup> En este sentido, la reina se mostró entristecida por la muerte del príncipe Víctor Amadeo en 1709, criticando la dureza con la que su sucesor se comportó con su madre y hermanas y lo libertino e irresponsable de su conducta. La reina de España a Madame Royale. Madrid, 3 de junio de 1709 y 15 de febrero de 1712, recogidas en DELLA ROCCA, C.: *Correspondance...*, pp. 200-201 y 227-228.

<sup>373</sup> B.R.T., Filza IV (Mazzo 9), *Nascite e Battesimi* (1489-1835). La reina siempre se referiría a su hermano menor como «Carlin [apelativo familiar], mon cher enfant», se interesaría por su crecimiento (en concreto por sus progresos en el habla) y presumiría de su inteligencia ante una escéptica princesa de los Ursinos. Del afecto de María Luisa por los príncipes Víctor Amadeo y Carlos Manuel dan cuenta algunas de sus cartas a la duquesa de Saboya. Barcelona, 9 de enero, 12 de febrero y 19 de marzo de 1702; 25 de enero y 12 de febrero de 1712. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

<sup>374</sup> Víctor Amadeo y Carlos Manuel nacieron en 1699 y 1701 respectivamente, por lo que la reina apenas los conoció. Lo mismo podemos decir del tercer hermano de la soberana, el duque de Chablais, nacido en 1705 cuando María Luisa había abandonado Turín.

<sup>375</sup> «La manière dont vous me mandez que ma soeur vous a écrit sur mon sujet ne m'étonne point; j'ai en elle une bonne amie, et nous nous aimons tendrement, nous pensons de même sur bien de choses et surtout dans les sentiments que nous avons toutes deux pour notre famille...» La reina de España a Madame Royale. Vitoria, 6 de noviembre de 1711. DELLA ROCCA, C.: *Correspondance...*, p. 215.

que lo estrecho de dicha relación, mantenida desde la distancia a través de la correspondencia, tuvo su origen en la infancia de ambas.<sup>376</sup>

#### *-Educación:*

Ahondar en las características de la educación que María Luisa de Saboya recibió en Turín resulta una labor difícil. Como hemos dicho, carecemos de un programa que describa de forma detallada la instrucción de la que la soberana y su hermana gozaron en su infancia. Debido a ello, abordar esta fase de su vida nos obliga a aunar, por un lado, algunos datos concretos que conocemos respecto al personal que sirvió a María Luisa y las materias en las que fue instruida. Y por el otro, a relacionar la formación de las hijas de Víctor Amadeo II con los saberes que conformaban la instrucción de las mujeres de la elite en el mismo periodo, ya que entendemos que la educación de unas y otras no debió de ser muy diferente. En cualquier caso, lo que sí podemos avanzar a día de hoy, y hasta que la documentación no demuestre lo contrario, es que la formación de María Luisa estuvo exenta de la erudición que caracterizó la instrucción de la segunda esposa de Felipe V.<sup>377</sup> Varias son las razones que nos llevan a sostener esta afirmación. En primer lugar, Isabel de Farnesio casó con veintidós años frente a los trece con que contaba María Luisa cuando accedió al estado matrimonial. Así, mientras que la primera tuvo oportunidad de completar su formación en la corte de Parma hasta bien pasada la adolescencia, la segunda se vio obligada a asumir sus deberes de consorte y a interrumpir por tanto su instrucción cuando no era más que una muchacha. En segundo lugar, hemos constatado ya la dedicación de la duquesa de Saboya al cuidado de sus hijas. Desconocemos el grado de implicación que Ana María de Orleáns pudo tener en el hipotético programa educativo pergeñado para María Luisa, pero sí que sabemos que fue una constante presencia en la infancia de la soberana. De Ana María de Orleáns se ha ponderado su devoción y entrega como esposa y madre, pero nunca fue definida como una erudita, ni destacó por su labor de patronazgo artístico y cultural como hicieron sus

---

<sup>376</sup> Para más datos acerca de la relación de la reina con la familia ducal véase el capítulo I de la VI parte de este trabajo: “La reina y la Casa de Saboya: relaciones familiares, mediación y lealtad dinástica en el contexto de una frágil alianza”.

<sup>377</sup> BERTINI, G.: “La formación cultural y la educación artística de Isabel de Farnesio...”, en MORÁN TURINA, M. (dir.): *El arte en...*, pp. 417-436; también, PÉREZ SAMPER, M. A.: *Isabel de Farnesio*. Barcelona, 2003, pp. 19-20.

antecesoras, María Cristina de Francia y Madame Royale.<sup>378</sup> En este sentido, no creemos que la duquesa Ana promoviera para sus hijas una educación más letrada de lo que los cánones de la época exigían. De hecho, los comportamientos desarrollados por la reina y la duquesa de Borgoña tras sus respectivos matrimonios nos permiten reflexionar también sobre los límites de la instrucción que ambas recibieron. La soberana y su hermana nunca descollaron por sus inquietudes intelectuales y, como se verá a continuación, completaron de algún modo su educación una vez se instalaron en Madrid y Versalles.<sup>379</sup>

Como era normal en los ambientes palatinos del Antiguo Régimen, nada más nacer las princesas María Adelaida y María Luisa quedaron a cargo de la baronesa de Noyers, designada por el duque como su gobernanta. La baronesa, hija del marqués Melchior de Lucinge y de su primera esposa, Béatrix de Seroz, pertenecía a una importante familia de la aristocracia saboyana. Ya viuda cuando Víctor Amadeo II le confió a sus hijas, constituyó una presencia constante en la vida de ambas princesas hasta su matrimonio.<sup>380</sup> En calidad de gobernanta, la baronesa había de velar por la salud y la primera educación moral de sus pupilas, corrigiendo sus costumbres y enseñándoles a comportarse con la dignidad debida a su rango tanto en las ceremonias públicas, como en el ámbito privado.<sup>381</sup> Asimismo, María Adelaida y María Luisa tuvieron como *maestro da leggere e da scrivere* al padre jesuita Filippo Eugenio Osasco y en calidad de profesor de historia del ducado y de la Casa de Saboya al ingeniero, heraldista y matemático Antonio Bertola.<sup>382</sup> En cuanto a su educación espiritual, recayó en el padre Sebastián Valfré,

---

<sup>378</sup> De hecho, no hay más que ver las cartas hológrafas de la duquesa Ana -que se encuentran en el Archivo di Stato de Turín- para apreciar que ella misma no recibió una educación muy esmerada, como corroboran su caligrafía y errores ortográficos y gramaticales.

<sup>379</sup> En lo que respecta a la reina, el estallido de la Guerra de Sucesión bien pudo haber constituido un impedimento para que ésta acometiera plenamente la labor de patronazgo artístico y cultural que sí desarrolló su sucesora. La muerte de María Luisa en 1714 nos impide saber hasta qué punto, en tiempos de paz, la soberana hubiera destacado por su papel de mecenas de las artes y las letras.

<sup>380</sup> La baronesa fallecería en su castillo de Saint-Pierre d'Albigny, Saboya, en 1720. MORERI, L.: *Dictionnaire historique, ou le mélange curieux de l'histoire sacrée et profane... Tome Sixième*. París, MDCCLIX, p. 489. En el caso de María Luisa, sabemos que Madame de Noyers mantuvo un cierto contacto con la soberana en los primeros momentos de su matrimonio con Felipe V, según puede constatar en dos de las cartas de la dama al comendador Operti. Madame de Noyers a Operti. S. l., 31 de enero y 21 de abril de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 47.

<sup>381</sup> Sobre la figura y funciones de la gobernanta, son interesantes las reflexiones realizadas por Lucien Bély respecto a las damas que velaron por los *Enfants de France* durante el Antiguo Régimen. BÉLY, L.: *La société des princes...*, pp. 48-50.

<sup>382</sup> RENIERI, M. T.: *Anna Maria d'Orleans...*, p. 258; *Cariche del Piemonte e Paesi Uniti colla serie cronologica delle persone che le hanno occupate ed altre notizie di nuda istoria dal fine del secolo decimo sino al dicembre 1798. Tomo III*. Turín, MDCCXCVIII, pp. 247-248.



capellán de la corte y miembro de la Congregación de los filipistas de Turín, que en torno a 1693 dedicó a las princesas su *Dissertazione istorica della Santissima Sindone*, obra en la que defendía el poder intermediario de las reliquias y que incluía sermones, oraciones y panegíricos inspirados en las Sagradas Escrituras y la experiencia religiosa de su autor.<sup>383</sup>

Hasta el momento, podemos apreciar que la educación de María Adelaida y María Luisa no distó mucho de la que gozaron las niñas de la aristocracia de finales del siglo XVII, que contemplaba la adquisición de conocimientos básicos sobre gramática, historia y teología. Ignoramos si recibieron nociones de economía, derecho o poesía, saberes que se consideraban también adecuados en la formación de las muchachas de la elite.<sup>384</sup> Y otro tanto ocurre con las lenguas extranjeras. En este punto concreto, sabemos que María Luisa se vio obligada a tomar lecciones de castellano poco antes de su marcha de la corte de Turín. En cuanto al francés, idioma cuya enseñanza también promovían los pedagogos de la época, la futura soberana lo dominaba, ya que era la lengua en la que se expresaba con su madre y abuela, pero los errores gramaticales que reflejan sus cartas nos hacen dudar de que le fuera enseñado con propiedad. Asimismo, no parece tampoco que las princesas tomaran lecciones de música<sup>385</sup>, aunque sí lo hicieron de otras “habilidades femeninas”<sup>386</sup> como la costura, a la que la futura soberana se dedicaría con asiduidad una vez en Madrid.

Discernir los réditos que las princesas saboyanas obtuvieron de su educación resulta difícil. En su monumental biografía sobre la duquesa de Borgoña, Haussonville analizó las cartas hológrafas que María Adelaida dirigió a sus parientes en Turín. Para

---

<sup>383</sup> Beatificado por Gregorio XIV en 1834, Valfré gozaba de la absoluta confianza de Víctor Amadeo II, cuya dirección espiritual le había sido adjudicada por Madame Royale en 1676. Cit. por SILVESTRINI, M. T.: “La Chiesa, la città e il potere político”, en RICUPERATI, G. (dir.): *Storia di Torino. Vol. IV: La città fra crisi e ripresa (1630-1730)*. Turín, 2002, pp. 1127-1188, en concreto, pp. 1143-1144.

<sup>384</sup> CAPEL MARTÍNEZ, R.: “Mujer y educación...”, en *Historia de la educación: revista interuniversitaria*, 26 (2007), p. 92.

<sup>385</sup> Lo cierto es que no fue sino en España cuando María Luisa comenzó a tomar lecciones de clavecín y guitarra. La reina a Madame Royale. Madrid, 8 de septiembre de 1705, recogida en DELLA ROCCA, C.: *Correspondance...*, p. 173; también MORALES, N.: *L'artiste de cour...*, pp. 186-190.

<sup>386</sup> Como indica Capel, la instrucción de las muchachas del Antiguo Régimen incluía la enseñanza de estas “habilidades femeninas”, principalmente labores relacionadas con la aguja, desde las más sencillas (costura, calceta, hilado...) a las más complejas (bordado, encajes, diferentes tipos de punto...). “La finalidad de estas enseñanzas -indica- era el promover que las jóvenes adquiriesen gusto por el trabajo, algo que sin duda beneficiaría a todas por igual, con independencia de su extracción social (...). Las muchachas de las elites tendrán en estos saberes manuales una sana ocupación que las prevenga de las divagaciones de sus espíritus y sus mentes, libres como están de toda ocupación material.” Cit. por CAPEL MARTÍNEZ, R.: “Mujer y educación...”, en *Historia de la educación: revista interuniversitaria*, 26 (2007), p. 109.

este autor, los errores ortográficos y gramaticales que traslucían dichas epístolas, junto a su mala caligrafía, constituyeron una prueba fehaciente de la parca instrucción letrada que recibió la biografiada. Asimismo, Haussonville se hizo eco de las impresiones de Madame de Maintenon después de la llegada a Versalles de la princesa. Encargada de supervisar la educación de la duquesa de Borgoña, Maintenon quedó sorprendida por la ignorancia en la que esta había crecido. En este sentido, la dama aplaudió su instrucción moral, pero criticó el escaso conocimiento que la duquesa tenía sobre materias como la historia y otras disciplinas más mundanas como la danza. Desde estas perspectivas, Maintenon se vio obligada a trazar un plan educativo para su pupila –que corrió a cargo del marqués de Dangeau– cuyo objetivo no era, según sus propias palabras, convertir a la princesa en una «savante» sino más bien subsanar de manera superficial las carencias que su formación presentaba.<sup>387</sup>

En esta misma línea, otros autores han subrayado las diferencias existentes entre la educación de ambas hermanas. Basándose en argumentos bastante finalistas, Gagnière vio en la frivolidad y despreocupación de las que María Adelaida hizo gala toda su vida el lógico resultado de la mala instrucción que recibió tras su instalación en la corte francesa. La comparación que realiza entre la duquesa y la reina es muy ilustrativa. El carácter, la seriedad, la elevación de ideas, la firmeza enérgica ante el peligro y la educación de María Luisa, demostrarían para Gagnière que esta fue, “en todo y para todo”, superior a su hermana mayor.<sup>388</sup> A nuestro juicio, tal afirmación requiere algunas puntualizaciones. En primer lugar, después de su matrimonio la reina de España adquirió un estatus distinto al de la duquesa de Borgoña. Su condición de soberana de una Monarquía en guerra conllevó para María Luisa obligaciones distintas de las que podían exigirse a la esposa del futuro heredero del trono francés; obligaciones, deberes y experiencias que, por diferenciados, marcaron el carácter de ambas hermanas.<sup>389</sup> Por otro lado, es cierto que algunos contemporáneos subrayaron que la soberana, que había pasado más tiempo en la corte de Turín, recibió una formación más completa que la

---

<sup>387</sup> HAUSSONVILLE, C.: *La duchesse de Bourgogne...*, I, pp. 440-441. Este plan pretendía formar a la duquesa de Borgoña en diversas disciplinas intelectuales, así como en otros saberes como la danza y la música. La pedagogía empleada denota también lo limitado de sus expectativas, puesto que Maintenon proponía a Dangeau enseñar a la princesa deleitándola; no ya a través de lecciones formales, sino más bien de conversaciones distendidas.

<sup>388</sup> GAGNIÈRE, A.: *Marie-Adélaïde de Savoie. Lettres et correspondances*. París, 1897, p. 35.

<sup>389</sup> En este sentido, carecemos de una biografía o estudio rigurosamente científico de la duquesa de Borgoña, lo que nos impide conocer de manera precisa la manera en que ejerció su papel como consorte. Además, su muerte en plena juventud, antes de acceder al trono, hace que no sepamos la manera en habría asumido sus funciones como reina de Francia.

duquesa de Borgoña.<sup>390</sup> Carecemos de pruebas documentales que sustenten estas apreciaciones, que no son sino subjetivas. Podría pensarse que, quizás, enterados de las críticas que recibió en Versalles la instrucción de María Adelaida, los duques de Saboya se esforzaran por mejorar la educación de su segundogénita pero, como hemos dicho, no hay nada confirmado al respecto. En otro orden de cosas, y siguiendo con la tendencia de Haussonville de analizar la correspondencia de las princesas saboyanas, si bien es cierto que la caligrafía de María Luisa es mejor que la de María Adelaida, igualmente encontramos en las cartas hológrafas de la reina errores ortográficos y gramaticales, lo que nos lleva a cuestionar que la formación intelectual de ambas fuera sustancialmente diferente. Por último, la soberana, como su hermana, nunca evidenció una especial predilección por el mundo de las artes y las letras. En este sentido, no encontramos en las misivas de María Luisa a su familia referencia alguna al mundo de la cultura. Al contrario, la soberana criticó los textos teatrales del Siglo de Oro, dejó la decoración y reforma de sus aposentos en el Alcázar en manos de la princesa de los Ursinos y, aunque manifestó un gusto marcado por el teatro y la ópera, sus aficiones literarias se encaminaron más al consumo de novelas francesas en boga a la sazón que a otro tipo de lecturas serias. Por todo lo referido, podemos colegir que las princesas saboyanas recibieron una educación poco erudita. Una formación limitada en los saberes y materias que la conformaron y similar, sino más reducida, a la que gozaron la mayor parte de las jóvenes de la realeza y la aristocracia de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII.<sup>391</sup>

---

<sup>390</sup> Así lo señalaban, por ejemplo, Madame la duquesa de Orleáns en una misiva que cita Gagnière, o el embajador francés en Turín, Phélypeaux, quien informó a Versalles que la educación de María Luisa había sido más esmerada si cabe que la de la duquesa de Borgoña. Véanse, GAGNIÈRE, A.: *Marie-Adélaïde de Savoie...*, p. 34; HAUSSONVILLE, C.: *La duchesse de Bourgogne...*, II, p. 361.

<sup>391</sup> En cualquier caso lo que sí parece evidente gracias a estudios como los de Torrione sobre la educación de Felipe V es que el monarca no sólo gozó de una formación más completa que su esposa, sino que también poseía inclinaciones intelectuales más profundas que María Luisa. Da cuenta de ello una de las misivas del duque de Borgoña a su hermano: «Je serai ravi de vous pouvoir envoyer (...) des livres que vous délaissez et vous accoutument a ne pas abandoner l'étude tout a fait. Je souhaite que la Reyne prenne goust avec vous, car sans cela j'aurois bien peur que vous n'aimerais mieux estre longtemps avec elle plutost qu'avec mes pauvres livres. Je m'aquitterai cependant de vostre commission, un des premiers qui paroistra sera le onzième volume de l'hitoire ecclesiastique (...)» Duque de Borgoña a Felipe V. Versalles, 18 de enero de 1705. A.H.N., E., leg. 2514 (1), n.º 92, recogida en BAUDRILLART, A. y LECESTRE, L. (eds.): *Lettres du duc de Bourgogne...*, I, pp. 73-74. Algunas referencias sobre los gustos literarios de la reina pueden encontrarse en: Tessé a Ursinos. Versalles, 31 de enero de 1710; el mismo a la misma. Marly, 20 de abril de 1710. B.N.F., N.A.F., 20273, fols. 594r.-v. y 20274, fols. 5v.-7v.; Ursinos a Tessé. Madrid, 5 de abril; 30 de noviembre y 25 de diciembre de 1713. B.L., Add. Mss., 28787, fols. 84r.; 120v.-121v.

*-Espacios, contactos y formas de sociabilización:*

No hace mucho, Margarita Torrione aludió en uno de sus artículos al “espacio afectivo” de Felipe V en los palacios de Luis XIV. Residencias, lugares, salas y aposentos que habían tenido una funcionalidad concreta en la infancia y adolescencia del entonces duque de Anjou y que, por frecuentados durante años, dejaron su impronta en la memoria y en los afectos del futuro rey de España.<sup>392</sup> Algo similar podemos observar en lo que respecta a María Luisa, cuya niñez en Turín se desarrolló alrededor de espacios concretos: palacios, fundaciones religiosas, villas campestres..., vinculadas con unas formas de vida y sociabilidad específicas y que, al igual que ocurriera con su esposo, serían recordadas por la soberana con una cierta nostalgia una vez se estableciese de manera definitiva en España.<sup>393</sup> Según puede apreciarse por ejemplo en su correspondencia con Madame Royale, la reina gustó de informarse sobre la situación de aquellos sitios en los que había residido cuando era una niña, solicitando noticias tanto de las alteraciones ejecutadas en su arquitectura, como de la cotidianeidad que llevaban sus principescos habitantes cuando moraban en ellos.<sup>394</sup> Aludir a estos lugares y a sus características, nos permite conocer de manera más precisa cómo fue la juventud de la reina, así como las diferentes actividades a las que la princesa María Luisa se dedicaba en Turín.

Curiosamente, el *Palazzo Reale* turinés y la *Venaria Reale*, dos de las residencias más emblemáticas de la Casa de Saboya, apenas son mencionadas por la soberana en sus misivas. El primero, morada oficial de la familia ducal, era la sede de la corte saboyana y el lugar de celebración de los actos más importantes ligados a la dinastía. En cuanto al segundo, levantado por Amedeo Castellamonte en 1675 a instancias de Carlos Manuel II, se dotó de una arquitectura de inspiración francesa durante el gobierno de Víctor Amadeo II, que lo utilizó no solo como pabellón de caza, sino también como una de sus principales residencias fuera de la capital. El que la reina apenas aluda en sus cartas a

---

<sup>392</sup> TORRIONE, M.: “El espacio afectivo del príncipe: Felipe V, Duque de Anjou, en los palacios de Luis XIV (1683-1700), en *Reales Sitios*, 177 (2008), pp. 4-27.

<sup>393</sup> Como María Luisa admitía ante su abuela, sus cartas nunca eran aburridas puesto que le transmitían noticias «d'un pays et d'une ville que je ne saurais oublier (...)» La reina de España a Madame Royale. Madrid, 20 de enero de 1710, recogida en DELLA ROCCA, C.: *Correspondance...*, p. 206.

<sup>394</sup> Así por ejemplo, a comienzos de 1713 la reina solicitó a Madame Royale información detallada sobre las reformas que ésta había acometido en su residencia oficial, el *Palazzo Madama* de Turín: «Je comprends assez comment vous avez disposé votre appartement; ce que je comprends moins, c'est le petit jardin dont vous me parlez, et pour mieux savoir l'un et l'autre, vous devriez bien m'en envoyer un petit plan, expliquant bien chaque chambre comme je les connaissais pour que je les reconnaisse (...)» La misma a la misma. Madrid, 16 de enero de 1713, recogida en *Ibidem*, pp. 242-243.

ambos palacios resulta en cierta medida lógico. Ya hemos visto que María Luisa pasó su juventud al amparo de la duquesa Ana, quien como se apreciará a continuación prefirió residir no ya en el *Palazzo Reale* sino en la conocida como *La Vigna della Regina*, situada en las proximidades de Turín. Por otro lado, la *Venaria* se vio afectada desde 1696 por importantes trabajos de restauración y reforma tras los daños sufridos durante la ocupación francesa del Piamonte a lo largo de la Guerra de los Nueve Años<sup>395</sup>, por lo que muy posiblemente la soberana apenas lo frecuentó.<sup>396</sup>

Frente a las escasas menciones con que contamos de los dos palacios señalados, María Luisa recordaría muy vívidamente sus estancias en *La Vigna*, donde pasó buena parte de su infancia. Erigida por orden del príncipe Mauricio de Saboya, conde de Oneglia e hijo menor de Carlos Manuel I, fue heredada por su viuda, la princesa Ludovica, quien a su vez la legó en su testamento a la duquesa Ana en 1692. Se trataba de una villa de estilo romano, reformada a finales del siglo XVII por el arquitecto de los duques de Saboya Amedeo di Castellamonte, cuyos principales atractivos eran sus amplios jardines y su situación entre montañas y viñedos.<sup>397</sup> Su cercanía a Turín y su ubicación en pleno campo hacían de ella la residencia favorita de la duquesa Ana, que se alojaba allí parte del año. En *La Vigna*, Ana María de Orleáns llevaba una vida sencilla, solitaria y al margen del ceremonial que imperaba en la corte saboyana. Acompañada solo por sus hijas y sus damas de honor, las ocupantes de la villa se dedicaban principalmente a la lectura, las labores de costura y, sobre todo, a pasear por los jardines y a disfrutar del entorno campestre.<sup>398</sup> Ya en España, la reina recordaría sus estancias en ella en los siguientes términos:

«Vous êtes donc toute seule à Turin depuis que ma mère et mes frères sont allés à la Vigne [se refiere a Madame Royale, a quien va dirigida la misiva]; le peu de monde qu'elle a mené avec elle ne me surprend point, puisque c'était de même de mon temps; les logements son petits; mais après cela on est si proche de Turin qu'on peut y aller et venir bien aisément (...).»<sup>399</sup>

<sup>395</sup> Sobre la *Venaria* y el *Palazzo Reale*, véanse, BALLONE, A. y RACCA, G.: *All'ombra dei Savoia. Storia di Venaria Reale*. Turín, 1998; SYMCOX, G.: "From commune to capital...", en ORESKO, R., GIBBS, G. C. y SCOTT, H. M.: *Royal and Republican...*, pp. 242-269.

<sup>396</sup> De hecho, la *Venaria* no aparece en la correspondencia de la reina sino a partir de 1708, cuando aludirá a las visitas que la familia ducal al completo efectuaba a dicha residencia. La reina de España a Madame Royale. Madrid, 26 de noviembre de 1708 y 16 de enero de 1713, recogidas en DELLA ROCCA, C.: *Correspondance...*, pp. 195 y 242.

<sup>397</sup> CIBRARIO, L.: *Storia di Torino. Volume Secondo*. Turín, MDCCCXLVI, pp. 51-53.

<sup>398</sup> La reina de España a Madame Royale. Madrid, 19 de julio de 1702, recogida en DELLA ROCCA, C.: *Correspondance...*, p. 134.

<sup>399</sup> La misma a la misma. Buen Retiro, 20 de octubre de 1708, recogida en *Ibidem*, pp. 193-194.

Otro de los espacios que marcaron la niñez de María Luisa fue el *Palazzo Madama* de Turín, residencia de Madame Royale en la ciudad. Dado que esta se resistía a abandonar la capital y a acompañar a la familia ducal en sus estadias por los diferentes sitios reales<sup>400</sup>, las princesas acudían a verla al menos una vez por semana, bien desde el *Palazzo Reale*, bien desde *La Vigna*. Las reuniones de la duquesa viuda con sus nietas estaban exentas de toda ceremonia. Cuando acudían al *Palazzo Madama*, María Adelaida y María Luisa tenían la oportunidad de frecuentar un círculo más amplio y refinado que el que rodeaba a su madre, compuesto por intelectuales, artistas, religiosos y personajes que habían colaborado con Madame Royale durante su regencia.<sup>401</sup> Sin embargo, no todo eran entretenimientos formales, puesto que muy a menudo la antigua regente y sus nietas se entregaban a diversiones menos cultivadas.<sup>402</sup> En concreto, parece que las princesas saboyanas y su abuela eran particularmente aficionadas a un juego de cartas conocido como la *bête* o el *homme*<sup>403</sup>, muy de moda en Versalles en esa época, y también a *mosca cieca*, la variante piamontesa del *collin-maillard* francés o la gallina ciega española.<sup>404</sup> Los encuentros con su abuela resultaron, a decir de Perey, determinantes para la conformación del carácter de María Luisa. Según este autor, Madame Royale habría percibido en la futura reina cualidades muy notables, por lo que habría procurado inculcarle desde su infancia «des principes solides et à habituer son esprit aux choses

---

<sup>400</sup> «Vous ne m'étonnez assurément pas en me disant que ma mère est à sa Vigne avec mes frères, mais que, pour vous, vous aimez Turin et votre chambre, et que vous êtes contente pourvu qu'on vous y laisse. Ce goût-là m'est connu, et même je me souviens que quand vous alliez, une après-dinée, vois ma mère à sa Vigne, vous regardiez cela comme un grand voyage...». La misma a la misma. Madrid, 24 de octubre de 1707, recogida en *Ibidem*, p. 188.

<sup>401</sup> Entre todos ellos destacaba, por ejemplo, François De Lescheraine o Delescheraine, consejero de Estado durante la Regencia de Madame Royale, presidente de la Camera dei Conti de Saboya, cabeza del consulado de banqueros, mercaderes y hombres de negocios de Turín y autor del tratado sobre los derechos de los duques saboyanos al tratamiento de Alteza Real titulado *Lettre de M\*\*\* à un de se samis touchant le titre d'Altesse Royale du duc de Savoye et les traitemens royaux que ses ambassadeurs reçoivent de l'Empereur et de tous les rois*. Amsterdam, Colonia, MDCCIII, NALDI, C. (ed.): *Maria Giovanna Battista...*, pp. 362-363. Para un análisis de la composición, evolución y ceremonial imperante en la corte de Madame Royale, véase, GENTILE, M.: «La corte di Maria Giovanna Battista», en RICUPERATI, G. (dir.): *Storia di Torino...*, IV, pp. 513-524.

<sup>402</sup> HAUSSONVILLE, C.: *La duchesse de Bourgogne...*, I, p. 113; REINERI, M. T.: *Anna Maria d'Orleans...*, pp. 259-260.

<sup>403</sup> La *bête* era un juego de naipes en el que podían participar entre tres y siete jugadores, que recibían cinco cartas cada uno. El rey, la dama, el *valet* y el as, eran las de mayor valor. Básicamente, cada participante debía lograr que sus oponentes se deshicieran de sus cartas más valiosas en diferentes manos. Sobre su desarrollo, véase, *Encyclopédie méthodique. Nouvelle édition enrichie de remarques*. Padua, MDCCCLXXXVII, pp. 219-220.

<sup>404</sup> SOBRINO, F.: *Diccionario nuevo de las lenguas española y francesa en dos partes*. Bruselas, MDCCXXXIV, p. 357.

sérieuses.»<sup>405</sup> Así, la madurez que caracterizaría a la soberana desde su juventud se debería en buena medida, para Perey, a la benéfica influencia que sobre ella ejerció su abuela.

El último de los lugares al que nos gustaría referirnos guarda relación con la labor de patronazgo religioso desarrollada por las duquesas de Saboya. Se trata del convento de monjas carmelitas de Santa Cristina, situado en la antigua *Piazza Reale*, hoy *Piazza San Carlo*, que María Luisa y su hermana María Adelaida visitaron con asiduidad durante su infancia. La orden del Carmelo había sido introducida en el ducado en 1625. Una década después, María Cristina de Francia, esposa de Víctor Amadeo I y regente de Carlos Manuel II, ordenó levantar al arquitecto Carlo Castellamonte un monasterio y una iglesia en honor a su santa patrona. Desde su inauguración, la duquesa María Cristina pasó largas temporadas recluida en los apartamentos que se había hecho construir en él y, hasta el fin de sus días, participó activamente en el gobierno y la organización de su fundación religiosa.<sup>406</sup> Las sucesoras de María Cristina de Francia en el trono ducal continuaron prodigando una especial protección al monasterio. De hecho, sería María Juana de Nemours quien en 1714 ordenaría a Juvara la finalización de su fachada.<sup>407</sup> Por otro lado, tanto ella como la duquesa Ana asistieron con frecuencia a la toma de velo de las nuevas novicias, escogidas entre los linajes más nobles del ducado, y mantuvieron una estrecha relación con su priora desde 1694, Maria degli Angeli. Nacida en el seno de una familia de la aristocracia piemontesa con el nombre de Marianna Fontanella, ingresó en Santa Cristina a los quince años en 1676. Su fama de santidad y la conexión del monasterio con la corte de Turín, convirtieron a Maria degli Angeli no solo en consejera espiritual de las duquesas María Juana y Ana María, sino también del propio Víctor Amadeo II.<sup>408</sup> Sabemos que María Luisa acudía con frecuencia a cenar junto a su madre, abuela y hermana a Santa Cristina, donde tuvo la oportunidad de

---

<sup>405</sup> PEREY, L.: *Une reine...*, p. 7.

<sup>406</sup> CLARETTA, G.: *Storia della Regenza di Cristina di Francia, Duchessa di Savoia, 1637-1663. Con annotazioni e documenti inediti. Parte Seconda*. Turín, MDCCCLXIX, pp. 552 y ss.; sobre la política constructora de la regente María Cristina, véase, POLLAK, M. D.: *Turin, 1564-1680...*, pp. 108-149.

<sup>407</sup> ORESKO, R.: “Maria Giovanna Battista...”, en CAMPBELL ORR, C. (ed.): *Queenship in Europe...*, pp. 40-43.

<sup>408</sup> Sobre Maria degli Angeli y sus relaciones con la familia ducal REINERI, M. T.: “Una Carmelitana torinesi faro spirituale per la corte e la città”, en GHIBERTI, G. e CORONA, M. I. (eds.): *Marianna Fontanella, Beata Maria degli Angeli. Storia, spiritualità arte nella Torino Barocca*. Turín, 2011, pp. 11-83. Para una visión de los vínculos de Santa Cristina con la corte ducal y las sucesoras de María Cristina de Francia, SILVESTRI, M. T.: “La Chiesa, la città e il potere politico”, en RICUPERATI, G. (dir.): *Storia di Torino...*, IV, pp. 1145-1152, que también incluye datos sobre la evolución del monasterio entre la segunda mitad del siglo XVII y los primeros años del XVIII.

tratar a Maria degli Angeli y a sus religiosas. Si hacemos caso de su correspondencia tras su matrimonio con Felipe V, estas visitas dejaron un recuerdo muy marcado en la reina.<sup>409</sup> Instalada en España, María Luisa pediría a su abuela que recordara a Maria degli Angeli que rezase por ella en las festividades de Santa Teresa; compararía desfavorablemente la belleza y comodidad de los conventos españoles con las de aquél que había conocido en su infancia y, durante el asedio de Turín, en 1706, se mostraría particularmente preocupada por el destino de las «pauvres» monjas y priora del monasterio carmelita.<sup>410</sup>

*-Formación cortesana y proyección pública de la princesa María Luisa en la corte de Turín:*

A lo largo del siglo XVII los rituales públicos adquirieron un notable desarrollo en la corte saboyana. Entendidos como elementos fundamentales en la exaltación de la imagen del duque y de la dinastía, los últimos años del reinado de Carlos Manuel I, pero sobre todo el periodo de las regencias, conllevaron un mayor fasto y boato en las ceremonias y festividades celebradas en el *Palazzo Reale* turinés. Por ejemplo la regente María Cristina, educada en la corte de París, introdujo en Saboya la tradición de los *ballets de cour* y *carrousels* franceses. Ideados y puestos en escena gracias a la labor del historiador y poeta jesuita Emanuele Tesauro, el experto en ballets Menestrier, el coreógrafo y cortesano Filippo d'Aglié y el escenógrafo Amedeo di Castellamonte, se trataba de espectáculos que, enraizados en la tradición caballeresca, aludían al pasado glorioso de la Casa de Saboya.<sup>411</sup> En la segunda mitad del siglo XVII, María Juana de Nemours continuó con la costumbre iniciada por su suegra y, junto a su marido o ya instalada en la regencia, favoreció la representación de óperas y comedias que destacaban por la calidad de la música y lo elaborado de sus decorados. Los acontecimientos ligados

<sup>409</sup> «Je voudrais bien avoir pu être aux Carmélites avec vous le jour que mes frères devaient y aller dîner, et j'aurais encore voulu y augmenter la compagnie en y amenant mon fils [el futuro Luis I] (...)» La reina de España a Madame Royale. Madrid, 16 de junio de 1710, recogida en DELLA ROCCA, C.: *Correspondance...*, p. 209.

<sup>410</sup> Véanse las misivas de la reina a su abuela, Madame Royale. Marsella, 17 de octubre de 1701; Barcelona, 23 de enero de 1701; Madrid, 1 de diciembre de 1702; Burgos, 15 de septiembre de 1706, recogidas en *Ibidem*, pp. 107-108, 119, 149 y 180, respectivamente.

<sup>411</sup> Para un visión de conjunto de los festejos cortesanos durante el periodo de las Regencias, véase, VARALLO, F.: “La feste da Maria Cristina a Giovanna Battista”, en RICUPERATI, G. (dir.): *Storia di Torino...*, IV, pp. 483-502. Alude también a ellas, aunque de manera más sintética SYMCOX, G.: “Dinastia, Stato, amministrazione”, en BARBERIS, W. (ed.): *I Savoia...*, pp. 49-86, en concreto, pp. 65-68. Sobre la implantación de los *ballets de cour* en la corte de Turín, véase, MCGOWAN, M.: “La contribution du père Menestrier à la vie des fêtes en Savoie au XVII siècle”, en MOMBELLO, G., SOZZI, L. y TERREAUX, L. (eds.): *Culture et pouvoir dans les états de Savoie du XVIIe siècle à la Révolution: Actes du colloque d'Annecy-Chambéry-Turin (1982)*. Ginebra, 1985, pp. 129-146.



a la dinastía también se vieron afectados por una mayor complejidad ritual. Nacimientos, bautismos, matrimonios, funerales o las onomásticas ducales, fueron solemnizados con *carrousel*s, fuegos de artificio, entradas triunfales, audiencias institucionales y recepciones oficiales, a los que había que añadir otras funciones religiosas como *Tedeums* y exhibiciones de la Sábana Santa, depositada en el *Duomo* de Turín.<sup>412</sup> Si bien durante la Guerra de los Nueve Años, y como consecuencia de los problemas derivados de la contienda y de la crisis económica que sufrió el ducado, los espectáculos y las ceremonias se tornaron menos fastuosos, lo cierto es que a finales del siglo XVII la ciudad de Turín había recuperado en buena medida su anterior esplendor. Profundamente influida por los patrones culturales y las modas imperantes en Versalles, era conocida como el “pequeño París” a causa de la brillantez de sus festejos y de la “galantería”, entendiéndose modales, de sus cortesanos.<sup>413</sup>

La profusión de espectáculos y ceremonias públicas ligadas a la dinastía conllevó la mayor participación de los miembros de la familia ducal en su desarrollo. Así, los registros de los maestros de ceremonia de Víctor Amadeo II corroboran que María Luisa, aunque con frecuencia retirada en *La Vigna* junto a su madre, tuvo también una cierta proyección en las festividades organizadas en la corte de Turín. Durante el Antiguo Régimen, la participación de los niños de la familia real en ciertos actos públicos era vista como una circunstancia adecuada e incluso necesaria para su formación. Como apunta Lucien Bély, su integración en el entramado de ceremonias cortesanas –siempre bajo la atenta mirada de sus ayos o gobernantas– contribuía, por un lado, a que adquirieran una cierta experiencia, cortesía y dignidad en el ejercicio de las funciones que en un futuro habrían de desempeñar; y por el otro, a que adecuaran su comportamiento desde la más tierna infancia a los pormenores y obligaciones del ceremonial palatino. Todo indica a que la intervención de la futura soberana en algunos actos públicos se inició en 1696, cuando contaba ocho años de edad. Con motivo de la boda de su hermana María Adelaida con el duque de Borgoña María Luisa tomó parte en los fastos que solemnizaron tan ensalzado matrimonio. La joven princesa no solo estuvo presente en la firma del contrato matrimonial, sino que también asistió a la representación de una comedia y a la recepción ofrecida en honor del plenipotenciario francés, conde de

---

<sup>412</sup> Escenario de todos estos festejos serían el Palazzo Reale y las plazas de Turín, especialmente la *Piazza Castello*, la *Piazza Reale* y la *Piazza di Città*. SYMCOX, G.: “Dinastia, Stato...”, en BARBERIS, W. (ed.): *I Savoia...*, pp. 49-86, en concreto, p. 67.

<sup>413</sup> BIANCHI, P.: “La corte dei Savoia: disciplinamento del servizio e delle fedeltà”, en *Ibidem*, pp. 135-174, en concreto, pp. 162-163.

Tessé.<sup>414</sup> Asimismo, meses después, en mayo de 1697, concurrió junto al resto de la familia ducal a una de las exhibiciones públicas de la Sábana Santa, a la que sucedió una misa oficiada por el arzobispo de Turín: “S.A.R[ea]le assistette al vespro con le Reali Principesse e Serenissimi Principi sopra un grande strato con le sedie tutte da braccj (...).”<sup>415</sup>

Sin embargo, no sería hasta 1699 cuando María Luisa comenzó a participar más asiduamente en los rituales de la corte saboyana. Entre ellos destacaban, en primer lugar, la concesión de audiencias oficiales a los diplomáticos acreditados en Turín. La recepción de embajadores se trataba de una ceremonia regulada por la etiqueta saboyana. Según establecía el ceremonial, el embajador recién llegado era conducido desde su residencia hasta el *Palazzo Reale* en una de las carrozas del duque. Una vez allí, las guardias suizas le rendían honores militares y, escoltado por el introductor de embajadores, se encaminaba hasta la sala de audiencias donde tenía lugar su encuentro con el soberano. Terminada esta primera entrevista, a continuación pasaba a visitar al resto de los miembros de la familia ducal según su rango, esto es, la duquesa, Madame Royale, el príncipe de Piamonte, heredero del trono, “Madama la Principessa” y los príncipes de Carignán y sus hijos.<sup>416</sup> De este modo, cuando María Luisa recibió en junio de 1700 al nuevo embajador francés, Balthazar de Phélypeaux, lo hizo en su “camara di parata” rodeada de su gobernanta, Madame de Noyers, y de algunas de las damas de su madre:

“alla Porta -podemos leer en el Ceremonial del conde de Robbio- fece il Sr. Ambasciatore grande riverenza e sempre nell'avvicinarla ella corrispose e s'avanzó due passi e poi l'invitò a coprire come fece, e facendoli il suo complimento si scoprì sovente et udi la risposta della Serenissima Principessa scoperto e poi riverentemente si partì, accompagnato dalla detta sigra. Governanta (...).”<sup>417</sup>

---

<sup>414</sup> “Relazione del cerimoniale osservato nel viaggio sino al Ponte onvicino della Principessa Maria Adelaide de Savoia, sposa del Duca di Borgogna”, en B.R.T., *Storia Patria*, 726. *Matrimoni di Sovrani e di principi reali*. Filza IV (Mazzo 10-1), n.º 3. B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Vernon, fols. 263v.

<sup>415</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Vernon, fol. 302v. De la importancia de la Sábana Santa y su exhibición pública para el fortalecimiento de la lealtad popular hacia la dinastía saboyana da cuenta SYMCOX, G.: “La trasformazione dello Stato e il riflesso nella capitale”, en RICUPERATI, G. (dir.): *Storia di Torino...*, IV, pp. 717-867, en concreto, pp. 844 y ss. En concreto, en el epígrafe “Devozioni pubbliche”, el autor analiza la participación de la familia ducal en los diferentes festejos religiosos que se desarrollaban en la ciudad de Turín a lo largo del calendario litúrgico, aunque no menciona la participación de María Luisa en ninguno de ellos.

<sup>416</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 75r.

<sup>417</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 76r. Sobre el desarrollo de la recepción de embajadores en la corte de Turín, SYMCOX, G.: “La trasformazione dello Stato e il riflesso nella capitale”, en RICUPERATI, G. (dir.): *Storia di Torino...*, IV, pp. 821-822.

Las audiencias de María Luisa con los embajadores extranjeros, bien que poco frecuentes, siguieron siempre este patrón de comportamiento estereotipado. Realizadas en presencia de otros cortesanos y de su gobernanta, encargada de supervisar el comportamiento de su pupila, parece ser que la princesa mostraba en sus tratos con los diplomáticos una “mirabile disinvoltura”.<sup>418</sup>

Por las mismas fechas, María Luisa frecuentó también otro tipo de solemnidades públicas. En mayo de 1699 la encontramos entre los miembros de la familia ducal que tomaron parte en las celebraciones organizadas en Turín para conmemorar el nacimiento del heredero al trono, el príncipe Víctor Amadeo. Aunque no parece que asistiera a los besamanos y recepciones con que los magistrados de la ciudad, la nobleza y las instituciones del ducado homenajearon a los duques, sí que contempló desde los balcones del *Palazzo di Città* la quema de un castillo de fuegos artificiales en homenaje al príncipe recién nacido.<sup>419</sup> Además, terminada esta función, participó en un baile ofrecido por los síndicos de Turín en honor a la duquesa Ana. Si bien en un primer momento presenció el festejo desde un estrado, formalmente sentada en un *tabouret* junto a los tronos de su madre y su abuela, a petición de la duquesa Ana el joven marqués d’Ormea ejecutó diversas danzas con la princesa.<sup>420</sup>

Por último, igualmente podemos constatar la asistencia de María Luisa a las cenas que su padre organizaba en el *Palazzo Reale* durante el Carnaval turinés. Por ejemplo, el 25 de enero de 1701 la princesa se contaba entre los invitados a un banquete que el duque ofreció en honor a Madame Royale:

“Erano quindici á tavola, ciò é Madama la D.<sup>a</sup> Rle. [la duquesa Ana], Madama Reale, S.A.R. [el duque], Madama la Principessa di Savoia [María Luisa], la Sra. Principezza di Carignano, le due Principesse sue figlie, et otto Dame, ciò é tre Dame d’honore e cinque altre. Hanno li Reali

---

<sup>418</sup> Expresión con la que el *Cerimoniale di Corte* se refirió a la manera en que María Luisa respondió al discurso realizado en su honor por el conde de Tessé, embajador extraordinario de Luis XIV en Turín. B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 12r.

<sup>419</sup> “In mezo la Piazza [donde se ubicaba el Palazzo di Città] hà fatto erigere un gran Tempio con moltitudine di colonate, moti arguti et geroglifici alusivi alla nascita del Real Prencipe e detto Tempio tutto ripieno di bellissimo fuochi d’artificio à quali tutti si diede fuoco ad una hora di notte all’arrivo di tute le AA. RR., Madama Reale, Madama la principessa [María Luisa], Madama la Principessa di Carignano, le ssre. Principesse sue figlie et il sigr. Prencipe Amedeo, Monsigr. Noncio, l’Ambasciator di Francia et il Sr. Marchese d’Orfé, inviato dà S. M. Xma [Cristianísima] et dà numerosissima Corte de cavaglieri e Dame”. B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 14r.

<sup>420</sup> “Madame la Duchezza Reale cominciò il Ballo e prese à Ballare seco il Sr. Marchese d’Ormea (...) à qual disse poi d’andar à prender Madama la Principessa sua figlia come fece.” B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 15r.

Padroni e Principesse sudette è seduto in sedie da braccio tutte eguali.  
S.A.R. si è messo in mezzo, le Dame con taboretto pighiante (...).<sup>421</sup>

Tras la cena tuvo lugar un baile que, pese a celebrarse “privatamente”, contó con la asistencia de incógnito del embajador francés y del enviado español. Los días siguientes se repitieron otras diversiones dispuestas por los diferentes miembros de la familia ducal. El 27 de enero María Luisa concurrió “vestita alla persiana” a un gran baile de disfraces organizado por su abuela<sup>422</sup>, así como a otros espectáculos similares tanto en palacio, como en la residencia de los príncipes de Carignán. La presencia de la princesa en todos estos pasatiempos podría denotar el interés de los duques de Saboya por dotar a la formación cortesana de su hija de una cierta mundanidad. Aunque no hay nada confirmado a este tenor, es posible pensar que Víctor Amadeo II y su esposa quisieran preparar a María Luisa para las funciones que en un futuro habría de presidir como consorte de un príncipe extranjero. En este sentido, no debe extrañarnos que el duque invitase a su hija a algunos espectáculos de corte a los que también asistían los representantes diplomáticos de las principales potencias europeas, sobre todo si tomamos en consideración que, a la sazón, comenzaban ya a trazarse ciertos proyectos matrimoniales en torno a María Luisa.<sup>423</sup>

### **Primeras opciones matrimoniales: Baviera y Austria.**

El éxito de los Saboya en la obtención del *trattamento reale* no se extendió a sus ambiciones sobre territorios como Monferrato, Milán o los Países Bajos españoles.<sup>424</sup> Sin embargo, por muy controvertidos que pudieran ser los pretendidos derechos sucesorios de la dinastía sobre todos ellos, la antigüedad y el prestigio del linaje saboyano jamás fueron contestados. Las reiteradas alianzas de los duques con descendientes de reyes y emperadores contribuyeron a reforzar la consideración del linaje de los Saboya entre las dinastías europeas, hasta equipararlo, según indica Toby Osborne, con el de los reyes de Francia, España, Inglaterra o los emperadores del Sacro Imperio Romano

---

<sup>421</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fols. 101v.-102r.

<sup>422</sup> “Il 25 gennaio, grande ballo a corte; il 27, altro dato dalla duchessa vedova, e nel quale compare la principessa Luisa Maria [María Luisa], vestita alla persiana (...).” Avisos y adiciones a los informes del enviado veneciano en Milán, Vendramino Bianchi. Turín, 3 de febrero de 1701. Recogido en NICOLINI, F.: *L'Europa...*, I, p. 344.

<sup>423</sup> Por ejemplo, el 1 y el 3 de febrero de 1701 el duque y Madame Royale celebraron sendas cenas con sus consiguientes bailes a las que asistieron el embajador de Francia en Turín y los enviados del rey de España y el elector de Baviera. B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 102v.

<sup>424</sup> A cuya posesión aspiró la Casa de Saboya en base a los derechos sucesorios sobre ellos bien de los propios duques, bien de sus esposas.

Germánico.<sup>425</sup> Dicha circunstancia influyó también en las uniones concertadas por las princesas de la dinastía, que se convirtieron en consortes muy apreciadas en el mercado matrimonial principesco del siglo XVII.<sup>426</sup> Un aspecto que no puede comprenderse sin tener en cuenta la evolución de los principios que hasta el momento habían determinado los matrimonios de la realeza. Durante el Antiguo Régimen los príncipes y soberanos europeos se casaron entre iguales. Las suyas eran uniones en las que el rango, la ascendencia y los parentescos de una princesa, es decir su capital dinástico<sup>427</sup>, eran elementos que se barajaban durante la negociación de unas nupcias regias. La probabilidad de establecer una *mésalliance* era abiertamente condenada debido a la creencia de que la estirpe de la esposa había de contribuir a perpetuar la pureza de la sangre de la futura descendencia.

Ambas variables, linaje y coyuntura político-diplomática, determinaron las expectativas matrimoniales de María Adelaida, pero sobre todo de María Luisa de Saboya, cuya importancia como posible esposa de un príncipe europeo se incrementó como consecuencia del matrimonio de su hermana con el futuro heredero de la corona francesa. Lo cierto es que el capital dinástico de ambas princesas evidenciaba inmediatas conexiones con las más esclarecidas dinastías europeas. Entre sus antepasados directos (abuelos, bisabuelos y tatarabuelos) se encontraban no solo los sucesivos duques de Saboya sino también, los reyes de Francia (Enrique IV y Luis XIII), España (Felipe III) e Inglaterra (Jacobo I y Carlos I). Asimismo, y alejándonos de los primeros grados de filiación, se observa como las princesas saboyanas descendían igualmente de los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico (Carlos V, Fernando I y Maximiliano II), los monarcas de Dinamarca (Federico II), Navarra (Juana III de Albret) y Portugal (Manuel I), además de los duques de Baviera (Alberto V), Lorena (Carlos III),

---

<sup>425</sup> OSBORNE, T.: *Dynasty and Diplomacy in the court of Savoy. Political culture and Thirty Years War*. Cambridge, 2002, pp. 8 y 49.

<sup>426</sup> De las cinco hijas nacidas de la unión de Carlos Manuel I y Catalina Micaela de Austria sólo dos, Margarita (1589-1655) e Isabel (1591-1626), contrajeron matrimonio y lo hicieron respectivamente con Francisco IV, duque de Mantua, y Alfonso III, duque de Módena. En cuanto a las hijas de Víctor Amadeo I y Cristina de Francia, la primogénita, Luisa Cristina (1629-1692), casó con su tío Mauricio de Saboya, conde de Oneglia, mientras que las menores, Margarita (1635-1663) y Adelaida (1636-1676), desposaron al duque de Parma, Ranuccio II, y al elector de Baviera, Fernando María. SAN TOMMASO, M.: *Tavole Genealogiche...*, pp. 58 y 62; TETTONI, L.: *Le illustri alleanze...*, pp. 35 y 38; una visión reciente del significado político-diplomático y dinástico de estas uniones en NICKLAS, T.: «Unir de coeur et d'intérêt. La Bavière, la Savoie et la France et le choix des princesses au XVII<sup>e</sup> siècle», en *XVII<sup>e</sup> siècle*, 243 (2009), pp. 257-266.

<sup>427</sup> Recuérdese lo dicho al respecto en el capítulo de este trabajo dedicado a la figura de la reina en la institución monárquica.

Módena (Hércules II) y Toscana (Cosme I y Francisco I).<sup>428</sup> Tan esclarecida genealogía, sumada al peso adquirido por el ducado de Saboya en las relaciones internacionales a partir de la década de 1690, reforzó la potencialidad de las hijas de Víctor Amadeo II en tanto que futuras consortes. Como les sucediera a otras jóvenes pertenecientes a la aristocracia y la realeza del Antiguo Régimen, el destino de las princesas María Adelaida y María Luisa fue objeto de especulación desde su más tierna infancia. Por ejemplo, la primogénita del duque fue ya postulada como esposa de uno de los nietos de Luis XIV cuando apenas contaba dos años. Pasado el tiempo, en 1695, durante la Guerra de los Nueve Años, la corte de Viena propuso a Víctor Amadeo II el matrimonio de la princesa María Adelaida y el rey de Romanos, futuro emperador José I. Dicho enlace, que habría de reforzar la unión entre los miembros de la Liga de Augsburgo y la posición imperial en el Norte de Italia, habría convertido a la princesa en la primera mujer de la dinastía en sentarse en el trono del Sacro Imperio Romano Germánico en la Edad Moderna. Sin embargo, las disensiones en el seno de la alianza y el inicio de las conversaciones entre Francia y Saboya anteriores a la firma de la Paz de Turín, movieron a Víctor Amadeo II a inclinarse por casar a su primogénita con el duque de Borgoña.

En lo que concierne a María Luisa, observamos también cómo su futuro comenzó a debatirse cuando no era más que una niña. En algunos casos no se trataron más que de rumores difundidos a la sazón por las cortes europeas, como aquél del que en 1697 se hizo eco Madame la duquesa de Orleáns respecto a su posible matrimonio con el Rey de Romanos.<sup>429</sup> En otros, se trató de proyectos más consistentes. Así, en febrero de 1698 el

---

<sup>428</sup> Algunos textos contemporáneos nos permiten apreciar la importancia otorgada a los parentescos de las hijas de Víctor Amadeo II. Para María Adelaida, citaremos la obra genealógica de ALLARD, G.: *Les Ayeules de son Altesse Royale Marie Adelaide de Savoye. Duchesse de Bourgone*. Paris, MDCXCVIII, que vio la luz poco después de su matrimonio con el duque de Borgoña y en la que se hacía referencia a la ascendencia francesa de la nueva duquesa de Borgoña. En lo que respecta a María Luisa, son interesantes las alusiones a su capital dinástico que se encuentran en las oraciones fúnebres publicadas con motivo de su fallecimiento: “Era nuestra reina defunesta -podemos leer en una de ellas- la que juntaba en sí la sangre Real de Saboya, la de Francia, la de Alemania, la de Castilla (...)” *Oración fúnebre, en las sumptuosas exequias que celebró con la magnificencia y pompa que acostumbra, la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla (...) a la siempre dolorosa memoria de la muerte de la Reyna Nuestra Señora, Doña María Luisa Gabriela Emmanuel de Saboya que está en gloria*. Sevilla, 1714. B.N.M. VC/851/9, p. 2.

<sup>429</sup> En una de sus frecuentes cartas a su tía la duquesa de Hannover, en marzo de 1697, Madame la duquesa de Orleáns se mostró convencida de que su hija Mademoiselle de Orleáns terminaría sus días soltera. En opinión de la duquesa, los más importantes partidos de la realeza europea solteros en ese momento: el Rey de Romanos, Guillermo III y el duque de Lorena, optarían por casarse con la princesa María Luisa de Saboya, una princesa de Dinamarca y una archiduquesa de Austria respectivamente. Las previsiones de Madame resultaron a la postre del todo punto erróneas, puesto que el rey de Romanos casó con Amalia Guillermina de Brunswick en 1699; Guillermo III permaneció soltero y el duque de Lorena se unió en matrimonio un año después con la Mademoiselle de Orleáns de la que su madre había

enviado de Carlos II en Turín, Don Juan Carlos Bazán, daba cuenta al Consejo de Estado de la propuesta elevada por el elector bávaro en relación a un posible enlace entre la segundogénita del duque y el príncipe José Fernando de Baviera. La vinculación entre las Casas de Wittelsbach y Saboya venía de tiempo atrás. En 1652, Enriqueta Adelaida, hija de Víctor Amadeo I y Cristina de Francia, casó con el elector Fernando María. Desde entonces, las cortes bávara y saboyana mantuvieron una fluida relación diplomática que el parentesco familiar y el estallido de la Guerra de los Nueve Años consolidó en el último cuarto del siglo XVII. Poco se sabe de esta unión matrimonial, frustrada por la muerte del príncipe de Baviera un año después (febrero de 1699), salvo que contó con la oposición del gobierno español. Sabedora de la transcendencia del ducado para la defensa del Milanesado, Madrid buscó fiscalizar las alianzas que la corte de Turín podía establecer en los años previos a la muerte de Carlos II. Las misivas que Bazán envió por esas fechas al Consejo de Estado no podían ser más ilustrativas. Decidido a “impedir cualquier cosa que se mueva de este partido”, es decir, las posibles nupcias bávaro-saboyanas, el diplomático abogó por que la corte española promoviera el enlace de la princesa María Luisa con el archiduque Carlos<sup>430</sup>: “que en buenos y malos accidentes lo consideraría por de gran conveniencia para la Augustísima Casa, por lo toca a los intereses de Italia tener yncluida y empeñada en ellos a la Saboya”.<sup>431</sup>

Por su parte, el gobierno de Viena se mostró poco proclive en un primer momento a avenirse a las recomendaciones de Bazán. Según las Memorias del conde de Tessé, a finales de 1698 Víctor Amadeo II habría sondeado al emperador respecto a un posible matrimonio de su hija con Carlos de Austria. A través del mismo, el duque esperaba obtener del Imperio su confirmación como soberano de una serie de feudos imperiales ubicados en las Langas, región del Piamonte próxima a Cuneo. Con todo, Leopoldo I se negó a escuchar las proposiciones efectuadas a este tenor.<sup>432</sup> La juventud del archiduque, los lazos diplomáticos establecidos entre el ducado y Francia con la firma

---

pronosticado que permanecería célibe. La misiva de Madame aparece recogida en VAN DER CRUYSSSE, D.: *Madame Palatine, princesse européenne*. París, 1988, p. 383.

<sup>430</sup> Conocedor de los contactos entre Víctor Amadeo II y Luis XIV en los albores de la gestación de los Tratados de Reparto, Bazán defendió la necesidad de estrechar lazos entre las Casas de Austria y Saboya como un medio de frustrar los planes de la diplomacia francesa en Turín, que pasaban por incluir al ducado en una liga de príncipes italianos que habría de formarse al amparo de Francia. Bazán a Carlos II. Turín, 14 de junio de 1697 y Consulta del Consejo de estado al rey. Madrid, 6 de agosto de 1697. Ambos documentos en A.G.S., E., leg. 3659.

<sup>431</sup> Del contenido de las misivas de Bazán a Carlos II darían cuenta dos Consultas del Consejo de Estado al rey fechadas en Madrid, el 13 de febrero de 1698. Ambas Consultas en A.G.S., E., legs. 3672 y 3660, respectivamente.

<sup>432</sup> Tessé a Luis XIV. Turín, 24 de junio de 1699. Recogida en *Mémoires et lettres...*, I, p. 173.

de la paz de Turín y la traición del duque a la Liga de Augsburgo, movieron a Viena a rechazar a la sazón una unión con la Casa de Saboya. Sin embargo, pese al fracaso de esta primera tentativa, los rumores respecto a un posible enlace entre la princesa y el archiduque se incrementaron a finales de 1699, durante la negociación de los Tratados de Reparto de la Monarquía Hispánica. El interés del emperador por las posesiones italianas de la corona española llevó a la diplomacia imperial a promover un acercamiento con la corte de Turín. A comienzos de 1700, los ministros de Leopoldo I propusieron a Víctor Amadeo II la firma de un tratado ofensivo-defensivo, que contemplaba el matrimonio de María Luisa con el archiduque, por el que Saboya obtendría el Monferrato a cambio del apoyo del ducado a las pretensiones austriacas sobre la herencia de Carlos II. Esta vez fue Víctor Amadeo II quien evitó comprometerse. A decir de Carutti, el duque recelaba de la capacidad de Viena para hacer frente a los posibles compromisos adquiridos. Por un lado, era consciente del aislamiento diplomático en que se hallaba el emperador a comienzos de 1700. En caso de que estallara una guerra por la sucesión española, y sin el auxilio de las potencias marítimas que negociaban a la sazón con Luis XIV la partición de la Monarquía, el Imperio no podría imponerse a las fuerzas coligadas de Francia, Gran Bretaña y las Provincias Unidas.<sup>433</sup> Por el otro, Víctor Amadeo II esperaba beneficiarse de la crisis sucesoria hispana a costa de la Lombardía. No en vano, a lo largo del verano de 1700 la diplomacia ducal comenzó a negociar con Versalles y La Haya el posible intercambio del Milanésado por ciertas regiones del estado saboyano.<sup>434</sup> Desde estas perspectivas, si bien el duque no interrumpió sus contactos con la corte de Viena<sup>435</sup>, se negó por el momento a suscribir un acuerdo con la Casa de Austria, lo que terminó por condicionar la fortuna matrimonial de su hija María Luisa.

\*\*\*\*\*

A lo largo de estas páginas hemos pretendido trazar un breve esbozo sobre la infancia y juventud de María Luisa Gabriela de Saboya en la corte de Turín. Ante la falta de documentación de peso relativa a este periodo de la vida de la soberana, nos

---

<sup>433</sup> Sobre las negociaciones emprendidas por las cortes de Viena y Turín a comienzos de 1700, véase, CARUTTI, D.: *Storia della diplomazia*, III, pp. 272-274.

<sup>434</sup> Para las conversaciones entre Turín, Versalles y La Haya previas a la muerte de Carlos II, consúltense CARUTTI, D.: *Storia della diplomazia*..., III, pp. 274 y ss.; también, SYMCOX, G.: *Victor Amadeus II*..., pp. 136-138.

<sup>435</sup> Que mantuvo, como se verá en el capítulo siguiente, durante sus negociaciones con Francia previas al acuerdo borbónico-saboyano de abril de 1701.



hemos inclinado por tratar de manera somera algunos aspectos concretos que nos permitieran conocer cómo fueron estos años de su biografía. Aspectos en los que consideramos debería incidirse en investigaciones futuras dedicadas a María Luisa (educación, formación cortesana, relaciones familiares, proyección pública en la corte de Turín, alternativas matrimoniales...), a través de la búsqueda sistemática y el análisis de fuentes diversas como la correspondencia, los registros ceremoniales, las plantas y cuentas de las Casas de la duquesa Ana y Madadame Royale (que quizás posibilitarán conocer la composición del servicio de la princesa María Luisa o su incipiente labor de patronazgo sobre las damas de la corte turinesa), los tratados de educación femenina publicados o reeditados a finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII, etc.

Con todo, y al margen de los vacíos imperantes en la documentación que hemos manejado, podemos adelantar algunas conclusiones sujetas obviamente a revisiones posteriores. En primer lugar, que la instrucción que la reina recibió durante su infancia no difirió sustancialmente de la que disfrutaron el común de las muchachas de la aristocracia y de la realeza del periodo. Una educación marcada en el plano intelectual y práctico por la diferencia de sexos y que, en último término, no destacó por su erudición como demuestran algunas de las lagunas que observamos en ella (idiomas, música, pintura y otras disciplinas como economía, derecho, filosofía...). En segundo lugar, que la formación de la soberana no se circunscribió exclusivamente al ámbito letrado sino también al cortesano, según evidencia su progresiva participación, a partir de 1696, en algunas de las diferentes ceremonias y actos públicos que jalonaban el calendario ritual de la corte de Turín. En tercer lugar, que la infancia de María Luisa estuvo marcada por la continua presencia en su cotidianeidad de algunos miembros de la familia ducal, especialmente de su madre, la duquesa Ana, su abuela, Madame Royale, y sus hermanos: la futura duquesa de Borgoña y en menor medida el príncipe de Piamonte y el duque de Aosta. Con todos ellos unieron a la reina profundos lazos de afecto fruto de los años vividos en común. Lazos que no estuvieron únicamente determinados por los intereses dinásticos y familiares. Como ponen de manifiesto la correspondencia de María Luisa, existió un importante vínculo emocional que ligó a la soberana con sus parientes saboyanos, de los que siempre ansió recibir noticias y cuya lejanía lamentó en reiteradas ocasiones. Asimismo, tampoco debemos

infravalorar la influencia que la duquesa Ana y Madame Royale tuvieron en la conformación del carácter y gustos de María Luisa. En este sentido, entendemos que la afición de la reina por la vida retirada, los paseos, la costura o la conversación, tienen su origen en el estrecho contacto que esta mantuvo con su madre y abuela durante su infancia. Y otro tanto podríamos decir de algunos de los comportamientos que la soberana desarrollaría durante su vida de casada, como su atención al cuidado y bienestar de su esposo e hijos, que María Luisa bien pudo haber aprehendido de la duquesa Ana, reputada como devota madre y consorte. Para finalizar, al igual que les sucediese a otras princesas europeas, el destino de María Luisa estuvo marcado desde su niñez por las diferentes alternativas matrimoniales que se barajaron para ella. El prestigio y antigüedad de su linaje, pero sobre todo el peso del ducado de Saboya en las relaciones internacionales a partir de la década de 1690, condicionaron el futuro matrimonial de la segundogénita de Víctor Amadeo II. A despecho de su condición de hija de un simple duque, la princesa fue pretendida por importantes príncipes europeos diferenciándose en ello de las mujeres de la dinastía que le habían precedido, casadas con potentados italianos o príncipes alemanes menores.<sup>436</sup> Por un curioso guiño del destino, María Luisa pareció estar destinada a convertirse en reina de España desde el primer momento. No en vano, fue postulada como posible consorte de los tres pretendientes a la herencia de Carlos II: José Fernando de Baviera, el archiduque Carlos de Austria y el duque de Anjou, futuro Felipe V, quien finalmente la desposó.

---

<sup>436</sup> La unión de Enriqueta Adelaida de Saboya con el elector de Baviera constituyó, hasta 1696, el matrimonio más prestigioso concertado por una princesa de la Casa de Saboya.

## TELÉMACO FRANCOESPAÑOL: FELIPE V, EL PRIMER BORBÓN

«(...) Mais ce n'est point un archevêque qui a fait l'Île de Calypso ni *Télémaque*: c'est le précepteur d'un grand prince, qui devoit à son disciple l'instruction nécessaire pour éviter tous les écueils de la vie humaine, dont le plus grand est celui des passions. Il vouloit lui donner de fortes impressions des désordres que cause ce qui paroît le plus agréable, et lui apprendre que le grand remède est la fuite du péril. Voilà des grandes et d'utiles instructions, sans compter toutes celle qui se trouvent dans ce livre, capable de former un honnête homme et un grand prince.»<sup>437</sup>

Tradicionalmente la infancia y formación de Felipe V en Versalles han sido tratadas como una etapa secundaria de su biografía en la que, sin embargo, se encontraría el origen de buena parte de sus posteriores problemas al ceñir la corona española. Tal enfoque, surgido de la pluma de algunos memorialistas como Saint-Simon, pero principalmente de las biografías del monarca, que poseen un marcado carácter divulgativo y en las que apenas se dedican unas páginas a este periodo, ha abundado en tópicos que van desde lo negligente de la educación del rey o su falta de cultura, a la escasa preocupación de Luis XIV por la instrucción de sus nietos, cuyo trato apenas habría frecuentado durante su niñez.<sup>438</sup>

Hubo que esperar a los años 2000, tras el tricentenario del advenimiento del primer Borbón al trono español, para que pudiesen apreciarse variaciones sustanciales en este panorama historiográfico. Fundamental en este sentido fue un artículo de M. y B. Torrione cuyo comienzo anunciaba el cambio de perspectiva operado: “Ni la cultura de los hijos del Delfín era desdeñable (...) ni el rey [Luis XIV], que tras su hermético personaje público esconde un hombre atento a la familia, se desentendió de la existencia y porvenir de los príncipes. Si él sufrió toda su vida de una educación negligente, rodeó a sus nietos de unas precauciones morales y un refinamiento intelectual fuera de lo común.”<sup>439</sup> También fueron igualmente determinantes la biografía de Jean-François Labourdette sobre el soberano, que dedicaba casi una

---

<sup>437</sup> Madame de Grignan a Madame de Simiane. S. f. (ca. 1704), n.º 1502, recogida en MONMERQUÉ, M. (ed.): *Lettres de Madame de Sévigné, de sa famille et de ses amis*. París, 1862, X, p. 508.

<sup>438</sup> TAXONERA, L.: *Felipe V, fundador de una dinastía y dos veces rey de España*. Barcelona, 1942; VOLTES, P.: *Felipe V, fundador de la España contemporánea*. Madrid, 1991; KAMEN, H.: *Felipe V, el rey que reinó dos veces*. Madrid, 2000; MARTÍNEZ SHAW, C. y ALFONSO MOLA, M.: *Felipe V*. Madrid, 2001.

<sup>439</sup> TORRIONE, M. y B.: “De Felipe de Anjou, «Enfant de France», a Felipe V: la educación de Telémaco”, en *El arte en la corte de Felipe V*. Cat. Exp. Madrid, 2002, pp., 41-88, en concreto pp. 41-42; véase también, de la misma autora, “El espacio afectivo del príncipe: Felipe V, duque de Anjou, en los palacios de Luis XIV”, en *Reales Sitios*, 177 (2008), pp. 4-27.

treintena de páginas al análisis de su infancia y adolescencia en Versalles<sup>440</sup>; y, por último, la obra de carácter más general acerca de la instrucción de los príncipes franceses entre los siglos XVII y XVIII publicada por Pascal Mormiche en 2009, que planteaba el estudio sistemático tanto de los diversos proyectos educativos pergeñados para los diferentes *Enfants*, *Petits-Enfants* y *Princes du Sang de France* (incluidos obviamente los nietos de Luis XIV), como de la formación y características del equipo pedagógico que se encargó de llevarlos a la práctica.<sup>441</sup> La consulta de un variado corpus bibliográfico sobre las ciencias, las artes y las técnicas educativas del Antiguo Régimen, de diferentes tipos de fuentes primarias relativas a la instrucción de Felipe V y sus hermanos (como los planes de estudio de Fénelon y Fleury o los deberes escolares del monarca), así como de los detallados “Diarios” y “Memorias” de algunos cortesanos franceses, *verbigracia* Dangeau o Sourches, tónica común de los trabajos que acabamos de mencionar, han aportado una visión más matizada de la etapa de su vida que el entonces duque de Anjou pasó en la corte del Rey Sol. Así, frente a las reduccionistas conclusiones de estudios anteriores, las investigaciones de M. y B. Torrione, Labourdette o Mormiche han puesto de relieve que la educación de Felipe V no solo fue mucho más exigente y completa, en los métodos aplicados y en los saberes que integró, de lo que hasta ahora se había creído; sino que también estuvo sometida a una férrea disciplina y fue supervisada de cerca por Luis XIV y el delfín, con quienes tanto el monarca como sus hermanos tuvieron un trato asiduo aunque no estrecho en sus primeros años de vida. Instruido según los ideales de *bienséance* y *honnêteté* característicos de la Francia del *Grand Siècle*, la formación que el futuro rey recibió durante su infancia cultivó en él, además de los férreos principios morales de los que se han hecho eco diferentes historiadores, un profundo amor por la cultura que Margarita Torrione destacó asimismo al estudiar su biblioteca.<sup>442</sup> Otra cuestión diferente sería en qué medida los programas educativos dispuestos por los preceptores reales para sus regios pupilos se revelarían, llegado el momento, lo suficientemente útiles para el ejercicio práctico del poder real. O cómo afectaron los azares del destino al desarrollo de tales programas, tanto más en el caso francés donde la instrucción en las “artes y ciencias de gobierno” iba dirigida exclusivamente al delfín, futuro monarca, y no al

<sup>440</sup> LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V, réformateur de l'Espagne*. París, 2002, pp. 24-53.

<sup>441</sup> MORMICHE, P.: *Devenir Prince. L'école du pouvoir en France, XVIIe-XVIIIe siècles*. París, 2009.

<sup>442</sup> TORRIONE, M.: “Felipe V, bibliófilo. El peso de Francia en la Real Librería Pública” e íd.: “Libros y manuscritos personales de Felipe V”, ambos en *La Real Biblioteca Pública, 1711-1760. De Felipe V a Fernando VI*. Cat. Exp. Madrid, 2004, pp. 48-64 y 197-207.

resto de los príncipes segundones de la familia real. A nuestro modo de ver este último aspecto debe ser considerado al abordar la instrucción de Felipe V, principalmente si tomamos en consideración que, antes de noviembre de 1700, no se esperaba del duque de Anjou que llegase a ceñir una corona.

Junto a la educación del monarca, la historiografía ha prestado también especial atención a la personalidad de Felipe V en tanto que factor explicativo de las diversas coyunturas por las que atravesó su largo reinado. Así, las dificultades del monarca para ejercer personalmente el poder, el ascendiente ejercido por la segunda de sus esposas sobre el gobierno (y junto a ella otros personajes de diferente calado como la princesa de los Ursinos, Alberoni o Ripperdá, por citar algunos ejemplos) o sus problemas para adecuarse al modelo de representación de la majestad real desarrollado y perfeccionado por Luis XIV, han sido aspectos interpretados como consecuencia lógica de un carácter determinado por la indecisión, la falta de confianza en sí mismo, las crisis de melancolía, que con el tiempo derivaron en agudas depresiones, y la dependencia del impulso de terceros, que algunos biógrafos del rey han calificado de “esclavitud sexual”.<sup>443</sup> No obstante, sin ánimo de negar los inconvenientes que generó la particular personalidad del monarca en la *praxis* normalizada del poder, que Vázquez Gestal ha analizado en un reciente trabajo<sup>444</sup>, conviene tener presente dos cuestiones a la hora de abordar la imagen historiográfica de Felipe V (que ha estado influida en buena medida por las características de su personalidad): por una parte, como ya señaló en su día García Cárcel, la existencia de diferentes etapas en el comportamiento del primer Borbón como Rey Católico en sus más de cuarenta años de reinado. Ciertamente, existen rasgos del carácter del soberano comunes en todas ellas pero que no se manifiestan con la misma virulencia, ni tampoco generan las mismas situaciones y coyunturas. Así, según subrayó este autor, el Felipe V de la Guerra de Sucesión es un monarca que, con sus defectos, recibe con justicia el apelativo del *Animoso* con que le motejara San Felipe, a diferencia del rey de la segunda parte del reinado que, aquejado de severas depresiones, no deseaba reinar y delegó progresivamente en terceros la potestad regia.<sup>445</sup> Por otra parte, de acuerdo con el contenido de un artículo de

---

<sup>443</sup> Cfr. ERLANGER, P.: *Felipe V, esclavo de sus mujeres*. Barcelona, 2003 [2000], biografía divulgativa que ahonda en los tópicos reseñados más arriba. Su título expresa de manera bastante elocuente las tesis que su autor defiende.

<sup>444</sup> VÁZQUEZ GESTAL, P.: *Una nueva majestad. Felipe V, Isabel de Farnesio y la identidad de la monarquía (1700-1729)*. Madrid/Sevilla, 2013.

<sup>445</sup> GARCÍA CÁRCEL, R.: *Felipe V y los españoles*. Barcelona, 2003, pp. 67-68.

Labourdette, cabría notar que la imagen del soberano se encuentra inmersa en una suerte de “leyenda negra” consecuencia, en primer lugar, de la ausencia de biografías científicas dedicadas a su persona y gobierno<sup>446</sup>; y, en segundo lugar, de la «utilisation systématique et exclusive des témoignages qui sont défavorables au premier Bourbon d’Espagne, et dans une négligence délibérée de ceux qui lui sont favorables.»<sup>447</sup> A nuestro modo de ver la cuestión no estriba tanto en incidir en las virtudes de Felipe V, de las que según veremos a continuación no estaba exento; sino más bien en subrayar la ambivalencia de ciertas de las críticas que han recaído sobre su figura, además de en contextualizar el origen y sentido de los testimonios que tradicionalmente han conformado su semblanza en tanto que actor histórico.

Este capítulo se plantea como una aproximación a la persona de Felipe V desde un triple enfoque. Por un lado analizaremos de manera sintética las características de su infancia y educación en la corte de Versalles, tomando en consideración las conclusiones extraídas por los últimos estudios dedicados a este periodo de su biografía y remitiendo para un análisis más profundo a los trabajos citados más arriba, mucho más pormenorizados en su contenido. Por el otro, incidiremos en las características de la personalidad del primer Borbón con objeto de establecer un retrato más matizado del monarca, que tenga en cuenta no solo el complicado equilibrio de juicios favorables y desfavorables hacia su figura y acción en el gobierno, sino también el contexto particular en el que emanaron tales testimonios y, sobre todo, cuáles fueron los principales rasgos del carácter del monarca en el periodo del que se ocupa este trabajo: los primeros años de la Guerra de Sucesión. Por último, abordaremos el tratamiento por parte de los gobiernos de Versalles y Madrid de una cuestión tan importante como era el matrimonio del rey; cuáles fueron las expectativas de ambas cortes en cuanto a la proyección de la futura reina en la institución monárquica y la pareja real; y en qué medida la personalidad del rey influyó o no tanto en los criterios que conformaron la imagen ideal de la consorte como, más adelante, en el proceso de adaptación a sus funciones como soberana.

---

<sup>446</sup> Aspecto sobre el que M. y B. Torrione llamaron igualmente la atención. TORRIONE, M. y B.: “De Felipe de Anjou...”, en *El arte en...*, p. 41.

<sup>447</sup> LABOURDETTE, J. F.: «La personnalité de Philippe V», en BÉLY, L. (dir.): *La présence des Bourbons en Europe, XVI<sup>e</sup>-XXI<sup>e</sup> siècle*. París, 2003, pp. 171-184, en concreto, p. 172.

### **Un *Enfant de France* en la corte de Versailles: la educación de Felipe de Anjou.**

Segundogénito de Luis de Borbón, delfín de Francia, heredero de Luis XIV, y de su esposa María Ana Cristina Victoria de Baviera, el duque de Anjou nació en Versailles la madrugada del 19 de diciembre de 1683. Precedido un año antes por su hermano, el duque de Borgoña, apenas vio la luz el joven príncipe quedó a cargo de la mariscala de La Motte-Houdacourt, *gouvernante* de los *Enfants* de Francia desde 1664. Además de la mariscala se encargaron de velar por el desarrollo del recién nacido la baronesa de Pallières, segunda teniente de aya o *sous-gouvernante*; la dama Rouillier, en calidad de nodriza, y Mademoiselle Devisé, camarera principal, quien había gozado del favor de la entonces recién fallecida María Teresa de Austria.<sup>448</sup> Honesta y cariñosa con sus pupilos, no parece que la mariscala fuera en exceso estricta con los jóvenes príncipes “a los que educaba con cortesía y dignidad -escribió Saint-Simon- pero en total libertad, no andando ella muy sobrada de sentido común.”<sup>449</sup> Alojado junto a sus hermanos (en 1686 nacería el duque de Berry) en el primer piso del ala Sur de Versailles, conocida como la *Vieille Aile*, ubicada entre la *Cour Royale* y la *Cour des Princes*, el joven Anjou permaneció en «mains des femmes» hasta los siete años.

Tres años antes, a las doce de la mañana del 18 de enero de 1687, en la capilla del castillo de Versailles, los tres nietos de Luis XIV fueron bautizados oficialmente (tras su nacimiento habían recibido el agua de socorro) en una ceremonia oficiada por el obispo de Orleáns, primer limosnero del rey. El mayor, el duque de Borgoña, recibió el nombre de Luis y fue apadrinado por el monarca galo y Madame la duquesa de Orleáns; el mediano, Anjou, el de Felipe, siendo sus padrinos el duque de Orleáns (hermano de Luis XIV y abuelo de María Luisa de Saboya) y su hija, Mademoiselle, futura duquesa de Lorena; y el pequeño, el duque de Berry, apadrinado por el futuro regente y la Grande Mademoiselle (prima de Luis XIV, nieta de Enrique IV), el de Carlos. A decir de Sourches, la ceremonia no tuvo nada de extraordinario salvo el numeroso concurso de gente que asistió a ella: «on n’a guère vu la cour plus grosse

---

<sup>448</sup> TORRIONE, M. y B.: “De Felipe de Anjou...”, en *El arte en...*; p. 43.

<sup>449</sup> Cit. en *Ibid.*, p. 44. Más despectiva fue la opinión de Duclos respecto a estas mujeres al aludir la educación del duque de Borgoña: «C’est presque au moment de la naissance que l’éducation devrait commencer, ou se préparer: ces premières et précieuses années des princes sont abandonnés à des femmes ignorantes, faibles, présomptueuses, adulatrices et ne leur parlant que de leur puissance future (...)», cit. en NIDERST, A.: *Les français vus par eux-mêmes. Le Siècle de Louis XIV. Anthologie des Mémoires du Siècle de Louis XIV*. París, 1997, p. 513.

qu'elle étoit ce jour-là.»<sup>450</sup> «Toute la cour -corroboró Dangeau en su *Journal*- avoit quitté le dueil et étoit magnifiquement vêtue, surtout madame la Dauphine, qui avoit les pierreries de la couronne outre les siennes.»<sup>451</sup> Por la noche, el rey ofreció un gran baile, «où les hommes et les femmes furent magnifiquement parés», en el que la delfina, pese a haber sufrido un aborto recientemente, danzó en público durante largo tiempo: «c'étoit un jour d'une trop grande gloire pour elle -concluye Sourches- pour ne pas faire quelque chose d'extraordinaire.»<sup>452</sup>

*-La Casa del duque de Anjou: servidumbre y equipo pedagógico.*

Poco antes de que cumpliera los siete años de edad, concretamente desde octubre de 1690, Felipe se trasladó al *Aile Neuve* del castillo<sup>453</sup>, abandonó las ropas infantiles para adoptar las calzas masculinas y tuvo lugar la designación oficial de la que en adelante sería su servidumbre.<sup>454</sup> A la cabeza la casa se situaría Paul de Saint-Aignan, duque de Beauvilliers<sup>455</sup>, sucesivamente *gouverneur* o ayo de los duques de Borgoña (1689), Anjou (1690) y Berry (1692). Yerno del gran Colbert, primer gentilhomme de cámara de Luis XIV, jefe del Consejo de Hacienda y ministro de Estado, Beauvilliers estaba en buenos términos con Madame de Maintenon, el confesor real, Padre La Chaise y el propio Luis XIV, quien le dejó plena libertad a la hora de componer la Casa que rodearía a sus nietos hasta sus respectivos matrimonios.<sup>456</sup> Correspondió así al aristócrata la designación tanto del equipo pedagógico que se encargaría de la

---

<sup>450</sup> SOURCHES, II, p. 12.

<sup>451</sup> Entrada del sábado 18 de enero de 1687. DANGEAU, II, p. 9.

<sup>452</sup> SOURCHES, II, p. 12.

<sup>453</sup> Se trataba de una zona aislada del cuerpo central del castillo, espacio donde se encontraban los aposentos de Luis XIV y tenían lugar las ceremonias más representativas del ritual de corte francés. VÁZQUEZ GESTAL, P.: *Una nueva majestad...*, pp. 75-76 (infra 92).

<sup>454</sup> «M. le duc de Anjou ne sortira des mains des femmes qu'au mois d'octobre (...)» Entrada del lunes, 28 de agosto de 1690. DANGEAU, III, p. 205.

<sup>455</sup> Parece que en un primer momento se pensó en otorgar el cargo al duque de Montausier, quien había ejercido como ayo del delfín, pero su edad (setenta y nueve años) y sus métodos educativos (en los que primaba el castigo físico ante el menor desliz) desaconsejaron su elección. LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V...*, p. 28. Sobre el puesto destacó Spanheim en 1690 «la charge de gouverneur du Dauphin, de même que celle aujourd'hui de gouverneur du duc de Bourgogne son fils, est encore une des plus belles et plus considérables charges de la cour; aussi ne voit-on guère que des seigneurs honorés de la qualité de ducs et pairs qui en soient revêtus.» *Relation de la cour de France...*, p. 124. «On ne sauroit mieux choisir», concluyó Madame de Sevigné al conocer la elección. MONMERQUÉ, M. (ed.): *Lettres de Madame de Sevigné...*, IX, p. 572.

<sup>456</sup> LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V...*, p. 30.



educación del duque de Anjou como de su servidumbre más cercana.<sup>457</sup> El puesto principal, el de preceptor, recayó en François de Salignac de la Motte-Fénelon (futuro arzobispo de Cambray), quien se había hecho cargo ya de la educación de las hijas del propio Beauvilliers (para las que escribió el *Traité de l'éducation des filles*)<sup>458</sup> y que gozaba además del beneplácito de Madame de Maintenon, con la que trabó relación por mediación de las duquesas de Beauvilliers y de Chevreuse.<sup>459</sup> Como subpreceptores fueron nombrados Claude Fleury, antiguo preceptor de los príncipes de Conti y del conde de Vermandois, conocido ya en Versalles según Torrione por sus escritos educativos; y Pantaleón de Beaumont, sobrino del propio Fénelon, al tiempo que la educación espiritual de los jóvenes príncipes y los cargos de tenientes de ayo iban a parar respectivamente a Louis Le Valois, confesor del preceptor, y a los marqueses de Saumery, sobrino de la esposa de Beauvilliers, y de Denonville. En cuanto al resto del servicio del futuro Felipe V estaría compuesto por los marqueses de Candau y Louville, como gentileshombres de la mancha; Claude de La Roche y Gaspar Hersan, en calidad de primeros ayudas de cámara y guardarropa; François de Boisbrun, portador del arcabuz; y el marqués de Valouse, como escudero. Según hemos visto, buena parte de estos servidores acompañarían a su señor hasta España, donde se instalarían de manera permanente en algunos casos.

El estallido de la querella quietista, sumado a la polémica Fénelon-Bossuet, aparejó cambios importantes en la servidumbre de los *Enfants de France*. Parcialmente en desgracia ante Luis XIV por breve tiempo, Beauvilliers fue capaz de sobreponerse a la tormenta; no así el preceptor, Fénelon, que fue exiliado de la corte y apartado de la educación de los nietos reales.<sup>460</sup> Sustituido por Fleury, se nombraron además nuevos subpreceptores, lectores y gentileshombres de la manga, cargos que fueron a parar a Nicolas Le Fèvre, sacerdote del Hospital General de París; Jean Vittement, rector de la

---

<sup>457</sup> Para una síntesis acerca de los cargos que componían la Casa de los *Enfants de France* durante su educación, cfr. MORMICHE, P.: *Devenir prince...*, pp. 3-20.

<sup>458</sup> Sobre las características formales, el contenido y la incidencia de este tratado pedagógico en la educación femenina en España durante el Siglo de las Luces, véase FRANCO RUBIO, G.: "El Tratado de la Educación de las hijas de Fénelon y la difusión del modelo de mujer doméstica en la España del siglo XVIII", en ALVAR EZQUERRA, A. (coord.): *Las Enciclopedias en España antes de «l'Encyclopédie»*. Madrid, 2009, pp. 479-500.

<sup>459</sup> *Souvenirs de Madame de Caylus*. Édition présentée et annotée par Benard Noël. París, 1986 [1965], p. 85.

<sup>460</sup> Sobre el *Quietismo* véase la entrada de Jacques Le Brun en BLUCHE, F. (dir.): *Dictionnaire du Grand Siècle...*, p. 1290; BLUCHE, F.: *Louis XIV*. París, 2007 [1986], pp. 754-761. Sobre la polémica entre Fénelon y Bossuet, PETITFILS, J. C.: *Louis XIV*. París, 2002 [1995], pp. 533-543, también CHALINE, O.: *Le règne de Louis XIV*. II. París, 2009 [2005], pp. 177-180.

Universidad de la misma ciudad; y a los marqueses de Puységur y Montviel respectivamente.<sup>461</sup>

*-Mente, cuerpo y espíritu: instrucción intelectual, física y moral del duque de Anjou.*

Desde una perspectiva general, tal y como constata Mormiche, la educación recibida por los príncipes franceses entre los siglos XVII y XVIII contemplaba el aprendizaje de un variado *corpus* de conocimientos intelectuales (junto a la historia, materia más importante, los regios niños recibirían nociones de gramática, filosofía, lógica, matemáticas, economía); lenguas extranjeras (sobre todo latín); artes (dibujo, pintura, música...); catecismo católico y moral cristiana; ejercicios físicos (caza, equitación, maniobras militares) y rudimentos de comportamiento cortesano, fundamentales estos últimos para que adquiriesen la *tenure* y dignidad que se esperaba de ellos en virtud de su linaje. Una formación, en definitiva, que aspiraba a ser bastante completa y que, si bien es cierto que en ocasiones se reveló insuficiente para el ejercicio práctico del poder real (como sucedería con Felipe V), buscaba otorgar a los jóvenes príncipes un conocimiento general, nunca profundo pues no se trataba de hacer de ellos unos intelectuales, tanto de las principales disciplinas que caracterizaban el mundo intelectual de la Edad Moderna como de las reglas de la *civilité* y *bienséance* cortesanas. Además, concretamente para el caso francés, se trataba de una educación que de forma pragmática diferenciaba entre los saberes dirigidos al heredero y futuro rey de aquellos que se enseñaban a los príncipes segundones, cuya instrucción no resultaba por ello menos adecuada pero sí acorde al papel accesorio que estaban llamados a representar en el cuerpo de la Monarquía.<sup>462</sup>

En lo que concierne a la instrucción de los nietos de Luis XIV, tradicionalmente se pensó que había sido descuidada tanto por el monarca francés como por el delfín. Sin embargo, los recientes estudios de Margarita y Béatrice Torrione, o la biografía de Labourdette sobre Felipe V, han contribuido a desterrar esta idea. En este sentido la

---

<sup>461</sup> TORRIONE, M. y B.: “De Felipe de Anjou...”, en *El arte en...*, pp. 48-50; MORMICHE, P.: *Devenir prince...*, pp. 63-68; 70-71; LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V...*, pp. 31-32. La servidumbre originaria del duque de Anjou (1690) en DANGEAU, III, pp. 205-206.

<sup>462</sup> Cfr. MORMICHE, P.: *Devenir...*, especialmente la conclusión, pp. 361-370. «Dans le système dynastique français, la primogéniture favorise, en effet, l'éducation plus complète des aînés en situation d'hériter du pouvoir (...). Loin de délaisser les cadets comme cela a souvent été estimé, chaque prince est élevé selon son utilité dans la hiérarchie familiale. Seuls les dauphins ont accès aux sciences du gouvernement. Pour les cadets, les 'héritiers' ou les fils légitimes, d'autres voies sont tracées avec une éducation spécialisée autorisant quelques innovations.»

investigación llevada a cabo por estos autores, y en especial por las dos primeras, nos ha permitido conocer que la educación de los *Enfants de France* estuvo lejos de ser tan negligente como hasta los años 2000 se había creído. Al contrario, se trató de una formación muy completa, sometida a un plan educativo detallado y a una férrea disciplina, que tomó en consideración no solo el desarrollo intelectual y moral de los tres jóvenes príncipes, sino también su evolución física y corporal.<sup>463</sup>

Antes de que estallara la querrela quietista Fénelon y Fleury pergeñaron un programa de estudios (alrededor de las tres grandes áreas de conocimiento religión-historia-ciencias) que contemplaba la adquisición progresiva de saberes y destrezas según se iba avanzando en edad. Al igual que hiciera con las hijas del duque de Beauvilliers, Fénelon basó su pedagogía en la asociación del aprendizaje con el juego, la disciplina y los estímulos agradables (de ahí que deplorase el castigo físico al que el duque de Montausier, antiguo *gouverneur* del delfín, había recurrido con excesiva frecuencia). El objetivo general del preceptor era hacer de sus pupilos unos muchachos bien instruidos moral, física e intelectualmente, aunque en este último aspecto es de notar, como acabamos de precisar, que en ningún caso se pensó en convertirlos en unos eruditos (léase pedantes) sino más bien en lo que la época se definía como un *honnête homme*: esto es un ideal de hombre emanado de la corte, dotado por igual de aptitudes para las artes, las letras, la conversación, el juego y los ejercicios físicos.<sup>464</sup>

Centrándonos en el aspecto intelectual de la educación de los *Enfants de France*, en sus etapas iniciales Fénelon empleó la fábula y la imagen en tanto que recursos instructivos. La primera, cuya utilización preconizara en su *Dialogues des morts composés pour l'éducation d'un prince*, con su carácter ejemplarizante, serviría para aportar diversas lecciones de moralidad a los regios alumnos; la segunda, para cuya puesta en práctica Fénelon podía valerse de los frescos pintados en los salones de Versalles, ayudaría a los jóvenes príncipes a identificar los hechos y virtudes de los grandes personajes de la Antigüedad y de la Monarquía francesa, que podían ejercer de modelo

---

<sup>463</sup> TORRIONE, M. y B.: “De Felipe de Anjou...”, en *El arte en...*; LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V...*, p. 47. Otras síntesis de la educación del futuro rey de España, a nuestro juicio las mejores junto a las ya citadas, pueden encontrarse en MARTÍNEZ SHAW, C. y ALONSO MOLA, M.: *Felipe V...*, pp. 21-28 y VARGA, S.: *Philippe V...*, pp. 56-125.

<sup>464</sup> Para una definición resumida de las características que conformaban el ideal de *honnête homme* durante los reinados de Luis XIII y Luis XIV, cfr. la entrada que se encuentra en BLUCHE, F. (dir.): *Dictionnaire...*, p. 728-729; también GRELL, C.: *Histoire intellectuelle culturelle de la France du Grand Siècle (1654-1715)*. París, 2000, pp. 56-75, especialmente interesante para conocer el impacto que tuvo sobre la alta sociedad francesa la publicación de la obra de Nicolás Faret *L'Honnête Homme ou l'art de plaire à la cour*.

de comportamiento para ellos; por último, la combinación de ambos recursos serviría para iniciarles en materias como la mitología, en el conocimiento de las grandes obras de la literatura clásica y en disciplinas más complejas como la historia propiamente dicha.<sup>465</sup>

Junto a la fábula y la imagen, el dominio del latín y de la disertación se revelaría también fundamental en las primeras etapas de la formación principesca. Lengua que todo príncipe bien educado debía conocer, imprescindible para acceder al saber del mundo grecolatino, el aprendizaje del latín se canalizaría a través de dos vías: por un lado la lectura y traducción de autores franceses (las *Fábulas* de La Fontaine en lengua latina por ejemplo) y más tarde clásicos (Ovidio y Esopo); por el otro, y en continuidad con las prácticas pedagógicas humanistas, mediante la redacción de pequeños textos y breves epístolas que Borgoña y Anjou intercambiaron a menudo y que versaban sobre la cotidianidad de ambos hermanos.<sup>466</sup> En cuanto a la disertación, conocida en el siglo XVII bajo el término de “amplificación”, se llevaba a cabo bien de forma escrita (en latín y francés), bien a través del debate oral después de la lectura de una obra literaria o histórica previamente seleccionada o adaptada, según los casos, por el preceptor. La importancia que se otorgaba en la época a esta práctica radicaba en su consideración como un medio capaz de alentar no solo la creatividad, sino también el desenvolvimiento de los regios pupilos en el plano retórico. Un buen ejemplo de la aplicación del futuro Felipe V a este menester sería el epílogo de la obra cumbre de Cervantes, *Don Quijote*, redactado por el joven príncipe cuando apenas contaba nueve años y que fue objeto de un breve análisis por Margarita y Béatrice Torrione en su ya citado artículo.<sup>467</sup>

De acuerdo con ambas autoras, que examinaron en profundidad los deberes infantiles del monarca conservados en la Biblioteca Nacional de España y la Real Biblioteca de Palacio, antes de cumplir los trece años el duque de Anjou conocería el catecismo y algunos pasajes de la Historia Sagrada; las *Fábulas* de Esopo, los *Comentarios* de César y una edición de la reciente *Guerre de Hollande*, obra esta última sobre la que Felipe disertaría. A partir de 1697 aproximadamente, comenzaría a recibir

---

<sup>465</sup> MORMICHE, P.: *Devenir...*, p. 245.

<sup>466</sup> TORRIONE, M. y B.: “De Felipe de Anjou...”, en *El arte en...*, p. 74; MORMICHE, P.: *Devenir prince...*, pp. 205-208.

<sup>467</sup> TORRIONE, M. y B.: “De Felipe de Anjou...”, en *El arte en...*, pp. 71-74. También, TORRIONE, M.: «L’Espagne dans l’éducation des Enfants de France. Don Quichotte, le miles gloriosus de Philippe d’Anjou: 1693», en TORRIONE, M. y SABATIER, G. (eds.): *Louis XIV espagnol? Madrid et Versailles, images et modèles*. Versailles, 2009, pp. 271-287.

lecciones de matemáticas y tendría el suficiente dominio del latín como para empezar a traducir las *Metamorfosis* de Ovidio. Probablemente por las mismas fechas, quizás un poco antes, Anjou profundizaría en el estudio de los clásicos (César, Virgilio, Tácito, Quintiliano, Tito Livio, Cornelio Nepote, Plutarco...) y se iniciaría en jurisprudencia, en Historia de Roma (desde su fundación hasta su caída) y en *Historia de Francia*.<sup>468</sup> Cerca de los quince años, hacia 1698, sería capaz de traducir al francés las *Sátiras* de Horacio y *Los Oficios* de Cicerón, así como de realizar una comparación entre las dos principales figuras de la Antigüedad Clásica, Alejandro y César, totalmente desfavorable para el primero. Además, Felipe habría comenzado a estudiar filosofía antigua y moderna, ciencias naturales e historia y geografía de las diferentes regiones y países de Europa, América y Asia (materias cuya enseñanza correría a cargo de Fleury y Vittement). Dada la carencia de obras históricas de referencia dirigidas a los escolares, el nuevo preceptor y el subpreceptor hubieron de encargarse a la sazón de extraer y adaptar algunos de los trabajos más importantes de esta materia; también, recopilaron mapas de diferentes zonas del globo terráqueo desde las Indias y China hasta Francia, cuya geografía, administración e instituciones políticas, religiosas y civiles debían conocer los tres príncipes con cierta exhaustividad. Según el plan establecido para el duque de Borgoña, estaba previsto que los *Enfants de France* estudiaran, además de la historia de Francia, la historia de Inglaterra, Suecia, Noruega y Dinamarca; un año después abordarían la del Imperio alemán, los Países Bajos, Lorena y Saboya y, por último, la historia de los países del Sur de Europa: los estados de Italia, España (sirviéndose de la obra del Padre Mariana) y Portugal. Asimismo, en algún momento debían recibir lecciones básicas sobre la historia y la geografía de Hungría, Turquía, África, las Indias orientales y América.<sup>469</sup> En algunos casos se previó que junto con el estudio de algunos de estos países los nietos de Luis XIV conociesen sus lenguas y textos literarios más significativos. No obstante, aparte del latín, Anjou y sus hermanos solo recibieron ciertas nociones de castellano e italiano, sin duda debido a la opinión que Fénelon albergaba de los idiomas extranjeros, cuya

---

<sup>468</sup> Entre los deberes manuscritos de Felipe V conservados en la Biblioteca Nacional se encuentra una Historia de Francia en tres tomos además de un conjunto de composiciones en latín sobre algunos de los monarcas de las dinastías Capeto y Valois: San Luis, cuya vida resumió partiendo de los escritos que sobre el santo monarca realizase su propio padre, el delfín, durante su educación; Francisco I y Enrique II (sobre el primero existen dos disertaciones realizadas según Torrione y Mormiche tras la lectura de la obra del historiógrafo Antoine Varillas).

<sup>469</sup> TORRIONE, M. y B.: “De Felipe de Anjou...”, en *El arte en...*, pp. 70-83; MORMICHE, P.: *Devenir...*, pp. 245-252.

utilidad reducía a la lectura, según sus propias palabras, «des livres dangereaux; il y a beaucoup plus à perdre qu'à gagner dans cette étude.»<sup>470</sup>

A este cúmulo de saberes intelectuales hemos de añadir la vertiente estética de la formación de los *Enfants de France*, que buscaba evitar que los príncipes cayeran en plena juventud en la ociosidad, de la que derivaban vicios como el juego, tan en boga entre la nobleza cortesana de Versalles.<sup>471</sup> En lo que respecta a Felipe V esta se redujo a la danza, que el futuro monarca ejecutaba con notable gracia y en la que él y sus hermanos fueron instruidos por Guillaume Raynald, quien fuera a su vez profesor de su padre, el delfín. Y el dibujo, al que Borgoña y Anjou eran bastante aficionados, disciplina en la que contaron con el magisterio del anticuario y coleccionista François Roger de Gaignières, primero, y el pintor Charles Silvestre, después. Por lo que se refiere a la música, que devendría con el tiempo otra de las grandes pasiones de Felipe V, solo Borgoña recibió por lo que parece lecciones de canto.<sup>472</sup>

Para terminar con este somero repaso por la instrucción de los nietos de Luis XIV restaría aludir a las facetas moral y física de su formación. En relación con la primera, dio comienzo cuando el pequeño Anjou contaba con cuatro años y se basó en la enseñanza del catecismo, la historia sagrada y las hagiografías o vidas de Santos. Empero, más interesante que las fuentes de las que bebió la educación religiosa de los *Enfants de France*, por otro lado las tradicionales, sería el enfoque adoptado por Fénelon en este punto. Lejos de imponer a sus pupilos unas prácticas devocionales estrictas y fatigosas, que en algunos casos podían resultar incomprensibles para unos niños de su edad y corrían el riesgo de generar en ellos un cierto rechazo, el preceptor abogó por una *pietas* razonadas. Evidentemente, Borgoña, Anjou y Berry asistían a las grandes festividades litúrgicas de la corte francesa y, al igual que el resto de los miembros de la familia real, comulgaban en público cinco veces al año. Ahora bien, pese al respeto hacia los preceptos del catolicismo que debían demostrar como príncipes cristianos, Fénelon procuró alejarles de los excesos del misticismo abstracto. A semejanza de lo que hiciese en su instrucción intelectual, el arzobispo de Cambray recurrió a los estímulos agradables a la hora de abordar su formación religiosa. Así, les instó a emprender la lectura de obras devocionales, seleccionadas con anterioridad por él mismo, que debían llevar a los tres príncipes «à découvrir les bases de la foi, son

---

<sup>470</sup> Cit. en VARGA, S.: *Philippe V...*, p. 107.

<sup>471</sup> MORMICHE, P.: *Devenir...*, pp. 351-353.

<sup>472</sup> TORRIONE, M. y B.: "De Felipe de Anjou...", en *El arte en...*, pp. 55-57.

établissement, sa perpétuité et tout ce qui pousse à pratiquer et à croire.»<sup>473</sup> A través de las representaciones iconográficas, combinadas con el estudio de los episodios del Antiguo y Nuevo Testamento y las ya mencionadas hagiografías, el preceptor fomentó el desarrollo de una fe firme y profunda en sus pupilos, sustentada no tanto en las apariencias externas del rito católico como en la asunción de los valores morales propiamente cristianos y en la comprensión de los grandes paradigmas del cristianismo.<sup>474</sup> Volveremos después sobre este aspecto puesto que la instrucción religiosa del futuro Felipe V sería vista años después como una de las causas de su dependencia hacia sus dos esposas, con las consecuencias a nivel político-diplomático que se atribuyeron a la misma.

Pero si los resultados de la instrucción del monarca en el plano moral y religioso han sido objeto de debate, por las implicaciones que tuvieron a un más amplio espectro, no ha sucedido así con la vertiente física de su formación. Convencido de la importancia que el ejercicio había de tener en la vida de los príncipes franceses, recurso que como el dibujo, la danza o la música había de alejarles de los vicios derivados de una vida sedentaria y ociosa, Beauvilliers educó a sus pupilos «comme s'ils devaient être un jour des athlètes.»<sup>475</sup> El éxito del *gouverneur* en este punto merece ser destacado: el ejercicio físico, al aire libre, compaginado con una estricta supervisión de los hábitos de higiene, alimentación y salud de los tres príncipes (en este último caso un exhaustivo control de los remedios que la ciencia médica de la época prescribía a sus pacientes: sangrías, purgas, eméticos, etc.) favorecieron que los nietos de Luis XIV se criasen como niños sanos y robustos.<sup>476</sup>

Beauvilliers aplicó sobre Felipe y sus hermanos una férrea disciplina en este aspecto de su formación. Con el fin de fortalecer la resistencia física de sus pupilos, no solo les acostumbró a dar largos paseos diarios (sin sombrero excepto cuando llovía) independientemente de la estación del año o de las inclemencias climatológicas; sino que también fomentó su afición a algunos de los deportes más populares entre la nobleza cortesana a la sazón, como la pesca, el mallo o el juego de pelota, que el perfecto cortesano y *honnête homme* debía igualmente practicar con destreza. No

---

<sup>473</sup> Cit. en VARGA, S.: *Philippe V...*, p. 118.

<sup>474</sup> *Ibid.*, pp. 116-125, donde se estudia en profundidad la religiosidad del monarca.

<sup>475</sup> LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V...*, p. 34.

<sup>476</sup> Para una descripción del régimen de comidas y salud de los *Enfants de France*, cfr. *Ibid.*, p. 33 y VARGA, S.: *Philippe V...*, p. 67-70. También la visión general de VIGARELLO, G.: *Histoire des pratiques de santé. Le sain et le malsain depuis le Moyen Âge*. París, 1999 [1993], especialmente partes II y III.

obstante, serían la caza, los ejercicios ecuestres y las maniobras militares, fundamentales en la educación principesca por su relación con el mundo castrense y por los valores ligados a ellas (autodominio, templanza y disciplina, que el buen príncipe había de poseer), las materias más importantes en esta faceta de la instrucción de los *Enfants de France*. Al igual que buena parte de la realeza y la aristocracia contemporáneas, los duques de Borgoña, Anjou y Berry sentían una particular afición por la práctica cinegética, común por otro lado a casi todos los Borbones. En 1691, los dos mayores participarían durante una de las estancias de la corte francesa en Fontainebleau en su primera cacería junto a Luis XIV. Sin embargo, sería a partir de 1695 cuando tomarían parte más asiduamente en las partidas de caza reales, aunque seguirían las largas marchas a pie, y no a caballo como el resto de los asistentes, debido al consabido interés de Beauvilliers por fortalecer su constitución. Cuatro años después, en 1699, Felipe comenzó a tomar lecciones de equitación bajo la dirección del marqués de Nesmond, escudero más antiguo de la *Grande Écurie* de Versailles. Con el tiempo, Anjou llegaría a ser un consumado jinete, muy diestro tanto en la monta como en la ejecución de ciertos juegos de destreza: a saber la “sortija” y las “cabezas”, habilidad de la que haría gala ya en Madrid.<sup>477</sup> Por último, restaría aludir a la formación militar que recibió el futuro Rey Católico. A instancias de Beauvilliers, para quien el aprendizaje del arte de la guerra era imprescindible en la educación de un príncipe de la Casa de Francia, Felipe y sus hermanos recibieron nociones de estrategia militar clásica y moderna bajo la supervisión de los gentileshombres de la manga (*gentilhommes de la manche*), Puységur y Montviel. Su aprendizaje de la materia tendría dos vertientes, teórica y práctica. En este sentido los tres príncipes no solo leyeron las obras de los grandes estrategas de la historia como Vegecio, Claudio Eliano, Frontino, Montecuccoli, el duque de Rohán o los *Discours militaires* de François de La Noue, dedicados a las hazañas de Luis XIV en los campos de batalla europeos; sino que también asistieron junto a otros miembros de la familia real a diferentes revistas, paradas militares y simulaciones de batallas, como las que tuvieron lugar en el campo de Coudun, Compiègne, en septiembre de 1698, que Felipe presenció aunque estaban dedicadas especialmente a la educación militar de su hermano mayor, el futuro heredero al trono.<sup>478</sup>

---

<sup>477</sup> TORRIONE, M. y B.: “De Felipe de Anjou...”, en *El arte en...*, pp. 63-65.

<sup>478</sup> De hecho, Souches y Dangeau no mencionan al monarca en sus relatos de esta efeméride (que se prolongó casi un mes), insistiendo por el contrario en la presencia del duque de Borgoña en las



### Logros y limitaciones de una *¿éducation de cadet?*:

Antes de que San Felipe y otros cronistas del reinado ponderasen la gallardía de Felipe V, quizás de manera un tanto exagerada habida cuenta que se le comparaba con Carlos II, otros miembros del entorno cortesano del entonces duque de Anjou aludieron a su prestancia física, que por lo que parece superaba a la de sus hermanos.<sup>479</sup> Frente a la cojera e incipiente joroba del duque de Borgoña y a la crecente obesidad que el duque de Berry desarrolló con el tiempo, Felipe de Anjou creció como un joven bien formado no exento de atractivo. Ezequiel Spanheim, que lo conoció cuando apenas contaba siete años, le describió como el más parecido físicamente a su padre, el delfín, guapo y rubio, pequeño para su edad y de salud más delicada que su hermano mayor.<sup>480</sup> Con el tiempo, el régimen de vida y la actividad física impuestos por Beauvilliers y Fénelon sobre sus jóvenes pupilos hicieron del futuro Felipe V un joven de llamativa robustez. «Plutôt robuste que délicat», señaló Pisani, el embajador veneciano en Versalles; algún día será tan fuerte como el rey de Polonia (Augusto II), profetizó Madame la duquesa de Orléans en 1699.<sup>481</sup> No obstante, aunque vigoroso, Anjou, al igual que Luis XIV y el delfín, no destacó nunca por su elevada estatura. Relativamente bajo, indicó Pisani en 1700, «sa stature n'excède pas la médiocre et il n'y a pas apparence qu'elle augmente». El mismo diplomático le describiría con motivo de su ascenso al trono como un joven príncipe de aspecto agradable, coronado por una mata de cabellos rubios naturales que suponían un ornamento muy noble para su persona, de ojos azules, el rostro alargado y cuyo labio, sin ser totalmente austriaco, mostraba las trazas características de los Habsburgo. «Il a l'air bien autrichienne», escribió Madame, al tiempo que refería la tendencia del duque de Anjou a tener la boca siempre abierta.<sup>482</sup> Mocénigo, homólogo de Pisani en Madrid, corroboraría meses después estas impresiones:

---

diferentes simulaciones que tuvieron lugar durante el desarrollo de las maniobras en Coudun. DANGEAU, VI, pp. 406 y ss.; SOURCHES, VI, pp. 59 y ss.

<sup>479</sup> GARCÍA CÁRCCEL, R.: *Felipe V*..., pp. 69 y 73.

<sup>480</sup> «Le duc de Anjou, second fils de France (...) est ainsi qui vient d'entrer dans la septième année de son âge, est beau et blond qui a le plus de ressemblance avec le Dauphin son père. Au reste d'un visage et d'une constitution plus délicate que son aîné, de plus petite taille pour son âge et d'ailleurs d'une humeur plus souple et plus ployable à ce qu'on veut de lui (...)» *Relation de la cour de France en 1690 par Ézéchiel Spanheim*. Édition établie et annotée par Émile Bourgeois et présentée par Michel Richard. Paris, 1973, p. 71.

<sup>481</sup> Cit. en LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V*..., p. 94; Madame a la duquesa de Hannover. Fontainebleau, 16 de septiembre de 1699, recogida en JAEGLÉ, E. (ed.): *Correspondance de Madame, Duchesse d'Orléans*. Paris, 1880, vol. I, p. 217.

<sup>482</sup> Cit. en LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V*..., p. 94. «Il a (...) la bouche toujours ouverte. Je lui en fais l'observation cent fois quand on le lui dit, il la ferme, car il est bien docile; mais, dès qu'il s'oublie, il la

“Le rare doti, che la natura e l’educazione somministraono per ornamento di questo monarca -escribió- lo rendono oggetto dell’ammirazione e dell’amore di tutti li cuori (...) di poco più di 18 anni, di corpo agile e robusto, non eccedente l’ordinaria statura; di volto in cui campeggia serena la maestà accoppiata con la perfetta simmetria delle parti, sparge dallo sguardo la vivacità interna dello spirito, di cui e arricchito (...).”<sup>483</sup>

Pero si la prestancia de Felipe V despertaba admiración, las peculiaridades de su personalidad no concitaron una unanimidad semejante, siendo más censuradas que elogiadas por cuantos le rodearon primero en Versalles y después Madrid. Ciertamente, las críticas más abiertas y mordaces son posteriores a noviembre de 1700, cuando las carencias del joven monarca para ocupar el puesto que el destino le había deparado se hicieron evidentes. Empero, las virtudes y defectos del rey, como los puntos débiles de su educación, fueron glosadas prácticamente desde su infancia. En este sentido, uno de los primeros relatos con los que contamos acerca del carácter del duque de Anjou (1686-1696) le describía como un joven afable, juicioso, que prometía mucho.<sup>484</sup> En esta misma línea laudatoria Madame, tía abuela del soberano, quien sentía por él un afecto sincero<sup>485</sup>, ponderó en su epistolario la bondad y buen corazón del joven príncipe, así como su generosidad, virtud rara en la familia real francesa, que compensaban en su opinión la falta de inteligencia y vivacidad del muchacho.<sup>486</sup> La religiosidad razonada que le imbuyese Fénelon durante su infancia hizo de él un joven honesto, sincero, sin dobleces ni hipocresías: «de plus véridique -continuaba la dama-,

---

tient ouverte de nouveau (...)» Madame a la duquesa de Hannover. Versalles, 13 de noviembre de 1700, recogida en JAEGLÉ, E. (ed.): *Correspondance...*, I, p. 261.

<sup>483</sup> Cit. en BAROZZI, N. y BERCHET, G. (eds.): *Relazioni degli stati europei lette al Seanto dagli Ambasciatori veneti nel secolo decimosettimo. Serie I. Spagna. Vol. II.* Venecia, 1860, p. 704.

<sup>484</sup> DURANTON, H.: «Mémoires d’un inconnu sur le roi Louis XIV de France et sa cour, les princes royaux, les maréchaux et les hommes d’État de la France (1686-1696)», en *Cahiers Saint-Simon*, 17 (1989), pp. 15-30, en concreto, p. 16.

<sup>485</sup> Cuando el futuro Luis I casó en 1722 con una de las nietas de Madame, Luisa Isabel de Orleáns, ésta escribió al desposado: «Vous croyez peut-être que d’avoir épousé ma petite-fille est ce qui m’attache seul à vous, mais si le roi votre père vous avait dit comme je l’ai aimé dès la plus tendre enfance, vous verriez que mon attachement vient de plus loin.» Madame al príncipe Luis. París, 2 de febrero de 1722, cit. en VAN DER CRUYSE, D.: *Madame Palatine, princesse européenne*. París, 1988, p. 713. La cursiva es nuestra. Acerca de la imagen de Felipe V en la correspondencia de Madame, cfr. LÓPEZ ANGUITA, J. A.: “La imagen de Felipe V y su entorno cortesano a través de la correspondencia de Madame la duquesa de Orleáns”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y LUZZI TRAFICANTE, M (coords.): *La corte de los Borbones: crisis del modelo cortesano*. Madrid, 2013, II, pp. 1127-1162.

<sup>486</sup> «Il n’a pas autant de vivacité ni autant d’intelligence que son plus jeune frère [Berry], mais il possède d’autres excellentes qualités: il a bon cœur, il est généreux (ce qu’on n’est guère dans la famille) (...); il est miséricordieux (...)» Madame a la duquesa de Hannover. París, 13 de noviembre de 1700, recog. en JAEGLÉ, E. (ed.): *Correspondance...*, I, p. 261.

pour rien au monde il ne dirait des messonges; il sera homme de parole aussi (...).»<sup>487</sup> Dotado de una naturaleza apacible («il a le meilleure caractère du monde»<sup>488</sup>), menos orgullosa que la de su hermano mayor y no tan encantadora como la del más joven, el duque de Anjou pasó buena parte de su infancia mediando en las frecuentes riñas de los duques de Borgoña y Berry.<sup>489</sup> Inspirado por la actitud de su abuelo, el futuro Felipe V mostró desde muy joven una cierta inclinación por el mundo de las armas (virtud que compartía con su padre, su hermano mayor y otros príncipes de la familia real) de la que dio buena prueba a lo largo de la Guerra de Sucesión: «il a du courage», sentenció la duquesa de Orleáns.<sup>490</sup>

Terminan aquí las excelencias del carácter del futuro soberano para dar paso a continuación a lo que fueron juzgados como defectos por sus contemporáneos y más adelante por la historiografía. En este sentido, los aspectos negativos de la personalidad de Felipe V han concitado mucha más atención que sus virtudes por parte de los biógrafos del monarca y los historiadores del reinado. Desde San Felipe, que aludiera abiertamente a los problemas mentales del rey (“profundísimas melancolías” y “debilidad de cabeza tal”) hasta Louville, cuya correspondencia (editada en 1818) abundaba en las carencias del monarca para ejercer el poder, pasando por la historiografía inglesa, francesa y española decimonónica (Coxe, Michelet, Modesto Lafuente o Maldonado Macanaz), la imagen de Felipe V se encuentra lastrada por una suerte de leyenda negra, fundamentada precisamente en los defectos más llamativos de su carácter, que parece haber hecho tabla rasa sobre los primeros años del reinado para centrarse en la segunda etapa del mismo, cuando Felipe, ciertamente enfermo, ansiaba abandonar la corona y parecía incapaz de reinar.<sup>491</sup> No obstante, tal y como García Cárcel o Labourdette puntualizaron en su día, conviene diferenciar no solo entre la trayectoria del monarca antes y después de la Guerra de Sucesión (aspectos como la melancolía que le aquejaba, por ejemplo, apenas son evidentes durante el conflicto); sino que también es oportuno contextualizar los testimonios y juicios que sobre la

---

<sup>487</sup> *Ibidem*.

<sup>488</sup> La misma a la misma. Fontainebleau, 16 de septiembre de 1699. *Ibid.*, I, p. 217.

<sup>489</sup> Cit. en LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V...*, p. 42.

<sup>490</sup> Madame a la duquesa de Hannover. París, 13 de noviembre de 1700, recog. en JAEGLÉ, E. (ed.): *Correspondance...*, I, p. 261.

<sup>491</sup> Asimismo, Felipe V ha sido objeto de un reciente estudio psichistórico que le define como una persona dependiente emocional y sexualmente, aquejado además de un trastorno bipolar. ALONSO FERNÁNDEZ, F.: “Desventuras biográficas de Felipe V, el primer Borbón español”, en *Anales de la Real Academia Nacional de Medicina*, 4 (2006), pp. 791-806.

personalidad del monarca han llegado hasta nuestros días (por ejemplo el contenido de la correspondencia de Louville, cuyas impresiones acerca del soberano se radicalizaron tras la crisis del Despacho, esto es, en los prolegómenos de su desgracia).<sup>492</sup> Este posicionamiento no implica negar las dificultades de Felipe V para comportarse «en maître», pero a nuestro modo de ver ayuda a comprender, por un lado, qué grado de parcialidad existe en algunos de los retratos del rey elaborados por sus contemporáneos y, por el otro, en qué medida influyeron en el contenido de estos últimos variables como el contexto y la coyuntura en que fueron realizados.<sup>493</sup>

El primero de los rasgos negativos de la personalidad de Felipe V más divulgados sería su timidez. Muy comentada tras su instalación en Madrid, se hizo patente ya desde la infancia, inclusive con los miembros más cercanos de su familia. A este respecto recordó Madame en 1720:

«Il faut que le roi d'Espagne connaisse bien les gens pour leur dire une couple de mots; si vous voulez qu'il vous parle, il faut l'agacer et le tourmenter un peu; autrement il ne dit absolument rien. J'ai vu Monsieur [el duque de Orleáns, tío abuelo de Felipe V y esposo de Madame] très impatienté de ce que ce roi ne parlait point et ne lui adressait une seule parole. Monsieur n'avait pas pris la peine de s'entretenir avec lui avant qu'il fût roi; ensuite, il voulut que ce prince lui adressât la parole; cela ne convenait pas à ce sire. Avec moi, c'était une autre chose. Dans l'appartement, à table, à la comédie, nous étions toujours assis ensemble; il aimait à entendre des contes; je lui en faisais pendant des soirées entières; c'est là surtout ce qui l'a accoutumé à moi, et voilà pourquoi il a toujours eu quelque chose à me demander. J'ai ri souvent de la réponse qu'il me faisait quand je lui disais: 'Eh, Monsieur, parlez un peu à votre grand-oncle, qui est tout peiné de ce que vous ne le parlez pas. Il répondait: 'Que voulez-vous que je lui dise? Je ne le connais presque pas'»<sup>494</sup>

La timidez, rasgo característico en los Borbones, que Anjou compartía tanto con su padre y sus hermanos como curiosamente con Luis XIV, tendría su razón de ser en este caso concreto en la educación que recibió.<sup>495</sup> Según hemos indicado más arriba,

---

<sup>492</sup> GARCÍA CARCEL, R.: *Felipe V...*, cap. 3; LABOURDETTE, J. F.: «La personnalité de Philippe V», en BÉLY, L. (dir.): *La présence...*, pp. 171-184.

<sup>493</sup> VÁZQUEZ GESTAL, P.: *Una nueva majestad...*, pp. 104-108; una conclusión parecida extrae José Luis Sancho, en su introducción a la correspondencia de la delfina María Teresa. SANCHE, J. L.: «La corte de España en el crepúsculo de Felipe V», en TORRIONE, M. y SANCHE, J. L. (eds.): *De una corte a otra...*, II, pp. 506-508.

<sup>494</sup> Madame a la raugrave Luisa. [S. l.], 2 de enero de 1720, recog. en BRUNET, G. (ed.): *Correspondance complète de Madame la duchesse d'Orléans, née princesse palatine, mère du Régent*. París, 1853, vol. II, p. 208.

<sup>495</sup> PETITFILS, J. C.: *Louis XIV...*, p. 555. A este respecto resulta llamativo el retrato que Saint-Simon trazó del duque de Berry, muy parecido al de su hermano, Felipe V: «(...) le rendit d'une timidité si outrée qu'il en devint inepte à la plupart des choses, jusqu'aux bienséances de son état, jusqu'à à ne savoir que dire ax gens avec qui il n'était pas accoutumé, et n'oser ni répondre ni faire une honnêteté

Felipe y sus hermanos no solo crecieron aislados físicamente de la corte, en el ala nueva del castillo<sup>496</sup>, sino que Beauvilliers tampoco hizo mucho por acostumbrarles a tratar con la *bonne société* de Versailles: «[Ils] sont tenus dans un affreux isolement; ils mangent tous les trois ensemble, se promènent seuls et n'assistent à aucun spectacle», señaló Madame en 1697. «Il n'y a pas de demoiselle qu'on n'élève d'une manière plus retirée que les trois princes le sont ici -volvió a recordar la dama dos años después-. Tous les soirs, à neuf heures, on mène coucher les deux plus jeunes, bien que le duc d'Anjou ait déjà seize ans et le duc de Berry treize.»<sup>497</sup> Pese a que Madame se mostraría siempre muy crítica con las formas educativas imperantes en la Francia del siglo XVII, sus apreciaciones respecto a la educación de sus sobrinos-nietos no carecen de cierta razón. En efecto, a lo largo de su niñez Beauvilliers procuró mantener a los tres príncipes alejados de todo contacto externo al margen de los miembros de su casa. Por ejemplo, Anjou y sus hermanos realizaban siempre sus paseos diarios en solitario y, durante los mismos o en las partidas de caza en las que participaban, sus servidores tenían órdenes de impedir que entablasen conversación con individuos ajenos a su servidumbre (que podían infundirles ideas perjudiciales) o con la plétora de peticionarios que poblaban el castillo.<sup>498</sup> Otro tanto sucedió con su asistencia a las festividades que se celebraban normalmente en Versailles. A semejanza de la mayoría de los niños de la realeza, los nietos de Luis XIV tomaron parte en las grandes

---

dans la crainte de mal dire, enfin jusqu'à s'être persuadé qu'il n'était qu'un sot, et un bête propre à rien (...), cit. NIDERST, A.: *Les français vus par eux-mêmes...*, p. 518.

<sup>496</sup> Este aislamiento no fue óbice para que el monarca sintiese durante toda su vida una cierta añoranza del palacio en el que había residido durante su infancia. En este sentido, cuando casi cinco décadas después su hija María Teresa casó con el delfín de Francia, heredero de Luis XV, Felipe V le escribió respecto al castillo: «Vous ne nous dites rien non plus de Versailles, ce qui me fait penser que vous l'aurez peut estre trouvé plus beau que St. Ildephonse [la Granja] et vous ne voulez pas nous le dire. Aussi, avez-vous déjà veü sans sortir ce qu'il y a de meilleur [à l'exception de Trianon] qui est la grande galerie, les appartements, la Chapelle, la terrasse, et l'enfilade du Canal (...)» Felipe V a la delfina. El Pardo, 17 de marzo de 1745, recog. en TORRIONE, M. y SANCHO, J. L. (eds.): *De una corte a otra...*, I, pp. 454-455. La cursiva es nuestra. La misiva de María Teresa a la que su padre responde, fechada en Bayona, 16 de enero de 1745, se encuentra recog. en *Ibid.*, I, p. 315.

<sup>497</sup> Madame a la duquesa de Hannover. Saint-Cloud, 28 de marzo de 1607; la misma a la misma. Fontainebleau, 19 de septiembre de 1699. JAEGLÉ, E. (ed.): *Correspondance...*, vol. I, pp. 147 y 217.

<sup>498</sup> «Ils ne se parlent jamais bas même à l'autre, ni aucun jeune homme à eux pendant la promenade ou la chasse et de leurs domestiques, il n'y a que leur sous-gouverneur, leur gentilhomme de la manche, le premier valet, le précepteur, le sous-précepteur, le confesseur quand il y est, qui osent leur parler bas et en particulier et si quelque chose mérite attention, ils doivent tous tant qu'ils sont en rendre compte à Monsieur le duc de Beauvillier. Quand quelqu'un des princes fait quelque chose en public qui peut être désapprouvé de Monsieur le duc de Beauvillier en son absence, le sous-gouverneur ou les principaux domestiques l'en avertissent tout en bas et quand il arrive que le prince étant bien averti ne profita pas de l'avis qu'on lui donne, la punition suit de près infailliblement (...), cit. por MORMICHE, P.: *Devenir prince...*, p. 192.

ceremonias de la corte desde su más tierna infancia, en particular en aquellas regladas por el ceremonial cortesano con motivo de las diferentes efemérides vinculadas a la familia real y la dinastía, la recepción de embajadores o las fiestas religiosas. Empero, buena parte de tales ceremonias tenía un carácter intermitente y su disposición estaba fijada por el calendario festivo de la corte. En cuanto a las celebraciones que tenían lugar cotidianamente en Versalles, como las representaciones de comedias o las conocidas veladas de «appartement», los tres príncipes comenzaron a tomar parte en ellas a partir de 1698. Ahora bien, nunca lo harían de manera continuada (lo que a decir de Madame explicaba los malos modales que lucían en público) y, con frecuencia, por tiempo limitado (por ejemplo en las veladas de «appartement»)<sup>499</sup>. Así pues, como acertadamente concluye Vázquez Gestal: “Paradójicamente, los *Enfants de France* no fueron educados para asumir, integrar y perfeccionar el sistema de representación con el que Luis XIV regía la monarquía más importante del momento.”<sup>500</sup> La muerte del duque de Borgoña antes de acceder al trono hace imposible saber si se habría enfrentado a los mismos problemas que su hermano menor en Madrid para responder satisfactoriamente a las exigencias de la vida cortesana.<sup>501</sup> De lo que no cabe duda es que ni el monarca ni sus hermanos fueron educados para la casi continua representación de la Majestad que preconizaba Luis XIV. Aunque tras su ascenso al trono Beauvilliers instó a Felipe V a superar su retraimiento y a mostrarse más expansivo con sus nuevos súbditos, el consejo llegaba demasiado tarde. Poco habituado al contacto con el *grand monde* e influido por los preceptos de Fénelon, que imbuyó en sus pupilos un estoico dominio de las emociones, el nuevo rey sería incapaz de adoptar la actitud cercana y desenvuelta que le exigía su abuelo; evidenció siempre un marcado desagrado hacia los desconocidos, ante los que se mostraba frío e imperturbable; y

---

<sup>499</sup> Madame a la duquesa de Hannover. Fontainebleau, 1 de noviembre de 1698, recog. en JAEGLÉ, E. (ed.): *Correspondance...*, vol. I, p. 185.

<sup>500</sup> VÁZQUEZ GESTAL, P.: *Una nueva majestad...*, p. 77.

<sup>501</sup> Por otra parte, tampoco cabe pensar en unos príncipes absolutamente aislados en su cotidianeidad o al margen por completo de las formas de representación cortesana propias de la Francia del siglo XVII. A partir de 1697 fueron admitidos en algunas de las cenas íntimas que ofrecía Madame de Maintenon y se les permitió acudir a Marly, donde Luis XIV se solazaba de la etiqueta palatina en compañía de unos cuantos escogidos; en 1698 comenzaron a asistir a las representaciones de comedias y óperas que tenían lugar en la corte francesa (*Le Bourgeois gentilhomme* de Molière; *Britannicus* de Racine); y, al año siguiente, tomarían parte en las celebraciones de Carnaval. En relación a este último es de notar que en febrero de 1700 Anjou participó junto a sus hermanos y la duquesa de Borgoña en una mascarada ofrecida en honor a su abuelo en los aposentos de Maintenon («mascarade des cartes»). LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V...*, pp. 45-47.

pareció sentirse mucho más cómodo de lo que debería con el ceremonial habsbúrgico, que satisfacía sus ansias de intimidad.

Otros de los defectos del futuro monarca hispano, también evidentes desde su infancia, serían su docilidad y su falta de confianza en sí mismo. Ambos rasgos de su personalidad habrían de achacarse, por una parte, a la educación que recibió y, por la otra, a la posición que ocupó en el seno de la familia real hasta noviembre de 1700. Aunque la descripción que Saint-Simon realizó de la educación del duque de Anjou puede ser objeto de algunas matizaciones, a nuestro modo de ver el memorialista no erró cuando aludió a la conciencia que este tenía de su condición de *cadet* en el cuerpo de la dinastía:

«Ce prince, cadet d'un aîné vi, violent, impétueux, plein d'esprit, mais d'humeur terrible et de volonté outrée (...), ce cadet, dis-je, avait été élevé dans une dépendance, une soumission nécessaires à bien établir pour éviter les troubles et assurer la tranquillité de la famille royale. Jusqu'au moment du testament de Charles II, on n'avait pu regarder le duc de Anjou que comme un sujet par toute sa vie, qui plus il était grand par naissance, plus il étoit à craindre sous un frère roi tel que je viens de le représenter, et qui par conséquent ne pouvait être trop abaissé par l'éducation et duit à toute patience et dépendance. La suprême loi, qui est la raison d'État, demandait cette préférence pour la sûreté et le bonheur du Royaume, sur la personnalité de ce prince cadet.»<sup>502</sup>

En efecto, los disturbios protagonizados por Gastón de Orleáns durante el reinado de Luis XIII y la regencia de Ana de Austria dejaron una huella imborrable en la memoria de Luis XIV. El propio monarca así lo indicó en las *Mémoires pour l'instruction du Dauphin* al justificar su reticencia a conceder a los príncipes de la sangre el gobierno de una provincia:

«Après les désordres que nous avons vus si souvent dans le royaume, c'était manquer de prévoyance et de raison que de mettre entre les mains des Fils de France [un gouvernement], lesquels pour le bien de l'État ne doivent jamais avoir d'autre retraite que la cour, ni d'autre place de sûreté que dans le cœur de leur frère. L'exemple de mon oncle [Gastón de Orleáns] (...) était une confirmation de ma pensée (...).»<sup>503</sup>

¿En qué medida influyeron estas consideraciones en la infancia de Felipe V? Al hilo de lo expuesto por Torrione y Mormiche respecto a la instrucción del monarca y sus hermanos, cabría desmitificar un tanto la citada educación de *cadet* recibida por

---

<sup>502</sup> Saint-Simon. *Mémoires. Anthologie*. Édition établie, présentée et annotée par François Raviez. París, 2007, pp. 372-373.

<sup>503</sup> Louis XIV. *Mémoires...*, p. 205.

Anjou: según hemos visto más arriba, la formación de los tres nietos de Luis XIV fue semejante salvo algunos conocimientos privativos de Borgoña en tanto que heredero (recuérdese su protagonismo en el campo de Coudun). Dicho esto, ello no implica que Felipe V no fuera consciente de la superioridad jerárquica de su hermano, así como del respeto que le debía en tanto que futuro rey de Francia. Spanheim, que visitó la corte gala en 1690, indicó en su retrato de entonces duque de Anjou: «il (...) témoigne jusqu'ici beaucoup d'égard et de déférence pour le duc de Bourgogne, son frère aîné.»<sup>504</sup> La etiqueta de Versalles, más quizás que la educación, reforzó hasta los diecisiete años el carácter subordinado del futuro monarca hispano con respecto a su hermano mayor: Anjou era *Enfant de France*, grande por su nacimiento como indica Saint-Simon, pero no estaba llamado a heredar la corona. Antes de noviembre de 1700 su destino natural hubiera sido el de “súbdito” durante toda su vida, primero de su abuelo, después de su padre y por último de su hermano. Honrado en la corte, habría sido agraciado con diferentes títulos honoríficos, a semejanza de Monsieur, el duque de Chartres (futuro regente) o de los hijos legitimados de Luis XIV, pero ninguno de ellos habría entrañado una verdadera responsabilidad (precisamente por la prudencia a la que el rey francés aludía en sus *Mémoires*). Además, el protocolo se encargaría de hacer patente que, si bien ostentaba un rango superior al de los príncipes de la sangre o al del duque de Berry, siempre habría de marchar un paso por detrás del duque de Borgoña, quien decidiría con el tiempo su destino.<sup>505</sup> La manera en que Felipe V interiorizó su condición supeditada en Versalles lo demostraría la sorpresa con la que acogió los honores que le rindió su propio padre después del fallecimiento de Carlos II: «Le jeune roi -escribió Madame- étoit tout décontenancé de se voir traiter en roi étranger par M[onsieur] son père.»<sup>506</sup>

Cuestiones diferentes serían, a nuestro modo de ver, tanto la docilidad innata de Anjou como el componente de sumisión que les inculcó, no solo a él sino también a sus hermanos, la educación que recibieron.<sup>507</sup> El carácter apacible de Felipe fue una

---

<sup>504</sup> *Relation de la cour de France en 1690...*, p. 71.

<sup>505</sup> LEROY LADURIE, E.: «Après du roi, la Cour», en *AESC*, 38-1 (1983), pp. 21-41; íd.: “La corte que rodea al Rey : Luis XIV, la Princesa Palatina y Saint-Simon”, en PITT-RIVERS, J. y PERISTIANY, J. G. (eds.): *Honor y gracia*. Madrid, 1993, pp. 77-110.

<sup>506</sup> Madame a la raugrave Luisa. París, 19 de noviembre de 1700, recog. en JUIN, H. (ed.): *Lettres de Madame Palatine, suivies du dossier de sa correspondance avec Leibnitz*. París, 1961, pp. 181-182.

<sup>507</sup> Con respecto a este rasgo de la personalidad del monarca el mariscal de Tessé realizó en una misiva a Torcy una interesante comparación entre el carácter de Felipe V y su esposa: «Je ne puis pas m'empêcher de vous dire une sottise qui vous paroitra outrée parce qu'elle est effectivement impossible, mais supposons



cualidad de la que se hicieron eco cuantos le conocieron desde su infancia, hasta el punto que su *gouverneur*, Beauvilliers, recordó que jamás debió reprenderle dos veces por la misma cosa. La autoridad que el duque ejerció sobre los *Enfants de France* fue incontestable y contribuyó, en el caso de Borgoña, a matizar la altanería y bruscas maneras que le caracterizarían en su infancia. Ahora bien, no es menos cierto que, al ser educados juntos, esta autoridad se proyectó por igual sobre los tres hermanos, no únicamente sobre el mediano de ellos: «Entre nous soit dit -rememoró Madame en 1711- *nos trois princes* ont été bien mal élevés (...) et dans une telle crainte et soumission qu'ils ne savent qu'obéir et sont incapables de commander.»<sup>508</sup>

De las palabras de Madame se infiere la idea de unos príncipes aterrorizados ante la figura de Luis XIV, presencia extraña y prácticamente ajena para ellos. Este supone un tópico muy extendido entre la historiografía clásica, que bebe a su vez de la propia imagen del monarca galo como todopoderoso *pater familias*, tendente a imponer su autoridad sobre el conjunto de la familia real francesa inclusive en los grados más lejanos de parentesco. Ciertamente, la propia correspondencia de Madame de Maintenon revela que, antes de su ascenso al trono, Luis XIV no tuvo un contacto muy estrecho con Felipe V.<sup>509</sup> Una situación similar observamos en lo que respecta a la relación de los tres hermanos con sus padres, el gran delfín y la delfina María Ana. El primero residía largas temporadas alejado de Versalles en su castillo de Meudon; la segunda, cuyo carácter retraído la hacía pasar desapercibida en una corte que reverenciaba el ingenio y la ironía<sup>510</sup>, falleció demasiado joven (1690) como para llegar

---

qu'elle ne le soit pas seulement pour raisonner: si le roy mandoit au Roy d'Espagne son petit-fils quitter le titre de Roy, prener celui du duc d'Anjou et redevenir fils de France, le Roy d'Espagne partiroit de Madrid comme quand il va à la chasse, pourveu pourtant que la Reyne voulut venir avec luy (...)» Tessé a Torcy. Salamanca, 19 de febrero de 1705. AA. EE., CPE., t. 150, fol. 34v.

<sup>508</sup> Madame a la duquesa de Hannover. Versalles, 29 de enero de 1711, recogida en JAEGLÉ, E. (ed.): *Correspondance...*, vol. II, pp. 69-70. La cursiva es nuestra.

<sup>509</sup> «Nous voici dans le triste endroit de cet heureux événement: il faut se séparer et vous savez si les Français aiment leurs Princes. Le Roi, plein de bonté, ne peut sans larmes voir partir pour toujours son petit-fils et qu'il a plus connu, depuis qu'il est roi d'Espagne, qu'il n'avait fait auparavant (...). Plus nous connaissons le roi d'Espagne, plus nous voyons du bien en lui (...).» Madame de Maintenon al duque de Harcourt. Saint-Cyr, 3 de diciembre de 1700, recog. en BOTS, H. y BOTS-ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres de Madame de Maintenon. Vol. III (1698-1706)*. París, 2011, pp. 246-247.

<sup>510</sup> Enterada de su fallecimiento en 1690 Madame de Sevigné reconoció que, de tener que escribir su oración fúnebre, tan sólo resaltaría en ella tres puntos: los duques de Borgoña, Anjou y Berry, panegírico lo suficientemente glorioso para una delfina. Madame de Sevigné a Madame de Grignan. Rochers, 26 de abril de 1690. MONMERQUÉ, M. (ed.): *Lettres de Madame de Sevigné...*, IX, p. 503.

a tener alguna influencia sobre sus hijos.<sup>511</sup> Ahora bien, ¿este alejamiento justifica el reverente temor de los tres príncipes hacia el rey de Francia? ¿Cabría considerar estas impresiones, emanadas en ocasiones de cortesanos que no tenían acceso a la más estricta intimidad del rey de Francia, de un tanto exageradas? Bien podría ser así. No en vano, la visión de Luis XIV como un tirano ante su familia ha sido revisada por los biógrafos más recientes del monarca. El soberano podía ser autoritario con sus parientes, pero esa autoridad resultaba comprensible en tanto que cabeza de una familia extensa que en ocasiones resultó ingobernable debido a los conflictos de precedencia y a las ambiciones de sus distintos miembros. Por otra parte, aunque despótico con frecuencia, Luis XIV también era generoso con sus familiares, gentil y comprensivo con sus flaquezas. De hecho, con frecuencia evitaba reconvenir él mismo a sus hijas legitimadas, delegando esta desagradable tarea en Madame de Maintenon.<sup>512</sup> Frío y majestuoso en público, sabía ser cercano y cordial en privado. El duque de Berwick trazó en sus memorias un retrato bastante equilibrado del monarca:

«Il était né avec un air de majesté qui en imposait tellement à tout le monde, qu'on ne pouvait en approcher sans être saisi de crainte et de respect; mais dès qu'on voulait lui parler son visage se radoucissait, et il avait l'art de vous mettre dans l'instant en pleine liberté avec lui: il était l'homme de son royaume le plus poli (...). Depuis la monarchie vous ne trouverez pas de roi plus humain.»<sup>513</sup>

El perfil trazado por Berwick nos parece interesante por dos razones: por un lado, porque reconoce la aprensión que Luis XIV inspiraba en cuantos le rodeaban al tiempo que, por el otro, consigna que dicho sentimiento no dejaba de ser pasajero, admitiendo el encanto del que monarca estaba dotado. Desde estas perspectivas, ¿debemos pensar que el rey de Francia infundía más temor a su propia familia, con la que con frecuencia disfrutaba las delicias de la *vie privée* en Marly, que a sus propios cortesanos? La correspondencia del monarca galo con Felipe V, editada por Bernardo Ares, revela que este era autoritario y exigente con su nieto, imponiéndole muy a menudo sus propios puntos de vista y sus decisiones; pero demuestra también que valoraba las virtudes del Rey Católico y que era capaz al mismo tiempo de mostrarse tolerante ante algunas de sus debilidades. Así pues, ¿no pudieron albergar los nietos de

---

<sup>511</sup> Sobre el delfín y la delfina, véase LAHAYE, M.: *Le Fils de Louis XIV, Monseigneur le Grand Dauphin (1661-1711)*. Seyssel, 2013; también NIDERST, A.: *Les français vus par eux-mêmes...*, pp. 498-509, donde pueden encontrarse diferentes descripciones de ambos.

<sup>512</sup> PETITFILS, J. C.: *Louis XIV...*, en especial el cap. XXII; BLUCHE, F.: *Louis XIV...*, pp. 525-532 y 719-727.

<sup>513</sup> Cit. en NIDERST, A.: *Les français vus par eux-mêmes...*, p. 487.

Luis XIV ante su abuelo un sentimiento parecido al de Berwick: respeto no exento de temor, sí, pero alejado del terror casi paralizador al que aluden otras fuentes? Esta hipótesis no entraña negar la obediencia que los *Enfants de France* debían al monarca en tanto cabeza de la dinastía; al contrario, entiende que esta existió, pero de la misma manera que la imagen de Luis XIV está siendo revisada quizás convendría hacer lo mismo con la relación que este mantuvo con los miembros de su familia más cercana.

La docilidad de Felipe V estaba estrechamente relacionada con otros dos de sus defectos más conocidos: la indecisión y la falta de confianza en sí mismo: «Il se défie de lui-même. Tout ce qu'on lui dit de faire il le fait, mais pas davantage», escribió Madame en 1711.<sup>514</sup> En cierto modo la segunda “cualidad” era consecuencia de la primera, que derivaba una vez más de la educación que los tres príncipes habían recibido en su infancia: “La misma preocupación de abordar los problemas políticos desde el punto de vista ético -concluyen M. y B. Torrione- les petrificaba [a Felipe y a Borgoña] ante una decisión urgente, pues ni Beauvilliers ni Fénelon inculcaron en los príncipes el difícil arte de decidir.”<sup>515</sup> Más que de negligencia deberíamos referirnos en este punto a falta de previsión. La relativa juventud y buena salud de Luis XIV y el gran delfín hacían del ascenso al trono del duque de Borgoña, y por lo tanto de la plena asunción por su parte de responsabilidades gubernamentales, una eventualidad muy lejana cuyas carencias prácticas bien podrían subsanarse en un futuro de manera progresiva. Otro tanto podemos decir de la designación de Anjou como heredero de Carlos II, que no dejó de resultar hasta noviembre de 1700 sino una posibilidad más remota que certera. Si Felipe pasaría su vida en la corte francesa en calidad de primer príncipe de la sangre, imbuirle una cierta capacidad de resolución no resultaba una prioridad: no en vano, según lo expuesto por Luis XIV en sus *Mémoires*, su abuelo, su padre y más tarde su hermano tomarían por él las principales decisiones de su vida.

Toda vez que el testamento de Carlos II cambió para siempre el destino del duque de Anjou, sus dificultades para abordar este aspecto concreto de la realeza fueron evidentes desde el principio: «C'est un roi qui ne règne et qui ne règnera jamais», profetizó Louville.<sup>516</sup> «[La princesse des Ursins] gouverne le roi d'Espagne comme moi mon chien Titi -escribió Madame en tono de mofa-. Il lui obéit même mieux que

---

<sup>514</sup> Madame a la duquesa de Hannover. Versailles, 29 de enero de 1711, recog. en JAEGLÉ, E. (ed.): *Correspondance...*, II, pp. 69-70.

<sup>515</sup> TORRIONE, M. y B.: “De Felipe de Anjou...”, en *El arte en...*, p. 52.

<sup>516</sup> Louville a Torcy. 7 de agosto de 1702, cit. en BAUDRILLART, I, p. 49.

Titi m'obéit à moi (...).»<sup>517</sup> El testimonio de Madame revela lo que fue, como veremos a lo largo de este trabajo, un temor constante para Versalles: la tendencia del nuevo rey a dejarse influir por terceros y la no menos trascendente necesidad de controlar tanto el grado y ámbitos en los que cristalizaba tal influencia, como quién o quiénes la ejercían. Con todo, al analizar este aspecto de la personalidad de Felipe V conviene realizar una puntualización. A decir verdad el monarca dependería siempre del sostén de sus dos esposas, o de la princesa de los Ursinos para el periodo que nos ocupa, a la hora de tomar decisiones o abordar determinados problemas políticos. No obstante, tampoco debemos pensar en términos absolutos. Si nos ceñimos por ejemplo al caso catalán, analizado por García Cárcel entre otros, observamos cómo el monarca tendría la suficiente voluntad como para seguir su propio criterio, que pasaba por la supresión de los fueros y privilegios de la provincia, frente a los planteamientos más conciliadores de Luis XIV.<sup>518</sup> Otro ejemplo interesante acerca de la relativa subjetividad de estas percepciones lo encontraríamos en los juicios que aluden a la incapacidad de Felipe para ejercer el gobierno durante el conflicto sucesorio. Louville, al igual que algunos de los embajadores franceses en España entre 1703 y 1705, aludieron a la abulia y a la apatía del monarca y a su falta de compromiso continuado con la *praxis* de gobierno. Sin embargo, Amelot de Gournay, el diplomático galo que permaneció más tiempo en el cargo durante la guerra, mencionó con frecuencia la responsabilidad del rey para con sus deberes de gobierno.<sup>519</sup> ¿Debemos dudar entonces de la veracidad de todos estos testimonios? Ni una cosa ni otra. Sin negar las evidentes carencias de Felipe V como rey de España (la propia María Luisa de Saboya rogó en 1703 a Luis XIV que instara a su nieto a que mostrase una mayor resolución ante la toma de decisiones), creemos que es de justicia contextualizar ciertas de las críticas vertidas contra el soberano a cuenta de su proverbial indecisión y de su incapacidad para ejercer el poder en solitario. En este sentido, a menudo olvidamos que una de las fuentes más citadas para trazar la semblanza de Felipe V, las *Mémoires* y cartas de Louville, adolecen de una intencionalidad muy concreta: justificar la inestable trayectoria del marqués en Madrid y su participación (no siempre con el beneplácito de Versalles) en la toma de decisiones. Louville, como los ya mencionados embajadores

---

<sup>517</sup> Madame a la duquesa de Hannover. Rambouillet, 13 de junio de 1714, recog. en JUIN, H. (ed.): *Lettres de Madame Palatine...*, p. 335.

<sup>518</sup> GARCÍA CÁRCEL, R.: *Felipe V y...*, pp. 119-128.

<sup>519</sup> Amelot a Luis XIV. Madrid, 3 de febrero de 1706. AA. EE., CPE., t. 157, fol. 166r.

franceses (los D'Estrées y Gramont) criticarían al monarca por su dependencia de su esposa y de la princesa de los Ursinos, hasta presentarlo como un autómatas, un imbécil en palabras del marqués, que no parecía activarse sino a instancias de ambas. Sin embargo, es de notar que tales censuras no se hacían extensibles a la mansedumbre del monarca ante los consejos del propio Louville o el influjo de los diplomáticos franceses destinados en Madrid. Como ya hemos visto la inexperiencia de Felipe V, primero, y la comunión de intereses entre las Dos Coronas, después, justificarían que el Rey Católico se sometiera a los dictados de Luis XIV, de los sucesivos embajadores franceses y de otros miembros de la “familia francesa” durante la Guerra de Sucesión. Pero también, según tendremos ocasión de comprobar más adelante, respaldarían los intentos de Versalles por coartar la capacidad de maniobra del soberano en la toma de decisiones concretas, en la creencia de que su indolencia y sumisión le habrían llevado dejarse persuadir por los “malos consejos” de terceras personas (como sucedería por ejemplo durante la crisis del Despacho). Así pues, el modo en que eran juzgadas la docilidad e indecisión de Felipe V parecía variar no solo según la coyuntura, sino también en función de qué agentes políticos impulsaban una decisión en particular, dependiendo de ello el que ambos rasgos de la personalidad del rey fuesen vistos como defectos censurables en diferente grado. A nuestro modo de ver estos aspectos del carácter del soberano, como otros que ya hemos mencionado, no pueden comprenderse en toda su complejidad con anterioridad a 1724 sin tomar en consideración la evolución de las relaciones de poder en el eje Versalles-Madrid; la rivalidad intestina que se desarrollaría con el tiempo en el seno del *lobby* francés en la capital española; y la progresiva divergencia de intereses que se produciría durante la guerra entre Francia y la Monarquía Hispánica, que la comunión dinástica y el discurrir del conflicto sucesorio serían incapaces de salvar.

Una puntualización parecida debería realizarse al analizar el último rasgo de la personalidad de Felipe V al que nos gustaría aludir en este epígrafe: su tendencia a la melancolía, conocida en la época como “vapores”.<sup>520</sup> Esta dolencia, sin duda uno de los rasgos paradigmáticos del carácter del monarca, que algunos de sus biógrafos consideraron herencia del linaje bávaro de la delfina<sup>521</sup>, no se manifestó con la misma severidad a lo largo del reinado. Como indica García Cárcel, durante la Guerra de

---

<sup>520</sup> Para un magnífico análisis de la enfermedad de Felipe V y sus efectos sobre la manera en que ejerció el poder, cfr. VÁZQUEZ GESTAL, P.: *Una nueva majestad...*, pp. 100-108.

<sup>521</sup> VOLTES, P.: *Felipe V...*, p. 10; KAMEN, H.: *Felipe V...*, p. 135

Sucesión Felipe V es un rey *Animoso*, capaz de gobernar y defender sus derechos a la corona, a diferencia del monarca enfermo, que no desea seguir reinado, posterior a la abdicación y regreso al trono en 1724. Fue a partir de esta fecha cuando los periodos melancólicos del soberano se hicieron más frecuentes, la enfermedad se radicalizó y aparecieron los desórdenes que le impedirían ejercer el poder de manera eficiente. De hecho, con anterioridad a la década de 1720 solo se han documentado dos momentos en los que Felipe V se vio aquejado por la enfermedad: el primero apenas llegó Madrid, a consecuencia de sus problemas para adaptarse a la corte española y a las responsabilidades de su nueva posición; y, un año después, durante la jornada italiana, repunte este de la enfermedad que revistió una mayor gravedad que el anterior pero que pareció pasar una vez el rey regresó a Madrid junto a la reina.<sup>522</sup> Así pues, el Felipe V que convivió con María Luisa de Saboya durante trece años podía ser tímido, dócil, indeciso y dependiente del apoyo de terceras personas, pero está lejos aún de ser el individuo bipolar, depresivo y obsesionado con el sexo que algunos autores han retratado para la segunda parte del reinado.<sup>523</sup>

### **Alternativas matrimoniales: consideraciones iniciales en torno a la consorte de un rey Borbón**

El matrimonio de Felipe V constituyó una de las prioridades de las cortes de Versalles y Madrid tras el advenimiento al trono del monarca: no en vano, una de las cláusulas del testamento de Carlos II enunciaba disposiciones específicas en lo relativo a las nupcias de su sucesor. Varias eran las características que había de reunir la futura esposa del rey de España. Que profesase la fe católica constituía la principal de ellas, tanto más cuando hasta la fecha ninguna soberana de origen protestante había ocupado el sitio de consorte en la Monarquía Hispánica. Además de la religión, la excelencia del linaje y la edad de la candidata, ni demasiado joven ni demasiado mayor para procrear, eran otras de las cualidades a tener en cuenta. Tales consideraciones reducían sin lugar a dudas el margen de elección de los gobiernos de las Dos Coronas, al dejar fuera de circulación a las princesas del Norte de Europa y la Alemania protestante. En cuanto a la Alemania católica, aparte de Austria ninguno de sus estados contaba por estas fechas con princesas adecuadas en rango y edad al rey de España (por ejemplo la hija del elector de Baviera y aliado de los Borbones, Maximiliano Manuel, que en 1714 se

---

<sup>522</sup> Ambos episodios aparecen relatados en LOUVILLE, I, pp. 129-135 y II, pp. 259 y 276.

<sup>523</sup> Por ejemplo Francisco Alonso Fernández en su ya citado artículo psico-histórico.

postuló como posible esposa de Felipe, tenía a la sazón solo cinco años). Una situación similar observamos en la Europa meridional. De las dos hijas del rey Pedro II de Portugal, quien firmaría un tratado de alianza con los Borbones en 1701, ninguna estaba en edad casadera (tan solo tenían cuatro y un año de edad). La Península itálica, con su conglomerado de soberanías, ofrecía diferentes alternativas, que iban desde lo que se entendería como la formalización de una *mésalliance* (sería el caso de Guastalla) hasta un matrimonio políticamente asimétrico (Saboya). Por último, cabía la posibilidad de que Felipe V celebrase una unión interdinástica con alguna princesa de la sangre de Francia de las ramas Condé, Conti u Orleáns de la dinastía. Un matrimonio semejante habría favorecido la cohesión entre las ramas francesa y española del linaje borbónico (lo cual recuérdese constituyó uno de los aspectos que se debatieron durante las deliberaciones previas a la aceptación del testamento de Carlos II). Sin embargo, también tenía sus desventajas: en primer lugar tan solo una de las hijas del príncipe de Condé era núbil (había nacido en 1678); en cuanto a las hijas del príncipe de Conti y los duques de Orleáns y Borbón, no llegaban a los doce años, lo que significaba que la consumación definitiva del matrimonio habría de postergarse un tiempo. En segundo lugar la jerarquía de una princesa de la sangre de Francia podía no ser considerada lo suficientemente alta como para ser digna del más elevado rango de Reina Católica (en el seno de la familia real gala ocupaban una posición inferior a la de las *Filles* y *Petites-Filles* de *France*, hijas y nietas de soberanos galos), al tiempo que la pureza del linaje de las hijas de los duques de Borbón y Orleáns quedaba en entredicho merced a la condición ilegítima de sus respectivas madres (dos de las hijas de Luis XIV y Madame de Montespan). Empero, ambas circunstancias podrían haber perdido trascendencia en una coyuntura internacional diferente a la de 1701. De hecho, en 1710 el duque de Berry terminaría casándose con una princesa de la rama Orleáns y, doce años después, en 1722, el príncipe de Asturias, futuro Luis I, haría otro tanto. A nuestro modo de ver el factor que verdaderamente terminaría por concretizar las alternativas matrimoniales de Felipe V sería el estallido del conflicto sucesorio. Como veremos a lo largo del capítulo siguiente 1701 no fue solo un año de preparativos militares y enfrentamiento bélico entre el Imperio y las Dos Coronas en tierras italianas; fue también un periodo de intensos contactos diplomáticos y forja de alianzas por parte de las dos dinastías enfrentadas por la sucesión de Carlos II. Pese a su superioridad militar en relación a Austria, Francia necesitaba aliados en Europa y, más

concretamente, en la península itálica, donde había de salvaguardar la seguridad de los territorios bajo soberanía española. Esta necesidad, que la diplomacia francesa estaba lejos de admitir aunque sus iniciativas revelaban lo contrario, restó importancia a factores como la edad de la princesa que el monarca había de desposar, la importancia de su linaje o el peso de su patria de origen en el concierto de las relaciones internacionales. La coyuntura europea concluyó asimismo por desaconsejar la celebración de una unión interdinástica, que nunca comportaría la formalización de una alianza con una potencia extranjera, además que abocó al fracaso el proyecto matrimonial propuesto por Carlos II en su testamento.

Los aspectos políticos, diplomáticos y dinásticos que acabamos de referir determinaron la elección de la esposa de Felipe V. Sin embargo, ¿cuáles eran las expectativas de Versalles en cuanto al papel que la nueva soberana había de desempeñar en el seno de la pareja real y la institución monárquica? Ciertamente el gobierno galo nunca consideró de partida otorgar a la consorte del Rey Católico la más mínima proyección en el tratamiento de los asuntos de Estado. En este punto las opiniones de Luis XIV no podían ser más restrictivas. De acuerdo con el contenido de las *Mémoires pour l'instruction du Dauphin* era deber del monarca separar las «tendresses d'amant d'avec les résolutions de souverain et que la beauté qui fait nos plaisirs n'ait fait jamais la liberté de nous parler de nos affaires, ni de gens qui nous y servent (...). Dès lors que vous donnez la liberté à une femme de vous parler des choses importantes -advertía- il est impossible qu'elles ne nous fassent faillir (...).»<sup>524</sup> La consorte del príncipe, en tanto que mujer, continuaba el rey, reunía todas las “debilidades” y “prejuicios” inherentes a su sexo: irreflexivas, incapaces de guardar el menor secreto, dispuestas a emplear todo tipo de artificios para conseguir aquello a cuanto aspiran, que con frecuencia no es sino una recomendación o la materialización de una promesa realizada con ligereza, solo existía un medio a través del que evitar caer en un dominio vergonzante en un monarca: «ne leur donner la liberté de parler d'aucune chose que de celles qui sont purement de plaisir, et de nous préparer avec étude à ne les croire en rien de ce qui peut concerner nos affaires ou les personnes de ceux qui nous servent.»<sup>525</sup>

Las *Mémoires pour l'instruction du Dauphin* pergeñaban por lo tanto un modelo de conducta ideal para el príncipe en el que este, en tanto que soberano y cabeza del

---

<sup>524</sup> *Louis XIV. Mémoires...*, pp. 310-311.

<sup>525</sup> *Ibidem*, p. 312.



poder, había de defender la potestad regia de las manipulaciones de la mujer, descrita con todo el peso de la herencia aristotélica, merced a un estoico dominio de los sentimientos y las emociones («on attaque le coeur d'un prince comme un place»). La más mínima concesión por parte del rey en este punto, concluía Luis XIV, denotaba debilidad, implicaba la pérdida de «nos meilleurs serviteurs» y, lo que era más significativo, la ruina de «notre réputation».<sup>526</sup> A decir verdad este tipo de recomendaciones, frecuentes durante los siglos XVII y XVIII entre los Borbones<sup>527</sup>, no dejaban de resultar arquetípicas en su contenido y por supuesto absolutamente arbitrarias en su puesta en práctica. Sin embargo, en el caso que nos ocupa reflejarían una realidad y un recelo, este último proyectado casi treinta años después en la persona no ya de delfín sino del Rey Católico. En nuestra opinión las palabras del monarca francés expresarían una realidad porque se correspondían con la reducida proyección política que caracterizó el papel de las consortes francesas después de la Regencia de Ana de Austria, situación diametralmente opuesta a la vivida en España en el mismo periodo.<sup>528</sup> Y un recelo porque cobrarían especial sentido toda vez que Felipe V ascendió al trono. Como tendremos ocasión de apreciar a lo largo de este trabajo, el último monarca de la Casa de Austria en España constituyó para su sucesor el espejo en el que no debía mirarse en muchos aspectos, entre ellos su debilidad ante el ascendiente ejercido por la segunda de sus esposas sobre la esfera político-cortesana. Pero si Carlos II actuó en este punto de contramodelo para el primer Borbón, ¿podríamos pensar que Mariana de Neoburgo desempeñó un papel similar para su futura consorte?

Ciertamente no existe ningún documento que corrobore de manera explícita tal hipótesis, a diferencia de lo que sucede para Luisa Isabel de Orleáns.<sup>529</sup> Sin embargo, la

---

<sup>526</sup> *Ibid.*, pp. 311 y 313.

<sup>527</sup> Muy parecidos en su discurso en cuanto al papel de la reina en el seno de la pareja real serían los *Consejos* que Felipe V entregó a su hijo, Luis I, en 1724. A.H.N., E., leg. 2460.

<sup>528</sup> Véase para el caso francés COSANDEY, F.: *La reine de France. Symbole et pouvoir*. París, 2000, en concreto pp. 371 y ss. Cfr. EARENIGHT, T.: *Queenship and Political Power in Medieval and Early Modern Spain*. Surrey, 2005 y LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Mujer, poder y apariencia o las vicisitudes de una Regencia”, en *Studia histórica. Historia moderna*, 19 (1998), pp. 49-66, para el caso español.

<sup>529</sup> A este respecto podemos leer en los *Consejos* de Felipe V a Luis I: «Qu'il [Luis I] ne permette pas qu'il y ait deux partis, un du Roy et un de la reine, comme on faisoit du temps de Charles 2 et des autres rois anciens, que celui du mary soit toujours celui de la femme, comme il a esté dans le temps de son père, que les deux femmes n'ont eu d'autre volonté que la sienne et comme cela, ils ont esté toujours unis car d'autre manière le manège yra mal et la discorde regnara. Il sera bon aussi que la princesse, quand elle sera reine, n'en prenne point, c'est-à-dire choses de conséquence et particulièrement des puissances étrangères, car quelquefois ils ofrent des présents pour qu'on se intéresse auprès du Roy pour des affaires qu'ils souhaitent qui réussissent ou pour qu'on luy soit favorable quand l'occasion se présente et s'il arrivoit qu'elle ne put pas se dispenser de les

lectura de la documentación relativa al matrimonio de Felipe V permite concluir que el patrón de comportamiento que Versalles aspiraba a imponer a la nueva consorte estaba más próximo al de las últimas soberanas francesas que al de sus predecesoras en el trono hispano (al menos en lo que respectaba a sus relaciones con el poder). En cierto modo esta aspiración resultaba lógica. En primer lugar, dado el influjo que el gobierno galo ejercía sobre los diferentes aspectos de la vida pública y privada del rey, era de esperar que la adaptación de la nueva soberana a sus funciones como Reina Católica no sería dejada al azar por Luis XIV y sus ministros, ni tampoco como se verá en manos de Madrid. En segundo lugar cabría considerar el influjo que tuvieron sobre los planes de Versalles las informaciones remitidas en el último cuarto del siglo XVII por los sucesivos embajadores franceses acerca de la corte española y de las últimas soberanas habsbúrgicas. En ambos casos se trata de una imagen que puede ser objeto de crítica historiográfica, como de hecho lo ha sido<sup>530</sup>, pero no es menos cierto que tales informaciones constituyeron la referencia más próxima con la que contó el gabinete francés en el momento de trazar el que a su modo de ver había de ser el modelo de conducta ideal de la esposa de Felipe V. Así, frente a la reiterada participación de Mariana de Austria y Mariana de Neoburgo en la toma de decisiones y la redistribución de gracias y mercedes, actitud abiertamente censurada por los diplomáticos galos destinados en la capital española<sup>531</sup>, la futura reina debía renunciar a ejercer toda labor de patronazgo político-cortesano o, de desarrollarla, hacerlo con absoluta discreción: «Que le Roi traite bien la femme qu'il épousera -puede leerse en las instrucciones de Louville-, mais qu'elle ne se mêle qu'avec beaucoup de discrétion des affaires et de la distribution des grâces et des emplois; *cela est très-important.*»<sup>532</sup> El antiguo embajador francés en Madrid, duque de Harcourt, se expresó a este respecto de manera más elocuente si cabe en una misiva dirigida a la camarera mayor, la princesa de los Ursinos: «(...) Faites annoncer -escribió- que la reine ne se charge point de demander des grâces, ou du moins, si elle les demande, qu'on ne le sache

---

recevoir, que son mary le sache toujours. *Il pourroit aussi arriver comme du temps de Charles 2 qu'on offrit des présents considérables pour avoir des postes ou des emplois (...).*» A.H.N., E., leg. 2460. La cursiva es nuestra.

<sup>530</sup> Véase a este respecto la obra de ÁLVAREZ LÓPEZ, A.: *La fabricación de un imaginario...*, en especial caps. 5 y 6.

<sup>531</sup> Para la imagen de ambas reinas en la correspondencia diplomática francesa remitimos a la tesis de MACQUART, F.: *Le réseau français à la cour de Charles II d'Espagne. Jeux diplomatiques de fin de règne (1696/1700)*, Universidad de Toulouse Le Mirail, 1999, I, pp. 276 y ss. y 306 y ss., disponible en la Biblioteca de la Casa de Velázquez (Madrid).

<sup>532</sup> "Instrucciones del marqués de Louville". LOUVILLE, I, pp. 38-39. La cursiva en el original.

point. *La véritable gloire d'une reine n'est autre que de partager celle du roi son mari, la sienne propre ne pouvant être qu'aux dépens de celle du roi.*»<sup>533</sup>

¿Es plausible pensar que las particularidades de la personalidad de Felipe V, en concreto su docilidad, indecisión y dependencia del impulso de terceros, tuvieron alguna influencia en las características del modelo de soberana auspiciado por Versalles? ¿Partían las instrucciones que acabamos de referir de la sospecha de que la futura reina estaba llamada a dominar al monarca y, por lo tanto, era necesario evitar esta posibilidad? Es difícil otorgar una respuesta concluyente a ambas cuestiones. Por una parte los consejos de Luis XIV respecto al lugar que la mujer había de ocupar en el corazón del príncipe, y por extensión en la escena política, a semejanza de las instrucciones recibidas por Louville o las recomendaciones de Harcourt, no dejaban de resultar arquetípicas, al aglutinar toda una serie de nociones vinculadas al ideal de soberano, el modelo de matrimonio tradicional o la imagen de la mujer de raigambre aristotélica. De hecho, tal y como hemos visto, existen exhortaciones semejantes para los casos del gran delfín, Felipe V y, más tarde, Luis I. Por otra parte, algunos testimonios contemporáneos al ascenso al trono del monarca parecían dar por sentado que la consorte no tardaría en ejercer una notable influencia sobre su esposo. En este sentido, en abril de 1701, Madame confesó a la duquesa de Hannover: «Le roi d'Espagne prend, dit-on, Télémaque pour modèle (...). Il pourra bien, avec le temps, trouver en Espagne une Minerve qui le gouvernera entièrement (...).»<sup>534</sup> «Quand il y aura une reine, il [Felipe V] passera ses journées renfermé à badiner», auguró la duquesa de Beauvilliers.<sup>535</sup> En efecto, Fénelon aspiró a hacer de sus pupilos unos adultos virtuosos, incidiendo en el amor de Telémaco hacia Antíope como en el modelo a imitar por ellos, esto es, un amor casto, conyugal, fundamentado no ya en las pasiones efímeras e ilícitas sino en sentimientos más profundos como la estima y la “amitié”, entendida según la acepción que se otorgaba en el siglo XVII a este término.<sup>536</sup> Las prevenciones del preceptor y de Beauvilliers mantuvieron incólume la inocencia de los tres jóvenes príncipes hasta sus respectivos matrimonios: «Il [Felipe

---

<sup>533</sup> Harcourt a Ursinos. Versalles, 3 de febrero de 1702, recogida en HIPPEAU, C. (ed.): *Lettres inédites de Mesdames de Ursins et de Maintenon, du Prince de Vaudemont, du Maréchal de Tessé et du Cardinal de Janson*. Caen, 1862, p. 8. La cursiva es nuestra.

<sup>534</sup> Madame a la duquesa de Hannover. Versalles, 19 de abril de 1701, recog. en JAEGLÉ, E. (ed.): *Correspondance...*, II, p. 268.

<sup>535</sup> La duquesa de Beauvilliers a Louville. 2 de mayo de 1701, cit. en LIZERAND, G.: *Le Duc de Beauvilliers...*, p. 470.

<sup>536</sup> LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V...*, p. 36.

V] a son innocence baptismale», confirmó Louville en la primavera de 1701, para acto seguido añadir: «Il est vertueux contre son tempérament, dont la nature ne le porte à rien moins qu'à la vertu.»<sup>537</sup> Dotado del temperamento ardiente de los Borbones pero atormentado por los escrúpulos de conciencia, evidentes por ejemplo durante su estancia en el frente italiano, Felipe V se mantendría fiel a lo largo de su vida a sus dos esposas, en las que buscaría el amor conyugal que Telémaco profesaba a Antíope.<sup>538</sup> Si Luis XIV compartía la opinión de Madame es algo que no podemos saber con certeza. No obstante, de lo que no cabe duda es que conocía los principios que Fénelon había imbuido a sus nietos, al igual que las particularidades de su personalidad, y que en último término aspiraba a formar no una reina a semejanza de la Mariana de Austria o la Mariana de Neoburgo que habían retratado los embajadores franceses en su correspondencia, sino una soberana conforme al modelo preconizado desde Versalles. Este objetivo singularizaría, según veremos a lo largo de este trabajo, el proceso de adaptación de María Luisa de Saboya a su papel como Reina Católica, e implicaría el desarrollo de diferentes prevenciones tendentes a coartar tanto la potencialidad de su posición en calidad de consorte como el ascendiente que llegado el caso podría adquirir sobre su esposo.

### **Conciliación y continuidad. El frustrado matrimonio de Felipe V y la archiduquesa de Austria:**

La cláusula XIII del testamento de Carlos II estipulaba el enlace de su sucesor con una archiduquesa de Austria:

«Y porque deseo vivamente, que se conserve la paz y unión que tanto importa a la Christiandad, entre el Emperador mi tío [Leopoldo I] y el Rey Christianísimo [Luis XIV], les pido y exhorto, que en estrechando dicha unión con el vínculo del matrimonio del Duque de Anjou [futuro Felipe V] con la Archiduquesa, logre por este medio la Europa el sosiego que necesita [...].»<sup>539</sup>

La alianza matrimonial entre las Casas de Habsburgo y Borbón propuesta por el finado monarca suponía una opción de conciliación y continuidad. En esencia, constituía una manera de compensar al emperador Leopoldo I por la vulneración de

---

<sup>537</sup> LOUVILLE, I, p. 110.

<sup>538</sup> Acerca de la relación de Felipe V con sus dos esposas y el tópico de “esclavitud conyugal”, véase LABOURDETTE, J. F.: «La personnalité...», en BÉLY, L. (dir.): *La présence des Bourbons...*, pp. 182-184.

<sup>539</sup> *Copia del Testamento cerrado que en 2 de octubre de 1700 y del codicilo que en 5 del mismo año, hizo la Magd. de Dn. Carlos Segundo, que está en Gloria; debajo de cuya disposición falleció en Primero de Nov.<sup>e</sup> sig. y también copia del papel que cita el testamento.* B.N.M., Mss. 10910, fol. 16r.

sus derechos sucesorios, al tiempo que reproducía la estrategia matrimonial característica de los Austrias: la unión de sus monarcas con miembros de la rama imperial de la dinastía. En Madrid, la opinión que tal enlace suscitaba era variada: “Se discurre diversamente acerca de lo que ocurrirá –escribió el doctor Geelen al elector palatino-. Unos tienen por indefectible la guerra, otros creen que el matrimonio del Rey con la Archiduquesa de Austria asegurará la paz (...).”<sup>540</sup> Por su parte, el enviado bávaro remarcó la inclinación de “la nación” por un matrimonio habsbúrgico.<sup>541</sup> Tal tendencia se extendía hasta Roma donde Clemente XI, erigiéndose en mediador entre ambas dinastías, entendía las nupcias de Felipe V con una de las hijas de Leopoldo I como el medio más seguro de evitar el estallido de una conflagración cuyo primer escenario sería indudablemente la península itálica.<sup>542</sup>

En un principio Luis XIV pareció acomodarse a las últimas voluntades de Carlos II.<sup>543</sup> A mediados de noviembre de 1700 ordenó a su embajador en España, Harcourt, que sondease la opinión de la corte madrileña con respecto al matrimonio de su nieto:

“[...] Vous lui parlerez [se refiere al cardenal Portocarrero] de la prière que le Roi Catholique me fait, à la fin de l'article 13 de son testament, de consentir au mariage de mon petit-fils avec l'Archiduchesse fille de l'Empereur. Vous saurez du cardinal Porto-Carrero si ce mariage est désiré de la nation. De ma part, rien ne m'empêchera d'y consentir [...]”<sup>544</sup>

Instrucciones parecidas a las de Harcourt remitió el monarca francés al marqués de Villars, su embajador en Viena, quien debía informarse de las “dotes” de la segunda de las hijas del emperador, María Ana, que contaba con la misma edad que Felipe V, sin elevar al gobierno imperial petición oficial ni oficiosa alguna: “Nessuna trattativa, nè ufficiale nè ufficiosa –escribió el embajador veneciano a su gobierno por las mismas fechas-, s'è iniziata ancora intorno a un eventuale matrimonio (...) con una

---

<sup>540</sup> Doctor Geelen, médico de Mariana de Neoburgo, al elector palatino. Madrid, 13 de enero de 1701, recogida en BAVIERA, A. y MAURA GAMAZO, G.: *Documentos inéditos...*, edic. de 2008, II, p. 1403.

<sup>541</sup> “(...) Es cierto que esta nación más hubiera deseado una hija del Emperador como medio para la paz, a que se inclina, por temor de los peligros y gastos que trae consigo la guerra (...).” Bernardo Bravo a Prielmayer. Madrid, 19 de mayo de 1701, recogida en *Ibidem*, II, p. 1415.

<sup>542</sup> Sobre el fracasado intento de mediación del pontífice entre las Casas de Austria y Borbón, véase MARTÍN MARCOS, D.: *El Papado y la Guerra de Sucesión española*. Madrid, 2011, pp. 61-82.

<sup>543</sup> Tanto fue así que Savioni, residente veneciano en Nápoles, no dudó en informar a la Serenísima de que el conflicto sucesorio en ciernes terminaría zanjándose con un doble matrimonio: el de Felipe V con la archiduquesa y el de Mariana de Neoburgo con el delfín, primogénito de Luis XIV. Despachos de Francesco Savioni. Nápoles, 25 de enero de 1701, recogido en NICOLINI, F. (ed.): *L'Europa...*, I, p. 329.

<sup>544</sup> Luis XIV a Harcourt. 17 de noviembre de 1700, recogida en HIPPEAU, C. (ed.): *Avènement des Bourbons...*, II, p. 309.

di queste arciduchesse. Semplicemente Luigi XIV ha incaricato il Villars che propenderebbe per la seconda (meglior dotata) d'indicargli quale di esse gli sembri più adatta.”<sup>545</sup>

Aunque interesado en aparentar un respeto absoluto por el testamento de Carlos II, el rey de Francia no deseaba verse desairado por el emperador, de ahí que evitase solicitar públicamente la mano de la archiduquesa en nombre de su nieto. Informado por Villars de la francofobia reinante en la corte imperial, Luis XIV fue consciente desde el principio de que el proyectado matrimonio con la Casa de Austria estaba abocado al fracaso. En efecto, la oposición del emperador a llegar a un acuerdo con los Borbones fue evidente desde el primer momento. Leopoldo I no solo se negó a reconocer a Felipe V como rey de España sino que, movido por sus consejeros, reclamó los territorios italianos de la Monarquía Hispánica.<sup>546</sup> Así, conceder la mano de una de las archiduquesas a un nieto de Luis XIV hubiera supuesto una incoherencia en el desarrollo de la política exterior austriaca: no solo habría llevado al emperador a paralizar los preparativos de la ofensiva militar en el Norte de Italia, sino que también le habría obligado a renunciar por el momento a sus exigencias territoriales.

A decir verdad, las reticencias a un enlace Habsburgo-Borbón, y por añadidura a la solución pacífica de la cuestión sucesoria, no se circunscribían únicamente al Imperio. Entre finales de 1700 y comienzos de 1701 tanto en Francia como en la Monarquía Hispánica comenzaron a barajarse objetivamente las consecuencias de convertir a una archiduquesa en consorte de Felipe V: « (...) Je vois tous les jours de quelle conséquence il est d'empêcher qu'une princesse de la maison d'Autriche ne devienne reine d'Espagne (...) », escribió Luis XIV a Harcourt en enero de 1701.<sup>547</sup> Incluso a riesgo de embarcarse en una contienda, Madrid y Versalles estaban dispuestos a admitir que existían más inconvenientes que beneficios en el enlace propuesto por Carlos II en su testamento. De entrada, el matrimonio imperial entraba en contradicción con la visión que el gabinete francés tenía de sus relaciones con el gobierno español después de noviembre de 1700. Según se ha visto, el advenimiento de Felipe V al trono fue entendido como el inicio de una etapa de colaboración entre Francia y la Monarquía Hispánica. Una colaboración que, aunque entrañaba un alto

---

<sup>545</sup> Despachos de Lorendan, enviado veneciano en Viena, a su gobierno. Viena, 8 de enero de 1701, recogido en NICOLINI, F. (ed.): *L'Europa...*, I, p. 293.

<sup>546</sup> BÉRENGER, J.: *Léopold I (1640-1705), fondateur de la puissance autrichienne*. París, 2004, p. 426.

<sup>547</sup> Luis XIV a Harcourt. 4 de enero de 1701, recogida en HIPPEAU, C. (ed.): *Avènement des Bourbons...*, II, p. 413.

grado de sumisión y dependencia para Madrid, había de sustentarse y reafirmarse por medio de los sucesivos matrimonios entre los miembros de una y otra rama de la Casa de Borbón. Por lo tanto, casar al rey de España con una archiduquesa no contribuiría sino a introducir un elemento exógeno en el corazón de unas relaciones diplomáticas cuya fluidez dependía en buena medida de los lazos familiares y de la endogamia dinástica. Ello parece inferirse del contenido de las instrucciones que el duque de Beauvilliers entregó al marqués de Louville poco antes de su partida a Madrid: «N'épouser jamais de princesses autrichiennes, et si Dieu donne des enfants au Roi, leur inspirer les mêmes sentiments; rechercher au contraire le sang de France.»<sup>548</sup>

De la misma manera, entre los súbditos del Rey Católico la hipótesis de un matrimonio imperial parecía contar cada vez con menos adeptos. Desde Roma, la princesa de los Ursinos informaba de la oposición al mismo no solo de los cardenales proespañoles, sino también del embajador de Felipe V ante la Santa Sede, el duque de Uceda.<sup>549</sup> Un ambiente similar se respiraba en Madrid donde, en opinión de Geelen: “están muy recientes las antipatías que despertaron las supuestas malas acciones de algunos alemanes (...).”<sup>550</sup> En la capital española, la oposición a las nupcias del monarca con una archiduquesa estaba encabezada por el cardenal Portocarrero. En un primer momento, instado por Harcourt, el cardenal había informado al conde de Harrach del contenido de la cláusula número 13 del testamento de Carlos II.<sup>551</sup> Aunque la nula respuesta que obtuvo del diplomático le hizo cesar en sus avances en esa dirección, lo cierto es que Portocarrero, como el monarca francés, nunca contempló seriamente casar a Felipe V con una de las hijas de Leopoldo I. Apoyar tal posibilidad hubiera puesto en riesgo su propia posición en el gobierno español. Según informaba el

---

<sup>548</sup> «Instructions données au Marquis de Louville par le duc de Beauvilliers», recogidas en *Ibid.*, II, pp. 520-524, la cita en la página 522.

<sup>549</sup> «(...) M. l'ambassadeur d'Espagne [Uceda] vint me voir deux jours après. Nous traitâmes à fond cette matière. Il me dit d'abord qu'en prenant la fille de l'Empereur, ce seroit peut-être le moyen d'adoucir la cour de Vienne et de conserver le repos de la chrétienté; mais ayant fait de sages réflexions, il convint avec moi, que le premier intérêt de la cour d'Espagne étoit de renoncer absolument à toutes autres liaisons pour mériter davantage l'amitié et la confiance de notre Roi. Le cardinal Giudice [napolitano, hermano del duque de Giovenazzo] et les auditeurs de Rote espagnols m'ayant vue depuis, ils m'ont témoigné une aversion infinie pour l'archiduchesse, jusqu'à me dire que de ce mariage les faisoit retomber dans leur premier malheur et qu'ils ne croyoient pas même qu'il y eût de la sûreté à livrer leur roi à ces sortes de femmes (...).» Ursinos a la duquesa de Noailles. Roma, 27 de diciembre de 1700, recogida en GEFROY, A. (ed.): *Lettres inédites...*, pp. 85-86.

<sup>550</sup> Geelen al elector palatino. Madrid, 7 de septiembre de 1701, recogida en BAVIERA, A. y MAURA GAMAZO, G.: *Documentos inéditos...*, II, p. 1419.

<sup>551</sup> Despacho de Mocénigo, embajador veneciano en España, a su gobierno. Madrid, 6 de enero de 1701, recogido en NICOLINI, F. (ed.): *L'Europa...*, I, p. 282.

embajador veneciano en Madrid, Mocénigo, si el prelado se mostraba contrario a tal alianza era porque temía que la archiduquesa se mostrase contraria a su “onnipotenza”.<sup>552</sup> No en vano, Portocarrero había sido desde 1699 uno de los más firmes partidarios de la opción sucesoria borbónica. Poco favor podía esperar, por tanto, de una hija del emperador.

Con todo, al margen de consideraciones diplomáticas y de intereses particulares, existió otro elemento que contribuyó al fracaso definitivo del matrimonio Habsburgo-Borbón: la necesidad de mantener un cierto equilibrio entre las banderías que dominaban la corte española. Si bien Luis XIV y Portocarrero coincidían en que la entronización de Felipe V se había llevado a cabo sin incidencias, ello no significaba que la Casa de Austria careciera de partidarios en los diferentes territorios de la Monarquía Hispánica. Las instrucciones del rey francés a sus embajadores en Madrid dan cuenta de la desconfianza de Versalles respecto a la fidelidad de algunos Grandes hacia la nueva dinastía.<sup>553</sup> Por tanto, en opinión de ambos, convertir en reina de España a una archiduquesa no contribuiría sino a alentar el austracismo de determinados cortesanos, la división y el desorden en la corte madrileña:

«(...) La disposition générale de tout le royaume -escribió el rey de Francia a Harcourt- n'empêche pas que quelques particuliers, en petit nombre à la vérité, ne soient encore attachés à l'Empereur. Comme ils s'en font un mérite auprès de ses ministres et que ces derniers ne peuvent s'empêcher de confier à d'autres le sujet de leurs espérances, il me revient qu'ils en établissent déjà sur le règne d'une princesse de la maison d'Autriche en Espagne, et qu'ils regardent cet événement comme l'unique ressource de cette maison [...]»<sup>554</sup>

En este caso la desconfianza se desarrollaba en un doble sentido. Por un lado, instrumentalizada desde Viena, la archiduquesa podía actuar en favor de los intereses de su dinastía de origen, quien sabe si, pasado el tiempo, hasta convencer a Felipe V de la conveniencia de avenirse a las pretensiones de Leopoldo I en Italia. Por el otro, los cortesanos españoles parciales al emperador (entre los que destacaban algunos de la talla del almirante de Castilla o el marqués de Leganés), verían en la reina Habsburgo una figura capaz de oponerse al influjo que Francia y los ministros profranceses ejercían sobre el gobierno de la Monarquía. Así pues, para Luis XIV y Portocarrero la

---

<sup>552</sup> El mismo a su gobierno. Madrid, 3 de febrero de 1701, recogido en *Ibid.*, I, p. 347.

<sup>553</sup> *RLA*, XII-II.

<sup>554</sup> Luis XIV a Harcourt. 4 de enero de 1701, recogida en HIPPEAU, C. (ed.): *Avènement des Bourbons...*, II, pp. 413-414. Las opiniones de Portocarrero quedan reflejadas en una misiva del enviado piamontés en la corte española. Operti al duque de Saboya. Madrid, 28 de abril de 1701. A.S.T., LMS., M. 48.



oposición de Leopoldo I al matrimonio de su hija con el rey de España resultó a la postre favorable a sus verdaderas intenciones. Quizás una consorte Habsburgo garantizaría la paz en el exterior, lo que tampoco podía asegurarse, pero bien podía estimular la inestabilidad tanto en el seno del gobierno hispano como del eje Versalles-Madrid. Además, controlar el proceso de adaptación a sus funciones como consorte de un rey Borbón de una princesa procedente de una potencia menor, sería sin lugar a dudas más fácil para el gobierno francés que si la elegida resultaba ser una archiduquesa. Dado que Francia, según veremos más adelante, no pensaba contemporar en este punto, imponer su criterio a la corte imperial habría obligado a Luis XIV bien a entablar largos debates, bien a ceder en ciertos aspectos o, de lo contrario, a sostener no menos largas y conflictivas discusiones con Viena a la hora de tratar cuestiones tan problemáticas como solían ser el séquito y la composición de la Casa de la soberana.

En consecuencia, el monarca galo y el cardenal pronto comenzaron a barajar otras alternativas para Felipe V. Frustrada la posibilidad de su unión con cualquiera de las hijas de Leopoldo I, solo dos princesas en la Europa católica parecían adecuadas para el soberano: Leonor de Guastalla y María Luisa Gabriela de Saboya.<sup>555</sup> De estas dos, el rango y el linaje de la primera no se consideraban lo suficientemente encumbrados como para convertirse en consorte del Rey Católico. Desde estas perspectivas, el futuro matrimonial de Felipe V parecía decidido a comienzos de 1701.

\*\*\*\*\*

En las últimas décadas los historiadores del reinado de Felipe V se han esforzado en aportar una visión más matizada de la etapa de su vida que pasó en Francia. En este sentido al enfoque tradicional, que incidía en la negligente formación que tanto Anjou como sus hermanos recibieron en Versalles, dichos autores han contrapuesto un panorama diferente que, por basarse en la utilización de nuevas fuentes, por ejemplo los deberes escolares del soberano o el análisis sistemático de los planes de estudio elaborados por Fénelon y Fleury, ha permitido concluir que la instrucción de los *Enfants de France* estuvo lejos de ser tan descuidada como hasta entonces se había creído. Así, a día de hoy sabemos que los duques de Borgoña, Anjou y Berry gozaron de una educación bastante no solo en cuanto a los métodos aplicados y a los conocimientos que

---

<sup>555</sup> Despachos de Pisani, embajador veneciano en Versalles, a su gobierno. París, 3 de diciembre de 1701, recogido en NICOLINI, F. (ed.): *L'Europa...*, I, pp. 213-214.

integró (historia, geografía, ciencias, latín, el arte de la disertación, etc.) sino también en el plano moral y físico. Una formación, en definitiva, que no pretendió hacer de ellos unos intelectuales en el sentido estricto del término, sino que aspiró a convertirlos en perfectos *honnêtes hommes*, de conformidad con los ideales de cultura y civilidad imperantes en la Francia del *Grand Siècle*.

Otra cuestión diferente sería hasta qué punto la formación que Felipe V recibió le preparó o no para reinar. Segundogénito del gran delfín, antes de noviembre de 1700 el destino del duque de Anjou estuvo definido por su condición de «cadet», es decir de príncipe de la sangre no llamado a ceñir la corona. De hecho, en el marco de la educación conjunta que recibieron los *Enfants de France* era al duque de Borgoña a quien correspondía el aprendizaje del arte de gobernar, del mismo modo que se le otorgó un mayor protagonismo, en tanto que futuro jefe supremo de los ejércitos franceses, durante las maniobras militares del campo de Coudun, en Compiègne. La tradición, así como el ceremonial francés, constituyeron también sendos factores que reforzaron la consideración del futuro Felipe V como un segundón en el seno de la Casa de Borbón. En la jerarquía de la corte no solo ocupó, con anterioridad a su ascenso al trono, un lugar inferior al del delfín y el duque de Borgoña, sino que además se le imbuyó desde su más tierna infancia una marcada deferencia hacia su hermano mayor, el próximo rey de Francia, que percibió Spanheim en una fecha tan temprana como en 1690. Versalles, y más concretamente «le coeur de leur frère», tal y como aseguraban las *Mémoires pour l'instruction du Dauphin*, fueron hasta los diecisiete años los destinos trazados para el joven duque de Anjou, cuya formación pretendió evitar que reprodujese un modelo de conducta semejante al de Gastón de Orleáns, hermano de Luis XIII.

En esta misma línea de revisión historiográfica, el análisis exhaustivo de las fuentes contemporáneas ha permitido constatar que existieron asimismo aspectos de la instrucción de Felipe V que no cabe achacar exclusivamente al monarca, sino que también se manifestarían con el tiempo en los duques de Borgoña y Berry, al ser consecuencia bien del régimen de vida que les impuso su *gouverneur*, el duque de Beauvilliers, bien de los valores que les inculcaron Fénelon y Fleury. Así, según concluyeron M. y B. Torrione, la indecisión, uno de los defectos más conocidos del Rey Católico, constituyó una característica común en los tres hermanos. Y algo similar sucedió con su gusto por la vida retirada, producto del aislamiento en el que pasaron buena parte de su infancia y adolescencia. En este sentido, como indicó Vázquez Gestal

en un reciente trabajo, no deja de resultar paradójico que ninguno de los nietos de Luis XIV fuera instruido para perpetuar y perfeccionar el modelo de representación de la majestad real preconizado por el Rey Sol durante su largo reinado.

Además de en las características de su formación, la historiografía ha incidido igualmente en la personalidad de Felipe V. Desde las explícitas alusiones de San Felipe al desequilibrio mental del monarca hasta el estudio psico-histórico de Alonso Fernández, el carácter del primer Borbón ha sido objeto de diferentes aproximaciones con la finalidad de esclarecer en qué medida este pudo influir en la evolución política, diplomática y ceremonial del reinado. Ciertamente, existieron ciertos rasgos en la personalidad del soberano que no solo le incapacitaron con el tiempo para el ejercicio activo del poder (como sus crisis de melancolía), sino que además resultaban incompatibles con los valores que daban cuerpo a la imagen del monarca en el periodo moderno o, por lo menos, que no se correspondían con las expectativas que Luis XIV albergaba en cuanto a cuál había de ser el modelo de comportamiento de su nieto en tanto que Rey Católico (como su ya mencionada indecisión, su dependencia del impulso de terceros o su falta de confianza en sí mismo). Dicho esto, no es menos cierto que a menudo no se ha diferenciado lo suficiente entre la personalidad de Felipe V (y su conducta en el trono) antes y después de 1724, fecha a partir de la que existen variaciones sustanciales. Como también que, con igual frecuencia, se ha otorgado primacía a la hora de trazar su semblanza a los aspectos más negativos del carácter del monarca, sin tomar en cuenta ni el contexto y las dificultades a las que se enfrentó durante su reinado, ni la parcialidad que revestían algunos de los testimonios que han vertebrado semejantes imágenes del rey. A lo largo de este capítulo hemos procurado esbozar un retrato del monarca que tiene en consideración tanto ambas variables como la ambivalencia de ciertas de las críticas vertidas en su contra (recuérdese el ejemplo de la correspondencia de Louville y de algunos de los embajadores franceses). Así, el Felipe V que convivió con María Luisa de Saboya no es la figura melancólica y depresiva que no “quería reinar”, parafraseando a García Cárcel. Por el contrario fue un soberano que, aunque condicionado por las particularidades de su personalidad, luchó por mantenerse en el trono durante más de una década, al tiempo que afrontó, con diferentes resultados y desde la más absoluta inexperiencia para gobernar, una coyuntura mediatizada por la dependencia hacia Francia y la inestabilidad interna en la corte y el gobierno españoles.

Esta visión retrospectiva de la imagen del monarca es compatible, en cualquier caso, con las percepciones que generó su carácter en aquellos que le rodearon. Según hemos podido comprobar en las páginas anteriores, aspectos de la personalidad del monarca como su timidez, su docilidad y su indecisión, generaron un amplio flujo de informaciones a uno y otro lado de los Pirineos, influyeron en la adopción de determinadas decisiones y contribuyeron a orientar los criterios en los que debía basarse su conducta tras instalarse en España. Las relaciones de Felipe V con su futura esposa no quedaron al margen del variado corpus de instrucciones y consejos que afluyeron a Madrid en los primeros meses del reinado. Ciertamente, semejantes recomendaciones tenían un alto componente arquetípico, al hacerse eco de los valores que conformaban tanto el ideal de soberano como la imagen tradicional de la mujer de herencia aristotélica (recuérdese lo contenido al respecto en las *Mémoires pour l'instruction du Dauphin*). Sin embargo, en el caso del primer Borbón partían también de un doble recelo: por una parte, la innegable proyección que las últimas soberanas de la Casa de Austria habían disfrutado en la escena política, que la nueva reina no debía perpetuar. Por la otra, la desconfianza que generaban en Luis XIV y sus ministros ciertos rasgos de la personalidad del monarca como sus ya referidas docilidad e indecisión, susceptibles de convertir a su esposa en una figura de primer orden en el marco de la política española y, lo que resultaba más importante, en el seno de las relaciones en el eje Versalles-Madrid. Coartar la potencialidad de la consorte y evitar que la nueva pareja real reprodujese comportamientos similares a los desarrollados en su día por Carlos II y Mariana de Neoburgo, constituyeron sendos propósitos del gobierno francés y el *entourage* de Felipe V que no solo contribuyeron a dar cuerpo al modelo de conducta ideal de la hipotética consorte del rey. Tales fines determinarían también el proceso de adaptación de la princesa elegida como esposa del primer Borbón toda vez que fracasó definitivamente la unión del monarca con una archiduquesa de Austria, impuesta por Carlos II en su testamento y desestimada prácticamente desde el principio por las cortes de Madrid, Viena y Versalles.

### III PARTE

## MATRIMONIO: NEGOCIACIÓN DIPLOMÁTICA, RITOS Y CEREMONIAS

### **IMPONER UNA ALIANZA, NEGOCIAR UN MATRIMONIO: LAS NUPCIAS DE FELIPE V Y MARÍA LUISA GABRIELA DE SABOYA.**

«Vous pouvez immédiatement après de la signature du traité dire au duc de Savoie que j'ay donné encore de nouveaux ordres au duc d'Harcourt pour presser la célébration du mariage du Roy d'Espagne et la discussion des prétentions du duc de Savoie».<sup>556</sup>

Las nupcias de Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya comenzaron a negociarse apenas unas semanas después de que el monarca partiera de Versalles en dirección a Madrid. Tradicionalmente, la historiografía ha señalado a María Adela de Saboya como artífice del primer matrimonio del rey de España. Casada con el duque de Borgoña, futuro heredero del trono francés, San Felipe y Targe le concedieron en su momento un papel destacado en la elección de su hermana menor como consorte de Felipe V.<sup>557</sup> Tal opinión sería recogida por sucesivos autores<sup>558</sup>, entre ellos Michelet, que vería en el enlace del monarca español «une intrigue fort bien menée entre Turin et Versailles». Para el historiador francés, la duquesa de Borgoña, siempre atenta a defender los intereses de su dinastía de procedencia, habría favorecido la candidatura de su hermana frente a Madame de Maintenon, quien a su vez lo habría hecho ante Luis XIV. En consecuencia, este último se habría visto embaucado por las instancias de la duquesa y su esposa morganática, aceptando una opción matrimonial de la que no tardaría en arrepentirse.<sup>559</sup> Muy crítico con el ascendiente que ciertas damas de las cortes francesa y española ejercieron sobre los asuntos de Estado durante la Guerra de

---

<sup>556</sup> Luis XIV a Phélypeaux. Versalles, 30 de marzo de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fol. 180r.

<sup>557</sup> SAN FELIPE [1957], p. 25; TARGE, J. B.: *Histoire de l'avènement de la Maison de Bourbon au trône d'Espagne. Tome Premier*. París, MDCCLXXII, p. 369.

<sup>558</sup> Por ejemplo PEREY, L.: *Une reine de douze ans. Marie-Louise-Gabrielle de Savoie, reine d'Espagne*. París, s. a. [1900 ¿?], pp. 28-29.

<sup>559</sup> «Il [Victor Amadeo II] était à Versailles par sa fille adorée, cette petite fée, la duchesse de Bourgogne, qui savait tout, lui disait tout (...). Une intrigue fort bien menée entre Turin et Versailles avait dupé le roi [Luis XIV], lui avait surpris son aveu pour le mariage d'une soeur de la duchesse de Bourgogne avec le jeune roi d'Espagne. Celle-ci avait adroitement caressé, aveuglé madame de Maintenon. Le roi n'eut pas plutôt consenti qu'il le regretta. Le plan très dangereux du Savoyard était, par cette petite fille, pleine d'esprit, et d'un rusé courage pour l'intérêt de la famille, d'obtenir qu'il fût seul en Italie le général de l'Espagne et de la France, qu'il eût nos armées dans sa main (...).», MICHELET, J.: *Histoire de France. Tome XIV. Louis XIV et le duc de Bourgogne*. Édition présentée par Paul Viallaneix et Paule Petitier. París, edic. de 2008, p. 139.

Sucesión (Maintenon, la duquesa de Borgoña, la princesa de los Ursinos o la propia María Luisa de Saboya), Michelet vería en el primer matrimonio de Felipe V un elemento que consolidaría el desastroso influjo que todas ellas ejercieron sobre un ámbito, el político, que teóricamente les estaría vedado en virtud de su sexo.<sup>560</sup> No obstante, la visión que Michelet ofrece de la situación del eje Madrid-Versalles en los primeros años del siglo XVIII merece ser tomada con precaución. Su discurso resulta sesgado no solo por su concepción de la relación entre la mujer y el poder; sino también porque sus observaciones se basan en fuentes (Saint-Simon, Louville, Duclos, Saint-Hilaire o el chevalier de Quincy, entre otros) cuyo contenido es hostil, cuando no difamatorio, hacia algunas de las féminas a las que se refiere.

La participación de Madame de Maintenon en las nupcias del rey de España es un hecho probado, a diferencia de la de la duquesa de Borgoña<sup>561</sup>, a la que únicamente cabría achacar un orgullo dinástico habitual en las princesas europeas del Antiguo Régimen y, quizás, su interés por intervenir en el destino de una hermana a la que según todos los testimonios contemporáneos amaba tiernamente.<sup>562</sup> Con todo, atribuir en exclusiva el enlace de Felipe V y María Luisa de Saboya a la mediación de ambas damas, implicaría no tomar en consideración la coyuntura diplomática europea previa al estallido del conflicto sucesorio; como tampoco las expectativas de las cortes de Versalles y Madrid en relación a las nupcias del soberano.

La elección de una princesa de Saboya como esposa de Felipe V presentaba una serie de factores que dotaban a su candidatura de innegables ventajas dinásticas y políticas. En lo que concierne a las primeras, pese a su estatus de hija de un duque soberano, María Luisa de Saboya contaba con un significativo capital dinástico que la

---

<sup>560</sup> Véase al respecto el capítulo XIII titulado «Gouvernement des dames» del tomo XIV de su *Histoire de France...*, pp. 173-189. Sobre la conceptualización de la mujer y las relaciones de género en la obra de Michelet, MOUREAU, T.: *Le Sang de l'histoire. Michelet, l'histoire et l'idée de la femme au XIXe siècle*. París, 1982.

<sup>561</sup> De hecho, la única prueba documental que hemos localizado respecto a la intervención de la duquesa de Borgoña en el matrimonio de su hermana es uno de los informes del embajador veneciano en París, Pisani, quien escribiría a su gobierno a finales de noviembre de 1700: "(...) Certo è che Vittorio Amedeo II, per mezzo sia della figlia Maria Adelaide (la moglie del duca di Borgogna), sia del presidente Latour, venuto testè dall'Aia, ha offerto a Luigi XIV precisamente quale sposa di Filippo V, l'altra figlia Luisa Maria (...)." Informe de Pisani al gobierno veneciano. París, 26 de noviembre de 1700, en NICOLINI, F.: *L'Europa...*, I, p. 201.

<sup>562</sup> HAUSSONVILLE, comte de: *La duchesse de Bourgogne et l'alliance saboyarde sous Louis XIV. Volume II*. París, 1904, p. 358. Asimismo, en sus primeras misivas a madame de Maintenon, Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya agradecerían a la dama el que papel que había jugado en la definitiva ejecución de su matrimonio. La carta del rey a Maintenon, fechada en Madrid, el 23 de junio de 1701, en BEAUMELLE, M. de la: *Lettres de Madame de Maintenon. Tome Septième*. Maestricht, MDCCLXXXX [sic], p. 197; la de la reina, cuya fecha no se especifica, en PEREY, L.: *Une reine...*, p. 116.

hacía digna de sentarse en el sitio de consorte que en los dos últimos siglos habían ocupado hijas y nietas de reyes y emperadores.<sup>563</sup> También, pertenecía a una dinastía católica europea, lo que evitaba el estigma de una forzosa conversión religiosa y las plausibles críticas que una acción semejante podría conllevar por parte de la corte española, renombrada por su catolicidad.<sup>564</sup> Por último, y a despecho de que su corta edad, apenas trece años, obligaba a obviar la perspectiva de una próxima sucesión, la carencia entre las dinastías europeas de princesas que a la sazón reunieran los requisitos adecuados para convertirse en reinas de España -edad, religión, linaje-, terminaría por jugar a su favor.

Algo semejante se observa en el plano político-diplomático. Dado que el primer escenario de la Guerra de Sucesión habría de ser la península itálica, la opción de un matrimonio con Saboya debía contribuir a vincular al estado saboyano con la Casa de Borbón. En este punto, los intereses de las cortes de Versalles y Madrid coincidían. De cara a las sucesivas campañas militares que habrían de tener lugar en Lombardía, la alianza de Saboya con las Dos Coronas resultaba fundamental, de ahí que tanto Luis XIV como Portocarrero se avinieran desde el primer momento a contemplar la posibilidad de un enlace entre la hija de Víctor Amadeo II y Felipe V.<sup>565</sup> Así, si bien es cierto que el gobierno español delegaría en el gabinete francés el tratamiento de diferentes aspectos de la negociación matrimonial, este hecho no debe llevar a considerar el matrimonio del rey de España como una imposición de Versalles. Sobre todo porque coronaría un tratado cuyas cláusulas eran francamente beneficiosas para la corona española. De un lado, el acuerdo borbónico-saboyano de abril de 1701 garantizaría la defensa de uno de los estados de la Monarquía Hispánica, Milán; del

---

<sup>563</sup> Véase el capítulo I de la parte II de este trabajo, en el que se analizan las conexiones dinásticas de la Casa de Saboya entre los siglos XVI y XVII.

<sup>564</sup> Sobre el papel público de la reina en las festividades religiosas de la Monarquía, véase GONZÁLEZ CRUZ, D.: "Actitudes e imágenes de las reinas...", en GONZÁLEZ CRUZ, D. (ed.): *Virgenes, reinas y santas...*, pp. 73-104, en concreto, 101-104. Son interesantes también las reflexiones de Virginia León respecto al caso concreto de Isabel Cristina de Brunswick, cuya religión de nacimiento era el luteranismo y se convertiría al catolicismo con motivo de su matrimonio con el archiduque Carlos. LEÓN SANZ, V.: "Jornada a Barcelona de Isabel Cristina de Brunswick, esposa del archiduque Carlos (1708)", en *Estudis. Revista de Historia Moderna*, 33 (2007), pp. 93-114, en concreto, p. 104.

<sup>565</sup> Sobre la importancia ducado en el marco de las relaciones entre potencias en el Norte de Italia, véase CARUTTI, D.: *Storia della diplomazia...*, III, p. 284; SYMCOX, G.: "Britain and Victor Amadeus II...", en BAXTER, S. B. (ed.): *England's rise to greatness...*, pp. 154-155; ROWLANDS, G.: "Louis XIV, Vittorio Amedeo II...", en *The English Historical Review*, vol. 115, n.º 462 (junio, 2000), p. 536. De la inclinación de Portocarrero hacia el matrimonio de Felipe V y la princesa de Saboya, da cuenta el testimonio del enviado veneciano en Madrid, Mocénigo, a su gobierno. Madrid, 3 de febrero de 1701, cit. por NICOLINI, F.: *L'Europa...*, I, pp. 346-347.

otro, las contrapartidas al mismo por parte de la corte madrileña serían mínimas y se circunscribirían exclusivamente a los ámbitos humano y logístico, ya que Francia se haría cargo del pago de los subsidios económicos concedidos a Víctor Amadeo II.

Es verdad que la rama española de la Casa de Austria, al contrario que los Borbones, carecía de una tradición consolidada de alianzas matrimoniales con la dinastía saboyana. En este sentido, María Luisa Gabriela de Saboya sería la primera princesa italiana convertida en reina de España, pero ello no supondría una distorsión completa de la lógica dinástica de la corona española, que a lo largo del siglo XVII, y con el fin de reforzar su autoridad en la península itálica, había promovido las nupcias de sucesivas archiduquesas con soberanos italianos.<sup>566</sup> En otro orden de cosas, se ha de tomar en consideración que extinguida la línea española de la Casa de Austria, se produciría un desajuste en los objetivos dinásticos y diplomáticos de la Monarquía Hispánica y el Imperio. El advenimiento al trono español de la Casa de Borbón transformaría la relación de la corte de Madrid con sus homónimas de Viena y Versalles, lo que en consecuencia, afectaría a la política matrimonial que todas ellas desarrollarían en los primeros años del siglo XVIII. Durante dos centurias, el sentimiento de pertenencia dinástica, así como la comunión de intereses políticos y territoriales derivados del mismo, habían fomentado la perpetuación de los vínculos matrimoniales entre ambas ramas de la Casa de Austria. Tal *modus operandi* permitió que los Habsburgo consolidaran, junto al prestigio del linaje, la posición de sus estados en el seno de las relaciones internacionales europeas. Un planteamiento semejante pretendieron desarrollar los Borbones tras el ascenso al trono español de un Nieto de Francia. Como se recordará, la necesidad de estrechar los lazos familiares entre los representantes de las dos ramas de la Casa de Borbón, constituyó uno de los aspectos barajados por el gabinete de Versalles durante las deliberaciones previas a la aceptación del testamento de Carlos II. Medida destinada a evitar una futura reproducción de la enconada rivalidad francoespañola, se encontró entre los principales propósitos de la diplomacia borbónica en las primeras décadas del siglo XVIII.<sup>567</sup> Desde estas perspectivas, por su condición de hermana de la duquesa de Borgoña, el

---

<sup>566</sup> SUTTER FICHTNER, P.: "Dynastic Marriage...", en *The American Historical Review*, 81-2 (1976), pp. 243-265; SPAGNOLETTI, A.: *Le dinastie italiane...*, pp. 159-197 y FRIGO, D.: «Deux impératrices de la Maison de Gonzague et la politique 'italienne' de l'Empire (1622-1686)», en *XVIIe Siècle*, 243-2 (avril-juin 2009), pp. 219-237.

<sup>567</sup> Véase el capítulo 1 de la primera parte de esta tesis.



enlace de María Luisa de Saboya con Felipe V permitiría prolongar, por espacio de una generación, los vínculos de parentesco entre las dos líneas de la Casa de Borbón.

Para concluir, en el marco de la signatura del tratado de alianza entre Saboya y las Dos Coronas, las nupcias del rey de España constituirían para Luis XIV un elemento a través del que satisfacer el orgullo dinástico de Víctor Amadeo II sin transigir en lo relativo a sus ambiciones territoriales en torno al Milanesado.<sup>568</sup> Ahora bien, ello no impediría que el matrimonio de Felipe V terminara convirtiéndose en un "arma excelente", según lo definiera Legrelle<sup>569</sup>, que sería empleada por las cortes de Versalles y Turín con una intencionalidad diferente. La primera, con el fin de forzar la definitiva adhesión del duque de Saboya a una alianza que no satisfacía plenamente sus expectativas. La segunda, en sentido contrario, con vistas a obtener de los gobiernos francés y español mayores ventajas de las que estos podían o estaban dispuestos a ofrecer.

Así las cosas, las conversaciones entre Versalles y Turín con motivo de las nupcias de Felipe V se anunciarían complicadas desde el primer momento. Negociar el matrimonio del monarca se revelaría como una tarea ardua para la diplomacia borbónica. Sometida a repetidos retrasos y paralizaciones motivados por la desconfianza del gabinete francés hacia la lealtad de Víctor Amadeo II a los Borbones, finalmente sería la corte española la que, pese a haber participado en la negociación desde un plano secundario, precipitaría su definitiva conclusión.

### **Primeras conversaciones entre las cortes de Versalles y Turín:**

Las primeras iniciativas en torno al enlace de Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya partieron de la corte de Versalles en diciembre de 1700.<sup>570</sup> Alarmado por la

---

<sup>568</sup> Durante buena parte de la década de 1690, Víctor Amadeo II había aspirado a expandir sus dominios patrimoniales a costa del Milanesado español. Territorio más rico y poblado que Saboya-Piamonte, la paz de Turín signada entre Luis XIV y el duque en 1696, en el marco de la Guerra de los Nueve Años, había garantizado a Víctor Amadeo II el apoyo de Francia a la conquista de Milán durante la contienda. Con todo, la firma de la paz de Ryswick apenas un año después frustró los proyectos del duque. ROWLANDS, G.: "Louis XIV, Vittorio Amedeo II...", en *The English Historical Review*, vol. 115, n.º 462 (junio, 2000), p. 547.

<sup>569</sup> LEGRELLE, A.: *La diplomatie française et la succession d'Espagne. Vol. IV. La crise (1700-1702)*. Braine-le-Comte, 1897, p. 375.

<sup>570</sup> Por las mismas fechas, Madame de Maintenon reconocía en una de sus cartas al duque de Harcourt que la corte de Versalles se inclinaba por una hija del duque de Saboya como futura esposa del rey de España: «On ne croit pas icy que l'on doive luy donner une Archiduchesse, et on penche à la Princesse de Savoye, elle a douze ans passés et on nous assure qu'elle a la taille aussy belle que Mme. la Duchesse de Bourgogne. C'est le principal pour une femme, et pour les enfans qu'on en attend...». Madame de

frialdad con que Víctor Amadeo II había acogido la noticia del ascenso al trono español de Felipe V, a finales de ese mismo mes el marqués de Torcy aludió en una de sus conversaciones con el embajador saboyano en París, conde de Vernon, a la posibilidad de un matrimonio entre el rey de España y la segundogénita del duque de Saboya.<sup>571</sup> A la sazón, el gobierno francés buscaba presentar el advenimiento de los Borbones a la corona española como una circunstancia favorable a los intereses ducales.<sup>572</sup> Dado que Francia pretendía infringir los preliminares signados con Saboya en octubre de 1700<sup>573</sup>, y ante la previsible invasión del Norte de Italia por las tropas imperiales, las nupcias de Felipe V se convertirían en un elemento de presión que habría de servir para determinar la alianza de Víctor Amadeo II con las Dos Coronas. Al promover el enlace de una princesa saboyana con su nieto, Luis XIV perseguía un doble propósito: por un lado, ensalzar el prestigio de la Casa de Saboya entre las dinastías europeas; y por el otro, reforzar la unión que habría de presidir la coalición borbónica-saboyana a través de la vinculación familiar y dinástica. Conocedor de la irregular actitud de Víctor Amadeo II en el cumplimiento de sus acuerdos internacionales, el soberano francés trató de ligar los intereses del duque a los de sus hijas como un medio de asegurar su fidelidad hacia los Borbones.

Sin embargo, Luis XIV estaba muy equivocado al pensar que Víctor Amadeo II se avendría sin negociar a una alianza cuyos términos serían dictaminados en exclusiva por el gabinete de Versalles. Pese a que la elevación de una de sus hijas al solio español

---

Maintenon al duque de Harcourt. Saint-Cyr, 3 de diciembre de 1700, LANGLOIS, M. (ed.): *Madame de Maintenon. Lettres...*, V, p. 530; BOTS, H. y BOTS-ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres...*, III, p. 247.

<sup>571</sup> "Vedo una disposizione assai universale in questi ministri per contribuire al matrimonio del Re' di Spagna con Madama la Principessa. Mr. de Tourcy [sic] per modo di conversazione me ha parlato meco assai a lungo quand V. A. R. non lo disapprovai havro mezzo di coltivare questa idea appresso di Madama di Maintenon (...)". Vernon a Víctor Amadeo II. París, 31 de diciembre de 1700. A.S.T., LMF, Mazzo 128. Asimismo, en previas reuniones, Torcy habría solicitado de Vernon el envío de un retrato de la princesa María Luisa, informándose acerca de su edad, educación y cualidades físicas. El mismo al mismo. París, 1, 15 y 20 de diciembre. A.S.T., LMF, Mazzo 128 y A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38.

<sup>572</sup> HAUSSONVILLE, comte de: *La duchesse de Bourgogne...*, II, p. 334. En otro orden de cosas, las seguridades que Versalles se empeñó en otorgar a Turín no dejaban de ser engañosas. Como puntualizó Storrs, el ascenso de Felipe V al trono español situó al estado saboyano en una posición de clara desventaja en relación a la situación que disfrutara desde 1696, puesto que vio sus fronteras amenazadas por el poder borbónico desde el este (Francia) y el oeste (Milanesado español). STORRS, C.: *War, diplomacy...*, p. 3.

<sup>573</sup> En el marco de la negociación del último Tratado de Reparto, en octubre de 1700 Luis XIV y Víctor Amadeo II establecieron los preliminares de un acuerdo por el que el Milanesado, que tras la muerte de Carlos II había de pasar a manos del delfín de Francia, quedaría en posesión del duque a cambio de Saboya, el condado de Niza y el valle de la Barcelonetta, anexionados al territorio francés. Sobre la gestación de los preliminares francosaboyanos, véase, RL4, XIV-1, pp. 241-246 y SYMCOX, G.: *Victor Amadeus II...*, p. 137.

no dejaba de complacerle, no por ello estaba dispuesto a renunciar a las oportunidades que la coyuntura internacional europea podía ofrecerle a la hora de satisfacer sus ambiciones, económicas y territoriales. Al igual que el rey de Francia, Víctor Amadeo II trataría de utilizar el matrimonio de Felipe V como un instrumento a través del que poder mejorar las condiciones de su futuro acuerdo con las Dos Coronas. Como el embajador francés escribió a Luis XIV, el duque establecía una diferencia notable entre sus propios intereses y los de su dinastía y, en cualquier caso, los primeros (dinero, honores militares y expansión territorial de sus estados) estaban muy por encima de los segundos.<sup>574</sup>

Por esta razón, al carecer de instrucciones precisas de su señor, Vernon respondería a las primeras instancias de Torcy sin comprometerse.<sup>575</sup> Consciente de que una de las cláusulas del testamento de Carlos II estipulaba el matrimonio de su sucesor con una archiduquesa, el duque de Saboya intentaría obtener de Luis XIV mayores seguridades. En esencia, buscaba que el gobierno francés efectuara una petición oficial a la corte de Turín y confirmara, asimismo, el abandono definitivo de la opción matrimonial habsbúrgica no solo por parte de Versalles, sino también de Madrid.<sup>576</sup> Tal actitud se debía a la desconfianza de Víctor Amadeo II hacia el rey de Francia. Preocupado por sus intereses, el duque de Saboya quería evitar que la corte francesa se desdijera de la oferta de matrimonio una vez que la formalización del tratado borbónico-saboyano fuera un hecho.

La visita del conde de Tessé a Turín a finales de diciembre de 1700, mitigaría en parte los celos de Víctor Amadeo II. Aunque carecía de instrucciones en lo que concernía a las nupcias del monarca español, Tessé estaba al tanto de las intenciones de Luis XIV al respecto. Durante su estancia en la corte saboyana, el diplomático francés se encargaría de examinar detenidamente a la princesa María Luisa, cuyas cualidades describiría con todo detalle a la duquesa de Borgoña.<sup>577</sup> Por otro lado, a comienzos de

---

<sup>574</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 5 de febrero de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fol. 87r.

<sup>575</sup> Vernon a Víctor Amadeo II. París, 31 de diciembre de 1700. A.S.T., LMF, Mazzo 128.

<sup>576</sup> El 21 de enero de 1701, Luis XIV confirmaría a Phélypeaux la aceptación por parte de la corte de Madrid del matrimonio del rey de España con la princesa de Saboya. Luis XIV a Phélypeaux. Versalles, 21 de enero de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fol. 58r.

<sup>577</sup> «Madame la princesse votre soeur, que vous m'aviez tan recommandé d'observer, est de la taille à peu près que vous étiez, quand j'eus l'honneur de vous voir (...). Elle aura le teint quasi aussi beau que le vôtre, les yeux de la même couleur que les vôtres, mais plus petits et moins brillants; ses dents ne seront pas belles, elle a quelque chose de vous dans le bas du visage; l'on ne peut dire que vous vous ressembliez, et cependant il y a quelque air l'une de l'autre. La petite vérole ne l'a point marquée. Elle n'a pas sur les lèvres ce coloris, qui feroit quasi croire que l'on vous les écorcher quelquefois; elle n'a pas

enero de 1701 Vernon informaría al duque de los objetivos de Versalles, reducidos básicamente a dos: que la negociación matrimonial se llevara a cabo en secreto a causa del aparente respeto que el gobierno francés quería mostrar hacia las últimas voluntades de Carlos II (matrimonio entre Felipe V y la archiduquesa); y la exclusión de Tessé y el enviado español, Albizu<sup>578</sup>, de las gestiones que habrían de desarrollarse en la corte de Turín, lo que otorgaría al embajador francés en la capital saboyana, Balthazar de Phélypeaux<sup>579</sup>, una posición de preminencia a lo largo de las mismas.<sup>580</sup>

En efecto, a mediados de enero este último solicitó oficialmente la mano de la princesa de Saboya en nombre de Luis XIV y Felipe V.<sup>581</sup> A partir de ese momento, se desarrollarían las primeras conversaciones entre el duque, Phélypeaux y los ministros saboyanos marqués de St. Thomas<sup>582</sup>, conde Gropello y Mauritio Gubernatis<sup>583</sup>. Estas se caracterizaron por la oposición del diplomático francés a acatar la intervención del gobierno ducal en la negociación matrimonial. La diplomacia borbónica intentaba ajustar el matrimonio del rey de España según los criterios bajo los que concertó el del duque de Borgoña. Esto es, como colofón de una alianza diplomática que aseguraría a

---

la tête placée comme vous, et ses yeux enfin ne se promènent pas comme les vôtres, et ne leur ressemblent qu'en ce qu'ils sont de même couleur ; au surplus cette princesse passe pour être très douce, facile à servir, peu ou point d'humeur; pour moi je la trouverois parfaitement taillée pour être Reine d'Espagne, et je crois que cette proposition ne lui déplairait pas.» Tessé a la duquesa de Borgoña. Milán, 1 de enero de 1701, en RAMBUTEAU, Comte de (ed.): *Lettres du maréchal de Tessé à Madame la Duchesse de Bourgogne, Madame la Princesse des Ursins, Madame de Maintenon, Monsieur de Pontchartrain...* París, 1888, p. 4.

<sup>578</sup> Juan Antonio Albizu y Villamayor, barón de Purroy, nacido en Martos (Jaén) en 1662. Caballero de la orden de Calatrava en 1675, fue designado enviado español en Génova en 1694, puesto en que se mantuvo hasta que pasó a Saboya en octubre de 1700. Ascendido al rango de embajador en noviembre de 1701, se mantuvo en el puesto hasta la ruptura de la alianza en 1703. Su fidelidad a la causa borbónica le valió el título de marqués de Villamayor que ya ostentara su tío. A.H.N., C., leg. 9270, exp. 22; OM-Calatrava, exps. 67 y 10967; también, OZANAM, D.: *Les diplomats espagnols au XVIII<sup>e</sup> siècle: introduction et répertoire biographique (1700-1808)*. Madrid, Burdeos, 1998, p. 149.

<sup>579</sup> Raymond-Balthazar Phélypeaux de Verger, mariscal de campo en 1696, enviado extraordinario de Luis XIV ante los electores de Colonia y el Palatinado estuvo al frente de la embajada francesa en Turín entre 1699 y 1703. FREY, L. y M. (eds.): *The treaties of the War of the Spanish Succession. An historical and critical dictionary*. Westport, Connecticut, Londres, 1995, pp. 352-353.

<sup>580</sup> Vernon a Víctor Amadeo II. París, 20 de diciembre de 1700; París, s. d., enero de 1701 y Víctor Amadeo II a su enviado en Madrid, comendador Operti. Turín, 9 de enero de 1701. A.S.T., LMF, Mazzos 128 y 130 y A.S.T., *Matrimoni di Sovrani...*, Mazzo 38. Luis XIV a Phélypeaux. Versalles, 21 de enero de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fol. 58v.

<sup>581</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 17 de enero de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fols. 37r. y v.

<sup>582</sup> Joseph Gaëtan Carron, conde de Butigliera (Butillières), marqués de Saint Thomas y Aigueblanche, sucedió a su padre como secretario de Estado saboyano en 1696, manteniéndose en el puesto hasta 1717, HAUSSEVILLE, comte de: *La duchesse de Bourgogne...*, II, p. 354, *infra* 1.

<sup>583</sup> Giovanni Battista Gropello, conde de Borgone, consejero de Estado y superintendente de finanzas saboyano desde 1695; Mauricio o Marcelo Gubernatis, consejero y ministro de Estado de Víctor Amadeo II desde 1700.

Francia el libre paso por el estado saboyano<sup>584</sup> y la integración de este último en una liga ofensivo-defensiva. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en 1696, Versalles no estaba dispuesto a conceder a los ministros ducales la más mínima capacidad negociadora.

Movido por un exceso de celo hacia las instrucciones que recibió de Luis XIV, Phélypeaux contestó con evasivas a las reivindicaciones del duque, que deseaba aprovechar el matrimonio de su hija para obtener el reembolso de la totalidad de las deudas que la corona española había contraído con la Casa de Saboya.<sup>585</sup> Además, exigió de Víctor Amadeo II una declaración formal de adhesión a los Borbones, condición *sine qua non* para el inicio de la negociación matrimonial.<sup>586</sup> A la inflexibilidad del diplomático, el duque contrapondría un decidido silencio frente a sus propuestas de alianza. Pese a que el enviado veneciano en Milán se haría eco en sus informes de la ansiedad del soberano saboyano por concluir las nupcias de la princesa María Luisa<sup>587</sup>, aparentando una complacencia no exenta de ambigüedad, Víctor Amadeo II procuraba incrementar los márgenes de negociación de su gobierno.<sup>588</sup>

El antagonismo existente en las posturas del duque y el embajador francés provocaría un enconado enfrentamiento entre las cortes de Versalles y Turín. Si a finales de enero de 1701 Luis XIV reclamó una respuesta taxativa a sus proposiciones, días después la diplomacia borbónica dejaría constancia de su intranquilidad ante el deliberado mutismo de la administración piamontesa.<sup>589</sup> En una de sus audiencias con Vernon, Torcy exigió explicaciones respecto al comportamiento de Víctor Amadeo II,

---

<sup>584</sup> Asegurarse el control de los “pasos alpinos”, que dominaba Saboya, garantizaba no sólo las comunicaciones entre Francia y el Milanesado, sino que también favorecía la defensa de tres de los puntos del territorio francés más expuestos a nivel defensivo: el Delfinado, el Lyonnais y el Franco Condado, que habían constituido objetivos de los aliados durante la Guerra de los Nueve Años. ROWLANDS, G.: “Louis XIV and Victor Amadeus II...”, en *The English Historical Review*, vol. 115, n.º 462 (junio, 2000), p. 536.

<sup>585</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 16 de enero y 5 de febrero de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fols. 44r. y 87r. Víctor Amadeo II a Operti. Turín, 6 de febrero de 1701, A.S.T., *Matrimoni de Sovrani...*, Mazzo 38. Las deudas de la Monarquía Hispánica con la Casa de Saboya procedían de dos fuentes, por un lado, de las dotes nunca satisfechas en su totalidad de la infanta Catalina Micaela, hija de Felipe II y consorte de Carlos Manuel I, y dos de sus hijas, las princesa Margarita e Isabel de Saboya; y por el otro, del impago de buena parte de los subsidios económicos prometidos por la corte de Madrid al duque tras su adhesión a la Liga de Augsburgo en 1690.

<sup>586</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 16 de enero de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fols. 45v.-46r.

<sup>587</sup> Informes de Bianchi a su gobierno. Milán, 24 de diciembre de 1700 y 2 de febrero de 1701, cits. por NICOLINI, F.: *L'Europa...*, I, pp. 253-254 y 343.

<sup>588</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 16 de enero y 5 de febrero de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fols. 37v. y 87r.

<sup>589</sup> Luis XIV a Phélypeaux. Versalles, 28 de enero de 1701. *Ibidem*, fols. 50r.-51r.

que definió como un "galimatías" fruto de sus conciliábulos con el emperador.<sup>590</sup> Más lejos aún iría Phélypeaux, quien expresaría abiertamente sus sospechas acerca de la fidelidad del duque a la causa borbónica. En conversación con Gubernatis, el diplomático se referiría a la continua circulación de correos entre Turín y Viena, como también a los rumores que aludían a la connivencia de Saboya hacia los intereses del Imperio y las potencias marítimas.<sup>591</sup>

Remiso a confiar en las protestas de lealtad efectuadas por los ministros ducales en nombre de su señor, Phélypeaux se tornaría mucho más intransigente. Si el duque no autorizaba la concesión del libre paso sin condiciones, Francia retiraría la propuesta de matrimonio en nombre del rey de España.<sup>592</sup> Temeroso de que Versalles interrumpiera la negociación cuando las conferencias secretas que mantenía en Viena el embajador saboyano, marqués de Prié, distaban de ser concluyentes, Gubernatis acataría el ultimátum del diplomático francés el día 10 de febrero. Ahora bien, como medida preventiva, Luis XIV ordenaría a su embajador suspender sus conversaciones con los representantes del duque hasta que este no cumpliera con los compromisos adquiridos.<sup>593</sup>

Semejante disposición supondría el primer indicio de un modo de proceder que se tornaría habitual en las relaciones entre las cortes de Versalles y Turín durante los meses siguientes. Como hemos apuntado, tras la autorización del libre tránsito por el estado saboyano a las tropas de las Dos Coronas, la diplomacia francesa se esforzaría por conseguir la anuencia de Víctor Amadeo II a las condiciones de un tratado favorable a los intereses borbónicos. En este sentido, las nupcias de Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya jugarían un papel fundamental en la negociación de la alianza diplomática de abril de 1701, ya que serían utilizadas por el gabinete de Versalles como un instrumento de coerción frente a las ambiciones del duque. A las propuestas de expansión territorial efectuadas por los ministros saboyanos en el marco de la discusión del tratado<sup>594</sup>, Luis XIV reaccionaría interrumpiendo de nuevo las conversaciones en torno al enlace de su nieto:

---

<sup>590</sup> Vernon a Víctor Amadeo II. París, 2 de febrero de 1701. A.S.T., LMF, Mazzo 130.

<sup>591</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 2 de febrero de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fols. 79v.-80r. y 83r.

<sup>592</sup> El mismo al mismo. Turín, 10 de febrero de 1701. *Ibidem*, fols. 97r.-98r.

<sup>593</sup> Luis XIV a Phélypeaux. Versailles, 14 de febrero de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fols. 85r. y v.; Citado también por LEGRELLE, A.: *La diplomatie française...*, IV, p. 379.

<sup>594</sup> Desde finales de enero de 1701, Vernon propondría infructuosamente la cesión de Monferrato como compensación a los tres millones de libras tornesas que la corona española adeudaba a la Casa de Saboya. Vernon a Víctor Amadeo II. París, 26 de enero y 14 de febrero de 1701. A.S.T., LMF., Mazzo

«Pendant cette négociation -escribió a Phélypeaux- vous ne devez plus parler du mariage du Roy d'Espagne avec la princesse de Savoye et si le duc (...) vous fait quelque question sur ce sujet, vous répondriez seulement que vous n'avez pas reçu d'ordre». <sup>595</sup>

Informado por su embajador del desconcierto del duque ante la postura adoptada por Versailles<sup>596</sup>, apenas dos semanas después el monarca francés se mostraría aún más explícito respecto a sus intenciones:

«Vous pouvez immédiatement après de la signature du traité dire au duc de Savoye que j'ay donné encore de nouveaux ordres au duc d'Harcourt pour presser la célébration du mariage du Roy d'Espagne et la discussion des prétentions du duc de Savoye». <sup>597</sup>

Consciente de que el enlace de su hija menor con Felipe V constituiría la principal ventaja que la diplomacia saboyana obtendría de su tratado con los Borbones, Víctor Amadeo II se resignó a la firma de un acuerdo según las cláusulas regladas por el ministerio francés. En el mismo, nada se decía de una posible cesión de Milán u otro territorio en la Lombardía. Por su alianza, el duque únicamente recibiría el título de generalísimo de los ejércitos francoespañoles en Italia y subsidios anuales por valor de 600.000 escudos. <sup>598</sup> Así las cosas, a comienzos de abril de 1701 Versailles parecía haber sorteado los inconvenientes derivados del inicial mutismo del duque hacia sus proposiciones, alcanzando al mismo tiempo la consecución de sus principales objetivos en la corte de Turín: integrar a Saboya en la coalición borbónica y concertar el

---

130. Por otro lado, los ministros ducales propusieron también que la posible anexión de Monferrato, o la más preferible de Milán, se efectuara no vinculada al tratado de alianza sino tras el fin de la guerra entre la Monarquía Hispánica y el Imperio. Una síntesis de las negociaciones entre Phélypeaux y los ministros del duque de Saboya en LEGRELLE, A.: *La diplomatie française...*, IV, pp. 373-387 y CARUTTI, D.: *Storia della diplomazia...*, III, pp. 303-306.

<sup>595</sup> El mismo al mismo. Versailles, 14 de marzo de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fol. 141r.; cit. por LEGRELLE, A.: *La diplomatie française...*, IV, p. 383.

<sup>596</sup> Profundamente francófila, en la primavera de 1701 Madame Royale se convertiría en una de las fuentes de información más importantes de Phélypeaux, al que comunicaría el sentir del gobierno saboyano en lo que concernía a diferentes aspectos de la negociación diplomática en curso. «Madame Royale m'assura hier que M. le Duc de Savoye est dans des agitations et des embarras qu'il n'a jamais marqué. Il assemble continuellement ses Ministres et témoigne un extrême chagrin d'avoir donné sa parole pour un traité avec V. Mté (...).» Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 15 de marzo de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fols. 154r-155r.

<sup>597</sup> Luis XIV a Phélypeaux. Versailles, 30 de marzo de 1701. *Ibid.*, CPS., t. 107, fol. 180r. Informaciones en el mismo sentido aportaría Vernon desde Versailles. Vernon a Víctor Amadeo II. París, 30 de marzo de 1701. A.S.T., LMF, Mazzo 130.

<sup>598</sup> A decir de uno de los biógrafos de Víctor Amadeo II, Symcox, se trataba de un acuerdo abiertamente desfavorable para los intereses saboyanos. Con su firma, el duque contribuía a la consolidación de un formidable rival (la Casa de Borbón) en las fronteras de sus estados que al igual que en 1690 se verían reducidos a la condición de satélite de Francia. SYMCOX, G.: "L'età di Vittorio Amedeo II", en GALASSO, G. (dir.): *Storia d'Italia...*, VIII-1, pp. 334-335.

matrimonio del rey de España. No obstante, las complicaciones que sobrevendrían en el marco de la negociación matrimonial revelarían la fragilidad de la alianza diplomática recién establecida, y con ella, lo profético de las palabras del conde de Tessé, quien en su momento calificaría a Víctor Amadeo II como un “aliado incómodo”.<sup>599</sup>

### **La amenaza como estrategia de negociación:**

Las desavenencias en el seno de la coalición borbónico-saboyana se acentuaron a lo largo de la primavera y el verano de 1701. Como ya ocurriera durante la gestación del acuerdo diplomático, la disparidad existente entre las expectativas que ambas dinastías albergaban hacia la alianza volverían a hacerse patentes en el momento de ajustar el matrimonio del rey de España. Dos serían los aspectos que mayor incidencia tendrían en la evolución de la negociación matrimonial: la puntual satisfacción por Víctor Amadeo II de las obligaciones contraídas con los Borbones; y la continuidad en las relaciones entre el gobierno saboyano y el Imperio tras la alineación de Saboya junto a Francia y la Monarquía Hispánica.

Víctor Amadeo II esperaba que el anuncio del matrimonio de su hija tuviera lugar una vez se formalizase el tratado de alianza. Preocupado por la ausencia de noticias en este sentido, a mediados de abril el duque ordenó al comendador Operti, su enviado en Madrid, sondear la opinión del gobierno español al respecto. Los informes que recibió no contribuyeron a tranquilizarle. En opinión del comendador, se hablaba poco del enlace del monarca y, en cualquier caso, pese a que la mayoría de los cortesanos españoles se inclinaba por la opción saboyana, la publicación del matrimonio dependería en última instancia, concluía, de la corte de Francia.<sup>600</sup>

El temor de Víctor Amadeo II a verse engañado por Luis XIV determinaría su comportamiento en los meses siguientes. Las condiciones del acuerdo de 1701 estipulaban que el duque habría de marchar al frente lombardo antes de que los ejércitos imperiales penetraran en Italia. A ello se aplicaron Phélypeaux y Albizu desde principios de abril, este último integrado de nuevo en el seno de la acción diplomática borbónica por orden del rey de Francia. No obstante, Víctor Amadeo II respondió con

---

<sup>599</sup> Tessé a la princesa de los Ursinos. Milán, 27 de febrero de 1701, en HIPPEAU, C. (ed.): *Lettres inédites de Madame des Ursins et de Maintenon, MM. le Duc de Vaudemont [sic], le Maréchal de Tessé et le cardinal Janson*. Caen, 1862, p. 86.

<sup>600</sup> Operti a Víctor Amadeo II. Madrid, 28 de abril de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 48.



evasivas a todas sus instancias. Como escribía Albizu, el duque empleaba todo tipo de argumentos con el fin de eludir los compromisos que había adquirido con las Dos Coronas. Desde los problemas derivados del reclutamiento de hombres, a las dificultades logísticas (vestimenta, pertrechos y hospitales militares), cualquier excusa era buena para que retardara no solo su partida de Turín, sino también el envío de las tropas que habían de auxiliar las fronteras del Milanesado.<sup>601</sup> Con su actitud, Víctor Amadeo II pretendía forzar el anuncio oficial del matrimonio de su hija, así como su permanencia en la capital saboyana durante la negociación de las capitulaciones matrimoniales.

A despecho de la gravedad que revestía el proceder del duque, en un principio el gabinete de Versalles pareció mostrarse conciliador. Mientras que conminaba a Phélypeaux y Albizu a que continuaran con sus gestiones en torno al gobierno saboyano, Luis XIV ordenó a Felipe V que comunicara al Consejo de Estado español su enlace con la princesa de Saboya. El 1 de mayo, la corte de Madrid haría públicas las nupcias del monarca con toda solemnidad.<sup>602</sup> Una ceremonia similar se repetiría en la de Turín el 4 de junio, después de que Phélypeaux hiciera entrega de las cartas de cumplimentación que Felipe V destinaba a la familia ducal.

Dispuesto a contemporizar<sup>603</sup>, por medio de gestos como los que se acaban de describir Luis XIV trataba de disipar las dudas del duque de Saboya en relación a la sinceridad de sus intenciones. De manera deliberada, el soberano francés había dejado pasar un mes entre el anuncio del matrimonio en la corte de Madrid y la entrega de las misivas con que Felipe V agraciaba a su futura familia política.<sup>604</sup> Dicho lapso de tiempo debería servir para que el duque esclareciera su buena voluntad hacia la alianza borbónica. No obstante, si bien desde mediados de mayo Víctor Amadeo II había

---

<sup>601</sup> Veánse las misivas de Albizu a Felipe V fechas en Turín, 12 y 26 de abril; 10 de mayo; y 7 de junio de 1701. B.N.M., Mss. 10680, fols. 50r.; 57v.-58v.; 61r.-63v. y 74r.-75r.

<sup>602</sup> El anuncio oficial del matrimonio sería solemnizado en la corte española con cuatro noches de luminarias y un besamanos de la nobleza a Felipe V. B.N.M., Mss. 12777, fols. 5r.-7v. Operti a Víctor Amadeo II. Madrid, 3 y 11 de mayo de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>603</sup> Poco antes, Víctor Amadeo II había sido también informado de la designación de un embajador extraordinario quien, en nombre del gobierno español, habría de reglar los diferentes capítulos del contrato matrimonial junto a los ministros ducales. Luis XIV a Phélypeaux. Versalles, 9 de mayo de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fol. 237r.

<sup>604</sup> Éstas habían sido remitidas desde Madrid a Versalles a principios de mayo de 1701 donde, curiosamente, se enviarían en dirección a Turín por la posta ordinaria. El hecho de que Luis XIV no expidiera las cartas de su nieto por un correo extraordinario, denota un interés premeditado por retrasar su entrega. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 6 de mayo de 1701. A.G.S., G. y J., lib. 332.

comenzado a despachar parte de los regimientos prometidos<sup>605</sup>, seguía persistiendo en su negativa a abandonar Turín y trasladarse al frente.

La reticencia del duque a cumplir con la totalidad de sus compromisos, motivaría un viraje sustancial en la estrategia de la corte francesa. A comienzos de junio, Luis XIV escribió a Phélypeaux:

«Vous devez luy parler de manière qu'il voye [el duque] que je connois parfaitement les [sic] vains prétexts dont il s'est servy jusqu'à présent pour suspendre l'exécution du traitté, dans le temps que je satisfais ponctuellement aux engagemens que j'ay pris [...] en terminant le mariage du Roy d'Espagne et en pressant comme je fais les ordres nécessaires pour sa prompte conclusion. Mais je pourrois suspendre les démarches que j'ay faits à cet égard si la lenteur que je vois dans celles du duc de Savoye continuoît encore. Vous ne le direz pas à ce Prince, mais il est nécessaire que luy revienne par d'autres que par vous: que sa lenteur à faire marcher ses troupes pourroit bien causer celle de la négociation d'Espagne, de qu'il est fort vraysemblable que différant d'exécuter son traité lorsqu'il est le plus nécessaire qu'il l'accomplisse, je différerois aussy la conclusion d'un mariage aussy avantageux pour la Maison de Savoye.»<sup>606</sup>

Instrucciones similares se remitirían por esas fechas al enviado español, Don Juan Antonio Albizu.<sup>607</sup> El posicionamiento de la diplomacia borbónica sería incuestionable a partir de ese momento: si el duque no accedía a acatar las condiciones estipuladas en su acuerdo con las Dos Coronas, Versalles suspendería toda negociación relacionada con el matrimonio del rey de España y con ella, el pago de los subsidios económicos establecidos en el mismo. Ambos diplomáticos obedecieron las órdenes del monarca francés con exactitud. A mediados de ese mes, expusieron el ultimátum de Luis XIV a diferentes miembros del gobierno saboyano. Pese a que en su correspondencia ninguno de los dos cita a sus respectivos interlocutores, se muestran claros en cuanto al mensaje transmitido. Valga como ejemplo el testimonio de Albizu. Según relató a Felipe V el enviado español, necesitó tres entrevistas con uno de los ministros del duque “que tiene alguna confianza conmigo”, para manifestar

“lo mucho que podía importarle el que corriese con la debida puntualidad lo que había ajustado y prometido Su Alteza en el último tratado de alianza, tocándole aquí como de paso el Real Casamiento de Vuestra Majestad, aunque en la forma que pudiese comprender lo que bastaría al instinto con que se lo decía [y] añadiéndole como por vía de conversación que la cualidad más apreciable y de mayor utilidad y

---

<sup>605</sup> Que, según Albizu, marchaban a Milán con una lentitud inusitada. Albizu a Felipe V. Turín, 21 de junio de 1701. B.N.M., Mss. 10680, fol. 79v.

<sup>606</sup> Luis XIV a Phélypeaux. Marly, 5 de junio de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fols. 265r.-266v.

<sup>607</sup> Albizu a Felipe V. Turín, 21 de junio de 1701. B.N.M., Mss. 10680, fol. 80r.

decoro a los Príncipes, era la inviolable observancia de los tratados y Alianzas y el mejor medio para exigir la más puntual y ventajosa correspondencia, pues lo contrario no podía producir sino embarazos y perjuicios.”<sup>608</sup>

No cabe duda de que la intervención de Albizu y Phélypeaux resultaría efectiva. Apenas unos días después de que se produjera, Víctor Amadeo II expresó su deseo de partir al frente en cuanto recibiera órdenes expresas del rey de Francia. Al mismo tiempo, hizo patente su intención de enviar al campo de batalla ocho regimientos de infantería, uno de caballería y otro de Dragones.<sup>609</sup> Ahora bien, tales muestras de sumisión y colaboración no impidieron que el duque pusiera de manifiesto sus verdaderos propósitos, que radicaban en su interés por no ausentarse de Turín hasta la conclusión del contrato de matrimonio entre su hija y el rey de España. Con vistas a alcanzar su objetivo, recabó el apoyo de su esposa. En la audiencia que esta concedió a Phélypeaux con motivo del fallecimiento de su padre, el duque de Orleáns<sup>610</sup>, la duquesa trató de granjearse el apoyo del embajador a los designios de su marido. Sin embargo, a pesar de que Phélypeaux admitía la "legitimidad" de la petición de la soberana, evitó comprometerse. Consciente de que la duquesa nunca se entrometía en los negocios de Estado, entendió que su discurso le había sido "dictado" por terceras personas.<sup>611</sup>

A lo largo de las siguientes semanas, Víctor Amadeo II continuó evidenciando su intención de recibir en Turín al marqués de Castel-Rodrigo, que habría de representar a la corte de Madrid durante la negociación matrimonial. Sin embargo, Phélypeaux persistió en su reserva ante las repetidas alusiones del duque sobre este punto. A comienzos de julio, le informó de que era libre de mantenerse en su capital y reglar las capitulaciones matrimoniales junto al embajador extraordinario español; aunque también, se apresuraría a añadir, podía partir al frente y ajustar desde allí las nupcias de su hija. En todo caso, las conversaciones no avanzarían hasta que la totalidad de las tropas saboyanas arribaran al Milanesado. Al emplear un razonamiento semejante, el diplomático eludió revelar el parecer de Versalles hacia las pretensiones del duque. De hecho, no sería sino a finales de ese mismo mes cuando comunicó a

---

<sup>608</sup> *Ibidem*, fols. 80v.-81r. El testimonio de Phélypeaux a Luis XIV fechado en Turín, 16 de junio de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fol. 284v.

<sup>609</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 16 de junio de 1701. *Ibid.*, fols. 284v.-286r.

<sup>610</sup> Felipe de Francia, hermano menor de Luis XIV, fallecido en Saint-Cloud el 19 de junio de 1701.

<sup>611</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 20 de junio de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fols. 290r.-292v.

Víctor Amadeo II el consentimiento del gabinete francés a su permanencia en Turín.<sup>612</sup> En ese momento, la tensión ya existente en las relaciones entre ambos se había incrementado. Para el soberano saboyano, la raíz del retraso en la negociación matrimonial se encontraba en los negativos informes de Phélypeaux quien, por su parte, no dejaría de consignar en sus misivas a Francia sus dudas acerca de la lealtad del duque y la naturaleza de sus tratos con el emperador.<sup>613</sup> Con todo, debe hacerse notar que pese al carácter difícil y tortuoso del que el embajador francés hacía gala en ocasiones, durante el verano de 1701 Phélypeaux no actuaría sino en función de las instrucciones de Luis XIV. Para entonces, el monarca estaba decidido a imprimir a sus tratos con la corte de Saboya una mayor contundencia, lo que pondría en riesgo la definitiva ejecución de las bodas de su nieto.

### **Entre la corte y el campo de batalla. El gobierno español se posiciona:**

En el verano de 1701, la fidelidad de Víctor Amadeo II a la coalición borbónica estaba en tela de juicio no solo para Phélypeaux, sino también para el gabinete de Versalles. Luis XIV estaba al tanto de los contactos paralelos mantenidos por el duque con el gobierno imperial durante toda la negociación de su alianza con los Borbones. No obstante, tras la publicación del tratado de abril de 1701, el monarca esperaba que Saboya interrumpiera sus relaciones diplomáticas con el Imperio.<sup>614</sup> Decidido a justificar ante Leopoldo I su posicionamiento con las Dos Coronas, Víctor Amadeo II se esforzó por retardar lo máximo posible la ejecución de las órdenes del soberano francés. De entrada, el duque manifestó al emperador que había sido forzado a firmar un acuerdo con Francia y la Monarquía Hispánica contra su voluntad. Asimismo, bajo el pretexto de que la guerra concernía exclusivamente a España y el Imperio, procuró dilatar la partida de Viena de su embajador, marqués de Prié, lo que le permitió prolongar sus conversaciones con los ministros imperiales hasta bien entrado el mes de septiembre.<sup>615</sup>

---

<sup>612</sup> El mismo al mismo. Turín, 25 de junio, 2 y 6 de julio de 1701. *Ibidem*, fols. 300r., 309v. y 311v.-313v.

<sup>613</sup> El mismo al mismo. Turín, 2 de julio de 1701. *Ibid.*, fols. 306r. y v.

<sup>614</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 7 de abril de 1701. *Ibid.*, fol. 191r.

<sup>615</sup> Antes de salir de Viena, y por recomendación de Víctor Amadeo II, el marqués de Prié se aseguraría de establecer un comercio secreto con el conde de Harrach, presidente del Consejo Imperial Áulico. HAUSSENVILLE, comte de: *La duchesse de Bourgogne...*, II, pp. 354-355; CARUTTI, D.: *Storia della diplomazia...*, III, pp. 307-308; *Mémoires et lettres...*, I, p. 192.

Al mismo tiempo, desde el campo de batalla, los mariscales de Tessé y Catinat<sup>616</sup>, principales líderes de los ejércitos francoespañoles en Italia junto al duque de Villeroy, se harían eco también del sospechoso comportamiento del duque. A comienzos de mayo, ambos informarían del perjuicio que para la estrategia militar borbónica estaba suponiendo el retraso en la llegada de las tropas saboyanas; una circunstancia que consideraban intencionada, fruto del interés del duque por beneficiar al emperador en su guerra contra las Dos Coronas.<sup>617</sup>

Como quiera que las suspicacias de Tessé, Catinat y Phélypeaux se incrementaron a lo largo del mes de junio<sup>618</sup>, la postura de Luis XIV hacia el matrimonio de su nieto con la princesa de Saboya se tornó si cabe más intransigente que en los meses anteriores. En primer lugar, el marqués de Castel-Rodrigo recibió órdenes de detenerse en Lyon o, en caso de haber arribado ya a Turín, pretextar cualquier enfermedad y no dar inicio a la negociación de las capitulaciones matrimoniales.<sup>619</sup> Poco después, en julio, el gobierno francés redactó una "Memoria" concerniente al viaje que Felipe V había previsto realizar a Italia después de su boda. La visita del monarca a sus posesiones italianas había sido una opción contemplada por el gabinete de Versalles tras la proclamación del soberano. Con todo, nuestro interés no estriba tanto en las consideraciones político-diplomáticas que la lectura de la citada "Memoria" arroja, que son interesantes en sí mismas, como en las reflexiones que contiene sobre las nupcias del rey. En este sentido, los puntos 5 a 8 nos informan de un cambio importante en el planteamiento del matrimonio de Felipe V. Así, el soberano debería desembarcar en Finale donde, desde este mismo puerto o desde Génova, partiría en dirección al frente lombardo para ponerse a la cabeza de sus tropas. Una vez finalizada la campaña, regresaría a Milán y si el duque de Saboya «s'étoit bien

---

<sup>616</sup> Nicholas de Catinat (1637-1712), señor de Saint-Gratien, mariscal de Francia en 1680 y caballero del Saint-Esprit en 1705. Perteneciente a una familia de la nobleza de toga vinculada al Parlamento de París, comenzó su carrera militar en el sitio de Lille (1667). Tras participar en la guerra contra las Provincias Unidas, fue designado gobernador de Casale y Luxembourg. Luchó en el frente italiano en la Guerra de los Nueves Años, lo que volvería a hacer durante la primera etapa de la Guerra de Sucesión Española hasta su designación como comandante de las tropas francesas en Alemania en 1702. BLUCHE, F. (dir): *Dictionnaire...*, edic. de 2005, p. 283.

<sup>617</sup> *Mémoires et lettres...*, I, pp. 191-193; asimismo, Phélypeaux informaría a finales de abril del mutismo del duque ante el comienzo de la marcha del ejército imperial hacia el Norte de Italia, hecho del que había sido informado por la francófila Madame Royale. Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 23 de abril de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fol. 220r.

<sup>618</sup> *Mémoires et lettres...*, I, pp. 193 y ss.

<sup>619</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 20 de junio y 6 de julio de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fols. 291r. y 311v. Albizu a Felipe V. Turín, 21 de junio de 1701. B.N.M., Mss. 10680, fols. 83r. y v.

conduit», su boda con la princesa María Luisa se llevaría a cabo definitivamente. Ya casados, los reyes embarcarían en Génova camino de Nápoles y Sicilia, cuya tranquilidad asegurarían con su presencia.<sup>620</sup>

Desde estas perspectivas, Versalles optaba por paralizar la conclusión del matrimonio del rey de España hasta el término de la primera campaña en Italia. Al tomar tal decisión, Luis XIV pretendía cerciorarse acerca de los verdaderos sentimientos de Víctor Amadeo II hacia su alianza con los Borbones, forzándole asimismo a adoptar una resolución firme respecto a sus compromisos militares.<sup>621</sup>

En la primera semana de julio, el enviado francés en Madrid, Monsieur de Blécourt, informó a Felipe V de las nuevas disposiciones de su abuelo. Aunque el monarca había acogido las órdenes de Francia con su docilidad habitual, consignaría el diplomático, tanto él como el cardenal Portocarrero le habían manifestado su impaciencia porque el matrimonio se celebrara lo más rápidamente posible.<sup>622</sup> El propio cardenal se apresuraría a hacer partícipe a Torcy de sus impresiones ante el cariz que tomaban los acontecimientos:

“La angustia del tiempo -escribió- no me permite dilatar me mucho en la ocasión presente por lo que insta la más breve expedición del punto principal. Acabo de llegar de Palacio y hallé que el Rey mi Sr. dessea grandemente la brevedad en la efectución de su Rl. cassamiento, y hablando a V. E. con la ingenuidad y verdad que debo, es cierto lo desseo yo también, así por considerar el del Rey mi sr., como porque sin duda es conveniente por todas consideraciones. Las noticias más nuevas que acá se tienen son que el Sr. Duque de Savoya va cumpliendo exactamente con lo que tenía ofrecido de apromptar el número de gente estipulado para la defensa del estado de Milán y en medio de esto da orden el Rey mi Sr. al Marqués de Castel Rodrigo para que en todo esté a las órdenes de Su Magd. Xpma. [Cristianísima] assí en lo que fuere servido disponer en este punto, como en todo lo demás.”<sup>623</sup>

Pese a la aparente sumisión mostrada por Portocarrero, lo cierto es que los acontecimientos posteriores pondrían de manifiesto su discrepancia respecto al contenido de las últimas resoluciones de Versalles. El cardenal era uno de los más firmes defensores del matrimonio entre el rey y la princesa de Saboya. A comienzos de

---

<sup>620</sup> «Mémoire sur la proposition du Roy d'Espagne de se rendre à la teste de ses armées d'Italie. Juillet 1701». AA. EE., CPE., t. 91, fols. 44r.-70r. Los puntos relativos al matrimonio (5 a 8), fols. 61v.-64v.

<sup>621</sup> El posicionamiento de Versalles era compartido por el conde de Tessé, quien además consideraba que dado que la princesa de Saboya no era aún núbil, el aplazamiento de su matrimonio con Felipe V no afectaría a la sucesión al trono español. Tessé a Chamillart. Camp de Goyto, 19 de junio de 1701, cit. por ESNAULT, A.: *Michel de Chamillart. Contrôleur Général des Finances et Secrétaire d'Etat de la Guerre (1699-1709). Correspondance et papiers inédits. Tome Premier*. París, 1885, pp. 34-35.

<sup>622</sup> Blécourt a Luis XIV. Madrid, 9 de julio de 1701. AA. EE., CPE, t. 91, fol. 288v.

<sup>623</sup> Portocarrero a Torcy. Madrid, 9 de julio de 1701, *Ibidem*, fol. 293r.

julio, sabedor del descontento de Luis XIV hacia el comportamiento del duque, había presionado al comendador Operti para que instara a su señor a unir sus tropas a los ejércitos francoespañoles destinados en Lombardía.<sup>624</sup> En las semanas siguientes, Portocarrero iría un paso más allá en sus decisiones. Ante la ansiedad de Felipe V por concluir sus nupcias, y en su afán por congraciarse con el nuevo monarca, el gobierno español aprobó un conjunto de medidas tendentes a acelerar y rematar la negociación matrimonial.

Alarmado por la creciente tensión existente entre Phélypeaux y Víctor Amadeo II, el 9 de julio el rey de Francia había autorizado el viaje de Castel-Rodrigo hasta Turín. Resolución dirigida a desmentir los rumores que a la sazón circulaban respecto a una posible ruptura de las relaciones entre Saboya y las Dos Coronas, Luis XIV había accedido exclusivamente a que el marqués avanzara hasta la capital saboyana. De hecho, en el despacho que remitiera a su embajador, el soberano francés había eludido aportar órdenes significativas en cuanto a la signatura del contrato matrimonial.<sup>625</sup>

La llegada de Castel-Rodrigo a Turín el 17 de julio de 1701 precipitaría los acontecimientos. Contando con órdenes expresas de Portocarrero, el marqués concluiría las capitulaciones matrimoniales del rey de España apenas seis días después. Asimismo, enviaría sendos correos a Roma y a Nápoles con el fin de disponer con la mayor premura tanto de la dispensa papal, como de las galeras que habrían de trasladar a la futura reina de España hasta Barcelona.<sup>626</sup> Tranquilo ya en cuanto al destino de su hija, al día siguiente el duque marcharía al campo de batalla a la cabeza de sus tropas. De manera unilateral, y sin aguardar las órdenes del gabinete francés, el gobierno español parecía haber finalizado la negociación matrimonial. Elocuentemente, Phélypeaux se había negado a firmar el contrato de matrimonio, manifestando por este medio su disconformidad hacia una acción para cuya ejecución carecía de instrucciones de su rey.<sup>627</sup>

La respuesta de Luis XIV ante el proceder de la corte española no se hizo esperar. A finales de julio, el monarca francés escribió a su nieto:

---

<sup>624</sup> Mocénigo al gobierno veneciano. Madrid, 6 de julio de 1701, cit. por NICOLINI, F.: *L'Europa...*, II, p. 333.

<sup>625</sup> Luis XIV a Phélypeaux. Versalles, 9 de julio de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fol. 319r.

<sup>626</sup> Antonio Ubilla a Torcy. Madrid, 2 de agosto de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 92, fols. 5v.-6r.

<sup>627</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 20 y 24 de julio de 1701; el mismo al mismo. Camp de Goyto, 28 de julio de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fols. 338r.; 344r.-345r. y 349r. y v. También, Albizu a Felipe V. Turín, 24 de julio de 1701. B.N.M., Mss. 10680, fols. 96v.-97r.

«J'ai cru devoir différer votre mariage sur des avis que j'ai reçus du peu de sincérité du duc de Savoie. Vous connaissez son caractère; j'avais écrit à l'envoyé d'Espagne cesser la négociation; j'ai appris depuis qu'elle était déjà finie. Ne vous étonnez pas cependant si nous faisons naître quelque difficulté dans l'exécution. Je souhaite qu'on en trouve les moyens, je n'ai de vue que le bonheur de Votre Majesté et de la rendre plus heureuse en retardant même la satisfaction qu'elle doit trouver dans son mariage». <sup>628</sup>

Igualmente, Portocarrero y Castel-Rodrigo recibieron sendas misivas desde Francia. El primero, de manos del marqués de Torcy; el segundo, del propio Luis XIV. En ellas, el gabinete francés asumía su incapacidad para modificar una situación consumada; pero también, exponía toda una serie de directrices sobre cuyo cumplimiento no debía caber duda alguna. Aunque el contrato matrimonial y la dispensa papal habían sido tramitados, a ojos de Versalles la negociación distaba de estar concluida. Por tanto, Luis XIV persistía en su negativa a otorgar su aprobación a las nupcias de su nieto: Felipe V habría de posponer su viaje a Barcelona y aguardar en Madrid hasta nueva orden; por su parte, el marqués de Castel-Rodrigo debía demorar la ejecución del matrimonio por poderes, que no se celebraría hasta que el rey de Francia, tranquilizado en cuanto a la conducta del duque de Saboya, así lo aprobara. <sup>629</sup>

Según relató Blécourt posteriormente, el soberano español aceptó el retraso en la celebración de sus bodas sin pena, a diferencia de Portocarrero y el presidente de Castilla «qui ne connoissent pas le caractère du duc de Savoye [et] n'estoient pas trop de ce sentiment». <sup>630</sup> No obstante, el cardenal evitó manifestar cualquier indicio de contrariedad ante la fulminante reacción de Luis XIV a sus iniciativas. En su respuesta a la misiva que recibiera de Torcy, Portocarrero asumiría de nuevo un talante más moderado y colaborador, volviendo a delegar en el gabinete francés la toma de decisiones en lo relativo al matrimonio. <sup>631</sup> Así, de acuerdo con los designios de Versalles, a principios de agosto el Consejo de Estado se negó a ratificar las

---

<sup>628</sup> Luis XIV a Felipe V. Versalles, 29 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 91, fol. 302r. Cit. también por PEREY, L.: *Une reine...*, p. 31. Debe observarse que el biógrafo de María Luisa de Saboya culpabiliza sin ninguna prueba documental al enviado español de la celeridad con que a la postre se ejecutaría el matrimonio. Sin embargo, no se ha localizado ningún indicio de ello en la correspondencia de Castel-Rodrigo o en la de Albizu.

<sup>629</sup> Torcy a Portocarrero. Marly, 29 de julio de 1701; Luis XIV a Castel-Rodrigo. Versalles, 3 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 91, fols. 395r. y v. y 404r.-405v. Órdenes similares se otorgarían a Phélypeaux por las mismas fechas. Luis XIV a Phélypeaux. Versalles, 3 de agosto de 1701. *Ibid.*, CPS., t. 107, fols. 346r.-347r.

<sup>630</sup> Blécourt a Luis XIV. Madrid, 11 de agosto de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 92, fol. 130r.

<sup>631</sup> Sobre la recepción por el gobierno español de las nuevas órdenes emitidas desde Versalles, véanse las misivas dirigidas a Torcy por Portocarrero y Ubilla, secretario del Despacho Universal, fechadas en Madrid, el 9 de agosto de 1701. *Ibidem*, fols. 89r. y v. y 73r.-74v.



capitulaciones matrimoniales. Disconforme con algunos de los puntos incluidos en ellas, el gobierno español consideraba que Castel-Rodrigo se había excedido en las atribuciones que Felipe V le otorgara como embajador extraordinario. Por ello, ordenaba diferir la celebración de los desposorios con el fin de "reparar o facilitar que se gane el tiempo".<sup>632</sup>

Si bien el intento de la corte de Madrid por obrar con independencia a los dictados del rey de Francia parecía haber fracasado, lo cierto es que fueron las decisiones tomadas por el cardenal Portocarrero las que finalmente determinaron las nupcias de Felipe V. A lo largo del mes de agosto de 1701, las dificultades de Versalles para dilatar las conversaciones matrimoniales se harían cada vez más evidentes. De entrada, el retraso por tiempo indeterminado del viaje del rey a Barcelona, ciudad en la que habría de presidir las cortes catalanas, no podría llevarse a cabo sin complicaciones debido tanto a lo avanzados que se encontraban los preparativos, como a los gastos ya efectuados. Por otro lado, al cerrar Castel-Rodrigo las capitulaciones y partir Víctor Amadeo II al campo de batalla, resultaba inviable aplazar el matrimonio por poderes sin levantar las suspicacias del duque.

En el frente militar, donde comandaba las tropas francoespañolas, el soberano saboyano podía ser mucho más peligroso para las Dos Coronas de lo que lo era en Turín. Como a finales de ese mismo mes observaría Phélypeaux<sup>633</sup>, el duque hacía alarde de un comportamiento exterior intachable, pero en realidad se sentía intimidado por las sospechas de Catinat hacia su fidelidad a la causa borbónica.<sup>634</sup> Pese a que el diplomático compartía los recelos del mariscal francés, se mostraba inclinado a que Luis XIV autorizara las nupcias de Felipe V. Dada la coyuntura, un retraso demasiado prolongado de las mismas solo serviría para alentar los tratos de Víctor Amadeo II con el emperador. En su opinión, el que el rey de Francia no cumpliera con sus compromisos podría justificar que el duque regresara a Turín acompañado de los 20.000 hombres costeados por los subsidios franceses. Circunstancia que, a esas alturas de la campaña, podía resultar nefasta para la estrategia militar francoespañola.<sup>635</sup>

---

<sup>632</sup> Ubilla a Castel-Rodrigo. Madrid, 9 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 92, fols. 60r. y v.

<sup>633</sup> Quien se trasladaría al frente militar con objeto de vigilar los movimientos del duque a la cabeza de las tropas francoespañolas.

<sup>634</sup> Sobre los problemas entre Catinat y Víctor Amadeo II durante la campaña de 1701, véase, *Mémoires et lettres...*, I, pp. 204 y ss.

<sup>635</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Camp de Bormio, 18 de agosto de 1701; el mismo al mismo. Camp d'Antignano, 23 de agosto de 1701. AA. EE., CPS., t. 108, fols. 146r. y v. y fol. 58r.

Ante el giro inesperado que la situación había tomado, el 21 de agosto de 1701 el rey de Francia otorgaría el plácet definitivo a las bodas de Felipe V. El matrimonio por poderes se celebraría en Turín el 11 de septiembre de ese mismo año.<sup>636</sup> A partir de ese momento, María Luisa Gabriela de Saboya sería, ya sí, reina consorte de España.

Como sucedió durante la negociación de la paz de Turín en 1696, Víctor Amadeo II sería el principal beneficiado con la renovación de su alianza con los Borbones en 1701. Durante los meses posteriores a su formalización, el duque de Saboya exhibiría de nuevo una astucia notable en sus tratos con la corte de Versalles. Si bien hasta el último momento temió que el matrimonio de su hija con el rey de España no llegara a celebrarse, jamás perdió de vista la transcendencia que revestían sus estados para la evolución del conflicto sucesorio. Esta seguridad en sus posibilidades, así como las conversaciones que mantuviera con el gobierno imperial a lo largo de la primavera y el verano de 1701, le permitieron resistir las continuas presiones del gabinete francés y, a la postre, incrementar la importancia de su posición en el seno de la coalición borbónica.

En lo que concierne a las nupcias de Felipe V, es de notar que en Versalles existió una crítica soterrada hacia la postura adoptada por Luis XIV y sus ministros durante la negociación matrimonial. En sus "Memorias", Monsieur de Saint-Hilaire<sup>637</sup> se haría eco de las murmuraciones que generaría el enlace del soberano español con la hija de Víctor Amadeo II. En particular, censuraría la preferencia del rey de Francia por una princesa saboyana frente a la alternativa de una unión con una archiduquesa, que consideraba habría evitado «une guerre longue et périlleuse, qui a ruiné le royaume et l'a mis à deux doigts de sa perte». El militar francés reprobaría igualmente la condescendencia mostrada por Luis XIV hacia los reiterados contactos del duque de Saboya con el emperador. Tal modo de proceder, solo había servido para que un «grand roi, trop fier de sa grandeur, de la docilité de ses peuples, de sa puissance», se viera engañado por los artificios de un príncipe ambicioso, únicamente atento al engrandecimiento de sus estados. En consecuencia, el matrimonio de Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya, lejos de fortalecer la posición de las Dos Coronas en el

---

<sup>636</sup> Torcy a Portocarrero; Luis XIV al duque de Harcourt y Felipe V. Las tres misivas fechadas en Versalles, 21 de agosto de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 92, fols. 99v.-100r.; 139r.-140r. y 161v.-162r.

<sup>637</sup> Armand de Mormés (1652?-1740), sieur de Saint-Hilaire, descendiente de una familia protestante convertida al catolicismo en 1686, teniente general de Artillería del Ejército francés en Flandes, alcanzaría el grado de mariscal de campo en 1702. Casado con Madeleine de Jaucourt, su hija del mismo nombre casaría en 1681 con el marqués de Clermont. MORERI, L.: *Le Mélange curieux de l'histoire sacrée et profane. Tome Troisième*. Amsterdam, Leyden, La Haya y Utrecht, MDCCXL, p. 468.

Norte de Italia, habría constituido el preámbulo de la posterior humillación de Luis XIV por Víctor Amadeo II.<sup>638</sup>

Sin embargo, los juicios de Saint-Hillaire, como los del también militar chevalier de Quincy<sup>639</sup>, coincidentes y en mayor o menor medida contemporáneos, se basarían en su conocimiento de los acontecimientos posteriores, esto es, de la traición del duque de Saboya a la coalición borbónica en 1703. Por otro lado, todos ellos tomarían en consideración exclusivamente la perspectiva francesa, con lo que eludirían referirse a las de sobra conocidas reticencias de Leopoldo I a avenirse a un acuerdo que mantuviera la paz en Europa sobre la base de una unión Habsburgo-Borbón.

Quizás, lo que los memorialistas franceses no quisieron o no pudieron comprender fue la dependencia de Francia y la Monarquía Hispánica hacia la alianza saboyana, y con ella la necesidad de sus gobiernos de transigir, bajo un discurso marcadamente autoritario, con las maniobras diplomáticas de Víctor Amadeo II en la corte de Viena. El que en agosto de 1701 Luis XIV hubiera obligado al duque de Saboya a interrumpir sus tratos con el emperador, solo habría servido para debilitar a la estrategia militar francoespañola en el Norte de Italia, y en última instancia, como observó Phélypeaux, a precipitar el posicionamiento del estado saboyano junto al Imperio. Otro tanto habría ocurrido en el caso de que Francia hubiera decidido romper el compromiso entre Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya. Tal circunstancia habría generado un conflicto con la corte madrileña, que como se ha visto se mostraba impaciente ante la llegada de la futura soberana; pero también, con toda probabilidad, habría auspiciado las nupcias entre la princesa saboyana y el pretendiente Habsburgo a la sucesión española, el archiduque Carlos; un matrimonio cuya posibilidad generó rumores a comienzos de 1700.

Luis XIV y sus ministros habían gestionado la negociación matrimonial con todos los medios a su alcance, los cuales, dada la coyuntura de conflicto sucesorio, eran más limitados de lo que podían parecer a primera vista. En este sentido, Versalles simplemente podía contemporizar en sus tratos con la corte de Turín. A diferencia de lo que sucedería en 1703, cuando Francia se encontraría ante un hecho consumado, las

---

<sup>638</sup> LECESTRE, L. (ed.): *Mémoires de Saint-Hilaire. Tome Troisième, 1697-1704*. París, MDCCCIX, pp. 106-107.

<sup>639</sup> Joseph Sévin, chevalier, después conde de Quincy, nacido hacia 1678; muerto caballero de San Luis y teniente del rey en Orléans en 1749. Sus impresiones sobre la alianza borbónico-saboyana en LECESTRE, L. (ed.): *Mémoires du Chevalier de Quincy. Tome Premier (1690-1703)*. París, MDCCCXCVIII, pp. 152-153 y p. 313.

murmuraciones que se difundieron en el verano de 1701 acerca de la connivencia del duque de Saboya con el Imperio no eran a la sazón sino conjeturas que difícilmente podían haber suscitado una drástica respuesta o actuación por parte del gobierno francés.

Desde estas perspectivas, y frente a la visión de la historiografía italiana tradicional, que trataría de justificar la falta de lealtad de Víctor Amadeo II a la coalición borbónica incidiendo en el despotismo de la diplomacia de Luis XIV, debe entenderse al duque de Saboya no como a una víctima de sus negociaciones con los Borbones, sino como al principal favorecido por ellas. A raíz de su conclusión, el prestigio dinástico de la Casa de Saboya se vería sensiblemente fortalecido gracias a la unión de dos de sus princesas con sendos Nietos de Francia. Asimismo, debe considerarse que por muy desventajosas que en un primer momento parecieran las condiciones del tratado de abril de 1701, estas constituirían el prolegómeno de un acuerdo mucho más ventajoso para el estado saboyano: su alianza con la Casa de Austria y las potencias marítimas.

Los resultados de las negociaciones diplomáticas en el Antiguo Régimen rara vez solían ser ponderados. En este caso concreto, el rey de Francia asumiría el papel de parte perjudicada pero a lo sumo, Felipe V ganaría una esposa que, por los vínculos de sangre que la unían con Víctor Amadeo II, podría ser utilizada por Versalles como intermediaria en futuros tratos con la corte de Turín.

\*\*\*\*\*

Las nupcias de Felipe V y María Luisa de Saboya coronaron el tratado suscrito en abril de 1701 entre el ducado de Saboya, Francia y la Monarquía Hispánica. La culminación de un acuerdo diplomático mediante un matrimonio dinástico era algo habitual en las relaciones internacionales de la Edad Moderna. En consecuencia, lo destacable de la unión del monarca hispano no sería ya su integración en el marco de una alianza ofensivo-defensiva que entrañaba compromisos y obligaciones a un más amplio espectro (en este caso el inminente estallido del conflicto sucesorio); sino más bien su utilización por parte de Versalles como un instrumento capaz de forzar, primero, la adhesión de la corte de Turín a la Casa de Borbón y, más tarde, el cumplimiento de los compromisos adquiridos por Víctor Amadeo II al firmar dicho tratado. En este sentido el aplazamiento del matrimonio de Felipe V, e incluso su hipotética cancelación,

constituyeron sendas amenazas a través de las que Francia logró forzar al ducado de Saboya a suscribir un acuerdo que a priori no satisfacía en lo más mínimo las aspiraciones del duque (en concreto sus ambiciones sobre la Lombardía, que anteriores negociaciones con Versalles sí habían contemplado). Tal estrategia, en la que tanto el gobierno español como su enviado en Turín, Albizu, jugaron un papel accesorio, permitió a Francia ganar un aliado de capital importancia para la defensa del Milanesado de la invasión imperial. Sin embargo, visto retrospectivamente, las características de la negociación del acuerdo de abril de 1701, como los reiterados retrasos impuestos por Versalles a la formalización de las nupcias regias, explican la fragilidad que revestiría en todo momento la alianza borbónico-saboyana, a pesar de que el matrimonio terminó celebrándose (irónicamente merced a una iniciativa unilateral de Portocarrero).

Contexto y coyuntura son dos variables que suelen influir en la toma de decisiones a nivel político y/o diplomático. En el invierno de 1700-1701 ambos factores instaron a Víctor Amadeo II a adherirse a la coalición borbónica. Constreñido entre las fuerzas, indudablemente más poderosas, de Francia, el Imperio y la Monarquía Hispánica, con escasas posibilidades de mantenerse neutral en el conflicto que se avecinaba, el duque optó en ese momento por vincularse al candidato a la corona española que parecía tener a la sazón más probabilidades de resultar victorioso. El matrimonio de su hija con Felipe V suponía un aliciente para la firma de un tratado con las Dos Coronas, en tanto en cuanto redundaba en el prestigio de su dinastía y constituía el principal beneficio que obtendría de tal alianza; pero, como advirtió Phélypeaux, no resarcía al duque de la frustración de sus ambiciones de engrandecimiento territorial para el estado saboyano. Este sería, en opinión de la historiografía, el principal error de Versalles al negociar el tratado con Saboya en 1701: la no contemplación, por hipotética que fuera, de la más mínima concesión de territorios para el ducado. Y el principal estímulo para la posterior defección y posicionamiento de Víctor Amadeo II junto a los aliados. Toda vez que el contexto europeo cambió a partir de 1702, con la formalización de la Gran Alianza y la salida de Viena de su anterior aislamiento, no fue difícil para la corte imperial ofrecer a Turín un acuerdo más ventajoso que el firmado con los Borbones. Poco escrupuloso en cuanto a su reputación, e indudablemente menos leal a las Dos Coronas que el elector de Baviera, el duque de Saboya se apresuró a suscribir en 1703 un tratado que satisfacía

sus ambiciones territoriales, aunque solo fuese parcialmente puesto que el Milanesado no estaba incluido en la nómina de territorios que se le cederían en el momento de la paz. La alianza borbónico-saboyana se rompía así apenas dos años después, siendo el principal y más duradero fruto de tal vínculo la unión de Felipe V con María Luisa de Saboya.

## ASPECTOS FORMALES Y CEREMONIAS DE UN MATRIMONIO REAL

“(…) En lo principal de las capitulaciones espero cumplir con la instrucción de modo que en unas cosas se compense lo que en otras se cedere y quizás con ventaja mayor de la que podía esperar para lo qual he tomado de las dos capitulaciones que se me dieron y de la que aquí se me ha dado de la Sra. Duquesa de Borgoña que es bien semejante a entrambas, lo que de cada una he podido asír y serme más favorable (…).”<sup>640</sup>

Al contrario de lo ocurrido con la negociación diplomática que antecedió a la efectuación del matrimonio por poderes del rey de España, la gestión de las capitulaciones matrimoniales y la organización del viaje de la soberana hasta Cataluña, donde tendría lugar la ratificación final del enlace, se caracterizaron por la celeridad con la que se llevaron a cabo. En ello influyeron tanto razones de índole económica<sup>641</sup> como la impaciencia de Felipe V por encontrarse con su esposa que, si bien el enviado francés en la corte española, Blécourt, procuró minimizar en sus despachos a Francia, motivaron la definitiva aceleración del tratamiento de los aspectos formales ligados a las nupcias del monarca.<sup>642</sup>

La prontitud con la que el gobierno español resolvió las últimas diligencias previas a la boda por poderes del rey, denota hasta cierto punto la disparidad de opiniones existente entre las cortes de Madrid y Versalles en relación a la opción matrimonial saboyana.<sup>643</sup> En este sentido, si el marqués de Castel-Rodrigo pudo ajustar los capítulos matrimoniales del soberano en tan solo tres días, fue debido a que la administración española había cursado ya numerosas y decisivas órdenes que facilitaron y urgieron la formalización de los mismos. Por otro lado, no hay que olvidar que el duque de Saboya estaba muy interesado en la definitiva conclusión de las nupcias de su

---

<sup>640</sup> Marques de Castel-Rodrigo a Don Antonio Ortiz de Otalora. Turín, 20 de julio de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>641</sup> Como la preocupación de Luis XIV y Portocarrero porque el retraso del matrimonio de Felipe V incrementara los gastos que aparejaría el traslado del monarca a los territorios de la Corona de Aragón. Torcy a Ubilla. Versalles, 21 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 92, fol. 146r.

<sup>642</sup> A lo largo de la primavera de 1701, los miembros de la familia francesa de Felipe V, con el marqués de Louville a la cabeza, se hicieron eco de la melancolía que había dominado al monarca tras su instalación en Madrid. La nostalgia del rey hacia su patria nativa, sumada a sus problemas de adaptación a la corte española, provocarían ciertos desórdenes en su comportamiento cuya solución estribaría, para Louville, en la conclusión definitiva de su matrimonio. En opinión del marqués, la llegada de la nueva reina podría contribuir a aliviar los vapores del monarca y a normalizar sus hábitos cotidianos. LOUVILLE, I, pp. 134-136; también BAUDRILLART, I, pp. 49 y ss.

<sup>643</sup> Véase el capítulo anterior.

hija, lo que implicó que él y sus ministros hicieran gala de un talante relativamente conciliador en sus conversaciones con el diplomático español.

La posible intervención de Luis XIV y el gabinete de Versalles en todo el proceso fuer aceptada y defendida desde la corte española. Poco después de la designación de Castel-Rodrigo como embajador extraordinario del rey de España, una consulta del Consejo de Estado aconsejaba al marqués que “se sugete enteramente a la dirección del Sr. Rey Christianísimo y aún en el caso presente parece q[ue] debe ser con más subordinación a la prudente censura y dictamen de S. M. (...) quanto es mayor el parentesco, más estrecho el vínculo y más común el interés”.<sup>644</sup>

La conexión familiar y dinástica, sumada al prestigio de que gozaba Luis XIV en la corte española a principios de 1701, justificaron el posicionamiento del Consejo, que al mismo tiempo y por este medio evitaría pronunciarse en algunos de los puntos más problemáticos del viaje de la soberana. Con todo, el rey de Francia y sus ministros no intervendrían por igual en las diversas cuestiones vinculadas al matrimonio del monarca español. Como se verá a continuación, la relativa libertad de la que disfrutó Castel-Rodrigo en el tratamiento de los capítulos matrimoniales de su señor, contrastaría con el interés de Luis XIV por interferir en la composición y destino del séquito piamontés que acompañaría a la futura reina desde Turín hasta España.

### **La embajada extraordinaria del marqués de Castel-Rodrigo: preliminares e instrucciones**

El 1 de mayo de 1701, poco después de instalarse en Madrid, Felipe V hizo público su compromiso con la hija del duque de Saboya. A instancias del monarca, a lo largo de las semanas siguientes el Consejo de Estado comenzó a reglar los aspectos formales de las nupcias regias, concretamente en lo concerniente a la elección del embajador extraordinario que representaría a Felipe V en Turín, las instrucciones que este recibiría y los festejos que solemnizarían el anuncio del matrimonio del soberano. El 4 de mayo el Consejo decidió levantar el luto por la muerte de Carlos II, al tiempo que decretaba cuatro días de luminarias públicas que se desarrollaron en la plaza de Palacio, la Plaza

---

<sup>644</sup> Respecto al papel de Albizu, el Consejo indicaba a Felipe V “puede V. M. servirse de escribir al Sr. Rey Xmo. [Cristianísimo] pidiéndole que le instituya y dirija en todo lo que deberá obrar y executar y ordenar a Dn. Juan Antº que observe literalmente. Lo que S. Mdg. Xma. [Cristianísima] le mandare, pues desde ahora no parece que se puede dar otra providencia más segura y menos sujeta a error (...)” Consultas del Consejo de Estado al rey. Madrid, 6 de mayo y 5 de junio de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.



Mayor, la Platería, la Plaza de la Villa, las Casas del Ayuntamiento y los conventos de las Descalzas Reales y la Encarnación.<sup>645</sup>

Dos días antes, el rey había ordenado a sus consejeros que propusieran “sujetos apropiados para la embaxada extraordinaria en Turín”.<sup>646</sup> En un primer momento, el Consejo se inclinó por el IX conde de Santisteban, Don Francisco de Benavides Dávila y Corella, personaje cercano a Portocarrero, antiguo virrey de Cerdeña, Sicilia y Nápoles entre 1675 y 1695 y mayordomo mayor de la reina Mariana de Neoburgo desde 1699 hasta comienzos de 1701, en que dimitió del cargo. Sin embargo, el conde se negó a aceptar la comisión del soberano aduciendo que la penuria en que se encontraba su Hacienda le impediría hacer frente a los gastos de representación del monarca. En su *Succession de el Rey Don Phelipe V*, Ubilla pasa muy rápido por las excusas esgrimidas por Santisteban para rehusar la embajada extraordinaria en Turín.<sup>647</sup> Sin entrar a valorar las justificaciones del conde, lo cierto es que resulta difícil creer que verdaderamente estas giraran exclusivamente en torno a lo económico. A finales de 1700, Santisteban había mostrado un marcado interés por intervenir en la designación del embajador español que habría de acudir a Versalles para felicitar a Felipe V por su ascenso al trono. Un puesto que finalmente había recaído en el condestable de Castilla, lo que había precipitado el abandono de Santisteban de la Casa de Mariana de Neoburgo.<sup>648</sup> Aunque no son más que hipótesis, parece más probable que el conde no deseara abandonar Madrid en una coyuntura de tanta trascendencia como era la del arribo del nuevo soberano a la corte,

---

<sup>645</sup> Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 4 de mayo de 1701. *Ibidem*, Orden para que se celebren luminarias durante 4 noches, desde el 5 de mayo hasta el 9 de mayo, en “zelebridad del tratado del Feliz casamiento del Rey con la serenísima sra. D<sup>a</sup> María Luisa Gabriela, Prinzesa de Savoya (...) y que en los dichos quatro días se traygan joyas como tamvién que del referido jueves en adelante se quiten todos los lutos particulares...” *Ibid.*, E., leg. 4827; Antonio Ubilla al marqués de Villafranca, mayordomo mayor de Felipe V. Madrid, 2 de mayo de 1701. A.G.P., *Histórica*, C.<sup>a</sup> 48, exp. 5 y B.N.M., Mss. 12777, fols. 5r.-7v. El anuncio del matrimonio en la corte de Turín tuvo lugar el 28 de mayo y fue celebrado por el duque de Saboya con “illuminationi e fuochi di gioia per tutta la città e per tre giorni continui”. Por su parte, la última noche de luminarias, el enviado español Don Juan Antonio Albizu “avanti il suo alloggiamento, hà fatto dare al Publico una fontana di vino abbondante”. B.R.T., *Ceremoniale di Corte*, vol. 45, fol. 111r.

<sup>646</sup> Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 2 de mayo de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>647</sup> “Y haviendo representado al Rey los motivos con que se hallaba (con gran sentimiento) para carecer de lo que tanto hubiera pretendido como este nuevo empleo [requería], quiso el conocimiento del rey escusar de este encargo al conde [de Santisteban]”. UBILLA Y MEDINA, Libro II, p. 173.

<sup>648</sup> Santisteban deseaba que la embajada recayera en el duque de Escalona, marqués de Villena, a quien le unía una estrecha amistad y para el que teóricamente habría obtenido de Mariana de Neoburgo la promesa de su nombramiento. No obstante, la reina viuda había forzado finalmente la elección del condestable de Castilla, al parecer, a cambio de 4000 de las 12000 pistolas que éste recibió de la Hacienda regia para efectuar su embajada. «Mémoires historiques concernant le règne du Philippe 5<sup>o</sup> Roy d’Espagne, successeur de Charles 2<sup>o</sup> mort le 1er novembre 1700», en A. N., K., 1332, fol. 65v.

momento en que se estaban ejecutando importantes cambios en la composición de las Casas reales y la administración. En este sentido, a lo largo de la primavera y el verano de 1701 Santisteban buscó atraerse el favor de Felipe V por medio de determinados personajes del *entourage* francés del monarca como Louville, el conde de Marcin o el marqués de Montviel. Una estrategia de la que difícilmente podría obtener los réditos esperados si, como requería una embajada extraordinaria, abandonaba Madrid y la cercanía al soberano por espacio de unos meses. En otro orden de cosas, tampoco sería de extrañar que Santisteban hubiera renunciado a semejante honor a instancias de Versalles. Aunque no existe constancia documental de este hecho, es conocido que la reina viuda había reclamado al marqués de Louville y a Felipe V que se castigara la osadía del conde al dimitir de su cargo de mayordomo mayor. Pese a que el gobierno francés había eludido pronunciarse al respecto, es plausible pensar que Luis XIV y sus ministros, movidos por la prudencia, vetaran un nombramiento que hubiera supuesto una afrenta pública hacia Mariana Neoburgo.<sup>649</sup>

En cualquier caso, el rechazo por parte del conde de Santisteban de la embajada extraordinaria en Turín obligó a designar a otro Grande de España con el fin de ejecutar tal cometido. Tras semanas de deliberaciones, a comienzos de junio de 1701 el Consejo de Estado nombró para el puesto a Don Carlos de Homodei y Lasso de la Vega, gentilhombre de cámara de Carlos II. De origen milanés, III marqués de Almonacid por derecho propio, Don Carlos se convirtió marqués consorte de Castel-Rodrigo tras su matrimonio con Leonor de Moura y Aragón, la IV marquesa, quien asimismo ostentaba los títulos de III condesa de Lumiares y II duquesa de Nocera, en Nápoles. La elección del marqués se vio coadyuvada por su importante fortuna, que le permitiría representar su misión en la capital saboyana con la ostentación debida a un embajador del rey de España.<sup>650</sup>

Para el momento en que tuvo lugar el nombramiento de Castel-Rodrigo, el gobierno español había dado ya inicio a los preparativos de las nupcias del monarca, en

---

<sup>649</sup> Esta última parte de la hipótesis podría resultar verosímil si creemos lo consignado en los informes de Blécourt que, en el verano de 1701, informaría a Luis XIV del disgusto de Mariana de Neoburgo ante la inclusión de determinadas damas desafectas hacia su persona en la Casa de la nueva soberana. Blécourt a Luis XIV. Madrid, 14 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 91, fol. 332r.

<sup>650</sup> Sobre la designación de Castel-Rodrigo, véase, UBILLA Y MEDINA, Libro II, pp. 174-176. El poder de Felipe V al marqués data del 11 de junio de 1701 mientras que sus credenciales como embajador extraordinario están fechadas el 20 de ese mismo mes. A.H.N., E., leg. 2793. La carta de Felipe V a la duquesa de Saboya informándole de la designación de Castel-Rodrigo está fechada en Madrid, 6 de julio de 1701. A.S.T., LS., Mazzo 99.

las que en básicamente deberían seguirse las mismas directrices adoptadas con ocasión de las bodas de Carlos II y Mariana de Neoburgo, aunque atendiendo al “estado presente de las cosas y la diferencia de un Matrimonio a otro”.<sup>651</sup> Así, el 6 de mayo de 1701 el Consejo de Estado informaba a Felipe V que

“habiéndose ya publicado el cassamiento de Su Mgd. con la Serma. Sra. D<sup>a</sup> María Luisa Gabriela, Princesa de Saboya, conviene adelantar en todo lo que huviere de executarse y que teniéndolo entendido así el Consejo, quiere Su Magd. (...) passe luego (...) a proponer todo lo que juzgare deva executarse para ganar el tiempo, (...) así en los cumplimientos de obsequio que deven hazerse con esta Sra. Princessa, como para las direcciones de su venida a España (...), parte donde convenga desembarque si huviere de hazer su viage por mar y hasta donde deberá passar el Rey Nro. Sr. en esta ocasión...”<sup>652</sup>

Al día siguiente, el mismo organismo sometía a decisión del rey toda una serie de cuestiones relativas al trayecto de la reina hasta la Península Ibérica, tales como la ruta que esta habría de emprender; el emplazamiento en el que la soberana debería desembarcar y el lugar en el que el monarca recibiría a su esposa. Pero si los pormenores del viaje de María Luisa Gabriela de Saboya quedaban al arbitrio de Luis XIV<sup>653</sup>, los consejeros de Felipe V manifestaban tácitamente sus preferencias respecto al punto en el que los reyes habrían de encontrarse. En opinión de los miembros del Consejo, el monarca podría aprovechar sus nupcias para “hazerse jurar en Aragón, Valenzia y Cataluña, pues aunque este disignio es forzoso q aumente gastos, también se debe suponer que es parte de economía costear de una vez las [obligaciones] que [son] inescusables en lo futuro, quitando desde luego a aquellos Dominios los más remotos pretextos de q[ue] suelen valerse p[ar]a<sup>a</sup> entibiar la obediencia”.<sup>654</sup>

Por esta razón la corte madrileña se inclinaba porque la reina desembarcara en Barcelona o en los Alfaques, puertos que consideraban más seguros que los de Valencia y Denia. Una decisión que, asimismo, evidenciaba el interés del gobierno español por que el rey celebrara en primer lugar Cortes en Aragón y Cataluña, cuya convocatoria

---

<sup>651</sup> Papel para el Consejo de Estado inserto en una Consulta del mismo organismo al rey fechada en Madrid, el 6 de mayo de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>652</sup> *Ibidem*.

<sup>653</sup> Al debatir sobre si la reina debía viajar hasta España por mar o tierra, el Consejo de Estado decidió que “nadie puede resolver en esto mejor que el Sr. Rey Xpmo. [Cristianísimo] a qn. será bien que V. Mgd. (...) puede servirse de preguntarlo”. Consulta del Consejo de Estado a Felipe V. Madrid, 7 de mayo de 1701. *Ibidem*.

<sup>654</sup> *Ibidem*.

estimaban de mayor trascendencia que las valencianas para la evolución futura del reinado.<sup>655</sup>

Expresado su parecer sobre el viaje de la soberana, a principios de junio el Consejo de Estado acometió el tratamiento de las materias propias de la embajada de Castel-Rodrigo. Para ello, solicitó a la Secretaría del Norte los poderes que se entregaron a los embajadores que concertaron los matrimonios de Carlos II, junto a los contratos matrimoniales del mismo monarca, que se remitieron desde el Archivo de Simancas. Una señalada continuidad respecto a la tradición matrimonial hasbúrgica en la que el origen dinástico del nuevo rey quedaría patente mediante el envío, desde Francia, de las capitulaciones matrimoniales del duque de Borgoña y María Adelaida de Saboya.<sup>656</sup>

Los objetivos del Consejo respecto a los aspectos formales de las bodas del rey quedaron plasmados en dos documentos que, si bien carecen de fecha de redacción, podemos datar a lo largo del mes de junio de 1701 en base a las Consultas que los acompañan.<sup>657</sup> El primero, estaría dedicado a los principales puntos que habrían de componer el contrato de matrimonio: dote y consignación de la misma, gastos de cámara de la reina, montante de las joyas y piedras preciosas que el monarca obsequiaría a su esposa, aumento de la dote y pensión y circunstancias económicas de la futura reina en caso de viudedad, con o sin sucesión. En cuanto al segundo de los escritos citados, abordaría de manera más concreta algunas de las cuestiones referidas en el primero de ellos, en particular lo concerniente a ciertos aspectos pecuniarios<sup>658</sup> como la dote, a los que se añadirían otras consideraciones relacionadas con el viaje de la soberana, las condiciones bajo las que se efectuaría y el lugar en el que se celebraría la ratificación del matrimonio. Nada decían, por otro lado, del ceremonial y comportamiento a observar por Castel-Rodrigo en Turín, que posiblemente quedarían recogidos en la Instrucción que el gobierno español

---

<sup>655</sup> Las intenciones del gobierno español coincidían en este punto con las de Luis XIV, quien en las Instrucciones que entregara a Felipe V antes de su partida de Versalles había explicitado la necesidad de que el monarca jurara los fueros y privilegios de los reinos de la Corona de Aragón.

<sup>656</sup> Órdenes de Antonio Ubilla a Don Antonio Ortiz Otalora, secretario del Norte para Italia, y a Francisco José de Ayala, custodio del Archivo de Simancas. Palacio, 8 de junio de 1701. Para el envío de las capitulaciones del duque de Borgoña, véase la Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 9 de junio de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>657</sup> “Memoria de los Apuntamientos para que sirva de Inteligencia y se tenga presente por el Sr. Marqués de Castelrodrigo a la Formación de los Capítulos Matrimoniales del Rey Nro. Sr. con la Serma. Señora María Luisa Gabriela, hija del Sr. Duque de Savoya” y “Puntos en que el rey Nro. Sr. (Dios le gde.) ha discurrido para adelantar las prevenciones y efectuación de su feliz casamiento con la Serma. Sra. Princesa de Savoya y en que es servido que el Consejo de Estado le comente luego sobre ellos lo que pareciere”, ambos en *Ibidem*.

<sup>658</sup> Para cuyo ajustamiento se nombró una Junta compuesta por el comisario general de Cruzada, el gobernador del Consejo de Hacienda y un ministro del Consejo de Castilla, Don Francisco del Vaus.

entregó al marqués y que por desgracia no hemos localizado entre los fondos documentales consultados.

Como se verá a continuación, y con intención de evitar las largas disquisiciones que la formalización de un contrato *ex novo* habría supuesto, las directrices del Consejo abogaban por la reproducción a grandes rasgos de las cláusulas estipuladas en las capitulaciones matrimoniales de Mariana de Neoburgo, tanto a nivel económico como organizativo y ceremonial. Incluso la forma de pago de la dote era similar, al aceptar la corte madrileña descontar su montante del total de las deudas que la Monarquía Hispánica poseía con la Casa de Saboya.<sup>659</sup> En lo que respecta a la travesía de la reina hasta España, los consejeros de Felipe V se inclinaban porque la soberana embarcara en las galeras españolas inmediatamente después de la celebración del matrimonio por poderes, que tendría lugar en secreto. Bordeando las costas de Provenza y Languedoc, la reina desembarcaría en Cataluña, desde donde pasaría a Valencia junto al monarca. En caso de que la guerra contra las potencias marítimas hubiera estallado a la sazón, Luis XIV debería garantizar la seguridad de la esposa de su nieto. Días después de que el Consejo presentara ambos documentos al monarca, Felipe V mandó introducir algunas matizaciones a las sugerencias de sus ministros, como la eliminación del punto relativo a la celebración de sus bodas en secreto y la alusión a las Cortes de Aragón y Valencia “porque en esto puede haver alguna variedad”.<sup>660</sup>

En relación a la dispensa matrimonial, necesaria a causa del estrecho parentesco entre los futuros desposados, el gobierno español y el monarca se mostraron igual de resolutivos. Interesado en apresurar el tratamiento de la cuestión en la corte de Roma, a principios de junio Felipe V informó a Clemente XI de su matrimonio con la princesa de Saboya.<sup>661</sup> Por esas fechas, dado el paralelismo en el parentesco entre ambas parejas contrayentes, el Consejo de Estado solicitó a Versalles la expedición de la dispensa otorgada a los duques de Borgoña. Con vistas a subsanar los posibles errores que pudiesen retrasar la concesión de la misma, recomendaba al soberano

---

<sup>659</sup> En 1689, los 100.000 florines del Rin que constituyeron la dote de Mariana de Neoburgo fueron descontados de las deudas que la corona española había contraído con el elector palatino, padre de la reina. Las capitulaciones matrimoniales de Mariana de Neoburgo en, A.H.N., E., leg. 2886; recogidas también en MAURA GAMAZO, G. y BAVIERA, A.: *Documentos inéditos...*, edic. de 2008, I, pp. 123-124.

<sup>660</sup> Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 9 de junio de 1701. A.H.N., E., leg. 2793 y Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 14 de junio de 1701. A.G.S., G. y J., leg. 332, fol. 128r.

<sup>661</sup> De hecho algunos consejeros, como los marqueses de Villafranca y del Fresno, fueron aún más lejos al aconsejar al rey que se solicitara la dispensa incluso antes de la conclusión de los capítulos matrimoniales. Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 9 de junio de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

“prevenir que en la petición fuesen explicados no solamente los grados próximos de consanguinidad y afinidad, sino aún los más remotos impedimentos dentro del quarto grado (...) por lo que ha enseñado la esperienza de algunos hierros cometidos en la estimación de los Grados, parentescos e impedimentos...”<sup>662</sup>

### **Las capitulaciones matrimoniales de los reyes: negociación, características y contenido:**

Castel-Rodrigo partió a Turín a mediados de junio de 1701 con buena parte de sus cometidos bien avanzados. A finales de ese mismo mes, en Barcelona, donde se había demorado a causa “de la destemplanza del tiempo”<sup>663</sup>, recibió los documentos necesarios para el desempeño de su misión. A través del sureste de Francia, y con deliberada lentitud<sup>664</sup>, el marqués arribó a Laneborgo el 18 de julio. Inmediatamente, Víctor Amadeo II envió a los confines de Saboya a su maestro de ceremonias, Maurilio Robbio, conde de Montemarzo. Este último tenía órdenes de su señor de disponer con la mayor prontitud todos los preparativos necesarios para el viaje del embajador a través del ducado.<sup>665</sup> Sabedor el marqués de la impaciencia del duque ante su llegada<sup>666</sup>, decidió avanzar sin apenas detenerse hasta Susa, ciudad desde la que pasó a Avigliana, donde le esperaban el propio Robbio, el milanés conde Scoti<sup>667</sup> y uno de los gentileshombres de boca de Víctor Amadeo II. En Pozzo di Strada, a escasas millas de Turín, le aguardaba a su vez el enviado español, Don Juan Antonio Albizu, junto al que Castel-Rodrigo entró en la capital saboyana de incógnito el 19 de julio. Ese mismo día, fue recibido en audiencia particular por la familia ducal: “S.A.R. l’abbracció e Madama la Duc<sup>a</sup> Reale e Madama la Principessa [María Luisa] -relata el registro ceremonial de la corte turinesa- si rallagrorono seco infinitamente e le fecero molte civiltà...”<sup>668</sup>

---

<sup>662</sup> Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 5 de junio de 1701. *Ibidem*.

<sup>663</sup> Castel-Rodrigo a Antonio Ortiz de Otalora. Barcelona, 29 de junio de 1701. *Ibidem*.

<sup>664</sup> Sobre algunas de las circunstancias del viaje del marqués hasta Turín, véase el capítulo anterior.

<sup>665</sup> Para ello, el duque había enviado sendas carrozas a los diferentes puntos en los que Castel-Rodrigo efectuaría parada, Avigliana, Susa y Rívoli, previniendo en dichas ciudades los alojamientos, provisiones y sirvientes necesarios para la mayor comodidad del marqués. “Cerimoniale della Real Corte di Savoia. Esercito e registrato d’ordine di S. A. R. da me Conte di Montemarzo, Maurilio Robbio, Maggiordomo di d<sup>a</sup> A. R. dalli 27 Maggio 1699 fino li 10 7mbre. 1702”. B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, vol. 45, fol. 119r.

<sup>666</sup> De la que había sido informado previamente por Albizu. Las circunstancias del viaje del marqués por el ducado en la misiva de Castel-Rodrigo a Ortiz de Otalora fechada en Turín, 20 de julio de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>667</sup> Emparentado con el marqués de Castel-Rodrigo.

<sup>668</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, vol. 45, fol. 120r. “El Sr. Duque me recibió con toda la familiaridad y atención que le podía deber [a] quien trae comisión tan grata como la mía y quedó, a mi parecer, satisfecho del casero cumplimiento y oficios que delante del pasé con la Sra. Princesa Nra. Próxima Reyna según los estilos españoles más que a modo de los de Italia, según que de repente me pareció mezclar los ceremoniales y dexar así en sosiego las vivezas de S.A.R., reconociéndole muy impaciente de

Tras hacer entrega al duque, la duquesa y la princesa María Luisa de sendas cartas de cumplimentación de Felipe V, el marqués se reunió en privado con el embajador francés, Phélypeaux, “con quale si trattenne longamente”. Acto seguido, pasó a presentar sus respetos a Madame Royale y los príncipes de Carignán<sup>669</sup> y, por la noche, acudió al *cercle* de la duquesa y su suegra, con las que departió animadamente en compañía de algunas de sus damas.<sup>670</sup>

El 20 por la mañana, Castel-Rodrigo se reunió con el marqués de Saint-Thomas y Mauritio Gubernatis, ministros ducales, con quienes comenzó a reglar las capitulaciones matrimoniales. Esa misma noche, se encontró de nuevo con los duques de Saboya, con los que permaneció durante largo rato. Los días siguientes todo fueron audiencias públicas y besamanos, en los que el marqués fue recibido con honores por Phélypeaux, el príncipe de Piamonte<sup>671</sup> y la duquesa Ana y su hija acompañadas de los más altos dignatarios de la corte y el gobierno saboyanos.<sup>672</sup>

El 23 de julio, después de una solemne misa, tuvo lugar la firma del contrato matrimonial en presencia de las personas designadas por Víctor Amadeo II como testigos y entre los que destacaban Saint-Thomas y Gubernatis, el marqués Pallavicino, gran escudero de Saboya<sup>673</sup>, y los príncipes de Carignán. Asistieron también a la misma la marquesa Pallavicino, *dame d'atours* de Madame Royale; la princesa della Cisterna, dama de honor de la duquesa; la marquesa del Maro, su *dame d'atours*, y Madame des Noyers, gobernanta de la princesa María Luisa junto a otros cortesanos, ministros y caballeros de la Orden de la Annunziata.<sup>674</sup> La jornada finalizó con un besamanos que tuvo lugar en la cámara de la duquesa Ana. El 24, Víctor Amadeo II partió por fin al

---

salir a campaña y de ejecutar antes las capitulaciones de su hija...”. Castel-Rodrigo a Antonio Ortiz de Otorola. Turín, 20 de julio de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>669</sup> Duquesa viuda y primeros príncipes de la sangre de Saboya respectivamente.

<sup>670</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, vol. 45, fol. 121r.

<sup>671</sup> Víctor Amadeo (1699-1715), príncipe de Piamonte y heredero del ducado de Saboya. Según relata el ceremonial de la corte saboyana, el príncipe recibió al marqués con gran pompa, bajo un baldaquino y asistido por su gobernanta, la marquesa de Gattinara, y uno de sus ayudas de cámara. *Ibidem*, fols. 122r.-124r.

<sup>672</sup> *Ibidem*, fol. 124v.

<sup>673</sup> Cuyas funciones eran similares a las del caballerizo mayor o *grand écuyer* en las cortes de Madrid y Versalles.

<sup>674</sup> La Casa de la duquesa de Saboya seguía el ceremonial y la jerarquía de la corte francesa. En este sentido, el cargo de *dame d'honneur* equivaldría, en atribuciones, que no en rango, al de Camarera Mayor en España; en cuanto a la *dame d'atours*, se encargaba de supervisar el guardarropa de la soberana, asistirle en su *toilette* y ejercer las funciones de *dame d'honneur* en ausencia de ésta última. NEWTON, W. R.: *La petite cour. Service et serviteurs à la Cour de Versailles au XVIIIe siècle*. Paris, 2006. Para la cámara de la reina, consúltense las páginas 257 y ss.

frente militar, seguido por Castel-Rodrigo tres días después en dirección a Milán, donde iniciaría los preparativos para su entrada pública en Turín.<sup>675</sup>

Gracias a las gestiones de la corte española y al asesoramiento de Phélypeaux y Albizu, el marqués concluyó las capitulaciones matrimoniales de Felipe V en apenas tres días. Según reconoció en una misiva a Ortiz de Otalora, su resultado suponía una síntesis de las de Carlos II y el duque de Borgoña, de las que “he tomado (...) lo que de cada una he podido asir y serme más favorable”.<sup>676</sup> Conformado por nueve artículos, el contrato establecía que el duque de Saboya dotaría a su hija con 200.000 escudos de oro<sup>677</sup> que se consignarían, tal y como indicaban las instrucciones entregadas a Castel-Rodrigo, sobre las rentas de las villas de Medina del Campo, Arévalo y Olmedo.<sup>678</sup> Por su parte, Felipe V se comprometía a entregar a su esposa joyas por valor de 50.000 escudos, asegurándole una pensión de viudedad de 40.000, las mismas cantidades que en su momento se prometieron a Mariana de Neoburgo. Nada se decía de la suma que la soberana recibiría en concepto de “alfileres”<sup>679</sup>, aunque el documento aclaraba que esta sería “conveniente a su alto grado” y en la misma forma que “se dio a las Reynas antecedentes”. Respecto a los gastos del viaje de la soberana hasta España, correrían por cuenta de Víctor Amadeo II (de Turín hasta Niza) y Felipe V (desde Niza a Barcelona). Por último, María Luisa se comprometía a renunciar a sus derechos sucesorios sobre el estado saboyano por sí y todos sus descendientes “sin ninguna excepción”.<sup>680</sup>

Si bien el buen entendimiento fue la nota dominante en las conversaciones entre el embajador extraordinario español y los ministros saboyanos<sup>681</sup>, la negociación de dos

---

<sup>675</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, vol. 45, fols. 126v.-127v.

<sup>676</sup> Castel-Rodrigo a Ortiz Otalora. Turín, 20 de julio de 1701; el mismo a Luis XIV. Turín, 23 de julio de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>677</sup> Ambas cantidades similares a las que el duque ofreció a la duquesa de Borgoña con motivo de su matrimonio. Entre las joyas que Víctor Amadeo II entregó a su hija destacaban un collar de perlas gruesas y un aderezo completo de diamantes y esmeraldas, a los que se sumó un retrato del rey de España rodeado de seis grandes diamantes y otro aderezo completo de piedras de color por parte de la duquesa Ana y Madame Royale. En cuanto al «trousseau» de la reina, estaba valorado en 101.390 francos. Cit. por HAUSSEVILLE, Comte de: *La Duchesse de Bourgogne...*, I, p. 144 y GF, 24 de septiembre de 1701, p. 452.

<sup>678</sup> “Memoria de los Apuntamientos...”, punto 6º. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>679</sup> Cantidad de dinero anual destinada a los gastos personales de la reina y al adorno y decencia de su persona.

<sup>680</sup> Artículos 2, 3, 4, 6, 5, 7 y 8 respectivamente. El original en italiano de las capitulaciones matrimoniales se encuentra en A.H.N., E., leg. 2461(2), donde también se incluye una traducción al castellano. Existe también copia en castellano en A.G.P., *Histórica*, C.ª 20, exp. 22.

<sup>681</sup> El propio Víctor Amadeo II confirmaría a su embajador en Madrid su satisfacción respecto al comportamiento de Castel-Rodrigo durante la negociación del contrato matrimonial, definiéndole como un “raro essemplio d’un si affetto suddito”. Víctor Amadeo II a Operti. Turín, 23 de julio de 1701. A.S.T., LMS, Mazzo 49.



de los puntos de las capitulaciones se reveló complicada. Estos fueron los artículos 2 y 8, correspondientes a la cuestión de la dote y la renuncia de la reina a la sucesión saboyana. En ambas materias, el duque procedió de manera similar a la que lo hiciera con ocasión de la boda de su primogénita con el duque de Borgoña. Así, en 1696 Luis XIV asumió el pago de la dote de María Adelaida de Saboya al aceptar descontar su montante, 200.000 escudos, de la cantidad que la corona francesa adeudaba aún a la corte de Turín por el impago de los bienes dotales de la duquesa Ana.<sup>682</sup> Otro tanto hizo Víctor Amadeo II en 1701, al incluir la suma destinada a dotar a la princesa María Luisa en el conjunto de las deudas que la corona española había contraído con la Casa de Saboya.<sup>683</sup> Desde el primer momento, las cortes de Madrid y Versalles transigieron con las pretensiones económicas del duque. El problema estribó no tanto en la cifra de la dote, como en el periodo de tiempo establecido para la liquidación del resto de las sumas adeudadas. En este aspecto, las expectativas de los gobiernos español y saboyano diferían. Mientras que Castel-Rodrigo defendía que el examen de los créditos debería efectuarse en el lapso de seis meses, los ministros del duque de Saboya se inclinaban porque este plazo se ampliara hasta un año. Desconocemos las razones que llevaron a ambas partes a sostener sus respectivas posturas. La documentación expedida por la corte madrileña apenas aporta luz en este sentido, reduciéndose a dejar a su embajador un amplio grado de maniobra sobre este punto.<sup>684</sup> No obstante, y a tenor de las instrucciones que recibió, puede deducirse que si Castel-Rodrigo apoyó la revisión de las deudas de la corona española en el intervalo de seis meses fue debido a un escrupuloso seguimiento de lo capitulado en el contrato matrimonial de Carlos II y Mariana de Neoburgo, en el que se constituía un periodo similar para la liquidación de los créditos que el elector palatino pretendía poseer

---

<sup>682</sup> De los que el gobierno francés adeudaba aún 100.000 escudos; los 100.000 restantes serían entregados igualmente por Francia en concepto de indemnización de guerra. HAUSSEVILLE, Comte de: *La Duchesse de Bourgogne...*, I, p. 142 y ROWLANDS, G.: "Luis XIV, Vittorio Amadeo II...", en *The English Historical Review*, vol. 115, n.º 462 (2000), p. 562.

<sup>683</sup> En virtud de las dotes de la infanta Catalina Micaela y dos de sus hijas, casadas con los duques de Mantua y Módena, y de los subsidios prometidos a Víctor Amadeo II en el tratado de alianza hispanosaboyano de 1690, pagados sólo parcialmente. Un resumen de las deudas de la corona española con la Casa de Saboya en A.S.T., LMS., Mazzo 48 y A.G.S., E., legs. 3654 y 3655. En concreto estos últimos incluyen documentación tanto de las cantidades desembolsadas por la corte de Madrid (y su consignación principalmente en rentas de Nápoles y Milán) como de las adeudadas.

<sup>684</sup> "En que se deberá considerar que el Duque de Savoya solicita en ocasión del casamiento de su Hija la sra. princessa convenga [el marqués] en las pretensiones de la Dote de la Infante D.<sup>a</sup> Catharina, como también en las que miran a los subsidios de la Guerra pasada, para que según el Estado de la Rl. Hacienda pueda el embajador ajustar estas dependencias, remitiéndolas a un término competente, señalándole en las capitulaciones con la circunstancia y calidad de que en el ínterin que se liquidan no se entregue la Dote que huviere de dar a la sra. Princesa su Hija". Artículo 2º de los "Puntos en que el Rey Nro. Sr. (Dios le gde.) ha discurrido adelantar las prevenciones...". A.H.N., E., leg. 2793.

con la Monarquía Hispánica.<sup>685</sup> Por otro lado, el que la corte de Turín insistiera en la ampliación del plazo hasta un año puede achacarse a su intención por aumentar la suma de dinero que la corona española adeudaba a la Casa de Saboya en concepto de intereses, que lógicamente se incrementarían conforme pasaran los meses. Al margen de los razonamientos esgrimidos por ambas partes, lo cierto es que el embajador español terminaría por ceder a las aspiraciones de Víctor Amadeo II. Como admitió en una misiva a Felipe V, no le había sido posible concertar un lapso de tiempo menor “por el asomo de desconfianza que empezó a ocasionar mi regateo, siendo esto el punto q más sudor me ha costado y en q[ue] substancialm[en]te no descubro perjuicio de V. M., dejando así satisfecho a S.A.R.”<sup>686</sup> Desde estas perspectivas, el artículo 2º de las capitulaciones reconocía a María Luisa una dote de 200.000 escudos de oro, que se deducirían de lo adeudado por la corona española a la corte de Turín. En cuanto al resto de los débitos, el rey de España y el duque de Saboya se comprometían, en el plazo de un año, a nombrar comisarios y contadores que se encargarían de fijar su montante y forma de liquidación.<sup>687</sup>

Por lo que se refiere a la renuncia de la princesa a sus derechos sucesorios, se observa una estrecha relación entre esta cuestión, la forma de pago de la dote y la configuración territorial y las leyes sucesorias del estado saboyano. Lo que se conocía en el siglo XVII como ducado de Saboya estaba conformado por diversos territorios (Saboya, Piamonte, Aosta, los condados de Tende y Niza...) vinculados históricamente por la fidelidad a su soberano. Cada uno de ellos poseía un estatus jurídico particular<sup>688</sup>

---

<sup>685</sup> “Que la Serenidad Electoral ha constituido y prometido al dicho Serenísimo Rey Católico en dote y matrimonio con la Serenísima Princesa, su muy amada hija, cien mil florines reheneses (...) para cuya actual paga ofrece su Serenidad Electoral la compensación por la concurrente suma de las pretensiones que se le deben líquidamente por su Sacra Majestad Católica, a cuyo fin se harán las cartas de pago recíprocas en el espacio de seis meses”. Capitulaciones Matrimoniales de Carlos II y Mariana de Neoburgo. A.H.N., E., leg. 2886; recogidas también en MAURA GAMAZO, G. y BAVIERA, A.: *Documentos inéditos...*, I, pp. 123-124.

<sup>686</sup> Castel-Rodrigo a Felipe V. Turín, 24 de julio de 1701. A.H.N., E., leg. 2461(2).

<sup>687</sup> “(...) y se combiene, que dentro del plazo de un año próximo empezando desde oy, se devan por parte de Su Majestad y de Su Alteza Real diputar commisarios y contadores en la Real Villa de Madrid, a efecto de proceder a las quantas y liquidación de dichos créditos para ajustar el residuo, así del principal como de los frutos, deduciendo todos los pagamentos lexítimos en el modo, y como resultare haver sido hechos por parte de dicha Corona de España, hecho lo qual, y hecha sobre el dicho residuo, la compensación proporcional de dichos ducientos mil excudos de oro en oro, ó sean doblones cien mil efectivos de la estampa de Saboya o su justo valor (...)” Artículo 2º de las Capitulaciones Matrimoniales de Felipe V y la princesa María Luisa Gabriela de Saboya. A.H.N., E., leg. 2461(2) y A.G.P., *Histórica*, C.<sup>a</sup> 20, exp. 22.

<sup>688</sup> Para la configuración político-territorial del estado saboyano, SYMCOX, G.: “Dinastia, Stato, amministrazione”, en BARBERIS, W. (ed.): *I Savoia...*, pp. 49-86.

pero también, sus propias normas de sucesión. Pese a que la ley sálica<sup>689</sup> imperaba en lugares como Piamonte, no ocurría lo mismo en otras posesiones de la Casa de Saboya como el marquesado de Asti o la señoría de Vercelli. Si la sucesión de buena parte del estado saboyano parecía quedar asegurada a defecto de los descendientes masculinos del duque por la rama Carignán de la dinastía, la situación no estaba tan clara en lo que respectaba a los dos territorios anteriormente citados. Este factor, ligado al carácter patrimonial de las soberanías europeas del Antiguo Régimen<sup>690</sup>, otorgaba una notable potencialidad a las hijas de Víctor Amadeo II, tanto más cuando los principales puestos de la línea sucesoria del ducado estaban ocupados por dos niños de tierna edad, el príncipe de Piamonte y el duque de Aosta, sometidos a las contingencias que podían sobrevenir durante la infancia.<sup>691</sup>

Ciertamente, la cuestión había revestido mayor gravedad durante la negociación de las nupcias de la duquesa de Borgoña, cuando Víctor Amadeo II carecía de descendientes varones. La renuncia de la princesa María Adelaida a sus derechos sucesorios propició un intenso intercambio de correos entre Turín y Versalles. En ese momento, su desconfianza hacia las intenciones de Luis XIV había motivado que el duque defendiera, para contrariedad del gobierno francés, la inserción en el contrato matrimonial de su hija de un artículo independiente que explicitaba su exclusión<sup>692</sup> de la sucesión de todos los estados regidos por la Casa de Saboya. En el mismo orden de cosas, y como puntualizan Haussonville y Rowlands, bajo la insistencia de la corte de Turín porque Francia se hiciera cargo de la dote de la princesa no subyacía exclusivamente un interés económico. A un más amplio espectro, lo que el gobierno saboyano perseguía era evitar la reproducción de un marco jurídico similar al que había propiciado el estallido de la Guerra de la Devolución en 1667. A la sazón, uno de los argumentos esgrimidos por Luis XIV al ocupar toda una serie de plazas fuertes en los Países Bajos españoles, había sido la invalidez legal de la renuncia de su esposa a sus derechos sucesorios en virtud del impago de su dote por la corte de Madrid. Desde estas perspectivas, al comprometerse a

---

<sup>689</sup> Que privaba de sus derechos sucesorios a las mujeres y sus descendientes, en beneficio de los varones de las diferentes ramas de la dinastía sin tomar en consideración el grado de filiación.

<sup>690</sup> Una buena síntesis sobre la relación entre la concepción patrimonial de las monarquías europeas del Antiguo Régimen, las leyes de sucesión y el valor de los derechos sucesorios de las princesas europeas puede encontrarse en COSANDEY, F.: «Reines de France, héritières espagnoles», en GRELL, C. y PELLISTRANDI, B. (dirs.): *Les cours d'Espagne et de France...*, pp. 61-76.

<sup>691</sup> Quienes en el momento del matrimonio de su hermana María Luisa contaban dos años y tres meses de edad respectivamente.

<sup>692</sup> Por sí misma y sus descendientes, masculinos y femeninos.

dotar a la duquesa de Borgoña, la corona francesa se privaba de la posibilidad de emplear un razonamiento semejante en lo que concernía a la futura sucesión saboyana.<sup>693</sup>

Análogos fines pueden apreciarse en lo establecido en el contrato matrimonial de María Luisa Gabriela de Saboya, tanto en lo concerniente a la intencionalidad en el pago de la dote, como en lo que respecta a la renuncia. En concreto, el apartado que aludía a esta última era prácticamente idéntico, en forma y contenido, al que se incluyó en las capitulaciones de la duquesa de Borgoña. Al igual que su hermana mayor, y dada su menor edad, la futura soberana fue habilitada por su padre para renunciar a sus derechos sucesorios. En previsión de una hipotética contestación de tal acto sobre la base de la juventud de la desposada, el artículo explicitaba que María Luisa actuaba con plena libertad y conocimiento de causa

“atendiendo también principalmente a la gran comprensión y superior juicio a su edad, que reconoce en dicha Princesa, derogando para este efecto dicho Sr. Duque de Savoya todas las Leyes, constituciones, edictos, decretos y costumbres contrarios a dha. habilitación y dispensación (...) y tanto y más que dha. Sra. Princesa reconoce muy bien, como la declarado y declara, cuán ventajosa será para sí y sus descendientes la efectuación de dho. matrimonio, que la constituye en grado de Reyna y da a sus descendientes el derecho de suceder á la corona de España, unida a su generosa inclinación de querer conservar el esplendor de la Casa de Savoya en las personas de sus hermanos ú (...) de otros Príncipes varones, lexítimos y naturales, aunque más remotos y en línea colateral, y sus descendientes varones en infinito para el sosiego y tranquilidad de los pueblos de dicha Casa de Savoya...”<sup>694</sup>

La renuncia de la futura reina quedó consignada de esta forma en las capitulaciones matrimoniales. Sin embargo, su integración en el documento final generó opiniones encontradas en el seno del Consejo de Estado en el momento de su ratificación. En opinión de algunos sus miembros, Castel-Rodrigo había abusado de las atribuciones especificadas en el poder que Felipe V le entregó al partir de Madrid, y en el que nada se decía respecto a la facultad otorgada a la princesa para renunciar a sus derechos a pesar de su minoría de edad. Descuido atribuido al duque de Saboya, ciertos ministros del rey de España como el conde de Frigiliana se mostraron partidarios de anular el punto tocante a las renunciaciones. Con todo, finalmente prevaleció la opinión de los consejeros más moderados, que se inclinaron por ratificar el contrato matrimonial según

---

<sup>693</sup> HAUSSENVILLE, Comte de: *La Duchesse de Bourgogne...*, I, pp. 133 y ss. y ROWLANDS, G.: “Luis XIV, Vittorio Amadeo II...”, en *The English Historical Review*, vol. 115, n.º 462 (2000), p. 562.

<sup>694</sup> Artículo 8 de las Capitulaciones matrimoniales de Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya. A.H.N., E., leg. 2461(2); A.G.P., *Historia*, C.ª 20, exp. 22. La renuncia de la reina sería registrada en el Senado de Turín el 31 de agosto de 1701, cit. por SCLOPIS, F.: *Marie-Louise-Gabrielle de Savoie...*, pp. 8-9.

los términos estipulados en Turín.<sup>695</sup> La actitud contraria habría conllevado el inicio de nuevas conversaciones con la corte saboyana y, con ellas, el retraso de la boda por poderes del monarca por tiempo indeterminado.<sup>696</sup> Con probabilidad, al eludir informar a Madrid de sus intenciones respecto a la formalización y características de la renuncia de su hija, Víctor Amadeo II pretendía evitar la repetición de los mismos problemas que habían rodeado a la efectuada por la duquesa de Borgoña en 1696. En particular, en lo que respectaba a la redacción y contenido del artículo, como también a las adiciones posteriores que pudieran darse en el mismo. Y es que durante las conversaciones previas a la realización del contrato de matrimonio de María Adelaida de Saboya, el embajador francés, conde de Tessé, no había dudado en introducir ciertos añadidos al punto de la renuncia. En concreto una frase, “au préjudice des masles”, que dejaba abierta la posibilidad de que los descendientes de la princesa pudieran optar a la sucesión saboyana extinguida la descendencia masculina en todas las líneas de la familia ducal. Una eventualidad que, quizás gracias a la prudencia del duque, no se extendería a la reina de España y sus herederos.<sup>697</sup>

### **Fiesta y ceremonia: la entrada pública del marqués de Castel-Rodrigo y las últimas jornadas de la reina en Turín**

Los últimos días de estancia de la reina en su patria de origen se caracterizaron por la proliferación de fiestas públicas y actos institucionales que pusieron fin a la embajada extraordinaria del marqués de Castel-Rodrigo y a la negociación del matrimonio real. La variedad de ceremonias que se dispusieron, supervisadas por el conde de Montemarzo, mayordomo y maestro de ceremonias de Víctor Amadeo II, tuvieron como objetivo la exaltación de la unión dinástica establecida entre las Casas de Borbón y Saboya; pero también, la afirmación del prestigio y poder de ambas dinastías en una coyuntura de conflicto sucesorio. En este aspecto, los festejos organizados hasta la partida de la soberana de Turín jugaron un papel fundamental. A través de las diferentes solemnidades que se proyectaron, la corte saboyana buscó exteriorizar la importancia de su posición en el conjunto de las soberanías italianas, además del crédito que una unión semejante aparejaba para la familia ducal, que por primera vez veía a una de sus princesas elevada a la categoría de reina.

---

<sup>695</sup> Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 2 de agosto de 1701. A.H.N., E., leg. 2461(2).

<sup>696</sup> La ratificación de las capitulaciones matrimoniales por el Consejo de Estado tuvo lugar el 6 de agosto de 1701. Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 6 de agosto de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>697</sup> HAUSSEVILLE, Comte de: *La Duchesse de Bourgogne...*, I, p. 140.

La labor del marqués de Castel-Rodrigo como enviado del rey de España no revistió menor importancia. En calidad de embajador extraordinario, al marqués le correspondía representar al soberano en las festividades organizadas con motivo de sus nupcias, un conjunto de ceremonias estereotipadas que solían sucederse por lo general en la misma secuencia. En primer lugar, el embajador ejecutaba su entrada pública para, a continuación, hacer entrega de la tradicional joya con la que el monarca obsequiaba a su futura esposa. Desempeñadas ambas funciones, y hasta que se celebraba la boda por poderes, su quehacer se circunscribía a ultimar los preparativos del viaje de la soberana hacia su corte de adopción.

Tal y como ha señalado González Cruz, las obligaciones y naturaleza de su cargo hacían del embajador la encarnación simbólica de un soberano ausente en sus bodas. En este sentido, cada una de sus acciones y gestos públicos suponían una proyección de la imagen ideal del monarca, y por extensión, de la corona. En una sociedad tan ritualizada como la del Antiguo Régimen, en la que la apariencia se erigía como un elemento constitutivo del rango ostentado, el lujo y el boato desplegados por los diplomáticos contribuían a difundir toda una serie de valores ligados tanto a la reputación del embajador y su linaje, como a la “dignidad y potencial político” de la Monarquía a la que servía.<sup>698</sup> La imagen y su proyección pública se dotaban así de un carácter legitimador del individuo, el estamento de pertenencia y las instituciones, “una herramienta de fuerza a través de la que se representa, se ejerce y se perpetúa el poder”.<sup>699</sup>

Desde estas perspectivas, no es de extrañar que Castel-Rodrigo hiciera alarde, en las sucesivas funciones que llevó a cabo en Turín entre los días 8 y 11 de septiembre de 1701, de toda la pompa y el fasto que las circunstancias y su condición de embajador

---

<sup>698</sup> Todos estos aspectos en, GONZÁLEZ CRUZ, D.: “Las bodas de la realeza y sus celebraciones festivas en España y América durante el siglo XVIII”, en *Espacio, Tiempo y forma. Serie IV. Historia Moderna*, t. 10 (1997), pp. 227-261, en concreto, pp. 233-235. Sobre la relación entre diplomacia y ceremonial, véase también: BÉLY, L.: *Espions et ambassadeurs...*, pp. 373-410; FRIGO, D.: «Ambassadeurs et diplomatie à l'époque moderne: modèles et pratiques entre l'Italie et l'Europe», en OSÓRIO DE CASTRO, Z. (coord.): *Diplomates e diplomacia. Retratos, Cérimonias e Práticas*. Lisboa, 2004, pp. 29-52.

<sup>699</sup> CARRIÓ INVERNIZZI, D.: *El gobierno de las imágenes. Ceremonial y mecenazgo en la Italia española de la segunda mitad del siglo XVII*. Madrid, 2008, p. 27. Son también interesantes las reflexiones que la autora realiza en la Introducción a su obra acerca del tratamiento historiográfico otorgado a cuestiones como el ceremonial y el mecenazgo, que entiende como piezas esenciales en la construcción y proyección de unas determinadas imágenes y retóricas de poder por parte de las Monarquías europeas del siglo XVII. Aunque centradas en el ámbito virreinal, resultan muy sugestivas las consideraciones que sobre el mismo fenómeno refiere RIVERO RODRÍGUEZ, M.: *La edad de oro de los virreyes. El virreinato en la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII*. Madrid, 2011, en concreto capítulo V: “Espacio político y liturgia del poder”.

extraordinario del Rey Católico exigían. Según el marqués refirió en una misiva a Felipe V, había cumplido con sus cometidos, en particular en lo que concernía a su entrada pública, con un “luzimiento competente, a que la común opinión ha dado el grado de ostentoso y de superior a lo que en semejantes ocasiones se ha visto en esta corte...”<sup>700</sup> Palabras que, aunque no exentas de cierta jactancia, hundían sus raíces en unas pretensiones más profundas: la plasmación de un anhelo por emular y superar experiencias anteriores y/o venideras, así como la de difundir de cara a las potencias europeas una noción de ostentación, pero sobre todo de fortaleza, susceptible de repercutir en la imagen de una Monarquía Hispánica inmersa una etapa de cambio sucesorio.

Indudablemente, tal intencionalidad no podía materializarse de manera total sin la participación de la corte a la que el embajador arribaba. Esta circunstancia nos revela la existencia de una relación en un doble sentido, en la que prácticas, ritos y actos públicos concernían e influían en la representación de las dos dinastías que participaban del boato de unas nupcias reales. Así, los honores dispensados por el gobierno saboyano a Castel-Rodrigo, junto a la complejidad de los festejos organizados para conmemorar el matrimonio de Felipe V, coadyuvaron también a poner de manifiesto el desarrollo ceremonial y ritual de una corte, la de Turín, con ambiciones regias.<sup>701</sup> En este punto, las concesiones y cortesías fueron recíprocas. Y es que si el Consejo de Estado no dudó en recomendar al rey el envío a la familia ducal de diversas cartas de cumplimentación en las que se dejaba constancia del *trattamento reale*, reconocido al duque por el gobierno de Madrid en 1690<sup>702</sup>; la corte saboyana correspondió, por su parte, otorgando al marqués el trato protocolario concedido a los embajadores franceses. Un privilegio que le garantizaba toda una serie de prerrogativas de las que carecían los enviados españoles en Saboya, tales como la precedencia sobre el resto de diplomáticos acreditados en Turín, a excepción del representante de Francia, y un mayor acceso a la persona del duque y su familia.<sup>703</sup>

---

<sup>700</sup> Castel-Rodrigo a Felipe V. Turín, 12 de septiembre de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>701</sup> Véase el capítulo de este trabajo dedicado a la infancia de María Luisa, donde se cita bibliografía específica sobre este aspecto.

<sup>702</sup> Lo que suponía el tácito reconocimiento por la corte española de los pretendidos derechos sucesorios de la Casa de Saboya sobre la corona de Chipre.

<sup>703</sup> Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 6 de mayo de 1701; papel de Antonio Ortiz de Otalora al mismo. Madrid, 21 de junio de 1701, donde se consignan los tratamientos y dignidades concedidos a los principales miembros de la familia ducal (duque, duquesa, duquesa viuda, princesa

Los actos conmemorativos de las nupcias de Felipe V y María Luisa de Saboya dieron inicio el día 8 de septiembre de 1701, con la entrada pública del marqués de Castel-Rodrigo.<sup>704</sup> A las cuatro de la tarde, junto a la Iglesia de San Salvador, a las afueras de la ciudad, el marqués fue recibido por el introductor de embajadores de la corte saboyana, marqués della Pierra, y dos gentilhombres delegados para la ocasión por el marqués de Crevecoeur y el príncipe de Masserano, emparentados con la familia ducal. Junto a ellos aguardaban las carrozas de respeto del duque, acompañadas de las enviadas por el príncipe de Carignán y los marqueses de Este, Dronero y Pianezza, ministros y cortesanos de Víctor Amadeo II.<sup>705</sup> Tras recitar un breve discurso de bienvenida, della Pierra montó con el embajador en uno de los coches del duque. Les seguían las cinco carrozas de Castel-Rodrigo, tapizadas en brocado con hilos de oro y plata y de las que dos estaban tiradas por ocho magníficos caballos holandeses adornados con penachos realizados en los mismos materiales. Asimismo, el marqués también se hizo acompañar por un séquito de cincuenta personas ricamente vestidas.<sup>706</sup> Entre todas ellas destacaban algunos miembros de las más importantes familias de la aristocracia milanesa, como los condes Julio y Pirro Visconti, Grandes de España, el conde Carlos Archinto, caballero del Toisón de Oro, los Condes Carlos y Aníbal Scoti, los marqueses Trotti e Isimbaldi, el cuestor Estopani, el conde Po, el abad Cravena y el gobernador de Alessandria, Don Juan Simón Enríquez, a los que se sumó el napolitano príncipe de Belveder, de la familia Caraffa.<sup>707</sup> Acompañamiento que no solo contribuyó al lucimiento del cortejo dispuesto por Castel-Rodrigo, sino que también puede ser visto como una manifestación pública de la fidelidad de la nobleza milanesa a su legítimo monarca, Felipe V.

Flanqueada por 200 caballeros del Regimiento de Dragones y las Guardias Suizas, que rindieron al embajador honores militares<sup>708</sup>, la comitiva hispanosaboyana

---

María Luisa y príncipes de Carignán); véase también la misiva de Castel-Rodrigo a Felipe V. Turín, 12 de septiembre de 1701, todas ellas en A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>704</sup> Para una síntesis de las celebraciones que se realizaron en Turín, véase PINEDA Y CEVALLOS ESCALERA, A.: *Casamientos regios de la Casa de Borbón en España (1701-1879)*. Madrid, 1881, pp. 5 y ss.

<sup>705</sup> B.R.T., *Cerimoniali di Corte*, Robbio, vol. 45, fols. 130v.-131r.

<sup>706</sup> Por ejemplo, sólo los pajes, postillones y cocheros del marqués, lucían libreas de brocado carmesí, verde y escarlata recamado de oro y plata, *Ibidem*, fol. 131r.; “Relazione della publica entrata del Marchese di Castel-Rodrigo, ambasciatore straordinario di Spagna e delle cerimonie della celebrazione del Matrimonio della Principessa Maria Louisa Gabriella di Savoia col Re’ di Spagna Filippo V”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38.

<sup>707</sup> Castel-Rodrigo a Ortiz de Otalora. Turín, 12 de septiembre de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>708</sup> Un privilegio que, a decir de la relación oficial del acto, el marqués «souhaitoit ardemment». Véase, “Relazione della publica entrata del Marchese di Castel-Rodrigo...”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38.



marchó en dirección a Porta Nuova y la Piazza Castello, que atravesó en dirección al palacio del Conde de Mercenasco, donde Castel-Rodrigo se alojaría durante los días siguientes atendido por el servicio palatino del propio duque.<sup>709</sup>

A las ocho de la tarde, della Pierra, seguido por dos de las carrozas de respeto de Víctor Amadeo II, escoltó a Castel-Rodrigo hasta el *Palazzo Reale*, donde fue admitido en audiencia pública por Madame Royale y la duquesa Ana.<sup>710</sup> La misma ceremonia se repitió al día siguiente, cuando el marqués rindió sus respetos al príncipe de Piamonte y la princesa María Luisa<sup>711</sup>, a quien, tras las reverencias de rigor «et autres marques de respect ordinaire aux espagnols lorsqu'ils parlent à leur reine» hizo entrega de tres presentes de gran valor.<sup>712</sup>

El 10 de septiembre, el embajador acometió la segunda de las funciones propias de su embajada: la entrega de la joya con la que Felipe V agraciaba a su futura esposa. A las 4 de la tarde de ese día, el marqués fue recibido por María Luisa en compañía de su madre, su abuela y gran número de cortesanos. Después de un breve discurso en castellano, ofreció a la princesa un retrato del rey de España rodeado de gruesos diamantes, que esta, según el propio relato de Castel-Rodrigo, acogió “con el cariñoso respecto [sic] que correspondía a la venerada persona de V. M.”<sup>713</sup> A continuación, y por deseo del marqués, se celebró un *Carrousel* en la Piazza Castello en el que tomaron parte las carrozas del embajador, la familia ducal y de los principales dignatarios de la corte de Turín.<sup>714</sup>

A pesar de la magnificencia que revistieron los citados festejos, no fue sino hasta el día siguiente cuando se celebró el más importante y solemne de todos ellos: la boda por poderes de los reyes y los actos institucionales que la sucedieron, en los que se siguió

---

<sup>709</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, vol. 45, fol. 132v.

<sup>710</sup> *Ibidem*, fols. 134r.-v.

<sup>711</sup> *Ibidem*, fols. 135r. y 136r.

<sup>712</sup> Que consistieron en una mesa de escritura y un gabinete decorados con pan de oro y motivos chinoscos cuyo interior contenía guantes, abanicos, pomadas y esencias, además de un juego de tazas de porcelana para servir chocolate. “Relazione della publica entrata del Marchese di Castel-Rodrigo...”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovranie Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38.

<sup>713</sup> Castel-Rodrigo a Felipe V. Turín, 12 de septiembre de 1701. A.H.N., E., leg. 2793; B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, vol. 45, fols. 137r.-138v. El regalo ofrecido por Felipe V a su esposa suponía, por otro lado, un presente estereotipado muy propio de las nupcias reales del periodo. Así, con motivo de sus bodas en 1679, Carlos II ofreció a María Luisa de Orleans una miniatura con su efigie, pintada por Carreño, rodeada también de diamantes de gran valor y tamaño. MAURA, Duque de: *Vida y reinado de Carlos II*. Madrid, edic. de 1990, p. 246.

<sup>714</sup> “Relazione della publica entrata del Marchese di Castel-Rodrigo...”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38.

el mismo ceremonial observado durante las nupcias de la duquesa de Borgoña.<sup>715</sup> En efecto, la tarde del 11 de septiembre de 1701 Castel-Rodrigo fue escoltado hasta el *Palazzo Reale* por el marqués della Pierra. Una vez allí, fue recibido por la duquesa Ana y Madame Royale, quienes le condujeron hasta la cámara de la princesa, que les aguardaba vestida de blanco en señal de luto por la muerte del duque de Orleáns. Cubierta “d’ogni sorte di pretiosissime gioie”, entre ellas la ofrecida por su futuro esposo, y acompañada de un nutrido cortejo compuesto por su madre y su abuela, el embajador extraordinario español, los príncipes de la sangre, los caballeros de las órdenes militares y los oficiales de la corte saboyana y la ciudad de Turín, María Luisa Gabriela de Saboya se encaminó hasta la capilla del Santo Sudario, aneja al *Palazzo Reale*. Tras recitar las oraciones preceptivas para la ocasión, el abad de Saint-Thomas, gran limosnero de la Casa de Víctor Amadeo II, ofició los esponsales. Representaba al rey de España el príncipe de Carignán, al que Castel-Rodrigo había hecho entrega de la procuración del monarca en una solemne ceremonia que tuvo lugar dos días antes. Ejecutada la función, se cantó un *Te Deum*, al tiempo que desde los principales puntos de la ciudad y la ciudadela de Turín se disparaban salvas de artillería en honor al matrimonio real.<sup>716</sup>

A partir de ese momento, según lo reglamentado por el marqués de Castel-Rodrigo y Víctor Amadeo II, María Luisa Gabriela de Saboya recibió el tratamiento de reina de España. Una concesión que presentaba un doble objetivo: por un lado, el lógico reconocimiento a la desposada del rango recién adquirido y, por el otro, la expresión pública de la consideración que tal enlace aparejaba para la Casa de Saboya, que veía a una de sus princesas elevada a la condición de reina de una de las monarquías más importantes de Europa. En este sentido, el ceremonial dispuso que María Luisa tendría precedencia sobre sus padres y abuela en todas las ceremonias que se llevarían a cabo después del matrimonio por poderes, tomando también el primer lugar en las funciones religiosas y las cenas que, si bien se realizarían en privado, presidiría rodeada de su madre y el resto de los miembros de la familia ducal conforme a su rango.<sup>717</sup>

---

<sup>715</sup> “Relazione del cerimoniale osservato nel viaggio siano al Ponte Bonvicino della Principessa Maria Adelaide de Savoia...”, B.R.T., *Storia Patria*, 726, *Matrimoni di Sovrani e di principireali*, Filza IV, Mazzo 10-1.

<sup>716</sup> Castel-Rodrigo a Felipe V. Turín, 12 de septiembre de 1701. A.H.N., E., leg. 2793; “Relazione della publica entrata del Marchese di Castel-Rodrigo...”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38 y B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, vol. 45, fols. 140r.-141v.

<sup>717</sup> «Reglément concertez entre S. A. R. et S. Exce. Mr. le Marquis de Castel Rodrigo, ambassadeur Exre. de Sa Majesté Catholique et cela du sceu de Me. la Princesse future Reine d’Espagne». AA. EE., CPE., t. 91, fol. 381r.-382r.; «Mémoire des considérations que l’on doit examiner au sujet de la déclaration de

Ello explica que tras la solemne misa oficiada por el abad de Saint-Thomas, María Luisa marchara dos pasos por delante de la duquesa Ana y Madame Royale en el cortejo que se dirigió de nuevo a palacio.<sup>718</sup> Allí se celebraron toda una serie de audiencias de aparato en las que la reina recibió a los representantes de las principales instituciones del ducado: el Consejo de Estado, el Senado de Piamonte, la cámara de cuentas y el cuerpo de síndicos de la ciudad de Turín que, en pleno y encabezados por sus respectivos presidentes, cumplieron a la soberana. A causa de su juventud y con el fin de no fatigar a la reina, la duquesa Ana prohibió a los asistentes que besaran la mano de su hija, lo que hubiera prolongado considerablemente la duración de tal acto.

Después de recibir a los miembros del Concejo de Turín, María Luisa pasó a descansar a sus aposentos junto a su madre, su abuela “ed alcune Dame più famegliari” que la relación oficial del acontecimiento no enumera. A las 8 de la tarde, la soberana regresó a su cámara de parada para recibir el homenaje de las principales Damas y cortesanos saboyanos que, esta vez sí, tuvieron el honor de besarle la mano. Al parecer, esta ceremonia fue más breve que la anterior a causa del cansancio de la reina, que se retiró poco después para presenciar desde uno de los balcones de palacio los fuegos artificiales y luminarias con los que la capital saboyana conmemoró su matrimonio.<sup>719</sup> Al día siguiente por la mañana la soberana abandonó su ciudad natal, a donde no regresaría jamás.

\*\*\*\*\*

A diferencia de lo sucedido con la firma del acuerdo diplomático entre las Dos Coronas y el ducado de Saboya, negociado en su totalidad por Francia en nombre de la Monarquía Hispánica, la conclusión de los aspectos formales relativos al matrimonio de Felipe V fue dejada por Versalles en manos del gobierno español. Tal iniciativa resultaba hasta cierto punto lógica, habida cuenta que lo que debía tratarse en Turín concernía exclusivamente a la corte de Madrid (a diferencia del tratado de alianza, que englobaba a las Dos Coronas); pero también demuestra hasta qué punto Francia otorgaba un carácter secundario a la negociación del contrato matrimonial de los reyes y a la organización de

---

Madame la Princesse pour la future épouse du Roy d'Espagne», en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38, en concreto puntos 1 y 2.

<sup>718</sup> “Memoria di così dovrà praticare in occasione dello spotalio della Serma. Sgra. Principessa”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38.

<sup>719</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, vol. 45, fols. 142r.-144v.; “Relazione del spotalio della Serenma. Principessa Maria Luisa Gabriela Infante di Savoia col Re' di Spagna seguito le 11 7mbre [septiembre de] 1701”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38.

los preparativos del viaje de la nueva reina (carácter que, como veremos en el capítulo siguiente, no se extendió a otros puntos de la nupcias regias, *verbigracia* la composición y destino del séquito piemontés de la consorte).

Encabezada por el milanés marqués de Castel-Rodrigo, elegido como embajador extraordinario tras el rechazo del puesto por el conde de Santisteban, la embajada de Don Carlos de Homedei ante la corte de Turín se ajustó a los criterios que tradicionalmente daban cuerpo a este tipo de efemérides. En este sentido tanto las diferentes celebraciones que la conformaron (audiencias de respeto, besamanos, entrada triunfal, entrega de la joya, boda por poderes...) como el afán de ostentación del que Castel-Rodrigo hizo gala (signo del decoro y excelencia de su propio linaje y, por extensión, de la dignidad del monarca al que representaba), no constituyeron ninguna novedad. Tampoco lo fue el resultado de las capitulaciones, si bien la velocidad con la que el marqués finalizó su redacción, en apenas unos días, es llamativa. Ello fue posible en buena medida debido al entendimiento entre las cortes de Madrid y Turín en lo concerniente a la mayoría de los puntos del documento; la labor de asesoramiento desarrollada por Albizu y Phélypeaux; y a la premura impuesta por el gobierno español, poco dispuesto a tolerar más retrasos en la efectución de las nupcias regias.

El contrato resultante, basado en las capitulaciones matrimoniales de Carlos II y el duque de Borgoña, que habían sido remitidas a Castel-Rodrigo desde Simancas y Versalles, reglaba las condiciones económicas en las que quedaría María Luisa de Saboya en caso de viudedad o anulación matrimonial, además de establecer la pensión de la que gozaría mientras durase su matrimonio con Felipe V. Al margen de estos datos, lo negociado beneficiaba considerablemente al duque de Saboya. En primer lugar, y al igual que sucediera en ocasión de las nupcias de su primogénita con el duque de Borgoña, Víctor Amadeo II se veía eximido del pago de la dote de su hija (que había de descontarse de la cantidad de dinero que el gobierno español adeudaba a la Casa de Saboya desde comienzos del siglo XVII en adelante); en segundo lugar, la corte de Madrid se comprometía a revisar el pago de dichas deudas en el plazo de un año, a contar desde el momento en que el enlace tuviera lugar (obviamente no se mencionaba si la corona española estaba en disposición o no de ejecutar el más mínimo desembolso pecuniario); por último, María Luisa se veía obligada a renunciar a sus derechos sucesorios sobre cualquier territorio de los que componían el estado saboyano, por sí misma y sus sucesores, varones o hembras; artículo este último que fue redactado a

conciencia para evitar malentendidos como los suscitados con motivo del matrimonio de María Adelaida de Saboya en 1696.

Efectuada la firma de las capitulaciones, dio inicio la que podríamos definir como la “etapa ceremonial” de la embajada extraordinaria del marqués de Castel-Rodrigo: su entrada triunfal en Turín; las audiencias públicas con la duquesa Ana, Madame Royale, la princesa María Luisa y otros miembros de la familia ducal; la entrega de presentes y de la “joya” con la que Felipe V agraciaba a su futura esposa (su retrato franqueado de gruesos diamantes, regalo tradicional en este tipo de efemérides) y la boda por poderes, que se celebró en la Basílica del Santo Sudario, tras la cual María Luisa fue tratada con todos los honores debidos a una reina de España. Este conjunto de festejos y ceremonias discurrieron en un clima de cordialidad, decoro y respeto mutuos, como lo demuestra la concesión al marqués de Castel-Rodrigo de las prerrogativas y privilegios de las que disfrutaba el embajador francés en Saboya (aunque en ningún caso se le otorgó precedencia sobre Phélypeaux), lo que quizás sea el aspecto más destacable de su desarrollo.

## PRIMERAS ESTRATEGIAS DE CONTROL: EL SÉQUITO PIAMONTÉS DE LA CONSORTE Y SU DESTINO.

«Faites bien connoistre au Roy mon petit-fils qu'il est absolument nécessaire pour le bonheur de sa vie et celuy de la Reyne sa femme de ne souffrir qu'aucun Piemontoise la suivre jusqu'à Madrid.»<sup>720</sup>

La formación del séquito que acompañaba a la reina desde su país nativo hasta su nueva patria, constituía uno de los aspectos más significativos en la negociación de unas nupcias reales. El hecho de que por lo general las capitulaciones matrimoniales evitaran aludir de manera explícita a este punto<sup>721</sup>, dotaba a las cortes de ambos contrayentes de una notable discrecionalidad a la hora de tratar una materia que no se consideraba una cuestión baladí a la luz de los debates que llegaba a suscitar.

Lo cierto es que se trataba de un fenómeno que hundía sus raíces en las propias características de las uniones de la realeza europea durante el Antiguo Régimen. Matrimonios celebrados entre los representantes de dos dinastías, llevaban implícitos ciertos factores susceptibles de generar controversias de diverso cariz, tales como la condición de extranjería de la soberana y su requerida naturalización o las diferencias y recelos que, con frecuencia, surgían entre los estados que protagonizaban dichos enlaces y que podían llegar a afectar a la acogida dispensada a una reina recién llegada y a su cortejo. Por estas razones, nada se dejaba al azar en el momento de configurar el acompañamiento que conducía a una princesa hacia su país de adopción. Sobre todo porque la estructura, número y jerarquía de sus integrantes, eran elementos que contribuían a alimentar tanto el prestigio de la corte de la que procedían, como el lucimiento de la soberana a la que acompañaban.

La composición de este tipo de comitivas resultaba muy heterogénea. De ellas formaban parte desde personajes de la primera nobleza del país hasta cortesanos menores y otros criados palatinos con una larga tradición de servicio. En cuanto al número de sus miembros, también era variable, si bien una premisa habitual en su formación era la de que su proporción estaba intrínsecamente relacionada con las ideas

---

<sup>720</sup> Luis XIV al duque de Harcourt. Versailles, 21 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t 92, fols. 139v.-140r.

<sup>721</sup> Por ejemplo, las capitulaciones matrimoniales de Carlos II y Mariana de Neoburgo, que vino hasta España acompañada de un nutrido séquito alemán, únicamente consignaban en lo que se refería a la formación de la Casa de la futura reina que ésta se compondría “del número y cantidad conveniente al esplendor y dignidad de tal reina y a la Grandeza de su Majestad Católica, y según es costumbre de aquellos Reinos a satisfacción de la Serenísima Princesa”. A.H.N., E., leg. 2886; recogidas también en MAURA GAMAZO, G. y BAVIERA, A.: *Documentos inéditos...*, edic. de 2008, I, p. 125.

de dignidad, ostentación y boato. Lo normal era que las princesas marcharan a su nueva patria en compañía de un séquito que oscilaba entre las treinta y las sesenta personas. La labor de sus componentes estribaba no solo en atender las necesidades personales y ceremoniales de la soberana, sino también, en favorecer su progresiva aclimatación a los usos, costumbres y tradiciones en la corte de adopción. Dado que con asiduidad se trataba de muchachas de corta edad, cuyo alto rango no las exoneraba de la inmadurez e inconstancia propias de la juventud, se entendía que la presencia de un grupo de servidores procedentes de su país nativo contribuiría a una adaptación menos traumática a las contingencias derivadas de la nueva condición que en adelante ostentarían. En ocasiones, se optaba por soluciones de compromiso que permitían a la desposada mantener en la intimidad de sus aposentos algunos de los hábitos propios de su lugar de origen; una circunstancia que, por otro lado, no las dispensaba de acatar en las funciones oficiales las prácticas y el ceremonial reinantes en las cortes donde se instalaban.<sup>722</sup> Con todo, la temprana distinción entre los conceptos público y privado que aparece aquí esbozada, no siempre se llevaba a cabo sin conflictos, como recientemente han puesto de manifiesto algunos autores para los casos de Isabel de Valois en España o Ana de Austria en Francia.<sup>723</sup>

En este sentido, el inconveniente radicaba en el destino de los servidores que integraban el séquito de la reina una vez esta atravesaba las fronteras del país sobre el que reinaría. Si bien era norma común que buena parte de ellos fueran licenciados, no es menos cierto que otros permanecían junto a su señora.<sup>724</sup> Esta eventualidad motivaba toda una serie de problemas que Dubost y Río Barredo reducen a dos básicamente: las

---

<sup>722</sup> Como indican Dubost y Río Barredo: “En las cortes europeas del siglo XVII las princesas intercambiadas en los matrimonios dinásticos no tenían que renunciar necesariamente a su naturaleza de origen para integrarse por completo en las de sus maridos. Las tradiciones bajomedievales consentían que ellas y sus servidores mantuvieran una posición ambigua, disfrutando de los privilegios de naturales y extranjeros en compensación por el abandono de sus lugares de origen y con objeto de facilitar su incorporación al de destino. Es posible que se esperase una cierta adaptación a las costumbres del que sería su entorno definitivo, pero eso no implicaba necesariamente la completa renuncia de aquellas en las que se habían criado. Otra cuestión es que las cosas hubieran empezado a cambiar a partir de finales del siglo XVI en algunas cortes reales...”. RÍO BARREDO, M. J. y DUBOST, J. F.: “La presencia extranjera...”, en GRELL, C. (dir.): *Ana de Austria...*, p. 112.

<sup>723</sup> A este respecto, véanse, RÍO BARREDO, M. J. y DUBOST, J. F.: “La presencia extranjera...”, en GRELL, C. (dir.): *Ana de Austria...*, p. 116; RODRÍGUEZ SALGADO, M.: “‘Una perfecta princesa’. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Primera parte.”, en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II* (2003), pp. 39-96 y OLIVÁN SANTALIESTRA, L.: «Retour souhaité ou expulsion réfléchi? La maison espagnole d’Anne d’Autriche quitte Paris (1616-1622)», en CALVI, G. y CHABOD, I. (eds.): *Moving Elites...*, pp. 21-31.

<sup>724</sup> Aunque generalmente, y por diversas razones, el grupo de individuos que permanecía junto a su señora solía reducirse conforme pasaba el tiempo.

dificultades de integración de un grupo de individuos extranjeros en una Casa compuesta en su mayoría por nacionales; y los choques de carácter cultural y político entre la corte de la que procedían y aquella a la que llegaban.<sup>725</sup>

A la hora de abordar el análisis de la presencia extranjera en el *entourage* de la soberana es obligado referirse otra vez a la naturaleza de los matrimonios de la realeza. Uniones concertadas entre dinastías a menudo rivales, cuya vinculación diplomática, que no familiar, podía llegar a ser efímera, la permanencia junto a la reina de un contingente de servidores oriundos de su país de origen solía ser tomada con precaución y suspicacia. En primer lugar, porque los conflictos de precedencia entre los representantes de la alta jerarquía de ambas cortes, así como las dificultades para equiparar rangos y puestos palatinos en sistemas curiales con estructuras y ceremoniales a menudo diferentes, se producían con bastante frecuencia. Valgan como ejemplo la negativa de la duquesa del Infantado a reconocer a la *surintendante* de la Casa francesa de Isabel de Valois, Madame de Clermont, el primer lugar en las diferentes celebraciones que se dieron con motivo de las bodas de Felipe II en 1560.<sup>726</sup> O los problemas producidos, cincuenta años después, para otorgar a los miembros del séquito español de Ana de Austria cargos en su servidumbre francesa que se correspondiesen en realidad con las funciones, rango y emolumentos de que disfrutaban en el seno del servicio español.<sup>727</sup>

No obstante, al margen de ambos incidentes, eran sobre todo la condición de extranjería de estos personajes, sumada al paisanaje y cercanía que les unía a la soberana, los factores que mayores recelos suscitaban.<sup>728</sup> La primera de las cualidades hacía que sobre ellos recayera el estigma del espionaje. En calidad de súbditos de un monarca diferente a aquel que regía sobre su país de acogida, se entendía que su fidelidad estaba vinculada en exclusiva a la persona de la reina, que no a la figura del rey o a la de la

---

<sup>725</sup> RÍO BARREDO, M. J. y DUBOST, J. F.: “La presencia extranjera...”, en GRELL, C. (dir.): *Ana de Austria...*, p. 112.

<sup>726</sup> Agradezco a Elisa García Prieto que me informara de este suceso, citado entre otros por Sylvène Édouard en su reciente biografía de la soberana. ÉDOUARD, S.: *Le corps d'une reine...*

<sup>727</sup> RÍO BARREDO, M. J. y DUBOST, J. F.: “La presencia extranjera...”, en GRELL, C. (dir.): *Ana de Austria...*, pp. 116-117.

<sup>728</sup> Como ha puesto de relieve Smíšek para el caso de la infanta Margarita Teresa, primera esposa de Leopoldo I, los problemas derivados de la presencia extranjera en el entorno de la reina se produjeron también en el seno de los matrimonios celebrados entre las dos ramas de la Casa de Austria, que a priori carecían del componente de enfrentamiento dinástico que subyacía bajo sucesivas uniones hispanofrancesas que se dieron entre los siglos XVI y XVII. SMÍŠEK, R.: ““Quod genus hoc hominum”: Margarita Teresa de Austria y su corte española en los ojos de los observadores contemporáneos”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y GONZÁLEZ CUERVA, R. (coords.): *La Dinastía de los Austrias...*, II, pp. 909-951.



institución monárquica que este representaba.<sup>729</sup> Ello implicaba que se procurase vigilar todos sus movimientos, y en mayor medida su acceso y contacto con la soberana, pero también que ante la menor sospecha se procediera a su expulsión del país.<sup>730</sup> En el mismo orden de cosas, eran entendidos como vínculos vivientes entre la corte de procedencia de la reina y aquella sobre la que pasaba a reinar; sujetos que podrían influenciarla en beneficio de los intereses de su patria nativa. La importancia de este aspecto no debe pasarnos desapercibida, sobre todo si tomamos en consideración que con frecuencia las nupcias de la realeza sellaban alianzas efímeras entre dinastías cuya rivalidad y antagonismo no se veían reducidos por el nexo familiar establecido.

Por último, el desempeño de sus cargos en el seno de la Casa de la reina podía reportarles numerosos privilegios, beneficios económicos y mercedes para sí mismos y sus familiares. Como la historiografía ha puesto de relieve en los últimos años, el cuidado de las necesidades cotidianas de la soberana y el consiguiente acceso a su intimidad, a menudo favorecían la forja de estrechos lazos de lealtad entre esta y su servidumbre. Vínculos en los que fidelidad, confianza y afecto, según la coyuntura y cuando no se circunscribían de manera estricta al ámbito de los aposentos reales, podían dotar a estos servidores de una innegable influencia en los ámbitos cortesano y político.<sup>731</sup> Esta última circunstancia se extendía también a aquellos individuos que acompañaban a la nueva soberana hasta una corte extranjera, con quienes compartían idioma, hábitos y costumbres y que en ocasiones, o bien la habían servido desde su infancia, o bien habían trabado relación con ella durante las largas jornadas de su viaje. A este respecto, son conocidas las críticas que recayeron sobre Mariana de Neoburgo a causa del desmedido favor que dispensó a determinados integrantes de su camarilla alemana como la baronesa de Berlips, quien no tardó en ejercer las funciones de camarera mayor oficiosa, o el confesor real, Padre Gabriel de Chiusa; personajes ambos que acompañaron a la soberana desde Alemania hasta Madrid y cuyo enriquecimiento y reiterada intervención

---

<sup>729</sup> DUBOST, J. F.: «La cour de France face aux étrangers...», en GRELL, C. y PELLISTRANDI, B. (dirs.): *Les cours...*, p. 157.

<sup>730</sup> Como sucedió con las respectivas servidumbres española y francesa de Ana de Austria e Isabel de Borbón en 1617-1618, véase, OLIVÁN, L.: «Retour souhaité...», en CALVI, G. y CHABOD, I. (eds.): *Moving Elites...*, pp. 21-31.

<sup>731</sup> De entre la amplia bibliografía existente a este tenor puede consultarse el reciente estudio de LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Servicios y favores en la Casa de la Reina”, en ANDÚJAR CASTILLO, F. y FELICES DE LA FUENTE, M. M. (eds.): *El poder del dinero...*, pp. 223-244.

en los negocios públicos, al amparo de la gracia regia, les acarreó el odio de amplios sectores de la corte española.<sup>732</sup>

### **Formación y miembros del séquito piamontés de la reina:**

La composición del séquito que habría de acompañar a María Luisa Gabriela de Saboya hasta España comenzó a plantearse en la corte de Turín en la primavera de 1701, antes incluso de que tuviera lugar la firma de las capitulaciones matrimoniales de los reyes. La participación de Versalles en todo el proceso fue en apariencia reducida, lo que *a priori* permitió al duque de Saboya gozar de una cierta libertad a la hora de efectuar los nombramientos de sus diferentes miembros. En este sentido, con el fin de evitar el flujo de correos que se había producido durante la organización de la Casa de la duquesa de Borgoña<sup>733</sup>, el gabinete francés eludió tratar la materia directamente con la corte de Turín. Dado que se trataba del matrimonio del monarca español, Luis XIV respetó formalmente la capacidad de decisión del gobierno de su nieto. Ahora bien, ello no significó que en su correspondencia con los miembros del *entourage* francés de Felipe V en Madrid, el rey de Francia no siguiera de cerca la designación de las diferentes personas que habían de conformar el séquito de la reina. Sobre todo la de aquellos individuos que, por su rango y cargo, tendrían una mayor importancia en el entorno de la soberana. Desde estas perspectivas, si Luis XIV manifestó escaso interés por la elección de los puestos masculinos de la Casa de María Luisa, no ocurrió lo mismo con algunos de los que pertenecían a su cámara, en particular en lo que concernía a las damas, camaristas y señora que habría de ejercer las funciones de camarera mayor, quienes tendrían un mayor contacto con la reina durante la travesía hasta España. Como se verá a continuación, escudado en la figura de su nieto, y a través de intervenciones puntuales, el monarca francés buscó limitar el grado de influencia que la comitiva

---

<sup>732</sup> Sobre la proyección política de Berlips y Chiusa y su intervención en el problema sucesorio, véanse, LÓPEZ ARANDIA, M. A.: “El poder de la conciencia. Fray Gabriel de Chiusa. Confesor de Mariana de Neoburgo” y LÓPEZ ANGUITA, J. A.: “Madrid y Viena ante la sucesión de Carlos II...”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y GONZÁLEZ CUERVA, R. (coords.): *La Dinastía de los Austrias...*, II, pp. 1089-1110 y 1111-1153 respectivamente. También, CAMPBELL, J.: “Women and factionalism...”, en SÁNCHEZ, M. S. y SAINT-SAËNS, A. (eds.): *Spanish Women...*, pp. 109-124; y QUIRÓS ROSADO, R.: “De mercedes y beneficios: negociación, intermediarios y política cortesana en la venta de los feudos napolitanos de la condesa de Berlepsch (1698-1700)”, en *Chronica Nova*, 38 (2012), pp. 221-242.

<sup>733</sup> A causa de las divergencias que surgieron entre ambas cortes en cuanto al número, cargos y destino de los miembros de la comitiva piamontesa tras la llegada de la duquesa de Borgoña a Francia. Véase al respecto, HAUSSONVILLE, Comte de: *La Duchesse de Bourgogne...*, I, pp. 179 y ss.

piamontesa podría llegar a tener sobre la reina, hasta el punto de abogar por su despido en la frontera francoespañola.

La intencionalidad subyacente bajo las precauciones de Luis XIV y sus ministros no pasó inadvertida a la corte de Turín. A finales de mayo de 1701, el enviado saboyano en Madrid, Opperti, advirtió a su señor de que Francia tendría la última palabra en los diferentes aspectos ligados al viaje de la reina, incluida la composición de su servidumbre. Por este motivo, recomendaba la máxima prudencia en la designación de los individuos que formarían su Casa. Informaciones similares reiteró el diplomático apenas dos meses después.<sup>734</sup> Esta vez, aconsejaba que se procurase designar a damas que “non s'intromettino mai in negozj di corte, ne in confidenze troppo strette con queste Dame e sig[no]re.”<sup>735</sup>

Conocedor de los propósitos de Versailles, y con el fin de sortear las posibles censuras de Luis XIV, Víctor Amadeo II se esforzó en diseñar la Casa de la reina según los criterios empleados para la formación del séquito de la duquesa de Borgoña. De hecho, la estructura y número de sus miembros fueron similares en ambos cortejos, en los que se repiten también los nombres de algunos de sus integrantes. Resulta difícil avanzar un estudio prosopográfico completo acerca de los individuos que formaron parte de la servidumbre de María Luisa Gabriela de Saboya, principalmente en el caso de aquellos que por su jerarquía revistieron menor importancia. La siguiente tabla tiene por objeto aportar un poco de luz sobre la configuración de la Casa de la soberana: composición, secciones, cargos y, en algunos casos, los nombres de los sujetos seleccionados.

NOMBRE	CARGO	ITINERARIO	DESTINO <sup>736</sup>
Marqués de Dronero	Embajador extraordinario del duque de Saboya para el acto de entrega de la reina en Villafranca (Niza).	Turín-Villafranca (Niza).	Designado exclusivamente para la primera etapa del viaje.
Marqués de Tana	Capitán de las	Turín-Villafranca.	Designado para la

<sup>734</sup> Opperti a Víctor Amadeo II. Madrid, 26 de mayo de 1701. A.S.T., LMS, Mazzo 48, s. f.

<sup>735</sup> El mismo al mismo. Madrid, 7 de julio de 1701. *Ibid.*, LMS, Mazzo 49.

<sup>736</sup> FUENTE: “Memoria di cosi dovrà praticare in occasione dello sposalitio della Serma. Sigra. Principessa”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38; «Reglément concertez entre S.A.R. et S. Exce. Mr. le Marquis de Castel Rodrigo, ambassadeur exre. de Sa Majesté Catholique et cela du sceu de Me. la Princesse future Reine d’Espagne», en AA.EE., CPE., t. 91, fols. 381r. y ss.

	guardias suizas.		primera etapa del viaje.
Conde de Robbio	Maestro de ceremonias	Turín-Villafranca.	Designado para la primera etapa del viaje.
Marqués de St. Giorgio	Maestro de la Casa de la reina de la reina durante la primera etapa del viaje ( <i>Premier Maître d'hôtel</i> ) o mayordomo mayor. <sup>737</sup>	Turín-Villafranca.	Designado para la primera etapa del viaje.
Conde Balbiano	Segundo mayordomo de la reina durante la primera etapa del viaje	Turín-Villafranca.	Designado para la primera etapa del viaje.
Conde Scoti	Mayordomo mayor de la reina durante la segunda etapa del viaje.	Villafranca-Barcelona.	Licenciado en Perpiñán.
Abad del Maro	Limosnero y confesor de la reina.	Turín-Madrid.	Su permanencia en España se deja al arbitrio de Felipe V. Licenciado en Perpiñán.
<b>OTROS OFICIALES MAYORES</b>			
Francisco Soriguera	Secretario de la reina para los asuntos españoles.	Turín-Madrid.	Avanza hasta Madrid.
1 secretario	Designado por el duque de Saboya para hacerse cargo del tratamiento de los asuntos en “otras lenguas”	Turín-Barcelona.	Licenciado en Perpiñán.
1 tesorero	Tesorero	Turín-Barcelona.	Licenciado en Perpiñán
<b>CÁMARA DE LA REINA.</b>			
Princesa de Masserano	Camarera mayor, <i>dame d'honneur</i>	Turín-Villafranca.	Designada para ejecutar la primera parte del viaje.
Duquesa de Bracciano, princesa de los Ursinos	Encargada de conducir a la reina hasta Barcelona. Ejercería las funciones de camarera mayor, pero sin el nombramiento oficial.	Villafranca-Barcelona	Designada para ejercer las funciones de camarera mayor durante la segunda etapa del viaje (Villafranca-Barcelona).
Baronesa de Noyers	Segunda camarera, también denominada	Turín-Barcelona.	Su permanencia en España e instalación

<sup>737</sup> Constituía uno de los principales personajes del servicio masculino de la reina. Desempeñaba funciones rectoras en el seno de la Casa, encargándose de supervisar las cuentas y controlar el funcionamiento del servicio de boca de la soberana. NEWTON, W. R.: *La petite cour...*, pp. 285 y ss.

	<i>dame d'atours</i> o dama de atavíos.		en Madrid se deja al arbitrio de Felipe V. Licenciada en Perpiñán.
Condesa de Pertingues	Dama	Turín-Villafranca.	Designada para servir hasta Barcelona. Finalmente sirve solo durante la primera parte del viaje.
Marquesa de St. Marzano	Dama	Turín-Villafranca.	Designada para servir hasta Barcelona. Finalmente sirve solo la primera parte del viaje.
Marquesa de Sirié.	Dama	Turín-Villafranca.	Designada para servir hasta Barcelona. Finalmente sirve solo la primera parte del viaje. <sup>738</sup>
4 camaristas, entre ellas Mademoiselle Vermet o la “piccola” Vermet y Mademoiselle Manzin. <sup>739</sup>	Camaristas de la reina	Turín-Barcelona.	La permanencia de ciertas de ellas en España se deja al arbitrio de Felipe V. Licenciadas en Perpiñán.
<b>OTROS PERSONAJES AL SERVICIO DE LA CÁMARA DE LA REINA</b>			
Marqués de Sales	<i>Chevalier d'honneur</i> de la reina	Turín-Barcelona.	Licenciado en Perpiñán.
2 valets de cámara.	Valets de cámara.	Turín-Barcelona.	Licenciados en Perpiñán.
1 mozo de cámara.	Mozo de cámara.	Turín-Barcelona.	Licenciado en Perpiñán.
<b>ENFERMERÍA Y BOTICA</b>			
Gaetano Videmare	Médico de la reina.	Turín-Barcelona.	Su permanencia en España se deja al arbitrio de Felipe V. Licenciado en Perpiñán.
1 médico de familia.	Médico de familia.	Turín-Barcelona.	Licenciado en Perpiñán.
1 apotecario.	Apotecario de familia.	Turín-Barcelona.	Licenciado en Perpiñán.
1 cirujano.	Cirujano de la reina.	Turín-Barcelona.	Licenciado en Perpiñán.
<b>OFICIALES DE MANO</b>			
1 sastre	Sastre.	Turín-Barcelona.	Licenciado en

<sup>738</sup> Junto a estas damas marchaban la condesa de Piosasco (Piozzasco) y la baronesa Pallavicino, damas de la duquesa Ana, quienes acompañaron a la reina en compañía de su madre hasta Borgo di San Dalmazzo. REINERI, M. T.: *Anna Maria d'Orleans...*, p. 367.

<sup>739</sup> A la que la reina se refiere en una de sus misivas a su madre, fechada en Perpiñán, el 2 de noviembre de 1701. Cit. por PEREY, L.: *Une reine de douze ans...*, p. 79.

			Perpiñán.
<b>OTROS OFICIALES Y ESCUDEROS DE A PIE</b>			
1 paje	Paje.	Turín-Barcelona.	Licenciado en Perpiñán.
1 escudero	Escudero de a pie.	Turín-Barcelona.	Licenciado en Perpiñán.
D. Ignacio Ochoa u Ochide.	Maestro de lengua castellana de la reina.	¿Turín-Madrid?	¿Avanza hasta Madrid?

Del análisis de la tabla anterior puede inferirse que María Luisa Gabriela de Saboya salió de Turín acompañada de un séquito compuesto por una treintena de personas. La estructura del mismo respondía a las características propias de este tipo de cortejos, en el que nunca faltaban una dama que ejercía las funciones de camarera mayor, un mayordomo, un *chevalier d'honneur*<sup>740</sup> y un escudero. Junto a estos se advierte también la presencia de las correspondientes damas, camaristas y criados de la cámara, que debían atender las necesidades cotidianas de la soberana, o la de otros oficiales mayores y de mano como el tesorero, dos secretarios, encargados de manejar la documentación expedida durante el viaje, y un sastre. Además, siempre marchaba con la reina un cuerpo de facultativos al cuidado de salud. En el caso de María Luisa de Saboya este estaba compuesto por dos médicos, uno para la propia soberana y otro para su servidumbre, un boticario y un cirujano, los últimos al servicio de la Casa al completo. A ellos habría que sumar un maestro “de la lengua castellana”, Don Ignacio Ochoa u Ochide, que habría de instruir a la reina en el idioma de su nueva patria. Por otro lado, se constata la ausencia de sujetos que, como el cocinero, no solían faltar en los séquitos que conducían a las soberanas a sus cortes de adopción, sobre todo porque la aclimatación a los gustos culinarios de sus nuevos países no solía ser instantánea.<sup>741</sup> Ello nos lleva a pensar que, o bien María Luisa fue servida durante su trayecto hasta Barcelona por los cocineros de Castel-Rodrigo y la princesa de los Ursinos, de lo que no hay indicio documental; o quizás, aunque es menos probable, su nombramiento no fue consignado en las diferentes plantas de servidores redactadas por las cortes de Turín y Versalles.

<sup>740</sup> En el ceremonial francés, el *chevalier d'honneur* se erigía como la máxima autoridad en el servicio masculino de la cámara de la reina. Figura cuya labor se confundía con la de *maître d'hôtel*, sus funciones tenían una mayor connotación ceremonial que las de éste último, que supervisaba las cuentas de la Casa de la soberana. Así, el *chevalier d'honneur* acompañaba a la reina en todas las funciones oficiales, encargándose también de transmitir sus mensajes y acompañarla en cada uno de sus encuentros con el monarca. NEWTON, W. R.: *La petite cour...*, pp. 257-259.

<sup>741</sup> Por ejemplo, en 1679 María Luisa de Orleáns viajaría a España acompañada por un cocinero francés que permanecería en Madrid hasta la muerte de la soberana. MAURA, Duque de: *Vida y reinado...*, p. 248.

Algunos de estos individuos, como el embajador extraordinario designado por la corte de Turín, el mayordomo y la dama destinada a desempeñar la labor de camarera mayor, habían sido elegidos para ejecutar solamente la primera parte del viaje (Turín-Villafranca). En este grupo de cargos los nombramientos fueron dobles, ya que dichos sujetos fueron relevados de sus puestos al embarcar la reina en las galeras españolas, momento en que esta pasó al cuidado de Castel-Rodrigo y a ser servida por el conde Scoti y la princesa de los Ursinos, nombrados por el rey de España para ejercer los puestos que sus homólogos piemonteses habían de dejar vacantes. El resto del cortejo debía acompañar a la reina hasta Barcelona, donde “tendrían el honor de besar la mano” de Felipe V antes de retornar a Turín. Para terminar, la corte saboyana dejaba el destino de algunos sujetos en manos del monarca español. En concreto los de la *dame d'atours*, el confesor, el médico real y una de las camaristas, Mademoiselle Vermet, que permanecerían en España con la soberana hasta que la “buona gratia” del rey lo autorizara.<sup>742</sup>

Respecto a la extracción social de los personajes que integraron la comitiva de la reina, es posible aportar algunos datos de aquellos que poseyeron una mayor significación. Así, el noble designado por Víctor Amadeo II como su embajador extraordinario en Villafranca no fue otro que Filiberto d'Este, marqués de Dronero. Perteneciente a la más alta aristocracia piemontesa, gran mariscal del *Palazzo Reale*, chambelán del duque de Saboya y emparentado con la familia ducal a través una hija ilegítima de Carlos Manuel I, Dronero había encabezado en 1682 la embajada saboyana enviada a Lisboa para pedir la mano de la infanta de Portugal en nombre de Víctor Amadeo II. Catorce años después, había sido igualmente seleccionado para representar al duque de Saboya en la ceremonia de entrega de la duquesa de Borgoña, por lo que, de su rango y experiencia, puede deducirse que se trataba de un personaje de gran prestigio en el seno de la corte saboyana.<sup>743</sup> Otro tanto se observa en el marqués de San Giorgio, mayordomo mayor de la Casa durante la primera etapa del viaje, caballero de la Annunziata, gentilhombre de cámara del duque y gobernador de Momigliano, Niza y Vercelli; el conde Balbiano, hijo del primer mayordomo de Madame Royale durante casi treinta años o el marqués de Tana, este último comandante y lugarteniente de Saboya y nombrado por su señor, al igual que en las nupcias de María Adelaída de Saboya, como

---

<sup>742</sup> “Memoria di così dovrà praticare...”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38.

<sup>743</sup> CARUTTI, D.: *Storia del regno...*, p. 64.; NALDI, C. (ed.): *Maria Giovanna Battista...*, p. 364.

capitán de las guardias que escoltarían a la reina hasta Villafranca.<sup>744</sup> Mayor importancia se otorgó a la elección del aristócrata que había de ejercer la función de *chevalier d'honneur*. En este caso, Víctor Amadeo II se inclinó por su propio hermanastro, Francisco Agustín delle Lanze, marqués de Sales, hijo ilegítimo de Carlos Manuel II y su favorita, Gabriella di Mesmes de Marolles. En cuanto al puesto de confesor y limosnero de la reina, se concedió al abate del Maro, de la familia Doria, hijo del *Maestro* de la Casa de Madame Royale y de la *dame d'atours* de la duquesa Ana, la marquesa del Maro.<sup>745</sup> Conocido también como abad de Saint-Thomas, primer limosnero del duque de Saboya, había oficiado la boda por poderes de la soberana.

Por lo que se refiere a la parte que resta del acompañamiento, como el servicio de la cámara de la reina, la documentación consultada menciona los nombres de la dama designada para conducir a María Luisa hasta Villafranca; la *dame d'atours*, las tres damas nombradas por el duque de Saboya y alguna de las camaristas de la reina. Estas fueron, respectivamente, la princesa de Masserano, la baronesa de Noyers, las marquesas de St. Marzano y Sirié, la condesa de Pertingues y Mademoiselle de Vermet, la única de las camaristas a las que Turín y Versalles otorgaron alguna transcendencia. La primera de todas ellas, la princesa de Masserano, estaba también emparentada con la familia ducal puesto que se trataba de Cristina de Saboya, otra de las hijas ilegítimas de Carlos Manuel II, casada con Carlo Ferrero-Fieschi, príncipe de Masserano y marqués de Crevecoeur.<sup>746</sup> La siguiente en la jerarquía era Francisca de Faucigny-Lucinge, baronesa de Noyers por matrimonio, miembro de una importante familia oriunda del ducado saboyano. Designada en 1685 subgobernanta de las hijas de Víctor Amadeo II, había acompañado a la duquesa de Borgoña durante su viaje hacia Francia y, según todos los indicios, era muy apreciada por la reina.<sup>747</sup> De la condesa de Pertingues y las marquesas de St. Marzano y Sirié, sabemos que pertenecían al círculo más cercano de la duquesa Ana y de Madame Royale.<sup>748</sup> En concreto la última de ellas, era esposa del marqués de Sirié, gentilhomme de cámara del duque de Saboya, nombrado por este como su enviado extraordinario a Madrid con motivo de las nupcias de Felipe V. Por último, Mademoiselle Vermet, a la que en la documentación se alude también como la «petite

<sup>744</sup> HAUSSONVILLE, Comte de: *La Duchesse de Bourgogne...*, I, p. 207.

<sup>745</sup> Sobre San Giorgio, Balbiano, Sales y el abate del Maro, véase, NALDI, C. (ed.): *Maria Giovanna Battista...*, pp. 379 y 387-388; también SAREDO, L.: *La Regina Anna di Savoia...*, p. 64.

<sup>746</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse des Ursins...*, infra 18, p. 234.

<sup>747</sup> HAUSSONVILLE, Comte de: *La Duchesse de Bourgogne...*, I, p. 215.

<sup>748</sup> REINERI, M. T.: *Anna Maria d'Orleans...*, pp. 367-368.



Vermet» o la “piccola Vermet”, pertenecía a una familia con una larga tradición de servicio en el *Palazzo Reale* turinés, una joven que, dada su cercanía en edad a la soberana, gozaba de su favor y estima.<sup>749</sup>

A tenor de la semblanza y el *cursus honorum* de los diferentes sujetos que ocuparon los principales cargos en el servicio piamontés de la reina, se puede concluir que todos ellos reunieron una serie de características comunes que influyeron en su designación. A saber: la experiencia en el desempeño de las funciones que les fueron asignadas, que en ciertos casos ya habían ejercido durante el viaje de la duquesa de Borgoña; la pertenencia a la alta nobleza del ducado y los vínculos que por vía ilegítima mantenían con la Casa de Saboya, lo que evidenciaba el interés de la corte de Turín por equiparar la jerarquía de sus representantes con la de sus homólogos franceses y españoles; y por último la cercanía de algunos de estos personajes al duque, la duquesa y a Madame Royale, al formar parte de sus respectivas servidumbres o estar emparentados con otros individuos que gozaban de su confianza.

Pese a que las cortes francesa y española no presentaron ninguna objeción a los nombramientos efectuados para la mayor parte de los cargos, la designación de la dama que debía conducir a la reina hasta Barcelona no estuvo exenta de problemas. En un primer momento, la corte de Turín había pensado en la princesa de Carignán, Maria Caterina d'Este, prima del duque de Módena y esposa del primer príncipe de la sangre de la Casa de Saboya. Sin embargo, los Carignán no contaban con la aprobación del gabinete de Versalles, que en 1684 se había mostrado contrario a su matrimonio. Por esta razón, y al igual que ocurriera en 1696 con motivo de las bodas de la duquesa de Borgoña, Luis XIV vetó la elección de la princesa.<sup>750</sup> Al desacuerdo del monarca francés se añadió también el del gobierno español, que se mostró remiso a aceptar tal nombramiento aduciendo la diferencia existente entre los ceremoniales de ambas cortes. En este sentido, el principal problema estribaba en la negativa de la Grandeza a otorgar a la princesa el tratamiento de Alteza Serenísima. Dado que la etiqueta española no contemplaba de manera formal la existencia de príncipes de la sangre en el seno de la familia real, los Grandes consideraban que su rango era equiparable al de la princesa. Ante su oposición a rendir a Carignán los honores que le correspondían por matrimonio,

---

<sup>749</sup> Princesa de los Ursinos a Torcy. Villafranca, 23 de septiembre de 1701. AA. EE., CPE, t. 93, fol. 214r.

<sup>750</sup> HAUSSONVILLE, Comte de: *La Duchesse de Bourgogne...*, I, pp. 193-194. Finalmente, la encargada de conducir a la duquesa de Borgoña hasta Francia sería la princesa della Cisterna, *dame d'honneur* de la duquesa Ana.

Operti terminó por desaconsejar su designación.<sup>751</sup> Enfrentado a las condiciones impuestas por Madrid y Versalles, Víctor Amadeo II pensó entonces en la princesa de Masserano y en la marquesa de Dronero, cuyo estatus no presentaba inconveniente alguno a la hora de ser reconocido por el ceremonial español.<sup>752</sup> Finalmente, el duque se inclinó por Masserano debido a su rango principesco y a su parentesco con la familia ducal.<sup>753</sup>

### **¿Conducir a la reina hasta España?: la entrada en escena de la princesa de los Ursinos**

La designación de la princesa de los Ursinos como dama encargada de conducir a María Luisa de Saboya hasta España se debió a la conjunción de tres factores: el oportunismo de la propia princesa; la efectividad de las redes de clientelismo entretejidas por las damas de la corte francesa y el interés de Luis XIV por intervenir en la formación de la servidumbre de la esposa de su nieto.

Para comprender mejor las circunstancias que favorecieron la nominación de la princesa, conviene que nos detengamos en la biografía de esta dama antes de su instalación en España. Por “razón de sangre vasalla de las lisses clodoveas y por las del matrimonio y rentas de los leones y castillos de España”<sup>754</sup>, Anne-Marie de La Trémoille nació en París en torno al año 1642.<sup>755</sup> Segunda de los nueve hijos del duque de Noirmourtiens y su esposa, Renée-Julie Aubri, descendiente de una acomodada familia de la *noblesse de robe*, la joven Anne-Marie creció en un París convulsionado por las Frondas, pero dominado por la efervescencia cultural que caracterizaría el germinar de lo que

---

<sup>751</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 29 de junio de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 49; también Vernon al mismo. París, 17 de junio de 1701, en “Estratto di diverse lettere scritte degli ambasciatori di S.A.R. alla Corti di Francia, Spagna in occasione che si tratto e conchiuse il Matrimonio della Principessa Maria Ludovica di Savoia col Re’ di Spagna Filippo V”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38.

<sup>752</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 25 de junio de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fol. 299r.

<sup>753</sup> Los criterios que movieron al duque a decantarse por la princesa de Masserano fueron los mismos que Luis XIV siguió a la hora de designar a la princesa de Harcourt para conducir a María Luisa de Orléans hasta España, como fueron la sustitución de princesas dinastas, sobre las que tradicionalmente recaía esta comisión, por damas pertenecientes a la alta aristocracia y emparentadas con la familia real. «Mémoire des considérations que l’on doit examiner au sujet de la déclaration de Madame la princesse pour la future épouse du Roy d’Espagne», en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38, punto 4º.

<sup>754</sup> “Conducta de la prinzeza de los Ursinos en el Gavinete del Rey Cristianíssimo en presenza de Madama de Maintenon. Traduzida del franzés en español”. B.N.M., Mss. 22035, fol. 151r.

<sup>755</sup> Pese a que uno de los primeros biógrafos de la princesa, Combes, señala que ésta nació en 1642, la fecha no es del todo clara, como apunta Cermakian, quien se inclina por datar el nacimiento de Ursinos entre 1641 y 1643. COMBES, F.: *La princesse des Ursins...*, p. 19; CERMAKIAN, M.: *La princesse des...*, p. 32.

algunos autores han denominado la “Cultura de la conversación”.<sup>756</sup> Un ambiente selecto y aristocrático en el que la asistencia a los salones intelectuales como el que tenía su sede en el Hôtel de Rambouillet, que la progenitora de la futura princesa frecuentó, permitió a las mujeres de la nobleza participar, junto a intelectuales y científicos de la más diversa procedencia, en los últimos debates suscitados en el seno de la política y la conocida como *République des Lettres*.<sup>757</sup>

Gracias a la educación recibida de una madre inteligente, con profundas inquietudes culturales y habituada al contacto con hombres de letras, Anne-Marie dio muestras desde su adolescencia de un notable ingenio, *politesse*, encanto y una capacidad de seducción que hasta sus más acendrados opositores como Saint-Simon le reconocerían.<sup>758</sup> Con aproximadamente diecisiete años, Anne-Marie de La Trémoille casó con Adrien-Blaise de Talleyrand, conde de Grignols, príncipe de Chalais y marqués d'Excideuil, descendiente de otro antiguo linaje de la alta nobleza francesa caído brevemente en desgracia durante el atribulado periodo de enfrentamiento entre Luis XIII y su hermano, Gastón de Orleáns. Con más talento que su esposo, la ahora princesa de Chalais visitaría asiduamente los centros de sociabilidad parisina más importantes de la década de 1660, como los *Hôtels d'Estrées*, de Richelieu y d'Albret, lugares en los que perfeccionó no solo los comportamientos propios de la buena sociedad, sino donde también aprendió a tratar con la misma habilidad tanto los asuntos de la mayor seriedad, como los más frívolos y ligeros, si bien estos con más frecuencia que los primeros.<sup>759</sup> En la residencia de los Albret tomó contacto con damas de la talla de Madame de Sevigné, Madame de Lafayette, la futura Madame Royale y una joven viuda Scarron que veinte

---

<sup>756</sup> CRAVERI, B.: *La cultura de la conversación*. Madrid, 2004.

<sup>757</sup> Sobre el papel de la mujer en los salones franceses durante los siglos XVII y XVIII, véanse, LOUGE, D.: *Le Paradis des femmes: Women, Salons and Social Stratification in Seventeenth-Century France*. Princeton, edic. de 1976; VERGNES, S.: *Les Frondeuses. Une révolte au féminin (1643-1661)*. Seyssel, 2013, en concreto cap. 2, y DOUGAL, A.: *Salonnières, furies and fairies: the politics of gender and cultural change in absolutist France*. Newark, 2005, donde se incluyen interesantes aportaciones no sólo sobre la evolución de los más importantes salones franceses del siglo XVII, sino también respecto al estatus de la “autora” en la Francia de Luis XIV.

<sup>758</sup> A despecho de las exacerbadas críticas que Saint-Simon dedica a la princesa, no es menos cierto que el cortesano le reconocería un encanto «dont il n'étoit pas possible de se défendre quand elle voulait gagner et séduire...», cit. por SSBL, t. XX, p. 97.

<sup>759</sup> «Je me souviens d'avoir ouï raconter encore que madame la princesse des Ursins, alors madame de Chalais, faisoit de fréquentes visites à l'hôtel d'Albret. Je lui ai entendu dire depuis à elle-même, parlant à madame de Maintenon, qu'elle souffroit impatiemment que le maréchal d'Albret et les autres seigneurs importants eussent toujours des secrets à lui dire pendant qu'on la laissoit avec la jeunesse, comme si elle eût été incapable de parler sérieusement (...)» *Souvenirs de Madame Caylus. Édition présentée et annotée par Bernard Noël*. París, edic. de 1986, pp. 27-28.

años después se elevaría al rango de marquesa de Maintenon y que, otras dos décadas más tarde, jugaría un papel decisivo en su destino.<sup>760</sup>

En 1662 la participación en un duelo del que resultaría muerto su oponente obligó al príncipe de Chalais a refugiarse en España. Todo parece indicar que su esposa se le uniría en Madrid en 1667, ocasión en la que tuvo la oportunidad de besar la mano de la reina regente, conocer directamente la etiqueta de la corte madrileña y aprender el castellano.<sup>761</sup> Tras su periplo español, los Chalais partieron a Venecia. Las razones de la presencia de la pareja en la ciudad italiana no están del todo claras. Mientras que algunos autores sostienen que el príncipe deseaba pasar a servir a la Serenísima, otros aducen que la etapa veneciana no sería sino un breve receso en un viaje más amplio que llevaría al matrimonio a Viena, donde Chalais pretendía entrar al servicio del emperador.<sup>762</sup> En cualquier caso, la muerte del príncipe por fiebres en 1670 turbó los planes de los esposos. Viuda con menos de treinta años y con escasos recursos, Anne-Marie de La Trémoille se dedicó a viajar por Italia gracias a la hospitalidad de algunas de las damas que había frecuentado en París, como la gran duquesa de Toscana (nacida Nieta de Francia), la duquesa de Saboya (Madame Royale) o la condestable Colonna, una de las sobrinas de Mazarino establecida en Roma.

En esta última ciudad, la princesa se granjeó la amistad y el favor de los cardenales franceses Janson y D'Estrées, este último embajador de Francia ante la Santa Sede. Ambos favorecieron su segundo matrimonio en 1675 con el viudo príncipe Flavio Orsini, duque de Bracciano y Grande de España, del que no tendría sucesión. En los años siguientes, el palacio de la princesa albergaría uno de los salones más importantes de Roma.<sup>763</sup> Sobre el ambiente que se respiraba en la residencia de la nueva duquesa de Bracciano, así como el papel que esta desempeñaba en las diferentes reuniones que se organizaban en ella, escribió uno de sus biógrafos:

«Chacun aimait à y venir pour contempler de ses yeux jusqu'à quel degré de perfection et de grâce pouvait atteindre une dame française. Les hommes surtout recherchaient sa société; car, quoique femme, et plus femme que beaucoup, les sujets habituels de leurs conversations lui plaisaient mieux que ceux des personnes de son sexe, et elle y montrait une solidité d'esprit, une sûreté de vues, une clarté précise d'expression, qui séduisaient tous les nobles romains et leur faisaient trouver de la

---

<sup>760</sup> Para estos datos de la vida de Ursinos, véase la biografía mejor documentada de la princesa: CERMAKIAN, M.: *La princesse des...*, pp. 50 y ss.

<sup>761</sup> *Ibidem*, pp. 63-64.

<sup>762</sup> *Ibid.*, pp. 64-65.

<sup>763</sup> Véase a este respecto el artículo de GOULET, A. M.: «Le cercle de la princesse des Ursins à Rome (1675-1701): un foyer de culture française», en *Seventeenth-Century French Studies*, 33-2 (2011), pp. 60-71.

satisfaction à lui soumettre leurs idées et à les entendre discuter par elle...». <sup>764</sup>

Prescindiendo del cariz sexista que entrañan las apreciaciones del autor, lo cierto es que el periodo romano acostumbró a la duquesa de Bracciano al trato no solo con intelectuales, sino también con estadistas y miembros de la curia romana que no dudarían en hacerle partícipe de sus preocupaciones políticas, diplomáticas y religiosas, lo que le permitió agudizar su conocimiento y experiencia en el tratamiento de los negocios públicos.

Apenas casados, los Bracciano se separaron. A partir de ese momento la duquesa residió entre Roma y París. Allí pudo estrechar lazos con Madame de Maintenon y tratar asiduamente al futuro Secretario de Asuntos Exteriores francés, marqués de Torcy, y al matrimonio formado por el mariscal y la mariscala de Noailles. Tras casi siete años de permanencia intermitente en su país de nacimiento, Anne-Marie de La Trémoille regresó a Roma a causa de la enfermedad de su marido. Allí coincidiría con Portocarrero, de visita en la ciudad para recibir el capelo cardenalicio. El ya cardenal no tardó en trabar amistad con ella, hasta el punto de mediar, según afirma Combes, en la postrera reconciliación de los esposos. <sup>765</sup>

Su segunda experiencia romana reafirmó la importancia de la duquesa en el panorama político-diplomático de la Santa Sede. Erigida en agente de Luis XIV en la corte papal, su conocimiento de los principales personajes de la aristocracia pontificia hizo de ella un punto de referencia para la facción francesa en Roma. A instancias del gabinete de Versalles, la duquesa de Bracciano participaría a partir de 1698 en la creación de un partido favorable a la sucesión borbónica a la corona española, lo que reforzó sus vínculos con Portocarrero, ya en Madrid, pero también con personajes de la talla del duque de Uceda, embajador del Rey Católico, o el duque de Medinaceli, virrey de Nápoles, a cuya familia había conocido durante un breve viaje a la capital partenopea

---

<sup>764</sup> COMBES, F.: *La princesse...*, p. 21.

<sup>765</sup> *Ibidem*, pp. 24-25. Algunos autores, sin ninguna prueba documental, no han dejado de ver en la amistad de la princesa y el cardenal Portocarrero los indicios de una relación sentimental entre ambos o, a lo menos, un ardiente deseo del cardenal por dicha dama. «(...) Celui-ci [Portocarrero] s'était aussi trouvé à Rome, comme ambassadeur d'Espagne, où il avait eu l'honneur de fréquenter la princesse des Ursins. On disait que les sentiments qu'il avait nourris pour elle dans un non équivoque partage, avaient été assez ardents pour que les cendres pussent encore jouer en sa faveur et pour qu'il n'hésît pas à la soutenir (...)» VARGA, S.: *Philippe V...*, París, 2011, p. 270.

en 1686.<sup>766</sup> De este modo, durante los años previos a 1700 el palacio de Anne-Marie de La Trémouille en Roma se convirtió en sede de una oficiosa embajada francesa. Un centro de sociabilidad política, diplomática y cultural de primer orden, presidido por una dama que a su cosmopolitismo, buen gusto y entendimiento de los asuntos de Estado, unía una innegable capacidad para entretener relaciones interpersonales que trascendían el ámbito italiano y se extendían a las más importantes cortes de la Europa del momento:

«(...) Les jours que ne donne pas à mes affaires -escribía la princesa-, j'ai le soir une centaine de personnes chez moi de toutes sortes de nations qui y viennent avec liberté (...). C'est dans ces assemblées où on peut parler à des gens qu'il seroit difficile de voir ailleurs, et surtout dans ces temps-ci, où l'intérêt du Roi est de ménager les Napolitains, qui n'osent aller dans aucune autre maison françoise...»<sup>767</sup>

Pese al innegable prestigio de la princesa en Roma, su situación económica estaba lejos de ser boyante. La muerte del duque de Bracciano, en abril de 1698, obligó a su viuda a vender las tierras de Bracciano al príncipe Odelscalchi con el fin de saldar unas deudas que ascendían a 150.000 escudos. De hecho, si la ahora princesa Orsini -*des Ursins*, para sus compatriotas galos-, pudo conservar su residencia en la ciudad, el Palazzo Pasquin, con sus muebles y obras de arte, fue gracias a la concesión por parte del rey de Francia de una renta de 10.000 libras.<sup>768</sup> Sin embargo, no parece que la intervención de Luis XIV contribuyera en demasía a poner en orden las finanzas de la dama. Apenas dos años después, en junio de 1700, y con la mediación de la mariscala de Noailles y Madame de Maintenon -«cette genereuse amie»-, solicitó al monarca un aumento de 18.000 francos en su pensión.<sup>769</sup> Por tanto, de las peticiones de la princesa se infiere que su situación económica a la altura de 1700 era más que difícil y, en última instancia, podía estar interesada en encontrar una solución a la misma que fuera más allá del incremento de su pensión. Esta se presentó con motivo de las nupcias del Rey Católico.

Tras el ascenso de Felipe V al trono español, la princesa había participado en el debate suscitado en la corte romana a cuenta de su matrimonio. Contraria como vimos a

---

<sup>766</sup> DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, J. M.: *Mecenazgo musical...* Tesis doctoral inédita. Madrid, UCM, 2010. Agradezco al autor que gentilmente me haya proporcionado una copia de su manuscrito.

<sup>767</sup> La misma a la misma. Roma, 15 de junio de 1700, recogida en GEFROY, A.: *Lettres inédites...*, pp. 73-76.

<sup>768</sup> Para Combes, la defensa de Portocarrero de la opción sucesoria borbónica debería mucho a la acción de la princesa de los Ursinos, motivo por el cual Luis XIV le habría concedido la susodicha pensión. COMBES, F.: *La princesse...*, pp. 25-29.

<sup>769</sup> Ursinos a la mariscala de Noailles. Roma, 15 de junio de 1700, recogida en GEFROY, A.: *Lettres...*, pp. 73-76.

la unión entre el monarca y una archiduquesa, se había inclinado por la opción saboyana.<sup>770</sup> Así se lo hizo saber a la mariscala de Noailles, al tiempo que le manifestaba su intención de ser designada como dama que había de acompañar a la futura soberana hasta España:

«(...) Le grand affaire dont je veux vous parler, madame, regarde le mariage du roi d'Espagne, et une vue pour moi en cas qu'il se fasse avec Mme. la princesse de Savoie (...). Comme il faut une dame titrée pour conduire cette jeune princesse, je vous supplie de m'offrir, madame, avant que le Roi jette les yeux sur quelque autre. J'ose dire être plus propre que qui que ce soit pour cet emploi par le grand nombre d'amis que j'ai en ce pays-là et par l'avantage que j'ai d'être grande d'Espagne, ce qui lèveroit les difficultés qu'une autre rencontreroit pour les traitements. Je parle, outre cela, espagnol, et je suis sûre d'ailleurs que ce choix plairoit à toute la nation de laquelle je puis me vanter d'avoir toujours été estimé (...). Je serois bien aise aussi d'y voir mes amis, et entre autres M. le cardinal Porto Carrero (...). Vous devez savoir, madame, que je compte sur lui presque aussi solidement en Espagne que je puis compter sur vous en France (...).»<sup>771</sup>

Como puede apreciarse, sería la princesa, y no el gabinete de Versailles, la que en un primer momento se postularía como acompañante de la reina de España. El interés de la dama por obtener tal nombramiento queda patente tanto en la persona que eligió como destinataria de su petición, como en los argumentos que empleó para el sostenimiento de la misma. En este sentido, la elección de Noailles como mediadora no fue casual ni inocente. La mariscala, de soltera Marie-Françoise de Bournonville, era la esposa del aristócrata y militar francés duque de Noailles, que contaba con el favor de Luis XIV. Asimismo, el hijo y heredero de la pareja, el conde d'Ayen, servía en España a las órdenes de Felipe V y estaba casado con la sobrina favorita de Madame de Maintenon, Charlotte Aimable d'Aubigné, lo que hacía de la mariscala un personaje con una notable influencia alrededor de la esposa morganática del rey de Francia y, por ello, capaz de sostener con éxito las demandas de la princesa ante la corte francesa.<sup>772</sup> En lo que concierne a los argumentos utilizados por Ursinos, se observa un interés por poner el acento en la adecuación de su persona para el cargo que solicitaba. Esta pasaba no solo por su condición de viuda sin hijos de un Grande de España, sino también por su conocimiento de la dinámica de funcionamiento de la corte española y de algunos de sus

---

<sup>770</sup> Véase el epígrafe titulado “Conciliación y continuidad...”

<sup>771</sup> Ursinos a la mariscala de Noailles. Roma, 27 de diciembre de 1700, recogida en GEFROY, A. (ed.): *Lettres...*, pp. 86-88.

<sup>772</sup> FORMEL, F.: *Alliances et Généalogie à la cour du Grand Roi. Le souci généalogique chez Saint-Simon. Documents inédits. Préface du duc de Levis-Mirepoix de l'Académie Française*. Paris, 1983, pp. 999 y 1066.

cortezanos más influyentes, como el cardenal Portocarrero, con el que le unía una estrecha amistad a la que inteligentemente no dejaba de referirse en su misiva: «Vous devez savoir, madame, que je compte sur lui presque aussi solidement en Espagne que je puis compter sur vous en France.»<sup>773</sup>

Por otro lado, la princesa exponía también su deseo de acompañar a la reina no solo hasta la frontera, como habría sido lo normal, sino hasta Madrid:

«Mon dessein seroit, madame, d'aller jusqu'à Madrid, d'y demeurer tant qu'il plairait au Roi, et de venir ensuite à la cour rendre compte à Sa Majesté de mon voyage. S'il n'étoit question que d'accompagner la Reine jusqu'à la frontière, je ne penserois pas à cet emploi, car ce qui me le fait désirer principalement, après le service du Roi qui passe chez moi avant toute chose, c'est l'envie que j'ai de solliciter moi-même à la cour de Madrid des affaires considérables que j'ai dans le royaume de Naples.»<sup>774</sup>

Vistas las intenciones de la princesa, las preguntas que se plantean son varias: ¿Verdaderamente buscaba Ursinos defender desde la capital española sus intereses en Nápoles? ¿Su intención era ser nombrada *a posteriori* camarera mayor de la soberana? ¿O por el contrario pretendía permanecer en Madrid, sin un cargo oficial en la Casa de la reina, y ejercer un papel similar al que desempeñó en el entorno de Mariana de Neoburgo la baronesa de Berlips? En efecto, todo parece indicar que la princesa buscaba instalarse en Madrid como camarera mayor de la reina. Al menos, eso puede deducirse de sus siguientes misivas a la mariscala: «La seule difficulté qui reste est pour me faire aller jusqu'à Madrid, car peut-être que Sa Majesté ne voudra pas ôter aux dames espagnoles le plaisir et l'honneur de servir leur reine dès le moment qu'elles le pourront le faire. À la rigueur, étant moi-même grande d'Espagne, cela ne devrait pas leur donner de la jalousie (...).»<sup>775</sup>

No obstante, consciente tanto de que el plácet definitivo a su elección concerniría a Luis XIV, como de las dificultades que la misma podría entrañar, Ursinos barajaba la posibilidad de permanecer en la capital española sin cargo oficial alguno: «étant Française aussi, je me contenterai d'exercer ma commission jusqu'où il plaira à Sa Majesté, et je continuerai le voyage comme une personne qui est bien aise de faire sa cour à la petite-fille de son Roi et qui a aussi des affaires à Madrid.»<sup>776</sup>

---

<sup>773</sup> *Ibidem*, p. 87.

<sup>774</sup> *Ibid.*, pp. 86-87.

<sup>775</sup> Ursinos a la mariscala de Noailles. Roma, 26 de abril de 1701, en *Ibid.*, p. 99.

<sup>776</sup> *Ibid.*, p. 100.



Entre enero y marzo de 1701 la princesa comunicó sus intenciones al duque de Saboya, a Madame Royale y al cardenal Portocarrero. Como quiera que lograr la aquiescencia del primero a sus pretensiones sería más complicado que en el caso del cardenal<sup>777</sup>, propuso a Noailles incluir al marqués de Torcy en la defensa de sus intereses. Según el plan pergeñado por la propia Ursinos, en sucesivas audiencias con el embajador saboyano en Versalles, el ministro debía abogar por su designación como dama encargada de conducir a la reina hasta España, lo que «seroit prise comme une insinuation qui sûrement détermineroit M[onsieur] le duc de Savoie à faire ce que nous souhaitons (...).»<sup>778</sup>

Según avanzaba la negociación matrimonial entre las cortes francesa y saboyana, la princesa hizo uso del canal que consideraba más eficaz para la consecución de sus objetivos: Madame de Maintenon.<sup>779</sup> La intervención de esta última y Torcy otorgó el espaldarazo definitivo a las aspiraciones de la princesa. A finales de mayo de 1701 el ministro francés informó a Vernon del propósito de Luis XIV de conceder a Ursinos el honor de acompañar a la princesa de Saboya hasta España.<sup>780</sup> Semanas antes, Maintenon había hecho otro tanto con el duque de Harcourt, antiguo embajador francés en Madrid:

«(...) Comme je dis plus mon avis sur les affaires de dames que sur les autres, je propose que ce soit Mme. De Bracciano qui vous mène la princesse de Savoie; c'est une femme qui a de l'esprit, de la douceur, de la politesse, de la connaissance des étrangers, qui a toujours représenté et s'est faite aimer partout; elle est grande d'Espagne, elle est sans mari, sans enfants et ainsi sans prétentions embarrassantes. Je vous dis tout ceci, sans dessein ni intérêt particulier, mais simplement parce que je la crois la plus propre à ce que vous désirez qu'aucune femme que nous ayons ici (...)»<sup>781</sup>

Finalmente, a instancias de su abuelo y del duque de Harcourt, Felipe V refrendó el nombramiento de Ursinos el 6 de junio de 1701.<sup>782</sup> Previamente, el duque de Saboya había sido informado de dicha nominación como un hecho consumado. La designación de

---

<sup>777</sup> En efecto, el cardenal aprobó en marzo de 1701 la designación de la princesa como dama encargada de acompañar a la reina hasta España. Portocarrero a la princesa. 3 de marzo de 1701, recogida en L.TR., I, p. 74.

<sup>778</sup> La misma a la misma. Roma, enero de 1701, recogida en GEFROY, A. (ed.): *Lettres...*, p. 91.

<sup>779</sup> , «(...) Je ne sais plus quelles autres mesures prendre pour assurer davantage la réussite de cette affaire. Il ne me reste, ce me semble, qu'à supplier Mme. de Maintenon de m'honorer de ses bons offices auprès de Sa Majesté, et c'est ce que je vous prie de vouloir bien faire (...)» Ursinos a Noailles. Roma, 26 de abril de 1701. *Ibidem*, p. 100.

<sup>780</sup> Vernon a Víctor Amadeo II. París, 20 de mayo de 1701. A.S.T., LMF, Mazzo 130.

<sup>781</sup> Maintenon al duque de Harcourt. Versalles, 16 de abril de 1701. Cit. por BOTS, E. y BOTS-ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres...*, III, p. 293.

<sup>782</sup> El nombramiento de Ursinos por Felipe V, fechado en Madrid, 6 de junio de 1701, en UBILLA, Libro II, p. 332.

la princesa causó tanta sorpresa como desagrado en Víctor Amadeo II: “este príncipe está muy alejado de creer a Madame des Ursins adecuada para el cargo”, consignó Phélypeaux.<sup>783</sup> Con probabilidad, el duque comprendía las consecuencias que acarrearía dicha nominación. En este punto debemos tomar en consideración las implicaciones a corto y largo plazo que el nombramiento de Ursinos entrañaba para el gobierno francés. Respecto a las primeras, si bien la corte de Versalles había logrado imponer una candidata a su gusto para el cargo de mayor relevancia del séquito de la reina, esto es, una dama cuya lealtad a los Borbones no admitía duda alguna, no es menos cierto que la soberana había de viajar en compañía de un nutrido cortejo de piemonteses designado a instancias de Víctor Amadeo II. Las atribuciones inherentes a su puesto, similares a las de la camarera mayor, harían de Ursinos una presencia constante en el entorno de María Luisa de Saboya durante su viaje, lo que le permitiría controlar al mismo tiempo el comportamiento del grupo de saboyanos que la seguían y mediatizar el influjo que todos ellos podían ejercer sobre la joven reina.

En cuanto a las segundas, han de ponerse en relación con el destino de la princesa una vez la comitiva de la soberana llegara a Cataluña. Aunque Ursinos no vino a España en calidad de camarera mayor de la definitiva Casa de la reina, Versalles pretendía promover su nombramiento como tal tras la instalación de la soberana en Madrid. Así parece indicarlo una misiva de Luis XIV a Blécourt fechada a finales de junio de 1701:

«Vous savez que ma veue a toujours été, lorsque j'ay choisy la princesse des Ursins pour conduire la Reyne d'Espagne, qu'elle demeureroit ensuite auprès d'elle à Madrid, en qualité de camarera mayor. Je suis persuadé que c'est aussy l'intention du roy mon petit-fils, et comme on ne lui donnera pas ce titre pendant le voyage, il est nécessaire d'empescher que cette place ne soit remplie par une autre. Elle doit demeurer vacante pendant le voyage de la reyne d'Espagne, et la princesse des Ursins ayant achevé la fonction de la conduire, sera nommée alors par le roy catholique pour demeurer auprès la reyne sa femme.»<sup>784</sup>

A diferencia de lo que pensaba Víctor Amadeo II, el gabinete francés veía en la princesa a la persona más adecuada para ocupar el puesto de camarera mayor. Para Versalles, lo deseable era que este no recayera sobre una española. Sin embargo, resultaba difícil encontrar un argumento razonable que justificara el hecho de privar a las damas de la corte madrileña del privilegio de ostentar el puesto de mayor importancia de la Casa de la reina. En cierta medida, el nombramiento de Ursinos constituía una

<sup>783</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 4 de junio de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fol. 278r. El nombramiento de Ursinos por Felipe V, fechado en Madrid, 6 de junio de 1701, en UBILLA, Libro II, p. 332.

<sup>784</sup> Luis XIV a Blécourt. Marly, 28 de junio de 1701, recogida en L.TR., I, pp. 81-82.

solución al problema. Por un lado, la princesa había demostrado ya su valía al servicio de la Casa de Borbón en Roma y, en tanto que súbdita de Luis XIV, podría esperarse de ella una absoluta lealtad a los intereses borbónicos. Por el otro, aunque de origen francés, pertenecía a la Grandeza y gozaba de un rango similar al de muchas de las aristócratas españolas que podían aspirar al honor de ser designadas camarera mayor. Además, carecía de parientes en España, lo que la libraba de tener que interceder ante las «*prétentions embarrassantes*» de una parentela residente en Madrid, y disfrutaba del favor del cardenal Portocarrero, quien igualmente apoyaba su designación. En último término, Versalles planteó el nombramiento de Ursinos para conducir a la reina hasta Cataluña como un paso previo a su nominación como camarera mayor. En este sentido, la princesa habría de ejercer el cargo de manera oficiosa, primero a lo largo de la travesía, después durante la estancia de los reyes en Barcelona. Esta etapa, que antecedería a su nombramiento oficial, habría de servir para que Ursinos trabara contacto con la soberana y se habituara al ejercicio de las atribuciones derivadas del puesto. Pero también habría de contribuir a minimizar el posible descontento que podría generar, en la corte española, su definitiva designación tras la instalación de la reina en Madrid, ya que llevaría un tiempo desempeñado los cometidos anejos a tal cargo. De ahí la necesidad de que el cargo permaneciera vacante hasta que así lo ordenara Felipe V (o más bien Luis XIV), para lo que el gobierno francés contó desde el principio con la aquiescencia de Portocarrero.<sup>785</sup>

### **La vinculación de la reina con la corte de origen: la expulsión del séquito piamontés**

La mañana del 2 de noviembre de 1701, la comitiva de piamonteses que acompañaba a la reina desde Turín fue despedida en la frontera francoespañola por orden del rey de España. La imposición de tal medida supuso no solo un acto de autoridad de la dinastía borbónica frente a la Casa de Saboya, sino también una palmaria contravención de las normas de cortesía que presidían las nupcias de la realeza europea durante el Antiguo Régimen. Al margen de las razones de cariz político que motivaron su aplicación, y de las que se dará cuenta a continuación, la adopción de una disposición semejante

---

<sup>785</sup> «Comme il est incertain si M[ada]me la Princesse des Ursins voudra demeurer en Espagne, le party que V. Exc. propose de ne point nommer de camarera mayor luy laissera le temps d'en exercer les fonctions, et pendant cet intervalle le roy catholique decidera ou de luy donner la charge ou de la confier à une autre, si Mme. la Princesse des Ursins a peine de s'accoutumer au séjour d'Espagne.» Torcy a Portocarrero. Meudon, 13 de julio de 1701, recogida en *Ibid.*, I, p. 83.

constituyó una afrenta pública para la corte de Turín. Así parecen indicarlo las impresiones del enviado extraordinario saboyano, marqués de Cirié o Sirié, quien se quejaría de que los servidores de la reina habían sido reenviados sin gozar siquiera del privilegio de besar la mano del rey, un honor que normalmente era concedido a todos aquellos que conducían a las soberanas hasta sus destinos definitivos.<sup>786</sup>

Pese a que Luis XIV se esforzaría por justificar dicha decisión remitiéndose a lo dispuesto con motivo de las nupcias de la duquesa de Borgoña, lo cierto es que esta no tenía precedentes ni en la corte francesa ni en la española.<sup>787</sup> En primer lugar, porque María Adelaida de Saboya había arribado a Francia acompañada de un par de camaristas y un médico piamontés que, aunque licenciados poco tiempo después, habían avanzado con su señora hasta Fontainebleau, donde tuvo lugar la ratificación de su matrimonio.<sup>788</sup> Por lo que respecta a las bodas de Carlos II, tanto María Luisa de Orleáns como Mariana de Neoburgo fueron autorizadas a viajar hasta Madrid en compañía de nutridos séquitos integrados por mujeres de la cámara, facultativos médicos, cocineros, caballerizos y sendos confesores reales.<sup>789</sup> María Luisa Gabriela de Saboya no obtendría esta gracia de su esposo, ya que llegó a Barcelona junto a la princesa de los Ursinos y los miembros de su Casa española que la recibieron en Boulou.

Las causas que movieron a Luis XIV a imponer a su nieto la expulsión del séquito saboyano giraron en torno a dos consideraciones: coyunturales y políticas. Desde mediados del siglo XVII se asistió en las cortes europeas a un cambio de mentalidad en lo que se refería a la funcionalidad de la presencia extranjera alrededor de la reina consorte. Si hasta ese momento se había estimado que la permanencia junto a la soberana de algunos de los servidores procedentes de su patria nativa contribuía a una mejor adaptación a su país de adopción, a partir de la década de 1650 se observa una cierta transformación en el marco de esta dinámica. Un buen ejemplo de ello lo constituyen los argumentos empleados por Luis XIV para defender el reenvío de los pocos piamonteses que llegaron a Francia con la duquesa de Borgoña. En su correspondencia con su

---

<sup>786</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 20 de diciembre de 1701. AA.EE., CPS., t. 108, fol. 298v.

<sup>787</sup> Órdenes de Torcy a Phélypeaux. Versalles, 18 de noviembre de 1701, *Ibidem*, fol. 231r.

<sup>788</sup> HAUSSEVILLE, Comte de: *La Duchesse de Bourgogne...*, I, pp. 226 y ss.

<sup>789</sup> El séquito francés que permaneció junto a María Luisa de Orleáns estaba compuesto por dos amas, cinco camaristas designadas por la reina María Teresa de Francia, un confesor, dos doctores, un cirujano, un barbero, un cocinero de boca, un mozo de caballos y un maestro de idiomas irlandés. Por su parte, a Mariana de Neoburgo le acompañarían la baronesa de Berlips y su sobrina, un secretario, un confesor jesuita, el padre Rhem, un médico de cámara, el doctor Geleen, un cirujano y un boticario. Véanse, MAURA, Duque de: *Vida y reinado...*, p. 248 y BAVIERA, A.: *Mariana de Neoburgo, reina de España*. Madrid, 1938, pp. 40-41.

embajador en Turín, conde de Tessé, el monarca no pasó por alto los inconvenientes que debían temerse de este “tipo de complacencias”. Sin dejarse dominar por ningún tipo de sentimentalismo ligado a cuestiones como la edad o las circunstancias de la llegada de las princesas europeas a las cortes de sus futuros maridos, el rey de Francia consideraba que la permisividad en este punto, más que facilitar, dificultaba la adaptación de la desposada a las que serían sus futuras funciones; sobre todo en una etapa de su vida en la que, dada su juventud, podía asimilar más fácilmente los deberes y obligaciones inherentes a su nueva condición. A su modo de ver, consentir la perpetuación junto a las princesas de un grupo de compatriotas no contribuía sino a obstaculizar el desarrollo del proceso de naturalización que estas iniciaban con su matrimonio. Como también a fomentar diversos problemas derivados de la complicada asunción de costumbres y el mantenimiento de fidelidades dinásticas enfrentadas.<sup>790</sup>

Las características del fenómeno que se acaba de describir son especialmente visibles en el caso de las reinas de Francia. Como en su momento puso de manifiesto Jean-François Dubost, desde el reinado de Luis XIII, pero sobre todo en el de su sucesor, se produjo la reducción progresiva del número de extranjeros que integraron la servidumbre de las sucesivas soberanas francesas. Así, los 32 españoles que formarían parte de la Casa de Ana de Austria en 1616 se limitaron a 13 en la de su nuera María Teresa. La presencia de conterráneos en el servicio de la delfina María Ana y de la duquesa de Borgoña fue aún más restringida: 1 y 3 servidores respectivamente.<sup>791</sup> De forma paralela, la extracción social y la jerarquía que ocupaban en el conjunto de la Casa de la reina también se vieron alteradas. De ella desaparecieron los grandes aristócratas, autorizándose únicamente la permanencia en el país de sujetos cuyo rango no les permitía acceder a los puestos de mayor crédito y responsabilidad en el seno del servicio (*dame d'honneur*, *chevalier d'honneur*, *grand aumônier* o *contrôleur de la Maison*), lo que les obligaba a someterse a la autoridad de aquellos que ocupaban un cargo jerárquicamente superior al suyo, esto es, los naturales del país. Para finalizar, y al igual que en el caso de la soberana, la corona exigía de los servidores extranjeros una lealtad política libre de

---

<sup>790</sup> Luis XIV a Tessé, 20 de agosto y 9 de septiembre de 1696, cit. por HAUSSEVILLE, Comte de: *La Duchesse de Bourgogne...*, I, pp. 181 y 186-187.

<sup>791</sup> En el caso de la primera se trató de una camarista, Mademoiselle Bezola; en el de la segunda, dos camaristas y un médico que, como se ha dicho, fueron licenciados unos meses después de su llegada a Francia.

toda sospecha. Desde estas perspectivas, la obligada naturalización de las reinas francesas se extendía también hasta los criados que las habían acompañado a París.<sup>792</sup>

En lo que respecta a María Luisa de Saboya, la corte de Turín comenzó a reglar la planta de criados que pasarían a España con la reina entre la primavera y el verano de 1701. Con una calculada prudencia, el duque de Saboya dispuso las diferentes etapas del trayecto que todos ellos deberían cubrir. Dispuesto a no alentar las susceptibilidades de Versalles, Víctor Amadeo II se mostró conciliador al exigir a la princesa de Masserano y a las principales damas de la soberana que regresaran a Turín una vez esta embarcara en las galeras españolas. En lo que el duque no transigió fue en el destino de la baronesa de Noyers, el abad del Maro, el médico real y la “piccola Vermet”, que habían de mantenerse junto a su señora tras su llegada a Barcelona.<sup>793</sup> Conforme a la tradición, la corte saboyana pretendía rodear a la soberana, al menos temporalmente, de algunos servidores menores que habían de ejercer funciones relacionadas con su más estricta intimidad: el servicio en la cámara, la supervisión de su salud o el control de su conciencia. Menos claro resulta el papel que Madame de Noyers habría de desempeñar en la corte española, puesto que, una vez casada, la reina no tendría necesidad de una gobernanta. ¿Albergaba la corte de Turín la esperanza de que fuera nombrada camarera mayor? Es difícil precisarlo, pero Louville, por ejemplo, sospechaba que así era.<sup>794</sup>

En cualquier caso, la réplica del rey de Francia a las pretensiones de Víctor Amadeo II no se hizo esperar. A finales de agosto, conforme se acercaba el momento de la partida de la reina, escribió a Harcourt:

«Elle [la reina] mène avec elle outre les Dames que le duc de Savoye luy a donées pour l'accompagner à Villefranche: sa gouvernante [Noyers], des femmes pour la servir et quelques Piemontois. Faites bien connoistre au Roy mon petit-fils qu'il est absolument nécessaire pour le bonheur de sa vie et celuy de la Reyne sa femme de ne souffrir qu'aucun Piemontoise la suivre jusqu'à Madrid. Il faut qu'il les renvoye de Barcelonne, aussy bien que la gouvernante qui est de Savoye (...). La complaisance qu'il auroit

---

<sup>792</sup> Todas estas cuestiones aparecen recogidas en DUBOST, J. F.: «La cour de France en face aux étrangers...», en GRELL, C. y PELLISTRANDI, B. (dirs.): *Les cours d'Espagne et de France...*, pp. 149-169.

<sup>793</sup> “Memoria di così dovrà praticare...”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38; la contrarréplica francesa en, «Règlement concerté entre S.A.R. et S. Exce. Mr. le Marquis de Castel Rodrigo...», donde consta: «Quant ceux autrez Dames, il vaut mieux qu'elles retournent à Turin après avoir veu embarquer la Reyne, elles seront absolument inutiles a cette Princesse, étant impossible qu'elles passent avec elle sur la mesme Galère, et le peu de commodité de cet bastiment rendroit le voyage très difficile pour Elles...». AA. EE., CPE., t. 91, fol. 383v.

<sup>794</sup> LOUVILLE, I, p. 136. Asimismo, en septiembre de 1701 Luis XIV confirmó a Marcin el deseo del duque de Saboya de que su hija avanzara a Madrid junto a su antigua gobernanta y una dama de la cámara (Noyers y Vermet). Huelga decir que el monarca abogó por el reenvío de ambas. Luis XIV a Marcin. Versalles, 18 de septiembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fol. 158r.

pour les prières de la Reyne seroit très mal placée en cette occasion et il s'en repentiroit souvent dans la suite...»<sup>795</sup>

Para Luis XIV, permitir la instalación en el país de los piamonteses era una decisión que afectaría irremisiblemente al papel que Versalles pretendía adjudicar a la reina en tanto que consorte de Felipe V. En este sentido, aprobar su permanencia en España supondría ubicar en el entorno más próximo de la soberana a individuos que debían lealtad a Víctor Amadeo II. Personajes, por tanto, sobre los que sería difícil que Luis XIV o sus embajadores pudieran ejercer un control efectivo. Al contrario, supondrían un nexo entre el duque de Saboya y la corte de Madrid; un grupo de sujetos que podían instar a María Luisa a intervenir en política con el fin de favorecer los variados intereses saboyanos en España. Esta situación había sido pronosticada por Louville con su habitual franqueza en la primavera de 1701: «En vérité, il faudra mettre auprès de la reine des gens sûrs, car elle gouvernera le roi, et, si elle le conduit mal, tout sera perdu. Surtout, point de Piémontaise.» Semanas después, insistía de nuevo en no tolerar la permanencia en el país de lo que definía como un «cotillon piémontais», ya que ello equivaldría a «avoir le duc de Savoye sur nos épaules».<sup>796</sup> En última instancia, cabe pensar que el rey de Francia tuviera presente el ascendiente que sobre la toma de decisiones y el reparto de mercedes habían disfrutado los miembros de la servidumbre alemana de Mariana de Neoburgo. Y que, conocedor del carácter de su nieto, que en muchos aspectos no se diferenciaba del de Carlos II, temiera la reproducción de una situación semejante.

Ahora bien, en un primer momento Luis XIV aceptó que el séquito de María Luisa avanzara hacia Cataluña y se encontrara con Felipe V. Sin embargo, la definitiva expulsión del cortejo piamontés tuvo lugar finalmente en Perpiñán. ¿A qué se debió el cambio de opinión del monarca? La respuesta hemos de buscarla en los informes que el conde de Marcin y la princesa de los Ursinos enviaron a Versalles durante la travesía de la soberana hasta Barcelona. El primero, al igual que Louville, se había mostrado abiertamente contrario a la instalación en el país de la servidumbre de la reina. Conforme María Luisa se aproximaba a España, insistió de nuevo en la necesidad de reenviar a los piamonteses. El conde defendía la ejecución de la medida en base a un programa

---

<sup>795</sup> Luis XIV a Harcourt. Versalles, 21 de agosto de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 92, fols. 139v.-140r. Las mismas directrices aportaría el monarca al sucesor de Harcourt al frente de la embajada francesa en Madrid, Marcin. Luis XIV a Marcin. Versalles, 18 de septiembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fol. 158r.

<sup>796</sup> LOUVILLE, I, pp. 135-136 y 150.

establecido con minuciosidad. Lo más importante, escribió a Luis XIV, era impedir que Felipe V despidiera a la comitiva saboyana en presencia de su esposa ya que, dada la personalidad del monarca, le sería difícil resistirse a las previsibles quejas que una disposición semejante provocaría en la reina. Con el fin de prever la reproducción de desagradables escenas en Barcelona, Marcin abogaba por ordenar a Castel-Rodrigo el licenciamiento del cortejo en la frontera francoespañola. En cuanto a la princesa de los Ursinos, habría de justificar ante María Luisa las directrices del soberano español y evitar que esta obtuviese de Felipe V la revocación de la resolución tomada.<sup>797</sup>

La intervención de la princesa en el asunto resultó tanto o más determinante que la del embajador francés. A lo largo del trayecto que realizó en compañía de la reina, Ursinos tuvo oportunidad de tomar contacto con la servidumbre piamontesa, lo que le permitió valorar no solo el carácter y cualidades de sus miembros, sino también la intencionalidad latente bajo el interés de algunos de ellos por instalarse en Madrid. En primer lugar, las cartas de la princesa a Torcy no dejaron de insistir en la confianza que María Luisa mostraba hacia Madame de Noyers y Mademoiselle de Vermet, hasta el punto que un leve resfriado de la primera había motivado que la reina paralizara su viaje a España en espera de su recuperación.<sup>798</sup> Mayor gravedad revelaban otros sucesos de los que Ursinos rendía cuenta al ministro francés. Aunque la princesa definía a Noyers, al médico real y a Vermet respectivamente como una “provinciana”, un hombre que no merecía atención y una joven insignificante, no por ello dejaba de referirse a la altanería con la que la trataban.<sup>799</sup> Asimismo, informaba de que Noyers estaba aprendiendo castellano a escondidas con la ayuda del profesor de idiomas de la soberana, y que la “petite Vermet”, si bien carente de ambiciones políticas, estaba determinada a avanzar hasta Madrid puesto que así lo deseaba el duque de Saboya. En último término, Ursinos presentaba el deseo de los piamonteses por establecerse en España bajo tintes sospechosos, como el fruto de una “intriga” de mayores consecuencias en la que participarían Víctor Amadeo II y hasta Castel-Rodrigo, este último interesado en el nombramiento de su esposa como camarera mayor de la reina.<sup>800</sup>

---

<sup>797</sup> Marcin a Luis XIV. Barcelona, 26 de octubre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 265r.-v.

<sup>798</sup> Ursinos a Torcy. Marsella, 21 de octubre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 93, fol. 500r.

<sup>799</sup> La misma al mismo. Villafranca, 23 de septiembre de 1701; la misma al mismo, Antibes, 28 de septiembre de 1701. *Ibidem*, fols. 213r.-v. y 262r. La primera misiva citada parcialmente por CERMAKIAN, M.: *La princesse des Ursins...*, p. 236.

<sup>800</sup> La misma al mismo. Antibes, 28 de septiembre de 1701; la misma al mismo, Marsella, 21 de octubre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fols. 262r. y 496r. y v. Sobre las suspicacias de Ursinos hacia Castel-Rodrigo, véase, CERMAKIAN, M.: *La princesse des Ursins...*, p. 236.



Semejantes testimonios, combinados con los recelos de Marcin y Louville, terminaron por decidir la expulsión de los piamonteses en Perpiñán. La responsabilidad de informar a la soberana de tal medida correspondió a Ursinos y Castel-Rodrigo, debido a la negativa de Marcin a hacerlo el mismo ante el temor de atraerse el “resentimiento de la reina”.<sup>801</sup> Quizás por la misma razón, la princesa y el marqués no se decidieron hacer partícipe de la noticia a María Luisa hasta el último momento, esto es, el día anterior al reenvío de su séquito (1 de noviembre).<sup>802</sup>

Por todo lo expuesto hasta aquí, entendemos que María Luisa de Saboya fue tratada a su llegada a España como la esposa de un Nieto de Francia, y no en calidad de soberana de una Monarquía que, aunque vinculada dinásticamente a Versalles, poseía sus propias dinámicas de recepción de la consorte regia. Sobre todo si tomamos en consideración que tradicionalmente las reinas españolas habían gozado del privilegio de conservar un reducido grupo de servidores procedentes de su patria nativa. Así parece indicarlo el testimonio del cardenal Portocarrero que reproduce Louville en una de sus cartas a Versalles: «Le Cardinal voulois aussy que la Reine ammenast un confesseur de Savoye et disois qu'il luy falois laisser cette liberté (...)»<sup>803</sup> Aunque como veremos a la hora de analizar la composición de la Casa de la reina el cardenal abandonó sus propósitos de nombrar un confesor saboyano, la misiva de Louville constata que en un primer momento no encontró extraño que María Luisa arribara a Madrid en compañía de ciertos individuos procedentes de Turín. Cabe preguntarse, por tanto, si las cosas en este punto no habrían sido diferentes de no haber insistido Versalles tan firmemente en la expulsión de los piamonteses.

\*\*\*\*\*

Si hasta finales del siglo XVI la presencia de un grupo de criados oriundos de su patria de nacimiento había sido vista como una circunstancia susceptible de facilitar la aclimatación de la consorte a los usos y costumbres de la corte de adopción, a lo largo del siglo XVII la cuestión pasó a ser entendida como un factor que generaba más inconvenientes que beneficios en el marco de proceso de adaptación de las princesas europeas. La desconfianza hacia la lealtad de estos sujetos debido a su naturaleza regnícola; las dificultades para facilitar su integración en la Casa definitiva de la consorte;

---

<sup>801</sup> La misma al mismo. Marsella, 21 de octubre de 1701. *Ibíd.*, CPE., t. 93, fol. 499r.

<sup>802</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse des Ursins...*, p. 241 (*infra* 6).

<sup>803</sup> Louville a Torcy. Madrid, 20 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 71r.

los conflictos de precedencia entre servidores; o el descontento generado por las muestras de favor que recibían de la soberana (con la que a menudo compartían un bagaje vital del que sus otros criados obviamente carecían), por citar algunos de los ejemplos más destacados, influyeron en la imposición de criterios cada vez más restrictivos en lo que concernía al destino del séquito que acompañaba a la nueva reina desde su patria nativa hasta la corte de acogida. Aunque nos encontramos ante un proceso prácticamente generalizado en la mayor parte de las monarquías europeas, podemos apreciar ciertas diferencias en su desarrollo al aproximarnos a los casos concretos de las distintas princesas casadas en el extranjero. En este sentido mientras que la corte francesa abogó por prácticas que iban desde la expulsión de estos criados hasta su naturalización, facilitando la permanencia junto a su señora de los servidores de menor rango y su sometimiento a los naturales del país, que ocupaban los puestos de mayor jerarquía en la servidumbre de la consorte, la corte de Madrid nunca fue tan sistemática en sus estrategias. Así, al despido de buena parte de los criados franceses de Isabel de Borbón o María Luisa de Orleáns se contraponen la perpetuación al lado de la reina de ciertos individuos de su séquito patrio, a pesar de su imprudente o poco ejemplarizante conducta, como sucedió con Mariana de Neoburgo.

El ejemplo de su más inmediata antecesora influyó en el destino de los servidores piamonteses de María Luisa de Saboya, pero desde luego no fue el factor que determinó en exclusiva su futuro: recuérdese la flexibilidad de Portocarrero al menos en lo que tocaba al confesor de la reina. ¿Qué llevó entonces a la corte de Madrid a aprobar la expulsión de la totalidad de los criados piamonteses de la nueva soberana en la frontera francoespañola, medida por otro lado contraria al decoro y la cortesía que presidía efemérides semejantes? Varios son los elementos que favorecieron la adopción de tan drástica orden. Desde una perspectiva general apreciamos que el autoritarismo con el que Francia negoció el acuerdo con Saboya de abril de 1701 se extendió desde el verano de ese mismo año al tratamiento de ciertos aspectos de las nupcias regias que, *a priori*, concernían solamente a la corte de Turín: como era la composición del séquito que acompañaría a María Luisa de Saboya hasta España. A decir verdad Luis XIV no estaba interesado en la totalidad de los puestos de esta servidumbre, su planta en cualquier caso no dejaba de ser la habitual, sino en aquellos cuyas prerrogativas implicaban una mayor proximidad e influjo sobre la consorte: la dama que ejercería las funciones de camarera mayor; la dama de “atavíos”; las camaristas y, entre los detentados por hombres, el de

confesor. Dado el carácter políticamente asimétrico del matrimonio de su hija, Víctor Amadeo II no tuvo más remedio que tomar en consideración las disposiciones de Francia al respecto, en un primer momento tan solo en la nominación de la dama que haría las veces de camarera mayor, que cristalizó en la postergación de la candidata local, la princesa de Masserano, en favor de la francesa princesa de los Ursinos, elegida a instancias de Versalles. Ello nos lleva al segundo factor sobre el que querríamos detenernos: el control sobre el *entourage* patrio de la reina, sobre su futuro una vez esta cruzara la frontera española, formaba parte de una estrategia más amplia a través de la que Versalles buscaba alcanzar una amplia potestad sobre el proceso de adaptación de María Luisa de Saboya a sus funciones como consorte del nieto de Luis XIV. Tal aspiración giraba alrededor de varias ideas de diferente cariz, algunas de ellas preconcebidas según veremos más adelante, que guardaban relación las unas con las otras. De entrada la fragilidad de la alianza borbónico-saboyana se proyectó sobre la nueva reina, incrementando la desconfianza con la que normalmente toda princesa era recibida en su nueva corte (basada en el desconocimiento de su carácter e intenciones y con frecuencia en su pertenencia a una dinastía rival). En este sentido la hipotética influencia que Víctor Amadeo II podía ejercer sobre el gobierno hispano a través de su hija, ya fuese por medio de la correspondencia o a través de sus criados piamonteses, supuso un argumento a favor de la expulsión de su servidumbre. También lo fueron la personalidad maleable de Felipe V y los informes que la princesa de los Ursinos remitió a Torcy a lo largo del viaje de María Luisa, que alentaron las suspicacias de Francia. En último término bajo la orden de despido, al igual que tras el interés del gabinete francés por designar a Ursinos como dama encargada de acompañar a la nueva reina hasta España, subyacían tanto otros recelos, esta vez hacia el ascendiente que los españoles podían adquirir sobre la consorte, como la necesidad de formar a la perfecta soberana auspiciada por Versalles, cuyas características generales abordamos en capítulos anteriores y sobre las que incidiremos más adelante. Según hemos visto, el nombramiento de la princesa había de garantizar su definitiva instalación en España como camarera mayor, frente a otras damas de la Grandeza a las que los miembros del *entourage* francés del monarca consideraban inapropiadas para el ejercicio del puesto. Los deberes de Ursinos en este momento pasaban, principalmente, por la instrucción de una consorte similar en su comportamiento a las últimas soberanas francesas: esto es, una reina alejada de la toma de decisiones y dedicada exclusivamente a compartir, pero no a

ensombrecer con sus acciones, la gloria del monarca. O lo que es lo mismo, una soberana diametralmente opuesta a algunas de las consortes de la Casa de Austria, a semejanza de las que una camarera mayor española formaría a María Luisa (según los planteamientos de Versalles). Desde estas perspectivas, y al hilo de las disposiciones adoptadas, la composición y el destino del séquito de la reina constituyen un nuevo ejemplo del delicado equilibrio que existió en la vida de María Luisa entre su condición de reina de España y la de esposa de un nieto de Luis XIV. En este caso concreto, como en otras circunstancias de su proceso de adaptación, primó la segunda consideración de su biografía, facilitada por Madrid al permitir el abandono de prácticas o privilegios de los que las predecesoras de la Saboyana disfrutaron en su día.

## DE TURÍN A BARCELONA: EL VIAJE DE LA REINA Y SU LLEGADA A ESPAÑA.

«Je conduis aujourd'huy sur la liquide  
[plaine  
Une nouvelle Reine,  
Et je vais la remettre à son auguste  
[Époux,  
Et les combler tous deux des plaisirs  
[les plus doux.»<sup>804</sup>

### Consideraciones generales e itinerario:

Acompañada por la duquesa Ana y Madame Royale, María Luisa de Saboya partió de Turín la mañana del 12 de septiembre de 1701 seguida por doce carrozas en las que viajaban los principales dignatarios y cortesanos saboyanos, así como algunos miembros de la familia ducal pertenecientes a las ramas Carignán y Soissons de la dinastía. El itinerario a seguir por la soberana, del que Castel-Rodrigo dio cuenta a Felipe V a principios de agosto, se dividió en 2 fases.<sup>805</sup> La primera de ellas, que finalizaría en Niza, se desarrollaría “en pequeñas etapas” dado que la “edad y delicadeza” de la reina requerían “mucho tiento”, según escribió el marqués.<sup>806</sup> Una vez allí, María Luisa había de embarcar en las galeras de Nápoles, que la trasladarían hasta Barcelona escoltada por la escuadra francesa del conde du Luc.

La organización de los diferentes aspectos del viaje corrió a cargo de Maurizio Robbio, conde de Montemarzo, para el ducado de Saboya, y el marqués de Castel-Rodrigo, que se responsabilizó del resto del recorrido. Asimismo, dado que la flota francoespañola bordearía las islas Lérins y las costas de Provenza y el Languedoc franceses, correspondió a los gobernadores de dichas provincias, los condes de Grignan y Broglie, disponer tanto del abastecimiento y alojamiento de la comitiva regia, como de las recepciones y honores con los que la reina sería agasajada en ambos lugares. En la parte italiana del trayecto tendrían lugar algunas de las ceremonias más solemnes, como la recepción del cardenal Archinto, designado legado *a látere* por Clemente XI para cumplimentar a la soberana y hacerle entrega de la Rosa de Oro, y el acto de entrega de la reina a las autoridades españolas, que se celebrarían en Niza. El resto del periplo, ante la impaciencia de Felipe V por encontrarse con su esposa y con objeto además de economizar, María Luisa habría de viajar de incógnito, procurando “escusar

---

<sup>804</sup> «Idylle pour la Reine d'Espagne.» *MG*, novembre 1701, p. 255.

<sup>805</sup> Castel-Rodrigo a Felipe V. Turín, 12 de agosto de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>806</sup> El mismo al mismo. Turín, 12 de septiembre de 1701. *Ibidem*.

lo superfluo sin faltar al decoro de tan gran Monarchia y de un tan plausible consorcio, atendido con expectación de toda Europa”.<sup>807</sup> En razón de ello, se previó que no habían de celebrarse grandes recepciones en los lugares en los que fondearía la escuadra francoespañola; y que, si bien María Luisa podría desembarcar y visitar las localidades a las que llegase, habría de dormir en la capitana de Nápoles. Para sufragar los costes del viaje el Consejo de Estado hizo entrega a Castel-Rodrigo de 7000 doblones de oro. 3000 se remitieron desde España por Juan de Goyeneche, tesorero de la Casa de la reina, y los 4000 restantes fueron enviados por el virrey partenopeo, duque de Medinaceli.<sup>808</sup> El marqués gastó buena parte de su montante en la paga de correos y ayudas de costa para la servidumbre de la soberana (2000 doblones); la compra de la joya y obsequios que se entregarían al legado papal y su séquito (1500 doblones); la adquisición de una vajilla completa de plata sobredorada “para que Su M[aj]estad se distinga de las demás que admite a su mesa” y otros pagos menores en concepto de limosnas, regalos entregados en los hospedajes “y raciones y provisiones de tierra y mar.” Una vez ejecutados todos estos pagos sobraron a Castel-Rodrigo 5000 pesos, que se apresuró a devolver a la Hacienda española.<sup>809</sup>

En un principio estaba estipulado que el desplazamiento de la reina hasta España tendría una duración máxima de un mes. Las dos primeras semanas habían de emplearse en realizar la parte italiana del trayecto: la primera de ellas para cubrir la distancia Turín-Niza y la segunda para la celebración de las solemnidades previstas en dicha ciudad. En cuanto a la travesía de la reina por mar hasta Barcelona, si bien la estación no era la más propicia para la navegación, no se esperaba que pudiera prolongarse más de veinte días. Con todo, este itinerario cuidadosamente diseñado se vería alterado prácticamente desde sus inicios. Contra todo pronóstico, las dificultades surgidas para llevar a buen puerto la legacía de Archinto alargaron la estancia de la comitiva regia en Niza por lo menos cinco días, lo que entrañó el consecuente retraso en la celebración del acto de entrega. Los imprevistos tampoco disminuyeron toda vez que la reina inició su viaje en la capitana de Nápoles. Así, apenas embarcada, las inclemencias climatológicas obligaron a la comitiva a detenerse en Antibes casi otra semana. Ya en Toulon, la siguiente gran parada del trayecto, la soberana se vio

---

<sup>807</sup> Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 7 de mayo de 1701. *Ibíd.*

<sup>808</sup> Castel-Rodrigo a Felipe V. Turín, 12 de septiembre de 1701. A.H.N., E., leg. 2793; A.G.S., D.G.T., Inventario 2, leg. 5.

<sup>809</sup> El mismo a Don Antonio Ortiz Otalora, secretario de Estado. Barcelona, 7 de noviembre de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

obligada a guardar cama un día; y, llegada a Marsella, donde sería agasajada por el gobernador de Provenza conde de Grignán, María Luisa se negó a continuar el viaje por mar hasta España. Aquejada de migrañas y mareos e incomodada por las picaduras de pulgas y lo estrecho de su alojamiento, la soberana convenció a la princesa de los Ursinos y a Castel-Rodrigo de la necesidad de efectuar el resto del itinerario por tierra.<sup>810</sup> Obtenido el permiso de Luis XIV para atravesar territorio francés e informado Felipe V de los cambios introducidos<sup>811</sup>, la soberana prosiguió el viaje a través del Sureste de Francia en una travesía que, pese la premura con la que fue realizada, se prolongaría por espacio de once días.<sup>812</sup> Desde estas perspectivas, el recorrido de la soberana desde Turín a Barcelona se alargó casi tres semanas más de lo previsto, ya que su encuentro definitivo con su esposo tuvo lugar en Figueras, el 2 de noviembre de 1701, después de una primera toma de contacto en la que, pese a lo anecdótico de la misma, las fuentes oficiales no dejaron de cargar las tintas.<sup>813</sup>

A lo largo de las diferentes etapas de la travesía que traería a la soberana hasta España, convivieron en el seno de la comitiva regia servidores procedentes de tres coronas diferentes. La española estaría representada por el marqués de Castel-Rodrigo, embajador extraordinario, el conde de Lemos, Don Manuel de Silva y el duque de Tursis, comandantes de la escuadra hispana que había de conducir a María Luisa hasta su nuevo reino. La de Versalles lo haría por la princesa de los Ursinos y el conde du Luc, capitán de los navíos franceses que escoltaban a la soberana. En cuanto a la de Turín, su representación estaría encabezada por la Casa piemontesa de la reina, cuyos miembros constituyeron prácticamente la mayoría del cortejo hasta su llegada a la

---

<sup>810</sup> María Luisa a la duquesa Ana. Antibes, 28 de septiembre de 1701. Toulon, 6, 9 y 11 de octubre de 1701 y Marsella, 11 de octubre de 1701. A.S.T., LPD., Mazzo 26, donde la reina describe los malestares que le provocaba la navegación. Ursinos a Torcy. Antibes, 28 de septiembre y Toulon, 6 de octubre de 1701. AA. EE., CPE., t. 94, fols. 261v. y 305r.-306v., misivas en las que la princesa corrobora las informaciones de la reina a su madre.

<sup>811</sup> Castel-Rodrigo a Ubilla. 16 de octubre de 1701; Luis XIV a Castel-Rodrigo, Fontainebleau, 12 de octubre de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>812</sup> Para lo que Luis XIV puso a disposición de su séquito tres ricas literas de terciopelo carmesí con galones de oro, otras nueve más sencillas, veinticinco sillas de manos, sesenta y seis palafrenes y veintidós mulas. Además, el monarca dispuso también que el cortejo de la soberana fuera escoltado por los oficiales de las galeras francesas, que actuarían a modo de guardias de *corps*, capitaneados por el chevalier d'Epennes, sobrino del cardenal Janson, conocido de la princesa de los Ursinos y al que veremos más tarde como uno de los personajes más cercanos a la pareja real. *MG*, noviembre de 1701, p. 322.

<sup>813</sup> Enterado de que la reina había partido desde la Junquera en dirección a Figueras, Felipe V salió a su encuentro de incógnito y, sin revelar su identidad, escoltó la carroza de la princesa de los Ursinos y de la soberana durante un buen trecho del camino. La anécdota completa aparece recogida en *Festivas demostraciones y magestuosos obsequios...* Barcelona, 1702. B.N.M., 2/52006(2), pp. 127-129 y *Breve Relación de la entrada de la Reyna Nuestra Señora en España...* S.l., s. a. (ca. 1701/1702). B.N.M. R/23787(33), s. f.

frontera francoespañola. Dado lo heterogéneo de este cuerpo de servicio, y con el fin de evitar conflictos de precedencia y rivalidades entre los individuos que lo componían, se estipuló que los piamonteses serían la máxima autoridad durante la parte italiana del viaje, correspondiendo este papel a Castel-Rodrigo tras el acto de entregas. Por otro lado, existió una cierta equivalencia en la proyección que gozaron los diferentes miembros del séquito de la soberana tanto en su entorno como en las diferentes ceremonias. En este sentido, si bien Castel-Rodrigo jugó un papel secundario durante los actos públicos que solemnizaron la legacía del cardenal Archinto (en la que la servidumbre piamontesa gozó de una mayor representación), fue el encargado de hacer entrega al legado del presente con el que la soberana había de obsequiarle. Asimismo, el marqués, junto al conde de Lemos, encabezó el cortejo español que marchó tras la carroza y silla de manos de la reina durante su entrada en ciudades como Marsella, por ejemplo.<sup>814</sup> En esta misma línea, también durante la travesía marítima por las costas francesas, se procuró que tanto Castel-Rodrigo como Lemos ocuparan en las comidas públicas la misma mesa que el resto de los miembros de los séquitos francés y saboyano, según el rango y posición que cada uno de ellos disfrutaba durante el viaje. Una tendencia esta que se extendía hasta la servidumbre femenina de la soberana. Así por ejemplo, con el fin de evitar conflictos de precedencia con la princesa de Masserano, la princesa de los Ursinos no fue presentada oficialmente a la reina hasta el día en que tuvo lugar el acto de entrega, pese a llevar en Villafranca más de diez días. Y, ya en pleno viaje, se estableció que tanto ella como Madame de Noyers ocuparían una posición similar en el entorno de María Luisa: dormirían ambas en la cámara real en la capitana de Nápoles y, por expreso deseo de la soberana, se sentarían a su mesa en algunas de sus comidas públicas.<sup>815</sup>

No obstante este interés por eludir choques en el seno de la comitiva, lo cierto es que el viaje de la reina no estuvo exento de conflictos y rivalidades intestinas. De entrada, el desplazamiento de María Luisa en las galeras españolas fue objeto de un intenso debate entre las cortes de Madrid y Versalles. Coincidente con el descubrimiento de la conspiración del príncipe de Macchia en Nápoles, en un principio Luis XIV ordenó a Blécourt que informase a Felipe V de la necesidad de destinar las galeras de Nápoles y Sicilia a la defensa del reino partenopeo. En opinión del monarca, María Luisa podía viajar hasta España en la armada del conde du Luc, tal y como había

---

<sup>814</sup> *MG*, noviembre de 1701, p. 302.

<sup>815</sup> *Ibid.*, pp. 316-317.



hecho en su momento Mariana de Neoburgo a su venida al país, que realizó en los barcos que puso a su disposición Guillermo III de Inglaterra.<sup>816</sup> Sin embargo, poco dispuesto a verse privado del honor de trasladar a la reina hasta Barcelona, el conde de Lemos se negó a acatar las órdenes del monarca francés.<sup>817</sup> Finalmente, Luis XIV adoptó una posición conciliadora: María Luisa viajaría en la escuadra napolitana, escoltada por du Luc, pero las galeras de Sicilia y Génova pasarían respectivamente a Nápoles y al puerto ligure después de que la soberana abandonase Niza.<sup>818</sup>

La tensión también estuvo presente en las relaciones que entablaron algunos de los miembros más destacados del séquito, concretamente en las de la princesa de los Ursinos con algunos de los piemonteses (principalmente Madame de Noyers y el confesor real, abad del Maro) y Castel-Rodrigo. En el primer caso, como vimos en el capítulo anterior, Ursinos no dejó de informar a Versalles de la altanería con la que los saboyanos se dirigían a ella. Una hostilidad de la que, si bien Castel-Rodrigo no participaba, tampoco hacía nada por limitar. Además, el interés de María Luisa por continuar el viaje por tierra, y no por mar, enfrentó a la princesa con el embajador. En esencia, la disputa estuvo motivada por el decidido apoyo que Ursinos procuró a la decisión de la reina, a la que se oponía el marqués, desesperado por los continuos retrasos sobrevenidos durante la travesía y conocedor de la impaciencia de Felipe V por encontrarse con su esposa.<sup>819</sup> A la postre, la reticencia de la soberana y la princesa a ceder en su propósito obligó a Castel-Rodrigo a alterar de mala gana el trayecto dispuesto en un principio. Aunque desconocemos si la postura del marqués le granjeó la desaprobación de la reina, lo cierto es que no parece que lograra entablar unas fluidas relaciones con su señora, según puede deducirse de algunas misivas de María Luisa a su madre en las que le tildaba de «gros milanois», se mofaba de sus esfuerzos por bailar y omitía otras anécdotas, protagonizadas por los españoles, que seguramente le harían reír si se las contase.<sup>820</sup> En cuanto a la princesa, no dejó de informar a Torcy

---

<sup>816</sup> Luis XIV a Blécourt. Versalles, 8 de agosto de 1701; Torcy a Castel-Rodrigo. Versalles, 8 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 91, fols. 453v. y 456r. y v. respectivamente.

<sup>817</sup> Lemos a Castel-Rodrigo. Génova, 6 de septiembre de 1701. A.H.N., E., leg. 2793. La conducta de Lemos fue aprobada unánimemente en el Consejo de Estado. Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 23 de septiembre de 1701. *Ibid.*

<sup>818</sup> Tras los cambios introducidos en el trayecto de la reina y su marcha por tierra a través de Francia, las galeras de Nápoles y Francia partieron de Marsella en dirección a Barcelona el 20 de octubre de 1701. *Ibid.*, pp. 325-326. Castel-Rodrigo a Felipe V. Niza, 26 de septiembre de 1701. UBILLA, Libro II, p. 310.

<sup>819</sup> Que confirmaba Montviel en una de sus cartas a Torcy fechada en Barcelona, el 9 de octubre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fol. 335r.

<sup>820</sup> La reina a la duquesa Ana. Toulon, 9 de octubre de 1701. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

de sus sospechas ante las intenciones que Castel-Rodrigo albergaba a largo plazo: la designación de su esposa como camarera mayor de la reina.

Con respecto al ceremonial, las fuentes resultan bastante opacas en este punto. Según lo dispuesto por la corte de Turín, María Luisa habría de gozar de todas las prerrogativas propias de su rango como reina de España inmediatamente después de la efectuación del matrimonio por poderes. En cuanto a la etiqueta y servicio, se estipuló que la soberana habría de ser servida por los piemonteses hasta su embarque en las galeras españolas, correspondiendo a Castel-Rodrigo decidir si María Luisa debía comer sola o con sus damas el resto del trayecto.<sup>821</sup> En un principio el marqués se inclinó por la primera opción. Sin embargo, topó con la negativa de la reina, para la que comer en solitario hubiera supuesto una afrenta hacia las mujeres de alto rango que le acompañaban.<sup>822</sup> Expuesto a las exigencias de su señora, Castel-Rodrigo decidió que una vez en la capitana de Nápoles esta había de tomar sus colaciones en la misma mesa que la princesa de los Ursinos y Madame de Noyers. En cualquier caso, todo parece indicar que el ceremonial español no se impuso hasta la llegada de la comitiva regia a Boulou:

«La Reine trouva au Boulou la Maison que el Roy d'Espagne avoit envoyée au devant d'Elle. Il y avoit un grand nombre de Dames Espagnoles (...) & quelques Menines (...). Elles attendoient la Reine à haut de l'escalier de la Maison où Sa Majesté devoit loger. Elles mitent toutes un genouil en terre, & la Reine leur donna sa main à baiser. Sa Majesté entra dans la Chambre, & toutes les Dames demeurent dans l'Antichambre. On servit un dîner à l'Espagnole. Les Officiers apporterent les plats jusqu'à l'antichambre où les Dames les prenoient pour servir la Reine. Sa Majesté n'estant pas encore faite au goust Espagnol, n'en mangea point (...).»<sup>823</sup>

Por otro lado, el papel de Castel-Rodrigo como maestro de ceremonias suscitó ciertas críticas por parte de los castellanos y lo franceses del séquito. Así lo constatan ciertas misivas de la princesa de los Ursinos, que informó a Torcy del descontento de los españoles al ver arribar a la reina a Niza con tan poca majestad y tan mal servida; o su sorpresa al descubrir que Castel-Rodrigo había accedido a que Noyers compartiera mesa con la soberana durante sus comidas públicas. En definitiva, concluía la princesa,

---

<sup>821</sup> “Memoria di così dovrà praticare in occasione dello sposalitio della Serma. Sigra. Principessa”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38

<sup>822</sup> La reina a la duquesa Ana. Sospello, 17 de septiembre de 1701. *Ibid.*, LPD., Mazzo 26.

<sup>823</sup> MG, noviembre de 1701, pp. 390-391.

el marqués resultaba un «très inhâbil ministre» y muchos de sus subordinados más propios para regentar «la boutique d'un juif» que la casa de una reina.<sup>824</sup>

De la misma manera, resulta difícil precisar el momento en que María Luisa pasó a vestir a la española. Estando en Turín, a decir de Castel-Rodrigo, la soberana manifestaba ya su “congeniación [sic] a la naturaleza y costumbres castellanas, a que muestra gran afección”<sup>825</sup> y, según Albizu, portó el traje de corte español que le obsequiara la marquesa de los Balbases<sup>826</sup> en algunas audiencias, como las que ofreció al príncipe Doria y a los emisarios del virrey de Nápoles y el gobernador de Milán.<sup>827</sup> No obstante, es casi seguro que la soberana lució a lo largo de su viaje hasta España las ropas que le habrían confeccionado en su patria nativa, cuyo estilo no convenció a Ursinos, quien criticó lo “mal vestida y peinada”<sup>828</sup> que la había encontrado, por lo que se apresuró a obsequiar a María Luisa una «très belle robe de chambre (...) fort riche et fort agréable.»<sup>829</sup> Asimismo, no parece tampoco que la soberana andase muy sobrada de vestidos a la española, sobre todo si consideramos que, durante su estancia en Montpellier, envió a Barcelona el traje de corte que le obsequiara la marquesa de los Balbases con el fin de que sirviera de modelo para la realización de otros diferentes.<sup>830</sup> Desde estas perspectivas, y de acuerdo con la correspondencia de la reina con su madre, María Luisa comenzaría a vestirse según la moda del país tras su llegada a la capital catalana, si bien solo en las funciones públicas: «Je suis toujours abillée à l'espagnole, c'est-à-dire, les jours de séjours (...)»<sup>831</sup>

### **Ceremonias y arquitecturas efímeras: el discurso del poder.**

El viaje de la reina desde su patria nativa hasta su corte de adopción estaba jalonado por numerosas ceremonias y festejos públicos cargados de un fuerte simbolismo para las dinastías que participaban de las nupcias regias. Por una parte, ponían de relieve los

---

<sup>824</sup> Ursinos a Torcy. Villafranca, 23 de septiembre y Antibes, 28 de septiembre de 1701; la misma al mismo. Marsella, 21 de octubre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fols. 212v., 262r. y 499v.-500r.

<sup>825</sup> Castel-Rodrigo a Felipe V. Turín, 12 de agosto de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>826</sup> Descrita en las fuentes como “una veste alla spagnola tutte guarnita di Pissi di filo finissimo di Fiandra con due Busti cottini, perruca et ogni altro adobbo alla Spagnola e Guarda Infante”. B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 116r.

<sup>827</sup> Albizu a Felipe V. Turín, 15 de julio de 1701. B.N.M., Mss. 10680, fol. 89r.

<sup>828</sup> «Sa coëffure et son habillement ne sont pas bien. Je tascheray de la mettre mieux et sur tout de la coëffer davantage à l'aire de son visage.» Ursinos a Torcy. Antibes, 28 de septiembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fol. 261v.

<sup>829</sup> María Luisa a la duquesa Ana. Toulon, 9 de octubre de 1701. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

<sup>830</sup> La misma a la misma. Montpellier, 26 de octubre de 1701. *Ibidem*.

<sup>831</sup> La misma a la misma. Barcelona, 10 de noviembre de 1701. *Ibid*.

beneficios y esperanzas que el matrimonio real propiciaría a todos los niveles. Por la otra, algunas de estas solemnidades pueden ser consideradas como “ritos de paso”, a través de los que se evidenciaba la adquisición por parte de la otrora princesa de los valores y símbolos constitutivos de su nueva identidad como soberana. La importancia que este tipo de ceremonias entrañaba para la imagen de la dinastía y de la propia reina se veía afirmada por la publicación de numerosas Relaciones, en forma de libro o en su versión más breve de pliegos de cordel, que relataban de forma pormenorizada tanto su desarrollo como las decoraciones dispuestas. En lo que respecta a las bodas de Felipe V y María Luisa de Saboya existen ciertos textos, de extensión y tipología variada, alusivos a su encuentro con Felipe V, su boda en Figueras y su estancia en Cataluña.<sup>832</sup> No obstante, carecemos de un relato que narre el trayecto de la reina desde Turín hasta Cataluña con la misma prolijidad con la que se hizo para algunas de sus predecesoras. Aunque Alenda cita una breve relación titulada: *Nueva Relación y noticia del ostentoso y real viage de la Reyna... desde la gran Corte de Saboya hasta la insigne Ciudad de Barcelona*, todo parece indicar que este documento, o se ha perdido, o se encuentra en posesión de particulares puesto que no consta entre los fondos volcados en el CCPB.<sup>833</sup> Y un mutismo similar observamos en la Gaceta de Madrid, que apenas aportó noticias de la reina una vez embarcó en las galeras españolas. Este hecho podría deberse tanto a las propias características del viaje de la soberana, cuyo itinerario se vio alterado por fuerza de las circunstancias en pleno recorrido, como a razones coyunturales. En este punto, no hay que olvidar que el primer matrimonio de Felipe V se celebró en un contexto de conflicto sucesorio y que, además, coincidió con la convocatoria de las cortes de Cataluña y con la estancia de los reyes en la ciudad condal. Ello explicaría que, quizás, se diera mayor importancia a la descripción de los actos institucionales organizados con motivo de la visita de los monarcas a tierras catalanas que a la narración de la travesía de la reina hasta Barcelona vía Italia y Francia. De la misma manera, poco después de que la soberana se instalase en España, Felipe V partió al frente italiano, María Luisa pasó a presidir las cortes aragonesas y, a continuación, se trasladó a Madrid para hacerse cargo de la gobernación, acontecimientos de notable relevancia que, probablemente, ensombrecieron los ecos de las efemérides propias de unas nupcias interrumpidas por las urgencias de la guerra. Por último, otro factor

---

<sup>832</sup> ALENDAY MIRA, J.: *Relaciones de solemnidades y actos públicos de España*. Madrid, 1903, vol. I, n.º 1587-1594 y 1595-1596, pp. 469-472.

<sup>833</sup> *Ibíd.*, I, n.º 1586, p. 470.

explicativo del hecho en cuestión podría estribar en las dificultades hacendísticas que a la sazón atravesaba la corona. Sabidos son, gracias a los estudios entre otros de Teresa Zapata, los problemas de índole económica que afectaron a la edición de sendos libros centrados en las entradas triunfales de las esposas de Carlos II, que jamás llegaron a ver la luz.<sup>834</sup> Una eventualidad que podría extrapolarse al caso de su sucesora, cuya recepción oficial en Madrid fue suspendida por las mismas razones. De cualquier modo, lo que sí resulta evidente es que existió un interés por parte de las autoridades españolas por priorizar la publicación del relato de los acontecimientos que se desarrollaron a partir de la llegada de María Luisa, sobre todo si tomamos en consideración que existen no solo las narraciones citadas sobre su permanencia en Barcelona, sino también otras referidas a su estancia en Zaragoza y a sus primeros momentos en la corte madrileña.<sup>835</sup>

El relativo silencio de la propaganda española<sup>836</sup> respecto al viaje de la reina contrasta con la publicación de ciertas relaciones italianas, editadas por Girolamo Rossi a finales del siglo XIX, y el «Journal» de la travesía de la reina a través de Francia, inserto en el número correspondiente a noviembre de 1701 del *Mercure Galant* francés.<sup>837</sup> Estos testimonios, combinados con las fuentes primarias ubicadas en el Archivo di Stato y la Biblioteca Reale de Turín, servirán de base para el análisis que ofreceremos a continuación del viaje de María Luisa hasta España. Nuestra intención no estriba tanto en realizar una profunda descripción del mismo como en presentar de manera somera el sentido que las diferentes ceremonias y decoraciones pudieron tener en la configuración de la imagen de la reina y, por añadidura, de las Casas de Borbón y Saboya en un momento de incipiente conflicto sucesorio.

#### *-Solemnidades y diversiones:*

Las efemérides dispuestas durante el viaje de María Luisa de Saboya desde Turín hasta Barcelona se caracterizaron por su diversidad. Aunque la mayoría de ellas tuvieron en

---

<sup>834</sup> ZAPATA, T.: “Las Relaciones de Entradas reales del siglo XVII. Del folleto al Gran Libro de la Fiesta”, en LÓPEZ POZA, S. y PEÑA SUEIRO, N. (eds.): *La Fiesta. Actas del II Seminario de Relaciones de Sucesos. La Coruña, 13-15 de julio de 1998*. Ferrol, 1999, pp. 359-374.

<sup>835</sup> Algunas relaciones de la permanencia de María Luisa en los territorios de la Corona de Aragón y su posterior traslado a Madrid, en ALENDA Y MIRA, J.: *Relación de solemnidades...*, I, n.º 1609-1612 y 1615, pp. 476-478.

<sup>836</sup> Por ejemplo, Ubilla alude al viaje de la reina pero centra su relato exclusivamente en la legacía del cardenal Archinto, el acto de entregas en Niza y el trayecto de la soberana en las galeras españolas hasta Antibes. UBILLA, Libro II, pp. 306-339.

<sup>837</sup> ROSSI, G.: “Maria Luigia Gabriella di Savoia, sposa di Filippo V, re di Spagna in Nizza, nel settembre 1701. Memoria e documenti”, en *Miscellanea di Storia Italiana*. Terza Serie. Tomo II (1895), pp. 347-383.

común su carácter público y festivo, su naturaleza intrínseca fue variable. Así, algunas supusieron auténticas ceremonias de recepción con un marcado carácter institucional; mientras que otras, por el contrario, estuvieron definidas por su dimensión religiosa y devota. Un último grupo de festejos lo constituyeron las diversiones organizadas con el fin de agasajar y entretener a la reina: banquetes públicos, danzas, veladas musicales, luminarias y visitas a monumentos o edificios destacados de la ciudad. En este sentido, podemos observar una cierta relación de reciprocidad entre las autoridades locales y la soberana durante el desarrollo de todas estas solemnidades. Las primeras realizaban un importante esfuerzo económico con objeto de recibir a la reina, quien les correspondía no solo mediante su asistencia a los diferentes actos organizados, sino también a través de ciertos gestos de agradecimiento. Por ejemplo, durante su estancia en Salses la soberana comió en público y recibió en audiencia a las esposas de los miembros del Concejo de la ciudad en agradecimiento por el homenaje que estos le habían tributado a su llegada.<sup>838</sup> Las mismas razones determinaron la concesión de ciertas distinciones por parte de la reina a los potentados locales más destacados. Así, en Toulon, Monsieur de Vauvré tuvo el honor de presentar la servilleta a la soberana en sus comidas públicas y, a su paso por Montpellier, María Luisa fue servida por los oficiales del Primer Presidente del Parlamento quien, al igual que Vauvré, tuvo el honor de atenderla personalmente.<sup>839</sup>

En otro orden de cosas, se procuró potenciar al máximo la visibilidad de la reina durante su viaje. Dado que eran muchos los que se habían trasladado desde las zonas circundantes para ver a la soberana, era normal que se dispusieran determinados actos, al margen de las entradas triunfales y ceremonias institucionales, que permitían al pueblo y a las autoridades locales contemplarla de cerca. Con esta finalidad presente, María Luisa realizó a pie el trayecto desde la catedral de Santa Reparata de Niza hasta el palacio ducal; y, al día siguiente, comió en público “per compiacere la nobilità, cittadini e forastieri concorsi anche di lontano per vederla”.<sup>840</sup> Además, la reina estaba obligada a poner de manifiesto la generosidad y liberalidad propias de su regia condición. Buena prueba de ello fueron los ricos presentes con que María Luisa obsequió al cardenal Archinto al término de su legacía<sup>841</sup>; los refrescos, frutas frescas y

---

<sup>838</sup> *MG*, noviembre de 1701, pp. 388-389.

<sup>839</sup> *Ibid.*, pp. 284-287; 339.

<sup>840</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 148r.-150v.

<sup>841</sup> Que consistió en una rosa de diamantes valorada en 4000 escudos. *Ibidem.*, fol. 159v.

confituras que ofreció a las damas y a los miembros de su séquito en algunas funciones públicas y diversiones<sup>842</sup> o las fuentes, de las que manaban vino y agua, que los habitantes de Saorgio disfrutaron al paso por la localidad de la comitiva de la reina.<sup>843</sup>

En lo que respecta a los actos públicos propiamente dichos, en primer lugar destacaremos las ceremonias institucionales y de recepción. En cada una de las regiones que atravesó, María Luisa fue recibida por las más altas instancias gubernamentales (civiles, militares y religiosas) para, acto seguido, iniciar su recorrido por la ciudad. Lógicamente, las características de la recepción que se le tributó variaron en función de la importancia de los lugares de llegada. En este sentido, en villas menores como las de Tende, Breglio o Saorgio el arribo de la reina fue solemnizado con festejos más sencillos en comparación con los realizados en otras más ricas, populosas e importantes políticamente como Cuneo, Sospello o Niza. En concreto, en Sospello la reina recibió el homenaje de las autoridades locales en diferentes fases: primero, el cuerpo de milicias de la ciudad, que le rindió honores militares; a continuación, los miembros del Concejo y los tribunales, con el prefecto de la villa a la cabeza, que besaron su mano, y, ya en la ciudad, frente a la Iglesia de San Francisco, el del clero. Una escena semejante se vivió en Cuneo donde, además, la soberana recibió al cabildo catedralicio de la ciudad y su vicegobernador le entregó las llaves de la urbe.<sup>844</sup> No obstante, sería Niza el lugar en el que se desarrollaría la recepción más solemne ofrecida a María Luisa durante la parte italiana del trayecto. La tarde del domingo 18 de septiembre de 1701 la reina hizo su entrada triunfal en la ciudad. En su puerta principal, conocida como *La Pairoleira*, la aguardaban su gobernador, marqués de Caraglio, junto a los miembros del Consulado, el Senado y un grupo de veinte jóvenes de las familias de la aristocracia local que actuaron a modo de guardias de *corps*. Tras un breve discurso de bienvenida sucedido por un besamanos, la soberana recorrió las principales calles de la urbe y, desde su ciudadela, contempló las salvas de artillería que le dedicaron las galeras españolas, venidas para la ocasión desde el vecino puerto

---

<sup>842</sup> Por ejemplo, la reina mandó repartir entre los miembros de su séquito las confituras, frutas y vino que la ciudad de Sospello le obsequió como regalo de bienvenida y, en Toulon, tras merendar en casa de Monsieur Vauvré, ordenó distribuir refrescos y frutas para las damas que habían acudido hasta allí a cumplimentarla. B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 147r; ROSSI, G.: “Maria Luigia Gabriella di Savoia...”, en *Miscellanea di Storia Italiana*..., p. 355; MG, noviembre de 1701, pp. 288-89.

<sup>843</sup> “Relatione dell’aparato fatto sotto il Castello di Sangio [sic] dall’Illmo. Sigre. Bernardino Caviotto, Governatore di ello [sic] el passaggio della Maestà della Regina di Spagna li 17 7bre [septiembre] 1701, en B.R.T., *Miscellanea Patria*, 53 n.º 11, s. f.

<sup>844</sup> ROSSI, G.: “Maria Luigia Gabriella di Savoia...”, en *Miscellanea di Storia Italiana*..., p. 355.

de Villafranca e iluminadas con profusión.<sup>845</sup> Al día siguiente, fue cumplimentada por el cabildo catedralicio en pleno, recibió a los miembros del Consulado y el Senado y, a continuación, a sus esposas.

La significación de estos actos institucionales en tierras piamontesas debe ser destacada. La entrada de la soberana carecía de la naturaleza contractual que podía tener cuando el soberano era su protagonista. Con todo, dado el carácter compuesto del estado saboyano, este conjunto de ceremonias institucionales (recepción, besamanos, entrega de llaves...) suponían no solo una forma de agasajar a la reina de España sino también una manera de exteriorizar la fidelidad y sumisión de los distintos territorios del ducado, de sus instituciones y de sus habitantes, hacia la Casa de Saboya. Al viajar de incógnito, la recepción que tributaron a María Luisa los diferentes territorios del Sureste de Francia sufrió algunas alteraciones en relación a la etapa anterior. En este sentido, se suprimieron ceremonias como la entrega de llaves o los recorridos triunfales por la ciudad. Sin embargo, ello no fue óbice para que la soberana fuese acogida en cada una de sus paradas por las más altas autoridades civiles y religiosas; que se repitiesen los besamanos y audiencias con un marcado carácter institucional o que, en ciudades como Tolón o Marsella, su llegada fuera saludada por salvas de cañón disparadas desde sus respectivas ciudadela y Almirantazgo, así como por las galeras fondeadas en su puerto. En Marsella, además, se dispuso que los capitanes de las galeras de la escuadra del conde du Luc y de la guardia real suiza, ejercieran como guardias de *corps* y escoltaran a la soberana en todos sus desplazamientos.<sup>846</sup> Las variaciones introducidas en el itinerario a seguir por la comitiva, y la sustitución de la vía marítima por la terrestre, entrañaron ciertos cambios en el desarrollo de las ceremonias dispuestas en la última fase de su viaje. Así, con el fin de no retrasar aún más la marcha, se dispuso que María Luisa había de ser recibida con salvas de artillería y honores militares, pero sin arengas ni discursos.<sup>847</sup> En cuanto a las grandes solemnidades, quedaron reducidas a besamanos y comidas públicas.

---

<sup>845</sup> “Relazione distinta dell’arrivo in questa città di Nizza de la M.<sup>a</sup> Cattolica Maria Luisa Gabriela di Savoia, dell’Emmo. Sigr. Cardle. Archinto Arcivescovono di Milano, legato à latere da N.<sup>o</sup> Sigre. Papa Clemente XI alla Med.<sup>a</sup> Maestà Cattca.”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38; B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 147v. y “Diario o sia Relazione di quanto è occorso in questa città [Niza]...”, cit. por ROSSI, G.: “Maria Luigia Gabriella di Savoia...”, en *Miscellanea di Storia Italiana*..., p. 367.

<sup>846</sup> MG, noviembre de 1701, p. 303-304.

<sup>847</sup> *Ibidem*, p. 434.



Tan importantes durante el viaje como las ceremonias institucionales fueron los actos religiosos. Su proliferación no solo ponía el acento en la imagen pía y devota de la reina, sino también en su comunión con las tradiciones religiosas locales y la protección que otorgaba a determinadas órdenes. Podemos establecer diferencias dentro de este grupo de solemnidades. Algunas de ellas se desarrollaban en el marco de las devociones cotidianas de la soberana y se daban en privado, como cuando María Luisa escuchaba misa en la capítana de Nápoles en compañía de su séquito (gracias a un breve especial que a tal efecto le entregó el cardenal Archinto)<sup>848</sup>; o en público, ocasión en la que la reina se desplazaba a escuchar los oficios a algunas fundaciones religiosas de las ciudades en las que se instalaba. Así por ejemplo, a lo largo de su viaje María Luisa concurrió a tres monasterios de Cuneo, a la Iglesia de los jesuitas de Niza, al colegio de la misma orden de Toulon y a los conventos de capuchinos y carmelitas descalzas de Marsella, lugares en los que oró ante el Santísimo Sacramento, fue presentada a los miembros principales de la congregación y presenció la misa.<sup>849</sup> También a su paso por Cuneo, tuvo oportunidad de contemplar junto a su madre y su abuela las reliquias del Beato Angelo Clavasio Carletti, custodiadas en la catedral, ante las que parece que rezó largo rato. Otros actos religiosos conllevaban, por el contrario, una mayor solemnidad y proyección pública. Tales fueron las visitas que María Luisa realizó a la catedral de Santa Reparata de Niza. Concretamente, durante estas últimas la reina recorrió a pie la distancia que separaba el templo del palacio ducal, bajo un palio sostenido por ocho patricios locales, símbolo de su dignidad regia, seguida por sus damas y los miembros de mayor jerarquía del séquito. A las puertas de la catedral la aguardaban el obispo de Mondovì, vestido de pontifical, junto al cabildo catedralicio en pleno, quienes la condujeron hasta un reclinatorio ubicado sobre un estrado frente al altar mayor, desde donde la reina escuchó misa y después oró ante el Santísimo Sacramento.<sup>850</sup>

Para finalizar, el trayecto de la soberana hasta España estuvo también amenizado por diversiones y festejos con un carácter más lúdico. Estos eran importantes no solo por cuanto contribuían a entretener a la reina, sino también porque favorecían un contacto más cercano entre esta y las autoridades locales. En este

---

<sup>848</sup> *Ibid.*, p. 306.

<sup>849</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 145v. MG, noviembre de 1701, pp. 321, 328.

<sup>850</sup> “Relazione distinta dell’arrivo in questa città di Nizza de la M.<sup>a</sup> Cattolica Maria Luisa Gabriela di Savoia...”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38.

sentido, a lo largo del viaje fueron frecuentes las veladas musicales, como los conciertos que el conde de Grignan ofreció a la reina durante su estancia en Marsella<sup>851</sup>; las representaciones teatrales con música, por ejemplo el *Idilio* y la *Oda* que un tal Monsieur Gordon compuso en honor a las bodas de María Luisa y que esta contempló frente a las costas de Antibes y en Port d'Agay; los ballets, como el que dispusieron los príncipes de Carignán en su castillo de Racconiggi o las danzas tradicionales que ejecutaron ante la soberana las esposas de los miembros del gremio de pescadores de Niza y las jóvenes nobles de Toulon.<sup>852</sup> Por lo que parece, este tipo de agasajos eran los que más complacían a María Luisa. Así por ejemplo, la reina obsequió magníficamente a los músicos y actores que participaron en el *Idilio* compuesto por Gordon y, al día siguiente, ordenó al coro que había tomado parte en la representación que cantara para ella en una misa a la que asistió en el convento de dominicos de Antibes.<sup>853</sup> De la misma manera, según relatan las fuentes oficiales, tanto disfrutó la soberana con el ballet que presenció en Racconigi que, contraviniendo la etiqueta, “incomincio á danzare con tanta leggiadria che restó ammirata [d']un infinitá di popolo (...).”<sup>854</sup> De hecho, durante su estancia en Toulon danzaría en público con algunos miembros de su séquito (Castel-Rodrigo entre otros): «On remarque qu'elle danse bien, en cadence juste & avec beaucoup de grace»<sup>855</sup>, podemos leer en el *Mercure Galant*. Junto con estos divertimentos, que como veremos a continuación en ocasiones no eran sino instrumentos de difusión del mensaje oficial de la propaganda, abundaron las meriendas y colaciones, por ejemplo la que Monsieur de Vauvré ofreció a la reina en su *Orangerie*<sup>856</sup>; y las visitas de la soberana y sus damas a los lugares más emblemáticos de las ciudades en las que el cortejo se detenía. Por citar algunos episodios producidos durante la etapa italiana del trayecto, María Luisa admiró la fábrica del castillo y la ciudadela de Niza, además de la puerta monumental de Tende, cuya construcción había sido ordenada por su tatarabuelo, Carlos Manuel I, en 1626. A lo largo de su estancia

---

<sup>851</sup> MG, noviembre de 1701, p. 314 y 317.

<sup>852</sup> ROSSI, G.: “Maria Luigia Gabriella di Savoia...”, en *Miscellanea di Storia Italiana...*, p. 358; MG, noviembre de 1701, p. 286.

<sup>853</sup> Como muestra de agradecimiento, la reina entregó a los músicos y actores que habían participado en la representación del “Idilio” sacos que contenían tabaco de España y a Monsieur Gordon una tabaquera de oro. MG, noviembre de 1701, p. 264.

<sup>854</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 145v.; “Relazione del sposalizio della Sernma. Principessa Maria Luisa Gabriela Infante di Savoia col Re' di Spagna seguit le 11 7mbre [septiembre] 1701”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38.

<sup>855</sup> MG, noviembre de 1701, p. 290.

<sup>856</sup> *Ibid.*, p. 289.

en Marsella, visitó el Arsenal, la manufactura de hilos y las escuelas reales de construcción de navíos «où elle fit differents questions»<sup>857</sup>

*-Arquitecturas efímeras, música, literatura y propaganda dinástica:*

Arquitecturas efímeras, motes, epigramas y representaciones literarias jugaban un papel tan importante como el ceremonial en el marco de los festejos que solemnizaban unas nupcias regias. Por una parte, la riqueza estética, que no material, de sus decoraciones ahondaba en el fasto y la pompa que debían caracterizar tal efeméride; por la otra, imágenes y textos contribuían a materializar y divulgar el mensaje de la fiesta. Lo hacían visible, y comprensible, no solo a aquellos que presenciaban *in situ* los diferentes festejos; sino también, mediante su reproducción íntegra en las diferentes Relaciones que solían publicarse de estas solemnidades, a quienes no participaban en persona de las bodas del monarca. En lo que concierne a Felipe V y María Luisa de Saboya, el discurso propagandístico ligado a su matrimonio combinaba elementos retóricos estereotipados, comunes a la narración y elogio de este tipo de celebraciones, con otros que aludían al contexto específico en el que tuvieron lugar las nupcias regias. Dicho discurso vertebraba una *laudatio* circunscrita a tres aspectos concretos: la alabanza a los reyes, la enumeración de las esperanzas que el matrimonio real propiciaba y el relato de las excelencias de las Casas soberanas que protagonizaban tal unión dinástica.

Las arquitecturas efímeras y decoraciones correspondientes a la parte italiana del trayecto incidieron en la importancia de la alianza recién establecida entre el ducado de Saboya y una de las más importantes Monarquías de Europa. Así por ejemplo, con motivo de la entrada de María Luisa en Cuneo, la ciudad levantó un arco triunfal de un solo vano cuyas fachadas, anterior y posterior, lucían cuatro estatuas de tamaño natural, tocadas con sendas coronas reales, que representaban las cuatro partes del mundo sobre las que gobernaba el rey de España: Europa, América, África y Asia. En alusión a la vinculación dinástica que el matrimonio acaba de afirmar, la decoración de las esculturas correspondientes a los dos primeros continentes portaban los collares de las órdenes más importantes de ambas dinastías: el Toisón de oro español, el Santo Espíritu francés y la Annuziata saboyana.<sup>858</sup> Una iconografía, tendente a la glorificación de la Casa de Saboya, que se repetiría en las decoraciones dispuestas en

---

<sup>857</sup> MG, noviembre de 1701, pp. 320-321.

<sup>858</sup> ROSSI, G.: “Maria Luigia Gabriella di Savoia...”, en *Miscellanea di Storia Italiana*..., p. 354.

Saorgio, cuya calle principal se adornó con los retratos de Madame Royale, los duques de Saboya, la duquesa de Borgoña, el príncipe de Piamonte y la reina de España, todos ellos tocados con coronas de laurel. Símbolos del pasado, presente y futuro de una dinastía que, mediante la inclusión de las efigies de la soberana y la duquesa de Borgoña, exteriorizaba también sus vínculos con la Casa real más prestigiosa de la Europa del momento: los Borbones.<sup>859</sup> El último aspecto al que nos referimos fue más explícito si cabe en la oda que Ludovico Raiberti<sup>860</sup> compuso en honor a las nupcias de Felipe V, donde se hacía referencia a la regia condición que ostentarían las hijas de Víctor Amadeo II: “Regni in Francia ADELAIDA, e quì MARIA/ Regina degli amori/ regni giorni di gloria, anni felici (...)/ Regni nel vasto Impero, e più ne cuori/ sotto à gli augusti auspici/ di LVIGI, VITTORIO e di FILIPPO (...).”<sup>861</sup>

La misma composición advertía a la reina del papel que estaba llamada a desempeñar: “Partite ò Regia Infante/ Eletta à dominar nel vasto Impero/ Del gran Monarca Ibero;/ Ite à ilustrar con il Regal Sembiente/ L’uno, e l’atro Emisfero.”<sup>862</sup> Designada esposa “del Franco guerrero Ibero”, María Luisa, “Regal donzella”, había de poner fin a la “Antipathia vetusta” que hasta entonces había presidido las relaciones entre Francia, la Monarquía Hispánica y Saboya. Símbolo de paz, la reina había de ser la “nobil cura” que el “gran Regno Ispano” aguardaba con impaciencia, ya que sus nupcias debían servir para contener “la turba Nemica” e “Il torrente de l’Austria [que] in vano inonda”.<sup>863</sup> En último término, Raiberti recordaba a María Luisa cuál había de ser su principal preocupación, que no era otra que la de ser fecunda en héroes y aportar una bella e ínclita prole capaz de garantizar la felicidad del mundo.<sup>864</sup>

Alrededor de esta doble temática: alabanza a la figura de la reina y alusión al conflicto sucesorio (como elemento a través del que loar no solo a la soberana sino también a Felipe V, guerrero victorioso, y a Víctor Amadeo II, generalísimo de los

<sup>859</sup> “Relatione dell’aparato fatto sotto il Castello di Sangio [sic] dall’Illmo. Sigre. Bernardino Caviotto, Governatore di ello [sic] nel passaggio della Maestà della Regina di Spagna li 17 7bre [septiembre] 1701”, en B.R.T., *Miscellanea Patria*, 53 n.º 11, s. f.

<sup>860</sup> Abogado, poeta y dramaturgo piamontés, Raiberti compuso en 1697 una obra titulada *Il trionfo della pace*, con motivo de la firma de la Paz de Turín y las bodas de la duquesa de Borgoña. RAIBERTI, L.: *Il trionfo della pace*. Mondovì, 1697. B.N.F., Rcihelieu, 8-RA5-1365.

<sup>861</sup> *Alla Cattolica Maestà della Regal Infante Maria Gabriella di Savoia, Augusta Sposa della Cattolica Maestà di FILIPPO QUINTO Rè delle Spagne. Augurij di felice Partenza. ODA composta dell’Avocate GIO. LUDOVICO RAIBERTI, sotto gli Auspicij dell’Illmo. & Eccellmo. Signr. ANGELO CARLO MAURIZIO ISNARDI DE CASTELLO. Marchese di Caraglio...* Niza, s. a. [1701]. B.R.T., Miscelánea siglo XVIII, G423, pp. 3-4.

<sup>862</sup> *Ibidem*, p. 3.

<sup>863</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>864</sup> *Ibid.*, p. 7.

ejércitos borbónicos), giraron igualmente los festejos musicales representados ante María Luisa en Antibes y Port d'Agay, a los que Monsieur Gordon puso letra y Monsieur Reybaud música. El primero de ellos estaba ambientado en el viaje de la reina hasta España. En su trama participaban Cupido y los dioses de mar y los vientos: Neptuno, Céforo y Eolo, acompañados de un coro compuesto por treinta cantantes y ocho músicos (violones, violas y flautas), cuyas partituras eran sostenidas por niños vestidos a la turca. La representación daba inicio con Amor-Cupido, que conducía a María Luisa hacia un destino pleno «des plaisirs les plus doux», en actitud de reclamar a las deidades marinas que calmasen las aguas. Enterado Neptuno, dios de los mares, querría tomar él mismo a la reina por esposa, al ser consciente de la belleza de su rostro, el brillo de sus ojos y lo agradable de su talle: «Rien de si beau ne brille dans les cieux». En respuesta, Cupido le advertía que María Luisa estaba destinada a un esposo cuya dignidad superaba a la de la deidad, un «Monarque puissant [qui] regne dans les deux Mondes» y cuyo abuelo, Luis XIV, sería «plus grand que tous nos Dieux». Una soberana que a su belleza unía una ensalzada genealogía, puesto que era descendiente «d'un Maison si fertile en Héros». Hija de un padre cuyo nombre era presagio de Victoria y que, armado por dos poderosos monarcas, «va laisser d'Illustres marques/ de sa valeur à la Posterité!»; y cuya madre no era otra que «la digne nièce du Grand LOUIS». «Jamais on ne vit souveraine -continuaba Cupido- unir plus de douceur à plus de Majesté.» Ante semejantes argumentos, Neptuno no podía menos que inclinarse ante Felipe V, «ce Roy plein de gloire», y favorecer con su protección la travesía de la reina: «Voyez en liberté (...). / De mon ressentiment vous n'avez rien à craindre (...). / Je ne trouveray point les flots (...).»<sup>865</sup>

La segunda de las composiciones, una oda recitada por Monsieur Gordon en Port d'Agay, incidía de forma más precisa en la coyuntura bélica en la que se celebraban las bodas reales y en el papel de la reina como pacificadora. Así, al igual que el arcángel Gabriel había anunciado a la Virgen la venida del Salvador, María Luisa, que portaba el mismo nombre, anunciaba la venida de la paz: «Les Sages disoient sans cesse/ Que cette aimable Princesse,/ finiroit tous nos malheurs (...),/ Seule elle en a la louange,/ Et portant le nom d'un Ange./ Elle nous donne la Paix.» Una anhelada paz que «quelques peuples jaloux» no podrían alterar. Bastarían dos campañas allende los Alpes de Víctor Amadeo II y «leur troupe sanguinaire» para restablecer el orden. Si

---

<sup>865</sup> El *Idilio* completo se encuentra recogido en MG, noviembre de 1701, p. 256-262.

estas no eran suficientes, la reputación de Felipe V, el único que merecía el sobrenombre de Católico, descendiente de tantos héroes, heredero del valor, la sabiduría y la clemencia del gran Luis, contribuiría a desarmar a sus enemigos: «L'Autriche trompée par le conseil des flatteurs/ n'attendras pas son épée/ pour abjurer ses erreurs.» En consecuencia, María Luisa podía avanzar tranquila para disfrutar en compañía de su esposo de un próspero destino. Ella y Felipe V, junto a sus hermanos, habrían de contribuir a extender la raza de los Borbones sobre todos los tronos del mundo.<sup>866</sup>

Para finalizar, podemos observar ciertas variaciones en el discurso propagandístico del matrimonio real durante la etapa francesa del trayecto. En concreto, las referencias a la unión dinástica entre Francia y la Monarquía Hispánica, así como al papel de Luis XIV como cabeza de la Casa de Borbón, fueron más visibles en la etapa francesa que en el tramo anterior. Desgraciadamente, el *Mercure Galant* solo describe las decoraciones que se dispusieron en el patio de honor de la residencia del gobernador de Marsella, en el que destacaba una pirámide dorada de gran tamaño, sostenida por los leones coronados de Castilla, en cuya parte central descansaba una escultura de la Victoria que portaba los retratos de Luis XIV y Felipe V bajo la misma corona. En el mismo palacio, bajo el dosel en el que se ubicaba el trono de María Luisa, de terciopelo carmesí tejido en hilo de oro, se dispusieron los retratos de los reyes de Francia, España y el gran delfín, junto a los de los duques de Borgoña y Berry, todos ellos acompañados de trofeos militares símbolo de las victorias, obtenidas y por obtener, en el campo de batalla.

*-La legacía del cardenal Archinto y el acto de entrega de la reina:*

Clemente XI expresó su intención de designar un legado *a látere* con objeto de cumplimentar a la reina poco después de la firma de las capitulaciones matrimoniales.<sup>867</sup> Habida cuenta del contexto de Guerra de Sucesión en el que se celebraron los esponsales de Felipe V, el gesto del pontífice estaba cargado de una notable significación. La postura del Papa tras la muerte de Carlos II se había caracterizado por la indeterminación. Contrario a decantarse abiertamente por cualquiera de los pretendientes a la sucesión habsbúrgica, desarrolló una política basada en la ambigüedad. En este sentido, al tiempo que negó a Felipe V la tradicional

---

<sup>866</sup> La *Oda* completa en *Ibidem*, pp. 273-280.

<sup>867</sup> Consulta del Consejo de Estado a Felipe V. Madrid, 8 de agosto de 1701. A.H.N., E., leg. 2793.

investidura del reino de Nápoles, Clemente XI no tuvo ningún empacho en emitir un breve pontificio en el que le otorgaba el título de Rey Católico. Como tampoco en dispensar honores de soberana a su futura esposa, a quien los partidarios de la Casa de Austria no reconocían otro rango que el de duquesa de Anjou. Desde estas perspectivas, la importancia de las muestras de consideración del Santo Padre hacia María Luisa radicaba en que, a un más amplio espectro, podían ser entendidas como un avance hacia el definitivo reconocimiento pontificio del candidato borbónico como legítimo monarca hispano. Una situación que no pasó desapercibida a la corte de Viena que, por medio de su embajador en Roma, conde de Lamberg, elevó una protesta formal en respuesta a las disposiciones papales.<sup>868</sup>

El gobierno español comenzó a organizar los preparativos para la legacía a comienzos de agosto de 1701. Con el fin de no dilatar el viaje de la soberana hasta Barcelona, se estipuló que la recepción del enviado papal había de producirse antes de que esta abandonase Italia. La elección del lugar en el que el cardenal había de ser recibido por María Luisa constituyó un problema. Al no reconocer la corte de Roma el *trattamento reale* a los soberanos saboyanos, resultaba impracticable que su enviado fuera presentado a la duquesa de Saboya y a Madame Royale. En este sentido, el inconveniente estribaba en que si bien Archinto podía tratar a la duquesa Ana de Alteza Real, rango que ostentaba por su nacimiento como Nieta de Francia, no podría hacer lo mismo con su suegra, a la que habría de dirigirse con el tratamiento de Alteza Serenísima. Debido a ello, se desestimó la opción más normal, que habría sido la de ejecutar la legacía en Turín. Por el contrario, los embajadores de las Dos Coronas en Roma, Uceda y Janson, pensaron en Niza, emplazamiento que en su opinión reunía todos los requisitos adecuados para el discurrir de la función. A saber: su importancia en el conjunto de territorios que conformaban el estado saboyano, la cercanía al lugar de las galeras que habían de trasladar a la reina hasta España, fondeadas en el cercano puerto de Villafranca, y lo más importante, que la duquesa Ana y Madame Royale no avanzarían hasta allí, con lo que se eludirían las dificultades generadas por el encuentro entre ambas y el legado. Finalmente, se estableció que las autoridades españolas habían de agasajar a Archinto a su paso por el estado de Milán, correspondiendo a Víctor Amadeo II rendirle los honores debidos a su dignidad de legado pontificio durante su trayecto por tierras saboyanas.

---

<sup>868</sup> Sobre la actitud del pontífice durante los inicios de la Guerra de Sucesión, véase, OCHOA BRUN, M. A.: *Embajadas rivales...*, pp. 21 y ss.; MARTÍN MARCOS, D.: *El Papado y la Guerra...*, pp. 56-81.

Dado que había de celebrarse en los límites fronterizos del estado saboyano, la organización de los aspectos ceremoniales de la legacía corrió a cargo del conde de Montemarzo, por parte de la corte de Turín; el abad Chiaponi, en calidad de maestro de ceremonias del Papa, y el conde Scoti, en representación del marqués de Castel-Rodrigo. Con vistas a evitar problemas protocolarios, se estipuló que el acto debía reproducir el ceremonial que la corte madrileña había establecido en 1649 para la misión del cardenal Ludovisi ante Mariana de Austria. Al mismo, se añadió una adenda que contenía ciertas instrucciones sobre el papel que los cortesanos piemonteses habían de desempeñar durante la ceremonia, junto a otras medidas destinadas a regular sus diferentes fases. En este sentido, la corte saboyana determinó que el marqués de Sales debía tomar el grado de embajador de la reina ante el legado; el conde de Montemarzo el de introductor de embajadores y el conde Balbiano y el marqués de San Giorgio los de mayordomo y mayordomo mayor, dignidades que ambos ya ostentaban durante el viaje. De la misma manera, se previó que la soberana había de enviar a Archinto seis alabarderos para que le sirvieran durante toda su estancia en Niza y un destacamento de cien hombres, con sus respectivos oficiales, que debían escoltarle en todos sus desplazamientos. Por último, el documento determinaba las competencias adjudicadas a las autoridades civiles y religiosas de la ciudad, junto a los diferentes honores que debían tributarse al cardenal.<sup>869</sup>

Con estas primeras disposiciones presentes, la reina y Archinto dieron inicio a sus respectivos viajes. No obstante las prevenciones llevadas a cabo, la legacía estuvo a punto de constituir un palmario fracaso a causa de la actitud de Víctor Amadeo II hacia el Papado. Lo cierto es que los problemas del duque de Saboya con la Santa Sede venían de tiempo atrás. La política regalista del gobierno saboyano, sus iniciativas en materia de libertad religiosa y sus ataques a las exenciones fiscales del clero, habían enrarecido sobremanera las relaciones entre Turín y Roma desde el pontificado de Inocencio XII. Una tensión que iría *in crescendo* con el nuevo pontífice, Clemente XI, cuya persistente negativa a reconocer el *trattamento reale* a Víctor Amadeo II motivó

---

<sup>869</sup> Que seguían puntualmente los criterios seguidos durante la estancia de Ludovisi en Milán en 1649. “Regolamento stabilito per [il] ricevimento del Sr. cardinale Archinto, Legato in Nizza, fatto da S. M. Cattolica quale perquest’atto si costituisce cognita ò sia in Publico”, en B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fols. 152 y ss. Cit. por ROSSI, G.: “Maria Luigia Gabriella di Savoia...”, en *Miscellanea di Storia Italiana*. Terza Serie. Tomo II. Turín (1895), pp. 368-369. La traducción al castellano en UBILLA, Libro II, pp. 315-317; también “Traducción de la relación del ceremonial que se observó...”, en A.H.N., E., leg. 2793.



que este retirase a su enviado de Roma y se negara a recibir en la corte de Turín al nuevo nuncio.

Así las cosas, las intrigas de Uceda y Janson con el fin de evitar que el Papa se desdijera de sus intenciones iniciales respecto a la legacía no hicieron sino comprometer aún más la situación. En este sentido, ambos diplomáticos decidieron pasar por alto el mutismo que el soberano saboyano mantenía ante los preparativos de la ceremonia en sus estados y, unilateralmente, acordaron representar al Pontífice, en nombre del duque, la gratitud con que este acogía el honor que la curia romana dispensaba a su hija, “sin alargarse a discurrir en la materia.” A través de semejante subterfugio, los representantes de las Dos Coronas perseguían ganar tiempo y forzar a Víctor Amadeo II a cumplir con el ceremonial estipulado por medio de una política de hechos consumados. Como quiera que Clemente XI no terminaba de confiar en las vagas promesas de los representantes de Felipe V y Luis XIV, dispuso que Archinto viajase de incógnito hasta Niza, lo que mantenía al legado a salvo de posibles “desaires” protocolarios.<sup>870</sup> Ahora bien, lo endeble de la argucia tramada por Uceda y Janson quedó de manifiesto cuando el cardenal arribó a las afueras de Niza el 20 de septiembre de 1701. Ese mismo día, después de instalarse en el Monasterio de San Poncio de Cimiez, a escasos kilómetros de la ciudad, fue informado por Castel-Rodrigo de que el duque no había dado instrucciones para que se le recibiera en calidad de legado pontificio. En ese momento, Archinto fue consciente de que la mediación del cardenal Janson y el duque de Uceda no había sido sino un intento por guardar las apariencias. Conforme a las disposiciones de Clemente XI, había viajado de incógnito con la seguridad, suscrita por ambos diplomáticos, de que Víctor Amadeo II se avendría finalmente a emitir las órdenes necesarias para la ejecución de la ceremonia<sup>871</sup>, tal y

---

<sup>870</sup> Para los pormenores de la actividad hispanofrancesa en torno a la legacía de Archinto, véanse, las misivas del príncipe de Vaudemont al duque de Uceda y de éste a Felipe V, fechadas en Milán y Roma, el 8 de agosto de 1701; también la Consulta del Consejo de Estado al rey, sin fechar (pero posterior al 8 de agosto puesto que va acompañada de las cartas anteriormente citadas). A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>871</sup> En la carta que envió a la reina, Archinto exponía sin ambages su indignación ante la situación que vivía, de la que culpaba abiertamente a Janson y a Uceda: “aviéndome su Santidad mandado con afectuosísima solicitud, el que yo passasse luego totalmente incógnito à Niza, sobre la seguridad que avía recibido del Cardenal Janson y del Duque de Uceda, Ministros principales de las dos Coronas en Roma, de que se me haría en esta Ciudad el recibimiento conforme al Ceremonial practicado en todas ocasiones, me puse inmediatamente en camino por las postas, atropellando el evidente riesgo de mi salud, con la cabal satisfacción de alcançar la dicha de resignar à Vuestra Magestad los más rendidos obsequios de mi empleo (...). A mi arribo, hallo la impensada novedad, que me participa el Marqués de Castel-Rodrigo, que estos Ministros le dizen no tener órdenes del Señor Duque padre de Vuestra Magestad, para recibirme en calidad de Legado, lo que parece increíble y se opone directamente à las fixas aserciones de los dichos cardenal Ianson, y Duque de Uzeda, y de otros mInistros del mismo Señor

como expuso a la reina en una misiva en la que expresaba “(...) el grave sentimiento (...) que tendrá su Santidad en ver malogradas las más singulares demostraciones, que como Sumo Pontífice (...) podría dár á Vuestra Magestad (...)”.<sup>872</sup>

Ante el temor de que el cardenal tomara la decisión de regresar a Milán sin haber sido recibido por María Luisa, Castel-Rodrigo y los miembros del séquito de la soberana buscaron un emplazamiento neutral para que el cardenal ejecutara su función. Entre los lugares barajados el conde du Luc propuso Antibes, en Francia, mientras que el propio marqués se decantó por celebrar la ceremonia en la capitana de Nápoles. Ambas proposiciones fueron rechazadas por Archinto. La primera de ellas porque le obligaba a salir de Italia y la segunda, por prohibición expresa del Papa, que consideraba la recepción de su legado en los navíos del rey de España como una falta de respeto hacia su dignidad como príncipe de la Iglesia. Frente a las negativas pontificias, el príncipe de Mónaco planteó recibir al cardenal en sus estados, fronterizos al ducado de Saboya, “con todo el posible ceremonial y veneración.” Una propuesta que Archinto aceptó, pero que presentaba el inconveniente de hacer retroceder a la reina diez millas y retrasar aún más su viaje hasta España. Justo cuando comenzaban a iniciarse los preparativos para el desplazamiento de los cortejos de la soberana y el cardenal hasta Mónaco, el duque terminó por ceder a las instancias de las cortes francesa y española. El 24 de septiembre de 1701, por medio de su esposa, la duquesa Ana, regente del ducado durante su ausencia en el frente militar, remitió órdenes para que Archinto fuera recibido oficialmente conforme a su carácter de legado papal.

La recepción del cardenal se celebró finalmente dos días después. En esencia, se trataba de una ceremonia estrictamente codificada que se componía de dos actos: la entrada pública del legado en la ciudad en la que se desarrollaría el acto y las audiencias de la soberana. Estas últimas eran tres: presentación, bendición y entrega de regalos, que en el caso de María Luisa se desarrollaron, como hemos avanzado, conforme al ceremonial diseñado para Mariana de Austria en 1649.<sup>873</sup>

Según lo dispuesto con anterioridad, la mañana del 26 de septiembre el cardenal envió a Niza a los condes Archinto y Soncio con el fin de informar a la soberana tanto de su próxima entrada en la ciudad como de los pormenores de la misión que el Santo

---

Duque Padre de Vuestra Magestad.” Cardenal Archinto a la reina de España. Monasterio de San Poncio, 20 de septiembre de 1701, recogida en UBILLA, Libro II, p. 307.

<sup>872</sup> El mismo a la misma. *Ibidem*, pp. 307-308.

<sup>873</sup> “Traducción del ceremonial que se observó con el cardenal á latere q fue a llevar la bendición pontifical a la Sra. D.<sup>a</sup> Mariana en Milán en el año de 1649.” A.H.N., E., leg. 2793.

Padre le había adjudicado. A semejante muestra de cortesía, la reina respondió por medio de su *chevalier d'honneur*, marqués de Sales, que se trasladó hasta el Monasterio de San Poncio con objeto de cumplimentar a Archinto en su nombre. Acompañaban al marqués 50 guardias suizos que debían escoltar al cardenal durante su marcha. A ellos se sumó también un cuerpo de infantería que, con el mismo propósito, fue remitido por el gobernador del lugar, marqués de Caraglio.<sup>874</sup>

El legado papal efectuó su entrada junto a un nutrido acompañamiento que reproducía la estructura del séquito que en 1649 dispusiera el cardenal Ludovisi para la misma ceremonia ante Mariana de Austria.<sup>875</sup> Abrían la comitiva dos correos y 50 soldados de infantería seguidos por 24 mulas, que portaban los enseres personales del cardenal, 8 ayudas de cámara vestidos de oro y plata, un caballerizo, un mayordomo, cuatro capellanes y un heraldo. A continuación venían los miembros de mayor importancia del cortejo cardenalicio: doce canónigos y el auditor de la catedral de Milán, un oficial de la cancellería pontificia, dos maceros, el maestro de ceremonias pontificio con el introductor de embajadores de la reina, un crucífero y otros dos ayudas de cámara. Precedido por 24 palafrenes en los que viajaban diferentes miembros de su servidumbre vestidos de librea y escoltado por las guardias suizas de la reina, marchaba el cardenal sobre una mula blanca cubierta por una gualdrapa de damasco, oro y plata. Dos oficiales sujetaban sus bridas y portaban el capelo cardenalicio. Inmediatamente después cabalgaban el marqués de Sales y el arzobispo de Novara. Por último, flanqueadas por dos camareros de honor del Papa, avanzaban la carroza de respeto de la reina, la litera y la silla de manos de Archinto, sostenidas por ocho porteadores. El cortejo lo cerraba otro grupo de soldados del destacamento enviado por Caraglio.<sup>876</sup>

En medio de las salvas de artillería disparadas desde la ciudadela, el acompañamiento del cardenal se encontró a las puertas de Niza con el conde Lascaris, en cuya quinta había de alojarse. Una vez atravesó el puente levadizo de la *Pairoleira*, Archinto fue homenajeado por las autoridades civiles y religiosas del lugar. Ocho de sus principales potentados, incluido el síndico, sostenían el baldaquino “di tella d'argento” bajo el que el cardenal había de realizar su entrada. Tras besar este la Santa

---

<sup>874</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 155r.

<sup>875</sup> “Traducción de la relación del ceremonial que se observó...”, en A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>876</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fols. 155r. y v.; ROSSI, G.: “Maria Luigia Gabriella di Savoia...”, en *Miscellanea di Storia Italiana*. Terza Serie. Tomo II. Turín (1895), p. 361.

Cruz que portaba el arzobispo de Niza, Monseñor Provana, el cortejo enfiló las principales calles de la ciudad, adornadas para la ocasión con tapices, emblemas y flores que las diferentes relaciones del acontecimiento no describen. Ya en la catedral de Santa Reparata, después de que Archinto adorara el Santísimo Sacramento y publicara las debidas indulgencias en nombre el Pontífice, tuvieron lugar un *Te Deum* y un besamanos.<sup>877</sup>

Finalizadas las solemnidades religiosas, en la carroza de respeto de la reina y acompañado por las guardias suizas y el marqués de Sales, el cardenal se dirigió al palacio de la soberana para asistir a la primera de sus audiencias. Según estipulaba la etiqueta, Archinto fue recibido por el introductor de embajadores, conde de Montemarzo, que junto al mayordomo, conde Balbiano<sup>878</sup>, le condujeron hasta la antecámara de la soberana. Allí les aguardaba el mayordomo mayor, marqués de San Giorgio, que había de unirse al cortejo y escoltar al legado hasta la presencia de la reina. María Luisa recibió al cardenal en su cámara de parada, sentada en un trono ubicado en una “tarima” bajo un dosel rodeado por una balaustrada. Después de que San Giorgio le anunciase, Archinto ejecutó la primera de las tres reverencias de rigor, tras la cual, la reina avanzó hasta la mitad del estrado en el que se encontraba, lugar elegido para que este realizase la segunda de sus inclinaciones. Cerca ya de la balaustrada que circundaba el dosel, el cardenal hizo la última de las reverencias. En ese momento, la reina le ofreció por medio de Balbiano una silla de manos para que se sentase, indicador que denotaba el comienzo de la audiencia. Durante el primero de sus encuentros con la soberana, Archinto le hizo entrega de un breve papal que esta besó con fervor. A decir de la relación oficial, a los cumplidos del legado la reina respondió “con ammirabile disinvoltura et ammirazione di Sua Eminenza”. Luego de departir brevemente con María Luisa, el cardenal fue presentado a sus damas por el marqués de San Giorgio, junto al que recorrió el resto del cuarto real. Concluida la ceremonia, retornó al palacio del conde Lascaris en la carroza de la soberana.<sup>879</sup>

---

<sup>877</sup> La reina presenció la entrada de Archinto en compañía de sus damas desde los balcones del palacio del arzobispo de Niza. “Relazione distinta dell’arrivo...”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38.

<sup>878</sup> Balbiano había de recibir al cardenal en la sexta grada de la escalinata que desembocaba en los aposentos reales. “Regolamento stabilito per ricevimento del Sr. cardinale Archinto...”, B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 153r.; “Traducción de la relación del ceremonial que se observó...”, en A.H.N., E., leg. 2793.

<sup>879</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fols. 157r.-158r.; ROSSI, G.: “Maria Luigia Gabriella di Savoia...”, en *Miscellanea di Storia Italiana*. Terza Serie. Tomo II. Turín (1895), p. 362.

Allí fue cumplimentado a continuación por Castel-Rodrigo y el gobernador de Niza, Caraglio. Terminadas ambas recepciones, Archinto envió a palacio a uno de sus mayordomos, el abad Andriani, con el fin de solicitar a la reina la segunda de sus audiencias. Esta se celebró a las cuatro de ese mismo día según el protocolo establecido para la anterior ceremonia. Durante su desarrollo, Archinto bendijo a María Luisa en nombre del pontífice “si per il suo viaggio, che per tutte le altri consolationi e fecondità”. Ya de regreso, el enviado papal recibió al conde Scoti, designado como mayordomo para la segunda parte del viaje, y al marqués de Castel-Rodrigo, quienes le entregaron en nombre de su señora una rosa de diamantes valorada en 4000 escudos.<sup>880</sup>

La tercera y última de las audiencias se llevó a cabo a la una de la noche. De acuerdo con la tradición, era en esta ceremonia en la que el legado se despedía de la soberana y le entregaba los presentes con los que el pontífice le obsequiaba. En el caso de la esposa de Felipe V consistieron en la Rosa de Oro, unas reliquias del cuerpo de Santa Adeodata envueltas en una tela de brocado y una caja de cristal de roca, esmalte y jaspe repleta de *Agnus Dei* y medallas de crisólito.<sup>881</sup> Asimismo, el cardenal obsequió a algunos de los miembros de la Casa de la reina con otros regalos, ostentosos aunque de menor significación y valor. A los de mayor jerarquía (marqués de Sales, conde de Montemarzo, Madame de Noyers...), les hizo entrega de cajas de diverso tamaño con filigranas de oro que contenían piezas de chocolate de España, pares de guantes, medallas, cruces de Caravaca e indulgencias. A los criados menores, les correspondieron medallas bendecidas por el Papa y a cada uno de los soldados suizos que le sirvieron, seis escudos de oro.<sup>882</sup>

Al día siguiente, por la mañana, el conde Archinto se despidió de María Luisa en nombre de su tío. Poco después, esta envió al palacio Lascaris al conde de Montemarzo y al marqués de Sales, junto a su carroza de respeto, con la misión de escoltar al legado papal hasta las afueras de la ciudad. Precedido de su crucífero, buena parte de la nobleza local, 30 infantes que actuarían a modo de guardias de *corps*, las

---

<sup>880</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 159v.

<sup>881</sup> ROSSI, G.: “Maria Luigia Gabriella di Savoia...”, en *Miscellanea di Storia Italiana*. Terza Serie. Tomo II. Turín (1895), p. 362. María Luisa envió la Rosa de oro y el cuerpo de Santa Adeodata a la Capilla del Santo Sudario. En cuanto a las medallas, las distribuyó entre la condesa de Berteng, dama de su madre, el Padre Valfré, capellán de la corte de Turín y director espiritual de Víctor Amadeo II, y las monjas del santuario delle Grazie de Chiari, en Brescia. La reina de España a la duquesa Ana. Niza, 26 de septiembre de 1701. A.S.T., LPD, Mazzo 26.

<sup>882</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 159v.

guardias suizas y la comitiva designada por la reina, el cardenal abandonó el lugar bajo palio seguido por la carroza de la soberana, dos soberbias literas de terciopelo negro e hilos de oro y el resto de su séquito con libreas confeccionadas en los mismos materiales. En la Iglesia de San Juan Bautista, de los Agustinos Descalzos, escuchó misa y, a la hora de comer, llegó al Monasterio de San Poncio, donde el cardenal permaneció hasta el 29 de septiembre en que regresó a Milán y dio por concluida la misión que Clemente XI le adjudicara.<sup>883</sup>

Ejecutada la legacía, el 27 de septiembre de 1701 tuvo lugar el acto de entrega de la reina. La remisión de una princesa extranjera a las autoridades de su futuro reino suponía uno de los acontecimientos de mayor solemnidad en un matrimonio real, puesto que, en palabras de Río Barredo, simbolizaba la culminación de la alianza dinástica recién establecida.<sup>884</sup> Un rito de paso o “ceremonia de frontera”, por el que la desposada pasaba jurídica y formalmente de manos de los representantes de su patria nativa a las de sus futuros súbditos, que en adelante quedaban encargados de su custodia.

El acto de entrega de María Luisa de Saboya se caracterizó por su relativa sencillez. Efectuado en un puente construido «exprés pour cette effet», levantado entre la playa de Niza y el mar, donde se encontraban las galeras que habían de trasladarla a España, en cada uno de los extremos se situaron las respectivas comitivas que protagonizaron la ceremonia. La piemontesa en la parte que se ubicaba sobre la tierra y la española, en la que daba al mar. En el centro del mismo, se dispuso una mesa sobre la que se colocó el acta de entrega, firmada en primer lugar por Castel-Rodrigo y Dronero, embajadores de Felipe V y Víctor Amadeo II, seguidos por los testigos designados por las cortes de Madrid y Turín a tal efecto: los condes Salmatoris (presidente del Senado de Niza) y Lemos, los marqueses de San Giorgio y Tana, el conde Scoti y el secretario de Felipe V, Don Francisco Soriguera, tras lo cual el Senado de Niza refrendó el documento. Inmediatamente después, la reina se despidió de los piemonteses que habían de regresar a Turín. Flanqueada por Castel-Rodrigo y el conde Scoti, que ejercería como mayordomo mayor durante la siguiente etapa del viaje,

---

<sup>883</sup> *Ibidem*, fols. 160r. y v. La reina agradeció la entrega de la Rosa de oro al Papa por medio del príncipe de Santo Buono, de la familia Caracciolo, enviado a Roma en calidad de embajador extraordinario.

<sup>884</sup> Para un ejemplo de la complejidad que podía revestir este acto, véase, RÍO BARREDO, M. J.: “Imágenes para una ceremonia de frontera. El intercambio de las princesas entre las cortes de Francia y España en 1615”, en PALOS, J. L. y CARRIÓN INVERNIZZI, D. (dirs.): *La historia imaginada. Construcciones visuales del pasado en la Edad Moderna*. Madrid, 2008, pp. 153-182

María Luisa se encaminó hasta la capitana de Nápoles, en cuya entrada fue recibida por la princesa de los Ursinos.<sup>885</sup> Embarcada la soberana, el cortejo partió de Niza en medio de las salvas de artillería disparadas desde su ciudadela, contestadas por las de la escuadra francoespañola dispuesta en orden de batalla.<sup>886</sup>

### **Llegada a España: el incidente de Figueras.**

Los primeros momentos de María Luisa de Saboya en España estuvieron dominados por la mala impresión que causó su reacción ante el licenciamiento de la servidumbre piamontesa, que cristalizó en el conocido como “incidente de Figueras”. En la primera mitad del siglo XVIII el duque de Saint-Simon refirió este jugoso episodio con la mordacidad que caracteriza la totalidad de sus conocidas *Mémoires*. Según informa el aristócrata francés, después de la ratificación del matrimonio de los reyes tuvo lugar un banquete en el que la mitad de los platos fueron cocinados a la francesa y la otra mitad a la española. Descontentas ante las preferencias gastronómicas de los soberanos, las damas encargadas de servir la mesa real se las ingeniaron para presentar ante sus señores únicamente las viandas preparadas a la manera de España. Una desagradable escena que Felipe V y su esposa habrían presenciado en silencio, sin inmutarse. Ahora bien, al terminar de cenar, «ce qui avait été retenu pendant le souper, débonda». «Comme un enfant qu'elle était» y creyéndose perdida al cuidado de «dames si insolentes», María Luisa rompió a llorar. Profundamente afligida, reclamó el retorno de sus criadas saboyanas despedidas en Perpiñán. Cuando la princesa de los Ursinos contestó que ello no era posible, la soberana manifestó su intención de regresar a Turín y se negó a recibir a su marido, quien la aguardaba impaciente y desnudo en una cámara próxima. A decir del duque, la princesa, el conde de Marcin y el marqués de Louville debieron hacer uso de toda su capacidad de persuasión hasta que María Luisa «consentit à demeurer reine». La noche siguiente fue un indignado Felipe V, aconsejado por el duque de Medinasidonia y el conde de Santisteban, quien se negó a recibir a su mujer. La postura del monarca terminó por reducir la altanería y obstinación de la soberana: «le soir, la reine fut affligée: sa gloire et sa appetite vanité furent blessées». Finalmente el tercer día, restablecido el orden y amonestadas

---

<sup>885</sup> “Memoria sulla conclusione ed effettuazione del Matrimonio della Principessa Maria Ludovica Gabriela di Savoia col Re di Spagna Filippo V”, en A.S.T., *Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38; “Acto de las entregas de la Reyna Ntra. Señora al Marqs. de Castel Rodrigo”, en A.G.P., *Histórica*, caja 20, exp. 22..

<sup>886</sup> B.R.T., *Cerimoniale di Corte*, Robbio, fol. 163r.

severamente las damas de palacio que habían participado en la intriga del banquete nupcial, los reyes habrían consumado su matrimonio. «Le troisième jour fut tranquille, et la troisième nuit encore plus agréable (...)».<sup>887</sup>

Como puede apreciarse, el testimonio de Saint-Simon incide en los aspectos más picantes de un episodio que reduce a la categoría de anécdota y en el que se observa un interés por exculpar a la reina de todo lo sucedido. Así, el duque insiste en que habrían sido la juventud de la soberana, pero sobre todo el proceder de sus servidoras españolas, los factores que habrían precipitado el desarrollo de una escena que no habría tenido mayores consecuencias.

La lectura de la correspondencia privada y diplomática cursada a la sazón entre las cortes de Madrid, Versalles y Turín permite matizar un tanto la narración del cortesano francés, por otro lado la más conocida y divulgada de este episodio. Pero también, profundizar en los motivos que habrían llevado a la soberana a comportarse como lo hizo. Una actitud inapropiada que comprometió la imagen pública de la reina y cuyo origen no estuvo ligado por completo a la animosidad mostrada por sus damas. En palabras de la princesa de los Ursinos, testigo presencial de los acontecimientos, el “incidente de Figueras” se habría desarrollado en dos fases. La primera de ellas en Perpiñán, al ser informada la reina del licenciamiento de su Casa piemontesa. Tan inesperada noticia provocó en María Luisa un fuerte disgusto: «Cette nouvelle - escribió Ursinos- la mit proprement au désespoir. Elle ne voulut point souper et elle passa presque toute la nuit à pleurer (...)».<sup>888</sup> Con el fin de calmar a su señora, la princesa solicitó la intercesión de Madame de Noyers y el confesor real, abad del Maro. A partir de ahí su crónica de los acontecimientos revela sin ambages la verdadera opinión que albergaba de dichos sujetos. Según confesó Ursinos a Torcy, lejos de sosegar a la soberana, Noyers y del Maro habrían hecho todo lo contrario: «(...) La dame [Noyers] est une femme intéressée qui croyoit s'enrichir beaucoup en Espagne et l'autre [del Maro] qui avoit ses veües aussy ne peut cacher la douleur qu'il avoit de voir ses desseins eschotiez. La première me dit en présence de la reine que ce coup venoit de France et le bon père parla si mal qu'ayant trouvé le moyen de le faire sortir de la chambre de la Reine, ie ne luy permis plus d'y rentrer.»<sup>889</sup>

---

<sup>887</sup> SSBL, t. IX, pp. 106-109.

<sup>888</sup> Ursinos a Torcy. Figueras, 4 noviembre de 1701. AA. EE. CPE., t. 94, fols. 37r.-v.

<sup>889</sup> La misma al mismo. Figueras, 4 de noviembre de 1701. *Ibidem*, fol. 37v.



La situación se complicó con la entrada en escena un día después del marqués de Siríé, embajador extraordinario del duque de Saboya, y el enviado piamontés, Operti, quienes criticaron ante la princesa la dureza de una medida que privaba a la reina de “toda persona de confianza”, dejándola exclusivamente en manos de una dama francesa.<sup>890</sup> Ofendida ante el discurso de ambos diplomáticos, Ursinos les negó el acceso a los aposentos reales y pasó el resto de la jornada tranquilizando a la soberana.

Los argumentos de la princesa contribuyeron a apaciguar a la reina, que recibió afablemente a su servidumbre española en Le Boulou tras despedir a sus últimas camaristas piamontesas.<sup>891</sup> Sin embargo, a la vista de los acontecimientos posteriores todo parece indicar que la serenidad de María Luisa no era más que aparente. El 3 de noviembre, como estaba previsto, se celebró en Figueras el desposorio de los reyes. Esa misma noche la reina ya dio muestras de su descontento frente a su esposo, al oponerse a admitirle en sus aposentos. Si este episodio no suscitó mayor gravedad a la sazón se debió a la intervención de la princesa de los Ursinos, quien atribuyó la actitud de su señora al cansancio del viaje.<sup>892</sup> Al día siguiente, se produjo el verdadero desencuentro de la pareja real, cuando María Luisa Gabriela de Saboya reclamó a Felipe V el retorno de sus servidores piamonteses. Al negarse el monarca a satisfacer sus deseos, se mostró dispuesta a regresar a Turín, para lo que solicitó una carroza.<sup>893</sup> Lo que sucedió a continuación es difícil de precisar a causa del silencio de las fuentes.<sup>894</sup> En sus siguientes misivas a Versalles, tanto el rey y la princesa de los Ursinos como Marcin se remitieron a los informes de viva voz que el marqués de Louville debía transmitir a la

---

<sup>890</sup> Operti defendería la licitud de su comportamiento ante la reina en Perpignan. En su correspondencia con el duque de Saboya, indicaría que había hecho cuanto había podido por calmar a la reina y animarla a realizar “questo primo gran sacrificio”. Ahora bien, de lo que no dudaba era de que la orden de renviar a los piamonteses, aunque emitida por Felipe V, había partido en realidad de la corte de Francia. Operti al duque de Saboya. Perpignan, 2 de noviembre de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>891</sup> Ursinos a Torcy. Figueras, 4 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 94, fol. 38v.

<sup>892</sup> «Je vous advoüeray cependant que ie pris la liberté de représenter au Roy que la Reine estoit très fatiguée et qu'elle avoit besoin de répos (...)» La misma al mismo. Figueras, 4 de noviembre de 1701. *Ibidem*, fol. 37r.

<sup>893</sup> Aluden a la pataleta de la reina y a su deseo por regresar a Turín las cartas de Luis XIV a Phélypeaux. Versalles, 18 de noviembre de 1701. AA. EE., CPS., t. 108, fols. 230v.-231r. Operti al conde de Vernon. Bujalaroz, 18 de diciembre de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 49. Lo que sí parece evidente es que el enfado de la reina apenas duró medio día gracias al buen hacer de la princesa de los Ursinos. Felipe V a Luis XIV. Barcelona, 21 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 94, fol. 146r.

<sup>894</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 4 y 29 de noviembre de 1701; Felipe V a Luis XIV. Figueras, 4 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 94, fols. 37r. y 125v. y 41r., respectivamente; Marcin a Luis XIV. Figueras, 5 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 282r.; Operti al duque de Saboya. Figueras, 4 de noviembre de 1701 y Barcelona, 14 de noviembre de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

corte francesa.<sup>895</sup> Algo similar se observa en los despachos que Operti expidió por las mismas fechas al duque de Saboya, en los que apenas se alude a los problemas conyugales de los monarcas.

No obstante, todos los personajes implicados en el suceso coinciden en situar lo ocurrido un día después de la ratificación del matrimonio de los reyes, y no como Saint-Simon, que lo ubica en la misma jornada. Además, ninguno de ellos menciona en sus cartas la escena del banquete nupcial<sup>896</sup>, lo que nos hace pensar que, de producirse, debió ser relatada por Louville al llegar a Versalles y que, en último término, no se consideró como un hecho determinante a la hora de esclarecer la conducta de María Luisa.<sup>897</sup>

En este sentido, para Luis XIV el verdadero desencadenante de la actitud de la reina habría radicado no en el comportamiento de sus damas españolas, sino en un billete que el marqués de Sirié entregó a la soberana en el momento en que esta partía a reunirse por primera vez con Felipe V. Un papel sobre cuyo contenido el soberano francés no se pronunció, pero que entendía habría inducido a la reina a exigir de su esposo el regreso de los piemonteses.<sup>898</sup> Por su parte, en su correspondencia con el conde de Vernon, embajador saboyano en París, Operti desmintió el testimonio del rey

---

<sup>895</sup> El marqués había sido designado por Felipe V como enviado extraordinario ante la corte de Versalles con el fin de rendir cuenta de su matrimonio al gobierno francés.

<sup>896</sup> No sólo silenciarían todo lo relativo al comportamiento de la reina los principales testigos de lo acontecido en Figueras, sino también el marqués de Louville. Las *Mémoires* de éste último, que se deben al marqués du Roure, recogen el enfrentamiento de los reyes de forma muy somera. Para Roure, los problemas conyugales de Felipe V habrían estado motivados por una “conversación política” sugerida a la reina por el duque de Saboya y cuyo objeto último habría sido el de disuadir al rey de que partiera al frente italiano a la cabeza de sus tropas. *Mémoires*, I, p. 207. Como se verá más adelante, la correspondencia de la soberana con su familia en Turín desmiente la versión recogida en las *Mémoires* de Louville. En cuanto a Dangeau, en su no menos conocido *Journal* señala brevemente que la soberana habría mostrado su tristeza ante el reenvío de sus criados y que, en respuesta, el rey no habría dormido con ella la noche siguiente a la celebración de su matrimonio. Fontainebleau, sábado, 12 de noviembre de 1701. DANGEAU: *Journal du Marquis de Dangeau...*, VIII, p. 235.

<sup>897</sup> Se haría eco también del incidente del banquete nupcial el marqués de Sourches, aunque confunde a las damas españolas citadas por Saint-Simon con las piemontesas: «Les femmes piémontoises de la reine, qu'on avoit voulu congédier dès Perpignan, et qui avoient demandé en grâce d'aller jusqu'au lieu où le mariage seroit consommé, avoient eu l'imprudence de laisser tomber exprès tous les plats du service du souper qu'elles portoient, de sorte que le roi et la reine n'avoient rien eu à manger: ce qui avoit obligé le roi de les chasser sur le champ (...)» Fontainebleau, 21 de noviembre de 1701, recogido en SOURCHES, VII, p. 153. Otra percepción de lo ocurrido la aporta Madame la duquesa de Orléans en una de sus cartas a la duquesa de Hannover fechada poco después de la llegada de Louville a Versalles. Madame la duquesa de Orléans a la duquesa de Hannover. Versalles, 17 de noviembre de 1701. AMIEL, O. (ed.): *Lettres de la princesse Palatine...*, pp. 308-309. Si bien Madame critica a las mujeres del servicio español de María Luisa, no relaciona su actitud con la reacción de la soberana que, a su juicio, habría estado motivada por el despido de las damas piemontesas sin que se le advirtiera de ello previamente.

<sup>898</sup> Luis XIV a Phélypeaux. Versalles, 18 de noviembre de 1701. AA. EE., CPS., t. 108, fols. 230v-231r.

de Francia. Lógicamente, el diplomático defendió la reputación de María Luisa y sus compatriotas. A su juicio, la aflicción de la soberana se habría debido al precipitado despido de su servidumbre sin esperar si quiera a que llegaran a Barcelona y se encontraran con el monarca. Un comportamiento que la reina consideró poco respetuoso hacia gentes que “s’erano edduccate in servirla”. Las mismas razones habrían provocado la reacción de Sirié, sorprendido ante la imposición de una orden que consideraba excesiva y que, en último término, había sido tomada sin la anuencia de la corte de Turín. La postura del marqués era compartida por el propio Operti. Con sinceridad, este admitía que habría sido poco probable que se permitiera a Madame de Noyers instalarse en España, puesto que ello no satisfacía a la princesa de los Ursinos. No obstante, estimaba incomprensible la expulsión de Mademoiselle Vermet, la camarista de mayor confianza de la reina, una joven inocente “che non portava pericolo”.<sup>899</sup> Nada decía en lo que concernía al supuesto billete entregado a la soberana, si bien posteriormente la duquesa Ana reconoció su existencia, aunque alegó que este carecía del contenido que Luis XIV le adjudicaba.<sup>900</sup>

A nuestro juicio, la clave de cuanto pasó en Figueras se encuentra en las cartas que María Luisa envió a su madre durante su viaje hasta España. En sendas misivas dirigidas a su progenitora, observamos cómo ya en ese momento la reina habría manifestado su preocupación respecto al destino de su Casa piemontesa, al igual que su interés por que permaneciera junto a ella en Barcelona. Según escribió la soberana a finales de octubre:

«L'on dit que ma Maison [española] viendra au-devant de moi aux confins; mais je ne voudrais pas que cela fût cause que mes gens revinssent. Si j'en entends parler, je ferai tout mon possible pour qu'ils puissent venir jusqu'à Barcelonne; il serait bien fâcheux pour eux d'être venus jusque-là et puis de ne point voir le roi.»<sup>901</sup>

Enterada del dictamen definitivo de Felipe V, la reina se mostró aún más resuelta:

«L'on n'a pas voulu que personne vint avec moi jusqu'à Barcelone (...). J'espère que le roi me dédommagera de tout; je le verrai demain (...). Je

<sup>899</sup> Operti al conde de Vernon. Bujalaroz, 18 de diciembre de 1701. A.S.T., LMS., M. 49.

<sup>900</sup> Según la duquesa Ana, el billete entregado por Sirié a la soberana se trataba de una petición de la marquesa del Maro, que solicitaba la mediación de María Luisa para la concesión de un hábito de la orden de Malta a uno de sus hijos. Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 3 de diciembre de 1701. AA. EE., CPS., t. 108, fols. 286r.-v.

<sup>901</sup> La misma a la misma. 27 de octubre de 1701. A.S.T., LPD, Mazzo 26; cit. también por PEREY, L.: *Une reine...*, p. 73.

ne vous dis pas davantage, étant un peu étourdie de me trouver seule avec ces espagnoles.»<sup>902</sup>

Desde estas perspectivas, las afirmaciones de María Luisa evidencian que, al margen de la forma de obrar de sus damas españolas, si es que estas actuaron de manera hostil, estaba decidida a defender el regreso de sus criados saboyanos. Así, la causa principal del enfado de la soberana no habría sido otra que la de verse privada de su servidumbre y pasar al cuidado de un servicio español a cuyos miembros desconocía. Por otro lado, la frase: «J'espère que le roi me dédommagera de tout», revela que la reina albergaba la esperanza de que su esposo revocaría la medida ejecutada. Con probabilidad, al ver que Felipe V y su entorno se mantenían inamovibles en la decisión tomada, se sintió ultrajada, de ahí el posterior disgusto. Lo que es más difícil de desentrañar, dadas las contradicciones y silencios de la documentación, son la naturaleza de las instrucciones que los piamonteses recibieron del duque de Saboya y el papel que estos jugaron en el incidente de Figueras. Es decir, si recomendaron en algún momento a su señora que se revelara contra las órdenes de su marido, como pensaba Luis XIV, o si por el contrario esta actuó conforme a su propio criterio e impulsos.

\*\*\*\*\*

El viaje de María Luisa de Saboya hasta España se caracterizó por lo accidentado de su desarrollo. Según el plan inicial, el periplo de la reina había de dividirse en dos etapas: durante la primera de ellas, por vía terrestre, la soberana atravesaría el estado saboyano hasta Niza, lugar donde embarcaría en las galeras españolas y, escoltada por una escuadra francesa, navegaría hasta su destino definitivo, Barcelona. Sin embargo, pese a las prevenciones iniciales tomadas por las cortes de Madrid y Turín (en un principio Versalles no intervino en su organización), el trayecto se vio jalonado por diferentes problemas ceremoniales y organizativos que no solo alargaron de manera considerable su duración, sino que contra todo pronóstico obligaron también a alterar su itinerario.

Las dificultades de índole ceremonial mediatizaron la primera etapa del viaje. El interés de ambas dinastías por evitar los frecuentes conflictos de precedencia entre los diferentes miembros del séquito de la consorte (castellanos, piamonteses y franceses)

---

<sup>902</sup> La misma a la misma. 2 de noviembre de 1701. A.S.T., LPD, Mazzo 26; *Ibidem*, p. 79.

cristalizó en la adopción de un conjunto de medidas, como la equiparación de rangos, honores y prerrogativas, que resultaron efectivas y garantizaron la concordia entre los servidores, si bien no evitaron la mutua desconfianza entre ellos y el desarrollo de ciertas tensiones que no tuvieron mayor trascendencia. En este sentido, los problemas no procedieron tanto de la convivencia entre naturales de distintas naciones como de la fricción puntual entre las cortes de Madrid y Versalles, Turín y Roma en materias que afectaban de manera indirecta a la organización del viaje. En el primer caso, el conflicto provocado por Luis XIV al proponer que María Luisa de Saboya viajara hasta España a bordo de la escuadra francesa del conde du Luc, disponiendo de las galeras de Nápoles, Sicilia y el duque de Tursis para la defensa del reino partenopeo, donde acababa de descubrirse la conjura del príncipe de Machia, se zanjó con una solución de compromiso que satisfizo a ambas cortes. Sin embargo, la legación del cardenal Archinto, designado por Clemente XI para hacer entrega a la consorte de la Rosa de Oro, suscitaría inconvenientes de mayor gravedad, y de más difícil solución. En un contexto de conflicto sucesorio y enfrentamiento dinástico, la deferencia del pontífice hacia la soberana albergaba una notable significación que redundaba en la legitimidad de las pretensiones borbónicas a la corona española (lo que no pasó desapercibido en Viena). Debido a ello las cortes de Versalles y Madrid extremaron sus precauciones para la recepción del legado papal, que había de ejecutarse en Niza de acuerdo con el ceremonial estipulado con motivo de la misma efeméride en 1649. No obstante, ninguno de los gobiernos de las Dos Coronas valoraron, o decidieron pasar por alto (como lo hicieron Janson y Uceda), que la ceremonia se desarrollaría en tierras saboyanas y que, en último término, correspondía a Víctor Amadeo II disponer del ceremonial adecuado para recibir al legado pontificio. La oposición del duque a conceder a Archinto los honores debidos a su rango, negativa que respondía a la tensión que presidía a la sazón las relaciones entre Saboya y la Santa Sede, estuvo a punto de hacer fracasar la legacía. Finalmente, Víctor Amadeo II accedió *in extremis* a otorgar al cardenal el debido tratamiento, movido por las instancias de Madrid y Versalles y cuando ya se estaban barajando otros lugares para recibir al legado. Con todo, su posicionamiento inicial no solo retrasó el viaje de la reina y generó una polémica innecesaria entre la Casa de Borbón y la Santa Sede en un momento en el que las Dos Coronas aspiraban a obtener de Clemente XI el reconocimiento de Felipe V como rey de Nápoles; sino que también reveló otro de los inconvenientes derivados de

la alianza borbónico-saboyana: la necesidad de evitar que los conflictos entre el duque de Saboya y Roma afectasen a las relaciones diplomáticas del eje Versalles-Madrid con la corte pontificia.

El itinerario original estipulaba que la segunda etapa del viaje de María Luisa de Saboya debía realizarse por mar y de incógnito, lo que abreviaría la duración del trayecto y reduciría los costes del mismo. De acuerdo con el plan trazado, la soberana embarcó en Niza (en la capitana de Nápoles) después de que tuviera lugar el acto de entregas entre las autoridades saboyanas y las españolas. Sin embargo, los problemas de la consorte para adaptarse a la navegación obligaron pronto a alterar el recorrido. A despecho de las reticencias de Castel-Rodrigo, pero con el apoyo de la princesa de los Ursinos, María Luisa de Saboya obtuvo de Luis XIV los permisos y pertrechos necesarios para realizar el resto del trayecto por tierra, a través del sureste de Francia, lo que retrasó aún más su llegada a Figueras, donde se celebraría la misa de velaciones. Poco antes de atravesar la frontera, en Perpiñán, la reina fue informada del despido de su séquito piamontés, siendo servida en adelante por su Casa española, que se había trasladado a Le Boulou para recibirla. Tal disposición, impuesta según vimos por Versalles, dio lugar a un episodio que determinaría en buena medida la instalación de María Luisa de Saboya en España y su posterior proceso de adaptación: el incidente de Figueras. A día de hoy resulta difícil reconstruir lo sucedido en la localidad catalana dado el mutismo, la parcialidad y lo contradictorio al respecto de las fuentes conservadas. Conocemos los hechos que desencadenaron el incidente, así como la conducta de la reina durante su desarrollo, que Saint-Simon describió con su desenfado habitual. Empero, qué o quiénes impulsaron a María Luisa de Saboya a exigir al rey el retorno de su servidumbre continúa siendo objeto de hipótesis. Para Versalles, al igual que para los principales integrantes del *entourage* francés de Felipe V, la consorte habría actuado a instancias de la corte de Turín, que se apresuró a restar importancia a lo ocurrido. La correspondencia de la soberana tampoco es muy ilustrativa en este punto. No obstante, su contenido revela tanto las sospechas que la reina albergaba en cuanto al destino de su séquito antes de llegar a Perpiñán, como su pretensión de que el rey revocara la orden dictada. Es decir, el incidente de Figueras no fue resultado de un impulso de María Luisa (por ejemplo ante la osadía de sus damas españolas durante el banquete nupcial, como recoge el relato de Saint-Simon) sino más bien la consecuencia de una decisión que la soberana tomó con anterioridad a su encuentro

con el monarca. Que tal decisión le fuera sugerida por un tercero (algunos de sus criados piamonteses como sospechaba Luis XIV) es lo que no podemos precisar.

Pese a los conflictos ceremoniales, la alteración del itinerario previsto y el condesiderable retraso que ambas circunstancias provocaron, el resto del viaje de la consorte hasta España se desarrolló sin incidencias. Los actos públicos, religiosos e institucionales organizados a lo largo del estado saboyano y Francia para agasajar a María Luisa de Saboya fueron los habituales en este tipo de efemérides (recepciones con las autoridades civiles, religiosas y militares, *Te Deums*, banquetes, festejos musicales, danzas...), aunque su magnificencia varió tanto en función de la importancia de las localidades que acogían a la reina como en virtud del incógnito y la premura con los que realizó las últimas etapas del trayecto. Tampoco resultaron una novedad ni el simbolismo de estas solemnidades, manifestación de la lealtad de los diferentes territorios del estado saboyano a la Casa de Saboya y de la feliz unión de las ramas francesa y española de la Casa de Borbón, que María Luisa había de perpetuar; ni buena parte del mensaje que sugerían las celebraciones y arquitecturas efímeras dispuestas a lo largo del trayecto. En este sentido las referencias a las virtudes ideales de los desposados, a las esperanzas derivadas de las nupcias regias o a los gloriosos vínculos establecidos entre las Dos Coronas y el ducado de Saboya, constituían aspectos comunes en el discurso laudatorio de todo matrimonio real. Son de notar, sin embargo, algunas diferencias en la retórica empleada por una y otra dinastía: así por ejemplo mientras que las ciudades del estado saboyano tendían a ensalzar las gloriosas alianzas de la Casa de Saboya (en un intento por destacar el prestigio del ducado en la escena internacional), sin apenas aludir al estallido del conflicto sucesorio, la propaganda francesa no solo era más explícita en este punto, al insistir en la legitimidad de Felipe V como rey de España y profetizar su victoria sobre los imperiales, sino que también incidía en la imagen de Luis XIV como defensor de la Monarquía Hispánica y cabeza de la triple alianza establecida entre Saboya y las Dos Coronas, coalición triunfante en la que Víctor Amadeo II, pese a su condición de soberano de una potencia independiente, desempeñaba un papel supeditado a las órdenes de Versalles: el de generalísimo de los ejércitos borbónicos.

## IV PARTE

### INSTALACIÓN: CONTROL Y COERCIÓN

#### “GOBERNAR A LA REINA”: CONSECUENCIAS DEL INCIDENTE DE FIGUERAS.

“A la verdad es cosa natural q[u]e una Reyna, particularm[en]te en un País extranjero y en una Corte donde la lengua y los estilos son todos diferentes a los suios, se ligue a una confidente y la abra su coraz[ón], de suerte q[u]e a poca ambición q[u]e [esta] tenga, estenderá los límites de su descoro hasta saciar su apetito, estorbando con sus caricias (q[u]e tienen lugar según más o menos ocupan el coraz[ón] de los Príncipes), que no puedan saber lo q[u]e pasa en el Pueblo y q[u]e ninguna Persona tenga facultad de instruirles.”<sup>903</sup>

El desencuentro de los reyes en Figueras se solucionó con rapidez y al menos en lo exterior quedó solventado una vez los monarcas consumaron su matrimonio. Felipe V y su esposa abandonaron la localidad catalana el 5 de noviembre de 1701. Después de pasar por Gerona, Hostalrich y Llinás, el 8 hicieron su entrada en Barcelona a las cinco de la tarde entre grandes aclamaciones. En honor a la reina, la ciudad había decretado tres días de luminarias y fuegos artificiales que coincidieron con las sucesivas audiencias concedidas por los reyes a las autoridades civiles y religiosas catalanas. El 9 recibieron a la Real Audiencia y al obispo de Barcelona acompañado del cabildo catedralicio. El 10 al Consell de Cent, la Diputació General, el tribunal de la Inquisición, al *Portantveus* de General Gobernador de Cataluña y al Batlle General con sus ministros. Esa misma noche, hubo un besamanos para las damas de la nobleza catalana. Las jornadas siguientes, 11 y 12, se reunieron con los brazos de las cortes y los síndicos de los cabildos de las catedrales del Principado, así como con el Maestre Racional de la Casa y Corte, marqués de Aytona, y el magistrado de la Lonja del Mar junto a sus respectivos subordinados. Por último, el 13 de noviembre tuvo lugar la solemne misa de velaciones de los soberanos oficiada por el patriarca de Indias.<sup>904</sup>

Pese a esta aparente normalidad, subrayada por lo prolijo de las ceremonias dispuestas, tanto en Versalles como en el entorno francés de Felipe V existía una cierta preocupación alrededor del carácter de María Luisa de Saboya y la evolución futura del

---

<sup>903</sup> *Historia política y secreta de la corte de Madrid de el ingreso de el Rey Phe[lipe] 5º a la Corona h[as]ta la Paz G[ene]ral, con reflexiones sobre el Estado en q[u]e entonces se halla[ba] la Monarquía Española*. B.N.M., Mss. 17499, fols. 8v.-9r.

<sup>904</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “Felipe V en Barcelona: un futuro sin futuro”, en *Cuadernos Dieciochistas*, 1 (2000), pp. 57-106, en concreto, p. 91.



matrimonio real. Tal inquietud tenía su razón de ser en dos circunstancias: el desconocimiento de la personalidad de la reina y lo ocurrido durante el primer encuentro de los monarcas en Figueras.

En relación con el primer aspecto señalado, a su llegada a España María Luisa Gabriela de Saboya era una extraña para las cortes francesa y española. Dicha eventualidad hacía que su instalación en el país fuera contemplada con expectación, pero también con recelo, puesto que se ignoraban los principales rasgos de su temperamento y la forma en que ejercería, o pretendía ejercer, su papel de consorte. La soberana constituía un elemento exógeno no solo en las relaciones entre Francia y la Monarquía Hispánica, sino también en el seno de los vínculos familiares existentes entre Luis XIV y Felipe V. Por su condición de consorte y su cercanía al monarca, la reina podía suponer una amenaza para la satisfactoria evolución de ambas, así como para los objetivos político-diplomáticos del rey francés respecto a la corte madrileña. Es lógico, por ello, que su carácter concitara una notable curiosidad en Versalles.<sup>905</sup> No en vano, el marqués de Louville había sido enviado a Francia para rendir cuenta de la celebración del matrimonio de Felipe V, así como para informar de viva voz sobre los atributos de la nueva reina. De la misma manera, tras la llegada de la soberana al país la princesa de los Ursinos y el embajador francés no dejaron de aludir a sus rasgos físicos y a las principales trazas de su personalidad, en respuesta al interés del gobierno francés por ambas cuestiones.

Ursinos fue la primera que instruyó a Torcy sobre el aspecto de María Luisa. Después de su inicial encuentro con esta en Niza, describió a la reina como una joven de baja estatura, con un bello talle (esto es, una cintura delgada), la boca poco cuidada, mal vestida y con un peinado que no le favorecía. En concreto este último, escribió, no hacía justicia a su rostro por lo que trataría de mejorarlo.<sup>906</sup> Apreciaciones similares se observan en el testimonio de Louville, que conoció a la soberana poco antes de que cruzara la frontera francoespañola. El relato del marqués mostraba mayor precisión que el de la princesa. A grandes rasgos describía a María Luisa más como una niña o adolescente en pleno proceso de crecimiento que como a una mujer. En prevención de

---

<sup>905</sup> Como Madame de Maintenon reconocía en una carta a la abadesa de Fontevault a comienzos de noviembre de 1701: «Il n'est question ici que de la Reine d'Espagne. Les portraits qu'on en fait, ressemblent fort à notre Princesse, mais ce qu'on mande de son esprit est surprenant (...)». Madame de Maintenon a la abadesa de Fontevault. Fontainebleau, 9 de noviembre de 1701. Recogida en BOTS, H. y BOTS-ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres...*, III, p. 330.

<sup>906</sup> Princesa de los Ursinos a Torcy. Antibes, 28 de septiembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fol. 261v.

que pudiera ser tildado de cortesano, se apresuraba a añadir que su retrato no tenía nada de halagador sino que reproducía exactamente cuanto había observado. Así, Louville mencionaba de nuevo la poca altura de la reina, su tez, blanca y perfecta, la delgadez de su cuerpo, la belleza de su cabello y la viveza de sus ojos. En cuanto a sus facciones, se limitaba a informar que, dada su juventud, estas cambiarían con el tiempo.<sup>907</sup> Una manera de eludir, quizás, lo que posteriormente Marcin expresó sin ambages: que la reina no era una muchacha bella, pero sí agradable en conjunto, con una gracia y nobleza en cada una de sus acciones que subsanaba su falta de hermosura.<sup>908</sup>

Las descripciones reseñadas recogían los criterios de belleza prototípicos de las féminas de la aristocracia del siglo XVII. En ellas se incidía no tanto en los detalles concretos, como en los rasgos generales de la apariencia. Por ejemplo, el talle y la cintura que, dada la invisibilidad de las caderas y las piernas a causa de las amplias y largas faldas, servían junto con el pecho para describir la perfección o imperfección del cuerpo femenino, moldeado por la utilización del corsé. O la blancura de la tez, signo de hermosura por excelencia en la sociedad cortesana del Antiguo Régimen, obtenida bien por vías naturales, bien a base de afeites y cosméticos. Otro tanto podría decirse de las referencias a la mirada y a los ojos, que reflejarían la “realidad interior”, las características del “alma”, del talante de aquella a la que se describía; o las alusiones a sus maneras, que debían expresar la distinción propia de su elevada posición social.<sup>909</sup>

Con todo, más importante que la apariencia física de la reina era su personalidad, a la que también se dedicaron interesantes informes que circularon a uno y otro lado de los Pirineos a finales de 1701. Los personajes citados más arriba se mostrarían unánimes al atribuir a María Luisa Gabriela de Saboya un «esprit» por encima de lo que cabría esperar de su edad. Este término, que poseía en el siglo XVII diferentes acepciones, debe ser entendido aquí como una referencia a la capacidad intelectual de la soberana, así como a su buen juicio y sentido común.<sup>910</sup> Además, se insistía también en su madurez, en la dulzura y agudeza de su carácter y en su interés por agradar y congraciarse con todo el mundo. Su encanto y prudencia, expresados a

---

<sup>907</sup> Louville a Torcy. Pezennes, 29 de octubre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 97, fol. 249r.

<sup>908</sup> Marcin a Luis XIV. Barcelona, 13 y 19 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fol. 295v. y 320r. respectivamente.

<sup>909</sup> Todos estos aspectos aparecen recogidos en VIGARELLO, G.: *Histoire de la beauté. Le corps et l'art d'embellir de la Renaissance à nos jours*. París, 2004. Consúltese la segunda parte de la misma, «La beauté expressive (XVII<sup>e</sup> siècle)», pp. 57-89.

<sup>910</sup> Véase la entrada «esprit» en la obra de BLUCHE, F. (dir.): *Dictionnaire...*, edic. de 2005, pp. 551-552.

través de unos modales poco afectados y exentos de altanería, hicieron que Marcin viera en ella a una mujer de la que podían esperarse muchas cosas. El perfil de la soberana se completaba con las referencias a su sensatez y a su gusto por la conversación, actitudes que podían constituir un valor añadido para el desempeño de su papel como reina consorte.<sup>911</sup>

Pero a despecho de la halagüeña semblanza trazada de ella, María Luisa habría de superar la mala impresión causada por las circunstancias de su instalación en España.<sup>912</sup> Aunque complacido con los informes que recibió sobre la esposa de su nieto, Luis XIV no estaba dispuesto a pasar por alto el incidente de Figueras. En su correspondencia con la corte de Madrid el monarca francés achacó el comportamiento de la soberana al influjo de su séquito piamontés. Ahora bien, ello tampoco significaba que exonerase a María Luisa de cierta responsabilidad en lo ocurrido. En su opinión, la soberana había llegado a España instruida acerca de la manera en que debería gobernar a su esposo. Alrededor de este argumento, fruto de la sospecha y la desconfianza hacia la reina, se articularon toda una serie de medidas a través de las que el rey de Francia persiguió un doble objetivo. Por un lado, supervisar el proceso de adaptación de la soberana a sus funciones como reina consorte; por el otro, controlar el ascendiente que en el futuro podría adquirir sobre su esposo. En un principio, las intenciones del monarca francés se centraron en dos puntos concretos: las relaciones conyugales de los reyes y los vínculos de María Luisa con su patria nativa. La eficacia de las disposiciones emanadas desde Versalles quedaría de manifiesto con el paso del tiempo, si bien, como se verá, en un sentido diferente al que en un primer momento el gabinete francés había previsto.

### **La colaboración entre la princesa de los Ursinos y el embajador francés: reforzar la autoridad del rey sobre la consorte.**

La pataleta de la reina en Figueras confirmó para Luis XIV y los miembros del *entourage* de Felipe V lo acertado de haber despedido a los piamonteses en la frontera: «En vérité, l'on n'a jamais pris de résolution plus utile et plus à propos que celle de

---

<sup>911</sup> Marcin a Luis XIV. S.d., noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fol. 15r. El mismo al mismo, Figueras, 5 de noviembre de 1701; Barcelona, 13 y 19 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fols. 15r.; 282r.; 295v. y 320r. respectivamente. Louville a Torcy. Pezennes, 29 de octubre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 97, fol. 247r.

<sup>912</sup> Como Torcy escribió a Ursinos, lo ocurrido tras la boda de los reyes no había complacido a Luis XIV. Torcy a la princesa de los Ursinos. Fontainebleau, 13 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 93, fol. 544r.

renvoyer Piémontois et Piémontoises...»<sup>913</sup> La juventud de la reina era un factor que contribuía a exculparla un tanto de lo ocurrido, pero se sospechaba de las instrucciones que habría recibido antes de marchar de Turín: «le chagrin qu'elle en témoigna (...) fust si violent que surpassant beaucoup ce que l'on devoit attendre d'une Princesse de son aage [sic] il y a lieu de juger qu'elle avoit receu avant son départ des instructions (...) du duc de Savoye (...)»<sup>914</sup>, escribió el monarca francés a Phélypeaux. «Le Roi la regarde [se refiere a la escena de Figueras] cependant comme l'effet des mauvais conseils de Turin et des intrigues de ceux que l'on a renvoyés.», confirmó Torcy a Ursinos.<sup>915</sup>

En un principio Luis XIV estaba dispuesto a no dudar de los informes que había recibido sobre las buenas cualidades de la reina. Ahora bien, como hemos dicho, ello no significaba que estuviera dispuesto a pasar por alto el incidente de Figueras. Dado que el pasado no podía remediarse, escribió a Marcin, había que pensar en el futuro.<sup>916</sup> En primer lugar, era necesario evitar que la reina obtuviera de Felipe V el regreso de sus criados:

«tout ce qu'on pourra faire, quoiqu'il soit executé il y a quelques iours [el despido de la familia piemontesa], sera d'empescher qu'elle [la reina] n'obtienne du Roy de faire revenir les personnes qu'elle affectionne le plus, ce qui seroit une peste auprès d'elle. Vôtre Majesté cependant peut estre certaine que cela n'arrivera pas et que i'y tiendray la main comme il faut.»<sup>917</sup>

Inquieto ante la posibilidad de que su nieto pudiera revocar la medida ejecutada, el monarca francés insistía días después en el mismo punto: «Faites donc bien comprendre au Roy d'Espagne, s'il ne le voit pas encore de luy même (...) qu'il se deshonnoreroit (...) si les instances de cette Princesse obtenoient de luy le retour des femmes qu'il a renvoyé en Piedmont avec tant de raison.»<sup>918</sup>

Alejados definitivamente los piemonteses de España, los reyes debían ser instruidos respecto a cuáles habían de ser sus respectivos papeles en el seno de la pareja real. En el caso de Felipe V, no tardó en recibir una misiva de Luis XIV en la que este

<sup>913</sup> Torcy a Ursinos. Fontainebleau, 13 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fol. 545v., recogida en SSBL, IX, p. 393.

<sup>914</sup> Torcy a Phélypeaux. Versailles, 18 de noviembre de 1701. AA. EE., CPS., t. 108, fol. 230r.

<sup>915</sup> Torcy a Ursinos. Fontainebleau, 13 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fol. 545v., recogida en SSBL, IX, p. 392.

<sup>916</sup> Luis XIV a Marcin. Fontainebleau, 14 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fol. 284v.

<sup>917</sup> Marcin a Luis XIV. Figueras, 5 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fol. 282v.

<sup>918</sup> El mismo al mismo. Fontainebleau, 14 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fol. 285v.

pretendía asesorarle acerca de la manera en que debía tratar a su esposa. Los consejos del rey de Francia a su nieto recogían los criterios vertebradores del modelo de matrimonio imperante en la Edad Moderna. Un paradigma que, fundamentado en la diferencia de sexos y en la inferioridad física y moral de las féminas, adjudicaba a la mujer un rol supeditado respecto al varón en el marco de las relaciones conyugales. Semejante concepción del matrimonio se asentaba también sobre una serie de valores que, igualmente en función del sexo, conformaban sendos códigos de moralidad y comportamiento para cada uno de los cónyuges.<sup>919</sup> En el caso de la mujer, esta estaba obligada a acatar y reconocer la superioridad del marido, agradeciendo la protección que le otorgaba. Además, dado que el hombre tampoco era un ser moralmente perfecto, sino que podía verse dominado por las pasiones y los excesos, la esposa había de saber cómo preservarse de la cólera del marido a través de una conducta basada en la obediencia y la paciencia. El modelo de comportamiento ideal de la esposa se completaba con virtudes como la castidad y la fidelidad, que habían de garantizar la tranquilidad del hombre y la legitimidad de la descendencia, y actitudes como la dedicación exclusiva, no exenta de cierto sacrificio, al bienestar del marido y al cuidado de los hijos.<sup>920</sup>

La representación de la convivencia conyugal esbozada aquí muy brevemente podía extrapolarse, por lo menos en la teoría, a los matrimonios de la realeza. Pese a su condición de consorte del monarca y a su posición en la cúspide de la pirámide social, la reina no dejaba de ser considerada, según podrá comprobarse en la misiva de Luis XIV, mujer, esposa, madre y súbdita. Estas cuatro consideraciones la erigían en modelo de comportamiento para el resto de las féminas. Si bien es cierto que algunos de los valores ligados a la imagen pública de la soberana eran inseparables de su estatus regio, otros resultaban similares a aquellos que daban cuerpo al ideal de mujer imperante en el Antiguo Régimen: bondad, dulzura, prudencia, recato, discreción,

---

<sup>919</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Familia, sexo y género en la España Moderna”, en *Studia Historia Historia Moderna*, 18 (2005), pp. 105-134, en concreto, p. 108. Alude también a los criterios teóricos y formales sobre los que se asentaba la diferencia de los sexos y a su cristalización en la vida familiar la filósofa francesa BADINTER, E.: *L'amour en plus. Histoire de l'amour maternel, XVII<sup>e</sup>-XX<sup>e</sup> siècle*. París, edic. de 2010 [1981], en particular el primer capítulo de la obra: «Le long règne de l'autorité paternelle et maritale», pp. 31-46.

<sup>920</sup> Para una síntesis sobre la consideración del matrimonio y los roles conyugales en los discursos de los moralistas del Antiguo Régimen, véase, MORANT, I.: “Hombres y mujeres en el discurso de los moralistas. Funciones y relaciones”, en MORANT, I. (dir.): *Historia de las mujeres...*, II, pp. 27-61; ídem: “El hombre y la mujer en el discurso del matrimonio”, en CHACÓN, F. y BESTARD, J. (dirs.): *Familias...*, pp. 445-483, en concreto, pp. 467-473.

piedad... Asimismo, como el resto de sus congéneres, la reina debía ser también una esposa casta, fiel, sumisa y obediente en todo momento a los dictados de su marido.

La última variable a la que venimos refiriéndonos permite discernir lo poco adecuado del proceder de María Luisa Gabriela de Saboya en Figueras, al igual que la severidad con fue juzgado desde la corte de Versalles. Lejos de recibir a su marido y señor con afabilidad, la reina había expresado abiertamente su descontento. En lugar de respetar las órdenes del rey, había tratado de coaccionarle y obligarle a revocar las medidas dispuestas. Frente a la mansedumbre y prudencia que debería haber manifestado, la soberana se había negado a consumir su matrimonio, exigiendo retornar a Turín. Se trataba, en definitiva, de actitudes que entraban en abierta contradicción con los valores y pautas de conducta vinculados tanto al prototipo de la mujer casada, como a la imagen pública de la reina.<sup>921</sup> Por último, el hecho de que lo ocurrido en la localidad catalana fuera pronto conocido por “toda la corte del rey de España”<sup>922</sup>, no solo puso en entredicho la reputación de María Luisa, sino también la del propio Felipe V, incapaz de responder con firmeza a las quejas de su esposa (no debe olvidarse que el monarca necesitó la ayuda de Ursinos, Marcin, Louville, Medinasidonia y Santisteban para calmar a la reina y saber cómo reaccionar ante su pataleta). En este sentido, el incidente de Figueras habría avivado los temores de Versalles ante la posibilidad de que el matrimonio del rey reprodujera en un futuro escenas similares a las que, a decir de los diplomáticos franceses, habían protagonizado en su momento Carlos II y Mariana de Neoburgo.

Todas estas consideraciones quedaban de manifiesto en la misiva que Luis XIV envió a Felipe V a mediados de noviembre de 1701. De entrada, el soberano francés no dudaba que las cualidades de la reina garantizarían la felicidad de su marido, siempre que hiciese “un buen uso de ellas”, puntualizaba. Confirmada de manera tan sucinta su confianza en María Luisa, el rey de Francia pasaba a referirse a los criterios sobre los que habría de asentarse en lo venidero el comportamiento de los reyes. En lo que respecta a la soberana, este debería pasar únicamente por su entrega absoluta a la complacencia y el agrado de su consorte. Para Luis XIV la reina, en calidad de esposa y súbdita, no debía tener otra función que la de obedecer: “Puesto que tiene talento verá que no le toca hacer otra cosa más que agradaros, y estoy seguro de que así lo hará

---

<sup>921</sup> Véase al respecto el capítulo 2 de la primera parte de este trabajo.

<sup>922</sup> A lo que Luis XIV aludió en su correspondencia con Phélypeaux. Versalles, 18 de noviembre de 1701. AA. EE, CPS., t. 108, fol. 230v.

cuando no tenga más consejero que su corazón (...). La reina es vuestra primera súbdita, en cuya calidad y en la de esposa vuestra, ha de obedeceros.”

Felipe V había de amar y respetar a su mujer, pero su ternura hacia ella no debía llevarle a tomar resoluciones “opuestas a su gloria”. El soberano, en tanto que esposo, estaba obligado a enmendar la conducta de su consorte, reprimir sus pasiones y limitar sus excesos. Tal modo de proceder, bien que en ocasiones acarrease para la reina pequeñas decepciones, contribuiría a la larga a su dicha y constituiría una prueba evidente del afecto que el rey sentía por ella: “(...) Haced feliz a la reina, si es preciso a pesar de ella misma; reprimidla al principio, que más tarde os lo agradecerá, y esta violencia que vos mismo haréis le dará la prueba evidente del afecto que le profesáis.”

Con el fin de dar mayor consistencia a sus reflexiones, el monarca francés apelaba en último término a la ejemplaridad que debía revestir la imagen y las actuaciones de la pareja real. La soberana tenía que comprender que su felicidad pasaba por asumir desde el principio un rol supeditado al ostentado por su marido. En cuanto a Felipe V, había de actuar con firmeza y resistirse a los efectos del influjo que su consorte podía querer ejercer sobre él. Lo contrario, arriesgaría con comprometer su reputación frente a sus vasallos y haría del rey un monarca similar a Carlos II:

“fuerza es que [la reina] abandone todas las ideas y planes de gobernaros que le habrán sugerido, lo cual V. M no podría tolerar, conociendo cuán vergonzosa sería semejante flaqueza, apenas discutible en un vasallo (...) [e] indigna de un rey expuesto a las miradas de su pueblo. No olvidéis el ejemplo de vuestro antecesor (...). ¿Os estaría bien que vuestros súbditos y toda Europa se entretuviesen con el espectáculo de vuestras desavenencias domésticas? (...)”

Pese a su marcado interés aleccionador, Luis XIV era consciente de las peculiaridades del carácter de su nieto. Al tiempo que le recomendaba que obrase con resolución frente a su esposa, el monarca francés parecía comprender que muchas de las medidas que proponía no se correspondían con la natural mansedumbre y dulzura de Felipe V: “Mostrad firmeza al principio, y si cuestan mucho, como es natural, a la dulzura de vuestro carácter las primeras negativas, no olvidéis que causáis ligeros disgustos a la reina a fin de evitárselos mayores el resto de su vida”.<sup>923</sup>

Como quiera que Luis XIV desconfiaba de que su nieto fuera capaz de poner en práctica los consejos que como “un padre” le prodigaba, Marcin y Ursinos debían

---

<sup>923</sup> Luis XIV a Felipe V. Fontainebleau, 13 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fols. 547r.-548r.; recogida en BAUDRILLART, pp. 85-86. La traducción que hemos empleado se encuentra en COXE, W.: *España bajo el reinado...*, edic. de 2011, p. 191.

mantener bien vivas ante el monarca español las recomendaciones de su abuelo. Así lo corroboran las misivas que ambos recibieron por las mismas fechas desde Versalles, que recogían prácticamente instrucciones similares a las que el rey de Francia plasmó en la carta a Felipe V que venimos citando. En lo que se refiere al embajador, tenía que subsanar en la medida de lo posible las trazas más negativas de la personalidad del soberano, “la dulzura de su naturaleza”, eufemismo con el que el rey de Francia se refería a la sumisión de su nieto:

«Quoique j'écrive au Roy mon petit-fils pour luy faire connoître l'importance dont il est pour luy d'empescher dans les commencements de son mariage l'empire que la Reyne voudroit prendre sur son esprit, vous luy parlerez encore conformément a ce que je vous mande, car il me paroist qu'en cette occasion l'on ne peut trop le fortifier contre luy même, et contre la douceur de son naturel.»<sup>924</sup>

La amistad del monarca hacia su esposa, indicaba Luis XIV a Marcin, había de tener unos límites: «des bornes que doit avoir son amitié pour elle.» El embajador, por tanto, había de hacer comprender a Felipe V que su principal deber estribaba en ejercer sobre su esposa la autoridad que como marido y rey le correspondía. Un comportamiento opuesto convertiría a María Luisa en dueña absoluta de la voluntad del monarca: «Faites donc bien comprendre au Roy d'Espagne (...) l'importance dont il est pour toute la suite de sa vie qu'il conserve toujours sur la Reyne l'autorité de Roy et de mary (...). La Reyne deviendra la maitresse absolue (...) si dans cette conjoncture le Roy souffre qu'elle prenne trop de pouvoir sur son esprit (...)»<sup>925</sup>

La preocupación por la dignidad de Felipe V como soberano, al igual que el interés por distanciar su imagen de la de Carlos II, se hacían también patentes en las instrucciones de Luis XIV a Marcin: «Il a devant les yeux l'exemple du feu Roy son prédécesseur, tourmenté par la Reyne sa femme, et meprisé de ses sujets par la facilité qu'il avoit devant les choses qu'elle vouloit.»<sup>926</sup>

Por su parte, la princesa de los Ursinos había de apoyar ante el Rey Católico las iniciativas del embajador francés y colaborar con el diplomático para “corregir” los defectos del carácter del soberano:

«Le roi d'Espagne se rendroit malheureux pour toute sa vie si la reine obtenoit par ses plaintes la moindre grâce de lui. En vérité Madame, vous ne pouvez leur être plus utile á l'un et l'autre [se refiere a los reyes] qu'en empêchant, s'il est possible, des complaisances qui, dans la

<sup>924</sup> Luis XIV a Marcin. Fontainebleau, 14 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 285v.-286r.

<sup>925</sup> Luis XIV a Marcin. Fontainebleau, 14 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 285r.

<sup>926</sup> *Ibid.*, fol. 284v.



suite, coûteroient cher à tous deux. Le Roi donne ses ordres sur ce sujet à M. le comte de Marcin, et S. M. lui ordonne d'agir de concert avec vous. Elle écrit aussi au roi d'Espagne de la manière dont je suis assuré que vous lui parlerez; car il faut, si vous voulez, comme à vos premières élèves, lui découvrir ses défauts pour l'en corriger.»<sup>927</sup>

Desde estas perspectivas, los reyes eran presentados como sujetos que habían de ser tutelados por la princesa y Marcin. Personajes a los que ambos habían de instruir de acuerdo a las órdenes remitidas para tal fin por Luis XIV y en colaboración igualmente con el confesor real, Padre Daubenton: «Je suis très contente de M. le comte de Marcin, du P. Daubenton et des autres François qui font ici quelque figure. J'ai trouvé une conformité de sentimens entre eux que je n'ai vue nulle part ailleurs parmi les François et qui m'a d'abord persuadée que leur première intention est le service des deux rois.»<sup>928</sup>

La camarera mayor oficiosa y el embajador habían de permanecer en todo momento en compañía de los monarcas a riesgo, incluso, de contravenir la etiqueta: «Le Roi a été fort aise d'apprendre que, malgré l'étiquette, vous deviez aller avec le roi et avec la reine dans leur carrosse. Rien n'étoit plus important que de vous y mettre en tiers.»<sup>929</sup> De la misma manera, la princesa había de alentar los contactos entre la soberana y Marcin: «La princesse des Ursins me procure quelques fois l'honneur de luy faire ma cour dans son appartement», reconocía el embajador.<sup>930</sup>

Por medio de semejantes subterfugios, pretendía evitarse que la reina, a solas con el rey, pudiera inducir al monarca a tomar decisiones que no contasen con la autorización de Luis XIV y el embajador francés. Además, restringir el tiempo que los reyes pasaban en solitario entrañaba también controlar la evolución de sus vínculos como marido y mujer. En este sentido, el afecto y la confianza de Felipe V hacia su consorte constituían dos factores susceptibles de incrementar el influjo de la soberana sobre el monarca; y, por extensión, la capacidad de maniobra de esta ante la corte, el gobierno y el reparto de mercedes. Desde estas perspectivas, la constante presencia de la princesa y el embajador en la intimidad de los monarcas había de garantizar,

---

<sup>927</sup> Torcy a Ursinos. Fontainebleau, 13 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fol. 544v.; recogida en SSBL, IX, pp. 392-393.

<sup>928</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 12 de noviembre de 1701. SSBL, IX, p. 390.

<sup>929</sup> Torcy a Ursinos. Fontainebleau, 13 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fol. 545r.; recog. también en SSBL, IX, p. 392.

<sup>930</sup> Marcin a Luis XIV. Barcelona, 21 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 331v. Operti confirma las frecuentes visitas de Marcin a la soberana. Operti al duque de Saboya. Barcelona, 27 de noviembre de 1701. A.S.T., LMS., M. 48.

asimismo, que el rey mantuviera la amistad que albergaba hacia su esposa dentro de los “justos límites” que preconizaba Luis XIV. Como también a estimular la confianza de la soberana en el conde de Marcin, cuya relevancia en la corte española y en el entorno de los reyes era, en teoría, más importante que la de la propia princesa.

Paralelamente, la camarera mayor había de desarrollar una intensa labor de instrucción junto a la reina. La faceta de Ursinos como mentora de la joven soberana había sido ya puesta de relieve antes incluso de que tuviera lugar el matrimonio por poderes de los reyes:

«(...) J'espère que Votre Majesté trouvera de la joie avec la Reine qu'on dit être pleine d'esprit, et Mme. la princesse des Ursins est très propre à aider à Votre Majesté à la former -escribió Maintenon a Felipe V-. Il ne faut pas que la bonté de Votre Majesté l'abandonne à faire sa volonté, comme la bonté du Roi a abandonné Mme. la d[uchesse] de Bourgogne qui a tant mangé et tant veillé qu'elle en a été à la mort. Je me souviens que Votre Majesté disait un jour dans mon cabinet qu'il fallait contraindre la jeunesse; voici le temps de mettre cette maxime en pratique (...).»<sup>931</sup>

En este sentido, el incidente de Figueras corroboró la necesidad de formar a la perfecta soberana auspiciada por Versalles. Una reina que debía ser amada y honrada por el monarca, pero que en todo momento se mantendría en un plano de inferioridad respecto a este: «La véritable gloire d'une reine n'est autre que de partager celle du roi son mari, la sienne propre ne pouvant être qu'aux dépens de celle du roi (...).»<sup>932</sup> El rey, por su condición de soberano, había de ser el artífice de la concesión de gracias. Su consorte debía mantenerse al margen del reparto de mercedes o, al menos, había de procurarse que su condición como intermediaria no fuera demasiado evidente. En razón de ello, María Luisa debía comprender lo erróneo de su proceder en la localidad catalana, así como lo inútil de emplear cualquier tipo de subterfugio («larmes feintes» et «discours étudies») para coaccionar al rey: «Mon sentiment -escribió Ursinos- est qu'il faut, dès cette première fois, ôter à la reine l'espérance de pouvoir obtenir du roi la moindre chose par ces sortes d'artifices (...).» Días después, la dama reiteraba sus impresiones: «Je la crois [se refiere a la reina] (...) bien persuadé qu'elle ne doit pas donéavant se servir de ces artifices pour obtenir ce qu'elle pourra souhaiter.»<sup>933</sup> Desde la corte francesa, Torcy se mostraba de acuerdo con la princesa en este aspecto. Dados

---

<sup>931</sup> Maintenon a Felipe V. Versalles, ca. 20 de septiembre de 1701. Cit. por BOTS, E. y BOTS-ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres...*, III, p. 316.

<sup>932</sup> Harcourt a Ursinos. Versalles, 3 de febrero de 1702, recogida en HIPPEAU, C. (ed.): *Lettres...*, p. 8.

<sup>933</sup> Ursinos a Torcy. Figueras, 4 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 94, fol. 92r.v.; recogida en SSBL, IX, p.390.

los elogiosos informes que sobre la personalidad de María Luisa habían llegado a Versalles, estaba seguro de que la soberana abandonaría su actitud inicial y se mostraría más sumisa: «elle a trop d'esprit pour ne pas suivre une route différente». Aún así, el ministro insistía en la necesidad de profundizar más en estas primeras medidas preventivas: «En même temps, S. M. voit toute l'importance d'empêcher, dans ces commencements-là, l'ascendant qu'il semble que la reine veuille prendre sur l'esprit du roi d'Espagne par des artifices bien au-dessus de la simplicité de son âge.»<sup>934</sup> En buena medida, las disposiciones que hemos descrito más arriba habían de contribuir a limitar el ascendiente de la reina sobre su esposo. Pero no iban a ser las únicas en ponerse en vigor tras la llegada de María Luisa a Barcelona. Ursinos, escudada en su posición como camarera mayor oficiosa, había de someter a un estricto control todos los contactos de la reina. La soberana no había de guiarse más que por sus recomendaciones, inspiradas en las órdenes que a este tenor remitía Luis XIV, vía Torcy, desde Versalles: «J'espère que, n'ayant plus désormais d'autres conseils que les vôtres, ni que vous en qui prendre confiance, les choses en iront beaucoup mieux.»<sup>935</sup> Ganar la confianza de la reina, y evitar que esta prestase oídos a otros consejos diferentes de los que ella misma le procuraba, no sería difícil para la camarera mayor oficiosa. No en vano, los piemonteses habían abandonado el país, la soberana aún no hablaba castellano, lo que obligaba a la princesa a ejercer de intérprete en las relaciones entre María Luisa y los cortesanos españoles, y Ursinos había venido sirviendo a la soberana desde Niza por lo que, junto a Castel-Rodrigo, constituía la única referencia conocida con la que la consorte contaba en España.<sup>936</sup>

En otro orden de cosas, el interés por fiscalizar los contactos de María Luisa no solo se extendía sus tratos con los cortesanos españoles, sino también a sus relaciones con los embajadores extranjeros:

«Quoiqu'il n'y ait jamais personne auprès de la reine d'Espagne qui puisse entendre ce que les ministres étrangers lui disent, le Roi croit que l'âge de la reine ne comporte pas que cette règle soit observée de quelques années, et qu'il est très important que vous soyez toujours en état d'entendre ce que les ministres étrangers pourroient dire à cette princesse (...).»<sup>937</sup>

---

<sup>934</sup> Torcy a Ursinos. Versalles, 13 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fol. 544r.

<sup>935</sup> Torcy a Ursinos. Fontainebleau, 13 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fol. 545r.; SSBL, IX, pp. 392-393.

<sup>936</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 5 de diciembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 94, fol. 211r.

<sup>937</sup> Torcy a Ursinos. Fontainebleau, 13 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fols. *Ibid.*, fol. 545r.; SSBL, IX, pp. 392-393.

En definitiva, lo que Versalles pretendía a comienzos de 1701 era privar a la reina de toda potencialidad en la escena político-cortesana hasta convertirla en una figura secundaria en el ejercicio del poder, formal e informal, sometida a la autoridad de los “dos reyes”, Felipe V y Luis XIV. Dado el carácter del primero ello pasaba, como muy bien entendía Torcy, por instrumentalizar la condición de la princesa como camarera mayor en aras de la formación de la perfecta consorte auspiciada desde Versalles.

### **Lealtad dinástica: controlar los vínculos de la reina con la Casa de Saboya**

Desde mediados de noviembre de 1701 Luis XIV trató de desentrañar el papel que tanto Víctor Amadeo II como los servidores piemonteses habían jugado en el incidente de Figueras. Las órdenes que envió a su embajador en Turín, Phélypeaux, explicitaban que este debía dejar constancia del descontento del rey de España ante el comportamiento de su esposa y de su séquito en la localidad catalana. Asimismo, el diplomático no debía excederse en la explicación de lo ocurrido o sus consecuencias, sino esperar a las aclaraciones que a este tenor aportaría el duque de Saboya.<sup>938</sup>

Apenas unos días después, Phélypeaux informó a Versalles de la interpretación que la corte turinesa otorgaba a cuanto sucedió durante el encuentro de los reyes. La actitud de Víctor Amadeo II se caracterizó por el deseo de desmarcarse de la conducta de su hija, a la que restó importancia y definió como una niñería fruto de la juventud. En su opinión, la reacción de la reina, aunque condenable, había respondido al afecto que dispensaba a sus criados. Pensar que había actuado movida por una intencionalidad oculta estaba fuera de lugar. Él y su esposa, arguyó, habían instruido a su hija en la obediencia no solo a los dictados de Felipe V, sino también de Luis XIV, al que consideraban el único artífice de su buena fortuna. En cuanto a los servidores piemonteses, el duque defendió también la licitud de su proceder. En primer lugar, se negó a admitir que su enviado extraordinario en España, el marqués de Sirié, hubiese entregado a la soberana un billete en el que la alentaba a rebelarse contra las órdenes de su marido. A su modo de ver, el comportamiento del enviado piemontés con Ursinos, tan mal visto desde Versalles, había estado motivado exclusivamente por la altanería con la que la princesa trataba a María Luisa. Por tanto, nada tenía que

---

<sup>938</sup> Luis XIV a Phélypeaux. Versalles, 18 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPS., t. 108, fols. 230r.-231r.

reprochar al marqués, al tiempo que con sus palabras dejaba entrever su descontento ante la permanencia de una dama francesa junto a la reina.<sup>939</sup>

La falta de concreción con que Víctor Amadeo II respondió a las indagaciones de Phélypeaux, acentuó las sospechas de Luis XIV en lo relativo a la naturaleza de las relaciones que la soberana podía mantener en un futuro con su familia. Los recelos del monarca giraban alrededor de la identidad dinástica de la reina. Recién instalada en el país, María Luisa Gabriela de Saboya era aún una princesa saboyana. Rodeada de personajes que le eran extraños y sin haber forjado todavía una relación estrecha con su esposo, su lealtad hacia la Casa de Borbón constituía una circunstancia que, aunque podía darse por cierta, distaba de estar confirmada. En la teoría, el matrimonio de María Luisa con Felipe V había contribuido a estrechar los lazos entre Francia, la Monarquía Hispánica y Saboya. No obstante, la fragilidad de la alianza establecida y los escrúpulos de Versalles respecto a la fidelidad de Víctor Amadeo II a la misma, tuvieron su reflejo en la forma en la que la soberana fue tratada a su llegada a Barcelona. En cierta medida, los recelos de la corte francesa no se focalizaron tanto en María Luisa como en su padre: «Les conseils du duc de Savoie son fort à craindre», indicó el rey francés a Marcín.<sup>940</sup> Conocedor del carácter del duque, Luis XIV temía que la reina pudiera ser instrumentalizada por la corte de Turín con claros fines políticos. A finales de 1701, el ducado poseía importantes intereses en la Monarquía Hispánica. Por un lado, se encontraba la satisfacción de las deudas que la corona española había contraído con la Casa de Saboya, cuya revisión había de efectuarse un año después del enlace de Felipe V. Por el otro, lo que era más importante, las consabidas ambiciones de Víctor Amadeo II sobre el Milanesado estaban aún muy presentes. Con este contexto de fondo, el incidente de Figueras alentó las reservas de Luis XIV hacia los orígenes saboyanos de la esposa de su nieto. La expulsión de los piamonteses en Perpignan, constituyó el primer paso en el control de los vínculos que la reina podía mantener con su patria nativa. Dicha disposición, sumada a la permanencia de la princesa de los Ursinos en España, había librado a la soberana de influencias directas ajenas a Versalles en lo que concernía a su Casa y servicio. Con todo, existían otros cauces por medio de los cuales María Luisa podía mantener

---

<sup>939</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 3 de diciembre de 1701. *Ibid.*, CPS., t. 108, fols. 280v.-281v. Tras la llegada de Sirié a Turín procedente de España, a finales de diciembre, Víctor Amadeo II persistió en defender a su enviado ante Phélypeaux y Luis XIV. El mismo al mismo. Turín, 20 de diciembre de 1701. *Ibidem*, fol. 298v.

<sup>940</sup> Luis XIV a Marcín. Fontainebleau, 14 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fol. 286r.

contacto con su padre y su familia: la correspondencia privada y las audiencias concedidas al embajador saboyano. En ambas materias se tomaron también precauciones.

A finales de 1701 el marqués de Torcy advirtió a Ursinos de la necesidad de que se mantuviera presente en las reuniones que la reina podía mantener con el comendador Operti. Si bien Marcin informó de la escasa confianza que la soberana tenía en el diplomático, que llevaba varios años residiendo en Madrid, ello no fue óbice para que sus tratos con María Luisa fueran vistos con menos suspicacia desde Francia.<sup>941</sup> En calidad de embajador de Víctor Amadeo II, Operti suponía un canal de comunicación privilegiado entre la reina y su padre. No se trataba de negar al comendador el acceso a los aposentos reales, sino de procurar que este nunca fuera recibido por la soberana en privado. En presencia de terceras personas, Operti se vería incapaz de transmitir cualquier mensaje o instrucción secreta que el duque deseara hacer saber a María Luisa. Además, por este medio se evitaba también que el embajador se convirtiese en el consejero oficioso de la reina, lo cual no resultaba descabellado si tomamos en consideración que esta arribó a Barcelona en solitario: «comme les conseils du duc de Savoye son fort a craindre, il faut empêcher que les ministres de ce Prince ne parlent jamais à la Reyne autrement que par audience.»<sup>942</sup>

Del mismo modo, la correspondencia que la soberana mantenía con sus padres y abuela fue espiada por el conde de Marcin. El espionaje era un procedimiento común en la corte francesa, donde las misivas de los miembros de la familia real con sus correspondientes en el extranjero, eran leídas por los integrantes del conocido como gabinete negro, organismo dependiente de la Secretaría de Asuntos Exteriores encabezada por Torcy.<sup>943</sup> En este punto, la consideración de María Luisa como esposa de un nieto de Luis XIV tendría de nuevo más peso que su posición en tanto que soberana de una corona independiente de Francia. Así, a principios de 1702, Marcin confesó a Torcy que Henri Vazet, barbero de Felipe V, se las había ingeniado para robar las cartas que la reina enviaba a Turín:

«Nous les lûmes toutes et nous n'y trouvâmes rien que de très bien, mais surtout infiniment plus d'esprit et de raison qu'il n'en appartient à son

---

<sup>941</sup> Según Marcin, Operti era un “honnête homme” incapaz de hacer bien o mal y que, dado que llevaba demasiados años destinado en España, carecía de la confianza de la reina. Marcin a Luis XIV. Barcelona, 13 de noviembre de 1701. *Ibidem*, fol. 295v.

<sup>942</sup> Luis XIV a Marcin. Fontainebleau, 14 de noviembre de 1701. *Ibidem*, CPE., t. 98, fol. 285v.

<sup>943</sup> Sobre la estructura, funcionamiento y evolución del “gabinete negro”, véase BÉLY, L.: *Espions et ambassadeurs au temps de Louis XIV*. París, 1990, pp. 134-162.

âge, ni à un âge même plus avancé, paraissant aimer fort le roi son mari et se trouver fort heureuse... Toutes ces lettres ont un air si naturel et si véritable, qu'il n'y a nul lieu de la soupçonner d'en écrire sur un autre ton... Cependant nous avons pris nos mesures pour les voir toutes.»<sup>944</sup>

El interés por vigilar la correspondencia privada de la reina denota la trascendencia del comercio epistolar en la forja y conservación de redes de poder informal que, en un momento dado, eran susceptibles de superponerse a los cauces más formales a través de los cuales discurrían las relaciones diplomáticas entre estados. Asimismo, posibilita también dilucidar la presión a la que se veían sometidas las princesas europeas del Antiguo Régimen, entendidas como intermediarias privilegiadas entre sus países de origen y sus cortes de adopción, y obligadas, en ocasiones, bien a disimular sus afectos, bien a erigirse en garantes de la evolución de los lazos establecidos por dos dinastías extranjeras.<sup>945</sup>

En el caso de María Luisa, sus misivas a Turín evidencian el conflicto latente entre sus deberes como esposa e hija y como reina de España y princesa de Saboya por nacimiento. De su lectura podemos inferir, de entrada, el afecto que la soberana albergaba hacia su familia. En los primeros meses de su matrimonio con Felipe V la reina se preocupó por escribir a sus padres y abuela cada semana, justificándose cuando no podía hacerlo y besando con fervor las cartas que a su vez recibía de todos ellos.<sup>946</sup> Además, apenas separada de su madre, admitió la añoranza que sentía hacia ella, al igual que la ternura que profesaba a sus hermanos, de los que demandaba noticias frecuentemente.<sup>947</sup> Consciente de que la distancia y el rango que ahora ostentaba podían contribuir a enrarecer las relaciones familiares, insistió en que el tono de sus epístolas estuviera exento de toda formalidad: «Je vous supplie -escribió a Madame Royale- de ne me pas dire Majesté, car le nom de votre chère petite-fille m'est plus agréable (...).»<sup>948</sup> Algo parecido se aprecia en las cartas que dirigió a su padre, en

---

<sup>944</sup> Marcin a Torcy. Barcelona, 21 de enero de 1702. AA. EE., CPE., t. 100, fol. 70r.; recogida en BAUDRILLART, p. 99.

<sup>945</sup> HUGON, A.: «Mariages d'État et sentiments familiaux chez les Habsbourg d'Espagne», en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir...*, pp. 80-99.

<sup>946</sup> Operti a la duquesa Ana. Barcelona, 23 de enero de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>947</sup> «Je suis bien contente ma chère maman car j'ay reçu deux de vos chères lettres aujourd'hui; ie sçay bien que l'éloignement fait toujours le mal plus grand qu'il est, ie vous assure que j'aurai bien souhaité que vous fussiez icy pour toute sorte de raison (...).» María Luisa a la duquesa Ana, Niza, 24 de septiembre de 1701; el mismo tono afectuoso se aprecia en las misivas que la soberana envió a su madre, fechadas en Barcelona, 10 de noviembre y 9 de diciembre de ese mismo año. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

<sup>948</sup> María Luisa a Madame Royale. Tende, 16 de septiembre de 1701, recogida por DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, p. 105.

algunas de las cuales la reina firma como *Louison*, apelativo con el que el duque se refería a su hija desde su infancia.<sup>949</sup>

En otro orden de cosas, el análisis de la correspondencia de María Luisa permite observar la identificación inicial de la soberana con los intereses saboyanos en España. Poco después de casarse, la reina escribió al duque de Saboya que la realeza no le haría olvidar su querido país. Todo lo contrario, si podía rendir cualquier servicio a sus queridos hermanos, añadió, lo haría de todo corazón.<sup>950</sup> Semanas después, al agradecer a su progenitor la parte que había tenido en su destino, volvió a insistir sobre este aspecto: «*ie n'en serois pas ingrate*, car ie profiterai avec grand plaisir de toutes les occasions qui pourroient vous faire estre un peu contante de moi envers mes chers frères et toute ma Maison».<sup>951</sup>

El tono confiado y vivaz de estas primeras misivas no fue aprobado por el duque de Saboya. En diciembre de 1701, Víctor Amadeo II ordenó a Operti que advirtiese a la soberana de que moderase sus muestras de afecto hacia su familia.<sup>952</sup> Desconocemos quien le había informado, pero el soberano saboyano ya sabía que la correspondencia de su hija sería leída por Marcin.<sup>953</sup> Días después, María Luisa se daba por enterada del mensaje de su padre:

«Le commandeur Operti m'a dit ce que vous lui aves mandée pour me dire; *ie vous promets, mon très cher Papa, que ie ne fais ni ferai pas montrer* [sic] *la tendresse que i'ay pour mes chers frères* (...). Vous ne devez point (...) craindre sur cela, car soyés persuadé que ie ne ferai que le juste et raisonnable, quoique la tendresse que i'ay pour mon pais me fit aller plus loin, mais en cette occasions ie me surmonterai.»<sup>954</sup>

Las llamadas del duque a la prudencia se repitieron a lo largo de ese año.<sup>955</sup> Sus despachos a Operti ponen de manifiesto la preocupación del soberano saboyano por el comportamiento de su hija en lo relativo a sus lealtades. Pese a no aconsejarla

---

<sup>949</sup> «(...) *Ie fini mon cher Papa en vous assurant que votre Louison vous aime cens fois plus qu'elle mesme et qu'elle souhaite ardemment de de pouvoir vous embrasser encore une foi dans sa vie*». María Luisa a Víctor Amadeo II. Barcelona, 9 de abril de 1702. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

<sup>950</sup> La misma al mismo. Marsella, 21 de octubre de 1701. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

<sup>951</sup> La misma al mismo. Barcelona, 1 de diciembre de 1701. *Ibidem*. La cursiva es nuestra.

<sup>952</sup> PEREY, L.: *Une reine de douze ans...*, pp. 113-114.

<sup>953</sup> “Doverete in oltre avvertire la Regine che lei su le lettere a noi et a Madama la Duchessa Reale doverano essere in forma da poter essere vedute per (...) tutti, perche probabilmente saranno viste”. Víctor Amadeo II a Operti. Turín, 7 de diciembre de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>954</sup> La misma al mismo. Barcelona, 16 de enero de 1702. A.S.T., LPD., Mazzo 26, cit. por PEREY, L.: *Une reine de douze ans...*, pp. 112-113.

<sup>955</sup> «Je suis très content de la tendresse que vous sentes pour vos frères et la prudence avec laquelle vous vous conduites là-dessus, qui est très nécessaire pour tous (...)» Víctor Amadeo II a María Luisa. Turín, 2 de marzo de 1702. A.S.T., LPD., Mazzo 26.



directamente, Víctor Amadeo II continuó insistiendo por medio de su embajador en que la reina no mostrase “tanto spiritu e forze d’animo” en las muestras de ternura que exteriorizaba hacia sus parientes.<sup>956</sup> Tales efusividades resultan lógicas si tenemos en cuenta que María Luisa había crecido bajo la atenta mirada de su madre y abuela en un ambiente que había contribuido a la gestación de profundos lazos de cariño o “amitié” entre los miembros de la familia ducal. Nacidas del afecto filial, podemos observar en ellas el interés de la reina por hacer parte a su parentela de la buena fortuna que el destino le había deparado, especialmente a sus hermanos, de cuya suerte parece sentirse responsable. Debido a su juventud, o por imprudencia y exceso de confianza, María Luisa no parecía ser consciente en sus primeras cartas de los inconvenientes que una actitud semejante podía acarrearle frente a las cortes de Versalles y Madrid. Como tampoco del conflicto de fidelidades dinásticas que subyacía bajo sus argumentos, por otro lado poco explícitos y muy infantiles.

Ambas situaciones no pasaron desapercibidas a Víctor Amadeo II, de ahí sus llamadas de atención a su hija. Sería descabellado pensar que, una vez en España, María Luisa pasó instantáneamente de princesa de Saboya a soberana española, identificándose por completo con los intereses de su dinastía de adopción. Ahora bien, lo que sí parece confirmado es que el tono empleado por la reina en su correspondencia con su familia se moderó un tanto. De ella no desaparecieron ni las muestras de afecto y ternura, ni las expresiones del respeto que toda hija y nieta debía mostrar hacia sus progenitores y abuela. Sin embargo, las abiertas alusiones a los intereses de su “querido país” no volvieron a repetirse. En adelante, sus cartas, aunque en ocasiones incluyen la petición de alguna gracia o favor<sup>957</sup>, se referirían sobre todo a cuestiones puramente banales como la salud, los personajes que la rodeaban, los festejos celebrados en Barcelona y Madrid o la demanda de noticias sobre ciertos conocidos y parientes.<sup>958</sup>

---

<sup>956</sup> El duque de Saboya a Operti. Turín, 21 de junio de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49.

<sup>957</sup> Como la mediación de la reina para que su padre designara dama de honor de la duquesa Ana a la sobrina del conde de Revel, una petición a la que el duque accedió inmediatamente. María Luisa a Víctor Amadeo II. Barcelona, 4 de marzo de 1702; Víctor Amadeo II a María Luisa. Turín, 16 de marzo de 1702. *Ibid.*, LPD., Mazzo 26.

<sup>958</sup> De la añoranza de la reina por su familia y país de nacimiento dan buena cuenta algunas cartas de María Luisa a su abuela fechadas por estas fechas. La reina a Madame Royale. Barcelona, 23 de enero de 1702; Barcelona, 4 de marzo de 1702. DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, pp. 119-120 y 122-123.

### Una reina aleccionada:

La forma resuelta en que desde Versalles y Barcelona actuaron para zanjar el incidente de Figueras resultó determinante en la evolución del comportamiento posterior de María Luisa Gabriela de Saboya en la corte española. Sola y recién instalada en España, la reina no tardó en ser consciente de lo desacertado de su inicial forma de proceder. Carente del apoyo de la corte de Turín, que como hemos visto se desentendió de lo ocurrido en la localidad catalana, y sin ninguna confianza aún en los miembros de su servicio español, la soberana quedó a merced de los consejos de la princesa de los Ursinos. Amparada en su posición como camarera mayor oficiosa, la princesa imbuyó a la reina los principios sobre los que en lo sucesivo debería asentarse su conducta, coincidentes con las recomendaciones efectuadas a este tenor por Luis XIV: «Il est certain -escribió a Torcy- que j'ai beaucoup acquis sur son esprit. Elle écoute volontiers les conseils que je prends la liberté de lui donner; je vois même qu'elle les suit (...).»<sup>959</sup> Las palabras de Ursinos son confirmadas también por Operti, quien no dejó de reconocer la importancia del papel que esta desempeñaba junto a su señora. Así, al tiempo que ensalzaba la prudencia y discreción con las que la reina se conducía, el diplomático insistía en encomiar la labor de la princesa. En palabras del comendador, la dama solo se preocupaba por el bienestar de María Luisa, siendo sus recomendaciones muy acertadas para atraer a la soberana el amor de sus súbditos y favorecer su aclimatación a una corte “tan difícil”.<sup>960</sup>

Por medio de actitudes que incidían en valores propiamente femeninos como la sumisión, la afabilidad y la discreción, se fue conformando una imagen de María Luisa de Saboya diferente a la que el incidente de Figueras había evidenciado. A grandes rasgos se trataba de gestos, desarrollados bien en presencia de la corte, bien en el espacio semipúblico de los aposentos reales, que presentaban a la soberana como una mujer responsable con sus deberes representativos, centrada en el bienestar de su esposo y alejada del gobierno y el reparto de mercedes.

Uno de los ejemplos más ilustrativos del viraje operado en la conducta de la soberana fue el modo en que esta se condujo durante la indisposición sufrida por Felipe V en el invierno de 1701. Desde finales de diciembre, el monarca se vio aquejado de un

---

<sup>959</sup> La misma a Torcy. Barcelona, 28 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE, t. 94, fol. 165v.

<sup>960</sup> Respecto a la opinión de Operti sobre el papel que Ursinos jugaba junto a la reina, véanse las cartas de Operti a Madame Royale. Barcelona, 27 de noviembre de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 49. El mismo a Víctor Amadeo II. Barcelona, 10 de enero de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48. La cita que recogemos se encuentra en una carta de Operti a la duquesa Ana. Barcelona, 10 de enero de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49.

fuerte resfriado acompañado de fiebres tercianas. Preocupada por la salud del rey, María Luisa intervino en las diferentes reuniones organizadas por los médicos reales, se interesó por los tratamientos dispensados al paciente y estuvo presente en las visitas que los facultativos realizaban al monarca.<sup>961</sup> Al igual que hiciera su madre durante las enfermedades de Víctor Amadeo II, atendió personalmente a su esposo.<sup>962</sup> Prescindiendo del servicio palatino, se afanó en dar de comer al rey “de su propia mano” y le procuró todas las comodidades necesarias, como una mesa portátil, una pluma y un cartapacio que ella misma proporcionó al soberano para que este escribiese a Francia.<sup>963</sup> Además, con el fin de animar a su marido en los momentos en los que la fiebre remitía, comenzó a organizar pequeñas veladas en los aposentos reales. Se trataba de reuniones informales a las que asistían Ursinos, Marcin, Operti y algunos cortesanos españoles, en las que la soberana, a decir del enviado piamontés, “colla sua gran vivacità di spirito e giudicio era quella che sosteneva (...) il personaggio primario”.<sup>964</sup> Cuando la enfermedad de Felipe V derivó en una rubeola, la reina fue obligada por la princesa de los Ursinos a cesar sus visitas al monarca.<sup>965</sup> Sin embargo, una vez recuperado, continuó prodigándole cuidados, como indica el testimonio de Claude de la Roche, quien describió a Torcy cómo la soberana había cortado personalmente el pelo del rey, precisado a llevar peluca a causa de los efectos de su dolencia.<sup>966</sup>

Si la actitud de María Luisa en sus relaciones conyugales se caracterizó por la abnegación y la entrega, el comportamiento público de la reina no fue menos ejemplarizante. La soberana acometió sus deberes representativos con notable responsabilidad. Con motivo de la estancia de los reyes en Barcelona, la ciudad dispuso un variado programa de festejos religiosos y cortesanos. Entre todos ellos destacaron la traslación del cuerpo de San Olaguer a su nueva capilla, que se prolongó durante tres días y contó con la presencia de los monarcas; el desfile que la Universidad de

---

<sup>961</sup> Operti a Madame Royale. Barcelona, 1 de enero de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>962</sup> Luisa Saredo recoge en su biografía sobre la duquesa Ana como ésta, pese a sus desavenencias conyugales, cuidó personalmente de su esposo durante la grave enfermedad sufrida por Víctor Amadeo II en 1692. SAREDO, L.: *La Regina Anna di Savoia...*, pp. 156-160.

<sup>963</sup> Operti a la duquesa Ana. Barcelona, 10 de enero de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>964</sup> Operti a Madame Royale. Barcelona, 1 de enero de 1702. *Ibidem*. El mismo al marqués de Saint-Thomas. Barcelona, 2 de enero de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48. Los cuidados prodigados por la reina a Felipe V durante su enfermedad son confirmados también por el conde de Marcin. Marcin a Luis XIV. Barcelona, 24 de diciembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 391v.

<sup>965</sup> María Luisa a la duquesa Ana. Barcelona, 12 de febrero de 1702. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

<sup>966</sup> Claude de la Roche a Torcy. Barcelona, 8 de enero de 1702. AA. EE., CPE., t. 102, fols. 45r. y v.

Barcelona organizó en honor a Felipe V o el torneo y “Momería” con que la nobleza catalana agasajó a los reyes. De la misma manera, el rey y su esposa, juntos o por separado, visitaron diversas fundaciones religiosas bien en la propia capital catalana, bien en sus alrededores, como los conventos de Santa Clara y Santa Catalina o los monasterios de Pedralbes y Sión.<sup>967</sup> Las relaciones oficiales que detallan el desarrollo de todos estos acontecimientos suelen describir de forma muy sucinta el comportamiento de sus protagonistas, a lo sumo, mediante la insistencia en determinadas acciones puramente estereotipadas.<sup>968</sup> No obstante, la correspondencia de María Luisa y del comendador Operti con Turín nos permite dilucidar de un modo más preciso tanto la forma en que la soberana se condujo en sus primeros actos oficiales, como los sentimientos que algunas de estas obligaciones generaron en ella. Así, gracias a las cartas que la reina envió a su madre y abuela conocemos el desagrado de la soberana por muchos de los conventos catalanes que visitaba, que consideraba fríos, mal aseados y poco de su gusto. Pero también, el aburrimiento que le producían los sermones religiosos, que aún no lograba entender a causa de sus rudimentarios conocimientos del castellano.<sup>969</sup> Un sentir que, por otro lado, contrastaba con el placer que le proporcionaban los bailes que se celebraban en palacio, como aquellos que tuvieron lugar con motivo del Carnaval y cuyo único defecto fue, según sus propias palabras, la brevedad de su duración.<sup>970</sup>

Tan locuaz como la soberana, los despachos remitidos por el enviado saboyano a la duquesa Ana y Madame Royale constituyen una fuente fundamental para conocer la manera en que la reina asumió sus funciones como consorte de Felipe V. Su relato,

---

<sup>967</sup> Sobre los festejos públicos organizados en Barcelona con motivo del matrimonio y estadía de los reyes en la ciudad, véase, PÉREZ SAMPER, M. A.: “Felipe V en Barcelona...”, en *Cuadernos Dieciochistas*, 1 (2000), pp. 91 y ss.; también, RIERA FORTIANA, E.: “Les festes celebrades a Catalunya durant el viatge i el casament de Felip V (1701-1702)”, en *El barroc català. Actes de les jornades celebrades a Girona, 1987*. Barcelona, 1989, pp. 395-410.

<sup>968</sup> La más detallada de todas las relaciones publicadas con motivo de la estancia de Felipe V y su esposa en Cataluña es *Festivas demostraciones y magestuosos obsequios con que el muy Ilustre y Fidelísimo Consistorio de los Diputados y Oidores del Principado de Cataluña, celebró la dicha que llegó a lograr con el deseado arribo y feliz himeneo de sus Católicos Reyes Don Felipe IV de Aragón y V de Castilla, conde de Barcelona &c. y Doña María Luisa Gabriela de Saboya, que Dios guarde, prospere y en su sucession eternize*. Barcelona, Rafael Filgueró, 1702. Existen varios ejemplares de este impreso en la Biblioteca Nacional. B.N.M. 2/52006(2); 2/70085; R/39026.

<sup>969</sup> «J'ay été aujourd'hui au sermon qui ne ma pas fait grand profit ne l'ayant pas antandu étant espagnol et il faut savoir parfaitement bien la langue pour les antandre». La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 5 de marzo de 1702. La misma a la misma. Barcelona, 27 de diciembre de 1701. A.S.T., LPD., Mazzo 26. También, la reina a Madame Royale. Barcelona, 23 de enero de 1702, en DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, p. 119.

<sup>970</sup> La misma a la misma. Barcelona, 4 de marzo de 1702. DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, pp. 122-123.

por prolijo, aborda diferentes aspectos de la cotidianeidad de María Luisa en Cataluña. Con todo, por el momento nos vamos a centrar en la descripción que el diplomático efectuó del comportamiento de la soberana en algunas ceremonias, así como en los contactos iniciales que estableció con sus damas y otros cortesanos españoles.

Poco después de que la reina se instalase en España, Operti informó de la naturalidad con que se desenvolvía en su nuevo papel, como si hubiera representado siempre “il personaggio d’una Regina adorabile”. La madurez y amabilidad de la reina, sumadas a la devoción con que había cuidado a su esposo durante su enfermedad, le granjearon rápidamente el respeto y aprobación de la corte española “che rendono vivissime grazie alla Divina pietà d’havere concesso à questi Regni una così degna Regina”.<sup>971</sup>

Afabilidad y sencillez fueron dos de las virtudes de las que María Luisa hizo gala en sus tratos con los Grandes y miembros de su Casa. Según Operti, la reina acogía con cordialidad y “suma benevolencia” a cuantos cortesanos y servidores acudían a hacerle la corte. La llaneza que traslucían sus maneras, que no restaba dignidad a su conducta, su vivacidad y gusto por la conversación, coadyuvaban a apaciguar el descontento reinante en palacio ante las alteraciones de la etiqueta promovidas por el entorno francés de Felipe V y las formas más frías y formales con las que el monarca se dirigía a la nobleza.<sup>972</sup>

En efecto, la estancia de la corte en Barcelona fue aprovechada por la princesa de los Ursinos<sup>973</sup> para promover ciertas alteraciones del ceremonial que afectaban a la posición de la pareja real en el espacio áulico, a sus relaciones con la Grandeza y a la visibilidad de los monarcas ante la corte. De todas ellas María Luisa participó plenamente a instancias de la camarera mayor oficiosa. La primera de las medidas ejecutadas por la princesa a este tenor fue la de promover la asistencia de los Grandes a la *toilette* de la reina. Con la excusa de que no hacían la corte a la soberana con tanta frecuencia como podrían hacerlo, Ursinos procuró habituarles a visitar los aposentos reales mientras esta se preparaba para iniciar el día. Su invitación se extendió también al propio rey, cuya presencia en la cámara de su esposa favorecería que las damas de la

---

<sup>971</sup> Operti a Víctor Amadeo II. Barcelona, 14 y 27 de noviembre de 1701; el mismo al marqués de Saint-Thomas, Barcelona, 2 de enero de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>972</sup> Operti a Víctor Amadeo II. Barcelona, 17 de enero de 1702. *Ibidem*.

<sup>973</sup> Así lo reconocía la propia dama en una misiva dirigida a Torcy antes de instalarse en el país: «Je crois qu’il ne m’arrivera pas moins d’aventures qu’à Don Quichotte dans l’entreprise que vous me donnez de détruire l’étiquette.» Ursinos a Torcy. Génova, 6 de septiembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fol. 135v.; recogida también en SSBL, IX, p. 386 y COMBES, F.: *La princesse des Ursins...*, pp. 78-79.

reina pudieran ver más a menudo al monarca. Bajo la iniciativa de Ursinos subyacían dos propósitos: estrechar la relación de los reyes con sus súbditos por medio de un contacto reiterado y evitar los celos que podían generar en la Grandeza las habituales visitas del conde de Marcin a los aposentos de María Luisa.<sup>974</sup> El mismo sentido podría otorgarse a las reuniones informales que comenzaron a organizarse en la cámara de Felipe V y que refirió Operti en su momento.

La princesa se preocupó también por presentar ante la nobleza una imagen más cercana y menos hierática de los monarcas. En concreto, un día a finales de noviembre de 1701, poco después de que los reyes realizaran sus devociones diarias, la princesa hizo bailar a los soberanos en presencia de los cortesanos, empujando igualmente al duque de Osuna a hacerlo con algunas damas de la reina.<sup>975</sup> El objeto de esta acción era tan poco inocente como en el caso anterior, puesto que con ella Ursinos no solo deseaba procurar a los monarcas unos divertimientos “que les son necesarios”, sino también acostumbrar a los Grandes a este tipo de comportamientos que en adelante deberían ver como algo normal.<sup>976</sup> Con fines similares, la princesa organizó algunas veladas nocturnas para las damas de la soberana -en las que tomaba parte María Luisa- como una lotería, “que les gustó mucho aunque no son más que tonterías”.<sup>977</sup> Por último, hizo que los cortesanos españoles compartieran la mesa de juego junto a los reyes.<sup>978</sup>

Cuando no asistía a ningún acto oficial, la soberana llevaba una vida sencilla y retirada. Los paseos públicos por las Ramblas de Barcelona en compañía del rey y su séquito, suponían uno de sus principales entretenimientos junto a las meriendas que solían tener lugar tras las visitas a conventos o a las villas de algunos aristócratas.<sup>979</sup> Asimismo, en los aposentos reales, María Luisa mostraba también un talante serio y

---

<sup>974</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 29 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 94, fol. 124r.; recogida también en SSBL, IX, p. 394; parcialmente en MILLOT, p. 101. Por su parte, Marcin también se hizo eco de esta contravención de la etiqueta promovida por Ursinos. Marcin a Luis XIV. Barcelona, 19 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 320r.

<sup>975</sup> Don Florencio Guillén daba cuenta de estos bailes en una de sus misivas al duque de Gandía. Barcelona, 23 de noviembre de 1701. A.H.N., Nobleza, Osuna, CT-154, n.º 1.

<sup>976</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 29 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 94, fol. 125r., recogida también en SSBL, IX, p. 394. Operti reseña también este episodio en una carta a Turín. Operti a la duquesa Ana. Barcelona, 27 de noviembre de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>977</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 5 de diciembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 94, fol. 211r.

<sup>978</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “Felipe V en Barcelona...”, en *Cuadernos Dieciochistas*, 1 (2000), p. 103.

<sup>979</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “Felipe V en Barcelona...”, en *Cuadernos Dieciochistas*, 1 (2000), p. 103; TORRIONE, M. (ed.): *Crónica festiva de dos reinados en la Gaceta de Madrid (1700-1759)*. Málaga, 1998, pp. 42-45; *Recueil des Nouvelles ordinaires et extraordinaires, relations et récits des choses avenues tant en ce Royaume que d'ailleurs, pendant l'année mil sept cent un*. Paris, MDCCII, p. 605.

mesurado. Lejos de abandonarse a comportamientos frívolos e infantiles, parece ser que procuró aficionar a sus damas a “diversiones convenientes”, sobre todo la costura, labor en la que como hemos visto la soberana se había iniciado durante sus estancias en *La Vigna*:

“La Mtà della Regina resta dalle sue Dame più che più amata quanto più la praticano et conoscono. Ella le tratta con tutta la benevolenza immaginabile et loro procura tutti li convenienti divertimenti, introducendole à lavorare di ponto et altre cose (...) e già ve ne sono due di sue Damigelle che fanno proffitto et le altre all’esempio desiderano d’imitarle (...).”<sup>980</sup>

El interés de la soberana por presentarse como modelo de conducta para las mujeres de su Casa, se expresó también por medio de otros gestos públicos. A finales de noviembre de 1701 Operti aludió al desagrado de la reina ante la ligereza que caracterizaba el proceder de algunas de sus damas. Según relató el diplomático, habiendo acudido los reyes a escuchar vísperas en la Iglesia de Santa María del Mar, la soberana constató que ninguna de sus damas se hallaba presente en la función. Sin apenas inmutarse, María Luisa ordenó al marqués de Mortara, uno de sus meninos, que se informase del motivo de tal ausencia, añadiendo graciosamente que con probabilidad esta se debía a una indisposición repentina. Huelga decir que la actitud de la reina fue muy elogiada por la corte española, asombrada de la manera con que la soberana “sappia unire il decoro coll’afabilità”. En cuanto a las susodichas damas, un comportamiento semejante no volvió a repetirse.<sup>981</sup>

Por otro lado, María Luisa tomó con prudencia su función como mediadora entre el rey y sus súbditos. Tras el matrimonio de los reyes en Figueras, a su paso por Gerona, la comitiva real se alojó en las casas que la condesa de Sutterra poseía en la localidad catalana. Llegado el momento de la despedida, la condesa se dispuso a elevar un Memorial a la reina en el que solicitaba cierta gracia para su familia. Pese a las instancias de Felipe V, la soberana se negó, con corrección y dulzura pero con firmeza, a recibir las peticiones de la dama en cuestión.<sup>982</sup> Situaciones similares se reproducirían tras la instalación de María Luisa en Barcelona. Con todo, más ilustrativas que las acciones en sí mismas, resultan las palabras con las que la soberana justificaba su *modus operandi* en este punto particular. Cada negativa de la reina se veía acompañada por afirmaciones en las que reiteraba su papel subordinado respecto al monarca. Así, la

---

<sup>980</sup> Operti a la duquesa Ana. Barcelona, 1 de enero de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>981</sup> El mismo a Madame Royale. Barcelona, 27 de noviembre de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>982</sup> El mismo a Víctor Amadeo II. Barcelona, 14 de noviembre de 1701. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48.

soberana insistía en que su función no estribaba en interceder de manera directa en la concesión de mercedes. Tal prerrogativa, argumentaba, correspondía en exclusiva al rey y, a lo sumo, su propia misión se reducía a apoyar aquellas súplicas que estimase justas, adecuadas y procedentes de súbditos que las mereciesen verdaderamente.<sup>983</sup>

Como puede verse, María Luisa comenzó a amoldarse al papel que Versalles pretendía adjudicarle. En cierta medida no tuvo más remedio que hacerlo, habida cuenta no solo del estrecho cerco que el rey de Francia labró en torno a su persona (Ursinos), sino también de que sus acciones eran transmitidas puntualmente a París (Marcin).<sup>984</sup> Al mismo tiempo, las actitudes desplegadas por la reina en tanto la corte permaneció en Cataluña, así como su sumisión a los consejos de la princesa de los Ursinos, contribuyeron a mitigar la desconfianza con que fue recibida por los miembros del *entourage* francés de Felipe V:

“Il conte di Marsin e tutta la famiglia del Rè e da quanto hanno visto e stanno vedendo che detta Regina hà praticato dal tempo ch'è in questo Principato e nella congiuntura della (...) infermità del Rè, sono così ammirati della solidità delle virtù et qualità di detta Regina, ch'io sono certo che gl'eloggi che manderanno in Francia ne faranno risuonare un ecco gustoso sino à Torino et tutte le parti del Mondo (...).”<sup>985</sup>

En efecto, en lo que se refiere al conde de Marcin, este no tardó en escribir a Versalles que quizás habían juzgado el incidente de Figueras “demasiado políticamente” a la luz de la conducta que la reina había manifestado con posterioridad.<sup>986</sup> En sus misivas a Turín, Operti profundizaba un poco más en las razones que habían motivado el cambio de opinión del conde. Según el enviado saboyano, lejos de hallarse ante la soberana manipuladora y tiránica que había temido, el embajador francés admitía haber encontrado a una “mujer gloriosa”, cuyas acciones, por encima de lo que podía esperarse de su edad, contribuían al servicio del monarca y a la mejor consideración de la nueva dinastía. Una reina, concluía, que a diferencia de sus predecesoras no aspiraba a dominar al rey sino a contribuir de manera resuelta a la buena marcha de las relaciones entre Francia, la Monarquía Hispánica y Saboya.<sup>987</sup>

---

<sup>983</sup> El mismo a Madame Royale. Barcelona, 27 de noviembre de 1701. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49.

<sup>984</sup> “Il conte di Marsino [que ve diariamente a la reina] ne resta così ammirato e così altamente pubblica li peggj della Regina. Non dubbitò che non continui à renderne le più distinte e gustose notizie alla Corte di Francia”. Operti al abate Spinelli. Barcelona, 29 de enero de 1702. *Ibidem*.

<sup>985</sup> Operti a Madame Royale. Barcelona, 1 de enero de 1702. También, el mismo a la duquesa Ana. Barcelona, 10 de enero de 1702. Ambas en A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>986</sup> Marcin a Luis XIV. Barcelona, 21 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 330v. La misiva del embajador se encuentra citada parcialmente en MILLOT, p. 100.

<sup>987</sup> Despacho de Operti a Víctor Amadeo II. Barcelona, 10 de enero de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.



En cuanto a la princesa de los Ursinos, se mostraba igualmente orgullosa de de los buenos resultados que había producido su inicial labor como “mentora de la reina”:

«Je crois, Sire, povouir vous annoncer que la reine, désormais uniquement occupée de ce qui pourra la faire aimer du roi et de ses sujets, remplira parfaitement ses devoirs. Elle a connu à quoi elle s'exposoit en suivant les mauvais conseils qu'on lui avoit donnés, et son bon esprit luy ayant fait prendre de plus justes mesures, elle semble goûter le bonheur dont elle jouit, sans penser plus loin.»<sup>988</sup>

### **El inevitable ascendiente de la reina sobre el rey: adhesión frente a coerción.**

Como acabamos de ver, en los primeros momentos del matrimonio de Felipe V Luis XIV pretendió controlar el ascendiente que la reina podría adquirir sobre su esposo. Preocupado por la sumisión inherente al carácter de su nieto, el monarca francés ordenó a la princesa de los Ursinos y al conde de Marcin que instasen al rey de España a mantener la autoridad que le correspondía, como esposo y soberano, frente a la soberana. Con todo, las dificultades del embajador y la princesa para llevar a buen puerto las disposiciones emanadas desde Versalles no tardaron en ser manifiestas. María Luisa de Saboya se había revelado como una joven juiciosa, que acataba sumisamente los consejos de la camarera mayor en funciones. Sin embargo, no podía decirse lo mismo del rey. Dada su timidez, en los primeros tiempos de su convivencia el monarca mantuvo una cierta distancia frente a su consorte: «ie crois que quand il me connoitra un peu plus il se rendra aussi un peu plus familier (...)», escribió la reina a su madre. «Il est d'un timidité qui passe l'imagination», añadió poco después.<sup>989</sup> Esta situación no duró mucho tiempo. Los despachos de Operti revelan que la inclinación del monarca hacia su esposa se incrementó de forma paulatina durante la estancia de los reyes en Barcelona. Si en un primer momento describía al monarca “inamorato e contento sopra quanto possa dirse dell'amabilissimi preggi del corpo et anima della Regina”<sup>990</sup>, sin profundizar más en su relato, no tardó en informar de ciertas situaciones que revelaban el creciente afecto y dependencia de Felipe V hacia la reina. Por ejemplo, el interés del monarca por pasar la convalecencia de la enfermedad que le aquejara en los aposentos de la soberana; su cortesía al servirle una medicina durante una de las frecuentes migrañas de María Luisa, cosa que hizo en presencia de la corte, o

---

<sup>988</sup> Ursinos a Luis XIV. Barcelona, 27 de noviembre de 1701. SSBL, IX, p. 395.

<sup>989</sup> María Luisa a la duquesa Ana. Hostalric, 6 de noviembre de 1701; la misma a la misma. Barcelona, 14 de noviembre de 1701. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

<sup>990</sup> Operti a Víctor Amadeo II. Barcelona, 14 de noviembre de 1701. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48.

la decisión de Felipe V de compartir el lecho con su esposa, lo que causó no poca sorpresa entre los cortesanos.<sup>991</sup>

Por las mismas fechas, también Marcin y Ursinos se hicieron eco en sus cartas a Versalles de la evolución de las relaciones conyugales de los reyes, aunque en un sentido diferente del expresado por el enviado saboyano. Si las misivas de este último reflejaban una cierta dosis de orgullo ante el éxito de la reina al procurarse el favor del rey, las de ambos franceses evidenciaban que el ascendiente de la reina sobre Felipe V, tal y como habían sospechado Louville y la duquesa de Beauvilliers aún antes del matrimonio del monarca, sería inevitable. Marcin fue el primero en admitir este hecho ante Luis XIV. Tan pronto como el 21 de noviembre de 1701, informó a Versalles:

«Je ne puis rendre la lettre de Vôte Maiesté au Roy d'Espagne et luy communiquer ce qu'elle m'ordonne de luy dire qu'hier au soir au sortir du Despacho, parce qu'il passa toute l'après disner dans l'appartement de la Reine (...). C'est pourquoy pour continuer a parler à V. M. avec mon ingeniuté ordinaire, ie ne puis me dispenser d'avoir l'honneur de luy dire que i'entrevois des a present que malgré toute la déference et toute la soumission du Roy Catholique pour les conseils de V. Mté., *il est indubitable que dans la suite elle le gouvernera absolument et sans qu'on puisse l'empêcher* (...).»<sup>992</sup>

Las dificultades del embajador para reunirse con el rey en privado eran a la sazón compartidas por la princesa, aunque esta se mostraba más optimista: «Le roi me témoigna déjà beaucoup de confiance. Vous m'avez fait l'honneur de m'écrire, Monsieur, de tacher à le gouverner; je crois que je viendrai à bout, quoique la reine me permette rarement de lui parler en particulière (...).»<sup>993</sup>

Con un soberano que tan solo se separaba de la reina para ir a cazar, Ursinos y Marcin poco podían hacer para insuflar a Felipe V una cierta distancia emocional ante la soberana. Por ello, la cuestión no estribaba ya tanto en persuadir al monarca acerca de la manera en que debería comportarse con su esposa, según deseaba Luis XIV, como en inducir a esta a hacer un “buen uso” del innegable poder que le proporcionaría su influjo sobre el rey. Hasta el momento, las instrucciones de Versalles no habían contenido más que disposiciones dirigidas a evitar que María Luisa de Saboya pudiera

---

<sup>991</sup> De la evolución del matrimonio de los reyes dan cuenta las siguientes misivas de Operti: Operti a la duquesa Ana. Barcelona, 27 de noviembre de 1701 y 10 de enero de 1702; el mismo a Madame Royale. Barcelona, 1 de enero de 1701. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49; Operti al marqués de Saint-Thomas. Barcelona, 2 de enero de 1702; el mismo a Víctor Amadeo II. Barcelona, 17 de enero de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48.

<sup>992</sup> Marcin a Luis XIV. Barcelona, 21 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 330v-331r.

<sup>993</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 12 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 94, fol. 93r., recogida en SSBL, IX, p. 390.

adueñarse de la voluntad de Felipe V. Con el tiempo Marcin y Ursinos fueron conscientes de la necesidad de pasar de la prevención a la adopción de medidas más concretas, que tomasen en consideración la forma en la que la situación había evolucionado en apenas unas semanas. Si la reina había de dominar al rey, escribió el embajador francés, era necesario que contara ella misma con alguien que a su vez la gobernase: «ainsy il n'est question que de tâcher à faire en sorte qu'Elle [la reina] le gouverne bien, ce qui peut estre ne sera pas impossible.» Para Marcin, la permanencia de Ursinos junto a la reina era indispensable. Solo ella, con su experiencia y en calidad de camarera mayor, podría instruir a la soberana y canalizar el efecto que su influencia sobre el monarca podía tener en un futuro en ámbitos como el reparto de mercedes o las relaciones hispano-francesas:

«Pour cette effet rien n'estoit si nécessaire que d'avoir auprès d'Elle une personne comme la Princesse des Ursins, qui par sa prudence, sa douceur et ses manières engageantes sçaura gagner sa confiance, dans laquelle elle s'avance chaque iour, et a déia fait beaucoup des progresz. Il ne faut pas songer à employer d'autres moyens auprès d'elle (...).»

Asimismo, dado que la reina manifestaba un carácter «que l'on ne devoit point attendre d'une Princesse de treize ans», no había de ser tratada como una niña: «car pour peu qu'on la pratique, on voit bien qu'il ne faut pas la traiter en enfant.»<sup>994</sup> A ojos de Marcin, era necesario que Luis XIV tomara en consideración la potencialidad de la posición de María Luisa de Saboya como reina de España y consorte de Felipe V. El rey de Francia no debía infravalorar a la soberana a causa de su juventud. Al contrario, lejos de ignorarla o pretender menoscabar su influjo de forma evidente, Versalles debía aparentar tratarla con la dignidad correspondiente a su rango. Indudablemente, no se trataba de integrar a la reina de forma efectiva en la toma de decisiones, sino más bien de procurar que por sí misma continuara manteniéndose alejada del poder. Hacer ver a María Luisa que la conducta manifestada tras el incidente de Figueras era la correcta y la única que le garantizaría la amistad y la aprobación del rey de Francia, que esta parecía desear:<sup>995</sup>

---

<sup>994</sup> Marcin a Luis XIV. Barcelona, 21 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 331r. y 332v.

<sup>995</sup> La preocupación de la reina por el modo en que en Francia habrían juzgado su comportamiento en Figueras aparece reflejada en dos de sus cartas a su abuela, Madame Royale. «Le roi [Felipe V] a déjà écrit en France qu'il était content de moi, ce qui m'a causé une grande joie (...). Vous êtes trop bonne, ma chère grand'maman, que de craindre que les lettres qui parlaient de ce qui s'était passé ne m'eussent fait de la peine; mais quand on est un peu sensible, comme vous me connaissez, cela ne peut pas de moins (...).» Días después la reina añadía: L'on ne peut pas être plus aise que je suis de ce que vous me mandez

«La Reine à qui j'ay l'honneur de faire quelques fois ma cour par le moyen de la Princesse des Ursins, qui me le procure en dépit de l'étiquette, me fit celui de me dire hier qu'elle vouloit me faire part de la lettre obligeante et pleine d'amitié que Vôte Maïesté luy avoit écrite (...). Je suis persuadé que rien n'est plus capable de la maintenir dans les dispositions où Elle doit estre et dans lesquelles il paroît qu'elle est que de recevoir de tems en tems quelques lettres de Vôte Maïesté qui l'assurassent de son amitié: car si ie ne me trompe, avec des manières fort honnêtes, elle est glorieuse et me parut fort touchée de la lettre qu'elle avoit receüe de V. Mté.»<sup>996</sup>

No es de extrañar, por tanto, que por esas fechas el monarca francés iniciara un asiduo intercambio epistolar con la esposa de su nieto. La primera misiva que el soberano envió a María Luisa refleja ciertamente que tal comercio escrito albergaba una intencionalidad que trascendía del simple intercambio de noticias y parabienes:

«Madame ma soeur et petite fille –escribió Luis XIV–. Le Ceremonial doit estre désormais banni des lettres que j'écriray à V. M. et de celles que je recevray d'elle. Elles doivent seulement marquer la tendresse particulière que j'ay pour vous et l'amitié reciproque que j'attends de votre part. Elle [Vuestra Majestad] doit croire que je ne laisseray passer aucune (...) occasion de luy marquer que je la regarde comme une fille que j'aime tendrement (...).»<sup>997</sup>

La insistencia en la reciprocidad que esperaba en sus tratos con la soberana, evidencia la astucia del rey francés en su interés por cultivar el favor de la reina: «Je souhaite avec empressement de nouvelles occasions de vous en donner des marques [de amistad] et de vous faire connoistre que vous regardant comme ma fille, je ne puis douter que vos sentimens pour moy ne soient conformes aux assurances que vous m'en donnez.»<sup>998</sup> Al tomar la iniciativa y ofrecerle desde el primer momento su estima y amistad incondicionales, el monarca colocaba a María Luisa en una complicada disyuntiva. O bien las aceptaba, con todo lo que *a posteriori* ello podía conllevar, esto es, la intervención directa, “de abuelo a nieta”, en aspectos que podían trascender las relaciones familiares; o bien las rechazaba, algo prácticamente impensable si tomamos en consideración la posición de preminencia de Luis XIV en el eje Versalles-Madrid y la condición de la reina como una recién llegada a España. En este sentido, con su actitud, el rey de Francia no hacía sino fijar los criterios sobre los que en lo sucesivo

---

dans votre lettre du 29 du passé, de voir que vous avez eu des nouvelles de France, par où il vous paraissent être contents de mi et ma conduite; je vous assure que je tâcherai à les rendre toujours davantage.» La reina a Madame Royale. Barcelona 7 y 16 de enero de 1702. DELLA ROCCA, C.: *Correspondance...*, pp. 117-118.

<sup>996</sup> El mismo al mismo. Barcelona, 19 y 21 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 315v. y 332r.

<sup>997</sup> Luis XIV a la reina de España. 3 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 93, fol. 502r.

<sup>998</sup> El mismo a la misma. 24 de diciembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 94, fol. 265r.

pretendía asentar su relación con María Luisa de Saboya. Una relación que no excluía el afecto y el reconocimiento mutuos, pero que contemplaba igualmente la progresiva sumisión de la joven reina a los dictados y la experiencia del monarca francés. El soberano no se presentaba ante María Luisa como cabeza de la monarquía vecina, es decir, como un par. Al contrario, lo hacía como *pater familias*. A través de este subterfugio retórico pretendía dotar a los consejos y recomendaciones que en lo sucesivo pudiera hacer llegar a la reina de un alto grado de autoridad, puesto que partían no ya del rey de Francia, sino del jefe de la Casa de Borbón, de la que su deriva española era una rama menor.

Siguiendo los consejos de Marcin y Ursinos, Luis XIV cuidó sobremanera la forma en la que se dirigió a la reina en sus primeras epístolas. Dispuesto a ganarse la confianza de María Luisa, en ningún momento aparentó querer instruirla en sus deberes o transmitirle órdenes de cualquier índole (eso tendrá lugar de forma evidente, como veremos, durante la crisis del Despacho). De hecho, dejó de lado toda muestra directa de autoridad y centró el contenido de sus cartas en la cotidianeidad de los monarcas en Barcelona y en las informaciones que llegaban a Versalles sobre las acciones de la soberana. Al hacerse eco de cada una de estas cuestiones, Luis XIV recurría al elogio y la aprobación: «Vos soins et votre attention pour le Roy mon petit fils, méritent toutes les loüanges que je scay que vous ne recherchez point (...)»<sup>999</sup> Con objeto de ganar el favor de la reina, insistía en la ternura que le profesaba, que aumentaba cuanto más le informaban de sus virtudes: «ma tendresse pour elle augmente a proportion de ce que j'apprens de son esprit.»<sup>1000</sup> «V. Mté s'interessant aussi tendrement qu'elle fait a sa gloire et a sa satisfaction [del rey], je ne puis assez vous exprimer celle que j'ay des sentiments que vous temoignez -escribió días después-. Ils son tels que je les puis attendre d'une fille que j'aime très tendrement.»<sup>1001</sup> Una estima, en último término, que le agradaría demostrarle en persona, y no únicamente por carta, una vez Felipe V restableciera la paz en sus estados: «je regarde comme un des plus grandes satisfactions que je puisse avoir, le tems où le Roy mon petit-fils, ayant rétabli la tranquillité dans ses États, je pouvois vous embrasser l'un et l'autre et faire connoître a V. M. la tendre amitié que j'ay pour elle.»<sup>1002</sup>

---

<sup>999</sup> Luis XIV a la reina de España. Versalles, 9 de enero de 1702. *Ibid.*, CPE., t. 94, fol. 347r.

<sup>1000</sup> *Ibidem*.

<sup>1001</sup> El mismo a la misma. Versalles, 27 de enero de 1702. *Ibid.*, CPE., t. 102, fol. 77r.

<sup>1002</sup> El mismo a la misma. Versalles, 6 de febrero de 1702. *Ibid.*, fol. 196r.

Desde estas perspectivas, la exteriorización de los afectos era empleada por Luis XIV con una doble finalidad. Por un lado, había de contribuir a que María Luisa de Saboya continuara manteniendo la misma línea de comportamiento adoptada tras el incidente de Figueras. Por el otro, se trataba de un mecanismo susceptible de generar una cierta confianza entre la soberana y el monarca francés, condición *sine qua non* para que con el tiempo este pudiera establecer con la reina un trato más personal e influir en la esposa de su nieto de la misma forma en que ya lo hacía sobre Felipe V.

\*\*\*\*\*

Visto retrospectivamente el incidente de Figueras puede parecernos una anécdota un tanto picante (en buena medida debido al testimonio de Saint-Simon, reproducido hasta la saciedad por la historiografía), que no tuvo mayores consecuencias en el conjunto de un matrimonio armónico y bien avenido como fue el de Felipe V y María Luisa de Saboya. Sin embargo, en su día tal episodio estuvo lejos de ser entendido con la ligereza que le han atribuido algunos autores expertos en divulgación histórica.<sup>1003</sup> Por el contrario, podríamos concluir que lo sucedido en la localidad catalana después del primer encuentro de los reyes tuvo una importancia significativa en la evolución del proceso de adaptación de la nueva reina. En este sentido, tanto la vehemencia con la que la consorte defendió la anulación de la orden de expulsión de su servidumbre, como su intento de coartar públicamente la voluntad del rey, corroboraron no solo la idoneidad de algunas de las medidas tomadas con anterioridad (*vebigracia* el despido de su séquito), sino que también justificaron la adopción de nuevas disposiciones con un claro carácter fiscalizador sobre tres ámbitos diferenciados: las relaciones de la pareja real y la potencialidad del ascendiente de la consorte sobre el monarca; los vínculos de la reina con su dinastía de origen; y la imagen pública de María Luisa de Saboya.

Por lo que se refiere al primer aspecto señalado, el incidente de Figueras tuvo la particularidad de incrementar las suspicacias que Versalles albergaba de antemano en cuanto al carácter e intenciones de la nueva soberana. La conducta de la reina en su primer encuentro privado con el monarca alarmó a Luis XIV, y por añadidura a los miembros del *entourage* francés en España, en un doble sentido: por una parte les hizo temer que la nueva pareja real reproduciría en sus relaciones conyugales un patrón de

---

<sup>1003</sup> Nos referimos entre otras a las obras de GONZÁLEZ DORIA, F.: *Las reinas de España*. Madrid, 1990, pp. 271-272, o RÍOS MAZCARELLE, M.: *Vida privada de los Borbones. Tomo I. De Felipe V a Carlos IV*. Madrid, 1995 [1993], pp. 55-56, que califica el incidente de Figueras de “simpática escena”.

conducta semejante al de sus predecesores en el trono, que el soberano francés deploraba abiertamente (recuérdense las comparaciones de Felipe V y María Luisa de Saboya con Carlos II y Mariana de Neoburgo). Por la otra, la reacción del Rey Católico en esta tesitura (las dudas e inexperiencia con las que abordó las reclamaciones de la consorte), además de la publicidad que se otorgó al episodio, reforzaron el interés del soberano galo por tutelar la evolución del matrimonio de su nieto y restringir desde el primer momento la influencia que la reina podría ejercer sobre Felipe V. La misiva que dirigió al monarca a este tenor suponía un elocuente alegato de los principios que según la tradición vertebraban los roles conyugales, vulnerados en Figueras, así como una completa instrucción acerca de la posición que la consorte debía ocupar en la institución monárquica: determinada por su condición de primera súbdita del rey. Empero, tales advertencias tenían una limitación en la práctica, generada por la distancia, que impedía a Luis XIV intervenir directamente en la evolución del matrimonio de su nieto. Es aquí donde entraba en juego la colaboración entre la princesa de los Ursinos y el conde de Marcin, encargados desde noviembre de 1701 de velar porque las relaciones conyugales de los reyes discurriesen según las directrices emanadas desde Versalles, y Felipe V mantuviese ante la reina la autoridad que le confería su doble condición de esposo y soberano.

En segundo lugar el incidente de Figueras alentó la desconfianza de Francia hacia los vínculos de la consorte con la Casa de Saboya. Tanto Luis XIV y sus minitros como los principales miembros del *entourage* francés del rey (la propia Ursinos o Marcin por ejemplo) censuraron la conducta de María Luisa pero la achacaron, dada su juventud, a las instrucciones que habría recibido de la corte de Turín, que trató sin éxito de desentenderse de lo ocurrido. Tal recelo dio lugar a la puesta en vigor de iniciativas como el espionaje del intercambio epistolar que la reina mantenía con su familia, en cuyo contenido no se encontró cosa alguna que pudiese comprometer a la soberana. No obstante, más que la vigilancia a la que fueron sometidas las cartas de María Luisa, medida por otro lado habitual en la corte de Versalles, donde la correspondencia era sometida a la inspección del gabinete negro, lo que nos gustaría destacar aquí son las ideas que subyacían bajo tal acción: la preocupación en torno a la lealtad dinástica de María Luisa y el temor a su posible instrumentalización en favor de los intereses saboyanos por parte de Víctor Amadeo II. Dicha preocupación estaba implícita en la mayoría de los matrimonios de la realeza europea del Antiguo Régimen,

a menudo producto de acuerdos diplomáticos entre dinastías cuya estabilidad en ningún caso estaba garantizada en el contexto más amplio y flexible de las relaciones internacionales; pero en el caso de María Luisa se veía agravada por la combinación de tres factores simultáneos en el tiempo. De entrada, la fragilidad de la alianza borbónico-saboyana y las bien conocidas ambiciones de Víctor Amadeo II sobre ciertos territorios italianos de la Monarquía Hispánica. Segundo, la propia complejidad de las relaciones francoespañolas tras el advenimiento al trono de Felipe V, en cuyo desarrollo la nueva reina era un elemento exógeno cuya potencialidad convenía neutralizar. Y, finalmente, las características de la propia personalidad del Rey Católico, susceptible de hacer de la consorte una pieza clave en la escena político-diplomática (de ahí la importancia otorgada al segundo factor referido) y de encabezar iniciativas de carácter unilateral que contradijesen las instrucciones de Versalles o no contasen con su beneplácito.

Por último, el incidente de Figueras incidió en el comportamiento posterior de María Luisa de Saboya, e indirectamente en la situación de la entonces camarera mayor oficiosa, la princesa de los Ursinos. Consciente del error que había cometido, la reina pretendió borrar la impresión que su actitud inicial había suscitado a uno y otro lado de los Pirineos. En lo sucesivo, la conducta pública y privada de la soberana, tendente a remarcar la ejemplaridad de su condición regia, se adecuó a los valores que conformaban el ideal de consorte defendido desde Versalles (sumisión y obediencia al monarca, discreción, retraimiento ante el tratamiento de los asuntos y la distribución de mercedes, etc.), tan tradicional como la concepción del modelo de matrimonio que Luis XIV albergaba. Algunas de las actitudes manifestadas por la reina mientras la corte permaneció en Barcelona pudieron inspirarse en el modelo de conducta de su propia madre, la duquesa Ana (por ejemplo durante la breve enfermedad de Felipe V). Sin embargo, a la sazón la influencia más notable alrededor de María Luisa de Saboya sería la de la princesa de los Ursinos. Tanto la expulsión del séquito piamontés como la inseguridad de la soberana en los momentos inmediatamente posteriores a su llegada a España (que lo sucedido en Figueras no hizo sino incrementar, según corrobora su correspondencia con Turín), alentaron la dependencia de la consorte hacia la entonces camarera mayor oficiosa, única figura conocida para ella en un entorno que le era por completo extraño. Ambas circunstancias, añadidas a la protección de Versalles y al empeño de la princesa por ganarse la confianza de la reina, contribuyeron a la larga a



consolidar la posición de Ursinos junto a su señora. Así pues, la proyección de la dama en el entorno de la consorte no fue resultado únicamente de la coyuntura y de las características del proceso de adaptación de María Luisa de Saboya; sino también de un impecable ejercicio de instrucción (basado en la proximidad a la persona regia, el servicio continuado y la hábil persuasión) que influyó sensiblemente en la imagen pública de la reina. En este sentido, y pese a la madurez que le atribuyeron los testimonios de los cortesanos y embajadores que la conocieron en estas fechas, no cabe dudar de la inexperiencia de María Luisa de Saboya en el ejercicio de su condición regia y, en consecuencia, del influjo que la princesa tuvo sobre su conducta en estos momentos. No en vano, este era el cometido que Versalles había adjudicado a la dama, papel que el enviado saboyano, Operti, estaba dispuesto a reconocerle sin menoscabo para la dignidad de la reina.

Los resultados de las disposiciones que Luis XIV adoptó tras el incidente de Figueras fueron desiguales. En lo que concierne a la evolución del comportamiento de la soberana fueron un éxito, según acabamos de ver, en gran medida debido a la presencia de la princesa de los Ursinos junto a la consorte. Asimismo, María Luisa fue lo suficientemente prudente como para disimular su parcialidad hacia la Casa de Saboya (aunque por lo que parece su afecto hacia su familia nunca disminuyó) y mantenerse al margen de las relaciones entre el ducado y las Dos Coronas. Ambos aspectos contribuyeron a mejorar sustancialmente la opinión que el monarca galo albergaba de la consorte (probablemente porque su desconfianza inicial hacia ella se basaba en parte en ideas preconcebidas). Empero, las dificultades de Luis XIV para controlar el ascendiente de la reina sobre Felipe V fueron evidentes desde el primer momento. El fracaso de Ursinos y Marcin a este respecto fue palmario, como no tardaron en reconocer. La coerción, admitieron, debía dar paso a la aceptación del influjo de la soberana sobre el monarca, lo que implicaba la puesta en vigor de otras medidas (en cuyo desarrollo debía tomar parte también el soberano francés) cuyo fin era fomentar la adhesión de María Luisa de Saboya a Francia.

## INSTALACIÓN EN MADRID: ¿INICIACIÓN POLÍTICA?

«Il ne me paroistroit pas prudent de faire Régente la jeune Reyne, outre que dans un age si peu avancé, elle ne peut pas avoir les lumières nécessaires pour prendre une résolution convenable aux affaires, ny discerner les bons conseils et les mauvais ; il seroit a craindre qu'elle ne prist goust a gouverner et qu'au rétour du Roy C[atholique] elle ne desirât continuer d'entrer dans les affaires, ce qui ne convient pas et ce qui luy étant refusé causerois des chagrins qui retomberoient sur Sa Majesté Catholique (...).»<sup>1004</sup>

Finalizadas las cortes catalanas, que habían llevado a Felipe V a los territorios de la Corona de Aragón, dieron comienzo los preparativos para el viaje del monarca a tierras italianas. La visita del rey a sus diferentes posesiones en la península itálica estaba ya prevista en las instrucciones que Luis XIV entregó a su nieto antes de partir de Versalles, si bien no para el año 1702: «quand vous aurez assuré la succession d'Espagne par des enfants visitez vos royaumes, allez à Naples et en Sicile et venez en Flandre: ce será une occasion de nous revoir.»<sup>1005</sup> Los éxitos alemanes en Lombardía y el descubrimiento de la fallida conjura del príncipe de Macchia en Nápoles, llevaron al entorno de Felipe V a adelantar su travesía. Algunos autores han visto en el marqués de Louville el impulsor de tal viaje.<sup>1006</sup> En efecto, sus propias instrucciones también recomendaban la visita del monarca a los diferentes territorios de la Monarquía.<sup>1007</sup> Sin embargo, no es menos cierto que el traslado del rey generó arduos debates en el gabinete de Versalles. Torcy, Beauvilliers y Pontchartrain se mostraron favorables a él, aún cuando el soberano no hubiera asegurado la sucesión; por su parte, se opusieron Chamillart (con el apoyo de Madame de Maintenon) y el duque de Harcourt, temerosos del efecto que podría tener en el ánimo de los castellanos el abandono del monarca de la península ibérica.<sup>1008</sup>

Desde Barcelona la corte española no fue tampoco ajena a tales discusiones. Felipe V, Louville, Marcin y Ursinos sugirieron la inmediata ejecución del proyecto. El

---

<sup>1004</sup> «Mémoire pour M. le comte de Marcin. Février 1702.» AA. EE., CPE., t. 102, fols. 104v.-105r.

<sup>1005</sup> «Instruction de Louis XIV pour le Roi d'Espagne du 3 décembre 1700», en HIPPEU, C. (ed.): *Avènement des Bourbons...*, II, p. 519.

<sup>1006</sup> Por ejemplo Saint-Simon, cit. por GARCÍA-BADELL, L.: «Los primeros pasos de Felipe V en España: los deseos, los recelos y las primeras tensiones», en *Cuadernos de Historia del Derecho*, 15 (2008), pp. 45-127, en concreto, p. 85.

<sup>1007</sup> «Instructions données au Marquis de Louville par le duc de Beauvilliers», en LOUVILLE, I, p. 42.

<sup>1008</sup> Luis XIV se mostró en un principio también favorable al viaje de su nieto a Italia inmediatamente después de la clausura de las cortes catalanas: «Rien ne vous donnera plus de réputation et plus de gloire dans le monde, particulièrement dans vos royaumes. Vous gagnerez le coeur de vos sujets; vos ennemis seront forcés à vous estimer et à vous craindre (...).» Luis XIV a Felipe V. S. l., 7 de agosto de 1701, cit. por BAUDRILLART, I, pp. 88-89.

primero ansiaba marchar al frente de sus ejércitos, tal y como lo hacía el rey de Romanos. En cuanto al embajador francés y la princesa, estimaban que la presencia del monarca en Italia produciría los mismos buenos resultados que en Cataluña.<sup>1009</sup> Interés, reputación y coyuntura parecieron entonces aconsejar el traslado de Felipe V a la península itálica, que fue finalmente autorizado por Luis XIV para enero de 1702 y, tras el retraso provocado por la conclusión de las cortes catalanas, para marzo de ese mismo año.<sup>1010</sup>

En un principio la reina había de viajar con el rey. La afabilidad de la soberana y su condición de italiana, fueron entendidas como circunstancias que coadyuvarían a alentar la popularidad del monarca entre sus súbditos napolitanos y milaneses.<sup>1011</sup> A dicha razón se añadieron las consideraciones personales de los reyes. Según escribía Felipe V a su abuelo, le era imposible separarse de la reina: «(...) je veux mener avec moy la Reyne. Je l'ayme trop pour m'en séparer si tost (...)» Con el fin de reafirmar sus propósitos, el monarca introducía el matiz sucesorio en sus argumentos: «On m'a fait comprendre que je ne dois pas laisser mon royaume sans lesperance d'avoir bientost des enfans (...)»<sup>1012</sup> En lo que respecta a María Luisa, aunque también explicitaba su negativa a mantenerse alejada de su esposo, su interés por viajar a Italia radicaba sobre todo en su deseo de ver nuevamente a su familia. Efectivamente, según el plan inicial la soberana había de permanecer en Milán mientras el rey se encontraba en el campo de batalla; una eventualidad que le permitiría reunirse con sus padres y abuela.<sup>1013</sup>

Pese al inicio de los preparativos para el viaje<sup>1014</sup>, la corte de Madrid se mostró contraria a la partida de los monarcas. Desde la capital, Blécourt informó de la impopularidad que el proyectado periplo italiano suscitaba entre los miembros del gobierno, Portocarrero incluido, tanto más después de la clausura de unas Cortes cuyo

---

<sup>1009</sup> Véanse las misivas de Ursinos a Torcy. Barcelona, 16 de diciembre de 1701 y 16 de enero de 1702, recogidas en L.T.R., I, pp. 99-100 y II, p. 1. Asimismo, existían otras razones para que Felipe V no deseara trasladarse a Madrid, principalmente las relaciones del monarca con Portocarrero y Arias, a quienes Marcin acusaba de tratar duramente al rey y oponerse a las medidas que promovía en el Despacho. *Ibidem*, p. 91. También, Marcin a Luis XIV. Barcelona, 19 de octubre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 242r.

<sup>1010</sup> Luis XIV a Felipe V. 23 de enero de 1702. *Ibid.*, CPE., t. 102, fols. 83r-86r.

<sup>1011</sup> Operti a Víctor Amadeo II. Barcelona, 24 de enero de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1012</sup> Felipe V a Luis XIV. Barcelona, 9 de enero de 1702. AA. EE., CPE., t. 102, fol. 56r.

<sup>1013</sup> Del interés de la reina por viajar a Italia dan cuenta las cartas de la soberana a su padre y Madame Royale, publicadas por PEREY, L.: *Une reine de douze ans...*, pp. 127-131.

<sup>1014</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 9 de febrero de 1702, recogida en L.T.R., II, p. 13.

desarrollo habían criticado desde el primer momento.<sup>1015</sup> Al descontento de los ministros reales se sumaban también el de los mercaderes de la ciudad, quejosos del perjuicio que la ausencia del soberano causaría a sus intereses económicos.<sup>1016</sup> En semejante coyuntura, fue necesaria la exhibición en el Consejo de Estado de una carta de Luis XIV, donde este aprobaba el viaje de su nieto y enumeraba los beneficios que conllevaría, para que los consejeros se avinieran de mala gana a dar su aprobación al mismo.<sup>1017</sup> Con todo, apenas unos días después, Blécourt incorporaba un nuevo elemento de polémica a la situación al informar que los ministros de Felipe V exigían la permanencia de la reina en España:

«toute le monde s'est mis en teste et des gens de la première sphere que Sa Maiesté ne doit point revenir de longtemps à Madrid puisque la Reyne est du voyage; tout le monde seroit content si elle demeure en Espagne, parce qu'ils disent que seroit un gage du prompt retour du Roy; il y a mesme qui ont tenu des discours fort insolents sur ce qu'ils disent que le Roy les abandonne (...).»<sup>1018</sup>

La presencia de la reina a modo de «gage», garantizaría, primero, que el monarca no les abandonaba y, segundo, su pronto regreso. Asimismo, el enviado francés informó de la intención de los consejeros de Estado de enviar a Luis XIV una representación en la que expondrían la necesidad de que la soberana se instalase en Madrid en ausencia de su esposo. Una medida, argüían los miembros del Consejo, que evitaría también el despoblamiento de la capital y la retirada de la nobleza a sus casas solariegas. En última instancia, los consejeros apelaban al factor sucesorio, indicando de manera incomprensible que la reina podría tener más pronto sucesión si se mantenía un tiempo separada del rey.<sup>1019</sup>

En un primer momento, desde Barcelona hicieron caso omiso de las pretensiones del gobierno de Portocarrero.<sup>1020</sup> No obstante, a comienzos de febrero de

---

<sup>1015</sup> Uno de los ministros más críticos con la evolución de las Cortes de Cataluña fue el duque de Montalto, presidente del Consejo de Aragón, quien en una representación dirigida a Luis XIV advirtió de los perniciosos efectos que para la evolución del solio aragonés podía tener la condescendencia de Felipe V hacia las peticiones efectuadas por los brazos catalanes. “Representación del duque de Montalto a Luis XIV. Madrid, 14 de diciembre de 1701”. AA. EE., CPE., t. 94, fol. 226v.

<sup>1016</sup> Blécourt a Luis XIV. Madrid, 7 de enero y 4 de febrero de 1702. *Ibid.*, CPE., t. 102, fols. 38r. y 299v.

<sup>1017</sup> Sobre las reticencias de Luis XIV a escribir al Consejo de Estado, véase, BAUDRILLART, I, p. 93.

<sup>1018</sup> Blécourt a Luis XIV. Madrid, 18 de febrero de 1702. AA. EE., CPE., t. 102, fols. 466r. y v.

<sup>1019</sup> El mismo al mismo. Madrid, 23 de febrero de 1702. *Ibidem*, fols. 491v.-492r.

<sup>1020</sup> A este respecto, desde Zaragoza escribió el doctor Padilla: “aunque dicen que los Consejos de Estado y de Castilla hacen fuertes representaciones para impedir este viaje y que muchos de los nombrados para la Junta de Gobierno se escusan y que el cardenal premedita el retirarse a Toledo y muchos señores a sus estados, se tiene que nada a de bastar para impedir la jornada”. Doctor Padilla a Don Francisco Manso, agente de las iglesias de Castilla y León en Roma. Zaragoza, 19 de febrero de

1702 María Luisa reveló a la duquesa Ana su preocupación respecto al eco que podían tener en Francia las instancias del cardenal: «Je suis dans une étrange fraieur car ie ne scai comme on receurá en France toutes les representations que le cardinal Portocarrero et les espagnols ont fait sur notre voyage (...) pour moy, ie veux espérer que cela ne fera aucun effet (...)»<sup>1021</sup> Los celos de la reina no resultaron equivocados. Los despachos de Blécourt y la oposición de Portocarrero, llevaron a Luis XIV a desautorizar a comienzos de marzo la jornada de María Luisa a Italia. Desconocemos si el soberano compartía o no los argumentos de los ministros españoles, pero lo cierto es que les otorgó la suficiente importancia como para plegarse a su voluntad. Felipe V debía partir en solitario, ya que no creía -escribió a Marcin- que el rey dudase en hacerlo y se expusiese así a la vergüenza de cambiar de opinión por el único motivo de no separarse de su esposa.<sup>1022</sup> El problema sucesorio no tenía para el monarca francés la menor trascendencia. La reina no era aún núbil, por lo que era imposible que quedase embarazada durante el viaje. Si el rey insistía en trasladarse con la soberana, añadía, más valía que no emprendiera el viaje. Por su parte, María Luisa debía mostrarse sumisa ante las órdenes de Luis XIV y aceptar la situación como una prueba más de la ternura que albergaba hacia Felipe V:

«Vous devez avoir assez de force sur vous-même pour lui demaner, comme une preuve essentielle de sa tendresse, ce que vous pourriez obtenir par autorité. Vous consolerez vos fidèles sujets d'Espagne; ils attendront votre retour avec confiance; les artifices de vos ennemis ne pourront tenir votre gloire, en faisant regarder comme une fuite votre départ pour aller défendre vos États. Vous savez apparemment que c'est ainsi qu'ils en parlent.»<sup>1023</sup>

---

1702, cit. por GARCÍA-BADELL, L.: "Los primeros pasos de Felipe V...", en *Cuadernos de Historia del Derecho*, 15 (2008), p. 88.

<sup>1021</sup> La reina de España a la duquesa de Saboya. Barcelona, 9 de febrero de 1702. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

<sup>1022</sup> Luis XIV a Marcin. Versailles, 3 de marzo de 1702. AA. EE., CPE., t. 99, cit. por BAUDRILLART, I, p. 95. Véase también el testimonio del embajador saboyano en Versailles, Vernon, al duque de Saboya, donde el diplomático exponía la oposición de Portocarrero al viaje de la soberana: "che si partiva anche la Maestà della Regina non poteva egli rispondere cosa alcuna de molti successi, che si potevano temere in assenza delle loro Maestà dalla Spagna nelle presenti congiunture." Conde de Vernon a Víctor Amadeo II. París, 9 de marzo de 1702. A.S.T., LMF., Mazzo 132.

<sup>1023</sup> El mismo a Felipe V. S.I., 3 de marzo de 1702, recogida en L.T.R., II, p. 46; cit. por BAUDRILLART, I, p. 94. La respuesta de los reyes a la carta de Luis XIV, fechadas en Barcelona a 10 de marzo de 1702 (AA. EE., CPE., t. 103, fols. 79r. y ss.), han sido publicadas por MILLOT, pp. 106-107.

## Debates alrededor del papel de la reina en ausencia de Felipe V: los peligros de la iniciación política

La decisión de que María Luisa permaneciera en España durante el viaje de Felipe V a Italia conllevó inmediatamente otro debate aún más importante si cabe: cuál habría de ser el papel de la soberana en ausencia del monarca. A día de hoy parece probado que Luis XIV, al anular el viaje de la reina, había optado por una solución intermedia: la soberana aguardaría en España el retorno de su esposo, pero no se trasladaría hasta Madrid ni contaría con ningún papel oficial en el gobierno. Ello parece inferirse de una Memoria remitida a Marcin en febrero de 1702. En ella podemos leer:

«Il ne me paristroit pas prudent de faire Régente la jeune Reyne, outre que dans un age si peu avancé elle ne peut pas avoir les lumières nécessaires pour prendre une résolution convenable aux affaires, ny discourir les bonnes conseils et les mauvais (...). Il parut même qu'il est a propos que pendant l'absence du Roy, elle ne demeure pas à Madrid, n'estant point déclaré Régente et que sous prétexte destre plus a propos de donner et de recevoir des nouvelles l'un de l'autre, elle aille jusqu'à Barcelone, et y demeure autant son mary será absent de ses Royaumes. La Reyne d'Espagne n'étant point Régente, il est absolument nécessaire que le gouvernement soit remis entre las mains d'un homme seul auquel le Roy C[atholique] confie le soin des affaires et tout son autorité, ou qu'il la mette entre les mains d'une junte qu'il composera»<sup>1024</sup>

Junto con estos argumentos, la citada memoria incluía otros aspectos que reflejan claramente los verdaderos motivos, al margen de la juventud e inexperiencia, por los que en Versalles se mostraban remisos a sancionar el nombramiento de María Luisa como gobernadora. Tales razones resultan coherentes con el papel que la corte francesa adjudicaba a la soberana en tanto que consorte de Felipe V: «Il seroit a craindre que ne prit goust a gouverner et qu'au rétour du Roy C[atholique] elle ne desirât continuer d'entrer dans les affaires, ce qui ne convient pas et ce qui luy étant refusée causeroit du chagrin qui retomberois sur sa Majesté Catolique.»<sup>1025</sup>

Desde estas perspectivas, para Versalles, designar como gobernadora a María Luisa de Saboya supondría aprobar su iniciación en política y otorgarle un papel de preeminencia que entrañaba más inconvenientes que ventajas. El peligro era manifiesto: la instrucción a la que Ursinos había sometido a la reina tras el incidente de Figueras había hecho de la soberana una joven supuestamente alejada del poder. Por el contrario, introducirla en el manejo de los negocios, de forma oficial, implicaría una ruptura con el patrón de comportamiento que Versalles venía preconizando con

<sup>1024</sup> «Mémoire pour M. de Marcin. Février 1702.» AA. EE., CPE., t. 102, fols. 104v.-105r.

<sup>1025</sup> *Ibidem*.

respecto a la reina desde noviembre de 1701. Además, nada aseguraba que, tras el regreso del rey, María Luisa no deseara continuar participando en el gobierno. Por ello, desde la corte francesa se inclinaban bien por la designación de un único regente, que no sería otro que Portocarrero, bien por la formación de una Junta de gobierno, según se hiciera antes de la llegada de Felipe V a España, presidida también por el cardenal. Ambas alternativas, reconocía la citada Memoria, tenían sus inconvenientes pero consistían la única solución posible dada la coyuntura.

No obstante estas prevenciones, en Madrid tenían unas ideas diferentes a las de Versalles. De entrada, una Memoria anónima enviada a Francia aproximadamente por las mismas fechas, informaba del descontento de ciertos sectores de la corte española ante la posibilidad de verse gobernados de nuevo por Portocarrero y sus hechuras, a quienes se definía como: «*très peu propres par faute d'expérience, de jugement, de capacité et même naissance pour la direction du gouvernement universel (...)*»<sup>1026</sup> Además, el propio cardenal parecía reticente a ejercer la Regencia si la soberana permanecía en el país, lo que atentaría contra la tradición: «*C'est la coutume en Espagne, et quand elle n'aurait qu'un an, il faudroit qu'elle fust à la teste du gouvernement (...)*»<sup>1027</sup> Así las cosas, durante el invierno y la primavera de 1702 se inició un intenso intercambio epistolar entre las cortes de Madrid, Barcelona y Versalles, que giraba alrededor de la posición institucional que la reina debería ocupar con Felipe V ausente de España.

Desde el primer momento, la princesa de los Ursinos se mostró contraria a la instalación de María Luisa en la capital española y a su designación a la cabeza del gobierno. En primer lugar, consideraba una imprudencia el nombramiento de una regente de apenas catorce años, sin ninguna experiencia política; en segundo lugar, temía la acogida que le dispensaría la corte madrileña, sin el monarca y el embajador francés para sostenerla y apoyar sus iniciativas alrededor de la soberana:

«Je vous avoue que je ne suis point indifférent à la résolution que vous prendrez. On m'a si fort prévenu, du côté de France même, sur tout ce que j'ay à craindre de la jalousie et de la malignité des femmes de ce pays-là que je croirois aller comme une victime si je n'étois en même temps soutenue par la présence du Roy et par l'autorité d'un ambassadeur. La reine, avec tout son esprit, n'est au bout du compte qu'un enfant, et mon ami le Card. Porto Carrero a si peur luy-même, qu'il s'imagine que nous luy serons d'un grand secours, quand il devoit

---

<sup>1026</sup> Memoria anónima dirigida al marqués de Torcy. Sin fechar. AA. EE., CPE., t. 91, fol. 142v.

<sup>1027</sup> Operti a Madame Royale. Barcelona, 2 de marzo de 1702. AST., LMS., Mazzo 49. Ursinos a Torcy. Barcelona, 9 de marzo de 1702, recogida en L.TR., II, p. 21.

craindre d'estre embarrassé á nous défendre, si tout ce qu'il allègue a quelque fondement (...).»<sup>1028</sup>

Por último, la camarera mayor recelaba de la intencionalidad que subyacía tras el deseo de los españoles, con el cardenal Portocarrero a la cabeza, de hacer regente a la reina. A su modo de ver tanto el cardenal como Ubilla, el secretario del Despacho Universal, buscaban alentar en la soberana el interés por hacerse con la gobernación. Empresa en la que solicitaron la mediación de la propia princesa:

«Ses discours [se refiere a Ubilla] m'ont d'abord fait connoistre que son intention estoit de m'engager à porter S[a] M[ajesté] à demeurer à Madrid durant l'absence du roy d'Espagne. Pressé d'exécuter les ordres qu'il a apparemment receus du Card[ina]l Porto Carrero [sic], il m'abord beaucoup exagéré la consolation qui auroit toute l'Espagne d'avoir un si précieux gage en sa puissance; *et ensuite il me dit que la reine devoit elle mesme estre sensible au plaisir de se voir regente et maistresse de toutes les affaires de cette monarchie, adjoustant à cela mille flatteries qui me regardent, et qui seroient capables de faire impression sur l'esprit d'une femme qui auroit envie de faire un grand personnage.* Je luy ay répondu que la reine n'estoit sensible qu'à la gloire du roy; que l'aimant passionément, rien ne la pouvoit consoler, si on l'esloignoit de S[a] M[ajesté]; qu'estant moy mesme persuadée qu'une reine ne doit jamais se mesler d'affaires, j'avois toujours travaillé à l'en degouter; qu'il me seroit mal de tenir aujourd'hui des discours toute opposez; qu'elle estoit trop jeune pour estre à la teste du gouvernement, et qu'enfin je craignois, vive et delicate comme elle est, que sa santé ne souffrist beaucoup si on l'empeschoit de suivre le roy (...).»<sup>1029</sup>

Días después la princesa informaba con preocupación de los discursos que, en torno a la gobernación de la reina, continuaba manteniendo ante ella el secretario del Despacho: «a plus forte raison, prétend-il, qu'ayant autant d'esprit qu'elle [la reina] en a, on ne peut pas se dispenser de la déclarer régente sans luy faire un affront.»<sup>1030</sup>

La lectura de las misivas de Ursinos nos permite extraer ciertas conclusiones. Por una parte la intención de la dama por desvincularse de la designación de la soberana como gobernadora es más que patente. En este sentido la princesa temía que cualquier apoyo por su parte al nombramiento de María Luisa fuera visto en Versalles como una muestra de su interés por intervenir en política o, según sus propias palabras, «faire un grand personnage». Así, en el tándem camarera mayor-embajador francés la princesa dejaba claro que sus funciones concernían exclusivamente a la instrucción de la reina; el manejo de los negocios de Estado quedaba reservado al conde de Marcin. Por la otra, Ursinos alertaba de las contradicciones existentes entre

<sup>1028</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 25 de febrero de 1702, recogida en *Ibid.*, II, p. 14.

<sup>1029</sup> La misma al mismo. Barcelona, 5 de marzo de 1702, *Ibid.*, II, p. 18.

<sup>1030</sup> La misma al mismo. Barcelona, 9 de marzo de 1702, *Ibid.*, II, p. 21.



el hecho de hacer regente a la soberana y las órdenes de Luis XIV en lo relativo al papel que esta debía desempeñar en la institución monárquica. Desde su llegada a Barcelona, la princesa no había hecho otra cosa que imbuir a la reina un cierto desapego hacia el poder. Agraciarla con la gobernación, supondría, por tanto, desautorizar los consejos que hasta el momento la camarera mayor oficiosa le había dado y estimular su gusto por la política. Circunstancias ambas en la que no podía esperarse colaboración por parte de los españoles: «C'est à vous, Monsieur, à voir s'il convienne au service des deux couronnes que cette jeune princesse, avec l'esprit qu'elle a, soit régente, et s'il n'y a pas du danger aussi que la France l'empesche, si elle reste à Madrid, quand les Espagnols ne manqueront pas pour la gagner de luy en faire la proposition.»<sup>1031</sup>

Para la princesa la designación de la reina como regente constituía la pugna de dos voluntades. De un lado, la de la corte de Versalles, para la que María Luisa había de ser una reina que contribuía a la gloria de su esposo desde una posición supeditada, alejada de los resortes del poder. Del otro, la de la corte de Madrid, que pretendía ubicar a la soberana en primera línea política apenas llegada al país, sin tomar en consideración ni su edad ni su inexperiencia. Este interés, fruto de la pasión e imbecilidad de los ministros españoles<sup>1032</sup>, no tenía para la princesa otro objeto que el de inducir a la reina a arrogarse un rol diferente al que Versalles había pergeñado para ella; un rol que pasaba por su activa intervención en el poder y, en consecuencia, por la destrucción de la labor que la camarera mayor oficiosa había desarrollado durante la estancia de la corte en Barcelona. Así, a finales de abril de 1702, con Felipe V ya en Italia, Ursinos se quejaría Torcy del interés de Portocarrero por hacer partícipe a la reina de la toma de decisiones, aún cuando la princesa se había tomado la molestia de advertirle, en nombre de la reina, en sentido contrario:

«Cette Éminence [Portocarrero] envoie à la reine les consultes des Conseils les plus importantes pour avoir son agrément, avant que de déclarer ceux à qui les emplois vacants sont destinez. Dès Montserrat je luy manday par l'ordre de S[a] M[ajes]té que le roy ayant confié à son zèle et à son expérience la disposition de ces emplois elle estoit bien aise de pouvoir elle-mesme luy donner une marque de son estime en le dispensant de cette attention. Je luy ay escrit depuis que cette formalité pouvant retarder l'expédition des affaires, S[a] M[ajes]té souhaitoit qu'il la supprimast. Il ne laisse pas que de continuer, et il m'a mandé que son

<sup>1031</sup> La misma al mismo. Barcelona, 5 de marzo de 1702, *Ibid.*, II, p. 19.

<sup>1032</sup> La misma al mismo. Barcelona, 15 de marzo de 1702, recogida en L.TR., II, p. 23.

respect por S. Mté ne lui permettoit pas de faire autrement, m'assurant d'ailleurs que cela ne pouvoit causer aucun préjudice.»<sup>1033</sup>

Con el paso del tiempo la princesa aceptó que no le quedaría más opción que asumir la nominación de la soberana como gobernadora. Ahora bien recomendó que este título fuera únicamente honorífico y que, en cualquier caso, la reina no se trasladase a Madrid:

«Tous les Espagnols parlent présentement de la régence de la reine. Je crois impossible que cela ne soit pas, mais je voudrois que ce fust un titre honoraire, sans aucune exercise. J'ay desjà inspiré les mesmes sentimens à S[<sup>a</sup>] M[<sup>a</sup>jesté], ayant veu combien il m'a esté utile de l'avoir prévenu sur la résolution que vous avez prise de la laisser en Espagne. J'ay dit en sa présence à M[<sup>onsieur</sup>] le comte de Marcin qui nous vivrons mille fois plus heureuses à Aranjuez où dans quelque maison de champagne qu'à Madrid, et il doit vous avoir informé de cette vue.»<sup>1034</sup>

Las sugerencias de la princesa en lo concerniente a la instalación de la reina en la capital española tuvieron escaso eco en Versalles, desde donde Torcy informó a la camarera, a finales de abril de 1702, de la necesidad de que la reina se trasladase lo antes posible a Madrid: «Il est asséurement nécessaire qu'elle s'y rendre le plus promptement qui sera possible [a Madrid] et qu'elle ne fasse pas un long séjour à Saragosse.»<sup>1035</sup> La designación de la soberana como gobernadora quedó pendiente durante un tiempo, lo que denota las dudas existentes alrededor de cuál había de ser la condición oficial de la reina durante el viaje de su esposo a Italia. De hecho, Felipe V partió de Barcelona el 8 de abril sin haberse pronunciado en esta cuestión. Por el momento, el monarca se redujo a mantener a Portocarrero como gobernador del reino de Castilla y a designar a María Luisa lugarteniente del reino de Aragón. En virtud de dicho nombramiento, la soberana partiría el 17 de abril de 1702 en dirección a Zaragoza, donde habría de presidir las Cortes aragonesas en ausencia de su esposo.

### **El intervalo aragonés: un episodio de aprendizaje político**

El 8 de abril de 1702 Felipe V se embarcó rumbo a Nápoles en las galeras francesas capitaneadas por el conde d'Estrées. Ese mismo día, la reina recibió el homenaje de los miembros del Consell de Cent<sup>1036</sup> barcelonés y, la jornada siguiente, celebró el

<sup>1033</sup> La misma al mismo. Zaragoza, 29 y 30 de abril de 1702, *Ibíd.*, II, pp. 37.

<sup>1034</sup> La misma al mismo. Barcelona, 15 de marzo de 1702, *Ibíd.*, II, p. 23.

<sup>1035</sup> Torcy a Ursinos. Versalles, 23 de abril de 1702. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 329r., recogida en L.TR., II, p. 34.

<sup>1036</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: "Felipe V en Barcelona...", en *Cuadernos Dieciochistas*, 1 (2000), p. 105.

Domingo de Ramos en Santa María del Mar, solemnidad tras la cual se despidió del resto de autoridades civiles y religiosas del Principado en un solemne besamanos. Designada lugarteniente del reino de Aragón por un decreto del rey fechado el 6 de abril<sup>1037</sup>, María Luisa abandonó Barcelona el 10 del mismo mes a la nueve de la mañana, dando inicio al viaje que la llevaría hasta Zaragoza y que fue narrado por Ubilla en su conocida *Succession de el Rey D. Phelipe V...*<sup>1038</sup> Además de la princesa de los Ursinos y de los miembros de la Casa de la reina que se habían trasladado a Cataluña<sup>1039</sup>, acompañaban a la soberana el enviado saboyano, Operti<sup>1040</sup>; el conde de Pinto, hermano del duque de Osuna; Don Manuel y Don Rodrigo de Orozco Manrique de Lara y Don Gaspar Portocarrero, hijo del conde de Palma, como meninos; el obispo de Urgel y Don Juan Ramírez en calidad de limosnero mayor y capellanes de honor; y Don Joaquín de Morras y Don Alonso de Mella como secretarios.<sup>1041</sup> La primera etapa de su trayecto llevó a la reina hasta el Monasterio de Montserrat, fundación religiosa de patronato regio donde la soberana y su séquito pasaron la Semana Santa. El 17 de abril María Luisa partió en dirección a la capital aragonesa, siguiendo el mismo itinerario que Felipe V efectuara durante su viaje a Barcelona.<sup>1042</sup> Tras un periplo de seis días la comitiva arribó a Pina, donde el arzobispo de Zaragoza dio la bienvenida a la soberana en nombre del reino. Después de hacer noche en Villafranca, lugar en el que recibió el homenaje del jurado en Cap, Don Jacinto Pérez de Nueros, el gobernador de Aragón, Don José de Urries y Marcilla, y otros caballeros y títulos del reino, María Luisa hizo su entrada oficial en la capital aragonesa el 25 de abril de 1702.

Con motivo de la visita de la soberana, Zaragoza había dispuesto un variado programa de festejos y actos públicos. Gonzalo Borrás da cuenta de los preparativos ejecutados por las autoridades aragonesas, cuyo costo se elevó a 10.000 libras jaquesas y que incluían, entre otras solemnidades, una corrida de toros, una mascarada a cargo del gremio de los mercaderes, una mojiganga, fuegos de artificio, carros triunfales, tres noches de luminarias y una comedia sufragada por el gremio de plateros. A lo largo del

---

<sup>1037</sup> El decreto de nombramiento de la reina como lugarteniente de Aragón se encuentra recogido en UBILLA Y MEDINA, Libro III, pp. 397-407.

<sup>1038</sup> Aparte de Ubilla, carecemos de una Relación que describa de forma pormenorizada el trayecto de la reina hasta Zaragoza, motivo por el cual nos ceñiremos al relato efectuado por el secretario.

<sup>1039</sup> Cuya planta completa, recuérdese, recoge el mismo UBILLA, Libro II, pp. 192-193.

<sup>1040</sup> Quien permaneció en España a instancias de Felipe V. Operti a la duquesa de Saboya. Barcelona, 3 de abril de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>1041</sup> UBILLA Y MEDINA, Libro III, pp. 413-414.

<sup>1042</sup> *Ibidem*, p. 412.

mes de abril, Don Joaquín Morrás se encargó de ultimar, junto a una Junta compuesta por cuatro ciudadanos y los conventos de la ciudad, los postreros preparativos para la llegada de María Luisa, básicamente el entoldado y adorno de las calles.<sup>1043</sup>

A media mañana, el 25 de abril la reina se encaminó desde Villafranca a Zaragoza. A la altura de la Aljafería fue recibida por los miembros de la Diputación de Aragón, con el jurado en Cap a la cabeza, así como por el obispo de Barbastro, quienes la acompañaron durante el resto del trayecto.<sup>1044</sup> En carroza y escoltada por las guardias del reino, capitaneadas por Don Jerónimo Antón y Sayas, María Luisa recorrió las principales calles de la ciudad en dirección al palacio arzobispal.<sup>1045</sup> Allí aguardaban a la soberana el arzobispo de Zaragoza, las principales autoridades religiosas y civiles de la capital aragonesa y los nobles y títulos más destacados del reino, quienes besaron la mano a la reina y permanecieron con ella hasta que, después de salir al balcón y recibir las aclamaciones del pueblo, esta se retiró a su cámara a descansar.<sup>1046</sup>

Al día siguiente, la soberana acudió a escuchar una misa pública a la Basílica del Pilar, donde el arzobispo zaragozano le obsequió con una medalla que contenía una imagen de la Virgen. Esa misma tarde, y en calidad de lugarteniente del reino, María Luisa pasó a la Seo, de nuevo en público. A las puertas de la Iglesia la reina fue recibida por el arzobispo y el cabildo en pleno, tras lo cual el protonotario de Aragón, Don Jerónimo de Villanueva, le tomó juramento de los fueros y privilegios del reino.<sup>1047</sup> La jornada finalizó con un besamanos y fuegos artificiales costeados por el gremio de maestros de sastres. Los días siguientes, 27, 28 y 29, abundaron las mascaradas, los carros triunfales y las mojigangas, solemnidades que contaron con la presencia de la soberana, que incluso mandó repetir algunas de ellas para su particular deleite.<sup>1048</sup>

---

<sup>1043</sup> BORRÁS, G. M.: *La Guerra de Sucesión en Zaragoza*. Zaragoza, 1972, pp. 31-32. En su *Relaciones de solemnidades...* Alenda cita tan sólo una Relación sobre la entrada de María Luisa en Zaragoza: *Enborabuenas que dieron los nobles Aragoneses, à la Reyna nuestra Señora, en su entrada en Zaragoza: recibimiento que la hizieron (...) expresadas por un Ingenio Cesarangustano...*, donde apenas se incide en la decoración de la ciudad. B.N.M., R/39629(39). Véase también ALENDA, J.: *Relaciones de solemnidades...*, I, n.º 1609, p. 476.

<sup>1044</sup> UBILLA Y MEDINA, Libro III, p. 416.

<sup>1045</sup> Según Borrás, el recorrido de la reina fue el siguiente: monjas del Sepulcro, Portaza, casa del señor Suelbes, plaza de la Magdalena, Coso, Cedacería, mercado, puerta de Toledo, Platería, Mayor, Cuchillería, plaza de la Seo y palacio arzobispal. BORRÁS, G. M.: *La Guerra de Sucesión...*, p. 32.

<sup>1046</sup> UBILLA Y MEDINA, Libro III, p. 416.

<sup>1047</sup> La traducción al castellano (del latín) del juramento de María Luisa se encuentra recogida en *Ibidem*, pp. 422-426.

<sup>1048</sup> *Ibidem*, pp. 416-417; BORRÁS, G. M.: *La Guerra de Sucesión...*, p. 33. Por su parte, la princesa de los Ursinos da cuenta en sus cartas a Torcy de las diferentes ceremonias y festejos ejecutados. Ursinos a Torcy. Zaragoza, 29 y el 30 de abril de 1702. L.T.R., II, pp. 36-39.

Habilitada para presidir las Cortes de Aragón por Felipe V<sup>1049</sup>, la tarde del 27 de abril de 1702 María Luisa inauguró el solio aragonés en el Salón de San Jorge del palacio de la Diputación.<sup>1050</sup> Excede a nuestros propósitos referir de forma pormenorizada los motivos que propiciaron la reunión de las Cortes de Aragón de 1702.<sup>1051</sup> A finales de 1701, tal convocatoria había sido entendida por Luis XIV como una manera de exteriorizar el respeto de la nueva dinastía a las tradiciones institucionales de la Monarquía Hispánica. Asimismo, había de constituir un medio a través del que estrechar las relaciones entre Madrid y los reinos de la Corona de Aragón tras décadas de tensión soterrada. El viaje de Felipe V a Italia impidió que el monarca las presidiese en persona, como había hecho con las catalanas. En su lugar, la reina había de representar los intereses del rey ante los representantes en Cortes, lidiar con las peticiones elevadas por sus brazos y negociar con ellos el subsidio que tradicionalmente el reino concedía al soberano. Dicho esto, conviene plantear cuál fue el papel efectivo de la reina durante la convocatoria de las Cortes. Hacerlo, nos permitirá comprender más adelante la verdadera dimensión del desempeño de la soberana como gobernadora de la Monarquía tras su instalación en Madrid. La juventud de María Luisa, su inexperiencia política y su escaso dominio del castellano, convirtieron a la princesa de los Ursinos en nexo entre los representantes en Cortes en Zaragoza, el gobierno de Portocarrero en Madrid y el gabinete francés en Versalles. La correspondencia de la dama, contrastada con la de la reina, nos permite corroborar la capacidad de maniobra que ambas poseyeron a la sazón. En este sentido, las cartas de la princesa reflejan la petición por parte de la reina de instrucciones concretas sobre ciertas materias, principalmente el sujeto al que habría que nombrar presidente del solio tras la marcha de la comitiva regia a Madrid.<sup>1052</sup> Pero lo cierto que estas misivas, como el intercambio epistolar de la soberana con Luis XIV, revelan los límites y vacíos

---

<sup>1049</sup> Borrás alude a los debates suscitados por la habilitación de la reina para presidir las Cortes. El precedente más antiguo de una situación similar era el de la reina Doña María, esposa de Alfonso V el Magnánimo, quien presidió el solio en reiteradas ocasiones en tanto su esposo se encontraba prisionero de los genoveses o durante la guerra con Castilla. Sin embargo, como puntualiza este autor, en 1702 ni Felipe V estaba prisionero, ni existía una urgencia acuciante que impidiera que éste no pudiera presidir las Cortes tras su regreso de Italia. Debido a ello, María Luisa fue habilitada por las autoridades del reino de Aragón de manera excepcional a través de una protesta de salvedad. BORRÁS, G. M.: *La Guerra de Sucesión...*, pp. 16-17.

<sup>1050</sup> Para las características de la ceremonia, véase, UBILLA Y MEDINA, Libro III, pp. 428-432.

<sup>1051</sup> Véase al respecto BORRAS, G. M.: *La Guerra de Sucesión...*, p. 7-34 y ALBAREDA, J.: *La Guerra de Sucesión...*, pp. 87-89, que incluye también referencias bibliográficas sobre la cuestión.

<sup>1052</sup> Ursinos a Portocarrero. Zaragoza, 3 de junio de 1702. AA. EE, CPE., t. 99, fols. 39r.-40r.; recogida en L.TR., II, pp. 53-54.

del papel de María Luisa en la Cortes aragonesas de 1702. En efecto, las epístolas de la reina al monarca francés inciden únicamente en su interés por obtener de los brazos la definitiva aprobación del subsidio que habían de conceder a Felipe V. Nada dicen, por otro lado, del desarrollo concreto del solio o de los problemas surgidos durante su convocatoria; lo que se debe al hecho de que fuera la princesa la que gestionara todas estas cuestiones antes las cortes de Madrid y Versalles.<sup>1053</sup>

Como hemos dicho, el intercambio epistolar de Ursinos con Torcy y Portocarrero revela la complejidad de su papel durante el desarrollo de las Cortes. Una labor difícil puesto que no solo debió mediar en las tensiones surgidas entre las autoridades aragonesas y madrileñas, sino también conciliar los deseos de todas ellas con las órdenes que recibía desde Francia. En ese momento fueron dos los principales problemas que requirieron la atención de la princesa. El primero de ellos estuvo motivado por la brevedad de la estancia de María Luisa en Zaragoza. Como dijimos, Luis XIV pretendía que la reina se trasladase cuanto antes a Madrid. Sin embargo, el monarca francés parecía no ser consciente de que sus exigencias contravenían la dinámica de funcionamiento de las Cortes. El inconveniente radicaba en la reticencia de este organismo a votar el donativo tradicionalmente ofrecido al monarca sin que la soberana, en contrapartida y como lugarteniente del reino, sancionase las peticiones elevadas por sus brazos.<sup>1054</sup> Subsanada esta dificultad gracias a la labor que en nombre de María Luisa y la princesa realizaron el conde de Montellano, el marqués de Castel-Rodrigo y el marqués de Camarasa, virrey aragonés, surgió el segundo de los problemas a los que la princesa hubo de hacer frente.<sup>1055</sup> Como quiera que la soberana abandonaría Zaragoza sin que las demandas de los brazos hubieran terminado de concretarse, se abrió el debate alrededor del futuro de las Cortes. La cuestión era si la reina, antes de partir a Madrid, debía clausurarlas o prorrogarlas por tiempo indefinido. Ursinos era partidaria de la segunda opción, menos radical que la primera, cuya adopción denotaría una notable falta de tacto.<sup>1056</sup> No obstante, respetuosa con la

---

<sup>1053</sup> Algunas de estas cartas fueron publicadas en PEREY, L.: *Une reine de douze ans...*, pp. 166-167.

<sup>1054</sup> Sobre este aspecto, véanse las misivas de Ursinos a Torcy. Zaragoza, 23, 28 y 31 de mayo de 1702. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 270r. y ss.; 292r.-v. y 348r. y ss., recogidas parcialmente en L. TR., II, pp. 46-52.

<sup>1055</sup> SAN FELIPE [1957], p. 39. Finalmente, se estipuló dejar a los brazos libertad de criterio a la hora de conceder el donativo ofrecido a Felipe V, mientras que la reina juró los fueros aragoneses en base a lo establecido en las Cortes convocadas por Carlos II. BORRÁS, G.: *La Guerra de Sucesión...*, pp. 15-16.

<sup>1056</sup> Recuértese que uno de los objetivos de la convocatoria de las Cortes aragonesas de 1702 había sido el de atraerse los afectos de ese reino hacia la nueva dinastía, lo que difícilmente podría lograrse si se cerraban las Cortes sin que sus brazos hubieran explicitado sus peticiones. *Ibidem*, p. 15.

legalidad, consultó al cardenal Portocarrero en calidad de máxima autoridad del reino de Castilla hasta que la reina se instalase en la capital. Su misiva al prelado resulta interesante puesto que nos permite dilucidar el conocimiento que la princesa había adquirido de la situación, además de su voluntad por expresar su dictamen sobre dicho asunto. Así, Ursinos comenzaba por solicitar la opinión del cardenal, pero le advertía que Felipe V había explicitado antes de partir a Italia que, en caso de que la reina no pudiese cerrar las Cortes, había de nombrar como su presidente al arzobispo de Zaragoza. Acto seguido, dejaba constancia de las dificultades que generaría la nominación del eclesiástico, muy impopular entre los brazos de las Cortes. Por ello, con vistas a evitar suspicacias, proponía que tal cargo recayera o sobre un aragonés (el duque de Híjar) o sobre el presidente de Consejo de Aragón (el duque de Montalto).<sup>1057</sup> La respuesta del Consejo de Estado a las sugerencias de la princesa evidenció a las claras el talante escasamente conciliador de sus miembros, favorables a la clausura sin contemplaciones del solio.<sup>1058</sup> Finalente, frente a los planteamientos radicales de Madrid, fue la visión prudente de Ursinos la que primó en el debate abierto sobre el futuro de las Cortes. Aconsejada de nuevo por Montellano y Castel-Rodrigo, la camarera mayor recomendó a la reina prorrogar sus sesiones, inclinándose asimismo por el nombramiento del arzobispo de Zaragoza, según estipulaban las órdenes iniciales de Felipe V.<sup>1059</sup>

Desde estas perspectivas, durante su estancia en la capital aragonesa la iniciativa política correspondió en teoría a la soberana, en tanto que lugarteniente del reino, si bien en la práctica fue la princesa de los Ursinos la que desarrolló semejante labor. Ahora bien, frente a las limitaciones de la actividad gubernamental de la reina, no debemos desdeñar la importancia de su papel simbólico y representativo. Según se habrá podido apreciar, la jornada de la corte en Zaragoza se vio acompañada de un variado programa de ceremonias y festejos públicos a través de los cuales el reino de Aragón conmemoró la presencia en su capital de un rey ausente, representado por la persona de su consorte y lugarteniente. En este punto, María Luisa correspondió

---

<sup>1057</sup> Ursinos a Portocarrero. Zaragoza, 3 de junio de 1702. AA. EE., CPE., t. 99, fols. 39r.-40r., recogida en L.TR., II, pp. 53-54.

<sup>1058</sup> Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 7 de junio de 1702. A.H.N., E., leg. 659(1). Respecto al contenido de la Consulta citada, Albareda escribió recientemente: “Queda claro, en resumen, que el espíritu pactista de los ministros de la monarquía era de bajo perfil y que la convocatoria de las Cortes no suscitaba en ellos ningún entusiasmo, sino más bien temor.” ALBAREDA, J.: *La Guerra de Sucesión...*, p. 87.

<sup>1059</sup> Ursinos a Torcy. Alagón, 17 de junio de 1702. AA. EE., CPE., t. 99, fol. 239r. y v., recogida parcialmente en L.TR., II, p. 60.

altamente a las expectativas generadas por su visita y, en cierta medida, trató de contribuir a la mejora de las relaciones entre las coronas castellana y aragonesa. Dadas las circunstancias, la dimensión ceremonial del papel institucional de la reina fue fundamental. Aunque los actos políticos e institucionales dispuestos se caracterizaron por lo estereotipado de su desarrollo -siendo prácticamente los mismos que los ejecutados con motivo de la visita de Felipe V en 1701<sup>1060</sup>-, la actitud de María Luisa coadyuvó a hacerlos más efectivos si cabe. Como ya había hecho en Barcelona, la soberana procuró mostrarse cercana y visible ante sus súbditos zaragozanos. Así, la reina privilegió en sus recorridos los trayectos a pie y se expuso con frecuencia en los balcones del palacio real de Zaragoza, otorgando al pueblo la oportunidad de verla de cerca. Además, concedió diversas audiencias a los nobles y títulos del reino, a los que no solo recibía con afabilidad, sino a los que también trataba de dispensar algunas palabras. De la misma manera, durante sus visitas a las villas que algunos aristócratas poseían en las proximidades de la ciudad, exigió que no se efectuaran grandes dispendios económicos con fin de agasajarla.<sup>1061</sup> Este conjunto de actitudes y comportamientos alentaron la popularidad de la reina y por ende la de la nueva dinastía, al tiempo que granjearon a María Luisa la imagen de una soberana generosa y desinteresada.<sup>1062</sup> En consecuencia, y a pesar de los problemas que jalonaron la convocatoria de Cortes, el balance de la estancia de la reina en Zaragoza fue muy positivo.<sup>1063</sup>

### **Una reina gobernadora y una camarera mayor que se “erige en política”:**

Los debates iniciados en Barcelona a cuenta del papel de la reina como gobernadora de la Monarquía finalizaron mientras la soberana se encontraba en Zaragoza. Como ya dijimos, Felipe V partió a Nápoles sin haber zanjado la cuestión. A la sazón, el cardenal Portocarrero había de ejercer la gobernación auxiliado por una Junta de la que

---

<sup>1060</sup> Sobre la visita del monarca, véase, SERRANO, E.: “Felipe V en Zaragoza”, en PEREIRA IGLESIAS, J. L. (coord.): *Felipe V de Borbón...*, pp. 319-342.

<sup>1061</sup> De todo ello dan cuenta UBILLA Y MEDINA y la Gaceta de Francia. *Recueil des Nouvelles ordinaires et extraordinaires, relations et récits des choses avenues tant en ce Royaume que d'ailleurs, pendant l'année mil sept cent quatorze*. Paris, MDCCII, p. 292. Asimismo, son interesantes las descripciones que Operti realiza sobre las relaciones de la reina con la nobleza aragonesa. Operti a Madame Royale. Zaragoza, 28 de mayo de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>1062</sup> «Ces peuples sont charmez d'elle et surtout de son désintéressement (...)\», reconocía Ursinos ante Torcy. Zaragoza, 31 de mayo de 1702, recogida en L.TR., II, p. 52.

<sup>1063</sup> BORRÁS, G. M.: *La Guerra de Sucesión...*, p. 31.



formaban parte los presidentes de los principales Consejos de la Corona. En cuanto a la reina, Ursinos se había inclinado por su nombramiento como gobernadora únicamente a título honorífico. Con ello, no solo pretendía privar a la soberana de toda iniciativa en materia política, sino también desvincularla de un gobierno en el que participaría el cardenal Portocarrero, cuya impopularidad en Madrid era bien conocida y del que, además, temía que pudiera instrumentalizar a la joven soberana al igual que Louville y Montviel habían advertido que hacía con Felipe V en los primeros meses del reinado. No obstante, el cardenal se negó a aceptar la fórmula propuesta por la princesa. Por el contrario, sugirió que el nombramiento de la reina como gobernadora había de incluir, además, su habilitación para presidir la Junta que había de asesorarla en materia de gobierno: «Si elle [la reina] ne preside à la Junte, M[onsieur] le Cardinal Porto Carrero n'y sauroit avoir la place que lui convient, et plusieurs autres raisons lui font désirer qu'elle ait plus d'autorité que je ne souhaiterois pour le repos de S[à] M[ajesté].»<sup>1064</sup>

A mediados de abril de 1702, Luis XIV resolvió el problema suscitado alrededor del poder que la reina había de ostentar durante la gobernación. En una misiva dirigida a su nieto, ordenó que la soberana, tal y como Portocarrero aconsejaba, había de desempeñar un papel semejante al adjudicado a Mariana de Neoburgo tras la muerte de Carlos II.<sup>1065</sup> El Real Decreto promulgado por Felipe V en Nápoles el 13 de mayo de 1702<sup>1066</sup>, sancionó finalmente el nombramiento de la reina. En él se estipulaba que María Luisa sería designada gobernadora de los reinos en ausencia del monarca y presidiría una Junta de ministros, la misma que asesoraba al cardenal en Madrid.<sup>1067</sup> En un artículo reciente, García-Badell ha analizado el Decreto de mayo de 1702.<sup>1068</sup> Según este historiador, se trataba de un documento que, aunque concedía a la soberana una alta capacidad de maniobra, le privaba de la plenitud del poder de la Regencia (tal y como deseaba Ursinos). La reina trataría, votaría y resolvería las consultas y oficios de

<sup>1064</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 3 de abril de 1702, en L.TR., II, p. 28.

<sup>1065</sup> Luis XIV a Felipe V. 14 de abril de 1702. AA. EE., CPE., t. 103, fol. 261r.; BAUDRILLART, I, p. 98; L.TR., II, p. 35.

<sup>1066</sup> A.G.P., Histórica, Caja 119.

<sup>1067</sup> Compuesta por el cardenal Portocarrero, los presidentes de los principales Consejos de la Monarquía: Arias (Castilla), Montalto (Aragón), Mancera (Italia) e Indias (Medinaceli); el mayordomo mayor de rey, marqués de Villafranca, y Don Manuel Vadillo, secretario del Despacho Universal en ausencia de Ubilla, quien se encontraba con Felipe V en Italia. BERNARDO ARES, J. M.: “Aristocracia nobiliaria y burocracia ennoblecida...”, en GARCÍA HURTADO, M. R. (ed.): *Modernitas...*, pp. 204-205.

<sup>1068</sup> GARCÍA-BADELL, L.: “Los primeros pasos de Felipe V...”, en *Cuadernos de Historia del Derecho*, 15 (2008), pp. 92-94.

parte de los diferentes Consejos junto a los miembros de la citada Junta, si bien contaría con voz y voto de honor, por lo que sería ella la que en último término resolvería la definitiva ejecución de los negocios. Por su parte, Felipe V, asesorado por el Despacho que se había trasladado junto a él a Italia, se reservaba la capacidad de decisión sobre lo “militar” y lo “político”. El Decreto, asimismo, limitaba la proyección de Portocarrero en el seno del gobierno madrileño, sensiblemente reducida con la institución de la Junta, en la que el cardenal ocuparía un lugar similar al del resto de sus miembros. Desde Zaragoza, la princesa parecía hacerse eco del descontento que tal disposición había generado *a posteriori* en Portocarrero: «M[onsieur] le cardinal (...) n'est plus si vif à demander la reine -escribió-. Je ne sçais si c'est que l'autorité qu'il a en main lui plaise davantage, que d'avoir à figurer avec les autres qui composent la junte (...).»<sup>1069</sup>

Por tanto, la necesidad de paliar el descontento reinante en la corte madrileña a causa del viaje del rey a Italia, llevó a Luis XIV a autorizar la designación de la reina como gobernadora, además de su instalación en Madrid. Sin embargo, ello no significó que el gabinete francés abandonase sus planteamientos respecto a cuál había de ser su papel en tanto que consorte de Felipe V. Para Versalles, la asociación formal de la soberana con el poder debía ser temporal. Una vez el monarca regresase a la península ibérica, María Luisa había de volver a ser la reina que contribuía a la gloria de su esposo desde una posición supeditada. Debido a ello, el control sobre las acciones de la soberana, al igual que su instrucción, no se interrumpieron una vez su condición de gobernadora se hizo oficial. Al contrario, se incrementaron tras su llegada a la capital española. A la sazón, el papel de la princesa de los Ursinos se reveló fundamental. En su biografía de la dama François Combes subrayó que esta llegó a la corte española con el fin de cumplir una verdadera misión política.<sup>1070</sup> A nuestro juicio, la afirmación del autor resulta un tanto aventurada. Según se habrá podido apreciar, durante la jornada de los reyes en Cataluña las funciones de la camarera mayor oficiosa se redujeron a la instrucción y servicio de la soberana, así como a la introducción de ciertas alteraciones de la etiqueta prescritas o aprobadas desde Versalles. La iniciativa política en este periodo correspondió al embajador francés, Marcin, como lo demuestra el que no encontremos en la correspondencia de la dama con Torcy una sola referencia a la evolución de las cortes catalanas o a las tensiones que por las mismas fechas se

---

<sup>1069</sup> Ursinos a Torcy. Zaragoza, 23 de mayo de 1702, recogida en L.TR., II, p. 48.

<sup>1070</sup> COMBES, F.: *La princesse des Ursins...*, en concreto véase el capítulo VI, pp. 94-97.

produjeron entre las cortes de Madrid y Barcelona. Por este motivo, nos parece más adecuada la visión que sobre el papel de Ursinos a lo largo de la Guerra de Sucesión defendió Marcel Loyau. Para este autor, la proyección política de la princesa se incrementó de forma progresiva y, en concreto, los años que median entre 1701 y 1705 constituyeron una etapa de aprendizaje del poder y consolidación de su influencia.<sup>1071</sup>

De nuevo, la correspondencia intercambiada entre Madrid y Versalles nos permite apreciar que el rol de Ursinos en España evolucionó a la par que el de su señora. Así, a finales de enero de 1702 Marsin ya sugirió la necesidad de que Versalles terminara por decidir su definitivo nombramiento como camarera mayor. Para el embajador francés, solo la princesa era capaz de ostentar un puesto de tanta importancia. Si esta abandonaba el país y era sustituida por otra dama, preveía aprietos para Francia y para los propios reyes, que no sabrían pasar sin ella, tal era la confianza con la que la agraciaban a esas alturas.<sup>1072</sup> Durante el mes de febrero, el ministro de Asuntos Exteriores francés desoyó las recomendaciones del embajador y, significativamente, la princesa no fue agraciada con el título de camarera mayor sino el 16 de marzo de 1702, es decir, apenas dos semanas después de que Luis XIV negara a la reina la autorización para acompañar a su esposo hasta Italia.<sup>1073</sup> Dado que María Luisa había de permanecer en el país, previsiblemente con el título de gobernadora, el futuro de Ursinos junto a su señora dejó de ser para Versalles objeto de debate. La princesa había de arribar a Madrid en calidad de camarera mayor, lo que equivalía a impedir que, una vez en la capital española, tal cargo fuera ocupado por otra dama.

Su designación oficial como camarera mayor marcó para la princesa el inicio de una nueva etapa en su trayectoria en España; un periodo de tiempo en el que, ausente el rey y el embajador francés, su papel trascendió las atribuciones regladas del oficio palatino que pasó a ostentar. Conocedora de las críticas vertidas en Versalles contra las mujeres que intervenían abiertamente en política, y preocupada porque la corte francesa pudiera creerla asociada con Portocarrero para dirigir la gobernación de la soberana, la princesa actuó desde el principio con una notable prudencia: «Apprenez-moy (...) je vous supplie très humblement, Monsieur -escribió a Torcy-, comment je

---

<sup>1071</sup> LOYAU, M.: «La princesse des Ursins...», en LABOURDETTE, J. F. (ed.): *1700-2000...*, en concreto, pp. 135-139.

<sup>1072</sup> Marsin a Torcy. Barcelona, 24 de enero de 1702, recogida en L.T.R., II, pp. 5-6.

<sup>1073</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Entre damas anda el juego...”, en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II* (2003), p. 149. Con todo, la princesa disfrutaba de los gajes correspondientes a dicho empleo desde el 14 de enero de 1702; gajes cuyo cobro fue refrendado en Madrid el 21 de noviembre de ese mismo año. A.G.P., Reinados-Felipe V, leg. 52-1.

dois me comporter, afin que vous ne croyez pas que je m'érige icy en politique.»<sup>1074</sup> Durante la estancia de la soberana en Zaragoza Ursinos la asesoró informalmente sin que desde Versalles emitieran objeción alguna. No obstante, al mismo tiempo que procuraba sus consejos a María Luisa, la princesa manifestaba su interés por mantenerse alejada del tratamiento de los negocios de Estado:

«Ma principale application est de persauder à la reine de s'en esloigner. J'autorise mes discours par mon exemple, et si nous allons à Madrid, j'espère qu'on me rendra au moins la justice de dire que je suis devenue un bourrue, qui n'aime à faire plaisir à personne. Pour y mieux réussir je me suis fait donner par escrit des ordres du roy qui ont fait rire S. M. et dont je me suis desja servie assez utilement pour esloigner beaucoup d'importuns. Il y a trop longtemps qu'on me croit du goust pour les affaires. Je veux détruire cette fausse opinion, quoy qu'il m'en coute; deux ou trois brusqueries détromperont bien des gens (...).»<sup>1075</sup>

Después de su llegada a la capital española, la camarera mayor continuó con sus lamentaciones. Esta vez giraban en torno a las críticas que algunos sectores de la corte madrileña habían vertido contra ella a causa de las cartas que había escrito a la Junta en nombre de la reina desde Zaragoza.<sup>1076</sup> Aunque podría juzgarse la actitud de Ursinos como fruto de una flagrante hipocresía, lo cierto es que a lo largo de la primavera de 1702 la dama buscaba obtener de Torcy instrucciones concretas acerca de cuáles habían de ser las características y límites de su función junto a la reina gobernadora. De nuevo, y al igual que sucedió a la hora de decretar su nominación como camarera mayor, Versalles prefirió no adelantarse a los acontecimientos. Y, de hecho, fue solo después de la instalación de la soberana en Madrid que el secretario de Asuntos Exteriores reveló a la princesa cuál había de ser su patrón de conducta en la capital:

«Vous pouvez me parler d'affaires sérieuses dans vos lettres, sans que les espagnols puissent le trouver mauvais. Je n'empesche point que vous ne tratiez durement ceux que voudront vous en parler à Madrid; mais il n'est pas juste que je souffre de la colère où vous seres contre eux, et que j'ignore beaucoup de choses que j'espère apprendre de vous et qui seront utiles pour le service du Roy [Luis XIV] (...). Je suis persuadé que la présence de la reine et vos conseils seront désormais très utiles pour le bien des affaires. Vous ne ferez pas peu, si vous pouvez leur communiquer

---

<sup>1074</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 5 de marzo de 1702, recogida en L. TR., II, pp. 22.

<sup>1075</sup> La misma al mismo. Zaragoza, 23 de mayo de 1702, recogida en *Ibid.*, II, p. 48.

<sup>1076</sup> La misma al mismo. Madrid, 15 de julio de 1702, *Ibid.*, II, pp. 66-71.

[a los españoles] un esprit de décision et corriger la lenteur ordinaires des affaires (...).»<sup>1077</sup>

La actitud de Torcy, así como el momento en que rompió su silencio, nos parecen indicativos de la forma en que evolucionó el papel que la camarera mayor había de desempeñar. Ausente el conde de Marcin, tan solo quedaba en Madrid como representante oficial de la diplomacia francesa Monsieur de Blécourt, *chargé d'affaires*. Sin embargo, el margen de maniobra de Blécourt y su grado de influencia en la corte española serían sustancialmente menores en comparación con los que podía disfrutar una dama que gozaba de la confianza de la reina gobernadora, a la que además acompañaba durante buena parte de su jornada. Por esta razón, Versalles autorizaba a Ursinos a intervenir de forma activa en el tratamiento de los asuntos de Estado, a la vez que la ubicaba por encima de uno de los miembros más destacados de la embajada gala en el país. La misión de la princesa en España (parafraseando a Combes) se dotaba, ahora sí, de un marcado carácter político reconocido por Francia de forma explícita. Amparada en su posición como camarera mayor, Ursinos no solo debía continuar instruyendo a María Luisa de acuerdo a las órdenes de Versalles; sino que también había de ejercer como consejera oficiosa de la reina gobernadora.

### **Dirección, disimulo y francofilia: la práctica de gobierno durante la primera Gobernación de María Luisa de Saboya**

Entre los meses de junio y diciembre de 1702 la vida de la reina estuvo dominada por sus responsabilidades al frente de la Junta de Regencia, a las que se sumaron otras obligaciones propias de su condición de consorte del rey de España. Los testimonios de los personajes cercanos a la soberana nos permiten reconstruir, de forma más o menos detallada, no solo su existencia en este periodo sino también la forma en que afrontó su labor de gobierno. Habida cuenta de su juventud e inexperiencia, en un principio la reina dedicó dos o tres horas diarias al tratamiento de los asuntos de Estado.<sup>1078</sup> Así, el embajador florentino indicaba que María Luisa de Saboya solía levantarse a las ocho de la mañana y a las diez, después de efectuar su *toilette* y asistir a misa, pasaba a presidir

---

<sup>1077</sup> Torcy a Ursinos. Marly, 3 de julio de 1702. AA. EE., CPE., t. 99, fols. 254r. y v.; el mismo a la misma. Versalles, 23 de julio de 1702. AA. EE., CPE., t. 100, fol. 225r., ambas cartas se encuentran recogidas parcialmente en L.TR., II, p. 65 y 72.

<sup>1078</sup> Según ella misma reconocía en una de sus cartas a Luis XIV: «J'assiste tous les jours deux ou trois heures à la junte (...)» María Luisa a Luis XIV. Madrid, 8 de julio de 1702, cit. por PEREY, L.: *Une reine de douze ans...*, p. 196.

las sesiones de la Junta, que se prolongaban hasta el medio día.<sup>1079</sup> En cuanto a las tardes, estaban dedicadas a los paseos públicos, las devociones religiosas y las visitas a diferentes conventos y monasterios de Madrid.

Pasadas unas primeras semanas de adaptación, la actividad de la reina se intensificó. Según relataba Operti, María Luisa trabajaba seis horas diarias con los ministros, repartidas entre la mañana y la tarde, a las que había que sumar las que consagraba a la concesión de audiencias públicas a las damas de la corte y la ciudad.<sup>1080</sup> Como la propia soberana admitía, había días en los que ni siquiera podía permitirse el placer de salir a tomar el aire.<sup>1081</sup> Por su parte, la princesa de los Ursinos confirmaba los testimonios del diplomático y su señora, al tiempo que aludía a las dolencias físicas que semejante régimen de vida provocaba en la reina:

«(...) L'extreme application que la reine donne aux affaires (...) luy causent fréquents maux de teste. Elle en a un très grand ce matin, qui ne l'a pas néanmoins empêché d'aller à la junte (...). Il n'y a guère de jour que la reine se passe dans conseils cinq ou six heures; le reste se passe presque tout à des audiences ennuyeuses ou á visiter les églises ou des convents; en un mot, je n'ay jamais veu une vie qui convienne si peu à une jeune princesse guaye naturellement (...).»<sup>1082</sup>

Ciertamente, fueron escasas las diversiones a las que la reina se entregó a lo largo de estos meses. El tiempo libre que le quedaba tras cumplir con sus obligaciones, poco a decir verdad, lo empleaba “en correr, saltar y jugar” con sus damas.<sup>1083</sup> En concreto, parece ser que la soberana se deleitaba por estas fechas con pasatiempos como *Colin-maillard*, al que ya era muy aficionada en Turín, o *¿le agrada la compañía?*<sup>1084</sup>

La juventud de la reina, su gusto por los juegos infantiles y los males causados a su salud como consecuencia de su dedicación al gobierno, nos obligan a plantearnos

---

<sup>1079</sup> Giulio Pucci a su gobierno. Madrid, 27 de julio de 1702. A.S.F., MdP, Filza 4991, cit. por RODOLICO, N.: “Alcuni documenti sulla Regina di Spagna...”, en VICENS VIVES, J. (dir.): *Estudios de Historia Moderna...*, p. 44.

<sup>1080</sup> Operti a Madame Royale. Madrid, 27 de julio de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1081</sup> La reina de España a Luis XIV. Madrid, 27 de julio de 1702. AA. EE., CPE., t. 106, fols. 302v.; cits. por PEREY, L.: *Une reine de douze ans...*, p. 200 y BAUDRILLART, I, p. 101.

<sup>1082</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 6 de septiembre de 1702, recogida en L.T.R., II, pp. 97-98. Operti también alude a su correspondencia a las migrañas que la soberana sufría con frecuencia. Operti a la duquesa Ana. Madrid, 24 de agosto de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>1083</sup> El mismo a la misma. Madrid, 24 de agosto de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>1084</sup> La reina de España a Luis XIV. Madrid, 27 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 106, fols. 302v.; cits. por PEREY, L.: *Une reine de douze ans...*, p. 200 y BAUDRILLART, I, p. 101. Desconocemos las características de este juego, al que tanto Luis XIII, según el *Journal* de Héroard, como Luis XIV habían sido muy aficionados durante su infancia y en el caso del último incluso cuando ya no era tan niño. ARIÉS, P.: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid, 1987 (1960), p. 97.

cómo asumió y ejerció María Luisa su papel como reina gobernadora en una etapa tan temprana de su vida. En este aspecto, las fuentes subrayan de manera unánime el compromiso de la soberana con sus funciones gubernamentales. Así, sabemos que tan pronto como dos días después de su llegada a Madrid, empezó a despachar ciertos asuntos con Portocarrero y el secretario, Don Manuel Vadillo.<sup>1085</sup> Otra prueba de lo mismo es su asistencia rigurosa a todas las sesiones de la Junta. No obstante, al cruzar la documentación existente, observamos cómo muchos de los juicios vertidos sobre la reina durante la gobernación son un tanto exagerados y parciales y parecen impregnarse del aura de realeza de que su condición dota al personaje al que se refieren. En este sentido, los observadores externos describen la actividad de María Luisa al frente del gobierno en los siguientes términos: “S. M. v’è sempre intervenuta, dando a conoscere superiormente all’età sua, una ben attenda applicazione a’negozi, con desiderio d’ascertare in que che di mano in mano gli toccherà a risolvere, e con tal riflesco (...).”<sup>1086</sup> Con el mismo tono elogioso, Blécourt informaba a Versalles de las capacidades demostradas por la soberana, que manejaba los asuntos “como si hiciera mucho tiempo que gobierna”.<sup>1087</sup> Como no podía ser de otra manera, es Operti quien aporta los testimonios más entusiastas respecto a la reina. Para el diplomático, María Luisa adoptó su papel de gobernadora con “disinvoltura et agrado”<sup>1088</sup>, mostrándose en las sesiones de la Junta “come un Ministro consumato negl’affari”.<sup>1089</sup> El enviado saboyano alababa también lo acertado de su comportamiento, “como si llevara diez años ejerciendo el gobierno”, y desvinculaba las acciones de la soberana de la labor asesora que la princesa de los Ursinos desarrollaba junto a su señora:

“potendo assicurare a V. A. R. che nelle Giunta di Stato si trattano di tante materia differenti e gravi, quei Ministri che sono li più consumati di questa corte restano strasecolati del suo [se refiere a la reina] gran giudizio e discretezza nel suo parere, benché non resti prevenuta delle materia che devono trattarsi, ne con chi possa conferirle preventivamente perche la Principessa degl’Orsini non assiste alla detta Giunta (...).”<sup>1090</sup>

<sup>1085</sup> Giulio Pucci a su gobierno. Madrid, 6 de julio de 1702. A.S.F., MdP., Filza 4991. Operti a Madame Royale. Madrid, 6 de julio de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>1086</sup> Giulio Pucci a su gobierno. Madrid, 13 de julio de 1702. A.S.F., MdP., Filza 4991, cit. por RODOLICO, N.: “Alcuni documenti sulla Regina di Spagna...”, en VICENS VIVES, J. (dir.): *Estudios de Historia Moderna...*, p. 43.

<sup>1087</sup> Blécourt a Luis XIV. Alcalá, 29 de junio de 1702. AA. EE., CPE., t. 102, fol. 358r.

<sup>1088</sup> Operti a Madame Royale. Madrid, 6 de julio de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>1089</sup> El mismo a la duquesa Ana. Madrid, 24 de agosto de 1702. *Ibidem*.

<sup>1090</sup> El mismo al duque de Saboya. Madrid, 13 de julio de 1702. *Ibid*, LMS., Mazzo 48.

A ojos de Operti, María Luisa se encontraba dotada de las virtudes necesarias para el sosiego y el resurgimiento de la Monarquía<sup>1091</sup>; su paciencia, atención y dominio de los negocios de Estado asombraban a los ministros que la auxiliaban, continuaba, hasta el punto de que muchos de ellos comparaban su experiencia en el gobierno a los trece años con la que Isabel la Católica tenía cuando sobrepasaba los treinta.<sup>1092</sup>

Llegados a este punto, debemos señalar que nuestra intención no es negar las virtudes de la soberana ni su precoz madurez, confirmada por cuantos tuvieron oportunidad de frecuentar su trato. Pero sí que queremos poner de relieve que las preclaras dotes de gobierno de María Luisa no fueron tan evidentes como Operti, Blécourt o Pucci afirman, o que al menos, no lo fueron durante su primera Regencia. La correspondencia de la reina, la princesa de los Ursinos y la forma en que la soberana ejerció el poder en 1702, así parecen confirmarlo. En primer lugar, es cuestionable que con apenas catorce años y carente de una instrucción política previa<sup>1093</sup>, María Luisa pudiera haber adquirido instantáneamente la experiencia en el tratamiento de los asuntos que le adjudicaban los individuos citados más arriba. Según ella misma admitía en una carta a su abuela, su situación, por novedosa, no dejaba de desconcertarla: «Vous pouvez bien croire que si l'année passée l'on eût dit tout ce qui arrive à cette heure, l'on aurait cru que celle qui dirait cela serait folle; et voyez comme les choses arrivent (...).»<sup>1094</sup> Por otro lado, el profundo desagrado que le generaba su labor al frente de la Junta aparece reflejado reiteradas veces en otras de sus misivas. De entrada, la soberana se quejaba del poco tiempo libre que poseía para dedicarse a sus entretenimientos favoritos, los cuales, salvo pasear, no dejaban todavía de ser más propios de una niña o adolescente que de una reina gobernadora. A decir de María Luisa, gobernar le resultaba en exceso aburrido y agotador. Cada día estaba obligada a pasar seis horas reunida con los ministros que, dominados por la “flema española”, retardaban la resolución de los negocios de Estado, cuyo manejo, reconocía, no le

---

<sup>1091</sup> El mismo al mismo. Madrid, 27 de julio de 1702. *Ibidem*.

<sup>1092</sup> “(...) diciendo che questa [María Luisa] è già un'altra Regina Isabella à tredici anni, ch'era l'altra à trenta con dieci d'essercizio di governo” Operti a Madame Royale. Madrid, 10 de agosto de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49.

<sup>1093</sup> Véase en este sentido el capítulo de este trabajo dedicado a la infancia y educación de la reina en Turín.

<sup>1094</sup> La reina de España a Madame Royale. Madrid, 9 de agosto de 1702, recogida en DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, p. 137.



resultaba agradable.<sup>1095</sup> Por tanto, la reina disimulaba su rechazo hacia una función que acometía a diario únicamente en cumplimiento de su deber para con Felipe V: «(...) Je serais fort fatiguée de toutes ces affaires -escribió al rey-, je vous avoue, mais étant pour vous que je les fait, cette raison me les rend agréables (...).»<sup>1096</sup>

Más elocuente si cabe que el testimonio de la soberana, fue el modo en que esta llevó a cabo su labor de gobierno, no tanto de manera oficial como oficiosa. Al aprobar su designación como gobernadora Versalles no esperaba que María Luisa de Saboya ejerciera el poder asesorada exclusivamente por la Junta. Ello hubiera supuesto dejarla a merced de los españoles que formaban parte de este organismo y privar a la corte francesa de la posibilidad de influir en el gobierno de Madrid. Con el fin de evitar esta circunstancia, Ursinos había de guiar a su señora en el desempeño de su nueva condición institucional. De hecho, la princesa se convirtió desde el verano de 1702 en el principal canal a través del que Versalles intervino en las decisiones que se tomaban en la Junta. En su biografía sobre la princesa, François Combes afirmó que esta asistía a las sesiones del citado organismo.<sup>1097</sup> Por su parte, el comisario de la marina francesa, Daubenton, aludió en algunas de sus cartas a la puesta en marcha de un «Conseil de Dépêche», en el participarían Ursinos, Portocarrero y la propia reina, donde se trataban negocios de Estado.<sup>1098</sup> Del contenido de la misiva de Daubenton puede inferirse que existieron a la sazón dos instancias de gobierno, una oficial (Junta) y otra oficiosa («Conseil de Dépêche»). Sin embargo, la documentación consultada parece desmentir esta situación. De entrada, como hemos visto Operti negó la asistencia de Ursinos a las sesiones de la Junta. Según escribió al duque de Saboya, la princesa solo ayudaba a la reina a aposentarse en la sala donde se celebraban sus reuniones, retirándose acto seguido.<sup>1099</sup> Asimismo, la correspondencia de la propia princesa con Torcy indica que su participación en la toma de decisiones nunca fue oficial de cara a la corte española. En este sentido, a finales de julio de 1702 la camarera mayor informó a

---

<sup>1095</sup> Así se expresaba la reina en las misivas que enviaba a Luis XIV y Madame Royale y que ya hemos citado a lo largo de este epígrafe.

<sup>1096</sup> La reina de España a Felipe V. Madrid, 1 de septiembre de 1702, cit. por PEREY, L.: *Une reine...*, pp. 213-214.

<sup>1097</sup> Basándose en el testimonio de Saint-Simon Combes escribió: «(...) et, comme, au milieu d'hommes, la reine ne pouvait y rester seule, elle [la princesa] l'y accompagna; elle y assista à ses côtés (...).» COMBES, F.: *La princesse des Ursins...*, p. 99.

<sup>1098</sup> Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 8 de julio de 1702. A.N., B<sup>7</sup>226, fol. 24r.

<sup>1099</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 13 de julio de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

Versalles del interés de Portocarrero porque recibiera resúmenes detallados de todo cuanto se trataba en el gobierno:

«Cette Eminence me rendit avant-hier une seconde visite. Aprè's plusieurs autres choses, don't il me parla, il me dit que les affaires ne pouvoient aller plus mal, qu'il estoit impossible qu'elles allassent mieux tant qu'on ne changeroit pas la forme du gouvernement (...). Sa conclusion fut enfin qu'il vouloit au moins ordonner au secrétaire de la junte de me faire un extrait de toutes les affaires qui avoient esté traittées jusqu'alors, afin que je vise s'il avoit raison de se plaindre. Je rejetai de mesme cette (...) proposition, et passant en mesme temps dans l'appartement de la reine, pour la conduire au Conseil, je dis en plaisantant à S. M., en présence du cardinal, une partie de ce qu'il venoit de me dire. La reine, qui en toutes choses me fait l'honneur de s'entendre avec moy, l'assura qu'elle connoissoit assez mes intentions pour croire que je ne ferois rien de ce qu'il me proposoit. Cette Eminence, appercevant pour lors le secrétaire de la junte, luy ordonna de travailler cet extrait. Je protestay que je ne le recevrais pas, et S. M. pour m'obliger, commanda à Don Manuel Badillo de n'en rien faire (...).»<sup>1100</sup>

De nuevo, Portocarrero buscaba asociar a la princesa al tratamiento de los negocios de Estado. Todo parece indicar que a la sazón el cardenal deseaba lograr el apoyo de la camarera para eliminar la Junta de gobierno y declarar gobernadora única a la reina, quien contaría con el asesoramiento del propio Portocarrero, el arzobispo Arias y la princesa.<sup>1101</sup> La negativa de Ursinos a avenirse a los planes del cardenal revela a las claras su intención por desvincularse de las iniciativas políticas de su otrora “buen amigo”. Esta vez, la respuesta de Versalles al contenido de las misivas de la dama no se hizo esperar. Apenas dos semanas después, Torcy aprobaba la conducta de Ursinos y remitía instrucciones explícitas sobre la forma en que esta había de conducirse:

«C'est un bonheur pour vous, Madame, de n'y estre point mêlée, et c'est le moyen de vous y faire souhaiter. Je crois que la proposition que le Card[inal] Portocarrero vous a faite estoit à bonnes intentions, mais elle vous auroit attiré de grands embarras et rien n'est plus sage que votre refus. Il est cependant nécessaire, Madame, que vous soyez informée de ce qui se passe à la Junte; mais il faut que ce soit sans paroître, par le moyen de la Reyne, et que vous ayez ainsi occasion de luy donner vos conseils, dont elle a certainement besoin dans des affaires aussi espineuses, quelque bon esprit qu'elle ait par elle-mesme (...).»<sup>1102</sup>

Por tanto, Versalles aprobaba que la princesa no interviniera abiertamente en política, lo que con probabilidad hubiera suscitado las críticas de los cortesanos

---

<sup>1100</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 23 de julio de 1702, recogida en L. TR., II, pp. 73-74.

<sup>1101</sup> Por su parte, Orry se mostró también partidario de la destitución de la Junta, medida a la que Torcy se negó igualmente. HANOTIN, G.: *Jean Orry...* p. 116.

<sup>1102</sup> Torcy a Ursinos. Marly, 6 de agosto de 1702. L. TR., II, p. 79.

españoles, alentando la francofobia y la inestabilidad reinantes en la corte madrileña. Ahora bien, como reconocía Torcy, era absolutamente necesario que en Francia estuvieran informados por una persona de confianza de cuanto se trataba en la Junta. Esa persona no podía ser otra que Ursinos, opinión que también compartía Blécourt: «personne ne peut rendre compte a Vostre Maiesté mieux que Madame la princesse des Ursins de ce que se passe dans la junte -escribió a Luis XIV- parce qu'elle le peut scavoir de la Reyne, je luy diray que vostre Maiesté desire estre exactement informé de ce que s'y passe, afin qu'elle ait plus d'attention à le scavoir.»<sup>1103</sup>

Enfrentada a las sugerencias del *chargé d'affaires* francés, la princesa se mostró dispuesta a colaborar. No obstante, con el fin de no perjudicar la reputación de la reina y guardar las apariencias durante la gobernación, informó a Torcy de que sería el único sujeto al que revelaría todo cuanto la soberana le confesase:

«M. de Blécourt m'a dit, monsieur, que vous luy donnez ordre de chercher les moyens de pénétrer ce qui se passe dans la junte. Il croit avec raison que je puis mieux le sçavoir qu'un autre ; mais je lui ay respondu en normande, ayant dessein de vous informer à droiture de ce qui viendra à ma connoissance, à moins qu'il ne s'agisse de quelque chose où le service du roy demande que M. de Blécourt soit promptement adverti. Je crois devoir ce ménagement à la reine, et il me semble que je cacheray mieux ma marche quand je ne m'ouvriray qu'à vous (...).<sup>1104</sup>  
 »Il faut bien prendre garde, Monsieur, que les Espagnols ne sachent point que la Reine me rédit ce qui se passe dans la Junte.»<sup>1105</sup>

Así las cosas, entre el verano y el invierno de 1702 María Luisa de Saboya ejerció el gobierno bajo la atenta guía de la camarera mayor, sin que Portocarrero y los ministros españoles supieran a ciencia cierta que ello tenía lugar. Gracias a la correspondencia de Ursinos, sabemos que la reina le informaba de todo cuanto acontecía en la Junta y que, a su vez, esta indicaba a la soberana la actitud que debía adoptar en relación a los negocios de Estado más importantes. De la misma manera, la camarera, advertida previamente por Torcy o Blécourt, también refería a María Luisa aquellas materias sobre las que Francia esperaba una pronta resolución.<sup>1106</sup> Jean Orry no tardaría en integrarse en esta dinámica de gobierno oficioso. Introducido en el

<sup>1103</sup> Blécourt a Luis XIV. Madrid, 10 de agosto de 1702. AA. EE., CPE., t. 107, fol. 63v.

<sup>1104</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 19 de agosto de 1702, recogida parcialmente en L.TR., II, pp. 81 y 89.

<sup>1105</sup> Adición de Ursinos a la carta dirigida a Torcy el 19 de agosto de 1702. AA. EE., CPE., t. 107, fol. 140v.

<sup>1106</sup> «(...) M. de Blécourt m'avoit advertit avant-hier de prévenir la Reine sur quelques affaires dont on devoit parler le jour suivant dans la Junte (...).» O bien, «On rapporta hier dans la junte trois consultes que regardent le commerce des François dans les Indes. J'avois esté advertie par M. de Blécourt de supplier à la reine d'estre attentive à ces affaires, et j'avois conseillé à S. M. de dire qu'elle vouloit estre mieux informée, si elle voyoit que la résolution ne fust pas favorable (...).» La misma al mismo. Madrid, 15 y 23 de julio de 1702. Ambas cartas se encuentran recogidas en L.TR., II, pp. 69 y 74.

círculo de la reina, gracias a la protección de la camarera mayor, el financiero francés actuó también como consejero extraoficial de la soberana en circunstancias de tanta importancia como el conato de asedio aliado a Cádiz.<sup>1107</sup>

Esta forma de asesoramiento por la «vía reservada», que la soberana a su vez defendía<sup>1108</sup>, permitió a Versalles imponer desde la distancia un cierto control sobre la dinámica de gobierno de la Junta y respetar, en apariencia, la capacidad de maniobra de María Luisa de Saboya como gobernadora. La discreción de la reina y de la princesa en este punto, explica que la soberana no fuera entendida de manera flagrante como un títere en manos del gabinete francés, así como los elogiosos juicios que concitó su actuación en ausencia de su esposo. Por otro lado, al erigir a la camarera mayor en consejera extraoficial de María Luisa en materia política, Versalles privaba a Portocarrero de la posibilidad de arrogarse tal papel. Esta situación corrobora que, para entonces, el prestigio político del cardenal estaba francamente desvirtuado y que, en cualquier caso, para Francia era preferible que fuera una mujer leal a Luis XIV la que dirigiera en la sombra la gobernación de la soberana.

En otro orden de cosas, y en calidad de consejera oficiosa de la reina gobernadora, la princesa de los Ursinos procuró fomentar la francofilia de María Luisa de Saboya. La actitud de la camarera mayor resultaba en cierta medida lógica si tomamos en consideración dos circunstancias: por un lado, los temores del *entourage* francés de Felipe V a que ciertos sectores de la corte madrileña, calificados en la correspondencia como “malintencionados”, pudieran instrumentalizar a la reina con el fin de oponerla al influjo de Francia sobre la política interior y exterior españolas. Por el otro, la francofobia que manifestaban algunos miembros de la Junta, como el duque de Montalto, el marqués de Villafranca e incluso el propio Portocarrero, quien durante este periodo no dejaría de oponerse a la aplicación de ciertas medidas propugnadas desde Versalles. Preocupada porque el comportamiento de los ministros españoles pudiera tener consecuencias sobre la parcialidad de la soberana a Francia «ils ne sont

---

<sup>1107</sup> Orry a Torcy. Madrid, 30 y 31 de agosto de 1702. A. EE., CPE., t. 107, fols. 264v.-272r. y 298r.-300v.

<sup>1108</sup> Así parece confirmarlo una de las misivas que la soberana envió a su padre, en la que reconocía su inexperiencia para hacerse cargo de la gobernación y lo necesarios que le eran los consejos de su camarera mayor: «je connoit bien qu'il est imposible qu'une personne de mon âge ait toute la prudence qui est nécessaire pour cela [se refiere a su labor durante la gobernación]. Je vous avoue que si i'étoit toute seule i'en désespéroit quasi, mais ayant la P. des Ursins auprès de moi, ie puis m'en flatter avec raison. Vous ne saurois croire, mon très cher Papa, l'utilité donc la P. des Ursins m'est, ie serais fort embarrassé si elle n'étoit point icy.» La reina al duque de Saboya. Madrid, 13 de julio de 1702. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

d'accord dans la Junte que pour insinuer à la Reyne l'éloignement contre la France»-, Ursinos procuró neutralizar el efecto de sus discursos:

«Je luy fais connoistre [se refiere a la reina] que l'intention de ces gens-là est d'empescher qu'il y ait l'estroite amitié qui doit estre entre nos deux cours, afin que le Roy nostre maistre s'intéresse moins à la gloire et bonheur des leurs Majestez catholiques, espérant par ce moyen conserver plus facilement toute l'autorité qu'ils ont eue dans le règne précédent. Elle en comprend fort bien toutes les conséquences, et nous aime encore davantage. M[onsieur] le cardinal Porto Carrero [sic] ne cesse de parler comme la junte. Il dit hautement qu'il conseilloit que la reine gouvernast et qu'elle eust seule toute l'autorité en mains, mais que les deux Rois ne voulouient pas seulement qu'elle fust régente comme elle est aujourd'huy. Vous ne sçauriez remédier à tout cela, Monsieur, mais il est bon, ce me semble, que vous en soyez informé. Je tiens là-dessus les discours que je crois convenir, et S[ic] M[ajesté] a une entière confiance en moy. Elle dit qu'on ne résout rien dans les longs conseils qu'elle tient, que tout s'y passe en discours inutiles, et qu'elle croit s'apercevoir que le Cardinal Porto Carrero y contribue plus que tous les autres, dans la pensée qu'il peut avoir de faire changer la forme du gouvernement (...).»<sup>1109</sup>

Aunque la princesa reconocía que la confianza de la reina en ella no podía ser mayor, no en vano era la propia soberana quien le había informado de los discursos tenidos por los ministros de la Junta, admitía la necesidad de cultivar la inclinación de la reina a Francia. En ese momento no le preocupaba la lealtad de María Luisa hacia Versalles, pero se mostraba partidaria de pensar en el futuro. La soberana no sería siempre una adolescente y su ascendiente sobre el monarca sería un factor con el que el gabinete francés tendría que lidiar irremediablemente: «Dès les commencemens que j'ay esté à Barcelone, je vous ay escrit (...) que cette princesse auroit un jour beaucoup de crédit en Espagne et qu'il falloit tascher à la gagner (...). S[ic] M[ajesté], quand on ne le voudroit pas, aura toujours plus de crédit qu'un autre sur l'esprit du roy catholique. D'ailleurs, vous voyez part tout ce qui vous revient, Monsieur, que cette princesse est adorée en Espagne.»<sup>1110</sup> Dos eran los medios a través de los que Ursinos pretendía alentar la filia francesa de la reina. El primero de ellos se hacía eco de una de las sugerencias que Marcin había hecho desde Barcelona y pasaba porque Luis XIV escribiera frecuentes misivas a María Luisa en las que pusiera de manifiesto que su conducta al frente de la gobernación contaba con su absoluta aprobación:

«Vous ne sçauriez comprendre, Monsieur, le merveilleux effet que cette lettre a produit sur le coeur de S. M. [se refiere a una carta del rey de Francia que la soberana recibió por las mismas fechas], qui est plein de

<sup>1109</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 15 de julio de 1702, recogida en L.TR., II, p. 69.

<sup>1110</sup> La misma al mismo. Madrid, 19 de agosto de 1702. AA. EE., CPE., t. 107, fols. 128r. y 137r. y v.; recogida parcialmente en L.TR., II, p. 80.

gloire et dont l'esprit ne sçauroit estre plus droit (...). En un mot, Monsieur, je n'ay jamais veu une personne plus contente. Elle a redoubé son attention á tout ce qui regarde la France. Vous devez compter que rien ne lui échappera; et je puis vous assurer que le roy n'aura pas une meilleure amie quand on prendra soin de la ménager.»<sup>1111</sup>

En cuanto al segundo, estribaba en favorecer la inclinación de la reina hacia Francia por medio del recurso al regalo: «Vous ne sçauriez mieux faire que de travailler à cultiver ces heureuses dispositions par de petits présents souvent reitérés. J'auray soin de chercher des occasions. Tout ce qui peut faire plaisir manquant icy, il ne sera pas difficile de les trouver.»<sup>1112</sup>

En último término, Ursinos comenzó a enseñar a la reina las cartas que recibía desde Francia: «Comme ie ne quitte presque point la Reine, il arrive fort souvent qu'elle est presente lorsqu'on m'apporte mes lettres et dailleurs ie m'attire davantage sa confiance en les luy montrant (...)» Con este gesto, la princesa establecía una relación de reciprocidad con María Luisa, quien mostraba a la camarera mayor su propia correspondencia. Pero asimismo contribuía a fortalecer la confianza de la soberana no solo en la propia Ursinos, sino también en la corte de Versalles, que no remitía a la princesa nada que María Luisa no debiera leer por cualquier motivo oculto. En cualquier caso, la iniciativa de la camarera mayor no implicaba tampoco que la reina tuviera por qué estar enterada de toda la información que esta recibía allende los Pirineos. Prudentemente, advirtió a Torcy: «ainsy, quand vous me ferez l'honneur de m'escrire quelque chose qu'il ne soit pas à propos de faire voir à Sa M[ajesté], ayez la bonté de faire un feuillet separé que vous ferez mettre dans le mesme paquet sous l'adresse de M[onsieur] Daubigny.»<sup>1113</sup>

### **Controlar los contactos de la reina gobernadora: la génesis del *entourage* de María Luisa de Saboya y la camarera mayor.**

La instalación de María Luisa de Saboya en Madrid conllevó un mayor control por parte de la princesa de los Ursinos de los contactos que la reina podía establecer con los cortesanos españoles. Ello no había sido difícil mientras la corte permaneció en Barcelona, por un lado, debido a que hasta la capital catalana no se habían trasladado sino un reducido número de Grandes y Títulos españoles. Por el otro, a causa del

---

<sup>1111</sup> La misma al mismo. Madrid, 19 de agosto de 1702. AA. EE., CPE., t. 107, fol. 128v.; L. TR., II, p. 80.

<sup>1112</sup> *Ibidem*, fol. 137r.; L. TR., II, 86.

<sup>1113</sup> *Ibid.*, fols. 140r. y v; L. TR., II, p. 89.

estrecho cerco al que la princesa y el conde de Marcin habían sometido a los reyes, cuya intimidad frecuentaron aún a riesgo de contravenir la etiqueta. En cuanto los servidores de la Casa de la reina, Ursinos solo se preocupó por las damas e individuos que ocupaban los puestos de mayor jerarquía, dado que sus cargos palatinos les podían garantizar un trato más reiterado con la soberana. Con todo, no parece que en un primer momento la princesa tuviera dificultades para imponer su autoridad sobre el servicio español: «Elles [las damas de la reina] ont toutes un respect très grand pour moi -escribió a Torcy-, quoique je ne sois pas déclarée *camarera-mayor*, parce qu'aucune d'elles aspire peut-être à ce poste (...).»<sup>1114</sup> Días después añadía: «Ces dames m'obéissent très ponctuellement dans tout ce que je leur commande, et toute la maison de la reine m'est également soumise. Je suis bien plus contente de ces gens-ci que je ne l'étois des Piémontois et Piémontoises (...).»<sup>1115</sup>

Por las mismas fechas, la reina mostraba ya una alta confianza en la princesa, único personaje que le era conocido en medio de una servidumbre extraña: «J'ay le plaisir de voir que Sa M[ajesté] est desia accoustumée a moy, comme si j'avois eu l'honneur de la servir toute la vie. La reine me témoigna aussi plus de confiance. Elle me donne quelquefois des bagatelles (...).»<sup>1116</sup> La confianza de María Luisa en Ursinos, le llevaba incluso a desear que fueran los criados de la camarera mayor quienes atendieran a menudo sus necesidades: «elle aime à se servir de mes domestiques autant qu'elle le peut faire sans donner de la jalousie aux Espagnols.»<sup>1117</sup>

Las cartas que María Luisa envió a su madre desde Barcelona nos informan también de los vínculos que a la sazón mantuvo con sus damas. De ellas puede colegirse, en primer lugar, que las mujeres de la Casa solo mantuvieron contacto con la reina en las ceremonias públicas o en las ocasiones en que el servicio así lo exigía. En este sentido, en marzo de 1702 la soberana escribió a la duquesa Ana: «Il me paroisoit comme vous, ma très chère maman, que mes dames pouvoient bien être où j'étoit, mais comme vous savés on les a fort blâmée, ainsi, elles ne vont plus aux appartements

<sup>1114</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 12 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 94, fol. 92v.-93r.; SSBL, IX, p. 390, que la cita fechada en 19 de noviembre de 1701.

<sup>1115</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 29 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 94, fol. 124v.; SSBL, IX, p. 394, que la cita fechada en 19 de noviembre de 1701.

<sup>1116</sup> *Ibidem*, fol. 124r.

<sup>1117</sup> *Ibid.* Esta frase se encuentra equivocada en los Apéndices insertos en las Memorias del duque de Saint-Simon (SSBL), tomo IX, ya que en lugar de indicar «sans donner de la jalousie aux Espagnols», como aparece en los Archivos de Asuntos Exteriores, transcribe «pour donner de la jalousie aux Espagnols.»

(...).»<sup>1118</sup> ¿Significa esto que las damas de la reina se vieron excluidas de su círculo más íntimo? Ciertamente, María Luisa no vuelve a incidir en este aspecto, pero el hecho de que Operti no mencione la presencia de ninguna de las mujeres del servicio en las reuniones que se celebraban en los aposentos de los reyes por estas fechas, bien podría confirmarlo. Asimismo, la correspondencia de la reina manifiesta su intención de rehuir parcialidades entre las damas que la servían:

«Il me paroît que les dames que i'ay icy m'aiment fort et ie vous promets que ie tacheraï toujours de leur plaire, et aussi tout le monde. l'en icy une (c'est-à-dire une dame) qui a servi la reine ma tante [María Luisa de Orleáns], qui me paroît beaucoup plus raisonnable que les autres et celle là i'ay plus d'occasions de lui parler qu'aux autres à cause que c'est elle qui me coëffe et m'habille<sup>1119</sup>, *mais je vous assure ma chère maman, que quand elles sont toutes ensemble ie ne caresse pas plus une que l'autre.*»<sup>1120</sup>

Desde estas perspectivas, la reina explicitaba su intención de no tener favoritismos entre sus damas españolas. María Luisa, según hemos visto que informaba Operti, podía entretenerse con las mujeres de su servicio, saltando y jugando con ellas como una joven de catorce años. Ahora bien, la princesa de los Ursinos era su única confidente, la sola persona por la que la soberana se dejaba guiar. Su unión con la entonces camarera mayor oficiosa, al igual que la negativa concepción que María Luisa poseía de las damas españolas, quedan reflejadas en otra de las cartas de la reina:

«Plus ie considère mon état, plus ie me trouve heureuse et plus ie remercie Dieu de m'avoir mis auprès de moi la P[rincesse] des Ursins, qui contribue fort à mon bonheur. Pensés un peu, ma très chère maman, si i'euse auprès de moi une espagnolle qui m'auroit enrager du matin jusqu'aux soirs comme auroit été à plaindre, mais Dieu mercy ie ne suis pas dans ce cas là. La princesse des Ursins a toutes les bonnes qualités que l'on peut avoir.»<sup>1121</sup>

Por tanto, podemos afirmar que antes de partir de Barcelona la princesa contaba ya con el completo favor de la reina. La soberana escuchaba los consejos de la camarera mayor y acogía con sumisión sus recomendaciones. Sin embargo, esta temía

---

<sup>1118</sup> La reina a la duquesa de Saboya. Barcelona, 5 de marzo de 1702. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

<sup>1119</sup> Con probabilidad se trata de Francisca Enríquez. De ella sabemos que constaba como miembro del cuerpo de damas que acudió a recibir a María Luisa de Orleáns a San Juan de Luz y, en su expediente personal en el Archivo de Palacio, consta desde agosto de 1679 como dama tocadora de la reina. LÉONARDON, H.: «Rélacion du voyage fait en 1679 au-devant et à la suite de la reine Marie-Louise d'Orléans, femme de Charles II», en *Bulletin Hispanique*, tome 4, n.º 2, pp. 104-118, en concreto, p. 107. A.G.P., C. 2620, exp. 11.

<sup>1120</sup> La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 9 de enero de 1702. A.S.T., LPD., Mazzo 26. La cursiva es nuestra.

<sup>1121</sup> La misma a la misma. Barcelona, 24 de enero de 1702. *Ibidem*.



que, una vez en Madrid, la “malignité” de las damas españolas no destruyera “su obra”, esto es, la labor que había venido desempeñando hasta entonces junto a la reina:

«La reine, Monsieur, devient tous les jours plus raisonnable. Elle n’écrit et ne reçoit plus de lettres qu’elle ne les montre au roy, après qu’elle me les a fait voir. Sa confiance en moy ne peut guères aller plus loin, et je crois que je seray toujours assez maistresse de luy faire tout ce que je voudray, en prenant de certaines mesures, pourveu néanmoins que d’autres gens n’ayent pas la commodité de détruire mon ouvrage, comme il pourroit peut estre arriver à Madrid (...).»<sup>1122</sup>

Las medidas que la princesa pretendía aplicar tras la instalación de la reina en la capital pasaban por un estricto control de todos sus contactos. Fiscalizar las relaciones de la soberana con los cortesanos españoles contribuiría a evitar que estos pudieran inculcarle ideas contrarias a las que Ursinos, de acuerdo con Versalles, llevaba meses imbuyéndole. Su puesto como camarera mayor constituía la mejor baza con la que la princesa contaba para este fin puesto que, como ha señalado López-Cordón, las atribuciones de este oficio palatino la erigían “verdadero filtro para cualquier relación con la soberana.”<sup>1123</sup> Por otro lado, si en Barcelona los cortesanos habían tenido un mayor acceso a los reyes, merced a la asistencia de ciertos Grandes a la *toilette* de la reina o a las reuniones informales que se celebraban en los aposentos reales, todo parece indicar que tras la llegada de María Luisa a Madrid cesaron estas pequeñas alteraciones de la etiqueta. A la sazón, ausentes el rey y el embajador francés, convenía controlar el acceso a la persona de la soberana. Esta se relacionaría con sus súbditos, pero siempre en presencia de la princesa, de acuerdo a un riguroso régimen de audiencias públicas.<sup>1124</sup> Así por ejemplo, gracias a Operti sabemos que a instancias de Ursinos la reina fijó un día a la semana, los martes, para recibir a las damas de la corte y la ciudad. Significativamente, la finalidad de tal medida era evitar que María Luisa se viera importunada por las pretensiones de dichas damas:

“si consultó con la Principessa degl’Ursini, di quanto buon servizio sarebbe, che la M. S. assegnasse á punto un giorno solo alla settimana à dette Dame perche il permetterlo in tutti non solo le sarebbe di gran imbarazzo et incomodità, ma perche haverebbe dato luogo ad esser

---

<sup>1122</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 5 de marzo de 1702, recogida en L. TR., II, p. 19.

<sup>1123</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Entre damas anda el juego...”, en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II* (2003), pp. 151-152.

<sup>1124</sup> Sólo Portocarrero pareció verse excluido de esta norma. Gracias a las cartas de Orry sabemos que visitaba frecuentemente los aposentos de la reina, aunque siempre en presencia de Ursinos, lo que concitó las críticas de no pocos cortesanos. Orry a Torcy. Madrid, 19 de agosto de 1702. AA. EE., t. 107, fols. 110r.-118r.

molestata con più importunità nelle pretend<sup>ni</sup>, potendo le medeme promoverle con meno osservatione delle compagne (...).<sup>1125</sup>

Por su parte, la princesa adoptó una actitud similar y manifestó su intención de no mantener relaciones estrechas con ninguna de las damas españolas, a las que únicamente vería cuando hicieran la corte a la reina:

«Toutes les dames du palais paroissent rechercher mon amitié, et celles de la ville m'accablent de *recados* qu'elles m'envoyent faire tous les jours. Je me suis mise sur le pied de ne recevoir aucune visite particulière de celles-cy, pour éviter d'entrer malgré moy en connoissance des veues qu'elles peuvent avoir. J'ay fait dire à toutes généralement que ne pouvant quitter la reine d'une moment, comme il est vray, j'aiurois l'honneur de les voir dans l'appartement de S. M. les jours qu'elles y viendroient. Celle ne plaist pas à celles qui comptoient de me mettre dans leurs interests (...).»<sup>1126</sup>

Al fiscalizar las relaciones de la reina con las damas de palacio la princesa evitaba que estas pudieran emplearla como un canal a través del que exigir u obtener mercedes. Asimismo, la distancia que ella misma pretendía mantener hacia estas mujeres manifestaba su propósito de predicar con el ejemplo, como vimos que ya había afirmado en otra ocasión, al dejar claro que, a diferencia de otras camareras mayores, ella no utilizaría su proximidad a la soberana para favorecer los intereses de determinadas familias de la aristocracia.

En relación a las damas de la nobleza española, Ursinos se mostró muy crítica en sus cartas con tres de ellas. Estas eran la condesa de Palma, sobrina de Portocarrero, de la que destacaba sus vínculos con el marqués de Leganés, de cuya parcialidad hacia los Habsburgo existían sospechas; la duquesa de Osuna, amiga de Blécourt, a la que calificaba de bonita para algunos; y Madame Aguirre, dama francesa establecida en España, que había gozado del favor de Harcourt durante su embajada.<sup>1127</sup> Estas tres mujeres, escribía Ursinos, intrigaban con el fin de lograr su destitución y temía que enviarían a Francia informes contrarios a su persona. Obviamente, la princesa defendía su posición junto a la reina, así como la labor que venía desempeñando desde tiempo atrás al servicio de Luis XIV: «S'il n'estoit question que me déplacer, je vous advoue qu'au lieu de vous prévenir, je leur fournirois plutost

<sup>1125</sup> Overti a la duquesa Ana. Madrid, 7 de diciembre de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>1126</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 15 de marzo de 1702, recogida en L. TR., II, pp. 66-67.

<sup>1127</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 15 de julio de 1702, recog. en L. TR., II, pp. 66-67. Ursinos, por otro lado, no era la única que desconfiaba de la lealtad de la condesa de Palma a la nueva dinastía. También lo hacía Blécourt, quien informaba sobre las “conferencias” secretas en las que ésta participaba y de las que tomaban parte entre otros los duques de Montalto y el Infantado, la marquesa del Carpio y el almirante de Castilla. Blécourt a Luis XIV. Madrid, 8 de septiembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 93, fol. 148v.

des mémoires contre moy-mesme; mais je serois au désespoir de sortir d'Espagne et que le Roy auquel je sacrifie tant de peines du meilleur de mon cœur ne fust pas content de ma conduite, après avoir apporté tant d'attention pour luy plaire.» Con todo, pese a que Torcy y el propio Luis XIV procuraron tranquilizarla, advirtiéndole que no darían crédito a los hipotéticos escritos que dichas damas podían remitir a Versalles, a lo largo del verano de 1702 la princesa continuó haciendo patente la inquietud que todas ellas le producían:

«Il est vray que la Reine estonne et qu'on ne sçauroit mieux faire qu'elle fait. Cependant souvenez-vous toujours, Monsieur, qu'elle n'a pas quatorze ans; qu'à cet âge il est impossible d'avoir la fermeté que l'expérience seule peut donner, et que si elle doit gouverner le Roy dès à présent, il faut qu'elle ait quelqu'un elle-mesme qui la gouverne, ou qui puisse au moins luy donner de bons conseils et du courage. Comme je ne croy pas pouvoir résister longtemps dans cet employ la chose à quoy vous devez le plus penser, c'est à trouver celle qui remplira ma place. Si j'avois été espagnole, la Reine l'auroit esté aussy. Comprenez, je vous prie, ce que je veux dire laissent rien á désirer sur ce qui regarde son inclination pour la France. Vous ne sçauriez mieux faire que de travailler à cultiver ces heureuses dispositions (...).»<sup>1128</sup>

De forma taimada, con sus palabras Ursinos no solo defendía su propia labor y permanencia en España, también advertía a Versalles de los peligros que podría entrañar su destitución y la subsiguiente designación de una dama de la Grandeza española como camarera mayor. Mujeres como Palma, Osuna o incluso Aguirre, que llevaba más de veinte años en Madrid, harían de María Luisa una soberana similar a sus antecesoras, no la reina auspiciada por Versalles; y quizás, podrían alentar sentimientos francófilos en ella.<sup>1129</sup> Esta misiva nos hace plantearnos si la princesa no transmitió a Maria Luisa los recelos que ella misma albergaba hacia las tres damas citadas y si, en último término, no procuró fiscalizar los contactos que esta podía mantener con ellas. Aunque las cartas de la soberana no dicen nada al respecto, cabría pensar que así fue, dado que en la misma misiva que venimos citando Ursinos hacía patente su descontento ante la forma en que la duquesa de Osuna se conducía con la

---

<sup>1128</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 19 de agosto de 1702, recogida en L.T.R., II, p. 86.

<sup>1129</sup> Más sincera se mostró la princesa en una de sus cartas a la mariscal de Noailles meses después. En ella aludía en los siguientes términos a lo necesaria que era su permanencia en España: «Je m'aperçois que ma demeure en ce pays est trop nécessaire, et que la Reine et peut-être le Roi, tombant en d'autres mains que les miennes, pourroient se trouver dans d'étranges embarras; ma fidélité, mon zèle et ma perpétuelle application à leur service, à leur sûreté et à leur gloire, ne peuvent, ce me semble, se trouver en une autre femme qu'en moi; et voyant combien cela a rapport à la satisfaction et aux intérêts du Roi notre maître, je n'aurai pas la force de lui demander à me retirer tant que je verrai les choses dans la situation où elles sont présentement, quelque dommage que cela fasse à ma santé (...).» Ursinos a Noailles. Madrid, 14 de octubre de 1702. GEFFROY, A. (ed.): *Lettres inédites...*, p. 126.

reina: «Avec vostre permission, je ne feray point de liaison estroite avec la duchesse d'Ossone (...). Je ne suis pas contente d'elle par rapport à la Reine (...).» Por tanto, resulta extraño pensar que la camarera mayor no hiciera uso de sus atribuciones para poner coto a los tratos que la reina podía establecer con mujeres como Palma u Osuna. La princesa silenciaba los motivos que le llevaban a criticar a la duquesa, pero quizás estos guarden relación con la reacción de la dama ante un episodio protagonizado por sus hijas, que formaban parte de la Casa de la consorte:

“Volendo sapere la Regina che qualità d'uomini avevano l'ingresso alla stanze delle sue dame con titolo di maaestri di ballo, di suono e d'altre abilità, e avendo per ciò ordinato che in avvenire facessero simili esercizi nel luogo che gl'é assegnato, e non nelle loro camere, ciò non ostante le sorelle del Duca d'Ossuna, opponendosi ad una di quelle donne che stanno di guardia alla porta, vollero introdurre i Maestri nel proprio quarto, il che prevenuto agl'orecchia di S. M., proibì loro lo scendere à servirla e l'uscire dalle sue camere sino a nuov'ordine (...).”<sup>1130</sup>

Las prevenciones de la princesa en lo relativo a sus propios contactos, y los de la reina, con las damas de la nobleza, no parecían extenderse hacia los Grandes y Títulos de la corte. Ya desde Barcelona, la camarera mayor había solicitado instrucciones a Torcy acerca de la actitud que debía adoptar respecto a los cortesanos españoles sospechosos de parcialidad hacia la Casa de Austria: «si la France veut-elle les regarder par toujours comme ennemies, ou me permettez-vous de les écouter et de les ramener au bon parti?»<sup>1131</sup> La respuesta del secretario nos es conocida: la princesa había de informarle de muchas cosas que serían útiles para el servicio de Luis XIV, por lo que le dejaba vía libre para entablar relación con ellos. Al margen de la opinión que Ursinos albergaba sobre buena parte de los miembros de la Grandeza, similar en ciertos aspectos a la que consignaban personajes como Louville, Montviel o Marcin en sus cartas, esta labor de información resulta interesante por dos motivos. En primer lugar, porque posibilita que conozcamos el nombre de los Grandes, Títulos y otros personajes que frecuentaron el entorno de la reina durante su etapa al frente de la Gobernación. En segundo lugar, las misivas que la camarera mayor envió a Torcy nos permiten discernir cómo, según criterios muy concretos, la princesa estableció contacto con diferentes individuos de la corte española que, en los años siguientes, formarían parte de su círculo de colaboradores más estrecho y por extensión frecuentarían el

---

<sup>1130</sup> Pucci a su gobierno. Madrid, 10 de agosto de 1702. A.S.F., MdP, Filza 4991, cit. por RODOLICO, N.: “Alcuni documenti sulla Regina di Spagna...”, en VICENS VIVES, J. (dir.): *Estudios de Historia Moderna...*, p. 45.

<sup>1131</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 3 de abril de 1702, recogida en L.T.R., II, p. 29.

trato de la soberana, quien protegería sus carreras a instancias de la camarera. Tras su instalación en Madrid, el entorno más próximo de María Luisa de Saboya estuvo constituido por un grupo de individuos, franceses y españoles, que habían venido sirviéndola desde Barcelona. Entre los “castellanos” destacaban el marqués de Castel-Rodrigo, quien había conducido a la reina desde Turín hasta España, y el conde de Montellano, gobernador de la Casa de la soberana hasta la designación definitiva de un mayordomo mayor. Como hemos visto, ambos ejercieron de intermediarios entre la reina, la princesa y los brazos de las Cortes de Aragón, lo que les granjeó el favor de ambas<sup>1132</sup>; sobre todo en el caso de Montellano, “hombre muy capaz y experimentado”<sup>1133</sup>, al que la protección de Ursinos alzaría a importantes puestos de gobierno en un futuro no muy lejano.<sup>1134</sup>

En el grupo de franceses descollaban Louis d'Aubigny, Henri Vazet, el chevalier d'Epennes, a caballo entre la capital española e Italia, y Jean Orry. D'Aubigny, conocido en España como Don Luis, era hijo de un procurador del parlamento de París y, desde 1685 aproximadamente, ejercía como intendente y secretario de la princesa de los Ursinos. Establecido con su señora en la península ibérica, mucho se ha especulado sobre la relación entre D'Aubigny y la camarera mayor. De ellos se ha dicho desde que eran amantes, hasta esposos clandestinos. Con todo, según reconoce Cermakian, no hay nada confirmado al respecto salvo que D'Aubigny fue el hombre de confianza por excelencia de la princesa, gracias a la que, indudablemente, fue designado caballerizo de la reina.<sup>1135</sup> En el marco de la gobernación, la camarera mayor se valdría de Don Luis como canal de comunicación con determinados individuos de la Grandeza, principalmente tras la traición del almirante de Castilla.<sup>1136</sup> Un papel similar desempeñó Vazet, ayuda de la furriera de la

---

<sup>1132</sup> «Le Marquis de Castel-Rodriges et le comte di Montillane ont parfaitement répondu à la confiance dont il a pleu à la reine de les honorer (...). Je voudrais bien, Monsieur, que vous me fissiez l'honneur de m'écrire quelque chose que je puisse leur faire voir, car ce qui vient de France est d'un prix inestimable pour eux.» La misma al mismo. Alagón, 17 de junio de 1702, *Ibid.*, II, p. 60.

<sup>1133</sup> MACANAZ, M.: *Memorias para la historia...* R.B. II/2086, I, fol. 57r.

<sup>1134</sup> El trato que Montellano mantuvo con María Luisa debió ser más estrecho que en el caso de Castel-Rodrigo, ya que en virtud de su cargo de gobernador interino de la Casa de la reina, gozaba de derechos de entrada a los aposentos de la soberana. En cuanto a Castel-Rodrigo, tal privilegio le fue concedido el 27 de febrero de 1703. COXE, W.: *España bajo el reinado...*, edic. de 2011, p. 248; A.G.P., Reinados-Felipe V, leg. 52.

<sup>1135</sup> Para las circunstancias de su nombramiento véase el capítulo de este trabajo dedicado a la Casa de la reina.

<sup>1136</sup> Tras la defección del almirante de Castilla, la princesa escribió: «M. d'Aubigny a veu quelques gentilhommes de ses amis, qui ont beaucoup de crédit parmi le peuple (...)» La misma al mismo. 25 de noviembre de 1702, recogida en L.TR., II, p. 143.

reina. En la primavera de 1702 Vazet fue mantenido en España junto a la soberana en lugar de acompañar a Italia a Felipe V, del que también era barbero. Para entonces sabemos que gozaba del favor de María Luisa<sup>1137</sup>, a cuya intimidad accedía gracias a su oficio palatino.<sup>1138</sup> Favorecido también con la confianza de la camarera mayor, llegó a ejercer de intermediario entre la reina y el duque de Medinaceli. En cuanto al chevalier d'Epennes, se trataba de Toussaint de Vento, hijo del marqués d'Epennes, primer procurador de Provenza, y de una hermana del cardenal Janson. Désos alude a él como uno de los escuderos que acompañaron a Ursinos desde Roma a la península ibérica, pero Cermakian no lo cita entre su séquito.<sup>1139</sup> Teniente de las galeras de Francia y caballero de la orden de Malta, durante el viaje de María Luisa hasta España había comandado las guardias francesas de la reina. A lo largo del trayecto se ganó el favor de la soberana y de la princesa de los Ursinos, vinculada desde su estancia en Roma al cardenal Janson.<sup>1140</sup> En concreto la reina, no sabemos si a instancias de la camarera mayor, intercedió ante Felipe V para que el chevalier tuviera la oportunidad de besar la mano del monarca y permanecer en la corte.<sup>1141</sup> En abril de 1702, D'Epennes se trasladó a Italia como brigadier del rey.<sup>1142</sup> Para entonces disfrutaba ya de una posición consolidada en el entorno de los monarcas, quienes le encomendaron la custodia de su correspondencia personal.<sup>1143</sup> Por las mismas fechas, ejerció también como emisario de los reyes en diferentes ocasiones. En junio de 1702 fue enviado por Felipe V a

<sup>1137</sup> «C'est Vazet, valet de chambre barbier. Il sert Leurs Majestés avec une assiduité surprenante, et il les fait rire plus que toute l'Espagne ne pourroit faire ensemble.» Ursinos a Noailles. Barcelona, 16 de diciembre de 1701, recogida en GEFROY, A. (ed.): *Lettres inédites...*, p. 121.

<sup>1138</sup> «Vazet, á qui son employ donne beaucoup d'accès auprès de la Reine (...)» Ursinos a Torcy. 24 de noviembre de 1702, recogida en L. TR., II, p. 137.

<sup>1139</sup> DÉSOS, C.: *Les français...*, pp. 109 y 123 (infra 194).

<sup>1140</sup> Para Louville, la influencia de Janson en Versailles y sus vínculos con la princesa constituirían los principales motivos para que ésta agraciara a D'Epennes con su protección. LOUVILLE, II, pp. 140-141. Con todo, Saint-Simon añade un matiz romántico a los vínculos entre la camarera mayor y el chevalier de Malta: «Il [D'Epennes] commandé les quarante capitaines d'armes qui escortèrent la reine d'Espagne depuis Marseille jusqu'à la frontière. C'est alors qu'il gagna la confiance, sinon le cœur, de la camarera-mayor (...)», lo que nunca fue demostrado. SSBL, XII, p. 94 (infra 5).

<sup>1141</sup> «La reine, voulant procurer au chevalier des Pennes, dont elle étoit extrêmement contente, une occasion de baiser la main au roi d'Espagne, lui donna, à la Jonquière, une lettre pour porter à S. M. (...). Je croirois faire une injustice, Monsieur, si je ne vous rendois pas témoignage de la bonne conduite de ce gentilhomme. Il s'est attiré l'estime et l'amitié de tout le monde, et je ne crois pas, en vérité, qu'aucun autre eût pu plaire aussi généralement qu'il a fait par sa modestie et par son attention á tout ce qui pouvoit regarder les fonctions de sa charge.» Ursinos a Torcy. Figueras, 4 de noviembre de 1702. AA. EE., CPE., t. 94, fol. 39r., SSBL, IX, pp. 388-389.

<sup>1142</sup> DÉSOS, C.: *Les français...*, p. 274 (infra. 222); también, SSBL, XII, pp. 94-95 (su biografía completa en infra. 5).

<sup>1143</sup> Oportu a la duquesa Ana. Madrid, 6 de julio de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49; el chevalier también se encargó de trasladar hasta Turín algunas misivas de María Luisa a su padre. La reina al duque de Saboya. Madrid, ¿? [ilegible], julio de 1702. *Ibid.*, LPD., Mazzo 26.

Zaragoza con el fin de informar a la reina de su llegada a Italia; se encargó de comandar la guardia que escoltaba hasta la península itálica el subsidio concedido por las Cortes de Aragón y, posteriormente, acudió a Madrid para hacer entrega a la soberana de los estandartes tomados a los imperiales en las batallas de Santa Victoria y Luzzara.<sup>1144</sup> Tras el regreso de Felipe V a la capital, D'Epennes frecuentó el círculo de los reyes y la camarera mayor, que continuaron agraciándole con su confianza.

El último de los personajes dentro de este grupo de franceses al que nos referiremos es Jean Orry, quien como hemos visto asesoró a la reina durante su gobernación. Tras la llegada a Madrid de María Luisa de Saboya y de la princesa, esta última, a petición de Torcy, otorgó su protección al financiero. Fue la princesa, por tanto, quien alentó sus contactos con la soberana.<sup>1145</sup> En el verano de 1702 Orry rindió cuenta a María Luisa de sus proyectos de reforma de la administración española y, según subraya Hanotin, la gobernadora se encargó de plantear ante la Junta algunas de las medidas propuestas por el financiero (por ejemplo las concernientes a la leva de tropas).<sup>1146</sup> Dio inicio entonces una fructífera relación entre la princesa, Orry y la reina (que se revelaría de gran importancia en los años siguientes), de cuya buena marcha desde sus comienzos dan cuenta las cartas que los dos primeros enviaron a Versalles.<sup>1147</sup>

Junto a este conjunto de individuos, los miembros de la corte y el gobierno español que más avanzaron en el favor de la reina por estas fechas fueron el duque de Béjar, el arzobispo Arias y, en menor medida, el conde de Monterrey. Béjar se trataba

---

<sup>1144</sup> Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 8 de julio de 1702. A.N., B<sup>7</sup>226, fol. 24r.; Blécourt a Luis XIV. Madrid, 10 de agosto de 1702. AA. EE., CPE., t. 107, fol. 62v.

<sup>1145</sup> «M. Orry, que vous m'avez recommandé, Monsieur, m'a desja entretenu de ses projets. Je l'aideray dans tout ce que je pourray (...)» Ursinos a Torcy. Madrid, 15 de julio de 1702, recogida en L.TR., II, p. 71. «Je vous remercie, Madame, de l'accueil favorable que M. d'Orry a trouvé auprès de vous (...)» Torcy a Ursinos. Versalles, 23 de julio de 1702, *Ibidem*, p. 72. También, Orry a Torcy. Madrid, 8 de julio de 1702. AA. EE., CPE., t. 105, fols. 78r.-v.

<sup>1146</sup> HANOTIN, G.: *Jean Orry...*, p. 115.

<sup>1147</sup> «Vous nous avez envoyé un homme dont l'esprit me paroît profond, solide, résolu et tel qu'il le faut en ce pays-cy; c'est M. Orry. La Reine en est très satisfaite (...)» También: «M. Orry est propre pour servir le roy en Espagne. On a de la confiance en luy, son habilité est connue et il portera ces gens-cy mieux que personne à faire ce qu'il voudra, parce qu'il connoist leur foiblesses et les sçait prendre par raison (...)» Ursinos a Torcy. Madrid, 6 de septiembre y 25 de octubre de 1702, recogidas en L.TR., II, p. 98 y 108. Por su parte, las cartas de Orry abundan en elogios a la soberana y su acción al frente del gobierno: «(...) Il faut me permettre que je dise qu'il est surprenant de voir une princesse à l'âge de la Reine présider dans cette *junte* avec la prestance que Sa Majesté y tient, et en écoutant et en opinant, personne n'est plus au fait et ne s'y explique plus nettement (...)» Orry a Torcy. Madrid, 22 de septiembre de 1702. AA. EE., CPE., t. 108, fol. 415r. Otros testimonios en HANOTIN, G.: *Jean Orry...*, pp. 114-115.

de uno de los cortesanos que gozaba de mejor fama entre algunos miembros de la familia francesa, como Louville y Montviel, que elogiaron su honestidad y «attachement» a Felipe V. En abril de 1702, el duque acompañó al rey a Italia y, en septiembre de ese mismo año, fue enviado por el monarca a Madrid para informar a la reina de la victoria borbónica en Luzzara, siendo recibido por esta en audiencia en varias ocasiones. Dotado de semejantes credenciales, Béjar profundizó en su fidelidad hacia la nueva dinastía patrocinando la obra de Tomás Genis, *La Real Comedia Adquirir para reynar*, en la que no solo quedaba patente su actividad en los campos de batalla italianos, sino que también ligaba su nombre a una pieza teatral que exaltaba la imagen de la pareja reinante. En el caso de Felipe V, se aludía a su faceta como rey guerrero que defendía sus legítimos derechos al trono frente a las aspiraciones espurias de los Habsburgo; en lo que concernía a María Luisa, se insistía en su labor como gobernadora en ausencia de su esposo. A través de diferentes escenas (correspondientes a las audiencias que la soberana concedía a un pobre, un soldado, etc.), se incidía en el sacrificio efectuado por la reina al hacerse cargo del poder mientras Felipe V se encontraba en el frente, enumerando al mismo tiempo las virtudes que daban cuerpo al ideal de gobernadora por excelencia (responsabilidad, caridad, buen juicio, equidad, justicia...).<sup>1148</sup> Resulta difícil discernir la influencia que *Adquirir para reynar...* pudo tener en el medrar de Béjar en la corte española. No obstante, a mediados de septiembre de 1702 el duque había conseguido ganarse la aprobación tanto de la princesa de los Ursinos, que le consideraba el único Grande que cumplía verdaderamente con su deber<sup>1149</sup>, como de la reina, quien le propuso sin éxito - debido a la oposición de Portocarrero- como capitán de su recién instaurado regimiento.<sup>1150</sup>

En el seno de la Junta, Arias y Monterrey fueron los ministros con los que María Luisa mantuvo una relación más fluida. Frente a la francofobia que (a decir de la princesa) manifestaban Montalto, Villafranca y ocasionalmente Portocarrero en las

---

<sup>1148</sup> *La Real Comedia Adquirir para reynar, triunfos de Felipe Quinto, y glorias de Gabriela, que a las reales, invictas, y Cathólicas Magestades Don Felipe Quinto, y Doña María Luisa Gabriela de Saboya, su dignísima Esposa, dedica, y consagra el Doctor D. Thomas Genis, y ofrece afectuoso por mano del Excmo. Señor Don Juan Manuel Diego López de Zúñiga Sotomayor Mendoza y Guzmán, Duque de Béjar...* S.l., n.i., n.a. B.N.M., R/39629(1). Un análisis de esta comedia como manifestación de la lealtad de España hacia Felipe V, en INURRATEGUI RODRÍGUEZ, I.: "1707: la fidelidad y los derechos", en FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P. (dir.): *Los Borbones...*, pp. 245-302, en concreto, p. 257.

<sup>1149</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 17 de septiembre de 1702, recogida en L.T.R., II, p. 100-101.

<sup>1150</sup> *Ibidem*.



sesiones de este organismo, Monterrey, Mancera y Arias mantenían una actitud menos beligerante hacia la intervención del país vecino en la toma de decisiones. Se desconoce en qué medida evolucionó su vinculación con la soberana en estos momentos, pero esta no dejó de informar al monarca de los buenos servicios que el arzobispo le rendía, así como del buen talante del conde. Solo ellos dos, por ejemplo, habían apoyado a la reina, frente al parecer del resto de los ministros de la Junta, en su negativa a escribir a Felipe V y Luis XIV para que el monarca regresase a Madrid antes de finalizar la campaña italiana:

«(...) vous verès encore l'envie de ces gens icy ont que vous reveniés le plus tot, et même ils vouloient m'obliger a vous en escrire et aussi au Roy de France; mais je leurs repondis que quoique j'y fusse plus intéressé que personne, je ne vouloit point le faire, estant assuré que vous ne voudriés pas laisser imparfait ce que vous avés si bien commencé et avec grande raison. Il n'y eut dans la junte de mon sentiment que le Comte de Monterey et le president don Manuel Arias, qui ne furent point contre votre passage et qui en disent tout autant; je dois rendre justice du dernier; il fait l'on ne peut pas mieux et je ne sçai pourquoi l'on disoit tant de mal de luy (...).»<sup>1151</sup>

En último término, restaría destacar a un grupo de cortesanos y miembros del gobierno español entre los que la camarera mayor desarrolló un incipiente ejercicio de patronazgo tras su llegada a la capital. Aludir a ellos es oportuno debido a que, algunos, pasarían a integrar en un futuro la red de la princesa y gozarían de la protección de la reina. El primero de los individuos a los que nos referiremos es Francisco Ronquillo, corregidor de Madrid. Figura de la gran importancia en la corte española desde el *Motín de los Gatos*, sus lazos con Portocarrero y su creciente proyección política hicieron de él un personaje impopular entre la Grandeza.<sup>1152</sup> Así por ejemplo, una misiva anónima dirigida a Versalles le definía como un hombre que había aprendido en la escuela de Don Juan José de Austria el arte de levantar a los pueblos, hacer odiadas a las reinas (Mariana de Neoburgo), derribar a los ministros (Oropesa) y dotarse de una reputación de justicia cuando lo único que hacía era limpiar las calles y plantar árboles en los paseos.<sup>1153</sup> Pese a esta negativa visión de su persona y

---

<sup>1151</sup> La reina a Felipe V. Madrid, 1 de septiembre de 1702. *Ibid.*, pp. 95-96; también LOUVILLE, I, pp. 323-325.

<sup>1152</sup> Su trayectoria al servicio de la Monarquía Hispánica se encuentra recogida en SALADO SANTOS, J. M.: *Al servicio del rey: la familia Ronquillo Briceño, 1550-1699*. Córdoba, 2009, pp. 61-76; íd.: "Los Ronquillo Briceño: el poder político de una familia en la segunda mitad del siglo XVII", en BERNARDO ARES, J. M. (coord.): *La sucesión de la Monarquía Hispánica...*, pp. 123-137, en concreto, pp. 128-134.

<sup>1153</sup> Misiva dirigida al marqués de Tocó. Sin remitente [ca. 1701]. AA. EE., CPE., t. 91, fol. 143r.

capacidades, Ronquillo se hizo acreedor de la aprobación de Orry y de la princesa. El primero lo definió como un hombre de valía e hizo de él uno de sus colaboradores en Madrid.<sup>1154</sup> En cuanto a la camarera mayor, mantuvo diversas reuniones con el corregidor a lo largo del verano de 1702. El objeto de las mismas fue, de entrada, la seguridad de la reina, que la princesa veía en entredicho en ausencia de Felipe V<sup>1155</sup>; pero también las detenciones de ciertos individuos, tenidos por austracistas, que Ursinos encomendó a Ronquillo en el otoño de ese mismo año.<sup>1156</sup> Tales encuentros confirmarían ante la princesa la buena opinión que Orry tenía del corregidor, al que calificó en una carta dirigida a Versalles como un hombre «*affectionné à la reyne*».<sup>1157</sup>

Los contactos de Ursinos se extendieron también hasta la Grandeza. Tras su llegada a Madrid la princesa se había reducido a informar a Versalles de las actitudes de ciertos Grandes. En general los veía como individuos «*accoustumez à estre les maistres, ils croyent avoir rendu tout ce qu'ils doivent à leur roy quand ils luy ont baisé la main. Leur frayeur est qu'on ne remette les choses un peu plus dans l'ordre. Voilà la véritable cause de leur haine pour la France.*» En particular, la princesa dedicaba las críticas más acerbas a Villafranca o Montalto, a los que definía como los peores súbditos con que contaba el rey de España (debido nuevamente a sus discursos francófilos). En cuanto a Monterrey, se mostraba más sumiso y parecía buscar la protección de Luis XIV.

Otros Grandes, como el almirante y Leganés, eran también objeto de sus informaciones. Ambos eran abiertamente malintencionados, señalaba, pero el primero le merecía una mejor opinión que el segundo –«*personne n'a grande opinion de sa*

---

<sup>1154</sup> DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 201.

<sup>1155</sup> Uno de los aspectos más debatidos tras la instalación de la soberana en Madrid. En agosto de 1702, Ursinos advirtió a Torcy de las escasas defensas existentes en la ciudad y en concreto en el Alcázar: «(...) Tout cela ne me regarde pas, mais je dois penser à la seureté de la reine. S. M. est dans un palais très vaste situé à une des extrémités de la ville. Les dehors n'en sont point gardez, et je crois qu'il n'y a tout au plus que sept ou huit hommes, dont il est bien difficile de répondre, qui dorment dans le dedans, Madrid est tout ouvert, comme vous savez, sans troupes et sans milices. Ainsy, je ne vois rien de plus aisé que de l'enlever la nuit, ou le jour, quand elle sort.» Ursinos a Torcy. Madrid, 30 de agosto de 1702, recogida en L.TR., II, p. 94. Los temores de la princesa respecto a un posible secuestro de la reina se incrementaron semanas después, cuando María Luisa se despertó sobresaltada en medio de la noche después de escuchar ciertos movimientos en los aposentos contiguos a su cámara, que ocupaba el rey. Operti al duque de Saboya. Madrid, 28 de septiembre de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48. Los temores de la princesa en cuanto a la seguridad de la reina, eran compartidos por Orry: «(...) j'ai trouvé que Sa Majesté est exposée à toutes sortes d'insultes et que la Reine pouvait être enlevée à 10 lieues de Madrid avant qu'on en sût rien dans la cour du palais.» Orry a Torcy. Madrid, 23 de septiembre de 1702. AA. EE., CPE., t. 111, fol. 251v.

<sup>1156</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 11 de noviembre de 1702, recogida en L.TR., II, p. 130.

<sup>1157</sup> La misma al mismo. Madrid, 30 de agosto de 1702, *Ibid.*, II, pp. 94-95.

teste»-, del que recomendaba su alejamiento de Madrid. Por su parte el almirante, indicaba, «me ménage beaucoup». A la sazón, Ursinos buscó incitarle a que demostrase su valía al servicio de Felipe V, esto es, procuró llevarle «au bon parti». En el otoño de 1702 le instó a partir a Francia al frente de la embajada que le había sido concedida e incluso parece que llegó a empatizar un tanto con las quejas de Don Juan Tomás respecto a la “persecución” a la que Portocarrero le había sometido: «L’amirante vient de me dire adieu et m’assuré qu’il partoît dans le mesme moment; j’en suis très aise, car je scay que le Roy désiroit, et c’est ce qui m’a obligé à le presser, comme de moy mesme, à aller dans une cour où il trouveroit toutes sortes d’honnestetez et d’agrémens: ses ennemis sont, soit disant, faschez de le voir aller en France (...).»<sup>1158</sup> La traición del almirante de Castilla pareció confirmar el fracaso de Ursinos en su primer ejercicio de mediación entre la Grandeza y Francia. Más tarde, al tiempo que condenaba la conducta del aristócrata, la princesa no dudó en justificar ante Versalles la naturaleza de sus relaciones con el Grande:

«Si l’amirante avoit suivis les conseils que je luy avois donnez et dont M[onsieur] Orry a esté témoin, car il se trouva un jour en tiers, il auroit tasché au lieu de se déshonorer de mériter l’estime de nostre Roy et celle du Roy son maistre. Il aura l’honneur de vous dire, Monsieur, jusqu’où va sa fausseté et l’envie qu’il témoignoit de connoistre par luy mesme le plus grand monarque du monde et le plus honeste homme qui y soit. J’ay la consolation de m’estre toujours deffié de luy, c’est à dire d’estre sur mes gardes, car tout le mal que j’en avois ouy dire m’obligeoit à peser mes paroles. Ce qui est de vray, c’est que sur bien des choses de ce pays cy, il m’a dit la verité quand il m’a parlé sans passion.»<sup>1159</sup>

Los hechos protagonizados por Don Juan Tomás llevaron a la princesa a intensificar su vigilancia sobre la Grandeza. La mayor parte de los Grandes, informaba, se habían mostrado reticentes a condenar públicamente la conducta del almirante, lo que le llevaba a albergar dudas acerca de la lealtad de algunos de ellos: «Leur conduite me jetoit dans des soubçons qui m’engageoient à faire tous les découvertes que je me proposois; cependant ce que j’ay desja appris me confirme davantage dans l’opinion que j’ay qu’ils machinent quelque chose, ou qu’ils appréhendent au moins un chagement considérable dans les affaires de l’Europe.»<sup>1160</sup> En este contexto de desconfianza y sospechas, a lo largo del otoño y el invierno de 1702 Ursinos profundizó en sus vínculos con ciertos exponentes de la Grandeza. A esas alturas, y a pesar de que la

<sup>1158</sup> La misma al mismo. Madrid, 17 de septiembre de 1702, *Ibid.*, II, p. 100.

<sup>1159</sup> La misma al mismo. Madrid, s. d., octubre de 1702, *Ibid.*, II, p. 103.

<sup>1160</sup> La misma al mismo. Madrid, 29 de noviembre de 1702, *Ibid.*, II, pp. 144.

princesa había aparentado mantenerse alejada de la esfera política, la potencialidad de la posición que ocupaba en el entorno de la reina, así como su consideración ante la corte de Versalles, no escapaban a algunos Grandes, que buscaban cultivar su favor. En concreto, la princesa privilegió sus tratos con los duques de Veraguas y Medinaceli. Se trataba de una relación interesada por ambas partes. Veraguas y Medinaceli ambicionaban medrar en el gobierno tras el regreso de Felipe V a Madrid gracias a la mediación de la princesa. A su vez, esta pretendía servirse de ellos con un doble objetivo: por un lado, reforzar la adhesión de los cortesanos españoles a la Casa de Borbón; por el otro, valerse de ambos con el fin de conocer el posicionamiento hacia la nueva dinastía de ciertos Grandes de cuya fidelidad se albergaban algunas sospechas. Las misivas que Ursinos envió a Torcy revelan sus intenciones sobre este punto: «En un mot, Monsieur, tous les Grands de la première volée cabalent et ne pensent à rien moins qu'au bien de l'estat. Il faut tascher de les gagner par des belles paroles et mesme par des employs, où ils ne puissent pas nuire, s'ils ont de mauvaises intentions (...).» «Il me semble que ces sortes de gens sont plus aisez á gagner que les autres, ayant ordinairement pour principe -escribió sobre Veraguas- de suivre aveuglément le parti qui peut prendre leur fortune meilleure.»

En lo que se refiere a Veraguas el éxito de la princesa fue absoluto. Don Manuel Colón de Portugal y Sandoval, VII duque de Veraguas, caballero del orden de Santiago, ascendió en su *cursus honorum* merced a la protección de Don Juan José de Austria, a quien debió su nombramiento como capitán general de Galicia y general de las galeras españolas. Virrey de Valencia y Sicilia, consejero de Estado en 1699, regresó de Palermo en 1701.<sup>1161</sup> Instalado de nuevo en Madrid, Veraguas se aproximó en un principio a Blécourt, ante el que defendió la activa intervención de Luis XIV en el gobierno español.<sup>1162</sup> Tras hacer manifiesta su francofilia frente al *charge d'affaires* francés, el duque acudió frecuentemente a hacer la corte a la reina, «qui le receu fort bien», escribió la camarera mayor.<sup>1163</sup> No obstante, fue su vinculación a Medinaceli la que le permitió establecer una relación más estrecha con la princesa. A lo largo del invierno de 1702, Veraguas continuó avanzando en la gracia de la camarera mayor, de la que se convirtió en informador de todo cuanto acontecía en la corte madrileña y, más

---

<sup>1161</sup> BARRIOS, F.: *El Consejo...*, pp. 404-405; PEÑA IZQUIERDO, A. R.: *De Austrias a Borbones...*, p. 48.

<sup>1162</sup> Blécourt a Torcy. Madrid, 7 de enero de 1702. AA. EE., CPE., t. 102, fol. 41v.-42r.

<sup>1163</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 25 de octubre de 1702. *Ibid.*, II, p. 110.

concretamente, de los discursos que mantenían algunos Grandes durante sus reuniones privadas; esta última labor le valió el reconocimiento de la princesa ante la corte de Versalles.<sup>1164</sup> En sentido contrario debemos interpretar la actuación del propio Medinaceli. Don Luis Francisco de la Cerda y Aragón, cabeza de las Casas de Medinaceli, Segorbe y Cardona, condestable de Aragón y caballero del Orden de Santiago, contaba con un largo historial de servicio a la corona. Capitán general de las costas y galeras de Andalucía y Nápoles, embajador en Roma, fue designado consejero de Estado en 1699 y ostentó entre 1695 y 1702 el virreinato de Nápoles.<sup>1165</sup> Contrario en un principio a la sucesión borbónica, que entendía derivaría en la sumisión de la Monarquía Hispánica a Francia, su posicionamiento varió un tanto tras el ascenso al trono de Felipe V.<sup>1166</sup> Sustituido en el virreinato partenopeo por el duque de Escalona<sup>1167</sup>, viajó a Cataluña por orden de la reina con el fin de apoyar al conde de Palma en previsión de una hipotética ofensiva aliada en el Principado.<sup>1168</sup> Sin embargo, el asedio de los ingleses a Cádiz en el verano de 1702, movió a María Luisa a llamarle a Madrid, donde había de incorporarse a la Junta de Gobernación.<sup>1169</sup> Una vez en la capital española, a la que arribó el 3 de octubre de 1702, fue recibido por la soberana y

---

<sup>1164</sup> «Je vous marquois dans ma dernière que je pourrois vous apprendre ce qui passe par la teste de la plupart des grands d’Espagne, et que leur conduite me jetoit dans des soubçons qui m’engageoient à faire tous mes découvertes que je me proposois (...). Le Duc de Veraguas est celui, Monsieur, qui m’a donné presque tous les advis que j’ay eu l’honneur de vous communiquer par mes dernoères lettres. Dès que j’arrivay icy, il me témoigna vouloir s’attacher absolument au parti françois; il me pria de luy rendre de bons offices, et sa conduite, jusqu’à present, me fait croire qu’il veut se livrer de bonne foy. Je luy ay parlé avec liberté de ce qu’on luy reprochoit dans le temps qu’il estoit en Sicile. Il m’a adveoué en galant homme qu’il y a vescu comme faisoient, dans le règne passé, tous les ministres qui tenoient leur employ de la reine douairière; mais il m’a fort assuré en mesme temps qu, cnnoissant combien le gouvernement présent est différent de l’autre, personne n’exécutoit avec plus de fidelité et de zèle que liy les ordres des deux roys, si on lui faisoit la grâce de l’employer (...).» La misma al mismo. Madrid, 29 de noviembre y 14 de diciembre de 1702. *Ibid.*, II, pp. 144 y 148-149.

<sup>1165</sup> BARRIOS, F.: *El Consejo...*, p. 404.

<sup>1166</sup> “No nos hagamos esclavos voluntarios de la Francia...”, escribió en una carta del 11 de julio de 1700, cit. en BERNARDO ARES, J. M.: “Embajadores influyentes y nobles enfrentados. Las claves sociológicas del problema sucesorio hispánico”, en GUIMERÁ GRAVINA, A. y PERALTA RUIZ, V. (eds.): *Actas de la VIII Reunión Científica de la FEHM: El equilibrio de los Imperios: de Utrecht y Trafalgar*. Madrid, 2005, pp. 67-84, en concreto, p. 77.

<sup>1167</sup> Torcy a Marcin. 27 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 302v.-303r.

<sup>1168</sup> «Je me suis donné l’honneur de vous mander, Monsieur, que la Reine avoit jugé à propos d’ordonner au duc de Medinaceli de demeurer à Barcelonne, pour aider M. le comte de Palme, au cas que l’armée angloise vouldust faire une cescente en Catalogne, comme on le craignoit alors. Ce duc a obey à S. M. en bon et zélé sujet, quoy qu’il pust ne luy estre pas trop agréable d’estre en second sous ce vice roy (...). Nous avons grand besoin de ministres qui ayent une bonne teste et une bonne volonté (...).» Ursinos a Torcy. Madrid, 17 de septiembre de 1702, recogida en L.T.R., II, pp. 99.

<sup>1169</sup> El traslado de Medinaceli a Madrid había sido aconsejado por Orry, quien pensó en él con el fin de paralizar las iniciativas del marqués de Villafranca en el seno de la Junta; concretamente la propuesta del marqués de designar al almirante de Castilla como vicario general de Andalucía. Orry a Torcy. Madrid, 31 de agosto de 1702. AA. EE., CPE., t. 107, fols. 300r.-v.

la princesa<sup>1170</sup>, que informó a Versalles de su voluntad por servir fielmente a los reyes, así como de la parcialidad que parecía mostrar hacia Francia:

«M[onsieur] le duc de Medinaceli arriva hyer au soir après avoir fait une longue journée et avoir essuyé les complimens de plusieurs grands qui allèrent au devant de luy; il ne laissa pas de me faire l'honneur de me venir voir; il eut celluy de baiser la main à la Reine qui le receut avec une manière très gracieuse et dont il me parust fort content. Nous eusmes une longue conversation ensemble dans laquelle il est imposible de me parler mieux qu'il le fist sur l'attachement sincère qu'il a et voudroit avoir pour le Roy et la Reine jusqu'au dernier moment de sa vie; sur l'indignation qu'il avoit pour l'amirante son beau-frère, et aussy sur la nécessité que la monarchie a d'estre dans une liaison estroite avec la France. Il parle avec l'admiration qu'il soit de nostre Roy, se loûte infiniment de ses bontez, est enchanté de tout ce qu'il a veû en France<sup>1171</sup>, et il n'y a pas jusqu'à vous, Monsieur, à qui il ne donne des louanges qu'il m'assure que vous meritez (...).»<sup>1172</sup>

En las semanas siguientes, el duque persistió en su interés por ganarse la confianza de la camarera mayor, cuya autoridad reconocía abiertamente y de cuya mediación ante la corte francesa procuró valerse: «Ce duc me dist qu'il vouloit me communiquer tout ce qu'il croiroit estre du service des rois et que je feusse sa caution (...).»<sup>1173</sup> El éxito de esta estrategia fue innegable en un primer momento: «Il me témoigne une grande confiance et beaucoup d'envie de bien servir son maistre. Il a plus d'esprit que les autres et beaucoup mieux cultivé. Je luy connois peu d'amis au contraire, il est ennemi ou il l'a esté de tous ceux presque qui font quelque figure.»<sup>1174</sup> En los albores del otoño de 1702, Medinaceli fue uno de los consejeros más destacados, sino el principal, con que la princesa contó en el seno de la Grandeza. Así, no solo ejerció de mediador entre Ursinos y algunos cortesanos de cuya fidelidad se desconfiaba tras los hechos protagonizados por el almirante –el duque del Infantado o el condestable por ejemplo–; también se convirtió en uno de los más firmes apoyos a las iniciativas que María Luisa –de concierto con la princesa y Orry– proponía en la Junta

---

<sup>1170</sup> “e fù a smontare à drittura à Palazzo ad inchinar la Regina à cui fecce le maggiori proteste di veneratione e di fedeltà che potessero esprimersi dal più fino vassallo, havendolo S. M. ascolto con dimostrazioni di benignità e di stimatione”. Operti a Saint-Thomas. Madrid, 5 de octubre de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1171</sup> Durante su viaje desde Nápoles hasta España el duque se detuvo en Versalles, donde fue recibido en audiencia por Luis XIV y mantuvo frecuentes reuniones con Torcy. SSBL, X, p. 230; DANGEAU, *Journal...*, VIII, entradas correspondientes a los días 24 de junio, 7 y 18 de julio de 1702, pp. 441, 450 y 457 respectivamente.

<sup>1172</sup> La misma al mismo. Madrid, 4 de octubre de 1702, recogida en L. TR., II, p. 104.

<sup>1173</sup> *Ibidem*.

<sup>1174</sup> La misma al mismo. Madrid, 25 de octubre de 1702. *Ibidem*, II, p. 110.

(como la respuesta española al ataque aliado a Vigo).<sup>1175</sup> Consciente de la creciente influencia de la camarera mayor, el duque comenzó a dejar entrever sus ambiciones políticas. Poco satisfecho con su nominación como presidente interino del Consejo de Indias, manifestó su preferencia por otros puestos que consideraba de mayor consideración: «je vois bien qu'il souhaite passionnement d'estre dans le *Despacho*. Les bons sujets, comme vous dites, Monsieur, sont si rares, que je ne sçais s'il ne seroit plus propre qu'un autre à remplir cette place (...).»<sup>1176</sup>

Empero, la estrecha relación entre Medinaceli y Ursinos empezó a resquebrajarse a comienzos de noviembre de ese mismo año. Como quiera que Francia mostró una cierta cautela ante la propuesta de la camarera mayor de incluirle en el Despacho, Medinaceli cambió radicalmente de estrategia. No solo cesó en sus visitas a la princesa y estrechó su relación con algunos Grandes tenidos a la sazón por francófilos, como Montalto; también dejó de frecuentar la Junta -y cuando lo hizo retiró su apoyo a la gobernadora en asuntos de máxima importancia como la condena al almirante o la resolución del ataque aliado a Vigo-, y buscó aproximarse a la reina al margen de la camarera mayor merced a la intercesión de Vazet.<sup>1177</sup> En un principio la princesa reconoció desconocer los motivos del viraje producido en la actitud de Medinaceli. Sin embargo, no tardó en informar a Torcy de sus sospechas: «Le but de cet homme-là est seurement d'estre favori, et je soupçonne mesme qu'il a envie de faire le galant de la Reine. Il est assez vain et assez fat pour cela (...).» Si hasta el momento había defendido la reputación y fidelidad del duque ante Versalles, en adelante Ursinos pondría en duda su compromiso con la causa borbónica: «(...) il n'a pas d'engagement avec l'Amirante; mais je ne respondrais pas, présentement que je le connois mieux,

---

<sup>1175</sup> La misma al mismo. Madrid, 3 de noviembre de 1702, recogida en L.T.R., II, p. 125.

<sup>1176</sup> La misma al mismo. Madrid, 25 de octubre de 1702. *Ibid.*, II, p. 110.

<sup>1177</sup> «Il a mesme voulu séduire un François, nommé Vazet, á qui son employ donne beaucoup d'accès auprès de la Reine; je ne sçais pas encore à quel dessein. Il envoya chez lui son agent, il y a quelques jours, pour le prier de venir luy parler. Vazet liy dit qu'un homme comme luy ne pouvoit pas aller dans la maison d'un si gran seigneur, sans m'en demander la permission. L'agent le pria instamment de ne m'en point parler, et luy dit qu'il sçauoit de son maistre s'il souhoitoit que je le sceusse. J'aurois voulu que Vazet y eust esté ; mais d'un autre costé, je ne puis que louer sa fidelité. Je luy ay dit de tascher de renouer cette partie, et je vous informeray, Monsieur, des suites que cela aura. Vous serez estonné de tout cecy, mais comme ces genes sont incompréhensibles, il m'arrivera souvent sans doute de me dédire, si je prends sur moy de vous escrire du bien de quelques-uns, surtout voulant toujours vous dire la vérité (...).» La misma a Torcy. Madrid, 24 y 25 de noviembre de 1702. *Ibid.*, II, p. 117.

qu'il n'en prist point si son projet [de convertirse en favorito de los reyes] ne luy réussissoit pas.»<sup>1178</sup>

La desconfianza de la princesa truncaría los planes de Medinaceli, que pasaban por emplear la mediación de la reina en aras de sus aspiraciones en el gobierno que Felipe V establecería a su regreso de Italia. Con el fin de discernir la verdadera amplitud de sus propósitos la camarera mayor alentó las reuniones entre el agente del duque -cuyo nombre no consta en la documentación- y Vazet. Gracias a ellas Ursinos y la soberana -informada de todo por el ayuda de la furriera- conocieron que los planes de Medinaceli estribaban en destituir a la princesa y lograr la intercesión de María Luisa, cuyo favor trató también de cultivar a través de Vazet, para la ejecución de una serie de disposiciones que afectaban a la composición de la administración y las Casas reales. Medidas todas ellas que habían de ejecutarse sin la anuencia de Versalles. A saber, la designación de Medinaceli como caballerizo mayor del rey y miembro del Despacho o la del duque de Montalto en calidad de presidente del Consejo de Castilla. Ambos nombramientos, precederían al alejamiento del entorno real de personajes como el conde de Monterrey, el de Santisteban, el duque de Medinasidonia o el arzobispo Arias, entre otros.

La princesa no pareció alarmarse en exceso al conocer los designios de Medinaceli. Sin embargo, los contactos de este con Vazet minimizaron la trascendencia de su incipiente vinculación con la camarera mayor. En adelante, y de manera pragmática, Ursinos fingiría una cierta cordialidad en sus tratos con Medinaceli: «Malgré tout cela, je vis avec luy comme si je le croyois le meilleur sujet du Roy Cath[olique] (...).»<sup>1179</sup> Pero le retiraría su confianza y protección, obstaculizando en la medida que pudo sus ambiciones en el plano político: «Il faut Monsieur, le charger d'affaires qui ne soyent pas, s'il se peut, les plus importantes de l'Estat. Il n'y a que ce moyen d'occuper sa grande vivacité (...). Il est plein de passion. Trompé par les exemples arrivez sous le règne passé, il s'imagine pouvoir parvenir à force de cabales et d'artifices à estre favori du Roy Cath[olique].»<sup>1180</sup>

Al informar a Versalles de las intrigas de Medinaceli Ursinos volvía a poner de relieve el importante papel que jugaba en el entorno de la reina. Gracias a su posición

---

<sup>1178</sup> *Ibidem*. O bien: «Medinaceli (...) devient très suspect. Ses intentions se déclarent tous les jours plus mauvaises (...)» La misma al mismo. Madrid, 29 de noviembre de 1702. *Ibid.*, II, p. 145.

<sup>1179</sup> La misma al mismo. Madrid, 14 de diciembre de 1702, recogida en L.T.R., II, p. 152.

<sup>1180</sup> *Ibidem*, pp. 150-151.



como camarera mayor y a la confianza de María Luisa de Saboya en sus consejos, la princesa había evitado que el duque instrumentalizara a la soberana en aras de la satisfacción de sus ambiciones políticas. Con sus misivas, la princesa explicitaba la potencialidad que los Grandes adjudicaban a la reina en el devenir de sus carreras; Grandes que, como Medinaceli, no dudarían en instarla a intervenir en el reparto de mercedes y la toma de decisiones. De la misma manera, el episodio protagonizado por el duque, del que María Luisa había estado informada en todo momento por Vazet y la camarera, revela que a la sazón la reina parecía compartir plenamente las ideas de la princesa y Versailles respecto a cuál había de ser su papel en la corte española, además de los criterios en los que habría de asentarse su relación con la Grandeza: cortesía en los tratos sin mayores implicaciones.

La proximidad del regreso del rey a la corte propició que algunos Grandes variaran la actitud que habían evidenciado hasta la fecha. No es que pasaran a condenar abiertamente la conducta del almirante, pero parece que momentáneamente cesaron sus reuniones clandestinas, como las que se celebraban en las residencias de algunos de ellos, la última de las cuales estaba prevista en casa del duque del Infantado. Tal encuentro, del que Ursinos había sido informada por Veraguas, a la postre no tuvo lugar debido a la “repentina” enfermedad del duque de Medinaceli, que habría de asistir al mismo junto a Frigiliana, Montalto o el condestable.<sup>1181</sup> La camarera mayor no se engañaba respecto a las causas que habían propiciado el viraje operado en el comportamiento de ciertos Grandes: «Messieurs les Grands sont encore plus inquiets sur la forme qu'on donnera au gouvernement; mais je les trouve abattues et moins hardis (...)» En esta coyuntura, la propia potencialidad que los Grandes adjudicaban a la princesa salió también a relucir: «L'occasion des festes de Noël les a (...) fait venir chez moy. Le connestable et les ducs d'Albe, d'Arcos et de l'Infantado m'on prié de leur permettre de me voir souvent. Il m'est revenu que le dernier veut fort estre de mes amis; je l'ay veu encore ce matin. Le duc d'Albe est un très honneste homme, d'une humeur retirée, mais qui parle comme doit faire un bon sujet (...)» No obstante, era en Frigiliana en quien Ursinos centraba sus informaciones y al que recomendaba ante Versailles:

---

<sup>1181</sup> «(...) dimanche prochain le duc de l'Infantado donnera un grand repas chez luy à plusieurs grands d'Espagne. Les ducs de Medina-Celi et Montalto le connestable et le comte d'Aguilar en seront. Mon donneur d'avis prétend que cette assemblée doit estre suspecte, et je suis de son sentiment. Peut-estre seray-je informée de ce qui s'y passera (...)» Ursinos a Torcy. Madrid, 29 de noviembre de 1702, recogida en L. TR., II, p. 146.

«Le comte d'Aguilar [recuérdese que Frigiliana era conde consorte de Aguilar], depuis que je suis icy, m'a toujours témoigne beaucoup d'attachement. Il sçait davantage que les autres, et quoyque vous n'ayez peut-estre pas toujours eu lieu d'estre content de luy, je crois qu'il serviroit bien son maistre, si on l'employoit. Je luy ay demandé son advis par escrit sur ce que le Roy Cath[olique] devoit faire pour restablir sa monarchie, il me l'a promis (...).»<sup>1182</sup>

Frigiliana sería el último de los Grandes con los que la princesa establecería un contacto más estrecho en el marco de la Gobernación. Mirado con sospecha por Blécourt<sup>1183</sup>, se haría acreedor de la protección de la camarera mayor en las últimas semanas de diciembre de 1702, pero sobre todo tras el regreso del rey a Madrid. Como Veraguas, Frigiliana sería uno de los hombres de confianza de Ursinos que, junto a la soberana, protegería también la carrera de su hijo, el conde de Aguilar, cuyas acciones en el frente italiano le habían valido los elogios del duque de Saboya y el embajador francés en Turín, Phélypeaux.<sup>1184</sup>

### **Continuidad y ruptura: la imagen pública de la reina durante la gobernación**

María Luisa de Saboya llegó a Madrid el 30 de junio de 1702. Al contrario de las soberanas que le habían precedido, la nueva reina no contó con una entrada triunfal en la capital. Antes incluso de su matrimonio con Felipe V, algunos de los franceses del *entourage* del monarca habían abogado por la anulación de dicha ceremonia, que consideraban “un gasto inútil” que no contribuiría sino a gravar al pueblo madrileño con nuevos impuestos.<sup>1185</sup> Ciertamente la entrada triunfal de las reinas españolas en Madrid, aunque cargada de un notable simbolismo<sup>1186</sup>, acarreaba un importante desembolso al Concejo de la Villa del que la ciudad podía tardar años en recuperarse. Por ejemplo en 1689 la penuria económica de las arcas locales había obligado al Concejo a reducir la magnificencia, y con ella los gastos, de la entrada de Mariana de

---

<sup>1182</sup> La misma al mismo. Madrid, 30 de diciembre de 1702, *Ibid.*, II, p. 159.

<sup>1183</sup> Que le tenía por austracista e informó a Versalles de la asistencia de Frigiliana a las reuniones clandestinas que se celebraban en la residencia del enviado holandés en Madrid, Schoenberg. Blécourt a Luis XIV. Madrid, 23 de febrero de 1702. AA. EE., CPE., t. 102, fol. 500r.

<sup>1184</sup> Operti al duque. Madrid, 8 de marzo de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48; Phélypeau a Luis XIV. Turín, 20 de diciembre de 1701. AA. EE., CPS., t. 108, fols. 317v.-318r.

<sup>1185</sup> Montviel a Torcy. Madrid, 4 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 130r.; Torcy a Portocarrero. Versalles, 21 de agosto de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 92, fol. 98v.

<sup>1186</sup> No vamos a detenernos en este aspecto, para el que remitimos a la obra de RÍO BARREDO, M. J.: *Madrid, Urbs Regia...*, pp. 55-92.

Neoburgo.<sup>1187</sup> En 1702, apenas un año después de la proclamación del rey, se optó por medidas más drásticas como fue la cancelación de dicha efeméride. Desde estas perspectivas, la nueva dinastía capitalizaba *a priori* el prestigio de la corona a través ceremonias exclusivamente vinculadas al soberano. Aquellas ligadas a su consorte, en tanto que figura secundaria en la institución monárquica, eran susceptibles de posponerse y hasta suprimirse.

Ahora bien, lo expuesto hasta el momento no implica que la reina arribara a Madrid de incógnito. De hecho, ello hubiera contravenido la lógica que caracterizaba la llegada de una nueva soberana a la capital de sus Estados, que exigía que esta fuera presentada a sus súbditos a través de diferentes festejos públicos. Por tanto, en lo que a la primera esposa de Felipe V se refiere se excusaron grandes dispendios, pero no se ahorró en otras ceremonias que buscaban “hacer manifiesta” a la nueva reina en su nueva corte. Como en el caso de otras consortes, María Luisa recorrió las calles de Madrid<sup>1188</sup> en la carroza de gala realizada con motivo de su matrimonio.<sup>1189</sup> Si bien el trayecto careció de los arcos triunfales y otros ornatos efímeros habituales en este tipo de festejos, los balcones de las casas, palacios e iglesias de la capital se adornaron con ricos tapices y colgaduras. Asimismo, tanto en la Plaza del Alcázar como en la Plaza Mayor hubo luminarias durante tres días e igualmente se dispuso la quema de un gran castillo de fuegos artificiales.<sup>1190</sup>

Acabado su trayecto por las calles de la capital, María Luisa fue recibida a las puertas del Alcázar por el cardenal Portocarrero y el marqués de Villafranca. Ambos la escoltaron hasta un salón donde, acto seguido, tuvo lugar un besamanos en el que la

---

<sup>1187</sup> ZAPATA, T.: “La entrada de la reina Mariana de Neoburgo en Madrid (1690). Una decoración efímera de Palomino y Ruíz de la Iglesia”, en *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte. Universidad Autónoma de Madrid*. Vols. IX-X (1997-1998), pp. 257-275.

<sup>1188</sup> Como medida de seguridad el gobierno español dispuso la colocación de vallas que habían de impedir que el pueblo se acercara en exceso a las diferentes puertas que el cortejo de la soberana debía atravesar: “[a fin que] no se experimenten por su estrechez y gran concurso, las desgracias que en los [actos] de esta calidad deben recelarse, moviendo el piadoso ánimo de S. M. à esta prevención el haver oído las que se experimentaron el año pasado a la entrada de la Puerta de Alcalá [se refiere a un incidente que costó la vida a un buen número de personas durante la entrada triunfal de Felipe V en Madrid]”. Princesa de los Ursinos al marqués de Villafranca. 6 junio de 1702. A.G.P., Histórica, Caja 48, exp. 6.

<sup>1189</sup> Para una relación en verso de la entrada de María Luisa en la capital véase *Relación verdadera de la entrada que hizo en esta Corte la Reyna Nuestra Señora Doña María Luisa Gabriela el día 30 de junio deste presente año de 1702. Dase quenta del Adorno de las calles, Luzes, y Fuegos, de las dos siguientes noches, ida à dar gracias à Nuestra Señora de Atocha. Con todo lo demás que verán en esta relación*. B.N.M., R/39629 (34); también, *Recueil des Nouvelles ordinaires et extraordinaires, relations et récits des choses avenues tant en ce Royaume que d'ailleurs, pendant l'année mil sept cent quatorze*. Paris, MDCCIII, p. 311.

<sup>1190</sup> A decir de Ubilla, fueron estas las únicas diversiones que la reina autorizó en ausencia de su esposo, ordenando la cancelación de comedias y fiestas de toros. UBILLA Y MEDINA, Libro IV, p. 551.

soberana fue presentada de forma oficial a los Grandes y Títulos junto a sus respectivas esposas. Terminada esta ceremonia, y después de reposar brevemente en sus aposentos, la reina se dejó ver en el balcón del Alcázar en compañía del cardenal y el mayordomo mayor del rey, junto a quienes presenciaron los fuegos artificiales dispuestos en su honor. Al día siguiente, según mandaba la tradición, acudió a Nuestra Señora de Atocha en acción de gracias por su feliz llegada.<sup>1191</sup> De regreso a palacio, salió de nuevo a los balcones del Alcázar, esta vez en solitario, donde recibió las aclamaciones del pueblo congregado en su plaza.<sup>1192</sup>

Finalizadas estas ceremonias de recepción, las siguientes semanas de María Luisa de Saboya en Madrid estuvieron caracterizadas, como apunta López-Cordón, por el desarrollo de un “riguroso programa de comparecencias públicas” que tuvieron un carácter más informal.<sup>1193</sup> Tales “comparecencias” pretendían alentar la visibilidad de la nueva reina ante los súbditos de la capital y, en la práctica, no hacían sino reproducir el *modus operandi* desarrollado tras la entronización de Felipe V. Al igual que el monarca había recorrido las calles de la ciudad a caballo durante las semanas que sucedieron a su llegada, la reina también se dejaría ver frecuentemente en público. Según puede constatar en la *Gaceta*, durante el verano de 1702 María Luisa de Saboya se dedicó a menudo a pasear por las riberas del Manzanares.<sup>1194</sup> Asimismo,

---

<sup>1191</sup> RÍO BARREDO, M. J.: “Espacio urbano y propaganda política: las ceremonias públicas de la monarquía y Nuestra Señora de Atocha”, en PINTO CRESPO, V. y MADRAZO MADRAZO, S. (coords.): *Madrid en la época moderna. Espacio, sociedad y cultura: coloquio celebrado los días 14 y 15 de diciembre de 1989*. Madrid, 1991, pp. 219-264.

<sup>1192</sup> Junto a la relación citada más arriba, la llegada de la reina a Madrid es relatada de manera pormenorizada en las siguientes fuentes. Operti a la duquesa Ana. Madrid, 6 de julio de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 49; Giulio Pucci a su gobierno. Madrid, 6 de julio de 1702. A.S.F., MdP., Filza 4991; Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 8 de julio de 1702. A.N., B7226, fols. 23v.-24r. El comisario de la marina francesa en Madrid señala asimismo que se representó una comedia en honor a la soberana, acto que el resto de las fuentes no recoge: «Le lendemain il y eut comédie au palais (...)», fol. 24r. También, *Noticias individuales de los sucesos más particulares tanto de Estado como de Guerra acontecidos en el Reynado del Rey Nro. Sr. Dn. Phelipe V (que Dios guarde) desde el año 1703 hasta el de 1706. Escritas en cuatro cartas por un Religioso a un Señor de alto carácter*. AA. EE., M/D, t. 8, fols. 25v.-26v.

<sup>1193</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “La instauración de una dinastía: propaganda, poder y familia en época de los primeros Borbones”, en *La Real Biblioteca Pública, 1711-1760. De Felipe V a Fernando VI*. Cat. Exp. Madrid, 2004, pp. 17-32.

<sup>1194</sup> TORRIONE, M. (ed.): *Crónica festiva...*, pp. 48-49; también, *Recueil des Nouvelles ordinaires et extraordinaires, relations et récits des choses venues tant en ce Royaume que d'ailleurs, pendant l'année mil sept cent quatorze*. Paris, MDCCIII, pp. 311-312; 388-389 y 401. María Luisa de Saboya siempre mostró una mayor predilección por los Paseos a orillas del Manzanares que por los recorridos en carroza por la ciudad. Como ella misma reconocía, estos últimos le suponían una gran incomodidad a causa de los olores y el polvo existentes en las calles de Madrid. La reina de España a Madame Royale. Madrid, 5 de julio y 14 de septiembre de 1702, recogidas en DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, pp. 131 y 140 respectivamente.

visitó las villas que algunos Grandes poseían a las afueras de la capital. En concreto, sabemos que concurrió junto a sus damas a los “jardines” del marqués de Castel-Rodrigo, los duques de Monteleón y Medinaceli y el almirante de Castilla.<sup>1195</sup> Por último, en conformidad con las prácticas devocionales desarrolladas por sus antecesoras Habsburgo, la soberana frecuentó por las mismas fechas las principales fundaciones religiosas de la capital: Santa Isabel, las Descalzas Reales, la Encarnación...<sup>1196</sup>, a las que a veces acudía también a cenar no sin cierto desagradado.<sup>1197</sup>

Empero, más interesantes que estos actos en sí mismos son las actitudes y gestos desplegados por la soberana durante el desarrollo de algunos de ellos. Tales comportamientos, que tenían lugar bien durante sus salidas públicas, bien en los salones del Alcázar aunque rápidamente trascendían los muros de palacio, se correspondían no solo con los valores que conformaban el ideal de consorte durante el Antiguo Régimen, sino también con los criterios sobre los que Versalles aspiraba a configurar la imagen pública de la esposa de Felipe V. El primero de los aspectos sobre el que nos gustaría detenernos sería el interés de la reina por mostrarse amable, cercana y accesible a sus nuevos súbditos. A este tenor, conocemos varios episodios consignados por los embajadores saboyano y florentino en sus respectivas correspondencias. Así por ejemplo, cuando a su llegada a Madrid María Luisa de Saboya fue presentada a los Grandes y Títulos de la corte, escribió Operti, dedicó a cada uno de ellos unas pocas palabras, indicando a Portocarrero, que hacía las veces de introductor, que no era necesaria presentación al encontrarse con algún cortesano que había conocido en Barcelona. Aunque pueda parecer poco relevante vista retrospectivamente, la actitud de la reina emocionó a algunos de los presentes, como el duque de Sessa, quien la elogió ante el enviado saboyano con lágrimas en los ojos.<sup>1198</sup> Tales muestras de cortesía no eran exclusivas de los cortesanos, sino que se extendían también a las damas a quienes María Luisa recibía en audiencia pública, a las que

---

<sup>1195</sup> La propia reina narraría su visita a La Florida, la villa del marqués de Castel-Rodrigo. La reina de España a Madame Royale. Madrid, 17 de agosto de 1702, recogida en DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, pp. 117-118. También, *Recueil des Nouvelles ordinaires et extraordinaires...*, pp. 388, 401 y 457.

<sup>1196</sup> Estas visitas aparecen citadas en TORRIONE, M. (ed.): *Crónica festiva...*, pp. 48-49; *Recueil des Nouvelles ordinaires et extraordinaires...*, pp. 311-312 y 388-389.

<sup>1197</sup> Como constatan algunas de sus cartas a su abuela. La reina a Madame Royale. Madrid, 1 de diciembre de 1702, recogida en DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, p. 149.

<sup>1198</sup> Operti a la duquesa Ana. Madrid, 6 de julio de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

acogía “come amica” e “senza partialità”<sup>1199</sup> y a quienes no dejaba marchar, a despecho de sus dificultades para expresarse en castellano, sin haberles dedicado unas palabras: “con discretissima attentione non lascia partir nissuna senza parlarli e dirle qualche cosa d’obligante à segno che se le rende più schiave mostrandose partiale et affettuosa alla Nazione, non solo in parole mà in tutto quello ch’ella puede favorirla”.<sup>1200</sup> Además de ponderar la efectividad de estos gestos en términos de popularidad, el embajador toscano aludió a la diferencia que establecían entre la nueva reina y sus antecesoras:

“Il contento provato per la venuta della Regina va sempre più aumentadosi a misure che le congiunture fanno discoprire le buone doti dell’animo di S. M. -escribió-, di cui per bocca di tutti si sente parlarne con piena soddisfazione corrispondendo all’aspettativa già concepita d’uno spirito assai svegliato, e d’un tratto pieno di cortesía, a segno che forse alli Spagnoli può parere eccessiva, *no essendovi esempio che altre Regine abbiano parlato ad altri dalla sua carrozza in passeggio pubblico*, come sentesi che in pasando facesse la M. S. al Rio con Monsignor Nunzio (...).”<sup>1201</sup>

Las salidas públicas en las que tomaba parte constituían ocasiones en las que la reina no solo encontraba solaz, sino en las que también podía reafirmar su imagen como una mujer generosa y desinteresada. Por ejemplo, durante las visitas que realizaba a los jardines que los Grandes poseían a las afueras de la capital, se negaba a ser agasajada con colaciones, meriendas y presentes costosos<sup>1202</sup>; y otro tanto hacía cuando concurría a los conventos madrileños, donde solo aceptaba las reliquias que las monjas le ofrecían si estas no estaban ornamentadas con metales preciosos. Pucci, el enviado florentino, que remitía a su gobierno estas informaciones, se hacía eco a su vez de los rumores que acompañaban tales gestos, tan significativos como su desarrollo en

---

<sup>1199</sup> El mismo a la misma. Madrid, 24 de agosto de 1702. *Ibidem*.

<sup>1200</sup> El mismo a la misma. Madrid, 7 de diciembre de 1702. *Ibid*.

<sup>1201</sup> Giulio Pucci, embajador florentino, a su gobierno. Madrid, 20 de julio de 1702. A.S.F., MdP, Filza 4991, cit. por RODOLICO, N.: “Alcuni documenti sulla Regina di Spagna...”, en VICENS VIVES, J. (dir.): *Estudios de Historia Moderna...*, p. 43. La cursiva es nuestra.

<sup>1202</sup> “(...) Salía S. M. unas veces a Atocha y otras a los Jardines de la Florida, el del Almirate, y otros; y aunque el Marqués de Castel-Rodrigo, tubo prevenida merienda y canastillas la primera tarde que S. M. a la Florida no permitió se sirviese, ni tomase un dulce, observando lo mismo en las demás partes, si no es en el Jardín de Medina-Coeli, que consintió se sirviesen los dulces y vedidas que fueron en abundancia”, *Noticias individuales de los sucesos más particulares...* AA. EE., M/D, vol. 8, fol. 27r., cit. por GONZÁLEZ CRUZ, D.: “Actitudes e imágenes de las reinas...”, en GONZÁLEZ CRUZ, D. (ed.): *Virgenes, reinas y santas...*, pp. 75-104, en concreto, p. 87. También: «Tous les présents qui ont luy offerts on esté refusez et comme elle s’est fait une habitude de continuer de cette manière, elle refusa des fruits du Retiro qui se trouvèrent dans la foule de presens et qui auroient esté remportez par Mr. le cardinal Porto-Carrero, qui luy dit que c’estoit de son bien. Ainsi on les garda et Sa Majesté en fit regaler la compagnie (...)», tomado de: «Extrait d’une lettre de Madrid du 22 juillet 1702», recogida en MG, Julio de 1702, pp. 165-166.

sí mismo: “corre vocce che [la reina] si sia lasciata entender d’esser venuta non per ricevere, ma per dare”.<sup>1203</sup>

Comprometida con la crisis financiera por la que atravesaba la Monarquía en un momento de conflicto sucesorio, María Luisa de Saboya supo mostrarse como una soberana consciente de las necesidades de sus súbditos, compasiva y piadosa. Así, en el verano de 1702, la gobernadora ordenó suspender una comedia que las damas de palacio habían planeado representar en su honor con el fin de que todo el dinero “che si doveva impiegare in detta Commedia, fosse dispensato per limosino a’poveri a fin d’impetrare la felice conservazione del Re Cattolico e il prospero successo delle sue armi (...).”<sup>1204</sup> Operti refirió otro episodio de la misma índole que tuvo como escenario la Junta de Gobernación. Según parece, durante una de sus sesiones, celebrada a principios de agosto y dedicada a la revisión de memoriales de criados, se debatió la concesión de una merced. La opinión de la mayor parte de los ministros era que esta recayese sobre un oficial de palacio, del que no se cita su nombre, que había toreado en un festejo celebrado en Madrid “con molta bizzarria et estimatione.”<sup>1205</sup> Sin embargo, en contra del parecer de sus consejeros, la soberana ordenó que la susodicha merced fuera asignada a la viuda de un oficial del ejército español que acababa de perder la vida en Italia y que, a consecuencia de la reforma de las Casas reales, se había visto privada de una pensión de 400 ducados.<sup>1206</sup> Ni que decir tiene que ambas actuaciones acarrearón a María Luisa la “admiratione di tutta la corte”, que “non puó a meno di non rallegrarsi che la M. S. non s’allontani dalle sue massime di pietà e disinteresse”, concluyó Pucci al respecto.<sup>1207</sup> El posicionamiento de la soberana en este episodio concreto es susceptible además de otra interpretación, igualmente favorable para la consorte: la responsabilidad de María Luisa de Saboya frente a las necesidades de los servidores de palacio, una cuestión nada baladí si tomamos en consideración el descontento reinante

---

<sup>1203</sup> Giulio Pucci, embajador florentino, a su gobierno. Madrid, 20 de julio de 1702. A.S.F., MdP, Filza 4991, cit. por RODOLICO, N.: “Alcuni documenti sulla Regina di Spagna...”, en VICENS VIVES, J. (dir.): *Estudios de Historia Moderna...*, p. 43.

<sup>1204</sup> Giulio Pucci, embajador florentino, a su gobierno. Madrid, 24 de agosto de 1702. A.S.F., MdP, Filza 4991, cit. por RODOLICO, N.: “Alcuni documenti sulla Regina di Spagna...”, en *Ibidem*, p. 45.

<sup>1205</sup> Este festejo podría tratarse de la corrida de toros ejecutada en honor a Felipe V a finales de abril de 1701. TORRIONE, M. (ed.): *Crónica festiva...*, p. 35.

<sup>1206</sup> Operti a Madame Royale. Madrid, 10 de agosto de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>1207</sup> Giulio Pucci, embajador florentino, a su gobierno. Madrid, 20 de julio de 1702. A.S.F., MdP, Filza 4991, cit. por RODOLICO, N.: “Alcuni documenti sulla Regina di Spagna...”, en VICENS VIVES, J. (dir.): *Estudios de Historia Moderna...*, p. 43.

en el Alcázar debido a la reforma de las Casas reales. Las misivas de Ursinos parecen corroborar esta hipótesis:

«Je vois avec bien de chagrin que ces gens n'aiment pas leur roy autant qu'ils devroient. Tous conviennent que c'est le Cardinal qui a fait cette réforme [se refiere a la de las Casas reales] mais les malheureux confondent ordinairement le juste avec le coupable. Parmi ces réformés, il y en a qui ont du mérite et qui meurent de faim; il y en a d'autres qui suivant la coutume d'Espagne avoient leur employ pour dot des femmes, qu'ils ont prises dans ce palais. Ceux-cy qui sont en très grand nombre se trouvent chargez d'enfants et dépouillez du seul bien qu'ils avoient (...). Ces jours passez, il y avoit un employ à donner. La junte le destinoit déjà à un home que quelques-uns de ces Messieurs protégeoint, quand la reine proposa un des ces malheureux qui le jour auparavant luy avoit donné un placet. *Elle sceut si bien représenter ses raisons qu'elle emporta ce qu'elle souhaitoit. Avec cet exemple, tous ces gens ont répris courage et S. M. estant sortie depuis, je me suis apperceue que les acclamations du peuple estoient encore plus grandes.*»<sup>1208</sup>

Pese a su creciente popularidad entre el pueblo y la corte, María Luisa de Saboya procuraba que sus acciones no perjudicasen la reputación de su esposo ausente. En este sentido, su labor al frente de la Junta de Gobernación se basaba en la prudencia y en la delegación de la toma de decisiones susceptibles de incrementar el prestigio de Felipe V. De nuevo, es Operti quien informa a Turín de otra de las actuaciones de la reina durante el desarrollo de las sesiones de la Junta. Según relataba el enviado, a comienzos de agosto de 1702 uno de los ministros de este organismo, cuyo nombre no cita, propuso el perdón de las sumas que ciertas villas del reino de Castilla adeudaban a la Hacienda regia y que, dada su pobreza, se veían imposibilitadas a pagar. El mismo ministro, continuaba Operti, habría planteado a la soberana la aplicación inmediata de tal medida, que le granjearía las “bendiciones de todos” en los inicios de su gobernación. Como quiera que los consejeros no llegaron a ponerse de acuerdo durante la votación previa, correspondió a la reina el decidir sobre el resultado último de la disposición. A la postre, María Luisa optó por delegar en Felipe V la aplicación de la orden. Al margen del contenido del episodio, lo que nos interesa destacar aquí es la respuesta de la gobernadora: los aplausos y la gratitud del pueblo no habían de recaer sobre ella, sino sobre el monarca, cuyas acciones debían hacerle merecedor del amor de sus vasallos.<sup>1209</sup> Las cartas de Ursinos a Torcy permiten matizar un tanto la narración del enviado saboyano, habida cuenta que no fueron las deudas de las villas del reino de Castilla las que la Junta proponía condonar, sino las del reino de Galicia. Ahora bien, lo

<sup>1208</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 19 de agosto de 1702, recogida en L.T.R., II, p. 82. La cursiva es nuestra.

<sup>1209</sup> Operti a la duquesa Ana. Madrid, 3 de agosto de 1702. A.S.T., Mazzo 49.



que no da lugar a confusión es la intencionalidad subyacente bajo la respuesta de la reina:

«*Je crains, je vous l'avoue, Monsieur, que S[<sup>a</sup>] M[<sup>a</sup>jesté] ne se fasse trop aimer pendant sa régence* -escribió a Torcy-. *Ella fait néanmoins tout ce qu'elle peut pour que le mérite des grâces qu'il y a à faire retombe sur le roy son mary. C'est à quoy je la porte toujours, luy faisant comprendre qu'elle sera bien plus grande par la gloire du roy que par celle qu'elle pourroit s'acquérir.* Persuadée de cette vérité, elle ne voulut pas, il y a quelques jours, qu'on décidast sur une affaire qui fut proposée dans la junte. Il s'agissoit de remettre aux peuples de Galice des arrérages qu'ils doivent, de mesme qu'on a fait à Naples. Tous ces Messieurs luy parlèrent de cette grâce comme d'une chose qui devoit luy gagner les cœurs de tout ce royaume et qui lui feroit beaucoup d'honneur. S[<sup>a</sup>] M[<sup>a</sup>jesté] la remercia de l'avoir advertie de quelle importance elle estoit, *et leur dit qu'il falloit en laisser la gloire au roy, à qui elle estoit d'avis qu'on en escrivist au plus tost. Cette response estonna et pleut infiniment.*»<sup>1210</sup>

Desde estas perspectivas, María Luisa de Saboya se presentaba, tal y como Versalles pretendía, como una gobernadora que ejercía el poder con discreción, sin que sus decisiones tuviesen otro móvil que el de contribuir a la mayor gloria del monarca. Felipe V, en tanto que soberano, y no la reina, su consorte, había de ser el artífice de todas las gracias, máxime cuando estas eran susceptibles de incrementar la popularidad de la que disfrutaba entre sus vasallos.

Con el rey ausente de la corte por encontrarse a la cabeza de sus tropas en Italia, María Luisa de Saboya también dejó patente en varias ocasiones su compromiso con la causa borbónica en el conflicto sucesorio. A este respecto, en sus *Memorias para la historia...*, Macanaz narra el afán de la reina por participar al pueblo madrileño el contenido de los partes de guerra que recibía de su esposo:

«(...) y luego que recibía noticias del Rey no se contentava con decirlas á los Grandes y á toda la familia R[<sup>ea</sup>], si que para consuelo de los vasallos salía á uno de los balcones y allí las decía en alta voz al pueblo, que con indecible amor esperaba oírlas de su voca; y como se acostumbró á este desde que llegaba Posta, todo Madrid acudía a Palacio y á todos les avisava en la forma dicha y les advertía de la salud y jornada del Rey, lo que causaba indecible gozo en los vasallos.»<sup>1211</sup>

<sup>1210</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 19 de agosto de 1702, recogida en L.T.R., II, p. 82. La cursiva es nuestra.

<sup>1211</sup> MACANAZ, M.: *Memorias para la historia...* R.B. II/2081, I, fols. 72v.-73r. Por el contrario, podemos fechar esta anécdota en 1704 según las gacetas del periodo: «Les heureux succez don Dieu a beni les armes du Roy par la conquête de plisieurs places importantes presque sans aucune perte, ont causé une joye extraordinaire parmy les peuples, et elle est fort augmentée par l'attention que la Reine a eu à publier aussitost les nouvelles qu'elle recevoit, le peuple s'assemblant dans la petite place du Palais pour en estre plutost informé, Sa Majesté a paru plusieurs fois au balcon pour les dire elle-mesme avec une grande consolation de ses sujets (...).» Madrid, 3 de junio de 1704, recogido en *Recueil des Nouvelles ordinaires et extraordinaires, relations et récits des choses venues tant en ce Royaume qu'ailleurs, pendant l'année mil sept cent quatre*. París, MDCCV, pp. 291-292.

La manipulación que Macanaz realiza de la imagen de la reina a través de este episodio nos parece palmaria, pese a que esta sea una de las anécdotas más difundidas de su biografía. Sin embargo dudamos que este suceso tuviera realmente lugar, por lo menos en el momento en el que lo sitúa el autor. En primer lugar, porque no queda constancia de él en la correspondencia diplomática. Blécourt o el embajador florentino, por ejemplo, tan puntillosos a la hora de aludir a la cotidianeidad de la gobernadora, no la recogen en sus despachos. Como tampoco lo hace Operti, algo todavía más raro puesto que, según se habrá podido apreciar, no dejaba de informar a los duques de Saboya y a Madame Royale de todos los actos públicos de la soberana. Por otro lado, existe otro hecho más sólido que nos permite refutar el testimonio de Macanaz: la soberana, inmediatamente después de su llegada a Madrid, aún no dominaba el castellano, por lo que hubiera sido muy difícil que fuera capaz de leer con fluidez los partes de guerra desde el balcón del Alcázar. A diferencia de lo que sostiene el autor de las *Memorias para la historia...*, el apoyo de la reina a la causa filipista se realizó a través de métodos menos efectistas, pero igual de efectivos. Por ejemplo, cada victoria borbónica en Italia era anunciada por medio de la campana del Alcázar y el pueblo, que se congregaba en su plaza, recibía por orden de María Luisa algunas sumas de dinero lanzadas desde los balcones de palacio.<sup>1212</sup> Con el mismo carácter conmemorativo se celebraron algunas ceremonias religiosas que tenían como escenario puntos emblemáticos de la capital. Estas consistían en novenas, rogativas por la vida del rey, *Te Deums* y procesiones públicas que atravesaban la ciudad y finalizaban en Nuestra Señora de Atocha. En una de ellas, con motivo de la celebración de la victoria de Luzzara, la reina, acompañada por las principales autoridades civiles y religiosas de la villa, recorrió Madrid en dirección a Atocha junto a los estandartes tomados a las tropas imperiales en la batalla. Tras la solemne misa de acción de gracias que tuvo lugar a continuación, la soberana depositó los estandartes alemanes en la capilla de la Virgen y regresó a palacio en carroza.<sup>1213</sup>

---

<sup>1212</sup> «Nous apprimes hier l'agréable nouvelle de la victoire remportée par les armées du roy sur les Allemands. La Reyne fit dans le mesme instant sonner la cloche du palais, pour la répandre dans toute la ville, et jeta par les fenestres quelque argent du peuple qui accourut aussy tost dans la place.» Ursinos a Torcy. Madrid, 27 de octubre de 1702, recogida en L.TR., II, p. 121.

<sup>1213</sup> “El domingo por la tarde se llevaron desde Palacio à la Virgen de Atocha las Banderas, y Estandartes, que ha quitado el Rey en Italia à los Enemigos (...). Assistiò la Reyna N. Señora, con imponderables aclamaciones del Pueblo. Concurrieron también en aquella Iglesia los Consejos, Grandes, y demás Señores: y precediendo las ceremonias que se acostumbran, se cantò el *Te Deum*, y se fixaron en

Como subrayó Río Barredo, la trascendencia de este tipo de ceremonias tras el advenimiento de los Borbones al trono merece ser destacada. Por un lado, tanto su desarrollo como los lugares elegidos para su puesta en escena (Nuestra Señora de Atocha por ejemplo), contribuían a subrayar la aquiescencia de la nueva dinastía hacia las prácticas celebrativas propias de la Casa de Austria.<sup>1214</sup> Por el otro, redundaban en el prestigio de los propios reyes y de la Casa de Borbón. En el caso de Felipe V, estas ceremonias subrayaban su faceta como rey guerrero, difundida también desde la propaganda.<sup>1215</sup> El monarca, apenas casado, abandonaba la seguridad de la corte y se separaba de su consorte para ponerse a la cabeza de sus tropas, a las que dirigía hacia las victorias que celebraban sus súbditos. En cuanto a María Luisa de Saboya, afirmaban su fidelidad a la dinastía de la que formaba parte desde su matrimonio, al tiempo que remarcaban la importancia puntual de su papel en el seno de la pareja real y de la institución monárquica. En ausencia de su esposo, la reina se veía obligada a ejercer el poder y a afrontar los sacrificios derivados de la guerra, pero también participaba del regocijo que entrañaban las victorias borbónicas, símbolo de la justicia de la causa felipista en la pugna sucesoria.<sup>1216</sup> En último término, la asistencia a todos estos actos de la nobleza, miembros del Concejo de la Villa y Consejos, tendía a simbolizar el apoyo de las elites españolas a la Casa de Borbón, de cuyas victorias, al igual que la reina, se regocijaban.

En definitiva, los gestos y comportamientos exteriorizados por María Luisa de Saboya durante su etapa al frente de la gobernación contribuyeron a la configuración de un perfil público de la reina que combinaba elementos tradicionales, presentes en la imagen de las soberanas Habsburgo que le habían precedido, con otros más novedosos. En el plano ceremonial la continuidad fue evidente. Al igual que sus antecesoras de la Casa de Austria la reina participó en las diferentes ceremonias que acostumbraban a celebrarse en Nuestra Señora de Atocha, visitó las principales fundaciones religiosas de la capital e hizo gala de determinadas conductas que se correspondían con algunos de

---

la Capilla de la Virgen, Patrona de Madrid, adonde ay otras Banderas”, cit. por TORRIONE, M. (ed.): *Crónica festiva...*, p. 49; *Recueil des Nouvelles ordinaires et extraordinaires...*, p. 457.

<sup>1214</sup> RÍO BARREDO, M. J.: “Los rituales públicos de Madrid en el cambio de dinastía (1700-1710)”, en SERRANO, E. (ed.): *Felipe V y su tiempo...*, vol. II, pp. 733-752.

<sup>1215</sup> GILARD, C.: «Philippe V et Louis XIV. Héroïsme et imaginaire populaire dans la littérature de colportage pendant la Guerre de Succession d’Espagne», en SABATIER, G. y TORRIONE, M. (eds.): *Louis XIV espagnol?...*, pp. 289-300; GONZÁLEZ CRUZ, D.: *Propaganda e información en tiempos de guerra...*, pp. 113-126.

<sup>1216</sup> GONZÁLEZ CRUZ, D.: “Actitudes e imágenes de las reinas...”, en GONZÁLEZ CRUZ, D. (ed.): *Virgenes, reinas y santas...*, pp. 79, 86-87.

los valores (piedad, caridad, misericordia) que daban cuerpo al arquetipo de Reina Católica. Por el contrario, otro tipo de actitudes de María Luisa divergieron notablemente de la imagen difundida por las mujeres Habsburgo. Así, la excesiva afabilidad y extremada cercanía de la reina, o lo que es más importante, su reiterado rechazo de todo tipo de regalos y agasajos, por citar algunos ejemplos, le granjearon la fama de ser una mujer encantadora, desinteresada y generosa. La frase que Pucci puso en su boca, “había venido a España no para recibir, sino para dar”, fuera en verdad o no pronunciada por ella, lo cierto es que trascendió; y otro tanto podemos decir de la “alienazione che mostra dell’arrichirsi”, reputación derivada directamente de su conducta y que contrastaba notablemente con la imagen de Mariana de Neoburgo, la consorte que precedió a María Luisa, descrita en su día como una mujer “solo atenta (...) a acumular joyas, tesoros i dones, sin el reparo de que sean lícitos o indecentes los medios de grangearlos i adquirirlos”.<sup>1217</sup> En este sentido, podemos dudar que algunos de los gestos y actitudes recogidos en estas páginas tuvieran lugar realmente, no fueran exagerados por aquellos que los describieron o constituyeran creaciones *ex profeso* con una intencionalidad concreta. Pero a nuestro modo de ver lo importante es que se difundieron, como lo demuestran los testimonios de los diplomáticos residentes en la corte de Madrid o el contenido de las gacetas contemporáneas, y contribuyeron a cimentar la popularidad, prestigio y aceptación de los que la reina disfrutó, entre el pueblo y la aristocracia cortesana, prácticamente desde los inicios de su matrimonio.

\*\*\*\*\*

La instalación de María Luisa de Saboya en Madrid constituyó su definitiva toma de contacto con la corte española. Cuatro son los aspectos que pueden destacarse de este periodo de la biografía de la soberana. En primer lugar la llegada de María Luisa de Saboya a la capital de la Monarquía Hispánica en calidad de gobernadora, circunstancia que singularizó las características de su proceso de adaptación en comparación con el de sus antecesoras Habsburgo. La primera gobernación de la reina fue objeto de un acalorado debate a uno y otro lado de los Pirineos. Frente a las reticencias a su designación de la princesa de los Ursinos, y de algunos ministros franceses como

---

<sup>1217</sup> *Quiete particular, que en la siesta [sic] del día dos de septiembre del año de 1694, tuvieron en el Colegio Imperial de esta Corte, los Rmos. Padre Peinado, Palazor, Morejón, Ribera i Solórzano*. B.N.E., Mss. 17502, fols. 13v.-15r., cit. por LÓPEZ ANGUITA, J. A.: “Espacios para una reina viuda...”, en GARCÍA GARCÍA, B. J. y JONGE, K. (eds.): *Felix Austria...*, en prensa.

Torcy, el afán de contemporización de Luis XIV le llevó a ceder a las instancias del cardenal Portocarrero, que exigía la permanencia de la consorte en España como gobernadora en tanto Felipe V se trasladaba al frente italiano. Ahora bien, al aceptar la proposición del cardenal, el monarca galo no solo transgredió los límites del papel que Versalles había adjudicado en un principio a la esposa de Felipe V, incurriendo en una abierta contradicción que no pasó desapercibida a Ursinos y Torcy, sino que también alentó la participación de la camarera mayor en la toma de decisiones (irónicamente uno de los aspectos que desaconsejaron la nominación para el cargo de una dama española). La juventud e inexperiencia de la soberana, añadida a la desconfianza de Francia hacia el influjo que los ministros españoles podían ejercer sobre la gobernadora, justificaron la aquiescencia de Luis XIV hacia la incipiente proyección de la princesa en la escena político-cortesana (no es casual que su designación definitiva como camarera mayor tuviera lugar poco antes de que abandonase Barcelona).

Ambos factores condicionaron la primera gobernación de María Luisa de Saboya en más de un sentido, lo que constituye el segundo punto sobre el que queríamos detenernos. Por una parte, el gabinete francés no estaba dispuesto a conceder a la gobernadora la más mínima capacidad de maniobra: los límites de su papel estaban explicitados tanto en el decreto que recogía su nombramiento como, en la práctica, por la presencia a su lado de la camarera mayor. Por la otra, para controlar la acción gubernamental de la reina y sus ministros, Versalles necesitaba conocer cuanto se trataba en la Junta de Gobernación, cometido que según admitió Blécourt solo la princesa podía desempeñar, dada la confianza que le tributaba la consorte. Frente a ambas exigencias, la camarera mayor impuso su propio *modus operandi*: aunque reticente en un primer momento, Ursinos se mostró dispuesta a asumir la labor que se le adjudicaba en tanto que “consejera” oficiosa de María Luisa de Saboya. Sin embargo, a diferencia de lo que afirmaron sus primeros biógrafos, que sostuvieron la presencia de la camarera mayor junto a la reina en las sesiones de la Junta, la princesa estuvo lejos de exteriorizar de manera tan evidente su participación en la toma de decisiones. Por el contrario, su conducta se basó en uno de los criterios que ella misma había imbuido a la soberana: la discreción. En este sentido la dinámica de la primera gobernación de la reina se caracterizó por la conjunción de diferentes canales de comunicación, estrictamente privados, entre la gobernadora, la princesa y Torcy, cuya existencia Portocarrero y el resto de ministros teóricamente desconocieron. Tales

canales permitieron que Versalles estuviera puntualmente informado de cuanto ocurría en la Junta, contando además con la posibilidad de intervenir de manera indirecta en el tratamiento de los asuntos; pero también, contribuyeron a prestigiar la labor de María Luisa de Saboya al frente del gobierno, dada la independencia de criterio que parecía subyacer en sus decisiones.

En tercer lugar la instalación de la consorte en Madrid supuso su primera toma de contacto con los cortesanos y ministros españoles, así como con la totalidad de los miembros de su Casa. En lo que se refiere a la naturaleza de los tratos de la consorte con todos ellos, Ursinos desempeñó un papel determinante, consecuencia en buena medida de la ya mencionada desconfianza de Versalles frente a los Grandes y cortesanos hispanos. De entrada, sus atribuciones como camarera mayor convertían a la princesa en un filtro fundamental para acceder a la consorte, pero esta prerrogativa se vería potenciada en el contexto de una gobernación que coincidió, además, con la llegada e instalación de la reina en la capital. En este sentido, si bien no cabe considerar que María Luisa de Saboya se mantuviese aislada de sus súbditos, lo cierto es que el acceso a la gobernadora se desarrolló en todo momento en presencia de la princesa (aun a riesgo de contravenir el ceremonial) y, por lo general, mediante audiencias públicas. En cuanto a las ocasiones en las que la camarera mayor no estaba autorizada a acompañar a la soberana, como las sesiones de la Junta, Ursinos se mostró igual de diligente. Así, no solo procuró neutralizar ante la gobernadora el carácter francófilo de los discursos de algunos de sus ministros, sino que también continuó estimulando su francofilia.

A despecho de las estrategias de coerción citadas, a lo largo de este periodo tanto María Luisa de Saboya como la princesa de los Ursinos establecieron relación con algunos sujetos que, más tarde, formarían parte de la red clientelar encabezada por la camarera mayor y protegida por la consorte. En cierto modo era normal que se produjera un proceso semejante, habida cuenta no solo de la condición de la reina como gobernadora, que alentaba la potencialidad de su ascendiente y el contacto cotidiano de la soberana con las autoridades españolas; sino también del crédito que los cortesanos y ministros españoles atribuían a la princesa en ambas cortes y de la voluntad de la dama, consuada con Torcy, de propiciar un acercamiento entre la Grandeza y la nueva dinastía. Este cúmulo de factores estimularon los primeros contactos entre ambas mujeres e individuos cuyas carreras patrocinarían en lo sucesivo, como Orry,

Montellano, Arias, Ronquillo, Veraguas o Aguilar (forjados de manera directa en las ya mencionadas audiencias públicas y en los encuentros privados que tenían lugar en el *Cuarto chico* de la camarera, o a través de intermediarios como D'Aubigny o el ayuda de la furriera de la reina, Vazet). Por el contrario, y en paralelo a estas relaciones, en este momento asistimos al progresivo alejamiento de Ursinos de su anterior benefactor, Portocarrero, cuya acción en el seno de la Junta de Gobernación criticó con frecuencia en su correspondencia; o al fracaso de incipientes relaciones de patronazgo entre la dama y otros ministros y cortesanos como Medinaceli y el almirante de Castilla por ejemplo.

Por último, a lo largo de este capítulo hemos abordado las características de la imagen de Maria Luisa de Saboya en este periodo de su biografía. A diferencia de sus predecesoras Habsburgo la esposa de Felipe V careció de una entrada triunfal propiamente dicha. Empero, esta circunstancia no fue óbice para que, a semejanza de lo realizado en su momento con el monarca, la instalación de la consorte en la capital se viera acompañada de todo un programa de comparacencias públicas con el fin de exhibir a la recién llegada ante sus nuevo súbditos. No obstante, tan importantes para la imagen de la soberana como este conjunto de comparecencias fueron algunos de los gestos y actitudes que manifestó a lo largo de los primeros meses de su estancia en la corte. Ciertos de estos actos incidían en algunos de los valores que fundamentaban el arquetipo de Reina Católica, por lo que entrañaban una marcada continuidad con la imagen transmitida por sus antecesoras. Otros, sin embargo, contaron con un alto componente de ruptura, principalmente en relación con el perfil público de Mariana de Neoburgo, como fue el afán de la nueva consorte por remarcar su desprecio hacia todo tipo de regalos y agasajos; su compromiso con las necesidades de sus súbditos en un época de crisis financiera y conflicto sucesorio; o su interés por ejercer la gobernación desde la discreción y la sumisión al monarca, actitudes todas ellas que incrementaron la popularidad de María Luisa de Saboya entre el pueblo madrileño y la corte española.

## LA FORMACIÓN DE LA CASA DE LA REINA: UN PROCESO SINGULAR

«La reine d'Espagne, outre ses Maîtres d'Hostel et se autres officiers, a plusieurs *Duegnas*, ou veuves, et plusieurs Dame et Menines. Toutes les *Duegnas*, qui sont des Veuves de grande qualité, sont vêtues de toile blanche qui est l'habillement le plus ordinaire des veuves. Non seulement tous les Grands d'Espagne se couvrent devant la Reine; mais les femmes des Grands ont aussi beaucoup des prérogatives sur les autres Dames: la Reine se leva quand elles entrent et leur fait donner des carreaux nommes *Almohadas*. Les femmes des fils ainez des Grands et des Ambassadeurs des Rois, jouissent des mesmes privilèges. La fille aînée d'un Grand hérite aussi de la *Grandeza* lorsqu'il n'y a point d'enfant mâle après la mort du père. On doit dire à la louange de la Reine d'Espagne qu'il n'y a personne à sa cour qui entende mieux le cérémonial que cette Princesse...»<sup>1218</sup>

Desde el verano de 1701 la organización y composición de la Casa de la futura esposa de Felipe V constituyó una de las principales preocupaciones de las cortes de Madrid y Versalles; proceso que marchó en paralelo a las maniobras llevadas a cabo con objeto de controlar la designación de la camarera mayor de la reina y obtener el despido de la servidumbre piemontesa que había de acompañarla hasta Barcelona. La intervención de María Luisa de Saboya en la formación del que sería su entorno palatino fue nula. Ello no era una novedad. Tradicionalmente la consorte quedaba excluida de esta cuestión, gestionada por y desde la corte de adopción.<sup>1219</sup> Podía permitírsele, en último término y por las razones a las que hemos aludido más atrás, arribar a su destino acompañada de un reducido grupo de servidores oriundos de su país de origen. Sin embargo, a diferencia de sus predecesoras, María Luisa no gozó de este privilegio.

En su caso concreto, lo que sí constituyó una mayor novedad fue la intervención activa de Versalles, y de los embajadores de Luis XIV en Madrid, en la composición de su servidumbre. Tal injerencia hundía sus raíces no solo en los lazos dinásticos y familiares que vinculaban a ambas cortes y en la consideración del soberano francés como *pater familias* y cabeza de la Casa de Borbón; sino también en la condición de ministros del Rey Católico que Francia adjudicaba a sus representantes diplomáticos en la corte madrileña, llamados a subsanar con su labor la inexperiencia

---

<sup>1218</sup> *Mercure Galant*, número correspondiente al mes de septiembre de 1705, pp 72-73

<sup>1219</sup> Con todo, existían excepciones, normalmente consecuencia de la celebración de matrimonios asimétricos en el seno de las dinastías europeas. Un buen ejemplo sería el de la composición de la Casa de Catalina Micaela de Austria como duquesa de Saboya. RÍO BARREDO, M. J.: “De Madrid a Turín: el ceremonial de las reinas españolas en la corte ducal de Catalina Micaela de Saboya”, en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II* (2003), pp. 97-122 y GARCÍA PRIETO, E.: *La infanta Isabel Clara Eugenia...*, pp. 177-193.



de Felipe V en esta materia concreta: «Ces détails de règlement de la maison du Roi d'Espagne et de celle de la Reine -podemos leer en las Instrucciones del conde Marcin- seroient absolument étranges aux fonctions de l'ambassade en tout autre emploi que celui de Madrid, mais il est présentement nécessaire que l'ambassadeur de Sa Majesté soit ministre du Roi Catholique (...).»<sup>1220</sup>

Dicho esto, lo cierto es que el embajador francés no sería el único que participaría en la organización de la Casa de María Luisa de Saboya. En el marco de un proceso que se extendería más de un año hasta su definitiva conclusión, fueron varios los personajes que tomaron parte en él, aunque siempre bajo la dirección de Luis XIV y el gabinete de Versalles. Así, en un primer momento fueron el cardenal Portocarrero, y en menor medida el duque d'Harcourt y el arzobispo Arias, quienes encabezaron la toma de decisiones y la designación de los sujetos que ocuparon los principales cargos de la Casa. Posteriormente, tras el cese de Harcourt y el nombramiento de su sucesor, la iniciativa recayó en el conde de Marcin, el confesor real Padre Daubenton (para la elección del director de conciencia de la reina) y la princesa de los Ursinos, camarera mayor de la soberana. Finalmente, en un estadio más avanzado, fue la princesa quien dictaminó las últimas nominaciones y, de acuerdo con Versalles, dirimió las postreras disposiciones a ejecutar (ello tras su definitivo nombramiento a la cabeza de la cámara de la reina y la posterior instalación de María Luisa de Saboya en Madrid). Junto con estos personajes, otros individuos también dejaron oír su voz en la organización del entorno áulico de la consorte. Tales fueron el marqués de Louville, jefe de la *Maison française* del soberano, cuya correspondencia contiene interesantes juicios y opiniones concernientes a la servidumbre de la reina, y Jean Orry, entre cuyos cometidos se encontraba la reforma de las Casas reales y quien pergeñó un proyecto destinado a la de María Luisa que finalmente no se puso en práctica.

Esto en cuanto a los sujetos que tomaron la iniciativa. En lo que toca a los criterios en los que se basó la conformación de la Casa fueron igualmente heterogéneos. Con todo, podemos establecer una cierta unidad en todos ellos. En lo que respecta a la Hacienda regia, y si bien nuestro análisis no abordará este punto sino de manera tangencial, debemos decir que se buscó desde el principio la reducción de los gastos generados por un servicio que, ya fuera activo o pasivo, Versalles consideró excesivo en número y, en consecuencia, en los costes que comportaba. En lo referido a

---

<sup>1220</sup> «Instrucion au Sieur comte de Marcin», en *RLA*, XII-II, p. 21. La cursiva es nuestra.

la dinámica interna de la Casa observamos, en primer lugar, que la política de nombramientos estuvo mediatizada por cuatro factores: a) la necesidad de crear un entorno fiable para la nueva soberana (compuesto por «gens seurs» en opinión de Versalles y purgado de «personnes dont les intentions seroient suspectes»)<sup>1221</sup>; b) la no menos acuciante necesidad de arrebatrar a Portocarrero y sus hechuras la designación de los sujetos que habían de ocupar los cargos de mayor responsabilidad; c) las suspicacias de algunos de los franceses que rodeaban al rey hacia los cortesanos españoles que ocupaban o podían optar a algunos de los empleos en la servidumbre de la reina (caso evidente es la imagen transmitida de las damas al otro lado de los Pirineos); y d) la divergencia de opiniones, en el seno mismo del *entourage* francés de Felipe V, a la hora de seleccionar a los individuos que habían de ocupar determinados puestos y cuál había de ser su naturaleza regnícola, todo ello con el fin de optimizar el control del proceso de adaptación de María Luisa de Saboya a sus funciones como consorte del primer Borbón. En segundo lugar, y en relación también con el punto anterior, apreciamos cómo el interés de Luis XIV por fiscalizar la nominación de los personajes que debían dar cuerpo a la Casa de la reina no se extendió a todo el conjunto de la servidumbre. En este sentido, el soberano francés intervino directamente, o a través de sus delegados en Madrid, en la designación de los que se consideraban los cargos de mayor preeminencia o que contaban con atribuciones más importantes (camarera mayor, mayordomo mayor, caballerizo mayor y confesor real). Todo ello, en conformidad con toda una serie de requisitos entre los que destacaban la lealtad manifiesta hacia la nueva dinastía y la voluntad de servicio a la misma; una reputación sin mácula que excluyera vínculos con el austracismo militante o con personajes afines a él; la protección de determinados agentes de la corte francesa en Madrid o la flexibilidad hacia las alteraciones de la etiqueta que Versalles venía preconizando desde el ascenso al trono de Felipe V. En tercer lugar, podemos detectar igualmente la puesta en vigor de iniciativas bien de conciliación, bien de purga en la organización de la Casa (producto del contexto de conflicto sucesorio en que tuvo lugar su formación). A esta política responderían, por ejemplo, la designación de algunas de las damas que habían acompañado a Mariana de Neoburgo hasta Toledo; y la destitución de algunos servidores que habían obtenido su empleo merced a la mediación de algunos embajadores imperiales o en virtud de su filia francófila durante

---

<sup>1221</sup> *Ibidem*, p. 18-19.

el anterior reinado. Caso este último curioso, habida cuenta el origen de la nueva dinastía, que manifiesta a las claras los sentimientos contradictorios que despertaban en algunos ministros españoles las relaciones de Francia con la Monarquía Hispánica a partir de noviembre de 1700. En cuarto lugar, debemos destacar también que la organización de la Casa de María Luisa de Saboya bebe en cierta manera de las experiencias y conclusiones extraídas de la formación del servicio de Felipe V. Así, aunque el descontento suscitado por la notable presencia francesa en este último no excluyó la nominación de franceses al servicio de la reina, su número fue menor en la servidumbre de María Luisa (al menos en los primeros años); y, por otro lado, estos criados no se diferenciaron *de iure*, que no *de facto*, del resto de criados nacionales. Es decir, no se conformó una *Maison française*, diferenciada de la española y dotada de un presupuesto y un jefe independiente, para la soberana. En último término, a despecho del interés de Versalles por controlar la organización de la Casa de María Luisa, podemos constatar la existencia de una importante continuidad entre la servidumbre de la primera reina borbónica y la de sus antecesoras. Una continuidad que responde en ciertos casos a motivos estructurales, pero que en otros es fruto de la prudencia de Luis XIV, dispuesto a dialogar y a tomar en consideración las expectativas de la corte madrileña no tanto de forma gratuita, como con objeto de favorecer a sus intereses a un más amplio espectro.

En las páginas que seguirán analizaremos la organización y características de la Casa de María Luisa de Saboya en sus primeros años como esposa de Felipe V. Nuestra intención no es la de desarrollar aquí un estudio prosopográfico o hacendístico de la misma, pese al innegable interés historiográfico que puedan suscitar ambos enfoques; sino más bien, la de relacionar la composición y formación de la servidumbre de la soberana con las características de su proceso de adaptación a la corte madrileña. Para ello, pondremos el acento en el origen de la designación de los principales puestos del servicio de la reina; la potencialidad y atribuciones que Versalles adjudicaba o pretendía conceder a tales cargos y cómo los criterios bajos los cuales se dio cuerpo a la Casa terminaron por favorecer la preeminencia de la camarera mayor no solo en la cámara, sino también en todo su conjunto. Aspecto este último que constituye una importante novedad si tomamos en consideración el trascendente papel político-cortesano jugado hasta entonces por algunos servidores palatinos como el mayordomo mayor, el caballerizo mayor, el confesor real u otras mujeres de la cámara regia. Con el fin de

otorgar una mayor claridad expositiva a nuestro análisis, hemos dividido este capítulo en tres partes, correspondientes a las diferentes etapas que detectamos en el largo proceso de formación de la servidumbre regia que, por dilatado, constituye igualmente otra novedad en relación al periodo anterior.

### **Primera etapa de formación de la Casa: el predominio del cardenal Portocarrero (junio-agosto de 1701).**

La primera etapa en la formación de la Casa de María Luisa de Saboya coincidió con la abrupta negociación del matrimonio de los reyes, la organización del viaje de Felipe V a Cataluña y la enfermedad del duque de Harcourt y su convalecencia en la Zarzuela. Esta triple coyuntura explica en parte la relativa libertad de la que gozó el cardenal Portocarrero en los momentos iniciales de la organización de la servidumbre de la soberana; como también la ejecución de determinados nombramientos y el desarrollo de ciertas iniciativas que *a posteriori* contaron con la censura de Versalles. Con todo, pecaríamos de reduccionistas si resumiéramos la actitud de la corte francesa a la sazón como fruto exclusivamente de estas tres causas. Lo cierto es que a mediados de 1701 Luis XIV estaba dispuesto, en caso de considerarlo necesario, a retrasar las nupcias de su nieto hasta lograr la firma de un acuerdo con Saboya favorable a los intereses borbónicos. En consecuencia, la formación de la Casa de María Luisa de Saboya no constituía para él una prioridad a corto plazo; otros problemas relativos al inminente estallido del conflicto bélico concentraban su atención por esas fechas. Y algo similar observamos meses después, toda vez que el matrimonio por poderes de los reyes y el viaje de la consorte a la Península Ibérica fueron un hecho. Aunque ciertos personajes del *entourage* francés de Felipe V en Madrid, verbigracia Louville, comenzaban ya a prodigar consejos relativos a la servidumbre de la soberana<sup>1222</sup>, la preocupación de Versalles en ese momento giró más en torno a la expulsión del séquito piamontés y a la designación de una camarera mayor francesa para María Luisa, que alrededor de otras consideraciones que atañían al conjunto de los criados. Por tanto, a lo expuesto al inicio deberíamos añadir la puesta en vigor de esta política de prioridades, que llevó al

---

<sup>1222</sup> A lo largo de la primavera y el verano de 1701 Louville insistió en la necesidad «de bien choisir les personnes que vous allez mettre auprès de la reine», por razones que hemos expuesto en otra parte de este trabajo. Asimismo, el marqués recomendó tomar en consideración el nombramiento de un jesuita francés como confesor de la soberana y de una *première femme de chambre* (azafata) también de origen francés. «Surtout, que le confesseur soit jésuite français, que la première femme de chambre soit française (...)», LOUVILLE, I, pp. 147-148.

monarca galo a delegar en Portocarrero, cuyo crédito político era aún muy alto, importantes aspectos de la organización de la servidumbre de la reina.

Entre las primeras medidas llevadas a cabo por el cardenal a este tenor se encontraron la designación del que había de ser gobernador de la Casa, los cuatro mayordomos de semana y las damas que habían de trasladarse hasta Barcelona para recibir a la consorte (lo que tuvo lugar a lo largo del mes de junio de 1701).<sup>1223</sup> También por las mismas fechas fueron confirmados en sus puestos las mujeres de la cámara y otros sujetos que ocupaban cargos de responsabilidad al servicio de la consorte, tales como el tesorero, el greffier o el contralor.<sup>1224</sup> Para todos estos nombramientos Portocarrero se inclinó por criados y cortesanos que habían servido ya en las Casas de Mariana de Neoburgo y Mariana de Austria. Así, el puesto de gobernador recayó en el conde de Montellano<sup>1225</sup>, mayordomo de semana más antiguo de la reina viuda, a quien no siguió hasta Toledo. Dotado de una reputación impecable entre algunos de sus contemporáneos<sup>1226</sup>, *a priori* su antigüedad al servicio de las soberanas españolas determinó su nominación como gobernador de la Casa de María Luisa el 25 de junio de 1701<sup>1227</sup>, si bien San Felipe sostiene la existencia de otras razones menos inocentes para la misma.<sup>1228</sup> Otro tanto sucedió con los mayordomos de semana (el marqués de la Rosa y el conde de Montenuovo).<sup>1229</sup> Estos ya poseían la

---

<sup>1223</sup> Opeti al duque de Saboya. Madrid, 29 de junio de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>1224</sup> Véanse las diferentes plantas de la Casa de la reina, que se encuentran en el A.G.P., Felipe V, leg. 275. Para estos datos hemos comparado las plantas de 1701 y 1705. Agradezco a los archiveros de palacio que me permitieran consultar esta documentación pese a su mal estado de conservación.

<sup>1225</sup> Don José de Solís y Valderrábano, hijo del conde de Canedo, conde de Montellano desde 1681 y adelantado del Yucatán, contaba con una larga tradición de servicio a la Monarquía. Asistente de Sevilla, presidente de la Casa de Contratación, gobernador del Consejo de Indias, virrey y capitán general de Cerdeña y más adelante gobernador del Consejo de Órdenes. véase, FELICES DE LA FUENTE, M. M.: *La nueva nobleza titulada de España y América en el siglo XVIII (1701-1746). Entre el mérito y la venalidad*. Almería, 2012, p. 268. También MOLAS, P.: “Viejos y nuevos títulos en la corte de los Borbones”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J.; CAMARERO BULLÓN, C. y LUZZI TRAFICANTE, M. (coords.): *La corte de los Borbones: crisis del modelo cortesano*. Madrid, 2013, vol. II, pp. 975-1002, en concreto, p. 999.

<sup>1226</sup> Elogiosas referencias hacia su carácter y persona las encontramos en San Felipe (quien le define como un “hombre ya de crecida edad, maduro, sabio, cristiano y político, pero sin los enredos y lisonjas que confunden los palacios”, SAN FELIPE [1957], pp. 30-31 y en las *Memorias para la historia de Macanaz*. R.B. II/2081, vol. I, fol. 57v.

<sup>1227</sup> A.G.P., Felipe V, leg. 52 (1); designación reiterada por Real Decreto en Barcelona, el 5 de abril de 1702, poco antes de la partida de Felipe V a Italia. *Ibíd.*, Personal, C. 697, exp. 22.

<sup>1228</sup> En sus *Comentarios*... San Felipe dejó consignado acerca de las circunstancias del nombramiento de Montellano: “(...) Este eligió de su propia voluntad el cardenal, porque le miraba ajeno de ambición y que no le quería competir en la autoridad, que era todo su cuidado y recelo”. El conde llevó a toda la familia de la reina hasta Figueras.” SAN FELIPE [1957], pp. 30-31.

<sup>1229</sup> La relación de la Casa de la reina efectuada en 1701 incluye como mayordomos semaneros al conde de la Roca, al bailío Don Juan de Villavicencio y al marqués de Castelnovo, quienes se trasladaron junto a Mariana de Neoburgo hasta Toledo y no pertenecieron por tanto a la Casa de María Luisa. A.G.P.,

dignidad pero no habían acompañado a Mariana de Neoburgo en su destierro, con la salvedad del marqués de Vallehermoso, quien ausente de la corte fue sustituido por el marqués de Orellana.<sup>1230</sup> En este caso concreto, y al igual que se hizo para cubrir la vacante de contralor, otorgada a Don Juan Álvarez Peralta, se optó por integrantes de la Casa de la fallecida reina madre.<sup>1231</sup> Por último, la tesorería permaneció en manos de Don Juan de Goyeneche, sucesor de Bartolomé de Ordova desde agosto de 1699, mientras que la de la reina viuda continuaba también en la familia navarra, al pasar a Don Juan Tomás de Goyeneche.<sup>1232</sup>

En cuanto a las mujeres de la cámara, la negativa de buena parte de ellas a acompañar a Mariana de Neoburgo en su retiro impuso la necesidad de encontrar un acomodo adecuado para aquellas que quedaron en Madrid. Recluidas desde poco antes de la llegada de Felipe V a la capital en las Casas del duque de Uceda<sup>1233</sup>, el marqués de Louville se mostraba partidario de excluirlas del servicio de la nueva reina, si bien consentía mantenerles sus raciones a modo de consolación: «par cette exclusion, vous satisferez la reine douairière qui m'a écrit à ce sujet, tant elle a peur qu'on ne récompense la lâcheté que ces dames si fières ont eue de l'abandonner, quand elle fut

---

Felipe V, leg. 275(3); cfr. *Ibid.*, *Libro Registro de criados de la reina viuda, 1701-1740*, libro 00573, fols. 1-10r. Designados el 1 de enero de 1701, junto a ellos aparecen también Don Pedro de Guzmán y el conde de Pinto, hermano menor del duque de Osuna, como meninos. Villaviencio se jubiló en agosto de 1701 y Pinto abandonó el servicio de Mariana de Neoburgo ese mismo año.

<sup>1230</sup> De los tres, sólo queda constancia explícita de la designación de Montenuovo, el 26 de junio de 1701 (desde el 30 de octubre de 1688 había gozado la misma dignidad en las casas de las dos esposas de Carlos II). A.G.P., Felipe V, leg. 52(1); *Ibid.*, Personal, C. 118, exp. 18.

<sup>1231</sup> Orellana fue designado como mayordomo semanero el 26 de junio de 1701; Álvarez de Peralta como contralor un día después. “Razón puntual de los criados que passaron a servir en la Rl. Cassa de la Reyna Nra. Señora después del fallezimto. de la Reyna Madre...”, A.G.P., Felipe V, leg. 255; también, *Ibid.*, Felipe V, leg. 52(2).

<sup>1232</sup> El nombramiento de Goyeneche como tesorero de María Luisa data del 30 de junio de 1701. *Ibid.*, Felipe V, leg. 52(2). A la muerte de Carlos II, Goyeneche llevaba relativamente poco tiempo en el cargo, que ostentaba desde el 10 de agosto de 1699. *Ibid.*, Personal, C. 476, exp. 47. La designación de Don Juan Tomás como tesorero de la reina viuda fue efectuada el 10 de enero de 1701, jurando el cargo el 26 del mismo mes. Se mantuvo en el puesto hasta su muerte, acaecida el 17 de julio de 1721. *Ibid.*, *Libro Registro de criados de la reina viuda, 1701-1740*, libro 00573, fols. 1-10r. Acerca de Goyeneche véase ANDÚJAR, F.: “Juan de Goyeneche. Financiero, tesorero de la reina y mediador en la venta de cargos”, en GONZÁLEZ ENCISO, A. (ed.): *Navarros en la monarquía española en el siglo XVIII*. Pamplona, 2007, pp. 62-88. Sobre su papel en la financiación de la Casa de la reina, véase *id.*: *Necesidad y venalidad...*, pp. 35-50.

<sup>1233</sup> «Comme il est nécessaire de vider le Palais afin d'y recevoir le Roy après son entrée, et que plusieurs Dames y sont encore logées, on leur a donné le choix de se retirer dans leurs maisons, ou d'aller demeurer au Palais du Duc d'Uzeda, où la feu Reine mère mourut; auquel cas, on leur continuera le mesme traitement et les mesmes pensions dont elles jouïsssoient auparavant; et le Roy a chargé le comte de Sant Estevan [del Puerto] de leur faire part de cette résolution.» Madrid, 24 de febrero de 1701. *Recueil des Nouvelles ordinaires et extraordinaires, relations et récits des choses avenues tant en ce Royaume que d'ailleurs, pendant l'année mil sept cent un*. París, MDCCII, p. 173.

envoyée à Tolède; et, dans le fait, leur action n'est ni belle, ni à récompenser. Il suffira de leur laisser à chacune sa ration d'œufs filés et de chocolat, pour consolation.»<sup>1234</sup>

A la postre, las recomendaciones de Louville en este punto no tuvieron ningún eco. A mediados de julio de 1701 se decidió la incorporación a la Casa de la nueva reina de las mujeres que otrora habían pertenecido a la cámara de Mariana de Neoburgo.<sup>1235</sup> Aunque Montviel criticó el coste que comportaría para la Hacienda Regia esta medida, la consideró preferible a la reducción drástica del número de damas al servicio<sup>1236</sup> «parce qu'il auroit été trop violent de les renvoyer toutes et que l'on auroit excité trop les jalousies par la préférence des unes aux autres.»<sup>1237</sup> Por las mismas fechas, fueron también designadas las mujeres de la cámara que habían de trasladarse hasta Barcelona para recibir a María Luisa: cuatro damas y dos meninas, tres Dueñas de Honor (incluida la Guarda mayor), dos “guarda mujeres” (Guarda menor), dos Dueñas de retrete, cuatro “criadas de la real cámara”, una enfermera y dos barrenderas.<sup>1238</sup> El criterio que determinó el nombramiento de las damas de honor que habían de trasladarse hasta la capital catalana fue el de la antigüedad en el seno de la Casa; del resto de mujeres elegidas no podemos asegurar con certeza que fuera el mismo.<sup>1239</sup> Respecto a las féminas que compusieron el cuerpo de servicio que acudió a Barcelona, carecemos de una planta en la que aparezcan consignados sus nombres; no obstante, sabemos que entre ellas se encontraban doña Laura y doña Rosa Castellví, hijas del

---

<sup>1234</sup> LOUVILLE, I, pp. 148-149.

<sup>1235</sup> «(...) Le Roy a aussi presque entièrement réglé la Maison de la nouvelle Reine, ayant fait choix des Dames qui estoient au service de la Reine Doüairière avant qu'elle allât à Tolède, et qui resterent dans le Palais du Duc d'Uzeda, Ambassadeur à Rome (...). Quatre de ces Dames seront nommées pour aller à Barcelone le 16 du mois prochain y attendre la Reine accompagnées des Officers de sa Maison, dont la pluspart ont esté choisi entre ceux qui ont esté ci devant au service de la Reine mère et de la Reine Doüairière.» Madrid, 14 de julio de 1701. *Recueil de Nouvelles...*, pp. 364-365.

<sup>1236</sup> Opinión que también compartía Luis XIV, quien en las Instrucciones de Marcin ordenaba a su embajador considerar seriamente los contras que podría conllevar la reducción del número de mujeres al servicio de la nueva reina: «Il paroît que le dessein est de le mettre encore auprès de la jeune Reine; avant que de prendre aucune résolution sur cet article, il faut observer que les dames du palais sont des filles des premières maisons d'Espagne; ainsi, l'on doit bien examiner si ce retranchement, mécontentant leurs parents, ne produiroit pas un mal plus considérable que le bien qu'on en retireroit, ce seroit toujours un avantage que d'en supprimer un certain nombre, même en leur conservant leurs rations ordinaires dont elles ont joui depuis la mort du Roi Espagne (...).» *RLA*, XII-II, pp. 20-21.

<sup>1237</sup> «On assure que toutes les dames de la reyne sont conservées, ce qui est prodigieusement a charge par l'argent que leur [ilegible] coûte et par les *mercedes* considerables que l'on leur fait quand on les marie, ce qui ôte la facilité de s'en défaire. Étoit difficile cependant de prendre un autre parti (...).» Montviel a Torcy. Madrid, 14 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fols. 58v.-59r.

<sup>1238</sup> “Servicio de la Reina luego que llegue a Barzelona”. *Ibid.*, CPE., t. 91. La relación completa (que no incluye el nombre de los sujetos nombrados) en, fols. 195v.-196v.

<sup>1239</sup> Gaceta fechada en Madrid, 14 de julio de 1701, en *Recueil des Nouvelles...*, pp. 364-365; Louville a Torcy. Madrid, 20 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 65v.

marqués de Villatorcaz, doña Josefa de Figueroa, hija del conde de Arcos, y doña Catalina Pimentel, hija del conde de Benavente, como damas de honor.<sup>1240</sup> En calidad de Guarda Mayor asistió la marquesa de Lorenza, que lo venía siendo desde abril de 1694<sup>1241</sup>, y en el número de las Dueñas de Honor encontramos a la condesa de Amarante, Doña Juana de Ozores y Lemus, marquesa de Valladares por derecho propio<sup>1242</sup>, aunque es probable que también se desplazaran el resto de las que permanecían en ejercicio (las marquesas de Trujillos y Llaneras).

Desde estas perspectivas, observamos una clara línea de continuidad entre las Casas de las últimas soberanas habsbúrgicas y el entorno palatino que rodeó a la nueva reina Borbón. La antigüedad y trayectoria de buena parte de las damas, oficiales y servidores de Mariana de Austria y Mariana de Neoburgo fueron respetadas por Portocarrero.<sup>1243</sup> Aunque es cierto que existió un afán economizador, al contrario de lo que sucedió con la Casa de Felipe V el cardenal rehuyó la imposición de medidas drásticas en relación al personal que habría de servir a su consorte. En este sentido, con objeto de reducir los elevados costes que para la Hacienda regia había suscitado el incremento del número de criados al servicio de la reina (reinante y madre) durante los últimos años del reinado de Carlos II, la Casa de María Luisa se organizó conforme a la planta de 1686. Así constaba en una orden emitida por el marqués de Villafranca (mayordomo mayor del rey) a mediados de julio de 1701, donde aparecía consignado que el personal que había de integrar la servidumbre de la nueva reina no debía exceder nunca el número establecido en la citada planta y, en caso de hacerlo, los puestos habían de extinguirse cada vez que se produjera una vacante.<sup>1244</sup> El mismo interés por hacer economías se extendió a los séquitos que debían acompañar al rey y a

---

<sup>1240</sup> CASTELLVÍ, F.: *Narraciones Históricas*. Edición al cuidado de Josep M. Mundet i Gifre y José M. Alsina Roca. Estudio preliminar de Francisco Canals Vidal. Madrid, 1997, vol. I, p. 279.

<sup>1241</sup> Según consta en la planta efectuada en 1701, A.G.P., Felipe V, leg. 275(3) y en su expediente de servicio, *Ibid.*, Personal, C. 575, exp. 33.

<sup>1242</sup> Entre los méritos que hacía constar en el momento de solicitar su jubilación (1712), Doña Juana esgrimía haber asistido a la recepción de María Luisa de Saboya en Perpiñán. *Ibid.*, Personal, C. 84, exp. 8.

<sup>1243</sup> La continuidad, al menos en lo que respecta a las damas de la reina ha sido también puesta de relieve por LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “La evolución de las damas entre los siglos XVII y XVIII”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J., LOURENÇO, M.P.P. (coords.): *Las Relaciones Discretas entre las Monarquías Hispánica y Portuguesa (siglos XV-XIX)*. Madrid, 2008, vol. II, pp. 1357-1397, en concreto, p. 1380.

<sup>1244</sup> “(...) que todos los criados de la reyna nra. Señora buelban a serbir en los empleos que ttenían en su Real Casa con la antigüedad que les ttocaba y que si el número de ellos excediese la planta del año de mil seis[cien]tos ochenta y seis (que es la que se a seguido) se vayan extinguiendo las plazas como vacaren asta quedar en el número, sin probeher otras en este tiempo; y así lo tendréis entendido para su observancia.” Orden del Marqués de Villafranca. Madrid, 11 de julio de 1701. A.G.P., Felipe V, leg. 52(3); también, *Ibid.*, Felipe V, leg. 275(3).



la reina con motivo de la jornada catalana, que habían de ser similares a los que se dispusieron cuando Carlos II visitó Zaragoza y Mariana de Neoburgo fue recibida en la Coruña respectivamente. Ahora bien, en lo que concernía a María Luisa de Saboya esta medida restrictiva fue aún más lejos, ya que Portocarrero estipuló que “los principales jefes y officios de camarera mayor, mayordomo mayor y caballerizo” quedaran sin cubrir “por evitar duplicado gasto”. Esta resolución explica no solo la designación de un gobernador de la Casa en lugar de un mayordomo mayor; sino también el que transcurrieran, a diferencia de lo sucedido con las servidumbres de sus predecesoras, entre seis meses y un año y medio (según los cargos) hasta que finalmente fueron designados los sujetos que habían de ejercer los puestos de mayor dignidad en el cuerpo del servicio. En otro orden de cosas, la reducción de gastos no fue la única motivación que justificó la adopción de esta medida sin precedentes. Tal y como admitía el cardenal Portocarrero, esta respondía “mui principalmente por tomar tiempo para la deliveración de los sujetos que han de servir [en] estos empleos (...) [y este] es punto tan difícil como importante (...)”.<sup>1245</sup> Individuos que, aunque propuestos por el cardenal por ejemplo para el cargo de mayordomo mayor, habían de contar con el plázet definitivo de Luis XIV.<sup>1246</sup>

Por todo lo expuesto hasta el momento observamos que Portocarrero organizó la Casa de María Luisa de Saboya según criterios muy precisos que pasaban por la continuidad en el servicio, la progresiva reducción de costes y gastos y la anuencia hacia la intervención del monarca francés en la nominación de los sujetos que habían de ostentar los principales cargos. ¿A qué se debieron entonces las críticas que concitó su actuación entre algunos miembros del *entourage* francés del Rey Católico? Los testimonios que mencionaremos a continuación beben de la desconfianza que los

---

<sup>1245</sup> Portocarrero a Blécourt. Madrid, 28 de junio de 1701. AA. EE., CPE., t. 91, fol. 190v. Por su parte, el embajador veneciano otorgaba otra lectura a las intenciones de Portocarrero: “Si va preparando, ma con molta parsimonia, la casa della nuova regina. *Non le si darà nè un maggiordomo maggiore nè un cavallerizzo maggiore, perchè non si vuole elevare così il alto cortigiani, i quali, avvalendosi della protezione di lei, potrebbero divenire poi arbitri degli affair più importanti. Bensì è stato disposto che, quanto alla cavallerizza, ella s'avvarrà di quella del marito, e che uno dei quattro maggiordomi ordinari, già nominati, soprintenderà, col titolo di governatore, al restante personale, scelto tra cloro che prestavano servizio presso il re defunto e non poterono, a causa della riforma.*” Mocénigo a su gobierno. Madrid, 6 de julio de 1701, recogido en NICOLINI, F. (ed.): *L'Europa durante la Guerra di Successione di Spagna*. Nápoles, 1938, vol. II, p. 332. La cursiva es nuestra.

<sup>1246</sup> “(...) después de varios discursos y conferencias con las personas de mi confianza, han ocurrido tres diferentes que propondré a V. E. para que se sirva sujeto en todo a la alta comprensión del Señor Rey christianíssimo que en su noticia dirigirá al Rey mi Señor a lo que le pareziere más combeniente y fuere de su real agrado, que es lo que io más desseo (...)”. Portocarrero a Blécourt. Madrid, 28 de junio de 1701. AA. EE., CPE., t. 91, fol. 190v.

cortesanos españoles generaban en los franceses que rodeaban a Felipe V. Sentimiento que tampoco es ajeno a las apreciaciones de Louville y Montviel concernientes a la composición de la Casa de la reina. En este sentido, durante el verano de 1701 ambos censuraron la política seguida por el cardenal Portocarrero y Don Manuel Arias a la hora de seleccionar a los criados que integrarían la servidumbre de la soberana. Según hicieron constar en sus misivas a Versalles, tales designaciones se habían llevado a cabo sin el conocimiento previo del Rey Católico, quien habría sido informado de las mismas no en el Despacho, como habría sido lo normal, sino gracias a Louville.<sup>1247</sup> Tratado «en enfant» por sus ministros, según las palabras del marqués, Portocarrero y Arias no estarían haciendo otra cosa que cubrir las vacantes de la Casa con «leur créatures», sin tomar en consideración los intereses de Francia: «l'unique but des deux ministres [Portocarrero y Arias] est d'y mettre de leur créatures et de ne leur demander d'autre mérite que celui de ne pas songer à s'attacher à la France.»<sup>1248</sup>

Montviel y Louville no basaban sus críticas solo en consideraciones generales. Sus cartas a los Beauvilliers y Torcy incluían alusiones concretas a criados perjudicados por la labor de reclutamiento desarrollada por el cardenal y Arias. En primer lugar, se refirieron a la situación de Doña María Teresa de los Ríos, dama de la reina desde 1689 e hija del francófilo conde de Fernán-Núñez «qu'il aime passionnement.» A pesar de su antigüedad en la Casa, de su belleza (que ponderaba Louville) y de su parentesco con importantes magnates de la corte madrileña como el duque del Infantado, Doña María Teresa no había sido convocada para recibir a la reina en Perpiñán. Al contrario, fue postergada en beneficio de otras damas cuya entrada en palacio había sido más reciente<sup>1249</sup>, lo que Louville achacaba exclusivamente a la inquina de ambos ministros hacia los Fernán-Núñez.<sup>1250</sup> El segundo ejemplo relativo a la parcialidad que el marqués y Montviel adjudicaban a estos nombramientos concernía a Don Antonio Ortiz de Otilora, a cuyo caso otorgaban mayor gravedad si cabe que al anterior. Don Antonio, Secretario de Estado del rey para los asuntos de

---

<sup>1247</sup> «Je ne veux pas non plus Monseigneur vous dissimuler que Mrs. du *Despacho* traitent le Roy comme un enfant qu'on ne luy donnent part de rien (...) et que toute la Maison de la Reine est faite sans qu'on luy ait (...) dit un seul nom de ses officiers et qu'il ne sçait encore que par moy, que toutes les Dames du Palais ont esté nommées pour servir la Reine future, jugez par la du reste.» Louville a Torcy. Madrid, 20 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 70v.

<sup>1248</sup> Montviel a la duquesa de Beauvilliers. Madrid, 4 de agosto de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 97, fols. 161v.-162r.

<sup>1249</sup> Recuérdese que en un principio iban a ser designadas para trasladarse a Barcelona las 4 damas con más años de servicio.

<sup>1250</sup> Louville a Torcy. Madrid, 20 y 26 de julio de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 97, fols. 65v. y 95v.

guerra (1699) y para la parte de Italia (1700)<sup>1251</sup>, era también desde agosto de 1679 guardajoyas de la Casa de la reina y secretario de la soberana (puesto que ejerció desde agosto de 1699).<sup>1252</sup> Casado con Susanne Duperroy, una de las camaristas francesas favoritas de María Luisa de Orleáns<sup>1253</sup>, Ortiz de Otalora era descrito por Montviel como uno «des plus honnêtes hommes» de Madrid. No obstante su seguridad de que «l'on luy conserveroit sous un roy françois ce qu'il avoit obtenu par le crédit d'une reyne françoise, dont sa conduite ne l'avoit pas rendu indigne», Don Antonio fue desposeído a instancias de Portocarrero de su cargo en palacio. La medida, tomada de nuevo de manera unilateral, esto es, «sans trop consulter S[*a*] M[*ajesté*] C[*atholique*]», tenía para Montviel mayores implicaciones de lo que *a priori* podría juzgarse (dado el estatus relativamente bajo del puesto). Por una parte, el marqués subrayaba las prerrogativas del oficio y los inconvenientes de no situar en el mismo a una persona favorable a Francia: «outre que la [*sic*] *Guardajoya* a quelque inspection sur les habits de la reyne, il a toutes les grandes entrées chez elle (...).» Por la otra, Montviel no dejaba de poner objeciones hacia el sustituto de Ortiz de Otalora, Don Francisco Quincoces, al que consideraba un “espía” que el cardenal buscaba introducir en el seno de la Casa de la reina. Oficial de la Contaduría Mayor de Cuentas y caballero de Santiago desde 1698, la descripción que el marqués envió a Versalles del nuevo guardajoyas, así como de las circunstancias que habían determinado su nominación, no podían ser más negativas. A decir de Montviel Quiconces era un «fripon», dotado de «la plus mauvaise réputation du monde», que debía su ascenso en palacio y la administración a «des corruptions et les manèges du règne passé, où l'on vent toutes les emplois (...).»<sup>1254</sup> Vinculado estrechamente a Don Sebastián de Cotes, gracias a cuya intercesión habría obtenido el puesto, y a través de este al almirante de Castilla, cuya lealtad dinástica generaba todo tipo de dudas, el marqués recomendaba su cese inmediato<sup>1255</sup> y la devolución del cargo a Ortiz de Otalora, «bon homme très éloigné

<sup>1251</sup> ARTOLA, M.: *La Monarquía de España*. Madrid, 1999, p. 298.

<sup>1252</sup> A.G.P., Felipe V, leg. 275(3).

<sup>1253</sup> Susanne Duperroy era sobrina de Nicolasa Duperroy, viuda del cirujano parisino Nicholas Quentin y a quien los españoles apodaron *La Cantina*. Sobre la familia Duperroy, véase MAURA, D.: *Vida y reinado de Carlos II*. Madrid, edic. de 1990, p. 248, 305 y 339.

<sup>1254</sup> Montviel a Torcy. Madrid, 4 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fols. 116v.-117r; 117v.-118r.

<sup>1255</sup> «Il ne convient en aucune façon que des gens d'un pareil caractère aient aucune accès et encore moins ces entrées chez une ieune reyne (...).» *Ibidem*. Algunos datos sobre Quiconces y su posición en la red clientelar de Portocarrero podemos encontrarlos en DUBET, A.: *Un estadista francés en la España de los Borbones. Juan Orry y las primeras reformas de Felipe V (1701-1706)*. Madrid, 2008, pp. 107 y 154, donde

de l'intrigue et que voyant bien qu'il devra son rétablissement à la France il redoublera son attachement pour elle (...).»<sup>1256</sup>

A la postre Quincoces continuó en el puesto.<sup>1257</sup> No obstante este dato, lo interesante de los testimonios que acabamos de recoger estriba en la visión que Louville y Montviel transmitían acerca de la forma en que se estaba organizando la Casa de la reina. Tal visión era en buena medida subjetiva, resultado bien de la ya conocida suspicacia hacia Grandes y Títulos, bien del pábulo concedido a rumores o impresiones personales respecto a determinados cortesanos y criados palatinos. En último término, y si bien no hemos realizado un seguimiento pormenorizado de los nombramientos llevados a cabo por Portocarrero y Arias a lo largo del verano de 1701, podríamos matizar algunas de las acusaciones vertidas contra estos por ambos miembros del *entourage* francés de Felipe V. Así, si observamos las plantas de la Casa fechadas en 1701 y 1702, como también el historial de sus miembros, la supuesta intencionalidad del cardenal y el gobernador de Castilla por cubrir los puestos principales de la misma con sus “hechuras” no parece tan evidente. La línea de continuidad adoptada en relación a las casas de Mariana de Austria y Mariana de Neoburgo, además de la antigüedad de muchos de estos criados, parecen desmentir esta imputación, al menos para buena parte de los cargos. Es decir, muchos de los sujetos que pasaron a servir a María Luisa de Saboya habían entrado en palacio en las décadas de 1680 o a comienzo de la de 1690, cuando la influencia de Portocarrero y Arias sobre la corte no era tan determinante como lo sería en los últimos años del reinado de Carlos II. Por otro lado, el nombramiento de Montellano como gobernador de la Casa, tal y como hemos visto, no estuvo solo determinado por la buena opinión que el cardenal tenía del cortesano; también respondía a los criterios de una política de reclutamiento basada en el respeto hacia la antigüedad y la trayectoria en el servicio palatino, así como a la necesidad de encontrar un acomodo para los criados que habían abandonado a Mariana de Neoburgo en su destierro, algo que también observamos para el caso de las mujeres de la cámara. Actuar de otra manera, tal y como reconoció Montviel, y castigar el comportamiento de todos estos servidores cesándolos de sus

---

puede comprobarse que Don Francisco formaba parte del “consejo privado” del cardenal y colaboró con Orry en la búsqueda de proveedores para el ejército en 1703.

<sup>1256</sup> El mismo al mismo. Madrid, 4 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fols. 116v.-117r. y 118r.

<sup>1257</sup> Por lo menos, consta como guardajoyas de la Casa de la reina en las plantas correspondiente a 1705, si bien desaparece de las siguientes de 1709 y 1713. Tampoco aparece en la planta de criados de Isabel Farnesio datada en 1716. A.G.P., Felipe V, legs. 275(1) y 255.

respectivos puestos, hubiera supuesto a la sazón una imprudencia. Dicho esto, ello no quita que no existieran ejemplos concretos, como el de Ortiz de Otalora, producto de la arbitrariedad. Ahora bien, cabe plantearse si el caso de Don Antonio o el de la hija de Fernán Núñez pueden definir por completo la intervención de Portocarrero en la organización de la Casa de María Luisa de Saboya. Y sobre todo, sustentar la imputación de Louville y Montviel en lo relativo al interés del arzobispo de Toledo (y en menor medida Arias) por rodear a la reina de francófonos más o menos encubiertos. Nosotros pensamos que no, habida cuenta de la flexibilidad del cardenal hacia la designación de los cortesanos que habían de ocupar las dignidades más encumbradas. En este sentido, debe recordarse que Portocarrero no tuvo ningún inconveniente a la hora de aprobar la designación de una francesa a la cabeza de la cámara de la reina; como tampoco en dejar vacantes los puestos de mayordomo mayor, caballerizo mayor y confesor real hasta conocer el dictamen de Luis XIV respecto a los sujetos más adecuados para ocuparlos.<sup>1258</sup>

En nuestra opinión la clave de las informaciones de Louville y Montviel se encontraría, en primer lugar, en el eco que tendrían en el gabinete de Versalles, que basaría en ellas buena parte de sus directrices posteriores relativas a la organización de la Casa. En segundo lugar, en que contribuirían a justificar las acusaciones que se venían haciendo, desde otros ámbitos, hacia la actuación de Portocarrero al frente del gobierno (básicamente aquellas referidas a su abuso de poder o a sus relaciones con Felipe V). Y por último, en que ponían de relieve, al margen de ejemplos particulares, la necesidad de que Francia arrebatase al cardenal el control sobre la servidumbre de la nueva soberana para entregárselo a los miembros del *entourage* francés de Felipe V (el embajador de Luis XIV en Madrid, que había de contar con el asesoramiento de otros personajes cercanos a la embajada gala en la capital española); únicos sujetos capaces, por su lealtad al monarca francés, de conformar un entorno palatino adecuado para la consorte de un Nieto de Francia.

### **Damas y confesores: la etapa del conde de Marcin (agosto-noviembre de 1701).**

La designación del sucesor del conde de Marcin al frente de la embajada francesa, así como la definitiva conclusión del matrimonio de los reyes, principiaron una nueva etapa en la formación de la Casa de María Luisa de Saboya. Si hasta el momento la

---

<sup>1258</sup> Recuérdese su conformidad con las órdenes de Luis XIV de dejar vacante por ejemplo el puesto de camarera mayor y su posterior anuencia a aceptar a la princesa de los Ursinos para el mismo.

opinión del cardenal Portocarrero había sido decisiva en su organización, en adelante no lo será tanto; concretamente en la designación de los sujetos que habían de ocupar las dignidades más altas en el cuerpo de la servidumbre. Este cambio de actitud por parte de Versalles queda de manifiesto en las primeras misivas que Luis XIV dirigió al nuevo embajador: «il ne faut pas -escribió el soberano francés a Marcin- que le Roy Catholique souffre que le Card[ina]l Portocarrero nomme de leur mesme et sans l'en avertir aux charges de la maison de la Reyne. Et il [Felipe V] ne devoit pas permettre que les places des Dames de Palais fussent remplies comme elles l'on été sans ses ordres.»<sup>1259</sup>

Si bien las nominaciones ejecutadas por el cardenal en el periodo referido con anterioridad no fueron revocadas (recuérdese el caso Quincoces-Otarola), la suspicacia que provocó en el *entourage* francés de Felipe V la gran mayoría de tales designaciones implicó el desarrollo de nuevas medidas de caución. Desde finales del verano de 1701, se hizo evidente la necesidad de rodear a la nueva reina de un entorno palatino adecuado, capaz de secundar las órdenes e iniciativas de Versalles en relación a la consorte de Felipe V. Por estas fechas Luis XIV dispuso todo un conjunto de medidas, que habían de ser llevadas a la práctica por su embajador en España, con el objetivo de neutralizar las disposiciones que paralelamente habían ejecutado Portocarrero y el duque de Saboya en relación a la Casa y séquito piemontés de María Luisa. Es en este momento en el que debemos situar tanto la designación de la princesa de los Ursinos en calidad de dama encargada de conducir a la reina hasta Barcelona (a cuya finalidad última ya aludimos), como la orden relativa al despido de los criados procedentes de Turín. En esta misma línea de actuación, el soberano francés también encomendó a Marcin dos disposiciones de capital importancia. Por una parte, mantener el puesto de camarera mayor vacante hasta el definitivo nombramiento de la princesa; es decir, impedir que durante el trayecto de la soberana hasta España Portocarrero agraciase con el cargo a su sobrina, la condesa de Palma, o a cualquier otra fémia de la Grandeza; por la otra, dirimir, entre las damas españolas, cuál podría ser la más idónea para ostentar la dignidad de *première femme de chambre*, y evitar asimismo que el monarca, a instancias de su esposa, nombrase a una piemontesa.<sup>1260</sup>

---

<sup>1259</sup> Luis XIV a Marcin. Marly, 12 de septiembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 140r.

<sup>1260</sup> «Ces considérations méritoient l'attention du Roi dans le choix de la *camarera mayor* ou dame d'honneur. Il est certain que les femmes de la première qualité en Espagne auroient toutes prétendu à ce poste. Le cardinal Porto-Carrero le souhaitoit déjà pour sa nièce la comtesse de Palma; mais les qualités

La preocupación de Versalles por la composición de la cámara de la reina tenía su origen en tres factores: en primer lugar, en la necesidad de controlar el proceso de adaptación de María Luisa de Saboya a la corte madrileña a través de personajes «seurs», esto es, afines a Francia; en segundo lugar, en las informaciones transmitidas por el *lobby* francés en Madrid acerca de las damas españolas; y por último, en las atribuciones de determinados puestos palatinos, por ejemplo el de *première femme de chambre* sobre el que ahora hablaremos, que entrañaban un contacto reiterado y estrecho del que podían derivar un grado de confianza y unas retribuciones, tangibles (mercedes) e intangibles (influencia), criada-soberana que convenía fiscalizar.

En lo que toca a las damas de la reina, la prudencia que llevó a Luis XIV a aceptar la continuidad en la Casa de María Luisa de Saboya de las mujeres que otrora habían servido a sus antecesoras, concitó el recelo no solo ya de los conocidos Montviel y Louville, sino también de Marcin. Ciertamente, ninguno de ellos se opuso frontalmente a las intenciones del monarca francés. De hecho, podría decirse que hasta cierto punto comprendían la lógica que dominaba esta aceptación: mostrarse conciliador era necesario pues la ofensa infligida a estas damas con su posible destitución se extendería hasta las familias de la aristocracia española a las que pertenecían. Ahora bien, ello no era óbice para que la opinión que albergaban de las mujeres que poblaban el Real Alcázar oscilara entre la abierta censura, el desprecio y la ridiculización de su apariencia y formas de vida. En este sentido, algunos de los juicios que las damas de la corte española suscitaban en el entorno francés de Felipe V rayaban lo anecdótico. Otros, por el contrario, remitían a aspectos de mayor gravedad susceptibles de afectar tanto a la adaptación de la nueva reina como a la conducta que esta podría seguir tras su instalación en Madrid. Dentro de la primera categoría

---

propres à se bien acquitter de cet emploi manquoient à toutes. Sa Majesté a jugé qu'il ne pouvoit être mieux confié qu'à la princesse des Ursins (...). Le Roi Catholique persuadé qu'il ne peut faire un meilleur choix, devoit lui écrire pour la prier de conduire en Espagne la princesse de Savoie; mais il ne suffit pas qu'elle en fasse simplement le voyage: l'intention du Roi est qu'elle y demeure après cette fonction (...). Comme la princesse des Ursins n'ira point avec la Reine d'Espagne en qualité de *camarera mayor*, mais qu'elle sera seulement nommée pour la conduire, il faut empêcher que pendant cet intervalle la charge ne soit remplie; vraisemblablement le Roi d'Espagne n'oubliera pas la vue du Roi lorsque Sa Majesté lui a fait proposer la princesse des Ursins. Après le choix de la *camarera mayor*, celui de la première femme de chambre est aussi très important; mais il est difficile d'être bien assuré de celle qui remplira cette place. Plusieurs souhaitent que le Roy y mît une Française; Sa Majesté n'a pas jugé qu'il lui convînt de le faire, conseillant elle-même au Roi d'Espagne d'exclure toutes les Piémontoises et de déclarer qu'il n'en souffrira pas ne auprès de la princesse de Savoie. Cet article est si important pour le bonheur de la Reine d'Espagne, que nulle complaisance, nulle considération ne doivent l'obliger à s'en relâcher (...).» Instrucciones del conde de Marcin. *RLA*, XII-II, pp. 18-20.

podríamos incluir las alusiones al físico<sup>1261</sup> y a las costumbres de las mujeres que habían de servir a María Luisa de Saboya. Así, abundan las informaciones referidas a la fealdad y vejez de estas damas, a lo ridículo de su indumentaria<sup>1262</sup> y a su vida cotidiana tras los muros de Palacio, del que «sortent très rarement» y donde no hacen otra cosa que «prendre du chocolat du matin au soir (...) il y a toujours du feu dans leurs chambres».<sup>1263</sup>

La segunda categoría de noticias sobre estas mujeres está compuesta de menciones a su carácter, conducta y moralidad. En este sentido, para los franceses del entorno de Felipe V las damas de la Casa de la reina constituían un conjunto de muchachas deshonestas y dedicadas únicamente a los galanteos con los mozos de la corte, ante quienes se lucían desde las ventanas y con los que se comunicaban a través de señas. La relajación en sus costumbres, argüía Montviel, se debía a la educación que recibían en palacio y al escaso control que se imponía sobre ellas.<sup>1264</sup> Tan desalentador como el de las damas, era el retrato que trazaban estos sujetos del resto de mujeres que habían de integrar la servidumbre de María Luisa de Saboya. Se trataba de damas formadas en el reinado anterior, ocupadas solo en intrigas palatinas y en proveer de

---

<sup>1261</sup> «(...) elles sont toutes fort vieilles et fort laides» Marcin a Luis XIV. Barcelona, 19 de octubre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 245v.

<sup>1262</sup> Años después el conde de Tessé describió con su ironía habitual el entorno femenino de la reina en los siguientes términos: «Une chose, Madame, qui vous auroit réjouie, c'est quand elle me fit l'honneur rare et inopiné de me faire passer dans la galerie, où se tiennent ses dames, et où les hommes, excepté son majordome-major, n'entrent jamais; ses dix-sept filles d'honneur y étoient et de trois en trois une *duegña* [sic]: c'est une espèce d'animal noir et sauvage; comme qui diroit une fort vieille femme, sèche, vêtue de noir avec une grande coiffe attaché sur une tête, qui n'a de coiffure que sa propre tête toute nue; toutes ces pauvres filles vêtues et coiffées à l'espagnole me parurent l'aire assez ennuyé et enfermée. Elles servent à table et à genoux le Roi et la Reine, qui m'ont dit tous deux que d'abord ils avoient eu assez de peine à s'accoutumer de voir ainsi des filles à genoux les servir, comme font vos gentilshommes servants (...)» Conde de Tessé a la duquesa de Borgoña. Madrid, 12 de noviembre de 1704, recogida en RAMBUTEAU, C. (ed.): *Lettres du Maréchal de Tessé a Madame la Duchesse de Bourgogne, Madame la Princesse des Ursins, Madame de Maintenon, Monsieur de Pontchartrain, etc...* París, 1888, pp. 196-200. Para una visión “no francesa” sobre las damas de la Casa de la reina véase por ejemplo el diario del holandés Lodewijk Huygens, que visitó España entre 1660 y 1661. EBBEN, M. (ed.): *Un holandés en la España de Felipe IV. Diario del viaje de Lodewijk Huygens (1660-1661)*. Madrid, 2010, pp. 185-190, donde describe una de las comidas públicas de Mariana de Austria.

<sup>1263</sup> Carta de Madrid, 13 de julio de 1702. A.N., K1332, fol. 180v.

<sup>1264</sup> Montviel a Torcy. Madrid, 4 y 10 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fols. 113v. y 179r.-v. Igual de ilustrativo es el testimonio de Marcin: «Les Dames du palais, après avoir esté retenues quelques iours à St. Feliou pour éviter pendant l'absence de la Reine les désordres que leurs charmes ont dit-on coutume de causer (...), ont obtenu enfin à force d'importunité la permission de venir icy, et arriverent il y a quatre iours. Tous les Seig[neu]rs Espagnols s'empressent fort à leur faire leur cour, ne fusse que par la fenêtr[e] en parlant des doi[g]ts.» Marcin a Luis XIV. Barcelona, 19 de octubre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fol. 245v.



mercedes a su parentela<sup>1265</sup>, cuya lealtad hacia la nueva dinastía era objeto de ciertas dudas para Louville, que las tildaba de «autrichiennes incarnées»: «Le bruit commun - escribió Marcin- est que toutes ces femmes élevées à la cour sous le Règne precedent, pendant lequel elles avoient beaucoup de crédit, et se méloient de toutes les intrigues, sont de très dangereux esprits.»<sup>1266</sup>

Dotadas de un notable afán conspirador, «fort intrigantes et fort broüillones, et qui selon toute apparence ne se déferont pas de cet esprit si tôt», resultaba difícil que damas de semejantes características se ciñeran a la menor disciplina, motivo por el cual no habían dejado de causar problemas a las sucesivas camareras mayores: «Elles [se refiere a las damas de la Casa de la reina] n'ont jamais manqué à attirer tous les dégouts qu'elles ont pû à celles qui ont tenu la place [de camarera mayor] -escribió Montviel- (...). Cela est de grande conséquence par la quantité de femmes de l'autre cour qui seront de celle cy et parmy lesquels il y en a plusieurs qui ont tousiours été (...).»<sup>1267</sup>

Obviamente, este conjunto de testimonios tienen un componente muy alto de parcialidad y están determinados por los ya bien conocidos desconfianza y prejuicios con los que los franceses de Felipe V enjuiciaban a los cortesanos españoles y sus costumbres. Aunque las críticas hacia los galanteos fueron también una constante en los reinados de Felipe IV y Carlos II<sup>1268</sup>, lejos quedaba su consideración como objeto de “conveniencias grandes (...) por el decente respecto con que se executan, por el Sagrado fin à que se encaminan (...) [siendo] obsequios à la Nobleza, lustre y Reverencia de las Damas y Honor a su Dignidad”<sup>1269</sup>, lo cierto es que desde un punto de vista general estas informaciones contaban con una intencionalidad muy concreta. A través de ellas se pretendía, en primer lugar, subrayar la importancia de rodear a la nueva reina de un entorno fiable para Francia, capaz de ejercer una influencia benéfica sobre la consorte que excluyera todo interés por tomar parte en las intrigas cortesanas, la política y el reparto de mercedes: «Cette cour est remplie de cabales fort oposés a

<sup>1265</sup> En concreto, Montviel aludía a cómo tradicionalmente estas damas habían maniobrado para garantizar a alguno de sus parciales el puesto de mayordomo mayor: «(...) procurer la charge de *mayordome mayor* dans le temps ou ces dames disposient des presques toutes les charges (...)» Montviel a Torcy. Barcelona, 20 de octubre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 93, fol. 460v.

<sup>1266</sup> Marcin a Luis XIV. Barcelona, 1 de octubre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fols. 212v.-213r.

<sup>1267</sup> Montviel a la duquesa de Beauvilliers. Madrid, 4 de agosto de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 97, fol. 158r.

<sup>1268</sup> SIMÓN PALMER, M. C.: “Notas sobre la vida de las mujeres en el Real Alcázar”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, 19 (1997), pp. 21-37; las alusiones a los galanteos de las damas, en pp. 33-36.

<sup>1269</sup> *Dignidad de las damas de la Reyna: noticias de su origen y honores. Consagrada a sus mismas aras por un devoto, dedicado a doña María Niño, condesa de Villa Umbrosa, marquesa de Quintana...* S.l., n.i. [ca. 1670], pp. 24 y 28-29.

nos interests (...). Les Espagnols ne demanderoient pas de mieux que de voir les françois broüillés les uns avec les autres et ie ne doute pas que quand la reyne future sera icy, ils ne mettent tous en usage pour que cela arrive (...).», advertían Louville y Montviel en su correspondencia.<sup>1270</sup> En segundo lugar, buscaron poner de relieve las deficiencias del entorno que Portocarrero había forjado para la esposa de un Nieto de Francia, no solo ya en virtud de la dudosa catadura moral de estas damas, sino también a causa de su incapacidad para comunicarse con María Luisa<sup>1271</sup> y la rareza de sus hábitos cotidianos, susceptibles de resultar poco agradables para una princesa educada en Italia por una madre y una abuela francesas. Esta última cuestión, guarda relación con las órdenes de Luis XIV tendentes a disipar el aburrimiento imperante en la corte madrileña (véase cap. 1 de la primera parte de este trabajo); con el interés de Versalles por reglar la planta de la Casa de la Reina Católica conforme a algunas de las características de la *Maison de la reine de France* (lo que en el caso de María Luisa no se concretará de manera parcial sino en 1706/1712)<sup>1272</sup> y con la necesidad de incluir entre la servidumbre de la soberana a sujetos flexibles y dispuestos a secundar las alteraciones de la etiqueta palatina que habían de introducirse por las mismas fechas (sobre lo que incidiremos en el siguiente epígrafe). Para finalizar, observamos cómo los testimonios reseñados más arriba constituyeron a la postre un medio a través del que justificar la adopción de una serie de medidas relativas al papel de la camarera mayor en el seno de la Casa y a la nominación de ciertos sujetos franceses para algunos cargos concretos de la cámara.

No nos detendremos por el momento en analizar cómo estos juicios acerca de las damas afectaron a la camarera mayor, sobre lo que discurriremos más adelante; por el contrario, nos gustaría referir aquí cómo los mismos pueden explicar tanto el afán de algunos miembros del *entourage* francés de Felipe V por designar una *première femme de chambre* francesa, como la inclusión en la planta de la Casa de algunas mujeres, también de origen francés, que habrían de ocupar puestos de notable cercanía alrededor de la nueva soberana. Por lo que toca a esta última cuestión, a finales de julio de 1701 fueron

---

<sup>1270</sup> Louville a Torcy. Madrid, 4 de agosto de 1701; Montviel al duque de Beauvilliers. Madrid, 10 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fols. 145r. y 186v. respectivamente

<sup>1271</sup> Al hilo de este aspecto, Louville informó a Versalles que ninguna de las damas de la reina, ni siquiera la hija del francófilo Fernán-Nuñez, era capaz de expresarse en francés. LOUVILLE, I, p. 148.

<sup>1272</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “La evolución de las damas...”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J., LOURENÇO, M.P.P. (coords.): *Las Relaciones Discretas...*, II, pp. 1381-1382

designadas como camaristas de la reina María Francisca Valois y María Pichelin.<sup>1273</sup> Emparentadas con sendos miembros de la familia francesa del monarca, su integración en la servidumbre fue entendida, como en el caso de la *première femme de chambre*, una necesidad habida cuenta de la política de reclutamiento desarrollada por Portocarrero: «S[a] M[ajesté] C[atholique] a donné des places de femme de chambre de la reyne future a une fille de Pichelin et a une fille de Valois, comme elles sont ieunes, elles pourront être utiles un iour auprès de leur maîtresse. Je ne seray pas content que ie ne voyay une *asafata* ou première femme de chambre françoise. La manière dont on presse icy de fourrer des Espagnols (...) par tout démontre l'importance de ce que ie souhaitte.»<sup>1274</sup> Desde estas perspectivas, se buscaba menoscabar el predominio de mujeres españolas en la Casa (dueñas de honor, guarda mayor y guarda menor, damas...) a través de la concesión a muchachas francesas de puestos que, aunque de menor dignidad, contaban con importantes atribuciones. No solo por la cercanía a la regia consorte que comportaban; sino también porque su nominación implicaba introducir a jóvenes de confianza, dado su parentesco con otros servidores de Felipe V, en el corazón mismo de la cámara de la reina. Criadas, en definitiva, leales a Francia y que llegado el caso se mostrarían sumisas a las directrices de la embajada gala o de otros sujetos del *lobby* francés en Madrid (verbigracia Louville, jefe de la *Maison française* del monarca), de ahí la utilidad que les adjudicaba Montviel.

Esta estrategia, que guarda ciertas concomitancias con la forma en la que se organizó la Casa de Felipe V, había de coronarse con la designación de una *première femme de chambre* francesa. Este nombramiento fue objeto de arduos debates a uno y otro lado de los Pirineos. Ya en el verano de 1701 Louville había recomendado otorgar este empleo a una mujer de origen francés. También Blécourt se hizo eco, a finales de agosto de ese mismo año, cuando el matrimonio real ni siquiera se había formalizado definitivamente, de la sugerencia del marqués en una de sus misivas a Torcy: «(...) il y a longtemps que j'ay eu l'honneur d'écrire au Roy qu'il seroit à propos d'avoir une première femme de chambre auprez de la Reyne d'Espagne dont on peut s'assurer, je prendray la liberté de vous dire qu'une espagnole ny est pas propre, je crois que vous y ferez attention si le mariage s'acheve (...).»<sup>1275</sup>

<sup>1273</sup> Sus nombramientos, fechados en Madrid, 31 de julio de 1701, en A. G. P., Felipe V, leg. 52.

<sup>1274</sup> Montviel a Beauvilliers. Madrid, 4 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fols. 118r.-v.; el mismo a Torcy. Madrid, 4 de agosto de 1701. *Ibid.*, fol. 131r.

<sup>1275</sup> Blécourt a Torcy. Madrid, 24 de agosto de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 92, fols. 269v.-270r.

Para comprender la trascendencia que los franceses de Felipe V otorgaban a este puesto, así como la importancia que concedían al hecho de que el mismo recayera en una dama francesa, debemos aludir a sus atribuciones. En la *Maison de la reine de France*, el cargo de *première femme de chambre* constituía un puesto clave en el seno de la servidumbre de la soberana. Según Newton, se trataba de un cargo de gran potencialidad que, por tradición, era ocupado por aquella que había sido nodriza del rey (por lo que no correspondía a damas tituladas, para las que quedaban los puestos de *dame d'honneur* o *dame du palais*, toda vez que el de *surintendant* era adjudicado a una princesa de la sangre). Entre las atribuciones de la *première femme de chambre* se encontraba el cuidado de las necesidades personales y privadas de la reina. Figura fundamental en la cotidianeidad de la soberana, asistía a sus *toilettes*, se encargaba de las presentaciones informales, es decir, cuando la consorte no concedía audiencias en *habit de cour*, asistía a la jura de los grandes oficiales de la Casa y se encargaba de recibir la vianda, servilleta y otros enseres de manos de los servidores del *Gobelet* cuando la reina cenaba en privado, *à petit couvert*. Sus funciones hacían de ella una presencia constante al lado de la soberana, eran susceptibles de garantizarle la estima y confianza de su señora y, ligadas a ellas, otras concesiones crematísticas que eran indicio tanto de su estrecha relación con la reina como de su influencia. En último término, la *première femme de chambre* tenía jurisdicción sobre las *femmes de chambre*, plazas también muy ambicionadas (huelga decir que el prestigio y beneficios anejos al puesto eran también considerables), que servían en rotación en equipos de cuatro en la atención efectiva de las necesidades cotidianas de la consorte.<sup>1276</sup>

Al hilo de las atribuciones de la *première femme de chambre*, debemos señalar que resulta difícil establecer un paralelismo entre este puesto y otros pertenecientes a la cámara de la Reina Católica. En este sentido, si nos remitimos estrictamente a sus funciones y las comparamos con lo expuesto en las etiquetas de la Casa de la reina,

---

<sup>1276</sup> NEWTON, W. R.: *La petite cour. Service et serviteurs à la Cour de Versailles au XVIII<sup>e</sup> siècle*. Paris, 2006, pp. 262-265. En la Casa de María Teresa de Austria, el puesto de *première femme de chambre* fue ocupado hasta su muerte en 1683 por Madame Anselin, nodriza de Luis XIV, quien tuvo a su cargo primero a 4 *femmes de chambre* a las que había que sumar a 5 españolas (1663); en 1674, las 4 *femmes de chambre* ascendieron a 6 y las españolas quedaron reducidas a 1. La última planta de la Casa de la reina consigna a 8 *femmes de chambre*, incluida la española, Felipa María Teresa Abarca, naturalizada francesa tras su matrimonio con Monsieur de Vizé.

<http://chateauversailles-recherche.fr/curia/documents/reine1663.pdf>

<http://chateauversailles-recherche.fr/curia/documents/reine1674.pdf>

<http://chateauversailles-recherche.fr/curia/documents/reine1683.pdf>, consultados el 9 de octubre de 2013.

observamos que los cometidos de la *première femme de chambre* eran llevados a cabo en la corte española por la camarera mayor y las dueñas de honor, en ausencia de la primera. Y, en un plano más efectivo, por las mozas de Cámara y las Dueñas de retrete. Las primeras, asistían en el servicio de la reina “y en las demás cosas que les hordenare la Camarera Mayor”; las segundas, “an de cumplir y guardar lo que la camarera mayor les ordenare: y no an de entrar en la Cámara de la Reyna sino quando las mandare llamar para algún efecto y luego se irán ni sean de sentar delante de ella”.<sup>1277</sup> En términos estrictos, el trato cotidiano con la soberana seria mayor en el caso de las mozas de Cámara que en el de las Dueñas de retrete; pero en cualquier caso, lo que nos interesa señalar es que ambos cargos están sometidos a la dirección de la camarera mayor o de la Dueña de Honor en su defecto. Las etiquetas no contemplan la existencia, al menos de *iure*, de una instancia intermedia entre unos y otros puestos. Por tanto, ¿con qué oficio de la cámara de la reina relacionaban los franceses de Felipe V el de *première femme de chambre*? Como vimos más arriba, Montviel lo vinculaba al de azafata. Con todo, este puesto no aparece consignado como tal en las etiquetas y, en las plantas de las Casas de Mariana de Neoburgo y María Luisa de Saboya se encuentra incluido bien en la sección de las dueñas de retrete, bien entre las guardas menores<sup>1278</sup>; oficios todos ellos cuyas atribuciones no se corresponden con las que se otorgaban a la *première femme de chambre* en la *Maison de la reine de France*. En nuestra opinión, los miembros del *entourage* francés de Felipe V asociaban este cargo con el de Dueña de Honor, por un lado, porque entendían que la mujer designada como *première femme de chambre* de la reina María Luisa había de auxiliar a la princesa de los Ursinos en sus cometidos como camarera mayor (lo que correspondía a la Dueña de Honor); por el otro, porque entre las damas postuladas para este empleo se contará, como veremos acto seguido, Doña Alejandra Alsaze, quien ostentaba el puesto de Dueña de Honor en la servidumbre de la reina viuda.<sup>1279</sup>

---

<sup>1277</sup> SIMÓN PALMER, M. C.: “Notas sobre la vida...”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, 19 (1997), pp. 23-26.

<sup>1278</sup> A.G.P., Felipe V, leg 275 e *Ibíd.*, *Libro Registro de criados de la Casa de la reina [viuda]*, 1701-1740, n.º 00573.

<sup>1279</sup> “Las dichas dueñas de honor han de tener particular cuidado en el acompañamiento y servicio de la Reyna asistiendo siempre cerca de su persona, y por ausencia o impedimento de la dicha camarera mayor y aya de las Infantas han de suplir las dichas dueñas en lo que toca a su servicio guardando siempre la antigüedad que tienen en el de la reyna de tal manera que la más antigua supla a falta de la Camarera Mayor y así lo harán sucessivamente las demás dueñas de honor guardando a cada una dellas su antigüedad y esta misma orden es mi voluntad que se guarde y cumpla en lo que toca al dormir en la cámara de la Reyna de manera que faltando la dicha camarera mayor duerman en ella dos de las dichas

Al margen de estas precisiones terminológicas, resultan más interesantes para el objeto de este trabajo las razones esgrimidas para justificar la inclusión de una *première femme de chambre* francesa en la Casa de María Luisa de Saboya. Medida que, de entrada, defienden por unanimidad los miembros más influyentes del *lobby* francés en Madrid. Así, ya hemos aludido a las repetidas instancias a este tenor efectuadas por Louville, Montviel y Blécourt, que Marcin, una vez en España, secundaría con vehemencia. En efecto, entre los cometidos adjudicados por Versalles al nuevo embajador se encontraba el de designar entre las damas españolas a una *première femme de chambre* con el asesoramiento de Harcourt.<sup>1280</sup> Sin embargo, y a riesgo de contravenir las instrucciones recibidas de Versalles, apenas llegó a la capital española Marcin advirtió de la necesidad de nombrar no ya a una dama española para el cargo sino a una francesa, tal y como defendían otros de sus compatriotas:

«Il faut que ce soit une personne très sage et dont V[ôtre] M[ajesté] soit très assurée. Il est nécessaire que V. M. fasse sçavoir icy au plustôt qu'elle a rempli cette place. La précipitation avec laquelle j'ai appris que le cardinal avoit rempli celles de toutes les Dames du palais, il y a plus d'un mois, sans la participation du Roi d'Espagne, me presse de prendre cette précaution, cela me paroissant très important et estant certain (...) que tout ce qui viendra de la main de V. M. sera accepté sans réplique (...).»<sup>1281</sup>

A lo largo del verano y el otoño de 1701, el diplomático persistió en defender su postura en lo concerniente a la naturaleza de la dama que había de ostentar el referido empleo.<sup>1282</sup> A las razones expuestas en un principio (la nominación por Portocarrero de forma unilateral de todas las damas de la Casa y la consiguiente exigencia de contar con una *première femme de chambre* que gozara de la confianza de Luis XIV), Marcin

---

dueñas de honor las más antiguas (...). Quando la Reyna se vistiere o tocara podrán entrar las Dueñas de Honor donde ella estuviere pero no a otras oras más secretas que estas.” *Etiquetas de la Casa de la reina Ana de Austria* (1575). A.G.P., Histórica, C. 49, exp. 3, fols. 123r.-v. Agradezco a Elisa García que me proporcionara sus notas sobre este documento.

<sup>1280</sup> «Après le choix de la *camarera mayor*, celui de la première femme de chambre est aussi très important; mais il est difficile d'être bien assuré de celle qui remplira cette place. Plusieurs souhaitent que le Roy y mit une Française; Sa Majesté n'a pas jugé qu'il lui convînt de le faire (...). Si la maladie du duc d'Harcourt l'a jusqu'à présent empêché de songer à la personne qu'on pourroit choisir pour première femme de chambre, le comte de Marsin, arrivant à Madrid, pourra savoir de lui si, depuis, il y a fait réflexion; et tous deux, l'un ou l'autre, en rendront compte à Sa Majesté.» Instrucciones del conde de Marcin. *RLA*, XII-II, p. 20.

<sup>1281</sup> Marcin a Luis XIV. Madrid, 25 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 130r.-v.

<sup>1282</sup> «Je supplie encore très humblement V[ôtre] Ma[ajesté] de ne pas oublier ce que j'ai eu l'honneur de lui mander au sujet de la place de première femme de chambre de la Reine, qu'il est nécessaire que V. M[ajesté] remplit au plustôt d'une personne digne de l'occuper, qui ne sçauroit estre trop sage.» El mismo al mismo. Madrid, 29 de agosto de 1701. *Ibid.*, fol. 147v.

añadió con el tiempo otras consideraciones que tenían por objeto vencer la reticencia del monarca francés a su propuesta inicial. Así, a comienzos de septiembre, el conde propuso la nominación inmediata de la dama que había de ostentar este empleo, mientras Felipe V se encontraba ausente de Madrid.<sup>1283</sup> La finalidad de esta disposición era la de presentar a la corte de Madrid la designación como un hecho consumado, conforme a un plan expuesto por Marcin a su señor con más detalle el 1 de octubre. Según argumentaba el embajador, antes de partir hacia Barcelona el Rey Católico había obtenido la anuencia de Portocarrero al nombramiento deseado por Marcin, «de sorte que du côté des Espagnols c'est une affaire réglé». En vista de ello, y dado que los piemonteses poco tenían que decir en este punto, habida cuenta que serían reenviados a Turín, el diplomático solicitaba a Luis XIV el envío inmediato a Madrid de una dama de su elección para que ocupara el cargo. Con esta acción se evitarían, además, las posibles objeciones de María Luisa de Saboya a su nominación, puesto que la soberana la encontraría ejerciendo el oficio a su llegada a la capital. En último término, y con objeto de reforzar la idoneidad de su solicitud, Marcin volvía a incidir en los inconvenientes del entorno palatino diseñado por Portocarrero para la nueva reina, que ni siquiera la designación de Ursinos como camarera mayor podría reparar dada la hostilidad previsible con la que esta sería recibida por las damas españolas: «(...) comme il est impossible que Madame la Princesse des Ursins soit continuellement auprès de la Reine, il est de la dernière nécessité que la première femme de chambre soit une personne de confiance, qu'il ne faut pas espérer de trouver en Espagne (...). Je suis informé qu'on est fort attentif à Madrid à examiner ce qui se fera sur ce sujet, et que l'on commence déjà à y débiter que les françois feront tout ce qu'ils pourront pour rendre la Maison de la Reine un lieu de libertinage (...).»<sup>1284</sup>

No sabemos si Marcin era consciente o no de lo contradictorio de sus argumentos: al tiempo que exponía la sumisión con la que los españoles se someterían al nombramiento de una camarera mayor y de una *première femme de chambre* francesas, aludía a los rumores relativos al libertinaje que reinaría en la Casa, con lo que parecía anunciar futuros conflictos en el entorno de la soberana por este motivo. No obstante esta reflexión, el diplomático terminó por incluir entre sus razonamientos un argumento que, a ojos del rey de Francia, podía resultar definitivo: la personalidad de Felipe V y el ascendiente que su consorte podría adquirir sobre él. Influjo, por otro

<sup>1283</sup> El mismo al mismo. Alcolea, 10 de septiembre de 1701. *Ibid.*, fol. 175r.

<sup>1284</sup> El mismo al mismo. Barcelona, 1 de octubre de 1701. *Ibid.*, fols. 212v.-214r.

lado, del que bien podrían servirse las mujeres de su Casa, tal y como había sucedido en los reinados anteriores.<sup>1285</sup>

Las reiteradas súplicas de Marcin pretendían vencer la reticencia de Luis XIV a nombrar a una dama francesa como *première femme de chambre*. En efecto, desde el primer momento el monarca galo se negó a secundar las intenciones de su embajador en este punto. Aunque no negaba la utilidad que podría tener su propuesta, consideraba que incrementar el número de franceses en los cargos de mayor responsabilidad de la Casa podría conllevar más inconvenientes que beneficios. Frente al interés que había mostrado por la designación de una camarera mayor de origen francés, Luis XIV prefirió no interferir de manera directa en la nominación de la *première femme de chambre*: «il n'y avoit nul prétexte de donner à cette P[rincese] une françoise qu'elle ne connoistra point, lorsqu'on exclura les Piémontoises, et ce seroit marquer une défiance trop déclarée des Espagnols (...).»<sup>1286</sup>

Desde estas perspectivas, la prudencia llevaba al monarca a depositar exclusivamente en la princesa de los Ursinos la dirección del proceso de adaptación de María Luisa de Saboya a la corte madrileña. Dado que la presencia de dos francesas en la cámara de la reina podría concitar problemas, el monarca galo abogaba por la designación de una española para el puesto. La dama designada, había de ser advertida por Felipe V de la obediencia absoluta que debería a las órdenes de Ursinos; algo que por otro lado constituiría un ejemplo significativo de la autoridad que la camarera mayor había de disfrutar sobre el resto de las mujeres de la cámara: «Ainsy mon sentiment est que le Roy Catholique choisisse celle qu'il croira le plus propre à cet employ, qu'en la nommant, il l'avertisse qu'Elle ny demeurera qu'autant qu'il sera content d'Elle, que son intention est qu'Elle obéisse a la P[rincese] des Ursins et qu'elle agisse en tout de concert avec elle, et qu'il en nommera un autre lorsqu'elle y manquera. On pourra de cette manière éprouver sa conduite, changer si l'on n'est pas content et éviter ainsy les inconvénients d'essuyer un changement en Espagne.»<sup>1287</sup>

Pese a que Luis XIV continuó prestando oídos a las instancias de Marcin en cuanto al cargo, no por ello su postura se hizo más flexible. A lo sumo, a finales de

---

<sup>1285</sup> «Les Espagnoles ne valent pas mieux que les Piémontoises. Cela est d'autant plus important qu'autant que j'en puis iuger, depuis que j'ay l'honneur d'approcher de la personne de S. M. C., la Reine pourra prendre beaucoup de crédit sur son esprit.» El mismo al mismo. Barcelona, 9 de octubre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 223r. La cursiva es nuestra.

<sup>1286</sup> Luis XIV a Marcin. Marly, 12 de septiembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 138v.-139r.; recogida parcialmente en L. TR., I, p. 90.

<sup>1287</sup> *Ibidem*, fol. 139r. La cursiva es nuestra.



octubre de 1701 encomendó a su embajador que examinara con la princesa de los Ursinos los pros y los contras que entrañaría la nominación de una francesa para el puesto, si bien se apresuró a advertir: «j'ay peine à croire que le compte que vous m'en rendrez me fasse changer de sentiment.»<sup>1288</sup>

En respuesta a las exigencias de su soberano el diplomático pergeñó una propuesta intermedia con el fin de facilitar la elección de la *première femme de chambre* y evitar así que el cargo recayese en una española. Aunque Marcin aceptaba descartar a una francesa sugirió, aparentemente de acuerdo con Ursinos, la designación para el puesto de una de las damas de Mariana de Neoburgo, Doña Alejandra Alsaze, oriunda de los Países Bajos y capaz de expresarse tanto en francés como en castellano, lengua esta última que María Luisa aún no dominaba.<sup>1289</sup> Podría parecer un contrasentido el situar junto a la nueva reina a una dama que, como doña Alejandra, había estado implicada en las intrigas que se adjudicaban a la Berlips y a Mariana de Neoburgo en los últimos años del reinado de Carlos II.<sup>1290</sup> Sin embargo, Alsaze estaba en los mejores términos con los Harcourt<sup>1291</sup>, el nuncio papal, cardenal Acquaviva y el comendador Operti, enviado saboyano. Los buenos informes que Harcourt envió a Luis XIV acerca

---

<sup>1288</sup> «Plus j'examine ce que vous m'écrivez au sujet d'une première femme de chambre pour la Reyne d'Espagne moins je crois convenable de donner dez à present cette place à une françoise ; il faut choisir le mieux q[ui]l sera possible pourvu les Espagnolles et que le Roy Catholique parle a celle qu'il nommera conformément a ce que je vous ay marqué. Comme la Princesse des Ursins doit bientôt arriver à Barcelonne, vous luy direz ce que vous m'avez écrit sur ce sujet, vous verrez avec elle les raisons et les inconveniens q[ui]l peut y avoir de choisir une françoise pour première femme de chambre, vous me les ferez encore scavoir l'un et l'autre.» El mismo al mismo. Madrid, 24 de octubre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fols. 229v.-230r. La cita en fol. 230r.

<sup>1289</sup> Marcin a Luis XIV. Barcelona, 13 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fol. 292v.

<sup>1290</sup> Sobre el papel de Doña Alejandra en los últimos años del reinado de Carlos II existen algunas referencias en MAURA, D.: *Vida y reinado de Carlos II*. Madrid, edic. de 1990, pp. 595 y 606. Doña Alejandra acompañó en su destierro a Toledo a Mariana de Neoburgo como Dueña de Honor. Su nombramiento, el 1 de enero de 1701, aparece recogido en A.G.P. *Libro Registro de criados de la Casa de la reina [viuda], 1701-1740*, n.º 00573.

<sup>1291</sup> «Je m'en suis informé autant qu'il m'a esté possible et ie n'en ay parlé à personne qui ne m'en ayt dit du bien. Elle est fort connue du Duc et de la Duchesse d'Harcourt et fort de leurs amies. La négociation ne sera pas difficile, car elle meurt d'envie d'estre auprès de la Reine et on m'a assuré que quoiqu'elle soit très bonne femme, la Reine Douairière la cédera sans regret. La Princesse des Ursins en a déjà parlé à la Reine qui témoigne la souhaitter. Il n'en coutera qu'une lettre du Roy Catholique à la Reine Douairière.» Marcin a Luis XIV. Barcelona, 13 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 292v. En otro orden de cosas, esta consideración hacia la reina viuda por parte del monarca francés pretendía contrarrestar el descontento de Mariana de Neoburgo ante la inclusión en la Casa de la nueva reina de las damas que se habían negado a acompañarla en su destierro a Toledo; como también, la negativa de Versalles a condenar la dimisión de Santisteban y la duquesa de Frías como mayordomo mayor y camarera mayor: «La reyne d'Espagne est fort touchée de ce que l'on reprend toutes les dames du palais quin l'on quittée pour les mettre auprès de la jeune reyne, on m'a assuré que cela luy est tout à fait sensible...» Blécourt a Luis XIV. Madrid, 14 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 91, fol. 332r. Véase también Louville a Torcy. Madrid, 4 de agosto de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 97, fols. 139v.-140r.

de Doña Alejandra motivaron que el monarca galo aprobase su designación como *première femme de chambre*, siempre y cuando contase con la aprobación de la reina viuda.<sup>1292</sup>

El *plâcet* de Versailles al nombramiento de Alsaze principió otro largo debate concerniente a la conveniencia de que la dama entrara o no en la Casa de María Luisa de Saboya. Esta situación fue fruto, por una parte, del interés de Marcin por retrasar la nominación de Doña Alejandra a consecuencia del efecto que había causado en Mariana de Neoburgo la destitución de su confesor, el Padre Gabriel de Chiusa.<sup>1293</sup> Por la otra, parece que la propia soberana y la princesa de los Ursinos mostraron cierta reticencia desde el principio ante tal designación: «L'avois proposé à la Reine -escribió Ursinos- en présence du Roy une dame flamande qui sert actuellement la Reine douairière pour remplir la charge de *continua*. Je luy en dis tout le bien que M<sup>onsieu</sup>r de Marsin m'en avoit dît car ie ne la connois pas. Sa Mté me répondit quil falloit s'en mieux informer et aussy tost quelle vit cet ambass<sup>a</sup>d<sup>eu</sup>r. elle luy demanda son advis là-dessus (...).»<sup>1294</sup> Es difícil precisar si María Luisa hablaba de *motu proprio* a la hora de explicitar sus reservas ante la nominación de Alsace o si lo hacía influida por la princesa de los Ursinos. No en vano, en su momento Ursinos se había mostrado remisa a aceptar la nominación de una *première femme de chambre* francesa:

«Cela seroit bon pour plusieurs choses et peut estre m'en trouveroit plus soulagée, cependant, ie ne crois pas qu'on doive faire le dépit que cela causeroit aux dames qui servent Sa Mté. (...). Je doute quelles fussent aussy dóciles si une autre françoise venoit occuper une place qu'elles se croyoient toutes capables de pouvoir remplir, d'ailleurs, la fidelité estant la seule chose qu'il y a a désirer dans une première femme de chambre, le

---

<sup>1292</sup> «On voit cependant par ce qui s'est passé combien il est nécessaire d'estre assuré des personnes qui servent auprès de cette Princesse. Le Duc D'Harcourt a toujours parlé et escrit de Doña Alexandra dans le mesme sens que vous m'en écrivez. Je crois qu'il sera bon de la mettre auprez de la Reyne d'Espagne et quoyque vous ne prevoyez pas de l'opposition de la part de la Reyne Douairière il faudra cependant se conduire de manière que cette Princesse n'ait pas lieu de se plaindre qu'on luy veuille oster ses Domestiques (...).» Luis XIV a Marcin. Versailles, 27 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fols. 298r-v.

<sup>1293</sup> «Je receu depuis celle de V<sup>otre</sup> Maesté du 27 septembre par l'ordinaire et pour répondre aux articles dont elle est composée, ie prendray la liberté de luy dire qu'il me paroît qu'il est à propos de surseoir la demande de Doña Alexandra à la Reine Douairière, à cause de l'ordre que son confesseur a receu du Pape, auquel elle a esté très sensible, comme V. Mté en peut iuger par la copie cy iointe de la lettre qu'elle a écrit sur ce suiet au Roi Catolique.» Marcin a Luis XIV. Barcelona, 24 de diciembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fol. 388v. La cursiva es nuestra. Sobre las circunstancias que motivaron la marcha de España de Don Gabriel, véase LÓPEZ ARANDIA, M. A.: "El poder de la conciencia. Fray Gabriel de Chiusa, confesor de Mariana de Neoburgo", en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y GONZÁLEZ CUERVA, R. (coords.): *La Dinastía de los Austrias. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*. Madrid, 2011, vol. II, pp. 1089-1110, en concreto, pp. 1104-1110.

<sup>1294</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 29 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 94, fol. 126r.

reste de la nation souffriroit peut estre mal volontiers qu'on luy preferait  
une estrangère (...).»<sup>1295</sup> La opinión de la princesa era por tanto

similar a la de Luis XIV; ciertamente, se mostraba dispuesta a acatar una decisión contraria a su parecer, pero de su misiva podemos colegir no solo que desaprobaba la iniciativa de Marcin; sino también que consideraba innecesaria la designación de una *première femme de chambre*, francesa o flamenca («cela seroit bon pour plusieurs choses et peut estre m'en trouveroit plus soulagée...»). En la posición en la que se encontraba a la sazón (es decir, recién llegada a España y sin haber sido agraciada aún de forma oficial con la dignidad de camarera mayor), la presencia en el círculo más próximo a la reina de otra dama sostenida por la embajada gala en Madrid podría constituir a la postre una formidable competidora en su afán por ganar el favor y la confianza de María Luisa de Saboya. Así, las razones que en parte habían determinado la expulsión del séquito piamontés de la soberana, podrían ayudarnos a comprender el posicionamiento de Ursinos en lo que tocaba a la designación de la dama que había de ostentar el empleo de *première femme de chambre*. Por otro lado, la prudencia de la reina ante el nombramiento de Alsaze resulta cuanto menos llamativa. En primer lugar, por la sumisión con la que según veremos a continuación acogió la nominación de otros cargos de su Casa, elegidos a instancias de la embajada francesa. En segundo lugar, porque no deja de ser curioso que recién llegada a la corte española María Luisa tuviera la experiencia suficiente como para discernir lo adecuado o no de la inclusión de la dama flamenca entre su servidumbre. En consecuencia, si asumimos que la princesa comenzaba a medrar en la confianza de su señora, resulta plausible que esta transmitiera a la reina sus propios prejuicios respecto al cargo y a la dama que había de ocuparlo.

La oposición de ambas mujeres a Alsaze se hizo cada vez más patente con el paso del tiempo.<sup>1296</sup> Tal y como indicaba el nuncio papal a finales de abril de 1702, el nombramiento de Doña Alejandra era desaconsejado por Ursinos y la reina tanto por la necesidad de reducir la planta de la Casa como por ciertos rumores relativos a la dama “que V. E. non ignora e che ne pure s'ignora nella corte di Francia”.<sup>1297</sup> Las fuentes consultadas no aluden a las acusaciones que se imputaban a Alsaze, pero estas

---

<sup>1295</sup> La misma a Torcy. Barcelona, 12 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 94, fols. 92v.-93r.

<sup>1296</sup> De hecho, una misiva del cardenal Acquaviva a Operti hacía constar el desagrado con que María Luisa había acogido las instancias de una de sus dueñas de retrete, Doña Elvira Salcedo, a favor de Doña Alejandra. Acquaviva a Operti. Madrid, 13 de mayo de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 47.

<sup>1297</sup> El mismo al mismo. 27 de abril de 1702. *Ibid.*

bien podrían estar relacionadas con sus manejos en los últimos años del reinado de Carlos II. En cualquier caso, la negativa de María Luisa y la princesa, combinada con los desfavorables informes que sobre Doña Alejandra circulaban a uno y otro lado de los Pirineos, terminaron por decidir su exclusión de la servidumbre de la nueva soberana. Aunque Alsaze trató de procurarse la intercesión de Operti, su nombramiento no llegó a concretarse jamás.<sup>1298</sup> Los juicios vertidos sobre la dama resultaron por lo que parece determinantes en su destino.<sup>1299</sup> A la postre, la Dueña de Honor abandonó España en enero de 1703, no sin antes agradecer a María Luisa de Saboya (a través del enviado saboyano) los 1000 ducados con los que Felipe V le agració.<sup>1300</sup>

La designación del confesor de la reina concluyó de forma más satisfactoria, si bien la elección de este sujeto fue objeto también de un intenso intercambio epistolar entre las cortes de Madrid y Versalles. Las circunstancias que rodearon este nombramiento concreto ponen de relieve de manera muy elocuente la singularidad que caracterizó la organización de la Casa de María Luisa de Saboya. El control de la conciencia regia, dominio del confesor, dotaba al cargo de una transcendencia notable que traspasaba con frecuencia los límites del confesionario real hasta extrapolarse a otros ámbitos como el de la política, la diplomacia o la corte. Si nos ceñimos al reinado de Carlos II observamos, según indica López Arandia, no solo un incremento notable de la influencia del confesor, sino también cómo el confesionario regio vería su estabilidad afectada a consecuencia de la pugna de facciones cortesanas que tuvo lugar en los últimos años de vida del monarca.<sup>1301</sup> Otro tanto podemos decir para los

---

<sup>1298</sup> En sus cartas al comendador Operti, Doña Alejandra trataba de justificar la mala reputación que se le adjudicaba, al tiempo que definía su partida de la corte no ya como una consecuencia de la misma, sino como un acto de piedad hacia «une grande rayne [Mariana de Neoburgo] abandonné de toute le monde». Por otro lado, aludía a su difícil situación en Toledo, donde decía sentirse “martirizada” tanto por su señora como por el confesor, Chiusa. Por este motivo, solicitaba la mediación de Harcourt, Operti, la princesa y la reina y la obtención de un nuevo acomodo en la Casa de María Luisa. Doña Alejandra Alsaze al comendador Operti. Toledo, 13 de mayo; 21 de junio y 29 de agosto de 1702. *Ibidem*.

<sup>1299</sup> La gravedad de los cargos que se imputaban a Alsaze era tal que Acquaviva, quien le agradecía con su protección, no sólo escribió a Harcourt y Blécourt en su descargo; también le recomendó viajar a Versalles y defender su reputación ante Luis XIV. Acquaviva a Operti. Madrid, 17 de mayo de 1702. *Ibid*.

<sup>1300</sup> En el registro de criados de la reina viuda el cese de Doña Alejandra como Dueña de Honor de Mariana de Neoburgo consta con fecha de 18 de enero de 1703. La concesión de dos mil ducados de renta en planta de Flandes aparece consignada por Real Decreto fechado en Madrid, el 15 de noviembre de 1703. A.G.P., *Libro Registro de criados de la reina [viuda], 1701-1740*, libro 00573, fols. 98v.-99r.; la misiva de Doña Alejandra a Operti, fechada en Toledo, 26 de junio de 1703, se encuentra en A.S.T., LMS., Mazzo 47.

<sup>1301</sup> A modo de síntesis sobre la figura del confesor del rey y la transcendencia política que adquirieron en el siglo XVII, nos parece fundamental el trabajo de CONTRERAS CONTRERAS, J.: “Descargar la

confesores de la reina. El poder y ascendiente de que disfrutaron sobre los asuntos de Estado fue *in crescendo* a partir de la Regencia de Mariana de Austria. Conocida es la condición del confesor real, el jesuita Everardo Nithard, como valido de la regente; como también la participación de Gabriel de Chiusa, confesor de Mariana de Neoburgo, tanto en el reparto de mercedes y cargos como en el debate sucesorio.<sup>1302</sup>

La trayectoria de los individuos que ocuparon el confesionario de la reina en la segunda mitad del siglo XVII influyó en buena medida en la elección del confesor de María Luisa de Saboya. Al igual que sucedió con otras importantes dignidades de la Casa, Versalles tuvo presente la necesidad de designar a un individuo de confianza para el cargo. Este sujeto había de aunar una carrera y una virtud impecables con un marcado desinterés por asuntos que *sensu stricto* excedían las atribuciones de su ministerio espiritual, *verbigracia*: la política, el gobierno y la distribución de mercedes. Es decir, lo que se buscaba era un confesor dedicado exclusivamente a sus cometidos religiosos, capaz de afirmar desde el confesionario regio el ideal de soberana y esposa preconizado por Luis XIV. Habida cuenta de las exigencias que Versalles vinculaba al cargo Louville propuso, en conformidad con lo establecido ya para Felipe V, el nombramiento de un jesuita francés como confesor de la nueva reina.<sup>1303</sup> Para el caso de la soberana, una designación de tales características entrañaba menores inconvenientes. En este sentido, si desde el reinado de Felipe III la orden dominica había monopolizado el confesionario del rey salvo contadas excepciones, motivo por el cual la nominación del jesuita Daubenton como confesor del primer Borbón generó

---

conciencia real: ¿confesor o ministerio?, en ALVAR, A.; CONTRERAS, J. y RUIZ, J. I. (eds.): *Política y cultura en la época moderna (Cambios dinásticos, Milenarismos, mesianismos y utopías)*. Alcalá de Henares, 2004, pp. 491-505; véanse también las contribuciones de “LÓPEZ ARANDIA, M. A.: “El confesionario regio en la Monarquía Hispánica del siglo XVII”, en *Obradoiro. Revista de Historia Moderna*, 19 (2010), pp. 249-278; íd.: “Dominicos en la corte de los Austrias: el confesor del rey”, en *Tiempos Modernos. Revista electrónica de Historia Moderna* (Monográfico: Estudios sobre la Iglesia en la Monarquía Hispánica), 20, (2010/1). <http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/view/218/273>. Consultado 13/10/2013.

<sup>1302</sup> Para algunos estudios de caso sobre los confesores de las soberanas habsbúrgicas véase, JIMÉNEZ PABLO, E.: “Los jesuitas en la corte de Margarita de Austria: Ricardo Haller y Fernando de Mendoza”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J., LOURENÇO, M.P.P. (coords.): *Las Relaciones Discretas...*, II, pp. 1071-1120; LÓPEZ ARANDIA, M. A.: ““El poder de la conciencia. Fray Gabriel de Chiusa...””, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y GONZÁLEZ CUERVA, R. (coords.): *La Dinastía de los Austrias...*; LOZANO NAVARRO, J. J.: “Juan Everardo Nithard. Status social, Iglesia y política en la Europa barroca”, en SORIA MESA, E. y DÍAZ RODRÍGUEZ, A. J. (coords.): *Iglesia, poder y fortuna: clero y movilidad social en la España Moderna*. Granada, 2012, pp. 29-50.

<sup>1303</sup> LOUVILLE, I, p. 148.

cierta polémica<sup>1304</sup>, el nombramiento por lo que tocaba a la Casa de la reina se caracterizó a menudo por una mayor flexibilidad. En este contexto, Versalles debía tomar en consideración no tanto ya la pertenencia del prelado a una determinada orden religiosa como la tradicional permisividad del gobierno español a la instalación en Madrid de un confesor que, o bien procedía de la patria nativa de la consorte, o bien había sido nombrado a instancias de su corte de procedencia. Por lo que respecta a María Luisa de Saboya, su confesor, el abate del Maro, había sido elegido por Víctor Amadeo II con sumo cuidado. Interesado en que su elección contase con el beneplácito de los gobiernos de ambas Coronas, el duque no solo optó por ubicar a un jesuita en el cargo, lo que había de atraerle la parcialidad de Daubenton; también procuró consensuar su decisión con Castel-Rodrigo, quien de manera un tanto inocente juzgó la elección definitiva como inspirada por él.<sup>1305</sup> Ahora bien, a despecho de la orden a la que pertenecía, Marcin aconsejó la destitución Del Maro una vez finalizara el viaje de la soberana desde Turín hasta Barcelona. En opinión del embajador, la naturaleza piamontesa del abate le convertía en un «meuble» que no convenía «garder longtemps».<sup>1306</sup>

A diferencia de Marcin y Louville, el cardenal Portocarrero estaba dispuesto a aceptar al confesor designado por el duque de Saboya. La actitud de Portocarrero ante esta cuestión respondía aparentemente a tres razones: primero, la continuidad con la tendencia que acabamos de señalar en relación al origen de los confesores de las consortes de los monarcas habsbúrgicos; segundo, el interés del cardenal porque María Luisa gozara de la misma “libertad” que en su momento se otorgó a Felipe V; esto es, el cardenal no veía ningún inconveniente en que un saboyano ocupase el confesonario de la soberana, tal y como un francés, Daubenton, ocupaba el del rey; y tercero, la desconfianza que parece despertaban en Portocarrero los prelados españoles, quizás consecuencia de los vínculos desarrollados entre los confesores reales y las diferentes facciones cortesanas durante el reinado de Carlos II. Al hilo de la última reflexión

---

<sup>1304</sup> López Arandía ha contabilizado la presencia de 18 dominicos en el confesonario real entre 1592 y 1700. LÓPEZ ARANDIA, M. A.: “Dominicos en la corte de los Austrias...”, en *Tiempos Modernos...*, 20 (2010/1), p. 3. <http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/view/218/273>. Consultado 13/10/2013.

<sup>1305</sup> «Je lui dirai seulement que le Père Daubanton vient de me montrer un lettre qui lui écrit le marquis de Castel Rodrigo de Turin, par laquelle il paroît qu’il croit avoir fait beaucoup d’avoir obtenu de M[onsieu]r le Duc de Savoye qu’il choisit le confesseur de la Reine d’Espagne entre les Jésuites...» Marcin a Luis XIV. Zaragoza, 19 de septiembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 192r.

<sup>1306</sup> *Ibid.*, fol. 192v.

surgen dos hipótesis: por una parte, que el cardenal esperase una mayor imparcialidad de un confesor piamontés, carente de todo contacto previo con las banderías vertebradas en la corte madrileña, que de un español; por la otra, que pretendiese contar con un aliado en el confesor de la reina con vistas a afrontar la creciente oposición que concitaba su propia participación en el gobierno.<sup>1307</sup>

Desde estas perspectivas, observamos cómo el control que Versalles ejerció sobre los principales empleos de la Casa se extendió también hasta la conciencia de la soberana. La trascendencia que el gabinete francés otorgaba al cargo queda reflejada tanto en la destitución de Del Maro como en el interés de Luis XIV por apartar a Portocarrero de la elección del que sería el sustituto del saboyano. A ojos del soberano galo el definitivo confesor de María Luisa de Saboya debía ser seleccionado bajo los auspicios del conde de Marcin, que contaría con el asesoramiento de Harcourt pero sobre todo del padre Daubenton.

Daubenton debía escoger a un jesuita para ostentar el puesto.<sup>1308</sup> La orden de pertenencia era el único requisito sobre el que existía un cierto consenso en el seno del *entourage* francés en Madrid. Por el contrario, la procedencia del candidato concitaba una mayor diversidad de opiniones. Según ya dijimos, Portocarrero favorecía a Del Maro mientras que Louville, Harcourt y Marcin se inclinaban por otorgar a la reina un confesor francés. Concretamente estos dos últimos abogaron por un jesuita galo residente en Roma, cuya virtud ponderó Daubenton ante el Padre La Chaise, confesor de Luis XIV.<sup>1309</sup> Asimismo, en julio de 1701 se rumoreó también la posibilidad de que el nombramiento recayera sobre un italiano, el padre jesuita Giuseppe Gioberti, secretario del asistente de Francia en Roma. La candidatura de Gioberti, de la que se hizo eco el enviado saboyano, fue pronto desestimada. Con todo, cobró fuerza debido a

---

<sup>1307</sup> «Le Card[ina]l. voulois aussy que la Reine ammenast un confesseur de Savoye et disois qu'il luy falois laisser cette liberté comme à luy d'en avoir un de France et ce qui est de plaissant est qu'il ne luy a pas proposé d'Espagnol car le Roy sy serois rendu et lorsque Sa Mté luy proposa un jesuitte françois qui est à Rome assistant du général, il demanda à S. M. comment il pouvoit estre sure de luy, a quoy le Roy répondit très sagement comment ils seroient sures de celuy qui viendrois de Savoye.» Louville a Torcy. Madrid, 2 de julio de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 97, fols. 70v-71r.; también, MILLOT, p. 91.

<sup>1308</sup> «Le roi, qui a un confesseur jésuite, doit prendre garde à ne pas blesser les dominicains et à ne pas paraître se méfier d'eux, et pourtant ne pas prendre un confesseur dominicain pour leur plaire, ni souffrir que le confesseur de la reine soit de cet ordre.» «Instructions du Marquis de Louville», en LOUVILLE, I, p. 37.

<sup>1309</sup> «Le Père Daubanton confesseur du Roy d'Espagne parla avant son départ de Madrid à Mr. le Duc d'Harcourt au suiet du choix du confesseur de la Reine. Il avoit ietté les yeux pour cet effet sur un Jesuite françois qui est à Rome, dont il avoit rendu comte au Rd. Père de La Chaise, lequel auprès avoir eu l'honneur d'en parler à Vôte Maiesté lui avoit fait réponse qu'il l'approuvoit (...).» Marcin a Luis XIV. Daroca, 13 de septiembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 179r.

la imposibilidad de encontrar un confesor castellano que supiera hablar francés, lengua que Gioberti dominaba y que le permitiría entrevistarse a menudo con Felipe V.<sup>1310</sup> A la postre, las dudas respecto al origen del confesor fueron definitivamente zanjadas por Luis XIV. A mediados de octubre, el soberano francés desestimó el envío de un confesor desde Francia. En su opinión tal dignidad había de corresponder a un castellano «honneste homme et bon religieux capable de se bien acquitter de cet employ, qui scasse l'italien assez pour confesser la Reyne d'Espagne.»<sup>1311</sup>

El debate en torno a la procedencia del que había de ser el confesor definitivo de María Luisa fue paralelo a la designación de Del Maro por Víctor Amadeo II. Dicho nombramiento, que había de garantizar la confesión de la soberana en lo que durase su viaje hasta la Península Ibérica, dificultó en buena medida la labor de selección que Daubenton debía acometer. A la sazón, el problema radicaba tanto en encontrar un clérigo castellano que ocupase el confesonario regio antes de la instalación de María Luisa en Barcelona, como en la reacción que podía concitar en la reina la destitución de su confesor piamontés. El embajador francés temía la llegada de Del Maro a España antes de que tuviera lugar la designación del que había de ser su sustituto. En estas circunstancias, tal y como el diplomático advirtió a Luis XIV, no quedaría más remedio que «laisser à la reine sans confesseur» o «garder le piémontois», lo que quizás dificultaría la posterior marcha del saboyano.<sup>1312</sup> En este sentido, Marcin temía posibles subterfugios por parte de la soberana con el fin de mantener a su lado al confesor designado por su padre. En razón de ello, Daubenton eligió a un clérigo que dominaba el castellano y el italiano (además del francés) lo que vedaba a la reina la posibilidad de desautorizar el nombramiento aduciendo dificultades idiomáticas o de comunicación.<sup>1313</sup>

---

<sup>1310</sup> “(...) per confessore della detta Regina sarà pensato à qualche Religioso di proposito, spagnuolo ma non essendosi trovato chi parlase francese come il Re desiderava per poterle la M. S. qualche volta parlare et intenderlo, così resta preciso che se ne cerchi altro; anzi da buona parte vado comprendendo che sarà Gesuita come è quello del Re (...). Conviene (...) oltre che sarà facilmente francese e parlerà italiano e possi esser il Padre Gioseppe Gioberti, segretario dell'assistente di Francia in Roma, soggetto ch'è da credere sia per havere tutte le qualità e requisiti più considerabili del che però V. A. R. non ha da darsene in nessun conto notitioso per accessio, perche potrebbero mutarsi le così et pregiudicarsi (...).” Operti al duque de Saboya. Madrid, 7 de julio de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>1311</sup> Luis XIV a Marcin. Fontainebleau, 13 de octubre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 195r.

<sup>1312</sup> Marcin a Luis XIV. Zaragoza, 18 de septiembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fols. 185v.-186r.

<sup>1313</sup> «Le seul embarras qui pourroit arriver (...) c'est que la Reine d'Espagne soufflée par Mr. le Duc de Savoye ne dise peut estre qu'elle ne sçait se confesser qu'en Piémontois, ce qui seroit une mauvais raison et qui ne doit pas empêcher de renvoyer le confesseur qu'elle amene avec elle, puisque quand on entend l'Italien, on entend le Piémontois et que celui dont le Père Daubanton a fait choix entend l'Italien comme l'Espagnol.» El mismo al mismo. Barcelona, 19 de octubre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fol. 242r.



A la postre, los recelos del embajador de Luis XIV resultaron infundados. La documentación consultada apenas alude a las circunstancias que favorecieron la elección de Baltasar Rubio por parte de Daubenton. Solo consta que Rubio, socio del provincial de Castilla y sustituto del asistente de España en Roma<sup>1314</sup>, había frecuentado a Daubenton en la corte pontificia y que este pensó en él para el cargo desde mediados de octubre de 1701. Probablemente esta es la clave de su nombramiento, que bien pudo deberse no solo a la mediación en su favor del confesor de Felipe V, sino también a su ausencia durante años de la corte madrileña; circunstancia esta última que hacía de él un sujeto carente de lazos, fidelidades, obligaciones y parcialidades previas a su nominación.<sup>1315</sup> Finalmente, pese a las dudas iniciales, María Luisa aceptó con absoluta sumisión el nombramiento de Don Baltasar como su confesor, del que fue informada por Marcin y Daubenton a finales de noviembre de ese mismo año.<sup>1316</sup>

### **El predominio de la camarera mayor en la conformación de la Casa de la reina: la etapa de la princesa de los Ursinos (noviembre de 1702-febrero de 1703).**

La última fase en la formación de la Casa de María Luisa de Saboya a la que nos referiremos corresponde al periodo que abarca desde noviembre de 1701 a febrero de 1703. Dicha etapa, que coincidió con la instalación de la nueva reina primero en Barcelona y después en Madrid, estuvo caracterizada por la intervención de Marcin en la formación de la servidumbre pero, sobre todo, de la princesa de los Ursinos, quien se hizo cargo de la cuestión después del traslado de Felipe V a Italia. A la princesa debemos el nombramiento de los sujetos que habrían de ostentar los principales empleos de la Casa (mayordomo mayor y caballerizo mayor), según criterios consensuados con anterioridad con el embajador francés; la ejecución de ciertas

---

<sup>1314</sup> Nacido en Calahorra en 1647, Rubio ingresó en la orden jesuítica en 1682. *Bibliothèque de la Compagnie de Jesus. Premier Partie: bibliographie. Par les Pères Augustin et Aloys de Backer*. Tome VII. París, MDCCCXCVI, pp. 283-284.

<sup>1315</sup> Operti a la duquesa Ana. Barcelona, 27 de noviembre de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>1316</sup> El embajador francés temía que la reina se negase a aceptar a Rubio aduciendo que sólo sabía confesarse en “piamontés”, razón por la cual se había escogido un confesor que hablase castellano, francés e italiano. Marcin a Luis XIV. Barcelona, 21 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 331r.-v.; en su correspondencia con la duquesa Ana Operti recoge la reacción de María Luisa frente a Daubenton: “rispose [la reina] che bastava che la proposta divenisse da S. Mtà et dalla mano del detto P[ad]re confessore perche fosse d'un intiero suo agrado onde questo Padre restò non meno ammirato della gran prudenza della Regina, che captivato dalle di lei cortesi espressioni (...).” Operti a la duquesa Ana. Barcelona, 27 de noviembre de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 49. El nombramiento de Rubio como confesor está fechado en Barcelona, 14 de enero de 1702 y refrendado por el grefier de la Casa en Madrid, 21 de noviembre de ese mismo año. A.G.P., Felipe V, leg. 52(1).

medidas relativas a las damas de la soberana; el examen del número de criados procedentes de Francia que habían de pasar al servicio de María Luisa y la supervisión de los proyectos pergeñados por Jean Orry en relación a las Casas del rey y de la reina.

No obstante, antes de entrar de lleno en el análisis de esta etapa consideramos necesario aludir, aunque sea de forma muy sucinta, a la figura de la camarera mayor. En lo que toca a la potencialidad del cargo, y a despecho de las críticas de algunos miembros del *entourage* francés en Madrid a la intervención de las mujeres de la cámara en el reparto de mercedes, Ursinos no se diferenció en este aspecto de las damas que le habían precedido en el puesto. Al igual que aristócratas como la marquesa de Valdueza, la princesa hizo uso de las atribuciones y de la influencia que le otorgaban su condición de camarera mayor para intervenir en la designación de ciertos cargos de la Casa.<sup>1317</sup> Es cierto que por estas fechas no benefició a sus parientes, residentes todos en Francia e Italia, pero su labor de patronazgo no fue por ello menos visible, según lo corroboran los oficios concedidos a algunos de sus parciales (D'Aubigny por ejemplo). Por otra parte, resultan destacables tanto la aceptación de la princesa entre las damas de la cámara y la corte madrileña, como el innegable poder de que disfrutó sobre otros cargos que, *a priori*, podían menoscabar su autoridad no ya en el seno de la cámara en sí misma como en el conjunto de la Casa: por ejemplo el de mayordomo mayor. Ambas circunstancias derivaron del sostén que Versalles y el embajador francés en Madrid otorgaron a Ursinos y, probablemente, de la condición de la princesa como miembro de pleno de derecho de la Grandeza española a través de su matrimonio con el duque de Bracciano. En lo que respecta al primer factor señalado, las instrucciones del conde de Marcin aludían al papel de la princesa como camarera mayor, así como a los criterios en los que debía basarse su relación con el representante de Luis XIV en la capital española. En este sentido, a su dominio del ceremonial habsbúrgico Ursinos unía «beaucoup d'esprit et de politesse» y un conocimiento de las cortes extranjeras que hacían de ella la persona más capaz «d'instruire une jeune princesse dans l'art de tenir une cour avec dignité.» Ahora bien estas cualidades, de por sí valiosas, no eran suficientes para garantizarle ni la buena acogida de los Grandes, que podían pretender el cargo para sus esposas, ni la capacidad de maniobra exigida por el rol que Versalles

---

<sup>1317</sup> Para un estudio de caso sobre el influjo de las damas de mayor dignidad en la Casa de la reina en la segunda mitad del siglo XVII, véase OLIVÁN, L.: “La dama, el aya y la camarera: perfiles políticos de tres mujeres de la Casa de Mariana de Austria”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J., LOURENÇO, M.P.P. (coords.): *Las Relaciones Discretas...*, II, pp. 1301-1355.

le adjudicaba: la supervisión de las alteraciones de la etiqueta que el rey de Francia pretendía introducir en la corte madrileña. En consecuencia, había de existir entre la camarera mayor y el embajador francés un «parfait concert», debiendo además este último contribuir «à lui donner dans la place qu'elle [Ursinos] occupera la considération nécessaire pour conduire toutes les choses de la meilleure manière, et telle que Sa Majesté le peut désirer pour les intérêts du Roi son petit-fils.»<sup>1318</sup>

Por otra parte, las sospechas de otros importantes personajes del *entourage* francés en Madrid respecto a la catadura moral y condición de las mujeres que habían de integrar la futura Casa de María Luisa de Saboya, también contribuyeron a reforzar la posición que la princesa había de ocupar en calidad de camarera mayor. Las misivas que Louville y Montviel remitieron al otro lado de los Pirineos insistían en la necesidad de que Versalles otorgara un apoyo incondicional a Ursinos: «Je doute - concluyó el segundo- qu'elle [la princesa] demeure long temps en Espagne a moins que l'on ne prenne en France un bonne résolution de la soutenir, et que l'on ne chasse la première qui s'avisera de former la moindre cabale contre elle.»<sup>1319</sup>

En último término debemos entender el papel de la princesa en la organización de la servidumbre de la reina como el resultado de un proceso, ligado en parte a la reforma de la corte y consecuencia del advenimiento de la nueva dinastía al trono español, que pretendía focalizar el gobierno de la Casa de la consorte exclusivamente sobre la camarera mayor. La princesa, por su condición de única figura de confianza de Luis XIV en el entorno más cercano a María Luisa de Saboya, debía gozar de una amplia jurisdicción sobre la totalidad del servicio, tanto femenino como masculino. Ello implicaba que su capacidad de decisión no debía verse coartada en ningún caso por cualquiera de los oficiales de alto rango de la Casa, incluido el mayordomo mayor. La situación, aunque técnicamente resultaba una novedad en relación al periodo habsbúrgico (tanto más si la comparamos con las atribuciones que las *Etiquetas* de la Casa concedían a ambos oficios), derivaba del hecho de que Ursinos era la única persona al servicio de la soberana que recibía órdenes directas del rey de Francia (ya fuera por medio de sus propias misivas o a través de Torcy). Esta última circunstancia fue contemplada por Jean Orry a la hora de elaborar sus proyectos de reforma de las Casas reales. En concreto, el financiero abogó por eliminar la figura del mayordomo

---

<sup>1318</sup> “Instrucciones del conde de Marcin”, *RL4*, XII-II, pp. 19-20.

<sup>1319</sup> Montviel a la duquesa de Beauvilliers. Madrid, 4 de agosto de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fols. 157v.-158r.; Louville a Torcy. Madrid, 4 de agosto de 1701. *Ibidem*, fol. 145r.

mayor, cuya presencia «pouvait avoir ses inconvénients avec les fonctions de M[adame] la princesse des Ursins (...)» y que, debido a su autoridad, haría «toujours non seulement valoir l'étiquette au point d'embarrasser leurs majestés, chose essentielle, mais encore empêcheront l'ordre et l'arrangement qu'on voudra apporter dans la dépense des deux maisons.» Con vistas a evitar tal contingencia, Orry propuso «partager entre 4 hommes ce qui est en un seul.» División de atribuciones y menoscabo de autoridad que, por lo que respecta a la Casa de la reina, convertirían oficialmente a la camarera mayor en la figura preponderante en su seno, ya que huelga decir que sus cometidos permanecerían incólumes.<sup>1320</sup> Sabido es que los proyectos de Orry no terminaron de cristalizar. Sin embargo, nos parecen ilustrativos en tanto en cuanto tendían a reafirmar el proceso al que hemos aludido más arriba.<sup>1321</sup> En cualquier caso, si bien en teoría existió una continuidad en el papel de la camarera mayor antes y después del ascenso al trono de Felipe V, en la práctica existieron ciertas diferencias que podemos constatar al analizar el rol que Ursinos desarrolló en la conformación de la servidumbre de María Luisa de Saboya.

La primera cuestión sobre la que nos detendremos es la designación de los principales puestos de responsabilidad de la Casa: mayordomo mayor y caballerizo mayor. Vacantes ambos aún a finales de 1702, se trataba de una situación extraordinaria en comparación con el proceso de formación de la servidumbre de las soberanas que precedieron a la consorte de Felipe V. Conforme a lo que vimos en el primer apartado de este capítulo, el afán del gobierno español por economizar gastos determinó que ambos reyes compartiesen mayordomo mayor y caballerizo mayor durante la jornada catalana, ejerciendo Montellano las funciones de gobernador de la Casa.<sup>1322</sup> Con todo, no es menos cierto que junto al interés económico existía también la voluntad de ganar tiempo con el fin de seleccionar a los sujetos adecuados para ambos empleos. En este sentido, la estancia de la pareja real en Barcelona constituyó una etapa de capital importancia a la hora de valorar las aptitudes de los principales Grandes que podrían ostentar las dignidades que se encontraban en juego. Dadas sus atribuciones y la cercanía a la reina de que disfrutaban, era fundamental que los designados contasen con ciertos requisitos. A saber: flexibilidad ante el concepto de

---

<sup>1320</sup> Orry a Torcy. Barcelona, 22 de diciembre de 1702. AA. EE., CPE., t. 111, fol. 235v.

<sup>1321</sup> Sobre los proyectos de reforma de las Casas reales de Orry, véase, BOTTINEAU, Y.: *El arte cortesano en la España de Felipe V (1700-1746)*. Madrid, 1986, pp. 187-194; también, HANOTIN, G.: *Jean Orry. Un homme des finances royales entre France et Espagne (1701-1705)*. Córdoba, 2009, p. 127.

<sup>1322</sup> Portocarrero a Blécourt. Madrid, 28 de junio de 1701. AA. EE., CPE., t. 91, fol. 190v.

ceremonial que predicaban los miembros del *entourage* de Felipe V, como también hacia las costumbres francesas que comenzaban a introducirse en la cotidianeidad de los soberanos y cuyo escenario era con frecuencia la Casa; el acatamiento del papel rector que Versalles otorgaba al embajador galo y a la camarera mayor en los diferentes aspectos de la vida pública y privada de los reyes; y una trayectoria y una voluntad de servicio impecables, que excluyera a la sazón todo vínculo con el austracismo latente o la más mínima muestra de deslealtad hacia la nueva dinastía. Según veremos, los dos primeros criterios resultaron a la postre determinantes, quizás a consecuencia de los conflictos protagonizados por el marqués de Villafranca como mayordomo mayor de Felipe V. De hecho, resulta cuanto menos curioso que los dos sujetos que finalmente se alzaron a la cabeza de la mayordomía y la caballeriza (Santisteban y Castel-Rodrigo) se contasen entre los Grandes que mayor transigencia evidenciaron ante las perturbaciones de la etiqueta dadas en Barcelona; individuos que, asimismo, se encontraban en los mejores términos con Marcin y Ursinos.<sup>1323</sup>

Lo expuesto hasta el momento no quita que el embajador francés y la camarera mayor debieran tomar en consideración, a la hora de cubrir los principales puestos de la Casa, la dinámica “servicio-recompensa” heredada de los Habsburgo. Dicha circunstancia condicionó el nombramiento del marqués de Castel-Rodrigo en calidad de caballerizo mayor. En efecto, las relaciones del marqués con la princesa durante el viaje de la reina hasta España no estuvieron exentas de cierta tensión. En su momento, Ursinos cuestionó las ambiciones de Castel-Rodrigo (concretamente el cargo de camarera mayor para su esposa), los vínculos que le unieron a la servidumbre piamontesa de la soberana y el sospechoso papel que supuestamente desempeñó en el incidente de Figueras.<sup>1324</sup> Los tres factores que acabamos de apuntar desaconsejaron a

---

<sup>1323</sup> «Les Espagnols honnestes gens, comme le Duc de Medina Sidonia, le Cte. De San Estevan et quelques autres en furent fort aises, connoissant la nécessité qu'il y a que le Roy se fasse voir a ses suiets. Ceux qui ne sont pas si bien intentionnez regardent cela comme un grand désordre et une chose scandaleuse et cela toujours paroît mesme presque de tenir leur Roy enfermé comme ses prédécesseurs et de le garder pour eux seuls.» Marcin a Luis XIV. Barcelona, 8 de enero de 1702. *Ibid.*, CPE., t. 102, fol. 147r.; en el mismo sentido se expresaba Operti en una misiva a la duquesa Ana, donde al tiempo que aducía al descontento de los Grandes ante la visibilidad de Felipe V en la corte, refería el apoyo explícito de Santisteban y Castel-Rodrigo a estas alteraciones del ceremonial habsbúrgico. Operti a la duquesa Ana. S.I., 23 de enero de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>1324</sup> «Il y a beaucoup d'apparence que le Marquis de Castel Rodrigo avoit part au chagrin que la Reyne d'Espagne a temoigné de l'ordre donné de renvoyer les Piémontoises, plusieurs avis que j'ay receu confirment q[ui]l avois pris d'étroites liaisons avec elles et q[ui]l eseroit beaucoup de leur crédit pour ses intérêts particulières (...).» Luis XIV a Marcin. Versalles, 27 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 298v.

*priori* la nominación del marqués para cualquier dignidad que entrañase un contacto reiterado con la reina. Sin embargo, pese a que Luis XIV advertía que «de semblables intrigues ne doivent jamais estre un bon moyen pour s'avancer», no dejaba de reconocer que los servicios prestados por Castel-Rodrigo en la embajada extraordinaria en Turín debían ser recompensados por Felipe V: «Je ne crois pas cependant que le Roy d'Espagne puisse laisser le Marquis de Castel Rodrigue sans aucun recompense aprez avoir fait toute l'ambassade à sa depens. Il feroit mesme d'un mauvais exemple que le premier de ses sujets que s'est volontariement chargé d'un pareil employ sans rien demander ne reçoit aucun avantage d'avoir sacrifié son bien au service du Roy son maistre.»<sup>1325</sup> Así lo entendía el propio marqués, quien en un Memorial elevado al rey a comienzos de febrero de 1702 solicitó un puesto en la Casa de la reina en atención, argüía, a su desempeño como embajador extraordinario del monarca y en conformidad a lo que se ejecutó en las mismas circunstancias con los marqueses de los Balbases y Astorga.<sup>1326</sup>

Por tanto Luis XIV, como después Marcin, estaban dispuestos a comulgar con esta práctica que, si bien no se correspondía en sentido estricto con las directrices propias de la política de reclutamiento para la servidumbre de la reina que pretendían desarrollar, satisfacía la necesidad de recompensar a aquellos individuos dispuestos a destacarse al servicio de la nueva dinastía. Ahora bien, ello no fue óbice para que se tomaran precauciones no solo en lo tocante al cargo que había concederse al marqués, sino también en el momento en que este le sería otorgado. En este sentido, el rey de Francia desaconsejó la nominación de Castel-Rodrigo como mayordomo mayor. Es cierto que el soberano no especificaba los motivos que le llevaban a hacer tal recomendación, pero con probabilidad estos guardaban relación tanto con las atribuciones de este oficio concreto, como con los desalentadores informes que había recibido sobre el aristócrata: «Vous ne marquez point encore -escribió a Marcin- ce que le Roi d'Espagne a dessein de faire pour luy et je ne scais s'il attend son retour à Madrid pour le déclarer. Mon sentiment est q[uo]i ne convient pas de luy donner la charge de Grand Maistre de la Maison q[uo]i sembloit espérer, mais je doute qu'on puisse luy refuser celle de Grand Escuyer de la Reyne, comme une récompense des

<sup>1325</sup> *Ibidem*, fols. 298v.-299r. Operti también aludía a la obligación que Felipe V había contraído con Castel-Rodrigo a causa de la aceptación por este último de la embajada extraordinaria en Turín. Operti al marqués de Saint-Thomas. Madrid, 15 de marzo de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1326</sup> El Memorial de Castel-Rodrigo, fechado el 6 de febrero de 1702 se encuentra en *Ibid.*, CPE., t. 102, fols. 320r.-321v.

dépenses q[ui]l a faits pour l'ambassade (...).»<sup>1327</sup> En consecuencia, quedó decidido desde finales de noviembre de 1701 que Castel-Rodrigo sería designado caballerizo mayor de la reina. Con todo, su nombramiento no se verificó de forma inmediata (lo que explica la existencia del Memorial al que hemos aludido). Todo lo contrario, no se produjo hasta que María Luisa se instaló definitivamente en Madrid<sup>1328</sup>. Este lapso de tiempo permitió a Marcin y a Ursinos corroborar la conveniencia de conceder al marqués tal puesto. Así, a comienzos de enero el embajador francés informó a Luis XIV del viraje operado en la actitud de Castel-Rodrigo: «depuis quelque tems il est déclarée nettement à la P[rin]cesse des Ursins et assure qu'il n'y étoit point du tout attaché à l'étiquette et seroit toujours prêt à faire tout ce que l'on jugeois à propos (...).»<sup>1329</sup> Por su parte, la princesa confirmó los favorables informes de Marcin, ponderando tanto la buena disposición de la que el marqués hacía gala a la sazón, como los servicios prestados durante la convocatoria de las Cortes aragonesas: «Un grand esquier nous paroist infiment nécessaire -escribió la dama a Torcy-, et le marquis de Castel-Rodrigue, depuis qu'il a fait abjuration de l'étiquette et des fausses idées qu'il s'estoit mis dans la teste, nous paroist aussy propre qu'un autre à remplir ce poste. D'ailleurs c'est un créancier qu'il faut payer.»<sup>1330</sup>

Los criterios en los que se basó la elección del mayordomo mayor fueron similares a los que acabamos de referir. No obstante, en este caso Marcin y Ursinos contaron con una mayor libertad en su elección. A finales de junio de 1701, esto es durante la primera etapa de formación de la servidumbre de la reina, Portocarrero esbozó ya diferentes propuestas en relación a la mayordomía. La primera de ellas era el mantenimiento del conde de Montellano como gobernador (por un tiempo indeterminado) con la particularidad de dejar vacantes los puestos de mayordomo y caballerizo mayor “pues corriendo unida la Cavalleriza a la del Rey mi señor, no es necesario esse segundo empleo y cessa toda emulación por cuenta de cada uno el aver sido el elegido; esta planta se funda en las experiencias pasadas y presentes de que se hallan pocos o ningunos que fomenten ni ayuden a lo que se intenta del servicio de Su

<sup>1327</sup> Luis XIV a Marcin. Versalles, 27 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fol. 299r.

<sup>1328</sup> Con motivo de la jornada italiana de Felipe V y de la designación de María Luisa como gobernadora se decidió que Montellano permanecería como gobernador de la Casa y que, en tanto, se designaría un caballerizo mayor (Castel-Rodrigo).

<sup>1329</sup> Marcin a Luis XIV. Barcelona, 8 de enero de 1702. AA. EE., CPE., t. 102, fol. 332v.

<sup>1330</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 9 de febrero de 1702. *Ibid.*, CPE., t. 96, fol. 390r.; la misma al mismo. Alagón, 17 de junio de 1702, recogida en L. TR., II, p. 60. Para la designación de Castel-Rodrigo, véase también, A.G.P., Felipe V, leg. 1 e *Ibid.*, Personal, C. 49, exp. 8.

Magestad, antes bien el común desseo se dirige a la oposición de todo quanto se dispone con el fin del maior acierto y a la manutención de las arraygadas y embejecidas desórdenes”; la segunda contemplaba el nombramiento del marqués de Castel-Rodrigo como mayordomo mayor “en atención al mérito especial que ha hecho en servicio del Rey mi señor, ejecutando esta jornada [se refiere a la embajada extraordinaria en Turín] con la prontitud, fineza y galantería que se sabe”; en cuanto a la tercera opción, constituía una propuesta acorde con la tradición, es decir, la nominación de sendos individuos para ambos oficios “en propiedad y en ejercicio”. En concreto Castel-Rodrigo podía ser agraciado con la mayordomía “por las razones que dejo referidas” y Don Antonio Martín de Toledo, condestable de Navarra y heredero del ducado de Alba (bien considerado en el *entourage* francés en Madrid<sup>1331</sup>), con la de caballerizo mayor.<sup>1332</sup> En instancia el cardenal, pese a que manifestaba su preferencia inicial por el conde de Santisteban “por sus servicios y por *el afecto que mostró siempre en los Consejos de Estado en que se dispuso el derecho a la Corona del Rey mi señor*”<sup>1333</sup>, desaconsejaba que se le otorgase cualquier empleo en las Casas Reales debido a su dimisión como mayordomo mayor de la reina viuda, pero también a causa de su negativa a ejecutar la embajada extraordinaria en Turín “discurriendo serle inútil este servicio para conseguir el empleo”.<sup>1334</sup>

La definitiva designación de Santisteban como mayordomo de la consorte supone una manifestación explícita del escaso peso que tuvo la opinión de Portocarrero en la nominación de los Grandes que habían de servir a la soberana; como también, de la activa labor de patronazgo que desarrollaron por las mismas fechas tanto Marcin como la princesa de los Ursinos. En efecto Santisteban, cuya ambición por hacerse con la mayordomía fue denunciada muy pronto por el embajador veneciano<sup>1335</sup>, desarrolló desde el advenimiento al trono de Felipe V una activa campaña de promoción personal. Ciertamente el conde renunció a su puesto de mayordomo mayor de Mariana de

---

<sup>1331</sup> Por ejemplo, Montviel elogió la tolerancia de Don Antonio frente a la introducción de la indumentaria francesa en la corte madrileña, siendo uno de los primeros Grandes que abandonó la golilla y vistió a la moda de Versalles. Montviel a Torcy. Madrid, 14 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fol. 59r.

<sup>1332</sup> Portocarrero a Blécourt. Madrid, 28 de junio de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 91, fols. 189r.-191v.

<sup>1333</sup> *Ibid.*, fol. 190r. La cursiva es nuestra.

<sup>1334</sup> *Ibid.*, fol. 190v.

<sup>1335</sup> “(...) lettere torinesi annuziano che la sposa potrà trovarsi a Barcellona verso la fine del corrente mese. Pertanto Filippo V partirà a quella volta il 16 corrent, ma con seguito ridottissimo, *nel quale spicca il conte di Santosfelfano, fiducioso di far revocare a deliberazione di non dare maggiordomo maggiore alla nuova regina e d'accaparsi la cospicua carica* (...)” Mocénigo a su gobierno. Madrid, 4 de agosto de 1701, recogido en NICOLINI, F. (ed.): *L'Europa durante...*, III, p. 11. La cursiva es nuestra.



Neoburgo y rechazó la embajada en Turín, pero no por ello dejó de cultivar hábilmente el favor de los principales miembros del *entourage* francés en Madrid. En particular, se mantuvo en excelentes relaciones con Marcin, quien pensó en él como sustituto de Arias en la gobernación del Consejo de Castilla<sup>1336</sup>; y, en tanto la corte permaneció en Barcelona, frecuentó el círculo más próximo a los reyes (a lo que coadyuvó su dominio del francés y el italiano, así como su amplia cultura y su interés por las artes), donde destacó por su apoyo al concepto de Majestad regia y ceremonial preconizado por la princesa y el embajador galo. Estas primeras iniciativas granjearon a Santisteban el favor de Versalles<sup>1337</sup> y, con motivo de las jornadas catalana e italiana de Felipe V, no solo se contó entre los Grandes que acompañaron al monarca; sino que también fue designado miembro del Despacho (junto a Medinasidonia) debido en parte a su experiencia y dominio de los asuntos de Italia, donde había sido virrey de Nápoles.<sup>1338</sup>

Durante el periplo italiano del soberano parece que Santisteban incurrió en el desagrado de Louville, quien envió a Francia informes poco halagüeños sobre su conducta en el reino partenopeo.<sup>1339</sup> Por otro lado, para esas fechas hacía tiempo también que el conde se había distanciado de su otrora protector, el cardenal Portocarrero, cifrando la evolución de su carrera en el favor de Felipe V, el conde de Marcin y la princesa de los Ursinos. A la postre, sería esta última quien decidiría su nombramiento como mayordomo mayor de María Luisa de Saboya. La concesión de tal dignidad había sido propuesta por Marcin<sup>1340</sup> (y aprobada por Luis XIV<sup>1341</sup>)

---

<sup>1336</sup> Sobre las relaciones de Santisteban con Marcin véanse las cartas del embajador francés a Luis XIV fechadas en Madrid, 19 de agosto; Torija, 7 de septiembre; Barcelona, 19 de octubre de 1701. La misiva en las que Marcin recomienda la designación de Santisteban como gobernador del Consejo de Castilla está fechada en Barcelona, 13 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 171v.; 241v.-242v. y 296v.

<sup>1337</sup> En diferentes ocasiones Luis XIV recomendó no sólo la inclusión de Santisteban en el Despacho tras el regreso de Felipe V a Madrid, también la pertinencia de que el conde acompañase a su nieto a Italia. Luis XIV a Marcin. Fontainebleau, 8 de noviembre y [S.l.], 27 de noviembre de 1701. *Ibid.*, fols. 270r. y 299r.-v. También, Torcy a Santisteban. Versalles, 8 de agosto de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 91, fol. 457r. (donde el ministro asegura al conde la protección de Luis XIV y los efectos de la estima que Felipe V le profesa, que tendrá ocasión de conocer durante la jornada catalana).

<sup>1338</sup> A modo de semblanza biográfica de Santisteban, su desempeño como virrey y su labor como mecenas de las artes y las letras, véase LLEÓ CAÑAL, V.: “El virrey IX Conde de Santisteban (1688-1696)” y MUÑOZ GONZÁLEZ, M. J.: “El IX conde de Santisteban en Nápoles (1688-1696)”, en COLOMER, J. L.: *España y Nápoles: coleccionismo y mecenazgo virreinales en Nápoles en el siglo XVII*. Madrid, 2009, pp. 445-457 y 461-480 respectivamente.

<sup>1339</sup> LOUVILLE, I, pp. 305 y ss. y 319-321.

<sup>1340</sup> «(...) l'on pourroit en mesme tems donner au C[om]te de Sant Ystevan, don on est entièrement assuré la charge du Mayor Dome Maior de la Maison de la Reyne qui luy convient d'autant (...) qu'il avois la mesme charge chez la Reine doüairière pendant la vie du feu Roy Charles II. Il n'a présentement aucune charge et ce ne l'empescherois pas de suivre le Roy pend[an]t la camp[agn]e (...)» Marcin a Luis XIV. Barcelona, 7 de febrero de 1702. AA. EE., CPE., t. 102, fols. 332r.-v.

mientras los reyes permanecían en Barcelona. El traslado de Santisteban a la península itálica conllevó la continuidad de Montellano como gobernador de la Casa de la reina y, en consecuencia, la postergación de la resolución definitiva acerca del susodicho puesto hasta el regreso de Felipe V a la corte. En el ínterin, Ursinos se hizo eco de la sugerencia del duque de Medinaceli (que en su momento solicitó también este oficio<sup>1342</sup>), quien recomendó al duque de Veraguas como mayordomo mayor.<sup>1343</sup> Con todo, las pretensiones de este último no fueron tomadas en consideración. Por una parte, porque el puesto había sido ya prometido a Santisteban con anterioridad; por la otra, porque la camarera mayor abogó directamente por su causa ante el nuevo embajador francés, cardenal d'Estrées. Es cierto que los informes de Louville perjudicaron la imagen del conde ante Versalles (y quizás influyeron, junto al cese de Marcin, en que su nombre dejase de barajarse para la gobernación del Consejo de Castilla).<sup>1344</sup> En cualquier caso, y al margen de ambos datos, a nuestro juicio lo interesante de la intercesión de Ursinos en favor de Santisteban es la información que aporta acerca de los respectivos papeles que ambos estaban llamados a ostentar en el seno de la Casa; y cómo estaba previsto que el mayordomo mayor, pese a mantener incólumes sus atribuciones, pasara a ser en lo sucesivo una figura supeditada al influjo de la princesa: «(...) quand un homme raisonnable et point entesté de l'étiquette le remplira, il ne m'empeschera point d'exécuter les ordres des deux roys, et difficilement

---

<sup>1341</sup> Los únicos inconvenientes que el monarca francés encontraba al nombramiento de Santisteban como mayordomo mayor era su designación como presidente de Castilla y su traslado a Italia con Felipe V: «Vos lettres ne donnent lieu de croire que l'on seroit bien assuré du Comte de San Estevan, quelque poste que le Roy d'Espagne luy confie. Mais Deux raisons peuvent empescher qu'on ne songe à luy pour la charge de Grand Maistre de la Maison de la Reyne. L'un, est la veue de le faire Président de Castille. Le seconde est le voyage que le Roy d'Espagne doit faire en Italie et la necessité que le Comte de San Estevan le suive.» Luis XIV a Marcin. Versalles, 27 de noviembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 98, fol. 299v.

<sup>1342</sup> Como lo demuestra la misiva a través de la que Medinaceli solicitaba la mediación de Torcy y Luis XIV para la obtención del puesto de mayordomo mayor o caballerizo mayor de la reina. Medinaceli (en el encabezado aparece como duque de Cardona) a Torcy, 22 de septiembre de 1701. *Ibid.*, CPE., t. 93, fols. 206r.-v.

<sup>1343</sup> «M[onsieur] de Medina Celi m'en a dit beaucoup de bien; il est de ses meilleurs amis [Veraguas], et il auroit voulu qu'on luy eust donné la charge de *mayordomo mayor* de la Maison de la reine. C'estoit, néanmoins de pur office qu'il m'en parloit, car le duc de Veraguas, qui ne l'a sceu que par mon moyen, m'a dit depuis qu'il ne prendroit présentement cette charge, quand on voudroit l'en honorer, craignant que cet intercesseur ne voulust dans les suites exiger de sa reconnoissance un attachement qu'on ne doit avoir que pour son roy (...).» Ursinos a Torcy. Madrid, 14 de diciembre de 1702. *Ibid.*, CPE., t. 105, fol. 173r. ; recogida en L. TR., II, pp. 148-154.

<sup>1344</sup> Sobre la nominación de Santisteban como presidente de Castilla véase Marcin a Luis XIV. Torija, 7 de septiembre de 1701 (donde reconoce que la propuesta habría partido en un primer momento del antiguo embajador francés, Harcourt); y el mismo al mismo. Barcelona, 19 de octubre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fols. 171v. y 241v.

mesme un majordome major pourra s'opposer à leurs intentions, tel qu'il puisse estre si Sa Maj[esté] Cath[olique] me soutient un peu.»<sup>1345</sup>

La intervención de Ursinos en la designación de Santisteban coronó un periodo durante el que, antes y después de la ausencia de Marcin, la camarera mayor tomó importantes decisiones relativas a la servidumbre de la reina. Desde que se instaló en Barcelona junto a su señora, pero sobre todo conforme se aproximaba el establecimiento de María Luisa de Saboya en Madrid, fueron varios los problemas relativos a la Casa que concitaron la atención de la dama (a los que debemos añadir su participación en la designación de algunos de los principales cargos de la servidumbre). En primer lugar, destacaremos el interés de la princesa por el definitivo establecimiento de la planta de la servidumbre de la reina. Buena parte de los sujetos designados para la jornada catalana lo habían sido para cubrir los oficios de forma puntual, es decir, sin contar con los empleos en propiedad (lo que no les garantizaba el ejercicio una vez la soberana llegase a Madrid).<sup>1346</sup> De la misma manera, el hecho de que la Casa de la nueva reina utilizase como modelo la planta de criados de 1686, implicaba que muchos de los servidores que habían formado parte de las Casas de la reina viuda y de la reina madre no tendrían cabida en el servicio activo.<sup>1347</sup> Estando aún en Barcelona la princesa abordó esta materia en su correspondencia con Torcy. En un principio, tanto la dama como Marcin pretendieron reducir la servidumbre de María Luisa lo máximo posible. Dado que se pensaba que la soberana acompañaría a su esposo en la jornada italiana, la princesa y el embajador eran partidarios de que la reina fuera servida por la aristocracia autóctona manteniendo en los cargos, a su regreso, a aquellos de estos sujetos que se hubiesen destacado al servicio de los reyes.<sup>1348</sup> Posteriormente, toda vez que fue oficial la permanencia de la reina en la Península

---

<sup>1345</sup> Ursinos al cardenal d'Estrées. Madrid, 20 de diciembre de 1702. AA. EE., CPE., t. 105, fols. 237r.-v.; recogida parcialmente en L. TR., II, pp. 157-158. La designación definitiva de Santisteban tuvo lugar el 6 de enero de 1703. A.G.P., Felipe V, leg. 52(1).

<sup>1346</sup> Según consta en un Memorial redactado por los criados de la reina, el problema estribaba en que con motivo de la jornada catalana, diferentes servidores acudieron a Barcelona ejerciendo cargos de mayor dignidad que los que poseían en propiedad, consecuencia de la enfermedad, incapacidad o ausencia de los Jefes de tales oficios. A la sazón, estos oficiales solicitaban que se les mantuviera en los puestos que habían desempeñado en Cataluña. Tal merced, recompensa al óptimo servicio llevado a cabo por muchos de ellos, constituía un problema que implicaba bien privar de los cargos a sus legítimos propietarios (que en algunos casos llevaban al servicio de la Casa Real desde el reinado de Felipe IV), bien decretar la jubilación de ciertos de ellos. El Memorial de los criados de la Casa de la reina se encuentra en AA. EE., CPE., t. 105, fols. 189v.-190r.

<sup>1347</sup> Orden del Marqués de Villafranca. Madrid, 11 de julio de 1701. A.G.P., Felipe V, leg. 52(3).

<sup>1348</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 9 de febrero de 1702. AA. EE., CPE., t. 96, fol. 390r.; recogida parcialmente en L. TR., II, p. 13.

Ibérica, se planteó la cuestión de la proporción de franceses que, en relación a los españoles, integrarían la servidumbre de la soberana. La reforma de las Casas reales realizada a instancias de Portocarrero había privado a un alto número de servidores de su empleo y sueldo. Muchos de ellos contemplaban el servicio a la nueva reina como una salida a la «*misère où ils sont*». El problema radicaba en que ciertos franceses del *entourage* de Felipe V pretendían los mismos puestos para sus parientes, allegados y criados: «*Quelques-uns de nos françois souhaitent pareillement d'y placer de leurs parens ou de leurs valets. Deux de ces derniers firent présenter hier un placet au roy par leur maistre, qui prétend que SM., lorsqu'elle partit de Madrid s'est engagée de luy accorder cette grâce. Le placet rapporté dans le conseil en présence de M. le comte de Marcin m'a esté renvoyé pour faire ce que je jugerois à propos.*» Obligada a tomar una decisión que conllevaría «*déplaire à l'une des deux nations*», la princesa procuró mostrarse pragmática. Aunque sumisa a las órdenes que podría recibir de Francia *a posteriori* («*Si le Roy souhaite que les François se multiplient icy je placeray dans toutes sortes de charges ceux qu'on me recommandent et que je croiray honnestes gens, sans me soucier que les Espagnols crient*»), reconoció ante el Secretario de Asuntos Exteriores que era necesario reducir el número de franceses que servían en las Casas reales, situación que alentaría irremisiblemente la francofobia reinante en la corte madrileña: «*les Espagnols ne sont pas sans jalousie contre les François*», concluyó. Tanto más, añadía, cuando muchos de estos franceses ostentaban puestos que podían ser atribuidos a súbditos españoles sin que ello entrañase ningún riesgo para los jóvenes soberanos.<sup>1349</sup>

La respuesta de Versalles a las instancias de la dama no parece haberse conservado. No obstante, la hostilidad de los criados españoles de las Casas reales hacia sus homólogos del país vecino, que la princesa pudo comprobar de primera mano tras su llegada a Madrid<sup>1350</sup>, explica que el número de franceses al servicio de la reina en

<sup>1349</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 15 de marzo de 1702, recogida en L. TR., II, pp. 22-24.

<sup>1350</sup> «*La chose qui a le plus contribué à faire autant de mécontents qu'il y en a dans cette ville, c'est la réforme qui fut faite quelque temps après que S. M. arrive icy. Je ne sçay si on vous a informé avec vérité de l'effet que cela a produit. Pour moy, je vois avec bien du chagrin que ces gens m'aiment pas leur roy autant qu'ils devroient. Tous conviennent que c'est le Cardinal qui a fait cette réforme, mais les malheureux confondent ordinairement le juste avec le coupable. Parmi ces réformés, il y en a qui ont du mérite et qui meurent de faim; il y en a d'autres qui suivant la coutume d'Espagne avoient en leur employ pour dot des femmes qu'ils ont prises dans ce palais. Ceux-cy qui sont en très grand nombre se trouvent chargez d'enfants et dépouillez du seul bien qu'ils avoient. La déclaration du roy portoit qu'on auroit esgard à leur malheur ; cependant on m'assure que aucun n'a esté porveu, quoiqu'il y ait eu plusieurs occasions de la faire (...)*» La misma al mismo. Madrid, 19 de agosto de 1702, *Ibid.*, II, pp. 79-

esta primera etapa fuera sensiblemente menor en comparación con los años siguientes. Junto a las camaristas Valois y Pichelin y a Henri Vazet, nombrado ayuda de la furriera<sup>1351</sup>, la soberana contaba en 1702 con 17 servidores procedentes de Francia (algunos de los cuales compatibilizaban sus oficios con los empleos que poseían en la servidumbre del rey), que servían en secciones de la Casa como la cocina, el ramillete, la panadería y el *gobelet*, o en calidad de lavanderas de corps, almidonadoras y guardadamas.<sup>1352</sup> Como hemos dicho, con el tiempo el número de criados franceses al servicio de María Luisa ascendería hasta la treintena según la planta de 1713 y a ellos habría que añadir otros tantos que atendían al príncipe de Asturias o los infantes Felipe y Fernando.<sup>1353</sup> Llegados a este punto, debemos destacar la prudencia de la princesa a la hora de cubrir los puestos de la Casa con algunos de sus parciales procedentes de Francia e Italia. En estos primeros años la dama solo hará una excepción con su secretario personal, Don Luis d'Aubigny, designado caballerizo de la reina el 3 de abril de 1702.<sup>1354</sup> Ello no significa que los servidores de la camarera mayor no tuvieran un contacto estrecho con María Luisa, como tampoco que no atendieran según vimos algunas de sus necesidades personales, pero lo cierto es que en su primera época en la corte española Ursinos renunció a ubicar a sus parientes en el seno de la Casa.<sup>1355</sup> A estas primeras medidas iniciales desarrolladas por la princesa, deberíamos añadir la ejecución de ciertas purgas entre los servidores de María Luisa. Concretamente la destitución de un guardadamas que obtuvo su empleo por mediación del otrora

---

89. Asimismo, en septiembre de 1702 el contralor de la Casa de la reina se quejaba de las pretensiones económicas de la Familia franceses, frente a las necesidades pecuniarias de los criados españoles, en los siguientes términos: “que habiendo criados de más de quarenta años de servicios que estimaron como beneficio del cielo el pago de d[ic]hos. dos meses (quedando rezagados en más de diez y ocho, que había que no se les pagaba) *pretendan estos hombres ser privilegiados sobre todo el género humano.*” Madrid, 20 de septiembre de 1702. A.G.P., Felipe V, leg. 271(1).

<sup>1351</sup> Su nombramiento consta en Madrid, el 29 de julio de 1701. A.G.P., Felipe V, leg. 52; *Ibid.*, C. 16580, exp. 6.

<sup>1352</sup> *Ibid.*, Felipe V, leg. 52.

<sup>1353</sup> Una perspectiva general de la evolución de estos criados se encuentra en DÉSOS, C.: *Les français de Philippe V...*, p. 143.

<sup>1354</sup> A.G.P., Felipe V, leg. 1. Según consta en su expediente personal, D'Aubigny pagó 200 ducados de vellón por el impuesto de media anata. *Ibid.*, C. 16838, exp. 18. El nombramiento de Don Luis como caballerizo de la reina generó, según Pucci, no pocas murmuraciones en la corte española, escandalizada ante el hecho de que un sujeto que anteriormente había ejercido las funciones de secretario fuera agraciado con un puesto que, entre otros honores, le garantizaba acompañar a la reina en su carroza o dirigirse a ella durante sus salidas públicas. Este descontento motivó que en un principio D'Aubigny ejerciera el oficio sólo en las funciones de mayor solemnidad. Pucci a Cosme III. Madrid, 3 de agosto de 1702. A.S.T., MdP, Filza 5073, fols. 155r.-156r.

<sup>1355</sup> Esta tendencia varió, como se tendrá ocasión de ver, a partir de 1712, momento en que la princesa procurará promocionar las carreras de sus sobrinos (Chalais, Belmonte, Lanti della Rovere...) en la corte madrileña.

embajador imperial, conde de Harrach, y el cese de Don Jacobo Morrás como oficial de la secretaría de la soberana, a causa de sus supuestos tratos con el huido almirante de Castilla.<sup>1356</sup>

Tan interesantes como las cuestiones que acabamos de referir son las relaciones de la princesa con las mujeres de la cámara. Contrariamente a lo que Louville, Montviel o Marcin pronosticaron, no parece que Ursinos tuviera dificultad para imponerse a las damas que estaban bajo su jurisdicción. Según reconoció apenas llegó a Barcelona: «(...) ces dames m'obéissent très ponctuellement dans tout ce que ie leur demande et toute la maison de la reine mest également soumise (...).»<sup>1357</sup> En cuanto a la acogida que le dispensaron las damas de la corte madrileña, esta fue igual de favorable si hemos de dar crédito a las informaciones de Blécourt.<sup>1358</sup> Dicho esto, debemos señalar que son muy escasos los testimonios que aluden al trato de la camarera mayor con las mujeres de la Casa. Con todo, algunos relatos fragmentarios nos permiten reconstruir de manera un tanto imprecisa, pero no por ello menos valiosa, el desempeño de Ursinos como camarera mayor. De entrada, debemos destacar que el innegable apoyo y favor que los reyes de Francia y España otorgaban a la dama constituyó un importante capital simbólico que bien pudo influir en la aceptación que le prodigaron las mujeres al servicio de la reina. En este sentido, es posible que las advertencias que Luis XIV ordenó a Marcin hacer a la española que había de ocupar el puesto de *première femme de chambre*, se extendieran al resto de mujeres de la cámara y, en consecuencia, reforzaran la autoridad de la princesa sobre ellas.<sup>1359</sup> Por otro lado, es de notar que la camarera mayor se negó a delegar en las mujeres de la Casa la más

---

<sup>1356</sup> Sobre Morrás, véase, Operti al marqués de Saint-Thomas. Madrid, 2 de noviembre de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48; el despido del guardadamas, que había estado al servicio de los sucesivos embajadores imperiales en Madrid: Mansfeld, Lobkowitz y Harrach, aparece consignado en una carta de Ursinos a Torcy. Madrid, 19 de agosto de 1702, recogida en L. TR., II, pp. 79-89.

<sup>1357</sup> Ursinos a Torcy. Barcelona, 29 de noviembre de 1702. AA. EE., CPE., t. 94, fol. 124v.

<sup>1358</sup> «... La Cour et la ville continuent à estre charmées des manières de Mme. La Princesse des Ursins, il n'y a pas la moindre murmure, et tout le monde considère comme un effet de la Providence de voir la reine entre les mains d'une personne aussy sage, aussy désintéressée et aussy capable de luy inspirer tout ce qui est nécessaire pour le bien de cette monarchie. En tout cas, s'il y a quelques jaloux, ce ne peut estre que quelques intrigues de cour dont on ne parle point encore dans le monde ; mais il est seur que le public est bien satisfait...». Blécourt a Torcy. Madrid, 13 de julio de 1702. Véase también el testimonio de la princesa al mismo ministro: «Je ne m'apperçois point encore, Monsieur, de la jalousie qu'on peut avoir contre moy. Toutes les dames du palais paroissent rechercher mon amitié, et celles de la ville m'accablent de recados qu'elles m'envoyent faire tous les jours (...).» Ambas cartas aparecen recogidas parcialmente en L. TR., II, p. 66.

<sup>1359</sup> Véase el subepígrafe anterior. Por otro lado, nuestra hipótesis se apoya en la misiva (ya citada) enviada por Montviel a la duquesa de Beauvilliers, fechada en Madrid, el 4 de agosto de 1701 y que se encuentra en AA. EE., CPE., t. 97, fols. 157v.-158r.

mínima de las funciones anejas a su cargo. Tal y como admitía Operti la princesa carecía de toda dama de confianza en el entorno de la reina, de la que no se separaba en ningún momento aunque para ello debiera privarse del menor reposo e incluso de comer.<sup>1360</sup> Esta estrategia tuvo implicaciones de una doble naturaleza: por una parte, favoreció el surgimiento de profundos lazos de confianza entre María Luisa de Saboya y su camarera mayor (de ahí la significación de la negativa de esta última a aceptar una *première femme de chambre* desde Francia); por la otra, apuntaló la supremacía de la princesa sobre el conjunto de la cámara, al capitalizar y supervisar personalmente tanto sus propias atribuciones como las del resto de féminas sometidas a su tutela.

Ciertamente, el contingente de damas de la Casa de la reina constituyó quizás la preocupación más importante de la princesa de los Ursinos. Junto a la negativa visión que los franceses del *entourage* de Felipe V tenían de todas estas damas, que la camarera mayor compartía en buena medida, otro de los tópicos recurrentes en las fuentes del periodo es su excesivo número. Algunos testimonios contemporáneos aluden a la presencia de 450 damas al servicio de la reina; cifra que la propia María Luisa reducía en una de sus misivas a su padre hasta el número de 300.<sup>1361</sup> Con todo, conviene diferenciar, tal y como advierte López-Cordón, las damas de la corte de aquellas que formaban parte de las Casas reales y, dentro de estas, entre las que servían propiamente a la reina reinante, las que se hallaban retiradas o las que habían integrado en su día la servidumbre de la reina madre Mariana de Austria y no formaban parte ya del servicio activo. Las plantas de criados palatinos no siempre se hacen eco de esta especificidad, que apreciamos por el contrario al contrastar la documentación que alberga el Archivo de Palacio. Con todo, al revisar las plantas de 1701 y 1702 el número de damas no pasa de 60 (incluidas aquellas que ostentan puestos menos encumbrados como las lavanderas de *corps*, almidonadoras, barrenderas, sacristanas...).<sup>1362</sup> Al margen de la apreciación, lo que parece evidente es que la cantidad de mujeres al servicio de la reina fue vista desde el principio como un exceso

<sup>1360</sup> Operti a Madame Royale. Madrid, 27 de julio de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1361</sup> Lettre de Madrid, 13 juillet 1702. A.N., K1332, fol. 180v. La reina al duque de Saboya. Madrid, 13 de julio de 1702. A.S.T., LPD., Mazzo 26. Asimismo, las *Noticias individuales de los sucesos más particulares tanto de Estado como de Guerra acontecidos en el Reynado del Rey Ntro. Sr. Dn. Phelipe V...* recogen lo siguiente respecto a la impresión que causaron en la reina las mujeres de su Casa: “A las Damas y demás Familias que S. M. halló en Palacio reconoció con benévolo semblante, aunque hay inferencias de que le pareció el número crecido”. *Noticias individuales de los sucesos más particulares tanto de Estado como de Guerra acontecidos en el Reynado del Rey Ntro. Sr. Dn. Phelipe V (que Dios guarde) desde el año 1703 hasta el de 1706. Escritas en cuatro cartas por un Religioso a un Señor de alto carácter.* AA. EE., M/D, t. 8, fol. 25v.

<sup>1362</sup> A.G.P., Felipe V, leg. 275.

para la Hacienda regia, dado el coste de su sustento, salarios y mercedes ordinarias y extraordinarias (dotales).<sup>1363</sup> Por esta razón, para Versalles constituyó una prioridad la reducción de su número.<sup>1364</sup> Tanto más cuando desde finales de 1703 la Casa de la reina sufrió un severo varapalo en su financiación, al serle retirados 22 millones de maravedíes consignados en la renta del tabaco que fueron asentados en beneficios e impuestos de pago más incierto.<sup>1365</sup>

Pero no obstante las necesidades hacendísticas que acabamos de referir (y que la documentación que alberga el Archivo de Palacio refleja perfectamente), lo cierto es que bajo el interés por reducir el número de mujeres al servicio de María Luisa subyacían también otras cuestiones. En primer lugar, la desconfianza generalizada

---

<sup>1363</sup> Algunos datos sobre el coste de las mujeres de la cámara en el cómputo global de la Casa de la reina en LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “La evolución de las damas...”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J., LOURENÇO, M.P.P. (coords.): *Las Relaciones Discretas...*, II, p. 1367. Consúltense también los beneficios que en concepto de gajes, goces y géneros se otorgaban a las mujeres al servicio de María Luisa y que se encuentran detallados en diferentes Relaciones refrendadas por el tesorero, contralor y grefier de la Casa. Para los datos correspondientes a 1702 véase A.G.P., Felipe V, leg. 255(1). Por otro lado, en el verano de 1703 se produjo un intento efectivo por reducir el gasto que suponían para la Hacienda de la Casa las mercedes concedidas a los criados de la reina. En esta fecha, el coste total de las mercedes concedidas a hijos, viudas y criados de la Casa de la reina ascendía a 19.042.066 maravedíes. Una disposición del 27 de julio de 1703 estipulaba que, en lo sucesivo, de esta suma habían de consignarse “en efectos exigibles” tan sólo 15.224.000 maravedíes y que las gracias exigidas por “estas clases de criados” no pasasen de los cinco reales de ayudas de costa. Asimismo, una Consulta de Goyeneche a Santisteban (Madrid, 29 de septiembre de 1703) recomendaba establecer un número fijo de mercedes a otorgar y su concesión conforme fueran vacando. *Ibid.*, Felipe V, leg. 266(1).

<sup>1364</sup> A despecho de este afán por reducir el número de mujeres al servicio de la soberana, la Casa de María Luisa de Saboya acogió a varias de las damas de la reina viuda a instancias de la propia Mariana de Neoburgo, estas fueron, Doña María de Mendoza, hija del conde de Orgaz; doña Ana María y doña Manuela Girón, hermanas del duque de Osuna, y doña Blanca de Andía y Toledo, hija del marqués de Valparaíso. Las tres primeras fueron designadas el 12 de agosto de 1701, mientras que la última entró a servir a María Luisa en enero de 1704. *Ibid.*, Felipe V, leg. 52; A.G.S., G&J, legs. 344 y 347. Mariana de Neoburgo a Louville. Toledo, 7 de julio de 1701, recogida en LOUVILLE, I, p. 188. Para estos nombramientos véase también, LÓPEZ ANGUITA, J. A.: “Espacios para una reina viuda. Gracia y desgracia de Mariana de Neoburgo en la corte de Felipe V (1700-1706)”, en DE JÖNGE, K. y GARCÍA GARCÍA, B. J. (coords.): *Felix Austria. Lazos familiares, cultura política y mecenazgo en las cortes de los Habsburgo en el contexto europeo (1516-1715)*, en prensa.

<sup>1365</sup> Un análisis detallado de la Hacienda de la Casa de la reina durante la Guerra de Sucesión lo encontramos en ANDÚJAR, F.: *Necesidad y venalidad. España e Indias, 1704-1711*. Madrid, 2008, pp. 35-41. La evolución de las consignaciones de la Casa de la reina entre 1701 y 1714 (donde constan rentas, importe e inciertos) se encuentra en A.G.P., Histórica, C. 9, exp. 7. Sobre la administración de la renta del tabaco y la focalización de parte de sus ingresos (otra parte estaba consignada a los gastos de la Casa del rey) a las necesidades del conflicto sucesorio, SANZ AYÁN, C.: “Administration and resources for the mainland war in the First Phases of the War of the Spanish Succession”, en BOWEN, H. V., GONZÁLEZ ENCISO, A. (coords.): *Mobilising Resources for war: Britain and Spain at work during the Early Modern Period*. Pamplona, 2006, pp. 135-158. Para los efectos que tuvo la privación de las “rentas seguras” sobre la Hacienda de la Casa de la reina son ilustrativas las consultas de Santisteban al rey fechadas en abril de 1704 y las órdenes del monarca correspondientes a mayo de ese mismo año; órdenes que a la postre no se cumplían por falta de liquidez y que perpetuaban las necesidades pecuniarias de la Casa. A.G.P., Felipe V, legs. 52 (1) y (2).



hacia todas estas damas, nombradas a instancias de Portocarrero y consideradas espías del cardenal en el seno de la Casa, y en particular hacia el pernicioso influjo que podían ejercer sobre la reina. El nombramiento de Ursinos como camarera mayor había solucionado en parte este inconveniente. Sin embargo, el *entourage* francés de Felipe V, como la princesa, deseaban profundizar en este aspecto. Así, desde la primavera de 1702 se debatieron diversas medidas a través de las que reducir el número de damas solteras que poblaban la cámara.<sup>1366</sup> Al hilo de esta política de restricción, la princesa mostró una notable firmeza en su negativa a admitir a nuevas damas en el seno de la cámara. Es el caso de la conocida como Mademoiselle de Montijo, en la documentación francesa, hija del conde de Montijo y sobrina de la duquesa de Osuna y de la condesa de Altamira. A mediados de noviembre de 1702 Ursinos rindió a cuenta a Torcy de las quejas de la duquesa de Osuna, que acusaba a su cuñado de forzar la entrada de su hija en un convento. Este asunto puramente familiar y privado terminó por debatirse en la Junta de Gobernación tras la negativa de la condesa de Altamira a acoger en su casa a su también sobrina. Los ministros de la Junta, con Portocarrero a la cabeza, fueron de la opinión de que la joven había de ser puesta bajo custodia de la condesa de Lemos (con la que también estaba emparentada), en tanto se ultimaba su ingreso como dama en la Casa de la reina. Enterada de estos planes, la princesa se negó en redondo a secundar la iniciativa de los ministros de la Junta. Los argumentos que expuso a Torcy son muy elocuentes. En primer lugar evidencian la contradicción que entrañaba el ingreso de Mademoiselle Montijo en la servidumbre con los planes relativos a la reducción del número de damas. Segundo, la princesa se hacía eco de la necesidad de privar a los ministros del gobierno de la posibilidad de intervenir en cuestiones, como eran la concesión de cargos en la cámara, que concernían en exclusiva bien a los reyes bien a la camarera mayor. Para finalizar, Ursinos consideraba una imprudencia aceptar al servicio de la soberana a una joven «dont on ne connoist point l'humeur, quand la reine souhaitteroit que quelques-unes qui sont dans le palais n'y feussent pas.»

---

<sup>1366</sup> Como hemos visto, desde el primer momento se rechazó la opción más radical de enviar de regreso a sus hogares a las damas de la reina. Por el contrario, Montviel era partidario de no recibir incrementar su número hasta que éste se viera reducido a 7 u 8: «On doit estre très fermes a n'en recevoir pas de nouvelles jusqua a ce quelles soient reduites a sept ou huit au plus et a ne passer iamais cette quantité quelque raison que l'on puisse alléguer». Montviel a Torcy. Madrid, 14 de julio de 1701. AA. EE., CPE., t. 97, fols. 58v.-59r. Esta política restrictiva produjo resultados evidentes, como lo corroboran las plantas correspondientes a los años 1705 y 1706. A.G.P., Felipe V, leg. 275(1).

En otro orden de cosas, la restricción en el número de damas estuvo también determinada tanto por el interés de eludir los inconvenientes que generaban a la camarera mayor y a la Guarda Mayor la educación de todas estas muchachas en palacio, como por la necesidad de forjar alrededor de la reina un entorno fiable a ojos de Versalles. Por lo que concierne al primer aspecto señalado, es de notar que si bien como hemos dicho Ursinos no tuvo graves dificultades para imponer su autoridad sobre las mujeres de la cámara, ello no significó que no se produjeran problemas en su seno. La visión que Macanaz aporta sobre las relaciones de la camarera mayor con las damas de la reina resulta un tanto idílica y es desmentida por informaciones como las de Pucci, quien aludió en sus despachos a Florencia a la relajación de costumbres de las hermanas del duque de Osuna, por ejemplo.<sup>1367</sup> Que no podemos generalizar al hilo de estos testimonios es obvio; pero lo interesante de ellos es que nos permiten comprender el afán de la princesa por deshacerse progresivamente de las damas solteras, a través de matrimonios convenientes, sin cubrir las vacantes que producían tales enlaces.<sup>1368</sup> Por otra parte, y aunque quizás esta afirmación puede resultar un tanto aventurada, si cruzamos la información fragmentaria con la que contamos acerca de las damas con las fechas de sus nupcias, podemos concluir que las primeras en contraer matrimonio fueron aquéllas que inspiraban más suspicacias a la camarera mayor, o bien tuvieron una trayectoria al servicio de la reina más problemática. A saber: Doña Francisca Enríquez, marcada por sus estrechos lazos de parentesco con el almirante de Castilla, casada en 1703 con el marqués de Bedmar; Doña Manuela y Doña Ana María Girón, las Osuna, cuya familia era censurada por la princesa, casadas en 1703 y 1705 respectivamente con el conde de Paredes y el condestable de Castilla; y Doña María Teresa de los Ríos, hija del francófilo conde de Fernán-Núñez, tenida por

---

<sup>1367</sup> “(...) La Princesa de los Ursinos, que como se a dicho vino con S. M. y ocupó la Plaza de Camarera maior, no falta á asistir á S. M. con sus experiencias, prudencia y buena conducta; habían sido asta entonces permitidos los galanteos en Palacio así en las Damas como en las camaristas que deseavan casarse y ella los desterró con gusto, con honor y con complacencia de la juventud, haciéndoles ver que zerrada la Puerta á estos galanteos tendrían antes quien las quisiese y estimase y á la Reyna propicia para facilitarles sus casamientos y començó el Palacio á ser Casa de Recolección.” MACANAZ: *Memorias para la historia...* R. B., II/2081, vol. I, fols. 71r.-72r. Pucci a su gobierno. Pucci a su gobierno. Madrid, 10 de agosto de 1702. A.S.F., MdP, Filza 4991, cit. por RODOLICO, N.: “Alcuni documenti sulla Regina di Spagna, Maria Luisa Gabriella di Savoia”, en VICENS VIVES, J. (dir.): *Estudios de Historia Moderna. Relaciones internacionales de España con Francia e Italia (siglos XV a XVIII)*. Barcelona, 1951, p. 45.

<sup>1368</sup> «Vingt fois nous avons parlé. M. le comte de Marcin, le P. d'Aubanton et moy de chercher les moyens d'en réformer plus de la moitié, et nous sommes toujours convenus, si on en marioit, de n'en point prendre d'autres par les dépenses excessives que cette multitude de dames cause au Roy, sans parler de la nécessité où il est de donner les meilleurs emplois à des gens le plus souvent sans mérite pour les établir.» Ursinos a Torcy. Madrid, 11 de noviembre de 1702, recogida en L. TR., II, pp. 128-133.

espía al servicio de la embajada francesa y que matrimonió en 1705 con el duque del Infantado.

\*\*\*\*\*

La formación de la Casa de María Luisa de Saboya constituyó un proceso complejo y largo en el tiempo que se extendió desde el verano de 1701, toda vez que el matrimonio de los reyes se hizo público, hasta el invierno de 1703, tras el regreso de Felipe V de la jornada italiana. A lo largo de esos casi dos años se desarrollaron diversas etapas, cada una de ellas protagonizada por personajes cuyas decisiones fueron determinantes para la definitiva composición de la servidumbre de la consorte: el cardenal Portocarrero, el embajador francés conde de Marcin y finalmente la camarera mayor princesa de los Ursinos. A despecho de la diversidad de individuos que tomaron parte en la organización, el eje vertebrador de las disposiciones emitidas, al menos para el caso Marcin y Ursinos, fue la necesidad de rodear a la reina de servidores leales a Versalles. Idea que Francia preconizó a lo largo del viaje de la soberana hasta Barcelona, había cristalizado ya en medidas como la orden de expulsión del séquito piamontés de María Luisa o la imposición de una camarera mayor de origen francés. Bajo esta intencionalidad general subyacían, empero, otras cuestiones. Por una parte la desconfianza del gabinete galo, como la de los miembros más importantes del *entourage* francés de Felipe V en Madrid, hacia la “perniciosa influencia” que podían ejercer sobre la joven consorte los Grandes y aristócratas españoles de ambos sexos que habían de ostentar los puestos de mayor jerarquía en el seno de la Casa. Una cuestión nada baladí si tomamos en consideración que María Luisa no contaría, como su esposo, con una servidumbre francesa independiente capaz de contrarrestar el influjo de sus servidores españoles. Por la otra, la no menos acuciante necesidad de designar para los cargos más encumbrados a individuos dispuestos a someterse a la autoridad de la camarera mayor y secundar las iniciativas que esta, de concierto con Versalles, pretendía impulsar tanto en el marco de la Casa y las etiquetas palatinas como en lo que respectaba a la adaptación y formación de la consorte. Aunque el paso del tiempo terminó por acotar las expectativas de Francia con respecto a la reforma de la corte y la servidumbre regia, la noción de reforma, junto a la de lealtad y aquiescencia a los dictados de Versalles, influyeron de manera determinante en la elección de los cortesanos que habían de ocupar los cargos más relevantes en la Casa de María Luisa.

Por lo que respecta a las etapas de formación de la servidumbre de la reina, la primera de ellas, presidida por el cardenal Portocarrero, estuvo caracterizada por la continuidad, si bien minimizada en aspectos como la designación de una francesa como camarera mayor. De acuerdo con la tradición, María Luisa heredó buena parte de los criados que habían servido a sus antecesoras, desde Mariana de Austria a Mariana de Neoburgo, mientras que los puestos masculinos de más alta jerarquía y mayor potencialidad (*verbigracia* los de mayordomo y caballerizo mayor o el de confesor real) permanecieron vacantes hasta la definitiva llegada de la consorte. Las suspicacias de Versalles y el *entourage* francés del monarca ante el carácter continuista que revistieron las disposiciones emitidas por el cardenal, así como hacia la incipiente labor de patronazgo desarrollada por el prelado, propiciaron el progresivo alejamiento de Portocarrero de la toma de decisiones relativas a la Casa.

La segunda etapa de nuestro análisis, protagonizada por el conde de Marcin, estuvo dominada por los intentos por neutralizar el calado de algunas de las órdenes ejecutadas por el cardenal y, en segundo lugar, por el nombramiento del religioso que había de ostentar el cargo de confesor de la reina. Por lo que concierne al primer punto señalado, Marcin abogó por incrementar la presencia francesa en la cámara con el fin de contrarrestar el peso que las servidoras españolas tenían en su seno, al tiempo que se barajaron diferentes opciones tendientes a reducir el número de mujeres que servían en la Casa o dependían para su sustento de la Hacienda regia. Fruto de este afán fue el nombramiento como camaristas de algunas damas de origen francés emparentadas con miembros de la “familia francesa” de Felipe V, junto con la aspiración del embajador a designar a una *première femme de chambre*, que secundara a la princesa de los Ursinos como camarera mayor de la reina, también procedente de Francia. En cuanto a la elección del confesor, fue una decisión tomada por Marcin en colaboración con el confesor de Felipe V, Padre Daubenton, y representó un cambio respecto a la tradición anterior. Al contrario de lo que sucedió en el caso del rey, la orden de pertenencia del clérigo no entrañó una ruptura. El director de conciencia de María Luisa había de ser jesuita, orden a la que habían pertenecido los confesores de Margarita de Austria y Mariana de Austria por ejemplo. Ahora bien, si algunas de sus predecesoras habían tenido la oportunidad de mantener junto a sí a los confesores designados desde sus cortes de origen, algo que no pasó desapercibido a Portocarrero, María Luisa no gozó de esta prerrogativa. Desde el principio Versalles estipuló que el director de conciencia

piamontés de la soberana, abate del Maro, no debía establecerse en el país. En este aspecto los miembros del *entourage* galo de Felipe V coincidían, aunque mantenían opiniones encontradas en cuanto al origen del religioso que había de suceder al saboyano. Por ejemplo Louville y Marcin defendían la nominación de un jesuita francés para el puesto, candidatura que finalmente fue desestimada por Luis XIV, quien impuso la elección de un clérigo natural de la Monarquía nombrado bajo los auspicios de Daubenton.

La tercera y última etapa en la formación de la Casa, correspondiente al periodo en el que Ursinos impuso su criterio en la toma de decisiones, supuso una vuelta a las dinámicas que tradicionalmente habían caracterizado la organización de la servidumbre de la reina, aunque el impacto de las mismas se vio sensiblemente minimizado por el ejercicio de patronazgo desarrollado por la princesa. En este momento se cubrieron de manera definitiva los cargos de mayordomo mayor y caballerizo mayor, elegidos ambos a instancias de la camarera, que fueron a parar a sujetos flexibles ante la reforma de la etiqueta y parciales a Francia. Con todo, en el caso del caballerizo mayor, marqués de Castel-Rodrigo, su designación se vio influida también por los servicios que había rendido a Felipe V como embajador extraordinario ante la corte de Turín, lo que de por sí es un síntoma elocuente del *mélange* entre tradición y ruptura que caracterizó a esta etapa. Asimismo, a la sazón se zanjaron de manera definitiva algunas de las cuestiones debatidas durante la etapa Marcin. A saber: la designación de una *première femme de chambre* francesa; la reducción de las mujeres y damas que servían en la cámara, para lo que se optó por su salida paulatina con motivo de la “toma de estado”; y las propuestas de Orry en relación a la estructura y atribuciones de ciertos cargos de la Casa, como la mayordomía mayor. En definitiva las disposiciones que dieron cuerpo a la servidumbre de María Luisa de Saboya se vieron influidas por el contexto de cambio dinástico en el que tuvo lugar la organización de la servidumbre de la consorte. Ello explica la singularidad del proceso de formación de la Casa, lo prolongado en el tiempo del mismo y el dinamismo de las decisiones que se adoptaron, con el componente de continuidad y ruptura que en ocasiones estas entrañaron. Así, la constitución y estructura de la Casa, como los criterios bajo los que se desarrollaron ciertas designaciones, resultaban coherentes con la tradición o bien respondían a prácticas ya puestas en vigor durante los reinados anteriores. Por el contrario existieron otros aspectos en los sí podemos detectar

variaciones sustanciales y que guardaban relación, a un más amplio espectro, tanto con el citado contexto de cambio dinástico como con las características y exigencias del proceso de adaptación de María Luisa de Saboya. Tales fueron, por citar algunos de ellos, la elección de una camarera mayor francesa; la preeminencia y autoridad de esta sobre el conjunto de la Casa, no solo ya sobre la cámara, lo que contravenía tácitamente las prerrogativas del mayordomo mayor, o las circunstancias que desembocaron en la elección del mismo mayordomo, el caballerizo mayor o el confesor real.

## **V PARTE: CRISIS E INESTABILIDAD**

### **LA CRISIS DEL DESPACHO: DESARROLLO Y CONSECUENCIAS INMEDIATAS**

“La corte es el elemento de los ruidos, donde se forman las facciones y se sobstienen por la comunicación que los ociosos hacen de sus Pasiones y pensamientos: las mujeres, y en particular la Princesa de los Ursinos, tienen la expresión viva y pocas veces dejan de persuadir lo que quieren a los que las escuchan.”<sup>1369</sup>

La crisis del Despacho dio inicio a un periodo de marcada inestabilidad en las relaciones francoespañolas que puso en tela de juicio algunos de los principios que hasta la fecha habían vertebrado la política de Francia con respecto a la Monarquía Hispánica. En sentido estricto la crisis de gobierno en sí, es decir en lo que concernía a la composición del gabinete hispano, apenas duró un mes y medio aproximadamente, si bien en adelante tendría un carácter intermitente. Sin embargo, los efectos de los sucesos de enero de 1703 se dejaron sentir a grandes rasgos hasta comienzos de 1705, cuando la designación de Amelot de Gournay como embajador de Luis XIV comportó el inicio de una fase de mayor estabilidad en el eje Versalles-Madrid. Estabilidad, por otro lado, que no debemos entender en ningún caso en términos absolutos, dado el contexto de conflicto sucesorio en el que se desarrollaron las relaciones entre las Dos Coronas y la paulatina divergencia que con el tiempo se produjo en lo que en un principio fueron los “comunes intereses” de ambas.

A lo largo de este capítulo analizaremos el desarrollo de la crisis del Despacho y sus consecuencias más inmediatas, esto es las primeras reacciones que suscitaron las decisiones tomadas tras el regreso de Felipe V de la jornada italiana tanto en la corte española como particularmente entre los principales actores políticos del eje Versalles-Madrid a la sazón: el propio D'Estrées, su sobrino, el abate del mismo nombre, Louville y la princesa de los Ursinos. En primer lugar desarrollaremos un relato pormenorizado de la crisis del gobierno y analizaremos los motivos subyacentes tras las disposiciones adoptadas a finales de enero de 1703, que conllevaron la salida del embajador francés del gabinete y el retorno “aparente” a una *praxis* de gobierno calificada de “tradicional”. En segundo lugar incidiremos en el impacto que tuvo la

---

<sup>1369</sup> *Historia política y secreta de la corte de Madrid de el ingreso de el Rey Phe[lipe] 5º a la Corona b[as]ta la Paz G[ene]ral, con reflexiones sobre el Estado en q[u]e entonces se halla[ba] la Monarquía Española.* B.N.M., Mss. 10947, fols. 106r.-v.

crisis sobre el hasta entonces cohesionado *entourage* francés de Felipe V, polarizado en adelante en dos grupos liderados por la princesa y el cardenal del que también formaron parte algunos destacados ministros y cortesanos españoles. Por último abordaremos la concepción de los D'Estrées, Louville y la propia Ursinos acerca de los sucesos de enero de 1703. En este epígrafe insistiremos con mayor profundidad en la percepción de la princesa sobre la situación, que consideramos la menos conocida merced a la más divulgada interpretación de los hechos que aportan las *Mémoires* de Saint-Simon o del propio Louville. Confrontar este conjunto de visiones nos permitirá comprender en buena medida por qué la crisis resultó tan compleja, larga y difícilmente abordable para Versalles, puesto que quebró la unanimidad que hasta la fecha había caracterizado la toma de decisiones por parte de los más destacados miembros del *lobby* francés en Madrid, quienes controlaban los principales resortes del poder y cuyas informaciones influían parcialmente en la política de Francia con respecto a la Monarquía Hispánica.

### **Síntesis de la crisis:**

La crisis del Despacho estalló apenas Felipe V llegó a Madrid el 17 de enero de 1703. Tras la instalación del monarca en el Alcázar, y después de reunirse con la princesa de los Ursinos, el cardenal Portocarrero informó al rey de su deseo de retirarse del gabinete. La intención del cardenal no resultaba una novedad. Durante la gobernación de la reina María Luisa el prestigio político de Portocarrero se había visto considerablemente mermado. De entrada, la instauración de la Junta que había de asesorar a la soberana disminuyó su capacidad de intervención en la toma de decisiones lo que, como ya vimos, no dejó de desagradarle. A esta circunstancia debemos añadir otros factores que denotarían la progresiva pérdida de influencia del cardenal sobre los asuntos de gobierno. Por un lado, sus malas relaciones con el arzobispo Arias y otras figuras con las que hasta entonces había formado un frente común, como Montalto y Monterrey.<sup>1370</sup> Por el otro, el escaso eco que comenzaban a tener en Versalles sus opiniones sobre la reforma de la administración, el ejército y las finanzas de la Monarquía Hispánica. En este sentido, tal y como ha advertido Peña Izquierdo, en este momento comenzó a hacerse patente que las intenciones del cardenal y la corte

---

<sup>1370</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 15 y 23 de julio de 1702, recogidas en L. TR., II, pp. 66-71 y 72-75; MILLOT, p. 135.



francesa sobre este punto divergían sustancialmente. Si el primero abogaba por una continuidad reformada, la segunda defendía, de concierto con Orry, proyectos más radicales que excedían los límites de los planes del cardenal.<sup>1371</sup>

En este contexto, la designación de un nuevo embajador de Francia en Madrid acentuó el desagrado de Portocarrero ante la evolución de su propia trayectoria política. En efecto, tras la partida de Felipe V de Barcelona Marcin decidió presentar su renuncia al cargo que había ostentado desde el verano de 1701<sup>1372</sup>, si bien continuó ejerciendo sus funciones durante toda la jornada italiana del monarca. Su sucesor al frente de la embajada sería César d'Estrées. Nacido en 1628, perteneciente a una importante familia de la alta aristocracia francesa emparentada por vía ilegítima con la Casa de Borbón<sup>1373</sup>, D'Estrées fue elevado a la dignidad cardenalicia en 1671. Dotado de una amplia experiencia en materia diplomática, de la que había hecho gala como embajador de Francia en Baviera, Venecia y Roma, era apreciado por Luis XIV, que «estimait hautement (...) [ses] capacités d'homme d'État.»<sup>1374</sup> El cardenal se unió a Felipe V en Milán, el 17 de octubre de 1702, sin adoptar aún la dignidad de embajador de forma oficial. Asimismo, comenzó a intervenir en el Despacho también a título oficioso. La presencia de D'Estrées en el gobierno que asesoraba al monarca en Italia había sido prevista por el rey de Francia como una forma de garantizar no solo la pacífica transición entre las embajadas de Marcin y el cardenal sino también que, una vez en Madrid, la participación del embajador francés en el gabinete fuese

---

<sup>1371</sup> En este sentido, para el enviado saboyano la retirada de Portocarrero de Despacho habría estado causado por su descontento ante el desorden de la corte y la dinámica de la Junta de Gobierno, donde se habían tomado decisiones contra el “buen gobierno” al margen de las sugerencias de los diferentes Consejos de la Monarquía. Operti al duque de Saboya. Madrid, 25 de enero de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1372</sup> Sobre el cese de Marcin, véase MILLOT, p. 119; Louville al duque de Beauvilliers. 9 de mayo de 1702, SSBL, X, pp. 437-438. Las razones del abandono del conde de la embajada aparecen recogidas en la «... Instruction a M. le Cardinal D'Estrées allant en Espagne avec le Roi Catholique»: «Quoique le comte de Marsin ait toute la sagesse et toutes les qualités nécessaires pour bien servir le Roi dans l'emploi que Sa Majesté lui avoit confié, il n'a pu éviter que les Espagnoles l'aient regardé pendant tout le temps de son ambassade comme un de ceux qui contribuoit [sic] le plus à les décrier auprès du Roi leur maître. Comme il a vu leur haine injuste, il a représenté au Roi que son retour en Espagne avec le Roi Catholique nuirait infiniment au bien du service; que la vivacité de son zèle ayant en quelque manière soulevé la nation contre lui, il ne pourroit désormais exécuter avec succès les ordres que Sa Majesté lui donneroit et persuader à des gens prévenus contre lui ce qu'elle jugeroit à propos de faire dire.», recogido en *RLA*, XII-II, p. 62.

<sup>1373</sup> Tía carnal de D'Estrées era Gabrielle d'Estrées, amante de Enrique IV, de quien descendía la rama bastarda de los Borbón-Vendôme y, a través de ella, tanto Madame Royale como la propia María Luisa de Saboya.

<sup>1374</sup> *RLA*, XII-II, p. 55. Para una semblanza biográfica del cardenal, véase, *Ibidem*, pp. 55-57.

incontestable.<sup>1375</sup> Con todo, la corte española otorgó una interpretación diferente a las intenciones de Versalles. Así, el hecho de que D'Estrées formase parte del Despacho sin haber sido agraciado aún con la dignidad de embajador fue visto por Portocarrero, Arias o el duque de Medinaceli, entre otros, como un síntoma de que el cardenal sería nombrado primer ministro tras el establecimiento definitivo de Felipe V en la capital.<sup>1376</sup> Un “ministerio”, advertía Medinaceli, con el que pocos españoles se conformarían.<sup>1377</sup> Reticente, a decir del enviado florentino, a asumir en el nuevo gobierno un papel supeditado al del cardenal d'Estrées, en el invierno de 1702 Portocarrero habría evidenciado ya su interés por retirarse de la corte.<sup>1378</sup> La intención del prelado era compartida también por el arzobispo Arias quien, si bien no parecía albergar la misma oposición a D'Estrées que Portocarrero, evidenció también en diciembre su voluntad de abandonar la presidencia de Castilla a causa, argüía, de su mala salud.<sup>1379</sup>

Enterada de las pretensiones del cardenal y Arias, Ursinos avisó a Torcy de la crisis política que se avecinaba. Con objeto de calmar los ánimos de la corte española con anterioridad a la llegada a Madrid de Felipe V, Versalles optó por sancionar definitivamente el nombramiento de D'Estrées como embajador francés. Al mismo tiempo, informó de la necesidad de que Portocarrero y Arias continuaran formando parte del Despacho, lo que significaba que el Rey Católico debía negarles el permiso para abandonar la corte.<sup>1380</sup> Sin embargo, pese a las órdenes emitidas, existieron dos factores con los que el gabinete francés no contó a principios de 1703: la inexperiencia del rey de España y la obstinación del cardenal Portocarrero a la hora de defender su determinación de dejar el poder. Recién instalado el soberano en el Alcázar, Portocarrero se reunió con los reyes para anunciarles su deseo de abandonar Madrid. Después de un encuentro de una hora de duración, Felipe V se mostró incapaz de convencer al cardenal para que renunciara a su propósito, como tampoco de hacer uso de la autoridad que le correspondía con el fin de obligarle a continuar asistiendo al

---

<sup>1375</sup> *Ibid.*, XII-II, punto X de la instrucción del cardenal d'Estrées, p. 70; COXE, W.: *España bajo el reinado...*, p. 244; BAUDRILLART, I, pp. 128-129.

<sup>1376</sup> Princesa de los Ursinos a Torcy. Madrid, 29 de noviembre y 14 de diciembre de 1702, recogidas en L. TR., II, pp. 144-147 y 153.

<sup>1377</sup> La misma al mismo. Madrid, 25 de noviembre de 1702, recogida en *Ibidem*, II, p. 142.

<sup>1378</sup> Informe de Pucci a Florencia. Madrid, 25 de enero de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991.

<sup>1379</sup> Sobre las intenciones de Portocarrero y Arias de retirarse de la corte, véanse las misivas de Ursinos a Torcy. Madrid, 29 de noviembre y 14 de diciembre de 1702, recogidas en L. TR., II, pp. 146 y 153.

<sup>1380</sup> Torcy a la princesa de los Ursinos. Versalles, 19 de diciembre de 1702. AA. EE., CPE., t. 104, fol. 569r.; *Ibid.*, II, p. 155.

Despacho. A lo sumo, el prelado se mostró dispuesto a revisar, desde su residencia, los expedientes más importantes del gobierno.

La retirada de Portocarrero situaba a Felipe V en una complicada tesitura: o bien mantenía la normalidad en las sesiones de gabinete con la asistencia de D'Estrées como su único miembro (en principio el cardenal se opuso a la participación de Arias en sus reuniones); o bien designaba entre la Grandeza a nuevos integrantes para el citado organismo. Ambas posibilidades presentaban sus riesgos. En el primero de los casos porque la ausencia de una figura de peso en el gobierno, como Portocarrero, parecería corroborar que D'Estrées ejercía las funciones de primer ministro. En cuanto a la segunda opción tenía también sus inconvenientes: básicamente el descontento generado entre los Grandes que pasarían a formar parte del Despacho y los que se verían excluidos del mismo.

La situación de indefinición descrita provocó la parálisis momentánea del gobierno. En el ínterin la princesa de los Ursinos planteó una solución intermedia a las alternativas mencionadas más arriba. A la espera de nuevas instrucciones por parte de Versalles tras la renuncia de Portocarrero, propuso que Felipe V gobernase en solitario con el secretario Ubilla, elevado a la dignidad de marqués de Rivas tras el viaje del monarca a Italia. En la teoría, la propuesta de la camarera mayor suponía la exclusión del embajador francés del Despacho. Ahora bien, esto era solo en la teoría puesto que en la práctica D'Estrées participaría activamente en la toma de decisiones gracias a un sistema de audiencias privadas con el monarca. Tal era el objetivo que, como veremos, defendería la princesa posteriormente. Una idea que tampoco escapó a los enviados florentino y saboyano en Madrid. Para el primero, y pese al cambio operado, no había duda de que el tratamiento de los principales negocios de la Monarquía continuaría en manos del embajador de Luis XIV. Con todo, advertía que este desarrollaría su labor gubernamental per “canali segreti”, lo que daría a los españoles la oportunidad de creer que Felipe V gobernaba de acuerdo a la tradición, es decir, a través de las consultas elevadas por los diferentes Consejos y la acción del secretario del Despacho. En cuanto a Operti, su opinión respecto a la iniciativa de Ursinos era más ambigua. Por un lado, defendía la licitud de la propuesta de la dama, bajo la que subyacía el interés por evitar que D'Estrées aparentase ser “el unico e supremo direttore degl'affari, perche s'attirarebbe l'odiosità di questi Popoli et nobilità con aumento d'aversione alla Nazione Francese”. Por el otro, no dejaba de prever los problemas que generaría la

adopción de semejante *modus operandi*, que con probabilidad sería rechazado por Versalles a causa del retraso en la resolución de los asuntos que su adopción propiciaría.<sup>1381</sup> A la postre, el juicio de Operti resultó ser acertado. La puesta en vigor de los consejos de la princesa, que Felipe V defendería de manera muy elocuente en sus misivas a Luis XIV<sup>1382</sup>, provocaría numerosos inconvenientes. Si bien el monarca comenzó a despachar con Rivas en la última semana de enero de 1703, D'Estrées se negó a aceptar su exclusión oficial del Despacho, lo que produjo la primera fractura en la dinámica de poder del eje Versalles-Madrid desde la entronización de Felipe V y, a la postre, la polarización de la corte madrileña y el *entourage* del rey entre partidarios y opositores del cardenal y la camarera mayor.

### **Ceremonial, tradición y acceso al monarca:**

La crisis del Despacho fue simultánea en el tiempo a la introducción de ciertos cambios que afectaban a las alteraciones ejecutadas en la etiqueta, el servicio de los reyes y el reglamento de entradas que regía el acceso a Felipe V. Según vimos, uno de los principales objetivos de Versalles tras el establecimiento del rey en Madrid (1701) fue la progresiva socavación del ceremonial habsbúrgico y su sustitución por ciertos usos, costumbres y formas de sociabilidad más propias de la corte francesa. Merced a este planteamiento el monarca comenzó a recorrer los salones del Alcázar para departir con Grandes y Títulos después de sus comidas y a lucir con mayor frecuencia el traje francés en lugar de la golilla. El desarrollo de prácticas semejantes se incrementó con motivo de las jornadas de Felipe V en Cataluña e Italia. Mientras la corte permaneció en Barcelona, a instancias de la princesa de los Ursinos y Marcin se produjo una notable relajación del ceremonial, el reglamento de entradas en los aposentos reales y las pautas que hasta el momento habían regido las relaciones entre el soberano y sus súbditos. Consecuencia de ello fue la reproducción de una compleja realidad en la que, por un lado, la etiqueta no había sido abolida oficialmente pero, por el otro, se veía vulnerada en diferentes ocasiones según lo demuestran algunos episodios como la asistencia de los Grandes a la *toilette* de la reina, la retirada de la cortinilla que ocultaba

---

<sup>1381</sup> Pucci a su gobierno. Madrid, 19 de enero de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991; Operti al duque de Saboya. Madrid, 8 de febrero de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1382</sup> Las cartas de Felipe V a Luis XIV, en las que defiende las disposiciones acometidas en el gobierno y la corte madrileñas, y en las que solicita el cese del cardenal d'Estrées, están fechadas en 21, 22 y 26 de enero de 1703. AA. EE., CPE., t. 122; recogidas parcialmente en MILLOT, p. 136.

al monarca en las festividades religiosas y el que Felipe V compartiera la mesa de juego junto a ciertos aristócratas, por citar algunos ejemplos.

Este conjunto de alteraciones del ceremonial se interrumpieron, por lo que respectaba a la reina, tras su llegada a Madrid como gobernadora. Ahora bien, continuaron durante el periodo en el que Felipe V se mantuvo en el frente militar. Así, mientras el rey permaneció en Nápoles y Milán los franceses que rodeaban al monarca (tanto servidores como militares del ejército borbónico) disfrutaron de una alta discrecionalidad en sus tratos con el soberano. Y lo mismo podemos decir durante el viaje de regreso del Rey Católico a la Península Ibérica. Por ejemplo en Alcalá de Henares, hasta donde a instancias de la reina y Ursinos la Grandeza se trasladó para recibir al monarca, el nuevo embajador francés y su sobrino, el abate d'Estrées, que se había unido a la comitiva regia en Perpiñán, gozaron de la libertad de entrar en la cámara real en tanto la alta aristocracia permanecía en la antecámara.

La arbitrariedad en lo tocante al régimen de entradas, al igual que en lo concerniente a las costumbres y usos importados desde Versalles, quedó en suspenso tras el retorno del monarca a Madrid. Apenas unos días después de su llegada a la capital Felipe V anunció que en lo sucesivo se ceñiría al ceremonial habsbúrgico. Tal declaración no estuvo exenta de polémica y dio lugar a interpretaciones negativas inclusive por parte de personajes normalmente favorables a las iniciativas propuestas desde el *entourage* del monarca, como Operti. Para el diplomático saboyano la disposición citada no afectaba únicamente a la visibilidad del rey ante la corte. A su modo de ver el cambio operado entrañaba tanto el quebrantamiento de las instrucciones que Versalles había venido preconizando durante meses en lo relativo a la etiqueta, como el riesgo de reproducir nuevamente una situación similar a la que había caracterizado el reinado de Carlos II, en la que la Grandeza contaba con una activa participación en la toma de decisiones y el reparto de mercedes gracias al control que le confería el ceremonial español sobre los contactos del rey.<sup>1383</sup>

Por las mismas fechas el monarca también comenzó a lucir la golilla en todas sus salidas públicas. Al igual que en el caso anterior se trataba de una involución en el marco de un proceso que, según vimos la primera parte de este trabajo, pretendía a la larga imponer el traje francés en la corte española. En un primer momento, tras su arribo a la capital, Felipe V continuó vistiendo a la francesa y compareciendo en

---

<sup>1383</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 25 de enero de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

diferentes capillas públicas celebradas sin la tradicional cortinilla que le ocultaba de sus súbditos.<sup>1384</sup> Sin embargo a comienzos de febrero, y a petición de algunos Grandes cuyo nombre la documentación consultada no cita, el rey tomó la decisión de adoptar la golilla en las ceremonias de mayor solemnidad<sup>1385</sup>, cosa que hizo en la Fiesta de la Purificación y en la Novena de San Francisco Javier, por ejemplo, celebradas a lo largo de ese mes y el siguiente.<sup>1386</sup>

La última de las mudanzas producidas tras la llegada del monarca a Madrid atañó a la organización de los aposentos reales y, en consecuencia, a la dinámica de las relaciones cotidianas entre los reyes. A lo largo de la estancia de Felipe V en el frente militar el monarca se había visto aquejado por una «tristesse continuelle», semejante a la que sufrió tras su instalación en España, que acentuó la apatía, timidez y retraimiento consustanciales a su carácter: «Il [Felipe V] est -escribió Louville a Torcy- dans une situation très fâcheuse (...), cela le rend encore bien plus taciturne que par le passé. Il voudroit toujours être enfermé et ne voir qu'un très petit nombre de gens auquel il est accoutumé (...).»<sup>1387</sup> Si bien el marqués admitía *a priori* desconocer a ciencia cierta el origen de los males del rey<sup>1388</sup>, otros personajes como la princesa de los Ursinos, y posteriormente Saint-Simon, fueron más certeros en cuanto a la raíz de sus problemas: Felipe V extrañaba a la reina.<sup>1389</sup> Así, de nuevo en España, y tras un primer encuentro con su esposa “pieno de tenerezza”, el monarca resolvió “per compiacere alla Regina” realizar todas sus comidas en los aposentos de la soberana.<sup>1390</sup> Ciertamente el gesto del rey tenía un precedente: en plena jornada catalana, durante el ataque de varicela padecido por el soberano, los reyes habían compartido mesa e intimidad en los aposentos de Felipe V. No obstante, se esperaba que esta situación

<sup>1384</sup> “Domenica il Ré tenne Cappella Publica, ove intervenne per la prima volta in abito alla francese, avendo in oltre fatto la novità d'ordinare che fossero levate per sempre le cortine laterali che stavano al Baldacchino, ove risiede in Capella e che gl'impedivano il poter esser veduto...” Pucci a su gobierno. Madrid, 1 de febrero de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991.

<sup>1385</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 15 de febrero de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 50.

<sup>1386</sup> Véanse los despachos de Pucci a Florencia. Madrid, 8 de febrero y 8 de marzo de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991.

<sup>1387</sup> Louville a Torcy. Milán, ca. 20 de junio de 1702. SSBL, X, pp. 438-439.

<sup>1388</sup> «Quant à moi, je pensé, comme M. de Marcin et Mme. des Ursins, que la véritable cause de son mal est une petite vérole qui a rentré en partie par une saignée qu'on lui fit fort mal à propos (...). Voilà, ce qu'on peut le plus raisonnablement juger de la cause de son mal.» *Ibidem.*, p. 438.

<sup>1389</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 19 de agosto de 1702, recogida en L. TR., II, pp. 79-89; SSBL, XI, p. 231. A este tenor, Kamen, uno de los biógrafos del rey escribe: “Su estancia en Italia [de Felipe V] le había hecho madurar mucho, pero también había echado mucho de menos a su esposa. Al reunirse de nuevo con ella recuperó la sensación de bienestar y confianza; ya no sufría jaquecas (...)” KAMEN, H.: *Felipe V. El rey que reinó dos veces*. Madrid, 2000, p. 38.

<sup>1390</sup> Pucci a su gobierno. Madrid, 18 y 25 de enero de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991.

fuera coyuntural y no definitiva. De hecho, entre las medidas dispuestas por Marcin en relación a la etiqueta se encontraba la ordenación de las comidas del rey. En el otoño de 1701, y con el fin de evitar susceptibilidades entre las servidumbres de ambos monarcas, el diplomático había establecido que Felipe V comería en público con su esposa y cenaría en privado, servido por los miembros de su Casa.<sup>1391</sup> En consecuencia, la decisión tomada por el soberano en enero de 1703 de nuevo vulneraba las instrucciones de Versalles en relación a los hábitos de la corte española. En otro orden de cosas, dicha disposición avanzaba otra situación que sería una realidad a partir del verano de ese mismo año, toda vez que Ardemans llevó a cabo ciertas reformas en los apartamentos reales del Alcázar: Felipe V y su consorte no solo compartirían mesa, también alcoba y aposentos, con lo que se ponía fin a la separación o compartimentación que hasta el momento había caracterizado la cotidianeidad de los reyes de España.

El conjunto de órdenes que acabamos de referir, paralelas no hay que olvidarlo a la crisis del Despacho, acentuaron la inestabilidad y desconfianza existentes en el seno del eje Versalles-Madrid y propiciaron una fractura sin precedentes hasta el momento en el *lobby* francés en la corte española. En efecto, se trataba de medidas cuya adopción resultaba controvertida por una cuestión de sentido, iniciativa, es decir de quién partía su impulso, y del impacto que comportaban para las relaciones de poder e influencia entre los diferentes representantes de Luis XIV en España. De entrada, y como tendremos ocasión de apreciar a continuación, los D'Estrées y Louville vieron en ellas una muestra de la debilidad de Francia frente a las aspiraciones político-cortesanas de la Grandeza. En segundo lugar las disposiciones ejecutadas en Madrid entre enero y febrero de 1703 se tomaron no solo de forma unilateral, esto es sin esperar a la aprobación del monarca francés y su gobierno, sino que su desarrollo conllevó también una cierta vulneración de las prerrogativas del cardenal d'Estrées en tanto que embajador galo. Es cierto que el cardenal fue informado de la situación en la que se encontraba el Despacho tras el abandono de Portocarrero, pero de nada sirvió su oposición a verse excluido de este organismo. D'Estrées se enfrentó a un *fait accompli*, y a la sazón irrevocable, como era la decisión de Felipe V de gobernar en solitario junto a Rivas. En esta misma línea de proceder, el diplomático tampoco fue consultado acerca del “restablecimiento” de la etiqueta palatina. De hecho, y a pesar de

---

<sup>1391</sup> Marcin a Luis XIV. Barcelona, 1 de octubre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 213v.

la discrecionalidad que había caracterizado hasta entonces el acceso de los sucesivos diplomáticos franceses a Felipe V, se esperaba que el nuevo embajador respetara en apariencia el reglamento de entradas, al menos en lo que concernía a los apartamentos de la reina, donde la presencia de las damas solteras de la soberana imponía criterios más restrictivos al ingreso en sus diferentes estancias.<sup>1392</sup> Al hilo de este aspecto, a comienzos de febrero Pucci y Operti se hicieron eco de la sorpresa del cardenal al serle prohibida la entrada libre (sin ser anunciado previamente) en los aposentos de María Luisa.<sup>1393</sup> Esta cuestión remite de lleno al complejo juego de influencias y espacios de acción política que definirá en buena medida la situación posterior al estallido de la crisis del Despacho. Al dictaminar Felipe V realizar todas sus comidas con la reina, y pasar con ella la mayor parte de su tiempo libre<sup>1394</sup>, el monarca arriesgaba con privar a los servidores de su Casa del prestigio, los beneficios y la influencia que acarreaban el contacto reiterado y la proximidad a su señor. Así, cuando el rey comía y cenaba con su esposa lo hacía servido por las damas y criados de esta quienes, dada además la frecuencia con la que el monarca visitaba a la consorte, tenían la posibilidad de tratarle con más asiduidad de lo que en condiciones normales lo habrían hecho. De tal modo Felipe V se aislaba de su servidumbre en favor de la de su esposa. Una circunstancia que, como Louville no tardaría en observar (y criticar), afectaba por igual a las familias francesa y española del rey.

A un más amplio espectro la reiterada presencia del soberano en los apartamentos de María Luisa conllevaba otras implicaciones. Por un lado ratificaba explícitamente la dependencia del rey hacia su consorte y, con ella, la creciente proyección de la reina en el seno de la pareja real. De manera marcadamente parcial

---

<sup>1392</sup> Fundamental para conocer las características del reglamento de entradas en los primeros años del reinado de Felipe V es el artículo de GÓMEZ-CENTURIÓN, C.: “Etiqueta y ceremonial palatino durante el reinado de Felipe V: el reglamento de entradas de 1709 y el acceso a la persona del rey”, en *Hispania*, LVI-3, n.º 194 (1996), pp. 965-1005, en concreto, pp. 976-979. Menos conocida por el contrario es esta situación para los apartamentos de la reina en el Alcázar. Algunas referencias para los reinados de Felipe II y Felipe III las encontramos en KUSCHE, M.: “Vivir para representar a la corona: las damas reales bajo el reinado de Felipe II y Felipe III”, en BOSSE, M., POTTHAST, B. y STOLL, A. (eds.): *La creatividad femenina en el mundo barroco hispánico. María de Zayas-Isabel Rebeca Correa-Sor Juana Inés de la Cruz*. Vol. I. Kassel, 1999, pp. 17-66.

<sup>1393</sup> Pucci a su gobierno. Madrid, 9 de febrero de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991; Operti al duque de Saboya. Madrid, 8 de febrero de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1394</sup> Aunque los informes del enviado florentino insistían en las acciones cotidianas que Felipe V realizaba al margen de la reina, como sus salidas de caza, su asistencia al Despacho o su presencia en determinadas funciones cortesanas y religiosas, el diplomático también informaba de que el rey pasaba todo su tiempo libre en los aposentos de su consorte. Pucci a su gobierno. Madrid, 25 de enero de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991.



Operti restó importancia al cambio operado en los hábitos de los soberanos, que juzgó beneficioso para la estabilidad y concierto que habían de presidir las relaciones entre sus respectivas servidumbres, al disminuir “le piccole amarezze che sogliono succedere naturalmente nel domestico”.<sup>1395</sup> Sin embargo la decisión del rey podía ser objeto, como de hecho lo fue, de otras interpretaciones menos entusiastas. Aunque asumamos como decía el diplomático que nacía de la “confidenza et amore” que Felipe V profesaba a su consorte, no es menos cierto que tales sentimientos, que ponían fin en la práctica a la división de espacios domésticos en el Alcázar, eran susceptibles de redundar en la capacidad de maniobra de María Luisa de Saboya, y con ella de la camarera mayor, su favorita, sobre ámbitos como la corte, el gobierno y la redistribución de mercedes político-cortesanas.

Por otro lado, el que el monarca pasase la mayor parte de su tiempo en el cuarto de la reina hacía de los apartamentos de la soberana un importante centro de actividad política. El monarca gobernaba *a priori* desde el Despacho, pero en razón de la desconfianza de Versalles hacia sus miembros españoles la toma de decisiones se desarrollaba en buena medida en privado, a través de una vía reservada en la que tomaba parte el embajador francés, Louville, la princesa de los Ursinos y Orry en diferentes grados de influencia. Todos ellos aconsejaban al rey no ya en la pieza donde se celebraban las reuniones del gabinete, sino allí donde este se encontraba con mayor frecuencia. A partir de finales de enero de 1703 este lugar sería los apartamentos de su consorte: un espacio en el que la entrada a sus diferentes estancias era más limitada y estaba controlada por la princesa de los Ursinos en tanto que camarera mayor. Desde estas perspectivas, observamos cómo el ascendiente que progresivamente María Luisa de Saboya fue alcanzando sobre Felipe V contribuyó también a incrementar la influencia de la princesa, a quien la soberana agradecía con su favor. A esta circunstancia debemos añadir el que el crédito de Ursinos ante las cortes de Madrid y Versalles se viera considerablemente reforzado en el contexto de la gobernación de la soberana. La presencia del rey y Marcin en Italia permitió a la camarera mayor, con la aquiescencia de Luis XIV y Torcy, intervenir en espacios y desempeñar funciones que trascendían con mucho las atribuciones de su cargo palatino. Ambas variables, por una parte el prestigio e influjo crecientes de la reina y la princesa, estrechamente ligadas

---

<sup>1395</sup> La descripción de Operti resulta curiosa cuanto menos si recordamos su reacción al conocer que Felipe V se ceñiría estrictamente al ceremonial seguido por los monarcas habsbúrgicos. Operti al duque de Saboya. Madrid, 25 de enero de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

por una relación basada en la lealtad y la confianza, y por la otra el beneplácito de Versalles a la injerencia de Ursinos en la toma de decisiones, hicieron de la camarera mayor una figura que aventajaba en conocimiento y capacidad de acción a un embajador recién llegado a la corte española como era D'Estrées. Atender a los factores que acabamos de referir nos permitirá comprender, en primer lugar, la conducta de la princesa en los momentos inmediatamente posteriores al abandono de Portocarrero del gobierno, cuando bajo su impulso y con el apoyo de María Luisa de Saboya Felipe V decidió gobernar con Rivas, excluir al embajador francés del Despacho y “restablecer” la etiqueta habsbúrgica según su antigua forma. Y en segundo lugar, por qué la actitud de la soberana y la camarera mayor concitó la censura tanto de ciertos miembros del *entourage* francés en Madrid como de la corte de Versalles, en cuyos planteamientos iniciales no entraban muchas de las iniciativas alentadas por la princesa y secundadas por la consorte.

### **La fractura del *entourage* francés en Madrid:**

La crisis del Despacho y los sucesos posteriores a la llegada de Felipe V a la corte española propiciaron la fractura del hasta entonces cohesionado *lobby* francés en Madrid. Dentro de este complejo panorama de lealtades, influencias y luchas de poder y por el poder<sup>1396</sup> se perfilaron dos banderías cuyos miembros y perfiles se mantuvieron más o menos estables desde 1703. A la cabeza de dichas facciones se situaron quienes en ese momento eran los puntales de la acción francesa en España: el cardenal d'Estrées, en tanto que embajador de Luis XIV, y la princesa de los Ursinos, camarera mayor de María Luisa de Saboya. A su vez, ambos personajes (junto a sus “hechuras”) contaban con la protección de importantes miembros del gabinete y la corte francesa, a cuyas órdenes se sometían (en el caso de los ministros) y para los que desempeñaban una importante labor de información alrededor de la cual giraba en buena medida la política de Francia en relación a la Monarquía Hispánica.

En el caso de D'Estrées su nominación como embajador se debió tanto a la iniciativa de Luis XIV, que estimaba su experiencia diplomática, como al apoyo a su candidatura de ministros como el duque de Beauvilliers y el marqués de Torcy, que

---

<sup>1396</sup> Bernardo Ares ha visto en la división del *entourage* francés en Madrid “una terrible lucha por el poder [entre sus diferentes miembros más destacados], por el control de la voluntad del soberano (...) [que] se dio entre los pocos españoles que formaban parte el Despacho y el entorno francés de Felipe V”. BERNARDO ARES, J. M.: “Franceses divididos y españoles desencantados...”, en CASTELLANO, J. L. y LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, M. L. (eds.): *Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz...*, III, p. 141.

defendieron su designación para el puesto con el fin de evitar el posible regreso del duque de Harcourt a Madrid.<sup>1397</sup> Estos últimos estaban estrechamente emparentados gracias a su matrimonio con sendas hijas del gran Colbert (del que Torcy era además sobrino) y presentaban en el gabinete francés un grupo de influencia cohesionado frente a otros de sus ministros, *verbigracia* Chamillart o el propio Harcourt.<sup>1398</sup> Del mismo modo Beauvilliers y Torcy eran los principales valedores del marqués de Louville en la corte de Versalles.<sup>1399</sup> La protección de ambos resultó fundamental en la primavera de 1702, cuando el marqués cayó en desgracia ante Luis XIV. Una situación que, a nuestro modo de ver, ejemplifica de forma muy elocuente la manera en que las divisiones internas, así como las redes de clientelismo vertebradas a uno y otro lado de los Pirineos, afectaban a la corte española y a las decisiones que se tomaban con respecto a ella.

Según ha señalado Catherine Désos, a quien debemos la mejor síntesis de la trayectoria política de Louville realizada hasta la fecha<sup>1400</sup>, el crédito del marqués en la corte francesa comenzó a decaer en el momento en el que parecía más sólido: durante el viaje de Felipe V a Italia. La abulia y apatía que aquejaron al monarca en este momento hicieron de Louville el personaje más destacado del entorno francoespañol del soberano, sobrepasando su influencia a la de un conde de Marcin preparado para abandonar la embajada. Dotado de un carácter impulsivo y un tanto irreflexivo, las misivas que por entonces Louville envió a Versalles estaban plagadas de recomendaciones que insistían en la necesidad de que Francia adoptara una política de firmeza respecto al estado de la guerra y el gobierno españoles. Aunque tal y como advierte Désos los juicios del marqués resultaban con frecuencia acertados, el radicalismo y la libertad con las que exponía sus apreciaciones restaban convicción a

---

<sup>1397</sup> Louville al duque de Beauvilliers. 9 de mayo de 1702, recogida en SSBL, X, pp. 437-438; duque de Beauvilliers a Louville. 30 de octubre de 1702, en LOUVILLE, I, pp. 347-348; duquesa de Beauvilliers al mismo. Versalles, 18 de enero de 1703, en SSBL, XI, pp. 505-506, donde reconocen su preferencia por D'Estrées frente a otros candidatos a la embajada como Harcourt.

<sup>1398</sup> Sobre las facciones que dividían la corte y el gobierno francés véase LE ROY LADURIE, E.: *Saint-Simon ou le système de la Cour*. París, 1997, en concreto el capítulo IV «Cabales, lignage et pouvoir», pp. 181-235. Aunque Ladurie se centra en los años finales del reinado de Luis XIV, los perfiles de las «cabales» que define pueden retrotraerse en algunos casos hasta los años 1700-1705. También resulta especialmente esclarecedor en este sentido, si bien como la anterior obra está basada exclusivamente en el testimonio de Saint-Simon, el estudio de FORMEL, F.: *Alliances et Généalogie à la cour du Grand Roi. Le souci généalogique chez Saint-Simon. Documents inédits. Préface du duc de Levis-Mirepoix de l'Académie Française*. París, 1983. En concreto el capítulo II y su epígrafe: «Alliances, généalogies et Cabales de Cour», pp. 796-862.

<sup>1399</sup> DÉSOS, C.: *Les français de Philippe V...*, en concreto el epígrafe «Le réseau 'politique' de Louville», pp. 98-99.

<sup>1400</sup> *Ibidem*, pp. 95-103.

sus argumentos y podían llegar a exasperar a sus interlocutores.<sup>1401</sup> Así sucedió con el propio Luis XIV quien, según Torcy se apresuró a informar a Louville, había declarado que el marqués «allait trop vite» en sus deseos de reforma. Con todo, la vehemencia del jefe de la Casa francesa de Felipe V no explica por completo su parcial caída en desgracia en la primavera de 1702. Esta debe relacionarse, por una parte, con las malas relaciones del marqués no solo con algunos de los principales militares franceses del ejército borbónico (La Feuillade y el caballero de Chamillart, emparentados con el ministro de guerra), sino también con los Grandes españoles que rodeaban al rey en Italia (Medinaceli, Osuna, Santisteban, el conde de Aguilar, hijo de Frigiliana...). Ninguno de estos personajes escapaba a las censuras que Louville vertía en sus cartas a Beauvilliers y Torcy, en las que dejaba patente bien el deseo de medrar y la incapacidad de unos (el caballero de Chamillart por ejemplo), bien la falta de decoro con la que se conducían otros frente a Felipe V (Medinaceli, Santisteban u Osuna).<sup>1402</sup> Por otra parte, el innegable ascendiente del que el marqués disfrutaba sobre el rey de España le acarreó críticas y acusaciones de diversa naturaleza (igualmente difundidas en Versalles). La Grandeza se quejaba de sus formas bruscas y altaneras, que se extendían también al soberano, mientras que ciertos militares borbónicos como el conde de Sézanne (hermano del duque de Harcourt), le acusaban de influir en el reparto de mercedes y abusar de la gracia del rey.<sup>1403</sup> Empero, el episodio que causó un mayor desagrado a Luis XIV fue el descubrimiento de que Louville redactaba las cartas que Felipe V enviaba a Versalles. Una acción que vulneraba el secreto que teóricamente había de presidir la correspondencia entre ambos monarcas, al tiempo que, de hacerse pública, perjudicaría irremisiblemente la reputación del soberano español frente a sus súbditos.<sup>1404</sup>

---

<sup>1401</sup> «Le problème du marquis était que son argumentaire, souvent basé sur des avis de bon sens et sur une vraie connaissance du milieu dans lequel il évoluait, était desservi par ses discours outranciers, qui finissait par gêner même ses plus fidèles amis.» *Ibid.*, p. 101.

<sup>1402</sup> Estas misivas se encuentran recogidas parcialmente en LOUVILLE, I, capítulo X, pp. 281 y ss.

<sup>1403</sup> «(...) On a été satisfait pendant quelque temps en Espagne de la conduite du sieur de Louville. Les choses ont changé depuis. Comme depuis l'enfance du Roi d'Espagne il est auprès de lui, ce prince lui témoigne plus de confiance qu'à personne. Les Espagnols, contents de sa conduite à leur égard jusqu'au passage du Roi Catholique en Italie, se sont plaints de sa trop vivacité, de sa hauteur et de la familiarité qu'ils disent qu'il affecte avec le Roi son maître en public, depuis que ce prince est à l'armée. Ils disent qu'il traite les Espagnols avec le dernier mépris, qu'il inspire les mêmes sentimens au Roi Catholique et qu'il le détourne de témoigner à ses sujets la même bonté dont il leur donnoit plus de marques au commencement de son règne (...).» *RLA*, XII-II, p. 63.

<sup>1404</sup> La misiva que Luis XIV escribió a Felipe V al respecto es muy ilustrativa de la preocupación del soberano francés por la reputación de su nieto, así como de la opinión, negativa, que le merecía el

En este contexto comenzó a debatirse en el gabinete francés la posibilidad de reenviar al marqués de regreso a Francia. Aunque Louville se mostró dispuesto a abandonar España (e incluso solicitó a través de Beauvilliers un puesto en la casa del duque de Borgoña), no por ello dejó de justificarse de los cargos que se le imputaban, que achacó no ya a su actitud en particular sino a la oposición de Chamillart, Harcourt y madame de Maintenon, quienes a su entender siempre se habían mostrado contrarios a su influjo en la corte madrileña. Al mismo tiempo, aludió a la oposición que concitaban en la Grandeza todos los franceses que gozaban de una cierta influencia alrededor del rey de España. En consecuencia, previó Louville, su regreso a Francia serviría para estimular las intrigas de los servidores españoles que ocupaban los principales puestos de la Casa de Felipe V los cuales, después de su partida, no dudarían en alentar el reenvío del resto de criados de la familia francesa del monarca.<sup>1405</sup> Desde estas perspectivas, el marqués ligaba su futuro tanto a la continuidad de la presencia gala en España en un plano más general, como a la necesidad de perpetuar la influencia de Versalles en el entorno más próximo al rey; un ascendiente del que, dado el carácter de Felipe V, dependían la evolución de la relaciones francoespañolas, el progreso de la guerra y el desarrollo del programa de reformas esbozado allende los Pirineos.

Los alegatos de Louville convencieron a Beauvilliers y Torcy, quienes favorecieron igualmente su causa ante el duque de Borgoña<sup>1406</sup>: «Vous avez certainement beaucoup d'amis icy et bien intentionnés pour vous (...)», le informó el primero con vistas a tranquilizarlo.<sup>1407</sup> «Oui -le escribió Torcy- j'éprouverai votre patience jusqu'à l'extrémité, et non seulement je vous demanderai, mais je vous

---

comportamiento de Louville. Luis XIV a Felipe V. Fontainebleau, 10 de septiembre de 1702. AA. EE., CPE., t. 107, fols. 233r.-v; BAUDRILLART, I, pp. 112-113.

<sup>1405</sup> «(...) Mais, ce n'est pas tout: les Espagnols, qui seroient ravis de m'ôter d'auprès du roi [Felipe V], ayant été avertis de ce qui se passoit à la cour de France à mon égard, et ayant vu M. de Marcin et Montviel s'en retourner, ont cru avoir trouvé le moment favorable de se défaire de tous les François qui les incommodient, et, ayant fort bien jugé qu'un nouveau venu, tel qu'il pourroit être, qu'on mettroit auprès du roi, n'auroit longtemps attrapé sa confiance au point que je l'ai, se sont principalement acharnés sur moi; et le bruit court aussi parmi les Espagnols qu'ils tâcheront aussi de se défaire du P. Daubenton (...)» Louville al duque de Beauvilliers. Milán, 12 de octubre de 1702; también, el mismo al mismo, 20 de julio de 1702, recogidas en SSBL, X, pp. 440 y 445, la cita en esta última página.

<sup>1406</sup> La intervención de Borgoña en su favor había sido aconsejada por el propio Louville, consciente de que el afecto y la obediencia de Felipe V hacia su hermano mayor sería, según sus propias palabras, el medio más eficaz para mantenerle en España. Louville a Beauvilliers. Milán, 12 de octubre de 1702, recogida en *Ibidem*, pp. 449-450.

<sup>1407</sup> Beauvilliers a Louville. [s. d.], noviembre de 1702, recogida en LIZERAND, G.: *Le Duc de Beauvilliers...*, p. 346.

l'ordonnerai, s'il le faut, de rester auprès du roi d'Espagne, au moins jusqu'à ce que vous l'ayez ramené à Madrid, et que vous ayez observé les allures du nouveau gouvernement.»<sup>1408</sup> La intervención de sus valedores ante Luis XIV salvó *in extremis* al marqués de una caída en desgracia que parecía inminente en el otoño de 1702. Sin embargo, nunca recuperó por completo el favor de que disfrutara en Versalles desde noviembre de 1701<sup>1409</sup>, circunstancia esta última que ayuda explicar su posterior comportamiento. En cualquier caso lo que nos interesa señalar en este epígrafe es cómo, con el fin de consolidar su posición de cara a su inminente llegada Madrid, los Beauvilliers garantizaron a Louville la protección del nuevo embajador francés D'Estrées, de su sobrino el abate y de la mariscala de Noailles, cuyo influjo ante Madame de Maintenon, así como el de su marido el mariscal sobre Luis XIV, suponían un capital simbólico nada desdeñable.<sup>1410</sup> En consecuencia, la labor de patronazgo de ambos ministros favoreció en un principio la estrecha vinculación de Louville con los D'Estrées, que el estallido de la crisis del Despacho y la proximidad de sus respectivos puntos de vista en cuanto a las relaciones francoespañolas terminaron por consolidar.

El último de los miembros que constituirían a partir de enero de 1703 el grupo de poder del cardenal d'Estrées en la corte madrileña sería el agente del comercio y de la marina francesa, Ambrose Daubenton. Hasta la fecha, Daubenton había mantenido unas fluidas relaciones tanto con los titulares de la embajada francesa como con la

---

<sup>1408</sup> Torcy a Louville. 5 de octubre de 1702, recogida en LOUVILLE, I, p. 346.

<sup>1409</sup> No en vano, según puede constatarse en las Instrucciones del cardenal d'Estrées, Luis XIV ordenó al nuevo embajador francés que vigilara de cerca la conducta de Louville en Madrid, reenviándole a Francia en caso de que éste no se comportara con la prudencia que se esperaba de él: «Le Roi veut que M. le cardinal d'Estrées examine le fondement de ces plaintes [se refiere a las quejas y críticas de los españoles contra Louville] et qu'il rende fidèlement compte à Sa Majesté de sa vérité. Il est très importat de la savoir. Si le sieur de Louville abuse de la confiance que le Roi d'Espagne a pour lui, s'il s'aliène la nation, il vaut beaucoup mieux le retirer d'auprès de ce prince que de laisser une pareille cause d'éloignement entre le Roi Catholique et ses sujets. Mais sil leurs plaintes ne sont causées que par l'envie qu'ils portent à la confiance que le Roi d'Espagne lui témoigne, qu'il ne s'agisse que de l'avertir de modérer la vivacité de son zèle, d'être plus mesuré lorsqu'il parle au Roi son maître en présence des Espagnols, en ce cas, il sera du bien du service de l'avertir seulement, sans le rappeler (...)» *RL4*, XII-II, p. 63.

<sup>1410</sup> «Comment songeriez-vous sérieusement à revenir, lorsque nous venons à force de soins et de raisonnemens, de rétablir vos affaires, et de les assurer même pour longtemps par le choix d'un ambassadeur vous m'aviez désigné depuis plusieurs mois (...). Tous deux [el cardenal y el abate d'Estrées] sont de mes parens et de mes amis. Ce dernier [el abate] vous connoît bien. Il dit qu'il a étudié avec vous. Ce sera un lien de plus ; tous trois ainsi réunis, vous serez plus forts que les méchantes ligues, et notre prince y gagnera d'être bien servi (...).» Beauvilliers a Louville. 30 de octubre de 1702, recogida en LOUVILLE, I, p. 347. «J'ai gagné la maréchale de N.[oailles], c'est beaucoup, d'autant plus que je ne me suis pas trop engagée en votre nom, sans quoi le retour eût été pis que matines.» La duquesa de Beauvilliers a Louville. 30 de octubre y 11 de noviembre de 1702, *Ibid.*, pp. 348-349.

camarera mayor.<sup>1411</sup> Empero, apenas estalló la crisis del Despacho pareció tomar partido por los D'Estrées. Su posicionamiento podría deberse a tres causas. En primer lugar a la reunión que mantuvo con el cardenal a finales de enero, en la que este le puso al tanto de lo ocurrido tras la salida de Portocarrero del gobierno (encuentro del que se apresuró a informar a Pontchartrain).<sup>1412</sup> En segundo lugar a su lealtad hacia Francia, de la que D'Estrées, en tanto que embajador, era el máximo representante en Madrid, no así la princesa de los Ursinos cuyas atribuciones oficiales, pese a su influencia política, se circunscribían a la vertiente informal del poder. En último término, y según tendremos ocasión de comprobar, Daubenton compartía con los D'Estrées y Louville una visión semejante del papel que Francia había de desempeñar tanto en la política española como en el seno del eje Versalles-Madrid. Aunque el ascendiente político de Daubenton era limitado, y se circunscribía al ámbito comercial principalmente, en el marco de la rivalidad cardenal d'Estrées-princesa de los Ursinos el comisario de la marina francesa podía llegar a constituir un poderoso aliado. En contacto directo con Pontchartrain<sup>1413</sup>, sus informaciones sobre el estado de la corte española (favorables al embajador francés y neutrales cuando no críticas respecto a la camarera mayor) eran susceptibles de hacer de Pontchartrain un valedor de los D'Estrées en el seno del gabinete francés donde, junto a Torcy y Beauvilliers, podía hacer frente a la influencia de Chamillart o Harcourt, favorables a la princesa según veremos en las líneas siguientes.

Frente a la bandería del cardenal d'Estrées se encontraría la encabezada por Ursinos. Al igual que el embajador francés la princesa beneficiaba del sostén de importantes personajes de la corte de Versalles. En el seno del gobierno francés los principales apoyos de la camarera mayor eran Chamillart, el ministro de guerra, y Harcourt, predecesor de Marcin al frente de la embajada gala en Madrid. Las razones de la protección que estos individuos otorgaban a Ursinos eran diversas y derivaban no tanto ya de su oposición directa a los D'Estrées como de sus diferencias con otros personajes que intervenían en la resolución de los asuntos de España: Torcy, Beauvilliers y Louville. Respecto a este último cabe recordar las críticas que había

---

<sup>1411</sup> En sus cartas a Pontchartrain Daubenton solía mostrarse más crítico con Orry, de cuyo "secretismo" se quejó. Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 19 de agosto de 1702. A. N., B<sup>7</sup> 226, fols. 142v.-143r.

<sup>1412</sup> El mismo al mismo. Madrid, 25 de enero de 1703. A. N., B<sup>7</sup> 227, fols. 41v.-44r.

<sup>1413</sup> FROSTIN, C.: *Les Pontchartrain, ministres de Louis XIV. Alliances et réseau d'influence sous l'Ancien Régime*. Rennes, 2006, pp. 356 y ss.

vertido contra el caballero de Chamillart y el marqués de La Feuillade, así como su oposición a la concesión del Toisón de Oro al conde de Sézanne, emparentados los tres con Chamillart y Harcourt. En otro orden de cosas estos últimos estaban en los mejores términos con Madame de Maintenon quien, a su vez, había hecho uso de su influencia para que la princesa fuera designada como dama que debía de acompañar a María Luisa de Saboya desde Italia a la Península Ibérica.<sup>1414</sup> Desde esta perspectiva, la lealtad de ambos hacia la esposa morganática de Luis XIV, y los vínculos de esta con la camarera mayor, harán que sean vistos como dos de los principales valedores de la princesa en Versalles. Dicho esto, la intervención de todos estos personajes a favor de Ursinos una vez estalló la crisis del Despacho merece ser revisada. Según demuestra la documentación, tal intervención es un hecho constatado en el caso de Harcourt, buen conocedor de la situación de la corte española y de los problemas que la acuciaban.<sup>1415</sup> Menos clara parece, pese al conocido relato de Saint-Simon, la posible protección que Madame de Maintenon otorgó a la camarera mayor durante su enfrentamiento abierto con el cardenal d'Estrées. Las misivas de la marquesa en 1703, reeditadas recientemente, manifiestan únicamente su contrariedad ante la rivalidad surgida en el seno del *entourage* francés en Madrid. Silencian, ¿quizás a propósito?, su opinión sobre el comportamiento de D'Estrées y la camarera mayor y, en cualquier caso, nada dicen de su posible intercesión ante Luis XIV a favor de Ursinos.<sup>1416</sup> En última instancia la propia princesa, en su correspondencia con la mariscal de Noailles, mostrará su reticencia a solicitar la mediación de Madame de Maintenon. Una estrategia quizás

---

<sup>1414</sup> Sobre la protección que Madame de Maintenon otorgó a determinados miembros del gabinete francés en la última etapa del reinado de Luis XIV, véase SARMANT, T. y STOLL, M.: *Règner et gouverner...*, en especial el capítulo III «Favoris et porphyrogénètes (1691-1715)». Fundamental para la influencia política de la esposa morganática de Luis XIV sigue siendo el artículo de BAUDRILLART, A.: «Madame de Maintenon, son rôle politique...», en *Revue des Questions Historiques*, 24-III (1890), pp. 101-161; una revisión más reciente sobre el mismo objeto de estudio en BRYANT, M.: «Partner, Matriarch, and Minister...», en CAMPBELL-ORR, C. (ed.): *Queenship in Europe...*, pp. 77-105.

<sup>1415</sup> «Votre lettre, Monsieur, que je n'ai montrée qu'à Leurs Majestés, en les suppliant de me garder le secret, est venue depuis [se refiere a una carta en la que Harcourt anunciaba a la princesa que Luis XIV le permitía permanecer en España en calidad de camarera mayor]. Elle m'est d'une consolation dont je ne puis assez vous remercier. Vous seul avez compris ce qui pouvoit me faire changer de résolution [alude a su intención de abandonar Madrid y establecerse de nuevo en Roma]. Les autres, en me menaçant, augmentoient ma crainte et autorisoient encore davantage l'envie que j'avois de sortir d'un pays où j'ai des ennemis si hardis et si heureux à persuader les faussetés qu'ils avancent.» Ursinos al duque de Harcourt. Madrid, 22 de abril de 1703, recogida en HIPPEAU, C. (ed.): *Lettres inédites de Mmes. des Ursins et de Maintenon, de MM. le Duc [sic] de Vaudémont, le Maréchal de Tessé et de le Cardinal de Janson*. Caen, 1862, pp. 10-11; también, la duquesa de Beauvilliers a Louville. Madrid, 9 de marzo de 1703. SSBL, XI, pp. 515-516.

<sup>1416</sup> De lo que dan cuenta las cartas de Maintenon al cardenal de Noailles, arzobispo de París. Versalles, 2 de febrero y 8 de marzo de 1703, en BOTS, H. y BOTS-ESTOURGIE, H. (eds.): *Lettres...*, III, pp. 390-391 y 399-401.



deliberada que podría subrayar bien la conciencia de la princesa en cuanto a la solidez de su posición en la corte madrileña, bien su desconfianza ante la hipotética aquiescencia de la marquesa a agraciarse con su protección en la citada coyuntura.<sup>1417</sup>

Por lo que respecta a Torcy su posicionamiento frente a la rivalidad Ursinos-D'Estrées fue también complejo. Entre 1701 y 1702 el Secretario de Estado de Asuntos Exteriores mantuvo en buenos términos con la camarera mayor. No solo alentó su participación en el ámbito político durante la gobernación de María Luisa, sino que también la animó a continuar haciéndolo tras el regreso del rey a la corte. Con todo, según podremos constatar más adelante, a partir de enero de 1703 el ministro tomó partido por el embajador francés. Pese a que Torcy nunca llegó a manifestar una abierta oposición a la princesa se mostró muy duro con ella, culpabilizándola en buena medida de la crisis del Despacho y de sus consecuencias.<sup>1418</sup> Y otro tanto podemos decir de la mariscala de Noailles. Los lazos de la camarera mayor y la mariscala, cuyo patronazgo había resultado de capital importancia para que la primera pudiera establecerse en España, se vieron muy deteriorados a la sazón.<sup>1419</sup> Ciertamente ambas damas continuaron con su intercambio epistolar, pero este perdió la confianza que hasta entonces le había presidido; y, al menos en lo que concierne a Ursinos, sus misivas hasta 1704 estuvieron plagadas de reproches y alusiones al abandono al que en su desgracia le habían sometido aquéllos a quienes consideraba «ses amis».<sup>1420</sup>

Los dos últimos personajes que en Versalles otorgaron un cierto apoyo a la camarera mayor fueron el conde de Marcin y la duquesa de Borgoña. El primero

---

<sup>1417</sup> «(...) Je ne me donne point l'honneur d'écrire à Mme. de Maintenon, parce que je ne dois pas la fatiguer par des plaintes et des justifications inutiles. J'espère cependant, fondée sur mon innocence opprimée, qu'elle me protégera toujours (...)» La princesa a la mariscala de Noailles. Madrid, 22 de febrero de 1702, recogida en GEFROY, A (ed.): *Lettres inédites...*, p. 137.

<sup>1418</sup> De acuerdo con una carta que la princesa de los Ursinos escribió a Harcourt, se había sentido tratada por Torcy «comme si j'avois contribué par ma faute à me brouiller avec MM. d'Estrées (...)» Ursinos a Harcourt. Madrid, 22 de abril de 1703, recogida en HIPPEAU, C. (ed.): *Lettres inédites...*, p. 10.

<sup>1419</sup> Durante la crisis del Despacho la mariscala se mantendrá leal al embajador D'Estrées, con cuya familia estaba estrechamente emparentada. Una de sus hijas, Lucie Félicité (1683-1745), casó en 1698 con el duque d'Estrées (1660-1737), sobrino del cardenal. FORMEL, F.: *Alliances et généalogie...*, p. 999.

<sup>1420</sup> Véanse por ejemplo las cartas de Ursinos a la mariscala de Noailles. Madrid, 22 de marzo, 21 de abril y 26 de julio de 1703, significativas respecto a la frialdad que pasó a dominar el intercambio epistolar entre ambas damas. Recogidas en GEFROY, A. (ed.): *Lettres inédites...*, pp. 138-144 y 156-159. Una de estas misivas a la mariscala, datada a finales de febrero de 1703, muestra cómo la princesa no esperó en ningún momento que los Noailles intercedieran a su favor ante Luis XIV: «Il m'est trop aisé de comprendre le déplaisir que cette affaire vous cause [se refiere a sus problemas con el cardenal d'Estrées], et je ne dois pas prétendre que vous ayez la même vivacité pour mes intérêts dans cette occasion que vous eue dans toutes les autres (...)» La misma a la misma. Madrid, 22 de febrero de 1703, recogida en *Ibidem*, pp. 135-136.

adoptó un posicionamiento relativamente neutral en relación a la princesa. A despecho de las críticas de Louville respecto a su debilidad Marcin era un hombre honesto y cabal que había conocido *in situ* la corte española y el estado del ejército borbónico. Su correspondencia con Torcy y Luis XIV en tanto fue embajador carecía de la vehemencia y el radicalismo que caracterizaban las cartas del marqués; por el contrario, los juicios de Marcin eran mucho más ponderados y analíticos. Asimismo, lo que era más importante, este había sido testigo del comportamiento de la camarera mayor en sus primeros momentos en la Península Ibérica. Todas estas razones hacían de él, por tanto, un juez relativamente imparcial a la hora de valorar los sucesos que perturbaron el eje Versalles-Madrid a comienzos de 1703. Consciente de ello, la princesa solicitó su mediación.<sup>1421</sup> Aunque resulta difícil discernir hasta qué punto el antiguo embajador se implicó en su defensa ante el gabinete francés, Madame de Beauvilliers dio por hecho que Marcin había abogado por la continuidad de la camarera mayor en España cuando se debatió la posibilidad de su retorno a Roma.<sup>1422</sup> En cuanto a la duquesa de Borgoña, una carta de Ursinos a Harcourt desmiente que esta hubiera intercedido por la princesa frente a Luis XIV (tal y como lo creían la duquesa de Saboya y Madame Royale). Dado que la correspondencia entre María Luisa y su hermana mayor se ha perdido, es difícil desmentir el testimonio de la dama.<sup>1423</sup> Sin embargo, si tomamos en consideración los vínculos de afecto que unían a ambas princesas, cabe pensar que la reina hubiera solicitado la mediación de la duquesa a favor de su favorita (como lo haría durante la breve caída en desgracia de Ursinos en 1704), y

---

<sup>1421</sup> «(...) Le chevalier Des Pennes est dépêché par le Roi Catholique auprès du Roi [Luis XIV] pour une affaire que vous surprendra. Comme il a été témoin de tout et que Leurs Majestés connaissent son zèle et sa sagesse, elles l'ont choisi pour cela. Je l'ai prié, Monsieur, de vous instruire de ce qui me regarde et de vous dire que ce n'étoit pas sans raison que je regrettois de perdre un ami comme vous en cette cour. Il est en vérité bien désagréable, quand on sait ce que l'on doit et qu'on se sacrifie pour le service des deux couronnes d'avoir de certaines mortifications de personnes dont on auroit dû se flatter de recevoir toutes sortes d'agréments. Ma consolation est que je n'ai rien, grâces à Dieu, à me reprocher, ni à leur égard ni à celui de Leurs Majestés (...). Faites-moi l'honneur, Monsieur, de croire que vous n'aurez jamais d'amie (...) sur qui vous deviez plus solidement compter que sur la princesse des Ursins.» Ursinos a Marcin. Madrid, 22 de enero de 1703, recogida en *Ibid.*, pp. 132-134.

<sup>1422</sup> Duquesa de Beauvilliers a Louville. Madrid, 9 de marzo de 1703, SSBL, XI, p. 516.

<sup>1423</sup> «Cependant dès que j'ai vu, dans une lettre de M. le marquis de Torcy, que ma présence en ce pays est jugée utile au service des deux rois, je n'ai pas balancé un moment à y demeurer (...). J'ai méprisé ce que l'on a fait mettre par malice dans les avis de France et dans les gazettes de Hollande contre ma réputation, et je n'ai pas même pensé à détromper Mesdames les Duchesses royales de Savoie, qui mandent à la reine que M[ada]me la princesse de Soubise leur a écrit que c'est aux instances de Mme. la Duchesse de Bourgogne que je dois la grâce qu'on me fait de me laisser en Espagne (...).» Ursinos al mariscal de Harcourt. Madrid, 22 de abril de 1703, recogida en HIPPEAU, C. (ed.): *Lettres inédites...*, p. 10.

que esta hubiera accedido a sus demandas. Empero, no hay nada constatado en este sentido y nuestra afirmación no es sino una hipótesis.

En lo que concierne a la facción de la princesa en la corte española, D'Aubigny y Vazet ocuparon un lugar destacado en su seno. A despecho de su condición de *homines nobi*, sus cargos en las Casas reales y la lealtad que manifestaron a la camarera mayor, la reina y Felipe V les garantizaron un ascendiente particular en el *entourage* de los reyes antes y después de enero de 1703.<sup>1424</sup> D'Aubigny continuó por estas fechas su labor como intermediario entre la camarera mayor y determinados exponentes de la Grandeza. Por lo que respecta a Vazet, desarrolló un importante papel como informador de los monarcas. A principios de febrero fue enviado a Versailles, a instancias de la reina y Ursinos, con el fin de informarse acerca del estado de la corte francesa y, lo que era más importante, exponer ante Harcourt y Torcy la versión de la camarera y de los reyes acerca de lo sucedido en la capital española.<sup>1425</sup>

Para finalizar este somero repaso cabría destacar las actitudes del padre Daubenton, confesor de Felipe V, y el financiero Jean Orry ante la quiebra del *lobby* francés en Madrid. El primero gozaba de un crédito notable alrededor del monarca, contaba con la protección del confesor de Luis XIV, el padre La Chaise, y ostentaba por esas fechas una posición consolidada en la corte española. Envuelto en las intrigas y rivalidades intestinas que caracterizaron los años 1703-1704, su comportamiento inconstante y en ocasiones contradictorio le acarreó la enemistad de la reina y la princesa, al tiempo que también fue muy criticado por Louville y el abate d'Estrées. Todos ellos albergaron sospechas acerca de su lealtad y le acusaron de utilizar la confesión con el fin de manipular a Felipe V. Las dudas acerca de su integridad terminaron por provocar su reenvío a Francia y su sustitución por el también jesuita padre Robinet.<sup>1426</sup> En cuanto a Orry, desarrolló en un primer momento una política basada en la contemporización. Tal y como indica Anne Dubet, antes de su llegada a

---

<sup>1424</sup> Recuérdense los bajos orígenes sociales de Vazet, así como los rumores que circulaban respecto a la relación entre la princesa y su antiguo secretario D'Aubigny, elevado a instancias de su señora hasta el puesto de caballerizo de la reina.

<sup>1425</sup> «(...) Vazet vous aura informé encore mieux que le chevalier Des Pennes de toutes choses, car il a tout vu de ses yeux (...)» Ursinos a la mariscala de Noailles. Madrid, 2 de febrero de 1703, recogida en GEFROY, A (ed.): *Lettres inédites...*, pp. 134-135. La llegada de Vazet a Versailles aparece consignada en el *Journal* de Dangeau, en la entrada correspondiente al lunes 5 de febrero: «Un valet de chambre du roi d'Espagne arriba un peu après. S. M. C. l'a fait partir sans lui donner le temps d'apporter des lettres d'aucun particulier, et l'on croit qu'il s'agit du démêlé qu'il y a à Madrid entre les cardinaux Portocarrero et d'Estrées; on ne nous en dit point encore les détails (...)» DANGEAU, IX, pp. 113-114.

<sup>1426</sup> Un análisis sobre el papel del padre Daubenton entre 1703-1705 se encuentra en DÉSOS, C.: *La vie...*, en concreto, pp. 56 y ss.

Madrid los D'Estrées, como Felipe V, le consideraban vinculado a la red de la princesa. De hecho, tanto esta como el rey pretendieron que viajara a Francia con objeto de defender su política tras el estallido de la crisis del Despacho. Sin embargo, Orry optó por una actitud basada en la discreción. Consciente de que la materialización de sus proyectos de reforma dependía en último término de la aquiescencia del cardenal d'Estrées<sup>1427</sup>, además de la experiencia y de los contactos del cardenal Portocarrero, medió con Urraca para lograr la reintegración del arzobispo de Toledo al Despacho. Con el tiempo, sus vínculos con la princesa (que no se enrarecieron en ningún momento en el invierno de 1703), así como su pragmatismo, derivado de la necesidad de acometer de manera efectiva la reforma de la administración y la organización de los abastecimientos militares ante el inicio de las hostilidades en la Península Ibérica, propiciaron la quiebra de la frágil entente que había mantenido con los D'Estrées. Y, en consecuencia, su clara toma de partido por la princesa de los Ursinos.<sup>1428</sup>

En último término restaría aludir al papel de la Grandeza en el marco de la inestabilidad político-cortesana que conllevó la crisis del Despacho y los sucesos posteriores a enero de 1703. Ciertamente algunos Grandes entendieron la fractura producida en el *lobby* francés como una oportunidad, bien para menoscabar el influjo del embajador galo y Portocarrero sobre el gobierno español, bien para promover el ascenso de sus carreras o la consecución de un mayor protagonismo en la escena política merced a la protección de la princesa o el cardenal d'Estrées. Aunque las ambiciones que albergaban ciertos de estos aristócratas se vieron pronto frustradas (la marginación de la Grandeza de los puestos clave de la administración constituía un punto común en el ideario de Ursinos y D'Estrées), ello no fue óbice para que algunos

---

<sup>1427</sup> «Le sieur Orry, envoyé par le Roi en Espagne pour prendre connoissance de l'état des finances et des moyens qu'il y auroit de remédier à leur mauvaise administration, a travaillé avec beaucoup d'application à l'un et à l'autre, mais l'absence du Roi d'Espagne a jusqu'à présent empêché qu'il ne pût exécuter aucun des projets qu'il a faits (...). Il en informera M. le cardinal d'Estrées et ce n'est que par son moyen que le sieur Orry doit en presser l'exécution, si elle est possible. Le compte qu'il en a rendu au Roi donne lieu de croire qu'on peut en faire un très bon usage, mais comme il faudroit connoître plus particulièrement les coutumes d'Espagne pour en juger (...), Sa Majesté remet à la prudence de M. le cardinal d'Estrées de bien examiner toutes les choses lorsqu'il sera sur les lieux.» *RLA*, XII-II, pp. 69-70. La cursiva es nuestra. También: «Le Sieur Orry que ie fais partir, vous rendra compte incessamment du plan qu'il a formé pour mettre plus d'ordre dans la gouvernement [español] (...) ce plan demande quelques attentions, que vous aurez assez de vous-même, et que je remets entièrement à votre prudence. Car il ne doit rien faire pour lui-même, il vous rendra compte de toutes ses pensées, et de toutes ses vues, et c'est à vous à juger de celles dont l'exécution vous paraîtra la plus nécessaire et la plus facile.» Luis XIV al cardenal d'Estrées. [S. l.], 4 de diciembre de 1702. AA. EE., CPE., t. 110, fols. 355r.-v.

<sup>1428</sup> Véase al respecto, DUBET, A.: *Un estadista francés...*, pp. 160-164, en concreto los epígrafes: “La discreción de Orry” y “Rivalidad abierta”. Sobre los problemas entre Orry y los D'Estrées, consúltese también HANOTIN, G.: *Jean Orry...*, pp. 98-103.

Grandes tomaran partido por una u otro por las razones citadas más arriba. En este sentido lo interesante de esta cuestión es cómo a lo largo de 1703 pareció producirse una reversión de las alianzas que hasta entonces habían vertebrado las redes clientelares en la corte española. Sintomático de lo que venimos diciendo sería la evolución de los vínculos de Portocarrero con D'Estrées y la camarera mayor. El cardenal, definido por Ursinos apenas unos meses atrás como uno de los mejores amigos con los que contaba España<sup>1429</sup>, no tardó en reconciliarse con el embajador francés gracias a los buenos oficios de Orry y a la intervención expresa de Luis XIV.<sup>1430</sup> Según pudimos apreciar, el progresivo enrarecimiento de la relación entre la princesa y Portocarrero se inició durante la gobernación de María Luisa de Saboya (de lo que dan buena cuenta las cartas que la camarera mayor envió a Torcy por esas fechas, prolijas en críticas veladas al arzobispo de Toledo)<sup>1431</sup>, pero cristalizó tras la crisis del Despacho. Aunque al igual que sucediera con la mariscala de Noailles nunca se produjo una ruptura declarada entre ambos, los contactos de Portocarrero con la bandería de los D'Estrées propiciaron su definitiva exclusión del círculo de colaboradores más estrecho de Felipe V.

Frente al deterioro producido en los vínculos clientelares de Ursinos con el arzobispo de Toledo la camarera mayor estrechó sus lazos con otros cortesanos y ministros españoles con los que había tomado contacto desde su establecimiento en Madrid, o durante la estancia de la corte en Barcelona. Dicha vinculación fue objeto de diversas especulaciones a uno y otro lado de los Pirineos, principalmente a causa de la desconfianza del *lobby* francés en la capital española hacia la fidelidad de la Grandeza a la nueva dinastía.<sup>1432</sup> No obstante, todo parece indicar que el acercamiento de Ursinos a

---

<sup>1429</sup> Véase el epígrafe referido a la nominación de la princesa como dama encargada de acompañar a María Luisa hasta Barcelona.

<sup>1430</sup> MILLOT, p. 139.

<sup>1431</sup> Véanse por ejemplo las cartas de Ursinos a Torcy fechadas en Madrid, 15 de julio, 24 y 25 de noviembre de 1702, recogidas en L. TR., II, pp. 66-71 y 139.

<sup>1432</sup> Una «Mémoire» anónima sin fecha ni remitente (que podemos datar en función de los acontecimientos que narra entre enero y mayo de 1703) se refería en uno de sus puntos a los vínculos de la princesa con la Grandeza (como el duque de Medinaceli por ejemplo) y a la desconfianza respecto a su lealtad al rey de Francia que concitaban semejantes conexiones. Su autor declaraba que no podía dudarse de la fidelidad de Ursinos, como tampoco de que hubiera pensado en conspirar contra los consejos de Luis XIV relativos al gobierno de España. La princesa, podemos leer en esta «Mémoire», nunca se enfrentaría al monarca francés puesto que sabía que carecía tanto del verdadero apoyo de los Grandes a su causa (que ambicionaban el puesto de camarera mayor para una dama española), como del duque de Saboya, que se había opuesto a su nombramiento en 1701. Por tanto, su autor concluía que Ursinos era consciente de que debía su poder a Luis XIV, de quien dependía en última instancia su perpetuación en

determinados Grandes respondió no ya a un afán conspiratorio que pondría en riesgo los intereses de Francia en España (como pensaban los D'Estrées, Louville o Ambrose Daubenton) y, por extensión, en tela de juicio su lealtad a Luis XIV. Sino más bien a la voluntad de la dama por culminar la labor de patronazgo político-cortesano que había comenzado a desarrollar desde el verano de 1702. A la sazón la princesa se convirtió en el miembro del *entourage* francés en Madrid que gozaba de un mayor prestigio entre los cortesanos españoles.<sup>1433</sup> A ello contribuyó no solo la discreción de Ursinos sino también su condición de viuda de un Grande de España, lo que la convertía, pese a sus orígenes franceses y a diferencia de D'Estrées, en integrante de pleno derecho de un cuerpo dentro de la nobleza caracterizado por su corporativismo. Este último factor podría explicar la aceptación entre la Grandeza de la que la camarera mayor disfrutó durante sus primeros años en el país. Por otro lado, y como ya vimos en otra parte de este trabajo, no fueron pocos los Grandes que, conscientes del crédito de la dama ante la reina y el monarca francés, se aproximaron a la camarera mayor con vistas a medrar en sus carreras y a atraerse la protección de los jóvenes soberanos merced a su intercesión. Entre estos últimos se contaban individuos que, si bien interesados en la evolución de su *cursus honorum*, reunían asimismo toda una serie de rasgos comunes que favorecieron el patrocinio que Ursinos tributó a sus carreras, *verbigracia* a) su flexibilidad hacia el intervencionismo de Francia en la política española; b) los servicios prestados a la Casa de Borbón desde noviembre de 1700; c) la lealtad que desde esa fecha habían manifestado hacia el monarca y d) la posesión de ciertas capacidades personales, o de un título y dignidad, que constituían un importante capital simbólico susceptible de alentar el prestigio y aceptación de la nueva dinastía entre la alta aristocracia, aspectos que determinaban la promoción de estos sujetos en un contexto de cambio dinástico.

Entre los aristócratas y ministros vinculados a la bandería de la princesa se encontrarían el duque de Veraguas (principal favorito de Ursinos), el corregidor de Madrid Don Francisco Ronquillo, el conde de Frigiliana, el marqués de Castel-Rodrigo, caballerizo mayor de María Luisa de Saboya, o el conde de Santisteban, quien recuérdese debía su designación como mayordomo mayor de la reina a la camarera

---

el cargo y su permanencia en España. Memoria relativa al gobierno y la situación de la corte española. AA. EE., CPE, t. 117, fols. 63r.-66r.

<sup>1433</sup> Sobre el crédito de la princesa entre la Grandeza véanse las misivas de Blécour a Torcy. Madrid, 13 de julio de 1702; Orry al mismo. Madrid, 4 y 8 de julio de 1702, recogidas en L. TR., II, pp. 65-66; Pucci al gobierno florentino. Madrid, 9 de febrero de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991.

mayor.<sup>1434</sup> Mención especial dentro de este grupo merece, por la relevancia política que adquirirá más adelante gracias a la protección de la princesa y de María Luisa de Saboya, el conde de Montellano, quien ejerció hasta enero de 1703 el cargo de gobernador de la Casa de la soberana.<sup>1435</sup> Para finalizar cabría destacar al duque de Medinaceli. La relación entre el antiguo virrey de Nápoles y la camarera mayor fue muy inestable y compleja. Según vimos, la neutralidad de Ursinos ante las ambiciones del duque y las intrigas protagonizadas por este en los últimos meses de la gobernación de María Luisa, provocaron el enfriamiento de lo que parecía una incipiente relación de patronazgo entre la princesa y el Grande. Pese a que esta decidió ser cordial en sus tratos con Medinaceli, en la práctica le retiró su favor en el invierno de 1702. Aun así, ello no fue óbice para que la camarera mayor y el duque mantuvieran un reiterado contacto en los primeros meses de 1703 cuya naturaleza despertó cierta suspicacia en el gabinete de Versalles.

A semejanza de Ursinos los D'Estrées contaron también con sus parciales en la corte madrileña. Pese a que nunca llegaron a encabezar un grupo tan cohesionado como el de la princesa, el cardenal y el abate mantuvieron una estrecha vinculación con personajes como Portocarrero y sus “hechuras” (Urraca, José de Eguizábal y Sebastián Ortega)<sup>1436</sup>; el padre Martín, del Oratorio de San Luis; Grandes y aristócratas de la talla del duque de Medinasidonia, el marqués de Leganés, el duque de Alba, los condes de Palma y el conde de Fernán-Núñez; y otros cortesanos y damas cuyas relaciones con la camarera no habían resultado muy fluidas desde el establecimiento de esta en Madrid, entre otras Madame Aguirre (la “hermitaña” del Buen Retiro), muy vinculada a la embajada francesa, o la sobrina de Portocarrero, la condesa de Palma. Mención especial merece el caso de Don Antonio Ubilla, cuya postura en el marco de la rivalidad D'Estrées-Ursinos guarda ciertas concomitancias con la del padre Daubenton.

---

<sup>1434</sup> Véase el capítulo de este trabajo dedicado a la formación de la Casa de la reina.

<sup>1435</sup> En su biografía sobre la princesa de los Ursinos, François Combes alude al duque de Montellano (entonces conde) como jefe de un partido español en la corte madrileña cuyas características no define; con todo, la documentación francesa consultada (misivas de Ursinos, los D'Estrées, Daubenton...) apenas menciona a este aristócrata. Por el contrario, insiste en el papel del duque de Medinaceli durante la crisis del Despacho y en su vinculación con la camarera mayor. COMBES, F.: *La princesse des Ursins...*, en concreto el capítulo VII, pp. 98-107.

<sup>1436</sup> «M. l'abbé D'Estrées va travailler régulièrement chez Mr. le Cardl. Portocarrero avec Mr. Urraca, Ortega et Eguisaval, gens qui sont à S. Eminence et dont il paroist très content (...)» Ozon a Torcy. Madrid, 2 de marzo de 1703. AA. EE., CPE., t. 122, fol. 259r. Urraca era el secretario de Portocarrero y uno de los hombres más influyentes alrededor del cardenal; Don Sebastián Ortega era consejero de Indias y honorario de Castilla; en cuanto a José Eguizábal, era consejero de Hacienda. Véase, DUBET, A.: *Un estadista francés...*, pp. 104 y ss.

Individuo cuya lealtad dinástica no era del todo segura para Versalles, los cambios producidos en el seno de la Secretaría del Despacho le llevaron a estrechar paulatinamente sus lazos con los D'Estrées, en la creencia de que había sido la princesa, con su protección a Orry, quien había impulsado la reducción de las atribuciones del cargo que ostentaba.

Ubilla, como Leganés o el conde de Palma ejemplifican la reversión en las alianzas vertebradas en la corte española a la que hemos aludido más arriba. En este sentido Leganés había sido visto anteriormente con suspicacia por el *entourage* francés de Felipe V. En cambio, tras el estallido de la crisis del Despacho participó de la inestabilidad producida en el eje Versalles-Madrid y lo hizo en buena medida merced a su acercamiento a los D'Estrées y Louville, quienes se sirvieron tanto de él como de otros aristócratas en calidad de informadores o con objeto de procurarse el apoyo de otros exponentes de la Grandeza capaces de neutralizar el peso de la bandería de la princesa. En contrapartida la vinculación de estos aristócratas con el embajador francés estuvo determinada por diferentes razones. En unos casos se aproximaron a la bandería de los D'Estrées debido a sus vínculos con Portocarrero o a su reconocida francofilia, *verbigracia* los condes de Palma o Fernán-Núñez; en otros, su acercamiento al embajador derivó de su oposición al creciente protagonismo que Ursinos estaba adquiriendo en el panorama político-cortesano. Entre estos últimos habría que mencionar a Ubilla o Medinasidonia.<sup>1437</sup>

### **Consecuencias inmediatas de la crisis: la camarera mayor frente al embajador francés**

Al analizar la trayectoria de los principales protagonistas de la crisis del Despacho (los D'Estrées, la princesa de los Ursinos, Louville, Orry...) encontramos que, ciertamente, cada uno de ellos defendió ambiciones personales que se correspondían bien con la salvaguarda de cuotas de poder e influencia adquiridas con anterioridad en el *entourage* regio, bien con el crédito y prestigio que les otorgaban sus respectivos cargos en palacio o en el gobierno, según ya indicó en su momento Baudrillart.<sup>1438</sup> Sin embargo cabría pensar que estas no fueron las únicas motivaciones que determinaron las actitudes seguidas por estos sujetos entre 1703 y 1704. Podemos apreciar una cierta

---

<sup>1437</sup> A decir de Pucci, Ubilla se mostraba “poco affeto” a la princesa de los Ursinos debido a que ésta se había negado a favorecer su nombramiento como consejero de Indias. Pucci a su gobierno. Madrid, 1 de marzo de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991.

<sup>1438</sup> BAUDRILLART, I, pp. 128-130.



coherencia en el posicionamiento adoptado por cada uno de ellos en estas fechas; un posicionamiento en el que la supremacía de Francia en el eje Versalles-Madrid, a pesar de la cuestionada lealtad de Ursinos a los intereses franceses en la Monarquía Hispánica, no fue puesta en duda por ninguno de estos personajes. A nuestro modo ver sus respectivas tomas de partido guardarían relación también con percepciones diferentes en torno a aspectos muy concretos, tales como la manera en que Francia debía imponer su ascendiente sobre la corte y el gobierno españoles; los niveles que debía alcanzar el programa de reformas en ambos ámbitos (y con él la capacidad de la Monarquía Hispánica para contribuir lo más pronto posible al esfuerzo de la guerra); la instrucción del joven e inexperto Felipe V como gobernante; y los medios que podían desarrollarse para fomentar la fluidez en las relaciones entre las Dos Coronas, caracterizadas en las últimas décadas por la rivalidad, el enfrentamiento y la desconfianza. A continuación analizaremos las respectivas reacciones ante la crisis de los diferentes actores políticos que participaron en su desarrollo, lo que nos permitirá comprobar las diferencias existentes en sus respectivas concepciones en cuanto a las relaciones francoespañolas en general y a los aspectos que acabamos de señalar en particular.

Comenzando por los D'Estrées, según ya avanzamos el cardenal no aceptó la propuesta de gobierno sugerida (e impuesta más tarde) por Felipe V a instancias de Ursinos. La postura que a la sazón adoptó el nuevo embajador estaba en consonancia con el papel que le adjudicaban las instrucciones que recibió de Versalles. Estas, que suponían una adición a las del conde de Marcin de julio de 1701 y por lo tanto no tomaban en consideración los cambios producidos en la Monarquía Hispánica desde esa fecha, convertían a D'Estrées prácticamente en árbitro de la corte y la administración españolas. En primer lugar en ningún momento cuestionaban su entrada en el Despacho; es más le conferían la potestad de componer un consejo de gabinete, cuyos miembros elegiría él mismo aconsejado por Luis XIV, que habría de examinar los asuntos de Estado según su naturaleza y las materias a tratar.<sup>1439</sup> Otro

---

<sup>1439</sup> Puntos X y XVIII de las Instrucciones del cardenal d'Estrées: «Il est devenu absolument nécessaire de faire assister l'ambassadeur du Roi au despacho tenu par le Roi Catholique (...). Sa Majesté approuva le plan de composer un conseil de peu de personnes chargées chacun de quelque département particulier. Il faudroit bien examiner les sujets qu'on y emploieroit (...). C'est ce que M. le cardinal d'Estrées aura le temps d'examiner encore jusqu'à ce que ce prince arrive. Il pourra faire savoir ses sentimens au Roi et recevoir encore les réponses de Sa Majesté (...).» *RLA*, XII-II, pp. 70 y 78.

tanto sucedía en lo relativo a los planes de reforma de Orry, en cuyo desarrollo el cardenal gozaría de la misma capacidad rectora.<sup>1440</sup>

En cuanto a la etiqueta, otro de los puntos de interés en estas fechas, D'Estrées debía completar su definitiva “destrucción”. De hecho, sus instrucciones apenas añadían nada nuevo a lo señalado sobre este punto para la embajada de Marcin, salvo que las jornadas catalana e italiana de Felipe V, junto a las mudanzas introducidas en el ceremonial a lo largo de su desarrollo, valdrían por sí mismas para demostrar a los cortesanos españoles que un rey de España criado en Versalles no se acomodaría al estilo de vida de sus predecesores Habsburgo.<sup>1441</sup>

Para finalizar, y aunque omitimos otros puntos igualmente importantes de estas instrucciones que no nos interesan en este epígrafe, restaría aludir a las características de la relación que el nuevo embajador había de mantener con Felipe V. El artículo III de las mismas refería de manera pormenorizada las particularidades del carácter del Rey Católico (su retraimiento, debilidad y abulia); la preferencia marcada que evidenciaba hacia los criados de la “familia francesa” y el perjuicio que causaban los rasgos más negativos de la personalidad del monarca en las relaciones que mantenía con sus súbditos españoles. Frente a este panorama un tanto desalentador, se esperaba que el cardenal contribuyera a restablecer la buena sintonía entre Felipe V y sus cortesanos, deteriorada en buena medida a consecuencia de la ausencia en Cataluña e Italia. Por otra parte, en tanto que embajador del rey de Francia en España D'Estrées había de complementar sobre el terreno, ya desde el Despacho ya en las reuniones privadas que mantendría con el monarca, la instrucción de Felipe V como gobernante: formación que iría en paralelo a los consejos, órdenes y recomendaciones que Luis XIV tributaba a su nieto en el frecuente intercambio epistolar desarrollado entre ambos. Desde estas perspectivas la dignidad de D'Estrées como representante de la diplomacia gala en Madrid no solo le confería una autoridad prácticamente absoluta sobre la toma de decisiones relativas a la corte y el gobierno españoles, sino que también habría de garantizarle el favor de Felipe V y una posición de preeminencia en el círculo regio semejante a la que habían disfrutado sus predecesores en el cargo.

---

<sup>1440</sup> RIA, XII-II, punto IX, pp. 69-70.

<sup>1441</sup> «Le Roi ne fait aucun changement à l'article de l'instruction donné au sieur comte de Marcin, qui regarde l'étiquette, et l'intention de Sa Majesté est que M. le cardinal d'Estrées fortifie le Roi d'Espagne dans la résolution qu'il doit prendre de ne se pas laisser contraindre sur un point aussi important.» Punto IV, *Ibid.*, p. 65.

Si tomamos como referencia lo recogido en las citadas instrucciones resulta lógico que las quejas expresadas por los D'Estrées en su correspondencia a partir de enero de 1703 girasen en torno a tres puntos concretos, que explicitaban la divergencia entre lo expuesto en el documento y la situación que se desarrolló *in situ*. De entrada refirieron la mudanza producida en la *praxis* de gobierno, alterada a consecuencia de la exclusión del embajador galo del Despacho. Ambos condenaron esta medida, que el abate consideró un verdadero “golpe de Estado” gestado durante meses.<sup>1442</sup> La implicación de la princesa en este episodio fue objeto de sospecha y abierta crítica. A ojos de los D'Estrées la camarera mayor había transgredido los límites del papel que estaba llamada a desempeñar en la corte española al desautorizar, de forma unilateral, al embajador de Luis XIV en España. La conducta de la dama durante la crisis del Despacho no haría sino corroborar su voluntad por ejercer el poder “en solitario”, sin tomar en consideración los dictados de Versalles y amparada en el favor de la pareja real. Ahora bien, dado que los fines espurios de Ursinos no podían ser secundados en teoría por ningún miembro del *entourage* francés en Madrid, esta debía procurarse otros apoyos que avalaran su intervención en la escena política. Es aquí donde entraba en juego el segundo de los aspectos en el que incidían los D'Estrées: los vínculos de la camarera mayor con la Grandeza y su lealtad a Francia, que tanto ellos como Louville ponían en tela de juicio. Cultivados durante meses, puesto que para el cardenal y el abate resultaba innegable que la crisis del Despacho era fruto de una estrategia trazada con anterioridad a su llegada a España, semejantes vínculos parecían corroborar no solo las aspiraciones de Ursinos mencionadas más arriba; sino también su interés por socavar el influjo de Francia, encarnado en la persona del embajador de Luis XIV, sobre la Monarquía Hispánica. Aliándose con determinados Grandes, cuyas aspiraciones eran bien conocidas en Versalles, la princesa pretendería, por una parte, privar al cardenal de toda capacidad ejecutiva, para lo que se serviría del recelo con el que los españoles habían acogido desde el principio la entrada de los sucesivos embajadores franceses en el Despacho. Por la otra, dotarse de una tupida red de partidarios capaz de reforzar su posición en Madrid en previsión de la censura con la

---

<sup>1442</sup> Abate d'Estrées al cardenal Gualterio. Sin fechar [por la información que aporta, debemos datarla entre enero y febrero de 1703]. B. L., Add. Mss. 20359, fol. 6r. Sobre la figura de Gualterio, nuncio papal en Versalles y decidido francófilo en la corte romana durante la Guerra de Sucesión, pueden encontrarse algunos datos en MARCOS MARTÍN, D.: *El Papado y la Guerra...*, pp. 64 y ss.

que el gabinete de gallo juzgaría su conducta.<sup>1443</sup> En los inicios de la crisis fueron las relaciones de la princesa con el duque de Medinaceli las que provocaron una mayor suspicacia. No en vano, Medinaceli era considerado un francófilo convencido, a la par que un acérrimo partidario de la exclusión de los franceses del gobierno español, tal y como atestiguaban algunos de sus discursos divulgados al otro lado de los Pirineos.<sup>1444</sup> Dados los tratos de la camarera mayor con el duque, los D'Estrées inferían que esta habría de compartir el punto de vista del Grande respecto a las relaciones francoespañolas. Para Louville semejantes sospechas estaban justificadas. No había que olvidar, escribió, que la princesa era hija de un padre frondista y llevaba la marca de la deslealtad en su linaje.<sup>1445</sup>

El último de los aspectos subrayados por los D'Estrées era el relativo al ceremonial y el acceso a los reyes. Amparada en el favor que le dispensaba la consorte y merced a la dependencia de Felipe V hacia su esposa, que le llevaba a pasar buena parte del día en sus aposentos, Ursinos, en calidad de camarera mayor, había establecido un férreo control sobre las relaciones de los soberanos con el embajador francés. A su modo de ver el restablecimiento de la etiqueta según su antigua forma no tendría otra finalidad que fiscalizar el contacto de Felipe V con los representantes de la diplomacia gala y los miembros de la “familia francesa”. Todo ello con objeto de asegurar la preeminencia de la princesa y sus adláteres en el círculo regio, así como de reforzar el influjo que estaban llamados a ejercer sobre la toma de decisiones. Dicho en otras palabras, la princesa instrumentalizaba a su favor el ceremonial y el reglamento de entradas.

En conformidad con la impulsividad que le caracterizaba, Louville describía la situación reinante en Madrid de manera un tanto más radical, si bien en sus aspectos principales coincidía como veremos con los D'Estrées. Para el marqués, lo sucedido desde el regreso de Felipe V a la corte era fruto de una intriga hábilmente trazada por la princesa y Medinaceli, cuyo fin último era debilitar la posición de los principales actores políticos del *lobby* francés en la capital. Aunque aludiremos de nuevo al intercambio epistolar de Louville en el capítulo siguiente, sí que nos gustaría señalar

---

<sup>1443</sup> MILLOT, p. 134; Abate d'Estrées al cardenal Gualterio. Sin fechar [ca. enero/febrero de 1703]. B.L., Add. Mss. 20359, fol. 6r.

<sup>1444</sup> El contenido de algunos de los discursos francófilos de Medinaceli aparece (centrados principalmente en las consecuencias de la exclusión de D'Estrées del Despacho y la voluntad de privar a Francia de cualquier beneficio derivado de las Indias españolas) en Ambrose Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 25 de enero de 1703. A. N. B7 227, fol. 41r.-43v.

<sup>1445</sup> Louville a Torcy. [S. l.], 3 de febrero de 1703, recogida en SSBL, XI, p. 513.

aquí que el marqués se mostró más explícito que el cardenal a la hora de referirse a la participación de María Luisa de Saboya en la crisis del Despacho. En opinión de Louville la reina y la camarera mayor compartían la misma ambición por ejercer el poder, de ahí su oposición a la permanencia en España de todos los franceses que gozaban de una cierta proyección en el entorno de Felipe V: «la reine, ainsi que la princesse, ont si bien compris qu'elle ne gouvernera pas absolument tant qu'il y aura des François ici, qu'elles ont résolu de ne souffrir aucun.»<sup>1446</sup> El rigor del control al que ambas sometían al soberano era tal que Louville, pese a su cargo como jefe de la “familia francesa”, apenas podía ver a Felipe V en privado durante media hora al día. María Luisa, de concierto con la camarera mayor, se servía del ceremonial para mantener al monarca “encerrado” en sus aposentos, a los que solo D'Aubigny, D'Epennes, Vazet y Medinaceli podían acceder por medio del conocido como *Cuarto chico* de la princesa, comunicado con los apartamentos de la consorte.<sup>1447</sup> Débil de carácter, hasta el punto de ser descrito como un imbécil, Felipe V sería incapaz de oponerse a la reina y asumiría los sentimientos francófilos que tanto esta como la princesa le inculcaban paulatinamente.<sup>1448</sup> Las ambiciones de ambas mujeres tenían también su reflejo sobre la corte madrileña, polarizada a la sazón en dos grupos enfrentados. El primero de ellos, encabezado por los reyes y la princesa, estaría integrado por los Grandes descontentos, opuestos «à tous les François et au cardinal d'Estrées qui est à leur tête». El segundo de estos grupos lo conformarían los españoles bienintencionados (cuyo nombre no citaba), quienes observarían con impotencia y cautela la evolución de la situación «ouvrant des grands yeux, et n'osant se déclarer jusqu'à ce qu'ils apprennent le parti que le Roi nôtre maître [Luis XIV] aura pris».<sup>1449</sup>

Luis XIV, continuaba el marqués, había de actuar con firmeza para sacar a su nieto de “la esclavitud” a la que se encontraba sometido desde su regreso a España. Más osado que los D'Estrées en sus planteamientos iniciales, Louville propuso a Beauvilliers y Torcy toda una serie de medidas tendentes a restablecer el orden en la

---

<sup>1446</sup> Louville al duque de Beauvilliers. Madrid, 27 de enero de 1703. SSBL, XI, p. 507.

<sup>1447</sup> *Ibidem*, pp. 507-508; Pucci también aludía a estas reuniones. Pucci a su gobierno. Madrid, 25 de enero y 9 de febrero de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991.

<sup>1448</sup> «Il n'y a personne qui ne soit informé et qui ne dit publiquement que le roi et la reine ont résolu de ne souffrir aucun François à la cour d'Espagne: ce qui me met, comme vous pouvez croire, Monseigneur, dans une belle situation, les Espagnols n'ayant besoin, pour nous haïr d'être autorisés par l'exemple du roi et de la reine.» Louville a Torcy. Madrid, 3 de febrero de 1703. SSBL, XI, pp. 511-512.

<sup>1449</sup> *Ibidem*, p. 512.

corte española. En primer lugar el monarca galo debía enviar sendas misivas a Felipe V y a la consorte (la de esta última «encore (...) plus forte»), cuyo contenido había de explicitar la naturaleza de las relaciones de poder vertebradas en el seno del eje Versalles-Madrid desde noviembre de 1700. De acuerdo con el punto de vista de Louville, el monarca galo había de aclarar que el propósito de Francia no era gobernar la Monarquía Hispánica, prevención importante «car certainement, ils [los reyes] la montreront [la carta] aux Espagnols», sino el desarrollo de una política común entre ambas coronas capaz de responder de manera efectiva a las exigencias de la guerra. Hasta aquí llegaba el cariz conciliador de las medidas propuestas. A continuación Luis XIV, siempre según la percepción del marqués, debía exponer los sacrificios que Francia estaba llevando a cabo para sostener a Felipe V en el trono; sacrificios que hacían de la presencia del embajador francés en el Despacho, y del sometimiento del Rey Católico a sus consejos, sendas cuestiones de obligado cumplimiento para el monarca. De lo contrario, es decir si el soberano persistía en gobernar “en solitario”, Luis XIV se vería legitimado para abandonar a su nieto: «Et je leur marquerois très fortement -proponía Louville-, à l’un et à l’autre que, comme je me ruine uniquement pour eux contre toute sorte de bonne politique, je les abandonnerai sans miséricorde, s’ils ne prennent l’un et l’autre, avec le cardinal d’Estrées, qui est mon homme de confiance, toutes les mesures nécessaires pour notre défense commune.»<sup>1450</sup>

Como podemos apreciar los argumentos del marqués suponían tanto un recordatorio de la posición supeditada que la corona española ocupaba en el eje Versalles-Madrid, como un arma de coacción que giraba en torno a la incapacidad de la Monarquía Hispánica para defender en solitario la integridad de sus posesiones. Ambas circunstancias justificaban no solo la rehabilitación de D’Estrées en su “legítima” posición en el seno del gobierno, sino también la imposición de un castigo ejemplar a aquellos cortesanos y ministros contrarios al intervencionismo francés en la política española, *verbigracia* Medinaceli «et deux ou trois de ses principaux complices, tous des plus hauts huppés, par des exils et autres choses encore plus sévères (...)»<sup>1451</sup> En caso que Versalles no estuviera dispuesto a actuar con la debida firmeza para atajar el desorden reinante en Madrid, no debía pensar más que en firmar una paz ventajosa para los intereses de Francia.<sup>1452</sup>

<sup>1450</sup> Louville a Beauvilliers. Madrid, 27 de enero de 1703. SSBL, XI, p. 507.

<sup>1451</sup> *Ibidem*, pp. 506-508.

<sup>1452</sup> *Ibid.*, p. 507.

En segundo lugar, y de acuerdo con el autoritarismo que rezumaban sus planteamientos, Louville abogaba sin ambages por la destitución de Ursinos. La actuación de esta última desde enero de 1703 evidenciaba su incapacidad para seguir ostentando el cargo que ocupaba.<sup>1453</sup> Antes que Saint-Simon, se refirió a las consecuencias que acarrearía el “magisterio” de una dama como la princesa sobre una reina dotada de la personalidad, y ambiciones, de María Luisa de Saboya. A su entender el ejemplo de Ursinos siempre alentaría la participación de la soberana en la toma de decisiones y contribuiría a formar una reina más próxima en su conducta a Mariana de Neoburgo que al ideal de consorte preconizado desde Versalles. Por lo tanto, Luis XIV no debía demorar su regreso a Roma. Ciertamente María Luisa confiaba en la princesa y se mostraría reticente a desprenderse de ella. Sin embargo, semejante sacrificio había de suponer la manifestación más elocuente de la consideración que Felipe V y la propia consorte otorgaban a los sacrificios que Francia realizaba para mantenerlos en el trono.<sup>1454</sup>

La elección de la sucesora adecuada de Ursinos no suponía un escollo para los propósitos de Louville. Lejos de ello a lo largo de los meses de enero y febrero de 1703 el marqués planteó tres opciones que contaban con el *plâcet* de los D'Estrées. La primera de ellas sería la nominación de otra dama francesa como camarera mayor (que había de ser seleccionada a instancias no ya de Madame de Maintenon sino de los Beauvilliers). Dicha dama debía ejercer las mismas funciones que en su día se adjudicaron a la princesa y asegurar el compromiso de María Luisa de Saboya con los comunes intereses de las Dos Coronas: «je lui enverrois -escribió- autre Françoise de toute satisfaction, pour lui inspirer des sentiments plus convenables à nos intérêts communs.»<sup>1455</sup> La segunda de las alternativas barajadas por el marqués era la designación de una camarera mayor española, «la moins mauvaise qu'on pourroit trouver et dont on tâcheroit de s'assurer», aclaraba. Como quiera que esta propuesta implicaba mayores riesgos que la primera Louville sugirió, de concierto con D'Estrées, la instalación en Madrid de la abuela de la reina, Madame Royale. Semejante proposición entrañaba privar al cargo de camarera mayor de la transcendencia que Versalles le había otorgado desde el matrimonio de Felipe V y conceder a Madame

---

<sup>1453</sup> Para Louville, la princesa no era sino «une malheureuse Françoise, qui veut, par son ambition particulière et gaïeté de cour, désunir les deux nations et donner à un prince françois une aversion extraordinaire pour la France.» *Ibid.*, p. 506.

<sup>1454</sup> Louville a Beauvilliers. Madrid, 27 de enero de 1703. SSBL, XI, pp. 506-507.

<sup>1455</sup> *Ibidem*, p. 507.

Royale la potestad de “instruir” a la consorte conforme a las directrices de Francia. Francófila reconocida<sup>1456</sup>, emparentada estrechamente con los D’Estrées y en los mejores términos con el cardenal, el marqués proponía servirse del ascendiente que la duquesa ejercía sobre su nieta con el fin de reforzar la posición del embajador galo ante la pareja real y garantizar, en definitiva, la estabilidad y el equilibrio en el *entourage* de los reyes.<sup>1457</sup> Al igual que en el caso anterior María Luisa debía renunciar a todo interés por intervenir en las relaciones de poder en el eje Versalles-Madrid, volviendo a desempeñar el papel supeditado que se le adjudicó en su día, aunque esta vez a instancias de Madame Royale. La última de las proposiciones del marqués suponía una solución intermedia. Por una parte contemplaba el nombramiento de una camarera mayor española, aleccionada antes de su designación en cuanto a la dependencia y sumisión al embajador francés que se le exigían. Por la otra, dado que no podía confiarse por completo en una dama de la Grandeza, Louville se hacía eco de una de las propuestas que en su día realizó el conde de Marcin: la designación de una francesa como «*première femme de chambre*» o dueña de honor. Para este cargo el marqués proponía a Madame Desgranges, esposa del maestro de ceremonias de Versalles, quien debía velar por la conducta y costumbres de la reina manteniéndose, eso sí, al margen de toda participación en la escena política: «*Souvenez-vous seulement –escribió– que la reine a autant besoin qu’on éclaire ses moeurs que sa conduite, et par conséquent, il faut une personne qui veille à l’un et l’autre et qui soit d’une fidélité á toute épreuve.*»<sup>1458</sup>

Como no podía ser de otra manera la interpretación que la princesa de los Ursinos otorgó a la situación de la corte madrileña en los primeros meses de 1703 era diametralmente opuesta a la de los D’Estrées y Louville. De entrada, por lo que respecta a la camarera mayor sería más apropiado emplear el término justificación que interpretación. Consciente del flujo de informaciones que comenzaban a llegar a Versalles, la princesa procuró responder a las acusaciones de diferente naturaleza vertidas en su contra. Para ello se sirvió tanto de intermediarios, D’Epennes y Vazet concretamente, que viajaron a Francia a instancias de Ursinos con objeto de exponer ante Torcy, Marcin y la mariscala de Noailles la versión de la dama acerca de lo

---

<sup>1456</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín 9 de febrero y 15 de marzo de 1701. AA. EE., CPS., t. 107, fols. 111r.-v.; 154v.-155r., donde se menciona a Madame Royale como una figura favorable en la corte de Turín a los intereses borbónicos..

<sup>1457</sup> Louville a Torcy. Madrid, 3 de febrero de 1703. SSBL, XI, p. 513.

<sup>1458</sup> El mismo al duque de Beauvilliers. Madrid, 23 de febrero de 1703. *Ibidem*, p. 514.



ocurrido en Madrid<sup>1459</sup>; como de la correspondencia que mantenía con el Secretario de Asuntos Exteriores francés, la mariscala o el propio Luis XIV. Que la gravedad de los cargos que se le imputaban no le era ajena parece constatarlo el hecho de que, a diferencia de otras ocasiones antes de la crisis del Despacho, Ursinos se dirigió principalmente al monarca galo. Ciertamente esta no prescindió de su intercambio epistolar con Torcy. Si era sabedora de que el contenido de sus epístolas tendría escaso eco en el ministro, favorable a los D'Estrées, es algo que no podemos confirmar, al menos para este momento concreto. Pero sí parece evidente que, a la sazón, la camarera mayor tuvo la suficiente lucidez como para reconocer que su continuidad en España pendía de un hilo y que su conducta, por aventurada y contraria a las directrices de Versalles, requería una explicación que no podía pasar por el filtro del ministro (quien normalmente leía sus despachos al soberano) sino que por el contrario debía ser expuesta directamente ante Luis XIV. Por otra parte, aunque la correspondencia de la princesa allende los Pirineos se caracteriza en buena medida por el afán exculpativo de la dama, o por la defensa de lo que esta consideraba una impecable trayectoria al servicio de Francia en España desde el otoño de 1701, ello no es óbice para que detectemos en su contenido algunos interesantes aspectos que nos permiten discernir cuál era la visión de Ursinos respecto a las relaciones francoespañolas, y el papel que el embajador galo había de desempeñar en el seno de la corte y el gobierno hispanos. Otra cuestión diferente es que tal concepción, junto al tono que la camarera mayor empleaba en sus misivas, fueran juzgados inapropiados por los receptores de su correspondencia; como también que la princesa, en respuesta a los cargos que los D'Estrées o Louville le imputaban, incluyera en sus cartas acusaciones no menos graves hacia ellos. Defensa y acusación constituirán, por lo tanto, los dos ejes que articularán la correspondencia de la dama en estas fechas.

Entrando en el contenido del intercambio epistolar de la princesa, en primer lugar la camarera mayor abordó las razones de la crisis del Despacho, las circunstancias que habían motivado su intervención en ella y la naturaleza de la solución que había propuesto ante la misma. Portocarrero y el cardenal D'Estrées, arguyó, habían sido los causantes indirectos de la quiebra del precario equilibrio que hasta la fecha había presidido el gobierno hispano. El primero a causa de la obstinación con la que había sostenido su deseo de abandonar Madrid, que ni los reyes ni ella

---

<sup>1459</sup> Ursinos a la mariscala de Noailles. Madrid, 2 de febrero de 1703, recogida en GEFROY, A (ed.): *Lettres inédites...*, pp. 134-135.

misma habían podido vencer; el segundo por su reticencia a incluir al arzobispo Arias en el Despacho. Ambas circunstancias provocaron una situación acerca de cuyos riesgos Ursinos ya había advertido antes del regreso de Felipe V a España: en ausencia de Portocarrero y Arias del Despacho el monarca se vería obligado bien a gobernar en solitario con D'Estrées, lo que redundaría en la impresión de que el embajador francés ejercía las funciones de primer ministro, bien a designar nuevos miembros para el gabinete, lo que alentaría las rivalidades intestinas en el seno de la alta aristocracia. En consecuencia, el interés de la camarera mayor por evitar ambas eventualidades habría determinado el impulso que otorgó a una forma de gobierno opuesta a la que hasta la fecha se había venido practicando: que Felipe V despachase a diario con Rivas al tiempo que en los asuntos más importantes sería asesorado por ciertos consejeros de Estado previamente escogidos.<sup>1460</sup> A decir verdad la proposición de Ursinos no constituía una novedad para Versalles, como bien debió pensar la princesa. A finales de noviembre de 1702 la camarera mayor expuso a Torcy una solución semejante basada, por un lado, en la exclusión efectiva del embajador francés del Despacho y en una cierta continuidad con la *práxis* gubernamental desarrollada desde el reinado de Felipe IV (el despacho entre el secretario y el monarca). Y por el otro, en el desarrollo de un gobierno basado en las apariencias, en el que Felipe V en teoría gobernaría con Rivas pero en la práctica la participación de D'Estrées en el tratamiento de los asuntos no se reduciría un ápice, dado que el secretario había de consensuar previamente con el cardenal los asuntos a tratar en sus reuniones con el monarca.<sup>1461</sup> Es decir, de acuerdo con el proyecto de la princesa lo único que diferenciaría a D'Estrées de sus predecesores sería la exteriorización pública de su participación en la toma de decisiones. A ello aludía sin duda Pucci cuando informaba que el cardenal gobernaría “per canali segreti”.

Con vistas a reforzar la legitimidad de sus argumentos la camarera mayor añadió dos nuevos elementos a su exposición de los hechos: el primero la participación

---

<sup>1460</sup> «Je pris la liberté de lui représenter [a D'Estrées] à quoi il s'exposoit et les mauvais discours que tiendroient les mal intentionnés qui travaillent à persuader à toute la nation, *que la France veut réduire l'Espagne en vice royauté*» Ursinos a Luis XIV. Madrid, 20 de enero de 1703, recogida en L. TR., III, p. 7. La cursiva es nuestra.

<sup>1461</sup> «Pour les contenter tous [se refiere a los Grandes], je ne sçais d'autre moyen que de le composer [el Despacho] seulement des deux Cardinales [D'Estrées y Portocarrero] et du Secrétaire d'Estat [Ubilla]. Je voudrois en mesme temps que le Roy donnast à chacun des présidents qui composent aujourd'huy la Junte [de Gobernación] un jour de la semaine pour les entendre sur les affaires qui appartiennent aux Conseils qu'ils représentent. Si l'on ne sert de cet expédient, qui a peut estre encore ses difficultés, ils seront au désespoir, et surtout si le duc de Medina-Sidonia et le comte de San Estevan [ambos miembros del Despacho que asesoraba a Felipe V durante la jornada italiana] continuent à travailler avec le Roy.» Ursinos a Torcy. Madrid, 29 de noviembre de 1702, recogida en *Ibid.*, II, p. 146.

en la crisis del corregidor de Madrid, Ronquillo; el segundo, el carácter temporal de sus propuestas, que entrañaba implícitamente la sumisión de Felipe V, y la propia princesa, a las órdenes que el gabinete francés tuviera a bien enviar *a posteriori*. Según se justificaba Ursinos, habrían sido las informaciones de Ronquillo, «homme d'honneur et bien affectionné», acerca de la efervescencia en la que se encontraba la capital española las que habrían terminado por decidir su intervención:

«Ronquillo vint hier me dire, les larmes aux yeux, que Madrid estoit dans une situation beaucoup dangereuse qu'il ne l'avoit vu au temps de la mort de Charles II (...) et que son zèle, sa charge et sa conscience l'obligeoient à m'informer que si le roi ne prenoit le parti de faire seul son *Despacho* au plutost (n'y ayant point d'autre moyen de calmer les esprits), il croyoit qu'on devoit tout appréhender.»<sup>1462</sup>

Desde estas perspectivas, de acuerdo con las cartas de Ursinos su participación en la crisis del Despacho no habría sido sino una medida de urgencia adoptada con el fin de remediar males mayores (el descontento y las murmuraciones que comenzaban a divulgarse por la capital), basada en una propuesta que había de garantizar la operatividad del gobierno hasta que Luis XIV, informado de lo ocurrido, se pronunciase al respecto. Empero, y a despecho de estas justificaciones iniciales, las siguientes epístolas de la princesa nos permiten apreciar de manera más precisa sus puntos de vista en cuanto a la situación de la Monarquía y a las relaciones en el eje Versalles-Madrid. Percepciones que, a diferencia de lo que sucedía con el cardenal d'Estrées, se basaban en la experiencia *in situ*, en el conocimiento de la dama, gracias en buena medida a la lectura de los planes de reforma de Orry y a sus contactos con algunos exponentes de la Grandeza, no solo del estado de la administración y la Hacienda españolas sino también de las expectativas que la alta aristocracia albergaba del advenimiento al trono de la nueva dinastía. Tal experiencia llevaba aparejada, en último término, proposiciones de cambio concretas, que la camarera mayor exponía y defendía en su correspondencia con tanta franqueza como vehemencia.

Así, en la misiva que envió al rey de Francia el 21 de enero de 1703 en respuesta a los rumores que la acusaban de querer gobernar en solitario, la camarera mayor profundizó en sus consideraciones respecto al rol que los diplomáticos franceses habían de desempeñar en España. A semejanza del gabinete de Versalles la princesa adjudicaba al cardenal d'Estrées el papel de mentor del Rey Católico, a quien había de

---

<sup>1462</sup> La misma a Luis XIV. Madrid, 20 de enero de 1703, recogida en *Ibid.*, III, pp. 7-8; la misma al mismo. Madrid, 21 de enero de 1703. *Ibidem*, p. 9.

formar en el arte de gobernar en colaboración con Luis XIV. Ahora bien ¿hasta dónde debía llegar tal labor de instrucción? Y sobre todo, ¿era estrictamente necesario que esta se desarrollase desde el Despacho? En este punto la princesa se mostraba taxativa. La existencia del gabinete, como la preeminencia de los sucesivos embajadores galos en su seno, suponían sendos acicates para la inestabilidad interna del eje Versalles-Madrid.<sup>1463</sup> Los españoles, advertía, deseaban un rey que gobernase por sí mismo y que fuese capaz de examinar los negocios de Estado sin necesidad de la supervisión de los representantes diplomáticos de su abuelo, o al menos de lo que constituía una supervisión explícita llevada a cabo en presencia del resto de ministros que componían el Despacho. En razón de ello, entendía la salida de D'Estrées del gobierno como una iniciativa que favorecería la buena marcha de las relaciones francoespañolas, contribuiría a atemperar la francofobia manifiesta de buena parte de las elites locales y redundaría en beneficio de la reputación de Felipe V como gobernante. Por otra parte, a su modo de ver una iniciativa semejante no tenía por qué afectar ni al ascendiente que Francia ejercía sobre la política española ni al papel del cardenal como mentor del monarca, habida cuenta que mantenía incólume la posición de D'Estrées como hombre de confianza de Felipe V, llamado a asesorar al soberano en reuniones diarias de carácter privado. Así pues, para Ursinos el problema se reducía a una cuestión de vanidades, concretamente la de los D'Estrées, dispuestos a defender, incluso en perjuicio del Rey Católico, las prerrogativas públicas a las que creían tener derecho en la corte y el gobierno madrileños:

«Le Cardinal d'Estrées se plaint, Sire -planteaba Ursinos- ou par rapport à sa propre personne, ou par rapport aux intérêts de V[ôtre] M[ajesté]. Si c'est le dernier, quelle différence y a-t-il pour la direction des affaires, ou que le Roi fasse son *Despacho* avec lui et le M[arqu]is de Rivas, qui n'a point de voix, ou que S[on] M[ajesté] décide sur ce qui lui sera proposé, conformément à ce que lui marquera le Cardinal d'Estrées, à qui le M[arqu]is de Rivas dit tout communiquer auparavant par ordre exprès de S[on] M[ajesté]? Il me paroît bien plus commode et plus seur mesme

---

<sup>1463</sup> Las informaciones acerca del descontento reinante en la corte madrileña ante la monopolización de la toma de decisiones en el seno del gobierno por parte de Versalles no eran privativas de la princesa. Las encontramos en los despachos de personajes poco afines a la camarera mayor como el embajador veneciano en Madrid, Mocénigo, quien describía la situación de la corte española en los siguientes términos: “Formato cola il Consiglio di Stato al fianco del re, il duca di Medina Sidonia ed il conte di Santo Stefano, che già impossessati dell'aria di quella parte sogliono per lo più mire li loro pareri all'espressioni del conte di Mersin ministro francese, che manda e riceve da Parigi le direzioni, non rimanedo cosa alcuna stabilita senza il parere del Cristianissimo. *Questa forma di governo tutto dipendente dalla Francia, sveglia nell'universale de' Spagnuoli il senso dell'antica avversione, ed aumenta sempre più el numero de'malcontenti (...).*” “Relazione di Spagna di Alvise II Mocenigo, ambasciatore a Carlo II ed a Filippo V dall' anno 1698 al 1702”, recogida en BAROZZI, N. y BERCHE, G. (eds.): *Relazioni...*, II pp. 707-708.

pour M[onsieur] le Cardinal d'Estrées (...) de pouvoir dans sa chambre examiner avec son neveu et tel autre qu'il lui plaira ce qu'on devra proposer dans le *Despacho*, que d'estre obligé à donner son avis sans avoir le temps de faire ses réflexions. Le Roi lui-mesme eut la bonté (...) de l'assurer qu'il ne résoudroit rien que par son conseil (...).»<sup>1464</sup>

Vistos desde esta perspectiva los planteamientos de la camarera mayor guardaban notables concomitancias con el *modus operandi* desarrollado durante la gobernación de María Luisa de Saboya, de ahí el peso que consideramos pudo tener la “experiencia” adquirida con anterioridad en las iniciativas impulsadas por la princesa a partir de enero de 1703. Es decir, de forma oficial la *praxis* de gobierno discurriría por los canales tradicionales (en el caso concreto de la soberana merced al establecimiento de una Junta de gobernación) mientras que, de manera oficiosa, esta sería controlada desde Versalles por medio de sujetos que actuaban de acuerdo a las órdenes del gabinete francés (en ese momento lo fueron la princesa y Orry). Lo que Ursinos no quiso ver, o silenció deliberadamente aunque Torcy no tardó en hacérselo llegar, era que sus proposiciones no solo atentaban contra las hipotéticas atribuciones del embajador galo en Madrid, entre las cuales se encontraba su participación directa en el Despacho; sino que también alentaban una cierta independencia de la Monarquía Hispánica respecto a Francia que el proyecto dinástico de Luis XIV, así como el contexto bélico y la dependencia de la primera en el mismo, no contemplaban en ningún caso para estas fechas.

A semejanza de los aspectos que acabamos de tratar Ursinos reducía el ceremonial a observar entre el embajador francés y los reyes a una cuestión de apariencias. A lo largo del viaje que había llevado a la comitiva de Felipe V desde

---

<sup>1464</sup> Ursinos a Luis XIV. Madrid, 21 de enero de 1703, recogida en L. TR., III, p. 14. «Je souhaiterois que M. le cardinal d'Estrées voulût encore tenter de tenir le *despacho* seul avec le roi. Il ne faudroit que vingt-quatre heures pour faire connoître qui, de lui ou de moi, mérite votre aprobation. Mais, sans en venir à une épreuve si funeste, commandez, Monsieur, par ordre du Roi, aux François à qui vous pouvez vous fier davantage, de vous écrire la vérité, et vous saurez bientôt que MM. d'Estrées, s'appropriant de toute l'autorité, enlèvent au roi catholique la gloire qui lui est due, pendant que je ne suis appliquée qu'à le faire aimer et estimer de ses sujets (...). L'expérience a fait voir d'ailleurs qu'il étoit impossible de prendre un parti plus judicieux (convocar el Despacho junto a Rivas), puisque le roi catholique s'est acquis plus d'estime dans son royaume, par cette résolution, qu'il n'a peut-être fait depuis qu'il règne, et que toutes les affaires ont marché avec prospérité (...). C'est aussi par cette raison que je souhaiterois que MM. d'Estrées, moins avides de gloire, et plus attentifs à instruire ce jeune prince, voulussent, en lui communiquant la suite d'une affaire, lui apprendre à décider par lui-même, au lieu d'attendre à l'informer des choses lorsqu'il n'est plus question que de pronocer un *oui* ou un *non* qu'on lui present. De cette manière, laborieux comme il est et ayant autant d'esprit qu'il en a, il seroit bientôt aussi habile que ses ministres, et il se rendroit respectable à ses sujets, qui ne l'estimeront jamais qu'autant qu'il sera capable de les gouverner par ses propres lumières (...).» La misma a Torcy. Madrid, 19 de febrero de 1703. SSBL, XI, pp. 490 y 492-493.

Guadalajara a la capital, informó, los D'Estrées habían disfrutado de importantes privilegios en el marco de la etiqueta. En concreto el abate, al igual que su tío, gozó de la libertad de entrar en la cámara regia, en diferentes ocasiones y sin motivo aparente, en presencia de los Grandes que se habían trasladado hasta dicha ciudad, quienes aguardaban en la antecámara. Una escena semejante volvió a repetirse, también sin justificación alguna, informaba, en Alcalá de Henares. La pública y reiterada vulneración del reglamento de entradas en ambas ciudades sembró el descontento entre la Grandeza, alentado, una vez en Madrid, por la persistencia de los D'Estrées en continuar transgrediendo el ceremonial borgoñón. Por ejemplo tras el establecimiento de Felipe V en la capital el abate insistió en viajar en la carroza del monarca, aun cuando Grandes como los duques de Osuna y Gandía, aclaraba Ursinos, no estaban autorizados a hacerlo. Por su parte el cardenal pretendía tener acceso a los aposentos de la reina sin ser anunciado previamente, a cualquier hora del día o la noche, privilegio al que igualmente aspiraba su sobrino. Esta última circunstancia devino otro motivo de fricción entre la princesa y los D'Estrées, toda vez que la primera no dudó en prohibir el acceso del diplomático a las piezas más privadas de la cámara de la consorte, donde María Luisa solía reunirse con el rey. La percepción que ambos tenían de esta cuestión en particular no podía ser más antagónica. Mientras que para D'Estrées su condición eclesiástica, como su dignidad de embajador francés llamado a “destruir la etiqueta” habían de garantizarle un acceso ilimitado a los monarcas, inclusive cuando Felipe V se encontrase en los aposentos de la consorte, para Ursinos tales “libertades” atentaban, en primer lugar, contra la “decencia” que había de reinar en la cámara de la reina. Pese al estatus religioso de D'Estrées, escribió, la etiqueta vedaba su acceso a ciertas zonas de los aposentos de la soberana en las que se alojaban damas solteras de cuya honorabilidad eran garantes la princesa junto a las Guardas Mayores y Dueñas de Honor de la Casa: «En effet, Sire, je ne comprends pas par quel privilège le Card[ina]l D'Estrées prétend qu'à toute heure la chambre de la Reine lui soit ouverte, dès qu'il paroit. Cela est moins facile ici qu'ailleurs, à cause des dames et cela seroit aussi incommode pour Sa M[ajesté]. (...)»<sup>1465</sup> En segundo lugar las pretensiones del

---

<sup>1465</sup> Ursinos a Luis XIV. Madrid, 21 de enero de 1703, recogida en L. TR., III, p. 12. En el mismo sentido se explicó la princesa con Ambrose Daubenton: «Qu'il n'est point du sage en Espagne qu'aucuns seigneurs ny mesme les infants entrent jamais dans la chambre de la reine, que si Son Éminence avoit l'entrée libre les Grands s'enchagrinoient très fort (...), qu'ainsy, au moins que l'on renverse entièrement l'étiquette du palais, cela ne peut avoir lieu (...)» Ambrose Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 27 de enero de 1703. A. N., B<sup>7</sup>227, fols. 60r. y v.

cardenal suponían un agravio manifiesto hacia los cortesanos españoles, puntillosos en cuanto al ceremonial y al reglamento de entradas. Su intención, se justificaba Ursinos, no era coartar el acceso del embajador a los monarcas sino que este se desarrollase a través de medios que no incrementasen el descontento reinante en la corte: por ejemplo la entrada de los D'Estrées a los aposentos regios a través del canal más privado del *Cuarto chico* de la princesa, lo que ya había sido practicado por Marcin en su día sin inconveniente alguno: «N'est-il pas mieux, Sire, que les Ministres de V[ôtre] M[ajesté] viennent sans bruit par mon appartement chez la Reine, lorsqu'ils la voudront voir, puisque cela leur sera toujours pareil, que de vouloir par une vanité insultante s'exposer à mécontenter tout le monde et surtout les Grands qui y sont les plus intéressés?»<sup>1466</sup>

El mismo talante contemporizador mostraba la princesa al abordar la decisión del rey de portar la golilla en sus salidas públicas; o el que ella misma hubiera hecho vestir a sus pajes a la española (iniciativa que Ambrose Daubenton relacionaba con la voluntad de la dama por atraerse la aprobación de la Grandeza).<sup>1467</sup> Reconocía que la primera medida había partido de la reina y de ella misma<sup>1468</sup>, a petición de un grupo de Grandes, pero en su opinión considerar la golilla como un símbolo de francofobia o afección a la Casa de Austria era un flagrante error. Tanto más cuando la insistencia de los cortesanos españoles por vestir “a la española”, informó a Torcy, no derivaba de su deslealtad a la nueva dinastía sino más bien de la pobreza e incapacidad de la mayoría de ellos para costearse una indumentaria “a la francesa”.<sup>1469</sup> La camarera mayor, como los D'Estrées, deseaba la destrucción de la etiqueta «mais il ne me paroist pas - advirtiô- qu'on doive appeler étiquette tout ce qui n'est point à la françoise.»<sup>1470</sup> Esto es, la princesa no consideraba la vestimenta del rey un asunto de interés capital para el

---

<sup>1466</sup> Ursinos a Luis XIV. Madrid, 21 de enero de 1703, recogida en L. TR., III, pp. 11-13, en concreto la cita en pp. 12-13.

<sup>1467</sup> Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 25 de enero de 1703. A.N., B7227, fol. 44v.

<sup>1468</sup> La iniciativa de la reina y la princesa podría tratarse, quizás, de una muestra de reconocimiento hacia las expresiones de fidelidad tributadas al rey por la Grandeza con motivo de su regreso de la jornada de Italia, como fueron la asistencia de buena parte de los Grandes más importantes de la corte a la recepción de Felipe V en Guadalajara, ocasión en la que algunos de ellos, como Villafranca, lucieron el traje francés. Ursinos a Torcy. Madrid, 10 de enero de 1703, recogida en L. TR., III, p. 3.

<sup>1469</sup> «On cherche bien à vous abuser, Monsieur, ou on est bien ignorant, si on veut vous faire croire que la golille soit un reste d'affection pour la maison d'Autriche, ou une marque d'antipathie pour nos manières. C'est uniquement, je vous assure, une preuve de la pauvreté des Espagnols, qui, avec 18 écus, sont habillés proprement toute l'année, au lieu qu'il leur en cousteroit des centaines de pistoles, s'ils vouloient s'habiller comme les autres nations (...)» Ursinos a Torcy. Madrid, 3 de marzo de 1703, recogida en *Ibid.*, III, pp. 28-29.

<sup>1470</sup> La misma al mismo. Madrid, 1 de febrero de 1703. *Ibid.*, III, pp. 17-18.

gabinete de Versalles, como tampoco parecía encontrar extraordinario que Felipe V, en las solemnidades públicas más destacadas, «qui arrivent dix ou douze fois à l'année», portase la golilla en reconocimiento a los usos y costumbres del país sobre el que gobernaba. En este punto con probabilidad la camarera mayor comparaba la situación del monarca con la de la consorte, obligada por Luis XIV tras su instalación en Madrid a utilizar el *tontillo*, evolución del guardainfante, en sus salidas públicas.<sup>1471</sup> En cualquier caso, y con objeto de evitar futuros malentendidos, Ursinos proponía la implantación «d'un habit noir à la françoise», común al monarca y a sus cortesanos, «car en tout pays il doit y avoir un habit de cérémonie.»<sup>1472</sup>

No obstante lo referido hasta el momento, los aspectos más significativos del contenido de las misivas de la camarera, así como los más controvertidos habida cuenta de sus implicaciones, eran los concernientes a la naturaleza de sus relaciones con la Grandeza y al influjo que ejercía sobre Felipe V y María Luisa de Saboya. Por lo que respecta al primer punto referido, las misivas de los D'Estrées y Louville a comienzos de 1703 incluían alusiones explícitas a la deslealtad de la princesa a Francia, derivadas de los contactos de la dama con Grandes tenidos por francófilos (Medinaceli) cuando no por sospechosos de parcialidad a la Casa de Austria (Frigiliana). Conocedora del cariz de estas acusaciones Ursinos procuró restarles importancia, segura de su inquebrantable fidelidad a Luis XIV: «Le reproche qu'on m'a fait que je m'entends avec les ennemis des deux couronnes, quoique très offensant, me paroît ne pas mériter une réponse (...).»<sup>1473</sup> Sí que incidió, por el contrario, en los criterios que hasta la fecha

---

<sup>1471</sup> Sobre la utilización del “tontillo” por parte de la reina véanse las cartas de Blécourt a Ursinos. Madrid, 14 de junio de 1702; Ursinos a Blécourt. Alagón, 17 de junio de 1702 y Torcy a Ursinos. Marly, 3 de julio de 1702, donde se explicitan las órdenes de Luis XIV al respecto: Il est à propos aussy que S. M. Catholique porte quelquefois cet habit, que ce soit rarement qu'elle le voudra, mais qu'il faut contenter les Espagnols en le faisant voir qu'elle ne prétend pas l'abolir entièrement (...), recogidas en *Ibid.*, II, pp. 56; 56 y ss. y 65.

<sup>1472</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 1 de febrero de 1703. *Ibid.*, III, p. 18. Para una síntesis sobre la difusión progresiva de la moda francesa en la corte de Madrid véase DESCALZO, A.: “El traje francés en la corte de Felipe V”, en *Anales del Museo de Antropología*, 4 (1997), pp. 189-210; *Íd.*: “El arte de vestir en el ceremonial cortesano: Felipe V”, en TORRIONE, M. (dir.): *España festejante...*, pp. 197-204; *Íd.*: “Nuevos tiempos, nueva moda: el vestido en la España de Felipe V” y MOLINA MARTÍN, A. y VEGA GONZÁLEZ, J.: “Vistiendo al nuevo cortesano: el impacto de la ‘feminización’”, en MORALES, N. y QUILES GARCÍA, F.: (coords.): *Sevilla y corte. Las artes y el lustro real (1729-1733)*. Madrid, 2010, pp. 157-164 y 165-178.

<sup>1473</sup> «J'aurai l'honneur cependant de dire à V. Mté., Sire, -añadió- que cette injure estant fondée sur une audience d'une heure, que l'abbé d'Estrées avoit rapporté à son oncle que j'avois fait donner par le Roi au duc de Medina Celi, je dois espérer que ces Messieurs me feront peut-estre la grâce d'avoir meilleure opinion de ma fidélité, puisque le Cardl. D'Estrées est présentement bien informé qu'il ne fut jamais rien de moins véritable dans toutes les circonstances.» La misma a Luis XIV. Madrid, 21 de enero de 1703, recogida en L. TR., III, p. 15.



habían caracterizado sus relaciones con la alta aristocracia. Al abordar esta cuestión la princesa remitía, de entrada, a la correspondencia que había mantenido con Torcy en los meses inmediatamente anteriores al regreso del rey a la corte, capaz de dar cuenta elocuente de la opinión que le merecían ciertos Grandes y del proceder que había adoptado en sus relaciones con ellos: «Toutes les lettres que j'ai écrites au marquis de Torcy marquent assez si je suis entestée des Espagnols; je crois les connoître, mieux qu'une autre, et je reproche assez souvent aux plus grands seigneurs leurs défauts d'une manière si hardie, que s'ils ne savoient pas avec quelle intention je le fais, je ne sais s'ils ne le souffriroient pas avec peine (...).»<sup>1474</sup> En segundo lugar, aunque la camarera mayor reconocía el crédito de que gozaba ante la alta aristocracia española, entendía tal circunstancia como un factor susceptible de beneficiar la buena marcha de las relaciones francoespañolas. A su modo de ver los franceses que se encontraban en España al servicio de Luis XIV debían tratar de congraciarse con las elites locales, no buscar su reprobación merced a su conducta o a la defensa de prerrogativas puramente oficiosas (por ejemplo en lo que tocaba al ceremonial): «J'avoue cependant, Sire, que j'en suis aimée, mais le Card[inal] D'Estrées peut-il croire que cela soit mauvais, et a-il l'intention de se faire haïr? La manière dont il a reçu tous les Grands qui ont été le voir et le procédé qu'il a avec le président de Castille, qu'il veut perdre, par des raisons que je n'apprendrai, passera plus de tort qu'il ne s' imagine à ses grandes qualités et peut estre au service de V[ôtre] M[ajesté]»<sup>1475</sup>

Al igual que hemos señalado para otras cuestiones la explicación que Ursinos realizaba sobre este punto tenía silencios considerables: como la falta de una respuesta taxativa a las alusiones realizadas por algunos miembros del *entourage* francés en Madrid respecto a sus “concesiones” a la Grandeza; o lo que es lo mismo, a la parcialidad de la camarera mayor a las aspiraciones “continuistas” de la alta aristocracia. Sin embargo, esta omisión puede subsanarse merced al intercambio epistolar que la princesa mantuvo con Torcy entre el verano y el invierno de 1702. Su lectura aporta algunas pistas interesantes no solo sobre el papel que la camarera mayor adjudicaba a la alta aristocracia en la escena político-cortesana tras el advenimiento al tron de la nueva dinastía, sino también acerca del modo en que Francia, y Felipe V, habían de proceder con respecto a las elites locales. Según pudimos comprobar en su momento, la opinión de Ursinos sobre los Grandes no se diferenciaba sustancialmente

---

<sup>1474</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>1475</sup> *Ibidem*, pp. 10-11.

de la de otros miembros del *entourage* francés de monarca.<sup>1476</sup> Ahora bien, ello no era óbice para que la princesa considerase que la nueva dinastía no podía prescindir abiertamente del apoyo, simbólico más que fáctico, de la Grandeza. Como tampoco para que estimase, y esto era un rasgo que la camarera mayor compartía con Orry, que entre la alta aristocracia, la nobleza media o la burocracia hispanas no existiesen ciertos sujetos que por su experiencia, valía o situación en el seno de las redes de poder clientelar ya vertebradas en la corte y el gobierno madrileños, podían servir con fidelidad y utilidad al monarca. Tales planteamientos, que Ursinos sintetizó en su voluntad de «ramener [a los Grandes] au bon party», serían posteriormente objeto de explicaciones más amplias por parte de la dama, según veremos en los capítulos siguientes. Por el momento señalaremos que, a nuestro modo de ver, influyeron en la percepción de la camarera mayor sobre la *praxis* de gobierno, el ceremonial o las relaciones de los reyes con la Grandeza<sup>1477</sup>, así como en su voluntad por preconizar una política basada en las “apariencias” y el respeto, no menos aparente, hacia las tradiciones áulicas y gubernamentales de la Monarquía Hispánica. *Sensu stricto* no se trataba de una opción continuista al estilo de la defendida por Portocarrero, sino más bien de una alternativa capaz de redundar en la aceptación de la nueva dinastía por parte de las elites locales. Con ello tampoco queremos decir que la visión de Ursinos no fuese parcial, un tanto oportunista y circunstancial, es decir, susceptible de variar en función del tiempo y la coyuntura, pero conviene poner en tela de juicio que la deslealtad a Francia, o la francofobia, determinaran las relaciones de la princesa con la alta aristocracia hispana, al igual que su proceder tras el estallido de la crisis. Por el contrario, parece que Ursinos esperaba de D’Estrées que continuase la labor de “apaciguamiento” de la Grandeza que había iniciado durante la gobernación de la reina.<sup>1478</sup>

El último de los aspectos abordados por la princesa en sus primeras misivas a Versalles concernía a la naturaleza de sus vínculos con los reyes. Al igual que hacia al refutar la acusación anterior, la dama remitía a su irreprochable trayectoria en el

---

<sup>1476</sup> Véanse por ejemplo las misivas de Ursinos a Torcy. Madrid, 19 de agosto; 3 de noviembre de 1702; *Ibid.*, II, pp. 79-89 y 125.

<sup>1477</sup> Que según Pucci la camarera mayor alentaba por medio de encuentros de carácter privado entre Felipe V y algunos Grandes cuyo nombre no cita. Pucci al gobierno florentino. Madrid, 9 de febrero de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991.

<sup>1478</sup> «Tout me paroît présentement plus tranquille, et j’espère que M. le cardinal d’Estrées achèvera, par son habileté de ramener les Grands, en faisant encore mieux valoir les raisons dont je me suis servie pour leur ôter leur défiance.» Ursinos a Torcy. Madrid, 10 de enero de 1703, recogida en L. TR., III, p. 4.

pasado: «Je comprends avec peine que l'on puisse m'accuser de vouloir gouverner le Roi par le moyen de la Reine -escribió-, quand tout le monde me rend justice sur mon désintéressement et qu'on ne peut pas dire que j'aie fait faire aucune grâce à qui que ce soit pendant que la Reine a été régente (...). *Je prends la liberté de demander à V[ôtre] M[ajesté] si ma conduite passée peut faire craindre que je fasse un mauvais usage de la confiance du Roi Catholique.*»<sup>1479</sup> La princesa admitía gozar de la confianza de los reyes, pero ponderaba de nuevo lo favorable de esta circunstancia para las relaciones francoespañolas. Solo “ministros movidos por intereses particulares”, añadía en lo que constituía una acusación en toda regla dirigida contra los D'Estrées, podían encontrar censurable esta situación. Por su parte ella había procurado fomentar la fluidez en las relaciones de los reyes con el nuevo embajador: «*Des ministres qui n'auroient point de vue particulière, ne devoient-ils pas bien plutost travailler à me la faire acquérir?* Leurs Majestés, et la Reine principalement, me feront l'honneur de rendre témoignage de tout ce que je leur ai dit d'avantageux en faveur du Card[inal] d'Estrées.»<sup>1480</sup>

Visto lo sucedido *a posteriori* parece evidente que la última afirmación de Ursinos suponía una palmaria exageración. Empero, conviene rendir justicia a la princesa en algunos puntos. En efecto, a excepción de la nominación de D'Aubigny como caballero de la reina, nadie puede acusar a la camarera mayor de intervenir de forma unilateral, esto es sin la autorización expresa del gabinete galo, en la distribución de mercedes durante la gobernación de María Luisa de Saboya, etapa en la que su actividad estuvo dedicada más a la toma de contacto con los principales ministros y cortesanos españoles que al desarrollo de una activa política de patronazgo amparada en el favor de la consorte. Dicho esto, lo que Ursinos no parecía comprender, o pasaba por alto deliberadamente, era que lo censurado a la sazón no era su conducta pasada sino las iniciativas de carácter político-cortesano que había alentado desde enero de 1703, y acerca de las cuales no siempre fue capaz de otorgar explicaciones concluyentes. Conviene tener presente este factor porque, al basar sus argumentos y justificaciones en buena medida en su trayectoria anterior, la princesa restó credibilidad “inmediata” a sus alegatos ante Versalles.

\*\*\*\*\*

---

<sup>1479</sup> Ursinos a Luis XIV. Madrid, 21 de enero de 1703, *Ibid.*, p. 10.

<sup>1480</sup> *Ibidem*.

La crisis del Despacho estalló inmediatamente después del regreso de Felipe V a Madrid tras la jornada italiana e inauguró un periodo de inestabilidad en las relaciones francoespañolas que se extendió hasta 1705. La salida de Portocarrero del gabinete, junto a la no menos polémica decisión del monarca de “gobernar en solitario” con Rivas y prescindir del Despacho según la forma que había tenido desde 1701, precipitaron la quiebra del frágil equilibrio que hasta la fecha había presidido la corte y el gobierno españoles. Como muy bien vieron en su día Millot, Coxe y Baudrillart, o más recientemente Bernardo Ares, la crisis no supuso sino la cristalización de toda una serie de procesos paralelos que venían de tiempo atrás y que debemos relacionar, desde una perspectiva general, con el contexto de cambio dinástico que afrontaba a la sazón la Monarquía; y, en particular, con diferentes factores de carácter socio-político tales como la dinámica de poder que caracterizaba al recién inaugurado eje Versalles-Madrid; el calado de las reformas alentadas por Francia en la administración y la corte españolas (*verbigracia* el arrinconamiento del sistema polisinodial y la instauración del Despacho, la entrada del embajador francés en el mismo, la reiterada vulneración del ceremonial...); las dificultades de convivencia entre las comunidades francesa y española en la corte; o las rivalidades intestinas que, con anterioridad a 1703, habían comenzado a dividir al *entourage* francés de Felipe V, entre otros aspectos. Así, si bien las actitudes de los principales protagonistas de la crisis determinaron en buena medida la evolución de la situación inmediatamente después de su estallido, no es menos cierto que el comportamiento de todos ellos en esta coyuntura estuvo influenciado también por los procesos y problemas “heredados” que acabamos de referir, que las decisiones tomadas por Portocarrero, D’Estrées, Felipe V y Ursinos pusieron irremediabilmente sobre el tapete.

A lo largo de este capítulo hemos evitado otorgar una explicación a la crisis basada en las ambiciones de sus protagonistas (tópico muy extendido a la hora de valorar la conducta de Ursinos), o en su inadecuación para ejercer los cargos que ostentaban a la sazón (lo que sería atribuible al cardenal D’Estrées). Aunque ambos factores tuvieron su impacto y pueden ayudarnos a discernir en parte la evolución de los sucesos posteriores al regreso de Felipe V a Madrid, creemos que otorgan una repuesta parcial tanto a la crisis misma como a las circunstancias que desembocaron en un periodo de tal inestabilidad para el eje Versalles-Madrid. A nuestro modo de ver tras la crisis del Despacho subyacía, de entrada, una percepción radicalmente opuesta

por parte de los actores políticos que intervinieron en ella, de las cuestiones fundamentales alrededor de las que habían girado las relaciones francoespañolas desde noviembre de 1700. Para la princesa, como para los D'Estrées y Louville, la primacía de Francia sobre la Monarquía Hispánica era indiscutible, como también la necesidad de que la primera interviniese en la política interior y exterior de la segunda. Dicho esto, los medios a través de los que Francia había de imponer su influjo sobre la corte y el gobierno madrileños eran objeto de opiniones muy diferentes pero, en último término, coherentes con la trayectoria que cada uno de estos personajes había desarrollado o estaba llamado a desarrollar en Madrid. Por ejemplo, el *modus operandi* de los D'Estrées estaba inspirado en las instrucciones que el cardenal recibió de Luis XIV, así como en la defensa del papel y las atribuciones que estas les adjudicaban (sobre todo al cardenal en tanto que embajador francés) en la escena político-cortesana española. Por el contrario, la visión que la princesa albergaba de la situación del eje Versalles-Madrid estaba determinada tanto por la experiencia como por su conocimiento *in situ* de la situación, merced a su relación con Orry y a los contactos que había mantenido con ciertos Grandes y burócratas españoles que ejercían de “informadores” de la dama y colaboraban con el financiero. En cuanto a Louville, el último de los protagonistas de la crisis, su percepción de la situación se enraizaba también en la experiencia, a semejanza de la camarera mayor, pero en su caso esta estaba dominada por la inestabilidad de sus tratos con las elites locales, la situación de semidesgracia que vivía a la sazón y por una visión de las relaciones francoespañolas más próxima a lo que estas fueron en los primeros meses de 1701 que al modo en que habían evolucionado a comienzos de 1703.

Otra cuestión diferente sería lo acertado o desacertado, lo prudente o imprudente, de la adopción de las disposiciones propuestas y defendidas por estos actores políticos; la legitimidad e ilegitimidad que revistieron sus iniciativas, concretamente las de Ursinos; y el efecto que tuvieron en Versalles las respectivas misivas de todos ellos. Por lo que concierne al primer aspecto podemos tildar de radicales las soluciones de Louville a la crisis (de hecho algunas de ellas como la destitución de la camarera mayor o la detención de Medinaceli y otros Grandes fueron pasadas por alto allende los Pirineos) y de exagerados los juicios de los D'Estrées sobre algunos puntos, por ejemplo en lo que atañía a la lealtad de Ursinos a Francia. Empero, esta parcialidad no es privativa de los D'Estrées y Louville. En este capítulo hemos

incidido más en la versión de la princesa sobre los hechos, que consideramos la menos divulgada por la historiografía, pero el análisis de la correspondencia de la dama revela también una visión de la situación claramente oportunista, circunstancial (lo que veremos a lo largo de 1703) y susceptible de ser refutada. Así, por muy convincentes que pudieran parecer *a priori* los argumentos de la camarera mayor en defensa del respeto (aparente) a las tradiciones gubernamentales y al ceremonial habsbúrgico, resulta difícil creer que tal *modus operandi* hubiera puesto coto a largo plazo a la francofobia y al descontento reinante en la corte madrileña. Tal vez podía ser posible que apaciguara ambos sentimientos temporalmente. Ahora bien, ¿cabe pensar que las elites españolas no tardarían en ser conscientes de que D'Estrées, u otro embajador francés, gobernaba en la práctica “per canali segreti”? Desde estas perspectivas, aunque coherente, la concepción que albergaban de las relaciones francoespañolas tanto los D'Estrées y Louville como la propia princesa, al igual que de los hechos que desencadenaron y radicalizaron la crisis del Despacho, distaba de ser objetiva. Empero, ello no es algo que deba achacarse únicamente a la “manipuladora” Ursinos, sino también al resto de los protagonistas de los sucesos de enero de 1703.

En segundo lugar es innegable que la princesa se excedió en sus atribuciones tras el regreso de Felipe V de la jornada italiana. Pese a su creciente proyección en la escena política, y a pesar de lo acertado de su proceder durante la gobernación de María Luisa de Saboya, como así lo estimó Torcy, Versalles estaba lejos de autorizar el desarrollo unilateral de cualquier iniciativa de carácter político por parte de Ursinos; tanto más si afectaba de lleno a uno de los ejes principales de las relaciones francoespañolas, como era la entrada del embajador de Francia en el Despacho. El gabinete galo esperaba de la princesa que colaborase con el embajador francés; que pusiese su experiencia e influjo sobre los reyes al servicio del cardenal d'Estrées con el fin de facilitar el desarrollo de las instrucciones que el diplomático había recibido. En sentido estricto la camarera mayor carecía de autoridad para promover una alteración en la *praxis* de gobierno de tal magnitud, sobre todo sin consultar previamente a Luis XIV. Formalmente Ursinos no participaba en la toma de decisiones; podía ser consultada a nivel oficioso sobre determinadas cuestiones, expresar su opinión acerca de ellas e informar a Versalles sobre el estado de la hacienda, la administración y la corte. Ahora bien, quienes estaban llamados a ejercer el poder por delegación del rey de Francia en Madrid eran los embajadores galos a través de su participación directa

en el gobierno. Vista desde esta perspectiva la intervención de la princesa en la crisis era del todo punto ilegítima. Tal vez por ello la dama encontró tantas dificultades para justificar sus acciones, como demuestran algunos de los vacíos y medias respuestas que detectamos en su correspondencia, que, según veremos en los capítulos siguientes, no convencieron a sus interlocutores y restaron credibilidad al conjunto de sus alegatos.

Por último el carácter antagónico de los planteamientos de D'Estrées y Ursinos favoreció la polarización de la corte madrileña en dos grandes grupos cuya rivalidad repercutiría a la larga sobre la capacidad ejecutiva del Despacho. Si bien es difícil asegurar que la concordia en el seno del *entourage* galo en Madrid se hubiera mantenido por largo tiempo, lo cierto es que la crisis tuvo efectos desastrosos para la cohesión del *lobby* francés en la capital. En consecuencia, Versalles debió lidiar no solo ya con la inestable situación del gobierno hispano sino también con la pública enemistad que se profesaban los principales franceses al servicio de Luis XIV en Madrid, de quienes en un principio se esperaba una conducta ejemplar. Por otra parte la interpretación radicalmente opuesta que los D'Estrées, Louville y Ursinos otogaron a la crisis, sus causas y consecuencias, dificultó que el gabinete galo pudiera aportar una respuesta concluyente a los sucesos posteriores a enero de 1703; o que tal respuesta fuera capaz de satisfacer, aunque fuera parcialmente, a los principales actores que intervinieron en su desarrollo.

## INTERVENCIÓN Y OPOSICIÓN: LA REINA ANTE LA CRISIS DEL DESPACHO

“-Tenéis razón -aquí suspirando Critilo- que ya los hombres son menos que mugeres (...). Nunca más estimadas que hoy: todo lo pueden y todo lo pierden (...).

”-Según esso -dixo Andrenio-, ¿el hombre no es el rey del mundo sino el esclavo de la muger?

”-Mirad -respondió el Quirón-, él es el rey natural, sino que ha hecho a la muger su valido, que es lo mismo que dezir que ella lo puede todo (...).”<sup>1481</sup>

El estallido de la crisis del Despacho supuso un antes y un después en el proceso de adaptación de María Luisa de Saboya a la corte madrileña. Si con anterioridad a enero de 1703 el comportamiento de la reina había estado en concordancia con el patrón de conducta alentado desde Versalles para la consorte de Felipe V, puesto en práctica *in situ* merced a los buenos oficios de Ursinos, en adelante la soberana pareció distanciarse de este modelo. En este sentido no puede negarse que la embajada del cardenal d'Estrées principió una nueva etapa en el ejercicio del poder por parte de María Luisa de Saboya, como tampoco que implicó una mayor proyección de la reina en la escena política, si bien desde una perspectiva más privada e informal en comparación con su anterior condición de gobernadora. Igualmente, este periodo manifiesta una mayor seguridad de la consorte en lo concerniente a la posición que ocupaba en el seno de la pareja real. Así, frente a las constricciones que el incidente de Figueras impuso en su conducta, todo parece indicar que tras el regreso del rey de la jornada italiana María Luisa de Saboya se sintió lo suficientemente segura como para aconsejar libremente al monarca en materia de gobierno y, lo que resultaba más importante si cabe, contradecir las instrucciones de Versalles en cuanto a la forma y composición del gabinete hispano.

El posicionamiento adoptado por la reina en esta coyuntura, la protección que tributó a la camarera mayor en su rivalidad con el embajador francés y su propia hostilidad a este último, que fue *in crescendo* con el paso de las semanas, fueron objeto de todo tipo de rumores y especulaciones a uno y otro lado de los Pirineos. Ello remite a otra cuestión que debe tomarse también en consideración a la hora de estudiar el papel que la soberana jugó durante la crisis del Despacho: el progresivo desprestigio de su imagen ante Versalles durante los primeros meses de 1703, consecuencia de los testimonios de los D'Estrées y Louville en cuanto a su parcialidad hacia Francia, su

---

<sup>1481</sup> BALTASAR GRACÍAN: *El Criticón*. Edición de Santos Alonso. Madrid, edic. de 2004, p. 135.



ascendiente sobre Felipe V y la naturaleza de su relación con la camarera mayor, entre otros aspectos.

Este capítulo pretende analizar la participación de María Luisa de Saboya tanto en los hechos que precipitaron la crisis del Despacho, como en los acontecimientos que sucedieron a su estallido.

### **Antecedentes. Intervención *versus* coerción (mayo de 1702-enero de 1703).**

La dimensión del papel jugado por María Luisa de Saboya durante la crisis del Despacho no puede interpretarse en su totalidad sin aludir, al igual que hicimos al analizar otros aspectos de dicha crisis, a la imagen de la reina en los meses que precedieron a los sucesos de enero de 1703. Dos testimonios concitarán nuestra atención a continuación, divergentes en ciertas partes de su contenido pero coincidentes en cuanto a la potencialidad del ascendiente de la soberana sobre Felipe V y, a un más amplio espectro, sobre la toma de decisiones. Son los del marqués de Louville y el recién nombrado embajador francés en Madrid, el cardenal d'Estrées. La correspondencia del primero, pese a la parcialidad de ciertas de sus opiniones, tiene un alto grado de interés para nosotros por tres razones: en primer lugar porque reconoce de manera explícita la capacidad de maniobra de María Luisa de Saboya en tanto que esposa de un monarca dotado de la personalidad de Felipe V; problemática que Louville no entiende a la sazón como una probabilidad sino como un hecho consumado ante el que, en consecuencia, propone toda una serie de soluciones cuyo fin último es menoscabar el incipiente influjo de la consorte. En segundo lugar el testimonio del marqués durante la jornada italiana prefigura un perfil de la soberana que nos permite comprender los juicios que este realizó más adelante acerca de ella. En este sentido, para Louville, la crisis del Despacho no hizo sino confirmar las sospechas que albergaba desde tiempo atrás respecto a las “ambiciones” de María Luisa, cultivadas y alentadas a su entender por la camarera mayor. En tercer y último lugar el testimonio del marqués puede relacionarse también con las características que revestían la instalación y el posterior proceso de adaptación de una soberana extranjera a la corte de adopción. Así, el contenido de las misivas de Louville revela la complejidad inherente a tales situaciones, además de las dificultades y suspicacias que debían afrontar las princesas ante diversas situaciones derivadas de las dos circunstancias mencionadas más arriba (a saber la integración de la consorte en las redes clientelares

vertebradas en el espacio áulico en el que ingresaba; el carácter de sus relaciones, en el caso de María Luisa de Saboya, con ministros y cortesanos destacados a uno y otro lado de los Pirineos; la naturaleza y evolución de sus vínculos con el monarca o la posibilidad de que dichos vínculos permitieran a la reina participar en la toma de decisiones desde una perspectiva informal).

Al igual que sucedió con la princesa de los Ursinos, existía un cierto grado de tensión en las relaciones de Louville con la reina antes del estallido de la crisis del Despacho. Dos episodios, ocurridos mientras Felipe V permanecía en Italia, nos ayudarán a comprender el origen de la rivalidad entre la soberana y el jefe de la “familia francesa” del monarca. El primero es el conocido como asunto del *fauteil* del duque de Saboya; el segundo concierne a la hipotética participación de María Luisa en la breve desgracia del marqués a mediados de 1702. Por lo que se refiere al primer suceso en cuestión, eludiremos la narración pormenorizada de la entrevista de Alessandria que tuvo lugar entre el duque de Saboya y Felipe V mientras este permanecía en Lombardía.<sup>1482</sup> Sí que señalaremos, por el contrario, que la negativa de las autoridades españolas a conceder un *fauteil*, símbolo de la dignidad soberana a la que aspiraba la Casa de Saboya, a Víctor Amadeo II durante su encuentro con el Rey Católico sería interpretada por la corte de Turín como una afrenta pública cuya iniciativa fue atribuida a Louville. Presto a justificarse de las acusaciones que se le imputaban, el marqués adujo en su defensa las características del ceremonial español (que imposibilitaban la concesión del pretendido sillón al duque)<sup>1483</sup>, al tiempo que culpó a Marcin y Phélypeaux de alentar las aspiraciones de Víctor Amadeo II a dignidades que por derecho no le correspondían.<sup>1484</sup> En cualquier caso, lo que nos gustaría subrayar aquí es la relación que Louville estableció entre el citado episodio, su propia desgracia y la intervención de la reina en la misma.

Según previó el marqués el asunto del *fauteil* había de acarrearle la animadversión de María Luisa de Saboya, cuyo orgullo dinástico se habría visto herido a consecuencia de la descortesía con la que su padre había sido tratado en Alessandria: «L'affaire du fauteil de M[onsieur] de Savoie (...) -anunció a Torcy- portera sur moi,

---

<sup>1482</sup> Un relato completo de la misma, así como de las circunstancias que provocaron el conocido como el asunto de *fauteil* del duque de Saboya se encuentra en SSBL, X, pp. 171-175.

<sup>1483</sup> Obsérvese la ambivalencia con que el *entourage* francés de Felipe V entendía el ceremonial español, objeto de censura y reforma en la corte madrileña, pero defendido a ultranza en determinadas circunstancias más allá de los muros del Real Alcázar.

<sup>1484</sup> Louville a la duquesa de Beauvilliers. [Milán], 15 de septiembre de 1702, recogida SSBL, X, p. 442.

et la reine m'en saura peut-être mauvaise gré. C'est mon sorte de me trouver en butte aux Saboyards.»<sup>1485</sup> Con el paso de los meses Louville desgranó en su correspondencia ciertos indicios que a su entender corroboraban su caída en desgracia ante la consorte: tales como el silencio de la soberana a sus misivas; el impago de los gajes de los miembros de la *Maison française*, de la que el marqués era jefe y cuya satisfacción correspondía a María Luisa en calidad de gobernadora<sup>1486</sup>; o la implicación de la reina en uno de los hechos que más contribuyeron a malquistar a Louville con Luis XIV: su ya mencionada intervención en la redacción de la correspondencia de Felipe V: «Joignez à cela que, si l'on a écrit de Madrid, comme vous m'avez fait l'honneur de me le mander, que je dictois les lettres du roi (...) *ce ne peut être que la reine qui l'ait écrit, ou quelqu'un de sa part.*»<sup>1487</sup> Para esas fechas el marqués entendía su posible destitución como una circunstancia que no solo afectaría a la continuidad en España de otros franceses al servicio del Rey Católico (Daubenton por ejemplo), sino que también alteraría la relación de los monarcas, y en particular de la reina, con los cortesanos y ministros españoles que les rodeaban: «(...) les Espagnols, qui seroient ravis de m'ôter auprès du roi (...) ont cru avoir trouvé le moment favorable de se défaire de tous les François qui les incommodoient (...) et songer après cela uniquement à gagner la reine (...).»<sup>1488</sup> Según había podido saber, añadió, María Luisa actuaba a instancias del duque de Saboya, deseoso de vengar la afrenta recibida en Alessandria, quien habría convencido a su hija de que el marqués siempre sería para ella un “rival” en sus relaciones con el monarca: «(...) M[onsieur] de Savoie étoit fort aigri contre moi pour l'affaire du fauteuil (...), mais que je ne serois pas longtemps sans m'en repentir, et qu'il [alude a Phélypeaux] savoit de bonne part, et par la France, et par l'Espagne, qu'il y avoit de bonne mesures prises pour m'éloigner incessamment, tant auprès de la reine

---

<sup>1485</sup> Louville a Torcy. Milán, ca. 20 de junio de 1702. Cuando se refiere a los «saboyards», el marqués alude también a la escasa simpatía que le profesaba la duquesa de Borgoña, recogida en *Ibid.*, X, p. 439.

<sup>1486</sup> Louville al duque de Beauvilliers. Milán, 12 de octubre de 1702, recogida en *Ibid.*, X, p. 446. «Je suis même déjà aperçu de la mauvaise volonté de la reine par deux endroits: l'un, qu'étant très honnête pour tout le monde, gracieuse et d'une affabilité extraordinaire, et étant à merveille avec elle lorsque je suis parti de Barcelone, il n'est pas naturel que, m'ayant ordonné de lui écrire régulièrement, et moi l'ayant fait, elle n'ait jamais mandé au roi une seule fois qu'elle ait été contente de mes lettres et de ma régularité, ni ne 'a jamais fait dire seulement par Mme. des Ursins qu'elle les avoit reçues et que je continuasse, ce qui n'est point de son caractère, car elle remercie jusqu'à dernier valet qui lui fait le moindre plaisir et lui dit des choses obligeantes. Et l'autre endroit, qui est tout aussi remarquable, est que, depuis que nous sommes en campagne et qu'elle est à la tête du gouvernement, elle n'a pas fait donner un sol à la maison française, ni ici, ni à ceux qui sont à Madrid, quelque chose que le roi ait pu lui écrire de sa propre main en la lui recommandant fortement (...).»

<sup>1487</sup> *Ibidem.*

<sup>1488</sup> *Ibid.*, X, p. 445.

que de M[ada]me des Ursins, et qu'on avoit déjà fait entendre à la reine que j'étois un espèce de rival pour elle dans la confiance du roi (...).» Solo deshaciéndose de él, concluía Louville, María Luisa podría disfrutar de “plena autoridad” sobre Felipe V, lo que no podría suceder mientras *él* gobernase al soberano.<sup>1489</sup> Desde estas perspectivas el marqués cifraba su continuidad en España en los aspectos más negativos de la potencialidad del ascendiente de María Luisa de Saboya sobre el Rey Católico. Resulta difícil discernir cuánto de cierto había en las afirmaciones del Louville respecto a la hostilidad que le demostraba la reina, así como en la participación de esta en las intrigas mencionadas.<sup>1490</sup> Ahora bien, lo que sí parece evidente es el interés del marqués por desvirtuar la imagen de la soberana en su propio beneficio. A los relatos que circularon allende los Pirineos acerca del comportamiento ejemplar demostrado por María Luisa de Saboya durante su gobernación (y del que recuérdese no se hacía eco únicamente la princesa de los Ursinos sino también otros personajes que podríamos considerar más imparciales en esas fechas: Orry, Blécourt, Ambrose Daubenton...), Louville contraponía un perfil de la reina más próximo al que el incidente de Figueras conformó de ella y que se basaba en tres aspectos fundamentales: a) la negativa concepción del marqués acerca de la influencia femenina sobre el ámbito político-cortesano (en el caso de María Luisa se trata de una influencia que se enraizaba en el ascendiente que ejercía sobre un monarca carente de carácter, voluble e influenciabile); b) las sospechas ante los orígenes dinásticos de la reina, sobre la que recaían los celos de Versalles y el *entourage* francés en Madrid hacia las ambiciones de Víctor Amadeo II y su compromiso con la alianza borbónica establecida en 1701 y c) ligado a este último aspecto, la desconfianza del marqués ante la posibilidad de que María Luisa pueda llegar a desarrollar un ejercicio pleno del poder informal (reflejado sobre ámbitos como la corte, la administración y la diplomacia).

Las tres circunstancias mencionadas, sumadas a los riesgos que implícitamente conllevaban, avalaban por lo tanto la necesidad de que Louville continuase al servicio

---

<sup>1489</sup> Louville al duque de Beauvilliers. Milán, 12 de octubre de 1702, recogida en SSBL, X, pp. 445-446.

<sup>1490</sup> La única referencia en este sentido que hemos localizado se encuentra en la correspondencia de Operti. Según informó el diplomático a Turín a finales de octubre de 1702, la soberana, enterada de lo sucedido durante la entrevista de Alessandria, se habría propuesto escribir a Torcy con el fin de solicitar “qualche maggior distintione” para los enviados saboyanos en la corte de Madrid. A la postre fue el propio Operti quien instó a María Luisa abandonar sus propósitos. Previamente el Secretario de Asuntos Exteriores francés había aprobado en una misiva al comendador el ceremonial seguido por la corte española en el encuentro entre Felipe V y Víctor Amadeo II, lo que daba a entender que Versalles juzgaba inapropiadas las hipotéticas aspiraciones del duque de Saboya a otro tratamiento que el recibido. Operti al marqués de Saint-Thomas. Madrid, 25 de octubre de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

de Felipe V. De la misma manera que la soberana contaba con Ursinos para su instrucción, el Rey Católico debía poseer un mentor<sup>1491</sup> que había de imbuirle la firmeza necesaria ante los posibles artificios de su consorte y las tendencias francófonas de ciertos cortesanos y ministros hispanos. Vista así, la correspondencia del marqués prefiguraba un esquema tripartito de poder e influencias en el *entourage* del rey de España, en el que el propio Louville, el nuevo embajador francés y la camarera mayor compartían protagonismo y habían de ser los garantes de la estabilidad del gobierno, la corte madrileña y, a un más amplio espectro, las relaciones en el eje Versalles-Madrid. Antes de instalarse de nuevo en la capital, y con vistas a consolidar su posición en el seno de este “triunvirato”, el marqués solicitó la intercesión de Torcy ante la princesa de los Ursinos y el duque de Borgoña, quienes debían favorecer su “reconciliación” con la reina. Ahora bien, al tiempo que imploraba la mediación del secretario de Asuntos Exteriores, Louville no dejaba de prevenir a Felipe V en contra de las intrigas que la consorte y la camarera mayor podían alentar con el fin de obtener su destitución. Un aspecto este último que constituye un indicio bastante elocuente de lo artificioso de la relación del marqués con ambas mujeres: «J’ai l’ai mis [a Felipe V] fortement en garde contre la reine à cet égard [se refiere a su posible destierro de Madrid] et même contre M[ada]me des Ursins, et il m’a promis de faire de merveille. (...)»<sup>1492</sup>

En otro orden de cosas la correspondencia de Louville resulta también de interés para conocer la evolución producida en la imagen de María Luisa de Saboya al otro lado de los Pirineos. No se trata aquí de incidir en la subjetividad que caracterizaba al género epistolar en la Edad Moderna, algo que resulta obvio, sino más bien en poner de relieve cómo los juicios del marqués acerca de la reina conformaron un perfil de la soberana más complejo de lo que *a priori* podría parecer. Las informaciones de Louville respecto a las ambiciones de María Luisa, su incipiente francofobia y su carácter tiránico fueron simultáneas en el tiempo a los despachos remitidos desde Madrid relativos a la conducta “ejemplar” de la gobernadora. El cariz opuesto de ambos retratos desvirtuó, en consecuencia, la percepción que sobre la soberana albergaban algunos de los ministros del gobierno francés, por ejemplo Beauvilliers y Torcy, además de favorecer la difusión de una corriente de opinión en el seno del gabinete de Versalles sustentada en los aspectos más negativos de la imagen

<sup>1491</sup> Según define a Louville LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V...*, p. 117, si bien el autor añade a la palabra “mentor” la de “espía”.

<sup>1492</sup> Louville al duque de Beauvilliers. Milán, 12 de octubre de 1702, recogida en SSBL, X, pp. 449-450.

de la consorte, que los despachos de los D'Estrées corroboraron más adelante. Así, al igual que sucedió en el caso del marqués, la crisis del Despacho pareció confirmar las sospechas que estos sujetos albergaban desde hacía meses hacia María Luisa de Saboya. Por otra parte, las impresiones de Louville durante la jornada italiana tuvieron un doble efecto. En primer lugar restaron credibilidad a los posteriores alegatos de la reina en relación al estado de la corte española a lo largo de 1703, al emanar de una muchacha dispuesta a imponer su voluntad y aliada con la no menos sospechosa camarera mayor. En segundo lugar influyeron a largo plazo en las decisiones tomadas por Versalles con respecto a la situación de la consorte en el seno de la pareja real y al papel que había de desempeñar en la toma de decisiones.

Aunque profundizaremos en ambos factores más adelante, la respuesta de los Beauvilliers y Torcy a las cartas de Louville nos permite apreciar el impacto inmediato que tuvieron las informaciones de este último en la opinión que la reina les suscitaba. Para ambos ministros, y a despecho de los informes de contenido diferente a los que hemos hecho mención en este trabajo, entre ellos los del embajador Marcin, María Luisa de Saboya se había convertido en una muchacha dispuesta a imponer su ascendiente sobre Felipe V, celosa de su influjo sobre el monarca y favorable a la expulsión de España de los principales franceses al servicio del rey, comenzando por el propio Louville. En razón de ello recomendaron al marqués que se mantuviese alejado de la “primera línea” de la escena político-cortesana y que evitase toda manifestación evidente del ascendiente que ejercía sobre el Rey Católico. A un más amplio espectro, bajo los consejos de ambos subyacía el cambio producido en las respectivas posiciones de Louville, la reina y la princesa. A lo largo de 1702 estas últimas parecían haber reforzado su influencia y prestigio no solo ante la corte española sino también allende los Pirineos.<sup>1493</sup> Si con anterioridad el marqués había actuado con relativa libertad en lo sucesivo, le advirtieron, habría de reducir su proyección en el *entourage* regio y adoptar una posición supeditada, de clara dependencia, respecto a la consorte y la camarera mayor: «M[onsieu]r de Torcy, M[ada]me la duchesse de Beauvilliers et nous écrivons chacun séparément à M[ada]me des Ursins pour vos intérêts, d'une manière

---

<sup>1493</sup> «Je vois qu'un mot de la reyne d'Espagne à M[adam]e la duchesse de Bourgogne ou de M[onsieur] le cardinal d'Estrées au Roy ou de M[adam]e des Ursins à Madame de Maintenon vous feroit rappeler, et je suis persuadé qu'en ce cas je ne saurois la chose qu'après qu'elle seroit faite. Ainsi, je n'en saurois vous avertir comme vous le désirez (...). Si vous parvenez à les avoir favorables [se refiere a la reina, D'Estrées y la princesa], tout ce qui vous es contraire en ce pays-cy ne réussira à rien contre vous (...).» Duque de Beauvilliers a Louville. [S. l., n. d.], noviembre de 1702, cit. por LIZERAND, G.: *Le Duc de Beauvilliers...*, pp. 522-523.

qui ne vous affoibloit point à son égard, *mais cependant nous rendons cautions que vous vous conduirez en tout par elle et vous conformerez aux intentions de la reine d'Espagne.*»<sup>1494</sup>

Más explícita si cabe se mostraba la duquesa de Beauvilliers a este respecto: «*Agissez de concert avec la petite reine, et ne lui montrez que le moins de pouvoir que vous pourrez; car, à quelque sauce que vous le mettiez, quand ce seroit à présent pour faire réussir ce qu'elle souhaite, cela s'empoisonnera par la suite dans son esprit, et elle cherchera à détruire ce qui lui aura été utile. Tenez-vous vis-à-vis madame des Ursins dans un sorte de dépendance (...).*»<sup>1495</sup>

Conocido es que Louville ignoró buena parte de los consejos que le ofrecieron. Ciertamente, para un hombre de su carácter, que disfrutó en su día de un crédito notable ante las cortes de Madrid y Versalles y cuyo testimonio contribuyó a orientar las relaciones entre las Dos Coronas tras el advenimiento al trono de Felipe V, no debió ser fácil asumir la posición supeditada que la coyuntura le imponía a comienzos de 1703. Tanto más cuando estaba convencido de la legitimidad de sus opiniones, que continuó defendiendo con la vehemencia que era habitual en él. Conviene tener presente la conciencia de Louville en cuanto a la vulnerabilidad de su situación porque esta circunstancia dictó en buena medida su comportamiento hasta su definitiva salida de España a finales de ese año, al tiempo que contribuye a explicar la inestable relación que mantendría con la soberana y la princesa por estas fechas. En contrapartida, en el mismo periodo estas últimas reforzaron su potencial influencia sobre la toma de decisiones. Empero, esta afirmación no debe llevarnos a engaño. El creciente ascendiente de la reina y la camarera mayor no dejaba de suscitar cierta suspicacia según hemos visto; no en vano, principiaba un cambio en el equilibrio de poderes que había presidido el *entourage* más próximo a Felipe V desde noviembre de 1700 y aparejaba unas expectativas, así como unas consecuencias, que la crisis del Despacho solo permitió entender en un primer momento bajo los tintes más negativos.

El segundo testimonio al que aludimos al principio de este epígrafe emana igualmente de la pluma de Louville pero se refiere al cardenal d'Estrées y a sus intenciones con respecto a la consorte. Concretamente, en una misiva dirigida a los duques de Beauvilliers «seuls», lo que significaba que su contenido no debía ser conocido por otros miembros del gabinete francés, el marqués abordaba la proyección

---

<sup>1494</sup> *Ibidem*. La cursiva es nuestra.

<sup>1495</sup> La duquesa de Beauvilliers a Louville. [S. l.], 11 de noviembre de 1702, recogida en LOUVILLE, I, pp. 348-349. La cursiva es nuestra.

de María Luisa de Saboya en la escena política tras el fin de la jornada italiana del Rey Católico:

«A propos des lettres, je suis très embarrassé de la manière dont je me conduirai à Madrid; car je ne vous ai jamais mandé que M[onsieur] de Torcy a écrit à S[à] M[ajesté] Catholique, par ordre du Roi, qu'il étoit honteux qu'on me fît faire ses lettres, et, le roi lui ayant écrit depuis qu'il y avoit des lettres qu'il ne pouvoit pas faire sans secours, on ne lui a rien répondu: de sorte que, comme le mauvais office, qui, au lieu de tourner sur moi, devoit me faire honneur, est apparemment venu de Madrid, je ne sais ce qu'il en arrivera, lorsqu'on me verra faire la même chose. J'en ai parlé à M[onsieur] le cardinal [d'Estrées], qui m'a dit que je devois toujours continuer jusques à Madrid, *que la reine feroit ses lettres*: ce qui ne laissera pas d'être assez plaisant. *Il m'a dit aussi qu'il falloit que la reine fût au Despacho. Cela m'a surpris, car je vous assure qu'il n'y a rien de plus convenable pour désaccréditer le roi et le déshonorer; mais vous croyez bien que je ne m'y opposerai pas (...).*»<sup>1496</sup>

El contenido de la carta de Louville daba cuenta, en primer lugar, de la palmaria incapacidad de Felipe V para ejercer de manera autónoma sus funciones gubernamentales, hasta el punto de requerir el auxilio de terceros para la redacción de las misivas e informes más complejos. Esta imagen poco favorecedora del rey contrastaba con la de su consorte, quien a despecho de su juventud era juzgada como una persona indudablemente más competente, susceptible de asistir al rey en la *praxis* de gobierno. En segundo lugar las propuestas de D'Estrées en relación a la soberana son susceptibles de diferentes lecturas. Por una parte suponían una manifestación elocuente de la potencialidad de la reina en el seno de la pareja real y la institución monárquica. La inexperiencia del soberano y su recién mencionada incapacidad, alentaban la mayor proyección de María Luisa de Saboya en la escena política no solo desde una perspectiva informal sino también formal, habida cuenta que se proponía su participación en el Despacho. Por la otra, la solución planteada por D'Estrées era más compleja y polémica de lo que parecía. Si nos ceñimos exclusivamente al ámbito de la correspondencia real facultaba el acceso de la reina a todo un cúmulo de informaciones de las que, en sentido estricto, no tenía por qué tener conocimiento; pero lo que era más importante, pasaba por alto las sospechas que suscitaban los vínculos familiares de la consorte con el “aliado incómodo” de los Borbones que era Víctor Amadeo II. Vista desde esta perspectiva tal propuesta entrañaba, al menos para determinados actores políticos del eje Versalles-Madrid, *verbigracia* Louville o los Beauvilliers, ciertos

---

<sup>1496</sup> Louville a los duques de Beauvilliers. [S. l.], 14 de diciembre de 1702, recogida en SSBL, X, p. 452. La cursiva es nuestra.



riesgos. A saber: cómo controlar la intervención de María Luisa en determinadas cuestiones relacionadas con la política de las Dos Coronas que podían desembocar en un conflicto de lealtades dinásticas para la consorte. O lo que es lo mismo, cómo impedir que la reina hiciera un “uso indebido” tanto de la información a la que tendría acceso como del evidente poder que se le pretendía conferir. En segundo lugar ¿legitimaban la personalidad de Felipe V, sus carencias a la hora de gobernar, la intervención de la reina en la *praxis* del poder y su entrada en el Despacho? No en opinión de Louville, preocupado como hemos apreciado por el efecto que podría tener una medida semejante en la reputación del Rey Católico. Pero tampoco en opinión de la princesa. En este sentido la iniciativa de D’Estrées entrañaba también una ruptura importante con las ideas que hasta la fecha Ursinos había imbuido a la reina. Desde su instalación en España la camarera mayor había procurado formar una soberana capaz de auxiliar al rey en circunstancias puntuales, como las derivadas de la presencia del monarca en el frente militar, pero consciente de su posición subordinada en la institución monárquica. Felipe V, por su condición regia, estaba llamado a ejercer el poder en solitario, a ser el artífice último de toda gracia o merced. Aunque en la práctica ello no significaba privar a la reina de toda influencia, se exigía de ella una absoluta discreción a la hora de abordar cualquier manifestación ligada al ejercicio del poder informal (intercesión, patronazgo, etc.). La iniciativa de D’Estrées contravenía, en consecuencia, los postulados alrededor de los cuales había girado la instrucción de María Luisa de Saboya desde su llegada a España. Además, resulta obligado preguntarse si conllevaría también la incorporación de nuevos aspectos a la formación de la reina. En concreto su aprendizaje del “arte de gobernar”, habida cuenta que la consorte había de tomar parte en el Despacho en compañía de su esposo. Dada la opacidad de las fuentes es difícil aportar una respuesta concluyente al respecto, pero esta variaría en función de las intenciones que subyacían detrás de los planes del diplomático. Es decir, si el cardenal aspiraba únicamente a instrumentalizar el ascendiente de la consorte sobre Felipe V o si, por el contrario, pretendía alentar verdaderamente la participación activa de la reina en el tratamiento de los asuntos.

El estallido de la crisis del Despacho impidió que D’Estrées tuviera si quiera la oportunidad de plantear su propuesta, de ahí la dificultad para responder a la cuestión anterior. Ahora bien, y este es el tercer y último punto sobre el que queríamos incidir, ¿contaban lo planes del cardenal con el beneplácito de Luis XIV y el gabinete francés o

se trataba de una medida que este pensaba impulsar de manera unilateral? Las instrucciones que el diplomático recibió antes de partir a España parecían dar por sentado que Felipe V sería un rey gobernado por terceros, en razón de lo cual era preferible que la reina desempeñase esa función y no otro personaje de su entorno: «(...) certainement si ce prince doit être gouverné, il vaut beaucoup mieux que ce soit par la reine (...)» Esta posibilidad, que en el documento adquiría la categoría de certeza, era de hecho la que impulsaba la colaboración exigida al embajador francés y la camarera mayor en el marco del *entourage* regio, al ser entendidos ambos como los principales puntales de la influencia francesa en la Monarquía Hispánica.<sup>1497</sup> Empero, entre esta idea y la participación de la reina en el Despacho había una diferencia sustancial. Las instrucciones entregadas a D'Estrées mantenían la imagen tradicional del monarca como depositario único de la autoridad emanada de la corona y, si bien otorgaban un papel destacado a la consorte, quedaba restringido a la potencialidad de su ascendiente sobre el soberano, lo que significaba que tal papel no había de entrañar ningún reconocimiento formal. Por el contrario el cardenal parecía plantear el desarrollo de una bicefalia en la *praxis* del poder, merced a la entrada de la consorte en un organismo, el Despacho, que pese a su carácter oficioso en el conjunto de las instituciones españolas tenía un cierto peso en la toma de decisiones. Hipótesis a parte, lo cierto es que nos inclinamos a creer que la propuesta de D'Estrées se pensó de forma unilateral, sin consultar por el momento a Luis XIV. Así parece confirmarlo al menos la correspondencia del embajador con el monarca galo y el Secretario de Asuntos Exteriores, Torcy, donde no hay constancia escrita de ella.

Más adelante volveremos a referirnos a la entrada de María Luisa en el Despacho, que saldría a relucir de nuevo a mediados de 1703 en un contexto político diferente. No obstante, a nuestro modo de ver este aspecto ejemplifica a la perfección los prejuicios de los que partía la historiografía clásica al analizar la proyección de la reina y la princesa en la esfera política, que algunos autores han perpetuado hasta nuestros días.<sup>1498</sup> Si recordamos el relato de Michelet al que hicimos alusión en la introducción a esta parte de nuestro trabajo, la camarera mayor habría imbuido a la

---

<sup>1497</sup> «(...) L'intention de sa Majesté est que pour maintenir ces dispositions le cardinal agisse d'un parfait concert avec la princesse. Elle sait que le Roi désire véritablement de donner en toutes occasions des marques de son amitié à la Reine d'Espagne.» «Instruction pour M. le cardinal d'Estrées...», recogida en *RLA*, XII-II, punto VII, pp. 68-69.

<sup>1498</sup> Según puede constatarse de la lectura de la última de las biografías publicadas sobre Felipe V. VARGA, S.: *Philippe V...*, pp. 265 y ss.

reina le «goût des (...), le désir d'y dominer», en una estrategia que habría tenido por objeto justificar la injerencia de la propia dama en el gobierno de la Monarquía.<sup>1499</sup> Ahora bien, ¿qué diferencia existía entonces entre las intenciones de la camarera mayor, que inculcaba a la soberana una inclinación hacia la política impropia de su sexo, y las del cardenal d'Estrées, quien pretendía que la consorte tomara parte en el Despacho? Prácticamente ninguna puesto que ambas tomaban en consideración la participación de María Luisa de Saboya en la *praxis* del poder, si bien desde diferentes perspectivas. Lo mismo ocurre si damos credibilidad a la parte del relato de Saint-Simon que alude a las “ambiciones” de la princesa y lo confrontamos con la misiva de Louville que menciona la iniciativa del cardenal. En este caso no solo Ursinos habría actuado movida por el afán de consolidar su posición y su capacidad de maniobra en el seno del eje Versalles-Madrid, sino que también lo habría hecho D'Estrées dispuesto, al igual que la princesa, a servirse de la consorte con el fin de apuntalar el éxito de su embajada. Así pues, conviene matizar las apreciaciones de la historiografía clásica en cuanto a la crisis del Despacho y los acontecimientos que la sucedieron; no reducir nuestros análisis, si queremos contar con una visión coherente de los hechos y relativamente parcial, al influjo que pudieron tener las ambiciones de sus principales protagonistas en la evolución de la situación. Por el contrario, nuestros estudios deben tomar en cuenta el contexto general en el que se produjo esta crisis, la situación anterior a la misma de los actores políticos que intervinieron en ella y las motivaciones de más amplio calado que pudieron impulsarles a actuar como lo hicieron en esta coyuntura.

En conclusión los testimonios que hemos recogido en este epígrafe rinden cabal cuenta tanto de la falta de consenso existente entre los principales agentes políticos del eje Versalles-Madrid en cuanto al papel que María Luisa de Saboya había de desempeñar en calidad de consorte de Felipe V; como de la diversidad de pareceres, y abierta suspicacia en ciertos casos, que suscitaba el evidente ascendiente de la reina sobre el rey, que algunos eran partidarios de reducir a través de medidas de carácter coercitivo y otros, por el contrario, de alentar por medio de disposiciones sin precedentes como la entrada de la soberana en el Despacho. La misiva que Louville envió a los duques de Beauvilliers «seuls», expresa de manera muy clara la negativa opinión que le merecía la iniciativa planteada por el nuevo embajador. Sin embargo, el

---

<sup>1499</sup> MICHELET, J.: *Histoire de France...*, XIV, edic. de 2008, p. 143.

estallido de la crisis hizo que personajes como los D'Estrées, el marqués y otros miembros de la comunidad francesa en Madrid acercaran posturas en lo relativo a la proyección política de la consorte. En cualquier caso, el debate abierto alrededor de la potencialidad de María Luisa, de las consecuencias que podría entrañar su intervención en los *affaires*, permanecería latente hasta 1705, lo que aportaría un componente más de inestabilidad a las relaciones francoespañolas en este periodo.

### **Intervención: la reina ante la crisis del Despacho (enero-febrero de 1703).**

Dentro del relativamente escaso volumen de egodocumentos que de María Luisa de Saboya han pervivido hasta nuestros días, tenemos la fortuna de contar con cierto número de ellos relativos a los primeros meses del convulso año 1703. Esta documentación (que constituye el sustrato primario tanto de este epígrafe como del siguiente) resulta muy valiosa para nuestro trabajo puesto que nos permite conocer de primera mano las características, naturaleza y límites de la intervención de la reina en la crisis del Despacho. Nuestra intención aquí no es justificar las acciones de la soberana o convertirla en víctima de una compleja situación en la que, al igual que Felipe V, se vio envuelta en un principio de manera involuntaria (si bien participó plenamente de ella más adelante). Por el contrario, pretendemos analizar y valorar las razones que llevaron a María Luisa, primero, a apoyar la mudanza en la *praxis* de gobierno desarrollada desde el invierno de 1701 hasta enero de 1703; y después, a abandonar la prudencia que hasta entonces había manifestado en su relación con el poder y a oponerse de manera frontal al embajador de Luis XIV en Madrid.

El primero de los egodocumentos a los que nos referimos se trata de una de las misivas de María Luisa a su abuela, Madame Royale<sup>1500</sup>, en la que aporta su propia visión de los hechos que determinaron el estallido de la crisis del Despacho. Buena parte del relato de la soberana era similar al desarrollado por la princesa y Felipe V en sus respectivos informes a Versalles:

«Il [Felipe V] était déjà tout ajusté avec le roi son grand-père pour qu'il fit entrer dans son conseil, qu'on appelle *despacho*, les deux cardinaux et le président de Castille; mais, dès le même soir que le roi fût arrivé, le cardinal Porto-Carrero lui dit qu'il le suppliait très-humblement de lui

---

<sup>1500</sup> Entre las misivas de la reina a sus padres, sitas en el Archivo di Stato de Turín, no se conserva carta alguna que se refiera concretamente a la crisis del Despacho lo que nos lleva a pensar que, o bien María Luisa de Saboya refirió todo lo ocurrido a su abuela con el fin de que ésta lo transmitiese a sus progenitores (lo que no sería extraño si pensamos que las misivas de Operti a Madame Royale eran leídas por ésta a la duquesa Ana); o bien que las cartas de la soberana a sus padres concernientes a este episodio no se han conservado.

permettre de ne point entrer dans le *despacho*, par telles et telles raisons, fort mauvaises. Le roi et moi, qui étais présente, primes cela en raillerie (...) mais il n'y eut ni prières ni menaces qui lui pussent faire changer de sentiment [a continuación alude a las instancias realizadas, en el mismo sentido, por la princesa de los Ursinos ante Portocarrero] (...). Ce jour-là passa encore sans conseil, aussi bien que le vingtième jusqu'au soir, les inquiétudes augmentaient, et tout le monde s'assemblait, ce qui n'était pas fort bon à laisser continuer.»

Empero, movida con toda probabilidad por el deseo de proteger a la favorita y salvaguardar la reputación del monarca, la reina presentaba la exclusión de D'Estrées del Despacho como una disposición que parecía haber partido exclusivamente de Felipe V, informado de la efervescencia en la que se encontraba la capital:

«Cette après-dînée, la princesse des Ursins dit au roi que tout Madrid était dans une peine incroyable sur ce que le bruit s'était répandu que tout l'Espagne allait être gouvernée par un Français et par conséquent par la France, et que l'on prenait cela fort mal. Le roi, voyant cela, résolut de tenir son *despacho* seul, et dans le même instant envoya demander le cardinal d'Estrées, et lui dit fort obligeamment ce qu'il voulait faire et que ce qu'il l'obligeait encore plus qu'autre chose à cela, c'était pour qu'il pût lui-même se faire aimer, ce qu'il n'aurait pas assurément fait s'il y était entré seul comme il voulait. Enfin, le roi lui parla très-bien sur tout cela. Je connus, par la réponse que fit le cardinal, qu'il n'approuvait pas cela (...) car, dès le même moment, il ordonna au marquis de Rivas d'aller tous les jours devant le *despacho* lui montrer tout, pour que sur chaque chose de particulier à lui dire, il pouvait venir lui-même lui en parler. Mais le cardinal d'Estrées ne veut point voir aucune affaire, et renvoie tous les jours le marquis de Rivas sans le voir. Voilà, ma chère grand'maman, cette affaire tout comme elle s'est passée (...).»

Al margen de esta omisión, que la correspondencia de Operti con la corte de Turín se encargaría de subsanar<sup>1501</sup>, son varios los aspectos que podemos destacar del contenido de la misiva. De entrada, las palabras de María Luisa confirman que estuvo lejos de desarrollar un papel secundario a lo largo de la crisis. Así, la reina no solo habría unido sus instancias a las del rey a fin de convencer a Portocarrero para que permaneciese en el gobierno sino que, toda vez que la renuncia del cardenal fue irrevocable, apoyó *la decisión* del monarca de gobernar *en solitario* con Rivas. En cierta medida el comportamiento de la soberana se correspondió con lo que se esperaba de ella en tanto que reina consorte: la sumisión absoluta hacia las órdenes del soberano, máximo detentador del poder. Sin embargo, visto desde el prisma de las relaciones francoespañolas el posicionamiento de María Luisa en esta coyuntura resultaba más complejo. En este sentido la soberana expresaba de manera explícita su anuencia a una

<sup>1501</sup> Así lo corroboran las misivas dirigidas por Operti al duque de Saboya con fecha de 25 de enero y 8 de febrero de 1703, en las que desarrolla un prolijo relato de la crisis del Despacho e incide en el papel jugado por la princesa durante su desarrollo. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

medida que, *de iure* aunque no *de facto*, pretendía quebrar la dinámica de poder que hasta la fecha había vertebrado la política común de las Dos Coronas:

«Je crois sans doute que vous trouverez que le roi a fort bien fait - continuaba su misiva-. Ce qui le marque bien c'est l'applaudissement général qu'il a eu. Il tint donc le même soir du 20 son conseil. Le lendemain cette nouvelle s'était déjà répandue, et vous ne sauriez croire la joie de tout Madrid. *Pour moi, je ne m'opposai point du tout aux sentimens du roi.*»

Asimismo, lo que constituía el punto más problemático, parecía mostrarse favorable a una mayor independencia de Felipe V respecto a los dictados de Versalles. De hecho, más de la mitad de la epístola insistía en la capacidad del monarca para tomar decisiones por sí mismo, algo que más adelante nos ayudará a discernir las críticas que suscitó la intervención de la soberana en la crisis: «*Je vous avoue -concluyó- que je lui dis qu'il faisait fort bien, car je sais qu'il y a longtemps qu'on souhaite ici un roi qui se gouverne tout seul*; et ils disent: 'Nous aimerons mieux de coups de bâton, pourvu que ce fût de notre maître, que les plus grandes grâces du monde qui ne fussent pas du roi'.»<sup>1502</sup>

¿Podemos considerar las palabras de María Luisa, como sus expectativas respecto al rey, una prueba de la francofobia que le achacaron algunos de sus contemporáneos? Es difícil aportar una respuesta concluyente a esta cuestión dados los escasos vestigios documentales con que contamos de la reina. Ciertamente no hemos localizado un solo documento de la soberana en la que esta exponga de manera abierta su supuesta francofobia, lo que no significa que no pudieran haber existido en algún momento. Dicho esto, cabe diferenciar entre la oposición de la consorte a la entrada del embajador galo en el Despacho en una coyuntura concreta y el rechazo generalizado por su parte a la influencia de Francia sobre la Monarquía Hispánica. Al igual que hicimos para refutar las acusaciones del mismo cariz vertidas contra la princesa resulta interesante incluir en nuestro análisis el concepto “experiencia”. Es difícil creer que María Luisa, quien había ejercido la gobernación previamente y conocía en cierta medida la situación de la Hacienda y el ejército hispanos, no fuera consciente de la dependencia española del auxilio de Francia en el conflicto sucesorio. Como también que dicha dependencia, sumada a la integración de la Monarquía en el proyecto dinástico de Luis XIV, entrañaba ciertas exigencias e imposiciones en el desarrollo de su política interior y exterior. Ahora bien, que María Luisa asumiera los efectos de

---

<sup>1502</sup> La reina de España a Madame Royale. Madrid, 25 de enero de 1703, recogida en DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, pp. 152-155. La cursiva de los diferentes fragmentos es nuestra.

estas dos circunstancias no excluye el que, a semejanza de la camarera mayor, entendiera que existían toda una serie de factores que enrarecían las relaciones en el seno del eje Versalles-Madrid. No en vano, la consorte había vivido en primera persona la inestabilidad que había presidido la corte madrileña en los meses inmediatamente anteriores al regreso de Felipe V; conocía la hostilidad manifiesta de las elites de gobierno españolas a la instalación de D'Estrées en la capital en calidad de “primer ministro” (percepción que la salida de Portocarrero del Despacho no hacía sino constatar) y era igualmente consciente de las discursos de contenido francófobo que predominaban tanto en la corte como en el seno de la Junta de Gobernación. Estas tres circunstancias podrían explicar, por lo tanto, que la reina se mostrase proclive a una medida cuya finalidad última era (según el discurso oficial de los reyes y la princesa) no ya la de privar a D'Estrées de toda capacidad ejecutiva sobre la toma de decisiones, sino más bien la de minimizar el descontento reinante en Madrid merced a una aparente continuidad con las formas de gobierno tradicionales. Por otra parte conviene recordar las concomitancias existentes entre la forma de gobierno propuesta a partir de enero de 1703 y el *modus operandi* desarrollado durante la gobernación de la propia reina. La puesta en vigor de un doble cauce oficial/oficioso en el tratamiento de los negocios de Estado no resultaba en absoluto ajena a la soberana, como tampoco el prestigio que reportó a su reputación esta manera de ejercer el poder. Así pues, no sería extraño pensar que María Luisa apoyase la continuidad con Felipe V de una *praxis* de gobierno que, en su caso concreto, había contribuido a reforzar su imagen frente a la corte española; a aparentar, en último término, que la consorte ejercía en solitario sus prerrogativas como gobernadora pese a la actividad oficiosa desarrollada en su entorno por Ursinos y Orry.

Otra cuestión diferente, aunque inseparable del estallido y desarrollo de la crisis del Despacho, sería la inestable relación de María Luisa con el nuevo embajador francés, cardenal D'Estrées, que con el tiempo derivaría en una franca hostilidad y enemistad mutuas. En la epístola que dirigió a Madame Royale la reina pasaba de soslayo por este hecho y aludía únicamente a la altanería con la que el diplomático había respondido a las órdenes de Felipe V: «pour vous dire la vérité -escribió-, il [el cardenal] parla d'une manière qui ne lui convenait guère, étant à un aussi grand roi

que le roi d'Espagne, qui ne pensait point du tout l'éloigner des affaires.»<sup>1503</sup> Sería en una misiva enviada a Luis XIV, fechada un día después de la remitida a Turín, en la que la consorte abordaría con mayor detenimiento el comportamiento de D'Estrées y la opinión que le mereció. Que la soberana juzgase inconveniente la excesiva «vivacité» evidenciada por el cardenal durante su encuentro con el rey no es lo más destacable de la carta en cuestión. A nuestro modo de ver resultan más significativas las reflexiones de la reina en cuanto a la actitud del embajador hacia ella: «il semble -señaló-, par ce qu'il fait à mon égard, qu'il se méfie de moi (...).»<sup>1504</sup> Las palabras de María Luisa suponían la primera manifestación de un problema que persistiría en buena medida hasta 1705, y que preocupó visiblemente a la soberana con el paso del tiempo. Dispuesta a defender el ascendiente que ejercía sobre Felipe V, la reina entendió a D'Estrées, al igual que a sus sucesores en el cargo y a otros miembros del *entourage* francés en Madrid, como figuras llamadas no tanto ya a disputar su influjo sobre el monarca (según pensaba Louville), sino como artífices de una estrategia más amplia, que contaba con la aprobación de Luis XIV, cuyo fin último sería “destruir” la confianza que el rey profesaba a su consorte: «Ma consolation est que j'ai l'espérance que ce n'est pas par votre ordre qu'il [D'Estrées] agit de cette manière avec moi. Je ne laisserai pas que d'être fort aise d'en être assurée par votre Majesté même.»<sup>1505</sup> A decir verdad existían razones que justificaban la desconfianza de la reina: no hay más que leer las cartas de Louville o los informes de los D'Estrées posteriores a la crisis para apreciar que ninguno de ellos era en modo alguno favorable a la influencia de la consorte sobre su esposo. En el caso del cardenal, los sucesos de enero de 1703 le llevaron a renunciar a sus proyectos relativos a la entrada de la reina en el Despacho y a adoptar una postura mucho más crítica hacia la intervención de esta en los “asuntos”. El hecho de que María Luisa conociese la naturaleza de las informaciones que tanto Louville como los D'Estrées vertían acerca de ella en sus misivas, añadido a la polarización de la corte madrileña y a la protección que la soberana tributó a la camarera mayor en este contexto, dificultaron en lo sucesivo las relaciones de la consorte con el embajador francés. Pero también introdujeron un elemento de

---

<sup>1503</sup> La reina de España a Madame Royale. Madrid, 25 de enero de 1703, recogida en DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, p. 154.

<sup>1504</sup> La reina a Luis XIV. Madrid, 26 de enero de 1703, recogida en MILLOT, p. 136.

<sup>1505</sup> *Ibidem*.



inestabilidad en las hasta ahora cordiales relaciones entre María Luisa de Saboya y Luis XIV.

### **Lealtad y oposición:**

Según vimos en el capítulo anterior la crisis del Despacho favoreció la polarización del *entourage* francés de Felipe V en dos grupos, encabezados por el embajador galo y la camarera mayor, cuya rivalidad comportó un alto grado de inestabilidad no solo ya para la corte española sino también para el eje Versalles-Madrid. Dada la potencialidad del ascendiente de la soberana sobre el Rey Católico, así como su estrecha vinculación con la princesa, resultaba altamente improbable que María Luisa de Saboya permaneciera al margen de la situación generada en la capital española a partir de enero de 1703. Para contrariedad de Luis XIV, que abogaba porque la consorte se mantuviese alejada de lo que calificaba como «querelles particulières», la reina tomó claramente partido por Ursinos, oponiéndose en consecuencia al embajador de Francia. Al analizar el posicionamiento de María Luisa de Saboya en esta coyuntura debemos tomar en consideración, de entrada, su confianza en las iniciativas propuestas por la camarera mayor con respecto a la corte y el gobierno españoles, en lo que no nos detendremos por haberlo tratado más arriba. Sí que queríamos insistir, por el contrario, en otras cuestiones que a nuestro modo de ver determinaron asimismo el alineamiento de la consorte con la princesa y sus parciales:

*-La rivalidad de la reina y los D'Estrées.* Las relaciones de la reina con los D'Estrées se caracterizaron en todo momento por la oposición y el antagonismo. Ciertamente, la protección que la consorte tributó a la camarera mayor supuso un elemento de fricción que determinó la evolución de las mismas. Sin embargo, este no fue el único aspecto que influyó en su desarrollo. De entrada, el que la reina fuera conocedora de la informaciones que los D'Estrées habían remitido a Versalles inmediatamente después de la crisis, no ayudó a propiciar un acercamiento entre la consorte y el embajador (informaciones que no aludían únicamente a la princesa sino que también incluían a la propia soberana y a Felipe V). Tampoco contribuyeron a normalizar la situación ni la reacción de D'Estrées a los sucesos de enero de 1703, ni su actitud hacia la soberana en las semanas posteriores. La respuesta del cardenal a su exclusión del Despacho ofendió visiblemente a María Luisa de Saboya, tanto por sí misma como por lo que respectaba al honor del rey:

«Cette conduite du Roy votre petit-fils peut-elle s'appeler presumption et à-telle pu donner lieu au Card<sup>[ina]</sup>l d'Estrées de vous mander que le Roy d'Espagne l'avoit exclu de ses conseils? -escribió a Luis XIV-; en verité ce P<sup>[rin]</sup>ce est bien à plaindre, de se trouver livré à la conduite d'un si méchant homme, car non content de cette fausseté il empoisonne les choses jusqu'au point d'attaquer (...) la probité du Roy et il m'insinua avec noirceur que Sa Majesté a oublié la tendresse que vous avez pour luy. Qu'els outrages à ce jeune prince! (...).»<sup>1506</sup>

Gestada la ruptura sobre la base de lo que María Luisa consideraba un malentendido, alentado a su parecer por la malicia del diplomático, la fractura se volvió paulatinamente más profunda. El hecho de que la reina estuviera decidida a creer en la inocencia de los consejos de la camarera mayor hizo de todo punto imposible que pudiera llegar al más mínimo entendimiento con el cardenal y el abate. Empero, también es de notar la vacilación con la que los D'Estrées afrontaron sus vínculos con la consorte. Dado que la reina había asistido al malhadado encuentro entre el cardenal y Felipe V, durante el cual tomó la palabra para tratar de convencer al embajador de las “verdaderas” intenciones del rey, las recriminaciones del prelado no solo la afectaron, sino que también las tomó como algo personal. Por lo que parece, su creencia de que el diplomático desconfiaba de ella no abandonó ya su pensamiento; al contrario, esta sensación se incrementó en buena medida debido al desapego que los D'Estrées le demostraron en un principio: «Il est absolument nécessaire que vous ordonniez à M<sup>[essieurs]</sup> d'Estrées d'avoir plus d'égards pour la Reine -recomendó Ursinos a Torcy-. *Elle sent qu'ils veulent lui oster la confiance du Roi* et ils ont été dix-huit jour sans venir chez elle. Cette princesse, qui remarque tout, me fit l'honneur de me dire que ces Messieurs boudoient apparemment.»<sup>1507</sup> Finalmente, concluía la camarera mayor, el cardenal había acudido a hacer la corte a la soberana, pero este no era el único ejemplo de lo que la dama consideraba una conducta altamente imprudente, al alentar a un más amplio espectro los recelos de la consorte hacia Versailles, al que el diplomático representaba y a instancias de cuyo gabinete, en teoría, actuaba. Así, al

<sup>1506</sup> El final de la carta de la reina no podía ser más elocuente: «Il en est de mesme des conseils interessez de ceux qui veulent perdre le Roy en l'enfermant dans la mollesse honteuse de son palais, que peut-il avoir entendu par-là? Si c'est moy qu'il [el cardenal] ataque jougez, s'il vous plaist, de la hardiesse. Dire que je veux perdre le Roy? Dire que je le tiens dans une mollisse honteuse? Cela peut-il se souffrir? La reina a Luis XIV. Madrid, 18 de febrero de 1703. AA. EE., CPE., t. 122, fols. 137r.-138r. Esta misiva, una de las más conocidas de María Luisa de Saboya y en la que la soberana relata de manera pormenorizada la crisis del Despacho, se encuentra recogida también en MILLOT, p. 140 y PEREY, L.: *Une reine...*, pp. 270-274; una traducción al castellano la encontramos en COXE, 2011, pp. 256-257.

<sup>1507</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 8 de febrero de 1703. AA. EE., CPE., t. 122, fols. 51r.-52r. La cursiva es nuestra.

establecerse los regimientos de Asturias y de la Reina, informaba de nuevo Ursinos, María Luisa se habría inclinado por la nominación de Ronquillo como coronel de este último. La elección de la consorte, precipitada por el cardenal, habría sido *a posteriori* muy criticada por el embajador, al considerarla en realidad emanada de la princesa. Por si esto fuera poco, añadía, el diplomático habría instado a los españoles y a los franceses de la corte a desautorizar tal elección: «Les principaux officiers de la Reine l'on redit à S[*a*] M[*a*jesté], qui en est d'autant plus offensée qu'elle sait qu'il [D'Estrées] ne fait tout ce bruit que par méchanceté (...).»<sup>1508</sup> Resulta imposible conocer hasta qué punto la camarera mayor, movida por su hostilidad hacia el cardenal, sacaba partido de estas situaciones ante María Luisa de Saboya. Con toda probabilidad la princesa las explotaba a su favor. No obstante, al margen de esta apreciación, la reproducción de escenas como las que acabamos de relatar pone de relieve la dificultad de los D'Estrées para congraciarse con la consorte, al igual que su incapacidad para gestionar sus relaciones con ella. Si el ascendiente de la soberana sobre el rey era tal como lo calificaban las Instrucciones que recibió, ¿no hubiera sido más acertado que el cardenal hubiese buscado aproximarse a María Luisa de Saboya? En un ejercicio de sinceridad, dado que parecía corroborar una de las acusaciones que sus enemigos vertían hacia ella, la de dominar al rey por medio de la reina, la princesa había advertido a Torcy: «Il sera toujours plus seur, par mille raisons, d'avoir la reine dans nos intérêts que de laisser à des ministres qui ne sont ici que pour temps, le soin de gagner la confiance du Roi.»<sup>1509</sup> O lo que es lo mismo, para los D'Estrées, como para el resto de los embajadores de Luis XIV en España, ganarse la aprobación de la consorte resultaba inclusive más importante que la naturaleza de sus vínculos con Felipe V. Evidentemente, estamos lejos de pensar que la princesa estuviera dispuesta a favorecer la concordia del cardenal con la soberana, pero lo cierto es que el diplomático era el responsable último de su actitud ante María Luisa, así como de los discursos que realizaba en la corte acerca de la reina, su influencia y las decisiones que tomaba. Con su conducta, el cardenal no solo parecía menospreciar a la consorte, sino que también pasaba por alto algo que Marcin había recomendado: pese a su juventud, no era aconsejable tratar a la reina como a una niña, un error en el que, a decir de Catherine Désos, incurrieron los sucesivos diplomáticos franceses hasta el nombramiento de Amelot.<sup>1510</sup> De la misma manera,

<sup>1508</sup> La misma al mismo. Madrid, 3 de mayo de 1703, recog. en L. TR., III, p. 50.

<sup>1509</sup> La misma al mismo. Madrid, 8 de febrero de 1703. AA. EE., CPE., t. 122, fols. 52v.-53r.

<sup>1510</sup> DÉSOS, C.: *Les français...*, pp. 181-182.

habida cuenta del carácter orgulloso de María Luisa, que hasta Marcin, bienintencionado hacia ella, le reconocía, el autoritarismo inicial con el que el cardenal se condujo debe entenderse como otro factor que afectaría a largo plazo a su vinculación con la reina.

La vacilación con la que D'Estrées manejó su relación con la consorte se puso de manifiesto cuando, en marzo de 1703, Versailles autorizó la permanencia de la princesa de los Ursinos en España. Ante esta situación, el embajador trató de lograr una aproximación a la soberana (aunque sus vínculos con Ursinos continuaron siendo muy tensos). Con vistas a garantizar el éxito de sus propósitos, D'Estrées eligió bien al mediador: el enviado saboyano, Operti. Sin embargo, su acercamiento a María Luisa no solo partía de unas premisas inexactas, que analizaremos a continuación, sino que también llegaba un tanto tarde. Habitados a insertar nuestra evaluación de los hechos en el estudio de procesos más amplios, para los historiadores dos meses pueden constituir una fracción de tiempo prácticamente imperceptible, pero no así para los protagonistas de nuestro objeto de estudio, quienes viven en primera persona las situaciones que analizamos en circunstancias durante las cuales pueden interaccionar muchos factores. Así, aunque María Luisa escuchase las proposiciones de Operti, con el que se mantuvo siempre en los mejores términos; pese a las instancias de la propia Madame Royale en favor del cardenal D'Estrées, al que le unían lazos de parentesco y amistad, el intento del diplomático por normalizar sus relaciones con la soberana fracasó estrepitosamente debido no solo al enfrentamiento del cardenal con la camarera mayor, sino también por voluntad de la propia reina. De acuerdo con el testimonio de cuantos la conocieron, María Luisa de Saboya era, además de orgullosa, profundamente desconfiada. En este sentido, y al margen de su oposición a D'Estrées desde los inicios de su embajada, cabe preguntarse: ¿qué confianza podía suscitar a la soberana el acercamiento del cardenal? Esta cuestión nos parece oportuna si consideramos que, en paralelo a su intento por mejorar sus tratos con la reina, el diplomático continuaba enviando a Versailles, junto al abate y Louville, todo tipo de informaciones que en opinión de la consorte eran parciales (cuando no falsas) y le afectaban directa o indirectamente.

Por último el intento de aproximación de D'Estrées a la reina partió de una percepción distorsionada de la imagen de la soberana. Si hemos de creer el testimonio de Louville el cardenal habría llegado a la corte española con la intención de favorecer

la entrada de María Luisa de Saboya en el Despacho. Abandonada la proposición tras los sucesos de enero de 1703, el embajador volvería a proponer la intervención de la reina en la toma de decisiones (aunque la documentación no especifica si debía hacerlo desde el Despacho o a no). Por mediación de Operti, el cardenal y el abate habrían propuesto que la soberana “entrasse nelle cose del Governo (...) perche potrebbe servire utilemente il Re e le due Corone rispetto li di lei gran talenti”<sup>1511</sup>, además que, en concreto el embajador, reiteraba su parcialidad hacia los intereses de la Casa de Saboya.<sup>1512</sup> La respuesta de María Luisa a los buenos oficios de Operti, quien a lo largo de la primavera de 1703 trataría de reconciliar, sin éxito, a la camarera mayor y al cardenal<sup>1513</sup>, manifestaba de manera elocuente su negativa a colaborar con D’Estrées, al tiempo que evidenciaba el impacto que el “magisterio” de Ursinos había tenido en su instrucción: su edad, su genio y su falta de experiencia, argumentó, no le permitían entrometerse (tal es el término que aparece en la documentación) en cosas de tanta importancia. Si lo había hecho con anterioridad, añadió la soberana, había sido en ausencia del rey y por orden de Luis XIV (es decir, durante su primera gobernación). Con Felipe V en la corte, era oportuno que el monarca “facesse il proprio officio et [ella] quello che le toccava.”<sup>1514</sup> Cuatro meses después, en agosto, el cardenal repitió su proposición, esta vez sin valerse del canal de Operti, a instancias del rey de Francia. En cualquier caso, la reacción de la consorte fue similar: rehusaba entrar “in cose di governo”. Felipe V no solo poseía el “genio” y la capacidad para gobernar por sí mismo, añadió, sino que también contaba con el consejo de ministros de talento.<sup>1515</sup> Por lo que parece, D’Estrées creía en los informes que enviaba a Versalles relativos a la ambición de la reina por ejercer del poder, de ahí que basase su acercamiento a la soberana en propuestas que contemplaban la satisfacción de semejantes aspiraciones. Ahora bien, tales planteamientos no tomaban en consideración dos factores: por una parte la influencia de Ursinos en la forma en que María Luisa asumía su participación en el tratamiento de los asuntos. Las respuestas de la soberana a Operti y al propio cardenal revelan que la reina había interiorizado su condición de consorte que no había de menoscabar la gloria del monarca. Dicho en otras palabras: María Luisa podía secundar determinadas iniciativas y emplear su ascendiente sobre el rey con objeto de

---

<sup>1511</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 5 de abril de 1703. A.S.T., LMS., M. 48.

<sup>1512</sup> El mismo al mismo. Madrid, 12 de abril de 1703. *Ibidem*.

<sup>1513</sup> El mismo a Madame Royale. Madrid, 26 de abril de 1703. *Ibid.*, LMS., M. 49.

<sup>1514</sup> El mismo a la duquesa Ana. Madrid, 5 de abril de 1703. *Ibidem*.

<sup>1515</sup> El mismo al duque. Madrid, 8 de agosto de 1703. *Ibid.*, LMS, M. 48.

garantizar su puesta en vigor (lo hizo en enero de 1703 y lo haría más adelante), pero eso no significaba que estuviese dispuesta a exteriorizar su intervención en la toma de decisiones. Por otro lado, las sugerencias de D'Estrées llegaban en un momento en el que desde Madrid y Versalles estaba cuestionando el poder que la reina, de concierto con la princesa, ejercía sobre los asuntos de gobierno merced a la dependencia del monarca.<sup>1516</sup> Así pues, ¿qué credibilidad podían inspirarle? ¿No hubiera implicado aceptar las propuestas del cardenal que María Luisa reconocía la veracidad de las acusaciones que este había vertido respecto a sus ambiciones?

Firme en su negativa a colaborar con el embajador, la reina persistió en su oposición a los D'Estrées, que con el tiempo se tradujo en una franca aversión. De acuerdo con la correspondencia del abate y Louville, la sola mención del cardenal enfurecía a la reina, quien no trataba con el debido respeto a los representantes de la diplomacia francesa en España y se burlaba del prelado.<sup>1517</sup> Por su parte, Operti abandonó también su labor de mediación. La soberana, escribió a Madame Royale, se mostraba cada vez más irritada ante la parcialidad de su abuela hacia el cardenal por lo que, concluía, solo la definitiva partida del diplomático sería capaz de apaciguar su hostilidad. De cualquier modo, no confiaba en que la destitución de D'Estrées restableciera el orden en Madrid por mucho tiempo.<sup>1518</sup> No le faltaba razón.

*-Los vínculos de la reina con la princesa de los Ursinos.* Frente a sus malas relaciones con los sucesivos embajadores franceses en Madrid la consorte mostró una absoluta fidelidad a la princesa tras los sucesos de enero de 1703. La línea historiográfica más crítica con la participación de ambas mujeres en la escena política insistió en el carácter instrumental de sus vínculos, entendidos bien como fruto del interés, bien como resultado de una relación desigual en la que María Luisa, y por añadidura Felipe V, serían objeto de la hábil manipulación de la princesa. A nuestro modo de ver ambas visiones son consecuencia de las fuentes de las que parten. La correspondencia de Louville y los D'Estrées tiende a “politizar” la relación de la reina y Ursinos con objeto tanto de remarcar lo pernicioso de la misma para la estabilidad de la corte y el gobierno españoles, como para minimizar el efecto que podía tener en el ánimo de la consorte la destitución de la camarera mayor. Nuestra percepción de la cuestión es

---

<sup>1516</sup> Víctor Amadeo II a Operti. Turín, 21 de marzo de 1703. A.S.T., LMS., M. 50.

<sup>1517</sup> Abate d'Estrées a Torcy. Madrid, 9 de agosto de 1703. AA. EE., CPE., t. 117, fols. 37r.-39r.; Louville a Beauvilliers. [S.l.], 1 de abril de 1703, recog. en LOUVILLE, II, p. 34.

<sup>1518</sup> Operti a Madame Royale. Madrid, 3 de octubre de 1703. A.S.T., LMS., M. 49.

diferente, no solo porque hemos consultado otras fuentes primarias sino también porque toma en consideración las conclusiones extraídas por recientes trabajos dedicados al estudio de las Casas reales en tanto que “instituciones” vivas, dinámicas, espacios en los que se vertebraban relaciones de diferente naturaleza, entre la soberana y aquellas que la servían, que trascendían los criterios indudablemente más estáticos vigentes en textos de carácter normativo como las etiquetas palatinas.<sup>1519</sup>

En este sentido nos inclinamos a creer que la vinculación entre la reina y la princesa de los Ursinos estuvo menos “politizada” y fue menos “instrumental” de lo que se ha dicho hasta el momento. A nuestro modo ver ello se debió, en primer lugar, a las características del proceso de adaptación de la consorte a la corte española. Reenviada a Turín la totalidad de la servidumbre piamontesa, la princesa de los Ursinos se convirtió en la principal figura femenina del entorno de la reina en una situación favorecida, asimismo, tanto por los problemas de comunicación y las diferencias culturales, que dificultaron en sus inicios las relaciones entre la consorte y sus damas, como por la certeza de María Luisa en cuanto a la protección que Versalles otorgaba a la nueva camarera mayor. Las circunstancias descritas hicieron que la reina asumiera el predominio de la princesa en el círculo regio como algo inevitable; un hecho ante el que no tuvo más remedio que adaptarse. En segundo lugar es indudable que Ursinos no mentía cuando aludió a su afán por ganarse la confianza de la soberana. En otras partes de este trabajo hemos visto cómo la camarera mayor desarrolló una estrategia bastante heterogénea destinada a congraciarse con María Luisa de Saboya. En cierto modo no debió resultar difícil para una mujer tan experimentada como Ursinos ganarse el favor de la nueva reina; tanto más cuando ambas compartían la condición de elementos exógenos recién establecidos en la corte madrileña. Ahora bien, al analizar la correspondencia de Operti corroboramos no solo la incansable labor desarrollada por la camarera mayor en estos primeros meses alrededor de la consorte (*verbigracia* la reticencia de Ursinos a delegar parte de sus funciones en otras mujeres de la cámara)<sup>1520</sup>; sino también que las informaciones remitidas por la dama a Versalles,

---

<sup>1519</sup> A este respecto véanse las obras AKKEMAN, N. y HOUBEN, B. (eds.): *The politics of Female Households. Ladies-in-Waiting across Early Modern Europe*. Boston-Leiden, 2014 y los estudios de LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Servicios y favores en la Casa de la Reina”, en ANDÚJAR CASTILLO, F. y FELICES DE LA FUENTE, M. M. (eds.): *El poder del dinero...*, pp. 223-244 y GARCÍA PRIETO, E.: “La Casa de Austria: un modelo para el espacio femenino habsbúrgico”, en QUIRÓS ROSADO, R. y BRAVO LOZANO, C. (coords.): *La corte de los chapines. Mujer y sociedad política en la Monarquía de España, 1649-1714*, en prensa. Agradezco a la autora que me haya permitido leer su manuscrito inédito.

<sup>1520</sup> El mismo a Madame Royale. Madrid, 27 de julio de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

relativas a la fluidez de sus lazos con la consorte, no eran en modo alguno fruto de una percepción unilateral. Por el contrario fueron confirmadas por la propia María Luisa en sus encuentros con el enviado saboyano. Así, en diferentes audiencias concedidas al comendador a lo largo del mes de noviembre de 1702, la consorte reconoció el importante papel desempeñado por la princesa a la hora de restablecer el orden en la cámara regia, que definía con anterioridad a su llegada como “una Babilonia de dissentione”<sup>1521</sup>, además de su complacencia ante los servicios que la camarera mayor le había rendido desde su matrimonio: “[pasó a referirme] -escribió a Turín- quanto doveva a detta P[ri]n[ci]pessa perche oltre l’assistenza continua che le prestava (...), [conocía] non haver la detta altro fine che (...) renderla gloriosa et amata da tutti (...); o bien, “(...) l’assisteva [Ursinos] con ogni assiduità et affetto, conoscendo che veramente tutti li di lei pensieri erano rivolti a darle gusto e instilarle ciò che poteva esserle di maggior servitio e gloria senza voler apparire d’esserle l’influsso (...)”<sup>1522</sup> Igual de elocuente que las expresiones que acabamos de referir sería el interés de la soberana por alentar el desarrollo de un trato más fluido y personal, esto es no sujeto a la intervención de los secretarios ducales, entre la camarera mayor y los duques de Saboya: «Je prendre la liberté de vous dire qu’elle [la camarera mayor] mérite fort que vous ayes de las bontés pour elle -escribió María Luisa a su padre-, ainsi si vous vouliés lui écrire de tems en tems de votre main, cela vaudroit mieux que cens milles lettres de secrétaires, pourveu que cela ne vous incommode pas (...) et si vous le faites, vous me feres un grand plaisir (...)»<sup>1523</sup> Consciente de los importantes servicios que Ursinos le rendía, María Luisa aspiraba a que los duques otorgasen a la dama algunas muestras de favor, cuestión nada baladí si tomamos en cuenta la oposición inicial de Víctor Amadeo II a la designación de la princesa en calidad de camarera mayor.

Desde estas perspectivas resulta indudable que antes de la llegada del cardenal d’Estrées a Madrid Ursinos había consolidado de manera definitiva su posición junto a la reina. Merced a su proximidad a la soberana, a su discreción a la hora de ejercer las funciones que Versalles le había encomendado y a la escasa familiaridad de la consorte con las mujeres españolas de la cámara, la princesa logró forjar una relación con la

<sup>1521</sup> Operti a Madame Royale. Madrid, 22 de noviembre de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49.

<sup>1522</sup> El mismo al duque de Saboya. Madrid, 30 de noviembre de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48.

<sup>1523</sup> La reina al duque de Saboya. S. f., [posterior a julio de 1702]; la misma a la duquesa Ana. Barcelona, 24 de enero de 1702. *Ibid.*, LPD, Mazzo 26. La existencia de este intercambio epistolar “de puño y letra” entre el duque y Ursinos fue reconocido por Víctor Amadeo II en su correspondencia diplomática con Operti. El duque de Saboya a Operti. Turín, 21 de diciembre de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 50.



reina, no exenta de afecto y complicidad, que aseguró su futuro en España (recuérdense las misivas de Operti en las que este indicaba que la princesa se dirigía a María Luisa como una madre haría con su hija).<sup>1524</sup> Según veremos a continuación fueron precisamente el componente emocional de estos vínculos, junto a la inclusión de la reina en las críticas suscitadas tras la crisis del Despacho, los factores que terminaron de quebrar la armonía que teóricamente había de reinar entre la consorte y el embajador francés. En opinión de María Luisa la probidad de la conducta de la camarera mayor durante la crisis no dejaba lugar a dudas, como así lo expuso a Luis XIV en la misiva citada más arriba con fecha de 18 de febrero de 1703:

«(...) Le cardinal n'est pas plus en droit d'attaquer la conduite de la princesse des Ursins -escribió la reina a Luis XIV-; *je luy dois la justice d'avouer que je me suis toujours fort bien trouvé de ses conseils* et que son bon esprit et sa conduite l'ont fait estimer de tout le monde en ce pays cy. Je dois dire de plus que son zèle est infini pour Votre Majesté, et qu'elle n'a jamais désiré autre chose, si ce nest que le Roi et moi fussions autant touchés que nous le devons être de la tendresse dont vous nous honorez.»<sup>1525</sup>

Empero, fue la decisión de Versalles de aceptar la retirada de la princesa a Roma la que agravó irremisiblemente la situación en Madrid. En efecto, apenas estalló la crisis del Despacho la camarera mayor anunció su decisión de abandonar la corte española.<sup>1526</sup> La reacción de la dama y el aparente beneplácito de Luis XIV a sus intenciones<sup>1527</sup>, tuvieron la particularidad de radicalizar el antagonismo entre la reina y los D'Estrées, a quienes María Luisa no solo culpabilizó de la “injusta” caída en desgracia de la favorita, sino también de los inconvenientes que esta situación había de generar en su entorno y cotidianeidad. A saber: la designación de la sustituta de Ursinos, posibilidad que la reina afrontaba con cierta inquietud tal vez porque entendía que la elección de la nueva camarera mayor se vería influida por D'Estrées:

«(...) ie ne scai ce que ie ferai quand la Princesse s'en sera allée et qu'on m'aura mis a sa place quelque espagnole ou françoise qui me ferat enrager du matin jusqu'au soir, avec qu'il faudra que ie soit toujours sur mes

<sup>1524</sup> Operti a Madame Royale. Madrid, 2 de noviembre de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49.

<sup>1525</sup> La reina a Luis XIV. Madrid, 18 de febrero de 1703. AA. EE., CPE., t. 122, fol. 138r. La cursiva es nuestra.

<sup>1526</sup> Ursinos a Luis XIV. Madrid, 8 de febrero 1703, L. TR., III, pp. 16-17; SSBL, XI, p. 495. La misma a la mariscal de Noailles. Madrid, 22 de febrero de 1703. GEFFROY, A. (ed.): *Lettres inédites...*, pp. 135-138. Pucci al gobierno de Florencia. Madrid, 1 de marzo de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991.

<sup>1527</sup> A decir del abate d'Estrées la princesa no pensaba seriamente en abandonar el cargo, como lo demostraban los continuos retrasos en la fecha de su partida de Madrid. Abate d'Estrées al cardenal Gualterio. Madrid, 3 de marzo de 1703. B. L., Add. Mss., 20359, fols. 7r.-v.

gardes et qui me fera tous les pièges qu'elle pourra. Voilà dans quelle  
[sic] etat ie suis, ie vous en laisse à en juger (...).»<sup>1528</sup>

En segundo lugar introdujo un nuevo componente de inestabilidad en las relaciones francoespañolas: la continuidad del propio D'Estrées al frente de la embajada gala, tan cuestionada como la permanencia en España de la propia princesa.

«(...) vous m'ostez la princesse des Ursins, quoyque grand soit ce coup pour moy, je le recevray sans m'en plaindre s'il venoit de vostre main - continuaba la reina en su carta a Luis XIV-. Mais, quand je pense que c'est l'effect de l'artifice du Card[ina]l. et de l'abbé d'Estrées, je vous advoue que je suis au désespoir. Il faut avouer que c'est un grand malheur pour le Roy vostre petit-fils que vous ayez envoyé de si meschants espoirs auprès de luy et c'est un plus grand tourment pour moy d'estre forcez à les voir. Je ne demande plus que V. M. ordonne à la Princesse des Ursins de rester auprès de moy, *puisque vous n'avez eu aucun esgard à tout ce que je me suis l'honneur de vous escrire sur ce sujet et, que sans entrer dans ma sensibilité, vous en avois décidé autrement; mais je vous demande de me délivrer de la veüe de ce deux hommes, que je regarderay toute ma vie comme mes plus cruels ennemis.*»<sup>1529</sup>

Así pues María Luisa acogía con relativa sumisión la marcha de la camarera mayor, pero culpabilizaba de ella implícitamente al propio Luis XIV quien, lejos de creer en las informaciones que ella misma le había remitido acerca de la situación, había optado por confiar en las “falsedades” vertidas en los despachos del cardenal. En razón de ello, si bien la consorte se mostraba dispuesta a seguir las órdenes del monarca en lo relativo a la princesa, colocaba a este en una difícil disyuntiva al plantear en contrapartida la destitución del embajador. En su siguiente misiva al rey de Francia la reina rebajó de manera considerable el tono de sus expresiones, pero no abandonó sus exigencias: «La princesse des Ursins, en qui j'avois mis toute ma confiance, est forcée à m'abandonner (...). Je ne puis cependant la forcer à rester; car je ne comprends que trop qu'il n'y a que vous qui puisse guérir mon esprit sur les outrages qu'on lui a faits et sur ce qu'elle a à craindre tant qu'il y aura ici de gens qui inventeront toute sorte de faussetés pour achever de la perdre.»<sup>1530</sup>

Una de las cuestiones más importantes que la reina planteaba en las misivas que dirigió a Versailles era su identificación con la causa de la princesa. Al igual que esta María Luisa se consideraba, junto con su esposo, víctima de las calumnias del cardenal: «des mêmes personnes qui la persécutent [a Ursinos] avec tant d'injustice -escribió-,

<sup>1528</sup> La reina al duque de Saboya. Madrid, 28 de febrero de 1703. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

<sup>1529</sup> *Ibidem*, fol. 138v. La cursiva es nuestra.

<sup>1530</sup> La reina a Luis XIV. Madrid, 8 de marzo de 1703. AA. EE., CPE., t. 122, fol. 305v.; recogida también en SSBL, XI, p. 496; L. TR., III, p. 31.

après nous avoir manqué de respect au roi et à moi, ont encore eu le pouvoir, par leurs impostures, de faire passer auprès de vous pour un ingrat, un présomptueux, un efféminé, un prince que j'aime autant qu'il est aimable, et qui est votre petit-fils (...).»<sup>1531</sup> El sentimiento de común hostilidad hacia el embajador francés, añadido a la escasa credibilidad y comprensión que Versalles otorgaba a sus cartas, otra sensación que también compartían los reyes y la princesa, tuvo la consecuencia de reforzar los vínculos entre estos tres personajes: «Je vous assure que ie suis bien enragé contre les Etrée [sic] -confesó María Luisa al duque de Saboya- qui m'aute[nt] ce qui faisoit ma consolation et toute cela *par cens milles sottises qu'ils ont eut l'insolence d'ecrire en France, où ils se laissent si bien tromper car assurément si on faisoit une fois connoitre la verité au roy ie suis sure qu'il ne feroit pas en aller la P[rincesse] des Ursins (...).*»<sup>1532</sup>

El problema en este punto radica en el valor que otorguemos al testimonio de los reyes tras la crisis del Despacho. Louville, a semejanza de los D'Estrées, no dudaba de que este emanaba directamente de la princesa, de ahí la escasa credibilidad que le otorgaba: «Ne croyez pas un mot des lettres que vous recevrez du roi et de la reine d'Espagne à son sujet [de Ursinos], c'est elle qui les a dictées (...)», advirtió a Torcy.<sup>1533</sup> El razonamiento del marqués fue seguido en buena medida por la historiografía clásica en su afán por poner de manifiesto tanto las intrigas de la camarera mayor a lo largo de 1703, como la existencia de la relación desigual, interesada y politizada, entre Ursinos y la reina a la que ya nos hemos referido. A decir verdad el que la propia princesa reconociese su participación en la correspondencia de Felipe V no contribuyó a disipar las dudas de Versalles respecto al papel que había jugado a lo largo de la crisis.<sup>1534</sup> Ahora bien, ¿justifican las afirmaciones mencionadas más arriba que pasemos por alto la totalidad del contenido de la correspondencia de los monarcas? Hacerlo implicaría, a nuestro modo de ver, analizar la situación de la corte española en términos absolutos, alejándonos de los matices que deben barajarse en

<sup>1531</sup> *Ibidem*. Esta misma idea fue defendida por los reyes en diferentes audiencias con Operti. Operti al duque de Saboya. Madrid, 29 de marzo de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1532</sup> La reina al duque de Saboya. Madrid, 28 de febrero de 1703. *Ibid.*, LPD., Mazzo 26.

<sup>1533</sup> Louville a Torcy. [S.l., n. d.], marzo de 1703, recogida en LOUVILLE, II, p. 26.

<sup>1534</sup> «Je ne nie pas que je ne voie la pluspart des lettres de leurs M[ajestez]; mais je puis vous assurer que je ne les fais pas; et, pour celle dont vous me parlez, elle auroit esté encore bien plus forte si je n'avois fait supprimer des articles entiers qui marquoient davantage son ressentiment contre MM. d'Estrées. Je changeai aussi quelque chose à l'arrangement, parce que le Roi eut la bonté de me l'ordonner (...). Il ne semble pas non plus que le Roi puisse trouver mauvais que je retouche les lettres de LL. MM., lorsqu'elles les ont faites. Je ne prends cette liberté que pour former leur style, autant qu'il m'est possible (...). Faites-moi l'honneur néantmoins de me marquer si je dois m'en abstenir (...)» Ursinos a Torcy. Madrid, 10 de abril de 1703, recogida en L. TR., III, pp. 44-45.

toda investigación histórica. La juventud e inexperiencia de los reyes resultan innegables, ¿pero debemos colegir de ambas cualidades que carecían de facultad de discernimiento o que no estaban capacitados para juzgar la situación que ellos mismos estaban presenciando en la capital española? En este sentido no hay que olvidar que buena parte de las críticas de Felipe V y María Luisa de Saboya hacia el cardenal respondieron, en un primer momento, a actitudes que este había mantenido frente a los monarcas: *verbigracia* su reacción al verse excluido del Despacho o el talante autoritario evidenciado por el prelado. Es decir, se basaban en hechos concretos experimentados por los reyes, en cuya narración Ursinos podía influir, cierto, intervenir para alentar, o mantenerse neutral, ante la progresiva hostilidad entre Felipe V, la consorte y el cardenal. Sin embargo, no puede acusarse a la camarera mayor de alterar la base en sí de los acontecimientos. La desafortunada reacción del embajador en sus primeras audiencias con los soberanos, que tanto desagradó a María Luisa según hemos visto, como su posterior actitud, constituían cuestiones cuya responsabilidad debe achacarse únicamente a D'Estrées, no a la camarera. Es por ello que entendemos que cargar las tintas en las intrigas de la princesa, en el ascendiente que ejercía sobre la joven reina, y a través de ella sobre Felipe V, contribuiría a justificar en cierta medida la manera en que el cardenal afrontó los sucesos de 1703; a convertir a este en víctima de la constante manipulación a la que la dama sometía a los reyes, minimizando por este medio la responsabilidad que el embajador, el abate o incluso Louville tuvieron en el desarrollo y radicalización de los acontecimientos.

Visto retrospectivamente el posicionamiento de María Luisa de Saboya en esta coyuntura resultó lógico. Por una parte debemos recordar que la reina aprobaba las propuestas realizadas por la camarera mayor tras el regreso de Felipe V de Italia, como también que estaba convencida de la buena fe con la que Ursinos había sugerido su implantación. Por la otra, los vínculos de la reina con la princesa eran a la sazón tan estrechos que los ataques de D'Estrées a la dama tenían forzosamente que enturbiar su relación con la consorte. Tanto más cuando, a ojos de María Luisa, el embajador malinterpretaba el sentido de las alteraciones sugeridas por la camarera mayor y enturbiaba con sus despachos a Versalles no solo ya la reputación de la dama, sino también la de los propios reyes. A nuestro modo de ver el problema del cardenal y la princesa fue su dificultad para coordinar la potencialidad de las respectivas posiciones que habían de ocupar en el *entourage* de los monarcas. Una posibilidad que el estallido

de la crisis del Despacho hizo del todo punto imposible y que, a *posteriori*, incrementó la dificultad del embajador para integrarse en el círculo regio, sobre todo una vez su rivalidad con Ursinos fue un hecho y debió afrontar además la hostilidad de la reina. Para D'Estrées no cabía duda de que la princesa había usurpado el lugar que legítimamente le correspondía junto a los reyes con el apoyo tácito de la consorte. La protección de la soberana a Ursinos era, a su juicio, el factor que impulsaba la intervención de la favorita y sus adláteres en la toma de decisiones. Según reconoció el abate en una carta dirigida al cardenal Gualterio, «le parti de la princesse» siempre prevalecería frente al embajador francés debido al dominio que la camarera mayor ejercía sobre María Luisa.<sup>1535</sup> De ahí la importancia de destituir a la primera y quebrar así el tándem formado por ambas mujeres. Pucci, el enviado florentino en Madrid, llegó a una conclusión parecida. En una misiva dirigida a su gobierno a comienzos de febrero de 1703, el diplomático reconoció que en la pugna entre Ursinos y los D'Estrées la princesa tenía las de ganar y terminaría por devenir una gran figura “in questo governo (...) appoggiate sul favore de la Regina e della compiacenza che ha il Re verso il gusto di S. Maestà”.<sup>1536</sup> Aunque ambos testimonios coinciden en señalar la transcendencia que tuvo el posicionamiento de la reina a favor de la princesa durante la crisis, difieren al valorar la naturaleza de los vínculos que unían a las dos mujeres. Así, mientras que el abate da por sentado la existencia de una relación desigual, en la que la camarera mayor se habría convertido en «maîtresse de l'esprit de la reine», Pucci se muestra más cauto y define la misma (al igual que hacía Operti) mediante el término favor, que no tiene por qué entrañar una circunstancia de dominio y/o manipulación. Conviene tener presente esta doble percepción porque alentó las dudas de Versalles respecto a la idoneidad del influjo que la princesa ejercía sobre María Luisa de Saboya, además de que nos permitirá comprender la vacilante actitud de Luis XIV al abordar el destino de Ursinos y la pertinencia o no de su continuidad en España.

*-María Luisa de Saboya ante Versalles: ¿una imagen distorsionada?* Según avanzamos en el primer epígrafe de este capítulo la crisis del Despacho afectó de manera directa a la imagen de María Luisa de Saboya al otro lado de los Pirineos. En su intercambio epistolar con la reina Luis XIV minimizó de forma consciente la opinión que le mereció

---

<sup>1535</sup> «[Elle] est maîtresse de l'esprit de la reine». Abate d'Estrées al cardenal Gualterio. Madrid, 27 de marzo de 1703. B.L., Add. Mss., 20365, fol. 11v.

<sup>1536</sup> Pucci a su gobierno. Madrid, 9 de febrero de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991.

su conducta en esta coyuntura.<sup>1537</sup> Empero, este hecho no debe llevarnos a pensar que la soberana fue exonerada de toda responsabilidad en el desarrollo de los sucesos de enero de 1703. A decir verdad el contenido de los despachos de los D'Estrées y Louville desvirtuó la reputación de la consorte ante Versalles e influyó en la percepción del gabinete francés respecto al papel que esta desempeñó en el marco de la crisis. Todo parece indicar que fue tras el retorno de Vazet de Francia, a donde recuérdese viajó a instancias de la reina y Ursinos, cuando la soberana conoció el verdadero calado de las acusaciones vertidas en su contra: «A l'arrivée de Vazet, on versa beaucoup de pleurs (...)», escribió Louville.<sup>1538</sup> En efecto, el regreso del ayuda de la furriera a la capital no solo confirmó a los reyes y a la camarera mayor la reincorporación de D'Estrées al Despacho y la retirada de la princesa a Roma<sup>1539</sup>, también les permitió conocer tanto el malestar de la corte francesa ante los desórdenes producidos en Madrid, como el grado de implicación que se atribuía a ambas mujeres en la evolución de los mismos: «De la façon qu'il [Vazet] m'a parlée, il croit sa maîtresse perdue [Ursinos] (...). *Il m'a dit des choses de la reine fort singulières et qui ne peuvent s'écrire* (...)», reconoció Louville en otra de sus misivas.<sup>1540</sup>

Si el marqués se mostraba un tanto críptico en sus referencias a María Luisa, el intercambio epistolar de Operti con la corte de Turín aporta datos más precisos acerca de la manera en que Versalles juzgó la participación de la consorte en la crisis del Despacho. De acuerdo con el contenido de una de las cartas de Víctor Amadeo II al comendador, el gabinete francés culpabilizaba a la reina y a la camarera mayor de los problemas que D'Estrées había debido afrontar prácticamente desde los inicios de su embajada. Según el duque había podido saber a través de Vernon, Luis XIV y sus ministros atribuían a ambas mujeres la hostilidad de Felipe V hacia cardenal, hasta el punto de creer que había sido María Luisa, a instancias de Ursinos, quien habría forzado al monarca a escribir al rey de Francia solicitando la destitución del

<sup>1537</sup> Para un desarrollo en profundidad de este aspecto véase el epígrafe siguiente.

<sup>1538</sup> Louville a Torcy. Madrid, 28 de febrero de 1703. SSBL, XI, p. 515; «Le roi, la reine et la princesse ont beaucoup pleuré à l'ouverture des lettres, car ce sont trois têtes dans un bonnet.» Louville al duque de Beauvilliers. El mismo a Beauvilliers. Madrid, 22 de febrero de 1703, recogida en *Ibidem*, p. 514

<sup>1539</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, pp. 281-282. El contenido de estas misivas fue el que provocó la carta que María Luisa dirigió a Luis XIV el 18 de febrero de 1703 y que hemos citado en el punto a).

<sup>1540</sup> Louville a Beauvilliers. Madrid, 22 de febrero de 1703. SSBL, XI, p. 513-514. La cursiva es nuestra. Muy probablemente fue Harcourt quien puso a Vazet al tanto de la reacción del gabinete de Versalles ante la crisis del Despacho. Según dijimos en el capítulo anterior, el ayuda de la furriera tenía órdenes de entrevistarse con el antiguo embajador francés quien, a su vez, fue recibido en una larga audiencia por Luis XIV el 9 de febrero de 1703, es decir, apenas cuatro días después de que Vazet llegase a Versalles. DANGEAU, IX, p. 115.

diplomático.<sup>1541</sup> Semanas después Operti profundizó en esta cuestión en otro de sus despachos a Turín. En palabras del enviado saboyano el descontento de Versailles radicaba tanto en la escasa firmeza que el Rey Católico había mostrado frente a su esposa desde su regreso a la corte, como en su incapacidad para mantenerla al margen de la rivalidad entre el embajador francés y la camarera mayor. En Francia, concluyó, atribuían a María Luisa un dominio absoluto sobre Felipe V, similar al que ejercía “la Regina passata [sopra] Carlo Secondo”, si bien se apresuró a añadir en favor de la primera: “pero doverebbbero rallegrarsene (...) perché quella [Mariana de Neoburgo] tirava meramente a suoi fini interessati e particolari e la nostra non desidera nulla per se, ma tutto per il maggiore servizio del Re, delle Due Corone e beneficcio de suoi Vassalli (...).”<sup>1542</sup>

Varias son las conclusiones que podemos extraer de los testimonios citados. En primer lugar conceden a Maria Luisa una plena responsabilidad en la radicalización de los acontecimientos posteriores a enero de 1703, debido no solo a su oposición a los D'Estrées sino también a la protección que habría otorgado a Ursinos en el contexto de su rivalidad con el cardenal. En segundo lugar, y en relación con el punto anterior, evidencian una percepción absolutamente negativa de los lazos que unían a la reina con la princesa, entendidos como un factor capaz de poner en riesgo la influencia de Francia sobre la Monarquía Hispánica y, por la añadidura, la comunión de intereses entre las Dos Coronas. En tercer lugar volvían a traer a colación anteriores suspicacias en cuanto a la potencialidad del ascendiente que María Luisa ejercía sobre Felipe V y, con ellas, el debate acerca de la necesidad bien de coartar tal influjo, bien de imponer un férreo control al mismo. Ello pasaba pasaba, en ambos casos, por la destitución de la camarera mayor y el reforzamiento de las prerrogativas del cardenal d'Estrées en tanto que embajador de Luis XIV en la capital española. Por último observamos un cierto menoscabo de la reputación que la soberana había adquirido al otro lado de los Pirineos. Si su etapa al frente de la gobernación contribuyó a vertebrar la imagen de una reina dedicada a la mayor gloria del monarca y cercana al ideal de consorte preconizado desde Versailles, la crisis del Despacho tuvo la particularidad de cuestionar tanto la parcialidad de María Luisa de Saboya hacia Francia (su siempre dudosa

---

<sup>1541</sup> El duque de Saboya a Operti. Turín, 21 de marzo de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 50. Por su parte la duquesa de Beauvilliers confirmó a Louville el mal efecto que habían causado en Versailles las cartas de los reyes de España en las que se solicitaba el cese de D'Estrées. La duquesa de Beauvilliers a Louville. Marly, 9 de marzo de 1703, SSBL, XI, p. 515.

<sup>1542</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 22 de marzo y 12 de abril de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

francofilia), como su ambición por participar en la toma de decisiones amparada en la debilidad de carácter de Felipe V. Es decir, volvió a poner de relieve el temor a que la actual pareja reinante reprodujese patrones de conducta semejantes a los que habían caracterizado la relación entre Carlos II y Mariana de Neoburgo, abiertamente censurada por Luis XIV en su correspondencia a finales de 1701.

Otra cuestión diferente es el efecto que tuvieron estas opiniones, así como la credibilidad que se les otorgó en Versalles, sobre el comportamiento posterior de la reina. En el punto a) hemos visto cómo María Luisa, recién descubiertos los “cargos” que se le imputaban, realizó una emotiva defensa de los principios que vertebraban su relación con el rey (básicamente su compromiso activo con la causa del monarca en el conflicto sucesorio y lo desinteresado de los consejos que en todo momento le había tributado). A lo largo de las semanas siguientes la soberana perseveró en su voluntad de refutar las informaciones que habían llegado a Francia respecto a su conducta. Buena prueba de ello la encontramos en una memoria, redactada de su puño y letra, que la reina incluyó en una de las misivas de Ursinos a Torcy y que llevaba el elocuente título: «Relation de ce que le Roi a fait les premiers jours de son arrivée, et aussi à quoi il s'occupe à présent». Visto en su totalidad, el documento constituía una apología del comportamiento del Rey Católico desde su regreso de Italia. En el mismo, Felipe V aparecía bajo las trazas de un monarca completamente opuesto a la imagen que de él habían evidenciado anteriores informes. Un soberano próximo a las expectativas que Luis XIV albergaba respecto a su nieto y que aparecían recogidas en las instrucciones recibidas por los sucesivos embajadores franceses en Madrid (Marcin y el cardenal d'Estrées por ejemplo):

«Ce que le Roi fait présentement est de tenir son *Despacho*, matin et soir, sortir très fois la semaine en public, dans chapelle ; disner deux fois la semaine en public, donner deux fois la semaine des audiences publiques, aller tous les matins dans tout son appartement voir toute sa Cour, aller à la chasse presque tous les jours, et mesme par le mauvais tems; et donner des audiences particulières à tous ceux qui le veulent, et s'aller promener en carrosse ou à pied tous les dimanches et festes, qui sont jours qu'il ne va pas à la chasse.»<sup>1543</sup>

---

<sup>1543</sup> AA. EE., CPE., t. 116, fol. 127r.; la misiva de Ursinos a Torcy, fechada en Madrid, 8 de marzo de 1703, incluía también un añadido de D'Aubigny que reforzaba el testimonio de la reina: «Depuis que le Roy est à Madrid, il a entré dans sept ou huit couvents de religieuses avec la Reine; il a esté à plusieurs autres églises où le Saint-Sacrement estoit exposé. S. M., suivant l'usage, donne tous les vendredis une longue audience au président de Castlle, et tant de gens sont receus aux audiences secrètes qu'il y a desjà plus de trois semaines que le comte de Benavente a représenté à M[ada]me la Pr[incesse] des Ursins qu'il y avoit du danger à exposer la personne du Roi, si facilement, au premier qui se présente. C'est avec raison, car on ne la refuse à personne», recogida en L. TR., III, pp. 35-36.



Con todo, si bien la «Relation...» de la reina se centraba en exclusiva en el rey, no es menos cierto que su contenido entrañaba implícitamente la justificación de algunas de las acusaciones más serias que recaían sobre la consorte a la sazón. En concreto, las informaciones de los D'Estrées, pero sobre todo de Louville, en cuanto a la “esclavitud” y aislamiento a los que María Luisa había sometido a Felipe V desde enero de 1703. Como acabamos de apreciar el monarca no solo era capaz de ejercer el gobierno por sí mismo desde el Despacho, sino que también, en conformidad con los deseos de Luis XIV, se exponía en público ante sus súbditos y participaba en las partidas de caza a las que tan aficionado era. Por inocua que pueda parecernos esta última alusión no resultaba inocente en el texto citado. No en vano, Louville sostenía que, en su tiranía, la reina había llegado hasta el punto de prohibir al monarca la práctica cinegética, ocasión en la que este tenía la oportunidad de rodearse del abate d'Estrées y otros miembros de la “familia” francesa.<sup>1544</sup>

Llegados a este punto cabe preguntarse por la veracidad de los testimonios que circularon desde Madrid a Versalles sobre María Luisa de Saboya. En cierta medida las consideraciones de Louville y los d'Estrées acerca de los motivos que llevaron a la soberana tanto a intervenir en la crisis del Despacho como a oponerse al embajador francés, no dejaban de ser interpretaciones personales basadas en suspicacias que, en algunos aspectos, eran anteriores a los sucesos de enero de 1703. Ciertamente es innegable que la reina se mostró partidaria de excluir al cardenal del gobierno de forma oficial, que no oficiosa: ella misma lo reconoció en las cartas que envió a Madame Royale y Luis XIV. Ahora bien, no existen indicios para estas fechas, al margen de la correspondencia de Louville o los D'Estrées, de que el posicionamiento de la consorte en esta coyuntura estuviera determinado por la francofobia o la ambición de ejercer el poder por sí misma en connivencia con Ursinos. A nuestro modo de ver ambas ideas tenían su raíz en 3 factores relacionados: a) los prejuicios que suscitaban los orígenes dinásticos de la consorte (esto es, la creencia de que Víctor Amadeo II habría inoculado a su hija su propia francofobia); b) el recuerdo, aún vivo, de la actitud mostrada por María Luisa durante el incidente de Figueras; y c) los estrechos vínculos que unían a la reina con la camarera mayor, a la que a su vez se atribuía un marcado interés por intervenir en la escena política y un dominio notable de las intrigas palatinas (ambas cualidades herencia de su pasado romano).

---

<sup>1544</sup> Véase el capítulo siguiente.

Por otra parte, si confrontamos el contenido de las misivas de Louville con los despachos que en las mismas fechas enviaron a sus respectivos gobiernos algunos de los embajadores destinados en Madrid, es posible matizar un tanto el testimonio del marqués. Tal es lo que observamos de la lectura de la correspondencia de Pucci, el enviado florentino en la corte española. Los informes que este remitió a Florencia entre el 25 de enero y el 8 de marzo de 1703 corroboran la versión de la reina en cuanto a las actividades de Felipe V, al tiempo que añaden otras informaciones relativas a la propia cotidianeidad de la consorte. Así, al divulgado enclaustramiento del monarca en los aposentos de su esposa el diplomático toscano contraponía la frecuente asistencia del rey a actos públicos de carácter religioso o a diferentes partidas de caza en los cotos reales de la Casa de Campo, la Zarzuela y el Pardo. En algunas de estas ocasiones es cierto que María Luisa acompañaba a Felipe V, pero con frecuencia esta se solazaba mientras tanto con comedias italianas o en los jardines del Buen Retiro, donde más tarde se le unía el monarca.<sup>1545</sup> Como veremos en el capítulo siguiente, María Luisa de Saboya y Ursinos fueron conscientes de la importancia de controlar los contactos del rey en esta etapa de la crisis; pero entre este hecho y la imagen de un “Felipe V secuestrado” hay notable diferencia.

Desde estas perspectivas volveríamos a encontrarnos de nuevo con los problemas generados por la credibilidad que el gabinete de Versalles concedió a los despachos del cardenal y sus acólitos por encima de la versión de los acontecimientos esbozada no ya por la camarera mayor, sino por los propios reyes. La preocupación de la soberana ante el creciente desprestigio de su reputación, consecuencia precisamente de la veracidad que se adjudicaba allende los Pirineos a los aspectos más negativos de su imagen, fue *in crescendo* desde finales de febrero de 1703. Pasada su primera reacción ante Luis XIV, que incluía abiertos reproches hacia el soberano galo, la reina empleó diferentes medios para conocer «tout ce que l'on disoit [à Versailles] de toutes nos affaires et de quelle manière on parloit du Roy, de la P[rincesse] des Ursins et de moi

---

<sup>1545</sup> Pucci a su gobierno. Madrid, 25 de enero, 1, 8 y 15 de febrero y 8 de marzo de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991. Una visión parecida a la del diplomático, que incide además en la exhibición de Felipe V ante sus súbditos, la encontraríamos en las Gacetas del periodo: «Le Roy prend souvent le divertissement de la chasse aux environs de cette ville; et il y a eu au Palais des Comédies et d'autres réjouissances du Carnaval. Le 11 de ce mois, il devoit aller à la Chapelle, mais il n'y alla pas à cause qu'on a trouvé que la coupole menaçoit ruine. Ce jour-là Sa Majesté dîna en public, ce qu'elle continua à faire deux fois la semaine, donnant permission à toute la noblesse d'entrer pour luy faire la Cour (...).» Madrid, 18 de febrero de 1703, recogido en *Recueil des Nouvelles ordinaires...*, París, MDCCIV, p. 113.

(...).»<sup>1546</sup> Entre ellos destacaría, por ejemplo, el interés de María Luisa de Saboya por convertir a Madame la duquesa de Orleáns (madrastra de la duquesa Ana) en su confidente en la corte de Francia. Una estrategia que resultó a la postre ineficaz, a causa de la reticencia de la dama a plegarse al papel que la consorte pretendía adjudicarle<sup>1547</sup>, pero que reflejaba no solo la inquietud de la soberana ante las informaciones que circulaban a uno y otro lado de los Pirineos, sino también la importancia que concedía al hecho de contar *in situ* con un interlocutor relativamente imparcial (Madame se mantenía en excelentes términos con la consorte), capaz de proporcionarle información de primera mano de cuanto se rumoreaba en Versailles.<sup>1548</sup>

La incertidumbre en que María Luisa se encontraba afectó con el tiempo a su salud y a su estado de ánimo. Desde mediados de marzo de 1703 la correspondencia diplomática se hizo eco de los reiterados accesos de fiebre sufridos por la consorte. Aunque Pucci no aludía al origen de las dolencias de la reina, sino que se limitaba a informar de ellas, otros personajes de la corte de Madrid no dudaron en señalar la causa.<sup>1549</sup> Para Operti, al igual que para la princesa de los Ursinos, la raíz de los males de la soberana se encontraba en la conflictiva relación que tanto ella como Felipe V mantenían con D'Estrées.<sup>1550</sup> «Il ne s'est point passé de jour, depuis ce temps-là, qu'elle [la reina] n'ait fait des réflexions plus sérieuses (...) -confesó Ursinos- *sur tout ce qui peut lui arriver de désagréable, quand on croira, préférablement à elle et au Roi, des gens qui*

<sup>1546</sup> La reina a la duquesa Ana. Madrid, 29 de marzo de 1703. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

<sup>1547</sup> «Elle [Madame] passe sur ce chapitre, on ne peut plus légèrement, disant qu'elle est dans les limbes, ne sachant rien de tout ce qui se passe, il semble qu'elle ne veuille point entrer en conversations avec moi sur ce sujet et qu'elle ne veut en aucunes façons m'ouvrir son cœur. Je vous avoue, ma chère maman, que ie n'attandois pas cela d'elle.» La reina a la duquesa de Saboya. Madrid, 29 de marzo de 1703. *Ibidem*. La carta completa aparece también citada en PEREY, L.: *Une reine...*, pp. 286-290.

<sup>1548</sup> Gracias a los estudios de Van der Cruysse sabemos que Madame se carteaba semanalmente con María Luisa de Saboya, si bien desgraciadamente la correspondencia de ambas mujeres no parece haberse conservado. VAN DER CRUYSSSE, D.: *Madame Palatine*. París, 1989, p. 221. Acerca de la relación de la reina con la duquesa de Orleáns, véase LÓPEZ ANGUITA, J. A.: «La imagen de Felipe V y su entorno palatino a través de la correspondencia de Madame la duquesa de Orleáns», en MARTÍNEZ MILLÁN, J., CAMARERO BULLÓN, C. y LUZZI TRAFICANTE, M. (coords.): *La corte de los Borbones...*, II, pp. 1144-1149.

<sup>1549</sup> Pucci al gobierno florentino. Madrid, 29 de marzo de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991; también «Lettre de Madrid, 17 Mars 1703». A. N., K/1332, fol. 194r.

<sup>1550</sup> Operti a Madame Royale. Madrid, 22 de marzo de 1703; el mismo a la duquesa Ana. Madrid, 29 de marzo de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 49. El mismo al duque de Saboya. Madrid, 15 de marzo de 1703. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48. «La reine est dans son deuxième accès de fièvre tierce. Cette princesse, depuis les réprimandes que le Cl. d'Estrées a attirées au Roi son mari, a diminué à vue d'œil, et toute la cour s'en est aperçue. J'espère que cette maladie ne sera rien; mais évitez de lui donner des chagrins mal fondés (...)» Ursinos a Torcy. [S.l.], 14 de marzo de 1703, recogida en L. TR., III, p. 34.

*veulent estre les maistres et qui ont intérêt à la rendre suspecte (...).*»<sup>1551</sup> «Je souffre des peines si cruelles -escribió la propia María Luisa a Luis XIV- depuis le retour du roi, et l'on m'en prépare tant d'autres, que, si Votre Majesté n'a la bonté de me protéger, je serai effectivement la plus malheureuse princesse du monde.»<sup>1552</sup> Esta misiva de la consorte cerraba el círculo y planteaba, aunque de manera más suave que con anterioridad, la misma exigencia al monarca galo: la destitución del cardenal al frente de la embajada, un problema con el que el gabinete francés habría de lidiar a lo largo de toda la primavera.

En definitiva, y al margen de la parcialidad de las informaciones que respecto a María Luisa de Saboya circularon a uno y otro lado de los Pirineos, evidente en algunos puntos, lo interesante de ellas es que desempeñaron un papel fundamental en el alineamiento de la reina junto a la camarera mayor y sus adláteres. En los puntos a) y b) hemos apreciado cómo las críticas vertidas por los D'Estrées contra la princesa, que la consorte definía con el elocuente término de “calumnias”, determinaron en buena medida la protección que María Luisa tributó a la dama en su desgracia y, en consecuencia, su hostilidad hacia el cardenal. A lo largo del punto c) hemos pretendido poner de manifiesto que tal protección, junto a la participación de la soberana en la crisis del Despacho, tuvo un doble efecto: por un lado, desvirtuó la imagen de la consorte ante la corte de Versalles y volvió a poner de manifiesto los aspectos más nocivos de la potencialidad del ascendiente que ejercía sobre Felipe V; por el otro, la inclusión de la reina en las críticas que suscitaba el estado de la corte madrileña favoreció necesariamente la implicación de María Luisa en los hechos posteriores a la crisis del Despacho. A nuestro modo de ver las misivas de la soberana a Francia no deben entenderse exclusivamente como una defensa de la princesa; tampoco como un relato, influido por esta última, que recogería punto por punto la versión de la dama respecto a los sucesos de enero de 1703. Al tomar la pluma y escribir a Versalles, la consorte defendía también su reputación. Es decir, procuraba desmentir lo que consideraba como la narración parcial de unos acontecimientos en los que Ursinos estaba implicada, cierto, pero que asimismo incluían graves acusaciones que afectaban a su propia imagen allende los Pirineos. En último término, podría pensarse que la reina reclamaba una credibilidad a la que creía tener derecho precisamente en virtud de las

---

<sup>1551</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 14 de marzo de 1703, recogida en L. TR., III, p. 35. La cursiva es nuestra.

<sup>1552</sup> La reina a Luis XIV. Madrid, 8 de marzo de 1703. AA. EE., CPE., t. 122, fol. 305v.; recogida también en SSBL, XI, p. 496; L. TR., III, p. 31.

estrechas relaciones dinásticas que unían a los monarcas de España y Francia. Si bien D'Estrées era el embajador de Luis XIV en Madrid, su hombre de confianza, Felipe V no dejaba de ser el nieto del monarca y María Luisa su consorte. Los tres estaban vinculados no solo por lazos familiares sino también, según el discurso oficial, por los comunes intereses que determinaban la actuación y objetivos ambas Monarquías en la escena internacional. Así, al anteponer la versión que el diplomático realizaba de los acontecimientos a la que sus propios nietos sostenían, el monarca francés dio el primer paso en la quiebra de la frágil confianza que hasta la fecha había presidido las relaciones en el eje Versalles-Madrid. Evidentemente existieron otras razones, como veremos a continuación, que explicaron el posicionamiento adoptado por gabinete francés ante la situación de la corte y el gobierno hispanos (razones que en algunos aspectos concretos ni María Luisa de Saboya ni Ursinos fueron capaces de comprender). Empero, conviene tener presente la problemática de la “credibilidad” porque nos permitirá discernir en lo sucesivo el constante recelo de la reina ante las órdenes de Versalles.

### **La reacción de Versalles a la crisis: continuidad, firmeza y contemporización**

En los primeros meses de 1703 el gobierno francés hubo de hacer frente a la más grave crisis en las relaciones del eje Versalles-Madrid desde la entronización de Felipe V casi tres años atrás. La reacción de Luis XIV y sus ministros se caracterizó en un primer momento por la firmeza y la continuidad, combinadas más adelante, merced a la evolución de los acontecimientos, con una cierta flexibilidad que cristalizó en un talante más conciliador ante la situación producida en la capital española. Bajo estos principios generales subyacían, asimismo, tres ideas concatenadas que tuvieron también su impronta en las decisiones adoptadas allende los Pirineos: en primer lugar la preocupación de Francia por el daño que la crisis del Despacho había causado a su prestigio ante las cortes europeas, principalmente frente a los miembros de la Gran Alianza de La Haya; en segundo lugar, y en relación con la idea anterior, la necesidad de reintegrar al embajador francés en la posición que, de acuerdo con los planes del gabinete galo, estaba llamado a ocupar en el seno del gobierno español, lo que había contribuir a restablecer el influjo y la autoridad de Luis XIV sobre la política hispana; en tercer y último lugar, la importancia de explicitar el papel que habían de desempeñar en el seno del eje Versalles-Madrid cada uno de los actores políticos que formaban parte de él dándole sentido: desde los monarcas francés y español al embajador galo, pasando por la camarera mayor y la consorte. O lo que es lo mismo: la

importancia de remarcar las respectivas posiciones que ocupaban una y otra monarquía, junto a sus soberanos, en el marco de la política dinástica auspiciada por Luis XIV, cabeza indiscutible de la Casa de Borbón.<sup>1553</sup>

Una buena forma de comprender la reacción de Versalles a la crisis consiste en analizar la respuesta del gabinete galo ante el posicionamiento adoptado por sus principales protagonistas a lo largo de la misma. Según reconoce Baudrillart Felipe V fue el más duramente tratado por Luis XIV<sup>1554</sup> en esta coyuntura, seguido por la princesa de los Ursinos y, en mucha menor medida, por el embajador D'Estrées y la reina, quienes apenas fueron reconvenidos por su actuación durante los sucesos de enero de 1703 (lo que no quiere decir que su conducta no estuviera sujeta a todo tipo de críticas, al menos en el caso de María Luisa).

En lo que respecta a Felipe V y Ursinos las misivas que recibieron de Luis XIV y Torcy respectivamente presentan ciertas concomitancias en su contenido y ejemplifican la línea dura a la que nos acabamos de referir. De entrada, la actitud de ambos durante la crisis era cuestionada con la mayor severidad. En el caso del monarca se aludía directamente a la incapacidad que había mostrado desde noviembre de 1700 para ejercer el poder; circunstancia esta última que restaba verosimilitud tanto a la resolución que tomó tras la jornada italiana como a que dicha medida partiese de él mismo. El rey, como Luis XIV afirmaba, había demostrado la suficiente inexperiencia como para caer en la “trampa” que se le había tendido: «Il y a deux ans que vous régniez et vous n'avez pas encore parlé en maître, par trop défiance de vous même (...). A peine cependant vous arrivez à Madrid, qu'on réussit à vous persuader que vous êtes capable de gouverner seul une monarchie dont vous n'avez senti jusqu'à présent que le poids excessif (...). J'étois bien éloigné de croire qu'on vous tendit un pareil piège, et qu'il fût possible de vous y faire tomber.»<sup>1555</sup> El soberano galo no explicitaba de quién había surgido la idea de que Felipe V podía gobernar sin la presencia del embajador francés en el Despacho, aunque sí lo hacía Torcy, que achacaba esta disposición al impulso de la camarera mayor: «Je vous dirai donc que le Roi [de Francia] ne voit présentement que l'exclusion de M[onsieur] le cardinal d'Estrées du *Despacho*, la résolution prise sans concert avec lui, et sans que le roi d'Espagne ait consulté qui que

---

<sup>1553</sup> BERNARDO ARES, J. M.: *Luis XIV, rey de España...*, pp. 176-180 y 235-243.

<sup>1554</sup> BAUDRILLART, I, p. 139.

<sup>1555</sup> Luis XIV a Felipe V. Versalles, 4 de febrero de 1703. A.H.N., E., leg. 2460-1, n° 1. Esta conocida carta ha sido publicada por BAUDRILLART, I, pp. 139-140 y COXE, pp. 253-255.

ce soit que vous (...). La reine appuie ce qu'il dit, et vient annoncer à tout sa cour que le roi catholique travaille seul, qu'il va seul gouverner son royaume (...); *enfin il parût que vous seule, Madame, avez conseillé au roi d'Espagne d'en user comme il a fait (...).*»<sup>1556</sup>

Delineadas las respectivas responsabilidades de Felipe V y la princesa, a continuación se abordaban las consecuencias que entrañarían no tanto ya las acciones pasadas como la continuidad de una forma de gobierno que no contaba con la anuencia del gabinete francés: «Il n'est pas nécessaire de vous dire tout ce que j'ai fait pour vous, de vous dire que j'ai préféré de vous mettre sur le trône à mes propres avantages (...). Toute l'Europe se ligue contre moi pour vous accabler; et l'Espagne, insensible aux malheurs dont elle est menacée, ne contribue en rien à sa conservation. Les peines, les dépenses, tout retombe sur moi, sans que j'aie d'autres vues que de vous soutenir contre les efforts de vos ennemis (...).» En este aspecto Luis XIV parecía seguir las recomendaciones que en su día hiciera Louville: si el Rey Católico no aceptaba la presencia de los sucesivos embajadores franceses en el Despacho, Francia se vería legitimada a firmar una paz por separado con los aliados: «Je vous aime trop tendrement pour me résoudre à vous abandonner. Vous me réduirez à cette fâcheuse extrémité si je cesse d'être informé de ce qui se passe dans vos conseils. Je ne puis y avoir part si vous retranchez au cardinal Destrées les entrées que vous lui aviez données jusqu'à présent (...) et je serai obligé de le rappeler, une ambassade ordinaire ne convenant point à un homme de son caractère et de sa dignité (...). *Mais en le retirant, je compterai uniquement ce que le bien mon royaume semble exiger de moi (...).*»<sup>1557</sup>

Las consecuencias de sus actos no eran menos graves para Ursinos. Todo parece indicar que en un primer momento Luis XIV se planteó la destitución de la camarera mayor y su sustitución por la duquesa de Medinasidonia, aunque solo si persistía en su oposición al embajador francés.<sup>1558</sup> No obstante, a diferencia de lo que apreciamos con Felipe V, cuya conducta podía excusarse merced a su inexperiencia, las acciones de la princesa parecían no tener disculpa precisamente por la proyección pública de unos hechos de los que *solo ella* era responsable. Para Torcy la cuestión no estribaba en la buena fe o no de la iniciativa propuesta por la princesa tras el regreso del monarca de la jornada italiana, aspecto en el que no entraba, sino en el evidente

---

<sup>1556</sup> Torcy a Ursinos. Versalles, 4 de febrero de 1703. AA. EE., CPE., t. 121, fol. 148r.; citada también por BAUDRILLART, I, pp. 137-138. La cursiva es nuestra.

<sup>1557</sup> Luis XIV a Felipe V. Versalles, 4 de febrero de 1703. *Ibid.* La cursiva es nuestra.

<sup>1558</sup> El mismo al cardenal d'Estrées. [S. l.], 4 de febrero de 1703, cit. por BAUDRILLART, I, p. 137.

perjuicio que esta había causado al prestigio de la diplomacia francesa «aux yeux de toute l'Europe.» Ursinos, en palabras del ministro, había abandonado desde enero de 1703 la conducta prudente que manifestase con anterioridad: «On recherche en vous cette bonne conduite, ce bon esprit dont on était si content (...);» había olvidado cuáles eran sus cometidos en calidad de camarera mayor y, lo que resultaba más significativo si cabe, el papel que debía desempeñar en el contexto de las relaciones francoespañolas en colaboración con los sucesivos embajadores de Luis XIV en Madrid: «rien ne paraît plus surprenant que de voir cette soudaine mésintelligence entre M[onsieur] le cardinal d'Estrées et vous, quand vous savez, Madame, combien l'union est nécessaire dans ce pays et dans les conjonctures où vous vous trouvez. *C'étoit principalement le fruit que l'on espéroit du poste où S. M. vous a mise.*» Aunque las instrucciones recibidas por los diplomáticos franceses no explicitaban la jerarquía que Ursinos y D'Estrées ocupaban en el seno del eje Versalles-Madrid, para el gobierno galo no cabía duda que la princesa, pese a su innegable proyección en la escena política, ocupaba una posición supeditada con respecto al embajador de Francia en España. Dicho en otras palabras: la princesa era útil por su capacidad para apoyar, secundar y alentar las políticas propugnadas por el cardenal desde el Despacho; por su condición de mediadora privilegiada ante la reina en cuestiones en las que Felipe V, debido a su personalidad, no sería capaz de decidir *por sí mismo*.<sup>1559</sup> Por lo tanto, toda iniciativa unilateral emanada de la camarera mayor, sin el consenso de D'Estrées y el beneplácito del gabinete francés, no solo era considerada inadmisible de partida sino también susceptible de censura. Es decir a diferencia del cardenal, cuya dignidad diplomática le concedía teóricamente plena potestad para intervenir en la política española (según la percepción de Versalles los embajadores galos estaban llamados a ejercer la función de ministros del Rey Católico), el poder de Ursinos necesitaría siempre de la *autorización* y *supervisión* de terceros (Luis XIV, Torcy, el propio D'Estrées) para dotarse de una base de legitimidad.<sup>1560</sup> La diferencia evidente entre el estatus de ambos personajes era la que, a la postre, convertía a la camarera mayor en una figura prescindible en el contexto de su rivalidad con el cardenal, y no al contrario como planteaban los reyes:

---

<sup>1559</sup> *RLA*, XII-II, Instrucciones del cardenal D'Estrées, punto VII, pp. 68-69.

<sup>1560</sup> Véanse al respecto las consideraciones de Michelle Coquillat en cuanto a las características del ejercicio del poder femenino, que define como un “poder oculto” dependiente de la aquiescencia de otro individuo (el varón) para materializarse. COQUILLAT, M.: «Les femmes, le pouvoir et l'influence», en KRAKOVITCH, O., SELIER, G. et VIENNOT, E. (ed.): *Femmes de pouvoir: mythes et fantasmes*. Paris, 2001, pp. 17-75, en concreto, pp. 17-26.



«Elle [Luis XIV] ne peut abandonner M[onsieur] le cardinal d'Estrées quand même elle ne seroit pas aussi content qu'elle l'est de ses services; vous savez, Madame, que tant qu'on se sert d'un ministre, il faut le soutenir. Jugez donc, s'il vous plaît, de ce que vos ennemis peuvent faire dans une occasion aussi fâcheuse.»<sup>1561</sup>

La severidad que caracterizó la reacción del gobierno francés ante Felipe V y la princesa no se hizo extensible al cardenal y a la reina. La misiva que el diplomático recibió de Luis XIV confirmaba su continuidad al frente de la embajada, si bien exigía de su parte ciertas concesiones mínimas. A saber: una mayor flexibilidad ante las características del ceremonial hispano (aunque el monarca no concretaba sus intenciones en este punto) y el abandono de toda pretensión a formar parte del Despacho sin la presencia de otros ministros españoles que atenuaran la desconfianza de la corte madrileña en cuanto al predominio de los embajadores franceses sobre el gobierno.<sup>1562</sup> Empero, al contrario de lo que ocurría con el rey y la camarera mayor, la conducta del cardenal durante la crisis no era objeto de una censura explícita sino que parecía estar justificada a ojos de Versalles.<sup>1563</sup>

Por último, y en lo que concierne a María Luisa de Saboya, Luis XIV pasaba deliberadamente por alto tanto el papel que la soberana había jugado en los sucesos de enero de 1703, como las suspicacias de la consorte hacia el nuevo embajador francés. De hecho, el monarca se mantenía firme en la creencia de que Felipe V se había visto envuelto en una “trampa” al excluir al cardenal del gabinete (volvemos a incidir en este término, «piège» en francés, porque es el que aparece en las misivas del rey a su nieto y a la reina). A la sazón, el papel de la consorte en la crisis del Despacho no era trascendente para Luis XIV en términos estrictos: al fin y al cabo las cartas dirigidas a Felipe V, D'Estrées y la camarera mayor habían de asegurar la vuelta a la normalidad en el seno del gobierno hispano, entedida obviamente según los criterios de Versalles. Sí que importaba, por el contrario, garantizar el cumplimiento y la efectividad de las órdenes recién emitidas. Para ello el monarca francés buscaba servirse de la soberana

---

<sup>1561</sup> Torcy a Ursinos. Versalles, 4 de febrero de 1703. AA. EE., CPE., t. 121, fols. 148v.-150r.

<sup>1562</sup> La reincorporación de Portocarrero al gabinete suponía un objetivo fundamental en los planes de Luis XIV, quien no obstante admitía que, si el prelado insistía en mantenerse al margen del mismo, su lugar podría ser ocupado por el octogenario marqués de Mancera. Luis XIV a D'Estrées. Versalles, 4 de febrero de 1703, cit. por BAUDRILLART, I, p. 137.

<sup>1563</sup> *Ibidem*. En cuanto al abate Sourches consigna en sus *Mémoires* que el gobierno francés debatió la posibilidad de su regreso a Francia tras la crisis del Despacho. Una opción que no vuelve a mencionar y que evidentemente fue abandonada con el tiempo. SOURCHES, t. VIII, p. 25, entrada del 15 de febrero de 1703.

en calidad de intermediaria ante el Rey Católico. O lo que es lo mismo, instrumentalizar el ascendiente que María Luisa ejercía sobre su esposo en aras de la continuidad no solo de la *praxis* gubernamental defendida desde el gabinete francés, sino también de la dinámica de poder que desde noviembre de 1700 había caracterizado las relaciones de las Dos Coronas: «Vous connoissez et vous aimés les véritables intérêts du roy m[on]. p[etit]. f[ils], je m'adresse principalement a vous pour luy faire remarquer le piège où l'on veut le faire tomber (...) rompant le concert qu'il est si nécessaire pour luy d'entretenir toujours avec moy (...).»<sup>1564</sup>

Vista retrospectivamente, la inicial firmeza de Versalles frente a los desórdenes de la corte española resultó contraproducente. Aunque tal postura posibilitó la reincorporación del cardenal al Despacho, a decir verdad esta medida solo sirvió para dotar al gabinete de la forma que tenía antes de enero de 1703, sin devolverle la operatividad que teóricamente justificaba su existencia. El principal factor de inestabilidad en estas fechas, las diferencias entre el embajador galo, los reyes y la camarera mayor, continuó siendo un problema para Francia. De hecho, el contenido claramente favorable a D'Estrées de las misivas remitidas a Madrid por Luis XIV y Torcy, no hizo sino radicalizar la polarización del *entourage* francés en la capital española y afianzar, según vimos en el epígrafe anterior, la vinculación de la reina con la bandería de la princesa. La situación que acabamos de describir puso de relieve un aspecto que hasta la fecha no había sido evidente en toda su complejidad: la dificultad para garantizar desde Versalles la efectividad de la acción de los agentes del poder francés sobre el gobierno español. Es decir, Luis XIV y sus ministros podían imponer la presencia de D'Estrées en el Despacho, pero la hostilidad que le manifestaban los reyes, sobre todo la reina, ponía en entredicho la autoridad que el embajador estaba llamado a ejercer en el gabinete; además que favorecía el desarrollo de otros centros de poder capaces de competir con el propio Despacho en la toma de decisiones (por ejemplo los aposentos reales).

El riesgo de que se produjera una circunstancia semejante obligó a Versalles a evidenciar a partir de marzo de 1703 un talante más conciliador ante el estado de la corte madrileña. La primera manifestación a este tenor la encontramos en la revocación de la orden que permitía a la princesa retirarse a Roma. Según vimos más arriba Luis XIV se mostró favorable en un primer momento a la destitución de la

---

<sup>1564</sup> Luis XIV a la reina de España. Versalles, 4 de febrero de 1703. A.H.N., E., leg. 2460-2, doc. n.º 5.

camarera mayor. Ello se debió, por una parte, a la severidad inicial con la que el soberano juzgó el comportamiento de Ursinos en la crisis del Despacho; y, por la otra, a los contradictorios informes que recibió acerca de las consecuencias que tendría la marcha de la dama sobre la estabilidad de la corte. En este punto volveríamos a encontrarnos con las dificultades de Versalles para obtener una visión coherente, mínimamente imparcial, acerca de cuanto sucedía en la capital española desde enero de 1703. Así, mientras que la correspondencia de los reyes advertía de los negativos efectos que entrañaría el abandono de Madrid por parte de Ursinos; el intercambio epistolar de algunos de los miembros del *entourage* francés minimizaba abiertamente su impacto, hasta considerarlo beneficioso para las relaciones francoespañolas. Dentro de esta percepción es de destacar la interpretación del destierro de la camarera mayor como un castigo ejemplar, capaz de restaurar la autoridad de Versalles sobre la Monarquía Hispánica: «Déjà la cabale est en dérouté -escribió Louville a Beauvilliers-; Medina-Celi lui-même a baisé le ton.»<sup>1565</sup> Nicolás Ozon, secretario de la embajada francesa en Madrid, veía las cosas desde un prisma similar. Aunque en uno de sus despachos a Torcy reconocía el desconcierto de la corte española ante la partida de la princesa, restó importancia al mismo («cela ne passe plus loin et si on murmure est fort en secrète») y ponderó los resultados que cabrían esperarse de una medida semejante, que serviría a modo de «leçon où ils [los cortesanos españoles] devoient estudier leur devoir (...) il est certain que rien n'estoit plus capable d'affermir l'autorité du ministère.»<sup>1566</sup> No obstante estos testimonios, otras voces se mostraban más escépticas ante la posibilidad de que Luis XIV autorizase la definitiva destitución de la camarera. Entre ellas se encontraba la del comendador Operti. El enviado saboyano coincidía con Ozon al entender el destierro de Ursinos como una manifestación elocuente del apoyo que Versalles tributaba al cardenal d'Estrées en el marco de la crisis. Ahora bien, dudaba de que finalmente este tuviera lugar. En su opinión, la princesa no solo constituía el miembro del *entourage* francés que gozaba de una mayor aceptación en la corte española, al haberse ganado “con la sua buona condotta e belle maniere tenue da che e venuta in Spagna la stima et affectto di tutti”; sino que también rendía importantes servicios al monarca galo tanto en la Casa de la reina como en la propia corte, donde su prestigio la erigía en una valiosa intermediaria entre Versalles y algunos de los Grandes más significativos cuya adhesión a la nueva dinastía convenía

<sup>1565</sup> Louville al duque de Beauvilliers. S.l., 24 de febrero de 1703, recogida en LOUVILLE, II, p. 14.

<sup>1566</sup> Ozon a Torcy. Madrid, 2 de marzo de 1703. AA. EE., CPE., t. 122, fol. 258v.

cultivar. En razón de ello el diplomático dudaba que Luis XIV se aviniese a “sacrificar” a la dama.<sup>1567</sup>

Buen conocedor de la corte española, las impresiones de Operti resultaron proféticas. A comienzos de marzo de 1703, muy probablemente tras un reunión del consejo real celebrada el día 4 y dedicada «aux affaires d’Espagne», el gabinete francés sancionó la continuidad de la princesa en el país.<sup>1568</sup> Varias son las explicaciones que se han otorgado a esta decisión. Para Marianne Cermakian, biógrafa de Ursinos, supondría un indicio de que Luis XIV y Torcy comenzaban a tomar conciencia de lo aventurado de la conducta de los D’Estrées dada la complicada situación que imperaba en Madrid.<sup>1569</sup> En efecto, a principios de marzo el Secretario de Asuntos Exteriores mostró su exasperación ante el escaso eco que habían tenido en la corte española las órdenes iniciales de Versalles: «Vous savez ce qu’on a fait sur les premières nouvelles pour soutenir M[onsieur] le Card[inal] et M[onsieur] l’abbé d’Estrées –escribió a Louville–, mais je ne vois pas par ce qui est revenu depuis que les aff[ai]res en soient mieux.»<sup>1570</sup> Ahora bien, las palabras de Torcy, al igual que la decisión tomada después respecto a la camarera, no avanzaban el posterior abandono del cardenal por parte del gobierno galo (tendrían que pasar cinco meses para que ello tuviera lugar); como tampoco que Luis XIV y sus ministros compartieran, merced a la evolución de los acontecimientos, la visión de la princesa acerca de las relaciones francoespañolas. A nuestro modo de ver las impresiones del Secretario de Asuntos Exteriores anunciaban un cambio en la manera en que Versalles afrontaba la polarización de la corte madrileña y la disensión en el *entourage* francés en España. El afán continuista permanecía vigente en los planes del gobierno galo; pero la firmeza que había caracterizado sus primeras reacciones daría paso a una mayor flexibilidad, fundamentada en el interés por lograr la conciliación de ambas partes en litigio en aras

---

<sup>1567</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 1 y 8 de marzo de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 48; el mismo a Madame Royale. Madrid, 1 de marzo de 1703. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49.

<sup>1568</sup> «Le roi tint conseil, quoiqu’il l’eût tenu le matin à son ordinaire; mais ce conseil-là avoit été entièrement employé aux affaires d’Espagne.» DANGEAU, IX, p. 132, entrada del domingo 4 de marzo de 1703.

<sup>1569</sup> «Le Roi et Torcy sont bien obligés d’admettre que le cardinal d’Estrées s’est trop posé en ministre tout-puissant d’une nation protectrice. Par orgueil, il a manqué de tact et a donné des armes à ses adversaires. Il a dressé contre lui le roi et la reine d’Espagne (...)» CERMAKIAN, M.: *La princesse des Ursins...*, p. 283.

<sup>1570</sup> Torcy a Louville. Versalles, 9 de marzo de 1703. AA. EE., CPE., t. 122, fol. 131v.

de una mayor estabilidad de la situación.<sup>1571</sup> La princesa se expresaba a la sazón de manera más sumisa que en sus primeras cartas al otro lado de los Pirineos, lo que invitaba a Luis XIV a mostrarse generoso con la dama: «Si j'ay mal fait, Sire, j'en demande pardon à V[ôtre] M[ajesté] (...). Vous estes le maistre de me rendre encore plus méprisable, et je mériteray toute sorte de chastimens; mais je puis prouver que je suis injustement opprimée par une cabale de scélerats (...).»<sup>1572</sup>

Dicho esto, no debemos tampoco engañarnos en cuanto a los motivos que subyacían bajo las intenciones del rey de Francia. Este seguía condenando la conducta de Ursinos en los sucesos de enero de 1703 y todo invita a pensar que, de haber podido hacerlo con libertad, habría cesado fulminantemente a la camarera mayor.<sup>1573</sup> En realidad, el talante contemporizador evidenciado por Luis XIV en este momento respondía, en primer lugar, a la consideración de la princesa como una figura «utile et nécessaire» junto a la reina de España.<sup>1574</sup> La inestabilidad reinante en la corte madrileña desaconsejaba “experimentos” como los propuestos por Louville para sustituir a la camarera mayor. En segundo lugar, y en relación con esta primera idea, la continuidad de Ursinos en el cargo estuvo determinada tanto por la potencialidad del ascendiente de María Luisa sobre Felipe V como por las características del proceso de adaptación de la consorte. Por muy elocuentes que resultaran los argumentos empleados por Louville y los D'Estrées para defender el destierro de la princesa a la sazón, Luis XIV no confiaba del todo en su veracidad, principalmente en lo que concernía a la reacción de la reina ante la destitución de la camarera mayor:

«On peut (...) juger que, si l'on donne à la reine la mortification de lui ôter la princesse des Ursins, lorsqu'elle désire de la conserver auprès d'elle, elle se souviendra longtemps du peu d'égard que j'aurai eu pour elle, qu'il sera désormais impossible d'être informé de ses démarches, et qu'elle sera capable de faire prendre de mauvais partis au roi son mari avant qu'on en soit averti d'assez bonne heure pour l'empêcher (...). Enfin, si elle n'avoit plus la princesse des Ursins auprès d'elle, et qu'elle eût une Espagnole dans la charge de *camarera-mayor*, on verroit peut-être la reine faire venir,

<sup>1571</sup> Por su parte, la duquesa de Beauvilliers relacionó el cambio de opinión de Luis XIV en cuanto al destino de la camarera mayor con el apoyo tributado a la princesa por Mainteno, Chamillart, Harcourt y Marcin. «A parler franchement, M[ada]me des Ursins a des amis puissants ici (...).», concluyó. Duquesa de Beauvilliers a Louville. Marly, 9 de marzo de 1703. SSBL, XI, p. 515.

<sup>1572</sup> Ursinos a Luis XIV. [S. l., n. d.], marzo de 1703, recogida en L. TR., III, p. 31.

<sup>1573</sup> Así parece corroborarlo su silencio ante una misiva de Ursinos en la que esta solicitaba una manifestación elocuente de que continuaba gozando del favor del soberano. La respuesta de Luis XIV a esta carta se demoró un mes y en ella el monarca evitaba hábilmente responder a la petición de la camarera mayor. Ursinos a Luis XIV. [S. l.], ca. 30 de marzo de 1703; el mismo a la misma. [S. l.], 29 de abril de 1703, recogidas en *Ibid.*, III, pp. 42-43 y 48 respectivamente.

<sup>1574</sup> Duquesa de Beauvilliers a Louville. Marly, 9 de marzo de 1703. SSBL, XI, p. 516.

quelque temps après, une première femme de chambre piémontaise, et la correspondance deviendrait vive entre la reine d'Espagne et le duc de Savoie. Vous en pouvez assez prévoir la suite.»<sup>1575</sup>

Así pues la cuestión no estribaba ya en la conveniencia o no del comportamiento de Ursinos durante la crisis del Despacho sino en las consecuencias que podía entrañar su destierro forzoso. En esta circunstancia la capacidad de decisión del rey de Francia se veía coartada, como dijimos, por las características del proceso de adaptación de María Luisa de Saboya. En conformidad con los deseos de Luis XIV Ursinos se había convertido en una figura imprescindible para la consorte, la única depositaria de su confianza. Esta situación, que antes de enero de 1703 había sido tenida por favorable para la evolución de las relaciones francoespañolas, se revelaba a la sazón como un obstáculo para los planes de Versalles, ante el cual el gobierno galo había de actuar en consecuencia. La potencialidad del ascendiente de la reina sobre Felipe V se entendía en su sentido más negativo. Un factor que imponía, de entrada, la continuidad de la camarera mayor en el cargo por temor a las posibles represalias de la consorte («elle se souviendra longtemps de peu d'égard que j'aurai pour elle...»). Pero que al mismo tiempo constataba, como lo reconocieron Operti y la duquesa de Beauvilliers, el valor estratégico de la princesa al frente de la cámara de la soberana: una Ursinos bien amonestada en cuanto a las características y límites de su papel en España permitiría a Versalles gozar de información privilegiada acerca de la consorte («d'être informé de ses démarches»), y controlar el influjo que esta podría ejercer sobre el rey («qu'elle sera capable de faire prendre de mauvais partis au roi son mari avant qu'on en soit averti d'assez bonne heure pour l'empêcher...»). Desde estas perspectivas, observamos cómo la crisis del Despacho tuvo la particularidad de volver a poner sobre el tapete las anteriores sospechas respecto a la reputación de María Luisa de Saboya, que su conducta durante la gobernación contribuyó a silenciar. Lo curioso en este punto es que, pese a los informes de Louville relativos a la fidelidad de la princesa a Francia, Luis XIV parecía tomar más en serio las críticas que en las mismas fechas recayeron sobre la reina: la potencialidad de sus vínculos familiares con la Casa de Saboya y los “súbditos españoles”, así como su hipotética francofobia, que desaconsejaban la designación de una nueva camarera mayor, aunque esta fuera otra

---

<sup>1575</sup> Luis XIV al cardenal d'Estrées. Marly, 9 de marzo de 1703. AA. EE., CPE., t. 108, fol. 287r.; recogida también SSBL, XI, p. 497; L. TR., III, pp. 37-38; PEREY, L.: *Une reine...*, pp. 282-284; citada parcialmente en CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, p. 284.

francesa («on verroit peut-être la reine faire venir, quelque temps après, une première femme de chambre piémontaise, et la correspondance deviendrait vive entre la reine d'Espagne et le duc de Savoie...»). Una medida semejante supondría, en definitiva, un retroceso en el marco del proceso de adaptación de María Luisa de Saboya cuyos riesgos Versalles no estaba dispuesto a asumir por el momento.

Por otro lado, al aceptar mantener a la favorita junto a su señora Luis XIV trataba de obtener de la reina una especie de compromiso informal a la propia continuidad de D'Estrées al frente de la embajada francesa:

«Ma tendresse et ma confiance pour vous sont toujours les memes, que l'amitié pour le Roy mon petit fils ne changera jamais et que, lorsque je dis avec force ce que je pense pour son bien, V[ôtre] M[ajesté] ni luy ne doivent pas croire que ie l'en aime moins. Il vous fera voir ce que je luy escriis. *Je vous demande encore a vous en particulier, et par la connoissance que j'ay de la solidité de votre esprit, de ne vous point prévenir contre le cardinal d'Estrées. Il scait les sentiments que j'ay pour vous. Il ne m'a rien escrit qui n'y soit conforme, songez, je vous prie, qu'il est de l'interêt du Roy d'Espagne, encore plus que du mien, qu'il prenne confiance au ministre que j'employe auprès de luy et qu'il le fasse connoistre. Je n'ay que vostre bonheur en voue et je n'obtiens rien pour y contribuer. S'il est troublé pour le départ de la P[rince]sse. des Ursins, retenez-la. J'y consens, mais pour éviter à vous mesme de nouveaux embarras, faites cesser au plustost ses différens avec le Card[ina]l. d'Estrées. Leur intelligence est nécessaire et d'ailleurs il ne convient pas que vous preniez parti en des querelles particulières. Recevez ce conseil comme un marque de ma tendresse pour vous et du désir que j'ay de vous voir libre de toutes sortes de peines et d'embarras.*»<sup>1576</sup>

Es decir, la concesión del monarca francés no era en ningún caso gratuita sino que formaba parte de una estrategia cuyos objetivos eran, en primer lugar, lograr la reconciliación de la princesa, el embajador y los reyes con el patrocinio de la consorte; o lo que es lo mismo, asegurar la propia continuidad de D'Estrées al frente de la embajada gala en consideración a la merced recién otorgada a la camarera mayor; en segundo lugar favorecer la distensión en las relaciones entre María Luisa y Luis XIV,

---

<sup>1576</sup> Luis XIV a la reina de España. [S. l.], 7 de marzo de 1703. AA. EE., CPE., t. 122, fols. 128r.-v. La cursiva es nuestra. En el mismo sentido se expresó Luis XIV en la misiva que remitió a Felipe V: «Oubliez les sujets que vous croyez avoir de vous plaindre du Cardinal d'Estrées, vous n'en avez point, je vous en assure, suivez ses conseils. Je ne l'aurois pas envoyé auprès de vous si je n'avois sçu certainement que votre gloire et votre service seroient son unique veüe. Au milieu de l'affliction que vous me témoignez et qui doit présentement cesser, je vois que V. M. et la Reyne souhaitent que la P[rince]sse. des Ursins demeure auprès d'elle. *Je ne m'y opposai pas, mais obligez-la, pour votre bien, de vivre dans une grande intelligence avec mon ambassadeur (...).* Elle [la reina] est plus capable que personne de se rendre à la raison. Croyez (...) que ma tendresse pour vous est très grande et que je suis plus touché que vous ne le pouvez estre des chagrins que je suis obligé de vous témoigner, mais je ne vous aimerois pas comme je dois vous aimer si je les deguisois.» Luis XIV a Felipe V. [S. l.], 7 de marzo de 1703. *Ibidem*, fols. 129r.-130r.

enrarecidas a consecuencia de la reacción inicial de Versalles a la crisis del Despacho. Una situación esta que, de prolongarse, podía alentar la temida francofobia de la soberana; por último, mantener a Ursinos en el cargo estaba también en consonancia con el principio de continuidad preconizado por el gabinete galo en un principio. Según este razonamiento, destituir a la camarera mayor habría entrañado reconocer frente a los aliados la gravedad de una situación (la disensión en el *entourage* francés en Madrid y las verdaderas causas de la salida de D'Estrées del Despacho) a la que Versalles había intentado restar gravedad en todo momento. Dicho en otras palabras, habría supuesto admitir que Francia, aunque fuera durante un breve lapso de tiempo, había perdido el control sobre la Monarquía Hispánica y que esta buscaba gozar de una mayor libertad frente a la tutela de su todopoderosa vecina allende los Pirineos. Por lo tanto, mantener en su *totalidad* las características de la situación anterior a los sucesos de enero de 1703 permitía reducir la crisis del Despacho, al menos de cara al exterior, a la categoría de un malentendido sin mayores consecuencias para las relaciones entre las Dos Coronas. La fragilidad de este último argumento, la tardanza de Luis XIV en adoptar un talante más conciliador y la falta de instrucciones precisas, por parte del gabinete francés, en relación a la reconciliación alentada, explicarían el fracaso de la estrategia trazada por Versalles en la primavera de 1703.

### **Un proyecto de reconciliación:**

Uno de los aspectos derivados de la reacción de Versalles a la crisis del Despacho fue la exigencia de una reconciliación entre la princesa de los Ursinos y el embajador francés y, por añadidura, la de este y los reyes. Con este fin se plantearon diversos planes de conciliación. Uno de ellos fue el frustrado intento de mediación emprendido por Operti, al que ya nos hemos referido más arriba. Más trascendente sin lugar a dudas, aunque igual de poco efectivo, fue el proyecto de «*raccomodement*» pergeñado por el abate d'Estrées en la primavera de 1703 y del que Orry hizo partícipe a los reyes y a la princesa.<sup>1577</sup> Compuesto por 12 artículos que “escenificaban” metafóricamente la reconciliación de la camarera mayor y el embajador francés, el citado plan suponía una apología de la conducta del cardenal d'Estrées desde su establecimiento en España, lo que conllevaba la censura implícita del comportamiento

---

<sup>1577</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse des...*, p. 284. El proyecto, titulado: «*Moyens par lesquels toutes choses pourroient peut estre se rétablir et Son Éminence se réunir avec Madame la princesse des Ursins, du moins en apparence...*», se encuentra en AA. EE., CPE., t. 122, fols. 413r.-417r. Un resumen, que recoge únicamente el encabezado de algunos de sus puntos, aparece recogido en L.TR., III, pp. 39-40.



de los reyes y la princesa en esta misma coyuntura. Desde una perspectiva general su articulado defendía, por una parte, el restablecimiento de la situación según el estado de cosas anterior a 1703 y, por la otra, el desarrollo de un conjunto de medidas tendentes a reforzar la posición del cardenal en tanto que representante de Luis XIV en Madrid. Conviene detenerse en la descripción y análisis de este documento porque nos permitirá comprender el por qué del fracaso de la reconciliación que proponía.

El «projet de raccommodement» abordaba en primer lugar la crisis del Despacho. Los artículos 1 y 2 reconocían que Felipe V había actuado de buena fe en esta tesitura, movido por el interés de solventar una situación imprevista, pero de forma equivocada al confiar en los consejos de “terceros” (cuyo nombre no explicitaba aunque podemos imaginar a quien se refería) antes que en los del cardenal, depositario de las instrucciones del rey de Francia. Una conducta semejante, si bien un tanto más ambigua, se atribuía a la camarera mayor. La princesa había de justificarse ante D'Estrées no solo por su “osadía” al proponer una alteración tan significativa de la *praxis* de gobierno, sino también por los rumores que le achacaban un marcado interés por menoscabar la confianza de Felipe V en los legítimos representantes de la diplomacia francesa en Madrid. Ciertamente en ningún momento el texto daba por sentado estas acusaciones, pero sí consignaba que, de ser ciertas, Ursinos sería indigna de la “amistad” (entiéndase protección) que el cardenal le había prodigado anteriormente y mercedora “de toda su cólera”. El carácter censurable de las actitudes del Rey Católico y la camarera mayor contrastaba con el comportamiento atribuido al embajador. Este habría respondido no ya a la “vanidad herida” del diplomático, según sostenía la princesa en su correspondencia, sino a las conclusiones que podían extraerse de los sucesos de enero de 1703. Según explicitaba el «projet...» D'Estrées había llegado a la corte española dispuesto a poner su reconocida experiencia en materia política al servicio del Rey Católico. Enfrentado a una crisis en cuyas causas no participó y de cuya solución había sido mantenido al margen, habría interpretado la iniciativa de la princesa como una acción dirigida a privarle «d'un trésor aussi pretieux que celuy de la confiance de Sa Maiesté, ce qu'il estime plus que sa vie.» El impacto que esta sospecha habría tenido en el cardenal, persona de «bon coeur» y declarado «attachement pour Sa Maiesté», habría determinado su comportamiento posterior, resultado de su interés por servir con “celo” y “fidelidad” al soberano hispano. Por tanto, mientras que las intenciones de D'Estrées en este punto quedaban aclaradas, la

duda parecía planear sobre las de la princesa. De hecho, la dama cargaba con la principal responsabilidad de la situación, como lo demuestra el que hubiera de ser ella la que diera el primer paso en la reconciliación que había de escenificarse en presencia de los reyes, y suplicar al cardenal, lo que suponía otro indicio de su culpabilidad en los sucesos referidos, que volviese a agraciarse con la estima, confianza y amistad que había disfrutado en los años anteriores. Súplica esta última a la que D'Estrées graciosamente accedería (artículos 3 y 4).<sup>1578</sup>

La etiqueta y el ceremonial palatino eran objeto de los siguientes artículos (5 y 6) del «projet de raccommodement», aspecto en el que el cardenal había de obtener también una reparación. Consciente de las atribuciones de la camarera mayor en la Casa de la reina, así como de las críticas vertidas por la dama en su correspondencia con Luis XIV y Torcy, el abate eludió basar su argumentación en las instrucciones recibidas por su tío, que estipulaban la destrucción de la etiqueta pero de las que él mismo había hecho una lectura parcial. Por el contrario presentó las pretensiones del diplomático, primero, como «marques de distinction particulière» que estaban en consonancia tanto con la dignidad de D'Estrées en calidad de embajador de Francia en Madrid, como con el destacado papel que este estaba llamado a desempeñar en el seno del gobierno español. En segundo lugar, y de una manera totalmente arbitraria, el abate cuestionaba que el cardenal, súbdito extranjero recién llegado a la corte, hubiera de regirse por la etiqueta habsbúrgica en su trato con los reyes. La Grandeza y la aristocracia española, principales opositores a cualquier alteración en el ceremonial, disfrutaban de privilegios, prerrogativas y diversiones que les permitían mantener un contacto asiduo con Felipe V y beneficiarse de la prodigalidad de la gracia regia. No así el embajador francés, argüía, instalado en una corte extraña, carente de parentela en ella y donde no contaba con otro consuelo que gozar «de la liberté de dire à leur Maestés combien elle les honore et de recevoir réciproquement des marques de leur estime et de leur amitié.» En vista de ello, concluía el artículo 6, la camarera mayor había de mostrar una mayor flexibilidad frente las pretensiones del cardenal, incluso en el ámbito de la cámara de la reina, y colaborar junto a D'Estrées en la elaboración de un nuevo reglamento de entradas en los aposentos reales. Esta ordenanza, que había de aplicarse también a los sucesores del cardenal, giraría en torno a dos puntos principales: por un lado, la discrecionalidad de los embajadores de Francia para

---

<sup>1578</sup> «Moyens...» AA. EE., CPE., t. 122, fols. 413r.-414r.

reunirse con total libertad con los reyes, sin atenerse a las constricciones que el ceremonial imponía al resto de súbditos del monarca y a otros agentes diplomáticos en la capital española; por el otro, el mantenimiento de ciertos privilegios de los que la Grandeza y la aristocracia habían sido acreedoras hasta la fecha, subterfugio llamado a reducir el previsible descontento que les provocaría la vulneración de sus prerrogativas tradicionales.<sup>1579</sup>

“Zanjada” la disputa entre la camarera mayor y el embajador francés habría de escenificarse la reconciliación de este con los reyes, en la que de manera muy significativa la reina y la princesa desempeñarían un papel secundario. Este artículo, junto al siguiente (9 y 10), constituían los puntos principales del proyecto, al explicitar tanto la posición que el cardenal había de disfrutar en el seno del gobierno hispano como la naturaleza de sus relaciones con el Rey Católico. De acuerdo con el plan del abate sería D’Estrées quien propiciaría un acercamiento a los reyes solicitando una audiencia, que obviamente le sería concedida, «pour les remercier de toutes leur bontés [et] les prier de luy pardonner les expressions de sa sensibilité [eufemismo que encubría la altanería con la que se había dirigido a los soberanos en sus primeros encuentros] et de sa douleur proportionnés (...)» Por su parte Felipe V respondería a este acto de contrición, del que la consorte sería una mera espectadora, mostrándose conciliador y examinando, junto al cardenal, la manera en que «*toutes choses se peuvent régler pour que Son Éminence en soit la maîtresse*, qu’elle y puisse travailler avec toute l’agrément qu’elle peut souhaiter et surprendre agréablement le Roy son grand père en luy renvoyant un autre courrier pour luy faire voir qu’avec son agréent toutes choses son pacifiées et acomodées (...)» (artículo 10).<sup>1580</sup> Dicho en otras palabras, al aceptar el arrepentimiento de D’Estrées el monarca renunciaba a ejercer el poder en solitario y asumía un papel subordinado en relación a los embajadores de Luis XIV en Madrid, artífices legítimos de la política común de las Dos Coronas y miembros de pleno derecho del Despacho.

Los últimos puntos del proyecto del abate contenían algunas medidas que, sin alterar de manera formal la estructura de la administración (polisinodia), tendían hacia una cierta racionalización oficiosa de la *praxis* del gobierno. En esta materia D’Estrées se inspiraba en el punto X de las instrucciones recibidas por el cardenal, a las que incorporaba algunos de los planteamientos defendidos por Ursinos y Orry. De entrada

---

<sup>1579</sup> *Ibidem*, fols. 414v.-415r.

<sup>1580</sup> *Ibid.*, fols. 415v.-416r. La cursive es nuestra.

el abate proponía la división del Despacho en dos organismos autónomos. El primero de ellos, «sous le titre de *Despacho*», se encargaría de revisar los diferentes asuntos de trámite, labor en la que Felipe V contaría con el asesoramiento de Rivas. El segundo, conocido como «Conseil du Roy», estaría compuesto por el monarca y los dos cardenales (D'Estrées y Portocarrero), de quienes dependería en última instancia la toma de decisiones. A este «Conseil» serían convocados, de acuerdo con un programa de reuniones fijado con antelación según los días de la semana, los presidentes de los principales Consejos de la Monarquía, quienes expondrían ante el monarca solo los asuntos más importantes concernientes a los respectivos órganos que presidían. En segundo lugar, el abate planteaba también la posibilidad de celebrar diferentes reuniones entre el rey y otros ministros y cortesanos, «grands ou non», cuya experiencia en materia de guerra, abastecimientos, levadas de tropas, gobiernos virreinales, etc. podría contribuir a orientar las decisiones de Felipe V. Conviene advertir que esta política de concesiones no era en modo alguno casual, sino que estaba destinada a matizar el previsible descontento que había suscitar la puesta en vigor de una nueva forma de ejercer el poder: «tout ceci les honorera [a Grandes y Consejos] infiniment, sans les rendre maîtres de rien», aseguraba el abate. En último término la posibilidad de que el monarca pudiera consultar a cortesanos de probada experiencia en materia de gobierno, así como las reuniones que se proponían entre este y los presidentes de los diferentes Consejos, tenía una doble finalidad. Por una parte, alentar el aprendizaje de Felipe V en el arte de gobernar bajo la dirección del cardenal d'Estrées, siempre presente en estos encuentros. Por la otra, disipar, aunque fuera en apariencia, los recelos de la corte española ante el destacado papel que los sucesivos embajadores franceses estaban llamados a ejercer en la política borbónica (es decir, su consideración como primeros ministros del Rey Católico).<sup>1581</sup>

Para finalizar nuestro análisis restaría aludir al papel que el «projet de raccommodement» adjudicaba a la reina. Según hemos podido apreciar María Luisa de Saboya estaba destinada a desempeñar una función accesorio en la reconciliación del cardenal con el rey y la princesa. Aunque su presencia era necesaria en la escena, habida cuenta de la rivalidad que mantenía con D'Estrées, correspondía a Felipe V sancionar dicha reconciliación, que la consorte habría de aceptar junto a los hechos que resultarían de ella. La pasividad que caracterizaría la actuación de la reina en esta

---

<sup>1581</sup> *Ibid.*, fols. 416r.-417r.

situación habría de perpetuarse en lo sucesivo. De acuerdo con lo estipulado en el artículo 7 del plan, María Luisa había de mantenerse alejada en adelante de la toma de decisiones, que siempre emanarían del rey merced a los “sabios consejos” del cardenal. Intervenciones como las llevadas a cabo por la soberana en defensa de la golilla o en contra del *tontillo*, por ejemplo, aunque bienintencionadas, carecían de legitimidad y no debían volver a repetirse: «c’est au Roy luy même, par les sages conseils de Son Éminence, sur les connoissances qu’elle prend de ces maximes et des idées que l’on a de ces sortes de choses (...) a donner les règles qui se pourront suivre»<sup>1582</sup>, concluía el abate. A semejanza de Felipe V, la soberana se veía impelida a aceptar la preeminencia del embajador francés en la corte y el gobierno hispanos, pero también su presencia en el entorno más próximo a los monarcas, donde no cabía esperar que D’Estrées se ciñese al reglamento de entradas que regía en los aposentos regios («la détestable étiquette [...] les maximes dures et désagréables du pays»)<sup>1583</sup>. En último término el «projet...» confirmaba el abandono definitivo de los planes del cardenal en cuanto a la participación de María Luisa de Saboya en el Despacho quien, al igual que sucediera antes de enero de 1703, volvía a convertirse en una soberana “tutelada” por el embajador francés y la camarera mayor: «les choses ne peuvent être que très bien réglées par des personnes aussi sages et aussi prudents et qui les aiment autant que Son Em[inen]ce et M[ada]me la princesse des Ursins.»<sup>1584</sup>

Según señalamos al principio de este epígrafe el plan del abate d’Estrées fue rechazado por los reyes y la princesa. Analizado en su totalidad, si bien el «projet...» contenía algunos puntos interesantes como la racionalización de la *praxis* de gobierno o el desarrollo de un nuevo reglamento de entradas que definiese las prerrogativas que habían de disfrutar los sucesivos embajadores de Francia en Madrid, no es menos cierto que resultaba en exceso parcial al cardenal d’Estrées. Su visión apologética, claramente exculpatoria, de la conducta del embajador durante y después de la crisis del Despacho, sumada a la responsabilidad que recaía sobre la camarera mayor en la misma coyuntura y a la nula autonomía que concedía a los reyes, hacían del todo punto imposible su aceptación por la otra parte en litigio. Asimismo, con respecto a la reina, el contenido del artículo 7 del plan parecía confirmar sus sospechas en lo relativo al interés de los D’Estrées en “destruir” la confianza que Felipe V le profesaba, lo que a la

<sup>1582</sup> «Moyens...» AA. EE., CPE., t. 122, fol. 415v.

<sup>1583</sup> *Ibidem*.

<sup>1584</sup> *Ibid.*

larga perjudicó las relaciones de la consorte con el cardenal y el abate. A decir verdad, y pese a las órdenes de Versalles en sentido contrario, no existía ninguna voluntad de reconciliación entre las partes enfrentadas. No hay más que leer el título del plan de D'Estrées para ser conscientes de que lo se proponía era una fórmula bastante frágil de partida: «Moyens par lesquels toutes choses pourroient peut estre se rétablir et Son Éminence se réunir avec Madame la princesse des Ursins, *du moins en apparence...*» (la cursiva es nuestra).

Empero, a finales de marzo de 1703 se escenificó de cara a la corte española un conato de conciliación que fue tan inútil como los anteriores. En este caso fue el cardenal d'Estrées quien dio el primer paso visitando a la princesa<sup>1585</sup>: «Le cardinal D'Etrée [sic] est venu à la fin voir la Princesse des Ursins -escribió la reina a su madre-, car ie crois qu'on lui a mandée aparements quelque chose de France (...). Ce que ie trouve d'amirable c'est qu'elle [Ursinos] la receut [al embajador] comme si rien n'étoit [passé entr'eux], mais au contraire lui faisant toutes sortes d'onestetés.» La iniciativa del diplomático quizás hubiera sido eficaz de haberse realizado un mes y medio antes. Sin embargo, a la sazón las «onestetés» que refería la misiva de la soberana no entrañaban, ni entrañarían en un futuro, el cese de hostilidades por ambas partes. Tal y como admitía la propia María Luisa de Saboya: «une visite du cardinal d'Estrés ne finit pas les choses, car après tout ce que l'on a fait à la Princesse des Ursins, il faut bien plus que cela pour la réparer.»<sup>1586</sup> Dicho en otras palabras, a esas alturas para los partidarios del embajador francés y la camarera mayor la normalización de la situación no pasaba por una reconciliación, sino por la destitución de uno u otra. Destitución que entrañaría, implícitamente, el triunfo o el fracaso de las ideas que cada uno de ellos preconizaba. Así pues, la reacción del gabinete francés a la crisis terminó por devenir una solución de carácter temporal que, a la postre, perpetuó la inestabilidad del eje Versalles-Madrid en los meses siguientes.

---

<sup>1585</sup> Lo que le valió la aprobación de Luis XIV a través de una misiva cuyo contenido no hacía sino corroborar la debilidad del consenso inaugurado por la citada visita: «Vostre lettre du 28 mars m'informe de la visite que vous aviez rendue à la Pr. des Ursins, et de ce que vous aviez dit au Roy d'Espagne sur son sujet. *J'étois bien persuadé qu'il suffisoit que vous connussiez mes intentions pour surmonter la répugnance que vous pouviez avoir à faire cette démarche (...).*» Luis XIV al cardenal d'Estrées. [S. l.], 15 de abril de 1703, recogida en L.TR., III, p. 47. La cursiva es nuestra.

<sup>1586</sup> La reina a la duquesa de Saboya. Madrid, 29 de marzo de 1703. A.S.T., LPD., Mazzo 26. Una opinión semejante sostenía la camarera mayor en una carta a Torcy: «MM. d'Estrées s'ils leur convient de se raccommoier avec moi, doivent s'estimer trop heureux que je les reçoive; ils savent très bien que tout ce qu'ils ont écrit est faux, et que je n'ai pas eu la moindre intention de leur déplaire [...].» Ursinos a Torcy. [S. l.], 10 de abril de 1703, recogida en L.TR., III, p. 46.

\*\*\*\*\*

La crisis del Despacho marcó el inicio de una nueva etapa en la vida de la reina tras su instalación en Madrid. Desde una perspectiva general este periodo, que se extendería a grandes rasgos hasta bien entrado el año 1705, estaría caracterizado por el mayor protagonismo de la soberana tanto en la política interna de la corte madrileña como en la evolución de las relaciones francoespañolas. Lo cierto es que el apoyo de María Luisa de Saboya a los planteamientos “rupturistas” defendidos por la camarera mayor en enero de 1703 situó a la consorte en la primera línea de la toma de decisiones. Todo parece indicar que la anuencia de la reina a las propuestas de Ursinos en relación al papel que los embajadores franceses habían de desempeñar en el gobierno hispano, no estuvo determinada en un principio por la francofobia, por su hostilidad de partida al cardenal d’Estrées o por la manipulación que la camarera mayor ejerció sobre su joven pupila. A nuestro modo de ver para comprender el posicionamiento de María Luisa de Saboya en esta coyuntura es imprescindible que tomemos en consideración, en primer lugar, la propia experiencia de la reina a lo largo de su gobernación; en segundo lugar, las concomitancias que pueden detectarse entre la *praxis* de gobierno desarrollada durante la misma y la solución que la princesa proponía para Felipe V tras la salida de Portocarrero del gabinete; y, por último, el contexto de la corte madrileña a finales de 1702, caracterizado por el descontento ante las alteraciones introducidas en el ceremonial borgoñón durante la estancia del soberano en Cataluña e Italia, la oposición de buena parte de la elite hispana a la instalación de D’Estrées en Madrid en calidad de “primer ministro” y la incertidumbre en cuanto a la forma que adoptaría el Despacho tras el regreso de Felipe V a la corte (aspectos todos ellos de los que rinden fiel cuenta los despachos diplomáticos de Pucci y Operti). A este cúmulo de factores, estrechamente relacionados unos con otros, habría que añadir en último término la convicción de María Luisa, expresada por ejemplo en las misivas que remitió a Luis XIV y Madame Royale, en cuanto a la necesidad de que el Rey Católico gobernase por sí mismo, sin la tutela *explícita* de los embajadores franceses, que consideraba iba en menoscabo de la reputación del monarca.

Otra cuestión diferente, quizás una de las más polémicas en todo el proceso por el carácter de “intriga” que le confirió, sería la forma en que Ursinos impuso sus puntos de vista con el patrocinio de la reina: de manera unilateral, sin consultar a Versalles

previamente y adoptando frente a D'Estrées y el gabinete galo una política de hechos consumados. Semejante *modus operandi* no solo privó de legitimidad allende los Pirineos a las iniciativas defendidas por ambas mujeres, sino que también restó credibilidad a sus posteriores alegatos en defensa de la idoneidad de sus propuestas y de lo desinteresado de sus respectivas conductas. Resulta difícil concluir, dado el carácter contradictorio del contenido de las fuentes, si la actuación de la reina y la camarera mayor durante la crisis del Despacho fue el resultado de un plan trazado con anterioridad a enero de 1703 (como lo creía el abate d'Estrées), o si por el contrario respondió a una cierta improvisación ante la exigencia de zanjar con la mayor celeridad los problemas derivados de la salida de Portocarrero del gabinete (según sostuvieron la princesa y la soberana).

No obstante, como hemos podido comprobar a lo largo de este capítulo es evidente que la participación de María Luisa de Saboya en los hechos fue objeto de interpretaciones muy negativas, marcadamente parciales y de dudosa veracidad en algunos puntos. Tanto más si tenemos en cuenta que algunas de las acusaciones vertidas a la sazón contra la reina partieron de suspicacias anteriores a la crisis, que el estallido de la misma pareció confirmar. En este sentido los sucesos de enero de 1703 profundizaron la falta de consenso existente en el seno del eje Versalles-Madrid en relación no solo al papel que la soberana había de ejercer en la esfera política, sino también con respecto a los ámbitos y cuestiones en los que debía cristalizar el influjo que esta ejercía sobre el Rey Católico. Frente a la línea más aperturista que defendía el cardenal (quien recuérdese planteó la entrada de la consorte en el Despacho), Louville abogó en todo momento por la coerción mientras que la princesa sostuvo una postura intermedia en este aspecto, similar a la que recogían las instrucciones que el gobierno francés entregó a D'Estrées. En las semanas que sucedieron a la crisis, conforme la rivalidad entre la camarera mayor y el embajador galo fue *in crescendo*, para Versalles resultó cada vez más evidente la importancia de controlar e instrumentalizar la influencia que la soberana podía ejercer sobre los asuntos de Estado y, a un más amplio espectro, sobre las relaciones francoespañolas. Los intentos del propio D'Estrées por reconciliarse con María Luisa merced a los buenos oficios de Operti, como el interés de Luis XIV por lograr la mediación de la consorte en el restablecimiento del orden en Madrid, así lo corroboran. Empero, cabe cuestionarse hasta qué punto el fracaso de estas iniciativas estuvo relacionado tanto con la protección que la reina tributó a la



camarera mayor en su desgracia, como por la divulgada ambición de ambas mujeres por ejercer el poder al margen de la fiscalización directa de Versalles. La historiografía clásica, al igual que las *Mémoires* de Louville y Saint-Simon, defendieron ambas interpretaciones sin tomar en consideración las contradicciones existentes entre el rol que Luis XIV pretendió adjudicar a la soberana en el marco de la rivalidad Ursinos-D'Estrées y la naturaleza de las especulaciones que circularon a uno y otro lado de los Pirineos con respecto a la intervención de la consorte en la crisis del Despacho. Así, al tiempo que el rey de Francia solicitaba la intercesión de la reina para favorecer la reintegración del cardenal en la *legítima* posición que le correspondía en el gobierno hispano, Versalles no parecía poner en duda la veracidad de las informaciones que aludían al pernicioso influjo que la soberana ejercía sobre su esposo, o a sus ya mencionadas ambiciones por ejercer el poder.

A los aspectos ya referidos, habríamos de añadir que la lectura que Luis XIV y sus ministros realizaron de la situación producida en la corte española no dejó de ser marcadamente parcial. Mientras que en estas fechas la conducta de María Luisa de Saboya y la princesa fue objeto de todo tipo de rumores, críticas y reconvenciones, su dignidad de embajador de Francia en España mantuvo al cardenal d'Estrées al amparo de toda censura por parte del gabinete galo, dotando a su comportamiento inicial, que tanto desagradó a la reina, de una cierta impunidad. A nuestro modo de ver, si bien la crisis del Despacho no puede comprenderse en toda su complejidad sin tomar en consideración el impacto que tuvieron en su desarrollo los lazos que unían a la camarera mayor con la consorte, y a esta con Felipe V, su evolución no ha de interpretarse únicamente como el resultado de las iniciativas, o el despótico dominio por utilizar un término de Louville, que ambas mujeres impusieron a un monarca débil y carente de carácter. Por el contrario, la rápida sucesión de acontecimientos que caracterizó a los primeros meses de 1703 fue responsabilidad igualmente de los D'Estrées y del propio Louville, cuyos informes a Versalles construyeron una visión parcial y subjetiva de cuanto sucedía en Madrid. No en vano, como muy bien vio el profesor de Bernardo Ares, lo que estaba en juego a la sazón era el control de la voluntad regia en una lucha que no solo estuvo protagonizada por la consorte y la camarera mayor, sino de la que también participaron los sucesivos embajadores franceses entre 1703 y 1704, otros miembros del *entourage* francés en la capital

española y las elites locales hispanas, opuestas en muchos casos al talante rupturista del nuevo gobierno.

En último término el desarrollo de la crisis del Despacho se vio influenciado tanto por la nula credibilidad que Versalles otorgó al contenido de las cartas de la camarera mayor y de los reyes, como por la reacción inicial del gabinete francés ante los sucesos de enero de 1703. Ambas cuestiones están estrechamente relacionadas por el efecto contraproducente que tuvieron para la estabilidad de las relaciones francoespañolas. En cierto sentido la censura del gabinete galo a las iniciativas propuestas por la camarera mayor tras la jornada italiana resultó lógica. Por una parte, estas se habían adoptado de manera unilateral, con el apoyo de Felipe V y la consorte, cierto, pero sin esperar la anuencia de Luis XIV a las mismas. Por la otra, conviene recordar que las alternativas de gobierno sugeridas por Ursinos entraban en contradicción con algunos de los puntos más sensibles de los planes de Francia respecto a la política hispana (*verbigracia* la participación del embajador galo en el Despacho). Vista desde esta perspectiva parecía previsible la oposición de Versalles a las ideas impuestas por la princesa, así como su defensa de la continuidad con la *praxis* de gobierno desarrollada durante las embajadas de Harcourt y Marcin. Lo que en nuestra opinión constituyó un error fue la interpretación inicial que Luis XIV y sus ministros otorgaron a la crisis. Fundamentada en los informes de los D'Estrées y Louville, el gabinete galo entendió los sucesos de enero de 1703 como un intento, encabezado por Ursinos en connivencia con la reina, por menoscabar el influjo de Francia sobre la política española. Esta concepción del sentido de los hechos determinó la dureza con la que el gabinete galo reaccionó frente a Felipe V y la princesa a comienzos de febrero de 1703 y, en contrapartida, la parcialidad que evidenció ante la conducta del cardenal d'Estrées. El sentimiento de común injusticia que les generó la respuesta de Versalles, sumado a la nula credibilidad concedida a su propia versión de cuanto había acontecido en Madrid, tuvieron la particularidad de reforzar los ya de por sí estrechos lazos que unían a María Luisa de Saboya y Ursinos. Al mismo tiempo, las dos circunstancias mencionadas reafirmaron la oposición de ambas mujeres a los D'Estrées, a quienes culpabilizaron, la primera, del desprestigio de su imagen allende los Pirineos, la segunda, de su caída en desgracia ante Luis XIV. Así pues, lejos de afianzar la posición del cardenal en la corte española, la reacción inicial del gabinete francés no hizo sino debilitarla aún más, al radicalizar la hostilidad que los reyes, pero

sobre todo la consorte, profesaban al diplomático. El siguiente movimiento de Versalles, basado en la contemporización, fue igual de ineficaz. Es difícil precisar si el monarca galo y sus ministros fueron conscientes de la subjetividad que subyacía bajo ciertas de las informaciones a las que con anterioridad habían otorgado veracidad, como pensó Marianne Cermakian; pero de lo que no cabe duda es de que la inesperada evolución de la situación en Madrid desde mediados de febrero, junto a la oposición de la reina a la destitución de la camarera mayor, obligaron a Francia a flexibilizar su postura inicial y a defender la reconciliación de Ursinos y el cardenal. Este talante más conciliador no solo llegó relativamente tarde, cuando la hostilidad entre las banderías encabezadas por la camarera mayor y D'Estrées se encontraba en un punto de no retorno, sino que tampoco contó con una línea de actuación clara marcada por el gabinete francés. Tal es lo que apreciamos al analizar la anhelada y necesaria reconciliación de la princesa y el cardenal, que Versalles únicamente se limitó a exigir pero sin especificar cómo debía realizarse o en qué puntos de los que generaban fricción habían de ceder cada una de las partes en conflicto.

A la postre la crisis del Despacho, como los acontecimientos que la sucedieron hasta abril de 1703, supusieron, por una parte, la cristalización de toda una serie de tensiones internas que habían caracterizado con anterioridad las relaciones interpersonales en el *entourage* francés en la corte española (por ejemplo entre la camarera mayor y el cardenal d'Estrées, Louville y la princesa, Louville y la reina, Portocarrero, la reina y Ursinos). Por la otra, pusieron de relieve no solo la oposición que suscitaba en las elites españolas la influencia de Francia sobre la Monarquía Hispánica, sino lo que era más grave quizás: la ausencia de un verdadero consenso en el seno de la facción francesa en la capital en cuanto al calado del programa de reformas alentado desde Francia y el papel que los diferentes actores políticos del eje Versalles-Madrid habían de desempeñar en su desarrollo. Cuestiones ambas a las que Luis XIV y sus ministros no supieron otorgar respuestas concluyentes en estas fechas.

## “UNA VIEJA Y UNA MUCHACHA”: INICIATIVA POLÍTICA.<sup>1587</sup>

“Las pasiones son los únicos oradores que siempre persuaden, son como un arte de la naturaleza cuyas reglas son infalibles (...).”

“Es más difícil impedir que nos gobiernen que gobernar a los otros”<sup>1588</sup>

La ausencia de una respuesta concluyente por parte de Versalles a la rivalidad suscitada entre la princesa de los Ursinos y el cardenal d'Estrées implicó la perpetuación de la inestabilidad reinante en la corte madrileña y, por añadidura, en el seno del eje Versalles-Madrid. Desde una perspectiva general el periodo que abarca desde marzo de 1703 a abril de 1704 se caracterizó por una cierta continuidad, en tanto en cuanto el antagonismo entre la camarera mayor y los sucesivos embajadores franceses (el cardenal y el abate d'Estrées), así como la polarización de la corte, siguieron vigentes. Algo semejante observamos al analizar los principales efectos de ambas situaciones. La abierta hostilidad de los reyes hacia los D'Estrées permaneció incólume, al igual que su defensa de la causa de la camarera mayor. Felipe V y María Luisa de Saboya no solo continuarían reclamando a Luis XIV el cese del diplomático, sino que también procuraron eludir lo máximo posible todo contacto con este. Tal actitud determinó a la larga la destitución del embajador y su sustitución en el cargo por su sobrino, el abate, pero como veremos esta circunstancia no dejó de tener las trazas de una victoria pírrica para la facción de la princesa. De la misma manera, los rasgos fundamentales de la imagen de la camarera mayor, la consorte y el Rey Católico, trazados por los D'Estrées y Louville en su correspondencia allende los Pirineos, perdurarían, y a ellos se añadirían nuevos elementos fruto de la coyuntura y la acción sobre el ámbito político-cortesano de ambas mujeres. Dado que el panorama general apenas varió sustancialmente, resulta lógico que tampoco lo hicieran los juicios que este suscitaba entre sus principales protagonistas, enfrentados en dos grandes banderías. Como ya hemos hecho en los capítulos anteriores, conviene tener presente el carácter contradictorio de este cúmulo de informaciones, que a la postre era a través de las que Versalles planteaba sus decisiones y se forjaba una determinada idea de cuanto sucedía en España. Ciertamente, en esta etapa encontramos una cierta

---

<sup>1587</sup> La cita procede de una misiva de Madame Aguirre al cardenal d'Estrées. [S.l.], 29 de marzo de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 160r.

<sup>1588</sup> LA ROCHEFOUCAULD, F. de la: *Máximas*. Introducción, traducción y notas de Carlos Pujol. Barcelona, 1984, pp. 6 y 33.

flexibilización de la postura del gabinete galo ante la disensión producida en el *entourage* francés en Madrid, favorable esta vez a la princesa y su protegido, Orry, según demuestra la ya mencionada destitución del cardenal D'Estrées. Empero, también es verdad que el contenido de los citados despachos, a los que se unirán en lo sucesivo los de otros personajes cercanos a la embajada francesa como el Padre Martin, del Hospital de San Luis, o Madame Aguirre, la “ermitaña” del Buen Retiro; la adopción de nuevas medidas de carácter unilateral –esto es la relativa “independencia” con la que el gobierno de Madrid actuaría en determinados momentos; y, en último término, los escasos resultados a corto plazo de algunas de estas disposiciones (abastecimiento de los ejércitos), movieron a Luis XIV y sus ministros a sancionar, primero, el envío de sendos personajes que habían de examinar *in situ* la acción de Ursinos y Orry sobre la administración hispana (Berwick y Puységur) y, después, a imponer medidas tan drásticas como serían la destitución de la camarera mayor y el retorno del financiero a Francia.

A nuestro modo de ver tales disposiciones por parte de Versalles solo pueden entenderse, en primer lugar, aludiendo al flujo de informaciones que circularon entre España y Francia respecto a la pareja real, la princesa y Orry, testimonios que ahondarían en la desconfianza con que era visto allende los Pirineos el predominio de la dama y el financiero sobre «les affaires d'Espagne». En segundo lugar, atendiendo al carácter “forzado” no tanto ya de la destitución del cardenal d'Estrées como de la asunción por parte del gabinete galo del esquema de poder que resultó de la misma: este era continuista en su estructura, pues el sucesor del cardenal seguiría formando parte del Despacho, pero en la práctica basculaba alrededor de la figura de la camarera mayor y Orry, verdaderos depositarios de la confianza y el favor de la pareja real española y cuya reputación se encontraba a la sazón en entredicho ante el monarca galo. Por último, conviene también aludir a los aspectos en los que cristalizó la acción de Ursinos y el financiero francés sobre el gobierno con el patrocinio de los reyes. En este sentido, Versalles acogió con desconfianza no solo el desdoblamiento de la Secretaría del Despacho Universal sino también las prevenciones desarrolladas por Orry para la campaña de 1704, lo que determinó el ya referido envío de Puységur a la Península. Si bien es cierto que recientes estudios, como los de Concepción de Castro o Anne Dubet, han puesto de relieve la búsqueda de eficiencia que revistieron dichas órdenes, los resultados de estas a corto plazo resultaron decepcionantes para el

gabinete galo y dispusieron a Luis XIV a decretar la salida de España de sus dos principales inspiradores. La permisividad de Versalles ante la acción de ambos personajes sobre el gobierno hispano se agotó en la primavera de 1704. El gabinete francés no pensó en lo sucesivo sino en restablecer las relaciones entre ambas cortes según el pie en el que se encontraban a comienzos de 1703, lo cual implicaba una doble designación: por una parte, la de un nuevo embajador que actuase verdaderamente a las órdenes de Luis XIV en calidad de ministro de confianza de Felipe V; por la otra, la de una camarera mayor española, habida cuenta que la nominación de una francesa para ocupar este cargo se había revelado, a ojos del monarca galo y sus ministros, como una fuente de inestabilidad para las relaciones francoespañolas.

Son precisamente los aspectos que conciernen a la acción de la princesa y de la reina sobre la escena política madrileña aquellos que aportan un componente diferente a este periodo en relación con la etapa anterior. Las críticas vertidas contra D'Estrées continúan presentes en su correspondencia, pero se acompañan ahora de diferentes iniciativas a través de las que pretenden manifestar no solo el desagrado que les produce el diplomático, sino lo que es más importante: su interés por la puesta en vigor de algunos de los planes de Orry con respecto a la administración hispana, o el desarrollo de una labor de patronazgo que beneficie a sus parciales y secunde al financiero. Así, la continuidad de la princesa como camarera mayor, que Luis XIV aprobó en marzo de 1703, pareció alentar la intervención de ambas mujeres en la *praxis* del poder. Bien es verdad que en el caso de María Luisa esa proyección es apenas perceptible si analizamos su correspondencia. Sin embargo, no cabe dudar del conocimiento de la consorte acerca de cuanto se trataba a la sazón en el gobierno. No en vano, buena parte de las decisiones se tomaron en estas fechas en los aposentos que la reina compartía con Felipe V. Por lo tanto, aunque de acuerdo con la documentación la soberana ejerció un rol pasivo en el tratamiento de los asuntos, su potencialidad en la toma de decisiones permaneció indemne, dados el ascendiente que ejercía sobre el Rey Católico y la protección que tributaba a la camarera mayor. Conviene tener presente este conjunto de factores porque permite comprender la inclusión de María Luisa de Saboya en las críticas que suscitó la situación reinante en la corte española, al menos entre algunos sectores del eje Versalles-Madrid, así como el grado de responsabilidad que se achacó a la consorte en la misma.

### **Estrategias de deslegitimación, información y descrédito:**

Los meses que antecedieron a la primera caída en desgracia de la princesa de los Ursinos estuvieron caracterizados por la participación de la reina y la camarera mayor en la escena político-cortesana, pero también por el creciente desprestigio de la imagen de ambas al otro lado de los Pirineos. Su influjo sobre el tratamiento de los asuntos, más evidente en comparación con el periodo anterior, concitó acerbos críticas, emanadas principalmente de la pluma de Louville y en menor medida de los D'Estrées y sus parciales. Tales censuras, que afectaron prácticamente por igual a la consorte y a Ursinos, pretendieron no solo condenar y deslegitimar el ascendiente de ambas mujeres sobre los asuntos de Estado sino también, lo que quizás sea más importante, explicar por qué dicho ascendiente contravenía toda lógica y resultaba perjudicial tanto para la propia influencia de Francia sobre la Monarquía Hispánica como para la reputación de Felipe V, cuya imagen, a semejanza de la de la reina y la princesa, se vio muy perjudicada a la sazón.

A lo largo de estas fechas, y hasta su definitivo abandono de España en el otoño de 1703, las misivas de Louville a importantes personajes del gabinete y la corte francesa (Torcy y los Beauvilliers) presentaron a un rey tutelado, sometido a una vergonzosa esclavitud. Estos juicios no constituían una novedad en la correspondencia del marqués desde enero de 1703. Sin embargo, ahora se veían reforzados por una mayor agresividad en sus ataques hacia María Luisa de Saboya y Ursinos, e indirectamente hacia el rey, que entrañaban desde el empleo de las calumnias más graves hasta la narración de todo tipo de anécdotas y episodios, en muchos casos circunscritos a la intimidad conyugal de los reyes o a la moralidad de la camarera mayor. Objeto de una creciente frustración, y con la sinceridad e impulsividad que caracterizaba el contenido de sus epístolas, Louville achacó al gobierno francés el estado en el que se hallaban las relaciones francoespañolas. En su opinión, la raíz del problema se encontraba en la aquiescencia de Versalles a la influencia que la reina ejercía «sur l'esprit de son mari absolument inutile»: «Le roi [Felipe V] est timide, irrésolu (...) ne peut se déterminer par lui-même, dit-on en France: donc il faut que la reine, qui a un esprit supérieur, le gouverne (...)» A su modo de ver, tal principio resultaba no solo erróneo, sino ilógico desde todo punto de vista: «Rien de plus faux, à mon avis, que ce raisonnement, et au contraire; car, outre qu'il est ridicule et insoutenable qu'une femme, et une femme de quatorze ans, mène son mari absolument

par le nez (...), et gouverne une monarchie aussi étendue que celle de l'Espagne.»<sup>1589</sup> Someter al rey al dominio de la reina atentaba, pues, contra el orden moral y social establecido, al tiempo que implicaba otros riesgos más graves: el alejamiento de los franceses del *entourage* del monarca; el restablecimiento de la etiqueta según su antigua forma; la independencia de Felipe V respecto a Luis XIV; y su aproximación a los Grandes.<sup>1590</sup> Esto es, lo contrario de lo que Francia había venido propugnando desde el advenimiento al trono de la Casa de Borbón y lo que, de continuar así, desembocaría en el sometimiento del monarca a los dictados del duque de Saboya y, en último término, en su destronamiento: «Si le roi est timide, foible, irrésolu, indéterminé, est-ce une raison pour le laisser gouverner à la maison de Savoie?», se preguntaba.<sup>1591</sup> Aunque no se atrevía a concluir que María Luisa de Saboya se alegraría de perder la corona, Louville no dudaba en que se conformaría con la situación si esta procuraba «en Italie quelque avantage à sa maison, qu'elle aime plus que sa propre vie.»<sup>1592</sup>

Su parcialidad a la Casa de Saboya y su innegable francofobia, que hacían de María Luisa la «plus dangereuse princesse qu'il y ait au monde, la plus ennemie de la France et des François (...)»<sup>1593</sup>, no eran los únicos argumentos que definían el perfil de la consorte. En una extrapolación que a estas alturas ya era familiar, el monarca era comparado con Carlos II<sup>1594</sup>, al tiempo que el comportamiento de la soberana adquiría notables concomitancias con el de Mariana de Neoburgo en su día. Por influencia de Ursinos, la reina se había convertido en una muchacha taimada, artera y ambiciosa («vous pouvez croire qu'elle fera de beaux progres, étant aussi bien conduite») <sup>1595</sup>, que disimulaba su odio a Francia («la reine ne pense pas un mot de ce qu'on lui fait écrire par rapport à la France») e instaba a Felipe V, «qui n'avoit menti de sa vie», a adoptar su misma doblez: «c'est à la reine et à la princesse à qui on le doit, qui sont l'une et l'autre encore plus méchantes et plus fausses (...)»<sup>1596</sup> Sometido al imperio de Ursinos

---

<sup>1589</sup> Louville a Torcy. Madrid, 15 de agosto de 1703, recog. en SSBL, XI, p. 526. El cardenal d'Estrées tenía una opinión parecida a la del marqués. Según escribió a Luis XIV, el origen de los problemas en la corte española se encontraba en el hecho de que los parciales a Ursinos le habían hecho creer que era necesaria en Madrid y que, en razón de ello, podría emprender cuánto estimara oportuno, con el apoyo de la reina, sin guardar medida; esto es, al margen de la opinión de Versalles y de los embajadores franceses en España. D'Estrées a Luis XIV. Madrid, 10 de agosto de 1703. AA. EE., CPE., t. 117, fol. 48v.

<sup>1590</sup> Louville a Torcy. Madrid, 15 de agosto de 1703. SSBL, XI, p. 528.

<sup>1591</sup> *Ibid.*, pp. 526-527.

<sup>1592</sup> Louville al duque de Beauvilliers. Madrid, 16 de octubre de 1703, recog. en SSBL, XI, p. 543.

<sup>1593</sup> Louville a Torcy. Madrid, 15 de agosto de 1703, recog. en *Ibid.*, p. 526.

<sup>1594</sup> El mismo a Beauvilliers. Marzo y abril de 1703, recog. en LOUVILLE, II, p. 34.

<sup>1595</sup> El mismo al mismo. Madrid, 8 de octubre de 1703, recog. en SSBL, XI, p. 540.

<sup>1596</sup> El mismo al mismo. Madrid, 16 de octubre de 1703, *Ibid.*, pp. 542-543.



y de la reina, la popularidad del rey no solo era mucho menor que la de la consorte, sino que su autoridad también disminuía paulatinamente: «le roi est tellement méprisé qu'on ne le nomme même pas dans les ordres qu'on donne (...)»<sup>1597</sup> María Luisa, se lamentaba el cardenal d'Estrées, mantenía aislado al rey, hasta el punto de acompañarle a la puerta del Despacho con el fin de que nadie pudiese hablarle mientras se dirigía hasta la pieza en donde se desarrollaban sus sesiones. Dispuesta a controlar los contactos de su esposo, la soberana asistía además a algunas de las audiencias que Felipe V concedía, durante las cuales el monarca permanecía encerrado en su mutismo habitual en tanto era la reina quien tomaba la palabra.<sup>1598</sup> En otras ocasiones, leemos en la correspondencia de Louville, María Luisa escuchaba detrás de la puerta. Así sucedió por ejemplo durante una de las reuniones de este con la princesa. En el momento en el que el marqués trató de justificar al cardenal d'Estrées, la reina, en paños menores, hizo aparición en la sala

«et se mit à dire mille duretés contre le cardinal [D'Estrées]. La princesse lui dit [a la reina] avec une grande familiarité, en lui mettant la main sur le sein: 'Madame, madame, cachez donc cette bosse'. Mais Sa Majesté ne se déferma point et continua de crier et de gesticuler sans se mettre en peine si je voyais ou non son équipage, que je voyais à merveille. On peut, à mon avis, juger par-là de la petite personne, et que ses mœurs ne sont point assurées.»<sup>1599</sup>

Este tipo de testimonios, caracterizados por una marcada vulgaridad y falta de respeto hacia la condición regia de María Luisa de Saboya<sup>1600</sup>, son bastante frecuentes en la correspondencia de Louville y trazan un retrato de la soberana que difiere notablemente del que en su día elaboró Ursinos en sus cartas a Torcy. Al margen de su veracidad, de la que podemos dudar o no, son interesantes, por un lado, en tanto que contrapunto a la imagen de la reina durante la gobernación. Por el otro, por su “capacidad” tanto para desprestigiar la labor de la camarera mayor junto a la consorte, cuya ambición y falta de moralidad son consecuencia directa del magisterio de Ursinos,

---

<sup>1597</sup> El mismo al mismo. Madrid, 8 de abril de 1703. *Ibid.*, p. 516. En marzo de 1703 Operti informó al duque de Saboya de la popularidad de la reina entre el pueblo y la corte, donde se comparaba desfavorablemente la situación reinante a la sazón con el “orden y buen gobierno” que habían caracterizado la situación durante la gobernación de la soberana. Operti a Víctor Amadeo II. Madrid, 8 y 15 de marzo de 1703. A.S.T., LMS., M. 48. Aunque marcadamente parcial, el testimonio del diplomático pone de relieve el prestigio que su primera gobernación había acarreado a María Luisa, así como la impopularidad del Despacho donde, se quejaban los interlocutores del enviado saboyano, se trataban los asuntos más importantes sin dar cuenta al resto de instituciones de gobierno y las decisiones se tomaban a instancias de Francia.

<sup>1598</sup> D'Estrées a Luis XIV. [S.l.], 3 de septiembre de 1704. AA. EE., CPE., t. 117, fols. 218v. y 221r.

<sup>1599</sup> Louville a Torcy. [S.l.], 29 de agosto de 1703, recog. en LOUVILLE, II, pp. 94-95.

<sup>1600</sup> Tal es la opinión de Baudrillart. BAUDRILLART, I, p. 132.

como para deslegitimar el influjo que ambas ejercían sobre la escena político-cortesana, que no se explicaría únicamente en razón de la debilidad de Felipe V sino también merced a las argucias e intrigas protagonizadas por las dos mujeres. En este sentido, el testimonio de Louville se caracteriza por una misoginia que incide en los aspectos más negativos del carácter femenino. Así, María Luisa es una mujer que, como acabamos de ver, se define por sus impulsos, que la llevan desde a irrumpir en las audiencias del rey hasta pelear con él, en el sentido literal del término, con el fin de imponer sus puntos de vista: «J'ai su -escribió a Beauvilliers- que le roi avoit eu, ce matin, un nouveau démêlé avec la reine, et je crois qu'ils se sont battus (...). Il [Felipe V] est venu au *despacho* avec les yeux gros comme le poing (...).»<sup>1601</sup> Igualmente, el influjo que la reina ejercía sobre su esposo tenía un marcado componente sexual. Es en esta etapa, gracias en parte a los testimonios del marqués, cuando comenzó a labrarse la leyenda de un Felipe V dominado por sus consortes a causa de sus apetitos sexuales:

«Il [se refiere al confesor real, Daubenton, que relataba a Louville buena parte de las intimidades de los reyes] me vint trouver l'autre jour et me dit qu'il trouvait le roi triste et qu'il attribuoit en grande partie ses vapeurs à l'excès de sa passion pour la reine. Il me pria bonnement ensuite de lui apprendre à distinguer l'usage de l'abus sur cet article, attendu que n'ayant pas été marié, nécessairement il étoit fort inhabile à donner des conseils au roi catholique en cette occasion (...).»<sup>1602</sup>

Conocedora de la dependencia de su esposo a este respecto, María Luisa de Saboya instrumentalizaba las necesidades sexuales del rey cuando quería instarle a tomar una decisión:

«Vous n'y mettez pas d'opposition!, eh bien, donc Monsieur, sortez d'ici. Et, là-dessus, elle poussa le roi de côté et le fit sortir de son lit. Le pauvre prince étourdi de l'aventure, s'en alla tristement s'asseoir en chemise dans un fauteuil à l'autre bout de la chambre et y passa quatre heures ainsi en silence. À la fin, pourtant, la petite reine, confuse de sa violence (...) se leva sans mot dire, alla reprendre son roi par la main, le replaça dans le lieu d'où elle l'avait chassé (...) et puis s'endormit de part et d'autre sans s'être parlé (...).»<sup>1603</sup>

<sup>1601</sup> El mismo a Beauvilliers. Madrid, 8 de abril de 1703, recog. en SSBL, XI, p. 517.

<sup>1602</sup> Louville a Torcy. [S.l.], 15 de agosto de 1703, recog. en LOUVILLE, II, p. 97.

<sup>1603</sup> El mismo al mismo. [S.l.], 24 de marzo de 1703, recog. en *Ibid.*, pp. 27-28. Años después Madame la duquesa de Orleáns, pese a su buena relación con la reina, se haría eco en su correspondencia de estos rumores: «Elle [María Luisa] avait dans la chambre un lit à roulettes; si le roi ne voulait pas faire sa volonté elle éloignait son lit au sien; lorsqu'il avait consenti à en passer par ce qu'elle voulait, elle le laissait entre dans son lit, ce qui était pour le roi la plus grande des félicités (...).» «Il [Felipe V] ne peut se passer des femmes; voilà pourquoi il aime si fort toutes ses épouses (...), pourvu qu'il ait une femme dans son lit, tout lui est bon.» Madame la duquesa de Orleáns a la raugrave Luisa. [S.l.], 18 de enero de 1717 y 18 de febrero de 1718, cits. por LÓPEZ ANGUITA, J. A.: "La imagen de Felipe V y su entorno palatino a través de la correspondencia de

Normalmente, concluía Louville, estas escenas finalizaban con el sometimiento del rey a los dictados de la soberana; reconciliaciones en las que también participaba el padre Daubenton, quien redactaba los billetes amorosos del monarca para su esposa.<sup>1604</sup>

Consciente del influjo que ejercía sobre Felipe V merced a su debilidad por los placeres de la carne, María Luisa de Saboya, siempre en opinión del marqués, habría defendido la expulsión del grupo de músicos de cámara instalados en España desde el otoño de 1701 bajo la dirección de Desmarests. Oficialmente, la marcha de los músicos respondía a razones financieras. Sin embargo, Louville la atribuía a los celos de la reina hacia dos de las mujeres que integraban la *troupe*: la cantante Marchand y la esposa del maestro de danza, Madame L'Évêque: «elle [la reina] appréhende qu'on ne le détache d'elle [a Felipe V] et qu'on ne lui diminue son crédit. Et comme elle voit le roi éperdument amoureux d'elle, elle conclut qu'il pourroit aussi le devenir d'une autre (...).»<sup>1605</sup> Los celos de María Luisa repercutían en la posición del marqués en el *entourage* real; en concreto, la consorte acusaba a Louville de fomentar los posibles amores del monarca y D'Aubigny con ambas mujeres: «Sans moi -le habría confesado la princesa-, la reine, sur le rapport de vos ennemis, alloit se figurer que vous aviez pris le soin d'attirer ces femmes dans les vues malhonnêtes sur le roi et sur Don Luis [D'Aubigny], qu'il honnore de sa confiance.»<sup>1606</sup> Michel Antoine en su día, y más recientemente Nicolás Morales, han puesto en tela de juicio el relato del marqués acerca de la expulsión de los músicos de cámara franceses. Aunque la necesidad de hacer economías influyó en la decisión, lo cierto es que Ursinos y la reina no apreciaban la música francesa. Al contrario, se inclinaban por la música italiana y estaban más dispuestas a favorecer la permanencia en el país de la compañía de cómicos italianos, los *Trufaldines*, que se había instalado en Madrid a principios de 1703. Así pues, la marcha de los músicos franceses respondió más a una cuestión de gusto que de celos (por otra parte María Luisa de Saboya continuó agraciando con su favor a Desmarests, que se quedó en España hasta 1706).<sup>1607</sup>

---

Madame la duquesa de Orléans”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J., CAMARERO BULLÓN, C. y LUZZI TRAFICANTE, M. (coords.): *La corte de los Borbones...*, II, p. 1148.

<sup>1604</sup> LOUVILLE, II, p. 63.

<sup>1605</sup> Louville a Beauvilliers. Madrid, 11 de mayo de 1703, recog. en SSBL, XI, pp. 521-522.

<sup>1606</sup> LOUVILLE, II, p. 47.

<sup>1607</sup> ANTOINE, M.: *Henry Desmarests (1661-1741). Biographie critique*. París, 1965, en concreto cap. II; MORALES, N.: *L'artiste de cour...*, pp. 182-186 e íd.: «L'exil de Henry Desmarests à la cour de Philippe V,

Dicho esto, conviene volver a la narración de Louville debido a la intencionalidad que subyace en la misma. La inclusión de la princesa y D'Aubigny en el relato del marqués no es inocente en ningún caso. De hecho, constituía un argumento que había de justificar la definitiva destitución de la camarera mayor. En este sentido, no solo María Luisa se mostraría celosa de las dos damas citadas, sino también la propia princesa, que en realidad era la amante de *Don Luis*. Tiempo después, el marqués rectificaría esta acusación para completarla: de acuerdo con el testimonio del confesor de Ursinos, un agustino «ivrogne et fripon», además de bebedor, la camarera mayor estaría casada en secreto con su secretario, junto al que planeaba retirarse a Roma con las ganancias obtenidas ilícitamente por ambos en España.<sup>1608</sup> Los rumores acerca del enriquecimiento de la princesa a costa de los fondos de la Casa de la reina fueron frecuentes en esta etapa. Madame Aguirre, por ejemplo, informaría de ellos al cardenal d'Estrées en marzo de 1704, señalando a Orry como a otro de los beneficiarios de los manejos de Ursinos.<sup>1609</sup> Empero, las cuentas de la cámara no permiten extraer conclusiones definitivas al respecto, tanto más en un periodo caracterizado por el desorden financiero en la Hacienda de las Casas Reales.<sup>1610</sup> De la misma manera, la naturaleza de las relaciones de la princesa con D'Aubigny es otra incógnita. Excede a nuestros propósitos esclarecer una cuestión que, a día de hoy, sigue siendo objeto de conjeturas y suposiciones. Que la princesa estuviese casada o no con su secretario, que fuese o no verdaderamente su amante, resulta irrelevante para este trabajo. No lo es, sin embargo, el sentido de tales rumores en la correspondencia remitida a Versalles (junto a Louville, otro de los sujetos que se harían eco de él sería el abate d'Estrées, sucesor del cardenal en la embajada francesa en Madrid). La presencia de D'Aubigny en el círculo de íntimos de Ursinos, un hombre cuyo hermano había sido condenado a

---

premier Bourbon d'Espagne (1701-1706)», en DRURON J. (ed.): *Henry Desmarets (1661-1741). Exils d'un musicien dans l'Europe du Grand Siècle*. Lieja, 2005, pp. 33-73. Sobre la evolución del espectáculo trufaldinesco en la corte de Felipe V véase TORRIONE, M.: “‘Como a Vuestra Majestad le gustan las comedias...’ Felipe V y el teatro de los Trufaldines: 1703-1725”, en SERRANO, E. (ed.): *Felipe V y su tiempo: congreso internacional*. Zaragoza, 2004, II, pp. 753-789.

<sup>1608</sup> Louville al duque de Beauvilliers. Madrid, 11 de mayo de 1703. AA. EE., CPE., 125, fols. 292r.-v.; también se acusaba a la princesa de embolsarse las seis mil pistolas producto de la venta del gobierno de Campeche. LOUVILLE, II, p. 87.

<sup>1609</sup> Madame Aguirre al cardenal d'Estrées. [S.l.], 29 de marzo de 1704. *Ibid.*, CPE., t. 143, fol. 160r.

<sup>1610</sup> Empero, Francisco Andújar encontró indicios de apropiación ilícita por parte de Ursinos de 100.000 escudos romanos durante su segunda etapa al frente de la cámara de la reina; también es probable, según este autor, que de los 29.172.000 maravedíes pagados por Goyeneche para la cámara y el Bolsillo de la consorte (30.000 reales anuales) la dama desviara alguna suma a sus propias arcas. ANDÚJAR, F.: *Necesidad y venalidad...*, pp. 89-90.

galeras en Francia, servía al marqués para traer a colación ante Versalles diferentes cuestiones: en primer lugar, la condición social de los individuos que conformaban el nuevo *entourage* forjado alrededor de Felipe V, aspecto en el que no nos detendremos puesto que será tratado en el próximo epígrafe. En segundo lugar, la dudosa catadura moral de la camarera mayor, lo suficientemente libertina como para mantener una relación -matrimonial o extramatrimonial- con un hombre de un estatus inferior al suyo y seguir ocupando un cargo tradicionalmente ostentado por viudas de inmaculada reputación. Por último, y relacionado con el punto anterior, los riesgos de mantener junto a la reina, una reina de catorce años puntualizaba Louville, a una mujer de estas características. D'Aubigny, se lamentaba el marqués, había recibido como alojamiento los antiguos aposentos de la infanta María Teresa, que se comunicaban con los de la reina y la princesa «sans pouvoir être vu de personne». Aunque teóricamente solo le estaba permitido utilizarlos por el día, era bien conocido que pasaba allí las noches, permaneciendo junto a la soberana y la camarera mayor mientras el rey cazaba. Esta situación era de dominio público a decir del marqués (si bien no aparece recogida en las fuentes diplomáticas que hemos consultado) quien informaba de los pasquines que había suscitado:

«Toutes les rues -escribió a Beauvilliers- sont pleines de pasquinades et de vers contre lui [D'Aubigny] et la princesse, et, qui pis est, contre le Roi notre maître, de ce qu'il souffre un pareil scandale avec sa petite-fille, étant nuit et jour enfermé avec la reine, même pendant tout le temps que le roi est à la chasse; ce qui est plus contre les mœurs d'Espagne (...). Mais, quand il n'y auroit aucun mal, un pareil scandale, ou, si vous voulez même, une pareille indécence, dans un pays comme celui-ci, avec une jeune reine de quatorze ans, suffiroit, sans parler de ce qui a rapport à la camarera, et en France même, où l'on est plus libre, je ne crois pas qu'on souffrit une pareille liberté avec M[ada]me la duchesse de Bourgogne (...).»<sup>1611</sup>

D'Aubigny no era la única de las debilidades de la princesa entre el género masculino. Otra de ellas era el joven marqués de Crevecoeur, instalado en Madrid junto al rey en enero de 1703. Hijo de los príncipes de Masserano y por tanto primo de la reina, el favor con el que la camarera mayor le distinguía se debería a su condición de «joli cavalier (...) jeune et galant (...) madame des Ursins, qui l'avait jugé tel (...), avait fait convenir la reine de cette vérité, se l'était depuis peu attaché par mille bontés

---

<sup>1611</sup> Louville a Beauvilliers. Madrid, 16 de octubre de 1703, recog. en SSBL, XI, pp. 541-542.

particulières, comme celle de le mener par les petits appartements jouer et habiller chez la reine (...).»<sup>1612</sup>

¿Qué moralidad podía esperarse de María Luisa de Saboya teniendo al frente de su cámara, y en calidad de favorita, a una dama como la princesa? Tal era la pregunta que subyacía en los testimonios de Louville. Una cuestión que, para el marqués, tenía una respuesta clara (aunque de difícil aplicación por el momento): la destitución de la camarera mayor:

«Au nom de Dieu!, Monsieur, faites tout ce qu'il dépendra de vous, si vous aimez le bien des deux monarchies -escribió a Torcy- (...) pour donner à ce prince [Felipe V] les secours dont il aura besoin dans sa foiblesse (...). Faites seulement en sorte qu'on lui puisse parler impunément, et on vous le rendra tel que vous le pouvez désirer, c'est-à-dire que l'ambassadeur de France aura sur lui le même ascendant que la princesse a à présent. Mais, il faut, avant toutes choses, la lui ôter, et mettre en sa place auprès de la reine une femme qui ne se puisse maintenir par elle-même et qui soit trop heureuse de gagner les bonnes grâces de la France en observant la reine, comme est du devoir d'une *camarera-mayor* et comme c'est l'usage en Espagne.»<sup>1613</sup>

Desde estas perspectivas, la permanencia de la princesa junto a la reina era desaconsejable tanto por razones morales como políticas. En este último caso, dada la independencia con la que actuaba, la continuidad de la princesa en el cargo privaba a los embajadores de Francia en España de toda proyección en las relaciones francoespañolas y junto a estos al propio Louville. Luis XIV no debía dudar en aprobar su destitución por temor a la reacción de la reina, pues esta, pese a agraciarse con su favor, «la regardait comme un instrument nécessaire de sa volonté (...).»<sup>1614</sup> Tal opinión, compartida también por los D'Estrées, se basaba en la semejanza de caracteres entre María Luisa de Saboya y Ursinos, que irremediablemente llevaría a la reina, toda vez que su poder estuviera lo suficientemente consolidado, a enfrentarse a la favorita. Difundido ampliamente en Versalles a lo largo de estas fechas, este juicio aparecería recogido, según veremos en los capítulos siguientes, en las Instrucciones recibidas por el nuevo embajador francés, el duque de Gramont, e influiría en la adopción de una de las decisiones más desafortunadas por sus consecuencias de la política francesa en España: la primera destitución de la princesa de los Ursinos.

---

<sup>1612</sup> LOUVILLE, II, pp. 9-10.

<sup>1613</sup> Louville a Torcy. Madrid, 15 de agosto de 1703, recog. en SSBL, XI, p. 529.

<sup>1614</sup> LOUVILLE, II, pp. 51-52.

Aunque otorgaba prioridad a esta disposición, la caída de la favorita era solo una de las soluciones que el marqués planteaba. Además de ella estimaba oportuno que el monarca contase con su propio apartamento; que el embajador y el resto de franceses tuviesen la oportunidad de dirigirse a Felipe V libremente, lo que sería fácil tras la partida de Ursinos; que el soberano estableciese un comercio epistolar estrictamente privado con Luis XIV, sin la participación de la reina y con el asesoramiento de un hombre de confianza de Versalles que pudiese asistir al Rey Católico en su correspondencia; y, por último, que María Luisa de Saboya no tomase parte alguna en la toma de decisiones.<sup>1615</sup> La camarera mayor y la consorte habían minado la influencia que Francia ejercía sobre Felipe V. Solo era cuestión de actuar con firmeza para restablecerla. Para ello, la debilidad de carácter del soberano suponía un valor añadido:

«Et n'est-il pas aussi désirable pour la France, en le supposant de ce caractère, et ayant de gens sûrs auprès de lui qui le conduisent, que s'il étoit vif, hardi, entreprenant et résolut, comme il seroit à souhaiter pour lui qu'il le fût? -se preguntaba Louville- *Qu'y a-t-il donc à faire pour que ce soit un prince à votre gré, que de lui donner les gens qu'il lui faut, et de lui ôter ceux qui lui nuisent?* (...)»<sup>1616</sup>

En su día Baudrillart definió de manera ambivalente los informes de Louville, que consideraba «un torrent d'anecdotes et de traits pittoresques, de bon mots [et] d'invectives grossières, de jugements (...) passionnés et contradictoires (...) denonçant partout des intrigues, parce que rarement elles tournent à son profit», pero que sin embargo partían de un hombre «jamais flatteur, toujours sincère, rongé d'ambition, mais trop honnête (...)»<sup>1617</sup> Coincidimos parcialmente con el juicio del eminente historiador francés. A decir verdad, la correspondencia del marqués es un torrente de rumores, anécdotas picantes, intrigas y descalificaciones con fines muy concretos. Ahora bien, la sinceridad que le movía, como la completa veracidad del contenido de sus misivas, son cuestiones diferentes. Ciertamente Louville describía un panorama político-cortesano en el que progresivamente iba perdiendo influjo a beneficio de la reina y la camarera mayor, y en el que individuos ajenos a su red clientelar comenzaban a adquirir proyección en el *entourage* regio. Sin embargo, es imposible discernir a ciencia cierta hasta qué punto los numerosos rumores que el marqués remitía a Torcy eran veraces, no resultaban producto de la imaginación de sus

---

<sup>1615</sup> Louville a Torcy. Madrid, 15 de agosto de 1703, recog. en SSBL, XI, pp. 529-530.

<sup>1616</sup> *Ibid.*, p. 527.

<sup>1617</sup> BAUDRILLART, I, p. 132.

informadores<sup>1618</sup> y no eran exagerados deliberadamente, *a posteriori*, en su propia narración de los hechos. En definitiva, el rumor y la anécdota encierran una notable subjetividad e imprecisión que determinan aún más la parcialidad de cualquier relato. En otro orden de cosas, la condición de Louville como informador nunca fue censurada por los receptores de su correspondencia allende los Pirineos (Torcy y los Beauvilliers). Al contrario, desde Versalles se alentó al marqués a continuar enviando una “crónica” semanal de cuanto acontecía en España, inclusive cuando María Luisa y Ursinos, conscientes del sentido de las informaciones remitidas, expresaron su rechazo ante la credibilidad que se les otorgaba allende los Pirineos.<sup>1619</sup> Desde estas perspectivas, por mucho que el gabinete galo se quejase del perjuicio que la polarización de la corte española había provocado en el tratamiento de los asuntos, indirectamente, con su afán de conocer los pormenores de la situación y al tomar ciertas decisiones basadas únicamente en el contenido de los despachos de una parte, contribuyó a la inestabilidad reinante en las relaciones entre las Dos Coronas, al tiempo que favoreció la adopción de iniciativas de carácter unilateral por parte de la princesa y Orry, con el apoyo de la reina, que profundizaron la desconfianza reinante entre los principales actores políticos de ambas cortes.

### **Un grupo de “sátrapas”: la reina y la red clientelar de la princesa de los Ursinos.**

A partir del verano de 1703 la hasta entonces embrionaria red clientelar de la camarera mayor inició un proceso de consolidación que se aceleraría tras la destitución del cardenal d'Estrées y la subsiguiente marcha de Louville (otoño-invierno de 1703). Según vimos en otra parte de este trabajo, con anterioridad a esa fecha la princesa de los Ursinos había establecido importantes relaciones en la corte madrileña (cabría considerar su vinculación con Orry como la más trascendental de ellas). No obstante, con la salvedad de su participación en la designación de algunos de los cargos de la Casa de la reina, había eludido deliberadamente desarrollar una activa labor de patronazgo. No sería así en lo sucesivo. Dispuesta a favorecer la política de Orry, la dama se mostraría cada vez más proclive a extender su patrocinio sobre un variado

---

<sup>1618</sup> El empleo de informadores por parte de Louville era frecuente, según constatan algunas de sus misivas en las que alude a conversaciones entre individuos cercanos a Ursinos y un «homme qui est dans ma confiance.» Louville al duque de Beauvilliers. Madrid, 9 de octubre de 1703. SSBL, XI, p. 540.

<sup>1619</sup> «Vos lettres me font grand plaisir, ne croyez pas ce que je vous en ait dit soit une marque de fatigue. Non, continuez de m'écrire avec la même ouverture (...)» Torcy a Louville. [S.l.], 21 de agosto de 1703, recog. en LOUVILLE, II, p. 101.



grupo de individuos capaces de secundar las iniciativas del financiero. Estos sujetos pasarían a ocupar puestos de diferente relevancia en el cuerpo de la administración y se encargarían, de acuerdo con Orry, de agilizar el tratamiento de los asuntos, la toma de decisiones y la obtención de recursos (económicos y humanos) destinados a la guerra. El esfuerzo de la princesa y el financiero cristalizó en la elección de sujetos “adecuados” para determinados puestos de decisión (según diferentes criterios que indicaremos más adelante); en la puesta a punto de un conjunto de reformas (oficiales y oficiosas) que alteraron el panorama de la dinámica de gobierno y la administración española; y en la adopción de ciertas disposiciones al margen de Versalles que tenían con frecuencia, para el gabinete galo, la consideración de un *fait accompli*. A continuación nos centraremos en el primer punto de los tres que acabamos de mencionar, dejando para el epígrafe siguiente el análisis de los dos últimos.

La alianza de Orry y la camarera mayor supuso un factor fundamental en la consolidación de la red clientelar encabezada por Ursinos. Como veremos, su trabajo en España puso al primero en contacto con un variado grupo de burócratas y servidores de la administración, algunos de los cuales engrosarían en lo sucesivo las filas de sus más estrechos colaboradores. A este conjunto de relaciones habría que añadir los contactos forjados por la princesa con ciertos cortesanos, Grandes y ministros, más cercanos y habituales que los que Orry podía establecer con los mismos debido a su rango, fraguados bien de manera directa en sucesivas reuniones en el *Cuarto chico* de la camarera, bien a través de intermediarios como D'Aubigny y Vazet. La complementariedad de la labor de patronazgo del financiero y Ursinos explica la heterogeneidad de la red clientelar encabezada por la dama, que poseyó un marcado carácter trasnacional y a la que pertenecieron individuos de variada extracción social. En este sentido, tal y como recordó Bernardo Ares, una de las características del proceso reformista en los primeros años del siglo XVIII fue la primacía otorgada al mérito y la capacidad, frente al origen estamental, a la hora de cubrir algunos de los puestos clave en la administración (lo que no significó, por otro lado, el abandono de algunos de los criterios que tradicionalmente habían determinado la elección de sujetos: como la patrimonialización de cargos en determinadas familias; el compadrazgo; o el peso de la adscripción social, familiar y territorial).<sup>1620</sup> Junto al

---

<sup>1620</sup> BERNARDO ARES, J. M.: “Aristocracia nobiliaria y burguesía ennoblecida...”, en GARCÍA HURTADO, M. R. (ed.): *Modernitas...*, pp. 191-215. Una visión sintética de la evolución de las redes de poder a lo largo de la Edad Moderna puede encontrarse en IMÍZCOZ, J. M.: “Las redes de la

mérito y la lealtad al patrón/patrones, otros elementos que influyeron en la composición de esta red fueron la voluntad de servicio al rey (lo que implicaba la obediencia a las órdenes emanadas del soberano aunque contravinieran las lógicas de gobierno tradicionales); la flexibilidad ante el calado de los cambios alentados por Orry; la experiencia en los diferentes cuerpos de la administración; y, en el caso de los Grandes, el prestigio social, que por tradición legitimaba a estos sujetos para ostentar la titularidad de los cargos de mayor jerarquía en algunas instituciones (como la presidencia de los Consejos) cuya cooperación podía ser necesaria para el cumplimiento de determinadas órdenes.

Observamos, pues, no solo la existencia de “diferentes planos y tipos de relación” entre cada uno de los actores que conformaban la red (un buen ejemplo de ello es la naturaleza distinta de los vínculos de Ursinos y el financiero con la Grandeza); sino también la interacción de “tres niveles de patronazgo” en su composición: de entrada, Orry y la princesa podían alentar determinados nombramientos pero, por ejemplo en el caso de los subalternos, tales designaciones debían ser aprobadas por sus respectivos jefes. En un contexto de cambio como el que analizamos, garantizar la ubicación de un cliente favorecido podía implicar desde la intervención directa del rey (de ahí el sentido de la pugna por controlar la voluntad real a la que asistimos en este periodo) hasta la destitución de un jefe que se mostrase poco colaborador o proclive al patrón (*verbigracia* lo sucedido con Ubilla). En segundo lugar, los problemas de la administración requerían de soluciones que el patrón delegaba en el cliente merced a su experiencia y conocimiento de ciertas materias (lo que no siempre avalaba que el sujeto favorecido fuera capaz de responder a las expectativas generadas en torno a su persona, como sería el caso del marqués de Canales); por último, tales problemas exigían en ocasiones la creación de otros organismos oficiales, cuyo funcionamiento era gestionado por algunos de los miembros de la red. En este caso, el patronazgo actuaba como “motor de construcción institucional” (otra cuestión diferente era la eficacia a corto plazo de estos organismos

---

monarquía: familias y redes sociales en la construcción de España”, en CHACÓN, F. y BESTARD, J. (dirs.): *Familias...*, pp. 393-444.

más modernos. Piénsese por ejemplo en los juicios que suscitó el desdoblamiento de la Secretaría del Despacho Universal en 1703).<sup>1621</sup>

Dicho esto, cabe plantearse qué papel jugó María Luisa de Saboya en este proceso. El desempeño de la soberana al respecto debe ser entendido como el de un agente pasivo, capaz de dar estabilidad a la red debido a la protección que ofrecía a Ursinos, Orry y a algunos de sus miembros. Dadas la juventud e inexperiencia de María Luisa, no cabe pensar en este momento en una soberana que desarrolla una labor de patronazgo independiente. Por el contrario, todo parece indicar que la consorte se encontraba sometida a la tutela de la camarera mayor y el financiero, mucho más experimentados y, en el caso del segundo, artífice del programa de reformas a implantar. Los consejos de ambos, en los que la consorte confiaba, podían influir en algunos de los nombramientos efectuados por María Luisa, como sucedió con la designación de los coroneles de los regimientos de la Reina y Asturias, inspiradas por la camarera mayor según advirtió el cardenal d'Estrées.<sup>1622</sup> Sin embargo, pese a su rol subordinado, no debemos menospreciar la posición que la consorte ocupaba en el conjunto de la red. El ascendiente que la soberana ejercía sobre Felipe V reforzaba la potencialidad de María Luisa de Saboya en el marco de la toma de decisiones y la política de nombramientos. La reina, como veremos en el epígrafe siguiente, asistía a las reuniones de Orry con el monarca y cabe pensar que su opinión resultaba determinante a la hora de convencer al rey de la adopción o no de una determinada disposición, o de la designación de sujeto para un cargo concreto. Desde estas perspectivas, María Luisa de Saboya suponía un auxiliar necesario para la culminación de la labor de patronazgo desarrollada por la camarera mayor y el financiero. La protección que la reina les tributaba redundaba en la consideración de ambos ante Felipe V, lo que les otorgó una amplia capacidad de maniobra en la toma de decisiones que les permitió soslayar la fiscalización a la que, teóricamente, el embajador francés debía someter a los proyectos de Orry. Por último, María Luisa de Saboya mantuvo, antes y después de 1703, excelentes relaciones con algunos de los miembros de la red clientelar de la princesa, desde Montellano y Ronquillo (aunque con este último sus vínculos se desvirtuarían con el tiempo) al marqués de Canales y el duque de Veraguas,

---

<sup>1621</sup> DEDIEU, J. P.: "Patronazgo y política. El ejemplo de la administración real española del siglo XVIII", en VASCONCELOS VILAR, H.; SOARES DA CUNHA, M. y FARRICA, F. (coords.): *Centros periféricos de Poder na Europa do Sul (séculos XII-XVIII)*. L. Lisboa, 2013, pp. 273-289, en concreto, pp. 273 y 278-279.

<sup>1622</sup> Véase el capítulo anterior. En concreto el epígrafe "Patronazgo: la toma de partido de la reina".

a quienes extendió su protección de buena gana. Desde estas perspectivas, si bien la red estaba encabezada por la princesa, en tanto en cuanto el futuro de la gran mayoría de sus miembros dependía del patronazgo y la voluntad de mediación de la camarera mayor ante los reyes, la consorte era la segunda figura más importante en su conjunto; la pieza que garantizaba su estabilidad, pervivencia y operatividad en última instancia, debido al influjo que ejercía sobre el monarca. Ello explica en parte que tras la primera caída en desgracia de la princesa la red no se descompusiera, toda vez que en ausencia de la dama continuó operando alrededor de la soberana; y que, tras el retorno de la camarera mayor a Madrid en 1705, permaneciera vigente con ciertos cambios y nuevas incorporaciones.<sup>1623</sup> En este sentido Louville, quien estimaba que la destitución de Ursinos entrañaría la caída de sus principales colaboradores y favorecería el alejamiento de la reina de la toma de decisiones, no podía estar más equivocado.

Entre los principales miembros de la red clientelar de la princesa debemos destacar, en primer lugar, a Orry, cuyas relaciones con la dama se estrecharon desde enero de 1703 en un proceso que fue paralelo a la creciente hostilidad del financiero y el embajador francés.<sup>1624</sup> Conocedora desde el principio de sus proyectos de reforma, la camarera mayor compartía los puntos de vista de Orry en materia política<sup>1625</sup> y contribuyó, en el contexto de su propia rivalidad con el cardenal d'Estrées, a alentar la confianza de Felipe V en el hombre de negocios galo, a semejanza de lo que en su día hiciera con la entonces gobernadora, María Luisa de Saboya. La protección de Ursinos y la consorte estimuló el contacto cotidiano entre el financiero y el monarca, quienes se reunían en la cámara de la reina o en el *Cuarto chico* de la princesa.<sup>1626</sup> Asimismo, tal protección no solo favoreció el acceso de Orry a Felipe V sino que también le confirió una capacidad de maniobra indudablemente mayor que la que poseían a la sazón los embajadores de Francia en Madrid, quienes aludían al “secretismo” con el que pergeñaba sus proyectos y a su impotencia para adoptar cualquier disposición que no

---

<sup>1623</sup> Véase el epígrafe: “La pervivencia de la red clientelar de la princesa: el Despacho secreto de la reina” del capítulo “Mediación e instrumentalización” en la parte VI de este trabajo.

<sup>1624</sup> A pesar de sus propósitos iniciales de mantenerse al margen de la rivalidad entre la camarera mayor y el cardenal d'Estrées, a partir de la primavera de 1703 Orry se posicionaría abiertamente del lado de la primera, cuya protección agradecería en un misiva a Torcy. DUBET, A.: *Un estadista...*, p. 162 (*infra* 39).

<sup>1625</sup> De acuerdo con la correspondencia de Louville, parece que la camarera mayor y Orry discrepaban en cuanto a la proyección de D'Aubigny en el *entourage* regio, que el financiero deploraba dada la reputación del secretario de la camarera mayor. Empero, de ser verdad esta discrepancia no tuvo mayores consecuencias para la relación de ambos. Louville al duque de Beauvilliers. Madrid, 16 de octubre de 1703, recog. en SSBL, XI, p. 541.

<sup>1626</sup> Cardenal d'Estrées a Luis XIV. Madrid, 17 de agosto de 1703. AA. EE., CPE., t. 117, fol. 108v.

contase con su anuencia o la de la princesa.<sup>1627</sup> El creciente favor del que el financiero gozaba ante el Rey Católico se haría con el tiempo patente en las misivas de este a Luis XIV y daría lugar a diversos rumores que acusaban a la consorte y a la camarera mayor de alentar la proyección política de Orry con objeto de disminuir el crédito de los diplomáticos galos en la capital española.<sup>1628</sup>

Además de por Orry, el grupo de franceses vinculados a la red de la princesa estaba integrado por el intendente de la dama, D'Aubigny; Vazet, ayuda de la furriera de la reina y barbero del monarca; el caballero d'Epennes, exento de las guardias de corps; y el padre Daubenton, cuya adscripción a esta bandería resultó siempre muy imprecisa. El favor que ambas mujeres otorgaban a los tres primeros es indudable, al igual que la lealtad que todos ellos profesaban a la consorte y Ursinos, al menos en estas fechas. Al aludir a Vazet, por ejemplo, Louville le describió como completamente devoto de la reina.<sup>1629</sup> De acuerdo con el embajador francés, la integración del ayuda de la furriera en la red de la camarera mayor respondería a un ejercicio de pragmatismo más que de absoluta lealtad: para Vazet, Ursinos sería «*toujours maîtresse*» y no había ni cardenal d'Estrées ni embajador que pudieran oponerse a ello.<sup>1630</sup> Descalificados abiertamente en la correspondencia de Louville<sup>1631</sup>, D'Aubigny, Vazet y d'Epennes formaban un frente cohesionado que, dependiente de María Luisa de Saboya y de la princesa y en buenos términos con Orry, aislaría a Felipe V tanto de los embajadores de Luis XIV como del resto de franceses influyentes en Madrid (*verbigracia* él mismo). A despecho de la baja extracción social de los dos primeros (a diferencia de D'Epennes que era sobrino del cardenal Janson), beneficiaban de la gracia de la pareja real, lo que les garantizaba un acceso privilegiado al centro de la toma de decisiones: en estas fechas los aposentos de la reina y de la princesa. Su papel en el conjunto de la red parece bien definido: D'Aubigny y Vazet habían actuado ya como intermediarios de la camarera mayor y seguirían haciéndolo en el futuro; asimismo, en palabras de Louville, el ayuda de la furriera y D'Epennes ejercían de informadores para Ursinos y D'Aubigny (en la documentación puede leerse “espías”), gracias a cuyas actividades

---

<sup>1627</sup> El mismo al mismo. Madrid, 10 de agosto de 1703. *Ibid.*, fol. 49v.

<sup>1628</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 9 de septiembre de 1703. AA. EE., CPE., t. 125, fols. 198r.-v.; Carta cifrada (sin autor ni remitente). S. f. (ca. otoño de 1703, posterior a la destitución del cardenal d'Estrées). *Ibid.*, fol. 287v., para los rumores en cuanto a la relación entre la reina, la camarera mayor y Orry.

<sup>1629</sup> Louville a Beauvilliers. Madrid, 9 de agosto de 1703. *Ibidem*, fol. 27v.

<sup>1630</sup> Cardenal d'Estrées a Luis XIV. Madrid, 10 de agosto de 1703. *Ibid.*, CPE., t. 117, fol. 48r.

<sup>1631</sup> De acuerdo con el testimonio de Louville Vazet representaría «la bassesse, l'astuce, l'activité tournée au mal, l'avarice, qui formaient le fond de son caractère (...)» LOUVILLE, II, p. 11.

ambos conocían cuanto se decía en la corte y en el seno de la “familia francesa” del rey.<sup>1632</sup> La proyección de estos tres sujetos en el círculo regio, aunque marcada, era diferente, siendo el secretario de la camarera mayor el que disfrutaba de la situación más consolidada. Así, en palabras del abad d’Estrées “Orry y D’Aubigny [eran] los amos”; opinión que Louville corroboraba al calificar al segundo, quizás de manera un tanto exagerada, como “primer ministro” debido a su participación en el tratamiento de los asuntos de gobierno junto al financiero.<sup>1633</sup> El secretismo que envolvía a la sazón la *praxis* del poder hace difícil extraer conclusiones definitivas sobre el verdadero papel de D’Aubigny en la puesta a punto de los proyectos de Orry. En cualquier caso, no cabe dudar de su influencia política a nivel oficioso, dadas su proximidad a la pareja real y a la confianza que la camarera mayor depositaba en él. En cuanto al confesor real, padre Daubenton, su posición en la red clientelar de la princesa fue siempre más ambigua. Tildado por Louville a causa de su ambición como un “segundo padre Nithard”<sup>1634</sup>, se vio afectado de lleno por la polarización del *entourage* francés. En un principio, el confesor mantuvo una buena relación con la reina y la princesa (si bien es de notar que Daubenton era uno de los informadores de Louville en el círculo regio); de hecho, apoyó ante el confesor de Luis XIV las instancias de ambas mujeres en favor de la destitución del cardenal d’Estrées y su sustitución por el abate. Como reconoce su biógrafa, Catherine Désos, se desconocen las razones que motivaron el posicionamiento de Daubenton contra D’Estrées (aunque Louville hizo mención a sus aspiraciones al capelo cardenalicio, que la princesa había de apoyar en contrapartida a la mediación del jesuita ante Versalles).<sup>1635</sup> Lo que no da lugar a conjeturas son las consecuencias que tendría para el prelado su intervención en el cese de D’Estrées. Descubierta por Louville la participación de Daubenton en toda la trama, el marqués «fit une affaire personnelle du renvoi du confesseur dont il n’avait pas apprécié le comportement dans cette cabale.»<sup>1636</sup> De conformidad con el abad d’Estrées, el marqués se habría propuesto obtener de Versalles la destitución del prelado. Para ello actuaron en dos fases: durante la primera de ellas hicieron creer a Daubenton en su posible sustitución por el confesor de la camarera mayor, el dominico Padre Cloche. La

<sup>1632</sup> *Ibidem*.

<sup>1633</sup> Louville a Beauvilliers. Madrid, 8 de octubre de 1703, recog. en SSBL, XI, p. 538; LOUVILLE, II, p. 11; DUBET, A.: *Un estadista...*, p. 206. Abate d’Estrées al cardenal Gualterio. Madrid, 22 de enero de 1704. B. L., Add. Mss., 20359, fol. 77v., donde alude a la «tiranie d’Orri et d’Aubigny».

<sup>1634</sup> Louville al duque de Beauvilliers. Madrid, 28 de julio de 1703, recog. en SSBL, XI, p. 525.

<sup>1635</sup> DÉSOS, C.: *La vie du R. P...*, p. 63.

<sup>1636</sup> Cit. en *Ibid.*, p. 65.

reacción del jesuita no se hizo esperar y reveló a Felipe V su desconfianza hacia la princesa. Tal paso inauguró la segunda etapa de la maniobra de Louville, quien no solo denunció ante Felipe V las ambiciones de Daubenton y su interés por separarle de la reina, con objeto de que esta y la camarera mayor «ne s'occupent plus des affaires politiques»; sino que también reveló a ambas mujeres los manejos del jesuita: «ni la Reine, ni elle [Ursinos] ne pardonneront jamais au confesseur d'avoir abusé contre elles de la confession du roi», informó al cardenal d'Estrées.<sup>1637</sup> En respuesta a las declaraciones de Louville y el abate, Felipe V exigió a Luis XIV la llamada de su confesor, a lo que el monarca francés accedió.<sup>1638</sup> Consciente de la proximidad de su desgracia, Daubenton, ante las reconvenciones del rey, terminó por informar al soberano de la causa, el objeto y el nombre de los participantes en toda la intriga:

«Il [el confesor] m'a extrêmement surpris de me dire que c'est par les Conseils du Card[in]al d'Estrées qu'il a travaillé à mettre de la division contre la Reyne et moy, et a m'ôter la confiance que j'ai en elle (...) qu'il m'a voulu imposer dans mes confessions tout ce (...) que le Card[in]al d'Estrées luy a fait entendre (...). Le Père d'Aubenton prétend de plus que tout ce qu'il a dit et fait depuis qu'il se mesle d'intrigues avec les uns et avec les autres luy a été suggéré partie par le C[ardin]al et partie par l'abbé d'Estrées et Louville.»<sup>1639</sup>

La confesión de Daubenton, añadida al envío de una misiva igualmente exculpatória al Padre La Chaise, confesor de Luis XIV, le salvó *in extremis* de la destitución y le reconcilió aparentemente con la reina y la princesa, si bien en lo sucesivo ocuparía una posición subordinada a la dama y a Orry en el círculo regio.<sup>1640</sup> No obstante, la intriga protagonizada por el confesor tendría consecuencias para el *entourage* francés en Madrid, aunque en un sentido diferente al que Louville había esperado puesto que entrañó su propia retirada de España.

Las relaciones del marqués con la camarera mayor, aunque caracterizadas por la oposición, oscilaron entre la tensión y la distensión a lo largo de este periodo. Ciertamente, aunque Louville se oponía al influjo de la dama sobre la toma de decisiones y defendía su destitución, apreciaba el sentido de los proyectos de Orry, su

<sup>1637</sup> *Ibid.*, p. 66.

<sup>1638</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 21 de septiembre de 1703; Luis XIV a Felipe V. Madrid, 10 de octubre de 1703. AA. EE., CPE., t. 125, fols. 253r. y 242v. respectivamente.

<sup>1639</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 5 de octubre de 1703. *Ibid.*, fol. 282r. Ursinos a Tory. Madrid, 7 de octubre de 1703, recog. L. TR., III, p. 91.

<sup>1640</sup> A decir del abate d'Estrées Daubenton participaría, en ausencia de la princesa y Orry, en la redacción de las misivas que Felipe V enviaba a Versalles desde el frente militar. Abate d'Estrées a Gualterio. Casa Tenuda, 14 de marzo de 1704. B. L., Add. Mss. 20359, fols. 87r.-v.

principal colaborador, y se mantuvo en buenos términos con este último cuando estalló su rivalidad con el cardenal d'Estrées.<sup>1641</sup> Por su parte la princesa, consciente de la pertenencia del marqués a la red clientelar de Torcy y los Beauvilliers, evitó en todo momento protagonizar un enfrentamiento directo con él. Fue de hecho este último factor, el crédito de Louville ante un sector del gabinete galo, el que propició un breve acercamiento entre ambos durante la primavera de 1703, cuando Ursinos decidió afrontar la destitución del embajador ante el gobierno vecino.<sup>1642</sup> Instada por la necesidad de garantizar el éxito de sus propósitos, y en un ejercicio de pragmatismo notable, la camarera mayor propició un acercamiento al marqués secundada por la reina. Para Louville el verdadero motivo de esta aproximación no era ningún secreto<sup>1643</sup>, pero aun así se mostró colaborador, como demuestra el hecho de que partiera a Versalles, en compañía de Orry, con una larga memoria sobre el estado de la corte española redactada por Ursinos y el financiero.<sup>1644</sup> El posicionamiento del marqués en esta coyuntura demuestra la ambivalencia y fragilidad de los vínculos que vertebraban las redes clientelares tejidas a la sazón en Madrid (en este caso nos referimos a la bandería del cardenal d'Estrées), pero también la flexibilidad que presidía la forja de determinadas relaciones en el marco de tales redes (lo que sería achacable tanto a Louville como a la reina y a la princesa). En cualquier caso, la vinculación del marqués con Ursinos fue puntual y efímera. La desconfianza entre ambos, añadida a la oposición de Louville a la intervención de la camarera mayor y de la consorte en la toma de decisiones, impidieron todo entendimiento duradero.

Por lo que respecta a los “españoles” que conformaban la red de la princesa, pertenecían a dos grupos, definidos en la documentación como “subalternos” y “Grandes”. La integración de los primeros en la misma fue orquestada principalmente por Orry, si bien con el apoyo de la camarera mayor: «Elle [la princesa] insiste en l'avantage qu'on trouverait (...), pour les réformes, à n'employer que des subalternes, autorisés sans appareil et surveillés par des personnes de la maison.»<sup>1645</sup> El origen de

---

<sup>1641</sup> Para la imagen de Orry en la correspondencia de Louville, véanse sus cartas a Beauvilliers. Madrid, 11 de mayo y 28 de julio de 1703. «Je trouve qu'une partie des plans de M[onsieur] Orry peut servir infiniment, s'ils sont soutenus et protégés par la France (...)» El mismo a Chamillart. Madrid, 23 de agosto de 1703. «Il [Orry] ne fera rien de contraire aux intérêts de la France (...). Il a d'ailleurs des vues et des talents et est d'un travail infatigable (...)» El mismo a Torcy. Madrid, 28 de agosto de 1703, recog. en SSBL, XI, p. 518, 525, 533 (primera cita) y 534-535 (segunda cita).

<sup>1642</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 3 de mayo de 1703, recog. en L. TR., III, p. 49.

<sup>1643</sup> Louville a Beauvilliers. Madrid, 11 de mayo de 1703, recog. en SSBL, XI, p. 518.

<sup>1644</sup> BAUDRILLART, I, p. 156.

<sup>1645</sup> LOUVILLE, II, p. 43.



este grupo se encuentra en la labor de reclutamiento desarrollada por el financiero entre la burocracia española en los primeros años de su estancia en España; una labor que se tornaría más independiente con el paso del tiempo. En este sentido los primeros colaboradores de Orry: Antonio Ortiz de Otalora, Secretario de Italia en el Consejo de Estado y antiguo Secretario de Nueva España y de Perú en el Consejo de Indias; José de Eguizabal, Secretario del Consejo de Hacienda; y Prudencio de la Fuente, oficial de la Contaduría Mayor de Cuentas, pasaron al servicio del financiero por mediación de Portocarrero. En concreto los dos últimos, Eguizábal y de La Fuente, eran clientes del cardenal y su hechura, Urraca, así como Sebastián Ortega y Francisco Quiconces, del Consejo de Indias y Castilla, con quienes Orry trabajó en la búsqueda de asentistas en la primera mitad de 1703.<sup>1646</sup> Aunque el francés se siguió sirviendo de Otalora, de la Fuente y de Eguizábal en un futuro<sup>1647</sup>, lo cierto es que su pertenencia a la red de Portocarrero-Urraca limitaba su flexibilidad a los proyectos de Orry, quien podría haber desconfiado asimismo de su lealtad cuando, desde el invierno de 1703, el arzobispo de Toledo y su hechura, enfrentados a la princesa de los Ursinos y aliados a los D'Estrées, obstaculizaron el proyecto de establecimiento de una Tesorería única<sup>1648</sup>: «Je suis réduite à croire qu'Urraca [sic] est le plus dangereux ennemi que les François aient à craindre»<sup>1649</sup>, concluyó la princesa. Los celos de la camarera mayor hacia Urraca, e indirectamente hacia su patrón, Portocarrero, se extenderían a partir del verano también a Ubilla, que pronto vería reducida su autoridad como Secretario del Despacho Universal aunque Orry se mostraría en un principio conciliador con él.<sup>1650</sup>

Tras el regreso del financiero a Madrid en la primavera de 1703, después de su viaje a Versalles junto a Louville y tras haber logrado de Luis XIV y sus ministros un cierto apoyo a sus iniciativas, Orry desarrolló una labor de patronazgo más activa que cristalizaría en el nombramiento de sujetos que no dependían ya del cardenal Portocarrero o de los embajadores de Francia, sino de su propio patrocinio. Es el caso de la polémica designación del marqués de Canales como Secretario del Despacho de Guerra. De nobleza reciente, Manuel Coloma Escolano pertenecía a una familia

---

<sup>1646</sup> DUBET, A.: *Un estadista...*, pp. 105 y ss., p. 154.

<sup>1647</sup> *Ibid.*, pp. 272 y 297.

<sup>1648</sup> *Ibid.*, p. 176.

<sup>1649</sup> Ursinos a Torcy. Buen Retiro, 24 de mayo de 1703, recog. en L. TR., III, p. 54.

<sup>1650</sup> DUBET, A.: *Un estadista...*, p. 166; Ursinos a Torcy. Madrid, 17 de agosto de 1703, recog. en L. TR., III, p. 63.

vinculada a la Secretaría de Estado. Caballero de Santiago, colegial mayor en Salamanca, fiscal en el Consejo de Órdenes y consejero honorario de Castilla, aunaba a la experiencia en la administración largos años de servicio diplomático, pues había sido enviado extraordinario ante la corte de Londres y la República Ligur. Como señala de Castro, Felipe V no designaba “a un inexperto, ni tampoco a nadie falto de integración en el sistema tradicional de gobierno”.<sup>1651</sup> El nombramiento de Canales, empero, concitó juicios encontrados. En primer lugar en cuanto a sus capacidades: si Ambrose Daubenton le consideraba un «homme qui a beaucoup d'honneur et de mérite», el cardenal d'Estrées estimaba desafortunada la elección por cuanto Don Manuel no había estado jamás en la guerra ni encargado de ningún empleo que tuviera relación con ella.<sup>1652</sup> En segundo lugar, la elección de Canales provocó el abandono definitivo de Portocarrero del gabinete a consecuencia de las implicaciones del nombramiento y de las características de la designación, llevada a cabo sin la anuencia de los Consejos y el Despacho y con el único aval de Orry ante el monarca. Ambas variables, la inexperiencia de Canales y la participación del financiero en su designación, lastrarían la reputación del Secretario, considerado un “hombre de paja” en manos de Orry y la camarera mayor: “en lo militar y en la Hazienda son tan absolutos la Princesa y Dorri [sic], que ningún otro tiene la más mínima parte, porque el marqués de Canales solo egecuta lo que le mandan.”<sup>1653</sup> Empero, si Canales era inexperto, su reciente nobleza y su independencia de los Consejos le convertían en un “subalterno” adecuado a ojos de Orry, quien además le agraciaba con su amistad.<sup>1654</sup> Junto al Secretario, en la nómina de oficiales de su Secretaría encontraríamos a otra hechura del financiero, Grimaldo. Antes de 1703 Orry ya había establecido contacto con él y en lo sucesivo, junto a la princesa y la reina, le otorgaría su protección, gracias a la que se convertiría en el sucesor del propio Canales en 1705.<sup>1655</sup>

---

<sup>1651</sup> DE CASTRO, C.: “Las primeras reformas institucionales de Felipe V: el marqués de Canales”, en *Cuadernos Dieciochistas*, 1 (2000), p. 161.

<sup>1652</sup> Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 13 de septiembre de 1703. A.N., B7229, fols. 33r.-v.; Cardenal d'Estrées a Luis XIV. Madrid, 13 de septiembre de 1703. AA. EE., CPE., t. 117, fol. 271r.

<sup>1653</sup> Misiva anónima en castellano sin autor, fecha ni remitente. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 137v. No obstante estas críticas, según el relato del abate d'Estrées el nombramiento de Canales habría sido «generalement approuvé, hrs de quelques personnes qui estoient des amis du marquis de Rivas et qui sont ennemis de l'ordre(...)» Abate d'Estrées al cardenal Gualterio. Madrid, 3 de septiembre de 1703. B. L., Add. Mss., 20359, fol. 50V.

<sup>1654</sup> DUBET, A.: *Un estadista...*, pp. 195-196.

<sup>1655</sup> *Ibid.*, pp. 103 y 198; DE CASTRO, C.: *A la sombra...*, p. 127.

Las otras dos designaciones en las que participaría el financiero serían las del asentista de víveres para el ejército y la del Tesorero de Guerra. Las elecciones de ambos, a decir de Dubet, serían “enigmáticas”. El primero, Manuel López de Castro, estaría en relación con Orry desde finales de 1703. Hijo de un “alquilador de mulas”, los enemigos del financiero relacionarían la concesión del aprovisionamiento de las tropas a los pingües beneficios (ilícitos) que Orry ganaría con el mismo. Sin embargo, no hay nada que pruebe estas acusaciones. En un principio, el francés y López de Castro colaborarían estrechamente y tendrían una relación fluida que, más adelante, se enrarecería progresivamente debido a la incapacidad de Castro para gestionar un asiento de tal magnitud. No obstante estos inconvenientes, Orry mantuvo el contrato con el asentista, lo que a la larga les perjudicaría tanto a él como a la camarera mayor. Por último el Tesorero, Don Juan de Orcasitas y Avellaneda, conde de Moriana, era, como Canales, descendiente de un linaje de reciente ennoblecimiento. Perteneciente a una familia vinculada a las finanzas y al comercio al por mayor, su designación podría haber sido propuesta por López de Castro, toda vez que Orry no aportaba más datos al respecto en las cartas que informaban de su nombramiento. Oficial de esta Tesorería sería Fernández Durán, futuro marqués de Tolosa, colaborador del financiero y amigo de Grimaldo, quien se serviría de él en 1705 en la Secretaría de Guerra.<sup>1656</sup> Por último debemos destacar entre los “subalternos” al corregidor de Madrid, Ronquillo. En un principio era un hombre vinculado a Portocarrero. Sin embargo, Orry le apreciaba por su lealtad y, como a Canales, por su escasa vinculación a la Grandeza (en sus cartas hablaba de él como su “amigo Ronquillo”). Además, desde el verano de 1702 Ronquillo se beneficiaba también del favor de la camarera mayor, de la protección de María Luisa de Saboya y de un acceso privilegiado a los aposentos reales. Esta situación de privilegio comenzaría a apartarle de Portocarrero. De hecho, en ausencia del financiero en junio de 1703, sería Ronquillo quien despacharía con Felipe V, cuyo favor también se granjearía.<sup>1657</sup> Designado, pese a sus escasas habilidades militares, coronel del regimiento de Asturias, gobernador de las Armas de Castilla y teniente general (1703-1704), en un futuro Orry, Ursinos y Amelot pensarían en él para ubicarle a la cabeza del Consejo de Castilla. Por el momento, es de destacar cómo desde el otoño de 1703 el financiero comenzó a formar a su alrededor un entorno de colaboradores de su más

---

<sup>1656</sup> Este conjunto de datos se encuentran recogidos en DUBET, A.: *Un estadista...*, pp. 196-198 y DE CASTRO, C.: *A la sombra...*, pp. 74-75, 93-96 y 225.

<sup>1657</sup> DUBET, A.: *Un estadista francés...*, pp. 201-202.

absoluta confianza o, por lo menos, designados a instancias suya La red comenzaba a hacerse más tupida y sus miembros no dependían ya del patrocinio de elementos exógenos a la misma (*verbigracia* Urraca o Portocarrero) sino del sostén de la camarera mayor, Orry y los reyes. Por otro lado, parece que los vínculos entre sus integrantes se caracterizaban por la fluidez, lo que favorecía la operatividad y cohesión de esta parte de la red frente a la hostilidad de terceros. Así, Canales y el financiero mantenían una buena relación; Ronquillo se encontraba en los mejores términos con los dos anteriores<sup>1658</sup>; otro tanto sucedía con Grimaldo y Fernández Durán y, por último, entre todos ellos, la camarera mayor y la reina, que los protegerían en lo sucesivo.

Si el protagonismo de Orry en la elección de los “subalternos” es evidente<sup>1659</sup>, la influencia de la princesa será determinante para la inclusión de cierto número de Grandes y aristócratas en el cuerpo de la red: «C'est à Orry -escribió a Torcy- à vous expliquer l'utilité qu'on pourroit tirer de cette Junte [se refiere a una Junta de Grandes que colaboraba con el financiero], et je me renferme uniquement à vous parler des sujets (...).»<sup>1660</sup>

Ciertamente las relaciones de la dama con la Grandeza constituyeron uno de los puntos más controvertidos de su imagen para ciertos sujetos del *entourage* francés en Madrid, que dudaron debido a ellas de su lealtad a Francia. Empero, más que por una pugna de fidelidades, a nuestro modo de ver los vínculos de Ursinos con la alta aristocracia estuvieron determinados por el pragmatismo y el afán de contemporización en un momento de conflicto sucesorio y cambio político. Según vimos, frente al radicalismo que caracterizaban las opiniones de Louville, Montviel o el cardenal D'Estrées, la princesa se mostró más conciliadora en sus tratos con la Grandeza.<sup>1661</sup> Eso no significa que en su correspondencia no abunden los juicios negativos sobre ciertos Grandes, su conducta y sus costumbres. Sin embargo, todo parece indicar que la dama entendió que Felipe V no podía prescindir del apoyo de la alta aristocracia, o cuanto menos que no podía oponerse frontalmente a ella; que Orry podría servirse del prestigio, experiencia y sostén de un cierto número de Grandes de

<sup>1658</sup> DE CASTRO, C.: *A la sombra...*, p. 90; íd.: “Las primeras reformas institucionales...”, en *Cuadernos Dieciochistas*, 1 (2000), p. 173.

<sup>1659</sup> En este sentido, de los nombramientos citados más arriba la princesa sólo menciona en su correspondencia el de Canales; designación que secunda y de la que destaca la aprobación que ha concitado en la corte. Ursinos a Torcy. Madrid, 10 de septiembre de 1703, recog. en L. TR., III, p. 77.

<sup>1660</sup> La misma al mismo. Madrid, 7 de octubre de 1703. *Ibid.*, p. 90.

<sup>1661</sup> Para algunos ejemplos de la visión de Louville o los D'Estrées respecto a la Grandeza, véanse LOUVILLE, II, pp. 103-105.

la más absoluta confianza, cuyo destino y *cursus honorum* dependerían teóricamente, aunque no en la práctica dada la personalidad del rey, de la voluntad del soberano; y que su propia aceptación entre la Grandeza, que la desprestigiaba ante Versalles, reforzaría su posición en Madrid: «Presque tous les Grands –escribió a Torcy de manera un tanto exagerada– m’ont avoué que c’étoit là son sentiment, avant que de me connoistre [se refiere a la oposición que le habían manifestado tras conocer su designación como camarera mayor]; mais qu’ils avoient si fort changé depuis, qu’ils tordroient plutost le col à leur femmes et à leurs filles, que de souffrir qu’elles fussent camarera mayor après moi.»<sup>1662</sup>

Con tales ideas presentes, a lo largo de 1703 la camarera mayor no solo otorgó su protección a determinados aristócratas, alentando además en una estrategia ya conocida su trato con los reyes<sup>1663</sup>, sino que también defendió ante Versalles las “cualidades” de aquellos sujetos cuyas carreras estaba dispuesta a patrocinar. En efecto, aunque Ursinos aludía a su imparcialidad («je vous [les] représente tels qu’ils sont (...) ne croyez point que l’amitié y ait part»<sup>1664</sup>) conocía bien las características de los individuos sobre los que se proponía extender su patronazgo. De hecho, en su mayoría se trataba de sujetos con los que había trabado contacto durante la gobernación de la reina; de Grandes que habían manifestado su voluntad por servir al rey, amén de su parcialidad a la camarera mayor, o de aristócratas a quienes merced a su experiencia e inteligencia convenía atraer «au bon party».

La nómina de clientes que pasaron a integrar la red de la princesa en estas fechas aparecía ya esbozada en su correspondencia con Torcy desde el verano de 1702: en ella se contarían, en un lugar privilegiado, Veraguas, su principal favorito, Frigiliana, Arias y Montellano. En un segundo nivel, dado que sus vínculos con la camarera mayor no parecían tan estrechos, estarían Medinaceli, Montalto, Monterrey

<sup>1662</sup> La misma al mismo. Madrid, 17 de agosto de 1703. Madrid, 17 de agosto de 1703, recog. en *Ibid.*, p. 64.

<sup>1663</sup> Pucci a su gobierno. Madrid, 9 de febrero de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4991. El diplomático subraya cómo tales encuentros se desarrollaban normalmente al margen de la etiqueta.

<sup>1664</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 7 de octubre de 1703. L. TR., III, p. 90. Tal fue el caso por ejemplo del conde de Frigiliana, cuya fidelidad a los Borbones defendió la camarera mayor a lo largo del otoño de 1703: «Pour ce qui est du comte d’Aguilar [recuérdese que Frigiliana era conde de Aguilar consorte], je vous avoue que je suis très embarrassée entre le jugement que les autres en font et celui que j’en fais. Quelques soins que j’aie eus, depuis que je suis à Madrid, de demander à ceux qui parlent le plus mal de sa probité, des faits qui puissent me mettre dans leur sentiment, personne ne m’en a donné encore aucun ; et l’on se contente de dire, en général, qu’il est un méchant homme. On avoue, néanmoins en mesme temps qu’il a plus d’esprit que tous les autres ensemble, qu’il a parfaitement bien fait dans les emplois qu’on lui a confiés, et qu’il s’est perdu par son trop de fidélité pour les Reines à qu’il a été attaché (...)» Ursinos a Torcy. Madrid, 10 de septiembre de 1703, recog. en L. TR., III, pp. 78-79.

y Santisteban (quien recuérdese debía la mayordomía mayor de la reina a Ursinos). Finalmente otros, como Castel-Rodrigo y el condestable de Castilla, tendrían más adelante una mayor proyección en el *entourage* real, si bien aparecen vinculados a la princesa en estos momentos.<sup>1665</sup> El grado de favor que la dama les otorgaba, al igual que la opinión que albergaba de ellos, eran diferentes, de ahí su inclusión en dos categorías; como también el destino que les estaba reservado en el cuerpo de la red, con la que algunos como Montalto, Monterrey<sup>1666</sup> y Medinaceli mantuvieron una relación más superficial y menos comprometida.

Dicho esto, ¿cuál era la función que la princesa otorgaba a este grupo de clientes o potenciales clientes? ¿Cuáles eran los servicios que le rendían y por los que estos esperaban una contraprestación? Algunos de ellos, como Montellano y Veraguas, habían demostrado ya su potencialidad: el primero en calidad de consejero oficioso de la gobernadora durante las cortes de Zaragoza; el segundo como informador de la dama durante el mismo periodo. Otros, por el contrario, continuaban haciendo méritos. Así por ejemplo Ursinos se servía de Santisteban, cuya hija (la marquesa de Aitona) residía en Barcelona, para recabar información acerca del desempeño del conde de Palma en Cataluña.<sup>1667</sup> En el caso de Aguilar y Medinaceli la dama comenzó a consultarles acerca de la toma de ciertas decisiones: *verbigracia* cómo acometer la destitución de Leganés de su cargo de comisario general de artillería sin estimular su hostilidad al rey y su sospechosa vinculación al austracismo. Las opiniones de ambos, que la princesa transmitió a Versalles, denotan la desconfianza de la dama hacia Medinaceli y su preferencia por Aguilar, cuyo parecer seguiría en este asunto (que no era otro que calmar la previsible oposición de Leganés a su cese designándole presidente del Consejo de Órdenes, dignidad que el marqués rechazaría).<sup>1668</sup> En última instancia Ursinos incluiría a sus parciales en el Despacho y en las diferentes Juntas que

---

<sup>1665</sup> Véase el capítulo 3 de la VI parte de este trabajo, en concreto el epígrafe: “*La pervivencia de la red clientelar de la princesa: el ‘Despacho secreto’ de la reina*”.

<sup>1666</sup> Montalto y Monterrey, en calidad de Consejeros de Estado y presidentes de los Consejos de Aragón y Flandes, habían colaborado con Orry en la creación del regimiento de la reina. DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 113. Más adelante, durante la embajada de Gramont, ambos formarían parte del Despacho, abandonando el organismo tras el “asunto del banquillo”.

<sup>1667</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 17 de agosto de 1703, recog. en L. TR., III, p. 64.

<sup>1668</sup> Desde marzo de 1703 Leganés formaba parte junto a Orry, el marqués de San Vicente, Gregorio Mella y el abate de una Junta que había de examinar el abastecimiento de víveres y el número de tropas con las que Felipe V contaba. DUBET, A.: *Un estadista...*, p. 157. Si bien Ursinos reconocía que el poder de Leganés en el seno de este organismo era reducido, aconsejaba su destitución como general de artillería y reiteraba la necesidad de asegurarse de su fidelidad al rey. Ursinos a Torcy. Madrid, 30 de agosto y 10 de septiembre de 1703, recog. en L. TR., III, pp. 73 y 77.

debían examinar los proyectos de Orry. El primer organismo estaría conformado, tras la salida de Portocarrero en septiembre de 1703 y la inicial negativa de Luis XIV a aceptar la inclusión en su seno del abate d'Estrées, sucesor del cardenal en la embajada, por Don Manuel Arias y el marqués de Mancera. La participación de ambos en sus sesiones permitiría dar continuidad a un Despacho debilitado desde el otoño de 1703.<sup>1669</sup> Arias, opuesto a Portocarrero y al cardenal d'Estrées y favorable a la princesa y a la reina, quienes le protegían, garantizaría en estas fechas la reducida operatividad del gabinete, toda vez que el nonagenario Mancera se oponía al desdoblamiento de la Secretaría del Despacho Universal y se negaba a colaborar con Canales. La misma política de equilibrios estaría detrás de la designación de los sujetos que tomaban parte en la Junta de Grandes a la que Orry, según sus propias palabras, “consultaba (...) en materias graves y de Estado”.<sup>1670</sup> En lo que concernía a los individuos que habían de conformar dicha Junta, la princesa y el financiero discrepaban. Coincidían en la inclusión de Aguilar y Medinaceli como nombramientos que se complementarían («le second passe pour le plus habile homme qui soit en Espagne. Celui-ci, par sa prudence, modérera la trop grande vivacité du duc de Medina-Celi»<sup>1671</sup>); pero no estaban de acuerdo en la nominación de Montalto, cuya integración Orry consideraba que otorgaría un peso excesivo al organismo, inclinándose por el contrario por los más acomodaticios Veraguas y Santisteban. A la postre, sería la opinión del financiero la que prevalecería.<sup>1672</sup> Otra Junta, semejante al gabinete en sus funciones pero sin ser calificado como tal, integraría a su vez a Arias y Mancera, junto a Montellano, sucesor del primero en la presidencia del Consejo de Castilla. Esta última asamblea sería denominada en una misiva dirigida a Versalles como “el gabinete superior” de la princesa, dada la relevancia de la dama en su composición y en el desarrollo de sus sesiones.<sup>1673</sup>

Por tanto, cabría considerar la integración de la Grandeza en la red de la camarera mayor desde una triple perspectiva: en primer lugar, estos sujetos ejercían de informadores de Ursinos y Orry, quienes también contaban con la posibilidad de consultarles en ciertas cuestiones de menor importancia; segundo, su participación en

<sup>1669</sup> Portocarrero seguía frecuentando el Alcázar, todas las mañanas, pero desde finales de septiembre no tomaba parte alguna en el Despacho. Marqués del Fresno al marqués de Capecehatro. Madrid, 28 de septiembre y 5 de octubre de 1703. A.G.S., E., leg. 7078.

<sup>1670</sup> DUBET, A.: *Un estadista...*, p. 207.

<sup>1671</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 7 de octubre de 1703. L. TR., III, p. 89.

<sup>1672</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 22 de septiembre de 1703. AA. EE., CPE., t. 117, fol. 234v.

<sup>1673</sup> Misiva en castellano sin autor, remitente ni fecha. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 137v.

la ejecución de los proyectos del financiero reafirmaba la idea de colaboración entre franceses y españoles, lo que permitía soslayar las críticas relativas al arrinconamiento de estos últimos en la toma de decisiones; tercero, algunos de estos aristócratas podían actuar como nexos entre los Consejos, las instituciones de nuevo cuño (Secretaría del Despacho de Guerra) y las Juntas establecidas por Orry, al tiempo que eran lo suficientemente flexibles como para colaborar con otros clientes del financiero y la dama en la ejecución de las órdenes (Canales y Ronquillo). La elección de Montellano como gobernador del Consejo de Castilla revelaría tanto la importancia de la cooperación entre organismos y sujetos a la que acabamos de referirnos, como el margen de error presente en determinadas elecciones. Designado para el cargo a instancias de la princesa, Montellano, al que Felipe V definía como «un très bon sujet (...) dont j'espère beaucoup»<sup>1674</sup>, resultaría un súbdito leal al rey, pero también un firme defensor de los privilegios de los Consejos. Sus ideas en esta materia, añadidas a la “ingratitude” que demostró hacia la princesa durante su primera desgracia<sup>1675</sup>, le costarían el cargo dos años después, lo que pone de manifiesto que la dama no estaba exenta de equivocarse a la hora de valorar a sus clientes. Por el momento, señalaremos que los problemas surgidos durante la preparación de la campaña portuguesa entre el Consejo de Castilla, el Gobernador de Armas (Ronquillo) y el Secretario de Guerra (Canales) pusieron sobre el tapete la importancia de ubicar a la cabeza de los Consejos a individuos que comulgaran por completo con el ideario de la princesa y el financiero.<sup>1676</sup> No es extraño, por lo tanto, que durante la segunda etapa de Ursinos en España (1705-1715) los Consejos estuvieran presididos por sujetos de inquebrantable parcialidad a la red (por ejemplo Frigiliana en Aragón y luego en Indias; el obispo de Girona en Hacienda y Veraguas en Órdenes).

Hasta el momento hemos visto el papel que los Grandes jugaban en la facción de la camarera mayor; sin embargo, ¿qué esperaban estos aristócratas de su vinculación con la misma? Con toda probabilidad la postura de algunos de ellos al integrarse en esta bandería era ambigua, en tanto en cuanto el objetivo de sus líderes era la reducción del poder fáctico del sistema de gobierno tradicional, que teóricamente defendían. Acabamos de referir el caso de Montellano, pero su ejemplo no es el único

---

<sup>1674</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 7 de noviembre de 1703. *Ibid.*, CPE., t. 125, fol. 356v.

<sup>1675</sup> Tal es el término que Ursinos emplea en una de sus cartas al nuevo embajador francés, Gramont, durante su primera desgracia. Ursinos a Gramont. Toulouse, 7 de diciembre de 1704, recog. en L. TR., III, p. 115.

<sup>1676</sup> Para estos problemas véase DE CASTRO, C.: *A la sombra...*, pp. 90 y ss.



que podemos mencionar. Medinaceli, Montalto o Monterrey terminarían por alejarse de la princesa y Orry toda vez que, o bien su pertenencia a la red no satisfizo plenamente sus ambiciones, o bien los objetivos de la misma trascendieron los límites del cambio que estaban dispuestos a tolerar. Por el contrario otros, como Veraguas o Frigiliana, fueron más flexibles y asumieron los condicionantes anejos a su vinculación con esta facción, beneficiándose de los privilegios derivados de ella. En este sentido los vínculos de estos individuos con Ursinos les garantizaron, de entrada, un acceso privilegiado a los reyes y al epicentro de la toma de decisiones (los aposentos reales y el *Cuarto chico* de Ursinos), así como la posibilidad de intervenir en el tratamiento de los asuntos y gozar, merced a ambos factores, de una cierta cuota de influencia. Bien es verdad que conviene no exagerar el nivel de participación en la toma de decisiones del que disfrutaron estos sujetos. No en vano, uno de los objetivos de Orry al vulnerar el sistema polisinodial era el de limitar el poder de los Grandes, que entendía “fagocitaba” la autoridad real.<sup>1677</sup> En cuanto a la propia princesa, al describir sus relaciones con la Grandeza no eludía el carácter instrumental que les otorgaba: «Je crois qu’on perdra tout si l’on continue à faire la distinction odieuse des gens bien intentionnés d’avec ceux qu’on dit qui ne le sont pas.»; «Je les regarde tous avec l’indifférence qu’ils méritent -confesaba en otra carta con notable hipocresía-; et je me contente de leur faire des honnestetés, qui les persuadent que j’aime fort la nation, quoyque, dans le fond, j’en sois très degoustée.»<sup>1678</sup> Así pues cabe considerar que, aunque se consultaba la opinión de los Grandes sobre ciertos asuntos, su parecer no era en ningún caso vinculante. Es decir que Orry, de consenso con la camarera mayor, mantenía su independencia de criterio ante cualquier decisión, aspecto que siempre estuvo presente en las críticas que les dedicaban sus opositores.<sup>1679</sup> Con todo, también es de notar que en un principio los aristócratas relacionados con la red parecían conformarse con esta dinámica de poder, obviamente con objeto de satisfacer sus aspiraciones. Por ejemplo la aproximación de Medinaceli a Ursinos estuvo determinada, a decir de algunas fuentes, por su interés por formar parte del Despacho.<sup>1680</sup> Además, junto al capital simbólico en términos de influencia que les reportaba esta participación subordinada en la *praxis* del

---

<sup>1677</sup> HANOTIN, G.: *Jean Orry...*, pp. 90 y 162.

<sup>1678</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 7 y 10 de octubre de 1703. L. TR., III, pp. 90 y 92-93.

<sup>1679</sup> Misiva en castellano sin autor, remitente ni fecha. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 137v.

<sup>1680</sup> «Rélacion sur la cour d’Espagne.» Monsieur de Moyencour, capitán de navío y más tarde coronel de uno de los regimientos del ejército francés en España, a Pontchartrain S. f., ca. verano de 1703. A.N., B<sup>7</sup>230, fol. 52r.

poder, la integración en la facción de la princesa proporcionaba a estos individuos otros beneficios más tangibles. Si con anterioridad al otoño de 1703 Ursinos eludió desarrollar una activa labor de patronazgo, en adelante abandonaría su retraimiento inicial. Hemos indicado ya su intervención en la designación de Montellano como gobernador del Consejo de Castilla y en la inclusión de algunos de sus parciales en las Juntas de Orry. Empero, estos no son los únicos ejemplos con los que contamos: en las mismas fechas el favorito de la princesa, Veraguas, fue nombrado coronel del regimiento de la Reina y, poco después, elevado a la presidencia del Consejo de Órdenes, rechazada en su día por Leganés; también resultaron beneficiados el conde de Aguilar, hijo de Frigiliana, agraciado con el cargo de coronel del regimiento de infantería española y Aitona, yerno de Santisteban, designado capitán de la segunda compañía española de guardias de corps.<sup>1681</sup>

La correspondencia de la princesa con Torcy evidencia el cambio de actitud operado en la dama. Así por ejemplo, en una misiva dirigida al Secretario de Asuntos Exteriores francés a comienzos de octubre, la camarera mayor enumeraba todo un conjunto de recomendaciones favorables a un grupo de sujetos vinculados en mayor o menor medida a su red clientelar. De entrada proponía, «pour le fixer», prometer a Medinaceli la presidencia del Consejo de Italia tras la muerte de Mancera; Frigiliana, dada la cortedad de sus medios económicos, debía recibir una pensión y, una vez que estuviera libre de sospechas de parcialidad a la Casa de Austria, la presidencia de otro Consejo y la entrada en el Despacho; Montalto también había de servir al rey: ciertamente no sabía guardar un secreto, escribió, pero era trabajador y gozaba de buena reputación; Monterrey podía ser destinado al virreinato de Nápoles, puesto en el que “haría maravillas” contando con buenos servidores; por último el condestable era otro Grande cuya parcialidad convenía cultivar: aunque aspiraba a la presidencia del Consejo de Órdenes, prometida a Veraguas, el rey le ofrecería el cargo de capitán del segundo regimiento español de las guardias de corps (que finalmente rechazó, motivo por el cual recayó en Aitona).<sup>1682</sup> Dado que esta misiva precede a la confirmación por

---

<sup>1681</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 7 de noviembre de 1703. AA. EE., CPE., t. 125, fol. 356r. Sobre el favor que Ursinos tributaba a Veraguas, véase Pucci al gobierno de Florencia. Madrid, 30 de enero de 1704. A.S.F., MdP., Filza 4992.

<sup>1682</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 7 de octubre de 1703, recog. en L. TR., III, pp. 88-90. En otra misiva anterior, la princesa recomendaba el nombramiento de Bedmar como virrey de Sicilia en sustitución del cardenal del Giudice. La misma al mismo. Madrid, 30 de agosto de 1703, *Ibid.*, p. 73. A la postre este proyecto sería abandonado al designar el rey a Bedmar como consejero de Estado. Cardenal d'Estrées a Luis XIV. [S.l.], 3 de septiembre de 1703. AA. EE., CPE., t. 117, fol. 218v.

Felipe V de parte de las recomendaciones de la camarera mayor (véase el párrafo anterior), su participación en la redistribución de cargos y mercedes que tuvo lugar en el otoño de 1703 parece innegable.<sup>1683</sup>

En último término la labor de patronazgo desarrollada por la princesa tuvo una doble consecuencia. Por un lado, comprometió a la camarera mayor con el desarrollo de los proyectos de Orry y los problemas derivados de su ejecución. Por el otro, estimuló la hostilidad hacia Ursinos de un conjunto de Grandes, burócratas y cortesanos españoles contrarios a las reformas del financiero y a la participación de la camarera mayor en la escena política y la redistribución de cargos y mercedes. La composición de este grupo de oposición era heterogénea, en tanto en cuanto en sus filas militaban desde individuos ligados a los cardenales Portocarrero y D'Estrées, como los condes de Palma, Urraca, Ubilla, el padre Martín y Madame Aguirre, hasta sujetos de dudosa fidelidad hacia la nueva dinastía, *verbigracia* Leganés y la marquesa del Carpio. Las críticas vertidas contra la dama, aunque variadas, son similares a las que encontramos por ejemplo en la correspondencia de Louville: ambición, tiranía, malversación de fondos, abuso de la confianza regia y aislamiento del monarca, rodeado por un grupo de “sátrapas” al servicio de Orry y la camarera mayor.<sup>1684</sup> Ahora bien, tan importantes como los cargos que se imputaban a la princesa (cuya gravedad se incrementaría desde mediados de 1703) fueron los canales que estos sujetos eligieron para hacer llegar sus censuras a Versalles: el cardenal D'Estrées, Louville y, tras su destierro, la “hermitaña” del Buen Retiro, Mariana Aguirre. El epistolario de los dos primeros evidencia sus contactos con este conjunto de Grandes, cortesanos y ministros descontentos, cuyos discursos transmitirían a Torcy, Beauvilliers y el monarca francés.<sup>1685</sup> Otro tanto haría Madame Aguirre más adelante en sus cartas al cardenal d'Estrées, hombre de confianza de Luis XIV e instalado de nuevo en Versalles desde el otoño de 1703, en las que se asombraba a de “quán inquieta está esta corte en discursos raros y en sospechas fantásticas nacidas de la desesperación con que viven [a causa] del [actual] modo de gobierno”.<sup>1686</sup> A nuestro modo de ver, el valor de este grupo de oposición y de las críticas que sus miembros remitieron indirectamente a Francia estribaría en dos aspectos. Por un lado, en su importancia para el definitivo

---

<sup>1683</sup> Sobre la evolución de la red clientelar de Ursinos, véase el “Epílogo” de este trabajo.

<sup>1684</sup> Aguirre al cardenal D'Estrées. [S.l.], 29 de marzo de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 160r.

<sup>1685</sup> LOUVILLE, II, pp. 34-35. Cardenal d'Estrées a Luis XIV. 3 y 13 de septiembre de 1704. AA. EE., CPE., t. 117, fols. 224r.-225r.; 273v.

<sup>1686</sup> Aguirre al cardenal D'Estrées. [S.l.], 29 de marzo de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 159r.

desprestigio tanto de la imagen de Orry y Ursinos como de la política interior que ambos habían auspiciado, generadora de inestabilidad, desorden y descontento a uno y otro lado de los Pirineos. Por el otro, la existencia en Madrid de un foco de oposición a la camarera mayor puso de relieve que su posición en la corte española no era tan sólida como *a priori* parecía, o que por lo menos su vinculación con el financiero la había debilitado. En sus misivas a Torcy la princesa siempre se había enorgullecido de la aceptación de la que disfrutaba entre los cortesanos hispanos; un factor que la diferenciaba favorablemente de otros integrantes del *entourage* francés de Felipe V. Sin embargo, el contenido del epistolario de Louville y Madame Aguirre parecía refutar esta idea. En el fondo, lo que nos gustaría destacar aquí es que la hostilidad hacia la dama de un sector de la corte española pudo influir en la decisión de Versalles de acometer su destitución. En enero de 1703, tras el estallido de la crisis del Despacho, el prestigio de la princesa estaba en su punto máximo. Esta circunstancia, añadida a la protección que la reina le tributaba, había prevenido al gabinete galo de aceptar su retiro. No obstante, la situación había cambiado un año después, al menos en lo que concernía a las consecuencias que el cese de la camarera mayor podría entrañar para el conjunto de la corte madrileña. Evidentemente, este no fue el único aspecto que determinó la caída de Ursinos. Como veremos en los epígrafes siguientes la dinámica del poder desarrollada en estas fechas; los cambios introducidos por Orry en la administración, con el patrocinio de la dama, y el fracaso de las medidas adoptadas para la campaña militar de 1704, constituyen otros factores que debemos tomar en consideración al abordar la primera desgracia de la princesa.

### **Dinámicas de poder, cambio y reforma:**

Entre marzo de 1703 y abril de 1704 asistimos a un momento de cambio tanto en el cuerpo de la administración española como en las dinámicas de poder que habían caracterizado la toma de decisiones desde el advenimiento al trono de Felipe V en noviembre de 1700. Este proceso, impulsado por Orry con el patrocinio de la princesa y la colaboración de la reina, se desarrolló en dos etapas. La primera de ellas, que se extendió hasta finales del verano de 1703, estuvo determinada por la pugna librada en el *entourage* francés del Rey Católico por el control de la voluntad del monarca. La segunda, que abarcó desde septiembre de ese mismo año hasta la primera caída en desgracia de la camarera mayor, se caracterizó por la introducción de una serie de reformas en las instituciones de gobierno que buscaban agilizar la toma de decisiones y

racionalizar el tratamiento de los asuntos. Por último, simultánea a ambas etapas, apreciamos la consolidación de una *praxis* de poder que potenció la “vía reservada”, debilitó organismos gubernamentales tradicionales (Consejos) y de nuevo cuño (el Despacho) y convirtió los aposentos de la reina y el *Cuarto chico* de la camarera mayor en el centro de la toma de decisiones.

Como hemos señalado a lo largo de este capítulo, a la hora de afrontar la puesta en vigor de sus planes de reforma Orry se sirvió de la protección de la princesa de los Ursinos. El favor que le tributó la dama fue fundamental para el financiero en la primera fase del proceso de cambio que hemos mencionado más arriba. Merced a la mediación de la camarera mayor Orry no solo pudo contar con el patrocinio de la consorte sino que también gozó de un acceso privilegiado al rey. Este último factor resultó determinante para la cristalización de sus proyectos. Según dijimos en su momento, desde su regreso de Italia Felipe V resolvió compartir un único dormitorio con María Luisa de Saboya, así como pasar su cotidianeidad en los apartamentos de la consorte. Al margen de los problemas ceremoniales derivados de esta disposición, lo que nos interesaría destacar aquí es que la decisión del monarca alteró la frecuencia de sus contactos con los miembros de su Casa (incluida la “familia” francesa); fomentó la proximidad del rey a los servidores de la consorte (entre ellos Ursinos), quienes atendían sus necesidades diarias; y afectó a la visibilidad del soberano ante la corte, toda vez que el acceso a su persona se vio condicionado por los criterios que regían la entrada a los aposentos de la reina, cuya cámara estaba administrada por la camarera mayor. Las consecuencias de la iniciativa de Felipe V permiten comprender el sentido de algunas de las informaciones de Louville relativas al aislamiento en el que María Luisa, Ursinos y sus hechuras mantenían al monarca: «On a renfermé le roi bien plus que par le passé, et l'on n'entre plus dans le palais.»<sup>1687</sup> Ahora bien, ¿hasta qué punto era veraz el testimonio del marqués?

Ciertamente en el marco de una rivalidad tan acusada como la que protagonizaban a la sazón la princesa, el embajador francés y sus respectivas “hechuras”, controlar el acceso a la regia persona se convirtió en una cuestión de capital importancia en la fiscalización de las posibles influencias a las que podía verse sometido un monarca dotado de la personalidad del primer Borbón. En este sentido no cabe duda que la reina y la camarera procuraron limitar en la medida de lo posible los

---

<sup>1687</sup> Louville a Beauvilliers. Madrid, 8 de abril de 1703, recog. en SSBL, XI, p. 516.

contactos de Felipe V con los D'Estrées y Louville. La afición del monarca por la práctica cinegética parece que fue objeto de un planteamiento ambivalente por parte de ambas mujeres. Así, de acuerdo con el testimonio del marqués el rey habría estado un tiempo sin concurrir a las partidas de caza, que la consorte consideraba ocasiones en las que su esposo podía relacionarse con el abate d'Estrées y otros miembros de la "familia" francesa.<sup>1688</sup> Por el contrario, meses después el enviado florentino, Pucci, informaba de la asiduidad con la que el soberano se dedicaba a este deporte, cuya práctica, añadía, contribuía a mantenerle aislado del cardenal Portocarrero, reintegrado de nuevo al Despacho.<sup>1689</sup>

Aunque significativos del interés de la reina y la princesa por gestionar los contactos de Felipe V, otros ejemplos al respecto son más interesantes que los centrados en el solaz del monarca. Son aquéllos que conciernen al control de los vínculos del soberano con D'Estrées y Portocarrero, y, por añadidura, a la participación de ambos en la toma de decisiones. Después de marzo de 1703 el gabinete estaba compuesto por los dos cardenales, el arzobispo Arias, el marqués de Mancera y Ubilla como Secretario. Empero, esta planta no garantizó la estabilidad del gobierno. Las reticencias de Felipe V a gobernar con el embajador francés son patentes en su epistolario con Luis XIV. Según indicaba en sus misivas, D'Estrées sembraba la división en el Despacho, se oponía a las medidas que planteaba y alentaba la hostilidad de Portocarrero hacia sus órdenes.<sup>1690</sup> La confianza del monarca en el embajador de Francia y en el arzobispo de Toledo era, por lo tanto, nula. Para los D'Estrées y Louville esta situación era consecuencia no solo del ascendiente de la reina y la princesa sobre el Rey Católico, sino también de la creciente proyección de Orry en el *entourage* regio.<sup>1691</sup>

De acuerdo con la correspondencia de estos sujetos el financiero usurpaba las atribuciones del embajador francés en el seno del gobierno hispano. De hecho, la toma de decisiones no se canalizaba a través del Despacho, sino desde los aposentos de la consorte y el *Cuarto chico* de la princesa. En ambos espacios Orry se reunía con Felipe V, despachaba con el monarca y trabajaba con este en las disposiciones que

---

<sup>1688</sup> LOUVILLE, II, p. 4.

<sup>1689</sup> Pucci al gobierno florentino. Madrid, 26 de abril de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4992.

<sup>1690</sup> Valgan como ejemplo las cartas de Felipe V a Luis XIV. Madrid, 22 y 31 de agosto de 1703 AA. EE., CPE, t. 125, fols. 100r y 159v.-160r.

<sup>1691</sup> «Ce prince, dans cet état, n'est pas plus tôt arrivé, qu'on emploie tous les artifices et tous ceux de la reine pour lui persuader que le cardinal d'Estrées est un homme ambitieux, haut, intraitable, que voudra le dominer avec sévérité et dureté.» Louville a Torcy. Madrid, 15 de agosto de 1703. SSBL, XI, p. 528.

posteriormente el soberano transmitía al gabinete, cuyos miembros las atribuían al impulso del francés.<sup>1692</sup> Lo que es más difícil de discernir es el papel que la reina desempeñaba en las reuniones que el financiero mantenía con el rey. Las fuentes aluden a que tenían lugar en sus apartamentos, pero no informan de cuál era el papel de María Luisa en su desarrollo o qué funciones cumplía en estas sesiones alternativas de gobierno, a diferencia de lo que apreciamos en el caso de la princesa.<sup>1693</sup> En cualquier caso, Louville, según hemos podido observar, no infravaloraba la influencia de la soberana y es posible que la consorte, dada la incapacidad de Felipe V para decidir por sí mismo, asistiese al monarca en las reuniones de mayor trascendencia para los planes de Orry.

Conjeturas aparte, el apoyo de la reina a esta dinámica de poder convirtió sus aposentos en un centro de poder paralelo al Despacho. Ello se debió no solo a la reiterada presencia del monarca en ellos, lo cual era útil para controlar sus contactos y mantener el “secreto” de la toma de decisiones; sino también a la planta de los apartamentos de la consorte, donde se crearon *ad hoc* una serie de salas cuyo objeto era satisfacer el deseo de intimidad de la pareja real. En efecto, después de la reforma del Alcázar ejecutada por Ardemans en 1703 se dispusieron dos gabinetes en los aposentos de María Luisa de Saboya que conectaban, por un lado, con la Pieza de las Furias (el dormitorio real) y su antecámara y, por el otro, con el *Cuarto grande* y el *Cuarto chico* de la camarera mayor.<sup>1694</sup> Muy probablemente era en estos gabinetes donde se celebraban los encuentros del rey con Orry y la princesa. Por su carácter semiprivado, el acceso a ambas piezas era más restringido en comparación con otras partes del Cuarto de la reina, al tiempo que su comunicación con los aposentos de la princesa facilitaba la entrada al corazón de los apartamentos de la soberana sin atravesar sus salones oficiales, esto es, desde la intimidad del propio Cuarto de la camarera mayor.<sup>1695</sup> A todo ello hay que añadir que las estancias de D'Aubigny en el Alcázar conectaban también

---

<sup>1692</sup> Cardenal d'Estrées a Luis XIV. Madrid, 17 de agosto de 1703. AA. EE., CPE., t. 117, fol. 108v.

<sup>1693</sup> LOUVILLE, II, pp. 31 y 68-70; DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 176. “Se supo y divulgó [sic] (...) que [la princesa] (...) se havia [sic] apoderado de la persona del Rey, negando a toda la nobleza menos a los que ella quisiese el ver y hablar a su Magestad, disponiendo que quando salía al Gabinete fuera instruido de los negocios que havia [sic] de ocultar de los Cardenales, metiéndose en su volsillo [sic] las consultas y proposiciones que había de ver y resolver [sic] la princesa (...).” Misiva anónima en castellano sin autor, fecha ni remitente. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 137r.

<sup>1694</sup> BLASCO ESQUIVIAS, B.: *Teodoro de Ardemans y su entorno en el cambio de siglo (1661-1726). Aspectos de la arquitectura y el urbanismo madrileños de Felipe II a Carlos III*. Madrid, 1991, tomo I, p. 543.

<sup>1695</sup> Tal era el canal que la princesa propuso en enero de 1703 al cardenal d'Estrées para entrevistarse con Felipe V en los aposentos de la reina. Véase el capítulo I de la V parte de este trabajo.

con los aposentos de la soberana y la princesa, «par dedans», permitiendo, se lamentaba Louville, el acceso de este a ambos espacios «sans que personne le sache, et il n'y a gardes, ni huissiers, ni duègnes qui s'en puissent apercevoir.»<sup>1696</sup> Es decir, a la hora de fomentar los contactos de Felipe V con algunos de sus parciales ni la camarera mayor ni María Luisa de Saboya tenían por qué contravenir el ceremonial de manera palmaria, toda vez que podían servirse de la propia morfología del Alcázar para garantizar el relativo secreto de su desarrollo.

La proyección del Cuarto de la reina en la escena política favoreció la cristalización de una dinámica de poder en la que la toma de decisiones partía de espacios y organismos que se hallaban en la periferia de la administración oficial. Esta tendencia, presente desde el advenimiento de Felipe V al trono, como demuestra la creación del Despacho, se incrementó en estas fechas a consecuencia de la hostilidad del soberano a los dos cardenales y del enfrentamiento de Orry con estos. Así por ejemplo, mientras D'Estrées se mantuvo al frente de la embajada francesa en Madrid, tanto el tratamiento de los asuntos como la ejecución de las órdenes regias se canalizaron desde tres ámbitos diferentes, lo que incidía en la imagen de desorden gubernamental que trascendía a Versalles: en primer lugar desde el gabinete, donde Felipe V “gobernaba” con los dos cardenales; en segundo lugar, desde el cauce tradicional que suponían los Consejos, ante los que el Secretario del Despacho Universal actuaba como intermediario del rey; y finalmente desde el Cuarto de la reina, donde el monarca despachaba con su círculo de asesores oficiosos y en los que Orry sometió sus proyectos al examen de Felipe V, manteniendo a Portocarrero y D'Estrées al margen de ellos.<sup>1697</sup>

Después del viaje que el financiero y Louville efectuaron a Versalles en el verano de ese mismo año, Orry otorgó un impulso definitivo a su política de patronazgo y a las reformas en la administración que deseaba implantar. La estancia de ambos en Francia fue determinante, asimismo, para que Luis XIV aceptara el cese del cardenal d'Estrées (agosto de 1703) y su sustitución por su sobrino, el abate, designado a instancias del financiero y la camarera mayor.<sup>1698</sup> Daba comienzo así la segunda etapa

---

<sup>1696</sup> Louville al duque de Beauvilliers. Madrid, 10 de octubre de 1703. SSBL, XI, p. 541.

<sup>1697</sup> DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 176.

<sup>1698</sup> Las razones a través de las que Luis XIV justificó la destitución del diplomático no podían ser más elocuentes ni del carácter forzoso que otorgaba a su cese ni de las escasas expectativas que albergaba del nombramiento del abate: «(...) *Les affaires ne seront pas mieux conduits lorsque vous serez party, mais comme vous estes hors d'estat de remédier présentement aux désordres, vos conseils n'estant plus escoutez, il*



del proceso de cambio al que hemos hecho alusión al principio de este epígrafe. Consecuencia del mismo serían: a) la instauración de la Secretaría del Despacho de Guerra y de la Tesorería Mayor de Guerra; b) el abandono definitivo de Portocarrero del gabinete, contrario a la creación de estas instituciones de nuevo cuño y a la política de patronazgo de Orry y la camarera mayor; y c) el debilitamiento del Despacho en tanto que órgano consultivo. El último aspecto referido derivó tanto de la vigencia de una dinámica de poder en la que la toma de decisiones continuaba llevándose a cabo en el Cuarto de la reina, según veremos a continuación, como de las propias características de la embajada del abate y de su escaso crédito no solo ante el financiero, la camarera mayor y los reyes, sino también ante Luis XIV. Ambas variables tenderían a justificar, a la postre, los testimonios que acusaban a la princesa y a Orry de usurpar la autoridad regia y debilitar el ascendiente de Francia sobre la administración española.

Descontento con el sesgo que tomaban los asuntos en Madrid, el rey de Francia se mostró contrario en un primer momento a la entrada del abate d'Estrées en el Despacho. Por este motivo Felipe V pasó a despachar con Arias y Mancera hasta que, a instancias de Ursinos, favorable a la integración del abate en el gabinete, sin cuya intervención estimaba que no podrían darse curso al resto de proyectos de Orry, Luis XIV autorizó en noviembre la participación del nuevo embajador en sus sesiones.<sup>1699</sup> De entrada es de notar, como posiblemente lo hicieron en Versalles, la ambigüedad con la que la camarera mayor planteaba la integración de los diplomáticos franceses en el Despacho: objeto de inestabilidad al comienzo de la embajada del cardenal; necesaria para la culminación de la obra de Orry meses después. Aunque es cierto que la situación interna de la corte española había variado entre enero y octubre de 1703, los argumentos de la princesa no dejaban por ello de resultar contradictorios y reveladores, en último término, de su interés por instrumentalizar el papel que el nuevo embajador debía desempeñar en el gobierno hispano.<sup>1700</sup> En segundo lugar, ni la

---

est de vostre prudence d'oster le pretexte de dire que vostre presence empesche qu'on ne fasse toutes les dispositions qui conviendroient au bien des affaires (...).» Luis XIV al cardenal d'Estrées. [S.l.], 16 de septiembre de 1703. AA. EE., CPE., t. 117, fol. 245v. La cursiva es nuestra.

<sup>1699</sup> DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 176.

<sup>1700</sup> «Peut-être que Messieurs les ministres auront fait attention à ce que M[onsieur] le C[ardinal] d'Estrées écrivit dans les commencemens, que j'estois la complaisante d'une cabale qui vouloit exclure l'ambassadeur du despacho; mais commec'est une pure fiction, je me trouve obligée encore de vous protester qu'aucun Espagnol ne m'a jamais demandé cette exclusion, et qu'il m'a toujours paru presque aussi dangereux de laisser le Roy catholique entre les mains des seuls Espagnols, qu'il l'auroit esté si M[onsieur] le C[ardinal] d'Estrées avoit gouverné seul comme il le prétendoit. Un ambassadeur doit s'abstenir de parler des choses qui n'ont aucun rapport à la France. Cette conduite plaira à la nation. Mais

designación del abate al frente de la embajada francesa le concedió una capacidad de maniobra más amplia, ni su entrada en el Despacho contribuyó a dotar al organismo de una mayor operatividad. En buena medida Orry, Ursinos y sus parciales se arrogaron buena parte de las atribuciones que los antecesores de D'Estrées habían disfrutado. En este sentido, si bien el gabinete se reunía, la toma de decisiones continuó canalizándose desde los aposentos de la reina y de la princesa, sin la participación del nuevo embajador, calificado por Louville como «un homme de paille» de Orry y de la camarera mayor: «Rivas apporte tous les pappiers chez la reine; il sort, et ensuite on dépêche avec Orry et d'Aubigny seuls, après que les papiers ont été examinés chez eux et entre eux.»<sup>1701</sup> Es decir, con el apoyo de los reyes y secundado por Ursinos, el financiero continuó manejando los principales resortes del poder, no ya desde el Despacho, al que no tenía acceso, sino desde el Cuarto de la reina y las diferentes Juntas establecidas a partir de otoño de 1703 e integradas además por algunos de sus colaboradores. Felipe V y el abad aportan sendos testimonios que corroboran el papel preponderante de Orry en la *praxis* del poder y nos permiten comprender cuál fue la dinámica de gobierno a finales de 1703. Según reconocía el monarca, despachaba con Rivas y Canales por separado, con el primero por la mañana y con el segundo por la noche, asuntos de diferente naturaleza que no podía decidir, ni por sí mismo ni de acuerdo con los consejos de ambos secretarios. En razón de ello, continuaba: «je ne trouvai point de meilleur expédient que celui d'en garder les pièces et l'extrait avec l'avis du Secrétaire pour donner le tout à examiner secrètement à Orry, afin qu'il m'en rendit compte. Il l'a fait et il continue. Cette manière de travailler me fait plaisir.»<sup>1702</sup> Por su parte el abate definía sus funciones gubernamentales en términos igual de elocuentes: «Je le porte [a la princesa] tous les nouvelles dez que je les reçois; je ne parle jamais au Roy d'Espagne qu'après l'avoir concerté avec elle, enfin je ne luy

---

sa présence est nécessaire, ou pour réprimer la mauvaise intention, ou pour encourager les ministres qui seront bien intentionnés. Nous avons vu, dans le temps de la junte [de gobernación de la reina], que la plupart de ceux qui la composoient, n'ayant rien qui les gesnast, ne perdoient aucun occasion de lascher quelque trait malin contre la France (...). D'ailleurs, Monsieur, tout changement, quelque utile qu'il puisse estre, déplaisant aux Espagnols parce que l'autorité du Roy est anéantie et qu'on seroit fâché qu'elle se rétablît, si un ambassadeur n'appuie pas ceux que M[onsieur] Orry propose, après avoir été examinés et contrariés dans différents conseils, ils viendront échouer dans celui cy (...).» Ursinos a Torcy. Madrid, 23 de septiembre de 1703, recog. en L. TR., III, pp. 82-83.

<sup>1701</sup> Louville a Beauvilliers. Madrid, 8 de octubre de 1703. SSBL, XI, p. 537. Por su parte, el abate reconocía su marginación de la toma de decisiones si bien, al contrario de Louville, atribuía a Canales un papel más activo en el tratamiento de los asuntos. Abate d'Estrées a Luis XIV. Madrid, 29 de noviembre de 1703. B.N.F., Clairambault, Mss. 521, fol. 355r.

<sup>1702</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 22 de septiembre de 1703. AA. EE., CPE., t. 125, fol. 234r.

marque aucun empressement pour les affaires ni mesme pour sçavoir ce qui se passe; j'écoute lors qu'on me parle et je ne me plaint point lors qu'on ne me dit rien et ne m'ouvre avec personne sur ce que je pense du gouvernement (...).»<sup>1703</sup>

Aun considerando que el abate podía exagerar un tanto las limitaciones de su papel, no en vano su conciliación con la princesa fue muy breve<sup>1704</sup>, la colaboración del financiero, la camarera mayor y algunas de sus hechuras (D'Aubigny y Canales, tenido por otro “hombre de paja”<sup>1705</sup>) en el ejercicio del poder es evidente en ambas misivas. Fue precisamente el excesivo predominio de todos ellos en el tratamiento de los asuntos, añadido al descontento que generó en la corte madrileña<sup>1706</sup>, lo que llevó a Versalles a intervenir en España a finales de 1703. Los ataques dirigidos contra Orry y Ursinos fueron frecuentes desde mediados de ese mismo año y no se reducían únicamente a la tiranía con la que gobernaban los asuntos, sino también, en el caso del financiero, a los manejos que ocultaban sus medidas para garantizar el abastecimiento de los ejércitos.<sup>1707</sup> Las críticas en este punto resultaron determinantes para su propio futuro y el de la camarera mayor. Privado de la posibilidad de conocer a ciencia cierta el estado de los preparativos de Orry para la campaña militar de 1704, debido en parte a la parcialidad que se adjudicaba a la correspondencia no solo del propio financiero sino también del abate y Felipe V<sup>1708</sup>, el gobierno francés envió a Madrid al marqués de Puységur en calidad de Director de las tropas del rey de Francia en la Península Ibérica. Además de sus competencias en materia militar, el puesto facultaba al marqués para examinar los resultados de la labor de Orry en materia de abastecimientos. La misión de Puységur, sobre la que nos detendremos en el epígrafe siguiente, puso de manifiesto algunas de las deficiencias de tal labor y justificaron, en consecuencia, la caída en desgracia tanto del propio financiero como de su principal protectora, Ursinos.

---

<sup>1703</sup> Abad d'Estrées al cardenal Gualterio. Misiva cifrada y sin fechar [posiblemente otoño/invierno de 1703]. B. L., Add. Mss., 20359, fol. 62r.

<sup>1704</sup> En diciembre de 1703 Felipe V ya aludía a la perfidia del abate, cuya conducta hacia Ursinos describía «pleine de perfide et de trahisons.» el abate aludía ya a su hostilidad con la camarera mayor. Madrid, 4 de enero de

1704. AA. EE., CPE., t. 125, 462r.

<sup>1705</sup> Abate d'Estrées al cardenal Gualterio. Madrid, 22 de enero de 1704. B. L., Add. Mss. 20359. 77r-v.

<sup>1706</sup> Del que el abate se hace eco en una de sus cartas a Gualterio fechada en Madrid el 4 de febrero de 1704. *Ibid.*, fol. 80r.

<sup>1707</sup> DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 220.

<sup>1708</sup> Louville y el abate aluden en sus cartas no sólo al espionaje al que Ursinos y Orry sometían a la correspondencia remitida a Versalles sino también a la participación de la princesa, el financiero y el confesor real en la redacción de las misivas de Felipe V a Luis XIV. Louville a Beauvilliers. Madrid, 8 de octubre de 1703. SSBL, XI, p. 537; abate d'Estrées a Torcy. Madrid, 21 de diciembre de 1703. AA. EE., CPE., t. 125, fol. 509v.

### **“La injusticia [que] debía ser castigada”<sup>1709</sup>: la primera caída en desgracia de la princesa de los Ursinos**

Tradicionalmente se ha vinculado la caída en desgracia de la princesa de los Ursinos con la interceptación por parte de la dama de una carta del abate d'Estrées en la que este aludía al desmesurado poder de la camarera mayor y a sus relaciones ilícitas con D'Aubigny. Tal misiva, de la que la princesa cometió la imprudencia de enviar una copia a su hermano, el marqués de Noirmoutier, con añadidos de su puño y letra, terminó en manos de Torcy quien, por su parte, la guardó para mostrársela a Luis XIV. Como indica Cermakian la acción de la princesa resulta un tanto incomprensible, sobre todo viniendo de una mujer que había hecho de la prudencia y la cautela sendos medios para ejercer el poder. Según sostiene la misma autora, al conducirse como lo hizo Ursinos se dejó llevar por la irritación y el orgullo.<sup>1710</sup> Con todo, cabe pensar también que la princesa actuó movida por su afán de demostrar que no era la única culpable de sus malas relaciones con el abate.<sup>1711</sup> Visto retrospectivamente, y contando con la posibilidad como contamos los historiadores de cruzar la documentación emanada de ambos personajes, esta hipótesis parece plausible. Tanto más si tomamos en consideración que, durante meses, Torcy insistió ante la dama en que podía considerar al abate entre el número de «ses amis» cuando la princesa tenía indicios de lo contrario.<sup>1712</sup> Ahora bien, tal afán reivindicador no explica por completo el progresivo descrédito de Ursinos ante Versalles entre la primavera y el verano de 1704; como tampoco su audacia al interceptar las misivas del embajador francés. En este sentido el Secretario de Asuntos Exteriores calificó como “inaudita” la flagrante violación del secreto diplomático perpetrada por la princesa, y justificada torpemente por Felipe V.<sup>1713</sup> Semejante acción, puso sobre el tapete el menosprecio de la dama

---

<sup>1709</sup> Cita tomada de una misiva del abate d'Estrées al cardenal Gualterio: «Enfin Monsieur, le temps est venu que l'injustice devoit estre puni.» Abate d'Estrées al cardenal Gualterio. Plasencia, 10 de abril de 1704. B.L., Add. Mss., 20359, fol. 94r.

<sup>1710</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse des...*, p. 293 («Son orgueil cabré lui fait oublier que l'homme qu'elle méprise est le représentant du Roi [de Francia]»).

<sup>1711</sup> Así parece corroborarlo una de las misivas dirigidas por la camarera mayor a la mariscal de Noailles. Madrid, 23 de diciembre de 1703, recogida en GEFFROY, A. (ed.): *Lettres inédites...*, pp. 164-168.

<sup>1712</sup> Torcy a Ursinos. [S. l.], 19 de diciembre de 1703, recogida en L. TR., III, p. 103.

<sup>1713</sup> «Ce qu'elle a fait d'intercepter une lettre de l'Ambassadeur du Roy, de le dire publiquement, d'en montrer des copies, est inouï». Torcy a Puysegur. Versalles, 27 de enero de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 40r.; citada también por CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, p. 293. Felipe V a Luis XIV. Madrid, 8 de febrero de 1704, recogida en *DMAV*, p. 211; en esta carta el Rey Católico realiza una elocuente defensa de la princesa y Orry, al tiempo que solicita la retirada del abad d'Estrées y su sustitución por un

hacia los representantes de la diplomacia francesa en Madrid pero, sobre todo, los límites que estaba dispuesta a traspasar a la hora de ejercer el poder. Desde estas perspectivas, la conducta de Ursinos en este punto podría ayudar a discernir el interés de Versalles por restaurar el prestigio y el crédito de sus embajadores en la corte española, lo que será objeto de análisis los capítulos siguientes. Dicho esto, la caída de la dama y sus más estrechos colaboradores galos continúa sin tener una respuesta totalmente satisfactoria. A nuestro modo de ver la explicación más coherente la han aportado los historiadores que recientemente se han aproximado a la figura de Jean Orry: Anne Dubet y Guillaume Hanotin. De los impecables estudios de ambos autores podemos colegir que, de la misma manera que el ascenso de la camarera mayor y el financiero estuvo muy relacionado, también lo estuvieron la forma en que ejercieron el poder (en la que existen interesantes paralelismos), el modo en que las conductas de ambos fueron enjuiciadas desde Versalles y, a la postre, sus respectivas desgracias, prácticamente simultáneas.

Aunque es cierto que el episodio de la carta del abate tensó aún más las ya de por sí inestables relaciones entre la princesa y el gabinete francés, fue la llegada de Puységur a la corte madrileña la que, al igual que sucedió con Orry, principió su caída.<sup>1714</sup> Puységur, experto militar al que se deben las ordenanzas militares de los Países Bajos y que formó en su día parte de la Casa del duque de Anjou, llegó a Madrid como Director de las tropas del rey de Francia en enero de 1704. Tal y como indica Anne Dubet, su presencia en España no era fruto de una estrategia con fines punitivos encabezada por Versalles contra la camarera mayor y el financiero. Por el contrario, Puységur había de informar sobre el estado de la corte y el gobierno madrileños para comprobar, como sospechaba el enviado florentino, si los informes que el cardenal d'Estrées había transmitido directamente a Luis XIV eran verídicos o no.<sup>1715</sup> El destino de Ursinos aún no estaba decidido, como lo demuestra el que a lo largo de enero el militar se reuniese sucesivamente con el abate, Portocarrero, Orry y la propia camarera

---

“embajador de espada”. Con vistas a garantizar la credibilidad de su exposición, Felipe V indica que escribe a su abuelo *motu proprio*, sin que la camarera mayor, la reina u Orry conozcan que lo ha hecho.

<sup>1714</sup> Una de las misivas del abate d'Estrées a Torcy se hace eco de la inquietud de Ursinos y Orry ante la llegada de Puységur, aunque dicho sentimiento se cifraba en los vínculos del militar con Louville y Torcy a quienes la camarera mayor y el financiero tenían a estas alturas por parciales a los D'Estrées. Abate d'Estrées a Torcy. Madrid, 21 de diciembre de 1703. AA. EE., CPE., t. 125, fol. 508r.-v.

<sup>1715</sup> Ambrose Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 4 de enero de 1704. A.N., B<sup>7</sup>231, fol. 19v.; véase también, el informe de Pucci al gobierno de Florencia. Madrid, 9 de enero de 1704. A.S.F., Filza 4992.

mayor.<sup>1716</sup> En sus encuentros con Puységur la princesa tuvo la oportunidad de explicar su comportamiento y punto de vista no solo con respecto a los D'Estrées, sino también en relación con otros actores políticos de eje Versalles-Madrid, concretamente el Secretario de Asuntos Exteriores. A la sazón, la dama era consciente de su progresiva pérdida de crédito ante el gobierno francés, que cifraba en la parcialidad de Torcy y Chamillart hacia los D'Estrées. El problema para la princesa en esta coyuntura era doble: por una parte, en Francia parecían hastiados de la retórica de sus cartas, que oscilaba entre la queja, la oposición, la iniciativa y el victimismo, sin ningún lugar ciertamente para la autocrítica («ces plaintes ne sont pas nouvelles, elles durent depuis que M[onsieur] le Card[inal] d'Estrées arriva l'année dernière»); por la otra, su principal protector en Madrid, Felipe V, tampoco se veía libre de los prejuicios de Versalles, toda vez que se consideraba que sus misivas eran obra de Orry.<sup>1717</sup>

Nos encontramos, por tanto, ante una auténtica crisis de credibilidad que se extendería hasta comienzos de 1705 y que afectó principalmente a la camarera mayor, el financiero y los reyes. La labor de Puységur al supervisar los abastecimientos militares, y descubrir los resultados del asiento firmado con López de Castro, terminaría de coronar dicha crisis con resultados desastrosos para Orry y la camarera mayor. Conviene matizar esta afirmación. En primer lugar, los trabajos de Dubet, Hanotin y de Castro establecen una diferencia muy clara entre las medidas de Orry y sus resultados, desmitificando la visión tradicional del “bribón” que se las habría ingeniado para engañar a Chamillart. En efecto, el asiento de López de Castro no fue en ningún caso satisfactorio pero ello no significó, como reconocieron el propio Puységur y Berwick, que las medidas tomadas por Orry no hubiesen sido acertadas o útiles. La cuestión estribaba en que habían sido poco eficientes en un contexto en el que Versalles exigía rápidos resultados. En segundo lugar, lo que es también aplicable a Ursinos, existió una cierta censura hacia el modo en que se impusieron las reformas. La *praxis* del poder desarrollada por Orry con el apoyo de la princesa, basada en el

---

<sup>1716</sup> Pucci al gobierno de Florencia. Madrid, 9 de enero de 1704. A.S.F., Filza 4992. Por otro lado, según informaba el abate d'Estrées, Puységur habría intentado mediar en una reconciliación entre el embajador y la camarera mayor, que habría sido del todo ineficaz debido a la negativa de esta última. Abate d'Estrées al cardenal Gualterio. Madrid, 10 de enero de 1704. B. L., Add. Mss. 20359, fol. 75r.

<sup>1717</sup> «Le Roy ne peut plus avoir de confiance à ce que luy mande le Roy Catholique, sachant que c'est Orry qui fait les lettres et en verité il est ridicule, si on ose le dire, de voir comme il abuse de la facilité de Sa Majesté Cat. pour employer à le louer le tiers des lettres qu'elle écris, il vaudroit mieux qu'elle n'en écrivis que trois mots d'elle-même que de devenir ainsy le commis d'Orry ou du Père D'Aubenton.» Torcy a Puységur. Versalles, 26 de enero de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fols. 40r.-42r.

arrinconamiento del embajador, la creación de Juntas y la toma de decisiones desde los aposentos regios, donde primaba la opinión del financiero, desvirtuó la imagen de este último hasta hacerla más próxima a la que de él presentaban los D'Estrées: «il est sorty des bornes de sa mission aussytost qu'il a cessé d'être subalterne et qu'il a voulu agir par luy mesme», escribió Torcy a modo de crítica que podía también extenderse a la camarera mayor.<sup>1718</sup> En este sentido, Versailles había terminado por aceptar una situación que pasaba por el incremento notable de la proyección política de Orry y la princesa, en detrimento de la de sus representantes diplomáticos en Madrid, con objeto de obtener unos réditos. Así, lo importante para el caso de las indagaciones de Puységur es que reafirmaron la percepción del gabinete francés en lo relativo al desorden del gobierno español y lo inadecuado de las actitudes de sus representantes en la capital madrileña, crítica que no solo iba dirigida a Ursinos y el financiero sino también al abate, quien por su parte recibió a finales de enero una severa amonestación de Luis XIV.<sup>1719</sup> De la misma manera la “encuesta de Puységur”, como la llama Dubet, justificó a ojos de Versailles la adopción de nuevas medidas, basadas en el cambio de su política en relación a la Monarquía Hispánica, el alejamiento de la princesa, Orry y el abate y el repunte de la capacidad de maniobra del que habría de ser el sucesor de d'Estrées.

Su estrecha vinculación con el financiero perjudicó a la princesa en más de un sentido. En su estudio sobre Orry, Hanotin indica que la “credibilidad” de la dama ante el gabinete galo sufrió un serio revés a consecuencia de las informaciones de Puységur sobre los abastos. No en vano, en su correspondencia Ursinos había apoyado reiteradas veces los proyectos del financiero y, en pleno mes de febrero de 1704, informó de la satisfacción de Puységur ante la labor de Orry cuando dicho sentimiento estaba lejos de ser tal.<sup>1720</sup> De poco sirvieron las justificaciones de la princesa respecto a la naturaleza y sentido de la protección que había prodigado a Orry<sup>1721</sup>, como tampoco

---

<sup>1718</sup> *Ibid.*, fo. 41r.

<sup>1719</sup> Véase la misiva de Luis XIV al abate d'Estrées, fechada el 20 de enero de 1704, donde el monarca recrimina a su embajador entre otras cuestiones que le ocultase información. AA. EE., CPE., t. 143, fols. 16r.-18r.

<sup>1720</sup> HANOTIN, G.: *Jean Orry...*, p. 137; también CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, p. 298, donde la autora describe la situación de forma pomenorizada. La carta de Felipe V a Luis XIV, fechada en Madrid, 11 de enero de 1704, se encuentra recogida (y traducida al castellano) en *DM4V*, p. 203.

<sup>1721</sup> «Elle [Ursinos] se justifie en disant que lorsqu'elle vint icy elle y trouva M. Orry étably, qu'elle ne le connoissoit pas avant que ses ministres de la Cour de France le luy avoient recommandé en luy ordonnant de la part du roy de le protéger et de l'appuyer dans ses desseins, qu'elle a trouvé beaucoup d'esprit, d'application et d'habilité, qu'elle lavoit cru un instrument fort utile pour le service des deux

que procurase distanciarse de él, al menos en público, según informó Ambrose Daubenton a Pontchartrain.<sup>1722</sup> La colaboración entre ambos era tan estrecha, tal y como corrobora el intercambio epistolar que mantuvieron con Versailles, que a la camarera mayor le fue imposible desvincularse del desprestigio del financiero en el invierno de 1704. En el punto concerniente a las consecuencias de la relación entre Ursinos y Orry la documentación difiere. En sus cartas al cardenal Gualterio du Bourk se hizo eco de los rumores que achacaban a la princesa los errores del financiero: «Une partie des enemys d'Orry attribuent à la protection de Mad[am]e la princesse des Ursins tout le pretendu mal qu'il fait»; si bien concluía que consideraba injusto «attribuer à cette Dame les fautes d'Orry s'il en a commises.»<sup>1723</sup> En cuanto a la “hermitaña”, Madame Aguirre, poco sospechosa de parcialidad hacia la camarera, reconoció ante Torcy que la razón “principalísima” de la destitución de la dama había sido “la desgraciada elección que tuvo desde sus principios en caballeros que sin duda la an [sic] hecho precipitar.”<sup>1724</sup> Con lo que, si bien remarcaba el alejamiento de Ursinos de los representantes de la embajada gala, no concretaba el nombre de los “caballeros” a quienes aludía, dejando en el aire si se refería a Orry, a los aristócratas y burócratas de quienes la princesa se había rodeado, o a todos ellos.

Lo que sí parece evidente es que la “encuesta de Puységur” dio lugar a un repunte de la animosidad que determinados sectores de la corte madrileña albergaban contra Ursinos y el financiero. A la cita de du Bourk incluida más arriba podemos añadir el contenido de otras de las misivas del irlandés, que presentaba a Orry como el elemento aglutinador de la francofobia reinante en la Madrid<sup>1725</sup>; de Ambrose Daubenton, para quien la «extravagante conduite d'Orry» había alentado la parcialidad a la Casa de Austria de ciertos ministros, presidentes y secretarios de los

---

Roys, el elle l'avoit protégé, que les ministres de la Cour de France ne luy ont jamais ordonné ni conseillé le contraire, mais n'ignorent pas ce qu'on disoit de cet home dans le public.» Dicho esto, la princesa se mostraba dispuesta, en caso de que el gabinete francés así lo ordenara, a cesar de proteger al financiero: «elle étoit tout preste à l'abandonner et a devenir sa plus grande enemye.» Tobby du Bourk al cardenal Gualterio. Madrid, 16 de abril de 1704. B. L., Add. Mss. 20307, fol. 11v.-12r.

<sup>1722</sup> «Madame des Ursins commence à se vouloir disculper d'avoir si hautement soutenu et élevé M Orry en le faisant pour ainsy dire premier et seul Ministre d'une si vaste Monarchie. Elle [Ursinos] a eu une estroite conférence sur ce sujet avec M. le duc de Berwick et M. de Puységur, elle leur a fait connoistre que tout le monde luy escrivois de France que 'estoit un mal honnest homme'» Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 4 de marzo de 1704. A.N., B7231, fol. 262v.

<sup>1723</sup> Tobby du Bourk al cardenal Gualterio. Madrid, 16 de abril de 1704. B. L., Add. Mss. 20307, fols. 11v. y 12r.

<sup>1724</sup> Mariana Aguirre a Torcy. [S. l.], 25 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 204v.

<sup>1725</sup> Du Bourk a Gualterio. Madrid, 16 de abril de 1704. B. L., Add. Mss. 20307, fols. 10v.-11r.



Consejos<sup>1726</sup>; o del propio abate d'Estrées, quien se refería a la progresiva desintegración de la red de la princesa en la corte española: «Les amis de M[ada]me des Ursins commencent à se plaindre; veritablement il ny a plus de gouvernement.»<sup>1727</sup> Gracias a la correspondencia de du Bourk, y atendiendo a lo que sucederá más adelante en el seno de la facción Ursinos, podemos matizar un tanto las palabras del abate. Al hilo de la documentación consultada cabe creer que, cuando d'Estrées informaba de la actitud de los «amis» de la princesa hacia su antigua protectora, se refería principalmente al duque de Medinaceli. Según hemos visto a lo largo de este trabajo, la percepción de Versailles y sus agentes en Madrid respecto a la vinculación de la camarera mayor y el Grande distaba de ser certera. En este sentido lo que para el gabinete francés y el abate era una activa relación de patronazgo, para la princesa, como así se lo había asegurado a Torcy, suponía una conducta basada en la apariencia y la «politesse», que se fundamentaba en el deseo de no provocar un enfrentamiento directo con Medinaceli. El disimulo que ambos practicaban, no solo la dama, explica que el duque, toda vez que fue consciente de la pérdida de crédito de esta en Francia, abogase por una aproximación al embajador galo y una crítica más explícita hacia la camarera mayor<sup>1728</sup>: «Ceux qui animoient la princesse des Ursins contre le cardinal d'Etrée -escribió du Bourk- et la souttenoient, commencent maintenant à former des brigues contre elle, il [se refiere a su informador] nomme le duc de Medina Celi.»<sup>1729</sup> Las palabras del diplomático irlandés revelan los diferentes estratos que conformaban los vínculos que vertebraban las relaciones entretejidas en el espacio cortesano, así como la circunstancialidad y diferente naturaleza de las mismas. En cualquier caso, de acuerdo con lo que veremos en los capítulos siguientes, podemos concluir que si bien el descrédito de la princesa perturbó a los integrantes de su facción, que temieron verse arrastrados por su caída, no se produjo una desintegración inmediata de la red de la dama y sus principales miembros, de hecho, permanecieron fieles a ella en su desgracia. Si eso fue así se debió a la pertenencia de la reina a dicha red, que le otorgó una cierta estabilidad en ausencia de la princesa. Como acabamos de apreciar el contenido de la correspondencia del abate puede ser objeto de puntualizaciones, fruto de la visión

<sup>1726</sup> Ambrose Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 4 de marzo de 1704. A.N., B7231, fol. 261v.

<sup>1727</sup> Abate d'Estrées al cardenal Gualterio. Madrid, 4 de febrero de 1704. B. L., Add. Mss. 20359, fol. 81r.

<sup>1728</sup> La correspondencia del abate con Gualterio corrobora el acercamiento entre Medinaceli y d'Estrées: «Mr. le Duc de Medina Celi me fait assurer qu'il veut estre de mes amis, i'ai repondu à ses avances de manière dont il doit estre content.» Abate d'Estrées a Gualterio. Casa Tenuda, 14 de marzo de 1704. *Ibid.*, fol. 87r. Véase también, el mismo al mismo. Madrid, 3 de marzo de 1704. *Ibid.*, fol. 83v.

<sup>1729</sup> Du Bourk al cardenal Gualterio. S. f. [ca. enero/marzo de 1704]. B. L., Add. Mss. 20307, fols. 7r.-v.

retrospectiva del historiador y del cruce de la documentación existente. Ahora bien, de lo que no cabe duda es de que estas informaciones, paralelas a las que ya hemos analizado en otros epígrafes relativas a la princesa, Orry y la reina, influyeron en las decisiones adoptadas por Versalles en abril de 1704: la destitución y destierro de la dama y el reenvío del financiero a Francia, de un lado, y el viraje en la política de Luis XIV respecto a la Monarquía Hispánica, del otro.

En cuanto a María Luisa de Saboya, ¿qué rol jugó la consorte en esta coyuntura? A diferencia de la proyección que la soberana adquirió, en buena medida a instancias de Versalles, a partir de abril de 1704, su papel en los meses que precedieron a la caída de la princesa es difícil de determinar. De entrada cabría pensar que, tras la ruptura de la alianza borbónico-saboyana, la reina adoptó un perfil mucho más discreto en su relación con el poder habida cuenta de sus lazos familiares con una corte, la de Turín, que se alinearía en adelante junto a los enemigos de las Dos Coronas. Dicho esto, como en otros episodios de la vida de la consorte la carencia de fuentes primarias emanadas directamente de María Luisa supone un impedimento en nuestro propósito de ponderar la magnitud de la implicación de la soberana en la escena político-cortesana tras el arribo de Puységur y Berwick a la corte madrileña. De la misma manera, la documentación diplomática que hemos consultado (francesa y florentina principalmente) y la correspondencia privada de la propia soberana (con Madame Royale) se muestran también muy imprecisas al respecto.<sup>1730</sup> En este sentido dicho *corpus* de fuentes alude únicamente a los debates abiertos en torno a la posible nueva gobernación de la reina (ante el traslado de Felipe V al frente portugués), por una parte; y a la justificación del largo silencio producido en el flujo epistolar de María Luisa con la corte de Turín, a consecuencia de la quiebra de la alianza borbónico-saboyana, por otra.<sup>1731</sup> No obstante, la información recogida en la documentación, silencios y rumores incluidos, nos parece indicativa tanto de los propósitos como de la conducta de la soberana (y en algunos casos de la camarera mayor) en esta coyuntura, pese a que en muchos casos debamos movernos en el terreno de la hipótesis.

---

<sup>1730</sup> Respecto al flujo de la correspondencia de la reina con la corte de Turín debemos tomar en cuenta la interrupción que causó en el mismo la ruptura de la alianza borbónico-saboyana en el invierno de 1703.

<sup>1731</sup> La primera carta con la que contamos de la reina a su abuela después de la traición de Saboya a la Casa de Borbón data del 2 de diciembre de 1703. En ella, la soberana se regocija de volver a escribir a Madame Royale después de un largo silencio. En la siguiente, fechada el 22 de marzo de 1704, se reduce a informarle de la partida de Felipe V al frente. DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, pp. 166-169.

En lo que corresponde al primer aspecto señalado, la llegada de Puységur a Madrid, y sus reuniones con Portocarrero y Ursinos, fueron vistas en la corte como un primer paso hacia la reglamentación del papel que la consorte había de desempeñar en ausencia de Felipe V. A la sazón, según informaba el enviado florentino, circulaban rumores respecto al traslado a Sevilla de María Luisa de Saboya en tanto el monarca permanecía en Extremadura. Ante tal eventualidad, continuaba el diplomático, Puységur había recibido de Versalles la comisión de reglar una “superintendenza di governo” en la que Portocarrero ocuparía la principal posición.<sup>1732</sup> Un mes después, Pucci matizó sus anteriores afirmaciones acerca del prelado. Previsiblemente, indicaba, María Luisa sería designada gobernadora mientras que el cardenal, en caso de ser incluido en el gobierno, desempeñaría un papel semejante al que había ostentado en la primera gobernación de la consorte.<sup>1733</sup> A la postre se optó por un término medio: Felipe V, asesorado por el abate d'Estrées, despacharía los principales negocios (tanto en lo político como en lo militar) quedando en manos de la soberana las cuestiones denominadas “urgentes”, ordinarias y de “poca importancia”, sobre las que tendría plena potestad. Asimismo, María Luisa no sería designada gobernadora de forma oficial puesto que el rey no saldría de Castilla. Esta condición eludía la necesidad de conformar una Junta, con el fin de asesorar a la gobernadora, que incluyese a Portocarrero en su seno, lo que provocó según los rumores que el cardenal abandonara nuevamente la corte.<sup>1734</sup> Pero por el contrario otorgaba a la princesa y a Orry la posibilidad de intervenir en el gobierno de manera oficiosa, aprovechando la autoridad delegada en la consorte, sin que tuvieran que someter su iniciativa la fiscalización de un órgano colegiado.<sup>1735</sup> En cierta medida las características del gobierno en ausencia de Felipe V respondían, en primer lugar, a las experiencias pasadas: el recuerdo del desorden provocado en los últimos meses de la primera gobernación de María Luisa a causa de las diferencias suscitadas en el seno de la Junta de gobierno<sup>1736</sup>; en segundo lugar suponía una opción coherente con la *praxis* del poder desarrollada desde el otoño de 1703, en la que primaba la toma de decisiones a través de canales oficiosos al

---

<sup>1732</sup> Pucci al gobierno toscano. Madrid, 9 de enero de 1704. A.S.F., MdP, Filza 4992.

<sup>1733</sup> El mismo al mismo. Madrid, 13 de febrero de 1704. *Ibidem*.

<sup>1734</sup> El mismo al mismo. Madrid, 5 y 12 de marzo de 1704. *Ibid.*

<sup>1735</sup> El mismo al mismo. Madrid, 12 de marzo de 1704. *Ibid.* Esta misiva incluye también el Decreto donde se exponen las características del papel gubernamental de María Luisa de Saboya en ausencia de Felipe V.

<sup>1736</sup> Véase el epígrafe dedicado a la primera gobernación de la reina y los problemas suscitados durante la misma.

margen de la opinión de las instituciones oficiales de la administración hispana. En tercer lugar demuestran cuán lejos se encontraba la camarera mayor, pese al crítico estado de sus relaciones con las autoridades francesas, de creer que la venida de Berwick y Puységur provocaría su caída. Pese a la “encuesta de Puységur” Ursinos continuaba formando parte de la dinámica de poder en el seno del eje Versalles-Madrid, al menos en opinión de algunos de los diplomáticos mejor informados de la corte española.

Otra cuestión a tomar en cuenta es el sentido del evidente interés de María Luisa de Saboya por declinar su nombramiento como gobernadora.<sup>1737</sup> Una primera posible explicación de este posicionamiento sería el propósito, que la consorte repetirá en otras circunstancias más adelante, de desmentir su pretendida afición a los asuntos de gobierno frente a las informaciones que la acusaban de lo contrario (recuérdese que entre el otoño de 1703 y la primavera de 1704 circularon al otro lado de los Pirineos importantes acusaciones en este sentido contra la reina).<sup>1738</sup> La segunda hipótesis a considerar puede vincularse a la continuidad con las prácticas de ejercicio de poder subrayadas más arriba. Así, en los epígrafes anteriores de este capítulo hemos visto cómo la toma de decisiones en este periodo pasó en buena medida por la proximidad a Felipe V y la posibilidad de persuadir al monarca de la conveniencia o no de adoptar una disposición. Desde estas perspectivas, el hecho de que María Luisa solicitase permiso a Luis XIV para trasladarse a una ciudad fronteriza (próxima al frente donde batallaba el monarca), con argumentos perfectamente estudiados y jerarquizados en su exposición<sup>1739</sup>, pudo deberse no solo a los profundos lazos de afecto existentes entre los reyes (que Felipe V reiteraba en la misiva que envió a su abuelo en apoyo a las

---

<sup>1737</sup> Que Felipe V reiteraba de manera explícita en una de sus misivas a su abuelo, fechada en Madrid, 4 de marzo de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 120r.; recogida y traducida al castellano en *DM4V*, pp. 219-221.

<sup>1738</sup> La reina a Madame Royale. Madrid, 28 de diciembre de 1702; Madrid, 17 de mayo de 1703, recogidas en DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, pp. 151 y 161-162.

<sup>1739</sup> Con el fin de defender su pretensión, la reina aludía en primer lugar al ejemplo de María Teresa de Austria, quien acompañó a Luis XIV en algunas de sus campañas militares; en segundo lugar, a lo poco determinante de su presencia en Madrid, dada la tranquilidad de la capital y a la labor gubernativa que los Consejos de Estado y Castilla podían ejecutar en ausencia del monarca; en tercer lugar, a lo reducido del gasto que supondría su presencia en una ciudad fronteriza, dado que sólo llevaría el servicio imprescindible para su “decencia” y, por último, a la capacidad de Orry, que de paso elogiaba, para proveer los gastos que provocaría el traslado de los monarcas. La reina a Luis XIV. Madrid, 11 de enero de 1704 y 16 de febrero de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fols. 24r.-25r. y 95r.; traducidas al castellano en *DM4V*, pp. 207 y 209; 213.

instancias de su consorte)<sup>1740</sup>; sino también a la voluntad de la soberana y la princesa por neutralizar la acción del embajador francés en el seno del gobierno, quien marcharía a la frontera portuguesa con el rey y el Despacho, y así controlar *in situ* los canales por los que circulaba la toma de decisiones. O lo que es lo mismo: por reproducir en las proximidades del frente el mismo sistema de gobierno que se había desarrollado en Madrid. No en vano la reina defendió, toda vez que Felipe V demandó a su abuelo el cese del abad, la continuidad de D'Estrées en el cargo por considerar poco oportuna su destitución en un contexto marcado por la marcha del soberano a la cabeza de sus tropas.<sup>1741</sup>

A la postre Luis XIV se opuso a las pretensiones de María Luisa de Saboya. En lugar de negarse taxativamente a aceptar las propuestas de la reina, el monarca francés optó primero por remarcar los riesgos que podría entrañar su marcha de Madrid. En una segunda epístola fechada unas semanas después, pareció darle esperanzas al aceptar, si «vostre présence n'est pas absolument nécessaire», que la soberana se trasladase a Aranjuez con el fin de calmar «la peine que vostre séparation du Roy d'Esp[agne] vous causeroit.»<sup>1742</sup> Resulta difícil precisar, dado el secretismo que presidió la primera caída de Ursinos, en qué momento el monarca galo adoptó la decisión de prescindir de los servicios de la dama (con toda probabilidad entre finales de febrero y comienzos de marzo de 1704). Lo que sí parece evidente es que, para Versalles, era de capital importancia mantener a Felipe V alejado de su esposa en el momento en que llegara a España la orden de destitución de la camarera mayor; como también no dar lugar a que ambas mujeres sospecharan de las intenciones de Luis XIV y se dispusiesen a revocar sus órdenes, tal y como habían hecho en 1703. De ahí que, mientras tanto, el monarca galo buscara contemporizar y alentar las esperanzas de la consorte en cuanto a una futura reunión con el Rey Católico.

---

<sup>1740</sup> “La Reina continúa anhelando ansiosamente acompañarme a alguna ciudad fronteriza. Yo no lo deseo menos que ella, pues, si os hablo de manera confidencial, nos profesamos mutuamente gran ternura y confianza (...).” Felipe V a Luis XIV. Madrid, 21 de enero de 1704, recogida en *DM4V*, p. 209.

<sup>1741</sup> «J'ai connu depuis, par tout ce que la reine m'a représenté, aussi bien que ceux à qui je viens de dire ce que je vous avais écrit [se refiere a la retirada del abate d'Estrées], que je pouvois avoir mal fait, et que dans les conjonctures présentes, un tel changement a des inconvénients qui nous embarrasseraient.» Felipe V a Luis XIV. Madrid, 16 de febrero de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fols. 93r.-94r., traducida al castellano en *DM4V*, p. 215.

<sup>1742</sup> Luis XIV a la reina. Versalles 27 de enero y 6 de marzo de 1704. A.H.N., E., leg. 2460 (2), n<sup>os</sup>. 4 y 7. La cita del texto corresponde a la carta fechada en marzo. Existen sendas copias de ambas misivas en AA. EE., CPE., t. 143, fols. 44r. y 107r.

Los meses que median entre marzo de 1703 y la primavera de 1704 constituyeron un periodo de oposición y cambio para la corte y la administración españolas. Oposición, en tanto en cuanto la rivalidad entre los partidarios del cardenal D'Estrées y la princesa de los Ursinos, primero, y el predominio de la dama y Orry en la escena política, después, continuaron mediatizando la evolución de las relaciones francoespañolas y la situación de la corte madrileña. Y cambio porque en es en este momento cuando comenzamos a apreciar no solo la introducción de ciertas reformas que alterarían el panorama institucional heredado de los Austrias, sino también la consolidación de un nuevo *entourage* alrededor de Felipe V, consecuencia en buena medida de la labor de patronazgo desarrollada por la camarera mayor y el financiero con el apoyo de la reina.

La princesa de los Ursinos, Orry y María Luisa de Saboya serían los principales protagonistas de este periodo. De hecho, cabe considerar la colaboración establecida entre los tres como el factor que determinó la evolución de los acontecimientos a la sazón: la destitución del cardenal d'Estrées, la salida de Portocarrero del Despacho y la vertebración de una red clientelar capaz de secundar los proyectos del financiero y favorecer su puesta en vigor. Empero, si bien detectamos la existencia de una colaboración eficaz entre Orry, la camarera mayor y la consorte, conviene diferenciar el papel que cada uno de ellos desempeñó en este contexto de cambio a diferentes niveles. En este sentido, la protección que ambas mujeres dispensaron al financiero resultó fundamental para introducirle en el círculo de Felipe V, avalar sus propuestas reformistas ante el monarca y apuntalar su posición como hombre de confianza del Rey Católico frente a los embajadores franceses y el cardenal Portocarrero. Igualmente significativa fue la participación de la reina y la princesa en el control de los contactos del soberano y en el desarrollo de una serie de vías de poder, alternativas al Despacho, a través de las que canalizar la toma de decisiones y agilizar la puesta en vigor de las reformas. Por otra parte, si la relevancia de Orry y la camarera mayor es evidente en aspectos como el tratamiento de los asuntos, la selección de los sujetos que integrarían el grupo de colaboradores del financiero y la conformación de la red clientelar liderada por Ursinos, el rol de María Luisa de Saboya en este conjunto de cuestiones es más difícil de esclarecer al hilo de la documentación conservada.

Ciertamente Louville y los D'Estrées atribuyeron a la consorte un dominio absoluto sobre Felipe V y, merced al mismo, una amplia capacidad de maniobra, elementos a través de los que configuraron un perfil de la soberana que divergía notablemente de la imagen divulgada en Versalles durante su primera gobernación. Asimismo, sabemos que los aposentos de la reina se convirtieron en estas fechas en el epicentro de la toma de decisiones, el espacio donde Felipe V deliberaba con Orry, sus colaboradores y las hechuras de la “princesa”. Ahora bien, de la lectura de las fuentes es imposible concluir si María Luisa de Saboya tomaba una parte activa o no en las sesiones de gobierno en las que participaba. Una situación semejante observamos en lo que concierne a la configuración de la red de la camarera mayor y el equipo de colaboradores del financiero. Ambos estaban compuestos por individuos con los que la consorte mantenía o mantendría en un futuro vínculos estrechos (Montellano, Ronquillo, Veraguas, etc.), pero todo parece indicar que fueron Orry y la camarera mayor los que lideraron la conformación de ambos grupos, en tanto María Luisa de Saboya ocupaba la posición de un agente pasivo que, sin embargo, otorgaba estabilidad a la red dado el ascendiente que ejercía sobre Felipe V.

A largo plazo la proyección de la princesa y el financiero en la escena política, su primacía en términos de influencia sobre el embajador francés, el conjunto de ministros españoles y los burócratas designados a instancias suya desde el otoño de 1703, perjudicaría irremisiblemente la imagen de ambos a uno y otro lado de los Pirineos. En cierto modo la destitución del cardenal d'Estrées y la implantación de las reformas de Orry tuvo el carácter de una victoria pírrica. Las medidas adoptadas por el financiero entre 1703-1704 fueron juzgadas favorablemente tanto por la historiografía más reciente como por algunos de sus contemporáneos (Puységur y Berwick). Sin embargo, la dinámica de poder que acompañó su puesta en vigor, y no nos referimos a la potenciación de la “vía reservada” entre el rey y los secretarios del Despacho sino al control ejercido por Orry y la camarera mayor sobre la toma de decisiones desde los aposentos regios, acabaron por desvirtuar la labor del financiero ante las cortes de Madrid y Versalles y, a la postre, determinaron tanto su caída como la de su principal protectora, la princesa.

## VI PARTE: OPOSICIÓN Y CONTEMPORIZACIÓN

### **LA REINA Y LA CASA DE SABOYA: RELACIONES FAMILIARES, MEDIACIÓN Y LEALTAD DINÁSTICA EN EL CONTEXTO DE UNA FRÁGIL ALIANZA.**

«(...) Aures-vous encore la cruauté d'être nostre ennemi? Mon cher père, devenes au contraire nostre meilleur ami, donnés-nous mesme des conseils, nous les receurons comme venant d'une personne bien capable d'en donner de bon, et d'un père qui commensera à nous aimer (...). Une fille que vous avez bien fait souffrir et qui vous aime certainement avec une grande tendresse.»<sup>1743</sup>

Según se ha podido apreciar en otras partes de este trabajo los vínculos de María Luisa de Saboya con su patria nativa constituyeron una de las preocupaciones del gabinete de Versalles en el marco del proceso de adaptación de la consorte. Algunos ejemplos a lo largo de la dinastía habsbúrgica demuestran que el caso de la primera esposa de Felipe V no fue único, pese a que en algunos sentidos fue particular (expulsión del séquito piamontés, espionaje de su correspondencia con Saboya...). Al igual que les sucediera a otras princesas con anterioridad a ella, *verbigracia* María Luisa de Orleáns, los celos de las Dos Coronas se focalizaron no solo sobre María Luisa de Saboya sino también sobre los réditos que su progenitor, Víctor Amadeo II, podía obtener de su parentesco con la reina de España. En este sentido a comienzos de 1702 Marcin había procurado tranquilizar al gabinete galo respecto al contenido del intercambio epistolar de la consorte con la corte turinesa, advirtiéndole que no había encontrado en el mismo ningún indicio de deslealtad de la joven soberana hacia la dinastía borbónica. No obstante las palabras del diplomático, las sospechas en cuanto al origen dinástico de María Luisa continuaron siendo una constante entre 1702 y 1703, como corrobora la correspondencia del marqués de Louville, quien incluía también a la princesa de los Ursinos en sus acusaciones de parcialidad hacia los intereses saboyanos. Tales celos, que también empañaron la imagen de la duquesa de Borgoña después de su muerte<sup>1744</sup>, se perpetuaron entre los agentes de la embajada francesa en Madrid tras

---

<sup>1743</sup> La reina al duque de Saboya. Madrid, 1 de septiembre de 1709. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

<sup>1744</sup> «Cet enfant [duquesa de Borgoña] si séduisant et si cher au Roi n'en trahissoit pas moins l'État, en instruisant son père, alors duc de Savoie, et notre ennemi, de tous les projets militaires qu'elle trouvoit le moyen de lire. Le roi eu eut la preuve par les lettres qu'il trouva dans la cassette de cette princesse après sa mort: 'La petite coquine, dit-il à Mme. de Maintenon, nous trompoit'», en *Mémoires secrets de Duclos, tome I*,



la ruptura de la alianza entre las Casas de Borbón y Saboya, para desaparecer de la documentación posteriormente, sin duda ante el interés de las Dos Coronas por instrumentalizar la posible mediación de la reina en aras de un nuevo acercamiento al ducado italiano. Así, hasta 1704-1705 la figura de Víctor Amadeo II fue un lastre para la soberana. Ciertamente, la traición del duque a la alianza contraída en 1701 no pareció enturbiar el prestigio de la consorte ante la opinión pública española. Sin embargo la mala reputación del soberano saboyano constituyó un recurso, empleado por ciertos sectores de la corte madrileña en las fechas citadas, a través del que justificar ciertas actitudes de María Luisa de Saboya en su relación con el poder; conductas que derivarían de la supuesta francofobia que Víctor Amadeo II habría inculcado a su hija desde su más tierna infancia.

Desde estas perspectivas es innegable que existieron desconfianza, rechazo y una progresiva modificación del posicionamiento de Versalles ante los vínculos de la consorte con su patria nativa. Ahora bien, ¿hasta qué punto estaban justificados los celos y censuras iniciales? En su monumental *Histoire de France* Michelet definió a la reina y a la duquesa de Borgoña como profundamente saboyanas y muy bien dirigidas por su padre. La pertenencia dinástica de ambas princesas y sus lazos familiares actuaban en la obra del historiador decimonónico a modo de factor explicativo tanto de la influencia de Saboya sobre las Dos Coronas como de la toma de una serie de desafortunadas decisiones político-militares que cristalizaron, por un lado, en el conocido como “gobierno de las damas” a ambos lados de los Pirineos; y, por el otro, en la consabida traición de Víctor Amadeo II a la alianza borbónica, a cuya evidencia Versalles fue incapaz de rendirse a tiempo. La documentación y la bibliografía consultadas permiten, por el contrario, matizar en gran medida los juicios de Michelet, junto con otras afirmaciones de índole parecida recogidas también en las *Mémoires sur l'avènement des Bourbons*, conformadas en base a la correspondencia de Louville.<sup>1745</sup>

---

en *Collection des mémoires relatifs à l'histoire de France*, tome LXXVI. París, 1829, p. 81; véanse también las Memorias del Caballero de Quincy, quien recoge diversas anécdotas que giran en torno a la traición perpetrada por la duquesa de Borgoña en connivencia, según algunas de ellas, con Madame de Maintenon. *Mémoires du Chevalier de Quincy. Publiés pour la première fois pour la Société de l'Histoire de France par Léon Lecestre. Tome Deuxième (1703-1709)*. París, MDCCCXCIX, pp. 224-227.

<sup>1745</sup> MICHELET, J.: *Histoire de France...* [edic. 2008], cap. X.; *Mémoires sur l'avènement...*, tome I; por su parte Gagnière sostiene lo inverosímil de las acusaciones de traición vertidas contra la duquesa de Borgoña, de las que no existen pruebas consistentes. GAGNIÈRE, A. (ed.): *Marie-Adélaïde de Savoie. Lettres et correspondance*. París, 1897, pp. 345-346.

Con respecto a las fuentes primarias, en otras partes de este trabajo ya hemos referido lo fragmentario de la correspondencia de María Luisa de Saboya con la corte de Turín. Los vacíos en su cronología que presenta este intercambio epistolar son evidentes; igualmente, la dificultad para ponderar en su totalidad la magnitud de esta correspondencia se ve agravada por la carencia de las cartas que los duques de Saboya y Madame Royale escribieron a la reina, que no parecen haber llegado hasta nuestros días.<sup>1746</sup> Con todo, podemos subsanar tales inconvenientes gracias al completo epistolario del comendador Operti, y en menor medida del conde de Vernon, cuyo contenido permite abordar una amplia variedad de aspectos relativos a la relación de la reina con su patria nativa. Aspectos que van desde los vínculos de diferente naturaleza que mantuvo con la familia ducal saboyana, hasta su condición de intermediaria entre las cortes de Turín, Madrid y Versalles, pasando por su papel como intercesora privilegiada en la concesión a determinados súbditos italianos (saboyanos en su mayoría) de mercedes en distintos puntos de la Monarquía Hispánica. Cruzar la distinta documentación emanada de María Luisa, los duques de Saboya (Madame Royale incluida) y los enviados piemonteses en las cortes de las Dos Coronas posibilita, como hemos avanzado, matizar algunas de las informaciones ya señaladas acerca de la reina, fundamentadas en prejuicios y enemistades personales; pero también plantear en toda su complejidad un tema, el de la doble pertenencia dinástica de las princesas del Antiguo Régimen, que hacía de estas mujeres, a veces de manera involuntaria para ellas, piezas clave en la evolución de las relaciones diplomáticas entre estados. En el caso concreto de María Luisa de Saboya la potencialidad de esta condición no se manifestó únicamente respecto a los intereses saboyanos en la Monarquía Hispánica, como temieron en su momento tanto Luis XIV como otros miembros del *entourage* francés de Felipe V. La propia Francia buscó, antes y después de la ruptura de alianza con Saboya, servirse de la soberana y de la duquesa de Borgoña a favor de la

---

<sup>1746</sup> La correspondencia más completa es la que la reina mantuvo con su abuela, Madame Royale, sita en el Archivo di Stato de Turín y publicada en el siglo XIX por la condesa della Rocca. En cuanto al epistolario de María Luisa con sus padres, los duques Víctor Amadeo II y Ana María Orleáns, es más reducido y se concentra principalmente en los años 1701 y 1703. La ruptura de la alianza no dejó de tener su efecto en el flujo epistolar Madrid-Turín, pero tampoco debemos obviar la posibilidad de que parte de estas cartas fueran destruidas por los duques. Algo similar a lo que pudo suceder con las misivas que tanto estos como Madame Royale remitieron a María Luisa, que no parecen haberse conservado. Su contenido pudo ser comprometido o más personal de lo que podríamos creer puesto que la corte de Turín remitía su correspondencia en algunas ocasiones a Operti y este luego la pasaba a la reina.

política borbónica. Por tanto, las posibilidades que abría la doble pertenencia dinástica de las princesas en el ejercicio informal de la diplomacia no solían ser, y no lo fue en el caso de María Luisa, fruto de pretensiones unidireccionales.

### **Pertenencia dinástica, afectos y emociones:**

Entrando en los diferentes aspectos que hemos delineado más arriba, el primero de ellos en el que nos gustaría incidir corresponde a los vínculos de la reina con la Casa de Saboya. En diferentes epígrafes de esta tesis hemos indicado cómo los lazos de la soberana con su familia fueron muy estrechos. Así, aspectos que hasta fechas recientes han sido pasados por alto por la historiografía, como el intercambio de regalos y retratos, comienzan a ser vistos hoy en día como indicio de la existencia de relaciones, en diferente grado y que llegado el caso podían ser objeto de una abierta instrumentalización político-diplomática, entre las princesas de un mismo linaje establecidas en las diferentes cortes europeas. María Luisa de Saboya no fue una excepción en este punto. Dan cuenta de ello por ejemplo los presentes que tanto ella como su hermana, la duquesa de Borgoña, se intercambiaron a lo largo de su vida (desde vestidos hasta estandartes para el regimiento de la reina de España, pasando por tabaco o vino, que iban destinados a ellas mismas y sus respectivos esposos); o la circulación de retratos entre Madrid, Turín y Versalles que tuvo lugar entre 1701 y 1715, fruto del interés por subsanar una ausencia a través de la efigie pintada, pero también por apreciar el efecto que había tenido el paso del tiempo en la imagen de familiares a los que no se veía en persona desde hacía años. En este sentido son bien conocidos los intentos de María Luisa por justificar ante Madame Royale que no le enviase su retrato (que la reina atribuía a la falta de pintores de calidad en España, capaces de elaborar una obra que se le asemejara fielmente); o la impaciencia de la soberana, similar a la de su abuela, ante la llegada de una pintura que representaba a Víctor Amadeo II, que una vez en su poder enjuició en términos poco halagüeños.<sup>1747</sup>

---

<sup>1747</sup> «Je jugerai par vos portrait s'il fait bien ressembler, en cas qu'il ne me semble pas asses bon peindre, ie ferai venir un qui est auprès de la reine douirière qui est fort bon.» La reina al duque de Saboya. Madrid, 19 de junio de 1703. «J'ay veu mon cher Papa, votre portrait que Cortillot [Courtillieu] m'a apporté, mais pour vous dire la verité, il n'a ma point parut du tout ressemblant. Le roy qui en peut enocre mieux juger en a dit autant, mais le peindre m'a dit que c'est que vous ne lui aves pas donné asses de tems.» La misma al mismo Madrid, 26 de junio de 1703. A.S.T., LPD., Mazzo 26. Quizás este retrato del duque de Saboya, junto a otros dos de la duquesa Ana y Madame Royale, que constaban en los inventarios reales, pudo acabar ubicado en la Galería dispuesta en los aposentos de la reina tras la

Pero a nuestro modo de ver el testimonio más elocuente de estos “afectos” lo encontramos en la correspondencia. El género epistolar constituía el principal instrumento de comunicación entre las diferentes cortes europeas durante el Antiguo Régimen. En el caso concreto de las soberanas y mujeres de la aristocracia, su correspondencia, de carácter público, privado o semiprivado, suponía un soporte fundamental para la transmisión de noticias de diferente naturaleza, parabienes y para la exteriorización de sentimientos que, ya fuera en las fórmulas de apertura y cierre de las misivas o en su propio desarrollo central, denotaban fluidez o frialdad en los lazos familiares, indicios de confianza y estima, relaciones de poder paritarias y desiguales o muestras de una «amitié» consolidada o incipiente. En este punto estudios como los de Vanessa de Cruz han puesto de relieve la heterogeneidad de la retórica de los epistolarios femeninos (que con frecuencia respondía a fórmulas estereotipadas perfectamente jerarquizadas en función del receptor).<sup>1748</sup> También, al igual que apuntamos para el intercambio de regalos y retratos, nunca debe descartarse al analizar estas correspondencias los réditos de diferente índole que, emisores y destinatarios, pretendían obtener de ellas. Así, el intercambio epistolar podía ser igualmente un canal privilegiado para la redistribución de privilegios, cargos y mercedes susceptibles de favorecer a un determinado linaje a través de la mediación femenina y poner de relieve la influencia tangible de muchas de estas mujeres en la redistribución de la gracia regia.<sup>1749</sup> Ambas variables, exteriorización de afectos y ejercicio de patronazgo, no tenían por qué ser excluyentes en una misma correspondencia; habitualmente solían ir ligadas y podían constituir

---

reforma llevada a cabo por Ardemnas en 1703. En dicha Galería, según indicaba Operti, habían de exponerse los retratos “di tutta la familia Reale”, entre ellos dos de los reyes de cuerpo entero, obra de los pinceles de Courtilleau, que parece que finalmente no se llevaron a cabo. Operti a la duquesa Ana. “In detta Galeria resteranno collocati con rico adornamento li ritratti di tutta la famiglia Reale ch’ha últimamente portato il Pittore Cortau (Courtilleau), ch’il Rè mando (...) per tal effetto, [il] quale m’ha detto che dovea in breve travagliare à quelli del Rè e della Regina della statura intiera e naturale che si trovano quali V.A.R. li ricevera (...)” Operti a la duquesa Ana. Madrid, 4 de julio de 1703; el mismo a la misma. Madrid, 10 de octubre de 1703. *Ibidem*, LMS., Mazzo 49.

<sup>1748</sup> Véase la obra coordinada por PLANTÉ, C. (ed.): *L’Épistolaire, un genre féminin?* París, 1998. Para una visión de conjunto acerca de la utilización de la carta por parte de las mujeres de la alta nobleza española durante el siglo XVII, consúltese DE CRUZ MEDINA, V.: *Cartas, mujer y corte en el Siglo de Oro*. Madrid, 2010, tesis doctoral inédita. Agradezco a la autora que me proporcionase un ejemplar de su trabajo.

<sup>1749</sup> De entre los diferentes trabajos publicados, citaremos el estudio de caso de KELLER, K.: «Les réseaux féminins: Anne de Saxe et la cour de Vienne», en POUTRIN, I. & SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir...*, pp. 164-180.

elementos complementarios en los que la pulsión emocional redundaba en el éxito de la mediación.<sup>1750</sup>

Si bien resulta difícil otorgar una respuesta categórica respecto a la sinceridad de su contenido, el intercambio epistolar de María Luisa de Saboya con la corte de Turín parece reflejar la presencia de fuertes vínculos afectivos en las relaciones de la soberana con la familia ducal. Conocido es que la reina de España mantuvo una asidua correspondencia con su abuela, a quien escribía una vez a la semana en los periodos en los que su cotidianeidad no se veía alterada por la gobernación o las enfermedades. Asimismo, por algunas de las cartas enviadas a sus padres, que remiten a otras anteriores, podemos discernir que el flujo epistolar que María Luisa mantuvo con los duques de Saboya fue también representativo, al menos entre 1701 y 1703, y desde luego mayor de lo que inducen a pensar los vestigios documentales conservados en el Archivio di Stato de Turín. La prosa de las misivas enviadas por la reina a su familia, que ha sido analizada en otra parte de este trabajo, ilustra entre otros factores el componente emocional que venimos tratando en este epígrafe, junto con otras expresiones propias de la sumisión de una hija hacia sus padres y abuela.

A continuación, nos gustaría detenernos en los indicios que de estos “afectos” encontramos tanto en la correspondencia como en determinados gestos y actitudes de los duques de Saboya y Madame Royale. El hecho de que las misivas de todos ellos a María Luisa no hayan llegado hasta nuestros días puede subsanarse, según advertimos, gracias al epistolario de Operti. El enviado saboyano en Madrid mantuvo una voluminosa correspondencia no solo con Víctor Amadeo II, sino también con las duquesas Ana María y María Juana en la que se trataban cuestiones diplomáticas pero, con mucha frecuencia, los más nimios pormenores de la vida de la reina en España.<sup>1751</sup> En contrapartida, los regios personajes se servían

---

<sup>1750</sup> FRYE, S. & ROBERTSON, K. (ed.): *Maids and Mistresses. Cousins and Queens. Women's Alliances in Early Modern England*. Nueva York-Oxford, 1999.

<sup>1751</sup> Otro aspecto que revela la importancia que se otorgaba en Turín a esta correspondencia lo encontramos en el hecho de que, ausente Operti de Barcelona con motivo de uno de sus viajes a Madrid, dejó a uno de sus escuderos, Monsieur Galliaro o Gallardo, encargado de transmitirle todo cuanto acontecía en el círculo regio; y otro tanto sucedió durante una breve enfermedad del diplomático, estando la reina ya en Madrid, ocasión en la que Galliaro se trasladaba a diario hasta el Alcázar con el fin de recabar de la princesa de los Ursinos diferentes informaciones acerca de la reina. A través de estos medios, Operti pudo garantizar la puntualidad y exactitud de sus despachos a los miembros de la familia ducal. Operti a la duquesa Ana. Madrid, 2 de marzo de 1702; el mismo a Madame Royale. Madrid, 10 de agosto de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49. Véase también la misiva de la

del diplomático para solicitar todo tipo de información sobre María Luisa y su entorno, además de para transmitir a la consorte mensajes de diferente índole. Esta última cuestión, evoca la importancia del intercambio epistolar entre Operti y los soberanos saboyanos y lleva a pensar que, quizás, las misivas que estos remitieron a su enviado en Madrid, que sí conservamos y estaban cifradas en ciertos casos, podrían haber sido más trascendentes en su contenido que las enviadas a María Luisa de Saboya. No en vano, Víctor Amadeo II advirtió en su momento acerca del espionaje al que la correspondencia de su hija podía verse sometida a instancias de Versalles, y tampoco podía serle ajeno al duque que la soberana solía leer sus cartas a Ursinos.<sup>1752</sup> De ahí que se optase habitualmente por la fórmula, menos comprometida, de emplear a Operti como canal de transmisión de mensajes que este había de revelar cuándo y cómo lo considerase oportuno.

Que se dio un marcado interés en la duquesa Ana y Madame Royale por mantener un asiduo contacto con su hija y nieta, al margen de la posible fiscalización que la corte gala podía ejercer sobre sus epístolas, es algo que constata la correspondencia del enviado saboyano en Madrid. Así, Ana María de Orleáns escribía a menudo al diplomático, de su puño y letra en ocasiones al final de una carta redactada por un secretario, solicitando noticias de su hija: «vous me fairés toujours [sic] grand plaisir lorsque vous me donnerez régulièrement des nouvelles de la reine ma fille pour laquelle je vous envoie une lettre.» Meses después, la duquesa respondió a las informaciones de Operti sobre la soberana en los siguientes términos: «vous m'avez fait le plus grand plaisir du monde», al tiempo que conminaba al comendador a continuar comunicándole la «moindre bagatelle de ce qui regarde ma fille (...) donnez moy toujours la consolation de m'en informer et ne doutez jamais que j'aurai [sic] toute l'attention.»<sup>1753</sup> Madame Royale se mostraba igual de expresiva que la duquesa Ana. En este punto, contamos con más de una veintena de cartas enviadas por María Juana de Saboya al comendador Operti, todas ellas redactadas por su secretario, el abate Spinelli, y algunas, las menos, con añadidos de la propia dama. Uno de los elementos predominantes en estas epístolas

---

reina a la duquesa Ana, fechada en Barcelona el 12 de febrero de 1702, en la que María Luisa confirma la permanencia de Galliaro en la capital catalana en ausencia de Operti. *Ibid.*, LPD, Mazzo 26.

<sup>1752</sup> De hecho, mientras la corte estuvo en Barcelona las cartas que llegaban a la reina desde Turín lo hacían a través de Francia, por medio de uno de los agentes comerciales del duque de Saboya en Lyon, Monsieur Julien. Operti a Madame Royale. Barcelona, 17 de enero de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49.

<sup>1753</sup> La duquesa de Saboya a Operti. Turín, 23 de septiembre y 23 de diciembre de 1701. *Ibidem.*

es la voluntad de Madame Royale por expresar a su nieta los sentimientos que albergaba hacia ella, que su correspondencia con la soberana no bastaba para expresar, así como la complacencia que le causaban las muestras de ternura que María Luisa le prodigaba en sus epístolas: «Ne manquez pas de luy parler [a la reina] des sentimens que nous avons pour elle et que nous ne pouvons que luy exprimer que foiblement dans mes lettres (...)», decía en una misiva fechada en mayo de 1702; «ne manquez pas de parler touiours à la Reine de ma passion pour elle toutes les fois que vous aurez l'honneur de la voir.» El tiempo y la separación no parecieron enfriar los vínculos entre abuela y nieta, según corrobora una epístola fechada el 20 de marzo de 1703: «La Reyne est toujours plus obligeante pour nous, elle nous charme par ses lettres si pleines d'amitié et de tendresse. Nous voudrions bien luy pouvoir donner des marques effectives de nôtre reconnoissance et de notre sensibilité; nous le luy témoignons par toutes nos réponses mais, quand vous aurez l'honneur de l'approcher, dites luy bien que notre cœur est toujours plus touché de ses bontez et que la passion que nous avons pour Elle est infiniment au-dessus de toutes les expressions.» «Parlez souvent de nous à notre aymable Reyne»<sup>1754</sup>, indicó poco antes de la ruptura de la alianza. Con frecuencia, sobre todo en los primeros meses del matrimonio, Madame Royale incluía a Felipe V en sus parabienes: «ne perdez pas les occasions de faire connoître à Leurs Majestez - escribió- combien nous nous interessons à leur gloire, à leur repos et leur union et qu'elles seront toujours l'objet de nos plus tendres empressements.»<sup>1755</sup> Movida por el afecto que sentía hacia su abuela, María Luisa trató de fomentar el establecimiento de un asiduo intercambio epistolar entre Felipe V y Madame Royale: «La Reyne, m'ayant dît Madame que mes lettres vous faisoient plaisir, je vous écris très volontiers par cette raison et par la tendresse que j'ay pour vous (...)»<sup>1756</sup> El hecho de que Versalles recelase de la incidencia que podía tener en la esfera político-diplomática la fluidez de tal contacto, hasta el punto que Luis XIV recomendó a Marcin que su nieto eliminase de su correspondencia con los duques

<sup>1754</sup> Madame Royale a Operti. Turín, 22 de mayo y 2 de julio de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49; la misma al mismo. Turín, 20 de marzo y 15 de noviembre de 1703. *Ibid.*, LMS., Mazzo 50.

<sup>1755</sup> La misma al mismo. Turín, 21 de diciembre de 1701. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49.

<sup>1756</sup> Felipe V a Madame Royale. Barcelona, 5 de febrero de 1702. *Ibid.*, Lettere Sovrani, Mazzo 99. Otro tanto hizo María Luisa con su madre, la duquesa Ana, a la que escribió en noviembre de 1701: «Je vous envoie, ma très chère maman, une lettre du roy que ie crois vous fera plaisir, elle est sans cérémonie et ie tacherai de le faire écrire le plus souvent qui lui sera possible (...)» La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 14 de noviembre de 1701. *Ibid.*, LPD, Mazzo 26.

de Saboya y Madame Royale toda fórmula informal y se dirigiese a ellos en calidad de soberanos, podría explicar lo intermitente del flujo epistolar entre Felipe V y la corte de Turín.<sup>1757</sup>

El último aspecto indicado remite a la potencialidad que caracterizaba a este tipo de correspondencias privadas o semiprivadas, cuyos efectos eran susceptibles de extrapolarse hasta ámbitos de mayor importancia en los que la circulación de noticias, parabienes y expresiones afectivas suponía el primer paso hacia el tratamiento de cuestiones relacionadas con la política, la diplomacia o la corte, siempre, eso sí, desde una perspectiva más informal y flexible de la que permitían los canales oficiales. Al abordar esta cuestión es obligado aludir a la complementariedad de las dos variables que enunciamos más arriba. Resulta difícil extraer conclusiones acerca de la sinceridad de los sentimientos que expresa la correspondencia analizada. Según ha podido apreciarse, las muestras de afecto son evidentes por ambas partes, al igual que la reiterada petición de noticias sobre la vida cotidiana de las personas reales de una y otra corte, o hasta de los cambios que sufría su físico.<sup>1758</sup> La precaria salud de la reina solía dar lugar, también, a un flujo continuo de misivas que eran fruto de la preocupación y del que participaban tanto las duquesas Ana y María Juana como el propio Víctor Amadeo II. Este, desmintiendo la fama de hombre poco afecto a su familia que sus contemporáneos le adjudicaron, solía escribir de su mano a Operti interesándose por el estado de su «chère fille.»<sup>1759</sup> Ahora bien, dado que este tipo de egodocumentos emanaban de personajes implicados directa o transversalmente en los intereses de sus respectivas dinastías, nunca debemos descartar en nuestros análisis de estas epístolas la carga política que subyacía bajo una retórica claramente emocional.

La abundante correspondencia de Madame Royale puede servir de ejemplo a nuestra afirmación. Si bien la duquesa viuda perdió tras abandonar la regencia

---

<sup>1757</sup> Luis XIV a Marcin. Fontainebleau, 8 de noviembre de 1701. AA. EE., CPE., t. 98, fol. 274r. En el Archivo di Stato de Turín se conservan 6 cartas de Felipe V a Madame Royale que datan, una de 1701 frente a cinco de 1702; la correspondencia se ve interrumpida hasta el periodo 1712-1714, en que conservamos una carta correspondiente a 1712, dos a 1713 y una a 1714 (con motivo del fallecimiento de María Luisa). La irregularidad parece ser también la nota predominante en la correspondencia entre Felipe V y los duques de Saboya. A.S.T., LS., Mazzo 99 y 100.

<sup>1758</sup> En esta cuestión Operti se mostraba especialmente puntilloso y en más de una ocasión describió la apariencia de la reina, ponderando los puntos en los que ésta podía haberse modificado desde su partida de Turín. Véase por ejemplo una de las misivas del enviado a la duquesa Ana, echada en Barcelona, 3 de abril de 1702; el mismo a la mismo. Zaragoza, 28 de mayo de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49.

<sup>1759</sup> El duque de Saboya a Operti. Venaria, 3 de abril de 1703. *Ibid.*, LMS., Mazzo 50.



buena parte de la influencia política de la que había disfrutado, no por ello dejó de interesarse por los asuntos del ducado y de ser una figura cuya parcialidad, según admitía Phélypeaux, merecía ser cultivada. La corte de Madame Royale era brillante, algunos de sus antiguos colaboradores continuaban ocupando cargos de cierta relevancia en el gobierno ducal y otros estaban emparentados con personajes situados en el seno de la administración saboyana y las Casas ducales (linajes como los Pallavicino, los Doria del Maro, los Piozzasco...), lo que reforzaba el potencial ascendiente de la dama en la política del estado. De la misma manera, la estrecha relación que disfrutaba con su nieta, María Luisa, la convertía en un canal privilegiado para la solicitud de mercedes de diferente naturaleza, la protección y promoción de los intereses de determinados sujetos en los territorios de la Monarquía Hispánica o la exposición de las aspiraciones de la diplomacia ducal en coyunturas concretas. Aunque trataremos este aspecto con mayor profundidad en otro epígrafe de este capítulo, nos gustaría adelantar aquí que Madame Royale empleó el intercambio epistolar que mantenía con su nieta para plantear algunos de los intereses saboyanos en la Monarquía Hispánica (por ejemplo el papel del caballero Falletti en la solución definitiva de las deudas que la corona española mantenía con el ducado o la situación del Milanesado). Desde estas perspectivas, el componente emocional que respiran las cartas de la duquesa viuda a Operti, con sus continuas reminiscencias a la ternura que sentía hacia su nieta, que el diplomático debía expresar en cada uno de sus encuentros con la consorte, adquiere un sentido más profundo que trasciende la sinceridad o no de tales efusividades, imposible de juzgar en términos absolutos. En nuestra opinión semejantes expresiones deben ser analizadas tomando en consideración una doble finalidad: por una parte, el mantenimiento de los vínculos vertebrados entre abuela y nieta, duquesa viuda y soberana española, como un medio de soslayar los posibles efectos que el paso del tiempo y la separación definitiva podían tener sobre los mismos; por la otra, la voluntad por mantener la vigencia de los “afectos”, a despecho de la distancia, podría ser interpretada como una estrategia fundamentada en las eventualidades del futuro. En este sentido, los intereses saboyanos en la Monarquía Hispánica eran innegables y no se reducían únicamente al plano político-diplomático sino también al económico. Si bien es verdad que Versalles, en pleno proceso de adaptación de María Luisa de Saboya, aspiró a imponer un férreo control sobre la capacidad de la

soberana como intermediaria entre su patria nativa y las Dos Coronas, tal situación podía variar en función de la coyuntura y en un contexto, recuérdese, marcado por el conflicto sucesorio. María Luisa, ya lo vimos, mostraba una cierta predisposición a “favorecer” a sus hermanos y beneficiar a su dinastía de origen. A finales de 1701 la corte de Turín fue consciente de los riesgos que entrañaba la exteriorización por parte de la reina de semejante voluntad, que podía perjudicar sus perspectivas a largo plazo y, hasta 1703, optó por optimizar los réditos que podía obtener de la condición de la soberana como intermediaria ante las Dos Coronas. Este posicionamiento no implicaba una completa renuncia a los beneficios que dicha condición podía reportar a Saboya sino un ejercicio de paciencia en el que el paso del tiempo y la evolución de la guerra determinarían otras oportunidades de mayor importancia en las que María Luisa podría demostrar su parcialidad hacia los intereses de la Casa de Saboya. En consecuencia, dado que los propósitos de la diplomacia saboyana se basaban en perspectivas a medio plazo, cultivar los “afectos” de la reina de España y mantener vigentes sus lazos con la corte de Turín y la familia ducal, cobraba una especial importancia que sobrepasaba el ámbito familiar y doméstico y hacía de ellos un elemento capaz de reafirmar las ambiciones político-diplomáticas de la dinastía.

Otro de los tópicos presentes en esta correspondencia, relacionado también aunque de manera transversal con la afectividad que la caracteriza, es la tímida intervención de los duques de Saboya y Madame Royale en el proceso de adaptación de María Luisa a la corte española. Educadas desde la más tierna infancia para el correcto desempeño de las funciones como consortes reales que con probabilidad desempeñarían en un futuro, la inserción de las princesas casaderas en sus respectivas cortes de adopción no dejaba por ello de ser una etapa compleja y difícil, como hizo notar Isabel de Borbón-Parma a mediados del setecientos. El sentimiento de desarraigo, los problemas derivados de la asimilación de costumbres y la añoranza hacia la patria de origen eran habituales, al igual que la implicación de las mujeres de la familia real en un momento de tanta importancia en la vida de sus parientes. Como quiera que ellas habían vivido circunstancias similares a las que a la sazón se veían abocadas sus hijas (matrimonio e instalación en una corte extranjera) o a las que se enfrentarían más tarde (maternidad), madres, tías, abuelas e incluso hermanas mayores eran susceptibles de convertirse en las consejeras

idóneas y habituales para todas aquellas princesas que se encontraban en situaciones semejantes. La edición y análisis de correspondencias privadas, como las realizadas por Elisabeth Badinter, Regina Schulte o Torrione y Sancho para las cortes austriaca, inglesa, francesa y española, atestiguan esta realidad.<sup>1760</sup>

Por lo que concierne a María Luisa de Saboya, y al igual que sucede con otras cuestiones relativas a su relación con la dinastía saboyana, el control impuesto por Versalles durante los primeros meses de estancia de la soberana en España mediatizó el grado de implicación de los duques de Saboya en el proceso de adaptación de la consorte. Empero, la familia ducal no por ello dejó al azar esta cuestión, pues buscó los medios de franquear la fiscalización del gabinete galo. En esta circunstancia Operti jugó un papel destacado. Así, conocedora de la escasa privacidad del intercambio epistolar que mantenía con su hija, Ana María de Orléans delegó en el diplomático la responsabilidad de aconsejar a la nueva reina: «Mandez moy si vous la voyez librement et luy pouvez luy parler de même, en cas, luy avertires de ce que vous croires pour son bien.»<sup>1761</sup> Meses después, con motivo de la organización de la Casa de María Luisa, la duquesa se interesó por los rumores que aludían a la posibilidad de que una tal Mademoiselle de Millan, proveniente de Flandes, pasase a integrar la servidumbre de la reina. Un nombramiento que, de ser cierto, no contaba con la aprobación de Ana María de Orléans. Las referencias que había recibido de Mademoiselle de Millan, escribió a Operti, hacían de ella una dama «qui me paroist nestre pas convenable auprès une jeune reine.»<sup>1762</sup>

Madame Royale se mostró igual de activa a la hora de “guiar” los primeros pasos de María Luisa como reina de España. De entrada, procuró alentar la confianza de la soberana en el enviado saboyano antes incluso de que esta se personase en la Península Ibérica, maniobra fundamental que había de servir para apuntalar la posición del diplomático como intermediario de Turín ante la consorte

---

<sup>1760</sup> BADINTER, E. (ed.): *Isabel de Bourbon-Parme...*; SCHULTE, R.: “‘Madame Ma Chère Fille’-‘Dearest Child’: Letters from Imperial Mother to Royal Daughters”, en SCHULTE, R.: *The body of the Queen...*, pp. 157-195; TORRIONE, M. y SANCHO, J. L. (eds.): *1744-1746. De una corte a otra...*, 2 vols.

<sup>1761</sup> La duquesa de Saboya a Operti. [S. l.], 19 de enero de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49. Esta estrategia no era en modo alguno desconocida a la soberana saboyana. Consciente de que sus consejos a la duquesa de Borgoña podían concitar la desaprobación de Versalles («vous savez que en est délicat en ce pays-là et ie ne scay pas si on seroit aprouve», escribió a Vernon), procuró servirse del enviado saboyano en Francia toda vez que deseaba comunicar sus recomendaciones a su hija primogénita. La duquesa de Saboya al conde de Vernon. Turín, 4 de febrero de 1701. *Ibid.*, LMF, Mazzo 131.

<sup>1762</sup> La duquesa de Saboya a Operti. Turín, 23 de mayo de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49.

en el contexto de control que acabamos de describir.<sup>1763</sup> También, al igual que su nuera, se interesó por aconsejar a María Luisa en una etapa de tanta importancia como fueron los meses inmediatamente posteriores a su llegada a España y a su encuentro con Felipe V. Aunque estas cartas no se han conservado, las epístolas remitidas por la soberana a su abuela demuestran que la primera no desdeñaba los consejos de la duquesa viuda. Por el contrario, exigía de esta una absoluta sinceridad: «parlez-moi toujours naturellement et sincèrement», le escribió desde Barcelona en la primavera de 1702.<sup>1764</sup> El hecho de que carezcamos de las misivas que Madame Royale envió a María Luisa nos impide conocer a ciencia cierta las características y contenido de la comunicación privada entre abuela y nieta; pero contamos tanto con las respuestas de la soberana como con las epístolas remitidas por la duquesa viuda a Operti. La principal materia de discusión en estas últimas corresponde a los vínculos entre la pareja real y al comportamiento público de la reina, que Madame Royale ponderaba con orgullo: «des détails dont vous luy faites part [a la duquesa Ana] touchant la Reyne nous ont donné un sensible plaisir. Son attention à gagner l'affection du Roy et à s'attirer la vénération des Peuples est charmante et une personne de 25 ans ne sçauroit se conduire avec plus de prudence et de raison.»<sup>1765</sup> La devoción exclusiva hacia el soberano, junto a la prudencia en el trato con los cortesanos españoles y franceses constituían los factores principales que habían de vertebrar la conducta de la reina en opinión de Madame Royale: «rien ne peut tant flatter nôtre tendresse que d'apprendre que le Roy est satisfait et qu'elle s'attire l'estime et la affection de tout la cour par ses manières pleines de douceur, d'honnêteté et de prudence (...). Elle [María Luisa] ne sçauroit avoir trop d'égards, de complaisance et de soumission pour un Roy si aimable.»<sup>1766</sup> Las recomendaciones de la duquesa viuda, que incluían también “notitie [de Turín] che giudica poterle esser [a la reina] di soddisfazione”<sup>1767</sup>, resultaban coherentes con la situación de María Luisa en tanto que princesa recién establecida en la corte de

---

<sup>1763</sup> Madame Royale informaba de ello a Operti: «nous luy inspirerons les sentimens d'estime et de confiance qu'elle [la reina] doit avoir pour vous; elles très prevenüe en vostre faveur et même persuadée que vous avez beaucoup contribué à son bonheur (...).» Madame Royale a Operti. Turín, 7 de agosto de 1702. *Ibidem*.

<sup>1764</sup> La reina a Madame Royale. Barcelona, 9 de abril de 1702. DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance inédite...*, p. 127.

<sup>1765</sup> Madame Royale a Operti. Turín, 21 de diciembre de 1701. A.S.T., LMS., Mazzo 49.

<sup>1766</sup> La misma al mismo. Turín, 23 de noviembre de 1701. *Ibidem*.

<sup>1767</sup> Operti a Madame Royale. Madrid, 4 de enero de 1701. *Ibidem*.

adopción. Y otro tanto observamos con sus exhortaciones en relación a los vínculos que había de mantener con Felipe V, que no solo recogían los criterios consustanciales al ideal de matrimonio característico del Antiguo Régimen, sino que también podemos interpretar como una lección destinada a apuntalar la posición de María Luisa de Saboya como Reina Católica. En esta cuestión Madame Royale no era ninguna pionera. La reciente biografía de Sylvène Édouard sobre Isabel de Valois, por ejemplo, revela que la armonía en las relaciones entre la pareja reinante, que la soberana debía propiciar a través de una actitud destinada a ganar el favor del rey, era entendida como una condición susceptible de reforzar el crédito de la consorte sobre el ámbito político-cortesano.<sup>1768</sup>

Valorar la evolución de la pertenencia dinástica de María Luisa de Saboya resulta, sin embargo, más difícil que analizar la naturaleza y afectividad de sus lazos con la familia ducal saboyana. En el capítulo de este trabajo dedicado a la figura de la reina en la institución monárquica ya vimos cómo, si bien se esperaba de la consorte prácticamente una completa identificación con los valores, intereses y costumbres propios de la dinastía a la que pasaba a formar parte por matrimonio, tal proceso no se desarrollaba de forma instantánea. El estudio de la correspondencia de María Luisa con la corte de Turín en los meses que sucedieron a sus nupcias con Felipe V parece constatar que, pese a su integración en la Casa de Borbón, aún primaba en la soberana su consideración como princesa saboyana más que como Reina Católica. Tal percepción, unida a su inexperiencia, había generado las efusividades hacia la dinastía de origen que Víctor Amadeo II procuró calmar a través de Operti. Empero, según señalamos, esta situación no debe ser interpretada como una incipiente deslealtad hacia el linaje en el que entroncó por matrimonio, uno de los tópicos que aparecen con más frecuencia en la correspondencia de Louville. A nuestro modo de ver debe ser entendida como fruto de la combinación de dos realidades que caracterizaron el devenir de las princesas europeas del Antiguo Régimen. De un lado, tal y como puede colegirse del estudio de Magdalena Sánchez sobre las mujeres Habsburgo de comienzos del siglo XVII, podríamos considerar casi como un deber el que las soberanas procurasen beneficiar los intereses de sus dinastías de procedencia merced a sus ventajosos matrimonios,

---

<sup>1768</sup> ÉDOUARD, S.: *Les deux corps de la reine...*, en concreto los capítulos 5 y 6.

tanto más si estos se caracterizaban por la asimetría en términos políticos.<sup>1769</sup> En efecto, actitudes semejantes podían concitar la censura de la corte de adopción, como también estrategias destinadas a anular la capacidad de intercesión de la consorte; pero, no obstante, el hecho de que muchas de estas mujeres lograsen soslayar las críticas y favorecer a sus linajes de origen en la medida de sus posibilidades, induce a pensar que semejantes prácticas llegaban a ser asumidas en buena parte de los casos. Cabría pensar que el límite entre la aceptación y el rechazo de este tipo de conductas estribaría, en primer lugar, en la discreción con la que la soberana hacía uso de su capacidad de mediación en favor de su dinastía de origen. En segundo lugar, en la coyuntura política en la que tenía lugar dicha mediación (factores ambos que no pasaron inadvertidos al duque de Saboya). En tercer lugar, en el crédito y prestigio de la reina que la llevaba a cabo y, por último, en el objeto y producto de la intercesión en el contexto más amplio del panorama político, cortesano y diplomático.

Por otro lado, la pervivencia de una cierta noción de pertenencia dinástica entre las soberanas estaría relacionada también con la educación que recibían. Trabajos como los de García Prieto sobre la etapa madrileña de Isabel Clara Eugenia de Austria, demuestran que el concepto de dinastía estaba muy presente en la instrucción que las princesas recibían en su patria nativa. En ocasiones, la formación intelectual de estas muchachas incluía asimismo el estudio de los hechos, glorias y gestas de las Casas soberanas a las que pertenecían, como fue el caso de María Luisa de Saboya. Ello favorecía, en último término, la asunción por estas princesas desde la más tierna infancia de una suerte de acervo dinástico, sustentado en la excelencia del linaje de origen, que no tenía por qué ser incompatible con el orgullo de pasar a formar parte de una dinastía igualmente eminente en virtud del matrimonio. Consideración, por otra parte, en la que se basaba la importancia del capital dinástico de los monarcas europeos, conformado en virtud de los ensalzados parentescos establecidos por vía paterna y materna.

Retomando la figura de la consorte de Felipe V, la importancia que esta otorgaba a su pertenencia a la Casa de Saboya quedó patente en algunos gestos que, aunque tímidos y *a priori* inocentes, no por ello fueron menos significativos. Por ejemplo, sabemos que la soberana poseía una copia de la obra de François de

---

<sup>1769</sup> SANCHEZ, M. S.: *The Empress, the Queen and the Nun...*; GARCÍA PRIETO, E.: *La infanta Isabel Clara Eugenia de Austria...*

Lescheraine, presidente de la Cámara de Cuentas de Turín y uno de los consejeros y confidentes más cercanos de Madame Royale<sup>1770</sup>, titulada *Lettre de M\*\*\* à un de ses amis touchant le titre d'Altesse Royale du duc de Savoye et les traitemens royaux que ses ambassadeurs reçoivent de l'Empereur et de tous les rois...* En la línea de *laudatio* a la “Reale Casa” que los sucesivos soberanos saboyanos habían patrocinado desde comienzos del siglo XVII, el tratado de De Lescheraine, cuyas páginas oscilan entre las 120 y las 181 según las ediciones, defendía la concesión del *trattamento reale* a los duques de Saboya por parte de las diferentes cortes europeas<sup>1771</sup>; exteriorizaba los parentescos de la dinastía con otros linajes soberanos, de los que derivaban sus pretensiones a la sucesión sobre ciertos territorios y estados; y remarcaba la primacía de la Real Casa sobre el resto de las familias principescas italianas. María Luisa no solo leyó el tratado de De Lescheraine sino que también, lo que es más importante si cabe, se lo dio a leer a Felipe V poco antes de que este partiese a Italia: «Le roi a trouvé ce livre très-bien écrit, et je crois que cela fera un sensible plaisir à Lescheraine si vous lui dites (...)», escribió a Madame Royale.<sup>1772</sup> Resulta imposible esclarecer las intenciones de la soberana al presentar tal obra a su esposo. ¿Lo hizo con vistas a apoyar las pretensiones de Víctor Amadeo II sobre el Milanesado? Podríamos afirmar casi con seguridad que no fue esta la motivación. Recién llegada a la Península Ibérica y habida cuenta del interés de María Luisa, señalado en otras partes de este trabajo, por exteriorizar su “desapego” a los negocios de Estado y su voluntad por quedar al margen del reparto de mercedes, parece poco plausible que la reina incurriese en una intercesión tan evidente en favor de los intereses familiares. Más probable resulta el que, al entregar dicho tratado a Felipe V, la soberana buscase hacer consciente al rey de las “glorias” de su linaje y de los privilegios a los que la Casa de Saboya tenía derecho, en un contexto marcado por el encuentro que tendría lugar en un futuro próximo entre el monarca y la familia ducal. Poco después, con objeto de honrar a la reina, se proyectó llevar a cabo una traducción al castellano de la obra de De Lescheraine. El encargado de su ejecución había de ser el caballero de Chopard, piemontés de origen vinculado

---

<sup>1770</sup> Para una breve biografía de De Lescheraine, véase NALDI, C. (dir.): *Maria Giovanna Battista...*, pp. 362-363.

<sup>1771</sup> En un momento clave habida cuenta que la corte pontificia negaba a los embajadores saboyanos las prerrogativas derivadas de dicho *trattamento*.

<sup>1772</sup> La reina a Madame Royale. Barcelona, 9 de abril de 1702. DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance inédite...*, p. 127.

también a Madame Royale a través de su secretario particular, el abate Spinelli, quien viajó a Madrid en el séquito del cardenal d'Estrées.<sup>1773</sup> Chapard, que pretendía medrar en la corte española, pensó en un primer momento en dedicar su traducción a la consorte. Con todo, semejante muestra de la parcialidad de María Luisa hacia la Casa de Saboya fue estimada inoportuna por parte del círculo de los reyes. Conocedor de los recelos de Versalles hacia los vínculos dinásticos de la reina, Operti justificó en los siguientes términos la frustración del proyecto<sup>1774</sup>, así como la elusión de todo indicio del patrocinio de la consorte al mismo “per non defraudare la sua natione di quanto resta notto a tutte le altre della grandezza di detta Real Casa, massime essendovi tanto maggiormente interesata col nuovo e tanto aplaudito matrimonio di questo monarca con una così gran Regina di detta sangue”.<sup>1775</sup>

Así pues, observamos una evolución en la exteriorización de los vínculos de la reina con su dinastía de origen entre 1701 y 1703. Los sentimientos de parcialidad hacia la Casa de Saboya seguían presentes en la consorte. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido con anterioridad, estos fueron diestramente disimulados frente a las cortes de Madrid y Versalles. María Luisa había nacido princesa de Saboya pero tras su matrimonio con Felipe V su nombre solo podía asociarse públicamente con la dinastía borbónica. La excelencia de la sangre, tal y como advertía Operti, formaba parte del capital dinástico de la soberana, de su grandezza, que no derivaba únicamente de su unión con un Nieto de Francia. No obstante, la prudencia exigía desligar a la reina de iniciativas que contribuyesen a glorificar y exaltar su linaje de origen. Un aspecto que, visto retrospectivamente, parece revelador de la debilidad que revistió en todo momento la alianza borbónico-saboyana establecida en 1701.

---

<sup>1773</sup> Operti a Madame Royale. Madrid, 23 de noviembre de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 49. Para una breve semblanza biográfica de Spinelli, secretario de Madame Royale hasta su muerte en 1710, véase NALDI, C. (dir.): *Maria Giovanna Battista...*, pp. 391-392.

<sup>1774</sup> El CCPB sólo recoge la existencia de copias en francés de la obra de Lescheraine por lo que cabe pensar que el proyecto de traducción al castellano se vio frustrado por la ruptura de la alianza entre Saboya y las Dos Coronas en 1703.

<sup>1775</sup> Operti al marqués de Saint-Thomas. Madrid, 11 de junio de 1703. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48; Madame Royale a Operti. Turín, 15 de julio de 1703. *Ibid.*, LMS., Mazzo 50.



### **Corte y diplomacia: ámbitos, límites y estrategias de mediación y patronazgo**

La prudencia evidenciada, y asumida, por la corte de Turín en la coyuntura que acabamos de referir se hizo extensible a la condición de María Luisa como intermediaria entre Saboya y las Dos Coronas. Ciertamente, no pretendemos negar aquí que la reina fuera vista por el gobierno saboyano como un instrumento privilegiado para la materialización de sus aspiraciones en el plano político-diplomático. Pero, a decir verdad, la corte turinesa se mostró mucho más cauta en este punto de lo que Versalles y el *entourage* francés de Felipe V temieron en un primer momento. A la hora de analizar la capacidad de intercesión de María Luisa de Saboya creemos importante diferenciar entre la intervención de la reina en la distribución de mercedes a súbditos relacionados con Saboya (por nacimiento y/o intereses) y su participación en las relaciones diplomáticas entre el ducado y las Dos Coronas. Ambas esferas eran diferentes tanto en la práctica como en la consideración que se les otorgaba en el siglo XVIII. Así, la imagen de la soberana como mediadora privilegiada entre el rey, fuente de gracia y poder durante el Antiguo Régimen, y sus súbditos estaba suficientemente extendida a comienzos de 1700 como para que la injerencia de la reina en este espacio no concitara de entrada una abierta oposición. De la misma manera, en el ámbito de la Casa real la consorte, no solo en la Monarquía Hispánica, desempeñaba una importante labor en la distribución de mercedes entre sus damas y servidores. El servicio a la reina no solo entrañaba salarios fijos para el conjunto de sus criados palatinos, sino también toda una serie de “asistencias” y gracias, otorgadas en diferentes coyunturas, que se asentaban en una noción *oeconómica* de la Casa que establecía que la soberana debía velar por el bienestar de sus criados. El montante y las circunstancias de la concesión de este tipo de mercedes (ayudas de costa por viajes, viudedad, mercedes dotales, etc.), que proliferaron a partir de la segunda mitad del XVII, fue regulándose con el paso del tiempo (paradigmáticos son, por ejemplo, el “quento de maravedíes” concedido a las damas al “tomar estado” o los 5 y 3 reales diarios de ayuda de costa). Sin embargo, la soberana podía “mejorar” llegado el caso tales mercedes con concesiones de otro tipo (*verbigracia* los hábitos de las órdenes

militares, plazas en la servidumbre de palacio, etc.), lo que constituía un síntoma elocuente del favor de que disfrutaba el destinatario y sus familiares.<sup>1776</sup>

El límite entre la permisividad y la censura en este tipo de prácticas habría de buscarse, según se ha dicho, tanto en la discreción con la que la soberana las acometía (recuérdense las recomendaciones elevadas al respecto en las instrucciones de Louville o en la correspondencia de Harcourt), como en la naturaleza de las gracias otorgadas y en el modo de concederlas y obtenerlas. En este sentido, además de los condicionantes impuestos por el conflicto sucesorio sobre las finanzas de la Casa de la reina, la intervención arbitraria de Mariana de Neoburgo en el reparto de cargos en las Casas reales y el gobierno, que excedía la concepción *oikoeconómica* que indicamos, ayudaría también a comprender la moderación que se exigía a la consorte de Felipe V en el ejercicio de su capacidad de intercesión de. Asimismo, la participación de la segunda esposa de Carlos II en la concesión de “gracias” a súbditos extranjeros, no ya procedentes de otras partes de la Monarquía Hispánica sino pertenecientes a la familia palatina o al séquito que la había acompañado desde Alemania (Berlips, Wiser, Gabriel de Chiusa y sus familiares), suscitó también una marcada resistencia en la corte española que se hizo palpable incluso en algunos romances populares redactados con ocasión del matrimonio de Felipe V.<sup>1777</sup> Desde estas perspectivas los precedentes anteriores, sumados al control impuesto por Versalles sobre la conducta de la reina en los meses inmediatamente posteriores a su instalación en España, nos permiten comprender la cautela con la que la corte de Turín abordó la condición de María Luisa de Saboya como intermediaria. Esta prudencia no significó ni que la reina

---

<sup>1776</sup> Véanse al respecto: ANDÚJAR CASTILLO, F.: “Mercedes dotales para mujeres, o los privilegios de servir en palacio (siglos XVII-XVIII)”, en *Obradoiro de Historia Moderna*, 19 (2010), pp. 215-247 y, sobre el concepto de la *oeconómica* en las Casas reales, el trabajo de SÉIZ RODRIGO, D.: “El Bolsillo privado de Su Majestad. La *oeconómica* en la Casa del Rey en los siglos XVII y XVIII”, en CASEY, J. y HERNÁNDEZ IZQUIERDO, F. (dirs.): *Familia, parentesco y linaje. Historia de la familia. Una perspectiva sobre la sociedad europea*. Murcia, 1997, pp. 259-267. Aunque el texto se centra, como indica su título, en la figura del monarca algunas de las consideraciones y conclusiones de Séiz Rodrigo pueden extrapolarse a la relación entre la reina y su servidumbre. Por último véanse también, para el caso francés, KLEINMAN, R.: “Social Dynamics at the French Court: the Household of Anne of Austria”, en *French Historical Studies*, 16-3 (1990), pp. 517-535 y MALLIK, O.: “Clients and Friends: The Ladies-in-Waiting at the Court of Anne of Austria (1615-1666)”, en AKKEMAN, N. y HOUBEN, B. (eds.): *The politics of Female Households. Ladies-in-Waiting across Early Modern Europe*. Boston-Leiden, 2014, pp. 231-262.

<sup>1777</sup> “(...) Estima a tus españoles,/Aún más que a los Estrangeros,/Pues estos tus Reynos sangran,/Y ellos mantienen tus Reynos (...)” *Despedimento que hizo el Serenísimo Señor Víctor Amadeo, Duque de Saboya, Rey de Chipre, y Príncipe del Piamonte, de la Serenísima Señora Doña María Luisa Gabriela Emmanuel Paleólogo, Reyna nuestra, y de España, escuchado con los oídos del discurso, y recopilado con las voces del afecto del Marqués de Salmerón y Sanfelizes, Señor de Saldañuela, y Sandias*. S.l., n.i., n.a. [ca. 1701]. B.N.M., R/39629(33).

rehusase a favorecer los intereses de terceros ante el Rey Católico, ni que el gobierno saboyano renunciase, por su parte, a los beneficios que podía reportarle el matrimonio de una princesa de la Casa de Saboya con Felipe V. Sí que existió, por el contrario, una profunda discreción en la actuación de la soberana en este punto; *modus operandi* que estuvo caracterizado por dos prácticas simultáneas: en primer lugar, la optimización del rol de María Luisa como intercesora ante el rey. En lo concerniente a esta cuestión, a mediados de octubre de 1702 Operti informó al duque de Saboya que había desestimado la petición hecha a la reina, por mediación suya, del conde Landriani en relación al sueldo de los ministros reformados de algunas instituciones milanesas. En opinión del diplomático no convenía “interporri li favor della Regina per consimili bagatelle”; tanto más cuando existían otros asuntos, relativos a los intereses económicos del ducado, “nelle quali importa applicare tutti li sforzi immaginabili.”<sup>1778</sup>

Desde estas perspectivas podríamos colegir que las intervenciones de la reina nunca fueron indiscriminadas, sino que da la impresión de que tuvo lugar una cuidada selección, en muchos casos alentada por personajes cercanos a la corte turinesa, de los individuos cuyos intereses debía favorecer la consorte. No es extraño, por tanto, que entre el número de estos se contaran algunos miembros o personajes cercanos al *entourage* de Madame Royale o de la duquesa Ana. Por ejemplo, sabemos que la reina medió para la rehabilitación en favor de uno de los hijos del marqués de Pallavicino, gran Escudero de Saboya, de una pensión de 500 escudos al año que Felipe II concedió a uno de los antepasados del aristócrata en 1586, con motivo de las nupcias de Carlos Manuel I con la infanta Catalina Micaela.<sup>1779</sup> Otro de los miembros de la corte de Turín hacia cuyos intereses demostró María Luisa una abierta parcialidad fue la marquesa del Maro, una de las damas más antiguas de la Casa de la duquesa Ana y a la sazón gobernante del príncipe de Piamonte: «Je voudrais bien que la Marquise del Mare -escribió-

<sup>1778</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 12 de octubre de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48.

<sup>1779</sup> Junto a la concesión de tal pensión por Felipe II, Pallavicino argüía que tanto él como sus hijos servían en el ejército saboyano que luchaba por la causa borbónica en Italia “per sostenergli la corona in capo [a Felipe V]”. Marqués de Pallavicino a Operti. Turín, 24 de marzo de 1702 (misiva donde se confirma que el marqués ha escrito a la reina solicitando la “protezzione” del monarca para la consecución de la gracia solicitada). El mismo al mismo. Turín, 12 de junio de 1702 (reitera la “dispositione cortese della medema [reina] in farmi sperimentare gli effetti delle sue grazie”) y 12 de octubre de 1702 (donde confirma la obtención de dicha gracia y su asentamiento sobre la tesorería del reino de Nápoles). *Ibid.*, LMS., Mazzo 47.

<sup>1780</sup> La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 19 de marzo de 1702. *Ibid.*, LPD., Mazzo 26.

m'envoya un placets [sic] touchant ce qu'elle souhaite que ie fasse pour son fils.»<sup>1780</sup> La pretensión de la marquesa estribaba en recabar la mediación de la soberana para la concesión de un hábito de la orden de Malta para uno de sus hijos; aspiración que la duquesa Ana apoyaba y que no parece que finalmente tuviera éxito debido a la posterior ruptura de la alianza.<sup>1781</sup> Los últimos ejemplos de la intercesión directa de María Luisa en favor los intereses de determinados sujetos son los de un “tal”, expresión que Operti utiliza en su correspondencia, Monsieur de Angaun ante el secretario de Estado saboyano marqués de Saint-Thomas, cuya causa, sobre la que no contamos con apenas datos, debió ser lo suficientemente importante como para que la soberana enviase una nota de su puño y letra al citado ministro.<sup>1782</sup> Y el de don Juan Antonio Albizu quien, si bien no pertenecía *sensu stricto* a la corte turinesa estaba lo suficientemente relacionado con ella merced a su cargo como enviado español ante el ducado. Desconocemos cuál fue la gracia solicitada a la reina por el diplomático -¿podría tratarse quizás de la retribución de la “ayuda de costa” que el gobierno de Madrid le adeudaba y que solicitó reiteradas veces en su correspondencia?<sup>1783</sup>; pero lo que sí sabemos es que María Luisa admitió en una de sus misivas a la duquesa Ana haber obtenido para Albizu su elevación al cargo de embajador ante la corte de Turín: «Comme ie crois que l'envoyé [Albizu] est à Turín ie vous prie ma très chère maman de vouloir bien lui dire que l'ay donnée son papier au roy, qui n'a pas pu lui faire cette grace, mais ce que ie lui ai obtenu c'est le titre d'ambassadeur, peut-être il le saura déjà.»<sup>1784</sup>

<sup>1780</sup> La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 19 de marzo de 1702. *Ibid.*, LPD., Mazzo 26.

<sup>1781</sup> Phélypeaux a Luis XIV. Turín, 3 de diciembre de 1701. AA. EE., CPS., t. 108, fol. 286r.-v.

<sup>1782</sup> “La Maestà della Regine tempo fà mi commandò di supplicare S. A. R. in di lei nome per la gratia d'un tal Angaun, come io fecci et in questo punto la M. S. me ne fa l'ingionto ricordo per V. E., qual si compiacerà d'esprimere la passione conche la M. S. desidera detta gratia in ord[in]e à che supp[li]co humil[e]m[en]te. V. E. a dirmi et informarmi di quelle che passa in quest'affare per saper quel che io da rispondere.” Incluye un billete de mano de la soberana: «Faites resouvenir le M[arquis] de St. Thomas de cette homme apellé Angaun pour qui ie vous ai déjà parlé une foi.» Operti a Saint-Thomas. Madrid, 7 de julio de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1783</sup> Desde el invierno de 1701 Albizu había venido reclamando al gobernador del Consejo de Hacienda el pago de la ayuda de costa de mil doblones que se le concedió con vistas a sufragar los gastos de su viaje desde Génova a Turín. Reclamaciones que éste se había negado a atender en tres ocasiones y que habían llevado al diplomático a empeñar “mi plata y alajas” y que este continuaría efectuando a lo largo de 1702. Albizu a Felipe V. Turín, 2 de agosto y 20 de diciembre de 1701 y 1 de febrero de 1702 (misiva en la que el enviado reconoce no tener ya nada que “enagenar y siendo muchas mis deudas”. B.N.M., Mss. 10680, fols. 99v.-100v.; 119r.-120r. y 175r.

<sup>1784</sup> La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 14 de noviembre de 1701. A.S.T., LPD., Mazzo 26. La relación entre el enviado español y la familia ducal era bastante fluida. Así por ejemplo, otra de las cartas de la reina a su madre se hace eco de los sentimientos de Albizu hacia una de las hijas del conde de Fuensalida, dama de la soberana y a la que ésta describía en términos francamente negativos al aludir a

En conformidad con el modelo de conducta preconizado desde Versalles, el ejercicio de patronazgo desarrollado por María Luisa se veía acompañado, en ocasiones, por manifestaciones explícitas de sumisión al rey, artífice último de la concesión o rechazo de la gracia solicitada. Una exteriorización similar, recuérdese, a la que la consorte efectuaba ante las peticiones de algunos súbditos procedentes de la Monarquía Hispánica y que subrayaba, teóricamente, que la reina no anteponía los intereses de los naturales de su corte de procedencia a los de sus nuevos vasallos. Semejantes expresiones no excluían siquiera a Víctor Amadeo II, a quien Ursinos informó en octubre de 1702 que había leído a la soberana un Memorial destinado por el duque al gobernador de Málaga, que la reina remitiría a Felipe V «si cest une chose qui ne soit point contre le service du Roi.»<sup>1785</sup>

En segundo lugar, con objeto de salvaguardar el crédito y prestigio de la reina, el gobierno saboyano pretendió vincular a otros ministros y cortesanos establecidos en Madrid con la defensa de sus intereses y de los de sus súbditos. Ello no significa que María Luisa fuera mantenida al margen de las peticiones y asuntos que se gestionaban a través de estos, pero al recurrir a terceros Turín no solo aspiraba a mantener a la soberana a salvo de las críticas recibidas por su antecesora; también buscaba garantizar la consecución de sus objetivos o acelerar el trámite de sus peticiones. Operti jugó un papel destacado en este proceso, al actuar a modo de nexo entre la corte saboyana, la reina y los ministros españoles. Pero también fueron importantes otras figuras como la princesa de los Ursinos o Portocarrero, cuya parcialidad hacia la Casa de Saboya Turín procuró cultivar: «Madame des Ursins vous sera utile et nécessaire», escribió Madame Royale al enviado.<sup>1786</sup> Gracias al epistolario de Operti podemos hacernos una idea del tipo de solicitudes que se tramitaban a través del diplomático. Dentro del número de estas destacan,

---

su suciedad y fealdad: «elle est fort laide et a fort mauvaise grace, ie ne vous en fais pas ma très chère maman un portrait fort agréable mais elle est tout comme cela.» La misma a la misma. Barcelona, 26 de marzo de 1702. *Ibidem*.

<sup>1785</sup> El duque de Saboya a Operti. Venaria, 18 de octubre de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 50 (contiene billete de la princesa de los Ursinos a Operti, sin fechar).

<sup>1786</sup> La correspondencia de Madame Royale pone de relieve cómo la duquesa viuda hizo uso de sus antiguos contactos con la princesa de los Ursinos y Portocarrero con objeto de favorecer la buena relación de ambos con Operti. Madame Royale a Operti. Turín, 15 de febrero de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49, donde solicita al diplomático que exprese al cardenal y al marqués de Leganés «les sentimens d'estime et de reconnoissance que nous conservons pour luy et ne manquez pas aussy de témoigner à Monsieur le Marquis de Leganez combien nous desirerons de le voir en Italie, enfin dites luy tout ce que nous luy dirions-nous même sur les services qu'il pourroit rendre si utilement au Roy, son cœur, sa valeur et son zèle étant si connus [sic].»

como en el caso anterior, las peticiones de ciertas mercedes en la Italia española por parte de súbditos saboyanos. Entre aquellos que solicitaron la intercesión de la reina por mediación de Operti encontramos al arzobispo de Mondovi y al conde de Piosasco, ambos vinculados a Madame Royale merced a sus parentescos. El primero, pariente del marqués de Caraglio, uno de los militares más destacados del reinado de Carlos Manuel II y de la regencia de su viuda, solicitó para el abate Don Francisco Ferrero un canonicato o el primer beneficio eclesiástico vacante en Milán.<sup>1787</sup> En cuanto al segundo, se trataba del hijo del antiguo gobernante de Víctor Amadeo II y uno de los más hábiles militares del ducado, que estuvo preso de las fuerzas borbónicas desde 1703 a 1706.<sup>1788</sup> A comienzos de 1702 el marqués de Saint-Thomas, cuñado de Piosasco, solicitó los buenos oficios de Operti ante las autoridades españolas, principalmente Portocarrero, para obtener la devolución al conde de unos feudos de los que había sido desposeído en Nápoles. Aunque no parece que el cardenal mostrase una marcada predisposición hacia los intereses de Piosasco, el enviado saboyano consiguió que los presidentes de los Consejos de Castilla e Italia, Arias y Mancera, se mostrasen dispuestos a favorecer su causa.<sup>1789</sup>

Al margen de los ejemplos que acabamos de citar la principal preocupación de la corte de Turín en sus relaciones con la Monarquía Hispánica entre 1701 y 1703 fue la liquidación de las deudas que la corona española había contraído con la Casa de Saboya desde finales del siglo XVI (dote de la infanta Catalina). Dicha suma, consignada principalmente en rentas de Nápoles y Sicilia, había sido reclamada por el gobierno saboyano a lo largo de toda la centuria anterior, especialmente durante la regencia de Madame Royale y los primeros años del reinado de Víctor Amadeo II. En esas fechas, la diplomacia ducal propuso el canje de lo adeudado por distintos feudos ubicados en las Langas y en la frontera entre Saboya y el Milanesado, sin que Madrid otorgara una respuesta concluyente al

---

<sup>1787</sup> Arzobispo de Mondovi a Operti. S. f. *Ibid.*, LMS., Mazzo 47.

<sup>1788</sup> STORRS, C.: *War, diplomacy...*, p. 245.

<sup>1789</sup> Marqués de Saint-Thomas a Operti. Campo d'Urago, 16 de octubre de 1701; Operti a Saint-Thomas. Barcelona, 8 de enero de 1702; el mismo al mismo. Madrid, 15 de marzo de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48. En último término cabría destacar el interés de algunos de los súbditos italianos de la Monarquía Hispánica por medrar al servicio del rey gracias a la protección de la reina por medio de Operti. Así, junto al caso del conde Landriani ya citado, podemos señalar los del príncipe de Belvedere (de la familia Caraffa) o Don Luis Gaetano, consejero napolitano y capitán de Caballos del ejército español, que solicitó a la soberana sendas cartas de recomendación en su favor ante Felipe V y la corte de Turín. Operti al duque de Saboya. Montserrat, 13 de abril de 1702. *Ibidem*, para Belvedere, véase la duquesa Ana a Operti. Turín, 23 de septiembre de 1701. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49.

respecto.<sup>1790</sup> La situación se mantuvo en suspenso hasta 1701 cuando, según vimos en otra parte de este trabajo, la dote de María Luisa se descontó de lo adeudado por Madrid a Turín mientras que se dispuso que el resto del montante había de ser revisado y liquidado en el plazo de un año a contar desde la fecha del matrimonio. Consciente por experiencias pasadas de la lentitud que podía caracterizar al proceso en el entramado de la administración española, el duque de Saboya buscó, apenas dos meses después de la firma de las capitulaciones matrimoniales, agilizar la liquidación de los créditos. Con anterioridad, el gobierno ducal había delegado el tratamiento de la cuestión en los representantes diplomáticos saboyano y español en Madrid y Turín. Como quiera que la estrategia de la corte española había consistido en derivar las reclamaciones de Saboya desde el Consejo de Estado al de Italia y de este a los tribunales e instancias de gobierno de los territorios italianos en cuyas rentas estaba consignado lo adeudado, o radicaba la pretensión territorial planteada en contrapartida (Milán), Víctor Amadeo II aspiró desde finales de 1701 a introducir a elementos parciales a sus intereses en el seno de las instituciones locales, concretamente en Nápoles.<sup>1791</sup> Para ello el duque se valió del caballero Faletti, napolitano emparentado con la aristocracia del ducado, quien había de actuar en calidad de agente oficioso de Víctor Amadeo II ante el gobierno español. En el otoño de 1701 Faletti viajó hasta la Península Ibérica. Según informó el duque a Operti, el diplomático había de favorecer las pretensiones del aristócrata a un puesto en la administración hispana (el soberano explicitaba tres posibilidades: una plaza en el Consejo colateral napolitano, la de abogado fiscal de dicho Consejo o una vacante como presidente en la Cámara de la Sumaria napolitana, que gestionaba la Hacienda). Como podrá imaginarse, tal ejercicio de patronazgo por parte de Víctor Amadeo II no era gratuito: la obtención de cualquiera de los cargos propuestos había de redundar en la liquidación de las deudas de la Monarquía Hispánica con la Casa de Saboya. Según se admitía, Faletti no solo había de velar

---

<sup>1790</sup> Para el posicionamiento del gobierno español ante las reclamaciones de la corte de Turín, véanse las Consultas del Consejo de Estado referentes a las mismas fechadas en Madrid, el 22 de julio de 1676 y el 1 de enero de 1678. AGS, E., legs. 3668 y 3669 respectivamente. Para la evolución de las reclamaciones en tiempos de Víctor Amadeo II, son interesantes las consultas del Consejo de Estado al marqués de Mancera, Madrid 24 de marzo de 1695 y al rey. Madrid, 30 de diciembre de 1695. *Ibíd.*, E., leg. 3671 y 3657 respectivamente.

<sup>1791</sup> Un buen ejemplo de dicha estrategia queda de manifiesto en las Consultas del Consejo de estado al rey fechadas en Madrid, 30 de diciembre de 1695 y Madrid, 25 de enero de 1696. *Ibíd.*, E., legs. 3657 y 3658 respectivamente.

por sus intereses particulares sino también por los de la corte de Turín, ambos estrechamente vinculados.<sup>1792</sup>

En conformidad con las órdenes recibidas Operti otorgó su protección al caballero Faletti. Así, una vez llegó a Barcelona este se alojó en su casa y, gracias a la mediación del enviado saboyano, fue recibido en audiencia por la reina y presentado al conde de Santisteban, antiguo virrey partenopeo, al conde de Marcin, embajador francés, y, tras la completa recuperación del monarca, al propio Felipe V. Con Marcin, Faletti mantuvo una larga audiencia en la que expuso al diplomático la situación de Nápoles ante el próximo viaje del soberano a tierras italianas.<sup>1793</sup> De la misma manera, toda vez que el caballero llegó a la capital catalana Operti procuró facilitar la doble vertiente de su misión. Por una parte, apoyó en el círculo regio (sobre todo ante Santisteban y el nuevo virrey Villena) las aspiraciones de Faletti a un puesto en la judicatura napolitana, eventualidad que como el duque entendía podría resultar beneficiosa para la rápida resolución de los intereses económicos saboyanos en Nápoles. Por la otra, con el fin de agilizar esta cuestión y en vista del traslado de Felipe V a Italia, el enviado elaboró una extensa memoria, relativa a las deudas de la corona española con el ducado, que recogía la fecha, el concepto y la consignación de las mismas en las diversas rentas napolitanas, que fue entregada a Ubilla.<sup>1794</sup> Como vemos, la principal preocupación del gobierno y la diplomacia saboyanas era saldar con la mayor premura las sumas que se le debían. Ahora bien tampoco debemos descartar el que, conocedora de las dificultades de Madrid para satisfacer el pago, la corte de Turín pretendiese abordar cuanto antes dicha cuestión con el objetivo final de llegar a una solución pactada. Un compromiso en el que, como se había propuesto con anterioridad, el montante de lo adeudado pudiera ser permutado por algún tipo de adquisición territorial en tierras italianas.<sup>1795</sup>

---

<sup>1792</sup> El duque de Saboya a Operti. Campo de Urago, 16 de octubre de 1701; Operti al marqués de Saint-Thomas. Barcelona, 10 de enero de 1702; el mismo al mismo. Zaragoza, 30 de abril de 1702, donde se reconoce el papel oficioso de Faletti en el tratamiento de las deudas de la Monarquía Hispánica con Saboya. A.S.T., LMS., Mazzo 48. Una síntesis en castellano del panorama institucional napolitano puede encontrarse en ÁLVAREZ OSSORIO, A.: ‘La venta de magistraturas en el reino de Nápoles durante los reinados de Carlos II y Felipe V’, en *Chronica Nova*, 33 (2007), pp. 57-94, en concreto, pp. 60-62 y 81-82.

<sup>1793</sup> Operti al marqués de Saint-Thomas. Barcelona, 10 de enero de 1702; el mismo al duque de Saboya. Barcelona, 24 de enero de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1794</sup> El mismo al duque de Saboya. Barcelona, 5 de febrero de 1702; el mismo a Saint-Thomas. Zaragoza, 8 de mayo de 1702. *Ibidem*.

<sup>1795</sup> En este sentido la correspondencia de Operti induce a pensar que a finales de 1701 la diplomacia saboyana podría haberse planteado la hipotética reclamación de principado de Fondi en compensación por las deudas consignadas en Nápoles. Una posibilidad que fue desaconsejada por el comendador:



El éxito de las primeras iniciativas emprendidas por Víctor Amadeo II, sus ministros y Operti fue relativo. A finales de julio de 1702 se dispuso que Faletti sería agraciado con el puesto de consejero de Santa Clara, con ejercicio y sueldo, en la primera vacante que se produjera. El que la concesión fuera una futura constituyó ya un primer varapalo a los planes de Turín a corto plazo. Además, el nombramiento fue paralizado por la Junta de Gobernación, cuyos ministros abogaron por consultar de nuevo a Felipe V pues existían, arguyeron, ciertas especificidades en la designación que el monarca no había concretado. En consecuencia, se remitió una nueva Consulta al rey, lo que alargó inevitablemente el proceso.<sup>1796</sup> En cuanto a la negociación que había de zanjar las deudas de la corona española con la Casa de Saboya, la estancia de Felipe V en Italia tampoco contribuyó a agilizar su liquidación. En noviembre de 1702, cuando el soberano llevaba en tierras italianas más de seis meses y se había cumplido el plazo estipulado para la revisión de las mismas, Operti reconoció la existencia en la corte de Madrid de una “occulta politica” cuyo fin último era eludir el desembolso total o parcial de las sumas adeudadas. Por esas fechas el duque llegó también a la misma conclusión.<sup>1797</sup> Sin embargo el diplomático no parecía desanimado ante la escasa predisposición del gobierno español a cumplir con lo pactado. Aconsejado por Ubilla, recomendó a Víctor Amadeo II que expusiera la cuestión directamente ante el rey de España y a continuación pasase a nombrar, aunque fuese de manera unilateral, a los comisarios saboyanos que habían de participar en la futura negociación. Hecho esto, indicó el Secretario del Despacho por medio de Operti, Felipe V podría acelerar la expedición del asunto en los Consejos de Estado e Italia.<sup>1798</sup>

En cierta medida el Rey Católico cumplió con lo prometido, ya que poco después de su regreso a Madrid los marqueses del Fresno y Mancera, ambos

---

Fondi había sido otorgado por Carlos II al conde de Mansfeld, antiguo embajador imperial en Madrid. Su posible cesión a Saboya, advirtió, podría devenir en el futuro un escollo en el momento de la firma de la paz con el Imperio. Operti a Saint-Thomas. Barcelona, 10 de enero de 1702. *Ibidem*.

<sup>1796</sup> El mismo al mismo. Madrid, 27 de julio de 1702. *Ibidem*.

<sup>1797</sup> El mismo al mismo. Madrid, 21 de noviembre de 1702. *Ibidem*. El duque de Saboya a Operti. Venaria, 21 de noviembre de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 50.

<sup>1798</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 14 de diciembre de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48. Por su parte Víctor Amadeo II insistió ante el enviado saboyano en la necesidad de instar a Felipe V, tras su regreso a la capital, a que abordase de manera definitiva la liquidación de las deudas y nombrase a los comisarios españoles que habían de supervisar la negociación. El duque de Saboya a Operti. Turín, 21 de diciembre de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 50.

Consejeros de Estado y el segundo presidente del Consejo de Italia, fueron designados en calidad de comisarios por parte del gobierno español. Aunque el comendador Operti se mostró optimista ante la disposición tomada, ponderando la parcialidad de Mancera hacia los intereses de la Real Casa<sup>1799</sup>, la nominación de comisarios se reveló a la larga una solución de compromiso que no implicó el inicio de conversaciones firmes entre Madrid y Turín respecto a la satisfacción de lo adeudado.<sup>1800</sup> De hecho, desde la primavera de 1703 el duque volvió a valerse de Faletti en un último intento por apartar la negociación del punto muerto en el que se encontraba. En febrero, defendió de nuevo la concesión a Faletti, sin aparentemente mucho éxito, de otra magistratura en el reino de Nápoles.<sup>1801</sup> Como hiciera el año anterior este se trasladó hasta Madrid. La presencia de Faletti en la capital no solo había de contribuir a su medro personal sino que también había de redundar en la buena marcha de los intereses ducal, situación análoga a la que había caracterizado su primera estancia en la corte madrileña. Conforme a los planes de Víctor Amadeo II, Faletti debía informarse del verdadero estado en que se encontraba la liquidación de las deudas contraídas por la Monarquía Hispánica con Saboya. El recelo que le inspiraba la actitud mantenida por el gobierno español en los meses anteriores, llevó al duque a ordenar a Operti que procurase que Faletti pudiera abordar la cuestión directamente ante Felipe V. A esas alturas Turín ya no confiaba en intermediarios, *verbigracia* los consejos y garantías ofrecidos en su día por Ubilla, como tampoco en la buena disposición del embajador francés en Madrid, D'Estrées, hacia sus intereses.<sup>1802</sup>

A diferencia de lo sucedido durante su primera visita a la corte, Faletti no fue bien recibido esta vez en Madrid, enemistándose con su otrora protector, Operti. En este aspecto la correspondencia de este último resulta un tanto críptica, pero de su contenido podemos colegir que el comportamiento de Faletti no contó

---

<sup>1799</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 22 de febrero de 1703. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48.

<sup>1800</sup> El duque a Operti. Turín, 3 de mayo de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 50.

<sup>1801</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 1 de febrero de 1703. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48.

<sup>1802</sup> El duque a Operti. Venaria, 2 y 4 de junio de 1703. *Ibid.*, LMS., Mazzo 50. A finales de abril de 1703 Operti aludió a la predisposición de D'Estrées a beneficiar los intereses del duque de Saboya en España, concretamente la liquidación de los créditos y la situación de Faletti. Si el cardenal no había logrado hasta el momento avances notables en ambos aspectos se debía, en opinión del diplomático, a la oposición que concitaba Faletti en el seno del gobierno español. Operti al duque. Madrid, 26 de abril de 1703. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48.

en ningún caso con la aprobación del diplomático.<sup>1803</sup> En las cartas que envió a Turín Operti le acusó de actuar con independencia de sus consejos y perjudicar, con su conducta, los intereses del duque (“per non lassiarì governare da chi desiderava di servirlo e senza pregiudicio del buon servizio di V.A.R.”). De hecho, las misivas del enviado dan la impresión de que Faletti se dedicó más a promover sus propios intereses que los de Víctor Amadeo II, lo que obligó a Operti a solventar los problemas surgidos en torno a la liquidación de los créditos en el verano de 1703 y a tratar de encontrar, junto a D’Estrées, una solución de compromiso que favoreciese a Saboya frente a la falta de liquidez que aquejaba a la hacienda española. En lo que tocaba a las deudas, el embajador francés, como Felipe V, se mostraban conciliadores y bien dispuestos hacia los intereses ducales (pese a que Víctor Amadeo II deseaba hechos y no las buenas palabras que Madrid llevaba transmitiéndole desde hacía más de un año).<sup>1804</sup> Sin embargo, el monarca no estaba dispuesto a asumir de buena gana la intercesión de Faletti en todo el proceso si esta implicaba la concesión de nuevas mercedes para el aristócrata. Tal y como precisaba el enviado saboyano, el rey estaba dispuesto a recibir a Faletti si reducía su misión exclusivamente al tratamiento de los negocios del duque, pero en ningún caso favorecería sus pretensiones personales en los tribunales partenopeos.<sup>1805</sup> La insistencia del caballero Faletti en obtener un puesto de presidente de la Sumaria terminó por perjudicar, tal y como había temido Operti, la causa del duque. Durante meses el aristócrata desoyó los consejos tanto del propio diplomático como de Ursinos, Rivas o Mancera, que procuraron convencerle de la inutilidad de sus instancias y de la conveniencia de su regreso a Nápoles. En el otoño de 1703 abandonó la residencia del comendador en una coyuntura de gran tensión en las

---

<sup>1803</sup> Las veladas críticas de Operti, como las recomendaciones de Ursinos, muy probablemente estaban determinadas por las opiniones que Faletti concitaba en algunos de los miembros del *entourage* francés en Madrid, que estos a su vez transmitían a Versalles. En este sentido una de las misivas de Louville a Torcy refería claramente las sospechas que acarreó la misión del caballero en Madrid en los meses previos a la ruptura de la alianza borbónico-saboyana, hasta el punto de que el abate d’Estrées le hizo vigilar en secreto a través de uno de los agentes de Louville. Por ejemplo para este último, Faletti era un «*franc frippon que qui est capable de maneger secrets.*» Un personaje de dudosa catadura moral, cuyo carácter rozaba la estupidez, que había ejercido como espía de Víctor Amadeo II durante la campaña de Italia y del que el duque tenía intención de servirse a la sazón «*pour gouverner l’Espagne contre les interets de la France (...).*» Louville a Torcy. Madrid, 9 de agosto de 1703. AA. EE., CPE., t. 125, fol. 31r.

<sup>1804</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 1 de agosto de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 48. A decir del diplomático, D’Estrées estaba dispuesto a mediar en la concesión al duque de parte de los bienes confiscados a los partidarios de la Casa de Austria en Nápoles.

<sup>1805</sup> Operti al duque. Madrid, 26 de abril y 20 de junio de 1703. *Ibidem*.

relaciones borbónico-saboyanas. Apenas un mes después, ante los persistentes rumores de traición de Saboya a la alianza, Faletti fue detenido y enviado a la cárcel de corte. Si bien Operti vinculó el encarcelamiento con la “leggierezza e capricy” que habían caracterizado su proceder, el hecho de que acto seguido señalase que no se había encontrado nada incriminatorio entre sus papeles denota que el verdadero motivo del mismo fue la sospecha de que Faletti mantenía contactos clandestinos con los enemigos de las Dos Coronas.<sup>1806</sup> Tanto más si tomamos en consideración no solo la “imprudente vanitá” del aristócrata al presentarse ante las autoridades españolas como agente del duque de Saboya en el marco de una negociación gestionada principalmente por Operti<sup>1807</sup> (lo que ponía en tela de juicio la verdadera naturaleza de su permanencia en Madrid toda vez que sus pretensiones en la Sumaria habían sido desoídas y se le había ordenado retornar a Nápoles); sino también el crítico estado en que se encontraban a la sazón las relaciones del ducado con Francia y la Monarquía Hispánica.

En este punto, resulta oportuno plantearse qué papel jugó María Luisa en las conversaciones hispano-saboyanas relativas a la liquidación de la deuda. Como en otras cuestiones relacionadas con la vida de la soberana, la carencia de fuentes directas constituye un escollo a la hora de aportar una respuesta concluyente; problema al que debemos añadir el que ciertas misivas intercambiadas por Operti y el duque se encuentren sin descifrar en el Archivio di Stato de Turín. No obstante, los testimonios que conservamos permiten esbozar una idea global, junto a ciertas hipótesis, en cuanto al grado de implicación de la reina en la negociación. De entrada, sabemos por las cartas de Operti que el diplomático estaba dispuesto a servirse de la mediación de María Luisa si con ello lograba acelerar la respuesta española a las instancias de Saboya. Por tal razón, abogó por optimizar la gracia de la consorte, no pareciéndole oportuno que la soberana intercediese a favor de las pretensiones de ciertos sujetos cuando existían asuntos de mayor interés para el gobierno ducal “nelle quali importa applicare tutti li sforzi immaginabili (...)”,

---

<sup>1806</sup> El mismo al marqués de Saint-Thomas. Madrid, 24 de octubre de 1703; el mismo al duque. Madrid, 21 de noviembre de 1703. *Ibidem*.

<sup>1807</sup> A finales del verano de 1703 sería Operti quien trataría de encontrar una solución a los nuevos problemas generados por la administración española. En concreto, la carencia de una relación completa de las sumas correspondientes a la dote de la infanta Catalina Micaela consignadas en rentas de Nápoles y que el enviado saboyano solicitó al virrey partenopeo por medio de Ubilla. Operti a Ubilla. Madrid, 24 de septiembre de 1703. *Ibid*.

*verbigracia* “le crediti dell’ A. R. V.”<sup>1808</sup> Ahora bien, no parece que la reina se mostrase predispuesta a favorecer las iniciativas del caballero Faletti, lo que se hizo patente ya en el contexto de la primera visita del aristócrata a Barcelona, mucho menos azarosa que la segunda: «J’ai reçu la lettre que vous m’avez envoyée du chevalier Faletti, et je n’ai aucune commission à lui donner pour Naples (...)», escribió sucintamente a Madame Royale.<sup>1809</sup> La dificultad que encontramos aquí es conocer si María Luisa de Saboya pretendió desde el primer momento mantenerse al margen de las conversaciones acerca de la liquidación de los créditos o si, por el contrario, adoptó en esta materia un posicionamiento semejante al de Felipe V: es decir, se mostró conciliadora y favorable a los intereses ducales pero reticente a apoyar las pretensiones de Faletti, paralelas a la negociación. La correspondencia de Operti no es tan concluyente en esta ocasión como en otras. En este sentido, las cartas que envió a Turín entre la primavera y el verano de 1703 informaban de la presencia de la reina en las diferentes reuniones que mantuvo con Felipe V, algunas de ellas celebradas en el *Cuarto chico* de la princesa de los Ursinos, en las que el diplomático abordó el problema de la deuda y las aspiraciones personales de Faletti.<sup>1810</sup> Sin embargo, pese a que el comendador recoge puntualmente en sus misivas las palabras del monarca, a las que ya nos hemos referido, mantiene un estricto silencio en cuanto al posicionamiento de la reina. Es en esta cuestión donde entramos en el terreno de la hipótesis. ¿Podríamos colegir de las cartas de Operti que la reina compartía el punto de vista de su esposo? Ello sería plausible dada la concisión del enviado saboyano; como también el que, al mencionar la asistencia de María Luisa a sus audiencias informales con el rey, el diplomático subrayase implícitamente el acuerdo de la consorte con los discursos de Felipe V. Otras hipótesis coherentes que podemos esbozar serían las siguientes. En primer lugar, cabría pensar que, quizás, algunas alusiones a la participación de la soberana en la liquidación de las deudas de la Monarquía Hispánica con Saboya se encontrasen

---

<sup>1808</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 12 de octubre de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1809</sup> La reina a Madame Royale. Barcelona 9 de abril de 1701, recogida en DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, p. 127.

<sup>1810</sup> “(...) tutti le sudetti discorsi [del rey] sono passati presente la Regina (...)” “(...) Et havró l’honore di presentarlo à S. M. [se refiere a Faletti], quale e rimasta gustosa dell’attentione e confidenza con cui s’era pensato di corrisponderle com’altressi la Regina, che si trovó presente la scorsa settimana quando il Re m’entrò nuovamente in discorso sopra tal materia, ricercandomi e veramente veniva perche ci fosse neccessaria la di lui opera o pure per mero motivo di solicitare le proprie pretentioni? (...)”, añadió en junio. Operti al duque de Saboya. Madrid, 26 de abril y 20 de junio de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

recogidas en las misivas que permanecen sin descifrar. En segundo lugar, el posicionamiento de la reina en todo el proceso podría haber estado influenciado, al menos desde enero de 1703, por la situación interna de la corte española y la inestabilidad a la sazón tanto de la alianza borbónico-saboyana como de las relaciones entre las Dos Coronas. A nuestro modo de ver no resultaría extraño que María Luisa hubiera optado por evitar toda manifestación abierta de parcialidad hacia los intereses de Saboya en un momento en el que su influencia sobre Felipe V, su rivalidad con los embajadores franceses en Madrid, los D'Estrées, y la naturaleza de sus relaciones con Víctor Amadeo II, cuyos vínculos diplomáticos con las Dos Coronas se hallaban ya muy erosionados, eran objeto de crítica y censura en el intercambio epistolar que Versalles mantenía con algunos de sus informadores en la capital española. Como también que, en su interés (que compartía con Operti) por optimizar la capacidad de intercesión de la soberana, Víctor Amadeo II hubiera sacrificado la mediación de su hija en un proceso que no tenía visos de avanzar (dados los continuos retrasos que imponía el gobierno español), a beneficio de una hipotética intervención de la reina en favor de las aspiraciones ducales a ciertos territorios en Lombardía (recuérdense las referencias del duque a las pruebas de afecto que María Luisa podría dar a su familia a su debido tiempo).<sup>1811</sup> Una perspectiva, por otra parte, que en 1703 no parecía inverosímil debido a los rumores que aludían a la firma de una paz con la Gran Alianza que comportaría la desmembración de la Monarquía Hispánica, a los que luego nos referiremos.

Pero no todas las intervenciones de la reina en las relaciones entre Saboya y las Dos Coronas resultan tan opacas para el investigador. La ambivalencia que revestía la participación de la soberana en el ámbito diplomático quedó de manifiesto, para el caso de María Luisa, apenas se instaló en España. Al aludir a esta cuestión no nos interesan tanto los resultados de tal intervención, que fueron nulos, como las respectivas reacciones de las cortes de Versalles y Turín ante la posibilidad de la misma. A mediados de febrero de 1702 el cardenal Zondadari partió de Génova con destino a Barcelona en calidad de nuncio extraordinario. Su misión, de la que formaba parte también el envío de sendas embajadas a París y Viena encabezadas por los cardenales Fieschi y Spada, se enmarcaba en el arbitraje propuesto por el Papa Clemente XI con objeto de lograr una solución pacífica a la

---

<sup>1811</sup> El duque a Operti. Turín, 7 de diciembre de 1701. *Ibid.*, LMS., Mazzo 49.

disputa por la corona española que venía enfrentando a las Casas de Austria y Borbón. Conocido es el fracaso de la mediación promovida por el Pontífice. De hecho, tras un tumultuoso viaje por mar y tierra, Zondadari ni siquiera llegó a encontrarse con Felipe V, dado que el monarca había partido hacia Italia.<sup>1812</sup> Sí que fue recibido, al contrario, por María Luisa Gabriela de Saboya, quien tributó al nuncio todos los honores debidos a su alta dignidad.<sup>1813</sup> En el contexto de este encuentro, Zondadari planteó a Operti y a Ursinos la solución de los problemas, ceremoniales y de jurisdicción, que hasta la fecha habían enturbiado las relaciones entre Saboya y la Santa Sede. El interés del nuncio radicaba en obtener la mediación del Rey Católico, con la aprobación de Luis XIV, en la solución de las disputas pendientes entre las cortes de Turín y Roma. La ocasión parecía oportuna habida cuenta tanto de la estancia de Felipe V en la península itálica como de la entrevista que el soberano había de mantener con Víctor Amadeo II en Lombardía. Dado que el rey se encontraba camino de tierras italianas, Zondadari se mostró partidario de que fuera la reina quien planteara ante el monarca su proposición. En este punto las reacciones del enviado saboyano y la camarera mayor fueron diferentes. Si bien ambos se mostraron cautos, el primero vio en la solicitud del nuncio una muestra de la buena voluntad de Clemente XI hacia los intereses ducales<sup>1814</sup>, mientras que por su parte Ursinos optó por mantener a María Luisa al margen de la iniciativa de Zondadari hasta conocer la opinión de Versalles. Por este motivo, la princesa solicitó instrucciones a Torcy, cuyo gobierno no encontró ningún inconveniente en autorizar la deseada intervención de Felipe V en la disputa entre Roma y Turín.<sup>1815</sup> Con vistas a evitar la repetición de situaciones semejantes a las producidas durante la legacía del cardenal Archinto, fruto de la falta de coordinación entre las diplomacias borbónica y saboyana, el ministro abogó por que antes de emprender iniciativa alguna la reina obtuviera de su padre ciertas seguridades que garantizasen el éxito de tal mediación.<sup>1816</sup> Es decir, Versalles

---

<sup>1812</sup> Para un análisis detallado de las embajadas extraordinarias de los nuncios Zondadari, Spada y Fieschi, véase MARCOS MARTÍN, D.: *El Papado y la Guerra de Sucesión...*, pp. 83-89. Una síntesis de las relaciones entre las cortes española y romana en los comienzos de la guerra en OCHOA BRUN, M. A.: *Embajadas rivales...*, pp. 21-35.

<sup>1813</sup> Operti al marqués de Saint-Thomas. Zaragoza, 20 de abril de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1814</sup> El mismo al duque de Saboya. Zaragoza, 30 de abril de 1702. *Ibidem*.

<sup>1815</sup> El mismo al mismo. Zaragoza, 28 de mayo de 1702. *Ibid.*

<sup>1816</sup> «Je ne sçais si Mr. le duc de Savoye aimeroit mieux la médiation du Roy Catholique, mais avant que la Reine luy en escrive [a Felipe V], vous jugerez peut estre à propos quelle scache les sentiments de Mr.

aspiraba a conocer a ciencia cierta hasta qué punto Víctor Amadeo II aprobaba la propuesta de Zondadari y estaba dispuesto a comprometerse en un hipotético arbitraje con Roma pactado a instancias de la Casa de Borbón. Aunque las disputas entre Saboya y la Santa Sede venían de tiempo atrás, a comienzos de 1702 habían adquirido una importancia notable para las Dos Coronas. Tal y como reconocía Torcy: «Il seroit a souhaitter que ce Prince [Víctor Amadeo II], estant aussy estreitement lié avec le Roy d'Espagne, n'eust pas de différend avec la cour de Rome, les suites pouvant en estre embarrassantes (...).»<sup>1817</sup> El gabinete francés temía que las inestables relaciones romano-saboyanas perjudicasen a la causa borbónica ante Clemente XI, tanto más cuando de este dependía la investidura del reino de Nápoles y, por otra parte, el pontífice había agraciado al candidato Borbón a la corona española con ciertas muestras de parcialidad. En consecuencia, era necesario que Saboya limase asperezas con el Papado. El canal, según añadía el mismo ministro, era indiferente para Versalles. Si el duque lo estimaba oportuno Felipe V y Luis XIV mediarían en su favor; pero si prefería que fuera la corte de Turín quien encabezase la negociación, Francia se mostraría igualmente favorable. Lo importante era zanjar una disputa que, tras la alianza borbónico-saboyana establecida en abril de 1701, afectaba también, aunque de manera transversal, a los intereses de las Dos Coronas.

De conformidad con lo que se solicitaba de ella María Luisa informó a su padre de la propuesta de Zondadari, así como del patrocinio que las Dos Coronas parecían otorgar a la misma: «Je me suis chargé de vous le faire savoir et ie vous prie -le escribió- de me mander ce que vous souhaitez (...). Les deux Roys semblent le souhaitter et si cela vous ajustoit ie serais bien aise de vous voir bien avec la cour de Rome.»<sup>1818</sup> A la postre la mediación de la soberana fue del todo punto inútil. En respuesta a las instancias de su hija, que adelantó igualmente al conde de Vernon, su enviado ante Versalles, Víctor Amadeo II se negó aceptar cualquier intervención de las Dos Coronas en las relaciones diplomáticas del ducado. Con su circunspección habitual el duque sostuvo que la Casa de Saboya no mantenía conflicto alguno con la corte pontificia, lo que hacía innecesaria una

---

son père.» «Extrait d'une lettre écrite à Mad[am]e. la Princesse des Ursins par M[onsieu]r. le comte [sic] de Torcy, le 14 may 1702». A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1817</sup> *Ibidem*.

<sup>1818</sup> La reina al duque de Saboya. Zaragoza, 9 de junio de 1702. A.S.T., LPD., Mazzo 26.



hipotética intercesión; el gobierno de Turín, añadió, tan solo esperaba justicia de Clemente XI en lo que consideraba sus legítimas reclamaciones en materia de política eclesiástica y ceremonial («[les] privilèges que ma Maison a eu de ses Prédecesseurs»).1819

Según ha podido apreciarse la primera experiencia de María Luisa como intermediaria entre Saboya y las Dos Coronas terminó en fracaso. Ciertamente, *a priori* no se esperaba de ella una activa participación en la resolución de los problemas que afectaban a las relaciones entre el ducado y la Santa Sede, que el duque persistió en negar a lo largo de 1702.<sup>1820</sup> Por el contrario, Francia aspiraba a emplear la correspondencia de la reina como un canal privilegiado a través del que la diplomacia borbónica podría conocer, teóricamente sin dobleces ni disimulos, el posicionamiento de Víctor Amadeo II en el contexto de sus cuitas con Roma. Tal estrategia, pese a la escasa efectividad que tuvo y a lo limitado de su alcance en el contexto diplomático, nos permite discernir la ambigüedad de la posición de la soberana en el marco de la frágil alianza borbónico-saboyana, así como su situación en el centro de dos corrientes cuyo *modus operandi* era similar y a las que únicamente diferenciaban sus objetivos. En este sentido, tanto Turín como Versalles estaban dispuestos a instrumentalizar a la reina en favor de sus respectivos intereses. La primera, en el momento de una posible paz que llevase aparejada la desmembración de la Monarquía Hispánica, perspectiva que el gobierno saboyano tuvo muy en cuenta tras la debacle de Vigo y la formación de la Gran Alianza.<sup>1821</sup> La segunda, como acabamos de ver, apenas María Luisa se instaló

---

<sup>1819</sup> El duque de Saboya a la reina de España. Turín, 20 de junio de 1702. *Ibid.*, LPD, Mazzo 26; el mismo al conde de Vernon. Turín, 23 de junio de 1702. *Ibid.*, LMF, Mazzo 133. “(...) In fatti non habbiamo con la Corti di Roma quelle rotture che si vogliono supporre e per conseguenza le cose non sono in quei termini che forsi si crede, non trattandosi che di ricever giustizia dal Papa...”

<sup>1820</sup> Tal y como corroboran las órdenes de Víctor Amadeo II a Vernon, al que el duque escribió en noviembre de 1702 que debía persistir en declinar la mediación de Luis XIV ante la Santa Sede por los motivos expuestos desde el principio. El duque de Saboya al conde de Vernon. Venaria, 16 de noviembre de 1702. *Ibid.*, LMF, Mazzo 133.

<sup>1821</sup> En este punto, las incursiones aliadas en Vigo y Cádiz, junto a las primeras victorias habsbúrgicas en Italia, fueron vistas por la corte de Turín como los primeros indicios de una próxima paz entre los aliados y la Casa de Borbón “che difficilmente potrà seguire senza qualche smembramento della Monarchia”. El duque de Saboya a Operti. Turín, 13 de diciembre de 1702; el mismo a Vernon. Venaria, 16 de noviembre de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 50 y LMF, Mazzo 133 respectivamente. Por las mismas fechas, Operti informaba al duque que Versalles, según le escribía Vernon, daba por hecha la desmembración de la Monarquía Hispánica. Con objeto de sembrar la discordia entre las potencias marítimas y garantizar a Felipe V la posesión de la Italia española, el gobierno francés estaba dispuesto a ceder los Países Bajos y la Barrera al elector de Baviera. En cualquier caso, Operti no se hacía ilusiones en cuanto a los intereses ducales, puesto que insistía en el interés de Versalles por conservar el

en España y en el contexto de un problema diplomático que no le afectaba de lleno pero al que otorgaba cierta importancia por sus posibles consecuencias. Empero, de entrada ninguna de las dos cortes estaba dispuesta a aceptar de buena gana el papel de la reina como intermediaria si este era impulsado por la otra: así lo corroboran no solo la citada respuesta de Víctor Amadeo II a su hija sino también los bien conocidos temores de Versalles ante la posibilidad de que el duque pudiera instrumentalizar el ascendiente que la reina ejercía sobre Felipe V.

Lo que sí nos parece significativo del episodio que acabamos de referir es que constituiría el origen de un *modus operandi*, alentado por los gobiernos de Francia y la Monarquía Hispánica y basado en la comunicación directa entre el duque de Saboya y María Luisa, que tendría como finalidad sacar el máximo partido del contacto entre padre e hija en momentos y circunstancias puntuales en los que la política borbónica así lo requeriría. Tal fue lo que ocurrió en 1706, en el contexto del asedio a Turín, o en 1708/1709, cuando el agotamiento militar de las Dos Coronas terminaría por desembocar en el abandono del Milanesado y Nápoles. Entre 1701 y 1709 la situación interna de la corte madrileña y del eje Versalles-Madrid, así como la consideración de la propia reina en su seno, variaron sustancialmente; pero lo cierto es que la ruptura de la alianza borbónico-saboyana en 1703 tuvo la particularidad de poner fin a las sospechas en cuanto a la lealtad de María Luisa hacia la Casa de Borbón, al tiempo que incrementó la importancia de su papel como potencial mediadora entre ambas dinastías.

### **La quiebra de la alianza borbónico-saboyana: la mediación consentida.**

Sabido es que Víctor Amadeo II continuó con sus contactos con Viena y las potencias marítimas a lo largo de toda la alianza borbónica. Tales tratos, aunque intermitentes y clandestinos, constituyeron el sustrato de la posterior negociación del duque con las potencias de la Gran Alianza y contribuyeron a concretar las características y cláusulas de los acuerdos firmados por Saboya en el otoño de 1703. Por lo que respecta a estos, al contrario que Versalles el gobierno imperial se mostró dispuesto a sellar una alianza con la corte de Turín que comportase el incremento territorial del estado saboyano. A diferencia de las Dos Coronas, Viena

---

Milanesado (principal ambición de Víctor Amadeo II), al que definía como el principal escollo para el cese de las hostilidades con los Habsburgo. Operti al duque de Saboya. Madrid, 23 de noviembre de 1702. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48.

no tenía el compromiso teórico de mantener la completa integridad de Lombardía, lo que favorecía que pudiese adoptar un posicionamiento más flexible a la hora de negociar. Asimismo, la condición de feudos imperiales de ciertas zonas de la Italia septentrional permitiría a Leopoldo I privar de los mismos a sus actuales poseedores. Tal fue el caso de Monferrato, a la sazón perteneciente al duque de Mantua, aliado de los Borbones y considerado traidor en el Imperio, que fue desde el primer momento ofrecido a Saboya a cambio de su adhesión. En noviembre de 1702, Viena redondeó su oferta y añadió al Monferrato el Valle de Sesia, Novarese y otros distritos de la zona oeste de Lombardía fronteriza con el estado saboyano. Tal y como reconoce Symcox, las ambiciones alrededor del Milanesado constituían un punto de fricción entre Saboya y la Casa de Austria, al igual que lo habían sido entre Saboya y la Casa de Borbón. Sin embargo, las concesiones propuestas por el emperador tenían la ventaja de satisfacer parcialmente algunas de las aspiraciones de engrandecimiento territorial de los sucesivos soberanos saboyanos desde Carlos Manuel I a Víctor Amadeo II, de ahí que fueran bien recibidas por la corte de Turín. Las derrotas de los aliados en Italia durante la campaña de 1703 a cargo del duque de Vendôme, otorgaron mayor trascendencia si cabe a la unión de Saboya con los aliados. En julio, el conde de Auersperg viajó a Turín con el objetivo de formalizar de manera definitiva un acuerdo con el gobierno ducal. Fue seguido un mes después por Richard Hill, enviado británico, quien encabezó las conversaciones entre las potencias marítimas y Víctor Amadeo II, al que prometieron subsidios mensuales por valor de 80.000 escudos y un pago inicial cuyo montante ascendía a 100.000.<sup>1822</sup> En respuesta a los cada vez más persistentes rumores, por otro lado ciertos, relativos a la traición de Saboya a las Dos Coronas, en noviembre de 1703 Luis XIV ordenó a Vendôme desarmar a los 4500 soldados saboyanos sitos en San Benedetto.<sup>1823</sup> Poco después Víctor Amadeo II emitió una proclama, abiertamente francófoba, que formalizó la ruptura de Saboya con los Borbones y su posicionamiento junto a la Gran Alianza.

---

<sup>1822</sup> CARUTTI, D.: *Storia della diplomazia...*, III, pp. 327 y ss.; SYMCOX, G.: *Victor Amadeus II...*, pp. 141-142; STORRS, C.: “La politica internazionale...”, en BARBERIS, W. (ed.): *I Savoia...*, pp. 24-25. Para los acuerdos entre Víctor Amadeo II y las potencias marítimas véase SYMCOX, G.: “Britain and Victor Amadeus II...”, en BAXTER, S. B. (ed.): *England's rise to...*, pp. 160-162.

<sup>1823</sup> Con todo, Víctor Amadeo II logró que el gobierno imperial le concediese el Vigevagnasco en compensación por las tropas perdidas en San Benedetto. SYMCOX, G.: *Victor Amadeus II...*, p. 142.

Una pregunta frecuente entre los historiadores (como entre los contemporáneos a los hechos) es por qué Francia no adoptó con anterioridad medidas decisivas contra Saboya, habida cuenta de que tuvo conocimiento desde el principio de las conversaciones secretas del duque con el Imperio y las potencias marítimas. Por ejemplo, el caballero de Quincy señaló en sus “Memorias” el lapso de tiempo transcurrido entre la llegada de Auersperg a Turín (julio de 1703), la formalización del acuerdo entre Saboya y la Gran Alianza (25 de octubre) y el episodio de San Benedetto, periodo en el que las oficiales borbónicas fueron conocedores de los rumores relativos a una posible traición de Víctor Amadeo II.<sup>1824</sup> En cuanto a Phélypeaux, recordó lo tardío de la reacción de Luis XIV ante la posible defección de Saboya, tanto en el momento escogido para ofrecer cualquier tipo de compensación que pudiera neutralizar las ofertas de Viena, como en el momento en que Vendôme recibió la orden de actuar contra las tropas ducales.<sup>1825</sup> Más recientemente Symcox, en su biografía sobre el duque, respondió a esta cuestión e indicó que la actitud del monarca galo hacia Víctor Amadeo II se debió a su interés por evitar que cualquier posible amenaza por parte de Francia pudiera precipitar la adhesión de Saboya a la Gran Alianza.<sup>1826</sup> Coincidimos plenamente con este autor. Al actuar como lo hizo, tardíamente según sus contemporáneos, Luis XIV no dio muestras de debilidad ante una potencia de segundo rango en Europa; a nuestro modo de ver el comportamiento del monarca fue fruto de la necesidad y la coyuntura internacional. Ciertamente, no puede negarse la fragilidad de la alianza borbónico-saboyana prácticamente desde su formalización, a consecuencia de la manera en que fue negociada y de las características del tratado que le dio sentido; como tampoco el reiterado incumplimiento por parte del duque de las cláusulas más relevantes del mismo (concernientes a la leva de tropas). Si tomamos como referencia la correspondencia de Albizu, más imparcial en algunos puntos que la de Phélypeaux, en la que la desconfianza de partida hacia todas las decisiones del duque era recurrente, observamos que desde el segundo año de campaña Víctor Amadeo II adujo diferentes razones para no satisfacer el número de tropas

---

<sup>1824</sup> *Mémoires du Chevalier de Quincy...*, I, pp. 313 y ss.

<sup>1825</sup> En el otoño de 1703 Luis XIV se mostró dispuesto a favorecer ante el duque de Mantua la cesión del Monferrato a Saboya. *Mémoires et négociations secrètes de la cour de Savoye. Contentant les relations que Mr. Phelippeaux ambassadeur de France à Turin a écrites au Roy son Maître depuis le 2 octob. 1703 jusqu'au tems de son échange le 21 May 1704. Avec une Lettre de S. M. T. C. & autres Mémoires au Sujet de la presente guerre d'Italie.* A Basle, Chez L. Rigaut, 1705, pp. 17-18.

<sup>1826</sup> SYMCOX, G.: *Victor Amadeus II...*, p. 141.

estipulado en su acuerdo con los Borbones (10.500 hombres al año), en tanto que seguía percibiendo la totalidad de los subsidios prometidos por Francia. Una situación similar volvió a repetirse en 1703, momento en el que el duque, además, decidió no ponerse al frente de sus tropas. En el verano de ese mismo año el embajador español informó a su gobierno de la presencia de Auersperg en Turín, al tiempo que consignaba sus sospechas respecto a la parcialidad de Víctor Amadeo II a los Borbones.<sup>1827</sup> Meses antes, Don Giuseppe Gallardo, gentilhombre del embajador saboyano en Madrid, fue detenido bajo la sospecha de mantener tratos con el enemigo. Si bien es verdad que el encarcelamiento de Gallardo se llevó a cabo con discreción, que Operti, en un intento de desvincularse de las acciones de su servidor, se mostró colaborador con la justicia española y que no se encontró entre los papeles del detenido nada que vinculase sus actividades directamente con la corte de Turín y los aliados, el hecho en sí puso de relieve la creciente inestabilidad a la que se enfrentaría la alianza en los meses siguientes.<sup>1828</sup>

A pesar de la naturaleza de estas informaciones, Versalles optó en un principio por exigir al duque únicamente el cumplimiento de lo pactado en su acuerdo con las Dos Coronas.<sup>1829</sup> Aunque conocía sus contactos con las potencias de la Gran Alianza, podríamos pensar que Luis XIV no creyó en lo concluyente de los mismos hasta el último momento. En primer lugar, debemos contar con la superioridad de la que disfrutaban a la sazón las fuerzas borbónicas en el Norte de Italia, motivo principal de la importancia que otorgaban los aliados a la adhesión de Saboya. En segundo lugar, las ofertas de incremento territorial realizadas por estos a Víctor Amadeo II se basaban en futuribles que habían de materializarse merced a

---

<sup>1827</sup> Albizu a Felipe V. Turín, 29 de marzo y 17 de julio de 1702; el mismo al mismo, Turín, 14 de mayo, 3 de junio y 24 de septiembre de 1703. B.N.M., Mss. 10680, fols. 187v.; 199r.-v.; 135r.-138r. respectivamente (existe un error en la foliación del manuscrito). Véanse también las Consultas del Consejo de Estado al rey sobre algunos de los puntos abordados por Albizu en su correspondencia. Madrid, 9 de mayo de 1702 y 3 de junio de 1703. A.H.N., E., leg. 1838. Por otra parte, pese a que Albizu informó en septiembre de los contactos del duque con la corte imperial, en Madrid tenían noticia de ellos desde mediados de agosto de 1703. Ursinos a Torcy. Madrid, 17 de agosto de 1703, recogida en L. TR., III, p. 67.

<sup>1828</sup> Sobre la detención de Gallardo, véase Operti al duque de Saboya. Madrid, 7 de septiembre de 1702; el mismo al marqués de Saint-Thomas. Madrid, 12 de octubre de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1829</sup> [Sobre la decisión del duque de Saboya de no participar en la campaña correspondiente a 1702] "(...) le ha hecho decir Su Mag. Xpma. [Cristianísima] por medio de este embaxador [Phélypeaux] que esperaba atendería S. A. con igual fineza en todas las partes al mejor logro de los intereses comunes, a egurándole al mismo tiempo que en los suios hallaría S. A. en sus Mags. La misma disposición que siempre y los buenos desseos de promoverlos (...)" Albizu a Felipe V. Turín, 12 de julio de 1702. B.N.M., Mss. 10680, fols. 199r.-v.

la evolución del conflicto y a la firma de la paz; es decir, aunque contemplaban la cesión de los territorios señalados más arriba, esta solo tendría lugar si la Gran Alianza se imponía en Italia, los Borbones perdían el control del Milanesado y se producía la conquista de Monferrato, perspectiva que, al hilo de lo señalado en el punto primero, parecía aún lejana a mediados de 1703. En tercer lugar, se otorgó también un cierto peso a los vínculos familiares del duque con la Casa de Borbón, que fueron entendidos por Versalles como un elemento susceptible de favorecer en último término la unidad de la alianza borbónico-saboyana pese a su evidente fragilidad. Así, las palabras de San Felipe al describir la reacción que causó la decisión de Víctor Amadeo II: “Pareciéndoles monstruoso empuñar armas contra los intereses de sus hijas”<sup>1830</sup> encierran algo de verdad y remiten a la idea que acabamos de señalar. Pero contamos también con otros testimonios contemporáneos a los hechos descritos. En este sentido a finales de febrero de 1702 Vernon se hizo eco de la opinión de algunos ministros y cortesanos de Versalles, cuyo nombre no cita, que abogaban por otorgar una mayor confianza al duque en calidad de aliado de las Dos Coronas; confianza que derivaba, precisamente, del matrimonio de sus dos hijas con sendos príncipes de la Casa de Borbón.<sup>1831</sup>

Por otro lado, tampoco parece que Víctor Amadeo II estuviese completamente decidido a unirse a la Gran Alianza desde el primer momento. En su biografía sobre el personaje Symcox aludió a la presión que sufrió el duque en los meses inmediatamente anteriores a la formalización del acuerdo con los aliados.<sup>1832</sup> De la misma manera, la correspondencia que mantuvo con Operti posibilita que comprendamos de manera más completa las intenciones del soberano saboyano y su evolución en el tiempo. En este punto son varios los aspectos que podemos matizar. En primer lugar la ruptura de la alianza con los Borbones no tenía por qué denotar una abierta desviación del duque hacia la reina y la duquesa de Borgoña, como opinaron San Felipe o Narbonne, entre otros.<sup>1833</sup> Al contrario, es

---

<sup>1830</sup> SAN FELIPE [1957], p. 58. La traición del duque a los Borbones dio lugar a numerosos rumores respecto al destino de la reina de España en caso que tuviera lugar una victoria de la Gran Alianza. Uno de ellos, carente de todo fundamento, indicaba que Víctor Amadeo II estaba dispuesto a encerrar a sus hijas en un convento cuando se produjera la derrota de las Dos Coronas. *Journal des règnes de Louis XIV et Louis XV de l'année 1704 à l'année 1744 par Pierre Narbonne, premier Commissaire de Police de la Ville de Versailles*. Recueilli et édité avec introduction et notes par J. A. Le Roi. París, 1866, p. 3.

<sup>1831</sup> Vernon al duque de Saboya. París, 20 de febrero de 1702. A.S.T., LMF., Mazzo 132.

<sup>1832</sup> SYMCOX, G.: *Victor Amadeus II...*, pp. 141-142.

<sup>1833</sup> «Il faut croire qu'il n'avait pas grande amitié pour les deux princesses ses filles...», *Journal des règnes...*, p. 3.

bien sabido que las uniones matrimoniales celebradas entre dinastías no eliminaban la posibilidad del estallido de una guerra entre las potencias sobre las que estas gobernaban; como también que, según subrayó Phélypeaux en su día, para Víctor Amadeo II el engrandecimiento de sus estados y los intereses de sus hijas eran dos cuestiones diferentes y, en último término, la primera siempre tendría precedencia sobre la segunda. Así pues, la determinación del duque respondía a una lógica común entre los monarcas europeos. Una manera de entender la política y las relaciones internacionales en la que el prestigio de la dinastía, de la Casa soberana de pertenencia, determinaba el establecimiento o ruptura de las alianzas establecidas por encima de los lazos y afectos familiares existentes. En segundo lugar, si bien es cierto que Víctor Amadeo II no interrumpió sus contactos con el Imperio y las potencias marítimas, tal comunicación no ha de ser interpretada de partida como un indicio de las intenciones espurias del duque. A pesar de los citados contactos, la decisión de abandonar a los Borbones no se tomó antes del verano de 1703. Así parece corroborarlo el intercambio epistolar que el soberano saboyano mantuvo con sus embajadores en Madrid y Versalles. Según esta correspondencia, desde el invierno de 1702 Víctor Amadeo II esperó la firma de una paz en la que la previsible desmembración de la Monarquía Hispánica había satisfacer, aunque fuera parcialmente, sus ambiciones territoriales en Lombardía.<sup>1834</sup> Las expectativas de una hipotética partición continuaron en la mente del duque, sus ministros y sus diplomáticos a lo largo de 1702 y parte de 1703. De hecho, parece que Operti procuró cultivar esta idea entre algunos cortesanos españoles, a quienes describía en sus cartas como proclives a los intereses saboyanos, si bien horrorizados ante la amenaza de la desmembración.<sup>1835</sup> Por tanto, la perspectiva de una próxima paz, favorable en cierto modo a Saboya, contribuyó a mantener al ducado bajo la férula de los Borbones hasta mediados de 1703. La situación varió a partir de esta fecha.<sup>1836</sup> Por una parte el Imperio y las potencias marítimas

---

<sup>1834</sup> No en vano, en la primavera de 1702 el duque había decidido acantonar algunas de sus tropas en Novello y Monforte, en las Langas, territorio en el que se concentraban los feudos a cuya cesión aspiraba. Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 18 de marzo de 1702. A.H.N., E., leg. 1838. Véanse también las misivas del duque a Operti. Turín, 13 de diciembre de 1702 y Vernon al duque de Saboya. París, 6 de marzo de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 50 e *Ibid.*, LMF, Mazzo 132.

<sup>1835</sup> Operti al duque de Saboya. Madrid, 14 de diciembre de 1702; el mismo al mismo. Madrid, 1 y 8 de febrero de 1703 A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1836</sup> No es extraño que en el verano de 1703 Víctor Amadeo II solicitase a Operti informaciones precisas sobre el número y estado de las tropas del rey de España, el ánimo y firmeza de carácter de los Grandes que comandaban a las mismas y los nombres de los oficiales principales del ejército

realizaron toda una serie de ofertas que, según hemos señalado ya, favorecieron la adhesión del duque a la Gran Alianza. Por la otra, la superioridad borbónica en el Norte de Italia durante el generalato de Vendôme, añadida a la reticencia de ambos contendientes a llegar a una solución pactada del conflicto bélico, hicieron de la paz una posibilidad más remota y decidieron a Víctor Amadeo II a suscribir un tratado con los aliados que, al contrario del firmado en abril de 1701, tenía en cuenta parcialmente sus verdaderas ambiciones.

Por lo pronto la defección de Saboya comportó el cese de relaciones diplomáticas entre el ducado y las Dos Coronas. Tras un periodo en cautividad, Phélypeaux, Albizu y Operti abandonaron Turín y Madrid respectivamente. Más adelante, Víctor Amadeo II designó al marqués de Trivié como enviado de Saboya ante la corte archiducal de Barcelona.<sup>1837</sup> Al margen de estas cuestiones relativas *sensu stricto* a la diplomacia, la quiebra de la alianza borbónico-saboyana tuvo efectos importantes en la vida de la reina. En primer lugar, la marcha de Operti privó a la soberana de un importante nexo de comunicación con la corte de Turín. Desde la discreción, el comendador había procurado aconsejar a María Luisa cuando esta lo había requerido (por ejemplo durante la rivalidad entre Ursinos y los D'Estrées), transmitiéndole además, según vimos, diversas informaciones y recomendaciones de los duques de Saboya y Madame Royale de las que no convenía que quedara registro escrito en la correspondencia de la reina con todos ellos. En segundo lugar, la ruptura tuvo un impacto considerable en el ánimo de la consorte.<sup>1838</sup> A lo largo del verano de 1703 Ursinos había ido recogiendo en su correspondencia con Torcy los rumores relativos a la traición de Víctor Amadeo II a las Dos Coronas. Sin

---

español. El duque de Saboya a Operti. Turín, 16 de julio de 1703. *Ibid.*, LMS., Mazzo 50. Operti al duque. Madrid, 1 y 8 de agosto de 1703. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48.

<sup>1837</sup> OCHOA BRUN, M. A.: *Embajadas rivales...*, p. 99. Para una visión por parte de uno de sus protagonistas sobre los postreros días de la alianza borbónico-saboyana y la quiebra de la misma, véase Albizu al rey. Génova, 29 de mayo de 1704. A.H.N., E., leg. 1838. Esta larga carta constituye la primera de las enviadas por Albizu a Felipe V tras su liberación y en ella relata los pormenores de su cautiverio. En cuanto a Operti, en febrero de 1704 se retiró, convaleciente de una enfermedad que le había mantenido en cama desde el otoño de 1703, a Consuegra. Durante su viaje de regreso a Saboya fue tratado con todos los honores por las autoridades españolas, por ejemplo el virrey de Cataluña. Pucci al gobierno florentino. Madrid, 13 de febrero de 1704. A.S.F., MdP., Filza 4992; Consulta del Consejo de Estado al rey. A.H.N., E., leg. 1838. Por último Phélypeaux publicó una obra centrada en su misión en Turín en la que relataba los pormenores de los meses anteriores a la ruptura de la alianza y su posterior cautiverio. *Mémoires et négociations secrètes de la cour de Savoye...*

<sup>1838</sup> «J'ai vue pleurer [la Reine] vingt fois depuis que ces bruits se sont répandus [se refiere a los rumores de traición de Saboya].» Ursinos a Torcy. Madrid, 30 de agosto de 1703. L. TR., III, p. 76; también Felipe V a Luis XIV. Madrid, 21 de agosto de 1703. AA. EE., CPE., t. 125, fol. 95v., donde el monarca intercede en favor de su esposa ante Luis XIV.



embargo, dado que no existía nada confirmado al respecto, en un principio evitó informar de ellos a la reina. De hecho, poco después sostuvo lo infundado de los mismos, según había podido corroborar del contenido de una misiva del marqués de Saint-Thomas que el enviado saboyano le había mostrado.<sup>1839</sup> En esta misma línea justificativa, a mediados de septiembre de 1703 fue el propio Opeti quien se reunió con Felipe V para defender la lealtad de su soberano a los Borbones, audiencia a la que María Luisa asistió en su parte final por expreso deseo del monarca, sabedor de que la noticia satisfacería a su esposa. Con todo, el diplomático reconoció días más tarde la creciente credibilidad que comenzaban a otorgar en Madrid a la futura adhesión de Saboya a la Gran Alianza.<sup>1840</sup> En un claro ejemplo de instrumentalización de la consorte por parte de Versalles, o de mediación consentida, por las mismas fechas Luis XIV instó a la soberana a escribir a su padre y asegurarle la confianza de las Dos Coronas en su fidelidad al tratado suscrito en 1701: «Je suis persuadé qu'il est incapable de manquer à ses premières engagements et à une parole ausy precise. *Si vous luy écrivez, comme je crois que vous le devez faire, V[ou]tre M[ajesté] peut luy marquer qu'elle a este entièrement rassuré par la confiance qu'elle voit que je prends à ce qu'il m'a fait dire et comme j'aperçois en toutes occasions la manière dont vous repondez à toute la tendresse que j'ay pour vous.*»<sup>1841</sup>

La incertidumbre se mantuvo hasta que el episodio de San Benito obligó al ducado a declarar abiertamente su defección.<sup>1842</sup> Fiel a su señor, Opeti presentó las acciones de Víctor Amadeo II como consecuencia de la desconfianza e ingratitud de Francia hacia los servicios del duque, que lo sucedido en San Benito no hacía sino

---

<sup>1839</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 17 de agosto de 1703, recogida en L. TR., III, p. 65. «J'ouvre ma lettre, Monsieur, pour vous dire que l'ambassadeur de Savoye ayant écrit à Turin sur ce qui se publie de son maistre, est venu me montrer une lettre qu'il vient de recevoir, par laquelle le marquis de Saint-Thomas l'assure que ce sont des faussetés; que de les ennemis de M. le duc de Savoye font courir pour le déshonorer. Il ajoute que ce prince a donné assez de marques à l'Espagne de son sincère attachement, pour qu'on soit persuadé qu'il n'entrera jamais dans aucun parti qui lui soit contraire.» La misma al mismo. Madrid, 30 de agosto de 1703. *Ibidem*, pp. 75-76.

<sup>1840</sup> Opeti al duque de Saboya. Madrid, 12 y 19 de septiembre de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 48. Una iniciativa semejante realizó Vernon en Versalles con el fin de reiterar la fidelidad de su soberano a la Casa de Borbón. Torcy a Ursinos. Marly, 14 de septiembre de 1703. AA. EE., CPE., t. 125, fol. 115v.

<sup>1841</sup> Luis XIV a la reina de España. [S.l.], 6 de septiembre de 1703. AA. EE., CPE., t. 125, fols. 111r.-v.; A.H.N., E., 2460(2), n.º 9. La cursiva es nuestra. Por su parte la reina se mostró sumisa ante las órdenes de Luis XIV. María Luisa al rey de Francia. Madrid, 22 de septiembre de 1703. AA. EE., CPE., t. 125, fol. 235r.-v.

<sup>1842</sup> Acción de la que Torcy informó a Ursinos para que diese cuenta de ella a la reina. El mismo a la misma. [S.l.], 5 de octubre de 1703. *Ibid.*, fol. 226r.

confirmar. Al mismo tiempo, el diplomático se sirvió del nuncio Aquaviva y de la camarera mayor para transmitir la noticia a María Luisa quien, según su correspondencia, fue “prorotta in amarissimo pianto” y permaneció encerrada en sus aposentos durante varios días.<sup>1843</sup> En último término, la traición de Saboya planteó a la reina el problema de la continuidad, naturaleza y límites del intercambio epistolar que mantenía con su patria nativa. Desde el punto de vista de las relaciones internacionales y del alineamiento de las potencias europeas en el conflicto sucesorio, habría podido exigirse de María Luisa la completa interrupción de sus contactos con la corte de Turín, toda vez que las misivas que en adelante enviase a la familia ducal constituirían epístolas remitidas al enemigo. Con todo, la incidencia de las relaciones dinásticas sobre las decisiones concernientes al ámbito diplomático durante el Antiguo Régimen, permite comprender la flexibilidad con la que Versalles y Madrid abordaron el problema.<sup>1844</sup> Más adelante trataremos con mayor profundidad esta cuestión, pero por el momento nos gustaría traer a colación la actitud de María Luisa en esta coyuntura. El que la reputación de la soberana, como su popularidad entre el pueblo castellano, no se vieran afectadas por la adhesión de Saboya a la Gran Alianza se debió en buena medida tanto al prestigio del que la consorte disfrutaba por esas fechas, como a la prudencia y sumisión con las que acogió la traición del duque a las Dos Coronas.<sup>1845</sup> En este sentido, una vez la alineación del ducado junto al Imperio y las potencias marítimas fue un hecho consumado, María Luisa procuró consensuar con Luis XIV el grado de relación que en lo sucesivo había de tener con la Casa de Saboya: «Je ne veux rien faire dans tout ceci qu’avec votre aide -escribió-. Ainsy, je vous supplie de m’ordonner quelle conduite je dois tenir avec toute ma famille (...).»<sup>1846</sup> En tanto que soberana de una

---

<sup>1843</sup> El mismo al mismo. Madrid, 20 de octubre de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 48; Ursinos a Torcy. Madrid, 17 de octubre de 1703, recogida en L. TR., III, pp. 94-95, donde describe pormenorizadamente la reacción de la reina ante la noticia.

<sup>1844</sup> Para una síntesis al respecto véase BÉLY, L.: «La société des princes: discours et pratiques diplomatiques au temps de Louis XIV», en AUTRAND, F. (et alii.): *Histoire de la diplomatie française. I. Du Moyen Age à l’Empire*. París, 2007 [2005], pp. 396-413 y, del mismo autor, el trabajo más amplio *Espions et ambassadeurs...*

<sup>1845</sup> En su correspondencia con Versalles Louville achacó esta situación en parte a la acción de la princesa: «(...) On commence aujourd’hui à se consoler [de la traición de Saboya], parce que la princesse dit qu’elle sait, par les émissaires de Savoye, que le duc ne songe dans tout ceci qu’à l’agrandissement de sa maison en Italie aux dépens de la France, et point du tout au mal de l’Espagne.» LOUVILLE, II, p. 125. El contenido de una de las cartas de la princesa a Torcy, fechada en Madrid, 17 de octubre de 1703, permite poner en tela de juicio las acusaciones de Louville. L. TR., III, pp. 94-95.

<sup>1846</sup> La reina a Luis XIV. Madrid, 29 de octubre de 1703. AA. EE., CPE., t. 125, fol. 333r. Desde el momento en que la ruptura fue oficial María Luisa interrumpió toda correspondencia con la corte de

Monarquía independiente de Francia, la problemática de los vínculos de la reina con la familia ducal constituía una decisión que concernía, *a priori*, únicamente a Felipe V (algo que según veremos no escapó a Luis XIV). Sin embargo, al consultar al monarca galo al respecto la iniciativa de la soberana pasaba a convertirse, por una parte, en un ejercicio de cautela que entrañaba el reconocimiento explícito de la condición de Luis XIV en calidad de cabeza de la dinastía borbónica. Por la otra, puede interpretarse también como una demostración de la lealtad de la reina hacia las Dos Coronas, así como de su capacidad para comprender que si Francia y la Monarquía Hispánica compartían los mismos intereses en el conflicto sucesorio, las decisiones relativas a sus aliados y enemigos comunes debían contar con el consenso de sus respectivos soberanos.

Luis XIV tardó dos semanas en contestar a la carta de la soberana. En la misiva que envió a la reina se mostró comprensivo y condescendiente:

«Je crois qu'il [Felipe V] approuve comme moy que V. Mté. continue d'écrire aux deux duchesses sa mère et sa g[rand] mère. Vous me demandés mes conseils à l'égard du d[uc] de Savoye. Je croyu que vous devez continuer a luy escrire. Je suis persuadé qu'il ne pourra tirer aucun avantage des sentiments que vous témoignerez et qu'une fille doit toujours conserver pour son père. Ne faites rien cependant sans les avis du R[oi] d'Espagne et recevés ceux que je vous donne comme une marque de la confiance et de la tendresse véritable que j'ay pour vous.»<sup>1847</sup>

Ahora bien, la respuesta de Luis XIV a la cuestión planteada por María Luisa no estaba motivada, o por lo menos no únicamente, por la confianza y la ternura a las que aludía en su misiva. Al permitir que la reina continuase con su intercambio epistolar con la Casa de Saboya, el monarca llevaba a cabo, en primer lugar, otro ejercicio de prudencia política similar al realizado por la consorte. La correspondencia de la soberana con su familia nativa, sometida a la supervisión de Versalles<sup>1848</sup> y reducida en su contenido al intercambio de parabienes y noticias más

---

Turín y, aunque cesó también de recibir a Operti, se sirvió de este para recibir noticias sobre la salud de sus padres y abuela. Operti al marqués de Saint-Thomas. Madrid, 7 y 21 de noviembre de 1703. A.S.T., LMS., Mazzo 48.

<sup>1847</sup> Luis XIV a la reina. Versalles, 19 de noviembre de 1703. A.H.N., E., leg. 2460(2), n.º 16, citada parcialmente por BAUDRILLART, I, p. 169.

<sup>1848</sup> Tras la ruptura de la alianza borbónico-saboyana el intercambio epistolar entre la reina y la Casa de Saboya circuló de Madrid y/o Turín a Versalles desde donde, primero la duquesa de Borgoña, y tras la muerte de esta en 1712 Madame la duquesa de Orleáns, las remitían a su destino definitivo. La reina a Luis XIV. Madrid, 3 de diciembre de 1703. AA. EE., CPE., t. 125, fol. 464r.; duque de Alba a Don José Grimaldo. París, 4 de mayo de 1711. A.G.S., E., leg. 4308 y Ursinos a Torcy. Madrid, 20 de junio de

banales carentes de toda connotación política (sobre la salud, acontecimientos familiares, etc.)<sup>1849</sup>, poseía a largo plazo una alta potencialidad. La circulación de misivas entre cortes rivales, alineadas en bandos enfrentados en la guerra, había de contribuir a mantener vivos lazos familiares y afectos filiales a través del contacto periódico entre soberanos y príncipes.<sup>1850</sup> Vínculos, pero también sentimientos y emociones, susceptibles, como indica Lucien Bély, de propiciar un nuevo acercamiento entre ambas dinastías en un panorama diplomático que podía cambiar en función de victorias, derrotas o la divergencia de intereses (tanto más en el seno de una coalición tan amplia como era la Gran Alianza).<sup>1851</sup> Esta circunstancia permite comprender el que entre 1704 y 1714 Francia no coartase en ningún momento el flujo epistolar Madrid-Versalles-Turín, aunque ejerciese un férreo control sobre él.<sup>1852</sup> Por el contrario, el gobierno francés estuvo dispuesto a servirse de la correspondencia de la reina y la duquesa de Borgoña con la familia ducal a beneficio de los intereses borbónicos en el conflicto sucesorio. El fracasado intento por atraer al ducado a una nueva alianza con los Borbones en 1708/1709 así lo constata. Si bien el conde de Tessé, el duque de Uceda y el marqués de Monteleón dirigieron desde Roma y Génova esta negociación secreta e informal, ambas princesas jugaron un papel destacado en su desarrollo.<sup>1853</sup> En concreto, la reina escribió directamente a su padre una conocida epístola en la que le ofrecía la cesión

---

1712. AA. EE., CPE., vol. 214, fol. 295r. Por su parte Macanaz alude a la participación del cardenal Gualterio en la “correspondencia secreta” de la reina con su madre, aunque añade que el contenido de ésta giraba únicamente alrededor de la “salud de sus Padres y hermanos”. *Memorias para la historia...*, IV. R.B., II/2084, fol. 206v.

<sup>1849</sup> Pese a lo señalado en la nota anterior algunas situaciones particulares, como las enfermedades de algunos miembros de la familia ducal, provocaban el envío de correos extraordinarios desde Madrid a Turín con el deseo de recabar información exacta sobre las personas reales: “La Reyna se mantiene buena, aunque con justo cuidado de la salud de los Sres. Duque y Duquesa de Savoya y de los Príncipes, habiendo parezido a Su Mag[esta]d Despachar un ex[traordina]rio yente y viniente a Turín con cartas para S. A. Rs. Y también para sus hermanos.” Don José Grimaldo al marqués de Mejorada. Madrid, 22 de julio de 1710. A.H.N., E., leg. 523.

<sup>1850</sup> O como indica Alain Hugon, «elles [las princesas europeas casadas en el extranjero] tissaient des réseaux de correspondance qui garantissaient les sociabilités familiales», en HUGON, A.: «Mariages d’État et sentiments familiaux...», en POUTRIN, I. & SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir politique...*, p. 80.

<sup>1851</sup> BÉLY, L.: “Casas soberanas y orden político en la Europa de la Paz de Utrecht”, en FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P. (ed.): *Los Borbones...*, en concreto pp. 70-77.

<sup>1852</sup> Buena prueba de ello es la constante preocupación de la reina por conocer cuál era la opinión de Versalles ante el contacto epistolar que mantenía por ejemplo con su madre y si en la corte francesa estimaban que este era excesivo por ejemplo. «Prenez vous la peine de me mander si on ne trouve point que j’écris trop souvent à ma mère (...)» La Reina a Madame de Maintenon. Madrid, 19 de junio de 1705; la misma a la misma. Madrid, 20 de julio de 1705. AA. EE., M/D., t. 128, fols. 77v. y 90r.

<sup>1853</sup> Tessé a la reina de España. Fontainebleau, 20 de agosto de 1708. B.N.F., N.A.F., 20273, fol. 15v.

del Milanesado a cambio de su defección del bando aliado. La naturalidad con la que la soberana realizaba su oferta, junto al sentimentalismo que impregna toda la carta<sup>1854</sup>, serían incomprensibles de haberse producido una ruptura total de relaciones cinco años atrás. Al mismo tiempo esta misiva, sumada a las que escribió por su parte la duquesa de Borgoña, demuestran que el recurso a lo emocional constituyó un componente fundamental en el trato entre el duque de Saboya y sus hijas a partir de 1703.<sup>1855</sup> Obviamente eso no quiere decir que ambas dinastías cifraran la evolución de sus relaciones en lo afectivo (como puso de manifiesto que la reconciliación solo tuviera lugar tras la paz)<sup>1856</sup>; pero sí que la incidencia en los sentimientos filiales, constante en la retórica de las cartas remitidas a Turín, fue entendida como un factor capaz de implementar la eficacia de iniciativas propiamente diplomáticas que entrañaban propuestas de alianza con beneficios tangibles (territoriales) para el estado saboyano.<sup>1857</sup>

---

<sup>1854</sup> «Jusqu'à quand, mon cher papa, pretendes-vous persecutter vos filles en leur faisant souffrir tout ce qu'on peut imaginer, rien me peut-estre plus cruel que de se voir faire la guerre par un père qu'on aime. Finisses mes malheurs, aimes un enfant qui le mérite, il ne tient qu'à vous de me rendre la princesse du monde la plus heureuse (...)» La reina al duque de Saboya. Madrid, 31 de enero de 1708. A.H.N., E., leg. 2574; una copia de la misma en A.S.T., LPD., Mazzo 26.

<sup>1855</sup> Citaremos a continuación algunos ejemplos: «Le sang, mon cher père, se fait sentir bien vivement dans toutes les occasions, et quoique ma destinée malheureusement, puisqu'elle me fait être un parti contraire au vôtre, vos intérêts sont si fort imprimés dans mon cœur que rien ne me fera jamais souhaiter le contraire; mais cette même tendresse ne fait qu'augmenter ma douleur, quand je songe que nous sommes au nombre de vos ennemis (...)» La duquesa de Borgoña al duque de Saboya. [S. l.], 31 de diciembre de 1708, recogida en GAGNIÈRE, A. (ed.): *Marie-Adélaïde de Savoie...*, pp. 331-332. «Je ne sais pas ce que vous gagneries si la Maison d'Autriche s'agrandissoit si fort, revenés mon cher père, véritablement pour des enfants qui ne soutaitte[nt] que vostre avantage (...) rendés donc heureuse en ce que peut dependre de vous une fille que vous aves bien fait souffrir et qui vous aime certainement avec une grande tendresse (...)» La reina al duque de Saboya. Madrid, 1 de septiembre de 1709. A.S.T., LPD., Mazzo 26. Esta carta debe contextualizarse en el fracaso de la mediación entre Saboya y las Dos Coronas promovida por Tessé, que tuvo lugar a principios de 1709. Tessé a Luis XIV. Roma, 16 de febrero de 1709. B.N.F., N.A.F., 20273, fols. 306v.-307r.

<sup>1856</sup> Entre los papeles de Tessé existe una Memoria que aborda consideraciones estrictamente diplomáticas, como por ejemplo la cesión del Milanesado que, aunque ofrecida por la reina, Versalles estaba dispuesta a secundar. *Considerations sur les interests présents de S. A. R.* Génova, 25 de septiembre de 1708. B.N.F., N.A.F., 20273, fols. 58r.-v.

<sup>1857</sup> Un buen ejemplo del interés por instrumentalizar las emociones en favor de las relaciones entre Saboya y las Dos Coronas lo encontramos en las diferentes Memorias redactadas por el conde de Tessé en el contexto del frustrado acercamiento diplomático que tuvo lugar en 1708/1709. Así por ejemplo en la *Mémoire pour M[adam]e la Duchesse de Bourgogne sur la conduite qu'elle doit tenir pour parvenir et avoir la permission de travailler à raccomoder S. A. R. son père avec le Roy*, podemos leer que «quelques larmes à propos ou quelque témoignage d'atendrisement naturel» por parte de María Adelaïda de Saboya contribuirían a conmovier a Luis XIV e inducirle a autorizar la intervención de la princesa en la negociación con Turín. En la misma línea tanto el *Projet de conformement (...) d'une lettre de M[adam]e la Duchesse de Bourgogne à M[onsieu]r de Savoye* como el *Projet d'une seconde lettre tendante a mesme fin que la première*, hacían de la retórica del afecto filial un factor que no sólo justificaba la participación de la duquesa en una iniciativa diplomática de la que *a priori* debía quedar excluida, sino que también sustentaba la sinceridad y buena fe

En segundo lugar, el posicionamiento de Luis XIV en lo relativo a los contactos de la reina con la familia ducal a partir de 1703 supondría una muestra de la “civilidad principesca” a la que alude Bély en su ya citado artículo. En palabras de este autor, las actitudes derivadas de esta “civilidad” no solo favorecían “la comunicación con el enemigo y facilitaba[n] la vuelta a relaciones normales inmediatamente después de la paz”; también respondían a un modelo de comportamiento propio de la *Société des princes* (expresión también de Bély) que los soberanos europeos conformaban y que se sustentaba en la posesión por todos ellos de una cosmovisión y unos valores comunes que trascendían el estado coyuntural de las relaciones internacionales. En este sentido, pese a la vigencia del conflicto sucesorio, Luis XIV vistió de luto por la muerte de una archiduquesa, hija de Leopoldo I.<sup>1858</sup> Pero este no es el único ejemplo que podemos citar. Volviendo al caso concreto de María Luisa de Saboya, la familia ducal fue informada de cada uno de los embarazos y partos de la reina, en un ejemplo de *politesse* que Madame de Maintenon justificó en los siguientes términos: «notre Roi ne connaît point ces petites vengeances, et a pour ses ennemis toutes les honnêtetés convenables.»<sup>1859</sup> Por su parte, Víctor Amadeo II se negó a conceder en 1708 el tratamiento de reina de España a Isabel Cristina de Brunswick, consorte del archiduque, cuando se preveía que esta atravesaría sus estados en dirección a Barcelona. Este gesto público del duque, difundido con prontitud<sup>1860</sup>, no puso en entredicho la adhesión de

---

de las propuestas de reconciliación efectuadas por el gobierno francés: «Il ne me convient point de vous parler d'affaires d'Etat, mais il me convient toujours de vous aimer et chercher les occasions de contribuer aux avantages et à la grandeur solide de vos interrez et de ceux des princes mes frères, quand ceux de la Maison à laquelle je suis indispensablement et indissolublement attachée ny seront point contrairés (...). Au nom de Dieu, regardés ce que je fais aujourd'hui comme l'effusion du cœur d'une fille à son père, elle craint naturellement de se mesler d'affaires, mais au fond à qui escrit elle [est] à son père, que luy propose telle ses avantages [sic] et que cherche elle l'union.» B.N.F., N.A.F., 20274, fols. 61v., 62v. y 64r.-v.

<sup>1858</sup> BÉLY, L.: “Casas soberanas...”, en FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P. (ed.): *Los Borbones...*, p. 75.

<sup>1859</sup> Madame de Maintenon a la princesa de los Ursinos. Saint-Cyr, 30 de enero de 1707, recogida en LOYAU, M. (ed.): *Lettres de Madame de Maintenon...* IV, p. 77. Algunas de las cartas de Felipe V relacionadas con estas cuestiones se encuentran en A.S.T., LS, Mazzo 99.

<sup>1860</sup> “De Milán avisan que el Conde Guido de Staremborg había buuelto allí de Jornada de Turín, mal satisfecho del Sr. Duque de Savoya porque a la instancia que le hizo de parte del Rey de Romanos de que diesse las órdenes combenientes para que por su Jurisdicción fuesse recibida y tratada la Princesa de Wolffembutel como Reyna de España que S. A. R. le respondió que por sus Dominios sería servida y atendida con la distinción que corresponde a tan alta Dama y Princesa *pero que por sus noticias sabía que la Reyna de España se mantenía en Madrid con perfecta salud*. De esta respuesta (disen) se ha formalizado Staremborg (...).” Diego de Monteagudo a José Grimaldo. Génova, 19 de abril de 1708; véanse también las misivas enviadas alrededor del mismo tema por Monteagudo a Grimaldo. Génova, 16 de junio de 1708 y Villamayor al mismo. Génova, 17 de junio de 1708. A.G.S., E., leg. 5423. La cursiva es nuestra.

Saboya a la Gran Alianza<sup>1861</sup>, pero nos sirve para comprender cómo en determinados momentos los lazos de parentesco entre soberanos propiciaban situaciones o iniciativas personales con independencia de las alianzas diplomáticas establecidas por los estados sobre los que gobernaban.

\*\*\*\*\*

Analizar las relaciones de la reina María Luisa con la Casa de Saboya en el marco de la ruptura de la alianza del ducado con las Dos Coronas supone un trabajo de una cierta dificultad. Lo fragmentario de la correspondencia personal intercambiada por la reina con su familia constituye, de entrada, un escollo a la hora de realizar un análisis exhaustivo. Dicho esto, no es menos cierto que este inconveniente puede subsanarse gracias a otras fuentes indirectas: *verbigracia* la correspondencia de Operti con los duques de Saboya y Madame Royale (que sí conservamos prácticamente en su totalidad) en la que abundan las alusiones a la consorte, los vínculos de diferente naturaleza que mantenía con la familia ducal, su labor de patronazgo en favor de determinados súbditos piamonteses o su condición como mediadora entre ambas dinastías. El estudio realizado a lo largo de este capítulo es, por tanto, fruto del cruce de documentación diplomática y de carácter en mayor o menor medida privado. De nuestro análisis hemos podido extraer las siguientes conclusiones: en primer lugar, y desde una perspectiva general, debemos considerar lo exagerado de las informaciones de Louville relativas a la parcialidad de la reina hacia los intereses saboyanos. Una apreciación que se extiende también a las sospechas del marqués en cuanto a la influencia que Víctor Amadeo II ejercía, o podía ejercer en un futuro, sobre el gobierno español. Los testimonios que hemos consultado revelan una innegable prudencia por ambas partes, la soberana y la familia ducal, tanto en la exteriorización pública de los lazos que les unían como en los posibles réditos que el ducado podía obtener de los mismos. Buena prueba de ello son la actitud de María Luisa ante la proyectada traducción al castellano de la obra de De Lescheraine, que le había de ser dedicada, o la cautela evidenciada por la corte de Turín a la hora de servirse del patrocinio de la consorte en favor de sus intereses en la Monarquía Hispánica.

Ciertamente, ambos comportamientos eran consecuencia del control impuesto por Versalles y Madrid sobre las relaciones de la soberana con su dinastía de origen, pero

---

<sup>1861</sup> Si bien debe contextualizarse en un periodo de cierta tensión entre las cortes de Turín y Viena a consecuencia de la investidura en favor de Víctor Amadeo II del Vigevano.

por lo que concierne a María Luisa observamos igualmente una cierta evolución en el modo en que asumía su doble pertenencia dinástica. Así por ejemplo las referencias al cariño que la reina prodigaba a sus hermanos, o lo que era más importante a su voluntad por favorecer en la medida de sus posibilidades a la Casa de Saboya, se hicieron menos explícitas y comprometedoras en su correspondencia y se acompañaron de otras actitudes que ponían de relieve la lealtad de la consorte a la Casa de Borbón. Ello no significó ni que se produjera un progresivo enrarecimiento de los lazos afectivos que ligaban a la soberana con su familia, ni que la corte de Turín renunciase por completo a los privilegios derivados de la elevación de una de sus princesas al rango de Reina Católica. María Luisa, al igual que otras soberanas que se encontraban en su misma situación, era libre de manifestar los sentimientos que albergaba hacia su parentela, así como, si tenía capacidad para hacerlo, de favorecer los intereses de su linaje o de determinados sujetos de su patria de origen. Según hemos señalado a lo largo de este capítulo a nuestro modo de ver el límite entre la permisividad y el rechazo en ambas cuestiones se encontraba en la instrumentalización reiterada de estos afectos por parte de la corte de origen, así como en la diferenciación de los ámbitos sobre los que la consorte desarrollaba su papel como mediadora en favor de su patria nativa. En este sentido no parece que la labor de patronazgo llevada a cabo por María Luisa entre ciertos súbditos piamonteses, bien de manera directa bien a instancias de Operti, concitara una abierta oposición en ninguna de las cortes de las Dos Coronas. Si ello fue así se debió, en buena medida, a la discreción de la reina y a la naturaleza de las mercedes concedidas; al afán del gobierno saboyano por optimizar la gracia de la soberana y dirigirla hacia asuntos de mayor relevancia para sus intereses; y, por último, al hecho de que la participación de la consorte en el reparto de mercedes, aunque estas recayesen sobre súbditos no naturales de la Monarquía, no tenía por qué entrañar un rechazo automático si dicha intervención se llevaba a cabo con prudencia, sin caer en el exceso, la exigencia y la abierta venalidad que por ejemplo habían caracterizado el proceder de Mariana de Neoburgo. Por el contrario, la condición de María Luisa como intermediaria en las relaciones entre el ducado y las Dos Coronas resultó más problemática que el ejercicio de la tímida labor de patronazgo que acabamos de referir. En este punto la reina se encontraba inmersa en el centro de dos corrientes cuya intencionalidad era semejante y a las que únicamente diferenciaban sus objetivos. Tanto el gobierno de Versalles como el de Turín estuvieron dispuestos a valerse de



María Luisa de Saboya a lo largo del conflicto sucesorio con el fin de satisfacer sus ambiciones en el plano diplomático. Según vimos, las Dos Coronas procuraron servirse desde el principio de los lazos familiares de la reina con el duque de Saboya, primero para intervenir en las relaciones entre el ducado y la Santa Sede, problema que les afectaba transversalmente; y después, ya rota la alianza, con objeto de promover una segunda adhesión de Saboya al bando borbónico. Por su parte, Turín, pese a la prudencia que ya hemos señalado, jamás perdió de vista entre 1701 y 1703 la importancia que podía tener el crédito de María Luisa en la corte española, junto a su ascendiente sobre Felipe V, en el momento de una hipotética paz con los aliados que implicase la desmembración de la Monarquía Hispánica. Ahora bien, la fragilidad y desconfianza que presidieron las relaciones entre Saboya y las Dos Coronas en el primer cuarto del siglo XVIII hicieron de todo punto imposible que la consorte pudiera coronar con éxito cualquier acercamiento entre ambas potencias sobre la base de su posible mediación.

Por último, es de notar que la voluntad de instrumentalizar afectos y parentescos fue común en ambas dinastías y nos permite comprender en toda su complejidad no solo la “generosidad” de Luis XIV al permitir que la reina mantuviera un contacto regular con la familia ducal tras la traición de Víctor Amadeo II a los Borbones; sino también el interés de los duques de Saboya y Madame Royale por mantener vivos los vínculos familiares y emocionales que les unían a María Luisa, susceptibles de favorecer las pretensiones de la diplomacia saboyana a largo plazo.

## MARÍA LUISA SIN URSINOS: PRIMEROS CONATOS DE INDEPENDENCIA RESPECTO A VERSALLES.

«L'enchantement du Roi pour la Reine est si grand, qu'il n'y a rien de quelque nature que ce soit, qu'elle ne fût capable de lui faire faire. Cette princesse, élevée par son père, dans lequel elle a vu une haine et une aversion indicible pour la nation française, voudroit qu'il fût possible de se passer des Français. C'est n'est que par nécessité qu'elle les voit; cependant elle les satisfait de paroles et de manières flatteuses; elle craint, respecte infiniment le Roi, et souhaite son estime; elle hait naturellement la peine et l'application de suite, mais elle veut être informée, et trouveroit fort mauvais qu'aucune affaire se fît sans sa participation.»<sup>1862</sup>

La orden de destierro de la princesa de los Ursinos en abril de 1704 causó un verdadero impacto en la corte madrileña. En los últimos meses de 1703 las relaciones entre la dama y el gabinete de Versalles no solo se vieron considerablemente enrarecidas, sino que por esas fechas la princesa fue también consciente del descrédito y censura que su relación con el poder había concitado allende los Pirineos (recuérdense sus intentos por justificar la protección que otorgaba a Orry). Ahora bien, resulta innegable que la orden de destitución fue inesperada tanto para la propia Ursinos y la reina María Luisa como para los cortesanos españoles, que juzgaban la posición de la princesa en el eje Versalles-Madrid más sólida de lo que resultó ser a la postre.

La sorpresa que causó en ambas cortes la medida adoptada por Luis XIV se debió en buena medida a la discreción y prudencia con las que el monarca francés dispuso el destierro de la dama. Al contrario de lo que sucedió en el invierno de 1703, durante la breve caída en desgracia de la princesa tras la crisis del Despacho, en esta ocasión no se produjo vacilación alguna, como tampoco una rectificación *in extremis*. Dada la opacidad de las fuentes y crónicas contemporáneas, es difícil establecer una secuencia completa de los momentos inmediatamente anteriores la toma de esta decisión por el gabinete francés. Sin embargo, todo parece indicar que se trató de una resolución meditada y que, pese a lo sucedido con posterioridad, fue tomada tras tener en cuenta los posibles efectos que la misma podía tener para el equilibrio de poderes en la corte madrileña y, más concretamente, para el papel que María Luisa de Saboya

---

<sup>1862</sup> «Mémoire du maréchal de Tessé, sur la cour et les affaires d'Espagne, porté par le marquis de Maulevrier à M. de Chamillart». Campo de Gibraltar, 11 de abril de 1705; recogida en *Mémoires et lettres...*, II, pp. 155-156.

había de desempeñar como consorte de Felipe V. En la primavera de 1704 Luis XIV demostró que había aprendido de las experiencias pasadas. A diferencia de lo ocurrido en 1703 en esta ocasión el monarca francés presentó la destitución de la princesa como una decisión irrevocable para cuya ejecución se tomaron ciertas precauciones. En primer lugar, se eligió cuidadosamente el momento en que los reyes y la camarera mayor fueron informados de la medida. Así, con el fin de evitar que María Luisa pudiera obtener de Felipe V la revocación de la orden emitida, Luis XIV no expresó sus intenciones hasta que el monarca abandonó la corte para trasladarse al frente militar. Tal y como el rey de Francia explicitaba en una misiva, esperaba la total sumisión de la princesa, en tanto que súbdita francesa, hacia sus disposiciones. Empero, solo Felipe V podía en última instancia autorizar la destitución de los miembros de la Casa de la reina, de ahí la importancia de que la soberana conociera el destino de su camarera mayor mientras se encontrase alejada del rey.<sup>1863</sup> En segundo lugar, y de manera deliberada, María Luisa y la princesa fueron las últimas en conocer la voluntad de Luis XIV. Felipe V fue informado por el abate d'Estrées y el duque de Berwick en Plasencia el 10 de abril de 1704, mientras que la reina lo sería por Chateaufort al día siguiente.<sup>1864</sup> Por último, de nuevo en comparación con la situación vivida en el invierno de 1703, varió la dialéctica de las órdenes emitidas desde Versalles. Ya no se trataba de instar a Ursinos a que abandonara su hostilidad hacia los D'Estrées amenazándola con sancionar su retiro a Roma. Por el contrario el rey de Francia dejó a

---

<sup>1863</sup> Las circunstancias que rodearon el destierro de la princesa de los Ursinos podrían ayudar a explicar tanto las dudas de Luis XIV a la hora de autorizar el traslado de la reina junto a Felipe V al frente militar, como la definitiva negativa del monarca francés a las reiteradas peticiones de María Luisa en este sentido. La reina a Luis XIV. Madrid, 16 de febrero de 1704. *DM4V*, p. 213; Luis XIV a la reina. Versalles, 27 de enero y 6 de marzo de 1704. A.H.N., E., leg. 2460 (2), n.º 4 y 7. Por otra parte, las instrucciones del monarca francés al abate d'Estrées reconocen de manera explícita la necesidad de sancionar la destitución de la princesa en tanto Felipe V se encuentre alejado de la reina: «il falloit attendre que le roi d'Espagne fût parti de Madrid: j'avois lieu de prévoir qu'il seroit trop sensible aux larmes de la Reine; qu'elles pourroient l'empêcher de déférer assez promptement á mes conseils. Il étoit par conséquent à propos de différer jusqu'à ce qu'il fût éloigné d'elle et que la raison seule pût agir sur son esprit.» Las mismas instrucciones incluyen, además, otros razonamientos relativos a las consecuencias derivadas de la negativa de Felipe V a seguir las órdenes de su abuelo, concretamente la firma de una paz al margen de la Monarquía Hispánica en el momento oportuno. MILLOT, pp. 165-166.

<sup>1864</sup> En una de sus misivas al cardenal Gualterio el abate d'Estrées describe el modo en que se desarrolló el anuncio de la destitución de Ursinos en los siguientes términos: «Mme. des Ursins vient d'estre rapelé par le roy et l'ordre de sortir de Madrid en 24 heures à esté confirmé par le Roy d'Espa[gne]. Je ne me suis iamais chargé d'une comission si délicate ; j'ai si bien pris mes mesures que le Roy ne peut que se louer de l'obéissance du Roy son petit-fils et dans une affaire qui devoit m'estre aussi agréable, ie me suis conduit de manière que M. des Ursins me doit scavoit gré de ma modération, quoique ie sois fort éloigné de rechercher son amitié (...).» Abate d'Estrées al cardenal Gualterio. Plasencia, 10 de abril de 1704. B.L., Add. Mss. 20359, fol. 94r.

un lado cualquier afán de conciliación y manifestó su voluntad con contundencia. La princesa debía abandonar inmediatamente la corte española para instalarse de nuevo en Italia o Francia.<sup>1865</sup> La premura exigida en su partida tenía igualmente por objeto evitar todo conato de reacción por parte de Ursinos y la soberana. Destituida de su cargo la primera, el contacto directo e indirecto, esto es también epistolar, entre la princesa y la reina debía verse en teoría interrumpido por completo.

La discreción con la que el gabinete francés acometió el cese de la camarera mayor se hizo extensible a las causas que lo motivaron. Los biógrafos de la princesa han entendido su primera caída en desgracia como consecuencia, por una parte, del flujo de informaciones que circularon desde Madrid a Versalles en relación a la perniciosa influencia que Ursinos ejerció sobre los asuntos de Estado durante la segunda mitad de 1703, cuyo punto culminante coincidió con las pesquisas de Puységur respecto a la labor de Orry; por la otra, como resultado de la audacia de la dama al apostillar la misiva dirigida por el abate d'Estrées a Torcy. Una acción esta última condenada no solo por imprudente sino también porque, al constituir una abierta violación del secreto diplomático, confirmó las sospechas del gobierno galo respecto al espionaje impuesto por Madrid a la correspondencia de su embajador ante Felipe V. No obstante, aunque los motivos que llevaron a Luis XIV a decretar la retirada de la camarera mayor fueron muy pronto deducidos, dilucidados y debatidos en ambas cortes<sup>1866</sup>, lo cierto es que el silencio de Versalles al respecto<sup>1867</sup> alentó la

---

<sup>1865</sup> Luis XIV a la reina de España. 19 de marzo de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 124r.; Pucci a su gobierno. Plasencia, 21 de abril de 1703. A.S.F., MdP, Filza 4992. Aunque en un primer momento Luis XIV se mostró más flexible en cuanto al lugar de destierro de la princesa, a finales de mayo informó a ésta que debería instalarse definitivamente, esto es sin pasar por Francia, de nuevo en Roma. Luis XIV a Ursinos. Versalles, 25 de mayo de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 259r.

<sup>1866</sup> Tal fue el caso de Pucci, quien en un informe a su gobierno achacó la destitución de Ursinos a su activa participación junto a D'Aubigny y Orry en la toma de decisiones. Pucci a su gobierno. Plasencia, 21 de abril de 1704. A.S.F., MdP, Filza 4992. Véase también el testimonio de Madame Aguirre, quien escribió a Torcy que la razón “principalísima” de la caída de la princesa había sido “la desgraciada elección que tuvo desde sus principios en caballeros que sin duda la an [sic] hecho precipitar” Aguirre a Torcy. Madrid, 25 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 204v.

<sup>1867</sup> Según podemos apreciar en el *Journal* de Dangeau Luis XIV hizo público el exilio de la princesa el 19 de abril de 1704, esto es, una semana después de que la soberana y la camarera mayor fueran informadas del mismo: «Le soir, après souper, le roi étant dans son cabinet avec la famille royale, M. de Torcy lui apporta des lettres d'Espagne, et le roi dit aux princesses que madame des Ursins, sur ses ordres, étoit partie de Madrid pour s'en retourner à Rome. Le roi nous le dit aussi à son petit coucher, et nous en saurons demain plus de particularités; il nous a paru que cette nouvelle faisoit plaisir au roi.» Al día siguiente Dangeau anotó que, antes de un Consejo dedicado a Ursinos, Luis XIV se reunió con el delfín para tratar la destitución de la camarera. La frase con la que el cronista explica las razones que llevaron al monarca a adoptar tal medida revela el secretismo que rodeó la caída en desgracia de Ursinos, pero también que esta fue una decisión meditada: «il y avoit plus de dix-huit mois qu'on en avoit envie, et le

circulación de todo tipo de rumores. Tal es el caso por ejemplo de los bulos, nunca confirmados, que vincularon la desgracia de la dama con el descubrimiento por parte del rey de Francia de una supuesta correspondencia clandestina entre esta y los enemigos de las Dos Coronas, en concreto con el duque de Saboya, padre de María Luisa.<sup>1868</sup>

En última instancia observamos cómo el gobierno francés no dejó tampoco al azar las consecuencias que entrañaría la partida de Ursinos para la dinámica del eje Versalles-Madrid. Así, si desde noviembre de 1701 el embajador galo y la camarera mayor habían sido dos puntales fundamentales en las relaciones de las Dos Coronas, a partir de la primavera de 1704 Luis XIV decidió prescindir de la figura de esta última en tanto que actor político. En adelante, el embajador francés habría de convertirse en el principal *alter ego* del rey de Francia en la capital española. Solo él estaría autorizado para transmitir, desarrollar y ejecutar las órdenes de Versalles, al tiempo que sobre su persona recaería en exclusiva la mediación indirecta (es decir aquella no sujeta al intercambio epistolar) entre Felipe V, su esposa y Luis XIV. Desde estas perspectivas, el nuevo esquema de poder pergeñado privaba al cargo de camarera mayor de toda iniciativa en materia político-diplomática. Según puede colegirse de la lectura de la correspondencia del periodo, la sucesora de Ursinos había de circunscribir sus funciones *sensu stricto* a los ámbitos de la Casa y servicio de la soberana, sin desviarse lo más mínimo del rol que las Etiquetas palatinas le conferían en ambos campos.<sup>1869</sup> La modificación del papel que Versalles adjudicaba a la camarera mayor influyó en las características que había de reunir la sucesora de la princesa. De entrada, la ruptura de las relaciones diplomáticas entre las Casas de Borbón y Saboya eliminó la posibilidad, barajada en enero/febrero de 1703, de que, cesada Ursinos, María Luisa optase por nominar a una dama piamontesa como su sustituta. Por otro lado, el hecho de que la nueva camarera mayor hubiera de carecer en teoría de toda relevancia política comportó una mayor libertad a la hora de elegir a la dama que había de ocupar en lo

---

roi avoit eu des raisons pour ne le pas faire.» DANGEAU, IX, entradas correspondientes a los días 19 y 20 de abril de 1704, Versalles, pp. 490-491.

<sup>1868</sup> Pucci a su gobierno. Plasencia, 21 de abril de 1704. A.S.F., MdP, Filza 4992. «Il faut vous dire que depuis le départ de M[adam]e. des Ursins il s'est repandu un bruit dans la ville qu'elle étoit d'intelligence avec nos ennemis pour trahir les deux Roys (...)» Chateauneuf a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1704. AA. EE., CPE, t. 140, fols. 76v.-77r.

<sup>1869</sup> Chateauneuf a Luis XIV. Madrid, 11 de abril de 1704; el mismo a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 54r. y 76v.-77r. Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 23 de mayo de 1704. A.N., B7231, fols. 434r.-v.

sucesivo el puesto. En particular en lo que se refería a su vinculación con Francia y la corte de Versalles.

El impacto que la caída de la princesa de los Ursinos tuvo tanto en la propia soberana como en su círculo más próximo, compuesto recuérdese por sujetos vinculados en mayor o menor medida a Ursinos, serán objeto de análisis en este capítulo. En primer lugar trataremos las circunstancias que desembocaron en la designación de una nueva camarera mayor; el papel que María Luisa jugó a lo largo de este proceso, en el que Felipe V le concedió una amplia capacidad de maniobra a despecho de las instrucciones de Versalles al respecto; y en qué medida la desgracia de Ursinos afectó a los integrantes del *entourage* de la consorte, tanto franceses como españoles. En segundo lugar abordaremos la reacción de María Luisa ante el destierro de la princesa. Concretamente la capacidad de la soberana para movilizar algunos de los recursos a su alcance, como la correspondencia y sus relaciones con destacados personajes de la corte gala, con el fin de favorecer la causa de la favorita ante Luis XIV y, a la postre, obtener su regreso a Madrid. Incidir en este aspecto nos parece interesante puesto que nos permite vislumbrar una cierta evolución en la soberana, en especial una mayor madurez en el modo en que esta afrontaba la inestabilidad en las relaciones francoespañolas en comparación con el talante que demostró a lo largo de la crisis del Despacho y los acontecimientos que la sucedieron. Por último analizaremos los cambios que comportó la caída de la camarera mayor en el estatus de la soberana en el seno del eje Versalles-Madrid; hasta qué punto la ausencia de la princesa otorgó a la consorte una mayor proyección en el mismo y cuáles fueron las características, naturaleza y límites del papel que Luis XIV pretendía adjudicar a María Luisa de Saboya en adelante. Aunque esta cuestión se tratará con mayor profundidad en el capítulo siguiente, conviene traerla a colación aquí puesto que forma parte de un largo proceso que afectó a la misión del marqués de Chateauneuf y cristalizó durante la embajada de Gramont en la capital española.

### **La misión del marqués de Chateauneuf en Madrid:**

Antiguo embajador francés en Lisboa<sup>1870</sup>, el marqués de Chateauneuf se instaló en Madrid el 31 de marzo de 1704, en la residencia de Gaspar Hersan.<sup>1871</sup> Carente de

---

<sup>1870</sup> De origen saboyano, naturalizado francés en 1675, Pierre Antoine de Castagner, marqués de Chateauneuf (1644-1725), fue embajador en Constantinopla, Lisboa y La Haya.

carácter oficial alguno, en un primer momento la estancia del diplomático en la capital española había de constituir una breve etapa en su viaje a Versalles de regreso de su embajada portuguesa. Empero, en el contexto de la destitución de la princesa de los Ursinos, su presencia en España adquirió una relevancia indudablemente mayor. En abril de 1704, en ausencia de Felipe V y del embajador francés abate d'Estrées, Luis XIV ordenó al marqués anunciar a la reina el destierro y la inmediata salida de la princesa del país.<sup>1872</sup> Asimismo, recibió el encargo de supervisar y asesorar a María Luisa de Saboya en la designación de una nueva camarera mayor. *A priori*, la labor de Chateauneuf en Madrid parecía sencilla, habida cuenta de las prevenciones adoptadas por Versalles en esta coyuntura. Sin embargo, el marqués no tardó en experimentar dificultades de diferente naturaleza que otorgaron a su misión una complejidad en un principio no prevista desde Francia.

Las complicaciones a las que nos referimos tienen un triple origen o causalidad. En primer lugar el equilibrio de poderes que presidía la corte madrileña a la llegada del diplomático. En lo que concierne a este aspecto parece evidente, porque así lo reconoció él mismo, que Chateauneuf sobrestimó la influencia que la embajada francesa tenía a la sazón sobre el gobierno español y, más concretamente, la capacidad del abate d'Estrées a la hora de inducir a Felipe V a ceñirse de manera estricta a las instrucciones de Versalles. En segundo lugar, y en relación con el punto anterior, el marqués se vio inmerso en un panorama político-cortesano dominado por la princesa de los Ursinos y sus hechuras. Estos últimos ocupaban una privilegiada posición en el entorno de la reina con la que Chateauneuf, pese a su carácter de “hombre de confianza” de Luis XIV en Madrid, no podía competir debido tanto a su condición de recién llegado como a lo oficioso de su situación. Para finalizar, el diplomático hubo de hacer frente a la desconfianza de María Luisa, así como a su interés por obtener la revocación de las órdenes de Francia. En este sentido los testimonios contemporáneos se muestran unánimes al referir las reacciones de la reina y la princesa ante la destitución de la camarera mayor. En lo que concierne a la soberana coinciden en subrayar la sumisión con la que acogió las disposiciones de Luis XIV pese a su evidente disgusto, que no

---

<sup>1871</sup> Pucci al gobierno florentino. Madrid, 1 de abril de 1704. A.S.F., MdP, Filza 4992.

<sup>1872</sup> RLA, XII-II, p. 87; COXE, W.: *España bajo el reinado...* [2011], p. 285. En un principio Luis XIV habría pensado en adjudicar a un español, concretamente al cardenal Portocarrero o al marqués de Mancera, la decisión de anunciar la destitución de la princesa de los Ursinos. MILLOT, p. 167.

pudo ocultar.<sup>1873</sup> Sin embargo, de los diferentes juicios conservados acerca del suceso, el del nuncio en Madrid, cardenal Acquaviva, nos parece el más certero por lo profético de sus palabras:

«La reine cache dans le fond de son cœur la colère de voir exécuter cette décision sous une forme aussi autoritaire, de manière qu'il y a beaucoup à craindre que cette affaire, quoique de peu d'importance à première vue, puisse avec le temps causer des effets pernicioeux, capables de troubler le repos de cette monarchie.»<sup>1874</sup>

Desde estas perspectivas, María Luisa podía disimular el efecto que la destitución de Ursinos le había causado, pero la cólera a la que se refería Aquaviva no tardó en manifestarse, lo que afectó al papel que Chateauneuf había de desempeñar en Madrid. No se trataba ya de que la reina sintiera una abierta antipatía hacia el marqués o que mantuviera con él una relación tan conflictiva como con los D'Estrées. Por el contrario, la correspondencia del diplomático revela la cortesía con la que fue recibido en todo momento por la soberana, gentileza en la que a decir de Cermakian bien pudo influir el origen saboyano del sujeto.<sup>1875</sup> Dicho esto, parece incuestionable que la labor que Versalles adjudicó al marqués no solo resultó desagradable para María Luisa sino que también tuvo mucho que ver en la escasa confianza que esta le demostró.

Las consecuencias que ambas circunstancias habían de tener para la misión de Chateauneuf se dejaron sentir desde el principio. Citaremos dos ejemplos que nos parecen significativos de la problemática a la que nos referimos y que precedieron a la nominación de la nueva camarera mayor, no exenta tampoco de problemas. El primero de ellos alude a la reacción de la reina ante la destitución de Ursinos. Como hemos dicho, María Luisa se sometió en un primer momento a los dictados de Luis XIV. Así, la princesa abandonó Madrid el 12 de abril de 1704, no sin antes recibir de su señora una jugosa gratificación económica, para establecerse en Alcalá de Henares donde había de permanecer por unos días con objeto de preparar su viaje.<sup>1876</sup> La residencia de

---

<sup>1873</sup> Aluden a las respectivas reacciones de la princesa y María Luisa ante la destitución de la camarera mayor las cartas de Pucci a su gobierno. Plasencia, 14 de abril de 1704. A.S.F., MdP, Filza 4992; Chateauneuf a Torcy. Madrid, 11 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 56v.; caballero du Bourk al cardenal Gualterio. Madrid, 16 de abril de 1704. BL, Add. Mss. 20307, fol. 14v.

<sup>1874</sup> Misiva sin destinatario ni fecha, cit. por PEREY, L.: *Une reine...*, pp. 320-321.

<sup>1875</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse des...*, p. 300 (infra 225).

<sup>1876</sup> Los gastos del viaje de la princesa y su séquito hasta la frontera fueron cubiertos por la hacienda de la Casa de la reina y ascendieron a 758 reales de vellón al día. Consulta del conde de Santisteban. Madrid, 22 de abril de 1704. En ella consta la voluntad de María Luisa por "hazer algunas demostraciones de su R[ea]l grandeza y gratitud con la Princesa y su familia de criadas y criados". A.G.P., Felipe V, leg. 52 (2). Asimismo, Chateauneuf confirmó que antes de su partida Ursinos había recibido 8000 escudos y un



la dama en la ciudad complutense llevó a la soberana a disponer una visita a Alcalá que, presentada bajo las trazas de un “inocente paseo”, tenía en realidad implicaciones de mayor calado. El hecho de que María Luisa dejara a Chateauneuf al margen de su decisión, de la que fue informado por D'Aubigny, resulta de entrada significativo e ilustra de manera elocuente la línea de conducta adoptada por la reina respecto al representante de Luis XIV. Con todo, más interesante que este aspecto en sí mismo nos parece la lectura que el susodicho episodio podía ofrecer. La proyectada visita suponía una muestra palmaria de la adhesión de María Luisa a la causa de la princesa tras su desgracia. Una pública manifestación por parte de la soberana de su disconformidad con las disposiciones del monarca francés, que acataba pero cuyas razones no tenía por qué compartir. Tal fue al menos la interpretación que le otorgó el marqués, para el que la iniciativa de la reina tenía un doble fin: por una parte, expresar su apoyo a la princesa ante los rumores que atribuían su destitución a su supuesta connivencia con los enemigos de las Dos Coronas; por la otra, y dado que fue Ursinos quien finalmente logró disuadirla de acudir a Alcalá, evidenciar que en última instancia solo se dejaría aconsejar y guiar por su antigua camarera mayor.<sup>1877</sup>

El segundo de los ejemplos que queríamos citar trae a colación el interés de María Luisa de Saboya por liberarse de la tutela de Chateauneuf tras la destitución de la princesa. Una vez esta abandonó Madrid, el marqués pretendió establecer una comunicación asidua, fluida y privada, es decir no sujeta a un programa previo de audiencias públicas, con la reina. Ciertamente, al diplomático no le era ajena la trascendencia que podía tener para el éxito de su misión el que forjase una relación estrecha con la soberana. Con objeto de lograr sus propósitos solicitó la intercesión de la cesada camarera mayor ante María Luisa en los momentos previos a su partida de la corte. La mediación de la princesa, en caso de tener lugar lo que no está confirmado por la documentación, resultó de todo punto inútil para el marqués. Según reconoció en uno de sus informes a Torcy, la reina le había recibido con cordialidad pero se había mostrado incapaz de satisfacer sus pretensiones. Aunque desearía facilitarle la libre

---

retrato de la soberana guarnecido en diamantes. A estos presentes, se añadió la pensión anual de 10.000 escudos con que la agració Felipe V. Chateauneuf a Torcy. Madrid, 11 de abril de 1704; el mismo a Luis XIV. Madrid, 14 de julio de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 58v. y 300r.-v.

<sup>1877</sup> «Je suis persuadé que c'est pour faire cesser ce bruit là que la Reyne avoit conçu le dessein d'honorer M[adam]e des Ursins d'un visite et qu'ayant connu que cela n'estoit pas à propos elle avoit au moins voulu qu'on sceut qu'elle en avoit la volonté et qu'elle n'en avoit été détournée que par M[a]d[am]e des Ursins même d'autant plus qu'elle luy a envoyé celle après disnée son grand escuyer luy faire compliment.» Chateauneuf a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 76v.-77r.

entrada a sus aposentos, aclaró, los “usos y costumbres del país” se lo impedían. Por tanto, cada vez que necesitase tratar con él cualquier materia le haría llamar por medio de la nueva camarera mayor.<sup>1878</sup> En honor a la verdad, Chateauneuf no achacaba toda la culpa de la situación solo a la soberana sino también a Ribas, quien no habría transmitido a Felipe V las misivas en las que solicitaba del monarca órdenes pertinentes para que se le tributase en Madrid el trato debido a uno de los representantes de la diplomacia de Luis XIV. Dicho esto, es de notar igualmente que si bien María Luisa podía haber propuesto para sus encuentros con el diplomático la fórmula menos formal de las audiencias secretas, no lo hizo, lo que de por sí es significativo. En consecuencia el marqués debió reglar sus tratos con la reina de acuerdo con los postulados de la etiqueta palatina.<sup>1879</sup> Este factor, sumado a la ya mencionada desconfianza de la soberana hacia su presencia en España, obligó a Chateauneuf a servirse de intermediarios (en su mayoría parciales a Ursinos) para influir positivamente sobre la consorte de Felipe V. Tal fue lo que ocurrió durante la frustrada visita a Alcalá (en la que el marqués se vio precisado a recurrir a D'Aubigny para convencer a María Luisa de que permaneciera en Madrid) y así sucedió también en el momento en que la soberana debió nombrar a una nueva camarera mayor.

### **Una nueva camarera mayor:**

Las características del nuevo orden que Luis XIV esperaba implantar en las relaciones del eje Versalles-Madrid dejaron su impronta en los requisitos que había de reunir la sucesora de la princesa de los Ursinos. Destituida la dama, el monarca renunció a los teóricos beneficios que podía reportarle la designación de otra francesa como camarera mayor. Dado que el puesto perdería en lo sucesivo la relevancia en materia política que había adquirido desde noviembre de 1701, el rey de Francia autorizaba a la sazón el nombramiento de una española para el cargo, viuda y perteneciente a la Grandeza según estipulaba la tradición. Tal concesión por parte del soberano galo no excluyó la adopción de ciertas precauciones, que aparecen consignadas en una Memoria sin fechar remitida por Chateauneuf a la reina de España. En ella constaban las diferentes cualidades que debían reunir las candidatas al puesto junto a otras instrucciones dirigidas a la consorte de Felipe V. Además de las características que ya hemos referido, la susodicha Memoria estipulaba que la nueva camarera no solo había de

---

<sup>1878</sup> Chateauneuf a Torcy. Madrid, 11 de abril de 1704. *Ibíd.*, fols. 58r.-v.

<sup>1879</sup> El mismo al mismo. Madrid, 25 de abril de 1704. *Ibíd.*, fol. 103r.

pertenecer a una familia de probada fidelidad a la nueva dinastía y gozar de una salud lo suficientemente robusta como para afrontar las exigencias del oficio; también precisaba que había de conocer, antes de su definitiva designación, que debía el nombramiento exclusivamente a la voluntad de María Luisa de Saboya y no a la mediación y favor de otros cortesanos franceses o españoles. A través de esta última condición Versalles esperaba privar a la nueva camarera de toda capacidad de patronazgo basada en la reciprocidad de favores y/o servicios y reafirmar al mismo tiempo la lealtad de la designada hacia la reina.<sup>1880</sup> Por otra parte la nominación de la sucesora de Ursinos había de tener lugar inmediatamente después de que esta abandonase la corte. Semejante premura en el tiempo había de evitar, en palabras de Chateaneuf, que el gobierno de la Casa de la soberana permaneciera en manos de la Dueña de Honor más antigua, cuya avanzada edad le impedía servir a su señora convenientemente; pero sobre todo que se desarrollase una pugna entre las principales familias de la Grandeza con objeto de garantizar el cargo a una de las mujeres de su linaje.<sup>1881</sup>

No obstante las prevenciones descritas, la nominación de la nueva camarera mayor se reveló más compleja y problemática de lo esperado. Ello se debió, en primer lugar, a la ya referida voluntad de la reina por reafirmar su independencia de Versalles en esta circunstancia (cuyas verdaderas motivaciones plantearemos a continuación). Así, en lo que toca al nombramiento de la duquesa de Béjar como sucesora de Ursinos consideramos que la historiografía, como los biógrafos de María Luisa, no han incidido lo suficiente ni en las circunstancias que desembocaron en su definitiva designación ni en el papel que la soberana desempeñó en la misma. De entrada, es de notar que la dama finalmente elegida no constase entre las barajadas en un principio por ambas cortes. Como también que Chateaneuf fuera mantenido al margen del nombramiento, sobre el que no tuvo noticias sino una vez fue decidido. En este sentido, el diplomático tuvo un papel secundario a lo largo de todo el proceso que coronó la designación de Béjar. Si bien es verdad que la soberana le transmitió con frecuencia sus impresiones, pocas veces lo hizo de manera directa y para ello se valió de intermediarios como Montellano o Vazet, parciales a Ursinos. En especial el primero, gobernador del Consejo de Castilla, se reveló como el principal consejero de María Luisa en la elección

---

<sup>1880</sup> «Mémoire envoyé à la Reine.» S. f. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 99r.-v y fols. 115r.-v.

<sup>1881</sup> MILLOT, p. 166; también Chateaneuf a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 68v.-69r.

de la nueva camarera, desarrollando una función que el marqués adjudicó en un principio al confesor regio, Don Baltasar Rubio, dejado al margen del asunto por expreso deseo de la soberana.<sup>1882</sup> En definitiva, la reina solo se sirvió de Chateauneuf con objeto de apuntalar su elección frente a Versalles. Según admitió el diplomático en una misiva a Torcy, María Luisa no le pidió consejo en el momento de decidir entre las diferentes damas que postulaban al puesto, sino que recurrió a él toda vez que pensó en Béjar con el fin de recabar su apoyo en caso de que el soberano galo no se mostrase favorable a tal elección. A través de dicha acción, continuaba Chateauneuf, la soberana pretendía hacerle cómplice de una posible designación que temía no fuese bien vista al otro lado de los Pirineos y que no tenía más alternativa que apoyar dado que, de haber rechazado las instancias de la consorte, se justificaba, esta hubiera recurrido al consejo de los duques de Veraguas o Medinasidonia.<sup>1883</sup>

En segundo lugar Felipe V, pese a la sumisión con la que acogió las órdenes iniciales de Luis XIV, no dudó en transgredir las instrucciones de Versalles respecto a las circunstancias en las que había de desarrollarse el nombramiento de la nueva camarera mayor. En particular, el monarca otorgó a su esposa total libertad para seleccionar a la sustituta de la princesa: “No habría podido obligarla a elegirla contra su voluntad -reconoció más tarde en una misiva dirigida a su abuelo-, sobre todo ahora que le será tan difícil acostumbrarse a una nueva dama, afligida todavía por el dolor en que la ha sumido la partida de la princesa de los Ursinos.”<sup>1884</sup> Lejos de imponer una candidata a María Luisa el soberano le permitió elegir, en una terna de tres damas, a aquella que le pareciera más de su agrado. Según estimó Chateauneuf las disposiciones del rey de España tenían un efecto perjudicial para los planes de Versalles. Por un lado, porque favorecían el retraso del definitivo nombramiento (toda vez que Felipe V tampoco instaba a su esposa a tomar una rápida decisión); por el otro, debido a que no se había mantenido en secreto el nombre de las tres aspirantes, lo que arriesgaba con reproducir la pugna entre linajes de la Grandeza a la que hemos hecho mención más

---

<sup>1882</sup> «J'avois d'abord pensé que le Père Confesseur de la Reyne pouvoit estre employé dans cette aff[ai]re mais ayant esté informé depuis que S. M. C. veut le contenir dans les bornes étroites de ses fonctions. Je me dédis sans peine (...)» «Mémoire envoyé à la Reine», *Ibid.*, fols. 99r.-v. «Vazet (...) vint me dire de sa part [de la reina] qu'elle ne vouloit point que son confesseur se meslat de cette sorte d'affaires, parce quelle vouloit le contenir dans les bornes de ses fonctions (...)» Chateauneuf a Torcy. Madrid, 30 de abril de 1704. *Ibid.*, fol. 107v.

<sup>1883</sup> El mismo al mismo. Madrid, 14 de mayo de 1704. *Ibid.*, CPE., t. 143, fols. 253v.-254v.

<sup>1884</sup> Felipe V a Luis XIV. Adriro, 21 de mayo de 1704, recogida en *DMAV*, p. 229.

arriba.<sup>1885</sup> En tal coyuntura, de la que el diplomático culpó sin ambages al abate d'Estrées<sup>1886</sup>, Chateauneuf se vio impelido a solicitar de nuevo la mediación de la princesa, a quien pretendió comprometer para que urgiese a la soberana a nombrar una camarera mayor lo más pronto posible.<sup>1887</sup> Aunque Ursinos se mostró colaboradora hasta cierto punto<sup>1888</sup>, no por ello consiguió el marqués imponer su criterio en esta cuestión.

Ciertamente, la terna propuesta por Felipe V invitaba a su esposa a reflexionar antes de decidirse por una de las damas sugeridas. De ella formaban parte la condesa de Paredes, la duquesa de Linares y la duquesa de Medinasidonia. Si bien las tres pertenecían a preclaros linajes castellanos y eran miembros de familias con una larga trayectoria al servicio de la Monarquía y las Casas reales, poseían diferentes cualidades que influyeron en la opinión que María Luisa albergaba de ellas. De las tres, la duquesa de Medinasidonia<sup>1889</sup> fue la primera en ser descartada por la soberana. Según confesó el duque de Montellano a Chateauneuf la reina sentía un abierto rechazo hacia esta dama, a la que consideraba «une beste qui n'avoit jamais sçeu luy plaire». Consideraciones personales aparte, la duquesa de Medinasidonia no cumplía todos los requisitos que se exigían a la camarera mayor. Primero por su condición de casada, siendo el cargo tradicionalmente ostentado por una dama viuda. Y después porque de hacerse efectiva su elección, la Casa de Guzmán acumularía dos de los oficios de mayor importancia y prestigio de las Casas reales (recuérdese que el duque de Medinasidonia era ya caballerizo mayor del rey). Tal y como advertía Chateauneuf haciéndose eco de las palabras de Montellano, la designación de la duquesa generaría un panorama político-cortesano propicio para que su consorte, el duque, «le plus habile courtisan mais cependant le moins propre à estre premier ministre par son incapacité», ejerciese las funciones de ministro principal del Rey Católico. Situación, por otra parte, que dejaría sin sentido al Despacho y arriesgaría con privar a los embajadores franceses de toda

---

<sup>1885</sup> Chateauneuf a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 67r.-69r.

<sup>1886</sup> Según indicaba el diplomático, había pensado que D'Estrées tenía el suficiente influjo sobre Felipe V como para inducirle a imponer a su esposa la inmediata designación de una camarera mayor. El mismo al mismo. Madrid, 16 de abril de 1704. *Ibid.*, fol. 68r.

<sup>1887</sup> El mismo al mismo. *Ibid.*, fol. 70r.

<sup>1888</sup> Así parece corroborarlo una misiva de la princesa a la reina, fechada el 22 de abril de 1704, en la que la dama instaba a María Luisa a conformarse con los deseos de Luis XIV y designar con urgencia a una camarera mayor. Ursinos a la reina de España. 22 de abril de 1704. *Ibid.*, fols. 97r.-98r.

<sup>1889</sup> Doña Mariana de Guzmán, IV duquesa de Medina de las Torres por derecho propio y segunda esposa del XI duque de Medinasidonia. IMHOFF, J. G.: *Recherches historiques et genealogiques des Grands d'Espagne*. Amsterdam, 1707, pp. 71 y 74.

participación en la política española: «quil ne convient point aux interest du Roy [Luis XIV] quil y ayt un premier Ministre en Espagne parce que le *Despacho* seroit aboli et par là les amb[assadeu]rs du Roy exclues des affaires, hors de celles dans lesquelles les Espagnols auroient besoin du secours de la France.»<sup>1890</sup>

El nombramiento como camarera mayor de la segunda de las candidatas propuestas por Felipe V, la duquesa de Linares, no presentaba menos inconvenientes que el de Medinasidonia. En este caso la elección no implicaba riesgos para la estabilidad política de la corte madrileña, aunque sí para la organización de la Casa de la reina viuda, de quien Linares era camarera mayor desde el verano de 1703.<sup>1891</sup> En primer lugar el nombramiento de la duquesa podría concitar la oposición de Mariana de Neoburgo, que se vería privada de su servidora de más alto rango después de los problemas que había generado la composición de su servidumbre tras el fallecimiento de Carlos II.<sup>1892</sup> En segundo lugar María Luisa albergaba también ciertas prevenciones hacia la dama. Estas tenían su origen no ya en las cualidades personales de la duquesa como en su parentesco con la condesa de Palma, cuyo carácter intrigante y sus posibles relaciones con el austracismo en la clandestinidad provocaban profundas sospechas en las cortes de Madrid y Versalles.<sup>1893</sup>

Descartadas por diferentes razones las dos damas anteriores restaba la candidatura de la condesa de Paredes, por la que la reina se decantó en un primer momento.<sup>1894</sup> Curiosamente «Madame de Paredes», como se la conoce en la documentación, parecía *a priori* la menos adecuada de las tres para hacerse con el

---

<sup>1890</sup> Chateauneuf a Torcy. Madrid, 30 de abril de 1704. *Ibíd.*, fols. 109r.-v.

<sup>1891</sup> Se trata de Doña Lucrecia Ladrón de Guevara de Vilanova y Silva, hija y heredera del conde de Simancas, casada con Don Miguel de Noroña, II duque de Linares y caballero mayor de la reina Mariana de Neoburgo hasta su muerte en Toledo en 1703. Por su parte, la duquesa fue camarera mayor de Mariana de Neoburgo desde el 7 de agosto de 1703 hasta su muerte, ocurrida en Bayona el 13 de septiembre de 1729. IMHOFF, J. G.: *Recherches historiques...*, p. 59; A.G.P., *Libro registro de criados de la reina [viuda]*, 1701-1740, fols. 54v.-55r. y 94r.-v.

<sup>1892</sup> Recuérdense las sucesivas dimisiones de Santisteban y la duquesa de Frías como mayordomo mayor y camarera mayor en 1701 y la destitución del duque de Monteleón como caballero mayor ese mismo año. Chateauneuf a Torcy. Madrid, 30 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 108v.

<sup>1893</sup> *Ibíd.*

<sup>1894</sup> María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, condesa de Paredes por derecho propio, casada con el III marqués de La Laguna, hermano del duque de Medinaceli, virrey de Nueva España y mayordomo mayor de Mariana de Austria. Por su parte, la condesa fue camarera mayor de la reina madre hasta la muerte de ésta en 1696. IMHOFF, J. G.: *Recherches historiques...*, pp. 218-219. Una breve semblanza biográfica de la dama la encontramos en SICARD, F.: “Condesas de Paredes: señoras de su Casa y camareras de la reina”, en *Revista de Estudios Filológicos. Tonos Digital*, 26 (2014). [http://www.um.es/tonosdigital/znum26/secciones/estudios-25-condesas\\_de\\_paredes.htm#\\_ftn10](http://www.um.es/tonosdigital/znum26/secciones/estudios-25-condesas_de_paredes.htm#_ftn10). Consultado 14 de marzo de 2014.

cargo, por los motivos que veremos más adelante. Sin embargo, a finales de abril de 1704 María Luisa informó de su elección a Chateauneuf, al tiempo que solicitaba al diplomático que anunciase sus propósitos a la condesa. Movidio por la prudencia, el marqués adujo lo oficioso de su situación en la corte con el fin de sustraerse a los deseos de la soberana, por lo que tal comisión recayó finalmente en el gobernador del Consejo de Castilla.<sup>1895</sup> En un encuentro con el marqués Montellano, no ocultó los inconvenientes que entrañaría el nombramiento de Paredes, a la que describió como una mujer acusadamente parcial a la anterior dinastía y a cuya descendencia habría que proveer de mercedes<sup>1896</sup>; empero, se mostró sumiso ante las órdenes de María Luisa, añadiendo que dichos inconvenientes no impedirían «que le Roy et la Reyne ne fussent bien servis par M[adam]e de Paredes.»<sup>1897</sup> A la postre, enterada de la proposición de la reina por Montellano, la condesa se negó a aceptar el puesto que se le proponía: «elle est riche, elle ne veut point se gesner, elle jouit des appointemens de *Camarera Mayor*, il ny a que le carrosse qui luy fut retranché dans la réforme général (...)), concluyó Chateauneuf.<sup>1898</sup>

Así pues, tres semanas después de la destitución de Ursinos el puesto no solo continuaba vacante sino que también existían evidentes dificultades para encontrar a la dama adecuada para ostentarlo. En esta coyuntura, y mientras el diplomático francés persistía en la posibilidad de nombrar a la duquesa de Linares, surgieron otras dos candidatas para el cargo.<sup>1899</sup> La primera de ellas se trataba de la recientemente viuda duquesa de Camiña<sup>1900</sup>, «sans enfans, de la Maison de la Cerda, qui est une des plus

---

<sup>1895</sup> «Je le fis dire à la reine que le peu d'experience que j'avois de cette cour m'excusoit suffisemm[en]t d'oser luy proposer aucun sujet pour cette négociation (...) que je sçavoit en général quil seroit dangereux de la confier à aucun Grand, parce quil ne manqueroit pas de s'attirer le mérite de ce choix et d'exiger dans la suite trop de reconnoissance de M[adam]e de Paredes (...). Que je ne pouvois luy offrir en cela mes services parce que n'ayant visité aucune dame sous pretexte du peu de jours que j'ay à faire en cette cour, je ne pourrois aller chez M[adam]e de Paredes sans que cela marquât trop le dessein qui m'y avoit fait aller (...). Je pensay au presid[en]t de Castille, parce qu'en effet c'est luy qui me paroist le moins dans les intrigues.» Chateauneuf a Torcy. Madrid, 30 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 107r.-108r.

<sup>1896</sup> En palabras de Montellano la condesa de Paredes era una dama «elevé par la feu Reyne Mère, qu'elle pleuroit encore Charles II, qu'elle avoit un fils de peu de merite a qui il faudroit donner les plus grands employs (...) que (...) estoit marié a une soeur d'une daame de pallais d'un esprit très dangereux pour qui cependant la Reyne a du goust, qui est Mademoiselle d'Ausonne [Osuna].» *Ibid.*, fols. 109v.-110r.

<sup>1897</sup> *Ibid.*, fol. 110r.

<sup>1898</sup> *Ibid.*, fols. 110r.-v.

<sup>1899</sup> Chateauneuf a Torcy. Madrid, 14 de mayo de 1702. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 141v.-142r.

<sup>1900</sup> Doña Teresa de Aragón, hija del VI duque de Segorbe y Cardona y tía del duque de Medinaceli. Casada en 1662 con Don Pedro Damina de Meneses Portocarrero, V duque de Camiña y conde de Medellín del que tuvo dos hijos muertos en la infancia. IMHOFF, J. G.: *Recherches historiques...*, p. 198.

Illustres de cette cour, de beaucoup de mérite et de vertu et généralement estimé (...).»<sup>1901</sup> Restaban mérito a la dama su mala visión, su parentesco con Medinaceli, conocido por sus ambiciones, y el que el presidente de Castilla sostuviera su candidatura, lo que contravenía *de facto* las instrucciones de Versalles que estipulaban que la camarera mayor no había de ser elegida por mediación de ningún cortesano o ministro del gobierno. No obstante, Chateaufort no otorgaba importancia a esta última cuestión al considerar que Montellano hacía la propuesta movido por sus buenas intenciones, puesto que «il ne la connoissoit [a la duquesa de Camiña] que par sa réputation.» Finalmente la mala visión, inclusive con antiparras, de la duquesa terminaría por desaconsejar su nominación.<sup>1902</sup>

La segunda de las candidatas mencionadas se trataba de la marquesa de Oraní (nombrada erróneamente en la documentación como condesa de Ornani u Ornany), duquesa de Híjar por derecho propio y esposa de uno de los sobrinos carnales del cardenal Portocarrero.<sup>1903</sup> La marquesa fue sugerida por Luis XIV a mediados de mayo de 1704, momento en que ordenó a Chateaufort sondear a la reina acerca de la conveniencia de su candidatura como camarera mayor.<sup>1904</sup> Tal propuesta, de la que Portocarrero fue también informado, llegó en el momento en el que María Luisa se había decantado por la duquesa de Béjar.<sup>1905</sup> Sin embargo, no deja de ser llamativo el patrocinio del rey de Francia hacia una elección que reforzaba sensiblemente el peso de la facción del cardenal en la corte española, tanto más si tomamos en consideración, en primer lugar, que, como veremos a continuación, Luis XIV abogaría en las mismas

<sup>1901</sup> Chateaufort a Torcy. Madrid, 30 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 110v.-111r.

<sup>1902</sup> El mismo al mismo. Madrid, 9 de mayo de 1704. *Ibid.*, fols. 132v.-133r.

<sup>1903</sup> Se trata de la VI duquesa de Híjar, Doña Juana Petronila de Silva (1666-1710), casada con Don Fadrique de Silva Portugal Mendoza y Carvajal, III marqués de Oraní, hijo de Doña Agustina Fernández Portocarrero y Guzmán, hermana del cardenal Portocarrero. Es por ello que en la documentación se alude a ella como “sobrina del cardenal Portocarrero”. En cuanto a su hijo y heredero, el VII duque de Híjar, casó con otra Portocarrero, doña Prudencia, hija del conde de Montijo. *Descripción Genealógica y [sic] historial de la Ilustre Casa de Sousa, con todas las reales y muchas de las grandes que de ella participan (...)* Copiada de un manuscrito muy antiguo y corregida y añadida hasta de presente. Madrid, 1770, p. 385; también TERRASA LOZANO, A.: *La Casa de Silva...*, pp. 337-339, donde se alude a la situación del marquesado de Oraní en el conjunto de los territorios de la Casa de Silva durante el siglo XVIII.

<sup>1904</sup> Luis XIV a Chateaufort. Versalles, 14 de mayo de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 122r.-v.

<sup>1905</sup> «Dans la visite que je rendois au Cardinal Portocarrero je luy expliquay l'ordre que Votre Majesté m'avoit donné de proposer à la Reyne d'Espagne Mad[am]e d'Ornani pour sa *camarera mayor* et le chagrin que j'avois eu de ce que le courier qui m'avoit apporté cet ordre n'étoit arrivé qu'après que Mad[am]e la Duchesse de Béjar avoit accepté cet employ, ce que je luy provay par la datte de la lettre de Votre Majesté et par le tems de l'arrivée de mon courier. J'ay cru que je ne devois pas laisser ignorer a ce Cardinal les bontez que V. Majesté a pour sa famille et combien elle compte sur son attachement pour le Roy d'Espagne. Il m'en marqua une extrême reconnaissance (...).» Chateaufort a Luis XIV. [S.l.], 28 de mayo de 1704. *Ibid.*, fols. 184v.-185r.



fechas por la reincorporación de Portocarrero al Despacho; en segundo lugar porque, de haber resultado Oraní finalmente elegida, hubiera reproducido una situación semejante a la que en su día había aconsejado mantener al cardenal al margen de la designación de la primera camarera mayor de la reina: es decir, la presencia simultánea de Portocarrero en el gabinete como una de sus principales figuras y de una mujer de su parentela a la cabeza de la cámara de la consorte. Si bien es cierto que la solución planteada por el monarca francés no llegó a ser contemplada por la reina, a nuestro juicio constituye un buen ejemplo del modo en que determinadas decisiones se veían afectadas por variables como el contexto y la coyuntura.

En cualquier caso, a mediados de mayo de 1704 María Luisa de Saboya se había decidido por la nominación de la duquesa de Béjar como sucesora de la princesa de los Ursinos. Hermana del conde de Lemos, viuda desde 1686 de uno de los héroes de la lucha contra el turco, el X duque de Béjar, doña María Alberta de Castro y Portugal pasaba por ser una de las mujeres más virtuosas de la corte española, de la que vivía retirada desde la muerte de su esposo y a donde no había regresado, en palabras de Chateaufort, más que para casar a sus hijos.<sup>1906</sup> Con respecto a su elección para el cargo es imposible precisar con exactitud de quién partió el impulso. A finales de mayo el diplomático francés dio a entender a Luis XIV que, al efectuar tal nombramiento, la reina había acatado las órdenes de Felipe V, lo que parece corroborar una de las misivas de este a su abuelo.<sup>1907</sup> No obstante, por las mismas fechas también circularon algunos rumores que achacaron la designación a los consejos de la princesa de los

---

<sup>1906</sup> María Alberta de Castro (1665-1706), hija del X conde de Lemos, virrey del Perú, y de Doña Ana de Borja, marquesa de Távara, casó en 1677 con el X duque de Béjar. Fue madre de dos hijos varones, entre ellos el XI duque de Béjar, nacido en 1680 y casado con una de las hijas del conde de Benavente, sumiller de corps de Felipe V. IMHOFF, J. G.: *Recherches historiques...*, p. 26; SALAZAR Y CASTRO, L.: *Árboles de costados...*, pp. 13 y 50. Chateaufort a Torcy. Madrid, 20 de mayo de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 161v. Igual de elogiosa resulta la descripción que Ambrose Daubenton envió a Pontchartrain acerca de la dama: «elle est âgée 42 ans et a toujours eu une conduite très sage, n'ayant eu d'autre application que l'éducation de ses enfans, elle n'a jamais entré dans aucun intrigue ny affaire du gouvernement depuis la mort de son mary qui fus tué devans Bude, elle a donné des marques d'une vertu solide, elle est de belle et a beaucoup d'agrément dans le visage elle a de la douceur et un bon esprit (...)» Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 23 de mayo de 1704. A.N.F., B7231, fols. 434r.-v.

<sup>1907</sup> «La Reyne (...) m'envoya appeller à midy pour me dire que ce Prince [Felipe V] luy mandoit prendre Mad[am]e la duchesse de Véjar, la Douairière (...)» El mismo a Luis XIV. Madrid, 20 de mayo de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 158r. «Busqué entre las damas restantes a aquella que podría ocupar este destino. De todas cuantas me fueron propuestas, no hallé una más apropiada que la duquesa viuda de Béjar, cuyos dos hijos están a mi servicio (...)» Felipe V a Luis XIV. Adiro, 21 de mayo de 1704. *DM4V*, pp. 230-231.

Ursinos, algo que fue desmentido *a posteriori*.<sup>1908</sup> Murmuraciones aparte, lo cierto es que la dama no debió resultar desagradable a María Luisa en un primer momento, habida cuenta de su relativa juventud y de que su hijo, el XI duque de Béjar, se encontraba entre los cortesanos españoles mejor valorados por la soberana. Dicho esto, es de notar que el nombramiento tomó desprevenido a Chateauneuf, que desconocía a la duquesa y acerca de quien envió a Versalles ciertas informaciones de las que más tarde se desdijo<sup>1909</sup>; como también que el mismo fue presentado a Luis XIV como un hecho consumado, lo que constata la fecha de la documentación que hemos barajado.<sup>1910</sup>

Analizadas las circunstancias que desembocaron en la nominación de la duquesa de Béjar, restaría referirnos a la interpretación que se otorgó en Versalles al ajetreado proceso de selección de la dama. Las vacilaciones de María Luisa de Saboya en el momento de elegir a la sustituta de la princesa fueron vistas con profunda suspicacia tanto por Chateauneuf como por el rey de Francia. En concreto el primero declaró sentirse engañado por la reina y Ursinos, quienes se habían comprometido a designar una nueva camarera con la máxima prontitud.<sup>1911</sup> Tal retraso respondía, en opinión del diplomático, al interés de la soberana y la princesa por obtener la revocación de las órdenes del monarca francés. La apreciación del marqués resulta coherente sobre todo si tomamos en consideración no solo la evolución posterior de los acontecimientos (que se analizará en los epígrafes siguientes), sino también la actuación de ambas mujeres durante la crisis de 1703. En la citada coyuntura María Luisa de Saboya y Ursinos consiguieron *in extremis* la autorización de Luis XIV para que la camarera mayor

---

<sup>1908</sup> Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 23 de mayo de 1704. A.N.F., B7231, fol. 434v. El contenido de la adición de una carta de Chateauneuf a Luis XIV desmentía toda participación de la princesa de los Ursinos en la elección de la duquesa de Béjar. Chateauneuf a Luis XIV. [S. l.], 29 de junio de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 321r.

<sup>1909</sup> Tales informaciones aludían al influjo que Mariana Aguirre ejercía sobre la duquesa de Béjar a través de uno de los tíos de ésta, Don Diego de Silva. Ascendiente que finalmente resultó no ser cierto. El mismo al mismo. Madrid, 30 de mayo de 1704; adición a la carta del mismo al mismo. [S. l.], 29 de junio de 1704. *Ibid.*, fols. 231r. y 321r.

<sup>1910</sup> Las cartas de Chateauneuf y Felipe V en las que se informa del nombramiento de Béjar datan del 20 y el 21 de mayo de 1704; la aprobación de Luis XIV al mismo lleva la fecha de 8 de junio. Luis XIV a Felipe V. [S. l.], 8 de junio de 1704. A.H.N., E., leg. 2460(2), n.º 13 (copia en AA. EE., CPE., t. 140, fol. 282r.) y el mismo a Chateauneuf. [S. l.], 8 de junio de 1704. *Ibid.*, fol. 189v. El Decreto de nombramiento de la duquesa como camarera mayor, con fecha de 3 de junio de 1704, se encuentra en A.G.P., Felipe V, leg. 52. Asimismo, según la correspondencia de Daubenton la nominación de Béjar fue hecha pública el 21 de mayo. Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 23 de mayo de 1704. A.N.F., B7231, fol. 434r.

<sup>1911</sup> Chateauneuf a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 68r.

permaneciese en Madrid, por lo que parece plausible que apenas un año después pensaran en lograr lo mismo, por lo menos la reina.

Por otro lado, aunque es cierto que Chateauneuf veía a la princesa como instigadora de las diferentes acciones de su señora, no por ello restaba responsabilidad a la soberana en la situación generada, considerándola cómplice de las intrigas de la recién desterrada dama. Aunque la correspondencia intercambiada a la sazón por ambas mujeres no se ha conservado, se sabe que mantuvieron una asidua comunicación tras la marcha de Ursinos de Madrid, en la que ejercieron como intermediarios ciertos de los parciales de la princesa (D'Aubigny y Vazet); ello dio lugar a que algunas de las decisiones adoptadas en estos meses por María Luisa fuesen atribuidas al impulso de la Ursinos. Tal fue el caso, por ejemplo, de la frustrada nominación de la condesa de Paredes. Su designación contó desde el principio con la oposición de Versalles: «l'on ne pouvoit gueres faire un plus mauvais choix», concluyó Torcy.<sup>1912</sup> Sin embargo, y a despecho de los informes que aludían a la *filia* austracista de la dama, la princesa habría sugerido su elección a la reina debido, en palabras de Chateauneuf, al parentesco de la condesa con la familia Orsini.<sup>1913</sup> Dejando a un lado esta acusación de nepotismo, bien que en lejano grado, lo que para el marqués resultaba más grave era que Ursinos hubiera instado a María Luisa a proponer personalmente el puesto a Paredes, aun cuando existían indicios claros de que la dama lo rechazaría, como así sucedió finalmente («ce n'étoit pas la peine destre Camarera Mayor pour un Règne de trois jours», declaró la condesa a las instancias efectuadas por Montellano en nombre de la reina).<sup>1914</sup>

En definitiva, el afán de la soberana y la princesa por alterar las disposiciones emitidas desde Versalles resultó por completo inútil. En esta ocasión las órdenes de Francia serían inamovibles. De hecho, desde el primer momento Luis XIV fue consciente del sentido de la supuesta estrategia desarrollada por ambas mujeres, que solo sirvió para perjudicar la causa de la princesa y ratificarle en su decisión de mantenerla alejada de España:

«J'ay veu par votre lettre du 16 [de abril] que la place de *Camarera Mayor* n'étoit point encore remplie, vous remarquez avec raison tous les

---

<sup>1912</sup> Torcy a Chateauneuf. Madrid, 25 de mayo de 1704. *Ibid.*, fol. 139r.; también, Luis XIV al mismo. Versalles, 27 de abril de 1704. *Ibid.*, fols. 94v.-95r.

<sup>1913</sup> Chateauneuf a Torcy. Madrid, 9 de mayo de 1704. *Ibid.*, fol. 131v.

<sup>1914</sup> Chateauneuf se hace eco en su misiva de las palabras del presidente, que parece compartir. *Ibidem*, fol. 132v.

inconvéniens de ce retardement [et] l'idée qu'il donne de l'espérance que la P[rincesse] des Ursins conserve de retourner à Madrid. Il est très important de détruire entièrement cette espérance. Ainsy j'écris au Roy d'Espagne pour le presser à déclarer son choix. Au reste si la P[rincesse] des Ursins est bien conseillé, elle ne s'arrêtera pas longtemps en Espagne, et le mieux qu'Elle puisse faire est de passer promptement à Rome puisqu'Elle a dessein de s'y retirer (...).»<sup>1915</sup>

Es imposible concluir si Ursinos estaba “bien aconsejada” o no pero lo cierto es que su continuo intercambio de correos con María Luisa de Saboya llevó a Luis XIV a decretar su inmediato abandono de la Península Ibérica. Al mismo tiempo, ordenó a Chateauneuf que hiciera comprender a la reina lo irrevocable de su decisión, conminándola a interrumpir todo contacto con una dama que había caído en desgracia ante el gabinete francés.<sup>1916</sup> Más adelante veremos que la soberana desoyó las instrucciones del monarca galo en este punto, lo que ilustra las dificultades de Luis XIV para imponer su criterio sobre determinadas cuestiones desde la lejana Versalles y a través de intermediarios. Con todo, las fallidas iniciativas alentadas por María Luisa y Ursinos en la primavera de 1704 tuvieron otra consecuencia, igualmente desagradable para las dos: el exilio de los más importantes miembros franceses de la red de la princesa, algunos de los cuales habían participado en la comunicación entre ambas (D'Aubigny o Vazet por ejemplo), aspecto que será objeto del siguiente epígrafe.

### **¿Un nuevo círculo para la reina?:**

Al dilucidar el impacto que tuvo la caída en desgracia de Ursinos sobre el entorno más próximo a María Luisa de Saboya debemos tomar en consideración, de entrada, la diferente situación en que se encontraron los súbditos franceses y los cortesanos españoles que formaban parte del mismo en esta tesitura particular. Los primeros, por su origen y pese a pertenecer al servicio de Felipe V o su consorte, debieron acatar las órdenes de Luis XIV, su legítimo rey y señor, de quien dependía su carrera a uno u otro lado de los Pirineos; el destino de los segundos, por el contrario, no estaba sujeto a la intervención directa del monarca galo (lo que no excluye que el Rey Católico actuase respecto a ellos siguiendo las órdenes y consejos de su abuelo), al tiempo que su rango y poder fáctico eran indudablemente superiores al de los primeros. Esta diferencia

---

<sup>1915</sup> Luis XIV a Chateauneuf. Versalles, 27 de abril de 1704. *Ibid.*, fol. 95r.

<sup>1916</sup> El mismo al mismo. Madrid, 27 de abril de 1704; el mismo al mismo. [S. l.], 8 de junio de 1704 Chateauneuf a Torcy. Madrid, 14 de mayo de 1704. *Ibid.*, fols. 90r., 190v. y 141r. respectivamente.

merece ser señalada porque, como veremos a continuación, influyó en la manera en que la destitución de la camarera mayor afectó a los miembros de la red de Ursinos, individuos de diferente procedencia y estatus social que en la mayoría de los casos debían su posición en el *entourage* regio al patronazgo y buenos oficios de la dama.

Todo parece indicar que en un principio los planes del gabinete de Versalles respecto a la corte madrileña concernían exclusivamente a la camarera mayor. Si bien por las mismas fechas circularon rumores relativos a la subsiguiente retirada de Orry, lo cierto es que solo la princesa fue destituida en un primer momento.<sup>1917</sup> El resto de sus colaboradores en Madrid (d'Aubigny, Vazet, D'Epennes, Montellano, Veraguas, etc.) mantuvieron sus prebendas, cargos y acceso a los aposentos reales. A través de esta concesión inicial Luis XIV pretendía que la partida de Ursinos afectara lo menos posible a la precaria estabilidad de la corte española. Sin embargo, apenas un mes después de la marcha de la dama el monarca francés adoptó una política mucho más severa en relación a sus parciales en España. A partir del mes de mayo de 1704 Luis XIV se propuso purgar el círculo de la reina de personajes afines a la cesada camarera mayor. No solo Orry, según se preveía, sino también d'Aubigny, Vazet (ambos al servicio de María Luisa) y D'Epennes fueron obligados a abandonar sus empleos y a regresar a Francia. Asimismo, el soberano galo pretendió también apresurar el traslado a Italia de otros servidores de la princesa, algunos de ellos muy próximos a María Luisa, que habían permanecido en Madrid por diferentes motivos.

Las razones que llevaron a Luis XIV a variar sus planteamientos iniciales respecto al entorno de la reina son inseparables de la deriva que tomaron los acontecimientos tras la partida de la princesa de la capital y, en particular, de la tibia actitud mostrada por la soberana en el momento de designar a una nueva camarera mayor. Según vimos en el epígrafe anterior María Luisa no solo retardó lo máximo posible el nombramiento de la sustituta de la princesa sino que en esta coyuntura recurrió al consejo, bien de la propia dama, bien de otros personajes proclives o cercanos a ella, desoyendo las recomendaciones del soberano francés y Chateauneuf. Tal y como advirtió este último, la situación producida resultaba inevitable puesto que en Madrid habían permanecido tanto algunos de los oficiales del séquito de Ursinos, que debían ultimar los preparativos de su equipaje, como otros sujetos fieles a la

---

<sup>1917</sup> «Tout le monde croit que la perte d'Orry est inévitable (...)» Chateauneuf a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 80v.

antigua camarera.<sup>1918</sup> Aunque existían dudas en cuanto a los individuos que ejercían de intermediarios entre la princesa y María Luisa (en algunos momentos se pensó en d'Aubigny y el conde de Pinto) resultaba evidente que existía una asidua comunicación entre ambas. Como también que la influencia de la dama sobre la reina se mantenía incólume, en buena medida gracias a la acción de sus parciales. Así las cosas, en mayo de 1704 se hizo patente para Luis XIV que el destierro de Ursinos, y los efectos que esperaban lograrse de la designación de una nueva camarera mayor, se verían minimizados si no iban acompañados de la depuración del círculo más próximo a la soberana. Compuesto como dijimos por algunos de los más estrechos colaboradores de la dama, sus miembros (españoles y franceses) mantuvieron una notable fidelidad a la princesa en su desgracia. Movidos por intereses particulares (su propio futuro en la corte española) o con el fin de ganarse la aprobación de una María Luisa profundamente apenada por la partida de la favorita, la correspondencia diplomática y privada permite constatar la lealtad de estos sujetos a su antigua benefactora. Podemos apreciar este fenómeno por ejemplo en el epistolario de Chateauneuf, quien informó a Torcy del apoyo tributado a la princesa tras su cese por el duque de Veraguas, el conde de Frigiliana o Don Francisco Ronquillo; o en la correspondencia del caballero d'Epennes, que defendió la reputación de Ursinos ante el mismo ministro.<sup>1919</sup> Por otra parte este grupo de individuos no dejaba de encarnar la defensa del programa político de la princesa junto a la reina y, en último término, su continuidad en Madrid podía alentar las esperanzas de María Luisa respecto a un hipotético retorno de su antigua camarera mayor, cuestión que Versalles no contemplaba bajo ninguna circunstancia a la sazón.

Las consideraciones referidas movieron a Luis XIV a decretar la salida de España, a finales de mayo, de los integrantes franceses de la red de la princesa que permanecían aún en Madrid o en el frente extremeño junto a Felipe V. Por esas fechas fueron obligados a regresar a Francia D'Aubigny, al que de poco sirvieron sus maniobras para mantener su cargo de caballerizo de la soberana<sup>1920</sup>, Vazet y el

---

<sup>1918</sup> Chateauneuf a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 68v.-69r.

<sup>1919</sup> El mismo al mismo. Madrid, 11 de abril de 1704. *Ibid.*, fol. 58v.; el mismo a Luis XIV. Madrid, 1 de agosto de 1704. *Ibid.*, fol. 339r. Caballero d'Epennes a Torcy. Sarsa, 7 de mayo de 1704. *Ibid.*, t. 143, fol. 231v.

<sup>1920</sup> Chateauneuf a Torcy. Madrid, 30 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 111v.

caballero d'Epennes.<sup>1921</sup> Sumiso a las órdenes de su abuelo, Felipe V solo se permitió interceder por d'Epennes, para el que solicitó un puesto en el ejército francés con un rango similar al que ocupaba en la milicia española.<sup>1922</sup> Poco después sería Orry el llamado a rendir cuentas de su misión en España ante el monarca francés. Las biografías más recientes del financiero han contribuido a desmitificar la negativa visión que los d'Estrées o Saint-Simon trazaron de su labor en Madrid. No obstante todas coinciden en señalar que, destituida la princesa, su principal valedora, la caída de Orry era inevitable.<sup>1923</sup>

Mención especial en el contexto de las purgas ejecutadas por Luis XIV en el entorno de la reina merece Mademoiselle Émilie. Sobrina del padre Daubenton, confesor de Felipe V, fiel servidora de Ursinos, quien la estimaba lo suficiente como para mencionarla entre los beneficiarios de su testamento<sup>1924</sup>, Mademoiselle Émilie contaba también con el favor de María Luisa de Saboya.<sup>1925</sup> Tras la destitución de la princesa Émilie permaneció en Madrid a petición de la propia reina, siendo incluida en la nómina de las camaristas de la soberana.<sup>1926</sup> La estancia de la joven en la capital había de ser en teoría temporal: Mademoiselle Émilie se había encargado hasta la fecha de peinar a María Luisa a la francesa y, por ello, la reina estimaba su presencia necesaria por lo menos hasta que las camaristas españolas se manejasen en este campo con la misma presteza con que lo hacía la francesa.<sup>1927</sup> Cabe pensar que bajo esta justificación, oficial y dirigida expresamente a Versalles, subyacían otras motivaciones que no solo tenían un cariz propiamente político. En este sentido es evidente que la

---

<sup>1921</sup> El destino de Vazet pudo verse influido también por las negativas informaciones que respecto a su comportamiento en el frente enviaron a Versalles el abate d'Estrées y el caballero de Louville, hermano del marqués del mismo nombre. Abate d'Estrées y caballero de Louville al marqués de Louville. Casa Tejada, 14 de marzo de 1704. Ambas misivas recogidas en SSBL, XII, p. 530-531.

<sup>1922</sup> Felipe V a Luis XIV. Salvatierra, 8 de mayo de 1704. *DMAV*, p. 227. Días después, el monarca abogó por la causa de Vazet en una de sus misivas a Luis XIV: "Aunque soy muy sensible a prescindir de un sirviente fiel como Vazet, os lo envío de regreso para plegarme a la voluntad de Vuestra Majestad. Su conducta aquí ha sido intachable y ha actuado únicamente bajo mi mando y el de la Reina. Sentiría enojo si se le perjudicase. Os suplico lo miréis con bondad a él a y a su familia y le honréis con vuestras mercedes." El mismo al mismo. Salvatierra, 21 de mayo de 1704. *Ibid.*, p. 229.

<sup>1923</sup> HANOTIN, G.: *Jean Orry...*, p. 154; DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 222. En concreto esta autora escribe: "Para Puységur, Berwick y Chamillart, Orry no mintió, sino que creyó demasiado en su propia capacidad y el éxito de su reforma. Por cierto, sus talentos personales están fuera de duda."

<sup>1924</sup> Sobre Mademoiselle Émilie véase CERMAKIAN, M.: *La princesse des...*, pp. 311 (infra 25) y 563.

<sup>1925</sup> Posiblemente se trataba de uno de los servidores de Ursinos que, según reconocía la princesa, servían a la soberana mientras la corte permanecía en Barcelona.

<sup>1926</sup> Chateaufort a Torcy. Madrid, 30 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 111v. No obstante, su expediente no consta entre los fondos de personal del Archivo General de Palacio.

<sup>1927</sup> El mismo al mismo. Madrid, 25 de abril de 1704. *Ibid.*, fol. 102v.

continuidad de una de las criadas favoritas de Ursinos al lado de la reina contribuía a perpetuar los lazos de la antigua camarera mayor con María Luisa de Saboya, lo que no escapó a Luis XIV quien por esta razón exigió la salida de Mademoiselle Émilie del país.<sup>1928</sup> Dicho esto, no es menos cierto que la correspondencia de la soberana con Madame Royale y Madame de Maintenon da cuenta del efecto que la partida de la princesa tuvo sobre la cotidianeidad de la reina. Con la marcha de Ursinos María Luisa perdió una hábil consejera pero también, una figura que indudablemente le resultaba más grata que sus damas españolas. Inmersa en un entorno del que desconfiaba y que no dejaba de producirle un cierto hastío por sus hábitos y costumbres, según ella misma reconocía, la reina habría podido mantener a Émilie a su servicio con el fin de gozar de una persona de confianza en su círculo más cercano.<sup>1929</sup> En cualquier caso, la documentación contemporánea no arroja ningún dato fehaciente respecto a la hipotética participación de Mademoiselle Émilie en la comunicación privada entre María Luisa y la princesa, como sospechaba el rey de Francia. Pero sí que nos permite corroborar que las instancias efectuadas por Luis XIV en relación a la marcha de la joven no tuvieron ningún eco en la reina. Mademoiselle Émilie se mantuvo junto a la soberana durante la primera caída en desgracia de Ursinos y María Luisa simplemente desoyó las repetidas solicitudes que efectuó Chateaufort en nombre de su señor.<sup>1930</sup>

La dureza evidenciada por Luis XIV frente a los franceses que formaban parte del *entourage* de los reyes contrasta con el tacto que mostró hacia los cortesanos españoles que integraban la red de Ursinos. Ciertamente, la destitución y destierro de la camarera mayor provocó un enorme revuelo en la corte madrileña, no solo ya en las filas de los partidarios de la dama sino también entre sus opositores. Según admitió Chateaufort, la noticia había afectado profundamente al marqués de Castel-Rodrigo, al

---

<sup>1928</sup> Luis XIV a Chateaufort. Versailles, 12 de mayo de 1704. *Ibid.*, fol. 124v.

<sup>1929</sup> «Vous me grondez de ce que je sors si peu et de ce que je suis toute la journée (hormis quand je suis avec le roi) toute seule dans ma chambre; je ne sais qui vous a dit que les promenades de Madrid sont si belles, car elles ne me le paraissent nullement; c'est ce qui fait que je me trouve mieux toute seule, dans ma chambre, que de sortir; *je suis au moins un peu en liberté*» La reina a Madame Royale. Madrid, 23 de junio de 1705. DELLA ROCCA, C. (ed.): *Correspondance...*, pp. 171-172, la cursiva es nuestra. «(...) Ainsi je passe ma vie seule tout le jour, seule dans ma chambre. La princesse des Ursins vous dira combien les Espagnoles sont divertissantes; et vous jugerez que je n'ai pas tort d'aimer mieux être seule qu'avec elles (...)» La misma a Madame de Maintenon. Madrid, 16 de enero de 1704, recogida en LA BEAUMELLE, L.: *Mémoires pour servir à l'Histoire de Madame de Maintenon... suivis de Lettres de Madame de Maintenon*. Maestricht, MDCCLXXX, VII, pp. 211-213.

<sup>1930</sup> Chateaufort a Luis XIV. Madrid, 23 de mayo de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 168v.-169r. Chateaufort sólo logró obtener el cese de D'Aubigny. El mismo a Torcy. Madrid, 23 de mayo de 1704. *Ibid.*, fol. 169v.



conde de Santisteban y al duque de Veraguas. Temerosos de que la desgracia de su benefactora ante “los dos reyes” perjudicase sus carreras, el diplomático se vio precisado a tranquilizar los recelos que albergaban hacia su futuro. En uno de sus encuentros con los citados aristócratas les expuso las verdaderas razones del exilio de Ursinos: la gravedad de sus “faltas” y la necesidad de garantizar “la tranquilidad interior del reino”. Hecho esto, se apresuró a aclarar que tal disposición no principiaría una política de represalias contra las “hechuras” de la princesa. La medida adoptada por Luis XIV competía exclusivamente a esta última por su condición de súbdita francesa. Los “buenos españoles”, añadió, no debían inquietarse respecto a su destino.<sup>1931</sup> Días después, en sendas misivas a Torcy, el diplomático reiteró su preocupación en cuanto al efecto que la marcha de la camarera podía tener para el equilibrio de las facciones vertebradas en la corte madrileña. Por una parte Chateauneuf recelaba que la ausencia de Ursinos no precipitase la persecución de los ministros que debían sus empleos al patronazgo de la dama, principalmente el gobernador del Consejo de Castilla conde de Montellano: «Les ennemis de ceux qui ont esté places du tems de M<sup>r</sup>a<sup>d</sup>am<sup>e</sup>. des Ursins croiron<sup>[t]</sup> estre en droit depuis son départ de tout entreprendre principalement contre le President de Castille.» Por la otra, el diplomático abogaba no solo porque Versalles continuara sosteniendo a Montellano, el arzobispo de Sevilla y Ronquillo, «des Ministres d’une fidelité et d’un desinterressement qu’on ne scauroit trop louer», sino también porque Felipe V mantuviera a Portocarrero al margen del Despacho, al contrario de lo que sostenía Mancera. En su opinión la reincorporación del cardenal a este organismo sería una imprudencia. En primer lugar debido a que su vuelta al poder aportaría la impresión de una “victoria” de Portocarrero sobre la princesa que, en realidad, no era tal. En segundo lugar porque juzgaba la personalidad del cardenal en términos muy negativos. Dado el carácter violento y vengativo, así como la tendencia del prelado a dejarse dominar por sus “hechuras”, el diplomático estimaba que el Rey Católico se había beneficiado con su “alejamiento de los asuntos”. Por último, desconfiaba de los vínculos de los parciales del cardenal con personajes de dudosa fidelidad a la dinastía borbónica. En particular del ascendiente que la condesa

---

<sup>1931</sup> El mismo a Torcy. Madrid, 11 de abril de 1704. *Ibíd.*, fols. 56v.-57v. De la estrecha relación entre Mademoiselle Émilie y la reina da cuenta una de las cartas de Daubenton: «[Mademoiselle Émilie] est une personne qui a beaucoup de mérite [et] qui a été pendant plusieurs années auprès de Madame la princesse des Ursins; *la Reine, qui l'affectionné infiniment*, l’a fait une de ses caméristes.» Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 14 de marzo de 1705. A.N.F., B<sup>7</sup>234, fol. 398r. El subrayado es nuestro.

de Palma, muy próxima al marqués de Leganés, ejercía sobre Portocarrero a través de Urraca.<sup>1932</sup>

Las informaciones de su representante en Madrid resultan por tanto determinantes para comprender la prudencia con la que Luis XIV actuó frente a los partidarios de la antigua camarera mayor. El monarca francés coincidía con Chateuneuf en su concepción de la destitución de Ursinos como un hecho aislado, que bajo ningún concepto había de provocar una situación de vacío de poder o una reversión de alianzas internas en la corte madrileña. Esta postura, que no dejaba de ser un tanto contradictoria habida cuenta de que se exiliaba a la princesa pero sus principales colaboradores permanecían en algunos de los puestos clave del gobierno y las Casas reales (la gobernación del Consejo de Castilla, la presidencia de Órdenes, la mayordomía y caballeriza mayor de la reina...) <sup>1933</sup>, a nuestro modo de ver respondía a un ejercicio de pragmatismo. Es cierto que el soberano albergaba sus sospechas en cuanto al influjo que algunos Grandes proclives a la antigua camarera mayor, como Veraguas, podían ejercer sobre la pareja real.<sup>1934</sup> Sin embargo, Luis XIV era consciente de la importancia de garantizar el apoyo de la Grandeza tanto a la nueva dinastía como al recién designado embajador francés en Madrid, duque de Gramont, en el contexto presente; es decir con Felipe V en el frente militar y el conflicto sucesorio librándose en la Península Ibérica. Así lo atestiguan con notable claridad las instrucciones que Gramont recibió en 1704: «L'attachement des principaux de la cour d'Espagne à la princesse des Ursins n'est point un démerite pour eux à l'égard du Roi. Il est ordinaire dans les cours de rechercher l'amitié de ceux que l'on y croit les plus puissant.»<sup>1935</sup> A lo largo de sus tres años en España Ursinos había llevado a cabo una eficaz labor de reclutamiento entre la Grandeza, vinculando a la Casa de Borbón a aristócratas de prestigio tenidos otrora por austracistas como el conde de Aguilar por ejemplo. Así, el rey de Francia podía sancionar la desgracia de la dama, cuyo comportamiento particular no había respondido a sus expectativas, pero otra cosa muy diferente era que

---

<sup>1932</sup> El mismo al mismo. Madrid, 16 y 25 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 80v. y 103v.-104r.

<sup>1933</sup> «J'ordonne au Duc de Gramont de faire connaître à ceux qu'Elle [Ursinos] a protégés qu'ils ne doivent pas craindre que leur attachement pour Elle leur nuise auprès de moy; vous pouvez aussy les assurer que je considère seulement leur mérite et le zèle qu'ils témoignent pour le Roy leur Maistre (...). Je sais que D[o]n Francisco Ronquillo et le président de Castille sont fort bons sujets (...).» Luis XIV a Chateuneuf. Versailles, 27 de abril de 1704. *Ibid.*, fols. 93r.-v.

<sup>1934</sup> El mismo al mismo. [S. l.], 14 de julio de 1704. *Ibid.*, 294r.

<sup>1935</sup> «Mémoire pour servir d'instruction au Sieur Duc de Gramont...» 27 de abril de 1704. *RLA*, XII-II, p. 110.

estuviera dispuesto a desaprovechar los frutos de su acción política a todos los niveles. En consecuencia, Montellano, Ronquillo, Veraguas, Santisteban, Castel-Rodrigo... permanecerían en sus cargos y continuarían disfrutando del beneplácito de Versalles. Si bien más adelante veremos cómo esta política de conciliación tendría sus inconvenientes por lo que respectaba al ejercicio del poder informal por parte de María Luisa de Saboya, en la primavera de 1704 fue entendida como la opción más adecuada para la satisfactoria evolución de las relaciones entre las Dos Coronas.

### **Poder informal y estrategias de negociación político-cortesana:**

El destierro de la princesa de los Ursinos no solo tuvo consecuencias para la Casa y entorno más inmediato de la reina sino también para la propia María Luisa de Saboya. En particular en lo que se refería al papel que la soberana había de desempeñar en calidad de consorte de Felipe V y, más concretamente, en el contexto de las relaciones político-diplomáticas y dinásticas entre las Dos Coronas. La caída de la princesa y la pérdida de Gibraltar poco después<sup>1936</sup> parecieron ratificar el escaso éxito, “sobre el terreno” matiza Dubet, del proyecto reformista de Orry favorecido por la camarera mayor y, en consecuencia, la necesidad de restablecer el estado de cosas en buena medida conforme a la situación imperante antes de enero de 1703.<sup>1937</sup> Esta voluntad marcadamente continuista en el plano gubernamental fue conjugada por Versalles con la introducción de otras medidas de carácter más novedoso, por ejemplo en lo que concernía al cargo de camarera mayor. Así, el hecho de que la sucesora de Ursinos hubiera de circunscribir sus funciones exclusivamente al gobierno de la cámara implicó cambios en la relación entre María Luisa y el ámbito político. Luis XIV autorizó en adelante el ejercicio del poder por parte de la reina en sus vertientes formal e informal. La soberana, a petición del monarca galo, estaba destinada a convertirse en

---

<sup>1936</sup> En lo que atañe a la caída de Orry Anne Dubet y Guillaume Hanotin hacen notar que, al contrario de lo que se ha repetido con frecuencia, ésta no debe vincularse exclusivamente con la pérdida de Gibraltar. La correspondencia entre el financiero y Chamilltar y Luis XIV y Felipe V, constata el interés de Versalles, desde julio de 1704, por instar a Orry a regresar a Francia. Según indica Hanotin, habría sido Gramont quien, más adelante, habría vinculado la pérdida de Gibraltar con la labor de Orry. DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 215 (*infra* 3); HANOTIN, G.: *Jean Orry...*, pp. 141-142.

<sup>1937</sup> Conviene señalar aquí los juicios encontrados que suscitó la labor de Orry en España. Es cierto que Versalles abogó, al contrario de lo que defendía Puysegur, por eliminar la Secretaría del Despacho para los asuntos de Guerra y la Tesorería Mayor, medida por ejemplo que en lo que toca al primer organismo no tardó en revocarse durante la embajada de Gramont. Ahora bien, el desempeño de Orry en lo relativo a las Guardias de corps no fue en ningún caso desaprovechado. DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 227. En consecuencia el afán continuista que señalamos, aunque muy presente en las Instrucciones de Gramont, debe matizarse un tanto en su contenido y cronología.

un agente político de primer orden no solo ya en tanto Felipe V se encontraba en el frente militar, sino también durante su permanencia en la capital española. No obstante esta muestra de confianza de Luis XIV hacia la reina, en ningún caso se contempló desde Versalles conceder a María Luisa de Saboya una plena capacidad de maniobra. En lo sucesivo, la soberana había de colaborar con el embajador francés en Madrid, es decir, otorgar a los representantes del rey de Francia en la capital española la misma confianza que otrora depositara en los consejos de la camarera mayor.

A las disposiciones esbozadas en este contexto por el gabinete galo debemos contraponer la voluntad de la propia reina. El fracaso de las iniciativas llevadas a cabo por María Luisa de Saboya para mantener junto a sí a la princesa fue palmario en la primavera de 1704. Sin embargo, la soberana estaba lejos de asumir su fracaso en este punto. Consciente del protagonismo político que se le adjudicaría en adelante, del que fue conocedora a través de los sucesivos diplomáticos franceses en Madrid, la reina no se plegó sumisamente a los dictados de Francia. El interés por revocar la orden de destierro de Ursinos fue una constante para ella durante todo este periodo. Con objeto de lograr sus propósitos María Luisa hizo uso de su influencia tanto sobre Felipe V como sobre las cortes de Versalles y Madrid. Su comportamiento en esta coyuntura respondió a una estrategia cuidadosamente trazada en la que podemos observar dos etapas diferenciadas: en primer lugar la obtención del permiso para que la princesa visitase París y fuera recibida en audiencia por Luis XIV. En segundo lugar la incorporación de la destituida camarera mayor en su antiguo oficio palatino, toda vez que esta hubiera rendido puntual cuenta al monarca galo de su conducta y acciones en España. El proceso, descrito aquí de manera muy concisa, adquirió a la postre las trazas de un verdadero pulso entre la reina y Luis XIV durante el cual María Luisa se sirvió de diferentes prácticas de negociación político-diplomática (intercambio epistolar, reuniones informales, audiencias públicas, patronazgo político-cortesano...) que ponen de manifiesto, por una parte, el evidente ascendiente que la reina disfrutaba sobre los negocios de Estado apenas tres años después de su llegada a España; por la otra, la evolución operada en la soberana en este lapso de tiempo. Así, la muchacha que se dejaba llevar por las emociones y solicitaba la protección de Luis XIV ante las intrigas de los D'Estrées dejó paso a una soberana más experimentada, consciente tanto de su influjo sobre su marido como de su prestigio en la corte madrileña. Una reina capaz de movilizar los diferentes medios a su alcance en aras de la consecución de

sus fines y que, aunque en ocasiones debió someterse a los dictados de Francia como consecuencia de la dependencia militar de la Monarquía Hispánica en el conflicto sucesorio, supo igualmente sacar partido de la unión dinástica que presidía las relaciones entre las Dos Coronas desde noviembre de 1700. En último término, pese a que la conducta de María Luisa de Saboya fue tildada (primero por ciertos de sus contemporáneos y después por la historiografía) de caprichosa, infantil y dictada por sentimientos francófilos bien disimulados hasta la fecha, también es cierto que, al igual que sucedió en la crisis de 1703, no debemos perder de vista al analizar la actitud de la reina en esta coyuntura ni las características de su proceso de adaptación a la corte española, ni la posibilidad de que María Luisa albergase sus propias ideas respecto al modo en que habían de desarrollarse las relaciones en el seno del eje Versalles-Madrid. A continuación nos centraremos en el modo en que la soberana hizo uso de su correspondencia con objeto de favorecer la causa de la antigua camarera mayor y en la cuidadosa elección que hizo de los destinatarios de sus misivas allende los Pirineos.

*Correspondencia: recabar apoyos y solicitar favores.*

En los últimos años la historiografía ha puesto de relieve la importancia de la correspondencia privada para la evolución de las relaciones entre dinastías en el contexto de la diplomacia informal, la obtención de gracias, mercedes y recursos o el establecimiento de alianzas formales entre estados surgidas en un primer momento de contactos ajenos y/o simultáneos a la actividad de embajadores y agentes diplomáticos. Fruto de este interés han sido, por una parte, la progresiva localización de intercambios epistolares de carácter privado, proceso que se ha visto acompañado de estudios e interpretaciones de su contenido mucho más amplios y complejos de lo que hasta ahora se habían venido realizando. Por la otra, la aplicación al análisis de estas misivas de las conclusiones extraídas en otras corrientes historiográficas igualmente en alza como son la nueva historia diplomática, la nueva historia política, la historia de las emociones o la historia de la mujer. Con respecto a esta última es de destacar la utilización de la carta por parte de las princesas del Antiguo Régimen no solo como un instrumento de comunicación, esto es, en tanto que soporte para la transmisión de noticias y afectos capaces de perpetuar los vínculos entre parientes que se encontraban en diferentes cortes, sino también como una herramienta fundamental para la

consecución de beneficios, favores y privilegios destinados a incrementar el prestigio y poder de su linaje.

Concretamente para el caso de María Luisa de Saboya, en otras partes de este trabajo hemos advertido ya del relativamente escaso número de misivas que se han conservado de mano de la soberana. No obstante, las que han llegado a nuestros días nos permiten constatar que la reina no se diferenció de otras princesas que la precedieron y sucedieron en lo que se refiere a los usos epistolares. Da buena cuenta de esta afirmación la correspondencia de la soberana con la corte de Versalles en momentos de gran trascendencia para la Monarquía Hispánica y el futuro de la Casa de Borbón en España como el año 1709. O el intercambio epistolar que María Luisa de Saboya mantuvo allende los Pirineos a lo largo de 1704 y 1705.

Tras la caída de la princesa la correspondencia devino una herramienta fundamental, aunque no la única, en la negociación que la reina mantuvo con Luis XIV con el fin de obtener del monarca galo el regreso de la antigua camarera mayor a España. A diferencia de lo ocurrido durante la casi desgracia de Ursinos en 1703, María Luisa se mostró más experimentada en esta ocasión. Tal es lo que podemos constatar de la lectura y análisis del contenido de las misivas que dirigió a la sazón a Versalles, del tono y retórica que empleó en las mismas y de la elección de los destinatarios de sus cartas. En este sentido observamos que la soberana abandonó el talante victimista, orgulloso y exigente que revela su correspondencia en 1703. Por el contrario un año después optó por exponer su situación con una mayor prudencia, a través de argumentos más juiciosos en los que, lejos de imponer su punto de vista y dejarse llevar por las emociones, buscó hacer comprender a los receptores de sus cartas las motivaciones que subyacían bajo sus pretensiones. Las epístolas que presentaremos a continuación nos muestran, en consecuencia, a una María Luisa de Saboya más madura, consciente de su posición supeditada en el eje Versalles-Madrid y de la necesidad de plegarse a las órdenes de Luis XIV pero, al mismo tiempo, dispuesta a sacar partido tanto de las características de la alianza entre las Dos Coronas como de sus relaciones familiares y clientelares en la corte gala.

Esto por lo que toca al contenido y uso que la soberana otorgó a su correspondencia. Con respecto a los destinatarios podemos apreciar que la reina seleccionó a los receptores de sus cartas según criterios muy concretos, entre los que primaba fundamentalmente el ascendiente y favor de que gozaban en el entorno del

soberano francés. Así, a despecho de los vínculos familiares y afectivos que la unían a Madame la duquesa de Orleáns, María Luisa eludió exponerle sus pretensiones. En ello influyeron posiblemente no solo el relativo aislamiento de la duquesa en Versailles, sino también el interés de la dama por mantenerse al margen de los problemas internos de la corte española.<sup>1938</sup> En consecuencia, Madame de Maintenon y los duques de Borgoña devinieron los principales destinatarios de las cartas de la reina, que eludió asimismo dirigirse a algunos de los ministros del gabinete francés, Torcy o Chamillart, que entendía poco favorables a la causa de la princesa. Con Maintenon, la soberana guardaba una relación más formal e intermitente, lo que revela el carácter político de la misma<sup>1939</sup>, muy similar a la que mantenían con la dama el resto de nietos de Luis XIV a excepción de María Adelaïda de Saboya.<sup>1940</sup> A los segundos le unían lazos familiares estrechos y un profundo afecto, especialmente hacia la duquesa de Borgoña, que si bien no podemos corroborar directamente a través de la correspondencia entre ambas (que

---

<sup>1938</sup> En una carta fechada en 1701 la propia duquesa definía su posición en la corte francesa en los siguientes términos: «En général, on me traite bien, mais en particulier on ne veut de moi nulle part [...]» La duquesa de Orleáns a la duquesa de Hannover. Versailles, 27 de noviembre de 1701, en JAEGLÉ, E. (ed.): *Correspondance...*, I, pp. 283-284.

<sup>1939</sup> La última de las cartas que conservamos de la reina y Maintenon con anterioridad a 1704 está fechada en Barcelona, 3 de abril de 1702. AA. EE., M&D, 128, fols. 55r.-v. Por si esto no fuera indicio suficiente del carácter esporádico de la correspondencia entre la soberana y la marquesa, la primera misiva que María Luisa le dirigió en mayo de 1704 comenzaba de la siguiente manera: «Vous me laissez si long-temps sans me donner de vos nouvelles, que je ne puis m'empêcher de vous écrire pour vous en demander (...)» Y es que una constante del intercambio epistolar entre ambas féminas será su naturaleza ocasional. Aunque siempre cordial y plagado de noticias de una y otra corte, sólo será frecuente en momentos puntuales en los que la situación política, familiar o dinástica en el seno del eje Versailles-Madrid así lo requieran. La cita en, la reina de España a Madame de Maintenon. Madrid, 24 de mayo de 1704, recogida en LA BEAUMELLE, L.: *Mémoires pour servir...*, VII, p. 204.

<sup>1940</sup> Con respecto a la relación que los nietos de Luis XIV habían de mantener con Madame de Maintenon son elocuentes las instrucciones de Fénélon al duque de Borgoña: «Il faudroit trouver un milieu, afin qu'il ne fût ni trop ni trop peu chez Madame de Maintenon; il ne doit jamais lui montrer aucun éloignement; il doit même lui montrer, quoi qu'elle puisse faire, une attention et des égards par respect pour la confiance que le Roi a en elle. Ainsi, il est à propos qu'il aille chez elle de temps en temps d'une manière honnête et pleine de considération, sans paroître changer; mais il ne convient pas qu'il y demeure oisif et rêveur dans un coin, comme un enfant, ou comme un pauvre homme bizarre, qu'elle ne daigne pas entretenir; il ne doit pas choisir ce théâtre-là pour montrer ses rêveries, ses chagrins, ses humeurs; s'il veut avoir de telles heures, il faut qu'il aille les cacher dans son cabinet; en un mot, il faut qu'il s'accoutume à quelque dignité, et qu'il y accoutume les autres. Le moment de son retour de l'armée est favorable pour prendre un bon pli; il ne reviendra de long-temps, s'il perd une si belle occasion ; plus il montrera de force, d'égalité et de raison, plus madame de Maintenon changera pour le bien traiter, et tous les autres compteront avec lui; sinon, tout ce qu'il vient de faire à l'armée se perdra dans l'antichambre de Madame de Maintenon, et on l'avilira de plus en plus (...)» «Instructions pour M. le duc de Bourgogne sur Madame de Maintenon», en BAUSET, C.: *Histoire de Fénélon. Archevêque de Cambrai*. Tome IV. Paris, MDCCCXXIII, pp. 229-230.

no se ha conservado) conocemos gracias a otros testimonios epistolares y al frecuente intercambio de obsequios entre la soberana y los duques.<sup>1941</sup>

En último término al analizar el epistolario de María Luisa de Saboya a lo largo de 1704 detectamos igualmente una cuidada elección de los tiempos y momentos en los que la reina expuso sus pretensiones. Lejos de revelar desde el principio sus intenciones a Luis XIV, la soberana procuró primero informarse acerca de su verdadera situación ante el monarca galo, esto es, conocer hasta qué punto la caída en desgracia de la princesa había afectado a su propia imagen y reputación en la corte francesa. De hecho, la correspondencia que la reina mantuvo con Madame de Maintenon constituyó el primer paso para el posterior establecimiento de un intercambio epistolar directo con el rey de Francia, cuyo contenido estaría dedicado prácticamente en exclusiva a la causa de la princesa. La fecha de las misivas remitidas por María Luisa a Versalles parece corroborar esta hipótesis. Así, la primera carta de la reina a Maintenon tras la marcha de Ursinos data del 24 de mayo de 1704, en tanto que la soberana no abordó esta misma cuestión ante Luis XIV sino en una epístola fechada seis meses después, el 2 de noviembre. En el lapso de tiempo que media entre una y otra misiva María Luisa aguardó pacientemente y dejó actuar en su favor a los intermediarios que había elegido para tal fin (la marquesa y la duquesa de Borgoña).

Como no podía ser de otra manera, el contenido de la primera misiva dirigida por la soberana a Maintenon giraba casi por completo alrededor de la desgracia de la princesa. Empero, el aspecto más interesante de esta carta es el talante que la reina evidencia en ella. De entrada, María Luisa se situaba bajo la protección de la marquesa aunque sin grandes circunloquios o expresiones de marcado dramatismo: «Donnez-moi en tout vos conseils -escribe-: j'en ai toujours eu besoin, mais beaucoup plus présentement.» Expuesta de tal modo su voluntad por guiarse conforme a las recomendaciones de Maintenon, que reconocía le habían sido siempre necesarias, la soberana pasaba a abordar el punto que concitaba para ella un mayor interés: la

---

<sup>1941</sup> Duque de Borgoña a Felipe V. Versalles 11 de enero de 1705; el mismo a Felipe V y María Luisa de Saboya. Versalles, 28 y 29 de mayo de 1705. A.H.N., E., leg. 2514 (1), n.ºs 89, 104, 105; recogidas en BAUDRILLART, A. y LECESTRE, L. (eds.): *Lettres du duc de Bourgogne au roi et à la reine d'Espagne. Tome Premier (1701-1708)*. Paris, MDCCCXII, pp. 93-96, donde consta el envío de vestidos por parte de la duquesa de Borgoña a la reina, así como de tabaco y chocolate ofrecidos por los reyes a los duques. Igualmente, poco antes de su muerte la duquesa de Borgoña envió al príncipe de Asturias una pequeña carroza y a la reina una silla de manos, «la plus belle qu'on puisse voir», que ésta utilizó para atravesar Madrid en su misa de parida en la Iglesia de Atocha. Ursinos a Tessé. Madrid, 27 de julio de 1712 y 19 de mayo de 1713. B. L., Add. Mss., 28787, fols. 56r. y 93v.-94r.



situación de la antigua camarera mayor y el trato injusto que había recibido por parte de Francia. De nuevo lo hacía de forma moderada, a través de una sumisión a los dictados de Luis XIV que no debemos confundir con resignación. Ciertamente defendía a la princesa («On ne sauroit avoir plus de zèle qu'elle en a pour tout ce qui regarde le roi mon grand-père, et on l'a pu connoître en beaucoup d'occasions») y aludía a los sentimientos que le generaban los sucesos acaecidos en Madrid («J'ai été fort touchée de voir qu'on m'ôtoit si cruellement une personne qui étoit fort éloignée de mériter ce traitement, non seulement par sa qualité et par l'amitié que le roi et moi avions pour elle, mais aussi par sa conduite dont je suis témoin»); pero la soberana evitaba extenderse en su relato, que debía ser expuesto con detalle por el caballero du Bourk, testigo de cuanto había sucedido y quien haría entrega de su misiva («Si je commence cet article, je ne le finirai pas si-tôt: ainsi il vaut mieux le laisser et vous prier d'écouter le chevalier du Bourg qui vous rendra cette lettre, et qui a été témoin de tout ce qui s'est passé. Vous pouvez croire tout ce qu'il vous dira: c'est un homme vrai»). De manera tímida, como si se sintiera insegura en cuanto al paso que iba a dar, solo al término de su carta expresaba María Luisa la finalidad que esperaba lograr con la intercesión de Maintenon: «Pour moi, je ne vous demande autre chose si ce n'est que vous contribuiez à détromper le roi mon grand-père sur le sujet de la princesse des Ursins, qui est assurément fort innocente. Je me flatte que vous voudrez bien le faire (...). »<sup>1942</sup>

La respuesta de la marquesa a esta carta de la reina no se ha conservado. Sin embargo, en caso de que la hubiera no debió ser muy satisfactoria para María Luisa, que cuatro meses después volvió a dirigirse a su interlocutora habitual en términos más explícitos. El tono de esta misiva es menos neutro que el de la anterior. No en vano, la soberana trata en primer lugar de defender su inocencia frente a los rumores relativos a su francofobia, que juzgaba no solo completamente falsos, dada la “ciega obediencia” que tanto ella como su esposo debían a Luis XIV, sino también como resultado de una intriga cuya única finalidad era sembrar la discordia en sus relaciones con el rey de Francia.<sup>1943</sup> En consecuencia, la reina solicitaba los buenos oficios de

---

<sup>1942</sup> La reina a Madame de Maintenon. Madrid, 24 de mayo de 1704, recogida en LA BEAUMELLE, L.: *Mémoires pour servir...*, VII, pp. 204-206.

<sup>1943</sup> Una misiva de Felipe V a Luis XIV, fechada el mismo día que la de su consorte a Maintenon, nos permite completar el sentido del testimonio de la soberana: “Debéis rehuir las impresiones que, lo sé, gentes insolentes y viles intentan instalar en vuestro ánimo contra la Reina y contra mí. Os confieso que nos sentimos sumamente ofendidos de que quieran haceros creer que no os profesamos todos los

Madame de Maintenon ante el monarca galo: «vous nous rendries justice en luy faisant connoitre la verité». En esta circunstancia la consorte no se olvidaba tampoco de interceder de nuevo a favor de la princesa, que de acuerdo con el contenido de la carta de la soberana se encontraba en una situación muy similar a la de Felipe V y su consorte, es decir, calumniada ante Luis XIV y víctima de los bulos esparcidos en ambas cortes por sus opositores: «ce que ie veux encore de vous demander pour la seconde foy est que vous faisies connoitre de ce Prince [el rey de Francia] si juste et équitable la verité à l'égard de la Princesse des Ursins, qui est dans une état le plus pitoyable du monde puisque pour recompense des peines et des soins qu'elle a pris pour le service des deux Roys, elle (...) est (...) chassé honteusement d'icy (...)»

En esta ocasión María Luisa se mostraba lo bastante segura como para explicar a Maintenon cuáles eran las verdaderas intenciones que subyacían bajo sus misivas: lograr su mediación para que Luis XIV otorgara a la princesa la posibilidad de viajar hasta Versailles y justificarse ante el monarca de las acusaciones vertidas en su contra. Tal gracia había de suponer una satisfacción personal para la reina («ie vous assure - escribió- qu'il [el rey de Francia] ne pourroit faire une chose à laquelle ie fut plus sensible, car ie suis toujours la mesme pour la Princesse des Ursins et le seroy toute ma vie»); pero también era susceptible de favorecer los intereses francoespañoles habida cuenta de la información que Ursinos estaba en condición de aportar («lui permettre d'aller à la Cour dire elle mesme ces raisons et des autres choses aussi qu'il ne seroyt pas mauvais que le Roy sçut.»)<sup>1944</sup>

En este punto debemos señalar la trascendencia de esta misiva tanto para la causa de la princesa como para la materialización de las aspiraciones de la reina. En primer lugar porque dicha carta tuvo un efecto inmediato en la corte francesa. En este sentido, la asociación que la reina llevó a cabo de su causa con la de Ursinos, junto con

---

sentimientos de respeto, reconocimiento y ternura que os debemos y albergamos de manera tan arraigada en nuestro corazón y que nunca podrán salir de él. Se trata de atacarnos por nuestro punto más sensible, mas nos consuela el hecho de que estamos persuadidos de que vos no prestáis oído a todas las calumnias y nos reconocéis cuanto merecemos (...). Tengo la certeza de que el padre Martín es uno de los que difunden estos falsos rumores, así como muchos otros igual de insolentes. Desearía castigar su insolencia, mas me ha contenido el hecho de que nada quiero hacer sin vuestro permiso (...).” Felipe V a Luis XIV. Madrid, 19 de septiembre de 1704, recogida en *DMAV*, pp. 263-265. Sobre la evolución del Hospital de San Luis véase INFANTES BUIL, C.: “El Real Hospital de San Luis de los franceses (1613-1700). Inmigración, beneficios y redes sociales francesas en el Madrid de los Austrias”, en GARCÍA GARCÍA, B. J. y RECIO MORALES, O. (eds.): *Las corporaciones de nación en la Monarquía Hispánica (1580-1750). Identidad, patronazgo y redes de sociabilidad*. Madrid, 2014, pp. 109-139, concretamente pp. 135-139 para el periodo del padre Joseph Martín.

<sup>1944</sup> La misma a la misma. Madrid, 19 de septiembre de 1704. AA. EE., M&D, t. 128, fols. 56r.-57v.

las alusiones directas a la tensa relación que mantenía por estas fechas con Luis XIV y a su fidelidad inquebrantable a la antigua camarera mayor, pusieron de manifiesto un aspecto que la soberana había venido demostrando desde la primavera de 1704 a través de sus actos: su sumisión a los dictados de Francia, encarnados en la persona de su embajador en Madrid, siempre sería relativa en tanto en cuanto Versalles no rindiera justicia a la princesa. En segundo lugar, la carta de María Luisa propició una respuesta de Maintenon que no solo hubo de tranquilizar notablemente a la reina, sino que también resultó determinante para la naturaleza y sentido de los subsiguientes contactos entre ambas mujeres. En la citada respuesta la marquesa afirmaba su confianza en la soberana, al tiempo que restaba importancia a los rumores relativos a su supuesta francofobia, que entendía fruto de los discursos de «Espagnoles malintentionnés ou de François injustes (...) qu'on n'écoute point ici», y que consideraba infundados debido tanto a los estrechos vínculos familiares y dinásticos que ligaban a la reina con Francia, como a la comunión de intereses que presidía las relaciones entre las Dos Coronas: «Je n'ai jamais cru que Votre Majesté n'aimât pas le Roi, et qu'elle eût une grande aversion pour les Français. Elle est à moitié Française; elle a un mari français, qu'elle aime passionnément; ses intérêts sont joints à ceux de la France; elle a eu auprès d'elle une personne qui ne peut haïr sa nation, et qui n'en a point éloigné Votre Majesté.»

En cuanto a la princesa, Maintenon expresaba abiertamente los motivos de su desgracia. A su modo de ver la destitución de Ursinos y la orden de su retiro a Roma no ocultaban una persecución encubierta por parte de Luis XIV, como tampoco el total descrédito de la dama ante el monarca francés. Por el contrario, se trataba de dos medidas dictadas por la prudencia y la necesidad de garantizar la estabilidad política de ambas cortes:

«Il [Luis XIV] rappelle les Français qui vous font le moindre embarras. Quel remède pour empêcher l'effet des mauvais discours, et les chagrins qu'ils donnent à Vos Majestés? (...). La mauvaise intelligence qui étoit entre messieurs d'Estrées et madame des Ursins a fait bien du mal, qu'il faut réparer, *mais je supplie Votre Majesté de ne point croire qu'on veuille perdre madame des Ursins, ni qu'on l'accuse d'autre chose que d'avoir voulu gouverner toute seule, et rendre les ambassadeurs du Roi inutiles. On n'a nulle aigreur contre elle: chaque jour le fera voir à Votre Majesté.* Il est vrai qu'on ne veut pas entrer dans ses justifications à l'égard de messieurs d'Estrées, ni voir toute la cour se partager entre eux. On ne compte que ce qui regarde les intérêts des deux Rois: le reste est leur affaire (...). Au reste, rien n'est plus louable que l'amitié que Votre Majesté conserve pour cette princesse, et la justice

qu'elle rend à sa conduite auprès d'elle: mais cette amitié doit avoir ses bornes, et ne pas troubler ni son repos ni son intelligence avec le Roi.»<sup>1945</sup>

María Luisa entendió la carta de Maintenon como el principio de una cierta flexibilización de la postura de Versalles con respecto a la princesa. Al margen del contenido de la citada misiva varios son los indicios que constatan este hecho. Por una parte, el acercamiento producido entre la marquesa y la antigua camarera mayor a través de la mariscala de Noailles.<sup>1946</sup> Por la otra, el envío a España al mando de las tropas francoespañolas del conde de Tessé, caballerizo mayor de la duquesa de Borgoña, quien por orden de Luis XIV se entrevistó con Ursinos en Toulouse a finales de octubre.<sup>1947</sup> Conocedora de ambas circunstancias, la reina consideró que había llegado el momento de exponer sus pretensiones directamente ante el rey de Francia, cosa que hizo a través de una carta, fechada según dijimos el 2 de noviembre de 1704, que le fue entregada por mediación de la duquesa de Borgoña y cuyos argumentos no distaban mucho de los que ya había presentado ante Maintenon:

“Me congratula tanto hallar ocasiones para concederme el honor de escribir a Vuestra Majestad que no dejaré pasar la que hoy se presenta y que concierne a la princesa de los Ursinos. Tal vez os sorprenda que sea ahora cuando comience a hablaros de ella dado el tiempo transcurrido desde que partió, mas os confieso que me sentía tan afligida por todo cuanto le ha sucedido que no he osado hacerlo por temor a parecer irrespetuosa y sobrepasar los límites del respeto que os debo. Mas en el momento presente ya no me asusta hacerlo porque se trata de agradecer las amables palabras que le dijo el mariscal de Tessé de vuestra parte. Me conmueve tanto que confío le reconozcáis en justicia todos sus méritos. Es lo que espero hagáis cuando conozcáis su inocencia y la perfidia de sus enemigos ya que, permitidme os lo diga, ni los unos ni los otros han recibido en justicia el trato que merecen (...). Sois tan bondadoso conmigo que quiero creer no os

---

<sup>1945</sup> Madame de Maintenon a la reina de España. Fontainebleau, 9 de octubre de 1704. AA. EE., M&D, t. 128, fols. 58r.-61v.; recogida en MILLOT, pp. 402-403; BOTS, H. y BOTS-ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres de Madame de Maintenon...*, III, pp. 533-534. La cursiva es nuestra.

<sup>1946</sup> «Ma maladie (...) m'a empêchée, madame, de pouvoir plus tôt répondre à une de vos lettres, par laquelle vous me marquez que Mme. de Maintenon vous avoit priée de me faire savoir qu'elle n'avoit pu me faire réponse, ne sachant que me mander, mais qu'elle ne laissoit pas de me plaindre du malheur dans lequel je me trouvois. Je n'aurai pas de peine apparemment à vous persuader, madame, combien j'ai été sensible à cet honneur, puisque vous n'ignorez pas mon attachement et mon respect pour sa personne, les obligations que je lui ai, qui me sont toujours présentes, et le fond que je fais sur la générosité de son cœur. Je me flatte qu'elle ne trouvera pas mauvais que je lui fasse me très-humbles remerciements par une de mes lettres (...).» Ursinos a la mariscala de Noailles. Toulouse, 23 de septiembre de 1704, recogida en GEFROY, A. (ed.): *Lettres inédites...*, p. 176. Por las mismas fechas, Pucci se hizo eco del viraje producido en la situación de la princesa, sobre la que se especulaba que podría ir a París desde Toulouse o incluso regresar a Madrid. Pucci a su gobierno. Madrid, 22 de octubre de 1704. A.S.F., MdP, Filza 4992.

<sup>1947</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse des Ursins...*, pp. 314-317.

parecerá mal, dado que el asunto que me ocupa aquí es la princesa de los Ursinos, que me tome la libertad de solicitaros, con el mayor encarecimiento de que soy capaz, permitáis vaya esta dama a París, no solo porque os informaría de todo sin pasión, sino también porque podría deciros, si así lo queréis, muchas cosas que no os enojará saber. Concededme la merced que os solicito y espero no tengáis motivos para arrepentiros de ello.”<sup>1948</sup>

Paralelamente, y en espera de la respuesta del soberano galo, María Luisa continuó con su intercambio epistolar con madame de Maintenon. Este conjunto de epístolas expresan de manera muy elocuente el carácter de negociación que la soberana otorgaba al regreso de Ursinos. En ellas la reina seguía mostrándose dócil, dispuesta a conducirse según los consejos que la marquesa tuviera a bien prodigarle.<sup>1949</sup> Aunque no lo manifestaba de manera explícita, podemos otorgar al mensaje de la soberana la misma interpretación que en sus primeras cartas: en ausencia de la princesa solo se dejaría guiar por las recomendaciones de Maintenon, a quien acertadamente entendía como el *alter ego* de Luis XIV. Ello no obstante siempre que el gabinete francés atendiera a sus reclamos en lo que concernía a la antigua camarera mayor.

Por otra parte, de la lectura de algunas de estas cartas podemos dilucidar que María Luisa pensaba ya en avanzar hacia la materialización definitiva de sus aspiraciones, es decir, en plantear el definitivo regreso de la princesa a Madrid. Así, en una de sus misivas a Maintenon, fechada a mediados de noviembre, la reina se mostraba deseosa de conocer el efecto que sus cartas tenían en Versalles. Al mismo tiempo, solicitaba de su interlocutora que le informase acerca de si debía continuar o no con su intercambio epistolar allende los Pirineos, concretamente con el que mantenía a la sazón con el propio Luis XIV, el delfín y el duque de Borgoña.<sup>1950</sup> La evolución

---

<sup>1948</sup> La reina de España a Luis XIV. Madrid, 2 de noviembre de 1704, recogida en *DMAV*, pp. 281-283.

<sup>1949</sup> «Vous pouvez croire que je serai ravie de suivre tous les conseils que vous prendrez la peine de me donner, et que je les regarderai toujours comme venant d'une personne que je compte au nombre de mes amies. Ne craignez pas, comme vous me marquez dans votre lettre, de vous rendre importune (...).» También: «J'ai reçu ce matin votre lettre du 16 de ce mois, où vous me marquez ne pas accepter ma confiance, à cause, dites-vous, que vous ne pouvez pas me servir. Quoi que vous en disiez, je veux vous la donner, et certainement si vous voulez, vous ne pouvez pas me refuser vos conseils: quand on a votre esprit et votre sagesse, on voit les choses de loin.» La reina a Madame de Maintenon. Madrid, 16 y 28 de noviembre de 1704, recogidas en LA BEAUMELLE, L.: *Mémoires pour servir...*, VII, pp. 207-209.

<sup>1950</sup> «Vous direz peut-être, que dans toutes mes lettres, je vous dis toujours la même chose: je l'avoue: mais, à vous dire vrai, l'affaire en question me tient tant à cœur, qu'il me semble que je ne puis assez-vous en parler. Mais pourtant il faut me taire pour vous prier en confidence de me mander une chose, qui est si je dois écrire souvent ou rarement au pays où vous êtes, c'est-à-dire, au roi mon grand-père, à Monseigneur, et à M. le duc de Bourgogne. Faites-moi donc le plaisir de me mander de quelle manière je dois me conduire pour leur plaire, et pour leur marquer les sentiments vifs et sincères que j'ai pour eux.» La reina a madame de Maintenon. Madrid, 16 de noviembre de 1704. *Ibid.*, VII, pp. 206-207.

posterior de los acontecimientos posibilita que comprendamos el sentido que la soberana otorgaba a su última petición. El 16 de noviembre de 1704 el rey de Francia anunció a María Luisa su decisión de permitir a la princesa avanzar hasta París.<sup>1951</sup> Aunque en un principio se trataba de la única concesión que el monarca pretendía realizar en favor de la dama, lo cierto es que la reina no otorgó a sus siguientes misivas tal significado o, si lo hizo, prefirió ignorarlo y realizar una lectura parcial de las mismas.<sup>1952</sup> Para la soberana su intercambio epistolar con Luis XIV simbolizó un acercamiento al monarca que, en contra de los deseos de este último, había de culminar en la reincorporación de Ursinos como camarera mayor. La recepción de la princesa en París simplemente constituía el primer logro de una estrategia que a partir de noviembre de 1704 entró en una segunda fase.

En esta etapa observamos también ciertos cambios en el comportamiento de María Luisa, sobre todo en lo que concierne a los destinatarios de sus misivas y a la elección de sus intermediarios ante el monarca francés. En este sentido la reina no solo se consideró en una posición lo suficientemente segura como para explicitar desde el primer momento y de manera directa sus deseos a Luis XIV, esto es, sin epístolas previas que avanzasen sus pretensiones; también amplió la nómina de sus mediadores ante el soberano galo, que incluyeron tanto a madame de Maintenon como a los duques de Borgoña y su propio esposo, Felipe V. Así pues, el 19 de diciembre de 1704 María Luisa solicitó la autorización del rey de Francia para que la princesa, “cuando se haya justificado por entero y le hayáis dado pruebas de vuestra justicia perdonándole las faltas de las que solo la maldad de sus enemigos la ha hecho culpable”, regresase a Madrid y ocupase su antiguo cargo. Consciente de las acusaciones que en su momento fueron imputadas a Ursinos desde Versalles, la soberana se presentaba ante Luis XIV como garante de la buena conducta de la dama: “Dado que lo que pudiera ser perjudicial para vuestro servicio sería la ruina de los estados del Rey (...) habéis de estar seguro de que si advierto que la princesa de los Ursinos se inmiscuye en asuntos diferentes de los que vos le prescribís, yo seré la primera en solicitaros un castigo muy severo para ella (...). En una palabra: tened la certeza de que solo hará cuanto vos le

<sup>1951</sup> Luis XIV a la reina de España. Versalles, 16 de noviembre de 1704. A.H.N., E., leg. 2460 (2), n.º 36.

<sup>1952</sup> «J’écouteray comme vous me le demandés toute [ce] que la p[rince]s[s]e des Ursins voudra me dire. Je vous assure qu’elle n’aura qu’à se louer de la justice que vous me pries de luy rendre. J’espère aussy que vous ne me demanderés en sa faveur ce que je pourray luy accorder sans nuire à mon service [et] a celui du R[oi] d’Espagne. La peine que j’aurois a vous refuser m’oblige de prendre des précautions pour la prévenir et V. Mté les doit attribuer au désir de luy marquer en toutes occasions la tendre amitié que j’ay pour elle.» El mismo a la misma. Versalles, 30 de noviembre de 1704. *Ibid.*, n.º 39.

ordenéis (...).” La misiva de la reina resumaba una cierta hipocresía, dada su insistencia en presentar las funciones de la princesa tras su regreso a Madrid sin ninguna connotación política (“puedo responderos que le congratularé sobremanera el hecho de ocuparse únicamente del interior de este palacio”).<sup>1953</sup> Dicho esto, cabe pensar también que en ese momento María Luisa demandaba únicamente de Luis XIV el retorno de la dama. Es decir, que delegaba en el monarca, por su condición de cabeza del eje Versalles-Madrid, la potestad de definir los límites y características del papel que la princesa había de desempeñar en su segundo periodo como camarera mayor; papel que, fuese cual fuese su naturaleza, la reina se comprometía en teoría a respetar.

En cualquier caso lo interesante en esta cuestión es, según dijimos, la manera en que la soberana planteó sus pretensiones. Dispuesta a aprovechar el acercamiento producido entre ella y el rey de Francia desde mediados de noviembre de 1704, María Luisa eludió el carácter gradual que hasta ahora había dominado la transmisión de sus peticiones al otro lado de los Pirineos. Por el contrario, expuso sus aspiraciones en lo relativo a la princesa de forma simultánea ante Luis XIV y Madame de Maintenon, cuyas respectivas epístolas llevan la misma fecha. Asimismo, y de manera paralela, implicó a otros intermediarios en sus apelaciones a la gracia del soberano galo. En primer lugar la reina contó con el apoyo de Felipe V, quien remitió sendas misivas a su abuelo y Maintenon en las que suscribía las pretensiones de su consorte<sup>1954</sup>, pero también de la duquesa de Borgoña. El intercambio epistolar entre María Luisa y su hermana no se ha conservado, por lo que es imposible conocer de modo preciso qué fue lo que la soberana demandó de ella en esta coyuntura. Ahora bien, gracias a otros testimonios, sabemos que la reina comprometió a la duquesa de Borgoña en el regreso de la princesa a España:

*«Je conjure ma sœur -escribió a Maintenon- de joindre ses prières aux miennes et je lui marque une seule raison sur l'importance laquelle vous jugerez aisément de celle du retour de la princesse des Ursins. Comme je ne doute pas que ma sœur ne vous montre ma lettre pour prendre les mesures que vous jugerez à propos, je ne vous dis pas toutes les raisons qui me rendent la*

---

<sup>1953</sup> La reina a Luis XIV. Madrid, 19 de diciembre de 1704, recogida en *DMAV*, pp. 297-299.

<sup>1954</sup> “Para terminar he de solicitaros una merced que me conmoviera profundamente me la concedierais, a saber, enviar de regreso a la princesa de los Ursinos con la reina y conmigo. Habéis comenzado por hacerle justicia, mas ésta ha de ser total y tan pública como lo fue su alejamiento.” Felipe V al mismo. Madrid, 19 de diciembre de 1704, recogida en *Ibidem*, pp. 299-301.

présence de la princesse des Ursins nécessaire. Vous avez tant d'esprit, que je n'ai pas besoin de vous les expliquer.»<sup>1955</sup>

Otro tanto hizo María Luisa con el duque de Borgoña, cuya intercesión en favor de la dama pretendió lograr si bien con menos éxitos en este caso que en los anteriores. La correspondencia entre el duque y los reyes de España, sita en el Archivo Histórico Nacional y publicada en 1912 por Baudrillart y Lecestre, pone de relieve la reticencia de Borgoña a tomar parte en el regreso de Ursinos a España. De la lectura de estas cartas colegimos que en un primer momento el duque mostró un cauto silencio ante las instancias de la soberana y que, más adelante, toda vez que Luis XIV accedió a recibir a la dama en Versalles, mantuvo dos breves entrevistas con la princesa. No obstante estos gestos de favor, Borgoña eludió en toda ocasión mostrar una abierta parcialidad hacia la causa de la antigua camarera mayor. Tal y como advirtió a los reyes, en lo que respectaba a Ursinos solo estaba dispuesto a aceptar el veredicto del monarca francés, a quien correspondía la última palabra en esta cuestión: «Pour ce qui regarde le retour de la Princesse des Ursins je ne vois pas que je puisse faire grand chose sur une telle affaire et (...) le Roy [Luis XIV] suivra plutost les pensées que luy jugeront sa sagesse et son expérience que ce que je pourrois en dire (...).»<sup>1956</sup>

Sabido es que María Luisa de Saboya consiguió finalmente imponer su voluntad y obtener de Luis XIV la reintegración de la princesa como camarera mayor en enero de 1705.<sup>1957</sup> Con todo, si bien en este epígrafe hemos analizado el empleo que la reina hizo de la correspondencia, y de su red de correspondientes en Versalles, con el fin de garantizar a la princesa la gracia del monarca francés, pecaríamos de reduccionistas si cifráramos el perdón de la dama exclusivamente como consecuencia del intercambio epistolar presentado más arriba. Según hemos señalado anteriormente las misivas de la soberana constituyeron un instrumento de capital importancia en el proceso de negociación que la soberana entabló entre 1704 y 1705 con la corte gala, pero no fue el único. En términos estrictos la eficacia de esta correspondencia fue relativa. De hecho, lo que verdaderamente persuadió a Luis XIV de la necesidad de revocar sus órdenes en

---

<sup>1955</sup> La reina a Madame de Maintenon. Madrid, 19 de diciembre de 1704, recogida en LA BEAUMELLE, L.: *Mémoires pour servir...*, VII, pp. 210-211. La cursiva es nuestra.

<sup>1956</sup> Duque de Borgoña a Felipe V. Versalles, 11 de enero de 1705. A.H.N., E., leg. 2514 (1), n.º 89; recogida en BAUDRILLART, A. y LECESTRE, L. (eds.): *Lettres...*, I, p. 68. Acerca del papel de Borgoña en el retorno a Madrid de la princesa véanse las misivas del duque a los reyes fechadas en Versalles, 30 de noviembre de 1704, 11, 13 y 18 de enero de 1705. A.H.N., E., leg. 2514 (1), n.ºs 86-92; cits. por BAUDRILLART, A. y LECESTRE, L. (eds.): *Lettres...*, I, pp. 66-76.

<sup>1957</sup> Luis XIV a Felipe V. Versalles, 13 de enero de 1705; el mismo a la reina de España. Versalles, 13 de enero de 1705. A.H.N., E., leg. 2460 (2), n.ºs 2 y 3; recogidas en *DMAV*, pp. 311-313.



cuanto a la camarera mayor fueron el estado de la corte madrileña por esas fechas, las dificultades de Gramont durante su embajada y la actitud marcadamente independiente que María Luisa evidenció respecto a las directrices del gabinete francés y su embajador en Madrid. Aspectos todos ellos que se analizarán con mayor profundidad en el capítulo siguiente.

### **El ascendiente de la reina sobre Felipe V: un debate continuado.**

El destierro de la princesa de los Ursinos había de entrañar el mayor protagonismo de la reina en el eje Versalles-Madrid. Las instrucciones del duque de Gramont expresan de manera muy elocuente el estatus que María Luisa de Saboya debía ocupar a partir de la primavera de 1704. Si antes de esta fecha el ascendiente de la soberana sobre Felipe V fue objeto de suspicacia y censura, en adelante dejó de concitar la oposición del gabinete francés. De la lectura de las citadas instrucciones colegimos que la influencia de la reina era entendida como una cuestión inevitable dadas las peculiaridades de la personalidad del Rey Católico y el afán de su consorte por participar en la toma de decisiones. De hecho, fueron lo ineludible de esta circunstancia junto con la percepción de María Luisa de Saboya en tanto que una mujer dispuesta a ostentar el poder (visión que tiene su origen indudablemente en los informes que sobre ella trazaron los D'Estrées y Louville), los factores que justificaron la instrumentalización que Luis XIV pretendió llevar a cabo del influjo que la reina ejercía sobre su nieto:

«Elle [la soberana] a donné beaucoup d'application aux affaires lorsqu'elle en a été chargée pendant l'absence du Roi son mari, et *quoique elle ait souvent témoigné qu'elle ne les aimoit point (...) il a paru qu'elle désiroit qu'il ne s'en fit aucune sans sa participation.* On a même trop affecté de faire connoître que les particuliers qui reçoivent des grâces du Roi d'Espagne, en avoient toute l'obligation à cette princesse (...). Comme il y a lieu de croire que cette princesse aura toujours un extrême crédit sur l'esprit du Roi son mari, l'intention du Roi est de la persuader qu'elle doit prendre une entière confiance en l'amitié de Sa Majesté. Il faut qu'elle croye, s'il est possible, que le Roi ne sera point fâché qu'elle ait toujours part principale aux affaires. *Ainsi, lorsque le duc de Grammont la verra, en passant à Madrid, il doit l'assurer que rien ne fait plus plaisir au Roi que la parfaite union que Sa Majesté voit entre le Roi d'Espagne et cette princesse; que Sa Majesté regarde comme un bonheur très grand pour le Roi son petit-fils de pouvoir trouver dans la Reine sa femme une personne capable de lui donner de bons conseils sur les affaires les plus importantes de la monarchie; que Sa Majesté verra toujours avec plaisir croître cette confiance, et que, s'il étoit nécessaire elle contribueroit encore de sa part*

*à l'augmenter; qu'elle joint à une véritable tendresse pour la Reine d'Espagne une estime très particulière, et que rien ne lui fait plus de plaisir que d'apprendre la manière dont cette princesse continue à s'attirer l'amour et la vénération des sujets du Roi son mari et l'entière confiance de ce prince.»*<sup>1958</sup>

Así pues, Luis XIV legitimaba en 1704 la condición de María Luisa de Saboya como consejera natural de Felipe V. Según se ha dicho, en ningún caso Versalles esperaba que la reina actuase de manera autónoma. Todo lo contrario, habría de conducirse de acuerdo con las instrucciones del propio monarca francés y su embajador en Madrid. Con todo, el éxito de este sistema rector pasaba porque la soberana aceptase desempeñar el papel que se le pretendía adjudicar, así como por mantenerla alejada de posibles influencias ajenas a Versalles. Desaparecida de la escena política la princesa, era necesario cultivar la francofilia de María Luisa. No resulta extraño, por tanto, que las misivas que Luis XIV envió a la reina por estas fechas estuvieran sembradas de expresiones de afecto y reconocimiento hacia el sacrificio que acababa de realizar al aceptar separarse de la camarera mayor.<sup>1959</sup> Como tampoco el envío de presentes, procedentes de París, destinados a la soberana y que demostraban que las recomendaciones de Marcin en cuanto a satisfacer la parcialidad de la soberana a Francia a través del halago y el regalo tenían aún plena vigencia.<sup>1960</sup> Todo ello con

---

<sup>1958</sup> «Mémoire pour servir d'instruction au Sieur Duc de Gramont...» *RL4*, XII-II, pp. 97 y 106-107. La cursiva es nuestra.

<sup>1959</sup> Valga como ejemplo una de las misivas enviadas por el rey de Francia a María Luisa de Saboya a finales de abril de 1704: «J'étois bien persuadé de la confiance que vous preniés en mes conseils mais je n'en suis pas moins sensible aux nouvelles marques que vous m'en aviez donnée en renvoyant la princesse des Ursins. J'avois prévu que cette séparation seroit pénible pour V. Mté et je ne eusse pas exigée si elle n'eut été absolument nécessaire. Je n'oublieray jamais ce qu'elle vous a couté, mais j'espère que vous en prendrés le souvenir par les marques que je vous donneray en toutes occasions de l'estime particulière et de la tendre amitié que j'ay pour vous.» Luis XIV a la reina de España. Versalles, 27 de abril de 1704. A.H.N., E., leg. 2460(2), n.º 9. Al cruzar la documentación observamos que, si bien el rey de Francia albergaba ya ciertas suspicacias en cuanto a la dilación de María Luisa en nominar una camarera mayor, se guarda muy bien de revelar sus verdaderos sentimientos a la soberana, cosa que deja para su correspondencia con Chateaufort.

<sup>1960</sup> Consúltese el capítulo I la parte IV de este trabajo. Sobre el flujo de presentes entre Versalles y Madrid véanse las siguientes cartas. La reina de España a Luis XIV. Madrid, 24 de octubre de 1704; la misma al mismo. Madrid 12 de noviembre de 1704 (en esta ocasión se trata de un retrato del rey de Francia); *DMAV*, pp. 277-279 y 283. También, las misiva de Luis XIV a María Luisa en la que el monarca confirma el envío de algunos de estos obsequios: «J'espère qu'il [Gramont] pourra vous présenter quelques bagatelles que je vous envoie et quelles arriveront en meilleur estat que les premières. Je souhaite en réparant ce qui a esté perdu (...)» O bien: «Vous me faites un sensible plaisir de regarder le présent dont vous me remerciés comme un effet de mes sentiments pour vous. Je n'ay eu dessein en vous l'envoyant que de faire souvenir V. Mté de ma tendre amitié et de la confiance qu'elle y doit prendre. Je voudrois savoir ce qui peut estre de vostre gout et vous faire voir dans les bagatelles comme dans les occasions les plus importantes qu'on ne peut desirer plus que je fais vostre satisfaction n'y vous

objeto de evidenciar ante la consorte no solo la opinión que el gabinete de Versalles albergaba a la sazón en lo relativo a su participación en la toma de decisiones, sino también que la desgracia de Ursinos no menoscabaría la «amitié» y particular estima que Luis XIV sentía hacia la esposa de su nieto.

Chateauneuf había de jugar un papel fundamental en ambos aspectos. En cierta medida podemos considerar que su misión en Madrid había de contribuir a preparar el terreno a Gramont en lo concerniente a los estrechos vínculos que la soberana había de mantener en adelante con los embajadores franceses en España. Aunque fracasó en su propósito de ganarse la confianza de la reina, el marqués se encargó de transmitir a María Luisa cuál era la verdadera percepción de Luis XIV respecto al ascendiente que ejercía sobre Felipe V y, por consiguiente, al influjo que podía ejercer sobre el ámbito político. Así lo estipulan las órdenes que recibió del monarca galo:

«En effet je suis bien éloigné de m'opposer au crédit qu'Elle a sur l'esprit du Roy son mary; j'ay veu avec plaisir la confiance qu'il prenoit en Elle. *Je compris que du caractère dont il est [Felipe V], étoit nécessaire qu'il fust conduit par les avis d'un autre. Il m'a paru qu'il étoit plus à souhaiter que ce fust par ceux de la Reyne, dont les interests ne peuvent être séparés aux siens que par quelqu'étranger dont les sentiments seroient très différens, c'est encore sur ce mesme plan que sont fondez les ordres que je donne au Duc de Grammont. Il faut seulement prendre garde que la Reyne elle-même ne soit gouvernée par des personnes mal-intentionnées. On pourroit l'avoir prevenue facilement sur mes sentimens et si Elle croit que je désapprouve la confiance entière que le Roy mon petit-fils luy témoigne, vous ne devez rien oublier pour la désabuser, mais il faut qu'il paroisse que vous luy parliez de vous mesme et par la connoissance assurée que vous avez de mes sentimens, car il ne conviendrait pas de luy dire que je vous l'ay expressam[en]t ordonné. On ne doit pas mesme supposer que j'aye pû croire qu'on luy ayt donné des impressions contraires à la verité.*»<sup>1961</sup>

La misiva de Luis XIV a Chateauneuf suponía un ejercicio de prudencia política cuyo contenido, sin embargo, entrañaba cierta ambigüedad. En la línea de lo consignado en las instrucciones de Gramont el monarca francés expresaba su conformidad con la influencia que María Luisa ejercía sobre Felipe V pero, al mismo tiempo, evitaba comprometerse de manera personal al autorizar la participación informal de la soberana en el ejercicio del poder. A nuestro modo de ver tal omisión, en ningún caso inocente y que no pasó desapercibida a la reina como veremos, respondía a

---

aimer plus véritablement que je vous aime.» Luis XIV a María Luisa. Marly, 3 de septiembre y 24 de diciembre de 1704. A.H.N., E., leg. 2460 (2), n.º 34 y 41.

<sup>1961</sup> Luis XIV a Chateauneuf. Versalles, 27 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 90r.-93r.

la naturaleza y limitaciones del papel que el monarca francés pretendía adjudicar a María Luisa. Obligado por las circunstancias y las características de la personalidad de su nieto a otorgar a la soberana una capacidad de maniobra indudablemente mayor de la que se pensó en 1701, Luis XIV no estaba dispuesto a atribuir a la consorte un poder indiscriminado. Ello habría entrañado el riesgo de convertir a María Luisa en otra Mariana de Neoburgo, o en una versión coronada de la princesa de los Ursinos durante su última etapa en España. Por el contrario, el poder informal de la reina había de circular por cauces más discretos y someterse a ciertos límites en un contexto dominado por la figura del duque de Gramont, representante de la autoridad de Francia en Madrid. Este último había de controlar la participación de la soberana en el ámbito político-cortesano, circunscribiendo su intervención a aquellas cuestiones en las que Felipe V sería incapaz de decidir por sí mismo. Es decir, lo que Versalles pretendió *grosso modo* a partir de 1704 fue servirse del crédito de la consorte en momentos y circunstancias puntuales siempre, según el discurso oficial, en beneficio de los comunes intereses de las Dos Coronas. En último término creemos que la reticencia de Luis XIV a exponer directamente ante la reina su propia opinión respecto al rol que había de desempeñar, podría ser reveladora del carácter temporal de la decisión tomada. Como tendremos ocasión de apreciar más adelante, el soberano francés estuvo en todo momento dispuesto a mantener con su nieto una correspondencia cuyo contenido escapase al conocimiento de María Luisa (basada en el “secreto” según sus propias palabras). Asimismo, se mostró particularmente interesado en conocer cuál era el grado de confianza que Felipe V albergaba hacia su esposa. Cabe pensar que, de haber tenido éxito en su propósito de someter al Rey Católico exclusivamente a su influjo, el soberano francés habría prescindido de la reina en calidad de intermediaria. Por tanto, al eludir expresarse de manera directa ante la soberana, Luis XIV dejaba abierta la posibilidad de anular las disposiciones emitidas en lo relativo al poder informal e influencia política de María Luisa de Saboya. Disposiciones que, de ser necesario, podría atribuir tanto a una iniciativa unilateral y/o coyuntural de sus diplomáticos en Madrid (Chateauneuf y Gramont), como a una interpretación personal de sus instrucciones.

En otro orden de cosas el que el rey de Francia mostrase ahora una mayor flexibilidad frente al poder de la reina no implicaba que determinados cortesanos españoles, al igual que otros miembros de la comunidad francesa en Madrid,

compartiesen su percepción al respecto. En este sentido la correspondencia diplomática revela que la participación de María Luisa en la toma de decisiones continuaba siendo objeto de debate, y en algunos casos de abierta oposición, entre ciertos sectores de la corte madrileña. Así lo constató Chateauneuf a poco de llegar a la capital. En sus despachos a Versalles el diplomático se hizo eco de la diversidad de opiniones que concitaba el ascendiente que María Luisa ejercía, o podía ejercer en un futuro, sobre los negocios de Estado. Por una parte, informaba de la existencia de una corriente favorable a la entrada de la reina en el Despacho, incluso con Felipe V presente en la capital (opción que el diplomático desaconsejaba por considerarla contraria a la gloria del monarca).<sup>1962</sup> Por la otra, destacaba el interés de ciertos ministros y aristócratas españoles por privar a la soberana de toda influencia sobre su esposo, lo que equivaldría a neutralizar en buena medida su ascendiente en el plano político-cortesano. Concretamente Chateauneuf aludía al marqués de Ribas, enemistado con María Luisa desde la división de la Secretaría del Despacho, quien pretendía recabar el apoyo de Versalles para alejar a la reina definitivamente del poder tras la caída de Ursinos.<sup>1963</sup> El influjo de la soberana no solo contaba con la oposición de ciertos españoles sino también de franceses muy vinculados a la embajada gala en Madrid y a la Secretaría de Asuntos Exteriores, como Ambrose Daubenton, el padre Martín y Madame Aguirre. Estos tres últimos personajes tenían una visión de la situación muy similar a la de Rivas. Para todos ellos la designación de la duquesa de Béjar como camarera mayor había de contribuir a mantener a María Luisa de Saboya apartada de la esfera política: «il ne reste plus -escribió Daubenton a Pontchartrain- que desirer qu'elle [Béjar] inspire a la Reine de ne pas entrer plus qu'il est nécessaire dans le Gouvernement; c'est ce que les Espagnols souahitent et ce que l'avenir fera connoître (...).»<sup>1964</sup>

Enfrentado a esta variedad de juicios, contradictorios unos de otros según los intereses y la relación de sus emisores con la soberana, Chateauneuf procuró trazar un retrato más equilibrado de María Luisa de Saboya. Sin embargo, más interesante que la

---

<sup>1962</sup> Chateauneuf a Luis XIV. Madrid, 18 de julio de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 323v.-324r.

<sup>1963</sup> «Il est visible qu'il veut allivier toutes les affaires au Cabinet et conduire Madrid lui seul sans que le président de Castille et la Reyne s'en meslent (...)» El mismo a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1704, *Ibid.*, fol. 78r.

<sup>1964</sup> Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 23 de mayo de 1704. A.N.F., B7231, fol. 434r. En el mismo sentido se expresaban Aguirre y Martín, según puede constatarse del contenido de una de las cartas de Chateauneuf a Luis XIV fechada en Madrid, el 30 de mayo de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 201r.

descripción realizada de la reina<sup>1965</sup> nos parece la opinión que merecieron al diplomático los testimonios relativos a la posibilidad de disminuir la influencia de la que esta gozaba. Así, en una de sus cartas a Torcy el marqués aconsejó desmarcarse de los proyectos alentados por Ribas, que consideraba destinados al fracaso debido a la estrecha vinculación afectiva que existía entre los monarcas: «Je ne crois pas que Mr. de Ribas réussisse jamais dans le dessein qu'il a d'éloigner la Reyne des affaires - escribió- (...). Il faut compter qu'elle aura tousjours un grand ascendant sur l'esprit du Roy d'Espagne, je n'en puis douter aprez les lettres que j'ay veu qu'ils s'écrivent...»<sup>1966</sup>

A pesar de la voluntad de Chateaufort por mantenerse al margen de la polémica suscitada en Madrid alrededor del ascendiente político de la reina, así como de su interés por transmitir a la soberana las instrucciones que había recibido en este sentido de Luis XIV, lo cierto es que María Luisa fue consciente desde el principio no solo de las críticas que recaían sobre ella, sino también de los contactos del marqués con declarados opositores suyos (como Ubilla). Mencionar aquí ambos hechos nos parece oportuno puesto que nos permitirá comprender tanto la suspicacia con la que la soberana acogió los avances del rey de Francia tras la desgracia de Ursinos, como su relación con el embajador francés duque de Gramont.

\*\*\*\*\*

La primera desgracia de la princesa de los Ursinos inauguró una nueva etapa en el proceso de adaptación de María Luisa de Saboya a su papel como Reina Católica. En ausencia de la princesa, y a consecuencia de los cambios introducidos en las funciones de la nueva camarera mayor, la reina cobró un mayor protagonismo en tanto que agente político en el seno del eje Versalles-Madrid. Después de más de tres años como consorte de Felipe V, en 1704 Luis XIV otorgó su beneplácito al ejercicio del poder formal e informal por parte de la consorte. Con todo, conviene no exagerar el calado de esta concesión. El monarca francés no estaba dispuesto a permitir que la reina actuase según su propio criterio: si antes María Luisa había

---

<sup>1965</sup> En uno de sus primeros informes a Torcy acerca de la reina Chateaufort constató el poder de la soberana y el prestigio y popularidad de que gozaba en la corte española: «La *camarera Mayor* pourra n'avoir aucune part au gouvernement mais la Reyne en aura toujours beaucoup pour ce qui se passera à Madrid pendant l'absence du Roy non seulement parce que ce Prince luy communique tout, mais parce qu'il n'y a qu'elle qui puisse retenir Madrid dans la fidélité (...). Le Roy estant absent, elle est aimée et adorée, elle encourage les Ministres et les guide à merveille.» El mismo a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1704. *Ibid.*, fols. 76v.-77v.

<sup>1966</sup> *Ibidem*, fol. 79v.-80r.

sido “guiada” e “instruida” por la princesa, en adelante lo sería por el embajador galo en Madrid. A este planteamiento debemos contraponer la opinión que la reina podía albergar al respecto. En este punto la misión de Chateauneuf en la capital, al igual que el proceso que coronó la elección de la duquesa de Béjar como sustituta de Ursinos resultan bastante elocuentes. De entrada, ponen de manifiesto la voluntad de la consorte por actuar con una cierta independencia en relación a los dictados de Versalles, apoyada en ello por Felipe V, así como su insistencia en seguir contando con el consejo de la princesa, bien que ausente esta última de la corte. La soberana había aceptado de forma sumisa, aunque de mala gana, el destierro de la favorita. Pero ello no entrañaba que hubiera renunciado a defender su causa allende los Pirineos, como tampoco a la idea de propiciar su vuelta. La consorte se dirigía en esto con pleno convencimiento: la princesa había actuado de buena fe desde la crisis del Despacho. Si recordamos lo dicho en los capítulos anteriores, María Luisa estaba lo suficientemente implicada en las medidas que la camarera, de concierto con Orry, había patrocinado. Por este motivo aceptar la destitución de Ursinos y plegarse al rol que Luis XIV pretendía adjudicarle tenía un significado más profundo para ella, tal y como veremos con mayor detenimiento en el capítulo siguiente. Al margen del impacto emocional que el alejamiento de la dama pudo ocasionarle, abandonar a la princesa suponía para la soberana aceptar que buena parte de la estrategia política auspiciada por la camarera mayor y Orry entre 1703 y 1704, apoyada tanto por la consorte como por Felipe V, había sido errónea. O lo que es lo mismo, aceptar que el contenido de los informes remitidos a Versalles por los D’Estrées, alrededor de los cuales giró en buena medida la política francesa con respecto a España a partir de la primavera de 1704, eran veraces y acertados.

En segundo lugar la reina no confiaba en las directrices emitidas por el gobierno de Francia a la sazón. En parte, ello respondía al hecho de que estas se basaban precisamente en los informes de los D’Estrées; pero también cabe pensar que la soberana deseaba instrucciones más precisas, del propio Luis XIV no ya de Chateauneuf, en cuanto a la naturaleza, características y límites del papel que estaba destinada a desempeñar en lo sucesivo. Una cuestión nada baladí si tomamos en consideración que su propia reputación en Versalles, como la de la princesa, había sufrido un progresivo desprestigio desde el estallido de la crisis del Despacho; pero también que la consorte era conocedora de la existencia en la corte española de

ciertos sectores contrarios a su ascendiente sobre el monarca. Así pues, cabría pensar que María Luisa, como en su momento hiciera Ursinos con Torcy, buscaba una confirmación expresa por parte del rey de Francia a su participación en el poder. En último término los acontecimientos que sucedieron a la primera caída en desgracia de la camarera mayor ponen de relieve, desde una perspectiva general, las dificultades de Luis XIV para gobernar la Monarquía Hispánica y controlar desde Versalles la dinámica interna de la corte madrileña. Y, junto con estas cuestiones, la necesidad del soberano galo de mostrarse en muchos momentos más conciliador de lo que aconsejaban sus embajadores u otros miembros del *entourage* francés en Madrid. Tal es lo que podemos colegir del destino de los ministros, cortesanos y servidores de las Casas reales que formaban parte de la red de Ursinos. Mientras que los franceses, con excepción de la relativamente insignificante Mademoiselle Émilie, fueron llamados a Francia los españoles: Santisteban, Castel-Rodrigo, Montellano, Ronquillo, Veraguas, Aguilar etc. permanecieron en los respectivos puestos que ostentaban en muchos casos gracias al patronazgo de la princesa. Bien es verdad que el monarca galo desconfiaba de algunos de ellos, particularmente de los dos últimos, pero bajo ningún caso deseó iniciar una purga entre los Grandes parciales a la antigua camarera mayor. Hacerlo hubiera entrañado el riesgo de acentuar la ya acusada inestabilidad de la corte y el gobierno madrileños, así como malquistar a Felipe V con la alta aristocracia. Ahora bien, al optar por la conciliación Luis XIV perjudicó en cierto modo la capacidad de maniobra de sus diplomáticos, primero de Chateauneuf y después de Gramont, ante la reina. Habida cuenta del recelo que albergaba por estas fechas hacia las disposiciones de Versalles, María Luisa buscó consejo y se mostró dispuesta a dejarse guiar no ya por los representantes de Luis XIV en Madrid, sino por los miembros de la red de la princesa que permanecían a su lado, personajes leales a la antigua camarera y a la propia soberana y que contaban igualmente con la confianza de ambas.



## MEDIACION E INSTRUMENTALIZACION

«Pour gouverner quelqu'un longtemps et absolument il faut avoir la main légère, et ne lui faire sentir que le moins qu'il se peut sa dépendance.»<sup>1967</sup>

Desde la primavera de 1704 los sucesivos diplomáticos franceses en Madrid, primero Chateauneuf y después Gramont, buscaron hacer consciente a la reina del papel que Luis XIV pretendía adjudicarle en la escena política tras la destitución de la princesa de los Ursinos. Acabamos de analizar la naturaleza y límites de tal papel, así como la diversidad de opiniones que generó en la corte española. A continuación abordaremos las características que revistió la práctica del poder informal, en su diferentes manifestaciones, por parte de María Luisa de Saboya; en qué aspectos concretos cristalizó el ascendiente que la consorte ejercía sobre Felipe V y hasta qué punto la conducta de la reina se adecuó, o mejor dicho divergió, de las características del rol que el monarca galo aspiró a asignarle en un principio.

Tradicionalmente al estudiar el comportamiento de la soberana durante la primera desgracia de Ursinos la historiografía ha insistido, de entrada, en la firme, e irresponsable en ciertos momentos, defensa de la princesa llevada a cabo por la consorte. Una actitud de la que habrían derivado tanto la rivalidad de la consorte con el duque de Gramont como su oposición a la influencia francesa sobre la Monarquía Hispánica, manifestada entre otros aspectos por la existencia del conocido como “Despacho secreto” de la reina, síntoma elocuente de la, para algunos de sus contemporáneos, francofobia de la soberana. Ciertamente es imposible negar el influjo que ejerció sobre la conducta de María Luisa entre 1704 y 1705 la situación de la antigua camarera mayor. El interés de la reina porque Luis XIV rindiese justicia a Ursinos y autorizase su regreso a España determinó en gran medida la actitud de la consorte en estas fechas. Con vistas a lograr sus objetivos veremos cómo la soberana no solo instrumentalizó el ascendiente que ejercía sobre Felipe V a través de estrategias ya conocidas, por ejemplo la fiscalización de los encuentros del monarca con el embajador francés; sino también cómo, consciente de la importancia que Francia adjudicaba a la sazón a su participación en la toma de ciertas decisiones, vinculó la causa de la princesa con el desarrollo de la embajada de Gramont y la efectividad de las medidas gubernamentales que este había de impulsar. Dicho esto, a nuestro modo de

---

<sup>1967</sup> LA BRUYÈRE: *Les Caractères*. Introduction et notes d'Emmanuel Bury. París, 1995, p. 220.

ver conviene asimismo tomar en consideración otros factores, que nos permiten comprender en toda su complejidad el comportamiento de María Luisa y la manera en que cristalizó su influjo sobre los asuntos de Estado, o su “despótico gobierno” en palabras de Gramont. A saber: el contexto imperante en las relaciones en el seno del eje Versalles-Madrid y la situación interna de la corte española antes y a lo largo de 1704-1705; las razones que motivaron la oposición de la reina hacia las instrucciones del gabinete galo, tanto en lo que concernía a su propio rol en la escena política como en lo tocante al patrocinio que había de otorgar a las políticas preconizadas por el embajador francés en el seno del gobierno; y las características de la embajada de Gramont así como la incapacidad del diplomático para abordar algunas de las dificultades que surgieron durante su desarrollo, entre otras el antagonismo en que derivó su relación con María Luisa.

### **Retórica de la reticencia, instrumentalización política y ejercicio del poder:**

Según vimos en el capítulo anterior Chateaufort hubo de encargarse desde la primavera de 1704 de convencer a la soberana «du plaisir qu’auroit Vtre. Mté [Luis XIV] d’apprendre qu’elle prist connoissance des affaires par l’utilité qui en reviendroit au Roy d’Espagne.»<sup>1968</sup> Enfrentado a la indiferencia de María Luisa a sus primeras instancias el diplomático reiteró sus solicitudes, infructuosamente, a lo largo de toda su misión en Madrid. En un momento dado, llegó incluso a leer a la soberana una carta del monarca francés en la que este le instaba a escribir a Felipe V con el fin de que el rey tomase una decisión sobre un asunto concreto.<sup>1969</sup> Empero, la respuesta de la reina fue siempre la misma: procuraba no intervenir en política, cuestión que correspondía exclusivamente a su esposo. Así pues, Chateaufort abandonó la corte sin lograr convencer a la consorte de los “verdaderos propósitos” de Luis XIV respecto a su participación en el poder. Gramont no tendría más suerte en esta materia que su antecesor. Tras su instalación en la capital junto a Felipe V el duque exhortó a María Luisa, por orden de su soberano, a «entrer dans les affaires». La réplica de la reina fue semejante a las anteriores: «elle étoit incapable; qu’elle ne concevoit pas comment on vouloit y admettre une femme de quinze ans (...)»<sup>1970</sup>

---

<sup>1968</sup> Chateaufort a Luis XIV. Madrid, 29 de junio de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 278v.

<sup>1969</sup> El mismo al mismo. Madrid, 25 de junio de 1704. *Ibid.*, fols. 264r.-v.

<sup>1970</sup> Cit. por MILLOT, pp. 170-171.

No obstante, probablemente porque tales instancias partían (a diferencia de lo sucedido con Chateauneuf) del embajador oficial de Francia en España, su encuentro con Gramont llevó a la soberana a plantear la cuestión a Luis XIV. El momento elegido por la reina para hacerlo era oportuno por otra parte. Hasta la fecha la estancia del Rey Católico en el frente había posibilitado que la soberana se mostrase cauta ante las peticiones de los diplomáticos franceses. María Luisa no tenía por qué preocuparse todavía del empleo que hiciera de su ascendiente sobre Felipe V debido a que este se encontraba en campaña, lejos de su influencia directa. Sin embargo, el regreso del monarca a Madrid situaba a la reina en una coyuntura diferente en la que, o bien persistía en desoír las instancias de Versalles en cuanto a su participación en la toma de decisiones, o bien abordaba la cuestión de manera definitiva. La primera de las opciones habría entrañado, si no quería caer en una palmaria contradicción entre el discurso y los hechos, en la renuncia de María Luisa a todo influjo no ya sobre el gobierno sino sobre su esposo. La segunda, tal y como parece que la entendía la reina, pasaba por conocer directamente de Luis XIV, es decir sin intermediarios de ningún tipo, en qué consistía el papel que se le pretendía adjudicar desde Versalles. Así lo hizo la soberana en una misiva remitida al monarca galo, el 25 de julio de 1704, menos de una semana después de su audiencia con Gramont:

«Je me donne l'honneur d'écrire à Votre Majesté pour lui rendre compte de ce que le duc de Gramont m'a dit de sa part, qui est *qu'elle veut absolument que je me mêle dans les affaires du Roi son petit-fils*. Vous savez mieux que personne la répugnance que j'ai à le faire, non-seulement parce que naturellement cela n'est pas de mon goût, mais encore parce que je me connois, et je sais que je ne suis nullement capable de donner, sur quelque chose que ce soit, mon sentiment. Malgré toutes les bonnes raisons que j'ai (...) je me vois obligée à obéir à vos ordres quoique avec une peine infinie. Mais ce que je vous demande, c'est que je ne me mêle des affaires qu'en particulier avec le Roi, et que cela ne paroisse au dehors, pour que le Roi n'en ait pas moins de gloire. *Je crains très-fort que vous ne vous repentiez de ce que vous faites présentement: car quoique assurément je ne veuille faire que ce qui est meilleur pour le service du Roi, quand on a mon âge et mon peu d'expérience, je vous avoue qu'on peut craindre de faire bien des choses mal à propos. Mais, au moins si cela arrive, vous ne pourrez-vous en prendre qu'à vous mesme, puisque c'est vous qui l'aurez voulu* (...).»<sup>1971</sup>

---

<sup>1971</sup> La reina a Luis XIV. [S. l.], 25 de julio de 1704, recogida en MILLOT, p. 171; BAUDRILLART, I, pp. 183-184. Una traducción al castellano de la última parte de esta carta se encuentra en COXE, W.: *España bajo el reinado...* [2011], p. 291. La cursiva es nuestra.

Más adelante analizaremos en profundidad el contenido de esta epístola, muy interesante ya que nos permite conocer la visión que la propia reina tenía de su intervención en la toma de decisiones. Dicho esto, por el momento destacaremos cómo, a consecuencia de su envío, Luis XIV se vio obligado a quebrar la reserva que hasta entonces había mantenido frente a María Luisa en lo tocante a su participación en los asuntos (recuérdense algunas de las instrucciones del monarca a Chateauneuf o su predilección por transmitir a la reina sus opiniones en este punto a través de terceros):

«Je trouve avec plaisir dans votre lettre -decía Luis XIV en su respuesta- un nouveau sujet de vous louer: rien ne le mérite davantage que par la crainte que vous avez d'entrer dans la connoissance des affaires, et que votre attention à faire tut à la gloire du roi d'Espagne. Plus j'approuve vos sentimens, *et plus je vous crois capable de lui donner des conseils excellens*. Vos ménagemens pour le public sont dignes de vous, et au-dessus de votre âge: je suis bien aise de voir que Votre Majesté pense d'elle-même à ce qu'il y a de plus convenable.»<sup>1972</sup>

Desde estas perspectivas, María Luisa obtuvo a través de esta carta el reconocimiento explícito de Luis XIV en lo relativo al papel que había de desempeñar en un futuro «dans la connoissance des affaires» (resultaba difícil por otra parte, dados los términos empleados por la reina, que el soberano ignorase el contenido de su misiva). En su respuesta observamos que el monarca, más tarde comprenderemos la razón, se mostró especialmente generoso con la consorte al ponderar la excelencia de los consejos que esta podría tributar a su nieto. La consigna era clara, la reina estaba llamada a tomar parte en la política española de manera legítima puesto que así lo deseaba Luis XIV: «C'est de vous principalement que je veux me servir pour l'y déterminer [a tomar decisiones, se refiere a Felipe V]», añadió el soberano.<sup>1973</sup>

Con todo, cabe preguntarse a qué se debió el cambio de actitud de María Luisa en relación a las instancias que la diplomacia francesa venía desarrollando ante ella desde hacía meses. El regreso del Rey Católico a Madrid y el hecho de que fuera el embajador oficial de Francia en la capital española quien le transmitiese las instrucciones de Luis XIV son dos factores que posibilitan que comprendamos tal cambio, según hemos avanzado. Pero a nuestro modo de ver no son los únicos. Ciertamente María Luisa deseaba que fuese el monarca galo quien expresase sus intenciones directamente ante ella. Según informó en su momento Chateauneuf, la

---

<sup>1972</sup> Luis XIV a la reina de España. [S. l.], 6 de agosto de 1704, recogida en MILLOT, p. 171. La cursiva es nuestra.

<sup>1973</sup> *Ibidem*.

reina no prestaba oídos a sus peticiones puesto que creía sinceramente que Luis XIV se oponía a su intervención en el gobierno.<sup>1974</sup> Asimismo, consideramos que el ejemplo de la princesa de los Ursinos bien pudo dictar el comportamiento de la soberana en este punto. En buena medida, la conducta de ambas mujeres al abordar la práctica informal del poder era muy semejante. Según vimos en otra parte de este trabajo, en la que nos referimos a las primeras intervenciones de la princesa en el ámbito político-cortesano durante la primera gobernación de María Luisa, la camarera mayor había insistido en obtener todo tipo de instrucciones de Torcy, junto con la aprobación del ministro y a través de él del monarca francés, antes de tomar parte efectiva en la toma de decisiones y aconsejar a la soberana en el desempeño del gobierno. De la misma manera, poco antes de que Felipe V regresase a Madrid desde Italia, el mismo ministro había expresado a Ursinos su satisfacción hacia la conducta tenida en ausencia del monarca, instándola a continuar con su labor junto a la pareja real. Con todo, el apoyo de Torcy no había evitado la posterior caída en desgracia de la dama y su, a ojos de María Luisa, vergonzoso destierro. A decir verdad, Versalles encontraba justificación al destino de la princesa (recuérdense las acusaciones de abuso de poder y las críticas al “gobierno mujeril”), pero no es menos cierto que la reina no solo confiaba en la inocencia de la favorita, sino que también compartía su visión en muchos de los puntos de conflicto en las relaciones entre las Dos Coronas. Por tanto, nos parece plausible que, con el ejemplo de Ursinos presente, María Luisa desoyese las instancias que en nombre de Luis XIV efectuaban sus diplomáticos y buscase, por el contrario, que fuese el propio soberano, cabeza del eje Versalles-Madrid, quien le informara de sus pretensiones. La carta remitida por el monarca galo a la soberana el 6 de agosto de 1704 reforzaba en consecuencia la posición de la reina como “consejera natural” de Felipe V. Un aspecto nada baladí si tomamos en cuenta que existían a la sazón, tanto en la corte española como en la francesa, posturas muy críticas con la participación de la mujer en el poder (por ejemplo Ubilla en Madrid o Torcy en París); tendencias, además, que iban dirigidas en contra de Ursinos y la propia reina según hemos visto ya (como

---

<sup>1974</sup> Chateaufort describió a Luis XIV una de sus conversaciones con la reina en términos que no pueden ser más elocuentes: «*Elle me dit qu'elle ne se mêloit point de ces sortes d'affaires. Qui s'en mêleroit donc, Madame, si ce n'est Vôte Majesté? Le Roy d'Espagne n'est occupé que de la gloire, c'est à vous a veiller à la conservation de sa personne et au bien de l'Estat pendant son absence, le Roy vôte grand père n'est tranquille sur Madrid que parce que vous y estes et que personne n'a plus d'intérêt que vous de bien conseiller le Roy son petit-fils. La Reyne me regarda en souriant, ce que me fit connoître quelle estoit prevenu que Vôte Majesté ne souhaitoit pas quelle se mêlât des affaires.*» Chateaufort a Luis XIV. Madrid, 14 de mayo de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 145v.-146r. La cursiva es nuestra.

demostraban algunas de las cartas de Madame Aguirre al Secretario de Asuntos Exteriores). Desde estas perspectivas, en caso de que su intervención en los asuntos de Estado concitara oposición a uno y otro lado de los Pirineos la reputación de la reina quedaría exonerada de toda mácula, dado que tal y como ella misma advirtió a Luis XIV: «c'est vous qui l'aurez voulu».

En otro orden de cosas, la influencia del “magisterio” de Ursinos se hace patente en el contenido de la carta que María Luisa remitió al monarca francés, hasta el punto que Millot señaló en su día que, de haber estado presente la princesa en Madrid por esas fechas, la inspiración de dicha misiva le habría sido sin duda achacada a ella.<sup>1975</sup> La soberana demostraba que había interiorizado las lecciones de la camarera mayor en lo que concernía a su condición pública e institucional en el seno de la pareja real. Sumisa a las órdenes de Luis XIV, aceptaba “mezclarse en los asuntos de Estado” aunque, eso sí, desde la privacidad, con el fin de no perjudicar la reputación de su esposo como único gobernante. Al mismo tiempo reiteraba la repugnancia, bien conocida por el monarca francés, que le generaba toda participación en el ámbito político. Según podemos apreciar si comparamos esta misiva con otras que la reina remitiera a Luis XIV con anterioridad, el discurso de María Luisa en lo que se refería a la práctica del poder no había variado un ápice desde su establecimiento en España. Sin embargo, ¿podemos considerar sinceras las palabras de la consorte? Desde luego, en Versalles no creían en la veracidad de los alegatos de la reina en este sentido. Las instrucciones recibidas por el duque de Gramont dan buena cuenta de ello, y demuestran que el gabinete francés los entendía más como una justificación a su reiterada intromisión en el gobierno, que como el reconocimiento de un franco rechazo al ejercicio del poder («quoique elle [la reina] ait souvent témoigné qu'elle ne les aimoit point [les affaires] (...) il a paru qu'elle désiroit qu'il ne s'en fit aucune sans sa participation.»). Las *Mémoires* del duque de Saint-Simon, como la correspondencia de algunos miembros del *entourage* francés en Madrid, recogen igualmente la percepción de Versalles en esta cuestión, al presentar a Ursinos como artífice de la afición de María Luisa a participar en la toma de decisiones.

En cualquier caso la pregunta sigue en el aire: ¿hasta qué punto podemos creer a María Luisa cuando aludía a su relación con el poder y a su ascendiente sobre Felipe V? En nuestra opinión, la diferencia establecida por la historiografía entre poder

---

<sup>1975</sup> MILLOT, p. 171.

formal e informal de la consorte posibilita que podamos esbozar una serie de hipótesis al respecto. La lectura de las cartas de la soberana a su abuela, Madame Royale, demuestra que María Luisa expresaba a su familia el mismo desagrado por los asuntos de gobierno que ante Luis XIV: «Je ne sais si je vous ai mandé que l'on est persuadé -le escribió en mayo de 1703- que je veux gouverner ce pays-ci; je ne vous en dirai rien, sachant l'éloignement que j'ay, qui augmente tous les jours (...) et je ne comprends nullement comme on peut aimer les affaires. Au nom de Dieu, ma chère grand'maman, contentez encore une fois ma curiosité en me mandant quel goût on peut avoir en cela...»<sup>1976</sup> Tal sentir se repetirá cada vez que la soberana deba hacerse con las riendas del gobierno en ausencia de Felipe V.<sup>1977</sup> Ahora bien, lo cierto es que María Luisa se preocupó en todo momento por defender el influjo que ejercía sobre su esposo frente a aquellos que buscaban neutralizar su ascendiente; como también resulta innegable que la soberana estaba al tanto, y apoyaba, las iniciativas de carácter político planteadas por Orry y la princesa de los Ursinos (no en vano, ciertas decisiones se fraguaron en su presencia ya fuera en sus aposentos o en el *Cuarto chico* de la princesa). Desde estas perspectivas podríamos concluir que el rechazo de María Luisa iba dirigido más hacia el ejercicio de la gobernación, cuyo peso y dinámica decía le resultaban insoportables, que a la práctica de otras manifestaciones relacionadas con la vertiente informal del poder.

Por último, y retomando el análisis de su discurso, la retórica utilizada por la reina a la hora de abordar su participación en la toma de decisiones es muy similar a la empleada por otras damas a las que se achacaba asimismo importantes cotas de poder, *verbigracia* la propia Ursinos o Madame de Maintenon. Los estudios de la correspondencia de ambas llevados a cabo por Loyau, Bots y Bots-Estourgie han puesto de relieve el interés de las dos damas por minimizar en sus epístolas la capacidad de maniobra de que gozaban en la esfera político-cortesana (en lo que a decir verdad Maintenon tenía más éxito que Ursinos).<sup>1978</sup> A primera vista podríamos

---

<sup>1976</sup> La reina a Madame Royale. Madrid, 17 de mayo de 1703. DELLA ROCCA, C.: *Correspondance inédite...*, pp. 161-162.

<sup>1977</sup> «J'ai encore le désagrément d'être occupée depuis le matin jusqu'au soir dans des choses fort ennuyeuses et qui sont for contre mon goût, car le roi, en partant, m'a laissé le soin de gouvernement. Plaignez-moi, ma chère grand'maman, car depuis deux mois je n'ai pas été sans peine (...)» La misma a la misma. Madrid, 9 de septiembre de 1709. *Ibid.*, p. 202.

<sup>1978</sup> Para un análisis de la imagen de Ursinos y la marquesa de Maintenon a través de su correspondencia véase, LOYAU, M.: «Préface», en LOYAU, M. (ed.): *Madame de Maintenon et la princesse des Ursins...*, pp. 8-

detectar en todas estas féminas una rematada hipocresía, fruto de la divergencia existente entre el discurso y los hechos. Sobre todo si comparamos su retórica, fundamentada en la reticencia y el desagrado a tomar parte en materias propiamente varoniles, como la política y la diplomacia, con las cuestiones en las que su voz era escuchada; o con la forma en que describían su relación con el poder y las diferentes coyunturas en que se “veían obligadas” a intervenir. No obstante, más que de hipocresía, o disimulo y artificiosidad consustanciales a la mujer como Michelet entendía la cuestión<sup>1979</sup>, quizás deberíamos interpretar este discurso como resultado de una profunda preocupación por el decoro y la reputación. En este sentido, si bien en otras partes de este trabajo hemos visto cómo los gobernantes de la Edad Moderna se mostraban bastante pragmáticos en cuanto al ascendiente de la mujer en los asuntos de gobierno, que no tenían empacho en instrumentalizar en aras de determinados fines políticos, no es menos cierto que el ejercicio del poder informal por parte de las féminas siempre estaba sujeto a los condicionantes de género, contexto y coyuntura.<sup>1980</sup> Y que, en último término, no solo se consideraba como ilegítimo y perturbador del orden natural sino que también, debido a dicha interpretación, podía ser condenado en cualquier momento por la sociedad, con el consiguiente perjuicio de la reputación de la dama sobre la que recaía la censura. El ejemplo de la princesa de los Ursinos, con su ascenso y caída en desgracia entre 1701 y 1704, resulta paradigmático en este sentido. Así pues, conscientes de los riesgos y contradicciones que entrañaba su participación en la toma de decisiones, parece coherente que muchas de estas mujeres, incluida María Luisa de Saboya, optaran por disimular su intervención a los asuntos de Estado; o que, llegado el caso, aparentasen “mezclarse” en ellos (por utilizar una expresión frecuente en la documentación) a desgana y siempre a consecuencia de su sumisión hacia las órdenes del varón. Tal fue uno de los consejos que Madame Royale, conocedora por sí misma de los sinsabores que la mujer había de afrontar al ejercer el poder, hizo a la reina poco después de su instalación en la corte española:

«Je suis bien aise -le respondió María Luisa- d'apprendre votre sentiment sur le goût des affaires. Vous croyez que ce goût-là me viendra avec l'âge (...). Cela serois bien malheureux, car je n'aurais pas eu plaisir de gouverner pendant que j'étais régente, et après cela ce goût me viendrait

---

53; también BOTS, H. y MONGENOT, C.: Introduction, en BOTS, H. y BOTS-ESTOURGIE, E. (ed.): *Lettres...*, I, pp. 7-86.

<sup>1979</sup> MOUREAU, T.: *Le Sang de l'histoire...*

<sup>1980</sup> A modo de síntesis para el caso hispano véase el Prefacio de la obra coordinada por EARENIGHT, T.: *Queenship and Political Power...*, pp. XIII-XXVIII.



quand je ne le pourrais plus faire. Ainsi, je souhaite (...) de ne pas changer de sentiment (...). *En tout cas, si cela m'arrivait, vous pouvez bien croire que je suivrai votre sentiment, qui est de n'en pas faire semblant (...).*»<sup>1981</sup>

Tal y como veremos en los siguientes epígrafes, María Luisa no siempre sería capaz de seguir a pies juntillas la recomendación de su abuela. Al menos, tal fue la impresión que albergó la diplomacia francesa en Madrid entre 1704 y 1705.

### **La pervivencia de la red clientelar de la princesa: el “Despacho secreto” de la reina.**

La modificación del papel asignado por Luis XIV a María Luisa de Saboya y el mayor protagonismo de esta en la esfera política aparejó la puesta en vigor de ciertas prevenciones que, aunque presentes en los planes de la diplomacia gala desde noviembre de 1701, tomaron plena vigencia en la primavera de 1704. En este sentido, eliminada la figura de la princesa como filtro de las relaciones de la soberana, el control sobre los contactos de la reina adquirió una mayor relevancia que con anterioridad. Ciertamente el soberano francés estaba dispuesto a autorizar el ejercicio del poder informal por parte de María Luisa de Saboya pero, dado que esta ejercía y estaba llamada a ejercer un notable ascendiente sobre Felipe V, se hacía obligado fiscalizar sus relaciones con individuos ajenos a Versalles y garantizar, en último término, que solo el embajador Gramont podría influir positivamente sobre ella. O lo que es lo mismo, evitar que, instrumentalizada por terceros, capaces de aprovechar su descontento ante la destitución de la princesa, la soberana manifestase tendencias abiertamente francófonas y/o contrarias a lo que desde el gabinete galo entendían como los comunes intereses de las Dos Coronas.<sup>1982</sup>

A la hora de analizar este complejo juego de influencias debemos tomar en consideración no solo ya el interés de la reina por forzar el retorno de Ursinos, su desconfianza hacia las directrices emanadas desde Versalles a la sazón o la incertidumbre que generó en Madrid la caída de la princesa, sino también los límites de la acción política de Luis XIV sobre la corte madrileña en esta coyuntura concreta.

---

<sup>1981</sup> María Luisa a Madame Royale. Madrid, 16 de noviembre de 1702, recogida en DELLA ROCCA, C.: *Correspondance inédite...*, pp. 147-148.

<sup>1982</sup> Chateaufort se expresó en este punto con claridad meridiana al aludir al temor «qu'il y avoit que la Reyne se laissât séduire par quelque mauvais esprit qui lui inspireroit de l'indépendance (...)» Chateaufort a Torcy. Madrid, 14 de mayo y 1 de agosto de 1704 (la cita corresponde a esta última misiva); Luis XIV a Chateaufort. S. I., 14 de julio de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 142r.; 339r.-v. y 294r respectivamente. La cursiva es nuestra.

Este último aspecto queda de relieve al observar la “generosidad” del monarca galo ante los cortesanos españoles que integraban la red de Ursinos, sobre todo en comparación con los franceses que igualmente formaban parte de la misma. La mayoría de estos sujetos, que debían su ascenso y preeminencia en el entorno de los reyes a la dama, se mostraron leales a la princesa en su desgracia, al menos en un primer momento, e incluso algunos de ellos, como Veraguas, mantuvieron una cierta comunicación con la antigua camarera mayor en tanto duró su alejamiento de la capital.<sup>1983</sup> Es cierto que Luis XIV no albergaba la misma opinión de todos estos cortesanos y ministros. De hecho, mientras que Montellano o Ronquillo contaban con su beneplácito, Veraguas o Aguilar eran vistos con suspicacia. Sin embargo, percepciones personales aparte, todos se beneficiaron de la benevolencia del soberano quien, a despecho de sus lazos con la princesa, aceptó mantenerles en sus respectivos cargos. Consciente de que su alejamiento de Madrid incrementaría la inestabilidad y oposición reinantes en la corte y el gobierno españoles, Luis XIV se vio impelido a mostrarse conciliador. No obstante, semejante posicionamiento terminaría por entrañar una cierta contradicción, principalmente en lo que concernía a los contactos de la soberana y a sus vínculos con el embajador francés. Así, el monarca eliminaba de la circulación a los principales líderes de la red de la princesa, la propia Ursinos y más tarde Orry, pero se manifestaba neutral ante la mayoría de los miembros de esta bandería. Al mismo tiempo, exigía de María Luisa que otorgase una absoluta confianza a los consejos de Gramont, personaje a quien la soberana desconocía y al que únicamente avalaban su cargo, la mediación favorable de ciertos personajes de Versalles (aparte de Luis XIV el duque de Borgoña por ejemplo) y la propia confianza del soberano francés.<sup>1984</sup>

Tales avales resultaron por lo que parece insuficientes para la reina. Aunque no es el momento de analizar las relaciones entre María Luisa y Gramont lo cierto es que la continuidad de las hechuras españolas de la princesa en el entorno más próximo a la soberana restó desde el principio capacidad de maniobra a los diplomáticos franceses. En un contexto incierto, entendido por la reina como poco favorable para la causa de la antigua camarera mayor y para sí misma, María Luisa optó por mantenerse leal a los

---

<sup>1983</sup> Marqués de Rinuccini al gobierno florentino. Madrid, 10 de junio de 1705. A.S.F., MdP, Filza 4993.

<sup>1984</sup> Luis XIV a la reina de España. [S. l.], 14 de julio de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 344r.; A.H.N., E., leg. 2460 (2), n.º 19, donde aparece con fecha de 13 de julio de 1704.

integrantes de la red de Ursinos.<sup>1985</sup> Si bien será al duque de Gramont a quien más afectará la conducta de la reina en este punto, Chateauneuf fue el primero en ser consciente de la situación, cuyas implicaciones no fueron previstas en cualquier caso desde Versailles. Según tuvimos ocasión de comprobar al analizar el proceso de elección de la sucesora de la princesa, los vínculos entre el marqués y María Luisa fueron fluidos y se caracterizaron por la cortesía, pero en ningún momento tales lazos dieron lugar a una verdadera confianza. El fracaso de Chateauneuf a la hora de persuadir a la soberana de las intenciones de Luis XIV en lo relativo a su ascendiente político, como también su reiterada necesidad de recurrir a la mediación de Montellano, constituyen dos buenos ejemplos de esta afirmación, que podemos concretar un poco más gracias al resto de la correspondencia del diplomático.

Así, al avanzar su misión en España este fue consciente de algunos de los inconvenientes derivados de la desconfianza de la soberana hacia los representantes de la diplomacia gala en Madrid y su estrecha relación, por el contrario, con los partidarios de Ursinos. A decir verdad el marqués no ponía en duda la parcialidad de María Luisa a Francia, a diferencia de otros miembros del *entourage* francés, pero sí que presentaba a una reina expuesta a los «mauvais conseils» que podrían dictarle determinados cortesanos españoles. En particular, el diplomático se refirió a la recepción por la soberana de una Memoria, «pleine de choses bonnes et mauvaises», que le entregó el duque de Veraguas a mediados de mayo de 1704 y de la que no ha quedado registro alguno.<sup>1986</sup> Aunque en su correspondencia con Versailles Chateauneuf restó gravedad al episodio en cuestión, por considerar al duque como un hombre inteligente y un súbdito de probada fidelidad a Felipe V, lo destacable de este suceso es la significación de las respectivas acciones del aristócrata y de la reina.<sup>1987</sup> Es decir, la entrega y aceptación de una Memoria que, a un más amplio espectro, ponían de manifiesto no solo la relevancia de María Luisa en tanto que intermediaria privilegiada ante el Rey Católico, sino también el desarrollo por parte de la soberana de ciertas

---

<sup>1985</sup> A este respecto podemos leer en las instrucciones del duque de Gramont: «l'ascendant que la princesse des Ursins avoit pris sur elle [la reina] étoit tel que tous ses ennemis étoient regardés par la Reine comme infidèles au Roi et à leur patrie; elle considéroit, au contraire, comme les seuls sujets affectionnés à leur maître ceux que la princesse des Ursins regardoit comme ses amis.» *RL4*, XII-II, p. 97.

<sup>1986</sup> Chateauneuf a Torcy. Madrid, 14 de mayo de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 142r.

<sup>1987</sup> El mismo a Luis XIV. Madrid, 20 de mayo de 1704, *Ibid.*, fol. 226r. Por otra parte, el diplomático avisó al rey de Francia de que María Luisa no había respondido a la Memoria remitida por el duque. El mismo al mismo. Madrid, 1 de agosto de 1704. *Ibid.*, fols. 339r.-340v.

iniciativas de las que cabía la posibilidad, como fue el caso, de que la diplomacia francesa solo tuviera conocimiento *a posteriori*.

Al elocuente testimonio de Chateauneuf debemos añadir el de Ambrose Daubenton, comisario de la Marina francesa en Madrid, mucho más prolijo en lo concerniente tanto a los contactos de María Luisa de Saboya como a la incidencia que los mismos podían tener sobre las relaciones entre las Dos Coronas. En su intercambio epistolar con Pontchartrain Daubenton se guardó por razones obvias de criticar la tibieza de Luis XIV con respecto a los integrantes de la red Ursinos. Ahora bien, no por ello dejó de referirse a los problemas que había de generar el talante conciliador del monarca francés. En primer lugar, la perpetuación del ascendiente de la princesa sobre la corte española, manifestado en su ausencia por medio de sus hechuras: «le corps de cette dame est à Toulouse et son esprit à Madrid...», sentenció.<sup>1988</sup> En segundo lugar, y en relación con lo expresado anteriormente, el pernicioso influjo que todos estos individuos ejercían sobre la reina. Influencia que se extendía hasta el propio gobierno en detrimento del papel que el embajador francés había de desempeñar en su seno. Al contrario de Chateauneuf, más comedido en sus juicios, Daubenton consideraba que María Luisa de Saboya era artífice y responsable directa de esta situación. Por una parte, debido a la voluntad de la soberana por participar en la toma de decisiones gracias al innegable influjo que ejercía sobre Felipe V. Por la otra, a causa de la deliberada ignorancia y abierta oposición que la reina tributaba a los consejos y órdenes del duque de Gramont. La conjunción de ambas variables tenía como resultado, en opinión del comisario de marina, la inoperancia del Despacho<sup>1989</sup> y el consiguiente menoscabo de las atribuciones del embajador de Luis XIV en Madrid:

«Elle [María Luisa] s'est entièrement emparé de celui [la voluntad] du Roi d'Espagne depuis son retour de l'armée; elle ne s'étudie qu'à l'engager de faire tout le contraire des sages avis de Sa M[ajesté] (...). Ceux qui ont inspiré à la Reine l'esprit de gouverner ont commis un crime impardonable, le génie et la cabale qui a été formée sur ce sujet augmente plustot que diminue, on continue à parler dans le *Despacho* que de très peu d'affaires et des moindres importantes (...).»<sup>1990</sup>

---

<sup>1988</sup> Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 18 de agosto de 1704. A.N.F., B<sup>7</sup>232, fol. 362v.

<sup>1989</sup> Sobre la inactividad del Despacho en esta coyuntura véase BERNARDO ARES, J. M.: "Franceses divididos y españoles desencantados...", en CASTELLANO CASTELLANO, J. L. y LÓPEZ-GUADALUPE, M. L. (eds.): *Homenaje a Don Antonio Domínguez Ortiz*..., III, pp. 141 y 155.

<sup>1990</sup> El mismo al mismo. Madrid, 6 de agosto de 1704. A.N.F., B<sup>7</sup>232, fols. 309v.-310r.

De acuerdo con la correspondencia de Daubenton, el relativo vacío de poder generado por la pérdida de competencias y capacidad ejecutiva del Despacho guardaba relación con el desarrollo de otras formas de poder informal tan oficiosas como el propio organismo cuyas prerrogativas vulneraban. Sería el caso del conocido como “Despacho secreto de la reina”, que se reunió cada noche en los aposentos de la soberana a lo largo del verano de 1704, cuyas características, funcionamiento y asuntos en los que tomaba parte resultan difíciles de precisar dado que solo el comisario de marina y Gramont aludieron a él en sus misivas.<sup>1991</sup>

De la lectura de estas cartas podemos colegir que las conferencias nocturnas celebradas en los aposentos de la soberana no serían otra cosa que la continuidad del renombrado “gabinete superior” de la princesa, presidido tras la destitución de esta última por la reina. De hecho, buena parte de sus asistentes son comunes en ambas asambleas. Así, integraban el “Despacho secreto” el conde de Montellano, el marqués de Castel-Rodrigo, el duque de Veraguas y los condes de Frigiliana y Santisteban, junto al marqués de Canales y Orry (antes de su abandono de Madrid), que participan en sus sesiones de manera más esporádica que los anteriores.<sup>1992</sup> Se trataba de un organismo, por tanto, de carácter netamente español y aristocrático del que, al igual que en el periodo D’Estrées, el embajador francés se encontraba excluido: «M[onsieur] Orry en use a son égard [habla de Gramont] a peu pres comme il a fait avec M[onsieur] le Cardinal et M[onsieur] l’abbé d’Estrées», informó.<sup>1993</sup> Eran precisamente estas circunstancias las que concitaban la censura de Daubenton, que entendía el “Despacho secreto” como una entidad que contravenía las instrucciones de Versalles, sustraía al Rey Católico de la influencia del duque de Gramont y obstaculizaba en consecuencia la labor rectora que este último estaba llamado a desempeñar junto a Felipe V: «voilà le Roy d’Espagne enfermé dans son Palais et livré

---

<sup>1991</sup> Todo parece indicar que el “Despacho secreto” comenzó a reunirse después de la partida de Chateauneuf. En sus últimas misivas a Torcy desde Madrid, el diplomático admitió los rumores que designaban a Veraguas como uno de los consejeros oficiosos del marqués de Canales. Sin embargo, negó que María Luisa tuviera con el duque reuniones secretas o que escuchase sus consejos. De hecho, informó, la soberana sólo recibía a Veraguas en audiencia pública, nunca en privado, lo que había sabido por Castel-Rodrigo, Doña Josefa Figueroa y uno de los guarda damas de la soberana. Chateauneuf a Torcy. Madrid, 1 y 5 de agosto de 1704. AA. EE, CPE., t. 140, fols. 339r.-341r. y 347r.-v. Véase también Gramont a Luis XIV. Madrid, 29 de julio de 1704, recogida MILLOT, p. 171.

<sup>1992</sup> Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 10 de agosto de 1704. A.N.F., B<sup>7</sup>232, fol. 314v. Por error, Daubenton incluyó entre los asistentes al “Despacho secreto” al arzobispo Arias, si bien más tarde se retractó.

<sup>1993</sup> *Ibidem*, fol. 315r.

plus que jamais aux volontez de la Reine et à celles de quelques Grands qui ont accèz auprès de S<sup>a</sup> M<sup>a</sup>j<sup>es</sup>té à cause de leur charge.»<sup>1994</sup>

Por otra parte, y volviendo al complejo juego de influencias directas e indirectas a las que María Luisa de Saboya se hallaba expuesta, el “Despacho secreto” representaba para Daubenton un órgano que canalizaba la francofobia reinante en Madrid. Sus integrantes, como la propia reina, eran francófilos convencidos en su mayoría<sup>1995</sup>, que alentaban a la soberana a tomar decisiones con independencia de Versalles y contrarias en último término a la unión de las Dos Coronas: «(...) On prétend que ces deux [Veraguas y Frigiliana] (...) sont nos plus grands ennemis, qu'ils fortifient la Reine dans la résolution de gouverner, qu'ils l'engagent à ne rien faire exécuter de ce que Sa M<sup>a</sup>j<sup>es</sup>té désire et à se soustraire de ses volontez afin qu'il paroisse que Sa M<sup>a</sup>j<sup>es</sup>té n'a aucune pars au gouvernement de ce Royaume.»<sup>1996</sup> Veraguas y Frigiliana no eran los únicos sobre los que recaían las críticas del comisario de marina. La trayectoria del conde de Montellano en esta coyuntura también era objeto de interesantes reflexiones en su intercambio epistolar con Pontchartrain. De hecho, Montellano resultaba una figura mucho más controvertida si cabe que los anteriores. Al igual que Chateauneuf, Daubenton lo definía como el principal consejero de María Luisa de Saboya por estas fechas. Sin embargo, y a diferencia de lo que observamos en la correspondencia del diplomático, la vinculación con la princesa de los Ursinos y su rivalidad inicial con el embajador francés desacreditaban al gobernador del Consejo de Castilla a ojos del comisario de marina. Para este, Montellano encabezaba la corriente opositora a Gramont no solo en los aposentos de la soberana, a quien inspiraba una abierta desconfianza hacia el embajador, sino también en el Despacho “oficial”, donde se oponía a las medidas propuestas por el duque y ralentizaba con ello la acción del gobierno.<sup>1997</sup>

---

<sup>1994</sup> Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 18 de agosto de 1704, *Ibid.*, fol. 361r. Recuérdese, asimismo, que Veraguas, Aguilar y Montellano han sido considerados por la historiografía como miembros del embrionario partido español que se desarrollaría plenamente en la corte española desde 1713 aproximadamente. LUZZI TRAFICANTE, M.: “El origen del partido español...”, en NIEVA OCAMPO, G., SILVANO, B. y NAVARRO, A. (coords.): *Servir a Dios...*, pp. 198-199.

<sup>1995</sup> «La Reine nous hais tous elle a le même cœur et le même esprit que son père (...)» El mismo al mismo. Madrid, 6 de agosto de 1704. A.N.F., B<sup>7</sup>232, fol. 309v.

<sup>1996</sup> *Ibidem*, fol. 310r.

<sup>1997</sup> «(...) je reviens toujours à vous dire que quelque assurance que donne la Reine a M. le duc de Gramont de suivre ses conseils et les intentions de S. Mté, cette Princesse fera toujours tous le contraire tant qu'elle se laissera conduire par les avis des seigneurs Espagnols qui ont avez auprès d'elle, fol. 361v. ce sont M. le comte de Montellano, président de Castille, qui a toute sa confiance, je l'ay toujours cru fort attaché à la France et qu'il n'étoit pas capable de donner que de bons conseils à la Reine mais

Por lo que concierne a los asuntos que se dirimían desde los aposentos de la reina Daubenton se mostraba más impreciso. En su correspondencia con Versalles concedía al “Despacho secreto” una amplia capacidad de decisión sobre las materias de guerra y gobierno. Ahora bien lo hacía sin entrar en detalle, a través de informaciones generales que incidían más en el poder de la «cabale» formada alrededor de María Luisa de Saboya que en las cuestiones concretas sobre las que esta proyectaba su influjo. Muy probablemente la imprecisión de Daubenton se debía a la falta de informaciones exactas acerca de cuanto sucedía en las asambleas nocturnas presididas por la soberana. No en vano su principal fuente de información era una de las damas de María Luisa (la hija del conde de Fernán Núñez) quien tan solo podía enterarle de los asistentes a tales reuniones, pero no de su contenido, pues no tomaba parte en ellas. En consecuencia, debemos otorgar a las informaciones de Daubenton en este punto un carácter más próximo al de la especulación que al de un testimonio por completo veraz y/o sustentado en el conocimiento exacto de los hechos. Esta última afirmación parece coherente si confrontamos la correspondencia del comisario de marina con la evolución de los acontecimientos político-militares en el verano de 1704. En este sentido, los recientes estudios de Concepción de Castro o Anne Dubet han puesto de relieve de manera pormenorizada tanto los preparativos que dieron cuerpo a la campaña de ese año, como las causas que precipitaron el relativo fracaso de la misma, que culminó con la pérdida de Gibraltar. Una lectura literal de las epístolas de Daubenton podría llevarnos a achacar parte de dicho fracaso a la iniciativa oficiosa del “Despacho secreto” que, según hemos podido comprobar en los extractos de su correspondencia incluidos en el cuerpo del texto, el comisario de marina describía de manera muy general. Por el contrario los citados estudios, basados en una variada documentación archivística, han demostrado que los sucesos del verano de 1704 fueron producto de decisiones tomadas con anterioridad a la caída de Ursinos; como también de procesos en buena medida ajenos a la existencia *per se* del “Despacho secreto” (arrinconamiento del sistema

---

Mad[emoiselle]. de los Rios, une de ses filles d'honneur, m'envoya dire hier qu'elle désirois me parler pour une affaire pressante, je ne manquay pas d'aller aussitôt au Palais où elle m'assura que ce Président étoit très mal intentionné, qu'il conférois avec la Reine matin et soir et que c'étoit luy qui donnoit a cette Princesse tous les Conseils dont on voyoit les effets (...). M. le duc de Gramont à qui j'eus l'honneur d'en aller rendre compte (...) me dit qu'une persone de probité luy avoit donné avant-hier un pareil avis et qu'il étois persuadé que le comte de Montellano étois cause plus que tous autres du procédé de la reine, comme il est entièrement devoué a Madame la princesse des Ursins et qu'il n'y a que luy et ses créatures qui sont écoutez de la reine (...). Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 18 de agosto de 1704. A.N.F., B7232, fols. 361v.-362r.; sobre la rivalidad Gramont-Montellano en el Despacho véase el mismo al mismo. Madrid, 7 de noviembre de 1704. *Ibid*, B7233, fols. 282v.-283r.

polisinodial; división de la Secretaría del Despacho; conflictos entre el Secretario de Guerra y el Consejo de Castilla a cuenta de los abastecimientos y reclutamiento militares, etc.).<sup>1998</sup>

En última instancia lo expuesto hasta el momento no resta importancia al testimonio epistolar de Daubenton, ni tampoco a sus alusiones a las asambleas nocturnas presididas por la reina. Por un lado, y pese a que no son más que hipótesis, consideramos que en tales reuniones bien pudieron debatirse el futuro de los planes de reforma de Orry tras la marcha del financiero, las consecuencias de la destitución de Canales y la subsiguiente reunificación de la Secretaría del Despacho Universal con Ubilla de nuevo como único secretario.<sup>1999</sup> Por el otro la vigencia, bien que temporal, del “Despacho secreto” puso sobre el tapete toda una serie de cuestiones relativas al papel de la reina en el eje Versalles-Madrid con las que el gabinete francés habría de lidiar a lo largo de 1704. De entrada, la diversidad de opiniones, y abierta oposición en algunos casos (como el del duque de Gramont según veremos) que concitaba el ejercicio del poder informal por parte de María Luisa de Saboya. En segundo lugar, la reticencia de la soberana a mantener con los parciales de la antigua camarera mayor una relación marcada por la cortesía y el decoro, es decir, carente de toda connotación política y/o de patronazgo. En tercer lugar, la acendrada resistencia de la reina a confiar en el embajador francés y a conducirse conforme a sus consejos, o lo que es lo mismo, a plegarse al rol que Luis XIV pretendía adjudicarle tras la destitución de Ursinos. En cuarto lugar, la dificultad de garantizar al duque de Gramont la posición de preeminencia en la corte madrileña que le otorgaba su cargo diplomático sin el apoyo tácito de la reina, cuyo ascendiente sobre Felipe V podía neutralizar llegado el caso el crédito del embajador galo en la corte y el gobierno españoles. Y, por último, la potencialidad de María Luisa en un contexto político-diplomático marcado por la guerra, la reacción a la reforma y la difícil convivencia entre las comunidades francesa y española en Madrid; es decir, el riesgo de que tras el destierro de la princesa, quien

---

<sup>1998</sup> Como ponen de relieve los esclarecedores análisis acerca del periodo llevados a cabo por de CASTRO, C.: *A la sombra de...*, pp. 70 y ss.; ídem: “Las primeras reformas institucionales de Felipe V: el marqués de Canales”, en *Cuadernos dieciochistas*, 1 (2000), pp. 155-183; DUBET, A.: *Un estadista francés...*, en concreto el cap. 6.

<sup>1999</sup> Cuestiones a las que alude tangencialmente Daubenton. Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 10 y 18 de agosto de 1704. A.N.F., B<sup>7</sup>232, fols. 315r. y 360r.-v. También el mismo al mismo. Madrid, 19 de octubre de 1704, donde trata la destitución igualmente del conde de Moriana al frente de la Tesorería Mayor de Guerra. *Ibid.*, B<sup>7</sup>233, fol. 203v.



recuérdese alentaba la parcialidad de la reina hacia Francia, esta se viese influenciada por los opositores al intervencionismo francés en la política española.

### **La reina y el embajador: alternativas políticas e inestabilidad gubernamental**

Si bien María Luisa de Saboya nunca mantuvo con el duque de Gramont una relación tan tensa e inestable como con los D'Estrées, lo cierto es que con el paso del tiempo y la incidencia de los acontecimientos esta derivó en una abierta oposición que terminó por decidir en buena medida la suerte del diplomático. Varias fueron las razones que determinaron esta situación. La tenaz defensa de la causa de la princesa llevada a cabo por la soberana fue una de ellas, pero no fue la única. Gramont tuvo también parte de responsabilidad en los problemas que jalaron una embajada compleja de por sí, dada la situación político-militar de la Monarquía Hispánica en esas fechas. De entrada, y al igual que el resto de sus predecesores a excepción quizás de Marcin, el duque abogó por una defensa a ultranza tanto de las instrucciones que recibió desde Versalles como de la posición en la corte, el gobierno y el círculo de los reyes que estas le conferían. Con anterioridad a 1704 ya vimos cómo la reina encontró difícil adecuarse al rol supeditado que el gabinete francés suponía a los reyes con respecto a los representantes de la diplomacia gala en Madrid. Tras la marcha de la princesa tales dificultades se acentuaron. En un principio, para la reina no se trataba de una cuestión de enemistad personal hacia Gramont. De hecho, antes que él Chateauneuf, cuyas relaciones con la soberana fueron indudablemente más cordiales, se enfrentó a la misma cortés indiferencia de María Luisa a sus consejos. Por lo tanto cabe pensar que, al menos en un primer momento, el comportamiento de la reina estuvo dictado por una desconfianza generalizada hacia las directrices de Versalles, que Chateauneuf y luego Gramont debían transmitirle. Suspica hacia las órdenes de Luis XIV, quien a sus ojos no solo había castigado de manera vergonzosa e injusta a Ursinos sino que también había recompensado tras sus respectivas embajadas a los artífices de su desgracia, los D'Estrées, la soberana adoptó una actitud reservada y cauta ante los sucesivos diplomáticos franceses.<sup>2000</sup> En este sentido no creemos que su *modus operandi* estuviera dictado, como pensaba por ejemplo Ambrose Daubenton, por el odio hacia Francia. En nuestra opinión para comprender el comportamiento de la soberana debemos atender a

---

<sup>2000</sup> El cardenal d'Estrées recibió de Luis XIV la rica abadía de Saint-Germain des Prés mientras que el abate fue recompensado con el «cordon bleu», esto es, la orden del Santo Espíritu. MILLOT, p. 170.

diferentes factores, no solo ya a su supuesta francofobia o a su instrumentalización por parte de los miembros de la red de la princesa. En primer lugar es interesante confrontar la actitud de María Luisa con el proceder de Gramont a lo largo de su misión en Madrid, cuya frustración le llevó con el tiempo a defender en su correspondencia una línea más dura respecto a la corte española; pero también, a buscar neutralizar de manera unilateral el ascendiente que María Luisa ejercía sobre Felipe V, actitud esta última que, obviamente, no contribuyó a estrechar sus lazos con la consorte. En segundo lugar debemos plantear de nuevo, más que lo prudente o imprudente de la conducta de la reina en esta coyuntura (dada la situación militar de las Dos Coronas), hasta qué punto estaban justificados los recelos de la soberana hacia las instrucciones de Luis XIV. En efecto, el monarca francés abogaba por conceder a María Luisa un mayor protagonismo en la esfera política pero, al mismo tiempo, manifestaba una abierta parcialidad hacia la causa de los D'Estrées; personajes que, recuérdese, habían llenado pliegos de sus misivas con abiertas críticas a la participación de la soberana en los asuntos de gobierno. Visto así, resulta sorprendente que el monarca galo no tomase en consideración que María Luisa era sabedora de la naturaleza de las informaciones vertidas en su contra por el cardenal y el abate; como también que pretendiese, por medio de intermediarios y de una forma un tanto ambigua, convencerla de que solo la participación de Ursinos en el poder había concitado la oposición de Versalles, siendo su propia situación netamente diferente. Los informes diplomáticos, al igual que la correspondencia privada, demuestran algo de lo que la soberana también era consciente: entre 1703 y 1704 la princesa encabezó las críticas hacia el ejercicio del poder femenino en la corte madrileña. No obstante, en lo que se calificaba más bien como abuso de poder, María Luisa, por su protección a la camarera mayor, fue descrita en la documentación como parte activa en las intrigas de la otrora camarera mayor; una alumna aventajada de la princesa que, al igual que esta, ambicionaba gobernar. Desde estas perspectivas, y si tenemos en cuenta que la reina consideraba la causa de Ursinos como la suya propia, ¿resulta descabellado que la soberana desconfiase de que, en apenas unos meses, Luis XIV hubiera cambiado radicalmente de opinión en cuanto a su intervención en los asuntos? En tercer lugar, María Luisa empleó su influjo sobre Felipe V y su independencia de criterio respecto a los consejos de Gramont como sendos instrumentos en la negociación que mantenía con Versalles para obtener la justificación y regreso de la princesa a Madrid. En cierta

medida, las instancias de Luis XIV en lo tocante a su intervención en la toma de decisiones hicieron consciente a la reina de la importancia que Francia otorgaba a la instrumentalización de su ascendiente sobre el Rey Católico.<sup>2001</sup> Y bien pudieron influir en su resistencia a someterse de buena gana a los dictados de Gramont en tanto el monarca francés no rindiese justicia a la antigua camarera mayor. Al menos, esta fue la interpretación que en su momento el soberano galo otorgó a la conducta de María Luisa, si bien responsabilizó de ella a los parciales de la princesa y no a la consorte.<sup>2002</sup>

Más adelante matizaremos el posicionamiento de la reina en este aspecto concreto. Por el momento señalaremos que la situación de la princesa, que prácticamente mediatizó toda su embajada, fue el primero de los problemas a los que Gramont debió hacer frente en sus relaciones con María Luisa de Saboya. En la primera de las audiencias públicas que le concedió la soberana, antes de trasladarse al frente junto al rey Católico, Gramont quedó gratamente sorprendido por la reina, cuyo ingenio e inteligencia ponderó en una de sus cartas a Versalles. Con todo, ya en ese encuentro inicial María Luisa planteó ante el embajador la causa de la antigua camarera mayor en términos muy elocuentes:

«Dites-moi donc quels sont les griefs du Roi contre madame des Ursins. Qu'a fait cette pauvre femme, pour avoir été traitée aussi indignement? (...). Et n'est-il pas triste que lui [Luis XIV] qui est le plus sage et le plus prudent de tous les hommes, *ajoute plus de foi aux discours haineux de gens pleins de gangrène; qu'à ceux de son petit-fils, qu'il sait bien qui lui ressemble pour être la vérité même, et qui a connu la rectitude de la conduite de madame des Ursins?* Est-il possible que le Roi ait si peu d'égards pour nous pour ajouter une foi entière aux discours des autres, et si peu aux nôtre? Non, duc de Gramont, je ne vous mens pas, je ne puis me consoler.»<sup>2003</sup>

La susceptibilidad de María Luisa en cuanto tocaba a la princesa no era novedosa. Chateaufort ya había experimentado por sí mismo cómo el nerviosismo de la soberana le llevaba a malinterpretar con frecuencia cualquier alusión a la dama.<sup>2004</sup> Tal situación había tenido consecuencias para el desarrollo de la misión del marqués y las tendría igualmente para la de Gramont. De acuerdo con las instrucciones que

---

<sup>2001</sup> Por esas fechas Pucci describió a Cosme III la situación de María Luisa en términos muy reveladores: “e certo che in poco tempo la Maestà arriverà à comandare quanto vorrà, crescendo sempre più nello spirito e nella cognizione di se medesima.” Pucci a Cosme III. Madrid, 27 de agosto de 1704. A.S.F., MdP, Filza 5073, fols. 717r.-v.

<sup>2002</sup> Luis XIV a Chateaufort. [S. l.], 14 de julio de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 294r.

<sup>2003</sup> Gramont a Torcy. Madrid, 28 de mayo de 1704, recogida BAUDRILLART, I, pp. 189-190; también en MILLOT, p. 169, que la fecha en 25 de mayo de 1704. La cursiva es nuestra.

<sup>2004</sup> Chateaufort a Ursinos. Madrid, 11 de mayo de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fols. 248r.-249r.

recibió de Versailles, el duque debía convencer a la reina del desagrado con que Luis XIV había aprobado el destierro de Ursinos, medida que sabía entristecería a María Luisa. Sin embargo, la enemistad de la princesa con los sucesivos embajadores franceses y la subsiguiente inestabilidad que había provocado en la corte española, le habían llevado a anteponer los intereses del Rey Católico a los sentimientos de su consorte. El contexto político-militar de la Monarquía Hispánica, «où l'ennemi est aux portes et fonde ses principales espérances sur le mécontentement général de l'Espagne», exigía órdenes que, aunque enojosas para la soberana, eran necesarias.<sup>2005</sup> Tales fueron, por tanto, los argumentos sobre los que basculó la respuesta de Gramont a los vehementes alegatos de la reina. Ahora bien, según vislumbró en su momento Millot, en lo que respectaba a las relaciones entre la consorte y la antigua camarera mayor las instrucciones de Gramont no podían estar más equivocadas.<sup>2006</sup> Estas, basadas prácticamente en su totalidad en la correspondencia de los D'Estrées, minimizaban el impacto que tendría sobre María Luisa la caída y alejamiento de la princesa: «On a cependant jugé qu'elle [la reina] aura été peu affligée de cette séparation et qu'elle craignoit la princesse des Ursins beaucoup plus qu'elle ne l'aimoit.»<sup>2007</sup> No obstante, la realidad distaba de ser tal y como la trazaban desde Versailles.<sup>2008</sup> Inflexible ante las órdenes recibidas, el mutismo de Gramont en lo referente a la antigua camarera mayor («vous avez la principale qualité d'un ambassadeur, le secret», le confesó Ursinos cuando se encontró con él en Vitoria) influyó negativamente en la percepción que la soberana albergaría en un futuro del diplomático. Si María Luisa había esperado encontrar en él un apoyo para que Luis XIV accediese a recibir a la princesa en la corte gala, su primera audiencia con el duque la desengañó de ello.<sup>2009</sup> Visto retrospectivamente, parece que el pensamiento de la reina en este punto giró alrededor de una simple aserción: si el embajador se negaba a secundar sus aspiraciones

---

<sup>2005</sup> *RLA*, XII-II, p. 107.

<sup>2006</sup> MILLOT, p. 170.

<sup>2007</sup> *RLA*, XII-II, p. 106. La cursiva es nuestra.

<sup>2008</sup> De lo que la princesa advirtió al embajador en una de sus misivas: «Vous ne seres pas longtemps sans vous apercevoir que les notions que vous avés apportés de France et vos instructions mêmes sont fondées sur des erreurs qui entretiendront éternellement des mécontents en Espagne, et de la jalousie entre les deux nations au très grand préjudice des deux Roys...» Ursinos a Gramont. Toulouse, 3 de octubre de 1704, recogida en L. TR., III, pp. 106-107, cit. por CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, p. 311.

<sup>2009</sup> En su día Chateaufort había advertido a Versailles de que los planes de la princesa, al tomar para partir de España la ruta en dirección a Barcelona, eran encontrarse con Gramont en un punto intermedio de su camino y tratar de recabar el apoyo del nuevo embajador a su pretensión de acudir a Versailles para justificarse ante Luis XIV. Chateaufort a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 70v.-71r.

en la defensa de la camarera mayor, ¿por qué había ella de otorgarle su confianza y colaborar en la materialización de los diferentes puntos establecidos en las instrucciones del diplomático? Tanto más cuando no creía en la justicia y necesaria puesta en vigor de ciertos de ellos (por ejemplo lo relacionado con la reunificación de la Secretaría del Despacho y la situación de Rivas). Dos misivas, supuestamente remitidas por María Luisa al duque toda vez que el rey de Francia accedió a entrevistarse con la princesa en Versailles, refuerzan esta hipótesis. En la primera de ellas la soberana agradece al embajador su teórica mediación en favor de la antigua camarera mayor: «Je veux aussi vous remercier en vostre particulier, car vous n'aves pas peu contribué a cette réponce, par la lettre que vous ecrivises sur ce sujet. Croies que i'ay pour votre personne une [e]stime et une considération infinie.» En la segunda de estas cartas la reina se mostraba más explícita si cabe:

«Vous saves comme ie suis touchant la P[rincesse] des Ursins, ainsi vous pouver croire que vous n'aves pas pu donner une plus grande preuve du désir [que] vous aves de me plaire qu'en rendant à cette dame toute la justice qu'elle mérite auprès du Roy mon grand-père. C'est aussi ce que ie connois fort, et *vous veres que ie tiens ce que ie promets et que vous aures ma confiance, que vous saves que i'avois mis à ce prix* et que ie donne volontiers à une personne qui la mérite autant que vous et ie ne doute pas que vous ne la merities toujours davantage, en continuant à faire de mesme non seulement touchant les affaires du Roy, mais aussi touchant la princesse des Ursins.»<sup>2010</sup>

No parece que los originales de ambas epístolas se hayan conservado, por lo que no podemos responder de manera concluyente respecto a la veracidad de las mismas. En cualquier caso, sean apócrifas o no, la evolución de los acontecimientos en el seno del eje Versailles-Madrid aporta verosimilitud al contenido estas cartas y nos permite valorar, asimismo, la incidencia que tuvo la causa de Ursinos en las relaciones entre María Luisa y el embajador galo.

Con todo, el impacto de la situación de la antigua camarera mayor sobre la embajada de Gramont no fue evidente en un principio. Tras su primera audiencia con la soberana el duque se trasladó al frente, donde fue muy bien recibido por Felipe V.<sup>2011</sup> Solo después del regreso de ambos a la corte madrileña se hizo patente la creciente

<sup>2010</sup> Copias de cartas de la reina de España al duque de Gramont. S. l., n. d., n. a. [la segunda de ellas puede fecharse, dado su contenido, a mediados de noviembre de 1704]. B.N.F., N.A.F., 23180, fols. 3r. y 18r.-v. La cursiva es nuestra. Para una contextualización más completa de ambas epístolas véase el epígrafe dedicado al retorno de Ursinos a la corte y a la rivalidad entre la soberana y el embajador.

<sup>2011</sup> “Hace ya tres días que llegó el duque de Gramont. Me satisface sobremana y os agradezco me hayáis enviado un embajador de su valía”. Felipe V a Luis XIV. Nisa, 30 de junio de 1704, en *DMAV*, p. 237.

tensión que caracterizaría el trato entre la reina y el embajador en los meses siguientes. En cierto sentido, la actitud de María Luisa no varió un ápice desde la partida de la princesa. Como hemos hecho ya con anterioridad para otras situaciones, tomar como referencia la breve misión de Chateauneuf en Madrid posibilita un discernimiento más completo del posicionamiento de la soberana en esta circunstancia. Así, a lo largo de la primavera de 1704 Rivas y Montellano protagonizaron un conflicto de voluntades que refleja hasta cierto punto la rivalidad latente entre la soberana y el presidente de Castilla, de una parte, y el secretario del Despacho, de otra. Como también la inestabilidad interna que caracterizaba a la corte madrileña por aquellas fechas: “los más prudentes, indica San Felipe, disimulaban, y aconteció entonces la infeliz era de que cuantos no obtenían del Rey lo que pretendían, enajenaban el ánimo del Gobierno y [se] adherían a los austriacos”.<sup>2012</sup> En efecto, el inicio de las hostilidades en la Península Ibérica dio lugar al repunte de ciertos recelos en cuanto a la parcialidad hacia la nueva dinastía de algunos importantes cortesanos como los condes de Eril, Arcos y Cifuentes o el antiguo confesor real, padre Froilán Díaz. Desde la presidencia del Consejo de Castilla Montellano ordenó a Don Luis Curiel, fiscal del Consejo, informarse con “el mayor secreto” acerca de la conducta de Cifuentes. Los cargos que se imputaban a este último resultaron tan concluyentes que Montellano dictaminó la apertura de un proceso en su contra y su posterior prendimiento.<sup>2013</sup> Otro tanto sucedió con Eril, del que se recomendó su alejamiento de la corte.<sup>2014</sup> Al margen de los pormenores de la causa de Cifuentes, que relata San Felipe<sup>2015</sup>, nos interesa destacar aquí el papel que la reina jugó en todo el proceso, así como las dificultades del presidente de Castilla a la hora de imponer su voluntad; dificultades que, a decir de Chateauneuf, debían achacarse en exclusiva a Rivas.

---

<sup>2012</sup> SAN FELIPE [1957], p. 67.

<sup>2013</sup> Respecto a los cargos que se imputaban a Cifuentes, dice San Felipe: “esparcía por la Andalucía -en Granada principalmente- proposiciones sediciosas, pintando injustamente horrorosa la imagen del Rey; atribuíale defectos que le faltaban, para engendrar odio en los vasallos; exageraba la tiranía de los franceses y su ambición, la clemencia de los austriacos, lo incontrastable del poder de los enemigos, y lloraba con fingida compasión la depresión de la España (...)” En cuanto a los motivos que inducían al conde, señala el mismo cronista: “era conocido su genio turbulento, inquieto y amigo de novedades, más que por ambición por novedad de dilatar su nombre, porque llevaba muy mal no ser del número de los grandes, siendo su familia más ilustre que algunos que lo eran (...)” *Ibidem*.

<sup>2014</sup> Chateauneuf a Luis XIV. Madrid, 20 de mayo de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 156v.-157r. Entre las sospechas que se albergaban contra Eril se encontraba el hecho de que su madre hubiese asistido a la infanta Margarita, primera esposa de Leopoldo I, durante su periodo como emperatriz alemana.

<sup>2015</sup> SAN FELIPE [1957], pp. 67-68.

De acuerdo con la correspondencia del diplomático el secretario del Despacho, por cuyas manos recuérdese pasaba el flujo de trámites y consultas entre el rey, los diferentes Consejos y viceversa, se encontraba detrás del retraso producido en la llegada de las órdenes del rey desde el frente hasta Madrid. Disposiciones sin las cuales Montellano no podía dar curso efectivo a la detención de Cifuentes o al destierro de Eril.<sup>2016</sup> Ciertamente, Chateauneuf no insistía en los motivos de Ubilla para actuar de tal modo (tan solo reiteraba su incompreensión ante la tardanza de Felipe V en emitir las disposiciones pertinentes en contra de los citados aristócratas). Sin embargo, de lo que no cabe duda es de que culpaba al secretario de la situación creada y que, en último término, sospechaba de él. A mediados de mayo, y con objeto de acelerar la toma de decisiones, el diplomático solicitó de acuerdo con Montellano la mediación de María Luisa de Saboya, a la que instó a que escribiera a su esposo demandándole el envío de las órdenes que autorizasen la actuación del presidente de Castilla. Cortés pero firmemente la reina se negó a hacerlo, optando por mantenerse al margen del conflicto generado por Rivas. Visto retrospectivamente, sobre todo habida cuenta de lo que sucedió *a posteriori* con Cifuentes, el comportamiento de la soberana resulta cuanto menos irresponsable. No obstante, desde una perspectiva más amplia debemos plantear, en primer lugar, que María Luisa actuaba según los criterios que desde Versalles le habían imbuido durante años: la consorte había de mantenerse alejada del ejercicio directo de todo poder informal. La gloria y prestigio del monarca así lo exigían, siendo su condición de gobernadora puntual, limitada en la práctica y fruto de la coyuntura bélica en que la Monarquía Hispánica se encontraba inmersa. Ello no quita, a decir verdad, que la reina realizase en este punto una lectura parcial, lo que nos lleva al segundo aspecto que deseáramos tratar: la respuesta de María Luisa a Chateauneuf derivaba tanto del panorama reinante en la corte madrileña como de la oposición de la soberana a Rivas. Con su conducta, la reina manifestaba explícitamente su negativa a colaborar en cualquier iniciativa que incumbiese al secretario del Despacho. Como la correspondencia diplomática corrobora, la relación entre Rivas y la soberana estaba francamente deteriorada a la sazón. Por ello, cabe pensar que quizás, al decidir mantenerse al margen, María Luisa esperaba demostrar la propia irresponsabilidad de Ubilla, quien retardaba aparentemente sin motivo alguno la expedición de las órdenes del rey. Por otra parte lo destacable del episodio referido

---

<sup>2016</sup> Montellano proponía alejar a Eril de Madrid y enviarle a Granada. Chateauneuf a Luis XIV. Madrid, 25 de junio de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 263v.-264r.

sería la incapacidad de Chateuneuf para recabar el apoyo de la soberana a la puesta en vigor de sus propuestas. Gramont experimentaría una frustración semejante en sus tratos con María Luisa, si bien en su caso la situación revestiría una mayor gravedad debido a su condición como embajador de Francia y a los cometidos que le asignaban las instrucciones recibidas desde Versalles.

Tal y como hemos señalado más arriba, la tensión soterrada que caracterizaría las relaciones entre la reina y el duque dio comienzo tras el regreso de este último a Madrid.<sup>2017</sup> En ese momento, y antes de abandonar la capital, Chateuneuf ya dio cuenta al gobierno galo de las dificultades de Gramont para entrevistarse con Felipe V en solitario. Simultáneamente el monarca también confirmó, el 11 de agosto de 1704, que el acceso a su persona se regiría de acuerdo a lo estipulado por sus predecesores.<sup>2018</sup> Según puede apreciarse, la estrategia de María Luisa no constituía una novedad. En circunstancias similares durante las embajadas de los D'Estrées, tío y sobrino, la soberana había fiscalizado los contactos del monarca con los representantes de la diplomacia gala, al tiempo que el régimen de entradas había vuelto a tomar su antigua forma. Temerosa del influjo que podían ejercer sobre su esposo, la reina se había mantenido presente en las diferentes audiencias privadas que este concedía a los embajadores de Luis XIV en Madrid. A la sazón, tan solo variaban los motivos que movían a la soberana a comportarse de esta manera, que Chateuneuf vinculaba a la causa de la princesa: a decir del diplomático el principal temor de María Luisa era que Gramont pudiera obtener de Felipe V algún tipo de compromiso que terminase de decidir el definitivo retiro de Ursinos a Roma. Sobre todo en un momento en que la reina, por su parte, maniobraba para obtener del rey de Francia todo lo contrario, esto es, la recepción de la antigua camarera mayor en Versalles. O como igualmente expresaba el diplomático: para la soberana era fundamental hacer creer a Luis XIV que, en lo que respectaba a la princesa, su esposo pensaba igual que ella. Una opinión que

---

<sup>2017</sup> Para una descripción del encuentro de los reyes en Talavera de la reina, hasta donde se trasladó la reina, y la entrada el monarca en la capital consúltese el despacho de Pucci al gobierno florentino. Madrid, 23 de julio de 1704. A.S.F., MdP, Filza 4992.

<sup>2018</sup> LUZZI TRAFICANTE, M.: “El origen del partido español...”, en NIEVA OCAMPO, G., SILVANO, B. y NAVARRO, A. (coords.): *Servir a Dios...*, p. 197; ídem: “La revitalización de la Casa de Castilla durante el reinado de Luis I”, en GAMBRA GUTIÉRREZ, A. y LABRADOR ARROYO, F. (coords.): *Evolución y estructura de la Casa Real de Castilla*. Madrid, 2010, vol. I, pp. 495-614, en concreto, p. 532 (*infra* 97), donde se describen las diferentes piezas de los aposentos reales a las que Grandes, ministros, eclesiásticos y militares tenían entrada según su rango y cargo.



Felipe V estaba lejos de compartir, si bien como veremos más adelante por razones carentes de toda connotación política.<sup>2019</sup>

Por su parte Ambrose Daubenton, quien sin lugar a dudas hablaba por boca del embajador francés, reconoció en las mismas fechas a Pontchartrain no solo que la reina dominaba completamente al rey, sino también que el duque de Gramont «fait l'impossible pour gagner la confiance de cette princesse [mais] jusqu'es à present il n'y a pu parvenir».<sup>2020</sup> María Luisa respondía con absoluta cortesía («politesse») a los avances de Gramont, aunque distaba de confiar en él o en sus consejos. Tal actitud había incomodado visiblemente a Chateauneuf pero, en su caso, no había revestido tanta gravedad: *sensu stricto* solo estaba en Madrid de paso, con carácter oficioso y en una coyuntura muy concreta. A diferencia de él Gramont había de colaborar de manera activa con la soberana en la materialización de sus instrucciones. En lo que concernía a este punto la ausencia de Ursinos de la corte perjudicó al duque en más de un sentido. Aunque opuesta con frecuencia a la embajada francesa desde 1703, la princesa se había mantenido leal a Francia y, en última instancia, no había dejado de mostrarse colaboradora en algunas de las ocasiones en que Torcy o Luis XIV así se lo habían exigido. Además, ya vimos cómo durante la estancia de Marcin en España, y en momentos puntuales durante la embajada del abate d'Estrées, la camarera había alentado el acceso de ambos a los reyes, que compartían aposentos. Por lo tanto, con su ausencia Gramont carecía de una figura que, bajo las órdenes directas del soberano galo, bien podía haber influido positivamente sobre la reina en determinadas situaciones. Asimismo, dadas las prerrogativas del oficio palatino de Ursinos, el diplomático perdió también toda posibilidad de acceder a María Luisa en secreto, desde el *Cuarto chico* de la princesa, sin el conocimiento del resto de cortesanos españoles. Tanto más si tomamos en consideración que su sucesora, la duquesa de Béjar, era descrita como una firme defensora de la antigua etiqueta habsbúrgica y contraria a toda alteración en la misma, *verbigracia* los privilegios que pretendían concederse a las nuevas guardias reales.<sup>2021</sup>

Desde estas perspectivas dependía exclusivamente de la reina tanto la evolución como la naturaleza de sus relaciones futuras con el embajador francés. Con el tiempo,

---

<sup>2019</sup> Chateauneuf a Luis XIV. Madrid, 5 de agosto de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fols. 345v.-347r.

<sup>2020</sup> Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 6 de agosto de 1704. A.N.F., B<sup>7</sup>232, fol. 309v.

<sup>2021</sup> Véase la «Lettre de M. des Bordes, faisant une Relation de ce qui s'est passé à l'arrivée du Roy d'Espagne dans sa ville, capitale, des difficultés qui se sont trouvés et des festes et réjouissances qui se sont faïsses a cet sujet. 22 juillet 1704.» *Ibid.*, B<sup>7</sup>233, fol. 261v.

lo difícil para Gramont fue asumir, y reconocer ante Versalles, su impotencia para ocupar la posición de hombre de confianza de los reyes a la que por su condición diplomática creía tener derecho. En el otoño de 1704, de hecho, se vio obligado a solicitar la mediación de la princesa de los Ursinos con el fin de influir positivamente sobre María Luisa, petición a la que la dama respondió con una cierta circunspección.<sup>2022</sup> Otro aspecto igualmente desconcertante para el diplomático fue aceptar que la reina evidenciaba un mayor interés por escuchar los consejos de los miembros del conocido como “Despacho secreto”, cortesanos españoles en su mayoría y algunos de ellos tenidos por francófilos, antes que los que él estaba llamado a prodigarle. A despecho de la inestable relación que mantenía con la consorte, los vínculos del duque con Felipe V eran más fluidos, como lo demuestra la correspondencia del monarca con Luis XIV. Ahora bien, a semejanza de lo que experimentaron otros ministros antes y después de él, el apoyo del Rey Católico nunca sería una baza efectiva sin la anuencia de su esposa. Según declaró Chateaufort, la soberana solo necesitaría un cuarto de hora para convencer a su marido de revocar cualquier medida que hubiera aprobado previamente.<sup>2023</sup> A la postre la paulatina frustración de Gramont influyó negativamente en sus tratos con la reina y nos permite comprender de manera más completa muchos de los juicios que, posteriormente, el embajador consignó sobre María Luisa en su correspondencia.

La conducta de Gramont para con la consorte varió sustancialmente desde el momento en que comenzó a ser consciente de la flexibilización de la postura de Versalles ante la desgracia de la antigua camarera mayor. A nuestro modo de ver es innegable el impacto que el destino de la princesa tuvo en la misión del duque en España. Sin embargo, la incapacidad del embajador para llevar a la práctica algunos de los puntos fundamentales de sus instrucciones, con la aquiescencia y cooperación de la soberana, no estuvo determinada exclusivamente por la situación de la dama. Tal es la conclusión que podemos extraer si comparamos los planes de Francia respecto a la política interior de la Monarquía Hispánica en 1704/1705 con el posicionamiento de la reina en el mismo punto antes y después del destierro de Ursinos.

---

<sup>2022</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse des...*, p. 319.

<sup>2023</sup> «Je ne crois pas que M[onsieu]r de Rivas réussisse jamais dans le dessein qu'il a d'éloigner la Reyne des affaires, ce ne pourroit estre tout au plus que pour un tems, dez que le Roy reverroit la Reyne, elle detruiroit dans un quart d'heure tout ce qu'on auroit fait contre elle pendant la campagne (...)» Chateaufort a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 79r.

En este sentido Gramont encabezó una embajada cuyos objetivos giraban a grandes rasgos alrededor de la restauración del orden en la corte madrileña, en buena medida conforme al estado de las cosas a finales de 1702. Ello implicaba, de entrada, la anulación de ciertas disposiciones alentadas por Orry y la camarera mayor, secundadas en su día por María Luisa. Aunque no eran los únicos aspectos relevantes en sus instrucciones (muy prolijas en su contenido), dos fueron las cuestiones de orden político que preocuparon al gobierno francés a lo largo de 1704: la situación de la Secretaría del Despacho y el reforzamiento del gabinete tras el regreso de Felipe V a la capital. En relación al primer punto, la división de la Secretaría y el arrinconamiento progresivo de Ubilla nunca contaron con la completa aprobación de Luis XIV, poco convencido de la idoneidad de una medida semejante. Como tampoco la designación de Canales a la cabeza del departamento de Guerra. Entendido el primero como una víctima de los “enemigos” de los sucesivos embajadores franceses en Madrid y el segundo como un ministro sin talento, mero hombre de paja que actuaba conforme a las órdenes de Orry<sup>2024</sup>, Versalles pretendía poner fin a una reforma que no solo interpretaba como perjudicial para el poder fáctico de sus diplomáticos en España; sino también cuyo éxito, dados los problemas de abastecimiento a los que el ejército borbónico se enfrentó en 1704, entendía a la sazón como relativo. Debido a ello, Francia abogó por la destitución de Canales y la reintegración de Ubilla al ejercicio pleno de sus funciones como secretario.<sup>2025</sup>

La segunda materia de interés para Luis XIV y sus ministros concernía al Despacho. La acción de la princesa y Orry, las embajadas de los D'Estrées y la oposición de buena parte de los ministros españoles a su existencia, habían debilitado progresivamente este organismo. La embajada de Gramont debía, en consecuencia, garantizar su continuidad frente a las voces que exigían su disolución y el retorno a las formas de gobierno tradicionales; pero también su reforzamiento, síntoma de la preeminencia del embajador en el panorama político español, a través de la inclusión de nuevos miembros.<sup>2026</sup> Tras su regreso a Madrid Felipe V despachaba con Mancera,

---

<sup>2024</sup> *RLA*, XII-II, pp. 102-103.

<sup>2025</sup> «Elle [Luis XIV] est persuadée qu'il conviendrait au service du Roi d'Espagne de lui remettre le sin des affaires qu'on a séparées de sa charge et de lui en laisser l'exercice tel qu'il l'avoit auparavant. Elle sait que personne ne connoit mieux que lui l'intérieur de l'Espagne, qu'on ne peut être plus actif, plus laborieux ; que ces lumières et ces qualités manquent au marquis de Canales (...)» *Ibid.*, p. 122.

<sup>2026</sup> «Rien n'y seroit plus opposé que de supprimer ce Conseil tan qu'il subiste V. Mté gouverne elle mesme, elle consulte ceux qu'elle y admet, elle decide comme il luy plaies et ensuite elle donne les ordres a ceux qui doivent estre chargés de l'exécution. Si vous le supprimés vous serés (...) obligé a remettre à

Arias y Gramont.<sup>2027</sup> Sin embargo, Versalles abogaba por la entrada de Montalto, Monterrey, el marqués del Fresno y el cardenal Portocarrero. Por lo que se refería a este último, había regresado desde su diócesis a la corte, al igual que Arias, y durante un tiempo fue tanteado por Luis XIV y Chateauneuf en cuanto a la posibilidad de volver a la primera escena de la política (no hay que olvidar que continuaba siendo miembro del consejo de Estado). ¿Significaba esto que el gobierno galo estaba dispuesto a conceder al cardenal la misma posición de preeminencia que ostentara en los inicios del reinado? No parece que fuera así. Más bien, de acuerdo con las instrucciones de Gramont, el rey de Francia estaba interesado en evidenciar ante los aliados su confianza en la fidelidad de Portocarrero a la Casa de Borbón, frente a los rumores que indicaban lo contrario<sup>2028</sup>, apuntalando asimismo el Despacho gracias a la inclusión de uno de los ministros españoles que habían contribuido a su establecimiento.

A finales de junio Felipe V estaba convencido de la necesidad de cesar a Canales, pero distaba de mostrarse favorable a la designación de Rivas como único secretario del Despacho:

“El duque de Gramont me ha dicho lo que Vuestra Majestad anhelaba hiciere yo respecto a los marqueses de Canales y Rivas –escribió a su abuelo– (...). Como el primero no está capacitado para el puesto que ocupa (...) no hallo dificultad alguna en desposeerle de él, pero he de confesaros que me repugna en exceso entregárselo al marqués de Rivas porque este no me satisface en absoluto (...). Sea como fuere, si vos lo aprobáis, una vez arrebatado el cargo al marqués de Canales (...), lo entregaré a cualquier otro para que pueda cumplirlo dignamente.”

---

un premier ministre le soin de toutes vos affaires. Je ne crois pas que ce soit votre intention et je ne vous le conseillerai jamais. N'est cependant possible que vous gouverniés par le moyen des Conseils établis en Espagne. Considerés que la proposition est en interessée (...). J'y ajouterai que bien loin de le supprimer vous devés y faire traiter de toutes les plus importantes affaires de la Monarchie, celle de la guerre, des projets de campagnes, des fonds pour la subsistance de vos troupes n'en doivent pas estre séparées (...).» Luis XIV a Felipe V. Versalles, 30 de julio de 1704. A.H.N., E., leg. 2460 (2), n.º 20; copia en AA. EE., CPE., t. 144, fols. 28r.-v.; cit. también por BAUDRILLART, I, pp. 182-183.

<sup>2027</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 19 de julio de 1704, *DM4V*, p. 241.

<sup>2028</sup> Las instrucciones de Gramont incidían en la cooperación de Portocarrero y el cardenal d'Estrées, al tiempo que restaban importancia a los rumores que insistían en la posible connivencia del arzobispo de Toledo con los partidarios del archiduque: «Le Roi a reçu tant de preuves du zèle et de la fidélité de ce cardinal, que sa Majesté n'a pas jugé que le Roi son petit-fils dût lui témoigner aucune défiance (...). Il a considéré de plus (...) que ce seroit un avantage pour les ennemis du Roi catholique de leur donner lieu de dire que le cardinal Portocarero, si zélé jusqu'à présent (...) se déclaroit en faveur de l'archiduc. Enfin rien ne produiroit un plus mauvais effet en Espagne que de voir ce cardinal accusé d'infidélité, au lieu de recevoir les marques que toute la nation est persuadée qui lui sont dues (...) [esto último es relativo habida cuenta del desagrado que el poder de Portocarrero generó entre amplios sectores de la corte madrileña entre 1701 y 1702].» *RL4*, XII-II, p. 100.

Otro de los aspectos en los que el soberano discrepaba con las disposiciones de Versalles era en el destino de Canales tras su destitución. Aunque reconocía que el marqués no podía seguir desempeñando el puesto que había ostentado hasta la fecha, Felipe V admitía su experiencia política, que de Castro ha puesto de relieve en diferentes estudios. Por este motivo el monarca se resistía a alejarle por completo del manejo de los asuntos: “este [Canales] no es apto para dar consejos, pero (...) para ejecutar las órdenes que se le dieran sería tan bueno como cualquier otro y, de esta forma, podríamos admitirlo en el Despacho para hacer lo mismo que habría hecho el marqués de Rivas hasta tanto no recibiere yo vuestra respuesta.”<sup>2029</sup> Como vemos, la reticencia de Felipe V a servirse de Rivas era patente.

Tras recibir la misiva de su nieto, y en conformidad con el nuevo estatus que adjudicaba a la consorte en la toma de decisiones, Luis XIV solicitó la intercesión de María Luisa con el fin de zanjar la situación de la secretaría. Que la obstinación del Rey Católico a plegarse a su voluntad procedía en buena medida de la reina no escapaba al soberano galo: no en vano conocía los informes que con anterioridad habían remitido Chateauneuf, Gramont o Ambrose Daubenton a Versalles: «Je conseille au roi mon petit-fils -escribió- de rendre au marquis de Rivas les fonctions de sa charge. Il m’a paru par sa lettre qu’il y avoit quelque répugnance; mais je crois nécessaire, pour son service, de la surmonter. C’est de vous principalement que je veux me servir pour l’y déterminer. L’état des affaires ne permet pas de délibérer long-temps.»<sup>2030</sup>

Solo un hecho providencial, según indica Hamer Flores, hizo que los reyes cambiaran de opinión en cuanto a la reunión de la Secretaría del Despacho bajo la dirección exclusiva de Rivas: la caída de Gibraltar, que precipitó el cese definitivo de Canales.<sup>2031</sup> En cualquier caso, ni María Luisa y Felipe V estaban conformes con la situación, tal y como expusieron directamente al monarca galo<sup>2032</sup>, ni los cambios en la

---

<sup>2029</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 26 de julio de 1704, *DMAV*, p. 243.

<sup>2030</sup> Luis XIV a María Luisa. Versalles, 6 de agosto de 1704, recogida en MILLOT, p. 171.

<sup>2031</sup> HAMER FLORES, A.: “De Austrias a Borbones. La Secretaría del Despacho Universal...”, en BERNARDO ARES, J. M. (coord.): *La sucesión de la Monarquía Hispánica...*, p. 100. Canales cesaría su actividad como secretario el 13 de agosto de 1704. Sin embargo, desde finales de julio Gramont había venido preparando la restitución de Ubilla como único secretario. DUBET, A.: *Un estadista...*, p. 215 (*infra* 4).

<sup>2032</sup> “El rey os comunica la resolución que ha tomado, queriendo sólo lo que vos deseáis, referente a los marqueses de Rivas y Canales. No obstante, tras obedecer ciegamente, no puedo evitar deciros que volvemos a padecer todos los inconvenientes que habíamos obviado nombrando un secretario exclusivamente para la guerra. No he de explicároslo porque vos lo sabéis mejor que nadie.” La reina a Luis XIV. Madrid, 11 de agosto de 1704; la misiva de Felipe V a su abuelo lleva la misma fecha. Ambas están recogidas en *DMAV*, pp. 245-249.

Secretaría pusieron fin a la inestabilidad interna del gobierno español. Zanjada, al menos con carácter temporal, la situación de Ubilla, el Despacho devino una nueva fuente de problemas en el seno del eje Versalles-Madrid. La reina, y por añadidura Felipe V, se mostraban contrarios a la terna propuesta por Luis XIV, en concreto a la entrada del marqués del Fresno y el cardenal Portocarrero en el citado organismo.<sup>2033</sup> Paralelamente, la situación de los ejércitos borbónicos resultaba cuanto menos incierta. En Europa acumulaban derrotas: Hochstadt y Blenheim. En la Península Ibérica la coyuntura no era más favorable. La situación en el frente extremeño comenzaba a complicarse, precisamente a consecuencia de Gibraltar. El duque de Berwick, general al mando de las tropas francesas, había protegido la frontera portuguesa junto a Tserclaes, Aguilar y Villadarias. Sin embargo, carente de tropas, que Felipe V solicitaba a Francia desesperadamente y que Luis XIV le negaba razonada pero firmemente<sup>2034</sup>, y preocupado por la debilidad de algunas de las plazas fuertes como Ciudad Rodrigo, Berwick se opuso no solo a enviar fuerzas a Gibraltar sino también a reforzar la posición de Tserclaes en Badajoz, tal y como el soberano español le ordenó.<sup>2035</sup> En respuesta, el Rey Católico solicitó el relevo de Berwick y Tserclaes y la sustitución del primero por otro mariscal francés.<sup>2036</sup> En sus “Memorias”, el duque achacó su posterior destitución al desagrado de la reina, opinión de la que se hizo eco Coxe, quien al mismo tiempo vinculó su despido con la negativa del militar a secundar las intrigas de María Luisa para obtener el regreso de la antigua camarera mayor.<sup>2037</sup> Sin embargo, la correspondencia de Felipe V, como el estudio sobre la carrera del mariscal realizado recientemente por Catherine Désos, permiten dudar de la opinión del eminente historiador británico. Que el duque resultaba desagradable a la soberana es algo que él mismo reconoció. Ahora bien, que este aspecto y su posterior cese se debieran a su posicionamiento en la desgracia de la camarera mayor, y no a sus decisiones militares, no está tan claro. Désos duda de ello ya que, recuérdese, a su

---

<sup>2033</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 7 de septiembre de 1704. AA. EE., CPE., t. 144, fols. 145r.; *DMAV*, pp. 253-255, donde aparece fechada en 3 de septiembre de 1704; MILLOT, p. 171; COXE, W.: *España bajo el reinado...* [2011], p. 293.

<sup>2034</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 16 de agosto de 1704. AA. EE., CPE., t. 144, fols. 117r.-v.; Luis XIV a Felipe V. Versalles, 26 de agosto de 1704. A.H.N., E., leg. 2460(2), n.º 23.

<sup>2035</sup> DÉSOS, C.: «Entre champs de batailles et cabales de Cour: le duc de Berwick, soldat du Roi de France en Espagne, 1704-1719», en BERNARDO ARES, J. M. (coord.): *La sucesión de la Monarquía Hispánica...*, pp. 23-42, en concreto, p. 26.

<sup>2036</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 5 y 19 de septiembre de 1704. AA. EE., CPE., t. 144, fols. 148r-149r. y 172v.-173r.; *DMAV*, pp. 257 y 261-263.

<sup>2037</sup> COXE, W.: *España bajo el reinado...* [2011], p. 296.

llegada a España Berwick no solo rindió una cierta justicia a los preparativos militares de Orry, protegido de la dama; sino que más tarde juzgó inadecuada la destitución de la princesa por recelar del efecto que la medida tendría en la reina, al estimar que terminaría por perjudicar la política borbónica a un más amplio espectro.<sup>2038</sup> Desde estas perspectivas, nos encontramos con otro punto de la implicación de María Luisa en los asuntos de Estado que deberíamos desvincular en sentido estricto del destino de la antigua camarera mayor.

A la sazón Felipe V, y desde la sombra la propia reina, buscaron practicar una política de “compensación”. Al tiempo que se negaban a plegarse a las órdenes de Luis XIV en lo tocante a la entrada de Portocarrero y Fresno en el Despacho, evidenciaban una absoluta sumisión a las disposiciones del monarca en otras cuestiones que para ellos no resultaban tan controvertidas. A saber: la admisión del resto de candidatos propuestos por el monarca galo para integrar el gabinete o la designación del marqués de Bedmar como virrey de Sicilia, que el soberano aprovechó para defenderse ante su abuelo de las acusaciones de insumisión e ingratitud que “gentes insolentes y viles” transmitían al rey de Francia.<sup>2039</sup> En cierta medida, esta política resultó a la larga efectiva. En octubre, Luis XIV comenzó a evidenciar una cierta flexibilidad hacia las instancias de los reyes de España en lo tocante a la política española y, lo que era quizás más importante para María Luisa, en lo que concernía al destino de Ursinos. Es cierto que Rivas continuó ocupando el cargo de Secretario del Despacho Universal, pero el monarca accedió a excluir a Fresno y Portocarrero del Despacho, a cesar a Berwick (a pesar de que no estaba muy convencido de tener razones para hacerlo) y a sustituirlo por el mariscal de Tessé. La elección de este último ha sido vista tradicionalmente por la historiografía como una prueba palpable de que la postura de Versalles hacia la princesa comenzaba a variar. Giro que se achacó, en buena medida, al comportamiento de María Luisa en los meses previos.

Ciertamente la actitud de la reina desde el regreso de Felipe V a la corte manifestó a las claras su negativa a cooperar con el embajador francés (obsérvese que todo el proceso descrito anteriormente es paralelo a las reuniones del Despacho secreto mencionadas por Ambrose Daubenton y Gramont); como también una abierta oposición hacia algunas de las directrices de la política del gabinete galo en relación a

---

<sup>2038</sup> DÉSOS, C.: «Entre champs de batailles et cabales de Cour...», en BERNARDO ARES, J. M. (coord.): *La sucesión de la Monarquía Hispánica...*, pp. 27 y 36-37.

<sup>2039</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 19 de septiembre de 1704. *DM4V*, pp. 263 y 265.

España, que solo la evolución de los acontecimientos pudo vencer. El rey de Francia estaba convencido de que la soberana actuaba por despecho, debido al modo en que su gobierno había tratado a la princesa, de ahí que aceptara flexibilizar un tanto su posición respecto a la dama. En un principio no se trataba de conceder a esta un perdón total y definitivo, sino únicamente de permitirle viajar a Versalles y justificarse ante el soberano de las acusaciones que se le imputaban (que la reina no me pida nada más, escribió a su embajador en Madrid). Aunque no podía saberlo en ese momento, Luis XIV estaba dando un paso sin retorno hacia el regreso de la antigua camarera mayor. Quizás, el error del rey de Francia fue mantenerse inamovible en su percepción del modo de encauzar la situación de la corte madrileña tras las tumultuosas embajadas de los D'Estrées y el destierro de Ursinos. En este sentido ya hemos indicado cómo autores que trabajaron con un amplio caudal de fuentes primarias, por ejemplo Baudrillart, juzgaron de manera muy negativa la protección que María Luisa dispensó a su favorita en el periodo 1704-1705. Sin embargo merece la pena plantearse, en primer lugar, hasta qué punto afectaron a la reina las disposiciones del gabinete de Versalles independientemente del destino de la princesa. Y en segundo lugar, en qué medida fueron acertadas o no algunas de las instrucciones que Gramont recibió y Luis XIV defendió.

Por lo que concierne al primer punto el soberano francés pareció no tomar en consideración lo contradictorio de sus órdenes en lo relativo a la reina y Ubilla. En la primavera de 1704 solicitó la colaboración de María Luisa para acrecentar el poder de un ministro que no solo había sido visto anteriormente con suspicacia desde Versalles, sino que por esas fechas constituía, tal y como reconocía Chateauneuf, uno de los principales opositores al ascendiente de la soberana sobre los asuntos públicos.<sup>2040</sup> Analizada desde esta perspectiva, la desconfianza de María Luisa hacia las disposiciones de Luis XIV resulta coherente, en tanto en cuanto el monarca pretendía alentar la participación de la reina en los asuntos pero imponía a Felipe V un ministro contrario a la influencia política de su consorte, y con el que esta se hallaba enemistada desde 1703. Algo similar podríamos señalar en lo tocante a la entrada de Portocarrero en el Despacho. En este aspecto el posicionamiento de la soberana podría tener dos causas: por un lado debemos recordar las recomendaciones de Chateauneuf respecto al

---

<sup>2040</sup> «Il est visible qu'il [Ubilla] veut allivier toutes les affaires au Cabinet *et conduire Madrid luy seul, sans que le président de Castille et la Reyne s'en meslent (...)*» Chateauneuf a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1704. AA. EE., CPE., t. 140, fol. 79r. La cursiva es nuestra.



cardenal, cuya reincorporación al Despacho, advirtió, acentuaría la impresión de que la princesa y su facción habían caído en el más absoluto descrédito ante Versalles. Por el otro, según consta en las instrucciones de Gramont, había sido la propia soberana quien informó de los rumores que aludían a la posible parcialidad de Portocarrero con el austracismo.<sup>2041</sup> En consecuencia, María Luisa se encontró con que nuevamente Luis XIV restaba veracidad y trascendencia a los informes que tanto ella como Felipe V le transmitían. Aunque esta última afirmación pueda parecer un tanto simple, la noción de “credibilidad” tenía gran importancia para la reina. No en vano debemos tomar en consideración que, a ojos de la soberana, desde 1703 Versalles había sospechado en todo momento no solo de la autoría de las misivas que tanto ella como su esposo habían remitido al otro lado de los Pirineos, sino también de la falsedad y parcialidad de su contenido. Ello no quita, en última instancia, que la defensa que la soberana hacía de sus opiniones ante el rey de Francia le impidiera ver el simbolismo que subyacía tras la propuesta de Luis XIV en lo relativo a la entrada de Portocarrero en el Despacho; como tampoco que no comprendiera lo que el monarca galo pretendía de ella: que arrinconara sus propias sospechas hacia el prelado en aras de una imagen de mayor cohesión de la corte y el gobierno españoles frente a los aliados.

En relación al segundo punto señalado más arriba también es posible, al hilo de lo que sucedió posteriormente, poner en tela de juicio la idoneidad de las razones que llevaron al rey de Francia a defender la reunión de la Secretaría del Despacho. Probablemente porque su percepción del estado de la política y la corte madrileñas giraba alrededor exclusivamente de la correspondencia diplomática, Luis XIV entendió la división de este organismo como una de las medidas que contribuyeron a restar efectividad al Despacho y, por extensión, a perjudicar la posición de sus embajadores en el gobierno español. En su interés por restaurar el equilibrio, precario en ocasiones, que había existido antes de la llegada de los D'Estrées, e instado por la inoperancia que a corto plazo había demostrado la división de la Secretaría, el soberano galo impuso la reunión de sus dos departamentos sin hacerse cargo del significado que podía tener para los reyes acatar sus órdenes. Felipe V, que tenía nulo interés en el regreso de Ursinos a Madrid, abogaba por mantener la situación tal cual, si bien aceptaba destituir a Canales. Y otro tanto le sucedía a la reina, con la salvedad de lo que respectaba a la princesa. Se producía aquí una pugna de voluntades: de una parte la del soberano

---

<sup>2041</sup> *RLA*, XII-II, pp. 99-100.

francés, que desconfiaba de las informaciones que le aportaban sus nietos y hacía prevalecer sus opiniones desde la distancia; de la otra la de Felipe V y María Luisa, que afrontaban la situación *in situ* y buscaban mantener su capacidad para perpetuar decisiones tomadas y designar a sus propios ministros. Resulta interesante, por tanto, preguntarse si las reticencias de los monarcas a plegarse a la voluntad de Luis XIV no estaban relacionadas, además de con la causa de la princesa, con el hecho de que estimaran las disposiciones de Versalles como poco acertadas dada la coyuntura. No en vano el rey de Francia volvería a aprobar menos de un año después el desdoblamiento de esta institución, si bien variaron sus titulares. En último término creemos que al analizar el estado de la corte española en la primavera de 1704 el soberano galo no fue consciente, o no tuvo en cuenta, la raíz del desagrado que sus dictados produjeron a los monarcas españoles. Felipe V, por su personalidad, podía plegarse más tarde o más temprano a las órdenes de su abuelo. Sin embargo, María Luisa siempre estuvo lejos de mostrarse tan sumisa. Parciales y opositores reconocieron en la soberana una altanería, un orgullo y una cierta obstinación que hacían difícil que la reina se mostrase conforme hacia las órdenes de terceros, o que se aviniera a imposiciones que atentaban contra medidas que entendía adecuadas, como era el caso. Ciertamente Luis XIV cuidó sobremanera el tono que empleaba en su correspondencia con la soberana, pero el autoritarismo que rezumaban algunas de las misivas que dirigió por estas fechas a su nieto, y que María Luisa conocía, no contribuyó a aplacar a la reina. Profundizando aún más en esta cuestión, María Luisa interpretó la postura del soberano como producto de las informaciones de los D'Estrées y sus acólitos, según puede colegirse de la lectura de las instrucciones de Gramont. Aunque supone un ejercicio de historia contrafactual es interesante preguntarse si la soberana se hubiera mostrado más acomodaticia si, en lugar de defender la reposición de Rivas como único secretario, Luis XIV hubiera abogado como hizo un poco más tarde por otorgar el cargo a Manuel Vadillo, con el que María Luisa no se hallaba enemistada. Es decir, sustituir a Canales y dejar la institución tal cual se encontraba en julio de 1704, como le pedía su nieto. Resulta difícil creer que con ello la soberana se hubiera dado por satisfecha en lo tocante a la restitución de la favorita; pero lo cierto es que creemos que de haber tomado el soberano galo esta última opción la política francesa en relación a la administración española hubiera resultado un poco más lineal y coherente.

### **Hacia el retorno de Ursinos: “el despótico gobierno de la reina”.**

La recepción de la princesa de los Ursinos en Versalles provocó diferentes reacciones en la corte española. Desde el propio Felipe V al duque de Gramont, pasando por los miembros del Despacho y otros ministros y cortesanos, los rumores que aludían al posible regreso de la dama a Madrid (y su posterior confirmación) no dejaron indiferentes a nadie. En efecto, tras la caída en desgracia de Ursinos los diferentes actores políticos a uno y otro lado de los Pirineos se posicionaron de manera más o menos abierta en favor o en contra de la dama. El hecho de que en abril de 1704 casi nadie pensase en la reversibilidad de la decisión de Luis XIV favoreció este tipo de actuaciones. Así por ejemplo, en Versalles, Torcy o Chamillart retiraron su favor a la antigua camarera mayor; en la capital española, si bien algunos como Veraguas y Frigiliana permanecieron fieles a la que había sido su protectora, otros miembros de la red de la princesa como Montellano comenzaron a desvincularse de ella paulatinamente. Caso aparte sería el del duque de Gramont. Su relación con la dama estuvo determinada en un principio, como vimos, por el contenido de sus instrucciones. Sin embargo, en el momento en que el embajador comenzó a ser consciente de que el gabinete francés parecía barajar la eventualidad de su regreso a Madrid, el duque no dudó en maniobrar con el fin de anular, en caso de ser posible, tal decisión. La conducta de Gramont terminó de quebrar sus vínculos con María Luisa de Saboya. En adelante la relación entre ambos se caracterizaría por una abierta oposición que se alimentaría en buena medida de las corrientes contrarias al ejercicio del poder informal por parte de la consorte existentes en la corte española. En este sentido, que Luis XIV autorizase el regreso de la princesa en enero de 1705, cuando su descrédito recuérdese no podía ser más absoluto en los meses anteriores, constituyó una manifestación muy elocuente del ascendiente de la soberana en el seno del eje Versalles-Madrid. Dadas las esperanzas de regeneración que había concitado la destitución de la camarera mayor, que la embajada de Gramont había de contribuir a llevar a la práctica, para el duque el retorno de Ursinos supuso la confirmación de su fracaso al frente de la diplomacia gala en España; de ahí que no resulte extraño que, en ciertas de sus epístolas a Torcy, el embajador procurase rendir justicia a la labor que había desarrollado en el gobierno español entre 1704 y 1705. En lo que respecta a la soberana, toda vez que obtuvo de Luis XIV la restitución de la camarera mayor dedicó todos sus esfuerzos a evitar que el monarca se retractase, lo que acentuó su enfrentamiento con Gramont, pero también

con algunos ministros y cortesanos con los que hasta entonces había mantenido unas fluidas relaciones, *verbigracia* Montellano o el confesor real, Daubenton. Por tanto, los meses que precedieron a la segunda instalación de Ursinos en Madrid se caracterizaron en la corte española por la inestabilidad. A muy pocos cortesanos les era ajeno que el regreso de la dama acarrearía cambios. De hecho, conforme se fue acercando su llegada cobraron fuerza los rumores que se referían a las hipotéticas represalias que tanto la princesa como María Luisa tomarían contra aquellos que, en la primavera del año anterior, habían dado por completa la desgracia de la primera y sus parciales. En consecuencia, partidarios y opositores al tándem formado por ambas mujeres endurecieron sus respectivas posturas: los primeros aspiraban a disfrutar de las cuotas de poder que les auguraba la protección de Ursinos y de la reina; los segundos pretendieron conservar sus cargos y no verse excluidos por completo de la toma de decisiones.

Según adelantamos en el epígrafe anterior la designación del mariscal conde de Tessé en sustitución de Berwick aventuró el cambio de tendencia de Versalles en lo relativo a la causa de la princesa. A despecho de la mordaz descripción que Saint-Simon realizara de él<sup>2042</sup>, Tessé era un militar experimentado, aunque quizás no a la altura de otros grandes generales del reinado de Luis XIV, y un diplomático avezado que había desempeñado con relativo éxito diferentes embajadas en Europa. Paradigma del mariscal-cortesano propio del ejército francés del XVIII, el conde se movía con igual habilidad en los campos de batalla y en las intrigas palatinas.<sup>2043</sup> A finales de 1704, la suya fue una elección llevada a cabo con el fin de agradar a María Luisa de Saboya.<sup>2044</sup> La reina conocía a Tessé desde antes incluso de su matrimonio con Felipe V, puesto que el mariscal había sido el artífice de la Paz de Turín en 1696; además, en calidad de *chevalier d'honneur* (caballerizo mayor) de la duquesa de Borgoña, se encontraba entre los favoritos de la hermana de la soberana, lo que constituía otro punto a su favor a ojos de la consorte.<sup>2045</sup> A la sazón, los logros del mariscal en campaña fueron relativos. Acusado de conspirar con objeto de hacerse con la embajada francesa en Madrid tras la

---

<sup>2042</sup> «Au-dessous du médiocre, si on excepte le génie courtisan», escribió Saint-Simon sobre el mariscal en sus *Memorias*. Cit. en BLUCHE, F. (dir.): *Dictionnaire...*, p. 1511.

<sup>2043</sup> ROWLANDS, G.: *The Dynastic state and the Army under Louis XIV. Royal service and private interest (1661-1701)*. Cambridge, 2002.

<sup>2044</sup> De hecho, habría sido la propia reina quien solicitó a su hermana el envío de Tessé a España. *Mémoires et lettres...*, II, p. 137.

<sup>2045</sup> Tal y como señalaba el embajador toscano. Pucci al gobierno florentino. Madrid, 6 de octubre de 1704. A.S.F., MdP, Filza 4992.

marcha de Gramont, algo que Tessé siempre negó, el conde logró forjar una estrecha relación tanto con María Luisa de Saboya como con Ursinos y, en los momentos más difíciles de la guerra para la Monarquía Hispánica, nunca dejó de defender la necesidad de firmar una paz con los aliados que no partiese del abandono de España a la Casa de Austria.<sup>2046</sup>

Volviendo al tema que nos ocupa, la estancia de Tessé en la Península Ibérica estuvo marcada por la mediación que llevó a cabo entre Versalles y la antigua camarera mayor. Según señala Cermakian, antes de partir de Francia Tessé habría expuesto a Maintenon, y gracias a la intercesión de esta a Luis XIV, el interés que podría tener para su misión en España el que se entrevistase con la princesa en Toulouse antes de arribar al país; un gesto que, a su entender, complacería a los reyes. Su encuentro con Ursinos, que tuvo lugar a finales de octubre, resultó determinante para que el soberano galo permitiese a la dama avanzar hasta París (recuérdese que María Luisa fue informada de ello el 16 de noviembre de 1704). En tres informes remitidos al monarca francés, Maintenon y Torcy, Tessé expuso los motivos que incitaban a la princesa a rogar que se la recibiese en Versalles. A grandes rasgos los juicios del mariscal, expuestos con la alambicada elocuencia que caracteriza toda su correspondencia, giraban alrededor del descrédito que para la reputación de Ursinos supondría su destierro a Roma sin tener la oportunidad de justificarse. Tal acción daría lugar a pensar que era culpable de los cargos que se le imputaban y supondría una ofensa casi gratuita hacia una mujer que en su momento había rendido importantes servicios a Francia: «il y a pour elle une sorte de deshonneur que la meme main qui l'en retire pour toujours ne lui laisse pas dans la retraite qu'elle veut faire à Rome, la douceur et la consolation de se croire justifiée.» «Je tiens à croire -añadió en otra carta a Torcy- que cette dame mérite des consolations de votre part. Je ne sais pas de quelle nature elles doivent être. Le bien du service du Roy y est même engagé.»<sup>2047</sup>

---

<sup>2046</sup> Da cuenta de ello su correspondencia con la princesa entre 1709 y 1711. Un buen ejemplo de su postura la encontramos en las siguientes misivas. Tessé a Ursinos. Marly, 21 de julio de 1710; el mismo al mismo. Versailles, 11 de agosto de 1711. B.N.F., N.A.F., 20574, fols. 18v. y 24v.-25r.

<sup>2047</sup> Tessé a Luis XIV. Toulouse, 20 de octubre de 1704; el mismo a Torcy. Toulouse, 20 de octubre de 1704, recogidas en SSBL, XII, pp. 560 y 562-563; el mismo a Maintenon. Toulouse, 20 de octubre de 1704, recogida en RAMBUTEAU, C. (ed.): *Lettres...*, pp. 192-193. Tessé también recomendó a la duquesa de Borgoña que recibiese a la princesa en Versalles «avec une particulière attention». El mismo a la duquesa de Borgoña. Salamanca, 5 de diciembre de 1704, *Ibid.*, p. 213. Véase también CERMAKIAN, M.: *La princesse des...*, pp. 316-317, a quien debemos la síntesis más completa de las circunstancias que desembocaron en la recepción de Ursinos en Versalles y su posterior regreso a España.

Los informes de Tessé, las instancias de Maintenon y el contenido de algunos despachos de Gramont, tendente a creer en el otoño de 1704 que solo un gesto de favor de Versailles hacia la antigua camarera mayor sería capaz de aplacar a la reina<sup>2048</sup>, movieron a Luis XIV a recibir a la princesa. Tanto el monarca como el embajador estaban lejos de pensar que sus respectivas decisiones constituirían un paso definitivo hacia la restitución de la dama. ¿Podemos dar fe entonces al testimonio de Saint-Simon en cuanto al supuesto complot de Ursinos y Maintenon cuyo fin era favorecer el regreso de la primera y gobernar ambas la Monarquía Hispánica? ¿Embaucó la princesa a Tessé haciéndole creer que tan solo buscaba justificarse, antes de retirarse a Roma, cuando en realidad sus intenciones eran diferentes? O por el contrario, ¿participó el mariscal de las intrigas de la dama, la reina y la marquesa como pensaban Saint-Simon y antes que él un desengañado Gramont?<sup>2049</sup> En sus misivas a Versailles Tessé solo admitió conocer los “sentimientos” de María Luisa hacia la favorita, pero nada más; se desvinculó por completo de cualquier intriga cuyo fin último fuera promover el retorno de esta a Madrid y, de hecho, fue uno de los últimos miembros del *entourage* francés en conocer la decisión definitiva de Luis XIV.<sup>2050</sup> Si el mariscal era sincero o no es algo imposible de precisar: solo él y Ursinos conocieron a ciencia cierta cuanto se trató en Toulouse, dado que su entrevista se realizó en la más estricta intimidad. Por otra parte, la correspondencia de la princesa tampoco resulta muy ilustrativa en este punto. Únicamente revela que a finales de año esta estaba sensiblemente más tranquila que meses atrás en cuanto a su futuro, lo que tampoco es ningún indicio de que tuviese la certeza de que regresaría a Madrid sino más bien de que su desgracia ante Versailles se había atemperado al obtener la oportunidad de justificarse en persona ante el Rey Sol.

A nuestro modo de ver los acontecimientos se precipitaron con una rapidez un tanto inesperada, aunque en efecto guardaron una secuencia lógica. Desde finales de mayo Maintenon era consciente del descontento de la reina ante el trato tributado a Ursinos, que la misión de Chateaneuf y los inicios de la embajada de Gramont corroboraron. Coincidiendo con la caída de Gibraltar, el cese de Canales, la marcha de Orry y la reunión de la Secretaría del Despacho, se produjo un primer acercamiento

<sup>2048</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, p. 319.

<sup>2049</sup> Gramont a Torcy. Madrid, enero de 1705. AA. EE., CPE., t. 150, fols. 37r.-38v.

<sup>2050</sup> Torcy a Tessé. Versailles, 18 de enero de 1705; el mismo al mismo, Versailles, 8 de febrero de 1705. *Ibid.*, fols. 27r. y 53r. Concretamente, en la última misiva el ministro se justifica por no haber informado antes al mariscal del regreso de la princesa.

entre Versailles y la princesa, poco significativo en sí mismo<sup>2051</sup>, que la entrevista de Toulouse terminó de coronar. Eso no significaba que el monarca francés y Maintenon considerasen oportuno devolver a la reina a su antigua camarera mayor. Ambos seguían opinando que perjudicaría el “estado de los asuntos”, tal y como Torcy se apresuró a advertir a Tessé.<sup>2052</sup> Ahora bien, la obstinación de María Luisa, sumada al precario equilibrio reinante en la corte y el gobierno españoles a despecho de los cambios introducidos por Gramont, llevaron a Luis XIV a plantearse el posible retorno de la princesa antes incluso de que esta llegase a París. Varios fueron los hechos que incitaron al soberano a barajar tal posibilidad, en un principio hipotética. De entrada, a mediados de noviembre la reina expuso claramente a Tessé que su conformidad con la política francesa en España pasaría por tener a la princesa a su lado: «Le Roy me la rende, que Madame de Maintenon et M. de Torcy m’y servent et me donnent cette satisfaction, et ils verront si ce n’est pas eux qui gouvernent!». <sup>2053</sup> Paralelamente, el embajador francés se encontraba al límite de sus fuerzas. A la sazón no solo había de luchar con la oposición de la soberana y la irresolución de Felipe V, lo que le llevó a solicitar el consejo y la mediación de la cesada camarera mayor en varias ocasiones con escasos resultados<sup>2054</sup>; sino también con los rumores que apuntaban nuevamente a la aquiescencia de Francia ante el posible reparto de la Monarquía Hispánica, de los que el embajador florentino se apresuró a informar a su gobierno<sup>2055</sup>, que supusieron un varapalo para la confianza de las autoridades españolas en las intenciones del diplomático. En último término, los diferentes frentes a los que la causa borbónica debía atender en el conflicto sucesorio solo en la Península Ibérica (asedio de Gibraltar, campaña en la frontera portuguesa, efervescencia de Cataluña tras la fracasada conspiración de 1704...) exigían respuestas, y decisiones, que Gramont, Rivas y Montellano no parecían capaces de llevar a la práctica con éxito desde un Despacho en

---

<sup>2051</sup> Ursinos a la mariscal de Noailles. Toulouse, 23 de septiembre de 1704, recogida en GEFROY, A. (ed.): *Lettres inédites...*, pp. 176-177, donde reconoce que ha recibido la primera de las misivas de Maintenon desde su destierro.

<sup>2052</sup> BAUDRILLART, I, p. 197.

<sup>2053</sup> Tessé a Torcy. Madrid, 12 de noviembre de 1704. AA. EE., CPE., t. 139, fol. 221r.; cit. por CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, p. 320.

<sup>2054</sup> Tal y como se constata de las respuestas de Ursinos a las cartas del diplomático, recogidas en L. TR., III, pp. 105-115.

<sup>2055</sup> Tal era la opinión que defendió, retrospectivamente, el sustituto de Pucci. Marqués de Rinuccini al gobierno de Florencia. Madrid, 1 de julio de 1705. A.S.F., MdP., Filza 4993.

descomposición (en noviembre Arias se retiró a su diócesis hispalense).<sup>2056</sup> Desde estas perspectivas no es extraño que Torcy preguntara a finales de diciembre de 1704 cuáles eran los verdaderos inconvenientes que entrañaría el regreso de la princesa a España y, si en un momento dado, esta última opción perjudicaría en realidad la “gloria” y el “servicio” de Luis XIV.<sup>2057</sup> Pecaríamos de ingenuos si creyésemos que Versalles cifraba en la rehabilitación de la camarera mayor el éxito de su política en la Monarquía Hispánica, así como el avance de la campaña. Pero lo cierto es que el regreso de la princesa (y de algunos de sus colaboradores como Orry), junto a la designación de un nuevo embajador francés en Madrid, comenzaban a ser vistos como la opción más adecuada para restablecer la buena marcha de la política común de las Dos Coronas. Así pues, la variable contexto-coyuntura, añadida al posicionamiento de la reina, contribuyen a explicar el giro operado en la opinión de Luis XIV. Giro que, en cualquier caso, creemos que este llevaba meditando un tiempo. Por muy elocuente que fuera la princesa en su “justificación” de los cargos que se le adjudicaban, resulta sorprendente que le bastaran apenas dos reuniones con el monarca (y una con Madame de Maintenon que solo Sourches subraya en sus Memorias) para convencerle de lo apropiado de su regreso a España.<sup>2058</sup>

Informado por el propio Luis XIV de la decisión que acababa de tomar, y en un último intento por inducir al rey de Francia a cambiar nuevamente de parecer, Gramont tomó un camino sin retorno que, a la postre, zanjó su destino y le enemistó definitivamente con la reina. Al igual que su soberano en un principio, nunca había

---

<sup>2056</sup> Felipe V a Luis XIV. Madrid, 1 de noviembre de 1704. *DMAV*, p. 281. Sobre la situación político-militar de la Monarquía Hispánica a la sazón véase ALBAREDA SALVADÓ, J.: *La Guerra...*, en concreto el cap. 6. Por su parte, Anne Dubet recoge una misiva de Chamillart a Gramont en la que el ministro alude a la labor de Orry contraponiéndola a la inactividad de sus opositores y que, a nuestro juicio, es ilustrativa de la relativa inoperancia del embajador galo comparación con la labor del financiero: “Ya sabe [Vuestra Excelencia] lo que le dije de Orry, nadie lo apoyó menos que yo y Vuestra Excelencia estaría sorprendido por el poco comercio que tuve con él, pero yo lo estoy mucho más después de llevar un año oyendo gritar contra todos lo que participan en los negocios, sin que se haya propuesto nunca ningún medio para remediarlos.” Chamillart a Gramont. [S. l.], 6 de agosto de 1704. Cit. en DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 230.

<sup>2057</sup> Torcy a Gramont. Versalles, 27 de diciembre de 1704. AA. EE., CPE., t. 143, fols. 107r.-108v.

<sup>2058</sup> La princesa se instaló en París el 4 de enero de 1705, primero en la residencia del embajador español duque de Alba y después en casa de la condesa d’Egmont. Retirada de la vida pública en los primeros días, viajó a Versalles el 10 de enero y recibió la visita de Harcourt y Torcy. Ese mismo día tuvo lugar la reunión con la marquesa, que sólo Sourches cita, y de la que la historiografía duda que se produjera realmente. Finalmente, el 11 de enero asistió al círculo de la duquesa de Borgoña, fue recibida por Luis XIV y, al día siguiente, se encontró nuevamente con el soberano en los aposentos de Madame de Maintenon, momento y lugar donde conoció su regreso a España. CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, pp. 321-323.



abogado porque la rehabilitación de la princesa pasase por su vuelta a Madrid. Según expuso a Torcy, nada era menos recomendable que ceder en esta materia: en primer lugar porque contribuiría a incrementar de manera definitiva el ascendiente de María Luisa de Saboya sobre los asuntos de Estado (o el “despótico gobierno” de la reina, según sus palabras). Una influencia, aclaraba, que se tornaría indiscriminada y nunca estaría sujeta al control efectivo de Versalles. En cuanto a Ursinos, tal y como había demostrado antes de su destitución, sería incapaz de actuar de concierto con los embajadores de Francia en Madrid. O lo que es lo mismo, autorizar su vuelta significaría la reproducción de los problemas que habían dificultado las sucesivas embajadas de los D'Estrées o, más lejos aún, garantizar la supremacía de la princesa sobre los representantes de la diplomacia gala en la corte española:

«Si il [sic] estoit dans la nature de Mad[am]e des Ursins de pouvoir revenir icy avec un esprit d'abandon et de dévouement entier aux volontez et aux interests du Roy -escribió-, et que l'ambas[a]d[eu]r de Sa Maj[es]té, je ne dis pas moy mais qui que ce püst estre, et elle ne fussent qu'un et que tous deux agissent de concert sur tous choses, sans bricoles quelconques *et que par ce moyen la Reyne d'Espagne ne se meslast plus de rien que ce l'on voudroit, et qu'il püst paroistre par-là aux Espagnols que ce ne plus la Reyne et sa faction qui gouvernent l'Espagne, qui est la chose du monde qu'ils ont le plus en horreur et la plus capable de leur faire prendre un party extrême*, rien alors selon moy ne peut estre meilleur que de faire revenir M[adam]e des Ursins ; mais comme ce que je dis là n'est pas la chose du monde plus certaine et qu'il a apparence (...) pour le contraire (...), je crois que c'est (...) risquer beaucoup (...).»<sup>2059</sup>

En segundo lugar, el retorno de la princesa no haría sino ahondar el descrédito de Felipe V, incapaz de imponerse al poderoso tándem formado por la consorte y la camarera mayor. «Tout ce qu'il y a de meilleur et de véritablement attaché à la Monarchie» (entre los que se contaban Portocarrero, Mancera, Montalto, Monterrey y curiosamente dos de los ministros tenidos por parciales a la dama, Santisteban y Montellano), deseaba no la vuelta de la princesa, aclaraba, sino que Luis XIV obrara sobre la administración española con «autorité absolue» para imponer «le correctif nécessaire»: «L'Espagne est perdüe sans resource si le gouvernement reste comme il est et que le Roy nostre maistre n'en prenne pas seul le timon.»<sup>2060</sup>

La percepción que Gramont tenía de la situación no podía ser más parcial. Ciertamente el regreso de la antigua camarera mayor concitaba, como veremos a

<sup>2059</sup> Gramont a Torcy. Madrid, 22 de enero de 1705. AA. EE., CPE., t. 150, fol. 37r-v.

<sup>2060</sup> *Ibid.*, fol. 40v.

continuación, sentimientos encontrados. El rey y el presidente de Castilla, por no hablar de algunos declarados opositores a la dama como Ubilla, no parecían en modo alguno entusiasmados ante la perspectiva de volver a contar con la princesa en Madrid. Ahora bien, de ahí a colegir que un amplio sector de la corte y la administración españolas se mostraran prestos a dejarse guiar «par les sages conseils del ‘Agüelo’, *qu’ils regardent comme un Dieu qui ne peut errer*», nos parece cuanto menos exagerado.<sup>2061</sup> Bien es verdad que es difícil concluir si el diplomático exageraba de manera consciente o solo transmitía, pasadas por el tamiz de sus propios prejuicios, las primeras reacciones de los súbditos españoles con quienes se había reunido; impresiones que, dado lo inesperado de la noticia, bien podían ser más aventuradas o inverosímiles. Dicho esto cabe plantearse también si, en el lapso de tan poco tiempo, Mancera o Montalto, contrarios normalmente a la injerencia de Francia en el gobierno y a las reformas introducidas en su seno, habían variado de manera tan radical sus respectivos posicionamientos en lo relativo al papel de Luis XIV en la administración española. O si realmente la posibilidad de que la princesa regresase a Madrid era capaz de motivar por sí misma un cambio tan pronunciado en las tendencias de los principales actores de la política hispana. En nuestra opinión, el duque hablaba desde la sospecha acerca de las posibles implicaciones que la rehabilitación de Ursinos tendría para su futuro en el país. En el estado en que se encontraban la corte y el gobierno españoles, su propia embajada y sus relaciones con la otrora camarera mayor, bastante tensas a la sazón, Gramont era consciente de que la presencia de la dama junto a María Luisa probablemente aparejaría su destitución.<sup>2062</sup> Según escribió poco después a Luis XIV, consciente ya de lo irrevocable de la disposición adoptada, trataría de vivir en “perfecta inteligencia” con la princesa tras su retorno, pero seguramente ello no sería suficiente para esta, que elegiría un embajador a su “gusto”.<sup>2063</sup>

Curiosamente Felipe V compartía el interés de Gramont por mantener a Ursinos lejos de la capital española. En la misiva a Torcy que citamos más arriba, el diplomático arguyó que la actitud del Rey Católico respondía a su voluntad por mantener una cierta independencia frente a los manejos de la camarera mayor y su facción, así como a su deseo de eludir situaciones en las que se había visto inmerso en el

---

<sup>2061</sup> *Ibid.*, fols. 38r.-v. La cursiva es nuestra.

<sup>2062</sup> *RLA*, XII-II, p. 92.

<sup>2063</sup> Gramont a Luis XIV. Madrid, 13 de febrero de 1705. AA. EE., CPE., t. 146, fols. 65v.-66r.

pasado (otra vez aparecía el término «esclavage» en el intercambio epistolar entre Madrid y Versalles):

«de tous les Espagnols, celui qui sera le plus fâché intérieurement sera le Roy d'Espagne de se revoir tomber dans le temps passé (...). La Reyne le force d'écrire sur un autre ton et il ne peut luy refuser parce qu'il est doux et qu'il ne veut point de désordre, mais on mesme temps il me charge par la voye secret de écrire au Roy naturellement ce qu'il pense et il luy confirme par la lettre cy joint de sa main (...).»<sup>2064</sup>

No obstante, a despecho de los intentos del embajador por justificar a Felipe V, las razones que llevaban al soberano a compartir los pensamientos de Gramont estaban lejos de toda consideración política; por el contrario, es bien conocido que tenían más que ver con intereses personales derivados de su vinculación y dependencia de la reina. Si el diplomático hubiera actuado antes, con el apoyo de un soberano dotado de un carácter diferente al de Felipe V, su iniciativa quizás hubiera triunfado. Sin embargo, las instancias de Gramont llegaron en un momento en que a Luis XIV le era imposible revocar la resolución tomada, toda vez que tanto Ursinos como María Luisa habían sido informadas de la misma. Habría deseado, escribió al embajador, que su nieto le hubiera manifestado sus reparos con anterioridad.<sup>2065</sup> La princesa estaba al tanto de la situación, añadió, y diferiría su regreso a Madrid por motivos de salud, pero retenerla en Francia indefinidamente era inviable. No se trataba, como sugirió Saint-Simon, de los hipotéticos celos de Madame de Maintenon ante el peligro de verse sustituida por la antigua camarera mayor en el entorno del monarca galo; sino más bien de la opinión que Luis XIV albergaba de María Luisa de Saboya por estas fechas, que paradójicamente para Gramont este había contribuido a difundir y fijar a través de sus epístolas. Para el rey de Francia la reina estaba perdiendo la confianza y estima de los españoles a causa del comportamiento, erróneo a su modo de ver y consecuencia de su juventud, que había mantenido en los últimos meses. Por ello la princesa, instruida por «moi mesme de mes intentions», debía recuperar su lugar como principal consejera de la soberana. Así pues, aunque Luis XIV se hacía cargo del descontento que el regreso de Ursinos podía generar en la corte española, consideraba oportuno mantener su decisión.<sup>2066</sup>

---

<sup>2064</sup> El mism al mismo. Madrid, 22 de enero de 1705. *Ibid.*, CPE., t. 150, fol. 38r.

<sup>2065</sup> En efecto, las misivas del rey de Francia a Felipe V y María Luisa datan del 13 de enero de 1705. A.H.N., E., leg. 2460(2), docs. n.º 2 y 3; recogidas y traducidas al castellano en *DM4V*, pp. 311 y 313.

<sup>2066</sup> Luis XIV a Gramont. Versalles 15 de febrero de 1705. AA. EE., CPE., t. 146, fols. 43r.-44r.

La misiva que el soberano galo remitió a su nieto en esta misma circunstancia da lugar a una interpretación más profunda. Al igual que hacía con Gramont, Luis XIV reconocía haber informado a la princesa de su regreso a España. Empero, con Felipe V el rey de Francia se mostraba más flexible en cuanto a las posibilidades que ofrecía el retraso en la partida de la dama. De hecho, parecía dispuesto a mantenerla alejada de Madrid si así lo quería el Rey Católico o, aunque no lo decía pero resulta plausible, si este era capaz imponer su voluntad a la reina en esta materia: “Vuestra carta me llegó en exceso tarde, lo que ha causado el contratiempo en que nos hallamos. Decidme lo que deseáis; en la situación en que se encuentra este asunto solo deseo complaceros, y teniendo tiempo ante nosotros y siendo lejana su partida [de Ursinos], tendré la posibilidad de conocer vuestras intenciones pensando solo en agradar a Vuestra Majestad en todo cuanto de mí dependa (...).”<sup>2067</sup>

Tanto o más interés para nuestra investigación que el cuerpo de esta carta tiene su postdata, en la que Luis XIV, ante la perspectiva que le ofrecía el intercambio epistolar “privado” que acababa de iniciar con su nieto, abordaba de manera breve pero muy esclarecedora la relación de los reyes: “Ya que vos me abris vuestro corazón y queréis un intercambio secreto conmigo, *es menester que yo conozca cuanto pensáis vos de la Reina* y hasta dónde llega la confianza que habéis depositado en el duque de Gramont para poder hablaros con justedad.”<sup>2068</sup> ¿Podemos inferir de estas palabras que Luis XIV tan solo deseaba conocer el grado de intimidad de Felipe V con la consorte y el embajador para “abrir”, más o menos y en función de la respuesta que obtuviese, su propio “corazón” al Rey Católico? ¿Buscaba establecer con su nieto una correspondencia cuyo contenido escapase al conocimiento de la reina y Gramont? O, más lejos aún, ¿pretendía poner coto al ascendiente de María Luisa sobre los asuntos mediante dicha correspondencia privada y una activa colaboración entre Felipe V y el embajador francés? Las tres posibilidades nos parecen posibles. No en vano, la capacidad de maniobra de la reina, su capital político, derivaban tanto de la dependencia de su esposo hacia ella como del influjo que ejercía sobre un soberano con las peculiaridades de carácter del rey de España. En este sentido, el que Luis XIV valorase los servicios prestados a la corona por María Luisa durante la gobernación de 1702, e incluso estimase conveniente servirse de su ascendiente sobre su nieto en

---

<sup>2067</sup> Luis XIV a Felipe V. Versalles, 16 de enero de 1705. El original de esta misiva se encuentra en A.H.N., E., leg. 2460(2), doc. n.º 5, recogida en *DMAV*, p. 315.

<sup>2068</sup> *Ibidem*. La cursiva es nuestra.

cuestiones muy concretas, no excluye el hecho de que, llegado el caso, aspirase a reducir drásticamente la magnitud del poder informal de la consorte o, cuanto menos, los espacios y materias en los que cristalizaba tal poder. Es decir, que pretendiese librarse de lo que a finales de 1704 constituía sin duda un problema para Versalles: la necesidad de contar con la aquiescencia y mediación de la reina toda vez que el gabinete galo estimase oportuno sancionar determinadas medidas relacionadas con la política común de las Dos Coronas. Asimismo, no debemos olvidar tampoco que una de las aspiraciones de Luis XIV desde el advenimiento al trono español de su nieto fue que este se comportase y hablase «en maître»; que fuese capaz de decidir por sí mismo sin tener que recurrir al impulso y sostén de terceros, en concreto de su consorte, siendo los únicos que escapaban a esta máxima los embajadores de Francia en España.

De todos modos, nunca podremos aportar una respuesta concluyente a las tres hipótesis que acabamos de esbozar. Tal y como Gramont temía, María Luisa de Saboya no tardó en ser informada por su esposo tanto del intercambio epistolar “secreto” que acababa de iniciar con el monarca galo como, obviamente, de su contenido y del papel que el embajador había jugado en el mismo. Ambas circunstancias quebraron definitivamente los vínculos entre el diplomático y la soberana. De la correspondencia entre la reina y Luis XIV podemos colegir que, en cierta medida, la consorte se sintió a la sazón desengañada por la actitud de Gramont. En los últimos meses de 1704, toda vez que conoció que el monarca galo accedía a recibir a Ursinos en Versalles, la reina ponderó las capacidades del diplomático en algunas de sus cartas, hasta el punto de escribir: “Como os comuniqué la verdad con toda naturalidad cuando vuestros embajadores no me satisficieron, es menester actúe de igual modo cuando hallo uno bueno. Me tomaré por ello la libertad de deciros que cuanto más conozco al duque de Gramont más lamento no haya venido antes a este nuestro país, ya que es un hombre muy honesto y muy solícito en vuestro servicio y en el del Rey vuestro nieto; en una palabra, el Rey y yo nos sentimos muy satisfechos y tenemos todas las razones del mundo para estarlo.”<sup>2069</sup>

Expresiones semejantes no volverían a repetirse. A consecuencia de su fracasado intento por mantener a la princesa alejada de España, los últimos meses de la embajada de Gramont se caracterizaron por una enraizada oposición entre el diplomático y la consorte. El primero profundizó en los negativos juicios que vertía

---

<sup>2069</sup> La reina de España a Luis XIV. Madrid, 28 de noviembre de 1704, recogida en *DMAV*, p. 293.

sobre la reina en su correspondencia al otro lado de los Pirineos. En cuanto a la soberana, se negó a mantener con el duque toda relación que excediese los límites de la pura cortesía. El posicionamiento de María Luisa no estaba motivado por la francofobia en sentido estricto; tampoco, a nuestro modo de ver, buscaba desdecirse de las promesas de colaboración que implícitamente había transmitido a Versalles si Luis XIV accedía a perdonar a la princesa. Se debía, principalmente, a dos factores: en primer lugar, a lo que a sus ojos era una traición del embajador francés, quien públicamente había manifestado su descontento ante el regreso de Ursinos: «Je suis au desespoir que le Duc de Grammont -consigné Tessé- n'ait pu cacher assez sa surprise. J'eusse voulu qu'il eût paru, précédemment et dans l'instance de cette nouvelle, assez instruit pour que la Reyne et la cour eussent pu croire qu'il estoit moins surpris (...).»<sup>2070</sup> En segundo lugar, María Luisa estaba convencida de que Gramont encabezaba, junto al confesor real Padre Daubenton, una “intriga” cuyo objeto era minar la confianza que Felipe V albergaba hacia ella y menoscabar su autoridad.<sup>2071</sup> Si tomamos en consideración algunas de las conclusiones extraídas a lo largo de este trabajo, la relación de la reina con el poder, a nivel formal e informal, resultó por momentos compleja, complicada e incluso contradictoria. Sin embargo, algo de lo que no cabe duda y en lo que tanto parciales como opositores a la soberana se mostraron de acuerdo, es que María Luisa, al igual que más tarde su sucesora Isabel Farnesio, estuvieron decididas a defender la estrecha vinculación que mantuvieron con su esposo a lo largo de sus respectivos matrimonios. De ella derivaba una posición de preeminencia en la institución monárquica a la que no estaban dispuestas a renunciar.<sup>2072</sup>

---

<sup>2070</sup> Tessé a Torcy. Madrid, 25 de enero de 1705. AA. EE., CPE., t. 150, fols. 52r.-v. En una Memoria dirigida a Chamillart, Tessé sintetizaba las razones del antagonismo entre el embajador y la reina: «L'aversion implacable que la Reine a pris pour le duc de Grammont vient de ce qu'elle a su par le Roi, qui lui avoit dit plusieurs choses qui tendoient à l'éloigner de la connoissance des affaires. Il lui a parlé au commencement de la princesse des Ursins comme une personne qu'il n'étoit pas de son service ni de celui de la France, qui repassât en Espagne. La Reine sait par le Roi lui-même, que M. l'ambassadeur et le Père confesseur étoient unis pour empêcher le retour de cette favorite, qu'elle se croit nécessaire. Il faudroit être dans l'intérieur du palais pour connoître si c'est par quelque mouvement de plaisir, d'amusement ou d'affaires, que cette princesse a si passionnément souhaité ce retour, qu'il est certain qu'elle eût été capable de bouleverser plutôt tout le royaume et d'en venir aux extrémités, si le Roi n'avoit consenti qu'elle repassât en Espagne.» «Mémoire du maréchal de Tessé (...) à M. de Chamillart», recogida en *Mémoires et lettres...*, II, pp. 156-157.

<sup>2071</sup> Gramont a Torcy. Madrid, 4 de febrero de 1705. AA. EE., CPE., t. 146, fols. 77v.-79r.

<sup>2072</sup> VAZQUEZ GESTAL, P.: *Una nueva majestad...*, pp. 212-217.

Los dos factores que acabamos de referir resultan determinantes para comprender la conducta de la consorte en los meses inmediatamente anteriores al regreso de la princesa a Madrid. La reacción de la soberana a la fallida maniobra de Gramont fue bastante rápida. Por lo que concernía al confesor real, quien transmitió a Luis XIV por conducto del Padre La Chaise la misiva en la que Felipe V exponía su verdadera opinión respecto a la vuelta de Ursinos, el Rey Católico no tardó en solicitar su reenvío a Francia y su sustitución por otro jesuita.<sup>2073</sup> Una disposición que, debido a las muestras de favor que el monarca mostró a Daubenton en su desgracia, Désos adjudica directamente a la reina más que al impulso de un soberano «trompé» por su director de conciencia.<sup>2074</sup>

Las consecuencias fueron igual de graves para Gramont. Según hemos avanzado, María Luisa dio por finalizado todo intento, por breve que hubiera sido, de colaboración con el embajador francés en Madrid. La hostilidad de la soberana afectó al trato entre el diplomático y Felipe V. En una estrategia ya conocida, la reina procuró minar la confianza de su esposo en el duque. Dispuesta a llevar a buen término la restitución definitiva de la princesa a su antiguo puesto, María Luisa fiscalizó los contactos entre el diplomático y el Rey Católico.<sup>2075</sup> Ambrose Daubenton, que de manera pragmática buscó reconciliarse con Ursinos por mediación de Pontchartrain<sup>2076</sup>, describió la situación en los siguientes términos: «Il [el embajador] a un extreme chagrin de voir que la Reine a repris là-dessus et domine de la même manière qu'auparavant, et avec un pouvoir si absolu, que le Roy C[atholique] n'a plus d'autre volonté que la sienne. Il paroît même que cette Princesse s'oppose aux représentations que fait. M[onsieur] le duc de Gramont a S[à] M[ajesté] C[atholique] pour le bien de son service, je suis témoin qu'il n'a jamais agi sur d'autres principes et qu'on ne peut rien ajouter à son zèle et à son application continuelle pour les interests des Deux Couronnes.»<sup>2077</sup>

<sup>2073</sup> Felipe V a Luis XIV. [S. l.], 10 de marzo de 1705. AA. EE., CPE., t. 146, fol. 147r.

<sup>2074</sup> De hecho, Felipe V permitió a Daubenton que eligiese a su sucesor, el también jesuita Padre Robinet. DÉSOS, C.: *La vie du...*, pp. 72-74.

<sup>2075</sup> Gramont a Torcy. Madrid, 31 de marzo de 1705. AA. EE., CPE., t. 146, fol. 229r. y ss., donde reconoce su dificultad para hablar en privado al rey.

<sup>2076</sup> «Je vous supplie d'être bien persuadé que je mettray tout en usage pour mériter la confiance et la protection de Madame la Princesse des Ursins et qui que ce soit ie ne luy sere plus soumis et plus dévoué que moy. J'espère que vous me ferez la grâce de parler en ma faveur et de l'assurer de ces sentiments.» Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 14 de marzo de 1705. A.N.F., B<sup>7</sup>234, fol. 392r.

<sup>2077</sup> El mismo al mismo. Madrid, 24 de marzo de 1705. *Ibid.*, fols. 417r.-v.

María Luisa, se quejaba el embajador, le trataba como a un “galopín”.<sup>2078</sup> No solo estaba presente en todos sus encuentros con el rey, en los que este apenas hablaba; también dificultaba que pudiera ver al monarca más a menudo, manteniéndole, tal era la expresión que utilizaba, “secuestrado” en sus aposentos.<sup>2079</sup> Bastaba que él mediase en algún asunto, por ejemplo su solicitud a favor de los intereses del duque de San Pedro, cuñado de Torcy, para que Felipe V, instado por su esposa, retardase su expedición.<sup>2080</sup> De hecho, apenas era consultado sobre la distribución de mercedes. La gracia del monarca se dispensaba de manera indiscriminada, bajo el arbitrio de María Luisa de Saboya y sus adláteres, a sujetos que o bien no la merecían o bien eran del todo inadecuados para ejercer los cargos a los que postulaban. Tal era el caso de los siete mil escudos de renta concedidos al condestable de Castilla, al que se había prometido la presidencia del Consejo de Aragón en el más absoluto secreto; o el interés de la reina por agraciarse al marqués de Jamaica, primogénito de Veraguas, un «jeune homme qui n’a aucune expérience militaire», con el virreinato de Valencia.<sup>2081</sup>

La conducta imprudente de la soberana y la debilidad de Felipe V estaban perjudicando asimismo la política borbónica: «l’on ne soit occupé qu’à former une maison et un équipage d’archiduchesse pour aller recevoir Mad[ame] des Ursins sur la frontière (...)», fueron las palabras con las que el embajador resumió la situación.<sup>2082</sup> El centro de la toma de decisiones volvía a ser la cámara real. Tras el abandono de Arias del Despacho, y dado el descontento de Montellano y Montalto, que amenazaba también con dejar el gobierno, el organismo había perdido buena parte de su capacidad ejecutiva. El Rey Católico, continuaba Gramont, no consultaba a sus ministros. Acudía

<sup>2078</sup> Gramont a Torcy. Madrid, 31 de marzo de 1705. AA. EE., CPE., t. 146, fol. 231v.

<sup>2079</sup> El mismo a Luis XIV. Madrid, 4 de abril de 1705. *Ibid.*, fol. 271r. Los despachos del enviado florentino en Madrid permiten matizar un tanto la observación de Gramont. A decir de este, la vida cotidiana de los reyes por estas fechas se estructuraba de manera muy simple: los días, siempre y cuando no asistían a ningún acto público, se dedicaban a la caza, las salidas campestres por los alrededores de la capital (principalmente la Casa de Campo aunque también el Pardo) y los paseos por las orillas del Manzanares; por las noches los soberanos se distraían con comedias, españolas e italianas, a las que María Luisa también acudía en solitario en tanto el soberano se deleitaba en su afición cinégetica. A partir de diciembre de 1704, según Pucci la reina comenzó a aficionarse por las partidas de caza, aunque parece que no tardó en dejar de asistir a ellas. Ello invita a pensar en el interés de la soberana por no separarse de su esposo ni siquiera cuando este cazaba. Informes de Pucci. Madrid, 17 de septiembre; 5 y 14 de octubre y 10 de diciembre de 1704. A.S.F., MdP, Filza 4992.

<sup>2080</sup> El duque de San Pedro, casado con la hermana viuda del marqués de Torcy, ambicionaba el cargo de maestre campo de la caballería milanesa. El mismo al mismo. Madrid, 28 de febrero de 1705. AA. EE., CPE., t. 146, fols. 134r.-135v.

<sup>2081</sup> El mismo al mismo. Madrid, 18 de marzo de 1705. *Ibid.*, fol. 186v.; Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 27 de enero de 1705. A.N.F., B<sup>7</sup>234, fol. 158r.-v.

<sup>2082</sup> Gramont a Luis XIV. Madrid, 22 de abril de 1705. AA. EE., CPE., t. 146, fols. 278v.-279r.



a las reuniones del Despacho conociendo *a priori* las disposiciones que iba a imponer, al margen de lo que sus miembros le recomendasen. Buena parte de las decisiones relativas al asedio de Gibraltar, se justificaba el diplomático, se habían fraguado en los aposentos de la reina. En cuanto a la situación de la Secretaría del Despacho, era igual de caótica. Tras el cese definitivo de Rivas, síntoma del breve acomodamiento entre María Luisa y Gramont producido a finales de 1704, Versalles había vuelto a aprobar el desdoblamiento de la institución. Aunque algunos ministros franceses como Chamillart proponían la creación de una tercera Secretaría dedicada a Hacienda, por el momento se decidió mantener este organismo según la forma que tenía antes de la marcha de Orry. El problema estribaba en el sujeto que había de ejercer como secretario de Guerra. Desde el principio se pensó en Mejorada, que contaba con la aprobación de Luis XIV, pero también se barajaron los nombres de Ronquillo, que reconoció no estar capacitado para el puesto, y Vadillo, que también lo rechazó. En cualquier caso la irresolución de Felipe V, su “silencio”, que según sospechaba Gramont se debía a alguna razón “secreta”, y la tardanza en efectuar el nombramiento, perjudicaban la política de reclutamientos en un momento en que las fuerzas borbónicas tenían diferentes frentes abiertos.<sup>2083</sup>

Los pronósticos del embajador, de seguir así las cosas, no podían ser más pesimistas. Con un soberano que se comportaba como un niño y una consorte que se parecía cada vez más a su predecesora, Mariana de Neoburgo, la popularidad de los reyes entre el pueblo, incluida la de la reina antes tan respetada, comenzaba a resquebrajarse: “Mira, mira, el Duque de Saboya con basquiñas, que manda a nuestro rey de cartas como a un niño de tres años”, se dice que interpeló a la consorte un grupo de madrileños a la salida de la capilla de Santa Ana en la Iglesia del Carmen.<sup>2084</sup>

«Le gros de la Nation Espagnole -declará Gramont- me paroît fidèle jusques à présent, mais je ne jugeroit pas qu'elle fût de même s'il y avoit un air de décadence parmy nous, et que la supériorité fût entière du côté de l'archiduc. Ainsi, il me paroît, Sire, que dans une conjoncture aussi délicate, et aussi jalouse, l'on ne peut trop songer à ménager les Espagnols et à ne leur pas donner ce qui s'appelle [sic] *disgustos*, auxquels je peux assûrer Votre Majesté qu'ils seront fort sensibles.»<sup>2085</sup>

<sup>2083</sup> DE CASTRO, C.: *A la sombra...*, pp. 126-127; LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Instauración dinástica...”, en *Manuscrits*, 18 (2000), p. 106.

<sup>2084</sup> Gramont a Torcy. Madrid, 16 de abril de 1705. AA. EE., CPE., t. 146, fols. 297r.-v.

<sup>2085</sup> El mismo a Luis XIV. Madrid, 28 de febrero de 1705. *Ibid.*, fol. 132r.

Huelga decir que los “disgustos” a los que el duque se refería giraban en gran medida en torno al efecto que tendría sobre la corte española el regreso de la princesa.

En otro orden de cosas la incertidumbre acerca de las consecuencias que acarrearía el regreso de Ursinos incrementaba la inestabilidad en Madrid, fruto de la abundante rumorología que corría en torno a las intenciones futuras de la dama y la soberana: “devo decir a V[uestra] E[xcelsencia] que se falta mucho [para] que el passo de la buelta de la dama en estos parejes sea causa indiferente”.<sup>2086</sup> Tres aspectos centraban a la sazón la atención de los cortesanos españoles: en primer lugar el efecto que tendría la vuelta de la camarera mayor sobre la composición del Despacho. Según informaba Gramont, se decía que Ursinos cambiaría por completo la forma de este organismo, que dejarían de integrar Montalto, Montellano y Monterrey para dejar espacio a tres de los más firmes defensores con los que la princesa contaba en Madrid: Veraguas, Frigiliana y Medinaceli a los que, obviamente, el embajador consideraba de todo punto inadecuados.<sup>2087</sup> En segundo lugar el hecho de que Ursinos regresase acompañada previsiblemente por D'Aubigny, pero sobre todo por Orry, no dejaba indiferente a la corte madrileña. Ambos concitaban la inquina de los cortesanos españoles dado el grado de confianza e influencia de que disfrutaban en el círculo regio pese a sus bajos orígenes. Con todo, Orry, cuyo retorno defendió la camarera mayor desde Versalles y la reina desde Madrid, acumulaba un mayor descrédito.<sup>2088</sup> De hecho, advertía el diplomático, la impopularidad del financiero había motivado que algunos asentistas negasen un empréstito a la corona necesario para la defensa de Milán. No se fiarían, escribió, “de un engañador público que ya avía empezado a destruir España y que luego [con su regreso la] acabaría de perder enteramente”.<sup>2089</sup> En último término se esperaba que la instalación de la princesa en Madrid se viera coronada por el inicio de una política de represalias contra aquellos que se habían opuesto a su vuelta, lo que

---

<sup>2086</sup> El mismo a Torcy. Madrid, 13 de febrero de 1705. *Ibid.*, fol. 72r.

<sup>2087</sup> Frigiliana era descrito como contrario en su momento a la designación de Felipe V como sucesor de Carlos II y muy cercano a la reina viuda; Veraguas, aclaraba, había sido cesado antes de tiempo de todos los empleos de importancia que había ostentado, lo que decía mucho de su desempeño al servicio de la corona. Gramont a Torcy. Madrid, 29 de marzo de 1705. *Ibid.*, fols. 221r.-222v. Empero Rinuccini, que se hizo eco de la noticia meses después, tenía una opinión diferente de los sujetos que postulaban para entrar en el Despacho. Aunque no incidía en las capacidades de Veraguas, por el contrario consideraba a Aguilar una de las “mejores cabezas” con las que el rey de España contaba entre sus ministros. Rinuccini al gobierno florentino. Madrid, 8 de julio de 1705. A.S.F., MdP., Filza 4993.

<sup>2088</sup> A comienzos de marzo, Torcy informó a Gramont del interés que existía en Versalles por justificar a Orry y propiciar su regreso a España. Torcy a Gramont. Versalles, 5 de marzo de 1705. AA. EE., CPE., t. 146, fol. 141v.

<sup>2089</sup> Gramont a Torcy. Madrid, 13 de marzo de 1705. *Ibid.*, fol. 164v. En castellano en el original.

incidía en la sensación de inestabilidad y precariedad del gobierno a largo plazo: «toute (...) ce qu'on peut avoir promis au Roy (...) ne será pas tenu un quart d'heure.»<sup>2090</sup>

Aunque acertadamente Gramont sospechó desde el principio que Ursinos designaría un nuevo embajador francés según su criterio, lo cierto es que el contenido de sus largos informes perjudicó en cierto modo su propia causa. En 1705 el gabinete galo buscaba recuperar la “política de colaboración” que había presidido el eje Versalles-Madrid antes de los problemas surgidos durante la embajada de los D'Estrées. Por ello, al exponer su animosidad hacia la otrora camarera mayor, Gramont ponía de manifiesto que su permanencia al frente de la diplomacia gala en España sería en el futuro una fuente de problemas. Sobre todo si consideramos que, con la princesa de nuevo en la capital española, el embajador galo había de depender en gran medida de su apoyo y patronazgo: «On ne croit pas -escribió Maintenon al mariscal de Villeroi- que le duc de Gramont s'accommode longtemps de cette *dépendance* et on se trouve fort embarrassé pour son successeur.»<sup>2091</sup> Por tanto, Luis XIV y sus ministros optaron por sacrificar al diplomático en aras de la necesaria estabilidad en las relaciones entre las Dos Coronas. Torcy se mostró igual de taxativo con él. Otorgaba valor a los despachos del duque y le animaba a seguir informando de «toutes les verités» de las que era testigo en la corte española, pero la decisión estaba tomada y nada se cambiaría en lo que respectaba a la princesa.<sup>2092</sup>

Consciente de que sus días en España estaban contados, Gramont dejó de disimular el desagrado que sentía hacia la consorte. De hecho, apenas llegó a Madrid, el nuevo embajador toscano se hizo eco de la frialdad que presidía las relaciones entre el diplomático galo y María Luisa, así como de la falta de discreción del primero, quien expresaba de manera abierta la negativa opinión que le merecía el ascendiente de que gozaban la consorte y la camarera mayor.<sup>2093</sup>

Llegados a este punto debemos rendir una cierta justicia a Gramont. Su imprudencia a la hora de manejar el retorno de Ursinos a España está fuera de toda duda, así como el efecto que este hecho tuvo sobre su destino y sus vínculos con María Luisa. No obstante, sus informaciones, por mucha parcialidad que revistieran en ciertos momentos, no dejaron de resultar acertadas en algunos puntos. La fragmentación del

---

<sup>2090</sup> El mismo al mismo. Madrid, 27 de febrero de 1705. *Ibid.*, fols. 122v.-123r.

<sup>2091</sup> Madame de Maintenon al mariscal de Villeroi. Saint-Cyr, 14 de enero de 1705, recogida en BOTS, H. y BOTS ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres...*, III, p. 566. La cursiva es nuestra.

<sup>2092</sup> Torcy a Gramont. Versalles, 25 de marz de 1705. AA. EE., CPE., t. 146, fol. 176r.

<sup>2093</sup> Rinuccini al gobierno florentino. Madrid, 10 de junio de 1705. A.S.F., MdP., Filza 4993.

Despacho, como el desorden que reinaba en su seno, fueron corroboradas también por Tessé.<sup>2094</sup> De la misma manera, no debemos obviar la existencia en la corte madrileña de una corriente contraria al ascendiente que la princesa y la soberana ejercieron, y habían de ejercer en un futuro, sobre los asuntos. La heterogeneidad de esta corriente, de la que formaban parte desde francófilos decididos como Madame Aguirre y el padre Martín hasta miembros de lo que años después sería conocido como “partido español”, por ejemplo Montellano, Mancera, Montalto o Rivas, se reflejaba también en las aspiraciones últimas de sus miembros, divergentes y contradictorias según constataban los contactos con el embajador francés de ministros y cortesanos contrarios a la influencia de Francia en el gobierno español. Dicha heterogeneidad, sumada a la inestabilidad reinante en el eje Versalles-Madrid a la sazón y a los problemas de las tropas borbónicas en la Península Ibérica y Europa, no benefició en ningún caso los propósitos del embajador, en la medida en que jamás pudo presentar un frente cohesionado capaz de oponerse de manera efectiva al regreso de Ursinos. Así, resulta muy sugerente plantear si la causa de la princesa se hubiera visto influenciada negativamente, o no, por una evolución del conflicto sucesorio más favorable a las armas francoespañolas en 1704-1705. En otro orden de cosas, según veremos en el “Epílogo” de este trabajo, el destino de todos aquellos que se opusieron a la camarera mayor y a la reina fue muy diferente: destierro, destitución, reubicación en puestos de crédito semejante pero menor capacidad de maniobra..., pero lo cierto es que por muy leve o disimulada que fuera (según los casos) había de existir, tal y como el diplomático advirtió, una política de represalias que pasó por el alejamiento del centro del poder y la toma de decisiones. En último término, desde el principio Gramont careció del apoyo del gobierno francés en su rivalidad con María Luisa de Saboya. Por muy exasperante que resultase para Luis XIV la conducta de la reina, en ningún momento el soberano galo afrontó la cuestión directamente con la consorte. Su correspondencia con la soberana no podía ser más cortés y neutra, incluso en los momentos de mayor tensión. En una estrategia que decía mucho de la importancia que otorgaba a sus vínculos con la consorte, el monarca francés delegó en Madame de Maintenon la

---

<sup>2094</sup> «Enfin ce conseil, dis-je, du *Despacho* est, avec les gens ci-dessus nommés, composé de l'ambassadeur de France, qui fait la principale figure dans le cabinet, mais dont l'avis est toujours traversé par les quatre autres; il va au fait et au bien du service, il fait entendre au Roi ce qu'il conviendrait de faire le Roi n'en a point la force, le *Despacho* se passe en contrariétés la pendule sonne, le Roi ne l'avance jamais pour commencer l'assemblée, il est ravi quand elle sonne pour la finir, et rien ne s'achève (...).», tomado de «Mémoire du maréchal de Tessé (...) à M. de Chamillart», recogida en *Mémoires et lettres...*, II, p. 159.

transmisión de los mensajes que podían ser más controvertidos. En este sentido, como muy bien precisó Baudrillart, una de las cartas de Luis XIV a María Luisa más citadas por la historiografía clásica con objeto de demostrar el desencanto del monarca, y su consecuente censura hacia la conducta de la soberana, jamás llegó a su destinataria.<sup>2095</sup> Por el contrario, fue la esposa morganática del rey, una figura menos comprometida teóricamente con la situación política del eje Versalles-Madrid, pero dotada dada su posición oficiosa de una innegable relevancia en el entorno del soberano galo, quien informó a María Luisa de los problemas que estaba generando su ferviente defensa de la princesa. Todo ello bajo las trazas de la confidencia, la informalidad y la aparente intrascendencia de un intercambio epistolar que, a diferencia del mantenido por dos monarcas (reina de España-rey de Francia), siempre estaría sujeto en primera instancia a las características de la correspondencia privada femenina: teóricamente carente de implicaciones políticas de primer orden y desarrollada por dos mujeres que se decían «amies»<sup>2096</sup> y se limitaban a compartir sus impresiones sobre un suceso concreto, aunque este estuviera relacionado con la diplomacia, las redes de patronazgo político-cortesano, la evolución de la guerra y la situación del gobierno.

Esto por lo que concierne al embajador, su posicionamiento en el contexto previo al regreso de Ursinos y el cariz de sus informaciones al respecto. En lo que toca a María Luisa, la fallida conspiración de Gramont, y el subsiguiente retraso en el viaje de la dama a España, hicieron temer a la reina que Luis XIV revocase la medida recién tomada. Debido a ello, la soberana mostró una evidente preocupación ante la situación de la princesa. Ciertamente, no se atrevió a pedir garantías de la vuelta de la antigua camarera mayor a Madrid, pero presentó su retorno como una necesidad absoluta. Por una parte para sí misma. En este sentido las misivas de María Luisa a Maintenon incidían en la soledad en la que pasaba sus días, así como en el solaz que la princesa le proporcionaba en un ambiente palatino en el que tendía a aislarse de la mayoría de las damas y mujeres de la Casa.<sup>2097</sup> Por otra parte, la reina evocaba también la presencia de

---

<sup>2095</sup> Luis XIV a la reina de España. Fontainebleau, 20 de septiembre 1704. AA. EE., CPE., t. 144, fol. 157r., cit. por BAUDRILLART, I, pp. 191-192; cit. también por MILLOT, pp. 174-175. Una traducción al castellano en COXE, W.: *España bajo...* [2011], pp. 294-295; para la carta de Maintenon a la reina, fechada en Fontainebleau, 9 de octubre de 1704, véase el epígrafe dedicado a la correspondencia de la reina durante el destierro de Ursinos.

<sup>2096</sup> Algunas de las connotaciones del término «amitié» en el contexto político-cortesano del Antiguo Régimen han sido subrayadas por CONSTANT, J. M.: «L'amitié: le moteur de la mobilisation politique dans la noblesse de la première moitié du XVII<sup>e</sup> siècle», en *XVII<sup>e</sup> siècle*, 205 (1999), pp. 593-608.

<sup>2097</sup> La reina a Maintenon. Madrid, 16 y 22 de enero de 1705, recogidas en LA BEAUMELLE, L.: *Mémoires pour servir...*, VII, pp. 211-214.

Ursinos en la capital española como una prioridad para la política de las Dos Coronas, dado el estado de la corte y el gobierno hispanos. En este punto, a consecuencia de los escasos egodocumentos que conservamos de María Luisa, debemos movernos en el terreno de la hipótesis constatada por las misivas de otros actores políticos presentes en España a la sazón. Dicho esto, no es menos cierto que la correspondencia de la soberana con Maintenon en la primera mitad de 1705 (por muy fragmentaria que sea) pone de relieve, en primer lugar, su negativa a colaborar en cualquier iniciativa de carácter político desarrollada por el embajador francés, Gramont, de ahí la parálisis del gobierno que este describía en sus epístolas. Su antagonismo con el diplomático se encarnizaría a lo largo de la primavera y el verano de ese año<sup>2098</sup>, por lo que María Luisa argüiría necesitar “consejo” y “dirección”.<sup>2099</sup> En ausencia de Ursinos, y dado que no estaba dispuesta a recibirlos de Gramont, la marquesa ocupó brevemente el papel que desempeñara en su momento la camarera mayor junto a la consorte. Un rol que no parece que agradase a Maintenon<sup>2100</sup> pero que incidía, desde otra perspectiva, tanto en la importancia de precipitar el regreso de la princesa a Madrid como en algo que para esta y la reina era ineludible: el cese del duque y su sustitución por otro embajador. En segundo lugar, y en relación con este último aspecto, cabe pensar que a la sazón la oposición de María Luisa a la política de Gramont se debiese también a su conocimiento de que los días del diplomático en España estaban contados. Y que por ello se negase, aunque fuera en ocasiones en menoscabo de los intereses francoespañoles, a apoyar medidas de las que desconocía si contaban con el beneplácito de la princesa y que, en último término, podían ser revocadas en un futuro por el sucesor del duque. Así, toda vez que fue informada del cariz que tomaban las cosas por la propia Ursinos, la reina no dejó de mostrarse más sumisa e impaciente ante

---

<sup>2098</sup> A este respecto, María Luisa confesó a la marquesa: «ie vous dire [sic], avec la confiance que j'ay avec vous, que le Duc de Gramont fait de son mieux par le tourner en ridicule [se refiere al sucesor del duque, Amelot], il n'y a point de jours qu'il n'en dit quelque chose au Roy et le pir c'est qu'il ne se contraind pas non plus d'en dire toutes sortes de choses devant les espagnols (...)» La misma a la misma, Madrid, 13 de mayo de 1705. AA. EE., M&D, t. 128, fols. 69v.-70r.

<sup>2099</sup> «Conduisez-moi: car, à tout prix, je veux plaire (...). Donnez-moi donc cette marque d'amitié car, malgré mes bonnes intentions, malgré l'envie de me faire une réputation irréprochable, je ferai mille fautes, si vous ne m'aidez de vos conseils. Souvenez-vous de qui je suis soeur. Souvenez-vous de qui je suis fille. Souvenez-vous combien je suis votre amie.» La misma a la misma. S. f., recogida en LA BEAUMELLE, L.: *Mémoires pour servir...*, VII, p. 217; también, la misma a la misma. Madrid, 4 de marzo de 1705. AA. EE., M&D, t. 128, fols. 64r.-v.

<sup>2100</sup> «Vous avez beau dire que de trois cents lieues on ne sauroit guider personne. Je sais que vous avez les yeux très-bons», respondió la reina a las reticencias de Maintenon. LA BEAUMELLE, L.: *Mémoires pour servir...*, VII, p. 217.

Maintenon: «ie desire fort que toutes les changements qui vont se faire, soi[en]t fait[es], car ie ne desire pas qu'à l'avenir nous ne songeant uniquement qu'à chasser l'archiduc. M[onsieu]r Amelot et Orry -concluía- doivent arriver incessamment, la Princesse des Ursins me fait espérer d'etre icy vers le 9 ou 10 du mois qui vient et, ensuite, il faut que les ennemis permettent au Maréchal de Tessé de venir icy et tous [sic] ensemble travailleront avec le Roy et feront s'il plait à Dieu des merveilles (...).»<sup>2101</sup> Días después, ante el retraso del nuevo embajador francés, Amelot, y al tiempo que informaba de la pérdida de Salvatierra, la soberana consignó: «Il [Amelot] commence un peu à m'impatisier car i'ay grande envie que nous avons icy un homme qui a toutes les qualités qu'on dit qu'il a (...).»<sup>2102</sup> Otros dos testimonios que apoyan esta teoría serían los de Gramont y la propia Maintenon. El primero reconoció en abril de 1705 que consideraba un “milagro” que se tomase una decisión antes de la llegada de la princesa de los Ursinos.<sup>2103</sup> En cuanto a la segunda, admitió apenas dos meses después que la tardanza de la dama en regresar a Madrid perjudicaba la política borbónica, en un momento en que se sucedían los fracasos en el frente extremeño y acababa de descubrirse una conspiración austracista en Granada: «Le côté d'Espagne va très mal et je crains que M[ada]me la princesse des Ursins n'y arrive trop tard. Je ne sais si elle aurait raccommo'dé quelque chose, il y a trois mois, mais il n'est pas vraisemblable qu'elle y fasse rien de bon quand elle arrivera (...).»<sup>2104</sup>

\*\*\*\*\*

La destitución de la princesa de los Ursinos había de entrañar el mayor protagonismo de la reina en la escena política no solo ya en las ocasiones en las que Felipe V permaneciera en el frente militar, como de forma oficial había sido lo habitual hasta la fecha, sino también mientras el monarca ejerciese las labores de gobierno desde Madrid. Empero, según vimos en el capítulo anterior, la incipiente proyección de María Luisa en el ámbito de la política informal contaba con importantes restricciones. En la primavera de 1704 el monarca francés abogó de manera pragmática por instrumentalizar el ascendiente de la soberana sobre el Rey Católico, pero este posicionamiento no significó que concediese a María Luisa de Saboya una capacidad de

<sup>2101</sup> La misma a la misma. Madrid, 8 de mayo de 1705. AA. EE., M&D, t. 128, fols. 65r.-v.

<sup>2102</sup> La misma a la misma. Madrid, 13 de mayo de 1705. *Ibid.*, fol. 69v.

<sup>2103</sup> Gramont a Torcy. Madrid, 4 de abril de 1705. AA. EE., CPE., t. 146, fols. 248r.-v.

<sup>2104</sup> Maintenon al duque de Noailles. Saint-Cyr, 6 de junio de 1705, recogida en BOTS, H. y BOTS ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres...*, III, p. 616.

maniobra indiscriminada sobre la toma de decisiones. A la postre el influjo de la reina sobre “los asuntos”, expresión frecuente en la documentación, continuaría viéndose igual de fiscalizado que con anterioridad. Únicamente variaron los actores que habían de ejercer dicho control: si hasta su destierro la camarera mayor había sido la encargada de “guiar” e “instruir” a la reina, en adelante lo sería el nuevo embajador francés duque de Gramont. La reticencia de María Luisa a plegarse al rol que desde Versalles le adjudicaron fue evidente desde el principio y cristalizó aún antes de la llegada de Gramont a Madrid, durante la misión de Chateauneuf en la capital española. A lo largo de este capítulo hemos analizado no solo la forma en que la soberana ejerció el poder informal e hizo uso de su ascendiente sobre Felipe V y, merced al mismo, sobre el gobierno; sino también los motivos que llevaron a la consorte a oponerse con frecuencia a la influencia de Francia sobre la administración española, que el embajador Gramont encarnaba a la sazón. No cabe duda de que su voluntad por proteger a la princesa de los Ursinos en su desgracia influyó en el posicionamiento de María Luisa con relación a ambos aspectos, según ya vieron autores como Baudrillart, Coxe o Millot entre otros. La reina estaba convencida de lo justo de la causa de su otrora camarera mayor y, en consecuencia, de la falta de consideración con que Versalles se estaba conduciendo hacia ella. A ojos de la consorte la caída de la dama era fruto de la falsedad de los informes que los D'Estrées habían remitido al gobierno francés. Despachos cuyo contenido, recuérdese, no excluía a María Luisa, presentada como una alumna aventajada de la princesa y tan dispuesta a ejercer el poder como la propia camarera mayor. Tales juicios tuvieron un innegable impacto en la percepción de Versalles sobre la consorte y propiciaron en parte el *plâcet* de Luis XIV al ascendiente que esta ejercía sobre su nieto. No obstante, permiten comprender también de manera más concreta la desconfianza con que la reina asumió el papel que Francia pretendió adjudicarle a partir de la primavera de 1704. Tras su establecimiento en España María Luisa había sido instada a mantenerse al margen del poder y, cuando desde de enero de 1703, había empleado su influjo sobre Felipe V en apoyo de las iniciativas de la princesa y Orry frente a los embajadores franceses, sus acciones habían sido censuradas tanto en Versalles como en Madrid. Este periodo de marcada inestabilidad se había visto coronado por la destitución de la camarera mayor acusada, precisamente, de “abuso de poder”. Desde estas perspectivas, si consideramos que María Luisa hacía causa común con la princesa y era conocedora de la imagen que sobre su persona y



ambiciones esbozaban los despachos mencionados más arriba, no debe extrañarnos que acogiera con cierto recelo los avances de Luis XIV en cuanto a su participación en la toma de decisiones. Avances, además, que el monarca había efectuado de manera un tanto ambigua, según demuestra su reticencia inicial a exponer personalmente ante María Luisa cuáles eran sus intenciones, y opinión, en lo relativo al papel que en adelante esta había de desempeñar en la escena política.

En segundo lugar la tenaz defensa de Ursinos por parte de la reina, así como el modo en que esta se desenvolvió en ausencia de la favorita, deben ser también considerados como consecuencia, por una parte, de las características del proceso de adaptación de María Luisa de Saboya y, por la otra, como fruto del magisterio ejercido por la princesa sobre la reina en los años anteriores. En este sentido durante largo tiempo Versalles alentó la confianza de la consorte en Ursinos, al tiempo que imponía a través de esta un férreo control sobre las relaciones de la soberana con las mujeres españolas de su cámara. Los estrechos vínculos forjados con los años entre ambas explican igualmente el desconcierto de María Luisa ante la destitución de la camarera mayor y, por añadidura, la lealtad que le profesó en su desgracia. Asimismo, fruto también de las peculiaridades del proceso de adaptación de la consorte y de la preeminencia exclusiva de Ursinos en el círculo regio, fue el relativo aislamiento de la reina y su vinculación con aquellos cortesanos y ministros españoles que pertenecían a la red clientelar de la camarera mayor. Caída la princesa, María Luisa perseveró en sus contactos con todos estos personajes, que conformaron el conocido “Despacho secreto” de la reina, lo que, en un contexto marcado por la desconfianza de esta hacia las instrucciones de Versalles, no dejó de perjudicar la proyección del embajador francés en el *entourage* regio. Aunque las características y capacidad ejecutiva del “Despacho secreto” pueden matizarse, lo cierto es que su existencia simbolizaba en buena medida las dificultades de Luis XIV para controlar desde la distancia, a través de terceros, los vínculos de la reina con las redes de poder clientelar vertebradas en la corte madrileña. O lo que es lo mismo, los inconvenientes que el monarca hubo de afrontar para dotar de efectividad al “sistema de colaboración” soberana-embajador francés que deseaba impulsar a partir de la primavera de 1704 e instrumentalizar, de forma igual de efectiva, el ascendiente de la consorte sobre su nieto sin la anuencia de la reina y al margen de las posibles influencias de los antiguos partidarios de la princesa.

Por otra parte, el modo en que María Luisa respondió a los avances de Luis XIV en cuanto a su mayor implicación en el tratamiento de los “asuntos” es comparable a la actitud manifestada por Ursinos ante la misma tesitura en la primavera de 1702. La “retórica de la reticencia” es común a ambas mujeres y puede detectarse igualmente en la correspondencia de Madame de Maintenon. Esta manera de afrontar la participación en el poder no debe interpretarse, empero, como una renuncia explícita a intervenir en la toma de decisiones o a desarrollar una activa labor de patronazgo político-cortesano, ni tampoco como una muestra de hipocresía tendente a ocultar las ambiciones de todas estas damas. A nuestro modo de ver constituiría un *modus operandi* que, basado en la prudencia y en la asunción de los factores que condicionaban el ejercicio del poder femenino, pretendía justificar dicha intervención y presentarla prácticamente como una “obligación” a la que estas mujeres se sometían merced a las necesidades y exigencias de un contexto político determinado. En el caso concreto de María Luisa de Saboya, la retórica de sus misivas a Luis XIV se vio influenciada asimismo por la suspicacia con la que acogió el papel que Versalles le atribuiría en adelante. Sin embargo, ello no quita que las similitudes referidas más arriba nos permitan valorar hasta qué punto la experiencia de la princesa en su relación con las instancias del poder, y los consejos tributados por la dama con anterioridad, fueron determinantes para la reina en esta coyuntura.

En otro orden de cosas a lo largo de estas páginas hemos procurado analizar el modo en que María Luisa ejerció el poder informal e hizo uso de su ascendiente sobre Felipe V tomando en consideración tres factores: el contexto más amplio de las relaciones francoespañolas, los planes de Versalles con respecto a la política de las Dos Coronas y la situación interna de la corte y el gobierno madrileños, antes y después de la caída de Ursinos, y el desarrollo de la embajada de Gramont. Esta triple perspectiva de análisis no significa que minimicemos el impacto que tuvo la desgracia de la princesa sobre la conducta de la consorte entre 1704 y 1705. Testimonios como los de Tessé, muy cercano a la destituida camarera mayor y a la soberana, expresan de manera muy elocuente la importancia que María Luisa otorgaba al retorno de Ursinos, hasta el punto de obstaculizar la labor gubernativa del embajador galo, poner en entredicho la influencia de Francia sobre la Monarquía Hispánica e instrumentalizar el influjo que ejercía sobre el Rey Católico en aras del triunfo de la causa de la princesa. Ahora bien consideramos que analizar la *praxis* del poder informal por parte de la reina en relación

con el contexto en que esta se desarrolló, nos permite discernir en toda su complejidad la manera en que la soberana asumió su mayor protagonismo político, la evolución de su complicada relación con el embajador francés y la naturaleza de su oposición a las medidas preconizadas por Versalles en esta coyuntura. Al margen de la situación de la princesa, el duque de Gramont protagonizó una embajada difícil y compleja de por sí. El hecho de que buena parte de las instrucciones que recibió girase en torno a las informaciones de sus predecesores constituyó de entrada un problema, al que debemos añadir las dificultades del ejército borbónico en la campaña de 1704, el interés de Francia por revertir algunas de las reformas más significativas de Orry y la incapacidad del propio Gramont para aceptar el pragmatismo con que Luis XIV abordó la restitución de la antigua camarera mayor al cargo que había ostentado. No nos detendremos en el primer punto señalado puesto que ya conocemos la opinión que concitaba en María Luisa el contenido de los despachos remitidos por los D'Estrées a su gobierno, totalmente equivocados por ejemplo en lo que concernía al efecto que el cese de Ursinos tendría sobre la reina. Más interés tiene para nosotros, por el contrario, incidir en el resto de cuestiones. Así, estudios recientes han permitido desvincular la destitución de Berwick al mando de las tropas borbónicas del posicionamiento del mariscal ante la caída de la princesa, y la subsiguiente venganza de María Luisa ante este hecho. En esta misma línea, podemos matizar también la razón de la oposición de la reina a la reunión de la Secretaría del Despacho y el reforzamiento del gabinete. Para la soberana secundar ambas iniciativas, como pretendía Luis XIV, implicaba no solo el abandono de ciertas reformas que previamente había apoyado y de cuya idoneidad parecía estar convencida; sino también favorecer a Ubilla, que se había opuesto frontalmente a su ascendiente sobre Felipe V. En este sentido el posicionamiento de María Luisa al respecto no solo giraba en torno a la causa de la princesa. Puede relacionarse igualmente con un problema más amplio que había venido enrareciendo las relaciones en el seno del eje Versalles-Madrid desde comienzos de 1703: la capacidad de Felipe V para elegir, mantener en el cargo y cesar a sus propios ministros según las necesidades del gobierno hispano, como también para patrocinar el desarrollo de reformas e iniciativas de carácter político, fruto de la experiencia *in situ*, con independencia del criterio del gabinete galo o del embajador francés en Madrid, tendente a seguir al pie de la letra las instrucciones que recibía desde Versalles.

## EPÍLOGO: “Que la reina viva o muera, ha de salir la camarera”.

“Bolbí con las instrucciones nezesarias a los ocho meses no cumplidos y quando los españoles no creían tal cossa vieron que Vuestro Nieto y su esposa me salieron a rezivir, haziéndome onrras casi de Hijos, [y] experimentaron ya ser v[uestr]ro móvil (...).”<sup>2105</sup>

La princesa de los Ursinos llegó a París el 4 de enero de 1705. Alojada en un principio en la residencia del embajador español en la capital gala, el duque de Alba, quien la recibió con todos los honores, se trasladó poco después a las residencias de la condesa de Egmont y de la duquesa de Ventadour. Los primeros días de su estancia en París la antigua camarera mayor llevó una vida retirada, rodeada únicamente de «ses fidèles», quienes se encargaron de informarle puntualmente de la situación de la corte gala. Solo el 10 de enero, seis días después de su llegada, Ursinos se trasladó a Versalles, donde se alojó en la residencia de los marqueses de Alègre. Apenas instalada la dama recibió la visita de Harcourt y Torcy, rasgo positivo que prefiguraba su “vuelta” a la gracia regia y que no dejó de sorprender: «Elle soupa le même soir chez le marquis de Torcy (...) et ce ne fut pas sans quelque étonnement de la part des courtisans, qui avoient appris quelque chose de leurs démêlés», consignó Sourches.<sup>2106</sup> Con toda probabilidad en ambas reuniones la princesa habría comenzado a justificar su actuación en España desde enero de 1703. Empezaba para la dama el momento de las explicaciones. A los encuentros ya citados habrían de añadirse el más importante, que tuvo lugar el 11 de enero de 1705, ante Luis XIV, con el que Ursinos estuvo reunida en su gabinete durante dos horas y media, y el no menos trascendente, dado que se trataba de la hermana de la reina, que la antigua camarera mayor mantuvo ese mismo día con la duquesa de Borgoña, igualmente a puerta cerrada, con la que conferenció durante «quelque temps.»<sup>2107</sup> Este conjunto de reuniones aparecen recogidas en las obras de los principales memorialistas franceses de este periodo (Dangeau, Saint-Simon, Sourches). Sin embargo, solo este último alude a otra entrevista que habría tenido lugar la noche del 10 de enero, en Saint-Cyr, entre Madame de Maintenon y la princesa. Marianne Cermakian, a quien debemos la mejor síntesis de la estancia de Ursinos en Versalles, reconoce la probabilidad de que este

---

<sup>2105</sup> “Conducta de la prinzesa de los Ursinos en el Gavinete del Rey Christianíssimo en presenzia de Madama de Maintenon. Traduzida del franzés en español”. B.N.M., *Papeles manuscritos*. Mss. 22035, fols. 155r.-v.

<sup>2106</sup> SOURCHES, IX, p. 159 (10 de enero de 1705).

<sup>2107</sup> DANGEAU, X, p. 229 (Versalles, 11 de enero de 1705).

encuentro hubiera tenido lugar, pese a que únicamente Souches lo cita.<sup>2108</sup> No hubiera sido extraño, explica esta autora, que Luis XIV hubiera encargado a la marquesa mantener una reunión preliminar a la suya propia con la antigua camarera mayor.<sup>2109</sup> En cualquier caso, el encuentro oficial de ambas mujeres tuvo lugar el 12 de enero: «Madame la princesse des Ursins fut longtemps enfermée avec Madame de Maintenon», escribió Dangeau; una escena que se repitió al día siguiente, esta vez en compañía del rey, y tras la cual pareció oficializarse el regreso de la dama a España: «il paroît que S[*a*] M[*a*]jesté est contente d'elle et qu'on pourroit bien la renvoyer en Espagne.»<sup>2110</sup> ¿Fue la princesa tan elocuente como para convencer a Luis XIV de la idoneidad de su conducta en apenas dos reuniones? No creemos que fuera así. Tal y como hemos indicado en el capítulo anterior la hostilidad de la reina hacia Gramont, las propias dificultades del embajador para desarrollar satisfactoriamente su misión en Madrid y la inestabilidad de las relaciones francoespañolas en este periodo, habían decidido al monarca galo a autorizar de antemano el retorno de la antigua camarera mayor junto a los reyes. No en vano, Luis XIV tuvo nueve meses para comprobar el impacto generado por la ausencia de la dama tanto sobre la corte madrileña como sobre la conducta de la reina. Pero también para corroborar la escasa viabilidad de la tendencia continuista que había impuesto en abril de 1704, escasamente efectiva desde el punto de vista práctico sino se acompañaba de dos medidas: por una parte, la ya mencionada restitución de la princesa a la capital hispana bajo las condiciones que veremos acto seguido; por la otra, la designación de un nuevo embajador francés, que gozara del beneplácito de Ursinos, con el que esta fuera capaz de cooperar activamente dando a las relaciones francoespañolas no solo la estabilidad, sino también la apariencia de unión y concordia entre ambas ramas de la dinastía que exigían el contexto de conflicto sucesorio que afrontaba la Casa de Borbón en España y Europa.

Informada por Luis XIV de su regreso a Madrid la princesa pareció acoger de mal grado las órdenes del monarca. Su mala salud, el cansancio que la aquejaba y los inconvenientes que podía entrañar su vuelta a la capital hispana, fueron algunos de los argumentos que empleó la dama para resistirse a acatar los dictados del rey de Francia: «Elle témoigne asez de repugnance à retourner en Espagne, ou elle se croit inutile pour

---

<sup>2108</sup> «Le soir, le Roi revint s'établir à Versailles, et l'on apprit que la princesse des Ursins étoit arrivée, et qu'elle avoit été toute l'après-dînée à Saint-Cyr, enfermée avec la marquise de Maintenon (...)» SOURCHES, IX, p. 159 (10 de enero de 1705).

<sup>2109</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, p. 323.

<sup>2110</sup> DANGEAU, X, pp. 230-231 (Versalles, 12 y 13 de enero de 1705).

le service de Roy (...)), confirmó Torcy. En cualquier caso, según corroboraba el mismo ministro<sup>2111</sup>, Ursinos estaba dispuesta a someterse al dictamen de Luis XIV. Eso sí, tomándose el debido tiempo para descansar y aliviar sus dolencias y poner en orden «quelques affaires domestiques», lo que significaba retardar su partida de París hasta la primavera.<sup>2112</sup>

Daba inicio entonces una segunda etapa en la estancia de la antigua camarera mayor en la corte francesa, periodo que estaría caracterizada por su plena participación (con todos los honores) en la vida social de Versalles<sup>2113</sup> y por la más trascendente negociación de las condiciones en las que tendría lugar su triunfal regreso a España. El primer aspecto a destacar en esta fase sería la reconciliación pública de Ursinos con el soberano francés y Madame de Maintenon, quienes le otorgarían especiales muestras de favor que no pasaron desapercibidas para el resto de cortesanos. Así, en febrero la princesa fue invitada por Luis XIV al castillo de Marly, residencia real en la que solo eran admitidos los individuos y familiares más cercanos al monarca, donde recibió importantes privilegios como el de compartir mesa con el rey y algunos miembros de la familia real, o presenciar en primera fila uno de los bailes que se ofrecieron a la sazón. Trasunto de la normalización de relaciones no solo con la propia Ursinos sino por extensión con la Monarquía Hispánica, fue la participación en tales agasajos del embajador español y su esposa, los duques de Alba, quienes recibieron el honor, inaudito hasta entonces entre los representantes diplomáticos en Francia, de tomar parte en las jornadas de Marly: «Le roi fera venir ici le duc et la duchesse d'Albe pour leur donner le divertissement du bal; le roi avoit un peu hésité sur cela quand on lui proposa, craignant que cela ne pût tirer à conséquence pour les autres ambassadeurs; mais S<sup>[a]</sup> M<sup>[ajesté]</sup> s'y determina en faisant réflexion que c'étoit l'ambassadeur de son petit-fils; que cela marqueroit encore aux Espagnols une distinction d'amitié (...)), consignó Dangeau de manera harto elocuente en su *Journal*.<sup>2114</sup> Apenas mes y medio después, en abril, Ursinos se encontraría de nuevo en Marly, esta vez en una intimidad mucho más estricta pues la corte guardaba luto por la muerte del primer hijo de los duques de Borgoña, el duque de Bretaña.<sup>2115</sup>

---

<sup>2111</sup> Torcy a Gramont. Versalles, 25 de enero de 1705. AA. EE., CPE., t. 143, fol. 199r.

<sup>2112</sup> Ursinos al mismo. París, 21 de enero de 1705, recog. en L. TR., III, p. 116.

<sup>2113</sup> Sobre la vida social de la princesa en París véase CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, pp. 327-328.

<sup>2114</sup> DANGEAU, X, pp. 261-262 y 264 (Marly, 20 y 23 de febrero de 1705).

<sup>2115</sup> *Ibid.*, X, p. 302 (Marly, 14 de abril de 1705).

La importancia de las estancias de la princesa en esta residencia privada ha sido destacada por cuantos historiadores se han aproximado a su figura y trayectoria en España. Ciertamente, el ambiente distendido y la privacidad que reinaban en Marly favorecieron tanto el desarrollo de la confianza que en lo sucesivo había de caracterizar el trato entre la antigua camarera mayor, Madame de Maintenon, y en menor medida Luis XIV; como el desarrollo de largas conversaciones y debates sobre la situación del eje Versalles-Madrid, de los apenas trascendieron datos, que terminarían por determinar las características generales de las relaciones entre las Dos Coronas, así como el papel que habían de desempeñar en su seno quienes en adelante serían los principales protagonistas de la política conjunta de ambas monarquías. Es en este momento en el que Saint-Simon, y más tarde Michelet, cifraron el “pacto” suscrito entre Maintenon y Ursinos para gobernar España. Empero, de acuerdo con las impresiones de Cermakian, nos encontraríamos no ya ante un “tratado secreto” desarrollado entre dos cómplices movidas por la misma ambición, ejercer el poder, sino más bien frente a un “acuerdo tripartito” del que Luis XIV no habría sido excluido y en cuya gestación también habrían participado, aunque de manera secundaria, Orry y Amelot de Gournay, designado como sucesor de Gramont al frente de la embajada.<sup>2116</sup> Un acuerdo que se habría basado en buena medida en las impresiones de la princesa y el financiero y que estaba destinado, por una parte, y como ya hemos indicado, a regir las relaciones francoespañolas a largo plazo; por la otra, a impedir el desarrollo de una nueva disensión en el *entourage* francés de Felipe V semejante a la producida en enero de 1703.

Si bien es verdad que a la sazón apenas trascendió nada de cuanto se trató en Marly entre Ursinos, Maintenon y el rey de Francia, las instrucciones entregadas al nuevo embajador, Amelot, junto a una “Mémoire” redactada por la princesa para reglar su actuación en España tras su regreso, nos permiten hacernos una idea más o menos precisa de los aspectos y puntos que pudieron ser debatidos en privado. Desde una perspectiva general, los “acuerdos de Marly” recuperaron la fórmula de la colaboración entre el embajador francés en España y la camarera mayor de la reina en la dirección de los «affaires d'Espagne».<sup>2117</sup> Tal cooperación, dado los comunes intereses de ambas

---

<sup>2116</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, p. 331.

<sup>2117</sup> «Le Sieur Amelot est témoin de la promesse solennelle qu'elle a faite au Roi d'agir en tout d'un parfait concert avec l'ambassadeur de Sa Majesté. Il n'y a pas lieu de douter qu'elle ne l'exécute (...). Ainsi, l'intelligence étant parfaite entre eux, le premier plan que Sa Majesté s'étoit formé, sera suivi et l'on retirera dans la suite l'utilité qu'elle s'étoit proposée d'avoir une Française auprès de la personne et dans

Coronas, había de afectar al eje Versalles-Madrid en su totalidad, devolviéndole su operatividad y restaurando el predominio de la influencia de Francia sobre la toma de decisiones en la “Monarquía borbónica”. Todo ello merced al establecimiento de lo que Bernardo Ares ha definido como el “triángulo gubernativo francés”, significado por la existencia de una “línea de mando”, en cuya cúspide se encontraba Luis XIV, y una “línea de sometimiento”, encarnada en Felipe V y María Luisa de Saboya y configurada en torno a la princesa de los Ursinos y Amelot, vértices de la base del mismo, en contacto continuo con el soberano galo, Madame de Maintenon y Torcy respectivamente. Decisiones, consejos, órdenes y sugerencias circulaban en el marco de este triángulo, con la participación también de los Secretarios de Estado de Guerra, Finanzas y Marina franceses y los militares y comisarios de marina galos destinados en España.<sup>2118</sup>

En último término el funcionamiento de este sistema debía estar garantizado, por una parte, por la intervención de Ursinos en la designación del nuevo embajador, Amelot, nombrado por lo que parece a instancias suyas: «Elle a demandé M. Amelot pour ambassadeur (...)», informó Chamillart a Tessé.<sup>2119</sup> Antiguo embajador en Venecia, los cantones suizos y Lisboa, miembro del Consejo de Estado, Amelot conocía a la perfección el sistema administrativo francés, contaba con una amplia experiencia en el manejo de los asuntos comerciales y financieros y, en tanto que perteneciente a la *noblesse de robe*, carecía de las pretensiones de sus antecesores a ciertas prebendas y privilegios ceremoniales en su nuevo destino. La conciliación exigía, así pues, la alteración de los criterios que hasta la fecha habían determinado los sucesivos nombramientos de los individuos que habían ostentado la embajada gala en Madrid. Como subraya Lucien Bély no solo se quebraba el principio que establecía que un “grande” (duque, príncipe de la Iglesia o miembro de la alta aristocracia) había de representar a un “gran rey” frente a otro “gran rey”<sup>2120</sup>, sino que también se permitía participar en la designación del nuevo embajador a una figura ajena al gobierno francés como era la camarera mayor, estrategia

---

l'intime confiance de la Reine.» «Mémoire pour servir d'instruction au Sieur Amelot...», en *RLA*, XII-II, p. 140.

<sup>2118</sup> BERNARDO ARES, J. M.: “Sociología de Corte, Guerra Europea y Estado Unitario (1707)”, en BERNARDO ARES, J. M. y ECHEVARRÍA PEREDA, E. (coords.): *Las Cortes de Madrid y Versalles...*, pp. 109, 111 y 145.

<sup>2119</sup> Chamillart a Tessé. 5 de abril de 1705, cit. en CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, p. 331 (*infra* 153).

<sup>2120</sup> BÉLY, L.: «Les diplomates à la Cour d'Espagne: acteurs et témoins», en MARTÍNEZ MILLÁN, J., CAMARERO BULLÓN, C. y LUZZI TRAFICANTE, M. (coords.): *La Corte de los Borbones...*, II, p. 1314.



que volvería a repetirse, aunque con resultados diferentes, en 1713.<sup>2121</sup> Por otra parte, el crédito de Ursinos ante los reyes de España había de favorecer igualmente la puesta en práctica de los “acuerdos de Marly”. A diferencia de los diplomáticos que le habían precedido, Amelot venía recomendado por la princesa, lo que debía garantizarle un trato de favor por parte de Felipe V y su consorte, a cuyo lado volvería la dama pasados unos meses.

Solo un aspecto estuvo a punto de alterar las características formales del esquema de poder referido: la dignidad que ostentaría Ursinos tras su instalación en Madrid. De acuerdo con una misiva enviada por Luis XIV a su nieto a mediados de febrero de 1705, la princesa habría pretendido regresar a la capital española a título privado, delegando en la duquesa de Béjar la dirección de la Casa de la reina: “si regresara sin cargo a Madrid - escribió el rey de Francia-, los españoles la verían con mucha mayor complacencia y (...) libre de las pesadas funciones del puesto, se hallaría más libre para pasar junto a vos el tiempo durante el cual tiene la obligación de poner orden en el interior de palacio (...).”<sup>2122</sup> Resulta imposible afirmar categóricamente las verdaderas intenciones que subyacían tras la pretensión de la dama. Sería posible que Ursinos, cuya edad era avanzada, viera con hastío la reanudación de sus funciones como camarera mayor y que, al mantener a Béjar en tal dignidad, buscara reproducir una situación similar a la que se había dado en la Casa de la soberana durante el reinado de Carlos II con la baronesa de Berlips, quien pese a no ostentar el cargo de camarera mayor de manera oficial lo ejercía de forma oficiosa merced al favor de Mariana de Neoburgo. Sin embargo, lo cierto es que la princesa nunca volvería a manifestar una propuesta semejante y, en 1714<sup>2123</sup>, cuando contaba más de setenta años, se mostraría dispuesta a ostentar el puesto nuevamente tras el matrimonio de Felipe V con Isabel Farnesio. En nuestra opinión, para comprender la propuesta elevada por Ursinos en febrero de 1705 deberíamos tomar en cuenta la humillación que supuso para ella su primera destitución meses atrás, que dio pábulo a los rumores que hemos visto en páginas anteriores y durante la cual su

---

<sup>2121</sup> Tras el cese de Bonnac Torcy consultaría a Ursinos acerca de la designación de su sucesor. Aunque la princesa se inclinaría por el nombramiento de Tessé para el cargo, Versalles finalmente se inclinaría por el marqués de Brancas. Torcy a Ursinos. Marly, 17 de enero de 1713; Ursinos a Torcy. Madrid, 28 de enero de 1713, recog. en L. TR., VI, pp. 82-83 y 86-87.

<sup>2122</sup> Luis XIV a Felipe V. Versalles, 19 de febrero de 1705, recog. en *DM4V*, p. 319; también «Mémoire pour servir d’instruction au Sieur Amelot...», en *RL4*, XII-II, p. 140.

<sup>2123</sup> En 1709, cuando las relaciones francoespañolas operaron un cambio sustancial a consecuencia de las conversaciones de paz entre Francia y los aliados, la princesa ofreció abandonar el cargo sin que Luis XIV se lo permitiese.

desgracia ante la corte de Versailles fue completa. Las quejas de la dama ante la frialdad de Torcy, la dureza de Luis XIV o el abandono al que la habían sometido aquellos a quienes consideraba «amis» y «fidèles» (recuérdense el mutismo de Madame de Maintenon o la displicencia de la mariscal de Noailles), nos permiten valorar tanto el grado de amargura que tal situación le produjo como su interés por justificarse ante el soberano francés de las graves acusaciones que recaían sobre ella. Así pues, regresar a Madrid a “título privado”, en calidad de súbdita francesa perteneciente a la Grandeza española, le evitaría la vergüenza de una segunda destitución en caso que los “acuerdos de Marly” no dieran el fruto esperado. Ante esta eventualidad, carente de un cargo oficial en la corte hispana, Ursinos podría abandonar España sin menoscabo de su dignidad, es decir sin el estigma que supondría para su reputación un nuevo cese a consecuencia del descontento de Luis XIV con su labor junto a los reyes, que en todo caso habría desempeñado con carácter oficioso. Hipótesis aparte, a la hora de la verdad sería la propia María Luisa quien zanjaría el debate surgido en torno al papel de la dama: una vez la princesa regresase a Madrid Béjar dejaría de ostentar el puesto, que pasaría de nuevo a Ursinos: «La Reine d’Espagne n’ayant point eu dégard à ces raisons, a voulu que la princesse (...) rentrât auprès d’elle en qualité de *camarera mayor*.» <sup>2124</sup>

\*

Las “conversaciones de Marly” tuvieron otra consecuencia fundamental no tanto ya para el futuro de la camarera mayor, que estaba decidido, como para la concreción de los medios y canales a través de los cuales discurrirían en lo sucesivo las relaciones en el seno del eje Versailles-Madrid. Nos referimos a la hasta entonces problemática circulación de la información entre ambas cortes. A lo largo de este trabajo hemos podido apreciar en qué medida la proliferación de informadores privó al gabinete galo de una visión medianamente coherente de cuanto acontecía en el país vecino. Tal situación incrementó, además, la desconfianza reinante entre los gobiernos de las Dos Coronas y favoreció el enrarecimiento de los vínculos que hasta la fecha habían ligado a Luis XIV con Felipe V y María Luisa de Saboya, consecuencia de la “crisis de credibilidad” que también se produjo en este periodo. Por todo ello restablecer la confianza entre los tres reyes y sus respectivos gabinetes devino un objetivo fundamental desde el invierno de 1705. Un primer paso en esa dirección se produjo al autorizar el soberano francés el

---

<sup>2124</sup> Luis XIV a María Luisa. Versailles, 25 de marzo de 1705, recog. en *DM4V*, p. 327; «Mémoire pour servir d’instruction au Sieur Amelot...», en *RL4*, XII-II, p. 140.

retorno a España de la antigua camarera mayor y la sustitución del duque de Gramont por Amelot de Gournay. Sin embargo, tan importante como estas medidas fue el intento de racionalizar el tránsito de la información entre una y otra corte, que había de evitar los malentendidos y contradicciones suscitadas en el pasado. Con vistas a lograrlo se establecieron diferentes canales de información independientes unos de otros pero basados en la armonía que reinaba entre sus diferentes emisores e interlocutores. El primero de ellos se desarrolló alrededor de la correspondencia entre Luis XIV y sus nietos los reyes de España, que Bernardo Ares ha analizado en diferentes obras, a través de la que se transmitían desde órdenes y recomendaciones directas hasta noticias particulares, con carácter familiar. En segundo lugar la correspondencia diplomática, entre el monarca galo y su embajador en España, Amelot, que recogía todo tipo de información relativa al estado de la corte, el gobierno y los asuntos de guerra, comercio y finanzas.<sup>2125</sup> En tercer lugar el no menos trascendente intercambio epistolar de la princesa de los Ursinos con Madame de Maintenon. La importancia de este epistolario ha sido puesta de relieve por cuantos historiadores se han acercado a las relaciones francoespañolas durante el conflicto sucesorio. Con anterioridad al estallido de la crisis del Despacho, Maintenon había sido una de las receptoras de la correspondencia de la princesa. Sin embargo, los testimonios escritos que han pervivido hasta nuestros días demuestran que la interlocutora habitual de las confidencias de la dama era la mariscal de Noailles, no la esposa morganática de Luis XIV. Este panorama cambió a partir de enero de 1705. La estancia de la princesa en Versailles reafirmó la antigua amistad surgida entre ambas mujeres en el París inmediatamente posterior a las Frondas; una relación profundamente politizada, cierto, objeto de altibajos precisamente debido a esta característica, pero que se consolidaría durante más de una década de continuo contacto epistolar.<sup>2126</sup> En efecto, durante las “jornadas de Marly” ambas damas se comprometieron, mediante contrato escrito y sellado, a escribirse cada semana (en concreto los domingos) con el fin de intercambiar sus mutuas impresiones acerca de cuanto acontecía en sus respectivas cortes.<sup>2127</sup> Ubicadas en la primera línea de la escena

---

<sup>2125</sup> Parte de esta correspondencia fue publicada por GIRARDOT, B.: *Correspondance de Louis XIV avec M. Amelot*. Burdeos, 1864, 2 vols.

<sup>2126</sup> «(...) M. le duc de Noaille a grande raison quand il vous assure que vous êtes ma consolation et que je vous suis entièrement dévouée (...)» Ursinos a Maintenon. Madrid, 3 de enero de 1707, recog. en *Madame de Maintenon et Madame la princesse des Ursins. Correspondance. 1707-1709. Édition établie, présentée et annotée par Marcel Loyal*. París, 2014, p. 62.

<sup>2127</sup> LOYAU, M.: «Préface», en *Madame de Maintenon et la Princesse des Ursins. Correspondance. 1709, une année tragique. Édition établie, présentée et annotée par Marcel Loyal*. París, 2002, p. 9.

político-cortesana, su correspondencia constituye una fuente de inestimable importancia para conocer la evolución de la situación del eje Versalles-Madrid hasta 1715. En este sentido la política, la diplomacia y las operaciones militares conviven en las epístolas de las dos mujeres con otras informaciones relativas a la cotidianidad de los miembros de la familia real borbónica, las acciones de determinados cortesanos y ministros de las cortes francesa y española o el devenir de ciertos familiares, amigos y conocidos comunes a ambas damas. La confianza supone el elemento principal que vertebra este intercambio epistolar: por acuerdo tácito, nada han de ocultarse ambas damas: «Je ne veux jamais rien vous cacher», confesó Ursinos en 1706.<sup>2128</sup> Además, en el contexto de la circulación de información a la que venimos refiriéndonos es de destacar, por un lado, el valor del contenido de las misivas de Ursinos para Luis XIV, quien gracias a la correspondencia de Maintenon con la camarera mayor dispondría de un inagotable caudal de noticias acerca de las “interioridades” de palacio, contando con la posibilidad, asimismo, de transmitir a la princesa todo tipo de órdenes y sugerencias a través de su esposa morgánica y sin necesidad de comunicarse directamente con la primera.<sup>2129</sup> Por el otro, esta correspondencia supone un elocuente testimonio de la actividad de Ursinos en España; una manera, por parte de la camarera mayor, de dejar constancia de las características de su desempeño junto a los reyes frente a posibles malentendidos al otro lado de los Pirineos. No en vano, la propia princesa admitía no quemar las cartas de Maintenon por este motivo: «Je brûlerai vos lettres si vous voulez, j'en ai beaucoup gardé pour y recourir si on nous faisait quelque injustice sur le commerce que j'ai l'honneur d'avoir avec vous (...).»<sup>2130</sup> En último término, la regularidad de este intercambio epistolar permite explicar el progresivo espaciamiento que se produjo en la propia correspondencia de la reina con la marquesa, quienes recuérdese se cartearon a lo largo de 1704-1705 con bastante asiduidad. De hecho, aun contando con la posibilidad de que algunas de las epístolas intercambiadas por la soberana y Maintenon no hayan

---

<sup>2128</sup> Ursinos a Maintenon. Madrid, 6 de diciembre de 1706, recog. en GEFROY, A. (ed.): *Lettres inédites...*, p. 260. La intencionalidad de esta correspondencia sería puesta de manifiesto igualmente en otra misiva de la princesa, esta vez a la mariscal de Noailles: «Pour M[ada]me. de Maintenon, je me suis accoutumée à lui parler avec autant de franchise qu'à mon confesseur, mais avec beaucoup plus de plaisir.» La misma a la mariscal de Noailles. Madrid, 22 de septiembre de 1705, *Ibid.*, p. 201.

<sup>2129</sup> A este respecto escribe Loyau: «On peut penser que cet engagement avait été suggéré, sinon dicté, par le roi. Ne serait-il pas, par ce moyen renseigné régulièrement de ce qui se passait à la cour de Madrid et n'en profiterait-il pas pour donner des conseils et directives? De plus, il ne pouvait que satisfaire madame des Ursins qui bénéficierait ainsi d'un régime de faveur en s'adressant indirectement à lui.» *Ibidem.*

<sup>2130</sup> Ursinos a Maintenon. Madrid, 19 de enero de 1707. *Madame de Maintenon et Madame la princesse des Ursins. Correspondance. 1707-1709...*, p. 66.

llegado hasta nuestros días, todo parece indicar que en lo sucesivo María Luisa emplearía su correspondencia con la marquesa con objeto, bien de solicitar su intercesión en determinadas cuestiones político-diplomáticas, bien de suscribir ciertas ideas manifestadas con anterioridad por la camarera mayor en sus cartas a Maintenon (por ejemplo entre 1709-1710).

En cuanto a los dos últimos canales de comunicación en los que nos gustaría insistir corresponderían a los desarrollados por la princesa, Torcy y en menor medida Chamillart; y Torcy y el caballero du Bourk. Las relaciones entre Ursinos y el Secretario de Asuntos Exteriores se vieron severamente perjudicadas por el desarrollo de la crisis del Despacho y la rivalidad entre la dama y los sucesivos embajadores franceses. Según hemos podido apreciar en los capítulos anteriores, la camarera mayor sospechó en todo momento de la parcialidad del ministro hacia los D'Estrées y Louville, lo que por otro lado no era equivocado. Si bien la estancia de la princesa en Versalles sirvió para matizar un tanto las diferencias entre ambos, parece que la armonía no se restableció del todo y que, a su regreso a España, los vínculos entre ambos no eran tan fluidos como lo habían sido a lo largo de 1702. De algún modo la propia restitución de la camarera mayor junto a Felipe V y María Luisa entrañó en cierto sentido la desautorización del ministro, toda vez que este había sido muy crítico con la dama a lo largo de 1703 y había abogado por la permanencia de los D'Estrées y Louville en Madrid. De hecho, el reenvío de este último a Francia motivó la decisión del duque de Beauvilliers de no tomar parte alguna en los «affaires d'Espagne».<sup>2131</sup> En cuanto a Torcy, toda vez que el establecimiento de la camarera mayor en la capital hispana fue un hecho, espació progresivamente su correspondencia con esta, redactada ahora por su secretario: «(...) présentement - reconoció Ursinos ante Maintenon-, s'il me donne de signe de vie, ce n'est plus que par son secrétaire, et il ne parle que de quelques nouvelles que je vois le même jour dans la gazette. N'ai-je pas quelque raison de soupçonner quelque chose? (...)»<sup>2132</sup>

Como vemos, la sequedad del ministro alentaba las sospechas de la camarera mayor respecto a su posición en Versalles y, por añadidura, a lo acertado de su conducta en Madrid. No en vano tal frialdad había sido uno de los síntomas de su primera desgracia, desarrollada prácticamente en el más absoluto secreto. Al mismo tiempo, para

---

<sup>2131</sup> Beauvilliers a Louville. [S. l.], 22 de octubre de 1703, recog. En LIZERAND, G.: *Le Duc de Beauvilliers...*, p. 533.

<sup>2132</sup> La misma a la misma. Madrid, 29 de diciembre de 1706, recog. en GEFROY, A. (ed.): *Lettres inédites*, p. 294.

la dama, restaurar su buena sintonía con Torcy, al igual que con Chamillart anteriormente<sup>2133</sup>, constituía no solo el reconocimiento tácito por parte de un sector del gabinete francés del estatus que ocupaba en las relaciones francoespañolas, lo suficientemente importante como para merecer ciertos “miramientos” del Secretario de Asuntos Exteriores (como el hecho de que le escribiese con confianza y de su puño y letra); sino que también evidenciaba el interés de la princesa por integrar en su correspondencia sobre los asuntos de España a dos ministros (el de Guerra y Finanzas y el de Asuntos Exteriores) a los que, dada su posición como mediadora entre Madrid y Versalles, emplearía como canales en los momentos en los que la Monarquía Hispánica necesitara del sostén económico, militar o diplomático de Francia, aspecto que puede apreciarse por ejemplo en algunas de las cartas remitidas por la princesa a Chamillart.<sup>2134</sup> La misiva de Ursinos a Madame de Maintenon resultó determinante en la normalización de sus relaciones con Torcy, lo cual es de por sí un indicio bastante elocuente de la eficacia del intercambio epistolar de ambas damas.<sup>2135</sup> En cualquier caso habría que esperar a 1709, con el inicio de las conversaciones de paz entre Francia y los aliados y la posterior salida de España de Amelot, para que la correspondencia entre la camarera mayor y el Secretario de Asuntos Exteriores deviniese tan regular como en el periodo 1701-1702. En este sentido, la exclusión del Despacho de los sucesores de Amelot hizo que el comercio epistolar de la princesa y el ministro recuperase su anterior importancia (y regularidad) al dar cabida en lo sucesivo a la alta política. Así, entre 1709 y 1715 Ursinos y Torcy intercambiarán todo tipo de noticias relativas a la corte, el gobierno y la diplomacia española, desarrollándose un flujo de información, paralelo al de la dama con

---

<sup>2133</sup> A diferencia de lo que ejecutó con Torcy, Ursinos abordó directamente con Chamillart el estado de su relación, debido muy probablemente a la condición del ministro de *protégé* de Maintenon en Versalles. Véanse las misivas de la princesa a Chamillart. Madrid, 8 de febrero y 4 de marzo de 1706, *Ibidem*, pp. 226-227 y 233-234.

<sup>2134</sup> «Avant toutes choses, je me donnerai l'honneur de vous dire que je regarde comme un très-grand mal que vous soyez aussi peu informé du détail des affaires de ce pays-ci. Il est impossible que le service des deux Rois n'en souffre, car vous ne sauriez prendre des mesures justes si vous n'êtes parfaitement instruit. J'examinerai d'où naît ce mal, et j'y remédierai autant qu'il me sera possible. Orry a cru qu'il devoit laisser à M. l'ambassadeur toute le soin d'écrire. J'ai pensé la même chose à mon égard; je considère aujourd'hui qu'il est très-difficile qu'il n'échappe bien des choses à une seule personne, et je trouve qu'il sera mieux dans les suites que nous écrivions tous (...).» Ursinos a Chamillart. Madrid, 20 de noviembre de 1705. *Ibid.*, pp. 208-209; también la misma al mismo. Madrid, 8 de diciembre de 1705. *Ibid.*, p. 213.

<sup>2135</sup> Ursinos a Maintenon. Madrid, 7 de febrero de 1707, recog. en *Madame de Maintenon et Madame la princesse des Ursins. Correspondance. 1707-1709...*, p. 90. Meses después la marquesa escribió a su confidente habitual: «Je suis ravie, Madame, que M. le marquis de Torcy vous promette de ne rien vous laisser ignorer (...).» Maintenon a Ursinos. Saint-Cyr, 6 de mayo de 1708, recog. en BOTS, H. y BOTS-ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres...*, IV, p. 324.

Madame de Maintenon, en la que la primera ejercería en calidad de intermediaria entre el ministro y los reyes de España en materias tan delicadas como las conversaciones de Gertruydenberg, los preliminares de la paz o las propias negociaciones de Utrecht.<sup>2136</sup> Sin embargo, el hecho de que con anterioridad a 1709 la correspondencia de Ursinos y Torcy perdiera la minuciosidad (en términos de información) que la había caracterizado en los años anteriores, no significa que el Secretario de Asuntos Exteriores estuviese menos al tanto de cuánto acontecía en Madrid. Es aquí donde la correspondencia de este último con el caballero du Bourk cobró especial relevancia. Enviado jacobita en la corte madrileña, el irlandés constituiría uno de los más eficaces informadores de Torcy durante más de una década merced no solo a sus vínculos con el gobierno francés, del que recuérdese recibía una pensión, sino también a su pertenencia al círculo más cercano a los reyes. En los mejores términos tanto con la camarera mayor como con Felipe V y María Luisa de Saboya (quien además apreciaba a la joven esposa de Du Bourk, a la que recibía a menudo en palacio)<sup>2137</sup>, esta posición privilegiada permitió al diplomático jacobita enviar minuciosos informes relativos a la situación, discursos y rumores que proliferaban en la corte; la actuación de los soberanos, de la princesa y los sucesivos embajadores y diplomáticos franceses; o la evolución de las operaciones militares en la Península Ibérica.<sup>2138</sup>

No obstante la importancia de los canales de información descritos, sobre todo de los desarrollados por Amelot y Ursinos con Luis XIV y Madame de Maintenon, su verdadera eficacia estuvo a la postre garantizada por dos factores: en primer lugar por la ya mencionada concordia que reinaba entre los principales miembros del *entourage* francés de Felipe V en Madrid, basada en la voluntad explícita de todos sus miembros por “servir” fielmente a los reyes de España y Francia abandonando cualquier tipo de “pretensiones particulares”. Y, en segundo lugar, por el control impuesto por ambas cortes en torno a la naturaleza de las informaciones que circulaban entre una y otra. Nos

---

<sup>2136</sup> Una parte sustancial de esta correspondencia fue editada por el duque de La Tremoille a comienzos del siglo XX y puede consultarse en L. TR., VI.

<sup>2137</sup> Du Bourk al cardenal Gualterio. Corella, 22 de julio y 14 de septiembre de 1711; el mismo al mismo. Madrid, 19 de enero de 1712. B.L., Add. Mss., 20307, fols. 62r.; 70v. y 86r.

<sup>2138</sup> Entre la amplia correspondencia de Du Bourk con Torcy son de destacar los despachos que el irlandés remitió al Secretario de Asuntos Exteriores con motivo de la instalación de la princesa de los Ursinos en España, fundamentales para conocer el estado de la corte de Madrid tras esta trascendental medida y la puesta en ejecución de los diferentes aspectos tratados en Marly. Consúltense a este tenor los largos informes de Du Bourk a Torcy. Madrid, 5, 19 y 28 de agosto de 1705. AA. EE., CPE., t. 151, fols. 66r.-70v.; 76r.-80r.; 104r.-107v. En el mismo volumen se encuentran también las misivas del diplomático relativas al “asunto del banquillo”, que estalló poco después de la llegada de la camarera mayor a la capital.

referimos a la proliferación de rumores y calumnias, con frecuencia falsos o cuya veracidad era difícil de demostrar *sensu stricto*, que había caracterizado el contenido de la correspondencia entre Madrid y Versalles después del estallido de la crisis del Despacho. Tras el retorno de Ursinos a España los gobiernos de las Dos Coronas estaban muy interesados en abordar esta cuestión y, aunque no queda constancia de ello, con toda probabilidad fue una de las materias que se trataron en Marly. Por un lado, tanto la princesa como la reina habían visto severamente dañadas sus respectivas reputaciones a consecuencia de los despachos que Louville o los D'Estrées habían remitido a Torcy y los Beauvilliers, que tanto preocuparon en su día a María Luisa de Saboya. Por el otro, el contenido de tales informes había llevado a Versalles a tomar decisiones que *a posteriori* se revelaron cuanto menos poco acertadas, *verbigracia* la destitución de la camarera mayor en base a ideas tan peregrinas como las que señalaban que la consorte se sentiría aliviada al verse privada de la princesa, a quien temía y cuya presencia en Madrid se veía forzada a tolerar (recuérdese lo referido al respecto en las Instrucciones del duque de Gramont). No es extraño, en consecuencia, que la princesa de los Ursinos aludiera de manera explícita a esta cuestión en un documento que analizaremos a continuación. Así, al abordar el capítulo dedicado a lo que denominaba «Gens suspectes» la dama se refería a la credibilidad que Versalles otorgaba a los “españoles que escriben a Francia”, a los que consideraba tan peligrosos como los tenidos por austracistas, cuyas impresiones, en su opinión, carecían de veracidad y no tenían otro fin que animar la disensión (“intrigas”) en la corte madrileña.<sup>2139</sup> Aunque la princesa se guardaba bien de decirlo, es plausible que junto a los “españoles” incluyese a algunos franceses que habían desarrollado una labor similar: junto a Louville y los D'Estrées podríamos citar aquí a Madame Aguirre o al Padre Martín, del Hospital de San Luis, cuya condición de “informadores” del gabinete francés concluyó tras el regreso de Ursinos a la capital.

En este caso María Luisa de Saboya se mostró tan diligente como su favorita, pero también menos críptica. Tal es lo que podemos apreciar en su correspondencia con Madame de Maintenon, en la que la consorte citaba con nombres y apellidos a aquellos sujetos que se encargaban, siempre según sus sospechas, de difundir rumores y calumnias acerca de la camarera mayor: los D'Estrées, tío y sobrino, y el duque de Gramont.

---

<sup>2139</sup> «Mémoire...» AA. EE., CPE., t. 150, fol. 121v.



«(...) quand elle [Ursinos] seroit icy *ie ne doutais pas que les caballes et tous les maux ne recombassent plus que jamais si on suffroit que Me[ssi]eurs D'Estrées et de Gramont avoient commerce en ce pais cy et si on leur permettoit de tenir des discours tels qu'ils les tenoi[en]t* (...). Vous n'ignorez aparament tous les beaux discours qu'ils tiennent et, entre autres, que c'est la P[rincesse] des Ursins qui a perdu la Catalogne. Peut-on pousser plus loin la mechanceté et la fausseté, quoique ces choses sont dites par gens qui doivent etre asses mesprisées? (...) Le mal qui en peut arriver m'oblige à en parler et a être très sensible à ces choses-là (...). *On scait qu'ils ont à la cour où vous etes les memes agrements et qu'ils tiennent impunement de discours contre la P[rincesse] des Ursins et M[onsieu]r Amelot parce qu'ils nous servent bien, l'un et l'autre.*»<sup>2140</sup>

Meses después, tras la primera caída de Madrid en manos de los aliados, la soberana continuó insistiendo en las «cent milles faussetés» difundidas en Versalles acerca de la situación de la corte española, que incluían ahora la censura tanto de la camarera mayor como de Amelot.<sup>2141</sup> No cabe duda que María Luisa de Saboya era consciente del peso que tuvo en la primera desgracia de Ursinos la veracidad otorgada en Francia a determinadas acusaciones vertidas contra la dama. Siempre recelosa de una nueva destitución de la camarera mayor, tanto más en momentos tan cruciales para la causa borbónica como fueron el fracaso de la expedición contra Cataluña o la caída de la capital, las misivas de la consorte a la marquesa rinden cabal testimonio no solo de la lealtad de la reina hacia la princesa, y en menor medida hacia Amelot, sino también de su compromiso con lo tratado en Marly: a despecho del desarrollo de la guerra, o de las calumnias de los opositores de Ursinos, Versalles debía mantener su confianza en la iniciativa política de la princesa y el embajador francés, hasta el punto de impedir la proliferación de “discursos” que resultaban perjudiciales para las relaciones entre las Dos Coronas. Si bien no parece que Luis XIV considerase en 1706 el cese de la camarera mayor, lo cierto es que los D'Estrées no perdieron crédito ante el monarca, como tampoco Gramont, al que solo un matrimonio inadecuado y no su oposición a la favorita le hicieron incurrir en la cólera de su soberano.

Por el contrario, el gabinete de Versalles reaccionó con suma dureza frente a las acciones del caballero d'Epennes. Sobrino del cardenal Janson, D'Epennes dirigió en abril de 1706 una carta a Torcy en la que criticaba duramente a la princesa. Aunque su testimonio resultaba más moderado que el de Louville en su día, la misiva no dejaba de constituir un ataque directo a la participación de la camarera mayor y D'Aubigny en el

<sup>2140</sup> La reina a Madame de Maintenon. Madrid, 20 de enero de 1706. *Ibid.*, M&D, t. 128, fols. 119v.-120v. La cursiva es nuestra.

<sup>2141</sup> La misma a la misma. Burgos, 19 de agosto de 1706. *Ibid.*, fols 172r.-v.

tratamiento de los asuntos.<sup>2142</sup> Empero, más interesante si cabe que el contenido de la carta en cuestión sería la reacción del Secretario de Asuntos Exteriores tras su recepción, sintomática del nuevo orden de cosas establecido tras las jornadas de Marly. Lejos de mantener en secreto las acciones de D'Epennes, Torcy no solo ordenó a Amelot informar a Ursinos acerca de todo lo sucedido, sino que Luis XIV se mostró igualmente colaborador al ordenar la salida de España del caballero y dejar a criterio de la dama el castigo que se le debía prodigar una vez llegado a Francia: «si elle souhaite qu'en y arrivant il reçoive encore quelque mortification particulière.»<sup>2143</sup> El destino de D'Epennes, quien pasó un breve tiempo encarcelado en la Bastilla, junto a las respectivas reacciones del gabinete francés y de Amelot, quien reconoció haber procedido en el asunto debido tanto a las instancias de Torcy como a su lealtad hacia la camarera mayor<sup>2144</sup>, pusieron de manifiesto la solidaridad y concordia que reinaban entre los principales actores políticos del eje Versalles-Madrid. Pero también la voluntad de ambas cortes por controlar el flujo de informaciones que se transmitían de una a otra, que tanto habían contribuido al agravamiento de las querellas intestinas surgidas en el *entourage* francés en la capital española a lo largo de 1703.

\*

Si el contenido de las conversaciones de Marly, por su carácter semiprivado, puede ser objeto de cierta especulación, la “Memoria” redactada por D'Aubigny bajo la dirección de la princesa de los Ursinos (en colaboración con Orry) constituye un documento de gran importancia no solo para comprender el nuevo orden de las relaciones francoespañolas surgido de la estancia de la antigua camarera mayor en la capital gala; sino también el estado de la corte madrileña a la sazón, el desarrollo de algunos proyectos alentados por la dama y el financiero, y la posición que, en lo sucesivo, habían de desempeñar en el eje Versalles-Madrid sus actores políticos más destacados: desde la propia Ursinos hasta otros cortesanos españoles, pasando por la reina María Luisa. Conformada por doce puntos relativos a gobierno e instituciones, individuos y materias que hasta la fecha

---

<sup>2142</sup> D'Epennes a Torcy. Madrid, 1 de abril de 1706. AA. EE., CPE., t. 158, fols. 142r.-143r. La misiva no puede llevar un encabezado más significativo «Contre Mad[am]e des Ursins».

<sup>2143</sup> Torcy a Amelot. [S. l.], 28 de abril de 1706. *Ibid.*, CPE., t. 164, fols. 29r.-v. Para la reacción de la princesa véase Ursinos a Maintenon. Madrid, [s.d.], junio de 1706; la misma al cardenal Janson. Madrid, 8 de diciembre de 1706, recog. en GEFROY, A.: *Lettres inédites...*, pp. 246-247 y 266-267.

<sup>2144</sup> Según admitió Amelot ante Torcy, tanto la princesa como él se habían comprometido a revelarse cualquier tipo de información contraria a uno u a otra después de sus respectivas instalaciones en Madrid. Amelot a Torcy. Madrid, 8 de mayo de 1706. AA. EE., CPE., t. 164, fols. 160v.-161v.

habían sido objeto de fricción entre ambas cortes (etiqueta, guardias reales, gentes sospechosas...), la “Memoria” estaba pensada, por un lado, como una “instrucción” a través de la que la princesa había de «règler la conduite que je dois tenir en Espagne»; por el otro, como un documento susceptible de rendir cabal cuenta a Torcy, y por extensión a Luis XIV, de la opinión de la dama sobre los diversos asuntos abordados en él, que esta expresaba merced a la confianza que el ministro depositaba en ella: «vous souhaitez que ie vous dise mon sentiment avec liberté -confesó Ursinos en su preámbulo- et ie ne saisis pas vous refuser cette marque de confiance.»<sup>2145</sup>

El primer aspecto esbozado en la “Memoria” no podía ser otro que la composición del Despacho, órgano al que tanta importancia se otorgaba en Versalles. Redactado con el asesoramiento de Orry, la princesa planteaba, de entrada, el mantenimiento de sus miembros actuales (Mancera, Santisteban, Montellano, etc.) en aras de su estabilidad, si bien a estos habrían de sumarse el gobernador del Consejo de Hacienda, el consejero de Estado más antiguo y el conde de Monterrey, en representación del Consejo de Guerra. La multiplicación de sujetos en el gabinete, reconocía Ursinos, tenía el inconveniente de violar el secreto que había de caracterizar el tratamiento y la expedición de ciertos asuntos. Con el fin de soslayar este escollo, la camarera mayor proponía la racionalización, según los días de la semana, de las materias que habían de tratarse en el Despacho conforme a su naturaleza (Estado; Guerra; Finanzas, Castilla e Indias; Italia y Aragón; Órdenes y Cruzada), lo que implicaría la entrada en su seno exclusivamente de aquellos consejeros más apropiados para asesorar al rey.<sup>2146</sup> En cuanto a Portocarrero, la princesa admitía no saber a ciencia cierta si sería posible convencerle de que volviese a tomar parte en el gabinete en representación del Consejo de Estado. Una fórmula que quizás podría tentarle a hacerlo, opinaba, sería su participación en todas las sesiones, en calidad de primer ministro y en teórico pie de igualdad con el embajador francés, aunque se apresuraba a advertir que esta opción le otorgaría la posibilidad de “expedir todos los asuntos”, lo que quizás no sería conveniente.<sup>2147</sup>

En segundo término la princesa aludía al establecimiento de las Guardias reales y a la etiqueta, cuestiones ambas estrechamente relacionadas debido a los privilegios

---

<sup>2145</sup> *Ibid.*, CPE., t. 150, fol. 119r.

<sup>2146</sup> *Ibid.*, fol. 120r. Es en este punto en el que puede apreciarse de manera más evidente la influencia de Orry en la “Memoria” elaborada por la camarera mayor. Cfr. la «Mémoire sur l'État de l'Espagne». Orry a Torcy (1705), recog. en HANOTIN, G.: *Jean Orry...*, pp. 199-215 (Apéndice 1), en concreto, p. 202.

<sup>2147</sup> AA. EE., CPE., t. 150, fol. 120v.

ceremoniales que habían de concederse a sus capitanes y que provocarían el estallido del conocido como “caso del banquillo”, sobre el que no nos detendremos.<sup>2148</sup> Para la camarera mayor la oposición de la Grandeza al proyecto de las guardias debía verse coartada definitivamente, en especial en el caso del mayordomo mayor del rey (Villafranca) y de ciertos Grandes que estimaban que el “cuidado” del monarca, y la proximidad a la regia persona que aparejaba, eran prerrogativas que les pertenecían en exclusiva. La firmeza que Ursinos sostenía en este punto no era óbice para que la dama fuese consciente de la inestabilidad que su puesta en vigor podría entrañar entre la alta aristocracia. Debido a ello, defendía una mayor flexibilidad en lo tocante a la etiqueta (en conformidad con una línea de actuación por la que había abogado desde 1703). Según admitía, conocía que la intención de Luis XIV siempre había sido la de completar su definitiva “destrucción” (término que empleaba en la “Memoria”). No obstante, estimaba que existían ciertos privilegios inherentes al ceremonial borgoñón que sería delicado alterar. Concretamente los que vertebraban el reglamento de entradas y acceso al rey, prerrogativa que distinguía a los Grandes del resto de la aristocracia, y cuyo mantenimiento entendía necesario para limitar la posible oposición de la Grandeza a los privilegios concedidos a los capitanes de las guardias de *corps* (percepción que a la postre se revelaría errónea, si bien la princesa no podía saberlo en ese momento).<sup>2149</sup> El carácter poco acomodaticio de buena parte de los Grandes llevaría a la camarera mayor a defender la entrada al servicio del monarca de sujetos de otras naciones, a menudo en las cuestionadas guardias. En el citado documento aparecen únicamente mencionados los “flamencos”, «suiets du Roy d’Espagne comme eux [los castellanos]», que habían sido hasta la fecha «d’une utilité infinie»<sup>2150</sup> para el monarca, si bien con el tiempo la princesa extendería su patronazgo a otras “naciones” como la italiana o la irlandesa.

En lo que se refería a las definidas como «gens suspectes» la camarera mayor encontraba ciertas dificultades para delimitar hasta qué punto los discursos de la “mayoría” de los miembros de la Grandeza denotaban verdaderamente una palmaria deslealtad hacia la nueva dinastía: «Il est assez difficile d’établir un jugement certain sur les différentes opinions données de la plus part des Grands. La passion et les cabales ont tant de part aux portraits qu’on en a fait, qu’au moins que ceux qui ont écrit n’ayent

---

<sup>2148</sup> Remitimos para ello a la novedosa visión aportada por TERRASA LOZANO, A.: “El asunto del banquillo de 1705 y la oposición de la grandeza a las mudanzas borbónicas: de la anécdota a la defensa del cuerpo místico de la monarquía”, en *Cuadernos dieciochistas*, 14 (2013), pp. 163-197.

<sup>2149</sup> AA. EE., CPE., t. 150, fols. 120v.-121r.

<sup>2150</sup> *Ibid.*, fols. 123r.-v.

posé des faits certains, on ne scauroit, sans courir risque de se tromper, décider sur ces avis.» Tales dudas, aunque no dejaban de revelar una cierta displicencia hacia la capacidad de acción y organización de la Grandeza como grupo de oposición, a nuestro modo de ver expresaban también el relativo interés de la dama por manifestar una cierta neutralidad hacia este estrato de la nobleza hispana, al que pertenecían, o habían pertenecido, algunos de sus protegidos (Montellano, Veraguas, Frigiliana y sus hijos, Jamaica y Aguilar). En lo que la camarera mayor no titubeaba era en citar, y censurar, tanto la acción de ciertos ministros y burócratas que habían puesto en jaque la autoridad del rey en el marco del proceso reformista pergeñado por Orry (Ubilla y Don Gregorio de Mella en particular), como en poner sobre el tapete la credibilidad que se otorgaba allende los Pirineos a los informes emanados de la pluma de los españoles descontentos, a lo que nos hemos referido más arriba.<sup>2151</sup>

Esto en cuanto a las materias abordadas en la “Memoria”. Por lo que respecta a los individuos mencionados en ella, de entrada es de destacar la ausencia de cualquier referencia explícita al papel de Orry, Veraguas o Frigiliana en el eje Versalles-Madrid tras el retorno de la camarera mayor, como también de Amelot, el nuevo embajador francés. Ello invita a pensar que bien lo relativo a estos sujetos, los más cercanos colaboradores de la camarera mayor, había sido ya fijado de “viva voz” en Marly, bien que la princesa no mencionaba a los primeros debido a que pensaba mantener con ellos la misma relación de patronazgo que había desarrollado con anterioridad a su primera caída en desgracia. De ser así, el “silencio” de la dama denotaría su voluntad de mantener una cierta “independencia” frente a Torcy, al que buscaría mantener al margen de las relaciones clientelares que había establecido con anterioridad y cuyos principales miembros le habían sido fieles en su caída. Por el contrario Ursinos aludía a la reina viuda, al conde de Tessé, al duque de Alba y, como no podía ser de otra manera, a la reina, no tanto por la importancia equitativa de todos estos sujetos (variable en términos fácticos en el seno del eje Versalles-Madrid), como por asegurarse del modo en que había de tratarlos o, esta vez sí, de la conducta que habían de tener en el contexto de la nueva embajada. Convertida en intermediaria privilegiada entre los reyes y Mariana de Neoburgo, el testimonio de la camarera mayor revelaba la pérdida de todo influjo

---

<sup>2151</sup> *Ibid.*, fol. 121v. Otras materias sobre las que no nos detendremos, pero tratadas también en la “Memoria” de la princesa, eran las relativas a fondos y armamento, *Ibid.*, fols. 122v.-123r., que recogían de manera muy resumida las consideraciones al respecto incluidas en la «Mémoire sur l'État de l'Espagne» remitida por Orry a Torcy. Véase HANOTIN, G.: *Jean Orry...*, pp. 207-215 (Apéndice 1).

político por parte de la viuda de Carlos II, lo que la hacía inofensiva. Pese a ello, solicitaba instrucciones acerca del modo en que debía conducirse con ella. En lo que se refería a Tessé, a la sazón generalísimo de los ejércitos borbónicos en la Península, la princesa confiaba en su buena predisposición para vivir en “perfecta unión” con Amelot, conocedora como era de su buen carácter. Empero, no estimaba inútil que Luis XIV, a través de Torcy, representara ante el mariscal la importancia de mantener esta buena sintonía, dado que el desorden en que se hallaban los asuntos del rey de España «n’ont quasi pas d’autre source que la désunion des françois».<sup>2152</sup>

Mucho más importantes que las anteriores resultaban las impresiones de la camarera mayor sobre el duque de Alba, embajador de España ante la corte de Versalles, y la reina María Luisa. Su opinión en cuanto al primero revelaba el interés de la dama por fomentar una mayor fluidez en las relaciones francoespañolas, aunque esta fuese únicamente aparente. En tanto que representante del Rey Católico, Alba debía recibir en Francia importantes pruebas de «confiance» y «distinction», aspectos sobre los que se había discurrido ya en Marly, como lo prueban los honores que los duques recibieron de Luis XIV y Madame de Maintenon. No obstante, tales privilegios no debían reducirse únicamente a su vertiente ceremonial: «Ils seroient charmez [los españoles] si, sur des affaires qui regardent l’Espagne le Roy luy faisoit l’honneur de luy demander son avis. Cela les tireroit de l’opinion où ils sont qu’on les mesprise, ce qui est insupportable au génie de la nation qui ne se conduit et ne se réduit que par des marques extérieures de gracieuseté et d’estime.» La opinión de la princesa, de nuevo en la línea de la conciliación, no tenía por qué implicar la participación efectiva de Alba en la toma de decisiones. Más bien suponía una opción intermedia que pretendía atajar tanto la reiterada crítica al despotismo ejercido por Francia sobre el gobierno hispano, como las excesivas exigencias de un sector de la corte madrileña, que defendía la entrada del embajador español en el gabinete francés al igual que los sucesivos embajadores de Luis XIV lo hacían en el Despacho.<sup>2153</sup>

Por último restaría referirnos a la reina. El punto de la “Memoria” relativo a María Luisa, lo suficientemente importante como para que Ursinos lo ubicara inmediatamente después lo que respectaba al Despacho, supone a nuestro modo de ver una cabal muestra no solo del grado de lealtad y colaboración existente entre las dos mujeres, sino también de hasta qué punto la camarera mayor conocía el carácter de su

---

<sup>2152</sup> AA. EE., CPE., t. 150, fols. 122r.-v.

<sup>2153</sup> *Ibid.*, fol. 122r.

señora. Ciertamente la princesa solicitaba instrucciones en cuanto al grado de penetración que María Luisa de Saboya había de tener en los asuntos de gobierno: «Une des choses que m'importe le plus de scavoir, est le sentiment du Roy sur la connoissance que la Reine doit prendre ou ne prendre pas des affaires du gouvernement», escribió. Sin embargo, la camarera mayor se apresuraba a añadir que las dificultades de Felipe V para ejercer el poder («les inconvenients d'abandonner le Roy d'Espagne à luy mesme»), elemento discursivo tan presente en las instrucciones de Versalles a sus embajadores, imponían la participación de la consorte en la toma de decisiones tanto desde el punto de vista formal (gobernación), «qui est si peu de son goust», como informal, a través de la confianza que el soberano tributaba a su esposa, «que la meritte et qui en toutes occasions luy sera d'un secours infiny.»<sup>2154</sup> Por su importancia en este trabajo este punto merece una atención detenida. Evidentemente su inclusión en la “Memoria” no era inocente bajo ningún concepto. De entrada, la camarera mayor era consciente de que el ascendiente de la consorte sobre el rey era el elemento vertebrador tanto de su propia posición en el eje Versalles-Madrid como de su anterior participación en la esfera política, que había desarrollado con la connivencia de María Luisa. Así, defender la perpetuación de este sistema de relaciones tendía a apuntalar aún más si cabe, pese a lo tratado en Marly y a la protección de Maintenon hacia Ursinos, la situación de esta última en el panorama político-diplomático posterior a 1705. Dicho esto, el punto relativo a la reina, pese a su brevedad, nos permite apreciar también la lealtad de la princesa hacia soberana, así como su agradecimiento por la decidida protección que le tributó desde enero de 1703. La camarera mayor, como la propia María Luisa, conocían la suspicacia que su involucración en los asuntos había concitado en Versalles, además de los rumores de todo tipo que la habían acompañado. Con todo, la princesa era sabedora asimismo del servicio que tal intervención había pretendido rendir a la causa borbónica, como también de la importancia que había tenido la confianza de Felipe V en su consorte para el desarrollo de la labor renovadora de Orry. Por lo tanto, en el contexto de la nueva embajada, María Luisa debía ocupar el mismo lugar privilegiado que había ostentado con anterioridad. Es decir, en lo sucesivo, la colaboración de la reina sería para la diplomacia francesa igual de necesaria que lo había sido para Orry, del mismo modo que su oposición había resultado perjudicial para los D'Estrées o Gramont. La consorte había sostenido con firmeza la causa de la camarera mayor; en 1705 esta le correspondía

---

<sup>2154</sup> *Ibid.*, fol. 120v.

a su vez y hacía constar por escrito, ante Torcy y Luis XIV y frente a futuros malentendidos, cuál era su sentir en cuanto al papel de la reina en la *praxis* de poder.

En último término, la diferencia que Ursinos parecía esbozar entre el ejercicio de la gobernación, que tanto disgustaba a la soberana, y la confianza del rey en ella, que esta merecía y siempre sería útil, expresa a nuestro modo de ver el conocimiento que la camarera mayor tenía de la personalidad, y aspiraciones, de su señora. De acuerdo con lo que hemos visto en este trabajo ostentar el poder en ausencia de su esposo siempre constituyó una carga para María Luisa. Las quejas de esta al respecto respondían no solo al desarrollo de una retórica propiamente femenina, sustentada en el reconocimiento explícito del teórico distanciamiento que toda mujer debía mantener frente a los asuntos de Estado; sino que también expresaban un evidente fastidio ante la dinámica de unas regencias que alteraban sustancialmente las características de su cotidianeidad. No obstante, todo parece indicar que la percepción de la soberana en cuanto a su intervención en el poder, desde una perspectiva informal, era bien diferente. Por una parte, María Luisa relacionaba esta vertiente de su rol como consorte con la confianza que su esposo depositaba en ella, que buscaría salvaguardar en todo momento antes y después de 1705 y que obtener, y mantener, había sido uno de sus objetivos prioritarios. Por la otra, el orgullo y la dignidad de la soberana, que Marcin percibió apenas se instaló en España, no resultaban satisfechos, o al menos no solo, con su condición de gobernadora, papel temporal que implicaba su separación del rey y que aceptaba de mala gana; sino más bien con su función como consejera oficiosa del soberano, posición que entrañaba la existencia de la ya citada confianza en el seno de la pareja real y que, en última instancia, le permitía estar al tanto de cuantas decisiones y medidas se trataban en el seno del eje Versalles-Madrid, además de contar con la posibilidad de velar por los intereses del rey (recuérdese el carácter desconfiado de la consorte, rasgo que compartía con su esposo). En este sentido, conocemos las reticencias de María Luisa cada vez que había de ser nombrada gobernadora, pero nunca renunció explícitamente a informarse de cuánto Felipe V trataba, en la relativa privacidad sus propios aposentos y en su presencia, con Orry, los sucesivos embajadores de Luis XIV en España y sus respectivos colaboradores. Por lo tanto la princesa abogaba por la continuidad del rol que la consorte había desempeñado desde enero de 1703; un papel del que ella misma salía beneficiada, en calidad de protegida de la reina, pero del que Amelot podría servirse igualmente durante su misión. Todo ello tomando en consideración, además, que con



toda probabilidad María Luisa no se conformaría con su tácita exclusión del tratamiento de los asuntos tras el regreso de la camarera mayor, pese a que Luis XIV hubiese accedido a sus demandas y le hubiera *devuelto* a su favorita.

Desde una perspectiva general la “Memoria” sobre el estado de la corte de España elaborada a instancias de Ursinos no deja de ser un tanto decepcionante, por lo esquemático de su contenido en la mayoría de los puntos y por los silencios que encierra. Aunque hay aspectos que tienen para nosotros un notable interés (como lo relativo al Despacho, las guardias, la etiqueta o a la recién analizada función de la reina), otras carencias del documento son también perceptibles. Por ejemplo, es de notar la nula referencia a algunos de los “protegidos” y “colaboradores” de la dama como Frigiliana y Veraguas; a la naturaleza de sus futuras relaciones con Orry y el nuevo embajador; o a la opinión que le merecía la acción, en su ausencia, de ciertos cortesanos y ministros sobre los que con anterioridad se había exployado en su correspondencia con Torcy (Medinaceli, Montellano, Leganés...). Es posible que la princesa abordase todos estos aspectos en sus conversaciones con Maintenon y Luis XIV en Marly, pero nosotros nos inclinamos a creer que, con toda probabilidad, la dama no deseaba comprometerse por escrito y dejar constancia ante Torcy de sus intenciones respecto a las cuestiones citadas; o al menos no pensaba hacerlo antes de regresar a Madrid y observar *in situ* cómo evolucionaba la situación. No obstante estas hipótesis, el documento que acabamos de presentar posee asimismo un carácter simbólico nada desdeñable. Según la definición que le otorgaba la propia Ursinos, la “Memoria” había de servirle de «instruction sur laquelle ie puisse régler la conduite que je dois tenir en Espagne.» Es precisamente su condición “orientativa” la que llama nuestra atención. Si recordamos, con anterioridad a 1705 solo los agentes oficiales de Luis XIV en Madrid habían obtenido de los ministros del gabinete francés documentos de esta naturaleza (con la salvedad de Louville). De hecho, en el contexto de su creciente proyección pública desde el verano de 1702, las atribuciones de la camarera mayor en relación con las de los embajadores galos nunca habían sido fijadas de manera explícita. Únicamente se había recurrido a la bien conocida fórmula de la colaboración entre ambos sujetos, sin mayores especificaciones. Esta circunstancia podía ser lógica, habida cuenta del papel oficioso que la princesa desempeñaba en la escena política, pero no por ello ajena a todo tipo de malentendidos (como había demostrado la experiencia en los años 1703-1704). En previsión de su regreso a la corte y del inicio de una nueva embajada, Ursinos atajaba los posibles

desacuerdos que podrían surgir en lo sucesivo en cuanto a sus funciones y las de Amelot. Y lo hacía merced a la redacción, para sí misma y en respuesta a la “confianza” que Torcy depositaba en ella, de una “Instrucción” que no solo había de servirle de guía, sino que implícitamente la ubicaba en pie de igualdad con el diplomático galo. No en vano, según ella misma advertía en el último párrafo del documento, era consciente que ciertas de las materias abordadas en el mismo competían al nuevo embajador: «L’ay veu en y travaillant que ie mescartois de mon obiet; mais cela ne m’a pas empesché de le continuer parce que mon esprit ne me fournissoit rien qui eust uniquement rapport à moy. Je ne scais si c’est l’opinion que l’ay que ie ne scaurois mieux faire que l’ay fait sur ce qui m’estoit confié, qui rend mes veües si courtes et si stériles.»<sup>2155</sup> Así pues, la dama reconocía su intromisión, pero sus palabras nos informan de dos aspectos que serán un hecho a partir de 1705: por un lado la camarera mayor, a despecho de la naturaleza oficiosa de su rol en la escena político-cortesana, gozaría de un estatus similar al del embajador de Francia (e incluso superior en términos de jerarquía nobiliaria). Por el otro, la princesa se sentiría autorizada a opinar, y participar si lo estimaba oportuno, en la toma de decisiones al más alto nivel, aunque el grueso del tratamiento de los asuntos y la ejecución de las órdenes recaería en Amelot.

Asimismo, los silencios existentes en la “Memoria” de Ursinos pueden subsanarse en parte gracias a las “Instrucciones” recibidas por el nuevo embajador, mucho más prolijas en su contenido.<sup>2156</sup> En lo que atañe a los “protegidos” de la dama, Versalles asumía la preeminencia de Veraguas y Frigiliana en el entorno de la camarera mayor, pero ordenaba a Amelot que extremase su vigilancia hacia ambos con el fin de precisar el grado de veracidad que existían en los retratos, contradictorios, que Gramont y la princesa habían remitido sobre ellos; o si, por el contrario, «l’on doit prendre un milieu entre l’une [opinión] et l’autre.»<sup>2157</sup> La misma flexibilidad apreciamos hacia Orry. Ciertamente se reconoce la impopularidad del financiero; sin embargo, la insistencia de Felipe V y la princesa en obtener su regreso a España, por considerarle «le seul homme capable d’y rétablir quelque ordre et d’éclaircir la confusion où les affaires sont tombées depuis son départ», movían a Luis XIV a autorizar su retorno, si bien se esperaba «qu’il n’agisse que de concert et par les ordres du Sieur Amelot.» Esto es, la posición

---

<sup>2155</sup> AA. EE., CPE., t. 150, fol. 123v.

<sup>2156</sup> «Mémoire pour servir d’instruction au Sieur Amelot...» Marly, 24 de abril de 1705. *RL4*, XII-II, pp. 138-151.

<sup>2157</sup> *Ibid.*, pp. 143-144.

subordinada del financiero en relación a los embajadores franceses no variaba; al contrario, volvía a remarcarse en esta nueva etapa de las relaciones francoespañolas.<sup>2158</sup> En cuanto a los vínculos entre la camarera mayor y Monsieur Amelot las “Instrucciones” de este último se mostraban también bastante precisas. Según el documento la princesa se habría comprometido formalmente, ante el monarca galo, a «agir en tout d’un parfait concert avec l’ambassadeur de Sa Majesté. Il n’y a pas lieu de douter qu’elle ne l’exécute. Le Roi veut aussi que le sieur Amelot y réponde par une *union et une confiance réciproque*.»<sup>2159</sup> Unión y confianza recíprocas suponían por tanto los dos elementos que habrían de vertebrar los vínculos entre el embajador y la princesa; pero también la prudencia en el caso del primero, principalmente en sus comunicaciones con Luis XIV y en los asuntos más secretos que el diplomático le remitiera: «Il será de sa prudence lorsqu’il en dépêchera, de ne pas donner de sujet de jalousie et d’ombrage à la princesse des Ursins. Sa Majesté se remet à lui de trouver des prétextes plausibles, lorsqu’il ne pourra pas lui déclarer le véritable motif qui l’obligera d’envoyer des courriers.» Según vemos, la experiencia de los malentendidos que suscitó la correspondencia de los D’Estrées entre 1703 y 1704 estaba aún muy viva; pese a ello, Luis XIV no renunciaba a mantener con su embajador en Madrid una vía de comunicación privada y ajena al influjo de la camarera. Las concesiones de Versalles a la favorita tenían *a priori* ciertos límites, por reducidos que fuesen, que más adelante la buena sintonía de esta con Amelot tendería a diluir.

Esto en lo que relativo a los “silencios” que apreciamos en la “Memoria” de la princesa. Sin embargo, desde una perspectiva general las “Instrucciones” de Amelot aportan otros datos significativos del orden de cosas posterior a 1705. Su lectura constata, de entrada, un nuevo repunte del prestigio de la camarera mayor allende los Pirineos: la princesa no solo continuaba siendo útil en el entorno de los reyes, sino que se reconocían también su «esprit solide et (...) la connoissance qu’elle a des affaires d’Espagne»<sup>2160</sup>, factores ambos que aconsejaban su reenvío a Madrid. En segundo lugar observamos una serie de coincidencias entre las “Instrucciones” de Amelot y la “Memoria” de Ursinos en algunos de sus puntos más importantes, lo que anunciaba la buena marcha de la entente entre ambos sujetos. En concreto en la cuestión de las guardias reales; el destino de Ubilla y por extensión de las Secretarías del Despacho; la

---

<sup>2158</sup> *Ibid.*, p. 143.

<sup>2159</sup> *Ibid.*, p. 140.

<sup>2160</sup> *Ibid.*, p. 140.

relación entre Tessé y el nuevo embajador e, implícitamente, lo referido a la conducta que habían de observar los franceses que rodeaban al rey (punto que abordaremos más abajo). Tales concomitancias no deben extrañarnos: no en vano las directrices otorgadas a Amelot están fechadas en Marly, es decir su redacción fue inmediatamente posterior a la segunda tanda de reuniones que tuvieron lugar allí entre la camarera mayor, el diplomático, Orry, Luis XIV y Maintenon. En tercer lugar, es llamativa la ausencia de ciertos aspectos hasta entonces presentes en los documentos de este tipo entregados a los embajadores franceses, en particular el relativo a la etiqueta, solo mencionada por la princesa en su “Memoria”. Este mutismo podría denotar, por un lado, que el rey de Francia compartía la opinión de Ursinos en cuanto al mantenimiento de ciertas partes del ceremonial borgoñón (el régimen de entradas), cuya “destrucción” no convenía abordar de manera directa. Por el otro, que el monarca estimaba oportuno mantener a Amelot al margen de una cuestión tan “delicada”, parafraseando de nuevo a la princesa, y que tanto había contribuido a excitar la «*jealousie*» de la alta aristocracia hacia los franceses del *entourage* regio.<sup>2161</sup> En cuarto lugar no es menos interesante la ausencia de directrices concretas en cuanto a otra cuestión clave hasta entonces en las instrucciones de los embajadores franceses: el Despacho. Ubicado en último lugar (punto 20), la entrada de Amelot en su seno se retrasaba hasta que Luis XIV respondiese a la “Memoria” de Ursinos<sup>2162</sup>, que como vimos trataba el tema en primer término. O lo que es lo mismo, el rey de Francia no decidiría nada hasta conocer la opinión de la camarera mayor al respecto.<sup>2163</sup>

Finalmente restaría abordar la semblanza que de los reyes trazaban las “Instrucciones” del nuevo embajador. Ciertamente subyacían pocos cambios en la imagen del soberano, al menos en relación con las directrices recibidas por los antecesores de Amelot. La incapacidad de Felipe V para decidir por sí mismo continuaba siendo un problema que los sucesivos embajadores franceses en Madrid debían afrontar. Problema que, no obstante, en los últimos tiempos había suscitado importantes inconvenientes para el desarrollo de la política común de las Dos Coronas: en concreto la adopción unilateral por parte del monarca hispano de medidas que no solo entraban en

---

<sup>2161</sup> De hecho sólo en 1709, en un momento de nueva mutación en las relaciones francoespañolas, tendría lugar el desarrollo de un nuevo reglamento de entradas y acceso a la persona del rey. GÓMEZ-CENTURIÓN, C.: “Etiqueta y ceremonial palatino durante el reinado de Felipe V: el reglamento de entradas de 1709 y el acceso a la persona del rey”, en *Hispania*, vol. LVI-3, 194 (1996), pp. 965-1005.

<sup>2162</sup> «*Mémoire pour servir d’instruction au Sieur Amelot...*», *RL4*, XII-II, p. 150.

<sup>2163</sup> Y muy posiblemente lea las apreciaciones más detalladas de Orry en la que Memoria que éste envió a Torcy, donde el financiero defendía la necesidad de que Amelot integrase este organismo.

abierta contradicción con las órdenes y consejos de Luis XIV, sino de las que también a menudo Versalles desconocía verdaderamente de quien partía su impulso (como por ejemplo la continuación del sitio de Gibraltar, autorizada por el monarca contra el parecer de Gramont o el mariscal de Tessé). No es de extrañar, en consecuencia, que uno de los cometidos de Amelot fuese «pénétrer quels sont les conseils cachés que le Roi d'Espagne écoute et qu'il suit.»<sup>2164</sup> En cuanto a María Luisa, los recelos que suscitaba su intervención en el tratamiento de los asuntos, presentes en las Instrucciones entregadas al duque de Gramont, desaparecían en las otorgadas a su sucesor. En las últimas, el punto dedicado a la consorte no solo es mucho más sucinto (apenas ocho líneas) sino que también plantea de forma explícita las opiniones que en su día Luis XIV transmitiera al marqués de Chateauneuf. Las características de la personalidad de Felipe V («l'humeur douce de ce prince»), podemos leer, añadidas a su dependencia de la reina (definida en términos de «extrême passion») constituían los puntales del ascendiente que María Luisa de Saboya ejercía sobre su esposo («donnent à la Reine un pouvoir entier sur son esprit») y reforzaban, por extensión, la potencialidad de la consorte. Lejos de pretender menoscabar tal influencia, el rey de Francia aspiraba a servirse de ella en beneficio de la política borbónica: «en sorte que cet ascendant de la Reine sur l'esprit du Roi Catholique soit employé à lui faire prendre de bons partis (...).»<sup>2165</sup> La eficacia de este ejercicio de instrumentalización había de verse garantizada, en último término, merced a la colaboración de la camarera mayor y el embajador francés alrededor de los monarcas, binomio que volvía a cobrar operatividad en el marco de la nueva embajada. Dicho en otras palabras: Luis XIV no tenía intención de reducir la tutela que ejercía sobre Felipe V, haciéndolo a través de diferentes canales: de manera directa mediante la correspondencia que mantenía con su nieto; de modo indirecto sirviéndose de su embajador en Madrid, de la camarera mayor y de la influencia de la reina sobre el Rey Católico. En lo que concierne a la consorte el cambio más notable que apreciamos en su posición, al menos en comparación con el periodo anterior, es la aceptación de su influjo por parte de los diferentes agentes políticos del eje Versalles-Madrid, lo que redundó en la imagen de María Luisa allende los Pirineos y favoreció el desarrollo de una cierta estabilidad en sus relaciones con la corte de Francia.

\*

---

<sup>2164</sup> «Mémoire pour servir d'instruction au Sieur Amelot...», *RL4*, XII-II, p. 139.

<sup>2165</sup> *Ibid.*, p. 141.

Hasta el momento hemos abordado el componente teórico de las conversaciones de Marly. Sin embargo, ¿cómo afectaron en la práctica al eje Versalles-Madrid estos encuentros y las subsiguientes memorias que suscitaron? De entrada, debemos destacar que el inicio de la embajada de Amelot, seguido del regreso de Ursinos a la corte española, comportaron importantes cambios a nivel diplomático pero sobre todo institucional. En lo que corresponde a la primera variable es de destacar la estabilidad que caracterizará, hasta 1709, a las relaciones francoespañolas. Los aspectos y elementos que propiciaban una mayor discordia en su desarrollo (el enfrentamiento entre la camarera mayor y los embajadores franceses; la presencia de Louville y Daubenton en la corte madrileña, etc.) fueron eliminados o previamente alejados de España. Por el contrario, la presencia en Madrid de un embajador galo elegido a instancias de la princesa favoreció tanto la integración de Amelot en el *entourage* de los reyes, en calidad de “ministro” oficioso de Felipe V, como el que las relaciones entre las Dos Coronas girasen en lo sucesivo en torno a problemas relativos a la evolución del conflicto sucesorio y la adopción de diferentes medidas de carácter político, económico y militar. Es decir, los vínculos entre los representantes de la influencia francesa sobre la Monarquía Hispánica dejaron de constituir un problema capaz de mediatizar las políticas del eje Versalles-Madrid, lo que redundó en las iniciativas llevadas a cabo por Amelot durante su embajada. Ello no quiere decir que tales relaciones se desarrollasen en pie de igualdad (recuérdese la vigencia en estas fechas del triángulo gubernativo francés o las exigencias impuestas por la dependencia española del auxilio militar de Francia). Como tampoco que no se produjeran momentos de fricción (por ejemplo ante la insistencia de Luis XIV en abandonar la Italia española a los aliados o en llegar a una paz pactada con estos). En cualquier caso, la estabilidad sería la tónica dominante en los vínculos entre las Dos Coronas en los años que van desde 1705 a 1709. La última fecha impondría ciertos cambios en los mismos –el más importante de todos sería la exclusión de los sucesores de Amelot del gobierno de la Monarquía Hispánica–, e introduciría ciertas tensiones en ellos (consecuencia del agotamiento de Francia y de la necesidad de llegar a una solución del conflicto en detrimento de España). Sin embargo, los lazos dinásticos y familiares entre sus respectivos monarcas impidieron la consumación de una ruptura declarada entre ambas coronas, aunque la disparidad de sus intereses en la escena internacional sería cada vez más patente en los momentos finales de la guerra y durante la negociación de la paz.

En lo que se refiere a la política interior española, la perspectiva del regreso de la princesa a Madrid entrañó, por lo pronto, acciones represivas contra sus opositores. Madame Aguirre, la “ermitaña del Buen Retiro”, y el padre Martín, del Hospital de San Luis, recibieron órdenes de abandonar la capital antes incluso de que la camarera mayor pusiera un pie en ella.<sup>2166</sup> Un destino semejante aguardaba al padre Daubenton, a cuya continuidad en el confesionario regio se oponía también María Luisa de Saboya, que sería sustituido por el igualmente jesuita padre Robinet.<sup>2167</sup> El conde de Montellano, contrario como el anterior al regreso de la dama, vinculado a Gramont y hasta la fecha gobernador del Consejo de Castilla, no tardó tampoco en ser reemplazado por Ronquillo, según veremos a continuación. Aunque no existían dudas de su lealtad al monarca, su oposición a la princesa, añadida a las exigencias de la política borbónica a la sazón, en concreto la necesidad de “un colaborador más eficaz y más activo, con conocimientos suficientes de las leyes y de las instituciones castellanas, y de una fidelidad inquebrantable, no solo a Felipe V, sino también al equipo de gobierno que se estaba creando”, determinarían su destitución en octubre de 1705.<sup>2168</sup> Con todo, la iniciativa más llamativa entre las llevadas a cabo antes de la instalación de la princesa en Madrid sería el encarcelamiento y envío a Francia del marqués de Leganés. Sospechoso de fidelidad al partido austracista prácticamente desde el advenimiento al trono del primer Borbón, su detención habría estado motivada por su supuesta participación en una conjura contra el monarca. Aunque no se encontraron indicios que probaran con firmeza tal acusación, su encarcelamiento constituyó una muestra de la autoridad del rey frente a la Grandeza, además de un argumento capaz de justificar la pertinencia del definitivo establecimiento de las guardias de corps.<sup>2169</sup>

Los cambios serían más profundos una vez Ursinos recuperó su lugar en la corte madrileña. El primero de ellos tendría como telón de fondo los privilegios de los que gozaban algunos de los capitanes de las guardias reales y se manifestaría en el conocido

---

<sup>2166</sup> DÉSOS, C.: *Les français...*, p. 289. El cardenal d'Estrées trató de interceder sin éxito por ambos. D'Estrées a Torcy. París, 28 de septiembre de 1705. AA. EE., CPE., t. 151, fols. 167v-170r.

<sup>2167</sup> DÉSOS, C.: *La vie du R. P...*, pp. 72-74.

<sup>2168</sup> DE CASTRO, C.: *A la sombra...*, p. 134.

<sup>2169</sup> Luis XIV a Amelot. Versalles, 28 de junio de 1705, recog. en GIRADOT, B.: *Correspondance...*, I, pp. 62-64; GLESSNER, T.: «Les ‘étrangers’ du roi. La réforme des gardes royales au debut du règne de Philippe V (1701-1705)», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 35-2 (2005), pp. 219-242. Encarcelado en Burdeos, en el Château de Trompette, en 1710 el mariscal de Tessé trataría de mediar en favor de Leganés con el fin de obtener el perdón de Felipe V y su regreso a España, previo matrimonio con la hija del propio mariscal, viuda del marqués de Maulevrier. Fracasada esta iniciativa, Leganés fallecería en el exilio un año después. Tessé a Ursinos. Marly, 20 de abril de 1710; el mismo a la misma. Versalles, 14 de junio de 1710. B.N.F., N.A.F., 20274, fols. 5v.-7r.; 9v.-11v.

como “caso del banquillo”, incidente que ponía de relieve de manera elocuente la oposición de la Grandeza a las guardias reales, que estalló el 25 de agosto de 1705, festividad de San Luis. No es nuestra intención analizar aquí de manera pormenorizada los hechos sucedidos en tan destacada ocasión, objeto de un reciente estudio por parte de Antonio Terrasa.<sup>2170</sup> Por el contrario, nos interesaría subrayar la respuesta de la princesa y Amelot al suceso. Dispuesto a hacer entrar en razón a la alta aristocracia, que se negaba a asistir a las capillas públicas en las que Tserclaes, capitán de la guardia flamenca, permaneciese ubicado entre los Grandes y el monarca en un “banquillo” (de ahí el nombre del incidente), Felipe V trató de convencer a la Grandeza de que volviera a comparecer en las festividades de la corte, obteniendo sonoros desaires por parte de algunos de los miembros de su Casa, como el duque de Medinasidonia, o del por entonces aún gobernador del Consejo de Castilla, Montellano (de hecho, solo el duque de Osuna y el conde de Aguilar se mostraron flexibles ante las instancias del monarca).<sup>2171</sup> La reacción de la camarera mayor y el embajador francés no se hizo entonces esperar, hasta el punto de actuar sin la autorización expresa de Luis XIV, y estaría en continuidad con la línea de firmeza frente a las pretensiones de la alta aristocracia abierta ya con el encarcelamiento de Leganés. Así, el conde de Lemos, el duque de Sessa y el duque de Montalto, quienes se negaron en su día a comparecer en las capillas públicas, fueron destituidos de sus puestos como capitanes de las guardias del monarca y gobernador del Consejo de Aragón respectivamente. Sus sustitutos, el duque de Osuna, el conde de Aguilar y su padre, el conde de Frigiliana, no solo pertenecían a la red clientelar de la camarera mayor, sino que también habían mostrado en esta circunstancia una mayor lealtad al monarca.<sup>2172</sup> El incidente del “banquillo” sirvió, pues, no solo para apuntalar la autoridad de Felipe V frente a la Grandeza más levantisca, sino también para hacer patente que el servicio a la nueva dinastía pasaría por el acatamiento estricto de las órdenes del monarca (en detrimento de ser necesario de los privilegios de casta) y por la flexibilidad ante los cambios que podían imponerse en un futuro. Cualquier intento por coartar la voluntad del rey (como las amenazas de dimisión, tópico muy difundido en la correspondencia francesa) sería inaceptable en adelante.

---

<sup>2170</sup> TERRASA LOZANO, A.: “El asunto del banquillo de 1705 y la oposición de la grandeza a las mudanzas borbónicas...”, en *Cuadernos dieciochistas*, 14 (2013), pp. 163-197.

<sup>2171</sup> Un pormenorizado relato del episodio de banquillo puede encontrarse en las cartas de Du Bourk a Torcy. Madrid, 28 de agosto; 2 de septiembre; de 1705. AA. EE., CPE., t. 151, fols. 104r.-107r. y 128r.-131r.

<sup>2172</sup> El mismo al mismo. Madrid, 2 y 30 de septiembre de 1705. *Ibid.*, fols. 130v. y 171v-172r.



Los nombramientos llevados a cabo a consecuencia del “caso del banquillo” remiten a otro proceso que tuvo lugar por las mismas fechas: la consolidación del equipo de colaboradores del nuevo embajador, que asesoría al soberano tanto en el ejercicio del poder como en el desarrollo de las reformas institucionales que se implantaron en esta etapa.<sup>2173</sup> Al analizar este punto es de notar, de entrada, el carácter reivindicativo –según Concepción de Castro– que revistió buena parte de las medidas adoptadas a lo largo de 1705-1706, que reproducían o perpetuaban algunos de los cambios introducidos en la administración, a instancias de Orry y la princesa, en 1703-1704, luego rechazados por Versalles. Así, no solo se recuperaron algunas instituciones desaparecidas en estas fechas, sino que también se restablecieron sus titulares. Es el caso por ejemplo de la Tesorería Mayor de Guerra, que volvería a estar ocupada por el conde de Moriana. También se mantuvo el desdoblamiento de la Secretaría del Despacho Universal en sus dos ramas “Guerra y Hacienda” y “todo lo demás” (Asuntos Exteriores principalmente). Cesado Rivas a finales de 1704, fue sustituido por Mejorada. Pese a que el marqués contaba con la aprobación del nuevo embajador y de la camarera mayor, la idea de diversificar sus funciones estaba presente en el momento de la llegada de ambos a Madrid. La idea era dejar a Mejorada en calidad de Secretario de “todo lo demás” y designar un nuevo Secretario de “Guerra y Hacienda”, medida que Felipe V había retardado lo máximo posible, para sospecha en su día de Gramont. El puesto, toda vez que fue rechazado por Vadillo, antiguo secretario de la Junta de Regencia y bien visto por María Luisa de Saboya, recayó sobre Don José Grimaldo, con una larga trayectoria de servicio en la administración, antiguo oficial de la Secretaría de Guerra en tiempos de Canales y bien conocido para estas fechas por Orry.<sup>2174</sup> El propio Canales, a despecho de su mala reputación en Versalles, fue asimismo rehabilitado: el 14 de julio de 1705 Felipe V le designó “director de los asuntos de los negocios de guerra”, con entrada en el Despacho y potestad de mantener correspondencia con gobernadores, capitanes generales y asentistas. Según advierte Concepción de Castro, tal nombramiento supone no solo un “desquite” frente a las órdenes de Luis XIV en 1704, sino también la puesta en valor de la experiencia y los conocimientos militares del antiguo secretario.

---

<sup>2173</sup> En este momento comienza a desarrollarse, además, un *entourage* heterogéneo y trasnacional alrededor de los monarcas integrado por franceses, castellanos e italianos vinculados a la princesa, el embajador, Orry o los soberanos. Su composición, evolución y características se analizarán más adelante en este epílogo.

<sup>2174</sup> DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 103.

A la sazón varió también la presidencia o gobernación de algunos Consejos: en concreto Castilla, Hacienda y Aragón, manteniéndose en Órdenes su titular desde 1703, el duque de Veraguas, y la composición del Despacho. En el primero Montellano, calificado en su día de “ingrato” por la camarera mayor, fue reemplazado por Ronquillo, colaborador desde tiempo atrás de Orry y protegido de la princesa.<sup>2175</sup> El movimiento se justifica por la necesidad de ubicar a la cabeza del Consejo a un sujeto experimentado como Ronquillo, pero también por la enemistad entre el cesado y Ursinos, susceptible de dificultar el desarrollo de las políticas del nuevo embajador. En el de Aragón el “caso del banquillo”, según acabamos de ver, propició la destitución de Montalto y su sustitución por Frigiliana, otro de los parciales de la princesa, quien pasaría después a presidir el Consejo de Indias. Finalmente, en lo que toca a Hacienda, el cargo de presidente recayó en el obispo de Girona, Lorenzo Armengual “muy inclinado a seguir los planes establecidos por el Sr. Orry”<sup>2176</sup>, esto es, parcial al financiero y a sus proyectos.

Respecto al Despacho, la propuesta de Luis XIV de enviar guarniciones francesas a las plazas de Guipúzcoa, aceptada por Felipe V a comienzos de junio, provocó la dimisión de todos sus miembros a excepción de Montellano, aún presidente de Castilla. Siguiendo órdenes del monarca francés, Amelot no revisó la composición del gabinete hasta la llegada de la princesa de los Ursinos momento en que, de concierto con la dama y Luis XIV, impuso los cambios pertinentes: las dimisiones de Montalto y Monterrey fueron aceptadas (un nuevo síntoma de firmeza por parte del monarca), no así la de Mancera, quien junto a Montellano permanecería en el gabinete.<sup>2177</sup> Las características del nuevo Despacho, muy reducido en número de sus miembros, preocuparía al embajador a lo largo del verano de 1705. Sin embargo, tanto él como la camarera mayor desestimarían finalmente la entrada de nuevos Grandes en su seno, dada la oposición en el estamento (es decir, entre los excluidos) que podría generar.<sup>2178</sup> Por otra parte, toda vez que su designación como gobernador del Consejo de Castilla fue un hecho, Ronquillo se sumó a las reuniones del gabinete, a las que también asistía periódicamente Canales, lo

---

<sup>2175</sup> Du Bourk a Torcy. Madrid, 11 de noviembre de 1705. AA. EE., CPE., t. 151, fol. 219r. Informa también de otros nombramientos como los del conde de San Esteban y el duque de Arcos en calidad de virreyes de Aragón y Valencia.

<sup>2176</sup> Cit. en DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 243.

<sup>2177</sup> Luis XIV a Amelot. Versalles, 12 de julio de 1705, recog. en GIRARDOT, B.: *Correspondance...*, I, p. 64.

<sup>2178</sup> El mismo al mismo. Versalles, 11 de agosto de 1705. *Ibid.*, I, pp. 72-74; BAUDRILLART, I, p. 223.

que evitó el predominio de Montellano (Mancera contaba a la sazón casi cien años) en sus sesiones, cuestión que inquietaba a Amelot.<sup>2179</sup>

Dos aspectos subyacen del conjunto de cambios descritos. Por un lado, la consolidación de este equipo de gobierno remite a la colaboración entre franceses y españoles a la que la historiografía se ha referido recientemente, que permite refutar las tesis tradicionales que entendían las relaciones francoespañolas en este periodo bajo el prisma del antagonismo y la pugna entre concepciones de gobierno.<sup>2180</sup> Ciertamente existió oposición a las reformas acometidas por Amelot y Orry, manifestada periódicamente si bien no con mucha virulencia por ejemplo en los difíciles años 1709-1710<sup>2181</sup>; pero también hubo burócratas, Grandes, nobles y militares lo suficientemente flexibles como para cooperar con ambos y emplear su experiencia y conocimiento de la administración española a beneficio de sus propuestas. Por otro lado, a lo largo de este periodo asistimos a otra consolidación no menos importante: la de una *praxis* de gobierno que consuma el arrinconamiento de la vía consiliar ante la vía reservada. Esto es, el progresivo predominio del despacho “a boca” con el monarca frente a los Consejos de la Monarquía, así como de instituciones restauradas a la sazón como la Tesorería Mayor de Guerra o las Secretarías. Paralelamente, el Despacho o gabinete perdió relevancia en el marco de la nueva embajada. Amelot, al igual que sus predecesores, tomó parte en sus sesiones. Sin embargo, a semejanza de Orry en su día, el diplomático basó buena parte de su acción gubernamental en las reuniones que mantenía con Felipe V y sus colaboradores, celebradas a menudo en los aposentos de la reina, de nuevo centro de la toma de decisiones.<sup>2182</sup> Esta dinámica implicó que el Despacho perdiera parte de sus anteriores atribuciones en la deliberación de los proyectos de reforma pergeñados por Orry y continuados por Amelot, en un proceso favorecido por la consolidación de un

---

<sup>2179</sup> DE CASTRO, C.: *A la sombra...*, p. 134; DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 253.

<sup>2180</sup> Así lo constatan los diferentes estudios de Concepción de Castro, Anne Dubet o Guillaume Hanotin, entre otros (véase la bibliografía final de este trabajo).

<sup>2181</sup> Tan pronto como en 1706 Medinaceli seguía insistiendo en la exclusión del embajador francés del Despacho. Amelot, que consideraba al duque como un hombre inteligente, desconfiaba de sus opiniones, en razón de lo cual desaconsejó su nominación como gobernador del Consejo de Italia tras la muerte de Mancera. Con todo, en ese momento el embajador francés no dudaba de su lealtad a Felipe V. Amelot a Luis XIV. Madrid, 31 de marzo y 9 de abril de 1706 AA. EE., CPE., t. 157, fols. 118v.-119r.; 175v.-176r.

<sup>2182</sup> Así lo constataba el embajador toscano en 1707, cuando informó que las decisiones más importantes se tomaban en el Cuarto de la reina, en presencia del embajador, la princesa, los reyes y Grimaldo. Marqués de Rinuccini al gobierno florentino. Madrid, 26 de septiembre de 1707. A.S.F., MdP, Filza 4994.

grupo de colaboradores estable y de confianza, lo que no siempre era el caso de los miembros del gabinete, alrededor de ambos ministros.<sup>2183</sup>

¿Cuál fue el papel de la reina en la nueva etapa de las relaciones francoespañolas surgida de las conversaciones de Marly? Desde una perspectiva general es de notar la protección que María Luisa de Saboya otorgó al nuevo embajador francés, tan firme como lo había sido su oposición a algunos de los predecesores de Amelot; pero también su aquiescencia hacia los “acuerdos” de Marly, circunstancias ambas que influyeron sensiblemente en su proyección en el tratamiento de los asuntos a partir de 1705. La relación de María Luisa de Saboya con Amelot fue cordial desde el principio: «Le Roi et la Reine d’Espagne sont charmez de ce nouvel ambassadeur», informó du Bourk a Torcy.<sup>2184</sup> El diplomático no solo asumió el ascendiente de la consorte sobre Felipe V, sino que, a diferencia de sus predecesores, procuró congraciarse con la reina, a quien profesó una absoluta lealtad durante toda su embajada y de quien envió a Versalles elogiosas descripciones acerca de su carácter.<sup>2185</sup> Por su parte, la soberana correspondió a las muestras de parcialidad de Amelot: «Le Roy et moi sommes toujours plus contents de l’ambassadeur que vous nous avés envoyé et nous sommes ravies qu’il l’ait été de nous», escribió a Maintenon<sup>2186</sup>, al tiempo que mostraba su esperanza ante la evolución futura de las relaciones francoespañolas tras el inicio de la nueva embajada y el definitivo establecimiento de Ursinos en la capital: «ie suis très persuadée que tous [se refiere a Amelot, Ursinos, Orry] seront de concert à songer uniquement au bien du service de nos deux chers Roys (...).»<sup>2187</sup> «Il n’y aura plus de tracasseries -informó poco después- et en France ne donnant foy qu’à ce que l’ambassadeur et la P[rincesse] des Ursins écrivent, nous n’aurons plus à nous justifier de choses dont nous sommes innocent[s].»<sup>2188</sup> La correspondencia de la reina con Maintenon a lo largo de estas fechas incide, pues, en la unión que preside las relaciones de los principales integrantes del *entourage* francés en Madrid, aspecto por otro lado también presente en las cartas remitidas a Versalles por todos ellos<sup>2189</sup>, además de en su compromiso con el

---

<sup>2183</sup> CASTELLANOS, J. L.: *Gobierno y poder...*, pp. 41-42 y 60.

<sup>2184</sup> Du Bourk a Torcy. Madrid, 10 de junio de 1705. AA. EE., CPE., t. 150, fol. 190r.

<sup>2185</sup> DÉSOS, C.: *Les français...*, p. 181.

<sup>2186</sup> La reina a Madame de Maintenon. Madrid, 24 de junio de 1705. AA. EE., M&D, t. 128, fol. 79r.

<sup>2187</sup> La misma a la misma. Retiro, 8 de junio de 1705. *Ibid.*, fol. 71v.

<sup>2188</sup> La misma a la misma. Madrid, 24 de junio de 1705. *Ibid.*, fol. 80r.

<sup>2189</sup> Las cartas de Amelot y Ursinos insisten también en la buena correspondencia existente entre ambos. Véanse los fragmentos citados por CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, pp. 352-353 y DÉSOS, C.: *Les français...*, p. 289. Por su parte Du Bourk consideraba imposible que algo pudiera enemistar a Ursinos,

mantenimiento de dicha situación.<sup>2190</sup> Para María Luisa, tal unión no solo sería una garantía de estabilidad para las relaciones entre las Dos Coronas, sino también un argumento que deslegitimaría la acción de los predecesores de Amelot en España, culpables de fomentar la desunión entre los dos reyes (Felipe V y Luis XIV) merced a la falsedad de las informaciones que remitieron a Francia («[les] choses dont nous sommes innocent[s]»). Entre este tipo de informaciones destacarían las relativas al monarca, que la reina procuró desmentir en primer término en respuesta probablemente al interés de Versalles<sup>2191</sup> por conocer el desempeño del monarca al frente del gobierno tras la llegada de Amelot y Orry a la corte: «Il m'a paru que M[onsieu]r Amelot trouve le roi bien différend du portrait que certaines gens lui en avoit fait. Je ne doute pas qu'il n'en écrira mille choses et surtout de l'aplication qu'il a à ses affaires (...). Je vous assure que cela ne laisse pas d'être très admirable a 21 ans et surtout d'un prince qui n'avoit pas été eslevé pour être Roy (...).» Semanas después volvía a insistir en la imagen de un rey diferente del «imbecile, ingrat et tout ce q'on a dit de luy.»<sup>2192</sup>

María Luisa se mostraría igualmente leal al resto de colaboradores del equipo de gobierno francoespañol, cuyas carreras protegería pese a que no con todos ellos mantendría las mismas relaciones (según veremos más adelante la naturaleza de los vínculos que mantenía con Grimaldo y Ronquillo sería bien diferente). De hecho, parte de este equipo asesoraría a la soberana en sus sucesivas gobernaciones en ausencia del rey (1706 y 1710). Los poderes de María Luisa de Saboya en calidad de gobernadora se

---

Amelot y Tessé, quienes en su opinión actuaban siempre con un «concert admirable» en todos los asuntos, en tanto Orry trabajaba con su aplicación habitual. Du Bourk a Torcy. Madrid, 5 de agosto de 1705. AA. EE., CPE., t. 151, fol. 68r.

<sup>2190</sup> A este respecto es de destacar el interés de la reina por conocer hasta qué punto Torcy se había reconciliado con la princesa de los Ursinos: «j'ay luy ay dit que ouy et j'ay taché de la prouver par plusieurs raisons, la Reine en a paru très aise et j'ay fait de mon mieux pour luy faire comprendre la necessité absolue qu'il y avoit pour le bien du service des deux Roys que le ministre des affaires étrangères soit d'un parfaite intelligence avec Madame la Princesse des Ursins, puisque le canal naturel et ordinaire des affaires seroit toujours le plus court et le plus seur.» Du Bourk a Torcy. Madrid, 10 de junio de 1705. *Ibid.*, CPE., t. 150, fols. 190r.-v. Como vemos, Du Bourk no parecía ser consciente de la importancia que tenía a la sazón otro canal de información: el mantenido entre la camarera mayor y la marquesa de Maintenon, que relegaría a un segundo plano hasta 1709 la correspondencia de Torcy con la princesa.

<sup>2191</sup> La preocupación de la corte francesa a este tenor fue frecuente, como manifiesta la correspondencia de la época. Entre los diferentes ejemplos con que contamos destacaremos el siguiente, surgido del intercambio epistolar de Madame de Maintenon con la princesa de los Ursinos: «Vous ne m'avez point répondu sur la question que je vous faisais par rapport au Roi catholique, je vous demandais, Madame, *s'il continue à parler et à décider, à se montrer, à se mêler de ses affaires et, en un mot, à faire son personnage...*» Mainenon a Ursinos. Saint-Cyr, 23 de julio de 1707, recog. en BOTS, H. y BOTS-ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres...*, III, p. 166. La cursiva es nuestra.

<sup>2192</sup> La reina a Maintenon. Madrid, 8 y 24 de junio de 1705. *Ibid.*, M&D, t. 128, fols. 71v. y 79v.

ampliaron en ambos casos, en comparación con la situación de 1702.<sup>2193</sup> Ello denotaba no solo una mayor confianza en la experiencia de la consorte, sino también en los ministros que la orientarían en las labores de gobierno (lo que no había sido el caso en 1702). Así por ejemplo, durante la gobernación de 1706, María Luisa estaría asesorada, además de por una Junta de gobierno cuyo dictamen no era vinculante<sup>2194</sup>, por Mejorada (en continuo contacto con Grimaldo, que había acompañado al rey hasta el frente), Amelot, Orry y el marqués de Canales, que también permanecieron en Madrid, sin contar a la propia princesa de los Ursinos, que ya tenía experiencia en estos menesteres según hemos visto a lo largo de este trabajo. La dinámica de gobierno solía ser doble, por una parte, la gobernadora continuaría el despacho “a boca” con Mejorada (con tal “maña”, declararía este, que “no me ha dejado una oja de papel en la bolsa, y esto habiendo estado media hora en el Desp[ach]o)<sup>2195</sup>; por la otra, es de destacar la convocatoria de “Juntas Extraordinarias”, normalmente por la noche y en función de la evolución de los acontecimientos en el frente, en las que participaban tanto los sujetos ya mencionados como los duques de Veraguas y Popoli y el conde de Frigiliana, lo que constata la estabilidad de este equipo de gobierno, integrado exclusivamente por ministros de la absoluta confianza de los reyes, Amelot y Ursinos.<sup>2196</sup>

La situación durante la gobernación de 1709-1710 sería un tanto diferente. De entrada, variarían algunos importantes integrantes de este equipo: Amelot y Orry abandonaron España en 1706 y 1709 respectivamente, lo que incrementaría la capacidad de maniobra e influencia de la princesa de los Ursinos (recuérdese que los sucesores de Amelot no entrarían en el Despacho, compuesto en exclusiva por castellanos) y del

---

<sup>2193</sup> Así lo acredita el Decreto de nombramiento de 1706 que confiere a María Luisa “toda la autoridad, poder y facultades que en mí [Felipe V] residen, sin limitación alguna, y que a sus órdenes y mandatos se dé la entera y puntual execución y observancia que si yo mismo las diese, pues la misma omnimoda y suprema autoridad deposito en ella (...)” Madrid, 22 de febrero de 1706. Los decretos de nombramiento de la reina como gobernadora de los reinos (1706 y 1710) se encuentran en A.G.P., H. C. 119; también, para la gobernación de 1706, A.H.N., E., leg. 664(2). Por su parte el duque de Alba, embajador español en Francia, mencionaba el “absoluto mando de la Monarchia” con el que quedaba María Luisa. Alba a Grimaldo. París, 12 de marzo de 1706. A.H.N., E., leg. 513.

<sup>2194</sup> Amelot se refiere a esta Junta como “Consejo secreto”. De ella formaban parte, además del embajador francés, Mancera, Montellano y los presidentes de Castilla, Aragón y Órdenes: Ronquillo, Aguilar y Veraguas. También permaneció en Madrid, aunque sin entrar en el Consejo, el duque de Popoli, en calidad de hombre de “confianza” (según la fuente) de la gobernadora. Amelot a Luis XIV. Madrid, 25 de febrero de 1706. AA. EE., CPE., t. 157, fol. 262v.-266r. La mejor síntesis de ambas gobernaciones se encuentra en DE CASTRO, C.: *A la sombra...*, pp. 155 y ss. y 225 y ss.

<sup>2195</sup> Mejorada a Grimaldo. Madrid, 3 de marzo de 1706. A.H.N., E., leg. 513. Véase también el testimonio de Du Bourk respecto a la aplicación de la reina a las labores de gobierno. Du Bourk a Torcy. Madrid, 21 de marzo de 1706. AA. EE., CPE., t. 158, fols. 19r.-v.

<sup>2196</sup> Ibañez de Bustamante a Grimaldo. Madrid, 25 y 26 de abril de 1706. A.H.N., E., leg. 513.

Secretario de Guerra y Hacienda, Grimaldo. Este último, a diferencia de lo ocurrido en 1706, permanecería con la reina en 1709-1710, junto a Ronquillo, en tanto Mejorada se trasladaba esta vez al frente con Felipe V (en cualquier caso la comunicación entre ambos Secretarios sería constante como en la ocasión anterior). Aunque las fuentes no lo constatan, se puede colegir que la camarera mayor actuaría a la sazón como una de las principales consejeras de la gobernadora. Por ejemplo, fue ella la que se encargó de informar a la soberana de la derrota de Zaragoza.<sup>2197</sup> La documentación sí que menciona, por el contrario, el predominio de Grimaldo en estos meses, destacado por De Castro, a quien correspondía despachar con la reina y, en colaboración con los ministros de Guerra y Hacienda, Bedmar y Campoflorido, garantizar la obtención de recursos y el abastecimiento de los ejércitos.<sup>2198</sup> En cuanto a María Luisa de Saboya, sus poderes en el marco de esta nueva gobernación fueron semejantes a los que disfrutó en la anterior<sup>2199</sup>; y otro tanto podemos decir de su desempeño en las tareas de gobierno. Las cartas de Grimaldo a Mejorada evidencian la preocupación de la gobernadora por allegar recursos al monarca, tanto para el desarrollo de la guerra (“una Dama muy vieja y terrible, muy engreída y que su tocado se compone de muchos alfileres”<sup>2200</sup>, se lamentaba Mejorada), como para el pago de las mesadas destinadas a la “familia y Cavalleriza” que servía a Felipe V en el frente.<sup>2201</sup> Tampoco variará, entre una gobernación y otra, la confianza del monarca en su consorte, en quien delegará con frecuencia la toma de decisiones: “el Rey ha suspendido resolver hasta oír a la Reyna, quiera Dios que esta dilación por lo menos de siete días no tenga (...) malos efectos (...)”, podemos leer a menudo en la correspondencia intercambiada por ambos secretarios.<sup>2202</sup>

---

<sup>2197</sup> Mejorada a Grimaldo. Convento de San Francisco de Mallén, 20 de agosto de 1710. A.H.N., E., leg. 523.

<sup>2198</sup> DE CASTRO, C.: *A la sombra...*, pp. 226-227

<sup>2199</sup> El Decreto de nombramiento de 1710 explicita que la autoridad de la reina será semejante a la que el monarca le confirió en 1706.

<sup>2200</sup> Mejorada a Grimaldo. Lérida, 28 de julio de 1710. A.H.N., E., leg. 523.

<sup>2201</sup> Véanse las cartas de Grimaldo a Mejorada. Madrid, 25 de julio de 1710; el mismo al mismo. S. f. *Ibidem*.

<sup>2202</sup> Mejorada a Grimaldo. Lérida, 11 de agosto de 1710. *Ibidem*. Lamentablemente las cartas de Grimaldo no son tan ricas en datos sobre la cotidianidad de la gobernadora como lo son las de Mejorada para 1706. No obstante, la correspondencia de Ursinos con Maintenon permite reconstruir el día a día de la reina durante la gobernación de 1710. Según la camarera mayor, quien dormía en la cámara de la soberana en ausencia de Felipe V, ésta se levantaba a diario a las seis, realizaba sus primeros rezos, escribía al rey y pasaba a la cámara del príncipe de Asturias, en donde permanecía hasta las ocho. Tras el desayuno, recibía a los Secretarios del Despacho (Grimaldo y Vadillo en sustitución de Mejorada) y trataba con ellos las últimas noticias recibidas desde el frente, ordenándoles que las transmitieran a los diferentes ministros a quienes incumbían. Después de vestirse, y mientras la peinaban, María Luisa continuaba leyendo consultas y correspondencia, escuchaba misa y asistía al Despacho, que duraba hasta

La confianza de Felipe V en María Luisa de Saboya (término que en la documentación de este periodo sustituirá a otros empleados con anterioridad como “esclavitud” o “dependencia”) constituyó el principal fundamento del ascendiente de la consorte sobre los asuntos de gobierno, no solo en las etapas en las que ejerció la gobernación sino también en los momentos en los que el monarca se mantenía en la corte. Según hemos indicado más arriba, la asunción del influjo de la reina por parte de los principales actores políticos del eje Versalles-Madrid supuso un factor fundamental para la estabilidad de su posición en el marco más amplio de las relaciones francoespañolas. Ello fue debido tanto a la designación de un nuevo embajador, Amelot, capaz de congraciarse con la soberana, como al retorno de la princesa de los Ursinos en calidad de camarera mayor. A partir de 1705 ambas mujeres volvieron a ocupar un lugar central en la toma de decisiones. Aunque periódicamente surgieron rumores en cuanto a su posible enemistad, la relación de María Luisa de Saboya con Ursinos se caracterizó, hasta la muerte de la primera, por la complicidad, la lealtad y el afecto mutuos. Las cartas de ambas son bastante esclarecedoras a este respecto: «c’est l’unique que j’aie et je m’estimeray bien malheureuse si ie ne l’avoit pas»; «une bonne amie, un bon conseil et en laquelle on trouve tout ce qu’on cherche»; «la seule personne dans laquelle mon fils et moy pouvons confier», escribiría la reina.<sup>2203</sup> «Ma tendresse est si grande pour cette princesse, que ce sera un coup de poignard que je me donnerai; mais je ne laisserai pas de le faire courageusement, quand je croirai qu’il ira de son service et de la satisfaction du

---

mediodía. A menudo, antes de sentarse a la mesa, la gobernadora concedía audiencia. Después de la comida, que apenas duraba media hora y que Ursinos le servía, la soberana trabajaba en privado con Grimaldo y Vadillo en los asuntos de gobierno, tras lo cual escuchaba vísperas en la capilla. A las cinco le era servida una ligera colación, para recibir inmediatamente después, dos veces por semana y durante una hora y media, a las damas de la corte: los martes, a aquellas que tenían derecho de entrada en palacio; los viernes, a quienes se distinguieron por su fidelidad siguiéndola hasta Burgos. Si hacía buen tiempo, la reina bajaba con el príncipe a los Jardines de la Priora hasta la hora de la cena, que tenía lugar entre las siete y cuarto y las siete y media. Finalizada ésta, María Luisa volvía a conceder audiencias de carácter privado hasta las diez aproximadamente, momento en que se retiraba a su gabinete a leer libros de devoción (Ursinos no lo dice pero dados los gustos literarios de la reina bien podrían ser también novelas). Realizados sus rezos, se acostaba. Otros días, puntualizaba la camarera mayor, la gobernadora concedía audiencia pública al “pueblo” «et d’autres personnes d’un autre étage», en tanto los viernes recibía a los miembros del Consejo de Castilla, con su presidente a la cabeza, Ronquillo, con el que se reunía después «dans une autre pièce (...) pour lui dire en secret tout ce qui se passe, et afin de remédier à beaucoup de choses importantes.» Ursinos a Maintenon. Madrid, 8 de septiembre de 1709, recog. en *Madame de Maintenon et Madame la princesse des Ursins. Correspondance. 1707-1709...*, pp. 551-552.

<sup>2203</sup> La reina a Madame de Maintenon. Madrid, 12 de marzo y 21 de mayo de 1706; 26 de agosto de 1708. AA. EE., M&D, t. 128, fols. 128v.; 142v; 240r.-242r.



roi notre maître (...))», confesaría la princesa en 1709, cuando se debatía la posibilidad de su salida de España.<sup>2204</sup>

Colaboradoras estrechas, el papel de la consorte y Ursinos desde 1705 divergiría un tanto. Ciertamente ambas asistirían a las reuniones de Amelot con Felipe V y participarían de la toma de decisiones. Sin embargo, sería la camarera mayor quien contaría con un mayor crédito en el tratamiento de los asuntos. No en vano, la avalaban su mayor experiencia; sus contactos con el embajador y buena parte de sus colaboradores; el intercambio epistolar que mantenía con Maintenon y ministros franceses como Torcy y Chamillart; y, sobre todo, la confianza de la reina y su capacidad para aconsejarla, cualidades que se incrementarían notablemente tras la marcha de Amelot. En este sentido cabe considerar a Ursinos como un filtro fundamental tanto para acceder a María Luisa de Saboya (según experimentarían en 1713-1714 los nuevos embajadores francés y saboyano, Brancas y Morozzo); como para persuadir a la reina de la adopción de determinadas disposiciones o de la concesión de ciertas mercedes.<sup>2205</sup> La documentación francesa es muy ilustrativa a este respecto. De su lectura se infiere que Versalles otorgaba a la consorte prácticamente una posición paritaria a la de Felipe V en el seno de la pareja real; pero también, que Francia reconocía en la capacidad de intercesión de la camarera mayor una condición determinante para la evolución de cualquier misión diplomática. Por ejemplo, cuando Monsieur d'Iberville fue destinado a España para obtener del monarca la renuncia en favor del elector de Baviera de las plazas en los Países Bajos que aún permanecían en poder de España, se le ordenó reunirse no solo con el monarca, sino también con la reina y la princesa de los Ursinos.<sup>2206</sup> Un año después, el duque de Noailles, enviado a Madrid para convencer a Felipe V de que renunciase a la corona española a cambio de los reinos de Nápoles y

---

<sup>2204</sup> Ursinos a Maintenon. Madrid, 14 de octubre de 1709, recog. en *Madame de Maintenon et Madame la princesse des Ursins. Correspondance. 1707-1709...*, p. 583.

<sup>2205</sup> Un buen ejemplo de la participación de Ursinos en algunas de las mercedes otorgadas por la reina, o por Felipe V a instancias de la consorte, lo encontramos en la concesión de diferentes gracias a los hermanos del cardenal Gualterio: a uno de ellos, el grado de coronel de un regimiento de infantería; al otro, una abadía en Sicilia. «On n'a pas besoin de solliciter à ce prince pour faire du bien, *mais s'il estoit nécessaire, je puis vous assurer que la Reyne l'en feroit souvenir* par l'envie qu'elle auroit de contribuer à quelque chose qui pust estre agréable à un cardinal de vôtre mérite, et qu'elle estime infiniment.» Ursinos a Gualterio. Madrid, 4 de diciembre de 1706. B. L., Add. Mss. 20532, fols. 16v.-17r. La cursiva es nuestra. También, la misma al mismo. Madrid, 22 de mayo de 1712. *Ibid.*, fol. 113r. Asimismo, consta la concesión, en 1706, de sendos hábitos para los hermanos de Gualterio, Inocencio y Sebastián, de las órdenes de Calatrava y Santiago respectivamente. A.H.N., O-M., Calatrava, exp. 1120; Santiago, exp. 3629.

<sup>2206</sup> *RLA*, XII-II, p. 171.

Sicilia, recibió órdenes semejantes: «Il faut lui ouvrir les yeux sur ces différens articles en présence de la Reine d'Espagne, car il est nécessaire qu'elle assiste à cette discussion (...)»<sup>2207</sup> «Il faut que la princesse des Ursins l'aide, s'il veut réussir dans l'exécution des ordres que Sa Majesté lui donnera (...)», advertían a Bonnac sus instrucciones.<sup>2208</sup> También Torcy emplearía a la camarera mayor como intermediaria ante los reyes toda vez que Inglaterra comenzó a flexibilizar su postura ante la firma de la paz: «S[*a*] M[*a*jesté] [Luis XIV] -escribió a Ursinos en septiembre de 1711- attend que vous y travaillerez autant que vous le pouvez faire en determinant le Roy d'Espagne à surmonter toutes les difficultez que le pouvoient arrester et à favoriser les Anglois de manière que leurs bonnes dispositions deviennent utiles à la France et à l'Espagne...»<sup>2209</sup>

¿Implica lo expuesto hasta este punto negar la potencialidad del ascendiente de María Luisa de Saboya? En ningún caso es nuestra intención, como tampoco fue esta la percepción que albergaron los contemporáneos de la soberana. Así por ejemplo Rinuccini, al aludir al desarrollo de las reuniones que Amelot mantenía con Felipe V en el cuarto de la reina, escribió que el voto del rey no era habitualmente decisivo en la concreción de las principales decisiones: “la volontà della Re[*gina*]a [tiene] sempre il P[*ri*m]o luogo (...)”, concluyó.<sup>2210</sup> Según señalamos en otras partes de este trabajo, resulta difícil extraer conclusiones en cuanto al papel de la consorte en estos encuentros, dado el mutismo de las fuentes en este punto (nos referimos a los testimonios de los actores políticos que participaban en ellos). Empero, de lo que no cabe duda es de la voluntad de María Luisa por estar presente en las reuniones del embajador francés con Felipe V; como también, que en esta nueva etapa de las relaciones francoespañolas delegó en la camarera mayor buena parte de su propio crédito en el tratamiento de los asuntos. Tal y como confirmaba el mismo Rinuccini, el apoyo de la reina a las proposiciones de la princesa constituía el principal puntal del ascendiente de esta sobre los asuntos de Estado: “per questo canale la Principessa va sostenendo il suo credito” que

<sup>2207</sup> «Instruction du Roi pour le sieur duc de Noailles...» 6 de septiembre de 1710. *Ibid.*, p. 179.

<sup>2208</sup> «Mémoire pour servir d'instruction au Sieur Marquis de Bonnac...» Fontainebleau, 5 de agosto de 1711, recog. en *Ibid.*, p. 201.

<sup>2209</sup> Torcy a Ursinos. Fontainebleau, 7 de septiembre de 1711, recog. en L. TR., V, p. 211. Al año siguiente, tras el fallecimiento del duque de Borgoña, la princesa sería la encargada de persuadir a Felipe V y a la reina de ceder España y las Indias al duque de Saboya, permitiendo así al monarca acceder al trono francés en previsión del posible fallecimiento del futuro Luis XV. El mismo a la misma. Versalles, 11 de marzo de 1712; Bonnac a Torcy. Madrid, 29 de mayo de 1712, recog. en L. TR., VI, pp. 13-14 y 45-46.

<sup>2210</sup> Rinuccini al gobierno de Florencia. Madrid, 26 de septiembre de 1707. A.S.F., MdP, Filza 4994.

indudablemente perdería “mancandoli la grazia della Padrona”.<sup>2211</sup> La capacidad de la camarera mayor para persuadir a María Luisa de Saboya de la idoneidad de determinadas medidas, y de esta para comprender lo pertinente de defender su adopción ante el rey, constituyó la base de la proyección de ambas mujeres en la escena política. De hecho, no parece que María Luisa entendiera su papel en la misma como resultado de una intervención continuada (lo que sí era el caso de Ursinos), sino más bien como fruto de una acción puntual, circunscrita bien a los periodos en los que debía ejercer la gobernación, que siempre provocarían en ella el mismo desagrado («i'en suis au desespoir et ie trouve les affaires insupportables», confesó a Maintenon en 1706)<sup>2212</sup>, bien a los asuntos en los que Felipe V requiriera de su consejo o de su intercesión. Por lo menos, tal era ese el pensamiento que transmitió a Madame de Maintenon en reiteradas ocasiones: «Je ne trouve point que ie sois obligée de me mesler des affaires pandans que le Roy est à Madrid (...); ie crois estre delivrée d'affaires quand le Roy est icy (...).» «Vous n'est pas encore au but de me persuader que c'est un de mes devoirs que d'aider le Roy à gouverner ces etats -escribió en otra ocasión-: un Grand Roy, come i'espère qu'il seroit un jour avec de bons ministres, est ce qu'il faut pour gouverner et la Reyne ne doit songer qu'à plaire ceux qu'elle doit et à imaginer des amusements pour divertir le Roy au sortir de son conseil (...).»<sup>2213</sup>

Evidentemente, al hilo de lo que conocemos, María Luisa exageraba un tanto los límites de su rol «pandans que le Roy est à Madrid». Que tenía más influencia de la que admitía es innegable. No obstante, lo que nos interesa destacar aquí es cómo, después de 1705, la relación de la reina con el poder basculó alrededor de la exigencia de discreción que Versalles le había impuesto desde 1701 (recuérdense las observaciones del duque de Harcourt por ejemplo). Que su conducta pública fue coherente con la imagen de Felipe V que ella misma transmitía a Versalles en tanto que un soberano que «s'applique à tout, non seulement aux grandes choses mais aux petites, il veut estre informée de tout, il raisonne et comprend les affaires d'un manière qui estonne (...).»<sup>2214</sup>, es decir, un rey que decidía por sí mismo sin que la acción de la consorte empañara su gloria. Y que su comportamiento, en último término, estaba en conformidad con lo tratado en Marly, donde todas las partes estuvieron dispuestas a asumir la confianza de Felipe V en su

---

<sup>2211</sup> *Ibidem*.

<sup>2212</sup> La reina a Madame de Maintenon. Madrid, 25 de febrero de 1706. AA. EE., M&D, t. 128, fol. 125v.

<sup>2213</sup> La misma a la misma. Madrid, 12 de marzo y 4 de abril de 1706. *Ibid.*, fols. 127v. y 134r.

<sup>2214</sup> La misma a la misma. Madrid, 29 de noviembre de 1706. *Ibid.*, fols. 192r.-v.

consorte y la participación de esta en las decisiones que el monarca no sería capaz de tomar por sí mismo. Tal discreción y prudencia en el ejercicio de su ascendiente permiten comprender que María Luisa de Saboya no recibiera las mismas críticas que su sucesora, Isabel de Farnesio; o que la propia princesa de los Ursinos, cuya participación en el tratamiento de los asuntos, caracterizada por una mayor visibilidad, minó progresivamente el prestigio del que la camarera mayor había disfrutado durante su primera etapa en España.<sup>2215</sup>

\*

El regreso de Ursinos a España confirmó asimismo la consolidación de su posición en el círculo de los reyes hasta su definitiva caída en desgracia en 1715. En cierto modo esta situación estaba en consonancia tanto con la condición de la dama en calidad de intermediaria privilegiada entre las cortes de Madrid y Versalles, como con el *estatus quo* establecido en las relaciones de las Dos Coronas después de 1705. En este sentido, apenas instalada en la capital hispana, Ursinos procuró restringir, si bien de manera oficiosa, el privilegio de entrada a la cámara de la reina que disfrutaban el conde de Santisteban, el marqués de Castel-Rodrigo y el duque de Montellano (quien mantenía las prerrogativas anejas a su antiguo puesto de gobernador de la Casa de María Luisa). Semejante disposición, justificada en virtud del interés de los reyes por disfrutar de una “mayor intimidad” en los regios aposentos, afirmaba de manera implícita la preeminencia de la dama en el círculo regio y su capacidad para controlar los contactos no solo ya de la consorte, sino también del monarca, que compartía “cama” y “mesa” con su esposa. Sin embargo, a nuestro modo de ver esta no fue la única motivación que subyacía tras la adopción de la citada orden. En primer lugar esta favorecía, como matizaba Du Bourk, que los cortesanos al servicio de la reina desconociesen en qué momento se producían las

---

<sup>2215</sup> Un buen ejemplo de la impopularidad de la princesa en estas fechas lo encontramos en el interrogatorio del secretario del duque de Orleáns, Monsieur de Regnault, con motivo del descubrimiento de la supuesta conspiración del duque para destronar a Felipe V en 1709. En su confesión podemos leer: «Lorsque Monsr. d'Orleans a été en Espagne il a trouvé tous les Espagnols dégoutés du gouvernement qu'ils appellent françois. Ils luy firent des plaintes de la manière dont l'ambassadeur de France gouvernoit toutes les affaires; *il y en eut aussi contre Madame la Princesse des Ursins, qu'ils pensoient d'avoir fait faire au Roy et à la Reine beaucoup de choses qui rebutoient leur nation, comme d'avoir ôté les dames du Pallais, et de faire croire, sur des rapports qu'on luy fesoit, que la plupart des Espagnols étoient traitres et par là éloignoit le Roy d'eux* (...)» Asimismo, el contenido de buena parte de los interrogatorios gira alrededor de la camarera mayor y de los contactos del duque de Orleáns con algunos de sus opositores, como Montalto, Monterrey o Montellano, entre otros. Según la misma documentación, la influencia de Ursinos y Amelot sobre el gobierno sería el factor que determinaría en buena medida el acercamiento a Orleáns de los “españoles descontentos”. A modo de dato curioso, pero significativo, el alias de la reina en la cifra descubierta entre los papeles de Regnault sería «le grand homme». A.H.N., E., legs. 3467 y 3468. La cursiva es nuestra.

reuniones de carácter privado entre Amelot y los monarcas (que tenían lugar bien en el *Cuarto chico* de la camarera mayor, bien en la cámara de la consorte) y, lo más importante, el contenido de los asuntos y cuestiones que se trataban en ellas.<sup>2216</sup> En segundo lugar, no deja de resultar curioso el que los sujetos a quienes se aplicó la medida (Montellano, Santisteban y Castel-Rodrigo) se contaran entre aquellos que habían integrado el en su día denostado “Despacho secreto” de la reina. La mala opinión que la diplomacia gala albergaba de este organismo de carácter oficioso nos es ya conocida, de ahí que la decisión de restringir el acceso de estos cortesanos a los reyes pueda ser entendida también como una forma de remarcar que, restablecido el orden y el concierto entre los principales agentes del poder francés en España, en el futuro todos ellos se verían excluidos de la toma de decisiones. O lo que es lo mismo, la disposición puede ser vista como una manera de subrayar los contornos del ya mencionado triángulo gubernativo borbónico; de concretizar que, en lo sucesivo, el tratamiento de los asuntos se basaría en la colaboración entre el embajador francés y la camarera mayor, con la participación supeditada a estos de otros personajes secundarios como los Secretarios del Despacho o ciertos de los “protegidos” de la princesa, por ejemplo Veraguas o Frigiliana, de quienes la camarera mayor seguiría sirviéndose.<sup>2217</sup>

Otras cuestiones diferentes serían, por una parte, la imposición de determinadas órdenes relativas a la cámara de la reina y, por la otra, la progresiva ampliación de la red clientelar de Ursinos, aspectos ambos que afectaron de lleno a las características del *entourage* de los monarcas. En lo que concierne al primer punto indicado, la medida más determinante adoptada en lo que se refiere a la Casa de la consorte tuvo lugar en 1706, cuando se decidió prescindir de las «dépenses inútiles» que representaban las damas solteras de María Luisa de Saboya. La disposición, justificada a la sazón tanto por razones financieras<sup>2218</sup> como por la deslealtad hacia la Casa de Borbón de la que habían

---

<sup>2216</sup> Du Bourk a Torcy. Madrid, 19 de agosto de 1705. AA. EE., CPE., t. 151, fols. 78v.-79r.

<sup>2217</sup> Pese a las órdenes mencionadas, las relaciones de Ursinos con Santisteban y Castel-Rodrigo, mayordomo mayor y caballero mayor de la reina respectivamente, siguieron caracterizándose por la cordialidad, al menos en apariencia, si bien es de notar que en el caso del primero la demencia que le aquejaba terminó por imposibilitarle para el ejercicio activo de su cargo. Ursinos al conde de Tessé. Corella, 12 de octubre de 1711. B. L., Add. Mss. 28787, fols. 32r.-v. En cuanto a Castel-Rodrigo, dio muestras continuadas de su fidelidad a la causa borbónica. Por ejemplo, en abril de 1706 hizo entrega a la princesa de los Ursinos de una letra de cambio de 2000 pistolas pagaderas al tesorero de guerra. Amelot a Luis XIV. Madrid, 26 de abril de 1706. AA. EE., CPE., t. 157.

<sup>2218</sup> Mejorada al conde de Santisteban. San Lorenzo, 25 de octubre de 1706. A.G.P., Felipe V, leg. 271(2); Amelot a Luis XIV. Madrid, 29 de noviembre de 1706. AA. EE., CPE., t. 162, fol. 97r.; Du Bourk a Torcy. Madrid, 26 de diciembre de 1706. AA. EE., CPE., t. 161, fol. 207r.; véanse también a este tenor las cartas de Luis XIV a Amelot. Versalles, 18 de noviembre de 1706, recogida en GIRARDOT, B. (ed.):

hecho gala algunos de los servidores de las Casas reales<sup>2219</sup>, alteró las características de la cámara e implicó por añadidura ciertos cambios en las funciones de la princesa como camarera mayor (que en adelante no habría de velar por las meninas y jóvenes de la nobleza que servían a la reina).<sup>2220</sup> Dicho esto, no es menos cierto que la orden puede insertarse también en el marco de unos objetivos que no solo Ursinos, sino también María Luisa, habían perseguido desde su establecimiento en Madrid.<sup>2221</sup> Reducir el excesivo número de damas que dependían de la Casa, sirviesen en ella o no, había sido una preocupación constante de la camarera mayor, al igual que, según vimos, las costumbres de estas jóvenes o el carácter intrigante que se atribuía a las mujeres de la cámara. Asimismo, no parece que la reina se hubiese sentido nunca identificada con buena parte de las damas que estaban a su servicio, como lo corroboraron su progresivo aislamiento de ellas durante la primera desgracia de la princesa, o su reacción ante los cambios desarrollados en 1706: «i'aimeray fort à avoir une belle cour qui soit honorable et galante -escribió a Madame de Maintenon-. Celle que i'avois en étoit bien éloigné (...) par leur moiens [se refuere a las damas] savent [los Grandes] tout ce qui se passe dans le palais (...).»<sup>2222</sup>

Como en otras materias María Luisa de Saboya demostraba al tratar este punto una notable franqueza. Evidentemente existían razones financieras para reducir la planta de damas que servían en la cámara, pero junto a esta motivación debemos considerar también: a) la marcada desconfianza por parte de la consorte y la camarera mayor hacia la conducta de estas aristócratas de linaje, a quienes consideraban espías al servicio de su

---

*Correspondance de Louis XIV...*, I, p. 166 y Madame de Maintenon a Ursinos: «Il me paraît que tout le monde approuve que vous ne rappeliez pas toutes les menines, elles sont moins nécessaires au Roi que les troupes (...)» Madame de Maintenon a Ursinos. Saint-Cyr, 14 de noviembre de 1706. BOTS, H. y BOTS-ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres...*, III, p. 862.

<sup>2219</sup> La deslealtad no fue privativa tampoco de las damas de la soberana. Según reconocía Santisteban “fueron pocos” los criados que siguieron a los reyes, siendo preciso “yntroducir tres de fuera” al tiempo que los que se trasladaron a Burgos llegaron a ejercer “cada uno tres y quatro ofizios, que los sirvieron con [el] zelo, vigilanzia y cuidado que correspondía al servizio de S. Magd. (...)”. Santisteban al marqués de Mejorada. Madrid, 26 de septiembre de 1706. A.G.P., Felipe V, leg. 271(2). Ursinos a Maintenon. Burgos, 9 de septiembre de 1706, en *Lettres inédites...*, III, p. 343. Para una visión retrospectiva de la actitud de las damas ante la huida de los reyes en 1706, véase Ursinos a Maintenon. Buen Retiro, 23 de mayo de 1707, en *Ibid.*, IV, pp. 8-9.

<sup>2220</sup> Esta sería la explicación oficial de la medida, que recogen la mayoría de las fuentes oficiales del reinado. SAN FELIPE, [1957], p. 122; MACANAZ: *Memorias para la historia...*, IV. R.B., II/2084, fols. 165r.-v.

<sup>2221</sup> Esto es, no se debería exclusivamente a la vanidad de la camarera mayor quien, según sostenía San Felipe, “no era propicia a las damas (...) porque no le hacían tantos rendimientos cuantos anhelaba”. SAN FELIPE, [1957], p. 122.

<sup>2222</sup> La reina a Madame de Maintenon. Madrid, 3 y 29 de noviembre de 1706. AA. EE., M/D., t. 128, fols. 184r.-185r. y 190r.-191r. La cursiva es nuestra.

parentela; b) su deseo de rodearse de un entorno no solo más acorde al cosmopolitismo que las caracterizaba, según ha indicado López-Cordón, sino también de plena confianza para ambas. Es decir, un círculo que no hubiera sido heredado en su mayoría de las soberanas anteriores, sino cuya composición pudieran controlar según su propio criterio; y c) la voluntad de aprovechar la coyuntura bélica, esto es los episodios de 1706, para desarrollar tanto una reforma a la que se venía aspirando desde hacía tiempo, como una ocasión propicia para “castigar” y “premiar” la fidelidad al monarca borbónico.<sup>2223</sup>

Entre 1706 y 1712 tuvieron lugar, pues, importantes cambios en la cámara y en el entorno de la reina. Ambas fechas subrayan los más trascendentes, que fueron la salida de las damas solteras de la consorte y su sustitución, seis años más tarde, por un nuevo grupo de damas de honor casadas, a semejanza de lo practicado en la *Maison de la reine de France*, procedentes de diferentes puntos de Europa (Italia, Francia, los Países Bajos, España), designadas a instancias tanto de la reina como de la camarera mayor (la princesa de Santo Bueno, la marquesa de Crevecoeur, la duquesa de Havré, la princesa de Robecq...).<sup>2224</sup> Empero, tales nombramientos no fueron sino la coronación de un proceso, iniciado tiempo atrás, que no solo restringió aún más el número de mujeres que servían de manera efectiva en la cámara, sino que también favoreció la mayor participación de la reina y la princesa en los nombramientos de la Casa. Así, entre 1709 y 1712 se concedió la jubilación a algunas de las Dueñas de Honor y Guardas Mayores que María Luisa de Saboya había heredado de sus antecesoras: las marquesas de Llaneras, de Lorenzana, de los Trujillos y la condesa de Amarante, lo que conllevó que en la planta de 1713 las dignidades mencionadas fueran desempeñadas tan solo por una

---

<sup>2223</sup> Como señalaba el embajador mediceo, marqués de Rinuccini, la fidelidad a la Casa de Borbón demostrada por los servidores de la reina en 1706 sería también premiada por Felipe V y María Luisa de Saboya. En este sentido, aquellos que habían acompañado a la soberana en su desgracia gozaron de la facultad de hacer la corte a la consorte dos veces por semana. Rinuccini a su gobierno. Madrid, 9 y 10 de noviembre de 1706. A.S.F., MdP., Filza 4993. De la misma manera, existieron algunas excepciones en lo tocante al castigo recibido por las mujeres de la cámara que no acompañaron a María Luisa en su huida de la capital. Es el caso de la marquesa de Lorenzana quien, pese a haber permanecido en el convento de la Concepción Calatrava junto a la marquesa de la Vega y la Condesa de Amayuelas, cuya sobrina servía como dama de la reina, se mantuvo al servicio de la soberana hasta la primavera de 1707. Ana Salazar, priora del convento de la Concepción Calatrava, al marqués de Mejorada. Madrid, 6 agosto de 1706. A.H.N., E., leg. 2973.

<sup>2224</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “La evolución de las damas...”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y LOURENÇO, M.P.M. (coords.): *Las relaciones discretas...*, II, p. 1382; Ursinos al cardenal Gualterio. Corella, 13 de septiembre de 1711. B. L., Add. Mss., 20532, fol. 107r. En un principio se dijo que habían de ser nombradas diez damas, número que tras el fin de la guerra se elevaría a veinte. Sin embargo, las designadas entre 1712-1714 (fecha de la muerte de la reina) fueron sólo 4. Barón Nero, embajador mediceo, a su gobierno. Madrid, 15 de febrero de 1712. A.S.F., MdP., Filza 5000. El Decreto de nombramiento de las damas, con fecha de 5 de junio de 1712 en A.G.P., Felipe V, leg. 213.

dama respectivamente (Doña Ana Carillo y Doña Josefa Rodríguez de Morales).<sup>2225</sup> Igualmente, es de destacar la intervención de ambas mujeres en la nominación de la servidumbre que atendería al príncipe de Asturias e infantes, principalmente de la dama que ostentaría la dignidad de Aya del heredero, que recayó en la marquesa de Montehermoso, quien mantenía excelentes relaciones con la soberana y la camarera mayor.<sup>2226</sup> O en la de las camaristas de la consorte, cargo que tras la reforma de 1712 se convirtió, en palabras de López-Cordón, “en el destino de toda joven que aspirase a estar y formarse en la corte”.<sup>2227</sup> En la nómina de camaristas se integrarían tanto españolas como extranjeras. Entre estas últimas son de destacar, además de la francesa Mademoiselle Émilie, muy vinculada a Ursinos y la reina a lo largo de toda su vida en España<sup>2228</sup>, las mujeres de procedencia flamenca e irlandesa, algunas de las cuales desarrollarían una importante carrera palatina tras la muerte de María Luisa. En primer lugar podríamos citar a Doña María Catalina Bassecourt y Grigny, camarista de la consorte desde octubre de 1707. Procedente de una familia oriunda de Artois, ennoblecida con el marquesado de Grigny en 1690 y con una larga trayectoria de servicio a la Monarquía Hispánica, Doña María Catalina saldría de palacio poco después del matrimonio de Felipe V con Isabel de Farnesio, tras su enlace con el siciliano Juan González y Valor, caballero de Santiago y teniente general de los Reales Ejércitos.<sup>2229</sup> No obstante el ejemplo de Bassecourt, serían las damas de origen irlandés las que

<sup>2225</sup> A.G.P., Felipe V, leg. 266(1); *Ibid.*, Felipe V, leg. 213; *Ibid.*, Personal, C. 84, exp. 8; *Ibid.*, Felipe V, leg. 275(1).

<sup>2226</sup> Agraciada con el marquesado de Montehermoso en 1708, Doña María Antonia entró en la Casa de la reina en 1702, estando posiblemente emparentada con Doña Luisa de Aguirre y Doña Elvira Salcedo, Guardas Menores. López-Cordón señala que mantuvo amistad y correspondencia con la princesa y la reina y que, en 1710, en el contexto de la segunda huida de los reyes de la capital, ambas se alojaron en la residencia vitoriana de la marquesa. LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Servicios y favores en la Casa de la reina”, en ANDÚJAR CASTILLO, F. y FELICES DE LA FUENTE, M. M. (ed.): *El poder de dinero...*, pp. 235-236.

<sup>2227</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “La evolución de las damas...”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y LOURENÇO, M.P.M. (coords.): *Las relaciones discretas...*, II, p. 1383.

<sup>2228</sup> Mademoiselle Émilie aparece con cierta frecuencia en la correspondencia de Ursinos y Tessé, quien al parecer enviaba libros franceses a la camarista que ésta presentaba después a la reina. De hecho la camarera mayor pensaba habilitar una de las estancias de los aposentos de Émilie como espacio donde alojar la creciente biblioteca de María Luisa. Ursinos a Tessé. Madrid, 25 de enero y 19 de mayo de 1713. B.L., Add. Mss. 28787, fols. 70v.; 93v.-94r.

<sup>2229</sup> A.G.P., Personal, C. 16580, exp. 4. Con motivo de su nombramiento, Doña María Catalina sería dispensada del pago de la media anata. Decreto fechado en Madrid, 28 de junio de 1708. *Ibid.*, Felipe V, leg. 212. Designada dueña de honor de Isabel de Farnesio en 1733 y aya de la infanta Isabel, futura esposa del emperador José II e hija del infante Felipe, en 1741, Doña María Catalina, conocida como la marquesa de González, se trasladaría a Parma junto a su pupila. Mujer de cierta influencia en la corte parmesana, fallecería en Madrid en 1768. Debo estos datos a LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Servicios y favores en la Casa de la reina”, en ANDÚJAR CASTILLO, F. y FELICES DE LA FUENTE, M. M. (ed.): *El poder de dinero...*, pp. 238-241.



dominarían el servicio en la cámara tras la reforma de 1712. Caso paradigmático sería el de la marquesa de Albiville y sus hijas, o el de la menos conocida Ana Kilmallock. La marquesa, de soltera María Warron, estaba casada con Sir Ignacius White, marqués de Albiville, antiguo embajador inglés en La Haya y Secretario de Estado para Irlanda. Exiliados en Francia tras la Revolución Gloriosa, formaron parte de la corte jacobita de Saint-Germain-en-Laye hasta 1710, año en que se instalaron en España. En agosto de 1712 la marquesa fue designada dueña de honor del infante Felipe Pedro Gabriel, al tiempo que sus cinco hijas, Catalina, Winfreda, Teresa, María y Ana, entraban a servir a la consorte en la cámara.<sup>2230</sup> En la misma fecha fue designada camarista Doña Ana de Kilmallock, relevada del pago de la media anata de mercedes por expreso deseo de la soberana.<sup>2231</sup>

Los cambios descritos parecen esbozar *a priori* un panorama caracterizado por el progresivo aislamiento de María Luisa y Ursinos del resto de mujeres de la cámara y la corte hispana, al menos entre 1706 y 1712. Con todo, esta apreciación puede puntualizarse. A nuestro modo de ver una cosa era el entorno oficial de la consorte, conformado por las mujeres a su servicio, y otra el oficioso, integrado por damas y aristócratas que no integraban la cámara pero cuyo contacto con la soberana podía ser fluido y relativamente asiduo. De este último formaron parte algunas de las mujeres que habían servido a María Luisa como damas antes de tomar estado; otras que estaban emparentadas o eran esposas de individuos próximos a la misma reina o a la princesa, y ciertas aristócratas que compartían con la consorte similitudes en su biografía que, quizás, incidieron en la cercanía y buena relación que establecieron con ella (extranjeras residentes en Madrid cuyos maridos servían en el ejército borbónico). Dentro del conjunto de estas féminas podemos destacar, *grosso modo*, a la duquesa de Osuna, que contaba también con el favor de la camarera y en cuyas desavenencias conyugales medió la soberana a través de su confesor, el Padre Baltasar Rubio<sup>2232</sup>; a la mujer del

---

<sup>2230</sup> El Decreto de nombramiento de la marquesa de Albiville y sus hijas, fechado en Buen Retiro, 12 de agosto de 1712, en A.G.P., Felipe V, leg. 212. Sobre el devenir de la familia White al servicio de Jacobo II, véase, CORPP, E. T.: *A court in exile. The Stuarts in France, 1689-1718*. Cambridge, 2004.

<sup>2231</sup> Entró a servir el 1 de agosto de 1712, si bien su nombramiento quedó asentado el 23 de octubre de ese mismo año. A.G.P., Felipe V, leg. 212; A.G.S., G&J, lib. 339, fols. 17v. y 54v.

<sup>2232</sup> Duquesa de Osuna Grimaldo. Osuna, 11 de marzo de 1712. A.H.N., E., leg. 2647. Hija del condestable de Castilla, Saint-Simon, que la conoció en 1722, escribió acerca de ella: “Sentía (...) gran afecto por monsieur el duque de Orleans, con el que había tenido frecuente trato en Madrid (...). Disponía en su casa de un verdadero teatro de ópera, no tn amplio y algo menos largo, pero por lo demás tan bello como el de París y particularmente cómodo (...). Ninguna de las dos [se refiere a la condesa de Lemos, hermana del duque de Medinasidonia] habría desentonado en Francia: hablaban bien

condestable de Castilla o a la marquesa de Torrescuso o Torrescusa, quienes con anterioridad a sus respectivos matrimonios formaron parte de la nómina de damas de la reina<sup>2233</sup>; a la duquesa de Popoli, muy querida por la consorte y cuya prematura muerte afectó sobremanera a María Luisa; o a la joven esposa del caballero du Bourk, de origen francés, conocida de soltera como Mademoiselle de Varennes, quien no solo visitaba a la reina dos veces por semana sino que también tomó parte junto a su marido en algunos de los divertimentos que se celebraban en los aposentos regios (obras de teatro francés principalmente).<sup>2234</sup> A las ya mencionadas cabría añadir, a partir de 1711, a la duquesa de Havré y a la marquesa de Crevecoeur. Por su consideración de damas de la soberana (1712) deberían ser incluidas en la anterior categoría; no obstante, las citamos aquí debido a que formaron parte del círculo de la consorte con anterioridad a sus respectivos matrimonios. La primera, merced a su condición de sobrina de la princesa de los Ursinos, que le garantizó la buena acogida de María Luisa; la segunda, en tanto que hija del futuro virrey del Perú, Santo Bueno, favorecido a su vez por la camarera mayor y la consorte. Convaleciente de su tercer parto, la reina asistió a las dobles bodas Havré-Crevecoeur quienes, tras entrar a servir en la cámara, se convirtieron a decir del embajador florentino en las damas predilectas de María Luisa.<sup>2235</sup>

\*

Pero el *entourage* de la reina no se reducía únicamente a estas mujeres, tituladas o no, sino también a un variado grupo de cortesanos, ministros, militares y criados cuya

---

francés, tenían, en especial la segunda [Osuna] una conversación sumamente agradable y ambas una prestancia de grandes señoras, como en efecto lo eran.” *Saint-Simon en España...*, p. 345.

<sup>2233</sup> Hija del marqués de Villatorcaz, Don Joseph de Castellví y Alagón y de Doña Guiomar Coloma y Borja, entró en palacio como dama de María Luisa de Orleáns en 1686, junto a su hermana Rosa, que permaneció soltera. Casada en enero de 1705 con Don Nicolás Antonio Caracciolo, marqués de Torrescusa, príncipe de Campaña y duque de San Jorge. Designado miembro de la guardia de corps napolitana (29 de abril de 1702) y ayudante de campo del monarca para la campaña italiana (12 de junio de 1702) junto al conde de San Esteban de Gormaz, el duque de Béjar y los marqueses de Senmenat y Villena, entre otros, fue gentilhombre de cámara de Felipe V. La marquesa ostentaría años después el cargo de camarera mayor de Isabel de Farnesio. A.G.P., *Libro Registro de criados de la Casa de la reina, 1701-1724*, n.º 184, fols. 103v.-104v.; *Ibid.*, C. 16771, exp. 24. Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 7 de enero de 1705. A.N., B7234, fol. 41r. CASTELLVÍ, F.: *Narraciones Históricas...*, vol. I, pp. 378 y 379-380; TORRIONE, M. y SANCHEZ, J. L. (eds.): *De una corte a otra...*, p. 284 (*infra* 2) y 582.

<sup>2234</sup> Alberoni al conde Rocca. Zaragoza, 28 de junio de 1711, recogida en *Lettres intimes de J. M. Alberoni, adressées au comte I. Rocca. Publiées par Émile Bourgeois*. París, 1892, p. 148. Du Bourk al cardenal Gualterio. Corella, 22 de julio y 14 de septiembre de 1711; el mismo al mismo. Madrid, 19 de enero de 1712. B.L., Add. Mss., 20307, fols. 62r.; 70v. y 86r.

<sup>2235</sup> Sobre el doble matrimonio de Havré-Crevecoeur. Bonnac a Torcy. Madrid, 6 de junio de 1712. AA. EE., CPE., t. 214, fol. 190r.-191r.; Ursinos a Torcy. [S. l.], 17 y 18 de abril de 1712, recog. en L. TR., VI, pp. 23-25. Respecto a las relaciones de la reina con la duquesa de Havré y la marquesa de Crevecoeur. Barón Nero a su gobierno. Madrid, 4 de julio de 1712. A.S.F., MdP, Filza 5000.

vinculación con la princesa y la consorte, añadida en ciertos casos al ejercicio de sus cargos, les permitió gozar por añadidura de un acceso privilegiado a Felipe V. Entre las características generales de este círculo podemos señalar, de entrada, la heterogeneidad de su composición tanto en lo que se referido a los oficios ejercidos por estos sujetos como a su estatus social (junto a Grandes de España encontramos exponentes de la nobleza media, burócratas y militares ennoblecidos merced a su servicio a la Corona); en segundo lugar su carácter trasnacional: además de los franceses, cuya influencia política descendió relativamente en estos años, encontramos castellanos, flamencos, irlandeses e italianos, estos últimos muy próximos a la reina y Ursinos, que servían en el ejército y en las guardias reales. En tercer lugar apreciamos que no siempre los reyes y la camarera mayor coincidían en cuanto al favor que otorgaban a determinados sujetos. Tal es el caso del duque de Montellano, opuesto a la princesa pero favorecido por la reina; de Ronquillo, sucesor del anterior en la presidencia del Consejo de Castilla, sostenido por Felipe V pese al desagrado de ambas mujeres hacia él; o del futuro duque del Arco, Don Alonso Manrique, uno de los principales favoritos del monarca entre los castellanos. Con todo, estos ejemplos no dejan de ser puntuales en el conjunto del *entourage* regio, siendo de notar por el contrario una cierta unanimidad, al menos entre la reina y la princesa, en cuanto a los individuos a quienes protegían. En cuarto lugar debemos especificar que no siempre el cargo ocupado y la proyección en el círculo de los reyes eran coincidentes, como tampoco lo eran las variables “puesto” e “influencia”. Así, sujetos como el recién mencionado Montellano, el conde de Santisteban y el marqués de Castel-Rodrigo, miembros del Consejo de Estado, no formaban parte del cogollo de íntimos de los monarcas después de 1705, lo que, sumado a las características de la administración hispana durante la guerra, restó potencialidad a sus respectivas posiciones en la escena político-cortesana. En cambio, individuos como Grimaldo, los duques de Havré y Popoli o los miembros de la familia francesa de los reyes, que ostentaban cargos de menor prestigio y jerarquía, compartieron la intimidad de los soberanos, proximidad que favoreció su capacidad de intervención en el tratamiento de los asuntos o en el reparto de mercedes desde una perspectiva formal e informal según los casos. La participación oficiosa en la toma de decisiones, mencionada en las fuentes en relación a sujetos como D'Aubigny, Du Bourk o Popoli, se vio favorecida asimismo por la pervivencia de una tendencia que era ya patente entre 1703-1704: el desarrollo de reuniones a puerta cerrada, ya fuera en los aposentos regios o en el *Cuarto chico* de la camarera mayor, en

presencia de los reyes, la princesa, Amelot y Grimaldo.<sup>2236</sup> En último término detectamos ciertas continuidades y cambios en el *entourage* regio en relación a los años 1701-1705. En este sentido Grandes como el duque de Veraguas, gobernador del Consejo de Órdenes, o el conde de Frigiliana, gobernador de los Consejos de Aragón e Indias, protegidos por la camarera mayor y la consorte desde 1702, continuaron formando parte del círculo regio y sirviendo fielmente a los reyes. Otro tanto podemos decir del condestable de Castilla, mayordomo mayor del monarca desde 1705; el marqués de Castel-Rodrigo o el conde de Santisteban, cercanos asimismo a la pareja real pero no tan favorecidos por los monarcas como los anteriores; o el conde de Montellano, quien pese a su destitución como gobernador del Consejo de Castilla y a sus tensas relaciones con Ursinos, retuvo sin embargo la estima de la consorte.<sup>2237</sup> La misma continuidad en el *entourage* de los reyes puede apreciarse en las trayectorias de Sir Tobby du Bourk; Vazet, barbero de Felipe V y ayuda de la furriera de la reina; o D'Aubigny, que siguió desempeñando no solo un rol de primer orden junto a la princesa sino que también ejerció, como había sido habitual anteriormente, en calidad de intermediario entre Madrid y Versalles en algunos de los momentos clave del conflicto sucesorio. En cuanto a Orry, tras su salida de España en 1706 y su posterior regreso en 1710, recuperó al lado de los monarcas la posición privilegiada de que había disfrutado en su día, siendo el artífice de la importantísima reforma de la administración hispana desarrollada en 1713 con el apoyo de Ursinos.<sup>2238</sup> La colaboración entre la camarera mayor y el financiero, que hemos destacado a lo largo de este trabajo, permitió asimismo la entrada en el círculo de los reyes de importantes burócratas, algunos con una larga trayectoria de servicio en la administración. Entre ellos cabría destacar a Don José Grimaldo, Secretario del Despacho de Guerra y Hacienda, “el amigo Grimaldo” como lo calificara Orry<sup>2239</sup>; y Melchor de Macanaz, al servicio inicialmente de la Casa de Villena pero que,

---

<sup>2236</sup> El embajador mediceo en Madrid se hacía eco de esta práctica en uno de sus informes periódicos a Florencia. Despacho del marqués de Rinuccini. Madrid, 26 de septiembre de 1707. A.S.F., MdP, Filza 4994.

<sup>2237</sup> De hecho, Bonnac le describía en 1713, poco antes de su muerte, como «l’homme de toute cette cour le plus agréable à la Reyne d’Espagne.» «Mémoire concernant l’Etat present de la cour d’Espagne», A.N., K 1359, fol. 9r.

<sup>2238</sup> Una buena síntesis de la reforma de 1713-1714 puede encontrarse en DE CASTRO, C.: *A la sombra...*, pp. 244-264; íd.: “La Nueva Planta del Consejo de Castilla y los pedimentos de Macanaz”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, 37 (2012), pp. 23-42; también DEDIEU, J. P.: “La Nueva Planta en su contexto. Las reformas del aparato del Estado en el reinado de Felipe V”, en *Manuscrits*, 18 (2000), pp. 113-139, en concreto, pp. 118 y ss.; y FERNÁNDEZ GIMÉNEZ, M. C.: “Notas sobre la reforma del Consejo de Castilla en 1713”, en *Anuario de Historia del Derecho español*, 69 (1999), pp. 547-578.

<sup>2239</sup> Cit. en DUBET, A.: *Un estadista francés...*, pp. 102-104.

gracias a la protección de la camarera mayor, Amelot y Orry desarrollaría una carrera ascendente que le llevaría a ostentar los puestos de juez de confiscaciones en Valencia, superintendente de Aragón y fiscal general del Consejo de Castilla.<sup>2240</sup>

Por otra parte, los años que sucedieron a su segunda instalación en Madrid fueron una etapa en la que la princesa profundizó, en solitario, en su política de patronazgo. Esta incluiría en adelante tanto a algunos de sus parientes, cuyo establecimiento en España alentó la dama principalmente después de 1709, como a ciertos súbditos italianos y flamencos que se habían destacado ya por su fidelidad a la Casa de Borbón en los territorios perdidos en favor de los aliados (Nápoles y Milán), ya por su voluntad de servir al rey en el ejército. Hemos referido más arriba el caso de Mademoiselle de Lanti, hija de la única hermana de Ursinos, la duquesa de Lanti della Rovere, acogida con todos los honores por la reina y casada con el duque de Havré en 1712.<sup>2241</sup> Pero este no es el único ejemplo que podemos citar entre la parentela de la princesa. Así, estando en París en 1705, Ursinos ya habría pensado en la instalación en el país del sobrino de su primer esposo, el príncipe de Chalais, quien abandonó la marina francesa gracias a los buenos oficios de Noailles ante Pontchartrain para recibir el bastón de exento de las guardias valonas en 1711. Absolutamente fiel a su tía, Chalais serviría en el ejército del duque de Vendôme y ejercería de intermediario ante la corte de Francia en 1709, 1712 y 1714, fecha en la que fue encargado de anunciar el segundo matrimonio de Felipe V con Isabel Farnesio.<sup>2242</sup> Junto a Chalais, otro sobrino de la princesa, Don Alessandro Lanti, hermano de la duquesa de Havré, recibió igualmente la protección de su tía. Destinado en un primer momento a la Iglesia bajo la protección de su otro tío, el cardenal de La Trémoille, el joven Alessandro expresó en 1709 su deseo de «se jeter à vos pieds et vous demander l'honneur de vostre protection dans le dessein qu'il a de faire par la profession des armes la fortune qu'il auroit plus comode[men]t faite en suivant l'Estat Ecclesiast[i]q[ue].»<sup>2243</sup> Agraciado, a semejanza de Chalais, con el bastón exento de las guardias de corps, esta vez italianas, Lanti tuvo la fortuna de obtener por

---

<sup>2240</sup> MARTÍN GAITE, C.: *Macana*..., pp. 116 y ss.; 194 y ss. y 222 y ss.

<sup>2241</sup> «La Reyne ne me parut pas mal contente de Mlle. de Lanti et elle l'honnora de mille gracieusetes (...)» Ursinos a Torcy. Corella, 28 de junio de 1711, recog. en L. TR., V, p. 205.

<sup>2242</sup> DÉSOS, C.: *Les français*..., p. 329; CERMAKIAN, M.: *La princesse*..., pp. 327; 411-412. Ursinos a Vendôme. Madrid, 7 de noviembre y 12 de diciembre de 1711. GEFFROY, A.: *Lettres inédites*..., pp. 412-414. Desde 1709 la princesa trató de negociar, infructuosamente, el matrimonio de su sobrino con la hija de Amelot.

<sup>2243</sup> Tessé a la princesa de los Ursinos. Génova, 14 de abril de 1709. B.N.F., N.A.F., Mss. 20273, fols. 450r.-v.

mediación de la camarera mayor la mano de la heredera del conde de Priego, con la que casó en diciembre de 1714 previa concesión de la Grandeza de España a su futuro suegro.<sup>2244</sup> Ambos sobrinos, Chalais y Lanti, permanecerían fieles en su desgracia a Ursinos, a la que acompañaron durante su exilio, lo que les valió el alejamiento temporal de Madrid.<sup>2245</sup>

Además de a ciertos miembros de su parentela la princesa, y los reyes, extendieron su protección a diferentes sujetos de origen flamenco, italiano e irlandés.<sup>2246</sup> La labor de patronazgo desarrollada alrededor de estos individuos<sup>2247</sup>, de variada extracción social, tuvo un doble objetivo. Por una parte, el de rodear al monarca de un grupo de leales servidores cuya carrera y fortuna dependiese exclusivamente del favor del soberano y de la valía de sus servicios a la corona, principalmente en el seno del ejército, las guardias de corps o las Casas reales.<sup>2248</sup> Por la otra, el de favorecer a aquellos individuos que, por su fidelidad a la dinastía borbónica, habían perdido bienes y fortuna tras el abandono en manos aliadas de los Países Bajos, el Milanesado, Nápoles y Cerdeña. Una estrategia que a largo plazo, según reconoció Tessé, podía ser beneficiosa para Felipe V, quien podría valerse de los servicios de estos sujetos tras la reconquista de unos territorios en los que los Borbones aún contaban con partidarios.<sup>2249</sup>

Flamencos destacados en el círculo regio serían, en primer lugar, el príncipe de Tsercales de Tilly y el conde de Bergeyck. Poseedor de un impecable historial al servicio de la Casa de Austria en Flandes, caballero del Toisón desde 1702, Felipe V se sirvió de

---

<sup>2244</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 25 de octubre de 1714, recog. en L. TR., VI, p. 242; DÉSOS, C.: *Les français...*, p. 329. Asimismo, el hermano mayor de Lanti, el príncipe de Belmonte, recibió la llave de gentilhombre de la cámara del monarca. Du Bourk a Gualterio. Madrid, 21 de diciembre de 1711. B. L., Add. Mss. 20307, fol. 85v.

<sup>2245</sup> Chalais a Grimaldo. Aranda, 28 de diciembre de 1714; Lanti al mismo. París, 11 de marzo de 1715. A.H.N., E., leg. 2850.

<sup>2246</sup> Una síntesis de estos sujetos puede encontrarse en DÉSOS, C.: *Les français...*, pp. 336-339.

<sup>2247</sup> A quienes la princesa describía como «d'une utilité infinie» y por cuya protección abogaba en la «Memoria» que redactó antes de su instalación en el país: «(...) on fait tout ce qu'il faut pour les soutenir (...)». AA. EE., CPE., t. 150, fols. 123r.-v.

<sup>2248</sup> GLESENER, T.: «Les 'étrangers' du roi...», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 35-2 (2005), pp. 219-242; Ídem: «Tiempos de incertidumbre: las familias flamencas y la emigración militar a España a principios del siglo XVIII», en VILLAR GARCÍA, M. B. y PEZZI CRISTÓBAL, P. (eds.): *Los extranjeros en la España Moderna. Actas del I Coloquio Internacional (Málaga, 28-30 de noviembre de 2002)*. Málaga, 2003, I, pp. 353-364; ANDÚJAR, F.: «Nueva corte, nueva seguridad para el Rey: la creación del 'ejército cortesano' en tiempos de Felipe V», en MARTÍNEZ MILLÁN, J., CAMARERO BULLÓN, C. y LUZZI TRAFICANTE, M. (coords.): *La corte de los Borbones...*, I, pp. 337-366.

<sup>2249</sup> «Observations pour Sa Majesté Catholique». B.N.F., N.A.F., Mss. 20273, fols. 453r.-454v. Una política semejante sería defendida por Luis XIV en su correspondencia con Amelot tras la pérdida de los territorios italianos de la Monarquía Hispánica. Luis XIV a Amelot. Versalles, 26 de diciembre de 1707 y 4 de enero de 1708. GIRARDOT, B.: *Correspondance...*, I, p. 261-263.

Tserclaes durante la campaña de Extremadura. Pese a los problemas que en ese momento mantuvo con Berwick, la carrera militar del príncipe no se vio interrumpida, hasta el punto de suceder en 1712 a Vendôme como capital general de los ejércitos borbónicos. Asimismo, en octubre de 1703 fue designado capitán de las guardias valonas y, dos años después, se le concedió la Grandeza de primera clase. Si bien su fidelidad al rey nunca fue puesta en duda, no parece que Tserclaes trabara relaciones muy estrechas con la camarera mayor. Una situación semejante observamos en la trayectoria de su compatriota, Bergeyck. Experto en finanzas, colaborador del marqués de Bedmar en las reformas introducidas en el ejército y la administración de los Países Bajos en 1702, Bergeyck representó a Felipe V en las conversaciones de Gertruydenberg, tras lo cual pasó a España. Como quiera que el nuevo panorama de las relaciones francoespañolas impuso la no participación del embajador francés en el Despacho, el conde parecía llamado a jugar un papel destacado en el nuevo gobierno “enteramente” español.<sup>2250</sup> De hecho, a iniciativa suya se implantó la figura de los superintendentes generales de provincia y de guerra, inspirados en sus homólogos franceses (1712).<sup>2251</sup> Empero, a despecho de sus capacidades, Bergeyck no logró congraciarse con la camarera mayor, lo que a la postre determinaría su salida del país (1714). Aunque en un primer momento esta elogió sus esfuerzos para poner en orden la Hacienda regia («Il faut la capacité et la fermeté qu’a ce ministre pour surmonter mille difficultez qu’il trouve a chaque pas», escribió a Torcy<sup>2252</sup>), la correspondencia de Bonnac esboza una imagen diferente de las relaciones entre ambos: «estant venu icy dans le dessein de gouverner, il se trouve p[ro]m[p]tement éloigné des affaires. On le consulte pourtant quelquefois, mais on suit rarement son sentiment, et celui de M[onsieu]r Orry prevalit quasi toujours (...). M[adam]e la Princesse des Ursins ne l’ayme ny ne l’estime et il n’est pas sans doute à s’en appercevoir.»<sup>2253</sup> Aunque en su correspondencia entre 1711 y 1713 la princesa se mostraba bastante cauta al aludir al conde, es posible que su hostilidad a Bergeyck se debiera al posicionamiento que este había adoptado en 1709 con respecto a su continuidad en España. A la sazón, el conde entendió que la permanencia junto a los reyes de una figura tan vinculada al gabinete francés como era Ursinos, resultaría

<sup>2250</sup> Para Daubenton, la instalación de Bergeyck en España era una prioridad tras la salida de Amelot y la preeminencia adquirida en el ministerio por Medinaceli. Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 23 de julio de 1709. A.N., B7255, fols. 275v.-279r.

<sup>2251</sup> DUBET, A.: *Un estadista francés...*, p. 21 y 140-143 (para su labor en los Países Bajos); también, DE CASTRO, C.: *A la sombra de...*, pp. 237 y ss.

<sup>2252</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 26 de octubre de 1711, recog. en L. TR., V, pp. 219-220.

<sup>2253</sup> «Mémoire concernant l’Etat present de la cour d’Espagne», A.N., K 1359, fols. 6r.-v.

perjudicial para la firma de una paz con los aliados, cometiendo el error de exponérselo así a Luis XIV y a la propia dama, quien quizás vio en Bergeyck una amenaza para su futuro en el país.<sup>2254</sup> Hipótesis aparte, lo cierto es que, como corroboraba Bonnac, toda vez que Orry volvió a instalarse en España el influjo del conde en el gobierno y en el círculo regio comenzó a diluirse.<sup>2255</sup>

Más armoniosas serían las relaciones de la camarera mayor con otros flamencos como el barón Caprés, futuro duque de Bournonville, o los hermanos de Havré, quienes se sucederían en el ducado del mismo nombre. El primero, emparentado con la mariscala de Noailles y recomendado por Madame de Maintenon, se distinguiría en los Países Bajos antes de pasar a España en 1712, donde ostentaría los puestos de gobernador de Girona (1712), comandante general de Castilla la Vieja (1718), capitán de las guardias valonas y embajador ante la corte de Viena. Además, durante la negociación de las paces de Utrecht-Rastadt-Baden, Caprés actuó brevemente como agente de la camarera mayor en el asunto de su disputada soberanía<sup>2256</sup> y, tras la desgracia de esta, parece que maniobró con el fin de encabezar un partido favorable al perdón de la dama.<sup>2257</sup> En cuanto a los Havré, no solo descendían de una ilustre familia flamenca sino que también estaban emparentados con la nobleza francesa por vía materna. El primogénito, Carlos Antonio, coronel del regimiento de guardias valonas, falleció prematuramente en la batalla de Zaragoza (1710). Antes de su muerte fue distinguido con el aprecio de Felipe V y la protección de la camarera mayor, que trató de negociar para él, aunque sin éxito, su matrimonio con la heredera del príncipe de Bournonville, protegida de la mariscala de Noailles.<sup>2258</sup> Respecto a su sucesor, Juan Bautista Francisco, heredó de su hermano el

---

<sup>2254</sup> Ursinos a Maintenon. Madrid, 14 de octubre y 16 de diciembre de 1709; la misma a la misma. S. f. (ca. mediados de enero de 1710), recog. en *Madame de Maintenon et Madame la princesse des Ursins. Correspondance. 1707-1709...*, pp. 582-584; 623-625 y 636-638.

<sup>2255</sup> De hecho, D'Aubigny reconocía que la presencia del financiero en España tenía por finalidad la de comparar sus proyectos con los de Bergeyck. D'Aubigny a Torcy. París, 16 de febrero de 1714, recog. en L. TR., VI, p. 171.

<sup>2256</sup> "Pase al Congreso de Baden sin carácter ni representación alguna de parte de S. M. a la solicitud solo de la dependencia de Madama la princesa de los Ursinos, para asegurar se la ponga en posesión de la soberanía que S. M. la ha concedido en los Payses Vajos (...)." Al Barón Caprés. S. f. A.G.S., E., 8121.

<sup>2257</sup> Maintenon a Ursinos. Saint-Cyr, 8 de abril de 1709; Ursinos a Maintenon. Madrid, 6 de mayo de 1709, recog. en *Madame de Maintenon et Madame la princesse des Ursins. Correspondance. 1707-1709...*, pp. 453 y 469; DESOS, C.: *Les français...*, p. 431 (infra 50).

<sup>2258</sup> «Il n'y a rien à désirer en lui ni pour son courage ni pour son zèle pour le service du Roi son maître ; il est sage, poli, noble, et d'une humeur égale et douce (...). Sa Majesté Catholique l'estime et l'aime fort pour toutes ces raisons (...); il a plusieurs terres considérables (...) dans son pays et en France ; mais á la vérité elles sont chargées de dettes; ainsi, il lui faut une dot raisonnable pour les dégager (...).» Ursinos a la mariscala de Noailles. Madrid, 25 de septiembre de 1705. GEFFROY, A. (ed.): *Lettres inédites...*, pp.



título ducal, el cargo en las guardias valonas y el favor de la princesa, quien le elogiaría a menudo en sus cartas a Torcy.<sup>2259</sup> Considerado por Bonnac como el flamenco más influyente de la corte, carecía sin embargo del genio adecuado, según el diplomático, para sacar partido del crédito del que gozaba. Elevado a la Grandeza de España de primera clase en 1711, un año después Ursinos lo casaría con su sobrina, Mademoiselle de Lanti.<sup>2260</sup> Por último otra flamenca, Mademoiselle de Solre, se instalará en España junto a su madre, de nuevo una Bournonville emparentada con la mariscala de Noailles. Recibidas por María Luisa de Saboya con todos los honores, Mademoiselle de Solre contraería matrimonio en 1714 con el francés príncipe de Robecq, de la Casa Montmorency, tras lo cual sería designada dama de honor de la consorte.<sup>2261</sup>

La protección que la princesa y los reyes tributaron a los italianos no fue menos destacada que la otorgada a los flamencos: «Je n'ai pas moins de compassions pour les pauvres Italiens, nous en avons plusieurs ici de très zélés (...)», escribió Ursinos a Maintenon tras la pérdida del Milanesado.<sup>2262</sup> «En general -informó Bonnac- la nation Italienne paroît estre plus agréable que les autres, on luy confie les principaux postes soit à la guerre, soit dans le commandement des provinces, *et on peut juger que la Reyne, qui les a mis dans cet Estat, les y maintiendra.*»<sup>2263</sup> Entre los principales italianos del *entourage* real podemos mencionar, de entrada, al duque de Popoli, capitán de la compañía italiana de las guardias de corps desde 1703 y más tarde capitán general del ejército, cuya esposa hemos visto era muy apreciada por la reina.<sup>2264</sup> La lealtad y méritos de Popoli fueron elogiados varias veces por la princesa en su correspondencia<sup>2265</sup> y, en 1713, Bonnac

---

200-202. Mademoiselle de Bournonville terminaría casándose ese mismo año con el francés duque de Duras.

<sup>2259</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 14 de febrero de 1712, recog. en L. TR., VI, pp. 6-7.

<sup>2260</sup> «Mémoire concernant l'Estat present de la cour d'Espagne», A.N., K 1359, fol. 3r. El Decreto de concesión de la Grandeza de primera clase al duque de Havré se encuentra en, A.H.N., C., leg. 4477. Asimismo, con motivo de su matrimonio con Mademoiselle Lanti, Havré recibió del monarca un título de Castilla valorado en 22.000 ducados que en un principio había de enajenar el virrey del Perú, Santo Bueno, en Indias, pero que finalmente fue colocado en España. ANDÚJAR, F.: *Necesidad y venalidad...*, pp. 298-299 e *infra* n.º 35.

<sup>2261</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 5 de noviembre de 1713. AA. EE., CPE., t. 224, fols. 14r-15r.; A.G.P., Felipe V, leg. 213.

<sup>2262</sup> La misma a Madame de Maintenon. Madrid, 21 de marzo de 1707, *Madame de Maintenon et Madame la princesse des Ursins. Correspondance. 1707-1709...*, p. 135.

<sup>2263</sup> «Mémoire concernant l'Estat present de la cour d'Espagne», A.N., K 1359, fol. 3r. La cursiva es nuestra.

<sup>2264</sup> En 1707 el embajador toscano le definía como uno de los cortesanos más cercanos a la princesa, que le agraciaba con su favor. Rinuccini al gobierno florentino. Madrid, 29 de febrero de 1707. A.S.F., MdP, Filza 4994.

<sup>2265</sup> Ursinos a Maintenon. Madrid, 7 de noviembre de 1707, recog. en *Madame de Maintenon et Madame la princesse des Ursins. Correspondance. 1707-1709...*, p. 313.

señaló un tanto críticamente: «On le consulte sur quasi sur tout.»<sup>2266</sup> Menos relevantes que el anterior pero también favorecidos por los monarcas y Ursinos fueron el duque de Atri, capitán a su vez de la compañía italiana de guardias de corps, destacado en 1707 en la defensa del reino de Nápoles, cuyo hijo servía en el ejército borbónico en Flandes<sup>2267</sup>; o el duque de Giovenazzo, su heredero, el príncipe de Cellamare y su sobrino, el duque de Biscaccia, que acompañaron al marqués de Villena en su retiro a Gaeta ante el avance aliado en el reino partenopeo, instalándose después en la Península Ibérica. El primero había sido embajador español en Turín durante la regencia de Madame Royale. Establecido en España, gozó de la protección de la princesa y de la soberana, quien a instancias de la primera favoreció su nombramiento como consejero de Estado<sup>2268</sup>; en cuanto al segundo, Cellamare, poco después embajador español en Francia y uno de los protagonista de la bien conocida conjura contra el duque de Orleans, alcanzó en 1707 el rango de mariscal de campo, fecha en la que se le concedió, además, la llave de gentilhombre de cámara de Felipe V con un salario de 500 escudos mensuales.<sup>2269</sup> Su crédito ante la princesa iría *in crescendo* en los años finales de la guerra y, en 1713, el embajador mediceo le describiría como uno de los favoritos indiscutibles de la camarera mayor.<sup>2270</sup> En su correspondencia con Madame de Maintenon Ursinos defendería la confianza que siempre había abrigado en la lealtad de Cellamare y Bisaccia, vista anteriormente en Versailles con cierta suspicacia: «Voilà Madame -escribió con ironía- les deux traîtres que les ambassadeurs de France qui étaient autrefois à Madrid me reprochaient d'avoir pour amis, et l'on écrivait souvent à la cour, contre moi, le tort que

---

<sup>2266</sup> «Mémoire concernant l'Estat present de la cour d'Espagne», A.N., K 1359, fol. 2v. Los servicios del duque de Popoli a la corona serían recompensados largamente. Designado Grande de España de primera clase en junio de 1706, en enero de 1707 se le concedió la encomienda de León (orden de Santiago), a la que se añadió en 1712 la de Piedrabuena (Alcántara). Asimismo, desde 1708 el duque disfrutó de la propiedad de una de las casas en Madrid del almirante de Castilla, cuyo alquiler le rendía una renta de 1000 ducados al año. Su nombramiento como Grande de España de primera clase, Madrid, 17 de junio de 1706. A.H.N., C., libro 619, fol. 421v.; para la concesión de las encomiendas, Madrid, 30 de enero de 1707. A.G.S., D.G.T., Inv. 2, leg. 2; Madrid, 6 de julio de 1712. *Ibid.*, D.G.T., Inv. 2, leg. 11; Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 2 de febrero de 1708. A.N., B7251, fols. 84v.-85r.

<sup>2267</sup> DÉSOS, C.: *Les français...*, p. 338. Finalizada la guerra, Atri continuó distinguiéndose al servicio de Felipe V, concretamente en el intento de conquista de Sicilia en 1718, donde cayó herido. SAN FELIPE [1957], p. 295-296. Dos años antes, en diciembre de 1716, el monarca le concedió una pensión de tres mil ducados de vellón consignados, primero, en los bienes confiscados de Castilla y, más tarde, en los de Aragón. A.G.S., D.G.T., Inv. 3, leg. 1.

<sup>2268</sup> Bonnac le veía con profunda desconfianza, describiéndole como abiertamente opuesto al influjo de Francia sobre la Monarquía Hispánica. «Mémoire concernant l'Estat present de la cour d'Espagne», A.N., K 1359, fol. 9r. MACANAZ: *Memorias para la historia...*, IV. R.B., II/2084, fol. 221r.

<sup>2269</sup> Madrid, 27 de junio de 1707. A.G.S., D.G.T., Inv. 2, leg. 2.

<sup>2270</sup> Barón Nero a su gobierno. Madrid, 25 de diciembre de 1713 y 1 de enero de 1714. A.S.F., MdP, Filza, 5001 y 5002 respectivamente.

j'avais de les ménager.»<sup>2271</sup> Junto a los Cellamare, Popoli y Atri podemos citar también al príncipe de Santo Buono. Descendiente del linaje Caracciolo, antiguo embajador español en Venecia y enviado por la reina como embajador extraordinario ante el Papa a finales de 1701, sería recomendado por Luis XIV a Amelot en 1708.<sup>2272</sup> Tres años después, la princesa pensaría en él para ostentar el virreinato del Perú<sup>2273</sup>, al tiempo que su esposa se trasladaba a Madrid en calidad de dama de honor de la reina y su hija se convertía en la esposa del marqués de Crevecoeur, pasando a servir junto a su madre en la Casa de la consorte.<sup>2274</sup> Más privilegiada si cabe sería la posición del propio Crevecoeur en el *entourage* regio, dado su parentesco con María Luisa de Saboya por vía ilegítima. Primogénito de los príncipes de Masserano, Víctor Amadeo Ferrero-Fieschi entró al servicio de Felipe V en 1702 como ayudante de campo del monarca. Favorecido por la reina y la camarera mayor, merced a su atractivo físico según las maledicentes *Mémoires* de Louville, este último le tenía por un agente del duque de Saboya. Instalado en Madrid junto al monarca en enero de 1703, la reina y la princesa, muy probablemente por razones de prudencia (esto es la necesidad de eludir de manera explícita todo favoritismo hacia un miembro del linaje de la consorte), promovieron su nombramiento como capitán de un regimiento de infantería en Flandes a las órdenes del duque de Borgoña. O lo que es lo mismo, favorecieron su alejamiento temporal de la corte. A su regreso a la capital hispana sería nombrado comandante del regimiento de caballería de la reina (1705) y caballero del Toisón de Oro (1709), ascendiendo en los años siguientes a los rangos de brigadier y mariscal de campo.<sup>2275</sup> En 1713 Bonnac le describía como un hombre que debía consolidar aún su fortuna, pero vaticinaba su futura influencia sobre los asuntos: «Il est apportée de se mesler un jour de tout».<sup>2276</sup> Casado según acabamos de mencionar con la hija de Santo Buono, ocasión en la que su padre, el príncipe de Masserano, fue agraciado con la Grandeza, la marquesa no tardó en establecer una

<sup>2271</sup> Ursinos a Maintenon. Madrid, 7 de noviembre de 1707, recog. en *Madame de Maintenon et Madame la princesse des Ursins. Correspondance. 1707-1709...*, p. 314.

<sup>2272</sup> Luis XIV a Amelot. Versalles, 19 de marzo de 1708, en GIRARDOT, B.: *Correspondance...*, II, p. 24.

<sup>2273</sup> Por las mismas fechas se rumoreó asimismo que sería agraciado con el virreinato de Sicilia. Leblond a Pontchartrain. Venecia, 30 de mayo de 1711. A.N., B<sup>2</sup>259, fol. 98r.

<sup>2274</sup> A.E.M., S.S., leg. 163; DÉSOS, C.: *Les français...*, p. 377 (*infra* 114); Ursinos a Torcy. [S. l.], 17 y 18 de abril de 1712, recog. en L. TR., VI, p. 23-25; Du Bourk a Torcy. Madrid, 3 de octubre 1712. AA. EE, CPE, vol. 216, fol. 7r.; el nombramiento como damas de la reina de ambas en A.G.P., Felipe V, leg. 213.

<sup>2275</sup> El duque de Saboya a Operti. [S. l.], 18 de octubre de 1702. A.S.T., LMS., Mazzo 50; Operti al duque de Saboya. Madrid, 29 de marzo de 1703. *Ibid.*, LMS., Mazzo 48; LOUVILLE, II, pp. 9-10. Una semblanza biográfica general de Crevecoeur puede hallarse en RL4, XII-II, p. 216 (*infra* 2). MACANAZ: *Memorias para la historia...*, VI. R.B., II/2086, fol. 243v.

<sup>2276</sup> «Mémoire concernant l'Estat present de la cour d'Espagne», A.N., K 1359, fol. 2v.

estrecha relación con María Luisa de Saboya. Capitán de la compañía de Guardias españolas desde 1724 y gentilhomme de cámara del rey, los descendientes de Crevecoeur coparían diferentes cargos en las Guardias de corps e infantería española durante buena parte del siglo XVIII.<sup>2277</sup> Del conjunto de italianos integrados en el círculo regio restaría aludir, finalmente, al abate Alberoni. Parmesano de origen, todopoderoso secretario del duque de Vendôme, el favor del general francés le llevó a entrar en contacto con los reyes en septiembre de 1710, en tanto la corte permanecía en Valladolid. Muy bien recibido por la soberana, antes de la muerte de su protector Alberoni supo ganarse la estima tanto de la consorte, a la que el abate elogió largamente en sus cartas al conde della Rocca<sup>2278</sup>, como de la princesa, ante la que ejerció como intermediario en las comunicaciones que esta mantenía con Vendôme.<sup>2279</sup> Fallecido el duque, Alberoni permaneció en España. En 1713 fue designado enviado de Parma ante la corte madrileña, donde gracias a la mediación de María Luisa de Saboya y de la camarera mayor había obtenido una pensión de 4000 ducados a finales de 1711.<sup>2280</sup> Ciertamente, tras la muerte de Vendôme el crédito del abate en Madrid fue *in crescendo*. Así, no solo la reina y Ursinos le recibían asiduamente y le trataban con confianza, según percibió Nero en 1712<sup>2281</sup>, sino que también contó con la protección del duque de Medina-Sidonia, Grimaldo, el duque de Popoli y el cardenal del Giudice, relación esta última que sería fatal para el destino de la princesa.<sup>2282</sup>

Las restantes naciones presentes en el *entourage* real serían la francesa, la española y la irlandesa. En lo que toca a la primera, después de 1705 la figura más relevante del *lobby* francés en Madrid será el embajador, Amelot de Gournay, quien como hemos visto jugará un papel de primera magnitud en la escena política hasta 1709.

---

<sup>2277</sup> Con motivo de su matrimonio, Crevecoeur también recibiría, al igual que Havré, el privilegio de enajenar un título de Castilla valorado en aproximadamente 22.000 ducados. ANDÚJAR, F.: *Necesidad y venalidad...*, pp. 298-299 e *infra* n.º 35; FELICES DE LA FUENTE, M. M.: *La nueva nobleza...*, pp. 306-307 (en 1737, el primogénito de Crevecoeur obtendría de Felipe V una gracia semejante para sufragar los gastos de su boda en Francia con Carlota de Rohán). Acerca de los servicios de la familia Ferrero-Fieschi en el ejército español, ANDÚJAR, F.: “La Corte y los militares en el siglo XVIII”, en *Estudis. Revista de Historia Moderna*, 27 (2001), pp. 91-120, en concreto, pp. 116-117.

<sup>2278</sup> *Lettres intimes de J. M. Alberoni. Addressées au comte I. Rocca. Publiées par Émile Bourgeois*. París, 1892.

<sup>2279</sup> «Le duc de Vendosme me paroît toujours dans une bonne intelligence avec Sa Majesté Cath[olique] et la princesse des Ursins; et monsieur l'abbé Alberoni, qui est l'homme de confiance de M[onseigneur] de Vendosme, me paroît dans la résolution de contribuer de son mieux à cette union, la connoissant très nécessaire pour le bien du service des deux Roys (...).» Du Bourk a Torcy. Zaragoza, 7 de abril de 1711. AA. EE., CPE., t. 206, fol. 178r.

<sup>2280</sup> Ursinos a Torcy. Zaragoza, 13 de marzo de 1711, recog. en L. TR., V, p. 158.

<sup>2281</sup> Barón Nero a su gobierno. Madrid, 4 de julio de 1712. A.S.F., MdP, Filza 5000.

<sup>2282</sup> MAQUEDA, C.: *Alberoni...*, pp. 28-31.

Pasada esta fecha la influencia sobre el gobierno español de los sucesivos diplomáticos galos en la capital hispana (Monsieur de Blécourt, el marqués de Bonnac y el marqués de Brancas) no será comparable a la de su antecesor. Algunos, como Bonnac, contaron con un acceso privilegiado a los reyes y participaron de la cotidianidad de los soberanos<sup>2283</sup>; mientras que otros, por ejemplo Brancas, se vieron progresivamente excluidos del *entourage* real, merced tanto a la evolución de las relaciones entre las Dos Coronas durante las negociaciones de la paz de Utrecht como a sus tensas relaciones con la camarera mayor.<sup>2284</sup> Una preponderancia mayor tendrían los militares franceses, Vendôme, Noailles, Caylus y Tessé.<sup>2285</sup> El primero, cuya actividad al frente de los ejércitos borbónicos asentaría la corona hispana en la cabeza de Felipe V<sup>2286</sup>, sería elogiado por la princesa en su correspondencia, si bien siempre existieron rumores respecto a la fluidez de sus relaciones con la dama. Todo lo contrario de lo que le sucedería con la reina, quien definiría a Vendôme como el “salvador” de España.<sup>2287</sup> El segundo, Noailles, debía la buena acogida de Ursinos y la consorte a su parentesco con Madame de Maintenon. Sin embargo, la valía del duque como militar, de la que hizo gala

---

<sup>2283</sup> Como las representaciones de teatro francés que se celebraban en los aposentos de la reina una de las cuales, la tragedia de Corneille, *Cinna*, fue dirigida y protagonizada por Bonnac. BOTTINEAU, Y.: *El arte...*, pp. 350-351; DÉSOS, C.: *Les français...*, pp. 134-135; LÓPEZ ANGUITA, J. A.: “Spain, Italy and France: Marie Louise of Savoy, the Princess of Ursino, and the Crosscurrents of Court Theater during the Spanish War of Succession (1701-1714)”, en CRUZ, A. J. (ed.): *Gender Crossings From/To Spain: Early Modern Women’s Influence on National Theaters*, en prensa.

<sup>2284</sup> BÉLY, L.: «La présence et l’action des Ambassadeurs de France dans le gouvernement de Philippe V d’Espagne: conduite de la guerre et négociation de la paix», en MOLINIE, A. y MERLE, A. (dirs.): *L’Espagne et ses guerres...*; íd.: «Les diplomates à la Cour d’Espagne: acteurs et témoins», en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y LUZZI TRAFICANTE, M (coords.): *La corte de los Borbones...*, II.

<sup>2285</sup> Aunque no tan destacado como los anteriores, el caso del caballero de Bragelonne es un buen ejemplo del crédito que gozaban los militares franceses de mediana graduación en el entorno de los reyes. Designado capitán de la guardia que custodió a la reina durante su viaje hasta Burgos, supo ganarse la confianza de la consorte durante el trayecto. Elevado al rango de brigadier merced a la mediación de María Luisa de Saboya, finalizada su misión junto a la soberana Bragelonne debía marchar al frente catalán. Sin embargo, a instancias de la reina no sólo se mantuvo en Burgos, sino que posteriormente se instaló en Madrid junto a los monarcas. Su presencia en la capital española sería breve. Descontento ante lo que consideraba una abierta desobediencia hacia sus órdenes, Luis XIV ordenó no sólo la incorporación de Bragelonne al ejército del duque de Orleáns, a pesar de las reticencias de Felipe V, sino también su renuncia al grado de brigadier que acababa de recibir. María Luisa a Maintenon. Burgos, 6 de junio de 1706. AA. EE., M&D, t. 128, fols. 164v.-165v.; Amelot a María Luisa. Ciempozuelos, 26 de agosto de 1706. A.H.N., E., leg. 4833; duque de Orleáns a Felipe V. Campo de Lérida, 16 de noviembre de 1707. *Ibid.*, E., leg. 2454, exp. 25. Sobre la situación de Bragelonne, véanse las misivas de Felipe V a Luis XIV. Madrid, 12 de septiembre y 24 de octubre de 1707; Luis XIV a Felipe V. Fontainebleau, 26 de septiembre de 1707 y Marly, 7 de noviembre de 1707, recog. en *DM4V*, pp. 627, 634, 645y 651.

<sup>2286</sup> ALBAREDA, J.: *La Guerra...*, pp. 303-304 (para la campaña de 1710).

<sup>2287</sup> Ursinos al duque de Noailles. Madrid, 5 de septiembre de 1710; la misma a Torcy. Zaragoza, 13 de marzo de 1711, recog. en L. TR., V, pp. 96-97; 157-158; Alberoni al conde della Rocca. Zaragoza, 28 de enero de 1711, recog. en *Lettres intimes de J. M. Alberoni...*, p. 134.

por ejemplo en la campaña de 1710, así como su parcialidad hacia los intereses de España en Versalles durante el crítico año 1709, fueron igualmente determinantes en el favor que le tributaron los reyes y la camarera mayor.<sup>2288</sup> El tercero, el marqués de Caylus, fue nombrado coronel de dragones durante la estancia de Felipe V en Milán (1702). Sobrino de Madame de Maintenon, lo que influyó en la protección que le tributó Ursinos, y agraciado con la estima del monarca, ascendería a teniente general en 1709, se distinguiría en la campaña de Aragón y, tras la caída de la princesa, continuaría al servicio del rey como gobernador de Galicia o virrey del Perú, entre otros puestos. Honesto, juicioso y fiel a Francia, en palabras de Bonnac, la reina y la princesa le trataban con confianza, si bien el embajador consideraba con cierto recelo este favor: «comme cela ne produit rien de ce qu'il devoit naturellement espérer, on peut juger que ces demonstrations exterieures ne sont pas sincères et que sa qualité de François, ou quelque raison caché, s'oposent à son avancement.»<sup>2289</sup> En cuanto a Tessé, su buena sintonía con la princesa y María Luisa de Saboya fue una constante a lo largo de toda la vida de ambas en Madrid. De hecho, después de su partida de la capital hispana el mariscal continuó carteándose con la camarera mayor con bastante asiduidad, al tiempo que cultivaba el favor de la consorte a través del envío de óperas, comedias y novelas procedentes de Francia.<sup>2290</sup> Tal cercanía, añadida a su condición de caballerizo de la duquesa de Borgoña y a su conocimiento de la corte de Turín, favorecerían la designación de Tessé para encabezar una fallida aproximación diplomática a Saboya en 1709.<sup>2291</sup> El fracaso del mariscal en su misión, que contaría igualmente con el apoyo explícito de la reina, no enturbiaría sus vínculos con las dos mujeres. De hecho, la

---

<sup>2288</sup> DÉSOS, C.: *Les français...*, p. 204. «Non, Madame, il n'est point nécessaire que vous me recommandiez M. le duc de Noailles puisqu'il m'est tout au moins aussi cher qu'il vous l'est (...)». Ursinos a Maintenon. Madrid, 19 de mayo de 1709. Sobre la defensa por parte de Noailles de los intereses de España en Versalles. Maintenon a Ursinos. Versalles, 15 de julio y 19 de agosto de 1709, recog. en *Madame de Maintenon et Madame la princesse des Ursins. Correspondance. 1707-1709...*, pp. 474-475; 514 y 534. La reina compartía los sentimientos de la princesa hacia el duque, al que definía en una de sus cartas a Maintenon como «ami (...), nous le regardons sur ce pied-là (...)» La reina a Maintenon. [S. l.], 10 de diciembre de 1711, recog. en MILLOT, p. 234. Sobre la actividad militar de Noailles, ALBAREDA, J.: *La Guerra...*, pp. 303 y 360. Por su parte Vendôme destacaba la influencia de Noailles en la toma de decisiones merced a «un talent tout particulier pour obliger le Roi et la Reine à prendre leur parti sur-le-champ». MILLOT, p. 239.

<sup>2289</sup> «Mémoire concernant l'Etat present de la cour d'Espagne», A.N., K 1359, fols. 3v.-4r.

<sup>2290</sup> Ursinos a Tessé. Madrid, 5 de abril, 19 de mayo y 25 de diciembre de 1713. B. L., Add. Mss., 28787, fols. 84r., 93v.-94r. y 123r. Tessé a Ursinos. Versalles, 31 de enero y 20 de abril de 1710. B.N.F., N.A.F., 20273, fols. 594r.-v. y 20274, fols. 5v.-7r. respectivamente.

<sup>2291</sup> Parte de la correspondencia de Tessé con Ursinos en relación a esta misión diplomática se encuentra en B.N.F., N.A.F., 20273 y 20274.

camarera mayor pensaría en él como sustituto de Bonnac en 1713, recomendación que finalmente sería desoída por Torcy al designar al marqués de Brancas para el puesto.<sup>2292</sup>

Por su parte, los principales miembros de la conocida como “familia francesa” del rey continuaron al servicio de Felipe V. De hecho, a despecho de los rumores que acusaban a Ursinos y a la reina de ser contrarias a los criados franceses, con el tiempo observamos la progresiva integración de otros individuos procedentes de Francia en la Casa de la consorte, en concreto en la cámara, las Reales Cocinas o en el servicio de los infantes.<sup>2293</sup> El cambio más importante que apreciamos en su posición se referiría a su participación en la toma de decisiones. En este sentido, no parece que ninguno de los miembros de la “familia francesa” tuviera en estos años el grado de influencia sobre los asuntos de que disfrutaron en su día Montviel y, en mayor medida, Louville. Después de 1705 la labor de este grupo de criados sería examinada de cerca por Amelot, a quien se encargó asimismo el control sobre cualquier nueva nominación.<sup>2294</sup> Ambas circunstancias explican las descripciones que Bonnac realizó de estos sujetos en 1713. Así, Hersan, La Roche, Valouse, Burlet (primer médico del rey), Langlade (primer médico de la reina), son retratados por el diplomático como individuos cercanos al monarca, «qui luy parlent avec le plus de liberté», pero cuyo «crédit ne s'estend que sur de petites choses» o bien no se afanan más que en «remplir les devoirs de sa profession.»<sup>2295</sup> Estimados por los reyes, cuya intimidad y diversiones compartían, su permanencia en España estuvo determinada tanto por el favor de los monarcas como por su discreción. Una impresión semejante se trasluce de los testimonios contemporáneos relativos al confesor real, Padre Robinet, cuya prudencia, comparada con la conducta de su antecesor, Daubenton, le habría llevado a ser bien visto no solo por los Grandes sino también por la consorte y la camarera mayor.<sup>2296</sup>

Con respecto a los españoles que rodeaban a los reyes, fueron mayoritariamente criticados por los sucesivos diplomáticos franceses destinados en Madrid, principalmente aquellos que pertenecían a la Grandeza. De ellos cabría destacar en primera instancia su

---

<sup>2292</sup> Ursinos a Torcy. Madrid, 28 de enero de 1713; la misma a Tessé. Madrid, 21 de marzo de 1714, recog. en L. TR., VI, pp. 86-87 y 176. La última misiva se encuentra recogida también en B. L., Add. Mss., 28787, fol. 127r.

<sup>2293</sup> DÉSOS, C.: *Les français...*, p. 143; A.G.P., Felipe V, leg. 255(1).

<sup>2294</sup> «Mémoire pour servir d'instruction au Sieur Amelot...», *RL4*, XII-II, p. 146-147.

<sup>2295</sup> «Mémoire concernant l'Estat present de la cour d'Espagne», A.N., K 1359, fol. 4r.

<sup>2296</sup> Ambrose Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 29 de septiembre de 1709. A. N., B7256, fols. 276v.277r. La visión que Daubenton aporta en esta misiva sobre la influencia política de la “familia francesa” es semejante a la emitida posteriormente por Bonnac.

fidelidad personal y su afecto, en algunos casos, hacia los monarcas, lo que no implicaba a menudo una actitud abiertamente francófila por su parte. En segundo lugar su parcialidad, más o menos aparente, hacia la princesa de los Ursinos, la reina, Orry y Amelot, a los que buena parte de ellos debían la consolidación de su posición en el *entourage* regio y en el gobierno. Y en tercer lugar su voluntad por servir al monarca en la administración, las Casas reales y en el ejército. Es de advertir que tal voluntad no siempre se correspondió con una flexibilidad estricta hacia la influencia de Francia sobre la Monarquía Hispánica, sobre todo a partir de 1709 cuando se impuso un cambio explícito en la vinculación de las Dos Coronas. En cualquier caso Orry y Amelot, como también Ursinos, supieron ubicar a estos individuos, según sus méritos y capacidades, en las diferentes instituciones oficiales y oficiosas a través de las que se canalizaba la toma de decisiones (Consejo de Estado, otros Consejos de la Monarquía, Despacho, Secretarías del Despacho...), cuya influencia sobre el tratamiento de los asuntos divergía sucintamente como es bien sabido. Según la ya citada Memoria de Bonnac, el Consejo de Estado, anteriormente uno de los principales cuerpos de gobierno de la Monarquía, se habría visto reducido ahora al tratamiento de los asuntos relativos a los «ministres étrangers», aunque aún conservaba numerosas prerrogativas externas. No es de extrañar, por tanto, que de él formasen parte algunos de los aristócratas que menor vinculación y ascendiente tenían en el entorno de los reyes y Ursinos, como Mancera, Montalto, Castel-Rodrigo<sup>2297</sup>, Montellano, Arcos, Santisteban, Monterrey o el cardenal del Giudice, en tensas relaciones con la camarera mayor ya en estas fechas.<sup>2298</sup> Paralelamente, algunos de los consejeros de Estado formaban parte también del Despacho, limitado ahora a la aprobación de los asuntos de «peu d'importance et (...) après celles ont esté décidées en particulier»<sup>2299</sup>, *verbigracia* Frigiliana, Ronquillo, Medinasidonia, el marqués de Bedmar y el conde de Bergeyk, si bien este último casi no acudía a sus sesiones.<sup>2300</sup> Figuras fundamentales en el entramado de gobierno serían, de acuerdo con esta Memoria, los dos Secretarios del Despacho, Mejorada y Grimaldo, el gobernador del Consejo de Castilla, Ronquillo, y Macanaz, a quien Bonnac no se refiere pero cuya influencia sería patente sobre todo a partir de 1713. De los secretarios, quien

---

<sup>2297</sup> Castel-Rodrigo, según una misiva de Felipe V a Gramont, habría pagado 4000 pistolas por su designación como miembro del Consejo de Estado. Felipe V a Gramont. S. f. (ca. invierno de 1704). B.N.F., N.A.F., 23180, fol. 10r.

<sup>2298</sup> «Mémoire concernant l'Estat present de la cour d'Espagne», A.N., K 1359, fols. 7r.-9r.

<sup>2299</sup> *Ibid.*, fol. 5r.

<sup>2300</sup> *Ibid.*, fols. 6r.-v.



verdaderamente nos interesa es Grimaldo, no solo porque ocupaba la Secretaría de mayor importancia sino también por sus estrechas relaciones con la reina, la camarera mayor y Orry. Según hemos visto, la relación de este con el financiero le vinculó con la princesa y, a través de ella, con los reyes. “Capaz, inteligente y experimentado (...) sincero y leal, entregado al servicio del rey y al bien de sus asuntos”, escribió Saint-Simon, que le conoció en 1722<sup>2301</sup>, Bonnac le atribuyó las mismas virtudes diez años antes («il ne sçait qu’obeir à la volonté de son maistre»), al tiempo que destacaba su parcialidad a la consorte, con quien colaboró estrechamente durante la gobernación de esta en 1710.<sup>2302</sup> La fidelidad del secretario, extensible también a la propia Ursinos, cuya caída parece que le afectó sinceramente<sup>2303</sup>, sería recompensada con un título de Castilla, el de marqués de Grimaldo, en 1714. Al servicio de Felipe V hasta 1726, Grimaldo fue uno de los pocos servidores de la tríada Ursinos-Orry-Amelot que pudo sortear con éxito las mudanzas de la política interior española tras el final del conflicto sucesorio.<sup>2304</sup>

No le sucedería lo mismo a Ronquillo. Gobernador del Consejo de Castilla desde 1705, «il n’est pas agréable à la Reyne, M[ada]me la Princesse des Ursins luy est certainement contraire», concluyó Bonnac sin incidir en los motivos de esta rivalidad. Por el contrario, el mismo diplomático le definía como el ministro castellano más cercano al rey: «(...) il s’est maintenu jusques à présent [en el cargo] et il y a apparence qu’il continuera à se maintenir *par le gout personnel que le Roy (...) a pour luy*. Sa M[ajes]té Cat[holique] le regarde comme un homme fidèle, incorruptible et uniquement attaché à sa personne, en sorte que tous les mouvemens qu’on s’en donné jusques à cette heure pour le perdre n’ont peu réussir.» La confianza del monarca en Ronquillo, con quien despachaba todos los viernes en privado durante una hora u hora y media, le mantendría en el puesto hasta 1713 a despecho de los intentos por destituirle. Opuesto a la reforma

<sup>2301</sup> *Saint-Simon en España...*, pp. 205-206.

<sup>2302</sup> «Mémoire concernant l’État present de la cour d’Espagne», A.N., K 1359, fol. 6v.; sobre la relación de Grimaldo con Amelot, Ursinos y los reyes, véase CASTRO, C.: *A la sombra...*, p. 227. Según parece, durante la ausencia de Orry de la corte entre 1706-1713 el financiero mantuvo correspondencia con Grimaldo. Algunas de estas misivas se encuentran en A.G.S., E., leg. 4307 (para el año 1709).

<sup>2303</sup> “(...) Suplico y ruego a V. A. como lo rogué al Prinz[ip]e de Chalais en Guadalajara, se sirva de mi persona, de lo que valgo y tengo en mi cassa, pues no haré en esto más que cumplir con una verdarerísima obligación y respecto, y restituirlo a quien me lo à dado y a quien lo [h]e debido todo (...) quedo y estaré rendido s[iem]pre con la más profunda veneración y respeto (...)” Grimaldo a Ursinos. Madrid, 30 de diciembre de 1714. A.H.N., E., leg. 2850, exp. 13.

<sup>2304</sup> La familia Grimaldo contaba asimismo con representación en la Casa de la reina, una de cuyas guardamenores, Doña María Grimaldo, era prima del Secretario. Al servicio de la consorte desde 1694, Doña María ejerció también como guarda de las amas del príncipe de Asturias, a quien cuidó además cuando enfermó de viruela. A.G.P., Personal, C. 480, exp. 22; *Ibid.*, Felipe V, leg. 212(1).

ministerial alentada por Orry y Macanaz, fue cesado en el otoño de ese año, previa concesión por Felipe V de una pensión vitalicia de 100.000 reales (pagada en plata y ubicada en una buena consignación por mediación de Grimaldo).<sup>2305</sup> En cuanto a los vínculos del mencionado Macanaz con Orry, la reina y la princesa, fueron particularmente estrechos sobre todo a partir de 1713, si bien Macanaz había entrado en contacto con los círculos del poder desde 1706.<sup>2306</sup> Testimonio elocuente de esta relación serían no solo sus *Memorias para la historia...*<sup>2307</sup>, marcadamente parciales hacia estos tres personajes, sino también, para el caso concreto de la consorte, la carta de pésame que el otrora fiscal del Consejo de Castilla envió a Fernando VI tras la muerte de Felipe V. En ella Macanaz elogiaba la memoria de la reina fallecida treinta años atrás (“desde el 14 de febrero de 1714 que murió la santa Reina Madre de V[uestra] M[ajestad] no he cesado un punto de tenerlo oprimido [el corazón] por ver que Dios se la llevó [...] después de las lágrimas, penas y fatigas que tuvo desde que entró a reinar hasta su temprana muerte). De hecho, para Macanaz, la muerte de la consorte y la subsiguiente destitución de Ursinos constituirían los episodios que aventuraron su posterior desgracia.<sup>2308</sup>

Junto a los exponentes de la burocracia y la mediana nobleza Felipe V continuó valiéndose de los servicios de algunos miembros de la Grandeza. La lealtad de estos sujetos a la pareja real y a la camarera mayor fue la clave de sus respectivas trayectorias, si bien su influencia política sería variable según los casos. Ciertos de ellos, como el conde de Frigiliana y el duque de Veraguas, unieron un notable ascendiente sobre los asuntos (en calidad de gobernadores de los Consejos de Indias y Órdenes y estrechos colaboradores de Orry y Amelot) al favor que les tributaban Ursinos y María Luisa. Según hemos visto a lo largo de este trabajo, Frigiliana y Veraguas fueron siempre

---

<sup>2305</sup> «Mémoire concernant l’Estat present de la cour d’Espagne», A.N., K 1359, fol. 5v., la cursiva es nuestra; CASTRO, C.: *A la sombra...*, p. 247; SANTOS SALADO, J. M.: *Al servicio...*, p. 76. La oposición de Ronquillo a los cambios introducidos por Orry en el sistema de consejos no disminuyó tras su destitución, por lo que recibió la orden de abandonar la corte en abril del año siguiente: «on croit que c’est pour avoir tenu des discours sedicieux», dedujo du Bourk. Du Bourk a Gualterio. Madrid, 16 de abril de 1714. B. L., Add. Mss., 20307, fol. 236v.

<sup>2306</sup> MARTÍN GAITE, C.: *Macanaz...*, p. 82. Los primeros contactos de Macanaz con Orry se vieron favorecidos por la relación de su patrón, el conde de San Esteban de Gormaz, con el financiero y el conde de Tessé.

<sup>2307</sup> Véase LAMA ROMERO, E.: *Macanaz memorialista: una aproximación a la formación del Estado borbónico*. Córdoba, 2009.

<sup>2308</sup> MARTÍN GAITE, C.: *Macanaz...*, pp. 445-446. La relación de la reina con Macanaz debía ser lo suficientemente estrecha como para que ésta le regalase en su día una valiosa bandeja de plata cincelada con filigranas y adornada con piedras preciosas. *Ibid.*, p. 434.

considerados como los principales “favoritos” de la camarera mayor, siendo el último, además, particularmente agradable a la reina hasta su fallecimiento en 1710. Su sucesor, el nuevo duque de Veraguas, anteriormente conocido con el título de marqués de Jamaica, disfrutó a su vez de la protección de la consorte<sup>2309</sup> y recibió, como su padre, importantes mercedes de Felipe V<sup>2310</sup>: «la princesse l'écoute et le protège, mais ce duc est si fort gâté sur l'avarice et l'intérêt particulier qu'on est toujours en garde contre luy», declaró Bonnac.<sup>2311</sup> En una situación diferente se encontraría Montellano. Elevado gracias a la protección de Ursinos a la gobernación del Consejo de Castilla, el regreso de la camarera mayor a España entrañó su destitución del cargo (noviembre de 1705) por las razones que ya conocemos. No obstante, pese a que en lo sucesivo sus relaciones con la dama distaron de ser tan fluidas como en los años anteriores, continuó disfrutando del “favor de la reina, aunque menos declarado”. De hecho, según parece fue gracias a la protección de la consorte que Montellano logró mantenerse en el Despacho, pese al interés de Amelot por obtener de Felipe V su salida del gabinete, así como su designación como miembro del Consejo de Estado.<sup>2312</sup> “Muy capaz en todas buenas letras, mui experimentado, prudente y advertido, y de bastante desinterés”, a decir de Macanaz, Montellano se destacó entre 1705-1709 por su oposición a la política del embajador francés en España.<sup>2313</sup> El cambio en las relaciones francoespañolas en 1709, las críticas vertidas contra la princesa y Amelot en la tertulia que se celebraba en su casa,

<sup>2309</sup> «[Jamaica] non seulement est un homme de grande qualité, mais qui a beaucoup d'esprit et de mérite. Il est fils d'un homme qu'on a bien noircit en France sans savoir d'autre faute que celle d'être ami de la P[rincesse] des Ursins, le Roy et moy avons toujours été fort content de luy et du zèle que nous luy avons connu dans toutes les occasions pour notre service (...)» La reina a Maintenon. Madrid, 9 de julio de 1705. AA. EE., M&D, t. 128, fol. 85r.

<sup>2310</sup> Veraguas padre, presidente del Consejo de Órdenes, fue agraciado en 1707 con una pensión de 4000 ducados sobre las rentas maestras de las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, en atención “a los atrasos y la cortedad de sueldo que goza con la Presidencia del Consejo de las órdenes”. Un año después, obtuvo también del rey una importante concesión comercial que le permitiría enviar anualmente dos barcos a Indias, privilegio que enajenó en favor de un comerciante francés y que le reportó un beneficio neto de 105.000 piastras. A semejanza de su progenitor, el heredero del ducado, el marqués de Jamaica, fue beneficiario también de la gracia regia. En 1709 se le concedió una compensación de 16.000 piastras sobre las pérdidas que había sufrido su patrimonio en Cerdeña, al tiempo que seis años después, ya como sucesor en el mayorazgo, se le reconocía lo adeudado por la corona a su fallecido padre (que ascendía a 173.000 pesos) sobre las alcabalas de Puebla y Méjico y el producto de los azogues de Nueva España. Madrid, 14 de agosto de 1707. A.G.S., D.G.T., Inv. 2, leg. 2; Parteyet a Pontchartrain. Madrid, 1 de octubre de 1708. A.N., B<sup>7</sup>254, fol. 118r.-119r. Daubenton al mismo. Madrid, 11 de febrero y 30 de marzo de 1709. A.N., B<sup>7</sup>255, fols. 159r.-161r. y 289v.-290r.; Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 9 de septiembre de 1709. *Ibid.*, B<sup>7</sup>257, fol. 175v.; Grimaldo al conde de Frigiliana. Buen Retiro, 15 de marzo de 1715. A.G.S., G&J, lib. 341.

<sup>2311</sup> «Mémoire concernant l'Estat present de la cour d'Espagne», A.N., K 1359, fol. 2r.

<sup>2312</sup> SAN FELIPE [1957], p. 102. BARRIOS, F.: *El Consejo...*, p. 411 (su nombramiento como consejero de Estado tuvo lugar el 6 de noviembre de 1705).

<sup>2313</sup> MACANAZ: *Memorias para la historia...*, II. R.B., II/2082, fols. 51r.-v.

y posiblemente las sospechas relativas a sus vínculos con el duque de Orleáns, precipitaron su salida del gabinete ese mismo año. Empero, no caería totalmente en desgracia, de nuevo por mediación de María Luisa de Saboya<sup>2314</sup>, manteniéndose en la corte hasta su muerte, ocurrida en 1713.<sup>2315</sup>

Otros españoles igualmente bien considerados en el entorno de Felipe V y su consorte serían los duques de Osuna, Linares y del Arco; el condestable de Castilla y el conde de Aguilar, hijo de Frigiliana, hasta 1711. El primero, Osuna, pertenecía a una familia en un principio poco favorecida por la camarera mayor (recuérdense las críticas que le merecieron su madre o sus hermanas), pero supo granjearse con el tiempo la aprobación de la pareja real y de la princesa merced a su fidelidad al rey y a su voluntad de servicio.<sup>2316</sup> Capitán de la guardia española, empleado por Felipe V en comisiones tan delicadas como el traslado de Mariana de Neoburgo a Bayona<sup>2317</sup>, plenipotenciario español en las negociaciones de Utrecht, donde se distinguió por su defensa a ultranza de los derechos de la favorita a una soberanía en los Países Bajos, Osuna podía ser un hombre testarudo y altanero, pero acomodaticio ante los órdenes del rey y la princesa.<sup>2318</sup> Así, no solo fue el primero de los Grandes en otorgar a Ursinos el tratamiento de Alteza Serenísima, al que la dama creía tener derecho merced a su pertenencia a la familia Orsini<sup>2319</sup>, sino que también asumió con aparente sumisión el castigo de su hermano, el conde de Pinto, tras protagonizar un altercado en las calles de

---

<sup>2314</sup> SAN FELIPE [1957], p. 169.

<sup>2315</sup> Su trayectoria al servicio de Felipe V le valdrían en febrero de 1705 la Grandeza de España de segunda clase y el título de duque, pasando a su primogénito el condado de Salduña. Madrid, 4 de febrero de 1705. A.H.N., C., lib. 619, fol. 352r.; también FELICES DE LA FUENTE, M. M.: *La nueva nobleza...*, p. 268.

<sup>2316</sup> Macanaz refirió la largueza con la que el duque correspondió a las necesidades económicas de la Corona cuando aludió a “los innumerables gastos que él hacía en el servicio, levantó un Regimiento de Dragones en sus Estados y vestido, montado y equipado en toda forma, se lo presentó al Rey (...)”. MACANAZ: *Memorias para la historia...*, VI. R.B., II/2086, fol. 224r.

<sup>2317</sup> LÓPEZ ANGUITA, J. A.: “Espacios para una reina viuda. Gracia y desgracia de Mariana de Neoburgo en la corte de Felipe V (1700-1706)”, en GARCÍA GARCÍA, B. J. y JONGE, K. (eds.): *Felix Austria. Lazos familiares, cultura política y mecenazgo artístico entre las cortes de los Habsburgo en el contexto europeo (1516-1715)*, en prensa.

<sup>2318</sup> Amelot le definía como «distinguéé infiniment au-dessus de tous ceux de son rang par son dévouement à la personne de S. M. Catholique, ayant toujours fait, la tête levée, tout ce qui pouvait lui être agréable, sans être arrêté par les discours et par les mauvais maximes des autres grands.» Amelot a Luis XIV. Madrid, 27 de febrero de 1708, recog. en GIRARDOT, B.: *Correspondance...*, II, p. 22.

<sup>2319</sup> «(...) J'ay entendu Mr. le duc d'Ossuna raisonner avec d'autres gens et leur dire que de refuser l'altesse à Madame la princesse ce seroit douter de l'autorité et du pouvoir du Roy ou bien vouloir (...) faire un affront à une dame. Il ajoutta que la puissance et les services de la princesse ne se pouvoient pas récompenser assez, qu'elle étoit d'un sang et d'un rang qui ne luy laissoit qu'un seul pas à faire à la souveraineté (...).» Du Bourk a Gualterio. Corella, 30 de septiembre de 1711. B. L., Add. Mss. 20307, fol. 74v.

Madrid en el que resultó muerto un cochero.<sup>2320</sup> Igual de cercano que el anterior a la reina y la camarera mayor era el duque de Linares, don Fernando de Alencastre y Noroña, al menos en término de negocios. Descendiente de una familia de la Grandeza, alejado de la corte durante años por encontrarse al servicio de Felipe V en Lombardía, Luis XIV le recomendó a Amelot en mayo de 1708: «il m'a représenté avec douleur et en même temps avec zèle, le peu de cas qu'il sembloit que le roy son maître faisoit de ses services.»<sup>2321</sup> Tras su regreso a Madrid poco después, y por mediación del embajador, fue muy bien acogido por la princesa, quien poco más tarde lamentaría su partida hacia Méjico (Nueva España) en calidad de virrey: «J'en fais convenir le Duc de Linares toutes les fois que ie le trouve en mon chemin; nous le perdons bientôt pour le Mexique, je le verray partir avec regret, mais le Roy a besoin d'un sujet comme luy pour y gouverner ce Royaume important (...).»<sup>2322</sup> Como ha puesto de manifiesto Francisco Andújar, la confianza de la camarera mayor y la consorte en Linares había de ser lo suficientemente sólida como para que, antes de su partida, ambas le encomendasen la venta de unos cuatro millones de reales en “mercancías honoríficas”, cuyo producto María Luisa emplearía en la compra de joyas y en los gastos derivados del acondicionamiento de sus aposentos.<sup>2323</sup> En una situación diferente se encontraría Don Alonso Manrique, conde de Montehermoso, a quien podemos considerar como uno de los castellanos más cercanos al rey. Extremeño de origen, gentilhombre de la cámara de Carlos II y Felipe V, a quien siguió en su primera huida de Madrid, caballerizo del monarca y alcaide de los reales sitios del Pardo y de la Zarzuela, se encargaba, merced a este último cargo, de la intendencia de las partidas de caza reales. En una de ellas parece que salvó al monarca del ataque de un jabalí, lo que le valió el cargo de montero mayor y, al año siguiente, el ducado del Arco y la grandeza de España de primera clase.<sup>2324</sup> Hombre discreto –«il ne se mesle de rien ou par sa sagesse ou parce que son génie ne le porte pas aux affaires»– y

---

<sup>2320</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse*, p. 458 (infra 16). El episodio de Pinto aparece relatado con todo detalle en Amelot a Luis XIV. Madrid, 27 de febrero de 1708, recog. en GIRARDOT, B.: *Correspondance...*, II, pp. 19-22.

<sup>2321</sup> Luis XIV a Amelot. Versalles, 28 de mayo de 1708. GIRARDOT, B.: *Correspondance...*, II, p. 45.

<sup>2322</sup> Ursinos al conde de Tessé. Madrid, 6 de abril de 1710. B. L., Add. Mss. 28787, fol. 3v. En un principio, Linares fue designado virrey de Perú, puesto que permutó poco después por el de Nueva España: «(...) chacun convient que Sa M[ajesté] Cat[holique] ne pouvoit faire meilleur choix pour la viceroyauté du Peru (...)» Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 27 de mayo de 1709. A. N., B<sup>7</sup>256, fols. 143r.-v. El nombramiento fue también aprobado por el rey de Francia. Luis XIV a Amelot. Versalles, 18 de febrero de 1709. GIRARDOT, B.: *Correspondance...*, II, p. 121.

<sup>2323</sup> ANDÚJAR, F.: *Necesidad y venalidad...*, pp. 285-296, donde puede encontrarse un relato exhaustivo de este “negocio” y sus resultados pecuniarios.

<sup>2324</sup> A.G.P., Personal, C. 118, exp. 18; A.H.N., C., lib. 2753, n.º 63.

cercano a Francia, su favor se mantuvo incólume durante buena parte del reinado, siendo tratado con familiaridad también por Isabel Farnesio.<sup>2325</sup> En cuanto al condestable de Castilla, mayordomo mayor del rey desde 1705 hasta 1713, fecha en que falleció, se destacaría por su sumisión ante las reiteradas alteraciones oficiosas de la etiqueta, a diferencia de su antecesor, Villafranca.<sup>2326</sup> Casado desde 1705 con una de las antiguas damas de la reina, hermana de Osuna, eran bastante aficionados al teatro y mantenían por lo que parece una buena relación con Amelot, al que para su desagrado invitaban a algunas de las frecuentes representaciones de *comédies espagnoles* que organizaban en su palacio.<sup>2327</sup> Por último Aguilar, heredero del conde de Frigiliana fue, a semejanza del marqués de Jamaica (futuro duque de Veraguas), favorecido por los reyes y la camarera mayor en buena medida debido al crédito de su padre, Frigiliana, en el círculo regio. Militar destacado en Lombardía y más tarde en la península, donde fue designado capitán de la compañía española de guardias de corps desde 1704 y capitán general durante la campaña de 1710, los reyes le encargaron el desempeño a finales de 1705 de una misión diplomática ante Versalles cuya finalidad era recabar el apoyo de Francia para el asedio de Barcelona y la entrega al gabinete francés de una “Memoria” sobre cuestiones comerciales.<sup>2328</sup> Definido por María Luisa como «un homme d’esprit», tan leal al monarca como su padre y conocedor además del francés<sup>2329</sup>, fue parte fundamental del *entourage* regio hasta diciembre de 1711 cuando, según la versión oficial, abandonó todos sus empleos en la corte «pour aller vivre dans ses terres en repos, desabuzé du monde et de la fortune, ne voulant songer qu’à prier à Dieu pour le Roy (...)»<sup>2330</sup> La repentina

---

<sup>2325</sup> *Saint-Simon en España...*, p. 314; MOLAS RIBALTA, P.: “Viejos y nuevos títulos en la corte de los Borbones”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J., CAMARERO BULLÓN, C. y LUZZI TRAFICANTE, M. (coords.): *La Corte de los Borbones...*, II, pp. 999-1000; «Mémoire concernant l’Estat present de la cour d’Espagne», A.N., K 1359, fol. 2v.

<sup>2326</sup> Quizás por ello San Felipe le describió como un “hombre ingenuo, sincero e incapaz de poner en el Rey siniestra impresión contra alguno (...)” SAN FELIPE [1957], p. 15.

<sup>2327</sup> Quien no era muy aficionado a las comedias españolas, según ironizaba la camarera mayor en una misiva a la marquesa. Ursinos a Maintenon. Madrid, 6 de marzo de 1707, recog. en *Madame de Maintenon et Madame la princesse des Ursins. Correspondance. 1707-1709...*, p. 116.

<sup>2328</sup> Parte de la documentación relativa a esta embajada se encuentra en A.G.S., E., leg. 4301.

<sup>2329</sup> La reina a Maintenon. Madrid, 1 de noviembre de 1705. AA. EE., M&D, t 128, fol. 108r.

<sup>2330</sup> «Le comte d’Aguilar (ou je suis bien trompée) ne s’attendoit pas que S. M. C. le prît au mot; c’étoit la coutume, en cette cour, du temps de Charles Second que les grands fissent les mécontents quand ils vouloient attraper quelque grâce nouvelle, souvent sans aucun mérite que leur avidité. Ce temps est changé et le prince qui règne aujourd’hui n’aimant point les artifices ne fera du bien qu’aux personnes qu’il en croira dignes et qui se confieront en sa générosité (...)» Ursinos a Torcy. Madrid, 14 de diciembre de 1711, recog. en L. TR., V, pp. 228-229; la misma a Tessé. Madrid, 27 de diciembre de 1711. B. L., Add. Mss. 28787, fols. 36r.-v. En la misma, informa de la elección del conde de San Esteban de Gormaz como sucesor de Aguilar al frente de la guardia española.

marcha de Aguilar dio lugar a todo tipo de rumores. Ciertamente la fidelidad del conde a la Casa de Borbón no fue puesta en duda, al contrario de lo que sucedió con Medinaceli o Leganés, pero si hemos de dar crédito a la correspondencia de Du Bourk la desgracia de Aguilar se habría debido al enrarecimiento de sus relaciones con la reina y la camarera mayor desde el verano de 1711. Según informó el enviado jacobita a Gualterio en estas fechas: «M[onsieu]r le comte d'Aguilar n'est pas agréable à la Reine d'Espagne ni à la princesse des Ursins, et elles ont sujet de n'en estre pas contents puisqu'elles ont raison de croire qu'il a formé le dessein d'éloigner le Roy d'Esp[agn]e de la Reine d'Esp[agn]e et de détruire l'union qui règne entre eux jusqu'à présent.»<sup>2331</sup> ¿Pretendió Aguilar instar a Felipe V a tomar un amante, según se rumoreó a la sazón? Resulta difícil concluir que así fuera, dada la aparente “cortesía” con la que se desarrolló su caída y a las informaciones de otro cariz que circularon al respecto, concretamente aquellas que aludían al fracasado intento del conde por indisponer a Vendôme, pieza clave por entonces en la estrategia militar borbónica, con los reyes y la camarera mayor.<sup>2332</sup> No obstante, lo que parece evidente es que la caída de Aguilar se debió a un hecho lo suficientemente grave como para que, en tanto la reina estuvo viva y la princesa permaneció en España, no volviera a pisar la corte.<sup>2333</sup> Al margen de ello, es de notar que ambas mujeres se mostraron bastante pragmáticas en el momento de su desgracia. En este sentido la caída de su hijo no pareció perjudicar al conde de Frigiliana, quien continuó al servicio de Felipe V; como tampoco al duque de Noailles, muy cercano a Aguilar y de quien se rumoreó que había tomado parte en sus intrigas.<sup>2334</sup>

Sir Tobby du Bourk, el duque de Berwick y las camaristas de la reina serían los principales representantes de la nación irlandesa en el *entourage* real, si bien sus respectivas influencias a nivel político no serían equiparables en ningún caso. El primero, enviado jacobita en la corte española hasta 1712, informador privilegiado de Torcy y

<sup>2331</sup> Du Bourk a Gualterio. S. f. [ca. verano de 1711]. B. L., Add. Mss. 20307, fols. 67r.-v.

<sup>2332</sup> «Il [Aguilar] est arrivé icy après qu'on a admis sa demission il a baissé la main à Leur Majestez et affecte une gayete et une satisfaction qui choque et qui peut-être luy attirera quelque mortification (...)» El mismo al mismo. Madrid, 21 de diciembre de 1711. *Ibid.*, fol. 8r.

<sup>2333</sup> Nero aludió en agosto de 1712 al rumor que aludía al posible regreso de Aguilar a la corte, que consideró impracticable debido a la oposición de la princesa y Grimaldo hacia el conde. Barón Nero al gobierno de Florencia. Madrid, 15 de agosto de 1712. A.S.F., MdP, Filza 5000. Tal rumor volvería a repetirse en 1715, ya desterrada Ursinos, pero sin mayores novedades dada la enemistad de Alberoni hacia Aguilar, lo que parece corroborar que la principal causa de la desgracia de éste habría sido su participación en algún tipo de acción conspirativa contra Vendôme, antiguo protector del todavía abate parmesano. Carta sin origen ni destinatario. Madrid, 28 de enero de 1715. A.N., B7262, fol. 16r.

<sup>2334</sup> «Mémoire concernant l'Estat present de la cour d'Espagne», A.N., K 1359, fol. 6r.; Du Bourk a Gualterio. S. f. [ca. verano de 1711]. B. L., Add. Mss. 20307, fols. 67r.-v.

*protégé* de la princesa, gozaba de un crédito notable entre los reyes y la camarera mayor. Educado en Francia, casado con una francesa (hija del marqués de Varennes) du Bourk y su esposa no solo formaban parte del cogollo de íntimos de Felipe V y su primera consorte, participando asiduamente en la representación de obras teatro francés y en otras diversiones palatinas<sup>2335</sup>, sino que Sir Toby gozaba también de un importante ascendiente político: «il est (...) en possession de donner des avis et de dire son sentiment sur tout, il le fait toujours avec passion, ayant une sorte d'esprit qui luy fait porter les choses à l'extrême», escribió Bonnac.<sup>2336</sup> En los mejores términos con el presidente del Consejo de Castilla, Ronquillo; consejero “oficioso” de Bergeyck desde 1709 (a instancias de Felipe V y la camarera mayor)<sup>2337</sup> y confidente de Ursinos, esta, al igual que María Luisa de Saboya, se sirvió a menudo de su consejo, si bien todo parece indicar que la muerte de la reina y los acontecimientos que la sucedieron inmediatamente enrarecieron su relación con la camarera. De hecho, a decir de Du Bourk, la caída de la dama estuvo relacionada en buena medida tanto con su aislamiento después de 1714 como por su vinculación con otros actores políticos después de esa fecha: «J'ose dire -relató a Gualterio- que si Madame la Princesse des Ursins ne s'étoit pas éloignée de moi, elle auroit pu éviter une chute si honteuse. J'espère que V[otre] E[minence] n'attribuera pas à vanité ce que je dis (...)»<sup>2338</sup> Figura controvertida para los representantes de la diplomacia gala en Madrid (Bonnac admitió no fiarse de él: «on doit le regarder comme un homme capable d'embarrasser une affaire, mais pas assés autorisé ny peut estre assés seur pour le faire reussir»), protegió a un grupo de irlandeses que en algunos casos desarrollaron una destacada carrera al servicio del rey de España: *verbigracia* Daniel Mahony, Simon Connock o Patricio Laules, más tarde embajador español ante la corte de Saint James.<sup>2339</sup> Tras la firma de la paz de Utrecht y la desgracia de Ursinos, Sir Toby fue designado enviado jacobita en Suecia. Nunca llegó a tomar posesión del puesto: camino de Estocolmo, recibió la noticia del reconocimiento del archiduque Carlos

---

<sup>2335</sup> BOTTINEAU, Y.: *El arte...*, pp. 350-351; DÉSOS, C.: *Les français...*, pp. 134-135; LÓPEZ ANGUITA, J. A.: “Spain, Italy and France: Marie Louise of Savoy, the Princess of Ursins, and the Crosscurrents of Court Theater during the Spanish War of Succession (1701-1714)”, en CRUZ, A. J. y QUINTERO, M. C. (eds.): *Gender Crossings From/To Spain: Early Modern Women's Influence on National Theaters*, en prensa.

<sup>2336</sup> «Mémoire concernant l'Estat present de la cour d'Espagne», A.N., K 1359, fols. 3r.-v.

<sup>2337</sup> Du Bourk a Gualterio. Madrid, 21 de noviembre de 1705; el mismo al mismo. Corella, 5 de agosto de 1711. B. L., Add. Mss. 20307, fols. 17r. y 64v.

<sup>2338</sup> Du Bourk a Gualterio. S. f. (cifrada). *Ibid.*, fol. 306r.

<sup>2339</sup> KERNEY WALSH, M.: “Toby Bourke, Ambassador of James III at the Court of Philip V, 1705-13”, en CRUICKSHANKS E. y CORP, E. (ed.): *The Stuart Court in Exile...*, pp. 151-152.



como rey de España por parte de Carlos XII, lo que permitió a du Bourk regresar a la Península Ibérica, previo paso por Francia, en tanto su esposa se establecía en el país vecino junto a sus hijos.<sup>2340</sup> Vinculado a la corte Estuardo de Roma (una de sus hijas llegó a ser dama de Clementina Sobieska, esposa de “Jacobo III”), jamás volvería a gozar del crédito que había disfrutado en el *entourage* regio en tiempos de la Saboyana. Con todo, formaría parte de la Casa de la reina viuda de Luis I desde 1725, lo que le llevó de nuevo a Francia en la década de 1730. Tras abandonar la capital gala, en 1739 regresó nuevamente a Madrid donde falleció tres años después.<sup>2341</sup>

La situación del duque de Berwick en el círculo regio sería diferente. Uno de los generales que más contribuyeron al esfuerzo bélico felipista en la Península Ibérica, retornó a España en 1706 en calidad de generalísimo de los ejércitos borbónicos, destacándose en la campaña contra los reinos de Valencia y Aragón en 1706-1707 junto a otros irlandeses como Mahony, su cuñado.<sup>2342</sup> Según reconoció el propio Berwick en sus “Memorias”, sus relaciones con la reina nunca fueron muy fluidas. Tampoco lo serían con Amelot, con quien divergía en cuanto a los medios a través de los que someter a los reinos recién reconquistados a las leyes castellanas y al que acusó de considerarse un nuevo “cardenal Richelieu”. De regreso en Francia en 1708, Felipe V volvería a llamarle a España para dirigir el sitio de Barcelona (1714), si bien Ursinos, a decir de Saint-Simon, hubiera preferido al más “flexible y cortesano” Tessé.<sup>2343</sup> Agraciado con el Toisón de Oro (1704), su labor al frente del ejército que sometió el reino de Valencia le valió la Grandeza de primera clase y las tierras de Liria y Jérica, erigidas en ducado (1707). No obstante la importancia de estas mercedes, sus tensas relaciones con Amelot, y en menor medida con Ursinos, explican las informaciones que se difundieron en Versalles por las mismas fechas, que aludían a la escasa correlación existente entre la magnitud de los servicios rendidos por Berwick a la corona y las escasas rentas que le rendirían las tierras que había recibido del monarca. Sobre todo en comparación con la

---

<sup>2340</sup> Du Bourk a Gualterio. Madrid, 6 de mayo de 1715. B. L., Add. Mss. 20307, fols. 301r.-v.

<sup>2341</sup> KERNEY WALSH, M.: “Toby Bourke, Ambassador of James III at the Court of Philip V, 1705-13”, en CRUICKSHANKS E. y CORP, E. (ed.): *The Stuart Court in Exile...*, pp. 152-153.

<sup>2342</sup> DÉSOS, C.: *Les français...*, p. 338 y 375 (*infra* 78).

<sup>2343</sup> DÉSOS, C.: «Entre champs de batailles et cabales de Cour: le duc de Berwick, soldat du Roi de France en Espagne, 1704-1719», en BERNARDO ARES, J. M. (coord.): *La sucesión de la Monarquía Hispánica...*, pp. 37-41.

más importante pensión recibida por du Bourk (consignada en el producto de las tierras confiscadas en Játiva) con motivo de la misma ocasión.<sup>2344</sup>

En última instancia debemos destacar la continuidad de las camaristas irlandesas en el *entourage* de los monarcas. Establecidas en España en tiempos de Ursinos, muy posiblemente por mediación de María de Módena, esposa de Jacobo II, y Madame de Maintenon, quien protegió a algunas familias irlandesas en la corte de Versalles, formaron parte de las Casas de María Luisa de Saboya, Isabel de Farnesio y las infantas, hijas y nueras de Felipe V. Concretamente, al menos tres de las cinco muchachas White-Warron, hijas de los marqueses de Albiville, desarrollarían importantes carreras palatinas, realizando asimismo brillantes matrimonios.<sup>2345</sup> Camaristas de la Saboyana y después de la Farnesio, Teresa, María y Ana White-Warron llegarían a ser damas de honor de la reina. Con el tiempo, las dos primeras entrarían a servir a las infantas María Teresa y María Antonia en calidad de ayas. Presencias constantes en la intimidad de la regia familia, Teresa y Ana aparecen mencionadas muy frecuentemente en la correspondencia intercambiada por las dos princesas tras el matrimonio de María Teresa con el delfín de Francia (1744).<sup>2346</sup>

\*

A lo largo de este epílogo hemos podido apreciar cómo la influencia política de María Luisa de Saboya estaría determinada, a partir de 1705, tanto por su papel de gobernadora en ausencia de Felipe V como por su condición de consejera oficiosa del monarca, patente en momentos cruciales de la contienda sucesoria como los años 1709 y 1712-1713. A grandes rasgos las polémicas generadas por la intervención de la consorte en la escena política desaparecieron en este periodo, con la salvedad de algunas críticas vertidas por Ambrose Daubenton en 1709.<sup>2347</sup> Este hecho pone de relieve la aceptación por parte de

---

<sup>2344</sup> El decreto de concesión de la Grandeza a Berwick. Madrid, 16 de octubre de 1707 en A.H.N., C., lib. 619, fol. 464r.; Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 29 de febrero de 1704. A.N., B<sup>7</sup>231, fol. 147v; «Nouvelles de la cour d'Espagne». Madrid, 28 de noviembre de 1707. *Ibid.*, B<sup>7</sup>470, fols. 945 y 947; FELICES DE LA FUENTE, M. M.: *La nueva nobleza...*, p. 273.

<sup>2345</sup> La primogénita, Catalina, casaría en 1722 con el futuro intendente de Cataluña, Antonio Sartine; la segunda, Winfreda, lo haría (1717) con Antonio Álvarez Bohórquez, hijo de la marquesa de los Trujillos, marqués de Ruchena y corregidor de Cádiz, entre otros importantes cargos políticos y militares. En cuanto a las tres más pequeñas, Teresa, María y Ana, enlazarían con los también irlandeses Guillermo Lacy (1722), Timón Connock (1720) y Julian O'Callaghan (1716) consejero de guerra, ayo del infante Felipe y gobernar de Hostalrich y Balaguer respectivamente. ANDÚJAR, F.: "Familias irlandesas en el ejército y la corte borbónica", en GARCÍA HERNÁN, E. y RECIO MORALES, O. (ed.): *Extranjeros en el Ejército...*, p. 293.

<sup>2346</sup> TORRIONE, M. y SANCHE, J. L. (eds.): *De una corte a otra...*

<sup>2347</sup> A lo largo de 1709, en el contexto del abandono de Amelot de España, Ambrose Daubenton censuró el nuevo gobierno resultante del cese del diplomático y la protección de la reina hacia algunos de

los diferentes actores políticos del eje Versalles-Madrid del ascendiente que la consorte ejercía sobre Felipe V y, por extensión, sobre la toma de decisiones. Asimismo, tampoco debemos menospreciar el rol jugado por María Luisa no solo como garante de la posición e influencia de Ursinos en las relaciones francoespañolas, sino también en tanto que elemento estabilizador de la red clientelar vertebrada por y alrededor de la princesa. Si bien la consorte puede ser considerada como un agente pasivo en su conformación (siendo más determinante en su composición el favor de la camarera mayor o, en su defecto, de Orry y Amelot), la potencialidad del ascendiente que la soberana ejercía sobre Felipe V supuso en todo momento un aval tanto para el mantenimiento de dicha red como para la consecución de sus objetivos en materia política.

Nada ejemplifica mejor esta situación que la muerte de María Luisa y los acontecimientos anteriores y posteriores a ella. Tal deceso implicó, de entrada, la caída de la princesa y sus más cercanos colaboradores. El proceso, al menos en su suceso más notorio (el incidente de Jadraque) es bien conocido, si bien las versiones en cuanto a los hechos difieren en función del emisor en cuestión del testimonio:<sup>2348</sup> la princesa habría sido víctima de los engaños de Alberoni en cuanto al carácter de Isabel de Farnesio, inclinándose por esta princesa como sucesora de la Saboyana en el tálamo real frente a las reticencias a su candidatura, entre otros, del propio Luis XIV. Dispuesto el matrimonio y designada camarera mayor de la nueva soberana, Isabel de Farnesio habría viajado hasta España a través de Francia en un largo viaje que incluyó un encuentro con su tía, Mariana de Neoburgo, y el cardenal de Giudice. La reunión de ambas reinas, reinante y viuda, habría determinado a Isabel de Farnesio a destituir a la princesa, en un intento de soslayar el control que esta pretendía imponerle en un futuro. Una vez en España la nueva consorte, cual Judith, según la calificó Alberoni<sup>2349</sup>, habría ordenado la

---

sus miembros como Veraguas, Frigiliana y Ronquillo, que defendían el desarrollo de políticas contrarias a los privilegios comerciales de Francia en las Indias. «Ces Decrets (...) font suffissamment connoître combien la Reyne a d'inclination sincère à les avis de ses Ministres, quelques préjudiciables et injustes qu'ils soient à la Nation et que si elle y persiste, il est à craindre qu'elle n'engage le Roy d'Espagne à estre du mesme sentiment. M[onsieu]r de Blécourt est dans une tristesse et dans un acablement inexprimable de voir tout ce qui se passe icy (...)» Daubenton a Pontchartrain. Madrid, 9 de octubre de 1709. A.N., B<sup>7</sup>257, fols. 312v.-314v.

<sup>2348</sup> Para una recopilación de las diferentes versiones de la caída de la princesa véase L. TR., VI, pp. 262 y ss., donde pueden encontrarse varios testimonios de carácter diplomático y privado respecto a lo sucedido en Jadraque y sus consecuencias. Véanse también la larga relación enviada por Morozzo, embajador saboyano en España, a Víctor Amadeo II. Madrid, 31 de diciembre de 1714. A.S.T., LMS., M. 55; o la más breve, pero igual de interesante, y coincidente en varios puntos, del Barón Nero al gobierno de Florencia, redactada en la misma fecha. A.S.F., MdP, Filza 5002.

<sup>2349</sup> Alberoni al conde Pighetti. Madrid, 30 de diciembre de 1714. AA. EE., CPE., t. 234, fol. 150r.

salida del país de la camarera mayor en plena noche, tras su primer y desafortunado encuentro en Jadraque. Se trató de una acción claramente premeditada, aunque justificada por la supuesta falta de respeto de la princesa hacia su señora, que ni Felipe V<sup>2350</sup> ni las cortes de Madrid y Versalles osaron contradecir. De este modo, tan sorprendente como inesperado, finalizó la trayectoria de Ursinos en España quien, tras una breve estancia en París, donde se le negó el permiso para establecerse en Francia, pasó de nuevo a Roma una vez que el Papa recibió todo tipo de seguridades en cuanto a que su instalación en la Ciudad Eterna no enrarecería aún más las ya de por sí tirantes relaciones hispano-pontificias.<sup>2351</sup>

«L'Étonnante aventure de Madame la princesse des Ursins», según definió du Bourk a lo ocurrido en Jadraque<sup>2352</sup>, causó sorpresa, cambios en la corte y el gobierno de Madrid pero ningún tipo de reacción favorable a la dama caída en desgracia a uno y otro lado de los Pirineos. Ello se debió, de entrada, al cambio que estaba operándose a la sazón en el seno del eje Versalles-Madrid. El final de la guerra, la negociación de una paz en la que España jugó un papel supeditado a Francia, los sacrificios impuestos a la Monarquía Hispánica por los acuerdos de Utrecht-Rastatt-Baden (el abandono de la Italia española y los Países Bajos, la renuncia de Felipe V a sus derechos al trono de Francia, los privilegios comerciales concedidos a Gran Bretaña, etc.)<sup>2353</sup> y, más adelante, la enfermedad y próxima muerte de Luis XIV, erosionaron el que había sido uno de los principios centrales de la alianza francoespañola desde noviembre de 1700: la “comunidad de intereses” entre las Dos Coronas, alterado ya en 1709 pero que se reveló como una cuestión de efectos más retóricos que prácticos a partir de 1712.

La concesión de una soberanía en Holanda a la princesa de los Ursinos constituyó uno de los aspectos que más contribuyeron al incremento de las tensiones internas en el eje Versalles-Madrid, principalmente entre 1713-1714. No nos detendremos en la descripción y análisis de este largo y complejo proceso, paralelo a la negociación de la paz, que se saldó con la frustración de las pretensiones de la camarera mayor.<sup>2354</sup> Sin

---

<sup>2350</sup> El Barón Nero transmitió a Florencia la indiferencia del monarca ante la caída de la favorita. Barón Nero al gobierno florentino. Madrid, 31 de diciembre de 1714. A.S.F., MdP, Filza 5002.

<sup>2351</sup> Félix Cornejo a Grimaldo. París, 4 y 18 de febrero y 12 de agosto de 1715; Cellamare a Grimaldo. París, 15 de julio de 1715. A.G.S., E., leg. 4321.

<sup>2352</sup> Du Bourk a Torcy. Madrid, 30 de diciembre de 1714. AA. EE., CPE., t. 234, fol. 149r.

<sup>2353</sup> Para una breve síntesis de los acuerdos, véase ONNEKINK, D.: “Las paces de Utrecht, Rastatt y Baden”, en *En nombre de la paz...*, cat. exp., pp. 139-163.

<sup>2354</sup> Remitimos para ello a LÓPEZ-CORDÓN, M.V.: “Honorable embajadores, esforzados políticos: los negociadores españoles en el Congreso de Utrecht”, en CASTELLAN, J. L. y GUADALUPE-

embargo, conviene tomar en consideración que las aspiraciones de la princesa a un “principado” supusieron un factor importante en el deterioro de sus relaciones con la corte francesa, proceso análogo al que se estaba produciendo a la sazón en los vínculos entre ambas monarquías. El intercambio epistolar de Ursinos con Madame de Maintenon se hizo eco de esta tendencia a partir de 1709. Los reproches mutuos, matizados por la *politesse* que ambas manejaban a la perfección, están muy presentes en esta correspondencia, sobre todo si comparamos el contenido de las cartas datadas en estos años con las de aquellas que corresponden al periodo 1705-1708. Maintenon, pesimista por naturaleza, buscaría hacer comprender a su amiga allende los Pirineos la necesidad de que Francia firmase la paz con los aliados, perjudicial en caso de ser necesario a España. A esta actitud derrotista Ursinos contrapondría, con el apoyo de María Luisa de Saboya, una infatigable defensa de los intereses españoles, tanto en los campos de batalla como en la mesa de negociaciones antes de la firma de la paz. Una conducta, poco reconocida por la historiografía nacional, que hizo que Maintenon recriminase a la camarera mayor su españolidad: «Bien des gens vous blâment d'être plus Espagnole que Française», escribió en noviembre de 1710.<sup>2355</sup>

Probablemente esta situación no hubiera tenido mayores consecuencias para el destino de Ursinos de no haberse producido la enfermedad y muerte de la reina (1713-1714). Al margen de reproches, reconvenciones y malentendidos puntuales, para Versalles la princesa continuaría siendo el principal garante de la influencia francesa en el entorno de los reyes de España hasta la llegada de Isabel de Farnesio.<sup>2356</sup> Por otra parte, el hecho de que la Monarquía Hispánica dependiese del apoyo de Francia para el sometimiento de Barcelona, dirigido por Berwick, terminó por obligar a Felipe V a firmar la paz con Holanda y a la princesa a renunciar a la obtención de un principado sobre la base de los acuerdos de Utrecht-Rastadt-Baden.<sup>2357</sup> Así pues, la clave de la desgracia de la camarera mayor no se encontraría en la evolución de las relaciones

---

MUÑOZ (eds.): *Homenaje a Domínguez Ortiz*..., III, pp. 529-563; ALBAREDA, J.: *La Guerra*..., pp. 345-359.

<sup>2355</sup> Maintenon a Ursinos. Versalles, 24 de noviembre de 1710, recogida en BOTS, H. y BOTS-ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres de Madame de Maintenon. IV. 1707-1710*. París, 2011, p. 906.

<sup>2356</sup> Fallecida María Luisa, en el verano de 1714 Ursinos solicitó a Torcy el permiso para retirarse de España, que el ministro le negó en términos que no podían ser más elocuentes: «N'attendez pas cependant, Madame, que j'aye pour vous la complaisance d'approuver toutes vos pensées: celle de la retraite ne vous est pas permise (...)» Ursinos a Torcy. El Pardo, 10 de julio de 1714; Torcy a Ursinos. Marly, 23 de julio de 1714, recog. en L. TR., VI, pp. 201 y 206 respectivamente

<sup>2357</sup> ALBAREDA, J.: *La Guerra*..., p. 375; COURCY, M. de: *L'Espagne après la Paix d'Utrecht, 1713-1715*. París, 1891, pp. 42-44.

francoespañolas, sino más bien en las posibilidades que abrió la perspectiva del previsible óbito de la consorte, cuya enfermedad coincidió con un momento de reforma en la administración hispana y de inestabilidad interna en la corte madrileña.

Las fuentes diplomáticas son elocuentes en este sentido. De su lectura podemos colegir que los últimos meses de vida de la reina estuvieron caracterizados por el aislamiento de María Luisa (quien además dio a luz en septiembre de 1713 al infante Fernando) y la sensación de inseguridad que el estado de la soberana generó en la princesa y sus colaboradores. Así, tanto Brancas como Morozzo aludieron en su correspondencia con Versalles y Turín a su incapacidad para ver a la reina, de quien la camarera mayor ejercía como intermediaria; situación que también refería el barón Nero en sus informes a Florencia. Solo los “partidarios” de la princesa y las damas de la consorte, concluían los despachos señalados, tenían el privilegio de acceder a María Luisa de Saboya.<sup>2358</sup> En este contexto Nero mencionó igualmente la inquietud de Ursinos por su futuro ya que, indicaba acertadamente, “si venise a mancare la Regina” se producirían importantes mutaciones en el seno de la corte; tanto más, continuaba el diplomático, cuando comenzaban a barajarse ya los nombres de diferentes candidatas para suceder a la enferma en el tálamo regio y que, posiblemente, la nueva soberana buscaría sustituir a Ursinos por “une creature da lei dependenti”.<sup>2359</sup>

El creciente aislamiento de los monarcas desde mediados de 1713, añadido a la reforma de la administración operada ese mismo año, provocó un notable malestar en la corte que recayó principalmente sobre la princesa y Orry, sus principales instigadores. A poco de llegar a Madrid Morozzo informó al duque de Saboya que la corte estaba dividida en tres tipos de personas: el primero, compuesto por aquellos que odiaban al rey y eran partidarios de la Casa de Austria; el segundo por sujetos indiferentes al monarca pero opuestos al presente gobierno; y el tercero por un grupo de individuos que, aunque favorables a Felipe V, se oponía unánimemente a las formas de gobierno actuales. El mismo diplomático describía a Ursinos como una “dona di gran talento, capace d’un gran

---

<sup>2358</sup> Brancas a Torcy. Madrid, 30 de noviembre de 1713, recog. en L. TR., VI, pp. 156-157; Morozzo al duque de Saboya. Madrid, 25 de diciembre de 1713. A.S.T., LMS., M. 55; barón Nero al gobierno florentino. Madrid, 1 de enero de 1714. A.S.F., MdP, Filza 5002. Sobre la relación Brancas-Ursinos véase COURCY, M. de: *L’Espagne...*, cap. III.

<sup>2359</sup> Barón Nero al gobierno florentino. Madrid, 23 de octubre de 1713. A.S.F., MdP, Filza, 5001; el mismo al mismo. Madrid, 15 y 29 de enero de 1714. *Ibid.*, Filza 5002. También, Pachau a Torcy. Madrid, 20 de agosto de 1714, recog. en L. TR., VI, p. 214: «Tout le monde a remarqué que Mme. des Ursins étoit fort triste depuis quelques jours et chacun raisonne à sa manière sur cette mélancolie, dont je crois que les conseils et les remontrances de M. d’Aubigny sur sa conduite sont la véritable cause (...)»

maneggio (...) più capace di dirigger il Rè che qualonque de' Ministri che in diversi tempi furon mandati dalla Corte di Francia".<sup>2360</sup> El crédito de la princesa sobre los negocios de Estado, como su predominio en el círculo regio, había sido criticado desde 1708-1709. No obstante, a la sazón se convirtió en objeto de una franca hostilidad, de la que se hizo eco la sátira, que permite comprender la alegría con la que sería acogida en Madrid la caída de la favorita en diciembre de 1714. Así, en un informe enviado a Florencia apenas quince días antes de la muerte de María Luisa de Saboya, Nero informó del contenido de uno de estos pasquines, colocado en las proximidades de palacio, que atacaba directamente a la princesa: "Que la reina viva o muera, ha de salir la camarera", decía.<sup>2361</sup>

A despecho de las críticas de la publicística y de las esperanzas de buena parte de la corte madrileña, el fallecimiento de la reina, ocurrido el 14 de febrero de 1714, no entrañó la inmediata caída en desgracia de la princesa. Por el contrario, en los meses que sucedieron al deceso de María Luisa el crédito de la camarera mayor no se resintió en lo más mínimo, sino que pareció incrementarse.<sup>2362</sup> Liberada de sus responsabilidades al frente de la Casa de la consorte, continuó formando parte del *entourage* de Felipe V merced a su designación como gobernanta de los infantes. Asimismo, primero debido a la tristeza que le causó la muerte de su esposa y, más tarde, muy posiblemente a la rutina (no hay que olvidar la timidez del monarca y la presencia de Ursinos en su círculo más íntimo durante casi quince años), el rey pasó a depender de manera marcada del apoyo y el consejo de la antigua camarera mayor. Como indica Marianne Cermakian, en vida de María Luisa la princesa había sido acusada de dominar al rey por medio de la reina. Ausente la soberana del juego de influencias mantenido por los tres personajes durante más de una década, la situación se volvió más comprometida para la dama, según demuestran tanto las críticas vertidas hacia ella («la princesse des Ursins gouverne le roi d'Espagne comme moi mon chien Titi. Il lui obéit même mieux que Titi ne m'obéit à

<sup>2360</sup> Morozzo al duque de Saboya. Madrid, 25 de diciembre de 1713. A.S.T., LMS., M. 55.

<sup>2361</sup> Barón Nero al gobierno de Florencia. Madrid, 29 de enero de 1714. A.S.F., MdP, Filza 5002. Algunas de las sátiras contra Ursinos y Orry aparecen recogidas en la obra de EGIDO, T.: *Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII (1713-1759)*. Valladolid, edic. de 2002, pp. 103-110.

<sup>2362</sup> «Il semble que la confiance et l'amitié du Roy pour la princesse des Ursins augmente de plus en plus, la Reine luy en a parlé dans des termes si tendres avant de mourir que cela a augmenté la tendre amitié du Roy pour elle.» Du Bourk a Gualterio. Madrid, 26 de febrero de 1714. B. L., Add. Mss. 20307, fol. 230v.

moi», se mofaba Madame<sup>2363</sup>), como los rumores que circularon a la sazón respecto a sus relaciones ilícitas con Felipe V, a los que aludiremos a continuación.<sup>2364</sup>

No obstante esta dependencia, cabe dudar que la dama no fuera consciente de la fragilidad de su posición tras el fallecimiento de María Luisa de Saboya. Esta sensación explica, a nuestro modo de ver, el comportamiento de la princesa en los meses que precedieron a la llegada al país de Isabel de Farnesio. Muerta su principal valedora en España, resulta increíble que una mujer de la astucia de la antigua camarera mayor no viera su futuro en la corte madrileña en franco peligro, tanto más cuando era imposible que se mantuviera al margen de los rumores que aludían a la vulnerabilidad de su estatus tras el nuevo matrimonio del monarca; o a la soterrada oposición de buena parte de la Grandeza hacia su ascendiente.<sup>2365</sup> Sometida a semejante presión, Ursinos optó por alejar de la corte a los ministros contrarios a la labor reformista de Orry y Macanaz (el cardenal del Giudice por ejemplo, enviado a Francia en calidad de embajador extraordinario); al tiempo que aislaba al rey, en un principio en las casas del duque de Medinaceli y después en el Pardo, rodeándole de aquellos sujetos que formaban parte desde tiempo atrás de su red clientelar: Cellamare, Havré, Crevecoeur, Robecq, Atri, Montijo y el futuro duque del Arco, según el relato de Nero. Al actuar así, la princesa no solo pareció corroborar las críticas de buena parte de los cortesanos castellanos y del embajador francés, Brancas, quienes la acusaban de gobernar a Felipe V junto a Orry manteniéndole en una especie de vergonzoso “secuestro”; sino que también se alejó, o desoyó las advertencias, de otros individuos que habrían podido guiarla en una

---

<sup>2363</sup> Madame a la duquesa de Hannover. Rambouillet, 13 de junio de 1714, cit. en LÓPEZ ANGUITA, J. A.: “La imagen de Felipe V y su entorno cortesano a través de la correspondencia de Madame la duquesa de Orleáns”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J.; CAMARERO BULLÓN, C. y LUZZI TRAFICANTE, M. (coords.): *La corte de los Borbones...*, II, p. 1146.

<sup>2364</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, p. 495.

<sup>2365</sup> En este sentido, du Bourk por estos meses a la melancolía de la princesa, que podría ser producto no sólo de su dolor por la muerte de María Luisa (¿debemos pensar que la camarera mayor fue insensible al fallecimiento de su señora, a la que prácticamente había educado?) sino también a la incertidumbre con la que contemplaba su futuro. Du Bourk a Gualterio. Madrid, 19 de febrero y 26 de marzo de 1714. *Ibid.*, fols. 228v. y 234v. Más audaz que el diplomático francés, Maintenon abordó los temores de la princesa respecto a su futuro en su correspondencia con la dama: «Je n’ai jamais compris que vous songeassiez à une retraite, et que j’ai voulu chercher les raisons que vous aviez pour en vouloir une, j’ai soupçonné que vous envisagiez la mort de la reine, qui était le seul cas qui pouvait vous rebuter du personnage que vous faites.» Maintenon a Ursinos. 2 de mayo de 1714. BOSANGE, *Lettres...*, III, p. 59. La cursiva es nuestra. Para la reacción que la muerte de la reina causó en la princesa véanse las cartas de Ursinos a Torcy. Madrid, 25 de marzo de 1714, recog. en L. TR., VI, p. 177: «Le souvenir de cette place [el Alcázar] est bien triste pour moy, me rappelant (...) l’idée d’un Princesse dont la privation sera le malheur du reste de ma vie (...)»; y la misma al conde de Tessé. Madrid, 21 de marzo de 1714, *Ibid.*, p. 176 y al cardenal Gualterio. Madrid, 26 de abril de 1714. B.L., Add. Mss., 20532, fols. 136r.-v., igual de emotivas.



coyuntura tan delicada para su destino: desde du Bourk y d'Aubigny a la propia Madame de Maintenon<sup>2366</sup>, confiando por el contrario en los consejos de Alberoni y en menor medida de Cellamare, tenidos por sus principales allegados en estas fechas.

Indiferente a las reconvenções de Maintenon, quien le escribiera en mayo de 1714: «Nous trouvons l'Espagne assez mal gouvernée (...) vous ne deviez point mettre Orry dans la grande place où il est»<sup>2367</sup>; aparentemente insensible a las calumnias, como las que aludían a sus relaciones sexuales con Felipe V, con quien a decir de algunos ambicionaba casarse (olvidándose que, de acuerdo con los rumores difundidos por los d'Estrées en su día la princesa ya estaba unida a D'Aubigny)<sup>2368</sup>: «je les laisse dire et je vais toujours mon train, me laissant guider par mes bonnes intentions»<sup>2369</sup>, confesó a Tessé; la princesa continuó alentando la labor reformista de Orry pese a las suspicacias que los cambios propuestos por el financiero (en colaboración entre otros de Macanaz) suscitaban en Luis XIV. La independencia de criterio de la dama frente a Versailles volvería a quedar patente con motivo del nuevo matrimonio de Felipe V. Frente a las preferencias del monarca galo, que se inclinaba por la unión de su nieto con una infanta portuguesa, Ursinos patrocinó las nupcias del rey con Isabel de Farnesio, convencida por Alberoni de la insignificancia de esta princesa, en una maniobra de la que el gobierno francés solo fue informado *a posteriori* (embajada del príncipe de Chalais).<sup>2370</sup> Según dijimos más arriba, esta iniciativa zanjaría el futuro de Ursinos en España. Posiblemente antes incluso de que tuviera lugar el malhadado encuentro de Jadraque la princesa habría sido consciente del error que había cometido. No en vano, la demora de Isabel de Farnesio en su viaje hasta Guadalajara, durante la cual se fraguó con toda probabilidad la caída de la favorita, tenía ciertas concomitancias con el retraso producido catorce años atrás en el trayecto de María Luisa de Saboya hasta Barcelona: ocasión en la que, recuérdese, la entonces camarera mayor oficiosa se había mostrado conforme con el cese

---

<sup>2366</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, p. 507.

<sup>2367</sup> Maintenon a Ursinos. Marly, 2 de mayo de 1714, recog. en BOSSANGE, *Lettres...*, III, p. 60; la respuesta de Ursinos a las recriminaciones de la marquesa fechada en Madrid, 20 de junio y el Pardo, 20 de julio de 1714, *Ibid.*, IV, pp. 411-412; 436-437.

<sup>2368</sup> Por ejemplo Coxe, citando a autores “dignos de fe” no se atreve a afirmar las relaciones ilícitas de la princesa y el rey pero sí que ésta tenía intención de convertirse en la segunda esposa del monarca; algo que Felipe V se habría negado a contemplar. COXE, W.: *España bajo...*, pp. 517-518 y 526-527 (*infra* 283).

<sup>2369</sup> Ursinos a Tessé. [S. l.], 14 de julio de 1714. B. L., Add. Mss. 20787, fol. 131r.

<sup>2370</sup> Sobre el papel del abate en todo el proceso, véase MAQUEDA, C.: *Alberoni...*, pp. 34-37.

del séquito piamontés de la reina.<sup>2371</sup> Sea como fuere, Ursinos sería expulsada del país tras su primera entrevista con la nueva soberana, en un gesto que Lucien Bély definió muy acertadamente como un «coup de majesté».<sup>2372</sup>

La caída de la princesa suscitó sentimientos encontrados. En Madrid, «la joye (...) a été presque universelle», declaró el nuevo embajador francés, Saint-Aignan; en Versalles, lo sucedido se tomó con cierta resignación, como si se tratara de una consecuencia previsible del nuevo matrimonio de Felipe V que el gabinete francés aceptó sin ambages para pasar, acto seguido, a debatir el destino de la dama tras su desgracia.<sup>2373</sup> En cuanto a la reacción de los partidarios de la princesa a uno y otro lado de los Pirineos, osciló entre la sorpresa, la indignación y el pragmatismo. De este último sentir fueron algunos de los súbditos italianos de la red de la dama: *verbigracia* Cellamare, Popoli o el príncipe de Masserano y su hijo, Crevecoeur, quienes se adaptaron a la nueva situación y se congraciaron con Isabel de Farnesio apenas esta llegó a Madrid.<sup>2374</sup> Mayor fidelidad a la antigua favorita demostrarían el duque de Havré, quien alojó en su casa al intendente de la cesada camarera mayor en tanto ponía en orden los asuntos de su señora, Grimaldo y los sobrinos de la princesa, Don Alessandro Lanti y el príncipe de Chalais, que la acompañarían en su viaje.<sup>2375</sup> Por último, algunos como D'Aubigny y Orry dejaron patente su indignación ante el trato recibido por su protectora, al tiempo que proponían diversas soluciones que, aunque no abogaban por su restitución, sí que tendían a subsanar el efecto que tendría la caída de Ursinos tanto en las relaciones francoespañolas como en el equilibrio de poderes en la corte madrileña.

---

<sup>2371</sup> En diciembre de 1714 Nero informó a su gobierno de la irritación de la princesa ante el retraso producido en el viaje de Isabel de Farnesio hasta España. Nero al gobierno florentino. Madrid, 17 de diciembre de 1714. A.S.F., MdP, Filza 5002.

<sup>2372</sup> Véase BÉLY, L.: «Elisabeth Farnèse et la princesse des Ursins: un coup de majesté?», en FRAGNITO, G. (dir.): *Elisabetta Farnese, principessa di Parma e regina di Spagna*. Roma, 2009, pp. 71-89. Saint-Aignan a Torcy. Madrid, 7 de enero de 1715, recog. en L. TR., VI, p. 278. Más elocuente resultaba la descripción de Morozzo acerca de la impresión que generó en la corte española la caída de la dama: “col sacrificio di questa donna s’è acquistato la Regina l’affetto di tutta la nazione spagnuola e (...) non si parla che de giusti giudizi di Dio, quali conducono la Orsini fuori di questi Regni con iscorta di 50 guardie della forma come fu condotto il Leganés in Francia, il duca di Medinaceli in carcere e la Regina vedova in Baiona (...)” Morozzo al duque de Saboya. Madrid, 31 de diciembre de 1714. A.S.T., LMS., M. 55.

<sup>2373</sup> Cornejo a Grimaldo. París, 27 de mayo de 1715; Cellamare al mismo. París, 15 de julio de 1715. A.G.S., E., leg. 4321. Cardenal Acquaviva al marqués de Villamayor (Albizu). Roma, 19, 26 y 2 de febrero e 1715. AMAEM, SS, leg. 374, fols. 254-264.

<sup>2374</sup> Du Bourk a Gualterio. Madrid, 14 de enero, 4 de febrero y 25 de marzo de 1715. B. L., Add. Mss. 20307, fols. 281r.; 283r.-v. y 289r.-v.

<sup>2375</sup> Carta sin origen ni destinatario en francés (también traducida al español) fechada en Madrid, 28 de enero de 1715. A.N., B7263, fols. 16r.-v. Nero al gobierno de Florencia. Madrid, 11 de febrero de 1715. A.S.F., MdP, Filza 5002. Pachau a Torcy. Madrid, 31 de diciembre de 1714. AA. EE., CPE., t. 234, fol. 173r.

Desde una perspectiva general ambos achacaban la desgracia de la princesa a una «cabale d'Italiens» (encabezada por Alberoni en colaboración con el cardenal del Giudice, Cellamare y Popoli), cuyos resultados arriesgaban con echar por tierra el fruto de la política francesa en España durante catorce años.<sup>2376</sup> Empero, más interesantes que las consideraciones de Orry y D'Aubigny ante lo que era ya un *fait accompli*, resultan las propuestas que desarrollaban al hilo de lo ocurrido: en primer lugar, sugerían, se hacía prioritario enviar a España un embajador de Francia capaz de «mettre toute son attention à plaire au Roy et à la Reine qui, sans entrer dans le détail du gouvernement, soit capable de donner, dans l'occasion un bon conseil à LL. MM. [Leurs Majestés] et qui surtout se fasse estimer du Roy et de la nation espagnole par sa probité.»<sup>2377</sup> «Une personne qui s'attire la confiance de la Reine, qui la détrompe du faux de cette cabale qui l'obsède», escribió Orry, para quien las cualidades personales de este sujeto eran más importantes que su condición diplomática: «qui parleroit italien (...), seroit homme de goust en bastiments, meubles, tableaux et arrangements, qui seroit agréable, qui sauroit plaisanter et qui inventeroit des amusements.»<sup>2378</sup> En segundo lugar la futura proyección de los italianos en la escena político-cortesana debía ser neutralizada merced a la concesión a súbditos españoles de los principales cargos en las Casas reales y el gobierno, medida de capital importancia que había de realizarse por otro lado con notable tacto, «sans irriter la Reine». Por último, y en relación con el punto anterior, Versalles debía exigir al duque de Parma la salida de Madrid de Alberoni, «auteur de l'outrage fait à M[ada]me la Princesse des Ursins», cabeza visible de los italianos y quien dictaba la conducta de la reina a la sazón: «instruite par l'abbé Alberoni elle travaille avec succès à se rendre maîtresse de l'esprit du Roi», afirmaba d'Aubigny.<sup>2379</sup>

Planteadas como un intento de perpetuar el programa de gobierno defendido por la antigua camarera mayor a despecho de su caída en desgracia, las propuestas de Orry y D'Aubigny daban por sentado no solo que Isabel de Farnesio mostraría la misma sumisión que la joven María Luisa de Saboya ante el hipotético control de Versalles sobre su ascendiente y entorno en los primeros tiempos de su matrimonio; sino que también demostraban un cierto desconocimiento tanto del carácter e intenciones de la nueva reina (a la que Orry pretendía mantener alejada del gobierno merced a todo tipo

---

<sup>2376</sup> «Mémoire d'Orry» [ca. 4 de marzo de 1715], recog. en L. TR., VI, pp. 308-309

<sup>2377</sup> D'Aubigny a Torcy. Madrid, 5 de febrero de 1715, recog. en *Ibid.*, VI, p. 301.

<sup>2378</sup> «Mémoire d'Orry pour Torcy». Madrid, 5 de enero de 1715, recog. en L. TR., VI, pp. 274-276.

<sup>2379</sup> D'Aubigny a Torcy. Madrid, 5 de febrero de 1715, recog. en *Ibid.*, VI, p. 300.

de diversiones, reformas y decoraciones en los Reales Sitios), como del estado en que se encontraban a la sazón las relaciones francoespañolas. En este sentido, las soluciones de ambos sujetos se adecuaban más al contexto propio de los años inmediatamente posteriores al advenimiento de Felipe V al trono, marcados por la voluntad de Versalles de mantener su influencia sobre la Monarquía Hispánica, que al estado de los vínculos de las Dos Coronas después de trece años de guerra y varios de negociación de la paz, situaciones que habían impuesto cambios importantes en los mismos y que habían obligado a abandonar, por diferentes razones, la retórica de unión entre ambas Monarquías. Además, las sugerencias de Orry y D'Aubigny tampoco tomaban en consideración, por una parte, el descontento del gabinete galo ante la evolución del proceso reformista desarrollado desde 1713 (recuérdese la misiva de Madame de Maintenon a Ursinos citada más arriba); y, por la otra, la situación que Francia atravesaba a la sazón: la gravedad de la enfermedad de Luis XIV; los debates abiertos en torno al testamento regio y la concesión de derechos sucesorios a los *légitimés*; y, sobre todo, la perspectiva del fallecimiento del soberano y el inicio de un nuevo reinado cuyos primeros años estarían caracterizados por una situación de regencia.<sup>2380</sup> Este conjunto de procesos entrañaban, en primer lugar, una cierta inestabilidad interna en la corte francesa; amén de la necesidad, en contrapartida, de que Versalles mantuviera la estabilidad en las relaciones internacionales que le habían proporcionado las paces de Utrecht-Rastatt-Baden, que debían velar por el mantenimiento de un equilibrio de poderes en Europa que controlaba, implícitamente, la naturaleza de los vínculos entre Francia y la Monarquía Hispánica. Pero también nos permiten comprender la relativa inercia con la que el gobierno galo asumió los cambios que la caída de la princesa de los Ursinos impuso en la administración y la corte españolas, acerca de los que mantuvo un cierto mutismo: Luis XIV se redujo a llamar a Versalles a la princesa y a sus colaboradores (Orry, Macanaz y d'Aubigny) a fin de informarse del estado en que se encontraban las cosas en Madrid.

Ciertamente, estas sufrieron un viraje considerable tras el fulminante cese de la camarera mayor: «La cour d'Espagne -informó Pachau, *chargé d'affaires* francés- est entièrement différente de ce qu'elle étoit il y a dix jours. C'est une cour toute nouvelle et

---

<sup>2380</sup> Acerca del estado de la corte de Versalles en estos meses son muy ilustrativas las misivas de Cornejo a Grimaldo. París, 14 de enero de 1714. A.G.S., E., leg. 4318; el mismo al mismo. París, 4, 13 y 18 de febrero; 10 de abril y 26 de agosto de 1715. *Ibid.*, E., leg. 4321.

un système tout nouveau.»<sup>2381</sup> Aunque un tanto exagerada, dado que apenas había pasado una semana desde la caída de la princesa, la opinión de Pachau recogía lo que era un sentir generalizado en Madrid (D'Aubigny también se refirió a un “nuevo sistema” en su correspondencia).<sup>2382</sup> Desterrada la antigua favorita, sus principales colaboradores en Madrid no tardaron en verse alejados del tratamiento de los asuntos y de la persona del monarca. Así, el 7 de febrero de 1715 Orry y Macanaz fueron destituidos de sus respectivos puestos (Veedor general y fiscal general del Consejo de Castilla), partiendo ambos a Francia a los pocos días. El mismo destino sufrió el confesor regalista de Felipe V, el Padre Robinet, tan ligado a la princesa como los anteriores, sustituido por el ya conocido Padre Daubenton. En cuanto a D'Aubigny, abandonó sus aposentos en el Buen Retiro apenas una semana después de la entrevista de Jadraque, antes de que le obligasen a hacerlo en opinión de Pachau, para seguir a su señora hasta París.<sup>2383</sup> Más afortunado que los anteriores serían el conde de Frigiliana y el duque de Veraguas quienes, a pesar de sus bien conocidos vínculos con la antigua camarera mayor, se mantuvieron al frente de los “ministerios” (según la expresión de du Bourk) de Indias, Marina y Comercio.<sup>2384</sup>

El vacío de poder generado por este conjunto de ceses y salidas de España fue inmediatamente cubierto por el cardenal del Giudice y el abate Alberoni. El primero en calidad de Inquisidor General, ministro de Estado y ayo del príncipe de Asturias; el segundo en tanto que principal favorito de la nueva reina. Ambos protagonizarían el proceso involucionista que, en apenas unos meses, anuló tanto la labor regalista acometida por Orry y Macanaz como las reformas introducidas en la administración por ambos ministros con el patrocinio de la princesa. Así, Giudice no solo paralizó todo ataque a los privilegios de la Inquisición sino que también devolvió su antigua forma a los Consejos, que recuperaron parte de sus antiguas atribuciones frente a las Secretarías de Estado, reducidas, tras la supresión de la Secretaría de Marina e Indias, a tres: Guerra, Hacienda y Justicia. Finalmente, desapareció también el Consejo de gabinete establecido en noviembre de 1714, brevísimo intento de implantar un Consejo de ministros que asesorase al monarca.<sup>2385</sup>

<sup>2381</sup> Pachau a Torcy. Madrid, 31 de diciembre de 1714, cit. por BAUDRILLART, I, p. 622.

<sup>2382</sup> D'Aubigny a Torcy. Madrid, 31 de diciembre de 1714. AA. EE., CPE., t. 234, fols. 168r.-v.

<sup>2383</sup> Pachau a Torcy. Madrid, 7 de enero de 1715, recog. en L. TR., VI, p. 277.

<sup>2384</sup> Du Bourk a Gualterio. Madrid, 25 de febrero de 1715. B. L., Add. Mss., 20307, fols. 285r.-v.

<sup>2385</sup> Todo este proceso aparece analizado en CASTRO, C.: *A la sombra...*, parte IV epígrafe 1; véase también la visión más sintética de CASTELLANO, J. L.: *Gobierno y poder...*, pp. 73-85.

Mientras tanto, la princesa se encaminaba lentamente hacia París, a donde llegó el 24 de febrero de 1715. Alojada inicialmente en la residencia de su hermano, Noirmoutiers, pasó a Versalles un mes después (27 de marzo), siendo recibida por Luis XIV en audiencia en tres ocasiones. Se desconoce lo que ambos personajes hablaron en sus encuentros. Empero, no parece que la princesa insistiera demasiado en las circunstancias de su desgracia: «est étonnant que vous soyez aussi peu occupée de ce qui vous regarde (...)», le reprochó Maintenon al respecto.<sup>2386</sup> Lo suficientemente pragmática como para comprender que cualquier justificación no cambiaría los hechos; que nada garantizaría, al contrario que en 1705, su retorno a España, la princesa se dedicó a poner en orden sus asuntos (la paga de la pensión de 40.000 libras concedida por Luis XIV en 1705 y la retribución de la parte impagada de sus gajes como camarera mayor, que nunca tendría lugar). Además, la dama debía pensar en dónde establecerse tras su expulsión de Madrid. Según señala Cermakian, en la corte francesa Ursinos era tratada con todos los honores, como una «grande dame de passage, qu'on tient à honorer mais non pas à garder.»<sup>2387</sup> Dado su enfrentamiento con el duque de Orleáns, futuro regente, resultaba imposible que pudiera instalarse definitivamente en Francia, donde la princesa poseía una casa de campo en Chanteloup. Debido a ello determinó regresar a Roma, su hogar durante varias décadas, después de pensar fugazmente en establecerse en Utrecht. Detenida en Génova a causa de su reumatismo (diciembre de 1715), la princesa permaneció en la República Ligur durante más de cuatro años.<sup>2388</sup> De hecho, no regresaría a la capital pontificia hasta octubre de 1720<sup>2389</sup>, lugar en el que fallecería dos años después. Despreciada por Isabel de Farnesio, Ursinos se ganaría antes de su muerte el favor de otra reina, aunque sin corona: Clementina Sobieska, irónicamente prima

<sup>2386</sup> Maintenon a Ursinos. Versalles, 1 de abril de 1715. BOSSANGE, III, p. 330.

<sup>2387</sup> CERMAKIAN, M.: *La princesse...*, p. 540.

<sup>2388</sup> Un buen ejemplo de la reticencia de la corte de Roma a recibir a Ursinos tras su desgracia lo encontramos en la misiva que el cardenal Acquaviva, muy vinculado con anterioridad a la princesa, escribió al entonces embajador español en París, Cellamare: “si hizieren fuerza en su ánimo las ponderaciones q[ue] sus parientes le han hecho, no hubiera de determinarse a esta resolución [instalarse en Roma] pues es imposible que pueda tener aquí las satisfacciones que se promete, pues con todo género de personas encontrará desazones y motivos p[ar]a no estar contenta. Por mí, estoy en gran duda si teniendo la honrra de servir a el Rey en esta Corte con el título de Protector de sus Reinos me convendrá tratar con esta señora, pues ignoro si está en gracia de el Rey N[uestro] S[eñor]. Y assí p[or] no estar en esta materia suplico a V[uestra] Ex[celencia] se sirva avisarme lo que ha practicado en este assumpto en el tiempo que esta Señora ha estado en París (...).” Acquaviva a Cellamare. Roma, 2 de agosto de 1715. AMAEM, S.S., leg. 374, fols. 500-503.

<sup>2389</sup> Según previó Acquaviva “(...) Parece ya determinada la S[eñor]a Princesa de los Ursinos de pasarse el i[n]bierno en Génova, y si se hallase bien en aquél País puede ser que ni tampoco piense a pasar más adela[n]te”. Acquaviva a Villamayor. Roma, 26 de noviembre de 1715. *Ibid.*, fol. 542.

carnal de la Farnesio y esposa del pretendiente jacobita al trono inglés, Jacobo (III) Estuardo.

Siempre interesada por la política y cuanto acontecía en la corte madrileña, desde su retiro la antigua camarera mayor contemplaría la evolución de los acontecimientos internacionales tras la muerte de Luis XIV: la hostilidad en las relaciones entre Francia y España a cuenta del conocido como “revisionismo italiano” y, en materia de política interior, la caída del cardenal del Giudice y el ascenso y posterior desgracia de Alberoni, cuyos planteamientos en materia de gobierno y religión discrepaban de los defendidos en su día por los protegidos de la princesa.

Ausente de Madrid, Ursinos cayó pronto en el olvido, lo que no sería el caso de su protectora, María Luisa de Saboya. Madre de reyes pero no perpetuadora de la dinastía, su matrimonio con Felipe V no dejaría de ser un breve episodio de poco más de una década en la vida del monarca, dominada por la presencia y dinamismo de su segunda esposa, a quien correspondió lidiar con los problemas derivados de su enfermedad mental. Ciertamente, resulta imposible precisar cómo evolucionó el recuerdo de la joven reina tanto en la mente del monarca como en la de los cortesanos y ministros que tuvieron relación con ella. No obstante, hemos visto que Macanaz rindió tributo a su memoria en 1746, en un ejercicio de retórica que aunque denotaba oportunismo demostraba también un cierto reconocimiento a la protección que María Luisa le dispensó. Tampoco la olvidaría el pueblo madrileño que, de acuerdo con el relato que Saint-Simon realizó de su embajada en España, estallaría con frecuencia en Vivas a la Saboyana en presencia de su sucesora en el tálamo regio, nunca tan respetada.<sup>2390</sup> Quizás, dada la escasa popularidad de las sucesivas consortes españolas a lo largo del siglo XVIII, este sea el mejor homenaje con que pueda contar una soberana cuya vida en el país estuvo marcada por la guerra, el sacrificio personal y la amenaza del destierro.

---

<sup>2390</sup> *Saint-Simon en España...*, pp. 313-314.

## CONCLUSIONES:

«La femme touche à tout. Elle est partout (...). Cette domination des femmes, qui monte jusqu'au Roi, est répandue tout autour de lui (...), [et] descend aux bureaux des ministères. Elle enveloppe toute l'administration du réseau de ses mille influences. Elle s'étend sur tous les emplois, sur toutes les charges (...).»<sup>2391</sup>

La vida de María Luisa de Saboya en España antes y después de 1705, fecha en la que se detiene este trabajo, estuvo mediatizada tanto por el estallido del conflicto sucesorio entre Austrias y Borbones, que finalizó el mismo año de su muerte, como por las estrechas relaciones políticas, diplomáticas y dinásticas entre Francia y la Monarquía Hispánica. Ambos factores fueron claves en la evolución del proceso de adaptación de la nueva reina a su papel como consorte de Felipe V. Un proceso que hemos interpretado en este trabajo no solo como el resultado de un cúmulo de circunstancias determinadas por la progresiva aclimatación de la soberana al ceremonial, usos y costumbres de la corte de adopción, sino también como una situación, prolongada en el tiempo, susceptible de ser analizada desde perspectivas más amplias. Para ello hemos incidido en aspectos tan diversos como el desarrollo de los vínculos de la reina con el monarca, definitorios de la potencialidad de su posición en la institución monárquica; la relación de la consorte con su servidumbre palatina y sus contactos, y posible incorporación, a las redes clientelares vertebradas en la nueva corte; el grado de identificación de la soberana con la imagen que sus predecesoras habían contribuido a conformar a través de sus respectivas conductas, y junto a este factor la variabilidad de su imagen particular merced a su propio desempeño como consorte; o la evolución de su doble identidad dinástica, condicionada por el discurrir de las relaciones entre la dinastía de origen y aquella con la que había entroncado en virtud de su matrimonio. Examinar detenidamente elementos *a priori* tan dispares nos ha permitido apreciar en toda su complejidad las características del proceso de adaptación que debía afrontar toda princesa casada en el extranjero; pero lo más importante, conocer cuáles fueron las particularidades que revistió dicho proceso en el caso de la primera esposa de Felipe V.

Después de su matrimonio María Luisa de Saboya se integró en el seno de un sistema dinástico encabezado por Luis XIV, el eje Versalles-Madrid, que fundamentado

---

<sup>2391</sup> E. y J. DE GONCOURT: *La femme au XVIIIe siècle*. Préface de E. Badinter. París, 1982, pp. 292-293.



teóricamente en los comunes intereses de las Dos Coronas entrañaba *de facto* un alto grado de subordinación de la Monarquía Hispánica respecto a Francia. Esta dependencia, presentada con frecuencia bajo el término “colaboración”, condicionó la vida de la reina tras su instalación en España, en tanto en cuanto no solo afectó al desarrollo de la diplomacia borbónica sino también a la política interior española. El ducado de Saboya, patria nativa de la nueva consorte, ocupó una situación de subordinación semejante a la de la Monarquía Hispánica en el conjunto de las alianzas establecidas por Francia tras el advenimiento al trono de Felipe V. Las nupcias del Rey Católico supusieron la culminación del tratado borbónico-saboyano de abril de 1701, que formalizó la adhesión del ducado a la Casa de Borbón en los tres primeros años de guerra. No obstante, la alianza recién contraída se destacó desde el principio por su fragilidad, consecuencia directa de la forma en que fue negociada. A través de un autoritarismo poco sintomático de la necesidad que las Dos Coronas tenían del apoyo de Saboya para la defensa del Milanesado español durante el conflicto sucesorio, Francia impuso al ducado italiano un acuerdo que no contemplaba las verdaderas ambiciones de Víctor Amadeo II; en concreto la garantía de un cierto engrandecimiento territorial de sus estados en Lombardía, objetivo de la diplomacia saboyana desde la década de 1690. De hecho, cabría considerar la unión de María Luisa con el rey de España como la concesión más importante, en términos de prestigio, que Luis XIV realizó a Turín. Aliado incómodo, según lo calificara Tessé, los recelos de Versalles hacia la fidelidad del duque a la coalición borbónica fueron una constante prácticamente desde el establecimiento de su alianza con los Borbones. Tales suspicacias se extendieron a la reina y afectaron de lleno a su proceso de adaptación. Por una parte porque incrementaron la desconfianza del gabinete francés hacia una hipotética intercesión de María Luisa de Saboya a favor de los intereses de su patria nativa en Italia. Por la otra porque justificaron la puesta en vigor de distintas medidas tendentes a coartar tanto la influencia de la consorte en la escena político-diplomática como el ascendiente que Víctor Amadeo II podría ejercer sobre su hija. Disposiciones como la expulsión del séquito piamontés de la soberana en Perpiñán; la más trascendente designación de la princesa de los Ursinos como dama encargada de acompañar a la nueva reina desde Niza hasta Cataluña, paso previo para su posterior nominación como camarera mayor; o el espionaje al que fue sometida la correspondencia de María Luisa con la corte de Turín, por citar algunos ejemplos, denotan el interés de Versalles por controlar la naturaleza de los

vínculos de la consorte con su dinastía de origen, neutralizar los posibles réditos que la Casa de Saboya podía obtener de su parentesco con el rey de España y asegurar la lealtad de la reina a la Casa de Borbón.

Al afrontar una problemática tan compleja como la doble pertenencia dinástica de la consorte, Luis XIV y sus ministros adoptaron frente al ducado un autoritarismo semejante al que emplearon al negociar el tratado de abril de 1701. Así, Versalles no solo impuso su criterio en algunos aspectos relativos al viaje de la reina que concernían exclusivamente al gobierno saboyano (como la designación de la dama que había de conducir a María Luisa hasta la corte de adopción); sino que también vulneró en perjuicio de Turín ciertas prácticas, privilegios y tradiciones derivadas de la cortesía y el decoro que habían de presidir toda unión matrimonial entre dos dinastías soberanas. Las bodas de Felipe V y María Luisa de Saboya no podían ser consideradas una *mésalliance*, dado los ensalzados parentescos que vertebraban el capital dinástico de la nueva reina. Sin embargo, constituyeron una alianza políticamente asimétrica, según la definición de Spagnoletti, que favoreció la reiterada (e injustificada en ocasiones) intervención de Francia en el proceso de adaptación de la soberana; y por el contrario la sumisión, no exenta de cierto desencanto, con la que Saboya acogió tanto tal injerencia como el control al que Versalles sometió las relaciones de la reina con la familia ducal.

Los prejuicios hacia los orígenes dinásticos de María Luisa, que muy a menudo implicaron la adjudicación de diferentes grados de francofobia a la consorte, se disiparon con el tiempo debido a la quiebra de la coalición borbónico-saboyana a finales de 1703. Empero, este factor no redujo la potencialidad de la soberana en el marco de las relaciones diplomáticas entre Saboya y las Dos Coronas. Las posibilidades que suscitaba la condición de la consorte como mediadora entre su patria nativa y la corte de adopción nunca eran unidireccionales, y no lo fueron en el caso de la primera esposa de Felipe V. En un ejercicio de pragmatismo que hemos definido bajo el término de “mediación consentida”, y a despecho de los anteriores recelos hacia los vínculos de la reina con la Casa de Saboya, en 1706 y 1709 el gobierno francés estuvo dispuesto a instrumentalizar los lazos de parentesco de la soberana con la corte de Turín con el fin de propiciar un nuevo acercamiento del ducado a la Casa de Borbón. Aunque ambas iniciativas fracasaron, suponen indicio bastante elocuente, por un lado, del modo en que la coyuntura afectaba a la percepción de Versalles respecto a los orígenes dinásticos de la consorte, susceptibles de coerción e instrumentalización en función de la evolución del

conflicto sucesorio y de los éxitos de las armas borbónicas en la Guerra de Sucesión. Por el otro, de las dificultades que debían afrontar las princesas casadas en el extranjero para conciliar de manera harmónica los ámbitos en los que cristalizaba su doble pertenencia dinástica o los límites, variables, impuestos a su capacidad de intercesión en el contexto más flexible de las relaciones internacionales.

La inexperiencia de Felipe V, añadida a los estrechos lazos familiares y dinásticos que unían al monarca con Luis XIV, impusieron otro tipo de condicionantes al proceso que hemos analizado en esta tesis. En primer lugar, exigieron de la consorte una sumisión semejante a la de su esposo hacia los dictados del rey de Francia, cabeza de la Casa de Borbón, lo que se hizo patente en aspectos como el despido de su séquito piamontés, la designación de la que había de ser su camarera mayor o el nombramiento de los cargos más importantes de su servidumbre, cuestiones resueltas a instancias de Versalles. En segundo lugar, multiplicaron el número de actores que intervinieron en la toma de decisiones relativas a la instalación de la consorte en la corte de adopción. Además de Luis XIV, los sucesivos embajadores franceses en Madrid (Harcourt y Marcin), los miembros más importantes de la “familia francesa” de Felipe V (Louville, Montviel, el padre Daubenton...) y el cardenal Portocarrero, a la sazón figura preminente en el seno del gobierno español, contribuyeron también a través de sus opiniones a reglar las circunstancias en las que se desarrolló el establecimiento de María Luisa de Saboya en su nueva patria. Por último, la pertenencia de Felipe V a la dinastía borbónica singularizó el proceso de adaptación de la consorte en otros sentidos. Por una parte, favoreció la adopción de algunas disposiciones que no tenían precedentes inmediatos en la corte madrileña, como la imposición de criterios sumamente restrictivos a la instalación en Madrid de un grupo de servidores procedentes de la patria de origen de la nueva reina, o la designación de una dama francesa como camarera mayor (por mucho que esta fuera la viuda de un Grande de España). Por la otra, obligó a María Luisa de Saboya a adecuar su conducta, y sus relaciones con el monarca, a patrones de comportamiento más propios en la práctica de las soberanas francesas de la segunda mitad del siglo XVII que de las mujeres Habsburgo que la precedieron. A nuestro modo de ver la insistencia por hacer de María Luisa de Saboya una reina que compartiese (pero no eclipsase) la gloria de su esposo; que participase con suma discreción en el reparto de mercedes; o que se mantuviera al margen de la escena política, por citar algunos ejemplos, no respondió únicamente al interés de Versalles por limitar la potencialidad de la posición de la nueva

consorte en un contexto determinado por el cambio dinástico, la guerra y el reformismo. También hemos de considerar la voluntad del gabinete galo, y de los miembros de la “familia francesa” del monarca, por diferenciar a la nueva pareja real de sus más inmediatos antecesores en el trono (Carlos II y Mariana de Neoburgo), cuya conducta deploraban abiertamente y que percibían a través del prisma, muy crítico hacia la intervención de las reinas de España en la esfera política, del contenido de los informes remitidos por la diplomacia francesa en Madrid en los últimos años de la década de 1690.

Así pues, desde una perspectiva general es de notar que el proceso de adaptación de María Luisa de Saboya se diferenció del de sus predecesoras, primero, a consecuencia del contexto de cambio en el que tuvo lugar. Cambio diplomático, tras el que la Monarquía Hispánica pasó a ocupar, a diferencia de lo que había sucedido en el eje Madrid-Viena, una posición supeditada en sus relaciones con Francia; pero también político e institucional, que comportó una acusada inestabilidad gubernamental incrementada, tras el estallido del conflicto sucesorio, por las alternativas políticas ligadas a la fidelidad a una u otra de las dinastías en pugna. Segundo, por la pertenencia de Felipe V a la Casa de Borbón. En este sentido algunos de los aspectos en los que hemos insistido a lo largo de esta tesis revelan la tensión derivada de la doble condición de María Luisa de Saboya como Reina Católica y esposa de un Nieto de Francia. Ello fue patente antes y después de su instalación en España e implicó que la nueva consorte debiera responder no solo a las expectativas generadas en torno a su persona en la corte de Madrid, sino también en Versalles, lo que con frecuencia comportó un alto grado de exigencia para ella y la privó de ciertas libertades y privilegios de los que sus antecesoras habían disfrutado. Mientras que la aclimatación de las consortes Habsburgo a la corte de adopción se había desarrollado en un plano bidireccional, con la participación de sus cortes de origen y de destino, tal perspectiva se vio alterada en el caso de María Luisa, al incluir a Versalles en la toma de decisiones, minimizar la injerencia de Madrid en la misma y eludir toda intervención activa y/o determinante de Turín. Tercero, los inicios del proceso de adaptación de la reina fueron prácticamente simultáneos en el tiempo al establecimiento de Felipe V en España. Menos joven que la consorte pero igual de inexperto en el ejercicio de sus funciones, el nuevo soberano desempeñó un papel secundario en la reglamentación de las distintas disposiciones vinculadas a su matrimonio y a la instalación de la consorte en la corte de Madrid. De hecho, la inexperiencia del rey influyó tanto en la adopción de algunas órdenes concretas relativas

al proceso de adaptación de María Luisa, como en el contexto que esta encontró a su llegada al país: por ejemplo la primacía otorgada al embajador francés en la *praxis* del gobierno o la presencia de una nutrida “familia francesa” en el *entourage* del monarca, factores ambos que sus antecesoras no debieron afrontar.

El nombramiento de la princesa de los Ursinos como camarera mayor de María Luisa de Saboya determinó, por sus consecuencias a un más amplio espectro, la evolución del proceso de adaptación de la reina. La de la princesa fue una designación definida no solo por la naturaleza regnícola de la dama y su lealtad a Luis XIV, sino también por las características de la labor que esta debería desarrollar en el círculo regio en un momento de cambio e instauración dinástica. En un principio Ursinos estaba llamada a desempeñar una función similar a la que en 1696 se atribuyó a Madame de Maintenon junto a María Adelaída de Saboya: formar a una consorte leal a Francia que, alejada del tratamiento de los asuntos de gobierno y desde la discreción, había de respetar la posición supeditada al rey que ocupaba en la institución monárquica, al tiempo que mantenía con este una relación fundamentada en los valores que daban cuerpo al modelo de matrimonio tradicional. En este punto Versalles vinculó la naturaleza regnícola de la camarera mayor con la identidad de la nueva soberana, que la dama habría de forjar merced a su labor de instrucción: «Si j’avois été espagnole, la Reine l’auroit esté aussy», concluyó Ursinos a mediados de 1702. El sentido de la frase no podía ser más explícito: una camarera mayor española habría formado una soberana “a la española”, todo lo opuesto a lo que Francia esperaba de la consorte de Felipe V y en razón de lo cual el gabinete francés vetó el nombramiento de una mujer de la Grandeza hispana para el puesto.

La libertad de la que Ursinos gozó al abordar la instrucción de María Luisa de Saboya derivó especialmente de cuatro factores: a) las prerrogativas inherentes al cargo que ocupaba a la cabeza de la cámara, que le garantizaron un acceso continuo y privilegiado a la persona de la consorte; b) el crédito de la dama entre ciertos sectores del gobierno francés (en razón de sus contactos con Madame de Maintenon y ministros como Torcy, Chamillart y Harcourt); c) las consecuencias a corto plazo para la imagen de María Luisa de Saboya del incidente de Figueras, que reforzó la idea de que la princesa era, al menos por el momento, una figura imprescindible junto a la consorte; y d) la protección que Versalles otorgó a la dama con anterioridad incluso a su instalación en España, decisiva tanto para el afianzamiento de la posición de Ursinos en el *entourage*

de María Luisa de Saboya como para su aceptación en la corte española, donde suponía un elemento igual de exógeno que la nueva reina.

A los aspectos mencionados más arriba debemos añadir la voluntad de la propia princesa por granjearse la aprobación de la consorte. No cabe duda de que la dama fue consciente desde el principio de que su continuidad en España dependería a la postre de la aquiescencia de la reina. Pese a que su preeminencia en la cámara de la soberana era incontestable en virtud del cargo que ocupaba, el éxito del papel de Ursinos en la corte española estribó no tanto ya en su dignidad palatina como en su capacidad para ganarse la confianza de María Luisa de Saboya e influir positivamente sobre ella. Según han puesto de manifiesto algunos estudios recientes, la Casa de la reina era una “institución viva”, regida por unas etiquetas cuyo carácter normativo reglamentaba la jerarquía, prerrogativas y funciones de sus diferentes servidores pero en ningún caso las cuotas de favor regio e influencia de las que estos gozaban, que dependían en último término de los condicionamientos más arbitrarios presentes en las relaciones sociales. Comprender esta dinámica fue el gran acierto de Ursinos y el aspecto que la diferenció de algunas de las camareras mayores que la precedieron. Evidentemente la princesa se benefició de las ventajas anejas al cargo y defendió la proximidad a la soberana de la que disfrutaba gracias a ellas, en concreto frente al ascendiente que podían ejercer otras mujeres de la cámara y de la corte madrileña sobre María Luisa de Saboya. Ahora bien, los despachos del enviado saboyano en Madrid, Operti, poco sospechoso de parcialidad a la dama, revelan una dimensión más “humana” de su labor como camarera mayor. Mujer cosmopolita y experimentada, la princesa no sólo tuvo la capacidad de juzgar acertadamente la personalidad de María Luisa, y adecuar su conducta a ella, sino también de comprender las dificultades que la consorte debía atravesar a la sazón (probablemente porque ella misma había afrontado situaciones similares a lo largo de una vida que discurrió en buena medida alejada de su patria nativa). Lejos de imponer a la reina la autoridad que Versalles había delegado en su persona, el comportamiento de Ursinos en las primeras etapas del proceso de adaptación de María Luisa se caracterizó por la combinación de firmeza, afecto y dedicación plena a los deseos y necesidades cotidianas de la consorte, no exenta en ocasiones de un cierto servilismo. Conocedora tanto de la inexperiencia de la soberana como de su deseo de mitigar ante la corte francesa las impresiones que suscitó el desafortunado incidente de Figueras, la princesa abordó la formación de María Luisa de Saboya desde la discreción, dotando a sus

consejos de una pátina de idoneidad y desinterés que no sólo repercutió en el prestigio y la popularidad de la nueva reina sino también en su propia reputación como camarera mayor, al demostrar ante Versalles su habilidad para formar a la “perfecta” consorte borbónica.

Las particularidades del proceso de adaptación de la reina tuvieron otra consecuencia: la relación de dependencia establecida entre María Luisa y la princesa de los Ursinos. Esta situación fue el resultado lógico de las circunstancias en las que se produjo la instalación de la reina en la corte de adopción. Establecida en España sin el privilegio de contar con ningún servidor natural de su patria nativa, Ursinos constituyó para la consorte la única figura familiar en un entorno extraño, cuyas costumbres y lengua desconocía. Mientras los reyes permanecieron en Cataluña, la barrera idiomática impidió que la soberana pudiera establecer relaciones más estrechas y fluidas con algunas de las mujeres de su cámara. Esta circunstancia, añadida a la voluntad de la princesa por salvaguardar su proximidad a la reina, benefició a la camarera mayor al obstaculizar los contactos de María Luisa con otras damas que en un principio podían haber contrarrestado el ascendiente que pretendía ejercer sobre su señora. De la misma manera, la diferencia de costumbres entre la nueva soberana y las damas de la corte española favoreció la cercanía entre ambas mujeres. Educada bajo la atenta mirada de una madre de origen francés en una corte profundamente influenciada por las modas procedentes de Versalles, María Luisa de Saboya se sintió más identificada con una camarera mayor francesa que con las damas de la corte madrileña. El epistolario de la consorte es muy revelador a este respecto, pues pone de manifiesto tanto su progresiva dependencia de Ursinos como su tendencia a aislarse del resto de las mujeres de la cámara conforme su relación con la dama iba consolidándose. Obligada en un principio a asumir la presencia de la princesa en su entorno, en apenas unos meses María Luisa de Saboya agradeció no poseer una camarera mayor española. Por muy controvertida que pueda ser la trayectoria de Ursinos en España, objeto de juicios muy críticos por parte de la historiografía, lo cierto es que la dama se dedicó con abnegación al servicio de la reina, con quien estableció una relación basada en la confianza, la lealtad y el afecto recíprocos. Una vinculación que, a pesar la diferencia de edades y de experiencia entre ambas mujeres, fue más emocional y estuvo menos politizada de lo que sus contemporáneos creyeron, como corroboran la correspondencia de la reina y su reacción durante la primera desgracia de la princesa.

A lo largo de esta tesis no hemos pretendido minusvalorar las cualidades personales de María Luisa, evidentes para todos aquellos que tuvieron la oportunidad de compartir su cotidianidad, pero resulta innegable que las primeras iniciativas de la soberana en la corte española partieron en su mayoría del impulso de Ursinos. Ciertamente la reina pudo inspirarse en el modelo de su madre, la duquesa Ana, en algunos aspectos de su conducta: por ejemplo en la abnegación que demostró hacia su esposo a lo largo de su vida conyugal. Sin embargo, las actitudes públicas de María Luisa de Saboya, el modo en que asumió sus deberes como consorte y los discursos que efectuó en presencia de la corte, muy elocuentes en cuanto a su contenido e intencionalidad, fueron el resultado de la influencia ejercida por la camarera mayor sobre la reina. Ursinos alentó la identificación de la soberana con los rasgos de un arquetipo heterogéneo, que combinaba elementos tradicionales en la imagen de las reinas de la Casa de Austria con los valores que conformaban el ideal de consorte preconizado desde Versalles. Tal paradigma reflejó, en última instancia, las nociones de continuidad y ruptura alrededor del perfil público de la nueva reina. Continuidad, en tanto en cuanto María Luisa perpetuó buena parte de los comportamientos de sus predecesoras, como aquellos que tendían a reforzar la vertiente ejemplar, pía y devota de su condición regia. Ruptura, debido a que ciertas de las actitudes evidenciadas por la soberana, *verbigracia* aquellas que incidían en su afabilidad, generosidad, sumisión al rey y desinterés, tendieron en la práctica a distanciar a la reina de la imagen de Mariana de Neoburgo, modelo de consorte en el que sus sucesoras no deberían inspirarse.

La adecuación de María Luisa de Saboya a las características de este arquetipo redundó en su reputación y popularidad como soberana, pero distorsionó un tanto la percepción de su personalidad. Tal es lo que apreciamos al contrastar la documentación diplomática con la correspondencia personal de la reina. La primera describe al personaje institucional y presenta por ello a una soberana ejemplar, responsable con sus funciones como consorte y dotada de una asombrosa madurez y perspicacia política. La segunda, que recoge las opiniones de la propia María Luisa, evidencia por el contrario a una reina más inmadura de lo que aparentaba su imagen pública; que cumplía con desagrado con algunas de las funciones vinculadas tradicionalmente a su condición regia (como las frecuentes visitas a iglesias y conventos de la capital o la asistencia a las representaciones de comedias españolas); y que, consciente de su inexperiencia, asumía de buen grado la dirección y el consejo de la princesa de los Ursinos al afrontar las diferentes facetas de su



papel. Por lo tanto, nos encontramos con una María Luisa de Saboya diferente, al menos para los años 1701-1705, de la que la historiografía ha contribuido casi a mitificar (en buena medida por comparación con sus impopulares antecesora y sucesora). Ejemplar y rayana en la perfección cuando analizamos al personaje institucional que se somete a los condicionantes del arquetipo; más humana cuando nos adentramos en el estudio de su personalidad o en el desarrollo de sus actos, guiados con frecuencia por una camarera mayor que fue lo suficientemente prudente y discreta como para no perjudicar, en ocasiones, la reputación de la consorte con la exteriorización del influjo que ejercía sobre ella (como sucedió por ejemplo durante la primera gobernación de María Luisa).

La designación de la reina como gobernadora alteró las características de su proceso de adaptación y, por extensión, del papel que la princesa de los Ursinos había de desempeñar en su formación como consorte. El periodo de tiempo transcurrido entre el verano de 1702 y el invierno de 1703 constituyó una nueva etapa en la trayectoria de ambas mujeres en España. Si con anterioridad a esta fecha se habían mantenido al margen de los negocios de Estado, la presencia de Felipe V y el embajador francés en Italia las situó en la primera línea de la escena político-cortesana. Esta situación afectó de manera especial a la princesa de los Ursinos. Intermediaria privilegiada entre las cortes de las Dos Coronas, la dama participó de manera activa en la primera gobernación de María Luisa de Saboya. El cambio operado en su estatus como agente del poder permitió a Ursinos alentar sus propias iniciativas en la esfera pública e incrementó su conocimiento acerca de la política borbónica. En este punto su correspondencia con Torcy no podría ser más elocuente. De su lectura colegimos que la princesa no solo adquirió plena conciencia de los problemas de diferente naturaleza que acuciaban a la Monarquía Hispánica, que describía en sus epístolas de manera muy prolija, sino que también estaba dispuesta a plantear soluciones a los mismos y a desenvolverse en su relación con el poder de un modo diferente a como lo habían hecho otros miembros del *entourage* francés de Felipe V. Conocedora de la francofobia reinante en Madrid, del desprestigio de la imagen del Rey Católico y de la oposición que generaba entre los cortesanos españoles la reiterada vulneración del ceremonial por parte de los miembros de la familia francesa, la princesa asumió su papel como consejera oficiosa de la gobernadora con suma discreción. Lo que es más importante si cabe, pretendió aproximarse a las elites locales, estimularlas a servir al soberano con lealtad e integrarlas en el proyecto reformista alentado desde Versalles. Tal *modus operandi*, que Ursinos puso

en práctica de concierto con la consorte, favoreció la aceptación de la princesa como camarera mayor; repercutió en el prestigio de María Luisa de Saboya, percibida como una precoz estadista cuando en realidad buena parte de sus acciones eran dirigidas por Ursinos; y afectó a la larga al equilibrio de influencias imperante hasta la fecha en el *entourage* francés en Madrid. En este sentido con anterioridad al verano de 1702 las funciones de los dos principales agentes del poder francés en España, la camarera mayor y los embajadores de Luis XIV, así como los ámbitos en los que cristalizaba su influjo, parecían claramente delimitados: en tanto la princesa concentraba sus esfuerzos en la reforma del ceremonial y en la formación de una soberana «*éloigné des affaires*», los diplomáticos galos tomaban parte en el gobierno de la Monarquía Hispánica desde el Despacho. Esta perspectiva se vería paulatinamente alterada a lo largo de la jornada italiana de Felipe V, momento a partir del cual la camarera mayor pasó a disfrutar de una influencia en la esfera política sensiblemente superior a la que podía gozar un embajador recién instalado en Madrid; estableció todo un conjunto de relaciones de diferente naturaleza con ciertos ministros, cortesanos y burócratas hispanos; y adquirió un crédito notable en la corte madrileña que, a diferencia de lo que sucedía con los diplomáticos galos destinados en España, no dependía *a priori* de factores tan intangibles como las atribuciones que les conferían las instrucciones recibidas desde Versalles, sino que se basaba por el contrario en los resultados derivados de la acción *in situ*. La evolución producida en la posición de la princesa de los Ursinos como agente del poder quedó de manifiesto durante la crisis del Despacho.

Tradicionalmente la historiografía entendió las acciones de la camarera mayor tras el regreso de Felipe V de la jornada italiana como una muestra inequívoca de la voluntad de la dama por perpetuar su dominio sobre la escena política. Calificada por Michelet en su día como la “peor intrigante de Europa”, la imagen de la princesa como paradigma de la ambición femenina ha mediatizado en buena medida el significado de su participación en el poder y, concretamente, de sus iniciativas en la corte española durante los sucesos de enero de 1703. Nuestro planteamiento de la trayectoria de la princesa en esta coyuntura ha pretendido desentrañar los factores que, además de sus posibles aspiraciones personales, pudieron impulsar a Ursinos a afrontar la crisis del Despacho del modo en que lo hizo. El estudio del epistolario de la camarera mayor, combinado con el análisis de la correspondencia de los embajadores florentino, saboyano y veneciano en Madrid en las mismas fechas, nos ha permitido no solo matizar el verdadero calado de

algunas de las proposiciones de la dama en este periodo, sino también aportar una explicación coherente a su conducta entre 1703 y 1704. En primer lugar, lejos de caracterizarse por la francofobia que sus opositores les adjudicaron, los argumentos defendidos por Ursinos tras el abandono de Portocarrero del gabinete distaban de menoscabar la influencia que Francia y los embajadores de Luis XIV ostentaban sobre la Monarquía Hispánica. Ciertamente otorgaban al cardenal d'Estrées una posición diferente en el panorama político y reducían su proyección pública en el marco del gobierno y el ceremonial borgoñón, obligándole a mantenerse al margen del Despacho y a respetar el reglamento de entradas en los aposentos regios; sin embargo, mantenían incólume el ascendiente que ejercía sobre los asuntos de Estado, que habría de proyectarse, según informó el enviado florentino, Pucci, “per canali privati”. En segundo lugar las propuestas de la camarera mayor se basaban en una concepción más realista de las relaciones francoespañolas que la que Luis XIV y sus ministros podían albergar. A diferencia de los miembros del gobierno francés, Ursinos observaba la realidad imperante en la corte madrileña desde dentro de ella y era consciente de la verdadera magnitud de las tensiones internas que aquejaban al eje Versalles-Madrid desde mediados de 1702, cuando las expectativas generadas por el advenimiento de los Borbones al trono empezaron a desvanecerse en la capital española y las fuerzas de la Gran Alianza comenzaron sus incursiones en territorio peninsular. Las impresiones de la camarera mayor a este respecto no constituían en ningún caso una percepción personal. Con anterioridad al regreso de Felipe V de Italia la correspondencia diplomática se hizo eco igualmente de la efervescencia que reinaba en Madrid, motivada en buena medida por la futura composición del gabinete, así como de la desconfianza de los cortesanos españoles hacia las intenciones de Francia en relación con una hipotética partición de la Monarquía Hispánica. Con toda probabilidad, Ursinos discrepaba ya en ese momento de algunas de las máximas de Versalles respecto a la política española y la crisis del Despacho supuso la ocasión propicia para que la dama pudiera imponer su punto de vista en cuanto a los medios y canales a través de los que, en un futuro, deberían discurrir las relaciones entre las Dos Coronas. Distanciada de Portocarrero durante la gobernación de María Luisa, la camarera mayor vio en su salida del gabinete una oportunidad para prescindir no solo de un ministro impopular, cuyas ideas políticas no compartía; sino también de un organismo que alimentaba las rivalidades en el seno de la Grandeza y que,

al incluir al embajador francés entre el número de sus miembros, suponía una impopular exteriorización del dominio que Francia ejercía sobre la política española.

Lo expuesto hasta el momento no implica que este trabajo haya aspirado a presentar una visión parcial de la actuación de Ursinos durante la crisis del Despacho y los acontecimientos que la sucedieron. La camarera mayor mantuvo a D'Estrées al margen de sus iniciativas y las presentó al diplomático, secundada por la pareja real, como un *fait accompli* que este debía asumir. El modo en el que la dama impuso sus planteamientos respecto al gobierno español, de manera unilateral y sin esperar la anuencia de Versalles a los mismos, privó de legitimidad a sus acciones allende los Pirineos y justificó en cierto modo las acusaciones que sus opositores vertieron en su contra en las cortes de las Dos Coronas. Las explicaciones que Ursinos otorgó a este respecto encierran todavía algunas incógnitas, pero también revelan aspectos significativos en cuanto a la concepción que la dama tenía de su papel en España en esas fechas. ¿Por qué actuó así? Posiblemente la princesa, que había presenciado la conducta del cardenal y su sobrino en Guadalajara y Alcalá de Henares, cuando escandalizaron a los Grandes que se habían trasladado a ambas ciudades para recibir al rey transgrediendo públicamente el reglamento de entradas, era consciente de que el nuevo embajador venía dispuesto a defender las prerrogativas que le adjudicaban sus instrucciones. A partir de ese momento, Ursinos entendió a D'Estrées no tanto ya como a una amenaza a su posición en el círculo regio, lo suficientemente consolidada a esas alturas gracias al favor que le dispensaba la consorte, sino más bien a la política de conciliación en la corte española que, de concierto con la reina, había desarrollado desde el verano de 1702. Dispuesta a imponer su visión sobre las relaciones en el eje Versalles-Madrid, y sabedora de que probablemente D'Estrées disentería de sus opiniones, la dama recurrió a la autoridad de Felipe V con el fin de garantizar la viabilidad de sus propuestas frente al cardenal. Para la princesa, sus planteamientos sobre la política española estaban plenamente justificados, de ahí que se comportara con semejante seguridad. Tal y como reconoció en las primeras misivas que dirigió a Luis XIV y Torcy tras la crisis, estos se basaban en un conocimiento de la realidad bastante más preciso del que podían tener el los D'Estrées, recién llegados a Madrid, o los miembros del gabinete francés en el lejano Versalles. Desde estas perspectivas, con su actuación durante los sucesos de enero de 1703 la princesa no solo apeló a su capacidad para intervenir en la toma de decisiones en pie de igualdad con los embajadores de Luis XIV, y en conformidad con cómo había

evolucionado su relación con el poder durante la primera gobernación de María Luisa de Saboya; también buscaba obtener de Versalles un margen de decisión más amplio en aquellas cuestiones en las que su experiencia en la política española fuera superior a la de los diplomáticos galos destinados en Madrid. No en vano, en tanto que camarera mayor de la reina, la dama era una figura permanente en el entramado cortesano madrileño, a diferencia de los embajadores de Luis XIV, cuya trayectoria en España siempre tuvo un carácter más temporal.

Los requerimientos de la princesa resultaban audaces por las condiciones que planteaban a la instrumentalización que Versalles podría realizar en lo sucesivo de su influencia en la corte de Madrid. Ello explica en buena medida por qué desde Francia condenaron las iniciativas de Ursinos durante la crisis y consideraron que sus propuestas en esta coyuntura tenían menos legitimidad que las pretensiones de los D'Estrées. Para Luis XIV y sus ministros, la camarera mayor había sido una colaboradora valiosa al servicio de los reyes de España y Francia durante la primera gobernación de María Luisa de Saboya. Ahora bien, eso no significaba que otorgaran a la dama una posición equiparable a la que los embajadores franceses ocupaban en las relaciones entre las Dos Coronas; como tampoco que estuvieran dispuestos a sancionar cualquier iniciativa que menoscabara las prerrogativas que estos disfrutaban en el panorama político-cortesano español. En los planes de Versalles Ursinos era entendida como un agente del poder subordinado a los representantes de la diplomacia francesa en la Monarquía Hispánica, sobre los que Luis XIV delegaba parte de la autoridad que ejercía sobre su nieto. Un agente del poder, en último término, cuya proyección sobre los negocios de Estado no tenía por qué ser continuada y activa, sino accesoria y puntual, tal y como lo había sido durante la primera gobernación de la reina.

Las diferencias suscitadas entre el gabinete francés y la princesa en cuanto a los límites del papel que esta había de desempeñar en la escena política española nos permiten comprender la compleja relación de la dama con Versalles en este periodo. Consumada su ruptura con el cardenal d'Estrées a causa de la reacción de este último a los sucesos de enero de 1703, Ursinos se negó a renunciar a su implicación en el tratamiento de los asuntos. En un primer momento continuó influyendo en la toma de decisiones de manera indirecta, a la cabeza de un foco de oposición al nuevo embajador galo que contaba con el respaldo de la pareja real. Más adelante, perpetuó su proyección en la esfera pública merced al patrocinio que otorgó a los proyectos de reforma de Orry

quien, neutral en un principio en la rivalidad surgida entre la camarera mayor y el diplomático galo, no tardó en posicionarse en favor de la primera. Esta fase de la trayectoria de la princesa en España (1703-1704) fue significativa en un doble sentido: por un lado, corroboró la potencialidad del “triunvirato” formado por Ursinos, la consorte y Orry, cuya obstrucción a la misión del cardenal d’Estrées al servicio del Rey Católico resultó claramente efectiva si tomamos en consideración que finalmente Luis XIV aceptó el cese del diplomático en el otoño de ese mismo año. La pugna de influencias desarrollada entre el embajador y la camarera mayor desde la crisis del Despacho se zanjó, en primera instancia, con el triunfo de esta última. Por otro lado, este periodo constató también las contradicciones inherentes a algunos de los planteamientos esbozados por la princesa en enero de 1703, que se hicieron patentes tras la destitución del cardenal, así como la vulnerabilidad de la posición de la dama con respecto a Versalles. La marcha de D’Estrées inauguró una época de actividad reformista que se extendió hasta comienzos de 1704. Secundada por la reina, Ursinos alentó la ejecución del programa de reformas en la administración hispana planeado por Orry y desarrolló una activa labor de patronazgo político-cortesano que enriqueció la nómina de colaboradores del financiero y vertebró la red clientelar encabezada por la dama. No obstante, la vinculación de la princesa con Orry resultó a la larga perjudicial para Ursinos. Los cambios introducidos por este en las instituciones españolas (división de la Secretaría del Despacho o la creación de la Tesorería Mayor de Guerra, por ejemplo) provocaron el definitivo abandono de Portocarrero del gabinete (aspecto que Francia no contemplaba en estas fechas), generaron una importante inestabilidad en la corte madrileña y perpetuaron el clima de oposición existente en su seno, focalizado parcialmente en lo sucesivo sobre la camarera mayor y su más estrecho colaborador. Este panorama contribuyó, de entrada, a poner en tela de juicio ante Versalles la política de conciliación que Ursinos había defendido durante la primera gobernación de María Luisa de Saboya y con posterioridad al estallido de la crisis del Despacho, al tiempo que dotó de cierta veracidad a las informaciones que acusaban a la dama de actuar movida exclusivamente por sus “ambiciones particulares”. Sin embargo, tan importante como este aspecto a la hora de comprender el destino de la princesa en la primavera de 1704 sería su incapacidad para mantener una relación estable con el nuevo embajador francés, el abate d’Estrées. Designado para el puesto a instancias de la propia camarera mayor, quien a su vez abogó por la entrada del diplomático en el gabinete, Ursinos otorgó al

abate un rol secundario en la toma de decisiones que no hizo sino enrarecer aún más la situación vigente en la capital española.

Vista retrospectivamente la actitud de la princesa puede ser entendida como una solución de compromiso. En primer lugar, al apoyar la candidatura del abate para la embajada francesa en España la dama neutralizó la posible nominación de un nuevo embajador cuyas prerrogativas, semejantes a las atribuidas en su día al cardenal d'Estrées, podrían suponer una amenaza no solo para la proyección en la escena política de la que ella misma y Orry disfrutaban, sino también para la puesta en vigor de los proyectos de reforma que ambos defendían. En segundo lugar el abate constituía una figura conocida para la princesa, un sujeto cuya vanidad, de la que era consciente, pretendía satisfacer a través de su nombramiento para uno de los cargos de mayor relevancia del eje Versalles-Madrid sin que ello implicara necesariamente otorgarle una amplia capacidad de maniobra en el seno del gobierno. La vinculación entre Ursinos y el abate d'Estrées en estas fechas nos parece interesante no ya por la conflictividad que la caracterizó, fruto de unas desconfianza y doblez que no cabe achacar únicamente a la dama, sino por las funciones que la camarera mayor le atribuyó en el marco de su embajada. La princesa nunca entendió al abate como un agente de poder dotado de la autoridad de un "primer ministro", por emplear un término que la historiografía concede a los embajadores franceses en España en este periodo. Lejos de ello, interpretó su papel como el de un auxiliar de Orry, su más estrecho colaborador; una figura que había de actuar a modo de nexo entre el financiero y el Despacho en la ejecución de las medidas que se dirimían en los aposentos regios, verdadero centro de la toma de decisiones en ese momento y del que el abate se hallaba excluido.

Semejante dinámica entrañó, por lo pronto, una nueva vulneración de las prerrogativas que Versalles concedía a sus embajadores; la supeditación del gabinete a la capacidad ejecutiva de la cámara regia y el *Cuarto chico* de la princesa, espacios periféricos de poder oficioso; y la innegable preeminencia de Jean Orry y la camarera mayor en las relaciones francoespañolas. Los tres factores referidos explicarían la caída en desgracia de ambos sujetos en abril de 1704. De hecho, su destino posee un innegable paralelismo tanto por la vinculación de sus carreras como por las concomitancias existentes en sus respectivas posiciones. Así, no solo el financiero "se las dio de personaje", por mencionar una de las críticas vertidas en su contra en estas fechas. A ojos del gabinete francés Ursinos se extralimitó igualmente en sus funciones. En este periodo ambos impusieron

su sello en la política borbónica pero carecieron verdaderamente del apoyo de Francia a sus acciones. Aunque esta toleró su ascendiente sobre los asuntos de Estado desconfió en todo momento de la idoneidad de sus iniciativas y de la proyección que habían alcanzado en Madrid. Las dos circunstancias citadas mediatizaron las pesquisas de Berwick y Puységur respecto a la labor de Orry e instaron a Luis XIV no solo a sancionar la salida del financiero y la camarera mayor de España, sino lo más importante, a designar a un nuevo embajador, el duque de Gramont, capaz de restaurar el prestigio e influjo de Francia sobre la corte madrileña, que el soberano entendía en entredicho desde enero de 1703.

La crisis del Despacho, así como la posterior caída en desgracia de Ursinos, favorecieron la mayor implicación de María Luisa de Saboya en la escena político-cortesana y desvirtuaron definitivamente los contornos del modelo de consorte «*éloigné des affaires*» que Versalles preconizó en su día para la primera esposa de Felipe V. Desde una perspectiva general, el posicionamiento de la reina reflejó una problemática relativamente común en el entorno de la soberana: el interés de esta por controlar la designación y destino de las mujeres que se hallaban a su servicio en la cámara regia y a las que agraciaba con su favor. Apenas unos años antes que María Luisa, Mariana de Neoburgo había protagonizado una situación similar cuando se enfrentó a amplios sectores de la corte, entre los que se contaba el embajador imperial, Aloys von Harrach, en su defensa de la entonces favorita regia, la baronesa de Berlips.<sup>2392</sup> El caso de la primera reina borbónica tenía notables concomitancias con el de su antecesora, pero resultaba un tanto más complejo. Con independencia de los aspectos de índole política que mencionaremos a continuación, los sucesos de enero de 1703 pusieron de relieve, en primer lugar, las limitaciones del proceso de adaptación de María Luisa de Saboya en lo que concernía a las características de su servidumbre. Planteado desde Versalles con la finalidad de convertir a la princesa de los Ursinos en la figura de mayor preeminencia y autoridad del *entourage* (oficial y oficioso) de la consorte, favoreció el establecimiento de una relación de clara dependencia entre la reina y la camarera mayor que explica, por lo pronto, la incapacidad de María Luisa para mantenerse neutral en la pugna librada entre

---

<sup>2392</sup> LÓPEZ ANGUITA, J. A.: “Madrid y Viena ante la sucesión de Carlos II: Mariana de Neoburgo, los condes de Harrach y la crisis del partido alemán en la corte española (1696-1700)”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y GONZÁLEZ CUERVA, R. (coords.): *La Dinastía de los Austrias. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*. Vol. II. Madrid, 2011, pp. 1111-1153.



Ursinos y los embajadores de Luis XIV en Madrid. La correspondencia de la soberana a lo largo de este periodo revela no solo tal dependencia sino también el componente emocional que la caracterizó, significado además por el aislamiento de María Luisa de sus damas españolas durante el destierro de la princesa o por sus maniobras para favorecer la restitución de la camarera mayor a su antiguo puesto, por ejemplo. Depositaria absoluta de su lealtad, María Luisa de Saboya nunca estuvo dispuesta a supeditar la causa de la favorita a las prerrogativas de los diplomáticos galos en el gobierno de la Monarquía Hispánica, a pesar de las críticas y censuras que recibió por ello. De hecho, su confianza en la justicia de los planteamientos de la princesa nunca pareció flaquear.

Este aspecto nos lleva al segundo punto que queríamos traer a colación en estas páginas finales: el influjo de la camarera mayor en las intervenciones de la soberana en el ámbito político. Con la designación de María Luisa como gobernadora el ascendiente que Ursinos proyectaba sobre el comportamiento público y privado de la reina se vio politizado, toda vez que pasó a afectar a las decisiones que la consorte tomaba al frente del poder en ausencia de su esposo. Que la soberana fuera consciente de su inexperiencia en materia política coadyuvó sin duda a este proceso y facilitó la labor de la camarera mayor en tanto que consejera oficiosa de la gobernadora. Por otra parte esta situación, definida a menudo por autores y testimonios contemporáneos en términos de manipulación, puede entenderse también como una evolución de la instrucción de María Luisa como reina Católica. Una instrucción que, en lo sucesivo, había de contemplar su puntual participación en el ejercicio del poder formal mientras Felipe V defendía sus derechos sucesorios en el campo de batalla. Evidentemente es innegable que la princesa, mujer más experimentada que María Luisa de Saboya en todos los sentidos, no tuvo dificultades para inspirar a la soberana su propia visión de las relaciones francoespañolas y del papel que los embajadores franceses habían de desempeñar en el gobierno de Madrid. No obstante, y aun teniendo presente las diferencias existentes en las respectivas trayectorias vitales de ambas, considerar a la reina como una simple autómatas en manos de la favorita nos parece en exceso reduccionista. El análisis de la biografía de la soberana entre 1703 y 1705 nos ha permitido matizar tales planteamientos y presentar, en algunas cuestiones, ciertas hipótesis que creemos plausibles. Desde el verano de 1702 María Luisa experimentó por sí misma las características del “sistema de influencias” defendido por Ursinos. Dicha *praxis* del poder,

que respetaba en apariencia la independencia de la reina al frente de la Junta de Gobernación, repercutió de manera determinante en su prestigio como gobernadora. Imbuida desde su llegada a España de la necesidad de salvaguardar la reputación de Felipe V como monarca, María Luisa entendió las propuestas de la princesa como un medio de contribuir a la *gloire* de su esposo, no ya simplemente como un subterfugio que permitiría a la favorita, secundada por ella misma, continuar interviniendo en la escena política tras el fin de la jornada italiana. Tal es el sentido que podemos adjudicar al contenido de las epístolas de la soberana a Madame Royale en las que describe los sucesos de enero de 1703; o a las palabras que pronunció en presencia de la corte, y que Torcy se apresuró a censurar, respecto a la capacidad de Felipe V para gobernar por sí mismo en lo sucesivo.

Otra cuestión diferente es el modo en que evolucionaron los acontecimientos con posterioridad al estallido de la crisis del Despacho. La intervención de Ursinos y la reina en su desarrollo no dejó indiferente a nadie en Madrid y Versalles. Objeto de especulación a uno y otro lado de los Pirineos, las reacciones que suscitó tal intervención contribuyeron a reafirmar a María Luisa de Saboya en su conducta inicial. Para comprender la actitud de la consorte en esta coyuntura conviene tener presente algunos de los principales rasgos de su personalidad. La obstinación y franca altanería con las que se comportó el cardenal d'Estrées en sus primeras audiencias con los reyes desagradó visiblemente a la soberana y la predispuso de partida contra el diplomático. Profundamente orgullosa, según las descripciones de Marcin, Tessé y la propia Ursinos, María Luisa vio en el prelado una figura poco dispuesta a respetar su dignidad regia. Los primeros relatos enviados a Versalles por los D'Estrées y Louville acerca de las causas de la crisis tampoco contribuyeron a normalizar la relación de la reina con el nuevo embajador. Por el contrario, favorecieron una mayor identificación de la consorte con la causa de la princesa. A ojos de María Luisa no solo Ursinos se veía vilipendiada sino que su propia reputación quedaba igualmente en entredicho merced a las informaciones remitidas a Francia. Esto explica que, a lo largo del mes de febrero de 1703, se produjesen dos rupturas que debemos encuadrar en la pugna de influencias protagonizada por la camarera mayor y el embajador galo. De un lado, la suscitada entre los sujetos que acabamos de mencionar; del otro, la que se produjo entre la consorte y los D'Estrées. Con independencia del interés de María Luisa de Saboya en justificar la probidad de las iniciativas de la camarera mayor en materia política, lo cierto es que su

oposición tanto al embajador francés como a algunos de sus parciales, *verbigracia* Louville, parece plenamente justificada si tomamos en cuenta el cúmulo de críticas que todos ellos dedicaron a la reina. En sus misivas a Versalles María Luisa amparaba a Ursinos, sabedora de que su destitución era algo que reclamaban sus opositores en las cortes de las Dos Coronas; pero tampoco olvidaba defenderse a sí misma (recuérdese la indignación que revisten algunas de las cartas que envió a Luis XIV entre febrero y marzo de 1703). La problemática en la que la soberana se vio inmersa puede entenderse desde diferentes planos. En primer lugar refleja el frágil equilibrio que a menudo presidía las relaciones de la consorte con los representantes diplomáticos de aquellas potencias que poseían un mayor influjo sobre la corte de adopción; una vinculación que, con harta frecuencia, imponía a la reina un cierto grado de colaboración no exento de sumisión. Las palabras que pocos años antes Mariana de Neoburgo dirigió al embajador imperial en Madrid, Aloys von Harrach, “¡No soy esclava del emperador!”, suponen un buen ejemplo de las tensiones a las que se veían sometidas estas mujeres en el contexto de la diplomacia informal. En segundo lugar, debemos introducir en nuestro análisis la cuestión de la reciprocidad en la confianza entre la pareja real y los embajadores de Luis XIV en España. Los acontecimientos desarrollados entre 1703 y 1705 demostraron que el patrocinio del monarca galo, el delfín o el duque de Borgoña no eran suficiente garantía para que los diplomáticos franceses pudieran ejercer la función tutelar sobre la política española que desde Versalles se les había encomendado. Semejantes avales, aunque poderosos, no eran vinculantes para María Luisa, cuyas cartas a Luis XIV a menudo mencionan sus sospechas en cuanto a la desconfianza que inspiraba en los embajadores de Francia. O lo que es lo mismo: si estos aspiraban a gozar de la confianza regia debían hacerse merecedores de la misma, no exigirla. Para la reina ello pasaba porque los diplomáticos galos respetaran tanto las prerrogativas de Felipe V como su propia influencia en calidad de consorte. De todos los embajadores franceses en España solo Marcin y Amelot, aunque en contextos diferentes, supieron comprender las pretensiones de María Luisa. Que la soberana les agraciara con su beneplácito no se debió únicamente a la estrecha relación que mantenían con Ursinos. Si bien esta última circunstancia influyó en el desarrollo de sus respectivas misiones diplomáticas, es innegable que ambos tuvieron la capacidad de ganarse la protección de la soberana gracias a una conducta intachable hacia ella.

Hablamos de confianza pero deberíamos referirnos igualmente a su antónimo, la desconfianza, sentimiento que mediatizó los años de la biografía de María Luisa de Saboya que hemos analizado en este trabajo. La incidencia de este factor en algunos aspectos del proceso de adaptación de la primera consorte borbónica, como sus relaciones con la corte de Turín, su lealtad a Francia o la composición de su servidumbre palatina, ha sido ya mencionada más arriba. No obstante, sería el recelo hacia el ascendiente de la soberana sobre un rey dotado de la personalidad de Felipe V el elemento que suscitaría mayor debate y controversia en el eje Versalles-Madrid. A este respecto nunca existió un verdadero consenso entre las cortes y gobiernos de las Dos Coronas. Mientras que algunos miembros del *entourage* francés del rey de España, como Louville, se mantuvieron firmes en su oposición a cualquier forma de influencia ejercida por la consorte, otros, *verbigracia* los D'Estrées, el cardenal Portocarrero o Torcy, no siempre mostraron semejante unanimidad. Los sucesos de enero de 1703 incrementaron esta tendencia. Demostrada la potencialidad del influjo que la reina ejercía sobre el Rey Católico, la relación de María Luisa de Saboya con el poder fue objeto de una intensa suspicacia. Los opositores de Ursinos eran conscientes de que el crédito de la dama sobre la esfera pública derivaba en buena medida de la influencia de la soberana sobre Felipe V, de ahí su interés en coartar la “confianza”, por emplear un término presente en la documentación, que este depositaba en su esposa. Empero, tal posicionamiento no era compartido totalmente por Luis XIV. Entre 1703 y 1705 el rey de Francia aspiró a instrumentalizar el capital político de la reina con el fin de favorecer la trayectoria de sus sucesivos embajadores en Madrid, los D'Estrées y Gramont, e instar a un reticente Felipe V a anular algunas de las medidas desarrolladas en su momento por Orry, como el desdoblamiento de la secretaría del Despacho Universal. Que el soberano galo actuó en este punto movido por la inestabilidad reinante a la sazón en el eje Versalles-Madrid es algo que parece evidente. Su renuencia a expresar tácitamente ante María Luisa de Saboya qué esperaba de su intervención en los asuntos de Estado, prefiriendo emplear para ello en un primer momento a intermediarios como Chateaufort, manifiesta las dudas de Luis XIV a la hora de comprometerse personalmente con cualquier incremento del poder informal de la consorte. Para nosotros estas vacilaciones tienen interés en tanto en cuanto nos han permitido matizar las razones que llevaron a la soberana a tratar de oponerse a los intentos de instrumentalización del monarca galo. La pugna de voluntades librada por ambos en torno a la causa de la destituida camarera mayor es un

factor que debe tomarse en consideración al analizar la actitud de la reina ante esta cuestión. Pero no es el único. La existencia en las cortes de las Dos Coronas de sendos focos de oposición a la *potestas* de la consorte, de los que formaban parte figuras tan destacadas como Torcy, Beauvilliers o Ubilla, también influyó en la desconfianza que María Luisa albergaba hacia las pretensiones de Luis XIV con respecto a su intervención en los asuntos de gobierno. El caso de Ubilla constituye un ejemplo bastante elocuente del carácter draconiano que tuvieron para la reina algunas de las instancias del rey de Francia. En este sentido, ¿podía esperarse que la soberana apoyase sin resistencia la restitución del marqués de Rivas como secretario único del Despacho Universal cuando este era uno de los más firmes opositores al ascendiente que ejercía sobre Felipe V?

Si bien faltaríamos a la verdad si infravalorásemos el impacto que la situación de Ursinos tuvo en la relación de María Luisa con el poder, lo cierto es que debemos ser conscientes también de que, en los años 1703-1705, la consorte se vio sometida a diferentes presiones que influyeron en las decisiones que tomó, en el modo en que hizo uso de su influencia sobre el Rey Católico y en la manera en que afrontó los intentos de instrumentalización de Luis XIV. La estrecha vinculación de María Luisa con la antigua camarera mayor hizo del regreso de esta última a Madrid algo que la soberana no estaba dispuesta a negociar. Su comportamiento a este respecto constituye uno de los puntos negros de la brillante imagen historiográfica de la primera reina borbónica. Baudrillart, autor mesurado en sus juicios, criticó que María Luisa de Saboya antepusiera la causa de la princesa a los intereses borbónicos en el conflicto sucesorio, al tiempo que censuraba la rebeldía con la que la consorte acogió los intentos de conciliación de Luis XIV tras el destierro de la favorita. Ahora bien, ¿justificaban verdaderamente dichos intereses la anulación de la labor reformista de Orry, el alejamiento de la princesa y el apoyo de Versalles a un embajador, el duque de Gramont, que abogaba por la absoluta subordinación de la Monarquía Hispánica a Francia? María Luisa no lo entendía así y ello se debía no solo ya a su preocupación por el destino de Ursinos, sino también a su propia implicación en los cambios acaecidos en la corte madrileña a lo largo de este periodo.

Es al abordar esta última cuestión cuando podemos apreciar la relevancia del papel desempeñado por la soberana después de la crisis del Despacho. Desde luego, y al margen de las puntualizaciones que podemos realizar a sus testimonios, Louville, como los D'Estrées o Gramont, nunca subestimaron la influencia de la reina a pesar del

creciente protagonismo de Ursinos en la toma de decisiones. La camarera mayor disfrutó de una importante capacidad de maniobra pero la consorte fue, sin lugar dudas, una colaboradora necesaria en las intervenciones de la dama en la esfera pública. El control del acceso a la regia persona constituye un buen ejemplo del modo en que la interacción de ambas mujeres influyó tanto en la evolución de la política española como en la conformación del círculo regio tras los sucesos de enero de 1703. La imagen de un Felipe V “secuestrado” por la consorte y la camarera mayor ha sido revisada a lo largo de este trabajo, en el que hemos procurado matizar el sentido de algunas exageraciones y rumores de difícil comprobación o acusada intencionalidad. No obstante, conviene tener presente que la instrumentalización de la etiqueta palatina no fue en ningún caso prerrogativa exclusiva de la princesa. María Luisa, al igual que la favorita, participó activamente en esta estrategia y desarrolló diferentes usos, desde la asistencia a las audiencias del monarca a su presencia en las reuniones que este mantenía con algunos ministros, que años después perpetuaría su sucesora en el tálamo regio, Isabel de Farnesio. Esta situación es patente en el caso de Orry, cuya inclusión en el *entourage* real favoreció la Saboyana de manera determinante. El favor de la consorte, junto con la protección de Ursinos, alentaron el desarrollo de las reformas del financiero, incrementaron la influencia de este último sobre los negocios de estado y le situaron en una posición, fáctica que no jerárquica, superior a la que ocupaba el embajador de Francia a la sazón, abate d’Estrées. Debido al ascendiente que ejercía sobre Felipe V, el patrocinio de María Luisa de Saboya devino, pues, no solo una garantía de acceso al monarca sino también de continuidad en la cercanía al mismo.

Resulta difícil establecer con precisión, para los años 1702-1704, cuál fue el grado de intervención de la reina en el reclutamiento de los sujetos que conformarían la red clientelar encabezada por la camarera mayor. Si bien la estrecha vinculación de la soberana con sujetos como Montellano, Veraguas o Grimaldo es detectable en la documentación, el papel de la dama y Orry en este punto es mucho más perceptible, de ahí que hayamos considerado a la soberana como un “agente pasivo” en la vertebración de dicha red. Ahora bien, lo que no admite discusión es la contribución de María Luisa de Saboya a dos aspectos concretos: en primer lugar, a la estabilidad del *réseau* de la princesa tras el destierro de esta en abril de 1704. Ciertamente, la reina no pudo evitar la caída de Orry y Canales, pero su decidida defensa de la causa de Ursinos coadyuvó a mantener la cohesión del grupo de poder que la dama había liderado, cuyos miembros se mostraron

mayoritariamente leales, con algunas excepciones, a la antigua camarera mayor. Entre 1704 y 1705, la consorte tuvo, por lo tanto, una implicación más “activa” en la salvaguarda del sistema de patronazgo desarrollado en su día por Ursinos en colaboración con Orry. En segundo lugar, María Luisa favoreció la focalización del tratamiento de los negocios de Estado en los aposentos regios, muy significativamente en los que ella misma compartía con el rey. *Sancta sanctorum* del que se hallaban excluidos aquellos sujetos opuestos a la camarera mayor, Orry y la propia reina, la relevancia que adquirió la cámara de la soberana en la escena política española restó potencialidad al Despacho como órgano consultivo, así como a otras instituciones oficiales de la administración (Consejos). Por lo que concierne a la consorte, la primacía otorgada a este tipo de instancias oficiosas del poder permitió a María Luisa tomar parte en las reuniones de Felipe V con sus más estrechos colaboradores (Orry, Canales o también D'Aubigny). Lamentablemente la opacidad de las fuentes nos impide ser más explícitos a la hora de ponderar en qué consistía la participación de la reina en estas sesiones de gobierno. Con todo, lo que es incuestionable es que su presencia en ellas contribuyó a que conociera, y se identificara, con los planes reformistas defendidos por la princesa, Orry y, más adelante, por Amelot, cuya embajada no introduciría cambios a este respecto.

Tras la caída de la princesa, el gabinete francés pretendió restaurar la relativa armonía que había presidido las relaciones francoespañolas hasta enero de 1703, pero lo hizo sin efectuar ningún tipo de concesiones; esto es, sin cuestionar en ningún momento la credibilidad de los informes que los D'Estrées y Louville habían remitido allende los Pirineos; considerar detenidamente la idoneidad, y consecuencias, de la conducta y prerrogativas exteriores de sus embajadores en Madrid; o plantear la verdadera necesidad de revertir de manera precipitada algunas de las medidas patrocinadas con anterioridad por Orry y la camarera mayor con el apoyo de la consorte. Este trabajo no ha aspirado a justificar el comportamiento de María Luisa de Saboya en estos años. No obstante, consideramos que achacar la inestabilidad de este periodo a la acción de la soberana y la camarera mayor sobre la escena política es en exceso reduccionista. Puestos a depurar responsabilidades, las conductas de buena parte de los miembros del *entourage* francés en Madrid, desde los embajadores de Luis XIV hasta el confesor regio, padre Daubenton, pueden ser objeto de crítica, en tanto en cuanto todos tomaron parte

en la pugna de influencias que se fraguó alrededor de Felipe V. Algo parecido podemos concluir en lo que respecta al gabinete francés, cuyas divisiones internas, políticas de patronazgo e inflexibilidad en algunos puntos tampoco contribuyeron a normalizar la situación. Como muy bien apreció el monarca galo a partir de 1705, la estabilidad de las relaciones francoespañolas no pasaba únicamente por imponer la salida del país de Ursinos y Orry, como tampoco por autorizar meramente el regreso de ambos a España. Se hacía necesario alentar una mayor interacción en la toma de decisiones en el seno del eje Versalles-Madrid; replantear de manera realista las respectivas esferas de influencia de la camarera mayor y el nuevo embajador francés, elegido a instancias de la primera, lo que había de garantizar la puesta en vigor de una verdadera colaboración entre los dos sujetos mencionados; y abandonar de manera definitiva la desconfianza con que, hasta la fecha, Francia había contemplado la intervención de la princesa en la esfera pública y el ascendiente que la reina ejercía sobre Felipe V. En lo que concierne a esta última no parece que María Luisa de Saboya aspirase a participar en la escena político-cortesana de manera permanente. Por el contrario, todo indica que la reina exigía el reconocimiento de la potencialidad de su condición como consorte; de su capacidad para influir sobre el tratamiento de los asuntos cuando la situación así lo exigiera o, por emplear una expresión de Ursinos, cuando el monarca no fuera capaz de decidir por sí mismo. Esto implicaba, en último término, conceder a la reina un importante crédito político del que esta hizo uso con discreción, alejándose de una arbitrariedad que habría resultado perjudicial para la reputación del primer Borbón. Si analizamos la trayectoria de María Luisa entre 1705 y 1714 podemos apreciar cómo la soberana hizo uso de su ascendiente con harta prudencia, limitando sus intervenciones en la esfera pública, cuando no ejercía la gobernación, a momentos y coyunturas muy concretas (por ejemplo la situación provocada por la salida de Amelot en 1709 o las conversaciones de paz en 1712). La preeminencia de Ursinos en el círculo regio influyó sin duda en este hecho y no solo ya porque la dama desempeñara en el mismo una función equiparable a la de un privado, según la define Vázquez Gestal.<sup>2393</sup> La princesa controló los diferentes aspectos del proceso de adaptación de María Luisa de Saboya y contribuyó a forjar, si no ya una reina «*éloigné des affaires*», sí una consorte dispuesta a respetar, y compartir, la «*gloire*» de su esposo.

---

<sup>2393</sup> VÁZQUEZ GESTAL, P.: *Una nueva majestad. Felipe V, Isabel de Farnesio y la identidad de la monarquía (1700-1729)*. Madrid/Sevilla, 2013, pp. 121-128.



## CONCLUSIONS :

« La femme touche à tout. Elle est partout (...). Cette domination des femmes, qui monte jusqu'au Roi, est répandue tout autour de lui (...), [et] descend aux bureaux des ministères. Elle enveloppe toute l'administration du réseau de ses mille influences. Elle s'étend sur tous les emplois, sur toutes les charges (...). »<sup>2394</sup>

La vie de Marie-Louise de Savoie en Espagne entre 1702 et 1705, date-limite de ce travail, fut influencée aussi bien par l'éclatement du conflit entre les Bourbons et la maison d'Autriche – conflit terminé l'année même de sa mort – que par les étroites relations politiques, diplomatiques et dynastiques entre la France et la monarchie espagnole. Ces deux facteurs jouèrent un rôle-clé dans le processus d'adaptation de la nouvelle reine à son rôle d'épouse de Philippe V. Dans ce travail, nous avons analysé ce processus non seulement comme le résultat d'une accumulation de circonstances déterminées par la progressive accumulation de la reine au cérémonial, aux us et coutumes de la Cour, mais également comme une situation évoluant dans le temps, susceptible d'être analysée sous un angle plus large. Pour ce faire, nous nous sommes arrêtés sur des aspects aussi variés que: le développement des liens entre la reine et le monarque, fondamentaux et constitutifs de la puissance de sa position dans l'institution monarchique; la relation de l'épouse du roi avec sa propre maison et ses contacts, comme sa possible intégration, au sein des réseaux de clientèle structurant la nouvelle cour; le degré d'identification de la souveraine à l'image que les reines précédentes ont contribué à former par leur conduite respective et, en lien avec ce facteur, les évolutions de sa propre image à travers l'exercice de la royauté et de ses fonctions en tant qu'épouse royale; les changements de sa double identité dynastique, conditionnée à la fois par l'évolution des liens avec sa dynastie d'origine comme par l'entrée dans une nouvelle dynastie après de son mariage.

L'examen approfondi d'éléments a priori très divers nous a permis d'embrasser dans toute sa complexité le processus d'adaptation auquel toute princesse mariée à l'étranger devait faire face, mais surtout de discerner quelles furent les spécificités de ce processus dans le cas de la première épouse de Philippe V.

---

<sup>2394</sup>E. y J. DE GONCOURT: *La femme au XVIIIe siècle*. Préface de E. Badinter. Paris, 1982, pp. 292-293.

Après son mariage, Marie-Louise de Savoie s'intégra dans un système dynastique dirigé par Louis XIV, un axe Versailles-Madrid qui, bien qu'en théorie fondé pour défendre les intérêts communs des Deux Couronnes, impliquait de facto un haut degré de subordination de la monarchie espagnole envers la France. Cette dépendance, fréquemment appelée « collaboration », conditionna la vie de la reine après son installation en Espagne, car elle influençait non seulement l'émergence de la diplomatie des Bourbons, mais également la politique intérieure espagnole. Le duché de Savoie, mère patrie de la nouvelle reine, se trouvait dans la même situation de subordination que la Couronne d'Espagne dans le jeu d'alliances établi par la France après l'avènement de Philippe V. Les noces du Roi Catholique furent le couronnement du traité bourbon-savoyard d'avril 1701, qui officialisa l'entrée du duché dans la Maison de Bourbon dans les premières années de la guerre. Cependant, cette alliance, sitôt conclue, se distingua par sa fragilité, conséquence directe de la façon dont elle avait été négociée. En effet, la France fit preuve d'un autoritarisme en complète contradiction avec le besoin réel qu'avaient les Deux Couronnes de l'appui savoyard pour défendre le Milanais espagnol pendant la Guerre de Succession : le traité qui fut imposé au duché italien ne tenait pas compte des véritables ambitions de Victor-Amédée II, à savoir la garantie d'un agrandissement territorial de ses États en Lombardie, grand objectif de la diplomatie savoyarde depuis les années 1690. Dans ce cadre, il faut réaliser que la plus grande concession de Louis XIV vis-à-vis de Turin est l'union de Marie-Louise avec le roi d'Espagne. Victor-Amédée fut donc un « allié incommode », comme le qualifiera Tessé, et Versailles en retour douta en permanence de la fidélité du Duc à la coalition quasiment depuis le début de l'alliance avec les Bourbons. Ces soupçons n'épargnèrent pas la nouvelle reine et nuisirent à son processus d'adaptation. Ils entretinrent d'abord parmi les membres du Cabinet français la crainte d'une hypothétique intercession de Marie-Louise en faveur de sa mère patrie, puis justifèrent une série de mesures destinées à limiter aussi bien l'influence de la reine consort sur la scène politico-diplomatique que l'ascendant que Victor Amédée pourrait exercer sur sa fille. Des dispositions comme le renvoi de la suite piémontaise de la souveraine à Perpignan, la très remarquée désignation de la princesse des Ursins pour accompagner la nouvelle reine entre Nice et la Catalogne, prélude à sa nomination postérieure comme première dame, ou encore

l'espionnage de la correspondance entre Marie-Louise et la cour de Turin, pour ne citer que quelques exemples, montre le grand soin porté par Versailles à la nouvelle reine. Les objectifs de ces mesures sont de contrôler les relations entre la souveraine et sa dynastie d'origine, de neutraliser les potentiels bénéfiques que la Maison de Savoie aurait pu tirer de son lien de la parenté avec le roi d'Espagne et enfin de s'assurer de la loyauté de la reine envers la Maison de Bourbon.

Pour faire face à une problématique aussi complexe que la double appartenance dynastique de la reine, Louis XIV et ses ministres adoptèrent vis-à-vis du Duché un autoritarisme semblable à celui adopté lors de la négociation du traité d'avril 1701. Ainsi, Versailles, non content d'imposer ses choix dans des domaines qui relevaient du ressort du gouvernement savoyard, comme la désignation de la dame chargée d'escorter la reine jusqu'à sa cour d'adoption, négligea, au détriment de Turin, une série de pratiques, d'us et coutumes venue de la courtoisie et du décorum qui seyaient à toute union matrimoniale entre deux dynasties souveraines. Le mariage de Philippe V et de Marie-Louise n'étaient pourtant pas une mésalliance, étant donné les liens de parenté prestigieux qui constituaient le capital dynastique de la nouvelle reine. Cependant, ce mariage constituait une union politiquement asymétrique, comme le définit Spagnoletti, qui favorisa l'intervention répétée (et parfois injustifiée) de la France dans le processus d'adaptation de la souveraine, et au contraire la soumission, non exempte d'une certaine amertume, avec laquelle la Savoie accueillit cette ingérence et ce contrôle de Versailles sur les relations entre la reine et la famille ducale.

Les préjugés sur les origines dynastiques de Marie-Louise, qui souvent impliquèrent l'imputation d'un certain degré de francophobie à la reine consort, se dissipèrent lors de la rupture de la coalition entre les Bourbons et les Savoyards à la fin de 1703. Néanmoins, ce nouveau facteur n'entraîna pas l'amoindrissement de la puissance diplomatique de la reine au sein des relations entre la Savoie et les Deux Couronnes. Le statut de la reine, susceptible d'agir en médiatrice entre sa mère patrie et sa cour d'adoption, offrait des capacités d'action qui n'étaient pas unidirectionnelles, et qui ne le furent jamais dans le cas de la première épouse de Philippe V. Dans un souci pragmatique que nous avons défini comme une « médiation consentie », et en dépit des soupçons antérieurs pesant sur une éventuelle accointance entre la reine et la maison de Savoie, en 1706 et 1709 le

gouvernement français fut prêt à instrumentaliser les liens de parentèle de la souveraine avec la cour de Turin afin de favoriser un nouveau rapprochement du Duché avec la maison de Bourbon. Même si les deux tentatives échouèrent, leur existence est un indice suffisamment éloquent de la façon changeante dont Versailles appréhende les origines dynastiques de la reine, entre méfiance et instrumentalisation, en fonction de la conjoncture et des avancées des Bourbons dans la Guerre de Succession. D'autre part, ces évolutions témoignent à la fois des difficultés que devaient affronter les princesses mariées à l'étranger pour concilier de manière harmonieuse leur double appartenance dynastique et également des limites variables imposées à leur capacité d'intervention dans le contexte plus plastique des relations internationales.

L'inexpérience de Philippe V, qui venait s'ajouter aux liens familiaux et dynastiques l'unissant à Louis XIV, introduisit de nouveaux types de facteurs dans le processus étudié dans cette thèse. En effet, ces deux éléments obligèrent la reine à faire preuve de la même soumission que son mari à l'égard des décisions du roi de France, chef de la maison de Bourbon, soumission manifeste notamment lors du renvoi de sa suite piémontaise, de la désignation de sa future première dame ou encore de la nomination des principaux membres de sa maisonnée, des questions résolues par Versailles. En outre, ces facteurs multiplièrent le nombre des acteurs qui intervinrent dans le processus décisionnel relatif à l'installation de la nouvelle reine dans sa cour d'adoption. En plus de Louis XIV, les différents ambassadeurs de France à Madrid (Harcourt et Marcin), les membres les plus importants de la « famille française » de Philippe V (Louville, Montviel, le père Daubenton...) ainsi que le cardinal Portocarrero, figure phare du gouvernement espagnol à l'époque, contribuèrent aussi, par leurs avis, à façonner les conditions de l'établissement de Marie-Louise de Savoie dans sa nouvelle patrie.

Enfin, l'appartenance de Philippe V à la dynastie des Bourbons rendit le processus d'adaptation de la nouvelle reine singulier à bien des égards. Elle favorisa d'une part l'introduction de mesures sans précédents immédiats à la cour madrilène, comme la réduction drastique du nombre des serviteurs de la reine originaires de Savoie ou la désignation d'une Française comme première dame, même si cette dernière était veuve d'un Grand d'Espagne. Elle obligea d'autre part Marie-Louise de Savoie à se conformer – et à conformer ses relations avec le roi – à

des schémas de conduite plus proches de ceux des grandes dames françaises de la seconde moitié du XVII<sup>e</sup> siècle que de ceux des reines de la dynastie des Habsbourg qui la précédèrent. Ainsi, à notre avis, l'insistance à faire de Marie-Louise une reine qui partage la gloire de son mari sans l'éclipser, qui participe en toute discrétion à la répartition des grâces royales tout en se maintenant en marge de la scène politique, pour ne citer que quelques exemples, cette insistance ne répondait pas seulement à la volonté de Versailles de limiter la capacité d'action de la nouvelle reine dans un contexte déterminé par le changement dynastique, la guerre et le réformisme. Il faut également prendre en considération la volonté du « cabinet français » et des membres de la « famille française » du roi de marquer la différence entre le nouveau couple royal et leurs prédécesseurs immédiats sur le trône d'Espagne, Charles II et Marianne de Neubourg, dont ils déploraient ouvertement la conduite qu'ils percevaient à travers le prisme des rapports de la diplomatie française des années 1690. Or, ce filtre était particulièrement critique au sujet de l'intervention des reines dans la sphère politique.

De façon générale, il convient donc de relever que le processus d'adaptation de Marie-Louise fut différent de celui des reines précédentes notamment en raison du contexte de changement dans lequel il s'inscrivit. Changement diplomatique d'abord, après que la monarchie espagnole se mit à occuper une position de subordination par rapport à la France, position inédite en comparaison de l'époque de l'axe Madrid-Vienne. Changement politique et institutionnel ensuite, qui portait en germe, après l'éclatement de la guerre de Succession, une instabilité gouvernementale marquée et aggravée par les alternatives politiques différentes liées à la fidélité aux multiples dynasties en présence. Enfin, le processus d'adaptation de la reine en Espagne fut inédit en raison de l'appartenance de Philippe V à la dynastie des Bourbons. Ainsi, plusieurs aspects relevés au long de cette thèse sont révélateurs de la tension provenant de la double condition de Marie-Louise de Savoie, à la fois Reine Très Catholique et épouse d'un Fils de France. Cette tension fut sensible à la fois avant et après son installation en Espagne; cette situation impliquait que la nouvelle reine devait répondre à la fois aux attentes de la cour de Madrid mais également à celles de Versailles, ce qui la soumit à un très haut niveau d'exigence et la priva fréquemment de libertés et de privilèges dont les reines qui l'avaient précédée avaient bénéficié. Tandis que

l'acclimatation des souveraines Habsbourg à leur cour d'adoption s'était déroulée sur un plan bidirectionnel, avec la participation de leur cours d'origine et d'arrivée, ces relations furent transformées dans le cas de Marie-Louise, avec l'intervention de Versailles dans les processus de décision, l'amoindrissement de l'ingérence de Madrid et enfin l'élimination de toute participation active ou déterminante de Turin. Enfin, les débuts du processus d'adaptation de la reine coïncidèrent presque avec l'établissement de Philippe V en Espagne. Moins jeune que la reine, mais tout aussi inexpérimenté dans l'exercice de ses fonctions, le nouveau souverain joua un rôle secondaire dans le règlement des différentes dispositions en lien avec son mariage et l'établissement de son épouse à la cour madrilène. De fait, l'inexpérience du roi eut une influence, non seulement sur l'adoption de certaines mesures relatives à l'installation de Marie-Louise, mais aussi sur le contexte que cette dernière rencontra lors de son arrivée en Espagne, comme la primauté accordée à l'ambassadeur français dans la praxis gouvernementale ou la présence d'une nombreuse « famille française » dans l'entourage du monarque, des facteurs inédits par rapport à ceux qu'avaient connus les souveraines précédentes.

La nomination de la princesse des Ursins comme *camarera mayor* de Marie-Louise de Savoie fut déterminante pour le processus d'adaptation de la reine, en plus de ses conséquences sur une échelle plus vaste. La désignation de la princesse s'explique non seulement par sa condition de sujette du roi de France nature régnicole et sa fidélité à Louis XIV, mais aussi par les caractéristiques de la tâche qu'elle aurait à accomplir dans l'intimité du cercle royal en ces temps de changement et d'instauration d'une nouvelle dynastie. Au début, la princesse des Ursins fut chargée de remplir une fonction similaire à celle qui fut attribuée en 1696 à Madame de Maintenon : former une épouse royale fidèle à la France, qui, en se montrant discrète et éloignée des affaires, saurait se tenir dans l'ombre du roi tout en maintenant avec ce dernier une relation conforme aux valeurs traditionnelles du mariage. Sur ce point, Versailles fit le lien entre la condition de sujette du Roi de France de la première dame et l'identité de la nouvelle souveraine, que la princesse se devait de forger grâce à son travail d'éducation : « Si j'avois été espagnole, la Reine l'auroit esté aussy », conclut des Ursins au milieu de l'année 1702. On ne peut être plus explicite : une *camarera mayor* espagnole aurait formé une souveraine « à l'espagnole », soit tout le contraire de ce qu'attendait Versailles de

l'épouse de Philippe V, et la raison pour laquelle le « cabinet français » avait refusé la nomination d'une dame espagnole à cette charge.

La grande liberté dont jouit la princesse des Ursins dans l'instruction de Marie Louise de Savoie s'explique par quatre facteurs: les prérogatives inhérentes à la charge de première dame de la reine, qui lui garantissait un accès continu et privilégié à la personne de l'épouse royale; le crédit de la dame auprès de certains membres du gouvernement français (en raison de ces contacts avec Madame de Maintenon et avec des ministres comme Torcy, Chamillart et Harcourt); les conséquences à court terme sur l'image de la reine de « l'incident de Figueras », qui renforça l'idée que la princesse était, pour le moment au moins, un personnage indispensable à la reine; enfin, la protection accordée par Versailles à la dame avant même son installation en Espagne, qui fut décisive aussi bien pour le renforcement de la position de la princesse dans l'entourage de Marie-Louise que pour son acceptation au sein de la cour espagnole, où elle était vue comme un élément exogène, tout comme la nouvelle reine.

Aux éléments ci-dessus, nous devons ajouter la volonté de la princesse elle-même de se ménager l'approbation de la reine. Il ne fait nul doute aujourd'hui que la première dame fut dès le début conscient que son avenir en Espagne dépendait en dernier ressort du bon vouloir de la reine. Si la prééminence de la princesse dans la Maison de la Reine était incontestable en vertu de sa charge, son succès à la cour d'Espagne ne résida pas tant dans la dignité du poste qu'elle occupait que par sa capacité à gagner la confiance de Marie-Louise de Savoie et à avoir une influence positive sur elle. Comme l'ont révélé des études récentes, la Maison de la Reine est une « institution vive », certes régie par des usages qui règlent la hiérarchie, les prérogatives et les fonctions des différents serviteurs, mais qui ne déterminent en rien la faveur royale ou l'influence dont certains pouvaient jouir. Cette faveur et ce degré divers d'influence dépendaient d'aspects purement arbitraires inhérents aux relations interpersonnelles. Le grand succès de la princesse résida dans sa capacité à comprendre cette dynamique, ce qui la différençia des précédentes camareras mayores.

Évidemment, la princesse des Ursins bénéficia des prérogatives inhérentes à sa charge et défendit son accès privilégié à la souveraine, sa principale garantie face à l'ascendant que d'autres dames de la Cour madrilène ou de la suite royale

pouvaient avoir sur Marie-Louise. Cela dit, les dépêches du légat savoyard à Madrid, Operti, que l'on peut difficilement accuser de partialité à l'égard de la princesse, révèlent une dimension plus « humaine » dans l'accomplissement de sa charge de première dame. Femme cosmopolite et expérimentée, la princesse eut non seulement l'intelligence de parfaitement cerner la personnalité de Marie-Louise, et donc d'adapter sa conduite à celle-ci, mais aussi de comprendre les difficultés que la souveraine devait affronter à l'époque – sans doute car elle aussi avait dû traverser des épreuves semblables au long d'une vie écoulée en grande partie loin de sa mère patrie. Au lieu d'imposer par délégation l'autorité de Versailles sur la reine, le comportement de des Ursins, pendant les premières étapes du processus d'adaptation de Marie-Louise, se distingua par un mélange de fermeté, d'affection et de complet dévouement envers les désirs et besoins quotidiens de la reine, dévouement allant parfois jusqu'à une certaine servilité. Consciente à la fois de l'inexpérience de la reine comme de son désir de modérer la mauvaise impression produite sur la cour française par le malheureux incident de Figueras, la princesse entreprit la formation de la souveraine sous l'angle de la discrétion, lui donnant des conseils qui parurent aussi judicieux que désintéressés. Cette habileté eut des retombées favorables non seulement sur la popularité et le prestige de la nouvelle reine, mais aussi sur la réputation de la princesse comme *camarera mayor*, qui démontrait ainsi à Versailles son aptitude à former la « parfaite » reine consort pour la Maison de Bourbon.

Les particularités du processus d'adaptation de la nouvelle reine eurent une autre conséquence, à savoir la dépendance de la souveraine envers la princesse des Ursins. Cette situation fut la conséquence logique des circonstances de l'installation de la souveraine dans sa cour d'adoption. Établie en Espagne sans la possibilité de compter sur aucun serviteur originaire de sa patrie parmi les membres de sa suite, la reine n'avait que la princesse comme figure familière au sein d'un entourage étranger dont elle ignorait la langue et les coutumes. Tandis que les souverains résidaient en Catalogne, la barrière de la langue empêcha la souveraine de nouer des liens plus étroits avec aucune des dames de sa chambre. Cette circonstance, qui s'ajoutait à la volonté de la princesse de renforcer sa proximité avec la reine, servit la *camarera mayor* en rendant plus difficiles les contacts de Marie-Louise avec d'autres dames qui auraient pu servir de contrepoids à l'ascendant qu'elle souhaitait



exercer sur sa maîtresse. De la même façon, la différence de culture entre la souveraine et les dames de sa cour renforça la proximité entre les deux femmes. Éduquée par une mère d'ascendance française dans une cour influencée par les modes venues de Versailles, la reine se sentait plus proche de sa *camarera mayor* française que des autres dames de la cour madrilène. La correspondance de la reine consort est très révélatrice à ce sujet car elle manifeste aussi bien une dépendance progressive d'Ursins qu'une tendance à s'isoler du reste des femmes de la chambre, à mesure que sa relation avec la dame se consolidait. Obligée, au début, d'accepter la présence de la princesse dans son entourage, après quelques mois Marie-Louise de Savoie remercierait de ne pas avoir une première femme de chambre espagnole. Tout controversé que puisse être le parcours d'Ursins en Espagne, objet de jugements très critiques dans l'historiographie, il s'avère que la dame se consacra avec dévouement au service de la reine, avec qui elle établit une relation fondée sur la confiance, la loyauté et l'affection réciproques. Un rapport qui, malgré la différence d'âge et d'expérience entre les deux femmes, fut plus émotionnel et moins politisé que ne le crurent leurs contemporains, tel que le prouve la correspondance de la reine et la réaction qu'elle eut lors de la première chute en disgrâce de la princesse.

Malgré tout, dans cette thèse nous n'avons pas prétendu sous-estimer les qualités personnelles de Marie-Louise, évidentes pour tous ceux qui eurent la chance de partager son quotidien, mais nous ne pouvons nier que les premières initiatives de la souveraine dans la cour espagnole furent, dans leur majorité, incitées par Ursins. La reine put certainement s'inspirer de sa mère, la duchesse Anne, dans certains aspects de sa conduite: par exemple dans le dévouement qu'elle démontra envers son mari pendant toute sa vie conjugale. Cependant, les attitudes publiques de Marie-Louise de Savoie, la manière dont elle assumait ses devoirs comme reine et les discours qu'elle effectua en présence de la cour, très éloquents quant à leur contenu et intentionnalité, furent le résultat de l'influence exercée par la *camarera mayor*. Ursins encouragea l'identification de la souveraine aux traits d'un archétype hétérogène qui combinait des éléments traditionnels dans l'image des reines de la Maison d'Autriche avec les valeurs qui conformaient l'idéal de reine préconisé par Versailles. Ce paradigme refléta, en dernière instance, les notions de continuité et de rupture autour du profil public de la nouvelle reine. Continuité, car Marie-Louise perpétua une bonne partie des comportements de ses prédécesseurs comme ceux qui tendaient à renforcer le versant exemplaire, pieux et

dévot de sa condition royale. Rupture car certaines des attitudes manifestées par la souveraine, comme celles qui mettaient l'accent sur son amabilité, générosité, soumission au roi et désintérêt, tendirent, dans la pratique, à distancier la reine de l'image de Marie-Anne de Neubourg, un modèle de reine consort dans lequel ses successeurs ne devraient pas s'inspirer.

L'adéquation de Marie-Louise de Savoie aux caractéristiques de cet archétype favorisera sa réputation et popularité comme souveraine mais dénatura la perception de sa personnalité. C'est ce que nous avons remarqué lorsque nous avons contrasté la documentation diplomatique et la correspondance personnelle de la reine. La première décrit le personnage institutionnel et montre une souveraine exemplaire, responsable dans ses fonctions comme reine et douée d'une extraordinaire maturité et perspicacité politique. La deuxième, qui recueille les opinions de la propre Marie-Louise, met en évidence, par contre, une reine plus immature que ne le montrait pas son image publique, qui accomplissait à contrecœur certaines des fonctions traditionnellement rattachées à sa condition royale (telles que les fréquentes visites aux églises ou couvents de la capitale ou l'assistance aux représentations de comédies espagnoles) et qui, consciente de son manque d'expérience, assumait, de bonne gré, la direction et le conseil de la princesse des Ursins dans les diverses facettes de son rôle comme épouse de Philippe V. Par conséquent, nous nous trouvons face à une Marie-Louise de Savoie différente à celle que l'historiographie a quasiment contribué à mythifier, du moins pendant les années 1701-1705 (en grande mesure par comparaison aux reines qui la précédèrent et la succédèrent). Lorsque nous étudions le personnage institutionnel, soumis aux conditionnements de l'archétype, nous nous rendons compte qu'il s'avère exemplaire et proche de la perfection; mais si nous analysons sa personnalité ou le déroulement de ses actes, nous voyons qu'il s'agit d'une femme plus humaine. Des actes fréquemment guidés par une *camarera mayor* qui fut suffisamment prudente et discrète pour ne pas porter préjudice à la réputation de la reine à cause de l'extériorisation de l'influence qu'elle exerça sur sa maîtresse (comme cela était arrivé pendant le premier gouvernement de Marie-Louise).

La nomination de la reine comme régente bouleversa les caractéristiques de son processus d'adaptation et, par extension, du rôle que la princesse des Ursins devait remplir dans la formation de Marie-Louise comme reine. La période de temps écoulée

entre l'été 1702 et l'hiver 1703 constitua une nouvelle étape dans le parcours des deux femmes en Espagne. Si avant cette date elles étaient restées à l'écart des affaires d'État, la présence de Philippe V et de l'ambassadeur français en Italie les situa à la tête de la scène politique et courtoisane. Cette situation toucha particulièrement la princesse des Ursins. Intermédiaire privilégié entre les deux cours, la dame participa de manière active dans le premier gouvernement de Marie-Louise de Savoie. Le changement effectué dans son statut d'agent du pouvoir permit à Ursins de favoriser ses propres initiatives dans la sphère publique et accrut ainsi son expérience sur la politique des Bourbons. A ce sujet, sa correspondance avec Torcy ne peut être plus éloquente. De sa lecture, nous déduisons non seulement que la princesse acquit pleine conscience des divers problèmes de la Monarchie espagnole, qu'elle décrivait abondamment dans ses lettres, mais aussi qu'elle était prête à y apporter des solutions. Connaissant la francophobie régnante à Madrid, la perte de prestige du Roi Catholique et l'opposition qu'engendrait, chez les courtisans espagnols, la constante violation du cérémonial par les membres de la « famille française », la princesse assumait son rôle de conseillère officieuse de la régente très discrètement. Plus important encore, elle prétendit se rapprocher des élites locales, les inciter à servir le roi avec loyauté et les intégrer dans le projet réformiste encouragé par Versailles. Ce *modus operandi*, qu'Ursins mis en pratique d'accord avec la reine, favorisa l'acceptation de la princesse comme *camarera mayor*, favorise le prestige de Marie-Louise de Savoie, qui était perçue comme une précoce femme d'État alors qu'en réalité une bonne partie de ses actions étaient dirigées par Ursins, et eut des conséquences, à long terme, sur l'équilibre des influences dominant dans l'entourage français de Philippe V jusqu'à cette date. En ce sens, avant l'été 1702, les fonctions des deux principaux agents du pouvoir français en Espagne, la *camarera mayor* et les ambassadeurs de Louis XIV, ainsi que les espaces sur lesquels ils avaient de l'influence semblaient clairement délimités: alors que la princesse concentrait ses efforts sur la réforme du cérémonial et sur la formation d'une reine « éloignée des affaires », les diplomates français s'inséraient dans le gouvernement de la Monarchie espagnole dans le *Despacho*. Ceci changea progressivement lors du voyage de Philippe V à l'Italie, moment à partir duquel la première femme de chambre commença à jouir d'une plus grande influence dans la sphère politique qu'un ambassadeur nouvellement installé à Madrid; elle établit tout un ensemble de relations de différente nature avec certains ministres, courtisans et bureaucrates espagnols, et acquit un remarquable crédit au sein de la cour madrilène

fondé sur la connaissance *in situ* de la situation. L'évolution du rôle de la princesse des Ursins comme agent de pouvoir se vit clairement pendant la crise du *Despacho*.

Traditionnellement, l'historiographie interpréta les actions de la *camarera mayor* après le retour de Philippe V de l'Italie comme une preuve de la volonté de la dame de conserver son pouvoir sur la scène politique. Qualifiée par Michelet comme la « pire intrigante d'Europe », l'image de la princesse comme paradigme de l'ambition féminine a conditionné en grande mesure la signification de sa participation au pouvoir, et plus concrètement ses initiatives dans la cour espagnole pendant les événements de janvier 1703. Notre approche au parcours de la princesse dans cette circonstance a prétendu découvrir les facteurs qui, outre ses possibles aspirations personnelles, purent pousser Ursins à affronter la crise du *Despacho* comme elle le fit. L'étude de la correspondance de la *camarera mayor* et l'analyse de la correspondance des ambassadeurs florentin, savoyard et vénitien à Madrid à la même époque, nous a permis non seulement de repérer la réelle envergure de certaines des propositions de la dame à cette période; mais aussi d'apporter une explication cohérente à sa conduite entre 1703 et 1704. En premier lieu, loin de se caractériser par la francophobie que ses opposants lui accordaient, les arguments défendus par Ursins à la suite de l'abandon du cabinet par Portocarrero, étaient loin de porter atteinte à l'influence que la France et les ambassadeurs de Louis XIV exerçaient sur la Monarchie espagnole. Il est vrai qu'ils octroyaient au cardinal d'Estrées une position différente dans la scène politique, en l'obligeant à se maintenir à la marge du *Despacho* et à respecter le règlement d'entrée aux appartements royaux. Cependant, ils maintenaient intacts l'ascendant de d'Estrées sur les affaires d'État, qui devait se manifester, d'après l'envoyé florentin Pucci, « per canali privati ». En deuxième lieu, les propositions de la première femme de chambre se fondaient sur une conception plus réaliste des relations franco-espagnoles que Louis XIV et ses ministres ne pouvaient avoir. Contrairement aux membres du gouvernement français, Ursins observait la réalité régnante dans la cour madrilène de l'intérieur et était consciente de la vraie magnitude des tensions internes qui agitaient l'Union des Couronnes depuis la moitié de 1702, lorsque les attentes créées par l'avènement au trône des Bourbons commencèrent à se dissiper et les forces de la Grande Alliance commencèrent leurs incursions dans la Péninsule Ibérique. Les impressions de la *camarera mayor* à ce sujet ne constituait en aucun cas une perception personnelle. Avant le retour de Philippe V d'Italie, la correspondance diplomatique se fit également l'écho de l'effervescence qui

régnait à Madrid, motivée en grande mesure par la future composition du *Despacho* ainsi que par la méfiance des courtisans espagnols envers les intentions de la France d'accepter une hypothétique partition de la Monarchie espagnole. Très probablement, Ursins divergeait déjà de certaines des maximes de Versailles par rapport à la politique espagnole et la crise du *Despacho* fut l'occasion pour que la dame pût imposer son point de vue quant aux moyens et voies que devaient prendre à l'avenir les relations entre les Deux Couronnes. Éloigné de Portocarrero pendant la Régence de Marie-Louise, la *camarera mayor* vit sa sortie du *Despacho* comme une occasion pour se passer d'un ministre impopulaire, dont elle ne partageait pas les idées politiques, et aussi d'un organisme qui nourrissait les rivalités au sein de la Grandesse et qui, en incluant l'ambassadeur français parmi ses membres, avait devenu le symbole du pouvoir que la France exerçait sur la politique espagnole.

Ce que nous avons exposé jusqu'à présent n'implique pas que ce travail aspire à présenter une vision partielle de la conduite d'Ursins face à la crise du *Despacho* et des événements qui s'ensuivirent. La *camarera mayor* maintint le cardinal d'Estrées en marge de ses initiatives et les lui présenta, avec le soutien du couple royal, comme un fait accompli qu'il devait assumer. La manière dont la dame imposa ses opinions concernant le gouvernement espagnol, de façon unilatérale et sans attendre l'approbation de Versailles priva de légitimité ses actions au-delà des Pyrénées, et justifia d'une certaine manière les accusations que ses opposants présentèrent à la cour de Versailles. Les explications qu'Ursins fournit à ce sujet soulèvent encore certains mystères mais elles dévoilent aussi des aspects significatifs quant à la conception que la dame tenait de son rôle en Espagne à cette époque. Pourquoi agit-elle de cette sorte? Probablement la princesse, qui avait vu la conduite du cardinal et de son neveu à Guadalajara et à Alcalá de Henares, lorsqu'ils scandalisèrent les Grands qui s'étaient déplacés à ses deux villes pour recevoir le roi, enfreignant publiquement le règlement d'entrée aux appartements royaux, était consciente que le nouvel ambassadeur était disposé à défendre les prérogatives que lui attribuaient les instructions qu'il avait reçu de Versailles. À partir de ce moment, Ursins comprit que d'Estrées n'était pas une menace pour sa position dans le cercle royal, suffisamment consolidée grâce à la faveur que lui concédait la reine, mais plutôt pour la politique de conciliation à la cour espagnole qu'elle avait développée, de concert avec la reine, depuis l'été 1702. Disposée à imposer son point de vue sur les relations entre les Deux Couronnes et sachant que, probablement, d'Estrées ne serait pas

d'accord avec elle, la dame eut recours à l'autorité de Philippe V pour garantir la viabilité de ses propositions en face le cardinal. Pour la princesse, ses opinions sur la politique espagnole étaient pleinement justifiées, raison pour laquelle elle agissait avec une telle assurance. Tel qu'elle le reconnut dans les premières missives qu'elle adressa à Louis XIV et à Torcy après la crise, la dame avait une connaissance de la réalité espagnole bien plus précise que ne pouvaient l'avoir d'Estrées, qui venaient d'arriver à Madrid, ou les membres du gouvernement français dans Versailles. De ce point de vue, par ses actes pendant les événements de 1703, la princesse non seulement fit appel à sa capacité pour intervenir dans la prise de décisions sur un pied d'égalité avec les ambassadeurs de Louis XIV et conformément à l'évolution de sa relation avec le pouvoir pendant le premier gouvernement de Marie-Louise de Savoie; Ursins voulut aussi obtenir de Versailles une marge de décision plus large sur les questions dans lesquelles son expérience de la politique espagnole fut supérieure à celle des diplomates français à Madrid. Ce n'est pas en vain que la dame, comme *camarera mayor* de la reine, fut une figure permanente à la cour de Madrid, contrairement aux ambassadeurs de Louis XIV dont le parcours en Espagne revêtit toujours un caractère plus temporel.

Les requêtes de la princesse s'avéraient complexes par les conditions qu'elles posaient à l'instrumentalisation que Versailles pouvait dorénavant réaliser de son influence à la cour de Madrid. Ceci explique pourquoi, en grande mesure, l'on condamna en France les initiatives d'Ursins pendant la crise et l'on considéra que ses propositions, dans cette situation, avaient moins de légitimité que les prétentions d'Estrées. Pour Louis XIV et ses ministres, la collaboration de la *camarera mayor* avait été précieuse au service des rois d'Espagne et de la France pendant le premier gouvernement de Marie-Louise de Savoie. Toutefois, cela ne signifiait pas qu'ils lui conférèrent une position comparable à celle des ambassadeurs français dans les relations entre les Deux Couronnes ; ou qu'ils furent prêts à sanctionner toute initiative capable d'affaiblir les prérogatives dont les diplomates français jouissaient dans la scène politique et courtisane espagnole. À Versailles, Ursins était vue comme un agent du pouvoir subordonné aux représentants de la diplomatie française dans la Monarchie espagnole, sur lesquels Louis XIV déléguait une partie de l'autorité qu'il exerçait sur son petit-fils.

Les différences survenues entre le gouvernement français et la princesse à propos des limites du rôle qu'elle devait jouer sur la scène politique espagnole nous permettent de comprendre la complexe relation entre la dame et Versailles à cette époque. Après sa

rupture avec d'Estrées à cause de la réaction de ce dernier aux événements de 1703, Ursins refusa de renoncer à son implication dans le traitement des affaires. Dans un premier temps, elle continua à influencer la prise de décision de manière indirecte, à la tête d'un foyer d'opposition au nouvel ambassadeur français grâce au soutien qu'elle apporta aux projets de réforme d'Orry qui, neutre au début dans la rivalité entre la *camarera mayor* et le diplomate français, ne tarda pas à se positionner en faveur de celle-ci. Cette phase du parcours de la princesse en Espagne (1703-1704) fut significative dans un double sens: d'un côté, elle confirma la potentialité du « triumvirat » formé par Ursins, la reine et Orry, dont l'obstruction à la mission du cardinal d'Estrées au service du Roi Catholique fut pleinement effective si nous prenons en considération que Louis XIV accepta finalement congédier le cardinal à l'automne de cette année-là. Cette rivalité d'influences entre l'ambassadeur et la *camarera mayor* depuis la crise du *Despacho* se régla, en première instance, avec le triomphe de cette dernière. D'un autre côté, cette période fut aussi le témoin des contradictions inhérentes à certaines mesures supportées par la princesse en janvier 1703. Le départ de d'Estrées inaugura une période d'activité réformiste qui s'étendit jusqu'en 1704. Soutenue par la reine, Ursins encouragea l'exécution du programme de réformes dans l'administration espagnole planifié par Orry et développa une active politique de patronage qui aida à enrichir le nombre des collaborateurs du financier et à encourager la formation du réseau de la princesse. Les changements introduits par Orry dans les institutions espagnoles (division du Secrétariat du *Despacho*, création de la Trésorerie générale de la guerre, par exemple) provoquèrent l'abandon définitif du gouvernement par Portocarrero (un fait que la France ne contemplait pas à l'époque), furent à l'origine d'une grande instabilité dans la cour madrilène et prolongèrent le climat d'opposition existant en son sein, partiellement focalisé par la suite sur la *camarera mayor* et son plus étroit collaborateur (Orry). Ce panorama contribua à remettre en question, face à Versailles, la politique de conciliation qu'Ursins avait défendue pendant la première Régence de Marie-Louise de Savoie et la crise du *Despacho*. En même temps, cette situation dota d'une certaine véracité à les informations qui accusaient la dame d'agir exclusivement en fonction de ses « ambitions particulières ». Cependant, pour comprendre le destin de la princesse au printemps 1704, il est aussi important de prendre en compte son incapacité à maintenir une relation cordiale avec le nouvel ambassadeur français à Madrid, l'abbé d'Estrées. Il fut désigné pour ce poste sur la requête de la propre *camarera mayor*, qui plaida aussi pour son entrée

au *Despacho*. Ursins accorda à l'abbé un rôle secondaire dans la prise de décisions et cela ne fit que rendre plus difficile encore la situation en vigueur dans la capitale espagnole.

Vue rétrospectivement, l'attitude de la princesse peut être comprise comme une solution d'engagement. En premier lieu, en soutenant la candidature de l'abbé pour l'ambassade française en Espagne, la dame neutralisa la possible désignation d'un nouvel ambassadeur dont les prérogatives, semblables à celles attribuées au cardinal d'Estrées, pouvaient supposer une menace non seulement pour la projection dont elle-même et Orry jouissait sur la scène politique, mais aussi pour la mise en place des projets de réforme qu'ils défendaient tous deux. En deuxième lieu, la princesse connaissait l'abbé, elle savait qu'il était vaniteux et prétendait satisfaire cette vanité à travers de sa nomination pour l'un des postes les plus importants dans l'axe Versailles-Madrid, mais sans lui accorder nécessairement une ample capacité de manœuvre au sein du gouvernement. La relation entre Ursins et l'abbé d'Estrées à cette époque nous semble intéressante à cause de la conflictualité qui la caractérisa, résultat de la méfiance et de la fausseté qu'on ne peut attribuer seulement à la dame, mais aussi par les fonctions que la *camarera mayor* attribua à l'abbé pendant son ambassade. La princesse ne considéra jamais l'abbé comme un agent du pouvoir doté de l'autorité d'un « premier ministre », terme que l'historiographie concède aux ambassadeurs français en Espagne à cette période. Loin de là, elle accorde à l'abbé le rôle d'un auxiliaire d'Orry, son plus étroit collaborateur; une figure qui devait agir comme un lien entre le financier et le *Despacho* dans l'exécution des mesures prises dans les appartements royaux, centre des décisions à ce moment-là et dont l'abbé était exclu.

Cette dynamique fut à l'origine d'une nouvelle violation des prérogatives que Versailles concédait à ses ambassadeurs: la subordination du *Despacho* à la capacité exécutive de la chambre royale et au *Cuarto chico* de la princesse, espaces périphériques du pouvoir officieux, ainsi que l'indéniable prééminence de Jean Orry et de la *camarera mayor* dans les relations franco-espagnoles. Ces trois facteurs expliqueraient la chute en disgrâce des deux sujets au mois d'avril 1704. En fait, leurs destins furent indéniablement parallèles à cause des liens entre leurs parcours et les concomitances existants entre leurs positions respectives. À cette époque, Orry et la princesse imposèrent leur volonté à la politique bourbonnienne mais, en fait, ils n'avaient pas véritablement le soutien de la France. Même si cette dernière toléra leur ascendant sur les affaires d'État, elle se méfia à tout moment de la pertinence de leurs initiatives et de la



projection qu'ils avaient obtenue à Madrid. Ces deux circonstances influencèrent les enquêtes de Berwick et de Puységur concernant le travail d'Orry et encouragèrent Louis XIV non seulement à approuver le départ du financier et de la *camarera mayor* mais, et ce qui plus important, à désigner un nouvel ambassadeur, le duc de Gramont, capable de restaurer le prestige et l'influence de la France à la cour madrilène.

La crise du Despacho, ainsi que la postérieure chute en disgrâce d'Ursins, favorisèrent une plus grande implication de Marie-Louise de Savoie sur la scène politique et dénaturèrent définitivement les contours du modèle de reine « éloignée des affaires » que Versailles préconisa initialement pour la première épouse de Philippe V. D'un point de vue général, le positionnement de la reine refléta un problème relativement commun dans l'entourage de la souveraine : l'intérêt qu'elle portait à contrôler la désignation et le destin des femmes qui se trouvaient à son service dans la chambre royale, et à qui elle accordait sa faveur. À peine quelques années avant Marie-Louise, Marie-Anne de Neubourg avait vécu une situation similaire lorsqu'elle s'opposa à plusieurs secteurs de la cour, parmi lesquels se trouvait l'ambassadeur impérial, Aloys von Harrach, contraires à la favorite royale, la baronne de Berlips<sup>2395</sup>. Le cas de la première reine bourbonnienne présentait de nombreuses ressemblances avec celui de son prédécesseur, mais s'avérait plus complexe. Indépendamment des aspects de nature politique que nous mentionnerons par la suite, les événements de janvier 1703 mirent en relief, en premier lieu, les limitations du processus d'adaptation de Marie-Louise de Savoie par rapport à son entourage. Planifié par Versailles afin de faire de la princesse des Ursins la figure la plus importante et avec le plus d'autorité dans l'entourage (officiel et officieux) de la reine, il favorisa l'établissement d'une relation de dépendance entre la reine et la *camarera mayor* qui explique, d'abord, l'incapacité de Marie-Louise de se maintenir dans une position de neutralité dans la lutte livrée entre Ursins et les ambassadeurs de Louis XIV à Madrid. La correspondance de la souveraine révèle non seulement cette dépendance, mais aussi le composant émotionnel qui la caractérisa. Dépositaire absolue de sa loyauté, Marie-Louise de Savoie ne fut jamais prête à soumettre la cause de la princesse aux prérogatives des diplomates français dans le gouvernement de la Monarchie espagnole,

---

<sup>2395</sup>LÓPEZ ANGUITA, J. A.: "Madrid y Viena ante la sucesión de Carlos II: Mariana de Neoburgo, los condes de Harrach y la crisis del partido alemán en la corte española (1696-1700)", en MARTÍNEZ MILLÁN, J. et GONZÁLEZ CUERVA, R. (coords.): *La Dinastía de los Austrias. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*. Vol. II. Madrid, 2011, pp. 1111-1153.

malgré les critiques et censures dont elle fut l'objet. De fait, sa confiance en la justice des décisions de la princesse ne sembla jamais s'ébranler.

Cet aspect nous mène au second point que nous voulions traiter dans ces dernières pages: l'influence de la première femme de chambre dans les interventions de la souveraine dans le domaine politique. Avec la désignation de Marie-Louise comme régente, l'ascendant d'Ursins sur le comportement public et privé de la reine se vit politisé et cela se refléta dans les décisions que la reine consort prenait à la tête du pouvoir. Que la souveraine fut consciente de son manque d'expérience en matière politique favorisa sans doute ce processus, dans lequel la *camarera mayor* joua le rôle de conseillère officieuse de la régente. D'un autre côté, cette situation, souvent définie par les témoignages contemporains en termes de manipulation, peut être comprise comme une évolution de la formation de Marie-Louise comme Reine Catholique. Une instruction qui, par la suite, devait prendre en compte sa participation ponctuelle dans l'exercice du pouvoir formel pendant que Philippe V défendait ses droits de succession dans le champ de bataille. Il est évidemment indéniable que la princesse, femme plus expérimentée que Marie-Louise de Savoie dans tous les sens, n'eut pas de mal à inspirer sa propre vision des relations franco-espagnoles à la reine. Cependant, même en tenant compte des différences existantes entre les différents parcours de vie des deux femmes, considérer la reine comme un simple automate entre les mains de la favorite nous semble une approche excessivement réductrice. L'analyse de la biographie de la souveraine entre 1703 et 1705 nous a permis de nuancer de telles approches et de présenter, parfois, certaines hypothèses que nous estimons plausibles. Depuis l'été 1702 Marie-Louise expérimenta par elle-même les caractéristiques du « système d'influences » défendu par Ursins. Cette *praxis* du pouvoir, qui apparemment respectait l'indépendance de la reine à la tête de la Junte du gouvernement, répercuta de façon déterminante sur son prestige comme régente. Imbue depuis son arrivée en Espagne du besoin de sauvegarder la réputation de Philippe V comme monarque, Marie-Louise vit dans les propositions de la princesse à janvier 1703 un moyen pour contribuer à la gloire de son époux, non plus seulement un subterfuge qui permettait à la favorite, secondée par elle-même, de continuer à intervenir sur la scène politique après la fin du voyage d'Italie. Voilà le sens que nous pouvons apporter aux lettres de la souveraine à Madame Royale, où elle décrit les événements de janvier 1703, ou aux mots prononcés par la reine, en présence de la

cour, à propos de la capacité de Philippe V à gouverner par lui-même dans les temps à venir.

Une autre question bien différente est la manière dont les événements se déroulèrent après l'éclatement de la crise du *Despacho*. L'intervention d'Ursins et de la reine dans cet événement ne laisse personne indifférent à Madrid et à Versailles. Objet de spéculation d'une part et d'autre des Pyrénées, les réactions que cette intervention suscita contribuèrent à réaffirmer Marie-Louise dans sa conduite initiale. Pour comprendre l'attitude de la reine consort dans cette situation, il convient de se souvenir de certains des principaux traits de sa personnalité. L'obstination et la franche arrogance que le cardinal d'Estrées montra lors de ses premières audiences avec le roi déplurent à la souveraine et la prédisposa contre le diplomate. Profondément orgueilleuse, selon les descriptions de Marcin, de Tessé et de la propre Ursins, Marie-Louise vit chez le prélat un personnage peu capable de respecter sa dignité royale. Les premiers récits envoyés à Versailles par d'Estrées et par Louville concernant la crise, ne contribuèrent pas à normaliser la relation entre la reine et le nouvel ambassadeur. Au contraire, ils favorisèrent chez la reine une plus grande défense de la cause de la princesse. Aux yeux de Marie-Louise, non seulement Ursins était vilipendée; sa propre réputation était remise en question par les informations envoyées à la France. Ceci explique les deux ruptures que nous devons encadrer dans la lutte d'influences entre la *camarera mayor* et l'ambassadeur français lors du mois de février 1703. D'un côté, celle que nous venons de mentionner entre les deux sujets, de l'autre celle qui se produisit entre la reine et d'Estrées. Indépendamment que Marie-Louise de Savoie eut un intérêt à justifier la probité des initiatives de la *camarera mayor* en matière politique, il est vrai que son opposition à l'ambassadeur français et à certains de ses partisans, tels que Louville, semble parfaitement justifiée si nous prenons en compte les nombreuses critiques qu'ils firent de la reine. Dans ses missives à Versailles, Marie-Louise protégeait Ursins, sachant que sa destitution était réclamée par ses opposants aux cour des deux Couronnes; elle n'oubliait pas non plus de se défendre elle-même (souvenons-nous de l'indignation qu'imprègnent certaines de ses lettres à Louis XIV entre février et mars 1703). La problématique dans laquelle la souveraine se vit peut être expliquée depuis différents angles. En premier lieu, elle reflète le fragile équilibre qui gouvernait souvent les relations entre la reine et les représentants diplomatiques des puissances qui avaient une plus grande influence sur la cour d'adoption; des liens qui, trop fréquemment,

imposaient à la reine un certain degré de collaboration ou soumission. Les mots que Marie-Anne de Neubourg adressa à l'ambassadeur impérial à Madrid quelques années auparavant, Aloys von Harrach, « Je ne suis pas l'esclave de l'empereur! » sont un bon exemple des tensions auxquelles se voyaient soumises ces femmes dans le contexte de la diplomatie informelle. En second lieu, nous devons introduire dans notre analyse la question de la réciprocité dans la confiance entre le couple royal et les ambassadeurs de Louis XIV en Espagne. Les événements arrivés entre 1703 et 1705 démontrèrent que le soutien du monarque français, le dauphin ou le duc de Bourgogne n'était pas une garantie suffisante pour que les diplomates français pussent exercer la fonction tutélaire sur la politique espagnole que Versailles leur avait confié. De tels avais, quoique puissants, n'étaient pas contraignants pour Marie-Louise et dans ses lettres à Louis XIV elle mentionnait souvent qu'elle se doutait de la méfiance qu'elle inspirait chez les ambassadeurs français. C'est à dire: si ces derniers voulaient jouir de la confiance royale, ils devaient la mériter et non pas l'exiger. Pour la reine, cela impliquait de leur part le respect des prérogatives de Philippe V ainsi que de sa propre influence en tant qu'épouse du roi. De tous les ambassadeurs français en Espagne, seuls Marcin et Amelot, quoique dans différents contextes, surent comprendre les prétentions de Marie-Louise. Que la souveraine leur accorde son approbation n'est pas dû seulement à l'étroite relation qu'ils maintenaient avec Ursins. Bien que cette circonstance influençât le déroulement de leurs missions diplomatiques, il est indéniable que tous deux eurent la capacité de gagner la protection de la souveraine grâce à une conduite irréprochable envers elle.

Nous parlons de confiance mais nous devrions également faire référence à son antonyme, la méfiance; un sentiment qui imprégna les années de la biographie de Marie-Louise de Savoie que nous avons analysées dans cette thèse. Nous avons déjà mentionné ci-dessus les conséquences de ce facteur sur certains des aspects du processus d'adaptation de la reine, tels que ses relations avec la cour de Turin, sa loyauté envers la France ou la composition de sa Maison. Cependant, ce qui souleva une plus grande controverse et un débat constant dans l'axe Versailles-Madrid, fut la crainte de l'ascendant que Marie-Louise pouvait acquérir sur Philippe V. À ce sujet, il n'y eut jamais un réel consensus entre les gouvernements des Deux Couronnes. Alors que certains membres de l'entourage français du roi d'Espagne, comme Louville, se maintinrent fermes dans leur opposition à toute forme d'influence exercée par la reine, d'autres, comme d'Estrées, le cardinal Portocarrero ou Torcy, ne montrèrent jamais une

unanimité semblable. Les événements de janvier 1703 accentuèrent cette tendance. Une fois démontrée la potentialité de l'influence de la reine sur le Roi Catholique, la relation de Marie-Louise de Savoie avec le pouvoir fut l'objet d'une intense suspicion. Les opposants d'Ursins étaient conscients que le prestige de la dame dans la sphère publique dépendait en grande mesure de l'influence de la souveraine sur Philippe V, de là leur intérêt à limiter la « confiance », pour employer un terme présent dans les sources de l'époque, que ce dernier avait en son épouse. Néanmoins, Louis XIV ne partageait pas tout à fait ce positionnement. Entre 1703 et 1705, le roi de France voulut employer le capital politique de la reine afin de favoriser le parcours de ses ambassadeurs à Madrid, d'Estrées et Gramont, et obliger à Philippe V à annuler certaines des mesures mises en place à l'époque par Orry (le dédoublement du Secrétariat du *Despacho* universel, par exemple). Il semble évident que le souverain agit mû par l'instabilité dans l'axe Versailles-Madrid à l'époque. Son renoncement à exprimer tacitement à Marie-Louise de Savoie ce qu'il attendait de son intervention dans les affaires d'État, préférant pour cela employer, dans un premier temps, des intermédiaires comme Chateauneuf, manifeste qu'il avait des doutes quant à son engagement personnel dans un accroissement du pouvoir informel de la reine. À notre avis, ces hésitations sont intéressantes car elles nous ont permis d'éclaircir les raisons qui menèrent la souveraine à essayer de s'opposer aux tentatives d'instrumentalisation du monarque français. La lutte de volontés livrée par ces deux personnages autour de la cause de la *camarera mayor* est un facteur qui doit être pris en considération dans l'analyse de l'attitude de la reine face à Versailles. Mais il n'est pas le seul. L'existence dans les cours des Deux Couronnes de certains individus contraires à la *potestas* de la reine, parmi lesquels se trouvaient des personnages importants comme Torcy, Beauvilliers ou Ubilla, influença aussi la méfiance que Marie-Louise portait sur les prétentions de Louis XIV au sujet de son intervention dans les affaires du gouvernement. Le cas d'Ubilla constitue un exemple assez révélateur du caractère draconien de certaines de requêtes du roi de France à la reine. En ce sens, pouvait-on attendre que la souveraine soutînt, sans opposer résistance, la restitution du marquis de Rivas comme seul secrétaire du *Despacho* universel alors qu'il était l'un des plus grands opposants à l'ascendant qu'elle exerçait sur Philippe V? S'il est vrai qu'il ne convient pas de minimiser l'impact que la situation d'Ursins eut dans la relation de Marie-Louise avec le pouvoir, il est tout aussi vrai que nous devons être conscients que, pendant les années 1703-1705, la reine fut l'objet de diverses pressions qui influencèrent

ses décisions concernant l'usage de son influence sur le Roi Catholique et la manière dont elle affronta les tentatives d'instrumentalisation de Louis XIV. L'étroit rapport de Marie-Louise avec la *camarera mayor* fit que la souveraine ne fut pas disposée à négocier son retour à Madrid. Son comportement constitue l'un des points obscurs de la brillante image historiographique de la première reine d'Espagne de la Maison de Bourbon. Baudrillart, auteur modéré dans ses opinions, critiqua Marie-Louise car elle antéposa la cause de la princesse aux intérêts bourboniens dans la Guerre de Succession, et censura son opposition face aux tentatives de conciliation de Louis XIV après l'exil de la favorite. Mais, ces intérêts justifiaient-ils vraiment l'annulation des réformes d'Orry, l'éloignement de la princesse et le soutien de Versailles à un ambassadeur, le duc de Gramont, qui prônait la totale subordination de la Monarchie espagnole à la France? Marie-Louise ne l'entendait pas de la sorte, non pas seulement parce que le sort d'Ursins l'inquiétait mais par sa propre implication dans les changements à la cour madrilène pendant cette période.

C'est en abordant cette dernière question que nous avons pu apprécier l'importance du rôle joué par la souveraine après la crise du *Despacho*. En tous cas, et dépit les remarques qu'on peut faire sur leurs témoignages, Louville, d'Estrées ou Gramont ne sous-estimèrent jamais l'influence de la reine sur la scène politique, malgré le croissant protagonisme d'Ursins dans la prise de décisions. La *camarera mayor* jouit d'une importante capacité de manœuvre mais la reine fut, sans aucun doute, une collaboratrice nécessaire dans les interventions de la dame dans la sphère publique. Le contrôle de l'accès à la personne royale constitue un bon exemple de la manière dont l'interaction des deux femmes influença l'évolution de la politique espagnole et la configuration du cercle royal après les événements de janvier 1703. L'image d'un Philippe V « séquestré » par la reine consort et la *camarera* a été révisée tout le long de cette thèse, où nous avons essayé de nuancer le sens de certaines exagérations et rumeurs difficiles à vérifier ou vraisemblablement intentionnelles. Cependant, il convient d'avoir en compte que l'instrumentalisation des normes du palais ne fut en aucun cas une prérogative exclusive de la princesse. Marie-Louise, de même que sa favorite, participa activement à cette stratégie et développa divers moyens (l'assistance aux audiences du monarque, sa présence lors des réunions qu'il maintenait avec certains ministres) que reproduirait, des années plus tard, la seconde épouse du monarque, Élisabeth Farnèse. Cette situation est claire dans le cas d'Orry, dont la souveraine favorisa son introduction

dans l'entourage royal. La faveur de la reine et la protection d'Ursins, encouragèrent le développement des réformes du financier, accrurent l'influence de ce dernier sur les affaires d'État et le situèrent dans une position factuelle, mais non pas hiérarchique, supérieure à celle qu'occupait l'ambassadeur de France à cette époque, l'abbé d'Estrées. Dû à l'ascendant que Marie-Louise exerçait sur Philippe V, le soutien de cette première devint non seulement une garantie d'accessibilité au monarque, mais aussi de continuité dans son entourage.

Concernant la période 1702-1704, il s'avère difficile d'établir avec précision quel fut le degré d'intervention de la reine dans le recrutement des sujets qui conformaient le réseau de la *camarera mayor*. Si l'étroite relation entre Marie-Louise et des sujets comme Montellano, Veraguas ou Grimaldo est décelable dans la documentation, le rôle de la dame et d'Orry sur ce point est beaucoup plus appréciable, de là que nous ayons considéré la reine comme un « agent passif » dans la structuration du dit réseau. Toutefois, il est incontestable que la contribution de Marie-Louise de Savoie montre deux aspects concrets: en premier lieu, la stabilité du réseau de la princesse après son exil en 1704. Il est vrai que la reine ne put empêcher la chute d'Orry et de Canales mais sa défense résolue de la cause d'Ursins contribua à maintenir la cohésion du groupe de pouvoir que la dame avait formé. En fait, ses membres, avec certaines exceptions, continuèrent à être loyaux à la dame. Entre 1704 et 1705, la reine s'impliqua donc plus « activement » dans la sauvegarde du système de patronage développé par Ursins en collaboration avec Orry. En second lieu, Marie-Louise favorisa la focalisation du traitement des affaires d'État dans les appartements royaux, qu'elle partageait avec le roi. Un endroit d'où étaient exclus tous les sujets opposés à la *camarera mayor*, à Orry et à la propre reine. L'importance qu'acquirit la chambre de la souveraine sur la scène politique affaiblit la potentialité du *Despacho* comme organe consultatif, ainsi que d'autres institutions officielles de l'administration (Conseils). En ce qui concerne la reine, la primauté octroyée à ce type d'instances officieuses du pouvoir lui permit de prendre part aux réunions de Philippe V avec ses plus étroits collaborateurs (Orry, Canales ou d'Aubigny). Malheureusement, l'opacité des sources nous empêche d'être plus explicites quant à la participation de la reine dans ces séances de gouvernement. Malgré tout, il est incontestable que sa présence contribua à ce qu'elle connût et identifîât les plans réformistes défendus par la princesse, Orry, et plus tard par Amelot, dont son ambassade introduira peu de changements à ce sujet.

Après la chute de la princesse, le gouvernement français prétendit rétablir la relative harmonie qui avait régné dans les relations franco-espagnoles jusqu'à janvier 1703, mais il le fit sans octroyer aucun type de concessions, c'est-à-dire, sans remettre en question les rapports que d'Estrées et Louville avaient remis à Versailles; sans considérer attentivement les conséquences de la conduite et des prérogatives extérieures de ses ambassadeurs à Madrid ; et sans envisager le réel besoin d'annuler certaines des mesures qu'Orry et la *camarera mayor* avaient soutenue avec la protection de la reine. Ce travail ne prétend pas justifier le comportement de Marie-Louise de Savoie pendant ces années-là. Cependant nous pensons qu'imputer la responsabilité de l'instabilité de cette période à la souveraine et à la princesse serait trop réductionniste. S'il fallait déterminer des responsabilités, les conduites d'une bonne partie des membres de l'entourage français à Madrid, depuis les ambassadeurs de Louis XIV jusqu'au confesseur royal, le père Daubenton, pourraient faire l'objet de critique puisque tous participèrent dans la lutte d'influences autour de Philippe V. Nous pouvons en conclure le même concernant le gouvernement français, dont les divisions internes, les politiques de patronage de ses membres et l'inflexibilité sur certains points, ne contribuèrent pas à normaliser la situation à Madrid. Comme Louis XIV remarqua, à partir de 1705 la stabilité des relations franco-espagnoles ne passait pas uniquement par la sortie du pays d'Ursins et d'Orry, ou par leur retour en Espagne. Il fallait encourager une plus grande interaction dans la prise de décisions au sein de l'axe Versailles-Madrid, envisager d'une manière plus réaliste les sphères d'influences de la *camarera mayor* et du nouvel ambassadeur français, et abandonner définitivement la méfiance de la France envers l'intervention de la princesse dans la sphère publique et l'ascendant de la reine sur Philippe V. En ce qui concerne ce dernier point, il ne semble pas que Marie-Louise de Savoie ait voulu participer sur la scène politique de manière permanente. Au contraire, tout indique que la reine exigeait la reconnaissance de la potentialité de sa condition comme épouse du roi, de sa capacité à influencer le traitement des affaires lorsque la situation l'eut requis ou, pour employer une expression d'Ursins, lorsque le monarque n'eut pas été capable de prendre une décision par lui-même. Ceci impliquait, en dernier terme, qu'il fallait accorder à la reine une plus grande confiance politique, qu'elle serait capable d'employer discrètement s'éloignant d'un caractère arbitraire qui se pouvait être nuisible pour la réputation du premier Bourbon. Si nous analysons le parcours de Marie-Louise entre



1705 et 1714, nous pouvons remarquer que la souveraine fit usage de son ascendant très prudemment, limitant ses interventions dans la sphère publique lorsqu'elle n'était pas à la tête du gouvernement, à des moments et dans des situations très concrets (par exemple la situation provoquée par la sortie d'Amelot en 1709 ou les conversations de paix de 1712). La prééminence d'Ursins dans le cercle royal influença sans aucun doute ce fait. Non pas seulement parce qu'elle avait une fonction comparable à celle d'un *valido* ou *privado*, telle que la définit Vázquez Gestal<sup>2396</sup>, mais parce qu'elle contrôla les différents aspects du processus d'adaptation de Marie-Louise de Savoie et contribua à forger, si ce n'est une reine « éloignée des affaires », du moins une reine consort disposée à respecter et à partager la « gloire » de son époux.

---

<sup>2396</sup> VÁZQUEZ GESTAL, P.: *Una nueva majestad. Felipe V, Isabel de Farnesio y la identidad de la monarquía (1700-1729)*. Madrid/Sevilla, 2013, pp. 121-128.

## FUENTES DOCUMENTALES

### *FRANCIA:*

#### París

#### **Archive du Ministère des Affaires Étrangères:**

*Correspondance Politique, Espagne*, tomos: 91, 92, 93, 94, 96, 97, 98, 99, 100, 102, 103, 104, 105, 107, 116, 117, 121, 122, 125, 140, 143, 146, 150, 151, 157, 158, 161, 162, 214, 224.

*Correspondance Politique, Sardaigne-Savoie*, tomos: 107, 108.

*Mémoires et Documents*, tomos: 2, 108, 128.

#### **Archives Nationales:**

*Correspondance consulaire. Marine et Outre-Mer*, B<sup>7</sup> 226, 227, 228, 230, 231, 232, 233, 234, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 467, 470.

*Monuments Historiques*, K 1332, 1359.

#### **Bibliothèque Nationale de France:**

*Nouvelles Acquisitions France*: 20273, 20274, 23180.

*Manuscrits Français*: 9443, 5561.

*Clairambault*: 521.

### *ITALIA*

#### Turín

#### **Archivio di Stato:**

*Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia*, Mazzo 38.

#### *Lettere Ministri:*

*Francia*, Mazzos: 128, 130, 131, 132, 133.

*Spagna*, Mazzos: 47, 48, 49, 50, 55, 56.

*Lettere Principi Diversi*, Mazzo 26.

*Lettere Sovrani*, Mazzos: 99, 100.

#### **Biblioteca Reale:**

*Cerimoniale di Corte*. Vernon, Robbio y Tana.

*Matrimoni di Sovrani e di principi reali*, Filza IV, Mazzo 10-1.

*Miscellanea Patria*, 53, n.º 11.

*Storia Patria*, 726.

*Varia*: G423.

Florencia

### **Archivio di Stato**

*Mediceo del Principato. Relazioni con Stati italiani ed esteri. Spagna*. Filze: 4991, 4992, 4993, 4994, 4995, 5000, 5001, 5002, 5073.

### **REINO UNIDO**

Londres

### **British Library:**

*Additional Manuscripts*, 20307, 20359, 20365, 20532, 20570, 20574, 21444, 28787.

### **ESPAÑA**

Madrid

### **Archivo General de Palacio:**

*Histórica*. Cajas: 9, exp. 7; 20, exp. 22; 48, exp. 5 y 6; 49, exp. 3; 119.

*Reinados. Felipe V*, legajos: 1, 52, 212, 213, 255, 266, 271, 275.

*Personal*. Cajas: 49, exp. 8; 58, exps. 18 y 20; 84, exp. 8; 118, exp. 18; 476, exp. 47; 480, exp. 22; 575, exp. 33; 697, exp. 22; 830, exp. 34; 882, exp. 17; 924, exp. 40; 927, exp. 5; 930, exps. 32 y 33; 948, exp. 24; 977, exps. 21 y 22; 1046, exp. 21 y 23; 2620, exp. 11; 2672, exp. 52; 2700, exp. 19; 16508, exp. 9; 16580, exp. 6; 16779, exp. 28; 16823, exp. 55; 16838, exp. 18; 16839, exp. 11; 18664, exp. 43; 18666, exp. 16.

*Libro Registro de criados de la reina* [viuda], 1701-1740, libro 00573.

### **Archivo Histórico Nacional:**

*Estado*, legajos: 513, 523, 659, 664, 1838, 2454, exp. 25; 2460, 2461, 2514, 2574, 2627, 2793, 2850, 2886, 2973, 4833.

*Consejos*, legajos: 9270, exp. 22; 4477.

*Consejos*, libros: 619, 2040, 2752, 2753, 2757.

*Órdenes Militares*: Calatrava, exps. 67, 10967.

*Órdenes Militares*: Casamientos-Santiago, exp. 1007.

### **Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación:**

*Santa Sede*: legs. 163, 374.

### **Biblioteca Nacional de Madrid:**

*Mss.* 3527, 10680, 10910, 10947, 12777, 13390, 13654, 17499, 17502, 22035,

*R/*39629.

2/23787, 2/33668, 2/52006.

VC/851/9.

### **Real Biblioteca:**

II/2081; II/2084; VI/390.

Valladolid

### **Archivo General de Simancas:**

*Dirección General del Tesoro*, Inventario 2, legajos 2, 5, 11; Inventario 3, leg. 1.

*Estado*, legajos: 3652, 3654, 3655, 3659, 3660, 3672, 4301, 4307, 4308, 4318, 4321, 5423, 7078, 8121.

*Gracia y Justicia*, libros 332, 339, 341, 344, 347.

## BIBLIOGRAFÍA

### 1. EDICIONES DE CORRESPONDENCIA, DIARIOS, RELACIONES Y MEMORIAS (anteriores y posteriores a 1900)

ROURE, Comte de (ed.): *Mémoires secrets sur l'établissement de la Maison de Bourbon en Espagne, extraits de la correspondance du Marquis de Lovuille, Gentilhomme de la Chambre de Philippe V et chef de sa Maison française*. París, 1818, 2 vols.

AMIEL, O. (ed.): *Lettres de Madame, Duchesse d'Orléans, née Princesse Palatine*. París, 1981.

BEAUMELLE, L. A. DE LA: *Mémoires pour servir à l'histoire de Madame de Maintenon et à celle du Siècle passé*. Maestricht, 1789-, 12 vols.

BERCHET, G. (eds.): *Relazioni degli Stati Euopei lette al Senato dagli Ambasciatori Veneti nel secolo Decimosettimo. Serie I. Spagna, vol. II*. Venecia, 1860.

BERNARDO ARES, J. M. (y otros): *De Madrid a Versailles. La correspondencia bilingüe entre el Rey Sol y Felipe V durante la Guerra de Sucesión*. Madrid, 2011.

BERNARDO ARES, J. M. y ECHEVERRÍA PEREDA, E. (coords.): *Las cortes de Versailles y Madrid en el año 1707. Estudio traductológico e histórico de las correspondencias real y diplomática*. Madrid, 2011.

BOTS, H. y BOTS-ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres de Madame de Maintenon*. París, 2009-2013, 7 vols.

BOURGEOIS, E. (ed.): *Lettres intimes de J. M. Alberoni, adressées au comte I. Rocca*. París, 1892.

COSNAC, C. y BERTRAND, A. (eds.): *Mémoires du marquis de Sourches sur le règne de Louis XIV*. París, 1882-1893, 13 vols.

GAGNIÈRE, A. (ed.): *Marie-Adélaïde de Savoie. Lettres et correspondances*. París, 1897.

GAILLARDIN, C.: *Histoire du règne de Louis XIV. Troisième partie: La décadence, guerres de la seconde coalition et de la Succession d'Espagne. Tome VI*. París, 1879.

GEFFROY, A. (ed.): *Lettres inédites de la princesse des Ursins*. París, 1859.

GIRARDOT, B. (ed.): *Correspondance de Louis XIV avec M. Amelot*. Burdeos, 1864, 2 vols

GOUDEKET, M. (ed.): *Lettres de Madame, duchesse d'Orléans, née princesse Palatine, depuis son arrivée en France jusqu'à la mort de Louis XIV*. París, 1947.

GRIMOARD, G. (ed.): *Mémoires et lettres du Maréchal de Tessé, contenant des anecdotes et des faits historiques inconnus, sur partie des règnes de Louis XIV et de Louis XV*. París, 1806, 2 vols.

HIPPEAU, C. (ed.): *Lettres inédites de Madame des Ursins et de Maintenon, MM. le Duc de Vaudemont [sic], le Maréchal de Tessé et le cardinal Janson*. Caen, 1862.

*Avènement des Bourbons au trône d'Espagne. Correspondance inédite du Marquis de Harcourt.* París, 1875, 2 vols.

JAEGLE, E. (ed.): *Correspondance de Madame, Duchesse d'Orléans.* París, 1880, 2 vols.

LANGLOIS, M. (ed.): *Madame de Maintenon. Lettres.* París, 1935-1939, 4 vols.

LA TRÉMOILLE, Duque de (ed.): *Madame des Ursins et la Succession d'Espagne. Fragments de correspondance.* Nantes-París, 1902-1907, 6 vols.

LECESTRE, L. (ed.): *Mémoires de Saint-Hilaire. Tome Troisième, 1697-1704.* París, MDCCCIX.

*Mémoires du Chevalier de Quincy. Tome Premier (1690-1703).* París, MDCCCXCVIII.

LOYAU, M. (ed.): *Correspondance de Madame de Maintenon et de la princesse des Ursins. 1709: une année tragique.* París, 2002.

*Madame de Maintenon et la princesse des Ursins. Correspondance 1707-1709.* París, 2014.

MAURA, G. y BAVIERA, A. (eds.): *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España.* Madrid, 2004 (1929-1935), 2 vols.

NICOLINI, F. (ed.): *L'Europa durante la Guerra di Successione di Spagna.* Nápoles, 1937-1938, 3 vols.

NOËL, B. (ed.): *Souvenirs de Madame de Caylus.* París, 1986 (1965).

RAMBUTEAU, Comte de (ed.): *Lettres du maréchal de Tessé à Madame la Duchesse de Bourgogne, Madame la Princesse des Ursins, Madame de Maintenon, Monsieur de Pontchartrain...* París, 1888.

ROCCA, Comtesse DELLA (ed.): *Correspondance inédite de la duchesse de Bourgogne et de la reine d'Espagne, petites-filles de Louis XIV.* París, 1865.

SAINT-SIMON, Louis de Rouvroy, duque de: *Mémoires de Saint-Simon. Nouvelle édition collationnée sur le manuscrit autographe, augmentée des additions de Saint-Simon au Journal de Dangeau.* Notes et appendices par A. de Boislisle. París, 1879-1928, 43 vols.

*Saint-Simon. Mémoires. Anthologie.* Édition établie, présentée et annotée par François Raviez. París, 2007.

SAN FELIPE, Bacallar y Sanna, V., marqués de: *Comentarios de la guerra de España e historia de su Rey Felipe V, el Animoso.* Edic. y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano. BAE, tomo, 99. Madrid, 1957.

SOULIÉ, E. y otros (eds.): *Journal du marquis de Dangeau, avec les additions du duc de Saint-Simon.* París, 1854-1860, 19 vols.

## 2. OBRAS ANTERIORES A 1900

BAUDRILLART, A.: *Philippe V et la cour de France. Tome I, Philippe V et Louis XIV*. París, 1890.

BLACKLEY, W. (ed.): *The diplomatic correspondance of the right hon. Richard Hill envoy extraordinary from the Court of St. James to the Duke of Savoy in the reign of Queen Anne from July 1703 to May 1706*. Londres, 1845, vol. I.

*Cariche del Piemonte e Paesi Uniti colla serie cronologica delle persone che le hanno occupate ed altre notizie di nuda istriad al fine del secolo decimo sino al dicembre 1798. Tomo III*. Turín, MDCCXCVIII.

CANALE, M. G.: *Historia del origen itálico de la Casa de Saboya hasta nuestros días*. S. l., 1872, 2 vols.

CARUTTI, D.: *Storia del regno di Vittorio Amedeo II*. Florencia, 1863.

*Storia della diplomazia della corte di Savoia. Vol. III, 2º periodo, 1663-1730*. Turín, 1879.

CHIUROLE, A.: *La Genealogia delle Case piu illustri di tutto il mondo*. Venecia, MDCCXLIII.

CIBRARIO, L.: *Storia di Torino. Volume Secondo*. Turín, MDCCCXLVI.

CLARETTA, G.: *Storia della Regenza di Cristina di Francia, Duchessa di Savoia, 1637-1663. Con annotazioni e documenti inediti. Parte Seconda*. Turín, MDCCCLXIX.

“Noticie anedottiche sul matrimonio della regina di Spagna Luisa Maria Gabriella [sic] di Savoia e la principessa Orsini”, en *Giornale Ligustico di Archeologia, Storia, Belle arti. Atti de la Società Ligure di Storia Patria*, n.º 14 (1887), pp. 250-282.

COMBES, F.: *La princesse des Ursins. Essai sur sa vie et son caractère politique d'après nombreux documents inédits*. París, 1858.

COURCY, Marquis de: *La coalition de 1701 contre la France*. París, 1886, 2 vols.

*Encyclopédie méthodique. Nouvelle édition enrichie de remarques*. Padua, MDCCLXXXVII.

ESNAULT, A.: *Michel de Chamillart. Contrôleur Général des Finances et Secrétaire d'État de la Guerre (1699-1709). Correspondance et papiers inédits. Tome Premier*. París, 1885.

GAILLARDIN, C.: *Histoire du règne de Louis XIV. Troisième partie: La décadence. Les guerres de la seconde coalition et de la Succession d'Espagne*. Tome VI. París, 1879.

IMHOFF, J. W.: *Recherches historiques et généalogiques des Grands d'Espagne*. Amsterdam, MDCCVII.

LEGRELLE, A.: *La diplomatie française et la succession d'Espagne. Vol. IV. La crise (1700-1702)*. Braine-le-Comte, 1897.

MOREL-FATIO, A. y LEONARDON, H.: *Recueil des Instructions données aux ambassadeurs de la France. XII-II. Espagne (1701-1722)*. París, 1898.

MORERI, L.: *Dictionnaire historique, ou le mélange curieux de l'histoire sacrée et profane... Tome Sixième*. París, MDCCLIX.

PINEDA Y CEVALLOS ESCALERA, A.: *Casamientos regios de la Casa de Borbón en España (1701-1879)*. Madrid, 1881.

ROSSI, G.: "Maria Luigia Gabriella di Savoia, sposa di Filippo V, re di Spagna in Nizza, nel settembre 1701. Memoria e documenti", en *Miscellanea di Storia Italiana*. Terza Serie. Tomo II. Turín (1895), pp. 347-383.

ROUSSET DE MISSY, J.: *Histoire publique et secrète de la cour de Madrid, depuis l'avènement du Roy Philippe V, jusqu'au commencement de la guerra avec la France*. Lieja, 1719.

SALAZAR Y CASTRO, L.: *Árboles de costados de gran parte de las primeras casas de estos reynos*. Madrid, MDCCXCV.

SAN TOMMASO, M.: *Tavole Genealogiche della Real Casa di Savoia*. Turín, MDCCCXXXVII.

SAREDO, L.: *La Regina Anna di Savoia. Studio storico su documenti inediti*. Turín, 1887

SCLOPIS, F.: *Marie-Louise-Gabrielle de Savoie, reine d'Espagne. Étude historique*. Chambéry, 1862.

SOBRINO, F.: *Diccionario nuevo de las lenguas española y francesa en dos partes*. Bruselas, MDCCXXXIV.

TETTONI, L.: *Le illustri alleanze della Real Casa di Savoia. Cenni genealógico-araldico-storici*. Turín, 1868.

### 3. OBRAS POSTERIORES A 1900

AKKERMAN, N. y HOUBEN, B. (eds.): *The politics of Female Households. Ladies-in-Waiting across Early Modern Europe*. Boston-Leiden, 2014.

ALBAREDA, J.: *La Guerra de Sucesión de España (1700-1714)*. Barcelona, 2010.

ALENDAY MIRA, J.: *Relaciones de solemnidades y actos públicos de España*. Madrid, 1903, vol. I.

ALONSO FERNÁNDEZ, F.: "Desventuras biográficas de Felipe V, primer Borbón español", en *Anales de la Real Academia Nacional de Medicina*, 4 (2006), pp. 791-806.

ALVAR, A.: "La educación de Isabel la Católica", en *Torre de los Lujanes*, 48 (2002), pp. 221-238.

ÁLVAREZ LÓPEZ, A.: *La fabricación de un imaginario. Los embajadores de Luis XIV y España*. Madrid, 2008.



ÁLVAREZ-OSSORIO, A.: “De la conservación a la desmembración. Las provincias italianas y la Monarquía de España”, en *Studia Histórica. Historia Moderna*, nº26 (2004), pp. 191-223.

“Prevenir la sucesión. El príncipe de Vaudémont y la red del almirante en Lombardía”, en *Estudis. Revista d’Historia Moderna*, nº33 (2007), pp. 61-92.

«Versailles inversé. Charles II, ou la monarchie sous l’Empire des Nobles», en SABATIER, G. y TORRIONE, M. (eds.): *¿Louis XIV espagnol? Madrid et Versailles, images et modèles*. Versailles, 2009, pp. 137-154.

ANDÚJAR, F.: “La corte y los militares en el siglo XVIII”, en *Estudis. Revista de Historia Moderna*, 27 (2001), pp. 91-122.

“Familias irlandesas en el ejército y la corte borbónica”, en GARCÍA HERNÁN, E. y RECIO MORALES, O. (ed.): *Extranjeros en el Ejército: militares irlandeses en la sociedad española, 1580-1818*. Madrid, 2007, pp. 271-295.

“Juan de Goyeneche. Financiero, tesorero de la reina y mediador en la venta de cargos”, en GONZÁLEZ ENCISO, A. (ed.): *Navarros en la monarquía española en el siglo XVIII*. Pamplona, 2007, pp. 62-88.

*Necesidad y venalidad. España e Indias. 1704-1711*. Madrid, 2008.

“Mercedes dotales para mujeres, o los privilegios de servir en palacio (siglos XVII-XVIII)”, en *Obradoiro de Historia Moderna*, 19 (2010), pp. 215-247.

“Nueva corte, nueva seguridad para el Rey: la creación del ‘ejército cortesano’ en tiempos de Felipe V”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J., CAMARERO BULLÓN, C. y LUZZI TRAFICANTE, M. (coords.): *La corte de los Borbones: crisis del modelo cortesano*. Madrid, 2013, I, pp. 337-366.

ANTOINE, M.: *Henry Desmarets (1661-1741). Biographie critique*. Paris, 1965.

ATERIDO, A.: *La pintura del último barroco en Madrid (1685-1726). De Carreño a Palomino. El final del siglo de oro*. Madrid, 2010. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense.

ATERIDO, A., MARTÍNEZ CUESTA, J. y PÉREZ PRECIADO, J. J.: *Inventarios reales. Colecciones de pinturas de Felipe V e Isabel de Farnesio*. Madrid, 2004, vol. I.

ATIENZA, I.: “Las mujeres nobles: clase dominante, grupo dominado. Familia y orden social en el Antiguo Régimen”, en GARCÍA-NIETO PARÍS, M. C. (dir.): *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX. Actas de las IV Jornadas de Investigación interdisciplinaria*. Madrid, 1986, pp. 149-169.

“Mujer e ideología: Una visión ‘emic’ del papel de la mujer aristócrata en el siglo XVII”, en *Revista Internacional de Sociología*. CSIC. Vol. 47, fasc. 3 (1989), pp. 317-337.

BADINTER, E.: *L'amour en plus. Histoire de l'amour maternel, XVIIe-XXe siècle*. Paris, 2010 (1980).

BADINTER, E. (ed.): «*Je meurs d'amour pour toi*». *Lettres à l'archiduchesse Marie-Christine, 1760-1763*. Paris, 2008.

BARBEITO, J. L.: *El Alcázar de Madrid*. Madrid, 1992.

BARD, C., BAUDELLOT, C. y MOSSUZ-LAVAU, J.: *Quand les femmes s'en mêlent. Genre et pouvoir*. Paris, 2004.

BARNAVI, E.: «Mythes et réalité historique: le cas de la loi salique», en *Histoire, économie et société*, 3 (1984), pp. 323-337.

BARRIOS, F.: *El Consejo de Estado de la Monarquía Española, 1521-1812*. Madrid, 1984.

BAVIERA, A.: *Mariana de Neoburgo, reina de España*. Madrid, 1938.

BÉLY, L.: *Espions et ambassadeurs au temps de Louis XIV*. Paris, 1990.

*Les relations internationales en Europe (XVIIe-XVIIIe siècles)*. Paris, 1992.

*La société des princes, XVIe-XVIIIe siècle*. Paris, 1999.

«La Savoie entre Bourbons et Habsbourgs», en *La Savoie dans l'Europe. Actes du XXXVIII Congrès des sociétés savantes de Savoie (Moûtiers, 9 et 10 septembre 2000)*. Moûtiers, 2002, pp. 225-236.

«La présence et l'action des Ambassadeurs de France dans le gouvernement de Philippe V d'Espagne: conduite de la guerre et négociation de la paix», en MOLINIÉ, A. y MERLE, A. (dirs.): *L'Espagne et ses guerres. De la fin de la Reconquête aux guerres d'Indépendance*. Paris, 2004, pp. 183-201.

«La diplomatie européenne et les partages de l'empire espagnol», en ÁLVAREZ-OSSORIO, A., GARCÍA GARCÍA, B. J. y LEÓN, V. (eds.): *La pérdida de Europa. La guerra de Sucesión por la Monarquía de España*. Madrid, 2007, pp. 631-652.

«Elisabeth Farnèse et la princesse des Ursins: un coup de majesté?», en FRAGNITO, G. (dir.): *Elisabetta Farnese, principessa di Parma e regina di Spagna*. Roma, 2009, pp. 71-89.

«Les diplomates à la Cour d'Espagne: acteurs et témoins», en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y LUZZI TRAFICANTE, M (coords.): *La corte de los Borbones: crisis del modelo cortesano*. Madrid, 2013, vol. II, pp. 1311-1329.

BENNASSAR, B. y VINCENT, B.: *España. Los Siglos de Oro*. Barcelona, 2000.

BENNASSAR, B.: *Reinas y princesas del Renacimiento a la Ilustración: el lecho, el poder y la muerte*. Barcelona, 2007.

BÉRENGER, J.: “Los Habsburgo y la sucesión de España”, en FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P. (ed.): *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*. Madrid, 2002, pp. 47-68.

«La question de la Succession d'Espagne au XVII<sup>e</sup> siècle», en BÉLY, L. (dir.): *La présence des Bourbons en Europe XVI<sup>e</sup>-XXI<sup>e</sup> siècles*. París, 2003, pp. 75-91.

*Léopold I (1640-1705), fondateur de la puissance autrichienne*. París, 2004.

BERMEJO CABRERO, J. L.: *Estudios sobre la administración central española (siglos XVII y XVIII)*. Madrid, 1982.

BERNARDO ARES, J. M.: “Los tres reyes de la Monarquía Católica según las cartas reales de 1704”, en BERNARDO ARES, J. M. (y otros): *La correspondencia entre Felipe V y Luis XIV. I. Estudio histórico, informático y traductológico*. Córdoba, 2005, pp. 7-57.

“Embajadores influyentes y nobles enfrentados. Las claves sociológicas del problema sucesorio hispánico”, en GUIMERÁ, A. y PERALTA, V. (coords.): *El equilibrio de los Imperios: de Utrecht a Trafalgar*. Madrid, 2005, pp. 67-84.

“Tres años estelares de política colonial borbónica (1701-1703)”, en *Cuadernos de Historia de España*, LXXX (2006), pp. 171-196.

“La sucesión de la monarquía católica. Del imperio hispánico al Estado español (1697-1714)”, en BERNARDO ARES, J. M.: *Luis XIV rey de España. De los Imperios Plurinacionales a los Estados Unitarios (1665-1714)*. Madrid, 2008, pp. 165-189.

“Aristocracia nobiliaria y burguesía ennoblecida. Desaparición o marginación del sistema polisinodial de la monarquía hispánica (1701-1709)”, en GARCÍA HURTADO, M. R. (ed.): *Modernitas. Estudios en homenaje al profesor Baudilio Barreiro Mallón*. Coruña, 2008, pp. 191-215.

“Los embajadores franceses en España: Primeros ministros de la Monarquía hispánica (1701-1709)”, en PORRES MARIJUÁN, R. y REGUERAS, I. (eds.): *La proyección de la Monarquía Hispánica en Europa. Política, Guerra y Diplomacia entre los siglos XVI y XVIII*. Bilbao, 2009, pp. 121-145.

“Sociología de corte, guerra europea y estado unitario (1707)”, en BERNARDO ARES, J. M. y ECHEVERRÍA PEREDA, E. (coords.): *Las cortes de Versalles y Madrid en el año 1707. Estudio traductológico e histórico de las correspondencias real y diplomática*. Madrid, 2011, pp. 107-145.

“El papel estelar de las reinas en la diplomacia francesa: María Luisa de Orleáns (1679-1689) y María Luisa Gabriela de Saboya (1701-1714)”, en SÁENZ CAMAÑES, P. (ed.): *Tiempo de cambios. Guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía Hispánica (1648-1700)*. Madrid, 2012, pp. 167-194.

BERTIÈRE, S.: «Régence et pouvoir féminin», en WILSON-CHEVALIER, K. y VIENNOT, E. (dirs.): *Royaume de fémynie. Pouvoirs, contraintes, espaces de liberté*. Paris, 1999, pp. 63-70

BERTINI, G.: “La formación cultural y la educación artística de Isabel de Farnesio en la corte de Parma”, en MORÁN TURINA, M. (dir.): *El arte en la corte de Felipe V*. Cat., exp. Madrid, 2002, pp. 417-436.

BIANCHI, P.: “La corte dei Savoia: disciplinamento del servizio e delle fedeltà”, en BARBERIS, W. (ed.): *I Savoia. I secoli d'oro di una dinastia europea*. Turín, 2007, pp. 135-174.

BIONDI MORRA, F.: *María Luisa de Saboya, reina de España*. Madrid, 1943.

BLASCO ESQUIVIAS, B.: *Teodoro de Ardemans y su entorno en el cambio de siglo (1661-1726)*. Madrid, 1991.

BLUCHE, F. (dir.): *Dictionnaire du Grand Siècle*. París, 2005 (1990).

BOK, G.: “Women’s history and gender history: aspects of an international debate”, en TOSH, J. (ed.): *Historians on History*. Londres, 2009 [2000], pp. 150-155.

BORRÁS, G. M.: *La Guerra de Sucesión en Zaragoza*. Zaragoza, 1972.

BOTTINEAU, Y.: *El arte cortesano en la España de Felipe V (1700-1746)*. Madrid, 1986.

BORDIEU, P.: «Remarques sur l’Histoire des Femmes», en DUBY, G. y PERROT, M. (dirs.): *Femmes et Histoire*. París, 1992, pp. 63-66.

BOURGEOIS, E.: «Une reine et une oeuvre. Marie-Louise de Savoie, Reine d’Espagne (1708-1716)», en *La Grande Revue* (juillet 1901), pp. 130-160.

BOUZA, F.: “La herencia portuguesa de Baltasar Carlos de Austria. El Directorio de fray António Brandão para la educación del heredero de la Monarquía Católica”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, 9 (1988), pp. 47-61.

“Sin armas de noticias. Medios de cultura escrita, público y poder monárquico a comienzos del siglo XVIII”, en SANTIAGO PÁEZ, E. (dir.): *La Real Biblioteca Pública 1711-1760: de Felipe V a Fernando VI*. Cat. exp. Madrid, 2004, pp. 33-47.

CALVO MATURANA, A. J.: *María Luisa de Parma: reina de España, esclava del mito*. Granada, 2007.

CAMPBELL, J.: “Women and factionalism in the Court of Charles II”, en SÁNCHEZ, M. S. y SAINT-SÄENS, A. (eds.): *Spanish Women in the Golden Age. Images and Realities*. Westport, 1996, pp. 109-124.

CAPEL MARTÍNEZ, R. M.: “Mujer y educación en el Antiguo Régimen”, en *Historia de la educación*, 26 (2007), pp. 85-110.

CAPEL MARTÍNEZ, R. M. y CEPEDA GÓMEZ, J.: *El siglo de las Luces. Política y sociedad*. Madrid, 2006.

CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “Los Grandes, el poder y la cultura política de la nobleza española”, en *Studia Historica. Historia Moderna*, nº 20 (1999), pp. 77-136.

CARRIÓ INVERNIZZI, D.: *El gobierno de las imágenes. Ceremonial y mecenazgo en la Italia española de la segunda mitad del siglo XVII*. Madrid, 2008.

“Gift and diplomacy in Seventeenth-Century Spanish Italy”, en *The Historical Journal*, 51-4 (2008), pp. 881-899.

CASEY, J. y HERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: *Familia, parentesco y linaje. Historia de la familia. Una nueva perspectiva de la sociedad europea*. Murcia, 1997.

CASTELLANO, J. L.: “El gobierno de los primeros años de Felipe V: la influencia francesa”, en PEREIRA IGLESIAS, J. L. (coord.): *Felipe V de Borbón (1701-1746). Actas del Congreso de San Fernando (Cádiz), de 27 de noviembre a 1 de diciembre de 2000*. Córdoba, 2002, pp. 129-142.

“La exaltación dinástica”, en SERRANO, E. (ed.): *Felipe V y su tiempo. Congreso Internacional*. Vol. II. Zaragoza, 2004, pp. 933-946.

*Gobierno y poder en la España del siglo XVIII*. Granada, 2006.

CASTRO, C.: “El Estado español en el siglo XVIII: su configuración durante los primeros años de Felipe V”, en *Historia y política: ideas, procesos y movimientos sociales*, 4 (2000), pp. 137-170.

“Las primeras reformas institucionales de Felipe V: el marqués de Canales (1703-1704)”, en *Cuadernos dieciochistas*, 1 (2000), pp. 155-183.

*A la sombra de Felipe V. José de Grimaldo, ministro responsable (1703-1726)*. Madrid, 2004.

CERMAKIAN, M.: *La princesse des Ursins. Sa vie et ses lettres*. París, 1969.

CHACÓN, F. y BESTARD, J. (dirs.): *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid, 2011.

CHALINE, O.: *Le règne de Louis XIV*. París, 2009 (2005).

CHARTIER, R.: «L'Histoire des femmes. XVIe-XVIIIe siècle. Différences entre les sexes, et violence symbolique», en DUBY, G. y PERROT, M. (dirs.): *Femmes et Histoire*. París, 1992, pp. 39-47.

CONTAMINE, P. y G. (dirs.): *Autour de Marguerite d'Écosse. Reines, princesses et dames du XV<sup>e</sup> siècle*. París, 1999.

COQUILLAT, M.: «Les femmes, le pouvoir et l'influence», en KRAKOVITCH, O., SELLIER, G. y VIENNOT, E.: *Femmes de pouvoir: mythes et fantasmes*. Paris, 2001, pp. 17-75.

COSANDEY, F.: *La reine de France. Symbole et pouvoir*. París, 2000.

- “Sucesión, maternidad y legado”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*. Madrid, 2005, pp. 485-496.
- «Reines de France, héritières espagnoles», en GRELL, C. y PELLISTRANDI, B. (dirs.): *Les cours d'Espagne et de France au XVII<sup>e</sup> siècle*. Madrid, 2007, pp. 61-76.
- «De la loi salique à la régence, le parcours singulier du pouvoir des reines», en VARALLO, F. (ed.): *In assenza del re. Le reggenti dal XIV al XVII secolo (Piemonte ed Europa)*. Florencia, 2008, pp. 183-197.
- «Honneur aux dames. Préséances au féminin et prééminence sociale dans la monarchie de l'Ancien Régime (XVI<sup>e</sup>-XVII<sup>e</sup> siècles)», en CALVI, G. y CHABOD, I. (eds.): *Moving Elites: Women and Cultural Transfers in the European Court System*. Florencia, 2010, pp. 65-75.
- COXE, W.: *España bajo el reinado de la Casa de Borbón (1700-1788)*. Alicante, 2011 (edic. española 1846).
- CRAVERI, B.: *La cultura de la conversación*. Madrid, 2004.
- CREMONINI, C.: “El príncipe de Vaudemont y el gobierno de Milán durante la guerra de Sucesión española”, en ÁLVAREZ-OSSORIO, A., GARCÍA GARCÍA, B. J. y LEÓN SANZ, V. (eds.): *La pérdida de Europa. La guerra de Sucesión por la Monarquía de España*. Madrid, 2007, pp. 463-490.
- CRUZ MEDINA, V.: *Cartas, mujer y corte en el Siglo de Oro*. Madrid, 2010, tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- DA VINHA, M.: *Les valets de chambre de Louis XIV*. París 2009 [2004].
- DEDIEU, J. P.: “La Nueva Planta en su contexto. Las reformas del aparato del Estado en el reinado de Felipe V”, en *Manuscripts* 18 (2000), pp. 113-139.
- “Patronazgo y política. El ejemplo de la administración real española del siglo XVIII”, en VASCONCELOS VILAR, H.; SOARES DA CUNHA, M. y FARRICA, F. (coords.): *Centros periféricos de Poder na Europa do Sul (séculos XII-XVIII)*. Lisboa, 2013, pp. 273-289.
- DESCALZO, A.: “El traje francés en la corte de Felipe V”, en *Anales del Museo de Antropología*, 4 (1997), pp. 189-210.
- “El arte de vestir en el ceremonial cortesano: Felipe V”, en TORRIONE, M. (ed.): *España festejante*. Málaga, 2000, pp. 197-204.
- “Nuevos tiempos, nueva moda: el vestido en la España de Felipe V”, en MORALES, N. y QUILES GARCÍA, F.: (coords.): *Sevilla y corte. Las artes y el lustro real (1729-1733)*. Madrid, 2010, pp. 157-164.
- DÉSOS, C.: *La vie du R. P. Guillaume Daubenton (1648-1723). Un jésuite français à la Cour d'Espagne et à Rome*. Córdoba, 2005.

*Les français de Philippe V. Un modèle nouveau pour gouverner l'Espagne (1700-1724).* Estrasburgo, 2009.

«Entre champs de batailles et cabales de Cour: le duc de Berwick, soldat du Roi de France en Espagne, 1704-1719», en BERNARDO ARES, J. M. (coord.): *La sucesión de la Monarquía Hispánica. Biografías relevantes y procesos complejos*. Madrid, 2007, pp. 23-42.

DOSSE, F.: *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Valencia, 2007.

DOUGAL, A.: *Salonnières, furies and fairies: the politics of gender and cultural change in absolutist France*. Newark, 2005.

DUBET, A.: «¿La importación de un modelo francés? Acerca de algunas reformas de la Administración española a principios del siglo XVIII», en *Revista de Historia Moderna*, 25 (2007), pp. 207-233.

*Un estadista francés en la España de los Borbones. Juan Orry y las primeras reformas de Felipe V (1701-1706)*. Madrid, 2008.

DUBOST, J. F.: «La cour de France en face aux étrangers. La présence espagnole à la cour des Bourbons au XVII<sup>e</sup> siècle», en GRELL, C. y PELLISTRANDI, B. (dirs.): *Les cours d'Espagne et de France au XVII<sup>e</sup> siècle*. Madrid, 2007, pp. 149-169.

*Marie de Médicis. La reine dévoilée*. París, 2009.

DUCHÊNE, R.: «La lettre: genre masculin et pratique féminine», en PLANTÉ, C. (ed.): *L'Épistolaire, un genre féminin?* París, 1998, pp. 27-50.

*Les Précieuses, ou comment l'esprit vint aux femmes*. Paris, 2001.

DUINDAM, J.: *Viena y Versailles. Las cortes de los rivales dinásticos europeos entre 1550 y 1780*. Madrid, 2009 (2003).

DURANTON, H.: «Mémoires d'un inconnu sur le roi Louis XIV de France et sa cour, les princes royaux, les maréchaux et les hommes d'État de la France (1686-1696)», en *Cahiers Saint-Simon*, 17 (1989), pp. 15-30.

EARENIGHT, T.: *Queenship and Political Power in Medieval and Early Modern Spain*. Surrey, 2005.

EDELMAYER, F.: «La Casa de Austria: mitos, propaganda y apología», en CONTRERAS CONTRERAS, J., ALVAR EZQUERRA, A. y RUIZ RODRÍGUEZ, J. I. (coords.): *Política y cultura en la Edad Moderna: cambios dinásticos, milenarismos, mesianismos y utopías*. Alcalá de Henares, 2004, pp. 17-28.

ÉDOUARD, S.: *Le corps d'une reine: histoire singulière d'Elisabeth de Valois, 1546-1568*. Rennes, 2009.

EGIDO, T.: *Sátiras políticas de la España moderna*. Madrid, 1973.

*Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII*. Valladolid, 2002 (1971).

ERLANGER, P.: *Felipe V, esclavo de sus mujeres*. Barcelona, 2003 (1978).

ESCUADERO, J. A.: *Los secretarios de Estado y del Despacho (1474-1724)*. Madrid, 1976, 4 vols.

*Los orígenes del Consejo de Ministros en España. La Junta Suprema de Estado*. Madrid, 1979, vol. I.

*Administración y Estado en la España Moderna*. Valladolid, 1999.

FACINGER, M.: "A Study of Medieval Queenship: Capetian France, 987-1237", en *Studies in Medieval and Renaissance History*, 5 (1968), pp. 3-48.

FAUSTA GALLO, F.: "Italia entre los Habsburgo y los Borbones", en FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P. (ed.): *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*. Madrid, 2002, pp. 141-162.

FELICES DE LA FUENTE, M. M.: *La nueva nobleza titulada de España y América en el siglo XVIII (1701-1746). Entre el mérito y la venalidad*. Almería, 2012.

FERNÁNDEZ GIMÉNEZ, M. C.: "Notas sobre la reforma del Consejo de Castilla en 1713", en *Anuario de Historia del Derecho español*, 69 (1999), pp. 547-578.

FLÓREZ, E.: *Memorias de las reinas católicas de España*. Vol. II. Valladolid, 2002.

FORMEL, F.: *Alliances et Généalogie à la cour du Grand Roi. Le souci généalogique chez Saint-Simon. Documents inédits. Préface du duc de Levis-Mirepoix de l'Académie Française*. Paris, 1983.

«Des châteaux en Espagne en 1716, ou la fin des ambassades du Marquis de Louville d'après sa lettre inédite au duc de Saint-Simon», en *Cahiers de St. Simon*, 19 (1991), pp. 83-107.

FRADENBURG, O. (ed.): *Women and Sovereignty*. Edimburgo, 1992.

FRAISE, G.: «Quand gouverner n'est pas représenter», en VIENNOT, E. (dir.): *La démocratie 'à la française' ou les femmes indésirables*. Paris, 1995, pp. 37-49.

*Les femmes et leur histoire*. Paris, 2010 [1998].

FRANCO RUBIO, G.A.: "Rituales y ceremonial en torno a la procreación real en un contexto de crisis: el primer embarazo de María Luisa de Saboya (1707)", en NIETO SORIA, J. M. y LÓPEZ-CORDÓN, M. V. (eds): *Gobernar en tiempos de crisis. Las quiebras dinásticas en el ámbito monárquico (1250-1808)*. Madrid, 2008, pp. 235-266.

"El Tratado de a educación de las hijas, de Fénelon, y la difusión del modelo de mujer doméstica en la España del siglo XVIII", en ALVAR EZQUERRA, A. (ed.): *Las Enciclopedias en España antes de L'Encyclopédie*. Madrid, 2009, pp. 479-500.



FRANGANILLO, A.: “Noticias y regalos en torno a la princesa Isabel de Borbón (1615-1621)”, en BRAVO LOZANO, C. y QUIRÓS ROSADO, R. (eds.): *En tierras de confluencia. Italia y la Monarquía Hispánica, siglos XVI-XVIII*. Valencia, 2013, pp. 129-141.

“The education of an heir to the throne: Isabel of Borbon and her influence on Prince Baltasar Carlos”, en COODLIGE, G. (ed.): *The Formation of the Child in Early Modern Spain*. Ashgate, 2014, pp. 143-163.

*La reina Isabel de Borbón: las redes de poder en torno a su Casa (1621-1644)*. Madrid, 2015. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.

FREY, L. y M. (eds.): *The Treaties of the War of the Spanish Succession. An historical and critical dictionary*. Londres-Connectica, 1995.

FRIGO, D.: «Deux impératrices de la Maison de Gonzague et la politique 'italienne' de l'Empire (1622-1686)», en *XVIIe Siècle*, 243-2 (avril-juin 2009), pp. 219-237.

FROSTIN, C.: *Les Pontchartrain, ministres de Louis XIV. Alliances et réseau d'influence sous l'Ancien Régime*. Rennes, 2006.

GARCÍA-BADELL, L.: “Los primeros pasos de Felipe V en España: los deseos, los recelos y las primeras tensiones”, en *Cuadernos de Historia del Derecho*, 15 (2008), pp. 45-127.

GARCÍA BARRANCO, M.: *Antropología histórica de una élite de poder: las reinas de España*. Tesis doctoral inédita. Granada, 2007.

“La Reina viuda o la muerte del cuerpo simbólico”, en *Chronica Nova*, 34 (2008), p. 45-61.

GARCÍA CÁRCEL, R. y ALABRÚS, R. M.: *España en 1700: ¿Austrias o Borbones?* Madrid, 2001.

GARCÍA CÁRCEL, R.: *Felipe V y los españoles: una visión periférica del problema de España*. Barcelona, 2002.

GARCÍA DE ENTERRÍA, M. C.: *Sociedad y poesía de cordel en el Barroco*. Madrid, 1973.

GARCÍA PRIETO, E.: *La Infanta Isabel Clara Eugenia de Austria, la formación de una princesa europea y su entorno cortesano*. Madrid, 2012. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.

“La Casa de Austria: un modelo para el espacio femenino habsbúrgico”, en QUIRÓS ROSADO, R. y BRAVO LOZANO, C. (coords.): *La corte de los chapines. Mujer y sociedad política en la Monarquía de España, 1649-1714*, en prensa.

GÓMEZ-CENTURIÓN, C.: “La sátira política durante el reinado de Carlos II”, en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4 (1983), pp. 11-33.

“Etiqueta y ceremonial palatino durante el reinado de Felipe V: el reglamento de entradas de 1709 y el acceso a la persona del rey”, en *Hispania. Revista española de Historia*, vol. 56, nº 194 (1996), pp. 965-1005.

“Al cuidado del rey: los sumilleres de corps en el siglo XVIII”, en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II* (2003), pp. 199-239.

“La corte de Felipe V: el ceremonial y las casas reales durante el reinado del primer Borbón”, en SERRANO, E. (ed.): *Felipe V y su tiempo. Congreso Internacional*. Vol. I. Zaragoza, 2004, pp. 879-914.

GÓMEZ-CENTURIÓN, C. y SÁNCHEZ BELÉN, J. A.: “La Hacienda de la Casa del Rey durante el reinado de Felipe V”, en GÓMEZ-CENTURIÓN, C. y SÁNCHEZ BELÉN, J. A. (eds.): *La herencia de Borgoña. La hacienda de las Reales Casas durante el reinado de Felipe V*. Madrid, 1998, pp. 11-120.

GONZÁLEZ CRUZ, D.: “Las bodas de la realeza y sus celebraciones festivas en España y América durante el siglo XVIII”, en *Espacio, Tiempo y forma. Serie IV. Historia Moderna*, t. 10 (1997), pp. 227-261.

*Guerra de religión entre príncipes católicos. El discurso del cambio dinástico en España y América (1700-1714)*. Madrid, 2002.

“Actitudes e imágenes de las reinas en tiempos de crisis: la transición de los Austrias a los Borbones”, en GONZÁLEZ CRUZ, D. (ed.): *Vírgenes, reinas y santas. Modelos de mujer en el Mundo Hispánico*. Huelva, 2007, pp. 73-104.

*Propaganda e información en tiempos de guerra: España y América (1700-1714)*. Madrid, 2009.

GONZÁLEZ MEZQUITA, M. L.: *Oposición y disidencia en la Guerra de Sucesión Española. El almirante de Castilla*. Valladolid, 2007.

GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, J. L.: *El aprendizaje cortesano de Felipe II*. Madrid, 1998.

GOULET, A. M.: «Le cercle de la princesse des Ursins à Rome (1675-1701): un foyer de culture française», en *Seventeenth-Century French Studies*, 33-2 (2011), pp. 60-71.

GRELL, C.: *Histoire intellectuelle culturelle de la France du Grand Siècle (1654-1715)*. París, 2000.

GUERRA MEDICI, M. T.: *Donne di governo nell'Europa Moderna*. Roma, 2007.

HAASE DUBOSC, D.: «De la nature des femmes et de sa compatibilité avec l'exercice du pouvoir au XVIIIe siècle», en VIENNOT, E. (dir.): *La démocratie 'à la française' ou les femmes indésirables*. Paris, 1995, pp. 111-137.

HALÉVI, R.: «Les instructions données au duc d'Anjou par Louis XIV», en LABOURDETTE, J. F. (ed.): *1700-2000, tricentenaire de l'avènement des Bourbons en Espagne*. París, 2002, pp. 43-57.

HAMER FLORES, A.: “De Austrias a Borbones. La Secretaría del Despacho Universal en la sucesión a la Monarquía Hispánica”, en BERNARDO ARES, J. M. (coord.): *La sucesión*

de la Monarquía Hispánica, 1665-1725. *Biografías relevantes y procesos complejos*. Madrid, 2007, pp. 87-106.

HANDEN, R. D.: "The end of an Era: Louis XIV and Victor Amadeus II", en HATTON, R. (ed.): *Louis XIV and Europe*. Londres, 1976, pp. 241-260.

HANOTIN, G.: *Jean Orry. Un homme des finances royales entre France et Espagne (1701-1705)*. Córdoba, 2009.

«Femmes et négociations diplomatiques entre France et Espagne au XVIII<sup>e</sup> siècle», en *Genre & Histoire*, 12-13 (2013), disponible en línea. Consultado el 8 de septiembre de 2014. URL: <http://genrehistoire.revues.org/1855>.

«Conseiller le prince: ambassadeurs, ministres et experts autour de Philippe V», ALBAREDA, J. y ALCOVERRO, A (dirs.): *Els Tractats d'Utrecht. Clarors i foscors de la pau. La resistència dels catalans*. Barcelona, 2015, pp. 199-205.

HAUSSONVILLE, Comte de: *La Duchesse de Bourgogne et l'alliance saboyarde sous Louis XIV*. París, 1903-1904, 3 vols.

HERRERO FERNÁNDEZ QUESADA, M. D.: "La artillería de Ordenanza y Felipe de Borbón: las campañas de la Guerra de Sucesión Española", en HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D. (y otros): *Al pie de los cañones. La artillería española*. Madrid, Tabapress, 1994, pp. 65-86.

"El nuevo modelo de ejército en el contexto de la Guerra de Sucesión Española", en *En nombre de la paz. La Guerra de Sucesión Española y los Tratados de Madrid, Utrecht, Rastatt y Baden, 1713-1715*. Cat. exp. Madrid, 2013, pp. 91-105.

HOFFMAN, M. K.: *Raised to rule. Educating Royalty at the Court of the Spanish Habsburgs, 1601-1634*. Louisiana, 2011.

HUGON, A.: «Mariages d'État et sentiments familiaux chez les Habsbourg d'Espagne», en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir politique. Les princesses d'Europe, XV<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècle*. París, 2007, pp. 80-99.

IMÍZCOZ, J. M.: "Las redes de la monarquía: familias y redes sociales en la construcción de España", en CHACÓN, F. y BESTARD, J. (dirs.): *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid, 2011, pp. 393-444.

INFANTES BUIL, C.: "El Real Hospital de San Luis de los franceses (1613-1700). Inmigración, beneficios y redes sociales francesas en el Madrid de los Austrias", en GARCÍA GARCÍA, B. J. y RECIO MORALES, O. (eds.): *Las corporaciones de nación en la Monarquía Hispánica (1580-1750). Identidad, patronazgo y redes de sociabilidad*. Madrid, 2014, pp. 109-139.

KAMEN, H.: *La guerra de sucesión en España, 1700-1715*. Barcelona, 1974.

*Felipe V, el rey que reinó dos veces*. Madrid, 2000.

KERNEY WALSH, M.: "Toby Bourke, Ambassador of James III at the Court of Philip V, 1705-1713", en CRUICKSHANKS, E. y CORP, E. (eds.): *The Stuart Court in Exile and the Jacobites*. Londres, 1995, pp. 143-54.

KLEINMAN, R.: "Social Dynamics at the French Court: the Household of Anne of Austria", en *French Historical Studies*, 16-3 (1990), pp. 517-535.

KUSCHE, M.: "Vivir para representar a la corona: las damas reales bajo el reinado de Felipe II y Felipe III", en BOSSE, M., POTTHAST, B. y STOLL, A. (eds.): *La creatividad femenina en el mundo barroco hispánico. María de Zayas-Isabel Rebeca Correa-Sor Juana Inés de la Cruz*. Kassel, 1999, vol. I, pp. 17-66.

LABOURDETTE, J. F.: *Philippe V, réformateur de l'Espagne*. París, 2001.

«La personnalité de Philippe V», en BÉLY, L. (dir.): *La présence des Bourbons en Europe, XVIe-XXIe siècle*. París, 2003, pp. 171-184.

LAHAYE, M.: *Le Fils de Louis XIV, Monseigneur le Grand Dauphin (1661-1711)*. Seyssel, 2013.

LAMA ROMERO, E.: *Macanaz memorialista: una aproximación a la formación del Estado borbónico*. Córdoba, 2009.

LAMAISSON, P.: «Tous cousins? De l'héritage et des stratégies matrimoniales dans les monarchies européennes à l'âge classique», en BONTE, P. (dir.): *Épouser au plus proche: incest, prohibitions et stratégies matrimoniales autour de la Méditerranée*. París, 1994, pp. 341-367.

LAYNESMITH, J. L.: *The last Medieval Queens. English Queenship, 1445-1503*. Oxford, 2004.

LEÓN SANZ, V.: *Carlos VI. El emperador que no pudo ser rey de España*. Madrid, 2003.

"Jornada a Barcelona de Isabel Cristina de Brunswick, esposa del archiduque Carlos (1708)", en *Estudis. Revista de Historia Moderna*, 33 (2007), pp. 93-114.

LEONARDON, H.: «Rélacion du voyage fait en 1679 au-devant et à la suite de la reine Marie-Louise d'Orléans en 1679», en *Bulletin Hispanique*, 2 (1902), pp. 104-118.

LEQUAIN, E.: «Le bon usage du corps dans l'éducation des princesses à la fin du Moyen Âge», en LANOË, C., DA VINHA, M. y LAURIOUX, B. (dirs.): *Cultures de cour, cultures du corps. XIVe-XVIIIe siècle*, París, 2011, pp. 115-125.

LEROY LADURIE, E.: «Auprès du roi, la Cour», en *AESC*, 38-1 (1983), pp. 21-41.

"La corte que rodea al Rey: Luis XIV, la Princesa Palatina y Saint-Simon", en PITT-RIVERS, J. y PERISTIANY, J. G. (eds.): *Honor y gracia*. Madrid, 1993, pp. 77-110.

LÉVI, G.: «Les usages de biographie», en *Annales ESC*, 44-6 (1989), pp. 1325-1336.

LEVIN, C. y SULLIVAN, P. A.: "Politics, Women's Voices, and the Renaissance: Questions and Context", en LEVIN, C. y SULLIVAN, P. (eds.): *Political Rethoric, Power and Renaissance Women*. Nueva York, 1995, pp. 1-13.

LISÓN TOLOSANA, C.: *La imagen del rey: monarquía, realza y poder ritual en la Casa de los Austrias*. Madrid, 1991.

LIZERAND, G.: *Le Duc de Beauvilliers 1648-1714*. París, 1933.

LOBATO, M. L.: "Miradas de mujer: María Luisa de Orleáns, esposa de Carlos II, vista por la marquesa de Villars (1679-1689)", en FARRÉ VIDAL, J. (ed.): *Teatro y poder en la época de Carlos II. Fiestas en torno a reyes y virreyes*. Madrid-Frankfurt-Monterrey, 2007, pp. 13-44.

LÓPEZ ANGUITA, J. A.: "Madrid y Viena ante la sucesión de Carlos II: Mariana de Neoburgo, los condes de Harrach y la crisis del partido alemán en la corte española (1696-1700)", en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y GONZÁLEZ CUERVA, R. (coords.): *La Dinastía de los Austrias. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*. Vol. II. Madrid, 2011, pp. 1111-1153.

"Entre la colaboración y la supeditación. La embajada de Don Juan Antonio Albizu en Turín y la firma del tratado de alianza borbónico-saboyano de 1701", en JIMÉNEZ ESTRELLA, A. y LOZANO NAVARRO, J. (eds.): *Actas de la XI Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna. Comunicaciones. Vol. I: El Estado Absoluto y la Monarquía*. Granada, 2012, pp. 447-459.

"La imagen de Felipe V y su entorno cortesano a través de la correspondencia de Madame la duquesa de Orleáns", en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y LUZZI TRAFICANTE, M. (coords.): *La corte de los Borbones: crisis del modelo cortesano*. Madrid, 2013, vol II, pp. 1127-1162.

"Entre Francia y la Monarquía Hispánica. Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya en los almanaques franceses de los primeros años del siglo XVIII", en *En nombre de la paz. La Guerra de Sucesión Española y los Tratados de Madrid, Utrecht, Rastatt y Baden, 1713-1715*. Cat. exp. Madrid, 2013, pp. 211-231.

"Espacios para una reina viuda. Gracia y desgracia de Mariana de Neoburgo en la corte de Felipe V (1700-1706)", en GARCÍA GARCÍA, B. J. y JONGE, K. (eds.): *Felix Austria. Lazos familiares, cultura política y mecenazgo artístico entre las cortes de los Habsburgo en el contexto europeo (1516-1715)*, en prensa.

"«Que vous ne croyez pas que je m'érige icy en politique.» La princesa de los Ursinos, camarera mayor de la reina y agente de Versalles en la corte de Madrid en los inicios del reinado de Felipe V (1701-1703)", en BRAVO LOZANO, C. y QUIRÓS ROSADO, R. (eds.): *La corte de los chapines. Mujer y sociedad política en la Monarquía de España, 1649-1714*, en prensa.

"Spain, Italy and France: Marie Louise of Savoy, the Princess of Ursins, and the Crosscurrents of Court Theater during the Spanish War of Succession (1701-1714)", en CRUZ, A. J. y QUINTERO, M. C.: (ed.): *Gender Crossings From/To Spain: Early Modern Women's Influence on National Theaters*, en prensa.

LÓPEZ ARANDIA, M. A.: “El poder de la conciencia. Fray Gabriel de Chiusa. Confesor de Mariana de Neoburgo”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y GONZÁLEZ CUERVA, R. (coords.): *La Dinastía de los Austrias. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*. Vol. II. Madrid, 2011, pp. 1089-1110.

LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Mujer, poder y apariencia o las vicisitudes de una Regencia”, en *Studia histórica. Historia moderna*, nº 19 (1998), pp. 49-66.

“Poder femenino e interpretación historiográfica: el gobierno de mujeres como manifestación de crisis política”, en BOSSE, M., POTTHAST, B. y STOLL, A. (eds.): *La creatividad femenina en el mundo barroco hispánico. María de Zayas-Isabel Rebeca Correa-Sor Juana Inés de la Cruz*. Vol. I. Kassel, 1999, pp. 67-87.

“Instauración dinástica y reformismo administrativo: la implantación del sistema ministerial”, en *Manuscripts. Revista d’Historia moderna*, nº 18 (2000), pp. 93-111.

“Entre damas andas el juego: las camareras mayores de palacio en la Edad Moderna”, en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II* (2003), pp. 123-152.

“La instauración de una dinastía: propaganda, poder y familia en época de los primeros Borbones”, en *La Real Biblioteca Pública, 1711-1760. De Felipe V a Fernando VI*. Cat. Exp. Madrid, 2004, pp. 17-32.

“Familia, sexo y género en la España Moderna”, en *Studia Historia Historia Moderna*, 18 (2005), pp. 105-134.

“La construcción de una reina en la Edad Moderna: entre el paradigma y los modelos”, en LÓPEZ-CORDÓN, M. V. y FRANCO RUBIO, G. (coords.): *La Reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*. Madrid, 2005, pp. 309-338.

“Imagen y propaganda: de la reina cortesana a la reina burguesa”, en GONZÁLEZ CRUZ, D. (ed.): *Vírgenes, reinas y santas. Modelos de mujer en el mundo hispano*. Huelva, 2007, pp. 105-130.

“Las mujeres en la vida de Carlos II”, en RIBOT, L. (dir.): *Carlos II. El rey y su entorno cortesano*. Madrid, 2009, pp. 127-137.

“Servicios y favores en la Casa de la Reina”, en ANDÚJAR CASTILLO, F. y FELICES DE LA FUENTE, M. M. (eds.): *El poder del dinero. Ventas de cargos y honores en el Antiguo Régimen*. Madrid, 2011, pp. 223-244.

LÓPEZ-CORDÓN, M. V., PÉREZ-SAMPER, M. A. y MARTÍNEZ DE SAS, M. T.: *La casa de Borbón, vol. I. (1700-1808)*. Madrid, 2000.

LOUGE, D.: *Le Paradis des femmes: Women, Salons and Social Stratification in Seventeenth-Century France*. Princeton, 1976.

LOYAU, M.: «La princesse des Ursins: son rôle en Espagne de 1701 à 1714», en LABOURDETTE, J. F. (ed.): *1700-2000, tricentenaire de l’avènement des Bourbons en Espagne*. París, 2002, pp. 129-149.

LUNA, J. J.: “Pinturas de Pierre Gobert en España”, en *Archivo Español de Arte*, 196 (octubre-diciembre 1976), pp. 363-385.

LUZZI TRAFICANTE, M.: “La revitalización de la Casa de Castilla durante el reinado de Luis I”, en GAMBRA GUTIÉRREZ, A. y LABRADOR ARROYO, F. (coords.): *Evolución y estructura de la Casa Real de Castilla*. Madrid, 2010, vol. I, pp. 495-614.

“El origen del partido español y su evolución en las cortes de Felipe V y Luis I (1700-1724)”, en NIEVA OCAMPO, G., SILVANO, B. y NAVARRO, A. (coords.): *Servir a Dios y servir al rey. El mundo de los privilegiados en el ámbito hispánico (ss. XIII-XVIII)*. Salta, 2011, pp. 189-208.

MACQUART, F.: «Le dernier testament de Charles II d’Espagne», en BÉLY, L. (dir.): *La présence des Bourbons en Europe XVIe-XXIe siècles*. París, 2003, pp. 111-124.

MALETTKE, K.: «La signification de la Succession d’Espagne pour les relations internationales jusqu’à l’époque de Ryswick (1697)», en BÉLY, L. (dir.): *La présence des Bourbons en Europe XVIe-XXIe siècles*. París, 2003, pp. 93-100.

MALLIK, O.: “Clients and Friends: The Ladies-in-Waiting at the Court of Anne of Austria (1615-1666)”, en AKKEMAN, N. y HOUBEN, B. (eds.): *The politics of Female Households. Ladies-in-Waiting across Early Modern Europe*. Boston-Leiden, 2014, pp. 231-262.

MARTÍN GAITE, C.: *Macanaz, otro paciente de la Inquisición*. Madrid, 1982 [1975].

MARTÍN MARCOS, D.: *El Papado y la Guerra de Sucesión española*. Madrid, 2011.

MARTÍNEZ-HERNÁNDEZ, S. y PÉREZ DE TUDELA, A.: “La educación de Felipe III”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y VISCEGLIA, M. A. (dirs.): *La Monarquía de Felipe III. Vol. III: la Corte*. Madrid, 2008, pp. 83-145.

MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, S.: “‘Reyna esclarecida, Cynthia clara, hermosa luna’: el aprendizaje político y cortesano de la infanta Isabel Clara Eugenia”, en VAN WYHE, C. (dir.): *Isabel Clara Eugenia. Soberanía femenina en las Cortes de Madrid y Bruselas*. Madrid, 2011, pp. 21-59.

MARTÍNEZ ROBLES, M.: *Los oficiales de las Secretarías de la Corte bajo los Austrias y los Borbones, 1517-1812*. Madrid, 1987.

MARTÍNEZ SHAW, C. y ALFONSO MOLA, M.: *Felipe V*. Madrid, 2001.

MAURA, Duque de: *Vida y reinado de Carlos II*. Madrid, edic. de 1990.

MCGOWAN, M.: “La contribution du père Menestrier à la vie des fêtes en Savoie au XVII siècle”, en MOMBELLO, G., SOZZI, L. y TERREAUX, L. (eds.): *Culture et pouvoir dans les états de Savoie du XVIIe siècle à la Révolution: Actes du colloque d’Annecy-Chambéry-Turin (1982)*. Ginebra, 1985, pp. 129-146.

MERLOTTI, A.: *Vittorio Amedeo II. Il Savoia che divenne re*. Turín, 1998.

“I Savoia: una dinastia europea in Italia”, en BARBERIS, W. (ed.): *I Savoia. I secoli d'oro di unadinastia europea*. Turín, 2007, pp. 87-133.

“Casa Savoia e la storia: una questione política”, en *La Reggia di Venaria e i Savoia. Arti, magnificenza e storia di una corte europea*. Cat. Exp. Turín, 2007, pp. 333-339.

«Politique dynastique et alliances matrimoniales de la Maison de Savoie au XVIII<sup>e</sup> siècle», en *XVIII<sup>e</sup> siècle*, n<sup>o</sup> 61-2 (abril-junio 2009), pp. 239-253.

MICHELET, J.: *Histoire de France. Tome XIV. Louis XIV et le duc de Bourgogne*. Édition présentée par Paul Viallaneix et Paule Petitier. París, edic. de 2008.

MOLAS RIBALTA, P.: “Dinastías nobiliarias y guerra de sucesión española”, en DELGADO BARRADO, J. M., FERNÁNDEZ GARCÍA, J. y DEL BRAVO, M. A. (eds.): *El cambio dinástico y sus repercusiones en la España del siglo XVIII. Primer Congreso de Historia Moderna de la Universidad de Jaén*. Jaén, 2001, pp. 291-305.

“Viejos y nuevos títulos en la corte de los Borbones”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J.; CAMARERO BULLÓN, C. y LUZZI TRAFICANTE, M. (coords.): *La corte de los Borbones: crisis del modelo cortesano*. Madrid, 2013, vol. II, pp. 975-1002.

MOLINA MARTÍN, A. y VEGA GONZÁLEZ, J.: “Vistiendo al nuevo cortesano: el impacto de la ‘feminización’”, en MORALES, N. y QUILES GARCÍA, F.: (coords.): *Sevilla y corte. Las artes y el lustro real (1729-1733)*. Madrid, 2010, pp. 165-178.

MORALES, N.: «L'exil de Henry Desmarests à la cour de Philippe V, premier Bourbon d'Espagne (1701-1706)», en DRURON J. (ed.): *Henry Desmarests (1661-1741). Exils d'un musicien dans l'Europe du Grand Siècle*. Lieja, 2005, pp. 33-73.

*L'artiste de cour dans l'Espagne du XVIII<sup>e</sup> siècle. Étude de la communauté des musiciens au service de Philippe V (1700-1746)*. Madrid, 2007.

MORÁN TURINA, M.: *La alegoría y el mito: la imagen del rey en el cambio de dinastía (1700-1759)*. Madrid, 1982.

“Felipe V, la imagen del rey y el arte de corte”, en *El Real Sitio de Aranjuez y el Arte Cortesano del siglo XVIII*. Cat. exp. Madrid, 1987, pp. 163-168.

MORANT, I.: “Hombres y mujeres en el discurso de los moralistas. Funciones y relaciones”, en MORANT, I. (dir.): *Historia de las mujeres en España y América Latina. II. El mundo moderno*. Madrid, 2005, pp. 27-61.

“El hombre y la mujer en el discurso del matrimonio”, en CHACÓN, F. y BESTARD, J. (dirs.): *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid, 2011, pp. 445-483.

MORMICHE, P.: *Devenir prince. L'école du pouvoir en France, XVII<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles*. París, 2009.

MOTTA, G.: *Regine e sovrane : il potere, la politica, la vita privata*. Milán, 2002.



MOUREAU, T.: *Le Sang de l'histoire. Michelet, l'histoire et l'idée de la femme au XIXe siècle*. París, 1982.

NALDI, C. (ed.): *Maria Giovanna Battista di Savoia Nemours. Memorie della Reggenza*. Turín, 2011.

NEWTON, W. R.: *La petite cour. Service et serviteurs à la Cour de Versailles au XVIIIe siècle*. París, 2006.

NIDERST, A.: *Les français vus par eux-mêmes. Le Siècle de Louis XIV. Anthologie des Mémorialistes du Siècle de Louis XIV*. París, 1997.

NOEL, C.C.: “‘Bárbara succeeds Elizabeth...’: the feminisation and domestication of politics in the Spanish monarchy, 1701-1759”, en CAMPBELL-ORR, C. (ed.): *Queenship in Europe, 1660-1815. The role of the Consort*. Cambridge, 2004, pp. 155-185.

OCHOA BRUN, M. A.: *Embajadas rivales. La presencia diplomática de España en Italia durante la Guerra de Sucesión*. Discurso de entrada en la R.A.H. Madrid, 2002.

OLIVÁN SANTALIESTRA, L.: “Discurso jurídico, histórico, político’: apología de las reinas regentes y defensa del sistema polisinodial, una manifestación de la conflictividad política en los inicios de la regencia de Mariana de Austria”, en *Cuadernos de historia moderna*, 28 (2003), pp. 7-34.

«Retour souhaité ou expulsion réfléchi? La maison espagnole d’Anne d’Autriche quitte Paris (1616-1622)», en CALVI, G. y CHABOD, I. (eds.): *Moving Elites: Women and Cultural Transfers in the European System Court*. Fiesole, 2008, pp. 21-31.

“El fin de los Habsburgo: crisis dinástica y conflicto sucesorio en la Monarquía Hispánica (1615-1700)”, en NIETO SORIA, J. M. y LÓPEZ CORDÓN, M. V. (eds.): *Gobernar en tiempos de crisis. Las quiebras dinásticas en el ámbito hispánico (1250-1808)*. Madrid, 2008, pp. 45-64.

“La dama, el aya y la camarera: perfiles políticos de tres mujeres de la Casa de Mariana de Austria”, en *Las relaciones discretas entre las Monarquías Hispana y Portuguesa: las Casas de las Reinas (siglos XV-XIX)*. Madrid, 2008, vol. II, pp. 1301-1355.

“‘My sister is growing up very healthy and beautiful, she loves me’: The Childhood of the Infantas María Teresa and Margarita María at Court”, en COODLIGE, G. (ed.): *The Formation of the Child in Early Modern Spain*. Ashgate, 2014, pp. 165-187.

ORESKO, R.: “The House of Savoy in search of a royal Crown in the seventeenth century”, en ORESKO, R., GIBBS, G. y SCOTT, H. M. (eds.): *Royal and Republican Sovereignty in Early Modern Europe*. Cambridge, 1997, pp. 272-350.

“Maria Giovanna Battista of Savoy-Nemours (1644-1724): daughter, consort and regent of Savoy”, en CAMPBELL ORR, C. (ed.): *Queenship in Europe, 1660-1815. The Role of the Consort*. Cambridge, 2004, pp. 16-55.

“Princesses in power and european dynasticism: Marie-Christine of France and Navarre and Maria Giovanna Battista of Savoye-Genevois-Nemours, the last regents of the House of Savoy in their international context”, en VARALLO, F. (ed.): *In assenza del re. Le reggenti dal XIV al XVII secolo (Piemonte ed Europa)*. Florencia, 2008, pp. 393-434.

OSBORNE, T.: *Dinasty and Diplomacy in the court of Savoy. Political culture and Thirty Years War*. Cambridge, 2002.

OZANAM, D.: “Dinastía, diplomacia y política exterior”, en FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P. (ed.): *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*. Madrid, 2002, pp. 17-46.

PARSONS, J. C.: “Mothers, Daughters, Marriage, Power: some Plantagenet Evidence, 1150-1500”, en PARSONS, J. C. (ed.): *Medieval Queenship*. Nueva York, 1994, pp. 63-78.

“The Pregnant Queen as Counsellor and the Medieval Construction of Motherhood”, en PARSONS, J. C. y WHEELER, B. (eds.): *Medieval Mothering*. Nueva York, 1996, pp. 39-61.

PEÑA IZQUIERDO, A. R.: *La Casa de Palma. La familia Portocarrero en el gobierno de la Monarquía Hispánica (1665-1700)*. Córdoba, 2004.

*De Austrias a Borbones. España entre los siglos XVII y XVIII*. Astorga, 2008.

PERCEVAL, J. M.: «Épouser une princesse étrangère: les mariages espagnols», en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (dirs.): *Femmes et pouvoir politique. Les princesses d'Europe. XV<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècle*. Rosny, 2007, pp. 66-77.

“Jaque a la reina. Las princesas francesas en la corte española, de la extranjera a la enemiga”, en GRELL, C. y PELLISTRANDI, B. (dirs.): *Les cours d'Espagne et de France au XVII<sup>e</sup> siècle*. Madrid, 2007, pp. 41-60.

PEREY, L.: *Une reine de douze ans. Marie Louise Gabrielle de Savoie, reine d'Espagne*. París, s. a. [ca. 1900-1905].

PÉREZ PICAZO, M. T.: *La publicística española en la Guerra de Sucesión*. Madrid, 1966, 2 vols.

PÉREZ SAMPER, M. A.: “Felipe V en Barcelona: un futuro sin futuro”, en *Cuadernos Dieciochistas*, 1 (2000), pp. 57-106.

“La figura de la Reina en la nueva monarquía borbónica”, en PEREIRA, J.L. (coord.): *Felipe V de Borbón (1700-1746). Actas del Congreso de San Fernando (Cádiz), de 27 de noviembre a 1 de diciembre de 2000*. Córdoba, 2002, pp. 271-318.

*Isabel de Farnesio*. Barcelona, 2003.

*Poder y seducción. Grandes damas de 1700*. Madrid, 2003.

“Las reinas”, en MORANT, I. (dir.): *Historia de las mujeres en España y América Latina. II. El mundo moderno*. Madrid, 2005, pp. 399-435.

“Las reinas de España en la Edad Moderna: de la vida a la imagen”, en GONZÁLEZ CRUZ, D. (ed.): *Virgenes, reinas y santas. Modelos de mujer en el mundo hispánico*. Huelva, 2007, pp. 13-57.

PERROT, M.: *Une histoire des femmes est-elle possible?* París, 1984.

PETITFILS, J. C.: *Louis XIV*. París, 2002 (1995).

PIKETTY, G.: «La biographie comme genre historique? Étude de cas», en *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 63 (juillet-septembre 1999), pp. 119-126.

PINOTEAU, H.: «Les conséquences symboliques de l'avènement de Philippe V», en LABOURDETTE, J. F. (ed.): *1700-2000, tricentenaire de l'avènement des Bourbons en Espagne*. París, 2002, pp. 91-107.

PLANTET, C.: «Écrire des vies de femmes», en *Cahiers du GRIF*, 37-38 (1998), pp. 57-75.

POLLAK, M. D.: *Turin, 1564-1680*. Chicago, 1991.

PONTET, J.: «Une reine en exil: Marie-Anne de Neubourg et sa cour à Bayonne (1706-1738)», en POUSSOU, J. P., BAURY, R. y VIGNAL-SOULEYREAU, M. C. (eds.): *Monarchies, noblesses et diplomaties européennes. Mélanges en l'honneur de Jean-François Labourdette*. París, 2005, pp. 257-282.

PORTOCARRERO Y GUZMÁN, P.: *Teatro monárquico de España*. Edición, estudio preliminar y notas de Carmen Sanz Ayán. Madrid, 1998.

POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K.: «Des vies inscrites dans l'ordre politique», en POUTRIN, I. y SCHAUB, M. K. (eds.): *Femmes et pouvoir politique. Les princesses d'Europe, XV<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècle*. París, 2007, pp. 24-50.

POZAS POVEDA, L.: “El Marqués de Louville un enviado de Luis XIV a la Corte de España”, en BERNARDO ARES, J. M. (coord.): *La sucesión de la Monarquía Hispánica, 1665-1725. Biografías relevantes y procesos complejos*. Madrid, 2007, pp. 107-121.

PRECIOSO IZQUIERDO, F.: “‘El beneficio de la fidelidad’: Melchor de Macanaz y la casa de Villena (1694-1706)”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y LUZZI TRAFICANTE, M (coords.): *La corte de los Borbones: crisis del modelo cortesano*. Madrid, 2013, vol. II, pp. 1163-1181.

PUJOL, C.: *Leer a Saint-Simon. El mejor cronista del siglo de Luis XIV y el gran escritor de su tiempo*. Barcelona, 2009 (1979).

REINERI, M. T.: *Anna Maria d'Orleans. Regina di Sardegna, Duchessa di Savoia*. Turín, 2006.

“I figli di Vittorio Amedeo II di Savoia nella corrispondenza con la madre Anna d'Orléans, regina di Sicilia”, en *Studi Piemontesi*, vol. XXXV, fasc. 1 (junio 2006), pp. 143-164.

“Una Carmelitana torinesi faro spirituale per la corte e la città”, en Ghiberti, G. e Corona, M. I. (eds.): *Marianna Fontanella, Beata Maria degli Angeli. Storia, spiritualità arte nella Torino Barroca*. Turín, 2011, pp. 11-83.

RIBOT, L.: “La presencia de la Monarquía de los Austrias en Italia a finales del siglo XVII”, en Alcalá-Zamora y Queipo de Llano, J. y Belenger Cebriá, E. (coords.): *Calderón de la Barca y la España del Barroco*. Vol. I. Madrid, 2001, pp. 975-986.

“La sucesión de Carlos II: diplomacia y lucha política a finales del siglo XVII”, en Solaber Seco, M. A. y García Fernández, M. (coords.): *Estudios en homenaje del profesor Teófilo Egido*. Vol. I. Valladolid, 2004, pp. 63-99.

“La sucesión de Carlos II. Diplomacia y lucha política a finales del siglo XVII”, en *El Arte de gobernar*. Madrid, 2006, pp. 227-276.

“Las provincias italianas y la defensa de la Monarquía”, en Ribot García, L.: en *El Arte de gobernar*. Madrid, 2006, pp. 94-118.

*Orígenes políticos del testamento de Carlos II. La gestación del cambio dinástico en España*. Discurso de entrada a la RAH. Madrid, 2010.

Riera Fortiana, E.: “Les festes celebrades a Catalunya durant el viatge i el casament de Felip V (1701-1702)”, en *El barroc català. Actes de les jornades celebrades a Girona, 1987*. Barcelona, 1989, pp. 395-410.

Río Barredo, M. J.: “Espacio urbano y propaganda política: las ceremonias públicas de la monarquía y Nuestra Señora de Atocha”, en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (coords.): *Madrid en la época moderna. Espacio, sociedad y cultura: coloquio celebrado los días 14 y 15 de diciembre de 1989*. Madrid, 1991, pp. 219-264.

*Madrid, urbs regia. La capital ceremonial de la Monarquía Católica*. Madrid, 2000.

“De Madrid a Turín: el ceremonial de las reinas españolas en la corte ducal de Catalina Micaela de Saboya”, en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II* (2003), pp. 97-122.

“Los rituales públicos de Madrid en el cambio de dinastía (1700-1710)”, en Serrano, E. (ed.): *Felipe V y su tiempo. Congreso Internacional*. Zaragoza, 2004, vol. II, pp. 733-752.

“Imágenes para una ceremonia de frontera. El intercambio de las princesas entre las cortes de Francia y España en 1615”, en Palos, J. L. y Carrió Invernizzi, D. (dirs.): *La historia imaginada. Construcciones visuales del pasado en la Edad Moderna*. Madrid, 2008, pp. 153-182.

Río Barredo, M. J. y Dubost, J. F.: “La presencia extranjera en torno a Ana de Austria (1615-1666)”, en Grell, C. (ed.): *Ana de Austria. Infanta de España y reina de Francia*. Madrid, 2009, pp. 111-153.

Rivero Rodríguez, M.: *La edad de oro de los virreyes. El virreinato en la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII*. Madrid, 2011.

RODOLICO, N.: “Alcuni documenti sulla Regina di Spagna, María Luisa Gabriella di Savoia”, en VICENS VIVES, J. (dir.): *Relaciones internacionales de España con Francia e Italia (siglos XV a XVIII)*. Barcelona, 1951, pp. 33-46.

RODRÍGUEZ SALGADO, M.: “‘Una perfecta princesa’. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Primera parte.”, en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II* (2003), pp. 39-96.

ROSSO, C.: “Il Seicento”, en GALASSO, G. (dir.): *Storia d'Italia. Vol. VIII-1: Il Piemonte sabauda. Stato e territori in età moderna*. Turín, 1994.

“Le due Cristine: Madama Reale fra Agiografia e Leggenda Nera”, en en VARALLO, F. (ed.): *In assenza del re. Le reggenti dal XIV al XVII secolo (Piemonte ed Europa)*. Florencia, 2008, pp. 367-392.

ROWLANDS, G.: “Luis XIV, Vittorio Amadeo II and French Military Failure in Italy, 1689-1696”, en *The English Historical Review*, vol. 115, n.º 462 (2000), pp. 534-569.

SAMPEDRO ESCOLAR, J. L.: «La proclamation de Philippe V comme roi d'Espagne», en LABOURDETTE, J. F. (ed.): *1700-2000, tricentenaire de l'avènement des Bourbons en Espagne*. París, 2002, pp. 59-76.

SANCHEZ, M. S.: “Pious and Political Images of a Habsburg Woman at the Court of Philip III (1598-1621)”, en SANCHEZ, M. S. y SAINT-SAËNS, A. (eds.): *Spanish Women in the Golden Age. Images and Realities*. Westport, Connecticut, Londres, 1996, pp. 91-107.

SANCHO, J. L.: “El interior del Alcázar de Madrid durante el reinado de Felipe V”, en CHECA, F. (dir.): *EL Real Alcázar de Madrid. Dos siglos de arquitectura y coleccionismo en la corte de los reyes de España*. Madrid, 1994, pp. 96-111.

SANTOS VAQUERO, A.: “Mariana de Neoburgo en Toledo”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, 36 (2011), pp. 151-175.

SANZ AYÁN, C.: *Pedagogía de reyes: El teatro palaciego en el reinado de Carlos II*. Discurso de entrada en la R.A.H. Madrid, 2006.

“‘Prestar, regalar y ganar’. Dinero y mecenazgo artístico-cultural en las relaciones entre la Monarquía Hispánica y Florencia (1579-1647)”, en SANZ AYÁN, C. y GARCÍA GARCÍA, B. J. (eds.): *Banca, crédito y capital. La Monarquía Hispánica y los antiguos Países Bajos (1505-1700)*. Madrid, 2006, pp. 459-481.

“Administration and resources for the Mainland War in the First Phases of the War of the Spanish Succession”, en BOWEN, V. H. y GONZÁLEZ ENCISO, A. (eds.): *Mobilising Resources for War. Britain and Spain at work during the Early Modern Period*. Pamplona, 2006, pp. 135-158.

“Teoría y práctica política ante el dilema sucesorio: el ‘Teatro Monárquico’ de Pedro Portocarrero”, en *Ariadna*, nº 18, 2006, pp. 165-182.

“La reina viuda Mariana de Neoburgo (1700-1706): primeras batallas contra la invisibilidad”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y LOURENÇO, P. M. M. (coords.):

*Las relaciones discretas entre las Monarquías Hispánica y Portuguesa: las Casas de las Reinas (siglos XV-XIX)*. Madrid, 2008, vol. I, pp. 459-482.

SARMANT, T. y STOLL, M.: *Régner et gouverner. Louis XIV et ses ministres*. París, 2010.

SAULE, B.: «Les usages de la cour à Madrid et à Versailles», en SABATIER, G. y TORRIONE, M. (eds.): *¿Louis XIV espagnol? Madrid et Versailles, images et modèles*. Versailles, 2009, pp. 173-184.

SCHULTE, R.: “‘Madame Ma Chère Fille’-‘Dearest Child’: Letters from Imperial Mother to Royal Daughters”, en SCHULTE, R. (ed.): *The Body of the Queen. Gender and Rule in the Courtly World, 1500-2000*. Nueva York, 2006, pp. 157-195.

SEGURA GRAÍÑO, C.: “Participación de las mujeres en el poder político”, en *Anuario de Estudios Medievales*, 25/2 (1995), pp. 449-462.

SEIZ RODRIGO, D.: “El Bolsillo Privado de Su Majestad. La económica en la Casa del rey en los siglos XVII y XVIII”, en CASEY, J. y HERNÁNDEZ IZQUIERDO, F. (dirs.): *Familia, parentesco y linaje. Historia de la familia. Una perspectiva sobre la sociedad europea*. Murcia, 1997, pp. 259-267.

SERRANO, E.: “Felipe V en Zaragoza: las celebraciones festivas”, en PEREIRA, J.L. (coord.): *Felipe V de Borbón (1700-1746). Actas del Congreso de San Fernando (Cádiz), de 27 de noviembre a 1 de diciembre de 2000*. Córdoba, 2002, pp. 321-340.

SIMAL LÓPEZ, M.: “La llegada de Mariana de Neoburgo a España. Fiestas para una reina”, en *Madrid. Revista de arte, geografía e historia*, 3 (2000), pp. 101-124.

SMÍŠEK, R.: “‘Quod genus hoc hominum’: Margarita Teresa de Austria y su corte española en los ojos de los observadores contemporáneos”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y GONZÁLEZ CUERVA, R. (coords.): *La Dinastía de los Austrias. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*. Vol. II. Madrid, 2011, pp. 909-951.

SMITH-ROSENBERG, C.: “Hearing Women’s Words: a Feminist Reconstruction of History”, en TOSH, J. (ed.): *Historians on History*. Londres, 2009 [2000], pp. 134-149.

SOMMER-MATHIS, A.: “Música y teatro en las cortes de Madrid, Barcelona y Viena durante el conflicto dinástico Habsburgo-Borbón. Pretensiones políticas y teatro cortesano”, en ÁLVAREZ-OSSORIO, A., GARCÍA GARCÍA, B. J. y LEÓN SANZ, V. (eds.): *La pérdida de Europa. La guerra de Sucesión por la Monarquía de España*. Madrid, 2007, pp. 181-198.

SPAGNOLETTI, A.: *Le dinastie italiane nella prima età moderna*. Bolonia, 2003.

“Le donne nel sistema dinastico italiano”, en CALVI, G. y SPINELLI, R. (ed.): *Le donne Medici nel sistema europeo delle corti, XVI-XVIII secolo*. Vol. I, Florencia, 2008, pp. 13-34.

SUTTER FICHTNER, P.: “Dynastic Marriage in Sixteenth-Century Habsburg Diplomacy and Statecraft: An Interdisciplinary Approach”, en *The American Historical Review*, 81-2 (1976), pp. 243-265.

STORRS, C.: "Machiavelli Dethroned: Victor Amadeus II and the Making of the Anglo-Saboyard Alliance of 1690", en *European History Quarterly*, vol. 22, n.º 3 (Julio 1992), pp. 347-381.

"La política internacional e gli equilibri continentali", en BARBERIS, W. (ed.): *I Savoia. I secoli d'oro di unadinastia europea*. Turín, 2007, pp. 3-47.

SYMCOX, G.: *Victor Amadeus II. Absolutism in the Saboyard State, 1675-1730*. Berkeley, Los Angeles, 1983.

"Britain and Victor Amadeus II: or the use and abuse of allies", en BAXTER, S. B. (ed.): *England's rise to greatness, 1660-1763*. Berkeley, Los Angeles, Londres, 1983, pp. 151-184.

"L'età di Vittorio Amedeo II", en GALASSO, G. (dir.): *Storia d'Italia. Vol. VIII-1: Il Piemonte sabauda. Stato e territori in età moderna*. Turín, 1994.

"From commune to capital: the transformation of Turin, sixteenth to eighteenth centuries", en ORESKO, R., GIBBS, G. C. y SCOTT, H. M.: *Royal and Republican Sovereignty in Early Modern Europe*. Cambridge, Cambridge, 1997, pp. 242-269.

"Dinastia, Stato, amministrazione", en BARBERIS, W. (ed.): *I Savoia. I secoli d'oro di una dinastia europea*. Turín, 2007, pp. 49-86.

TAVERA, S.: "Historia de las mujeres y de las relaciones de Género: ¿una historia social alternativa?", en CASTILLO, S. y FERNÁNDEZ R. (coords.): *Historia Social y Ciencias Sociales*. Lérida, 2001, pp. 185-200.

TAXONERA, L.: *Felipe V, fundador de una dinastía y dos veces rey de España*. Barcelona, 1942.

TERRASA LOZANO, A.: *La Casa de Silva y los duques de Pastrana*. Madrid, 2012.

"El asunto del banquillo de 1705 y la oposición de la grandeza a las mudanzas borbónicas: de la anécdota a la defensa del cuerpo místico de la monarquía", en *Cuadernos dieciochistas*, 14 (2013), pp. 163-197.

THEBAUD, F.: *Écrire l'histoire des femmes*. París, 2001.

«Genre et histoire», en VIENNOT, E. (dir.): *La France, les femmes et le pouvoir. Les résistances de la société (XVIIe-XVIIIe siècle)*. París, 2008, pp. 44-63.

TOMAS N. R.: *The Medici Women. Gender and power in Renaissance Florence*. Ashgate, 2003.

TORRIONE, M. (ed.): *Crónica festiva de dos reinados en la Gaceta de Madrid (1700-1759)*. Málaga, 1998.

"Como a Vuestra Majestad le gustan las comedias...' Felipe V y el teatro de los Trufaldines: 1703-1725", en SERRANO, E. (ed.): *Felipe V y su tiempo: congreso internacional*. Zaragoza, 2004, II, pp. 753-789.

“Felipe V, bibliófilo. El peso de Francia en la Real Librería Pública”, en *La Real Biblioteca Pública, 1711-1760. De Felipe V a Fernando VI*. Cat. Exp. Madrid, 2004, pp. 48-64.

“Libros y manuscritos personales de Felipe V”, en *La Real Biblioteca Pública, 1711-1760. De Felipe V a Fernando VI*. Cat. Exp. Madrid, 2004, pp. 197-207.

“El espacio afectivo del príncipe: Felipe V, duque de Anjou, en los palacios de Luis XIV”, en *Reales Sitios*, 177 (2008), pp. 4-27.

«L’Espagne dans l’éducation des Enfants de France. Don Quichotte, le miles glorieux de Philippe d’Anjou: 1693», en TORRIONE, M. y SABATIER, G. (eds.): *Louis XIV espagnol? Madrid et Versailles, images et modèles*. Versailles, 2009, pp. 271-287.

TORRIONE, M. y TORRIONE, B.: “De Felipe de Anjou, ‘enfant de France’, a Felipe V: la educación de Telémaco”, en MORÁN TURINA, M. (dir.): *El arte en la corte de Felipe V*. Cat., exp. Madrid, 2002, pp. 41-88.

TORRIONE, M. y SABATIER, G. (eds.): *Louis XIV espagnol? Madrid et Versailles, images et modèles*. Versailles, 2009.

TORRIONE, M. y SANCHO, J. L. (eds.): *1744-1746. De una corte a otra. Correspondencia íntima de los Borbones*. Madrid, 2010, 2 vols.

VAILLÉ, E.: *Le cabinet noir*. París, 1950.

VAN DER CRUYSSSE, D.: *Madame Palatine, princesse européenne*. París, 1988.

VARGA, S.: *Philippe V. Roi d’Espagne, petit-fils de Louis XIV*. París, 2011.

VÁZQUEZ GESTAL, P.: *Una nueva majestad. Felipe V, Isabel de Farnesio y la identidad de la monarquía (1700-1729)*. Madrid/Sevilla, 2013.

VERGNES, S.: *Les Frondeuses. Une révolte au féminin (1643-1661)*. París, 2013.

VIDAL, J. J.: “La Guerra de Sucesión a la Corona de España. España dividida”, en PEREIRA IGLESIAS, J. L. (coord.): *Felipe V de Borbón (1701-1746). Actas del Congreso de San Fernando (Cádiz), de 27 de noviembre a 1 de diciembre de 2000*. Córdoba, 2002, pp. 519-580.

VIENNOT, E.: «Des ‘femmes d’Etat’ au XVI siècle : les princesses de la Ligue et l’écriture de l’histoire», en HAASE DUBOSC, D. y VIENNOT, E.: *Femmes et pouvoirs sous l’Ancien Régime*. París, 1991, pp. 77-97.

«Les femmes d’Etat de l’Ancien Régime : un enjeu de mémoire capital pour le partage du pouvoir en démocratie», en VIENNOT, E.: *La démocratie ‘à la française’ ou les femmes indésirables*. Paris, 1995, pp. 51-62.



«Le gouvernement des femmes en question», en VIENNOT, E. (dir.): *La France, les femmes et le pouvoir. Les résistances de la société (XVIIe-XVIIIe siècle)*. París, 2008, pp. 163-191.

VIGARELLO, G.: *Histoire des pratiques de santé. Le sain et le malsain depuis le Moyen Âge*. París, 1999 [1993].

*Histoire de la beauté. Le corps et l'art d'embellir de la Renaissance à nos jours*. París, 2004.

VILLENA, E. y SAENZ DE MIERA, C.: “La entrada real de Felipe V en Madrid en 1701”, en *Villa de Madrid*, 91 (1987), pp. 63-77.

VINCENT, M.: *Mercure Galant. Extraordinaire Affaires du temps. Table Analytique contenant l'inventaire de tous les articles publiés 1672-1710*. Préface de Jean Mesnard. París, 1998.

VISCEGLIA, M. A.: “Politica e regalità femminile nell'Europa della prima età moderna. Qualche riflessione comparativa sul ruolo delle regine consorti”, en MEROLA, A. (ed.): *Storia sociale e politica: omaggio a Rosario Villari*. Milán, 2007.

“Regalità femminile. Le regine consorti”, en VISCEGLIA, M. A.: *Riti di corte e simboli della regalità. I regni d'Europa e del Mediterraneo dal Medioevo all'età moderna*. Roma, 2009, pp. 158-207.

VOLTES, P.: *Felipe V, fundador de la España contemporánea*. Madrid, 1991.

WEISSBERGER, B. F.: *Isabel Rules. Constructing Queenship, Wielding Power*. Minneapolis, Londres, 2004.

WYNNE, S.: “The Mistresses of Charles II and Restoration court politics”, en CRUICKSHANKS, E. (ed.): *The Stuart Courts*. Londres, 2009 (2000), pp. 171-190.

ZAPATA, T.: “Las Relaciones de las Entradas reales del siglo XVII. Del folleto al Gran Libro de la Fiesta”, en LÓPEZ POZA, S. y PEÑA SUEIRO, N. (eds.): *La Fiesta. Actas del II Seminario de Relaciones de Sucesos. La Coruña, 13-15 de julio de 1998*. Ferrol, 1999, pp. 359-374.

“Alegorías, historias, fábulas y símbolos en los jeroglíficos de la entrada de Felipe V en la corte. Pervivencia de la iconografía de los Austrias”, en TORRIONE, M. (ed.): *España festejante*. Málaga, 2000, pp. 405-421.

## APÉNDICES

### *I. Contratos Matrimoniales del Rey Don Felipe V en primeras nupcias con Doña María Luisa Gabriela de Saboya. Año de 1702, A.G.P. H, caja 20, exp. 22; A.H.N., E., leg. 2461(2).*

En el nombre de la Sant[isi]ma Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo sea manifiesto a cualquier persona como la Mag[esta]d del Rey Catholico Phe[lipe] 5º, queriendo adherir no tan solamente a su propio impulso como al de Su Mag[esta]d Christianíssima Luis Decimo quarto su Abuelo Paterno, de estrechar cada día más los antiguos vínculos de sangre tantas veces reiterados por el espacio de muchos siglos entre su R[éal] Casa y la de Saboya, y con esto consolidar aún más la unión también del interés que ahora, nuevam[ent]e, se halla confirmado, entre sus Coronas y S[u] A[lteza] R[éal] Vitorio Amadeo Segundo, Duque de Saboya; y atestiguar además la muy singular estimación en que tiene su persona y Casa, como también aquella con que atiende a las apreciables prendas y perfecciones de la Ser[enisi]ma S[eño]ra Princesa María Luisa de Saboya, Hija de d[ic]ha Alteza R[éal], y de la A[lteza] R[éal] de la Ser[enisi]ma S[eño]ra Ana de Orleans, Duquesa de Saboya, su muger, haya embiado en esta ciudad de Turín al Il[ustrisi]mo y Ex[celentisi]mo S[eño]r D[o]n Carlos de Homodei, Marqués de Castel-Rodrigo y Almonacir, Gentil hombre de su Cámara, con carácter de su embax[ad]or extr[aordinario], para tratar, convenir y estipular con los ministros de Saboya los Artículos y condiciones de su matrimonio con d[ic]ha Ser[enisi]ma S[eño]ra Princesa, lo qual habiendo sido concordemente tratado y resuelto a común satisfacción, de q[ue] resulta que [h]oy 23 de Julio, ante mí el Marqués de S[a]n Thomas, Ministro y primero Secret[ari]o de Estado de d[ic]ha A[lteza] R[éal], y en presencia de l[a] A[lteza] R[éal] de la Ser[enisi]ma S[eño]ra Ana de Orleans, Duquesa de Saboya, y de la A[lteza] R[éal] de la S[eño]ra María Juana Bautista, Duquesa de Saboya, Abuela Paterna de d[ic]ha Ser[enisi]ma Princesa, del Ser[enisi]mo Príncipe Emanuel Philiberto Amadeo de Saboya, Príncipe de Cariñano, de la Ser[enisi]ma Princesa María Catalina Deste [sic], princesa de Cariñano y de los testigos infrascriptos, hayan parecido Personalmente d[ic]ha A[lteza] R[éal] de Vitorio Amadeo Segundo, Duque de Saboya, por una parte, y d[i]cho S[eño]r D[on] Carlos de Homodei, Marqués de Castel Rodrigo [sic], y embax[ad]or extr[aordinario]. de S[u] M[ajestad] Cath[olic]ª, en virtud del especial poder que tiene d[ic]ha Mag[esta]d del Rey Cathólico Phe[lipe] 5º, f[ec]ha de 11 de Junio próximo pasado, otorgado por el S[eño]r D[o]n Antonio de Ubilla y Medina, cavallero de la or[de]n de Santiago, Secretario de Estado de S[u] M[ajestad] y de el Despacho Universal, y Escrivano de sus Reinos, realmente presentado por d[i]cho S[eño]r Marqués, y remitido por la otra, los quales (a saber) d[ic]ha A[lteza] R[éal] por sí, y sus herederos, y sucesores, y presupuesta la declaraz[i]ón que hace que como corresponde ampliam[en]te a los sentim[ien]tos de afecto, y estimación de Sus Mag[esta]des y S[u] A[lteza] R[éal] asi cree que el medio mas eficaz sea el de la conclusión deste Matrimonio, y d[i]cho S[eño]r Marques que qualidad de Procurador de d[i]cha Mag[esta]d del Rey Phe[lipe] 5º y por sus Herederos, y sucesores [h]an combenido [sic] recíprocamente y convienen con solemne, y reciproca estipulación en los Artículos siguientes.

Primero

Con la gracia y bendición de Dios, author de todo bien, y mediante la precedente Dispensación de Su Sant[ida]d, por causa de la proximidad y consanguinidad que pasa entre d[ic]ha Mag[esta]d del Rey Phe[lipe] 5º y d[ic]ha Ser[enís]ma Princesa María Luisa de Saboya, promete d[ic]ho S[eño]r Marqués de Castel Rodrigo, Embax[ado]r Ex[traordinari]º, en nombre de d[ic]ha. Mag[esta]d, y en qualidad de su Procurador especial como suio constituido, para el establecimiento de los Capítulos en or[de]n a d[ic]ho contrato Matrimonial como consta por el suio, d[ic]ho Instru[men]to, procura que d[ic]ha. S[eño]ra Princesa María Luisa de Savoya, con el consentim[ien]to de Sus Alt[eza]s R[eale]s sus Padres, será desposada por palabra de presente *in facie* y con las solemnidades de la S[an]ta M[adr]e Iglesia Cathólica y Apostólica Romana, por parte y en nombre de d[ic]ha Mag[esta]d. de el Rey Phe[lipe] 5º, por el S[erenís]mo S[eño]r Emanuel Filiverto de Savoya, Príncipe de Cariñano, en vigor de procura especial de d[ic]ha M[ajestad] Cath[olic]a, en f[ec]ha de 11 de junio próx[i]mo pas[a]do; el qual desposorio se habrá de efectuar en todo el próx[i]mo mes de Ag[os]to en esta ciudad de Turín.

## 2º

D[ic]ha A[lteza] R[eal] del S[eño]r duque de Savoya, siguiendo el estilo acostumbrado de esta R[eal] Casa en ocasión del matrimonio de las Hijas ha constituido y constituie por dote, y por Título, y a causa de Dote, a d[ic]ha Ser[enís]ma Princesa María Luisa, su hija, futura esposa presente, y aceptante d[ic]ho S[eño]r Marqués de Castel-rodrigo, en nombre de S[u] M[ajestad], la suma de ducientos mil ex[cud]os de oro en oro, q[ue] hacen doblones cien mil de oro de la estampa de Saboya, los quales según el concierto que sobre esto se ha tomado, de convenimiento de d[ic]ha Ma[gesta]d, se entenderán dados y pagados como S[u] A[lteza] R[eal] desde ahora por entonces, executado y celebrado d[ic]ho Matrimonio, los dá y paga por título de verdadera dación, en pago extintivo, con otra tanta cantidad que se ha de tomar sobre los créditos de mucha mayor cantidad, que le debe la Corona de España, específicam[en]te sobre los dependientes de los dotes de quinientos mil duc[ad]os castellanos, de 11 r[eale]s por cada uno, que por instru[men]to de 23 de Ag[os]to de 1584, otorgados por Matheo Báñez, S[ecreta]rio y escrivano de S[u] M[ajestad], fueron constituidos por el Rey Phe[lipe] 2º a la S[erenís]ma Infanta Cathalina su Hija, quando la desposó con la Alteza S[erenís]ma del Duque Carlos Emanuel Primero, visabuelo paterno de S[u] A[lteza] R[eal], y frutos caydos, y no pagados, y más sobre lo que releva ó puede montar la Cédula de ducientos mil ex[cud]os que fueron dados por el Rey Phe[lipe] Tercero al Duque Carlos Emanuel Primero en ocasión de casam[ien]to de la Infanta Margarita, su Hija, con el Príncipe Franc[isc]o de Mantua, en f[ec]ha de 13 de Julio de 1606, y final[en]te sobre el residuo de los subsidios de los quales la misma corona de España ha quedado deudora a S[u] A[lteza] R[eal] en el decurso de la guerra pas[a]da, a cuió efecto se ha combenido [sic], y se combiene, que dentro del plazo de un año próx[i]mo, empezando desde [h]oy, se devan p[or] parte de S[u] M[ajestad] y de S[u] A[lteza] R[eal] diputar commissarios y contadores en la R[eal] villa de Madrid, a efecto de proceder a las quantas y a la liquidación de d[ic]hos créditos para ajustar el residuo, así del principal como de los frutos, deduciendo todos los pagamentos lexítimos en el modo, y como resultare haver sido hechos por parte de d[ic]ha Corona de España, hecho lo qual, y hecha sobre el d[ic]ho residuo, la compensac[i]ón proporcional de d[ic]hos ducientos mil ex[cud]os de oro en oro, ó sean doblones cien mil efectivos de la estampa de Saboya, ó su Justo valor; la

qual compensación desde ahora por entonces se entenderá executada con la oportuna, y proporcional cesión que S[u] A[lteza] R[eal] hace de sus derechos y acciones por el suso d[ic]ho efecto contra la misma corona de España, y con promesa de no haver hecho, ni querer hacer ningún contrato, ni distracto perjudicial al presente, y en lo demás, tales y quales son, y como le competen contra la misma corona, sin la menor obligación, o indemnización, quedará después S[u] M[ajestad] C[atólic]a obligada de dar un justo cumplido pagam[en]to a d[ic]ha A[lteza] R[eal] de todo su crédito que le quedare en dinero o en buenas y lexítimas fincas, líquidas y pagaderas, con las debidas promesas de manutención, evición [sic], y defensa, tanto en lo posesorio, como en lo petitorio, en la más amplia y valida forma de derecho, además de d[ic]ha dote. Y en consecuencia de la misma, promete también S[u] A[lteza] R[eal] de dar y hacer entregar y remitir a d[ic]ha Ser[enisi]ma Princesa, futura esposa, al t[iem]po de la celebración de las bodas, las debidas joyas y otros ornamentos, en el modo y como es costumbre darse a las Princesas de la R[eal] Casa de Savoya, y especialmente como se practicó con la Ser[enisi]ma S[eño]ra Duquesa de Borgoña, de todo lo qual se hará una descripción y tasación y después se hará la devida regulación y recibo p[or] d[ic]ho S[eño]r Marqués de Castel-Rodrigo en nombre de S[u] M[ajestad] al tiempo de la entrega, para que se atienda en su lugar y a su tiempo.

### 3º

D[ic]ho S[eño]r Marqués de Castel Rodrigo, en nombre de S[u] M[ajestad] C[atólic]a y como procurador suso d[ic]ho, promete q[ue] d[ic]ha Mag[esta]d asegura d[ic]ho Dote, Escaparate, Joyas y otros ornamentos suso d[ic]hos sobre los vienes [sic], fincas y rentas de las villas de Castilla; esto es, de Medina del Campo, de Arévalo y de Olmedo; y en caso de disolución de matrimonio o en otro por qual de derecho pudiese tener lugar la restitución de dote, promete también d[ic]ho S[eño]r Marqués de Castel Rodrigo en nombre de S[u] M[ajestad] C[atólic]a que d[ic]ho dote de ex[cud]os ducientos mil de oro en oro, sea cien mil dobl[one]s de Savoya, o su justo valor, fardel, joyas y ornamentos, como arriba valuados, o sea su valor, serán restituidos de contado a d[ic]ha Ser[enisi]ma S[eño]ra Princesa futura esposa, o a quien de derecho tocaren: y quando se interpusiese alguna dilación al pagamiento, y restitución susod[ic]ha, se harán pagar a la misma o a quien de derecho pertenecieren los lexítimos frutos según las costumbres y Leyes de Castilla, en razón de catorce mil por cada un mil y a cuyo efecto se despacharán en tal caso las debidas consignaciones, que S[u] M[ajestad], y sus R[eale]s herederos, y Succesores, remitirán con todas las debidas cauciones en la más amplia y válida forma de derecho.

### 4º

S[u] M[ajestad] Cath[olic]a hará dar a d[ic]ha Ser[enisi]ma Princesa, futura esposa, joyas por valor de 50 mil ex[cud]os antes de la consumación del d[ic]ho matrimonio, las quales joyas pertenecerán en toda propiedad, y Dominio, a la misma princesa, para gozarlas y disponer de ellas, como vienes [sic] de su propio Patrimonio, para sí y sus herederos y succesores, y para quien tubiere lex[í]tima causa, y derecho de la misma S[eño]ra Princesa.

### 5º

S[u] M[ajestad] dará y asignará a d[ic]ha S[eño]ra Princesa durante el matrimonio, para Alfileres, ó sea Recámara, una cantidad anual conveniente a su alto grado y se le asignará en el modo y forma que es de costumbre en España darse, y que se dio a las Reynas antecedentes.

6º

Y en caso de Viudedad, y durante la misma se asignarán á la Reyna para su mantenimiento, 40 mil ex[cudo]s o coron[a]s de oro en razón de 40 placas de moneda de Flandes para cada uno excudo, que se reducirán a la moneda corriente de España, los cuales se asegurarán sobre los vienes y Rentas de las suso dichas Villas, de lo qual gozará el Dominio útil, en exercicio de la total Jurisdicción y diputación de oficiales, como sean Nacionales, y guarden las leyes del País; y en todo, y por todo, como se ha acostumbrado practicarse con las antecedentes Reynas de España. Y de d[ic]ha cantidad de 40 mil ex[cudo]s, o sean coronas de oro, gozará d[ic]ha Reyna en qualquier caso de disolución de Matrimonio, sea que elija quedarse en España ó que se baya a otra parte no se le dará ningún estorvo, y podrá librem[en]te salir con todos sus vienes, dote, fardel, joyas, avitos, vaxilla y otros muebles y alajas [sic] de qualquier género, con sus Oficiales y criados de su Casa sin que se le pueda directa ni indirectamente estorvar el efecto de todo lo que queda d[ic]ho y la recuperación de dicho Dote, joyas y otras cosas suso dichas, y de qualquiera asignación que le hubiese sido dada, ó que se le deviese dár, y a este efecto S[u] M[ajestad] dará a S[u] A[lteza] R[eal] tales cartas de seguridad que serán necesarias firmadas de su Real Mano y selladas con su sello.

7º

S[u] A[lteza] R[eal] hará conducir a d[ic]ha Ser[enís]ma Princesa a Niza y puerto de Villafranca a su costa, y allí será recibida por el mismo S[eño]r Marqués, como Gefe de la Casa de la Reyna, en consecuencia del expecial poder en f[ec]ha de 9 de Junio que para esto tiene de S[u] M[ajestad], para que desde allí la sirva hasta España a costa de S[u] M[ajestad], quedando siempre incógnita h[as]ta su llegada a España por razones de las presentes circunstancias de tiempos, donde será conducida con una familia moderada, la cual se reglará aparte entre S[u] A[lteza] R[eal] y d[ic]ho S[eño]r Marqués de Castel-Rodrigo, Embax[ad]or Extraordinario.

8º

Se ha convenido también que d[ic]ha S[eño]ra Princesa María Luisa de Saboya hará las renunciaciones siguientes, a cuyo efecto la Alteza R[eal] del Ser[enís]mo S[eño]r Duque de Savoya, su Padre, la ha havilitado y havilita, dispensándola en su menor edad [sic], para dar el Juramento nece[s]ario, como menor de veinte años aunque mayor de doce; atendiendo también principalmente a la gran comprensión y superior juicio a su edad [sic], que reconoce en dicha Princesa, derogando para este efecto dicho S[eño]r Duque de Savoya todas las Leyes, constituciones, edictos, decretos, y costumbres, contrarios a d[ic]ha havilitación y dispensación, con las derogatorias; y tanto, y más, que d[ic]ha S[eño]ra Princesa reconoce muy bien, como lo ha declarado y declara, cuán ventajosa será para sí y para sus descendientes la efectuación de d[ic]ho Matrimonio, que la constituye en grado de Reyna; y da a sus descendientes el derecho de suceder á la corona de España, unida a su generosa inclinación de querer conservar el esplendor de la Casa de Savoya en las personas de los Príncipes sus her[edero]s u otros que será Dios

servido de darle, ú de otros Príncipes Varones, lexítimos y naturales, aunque más remotos, y en línea colateral, y sus descendientes Varones en infinito, para el sosiego, y tranquilidad de los Pueblos de dicha Casa de Savoya. Para este efecto, pues, d[ic]ha S[er]en[is]íma Princesa María Luisa Gabriela de Saboya se ha constituido personalmente en presencia del Ser[en]is[í]mo Príncipe Víctor Amadeo Segundo, su S[e]ño[r] y P[adr]e, ante de mí, el S[e]ño[r] Marqués de Santo Thomas, su ministro y primero Secr[eta]rio de Estado, y en presencia de los testigos infrascriptos, y con la authoridad y asistencia del S[e]ño[r] Marqués de Velgarde [sic], Gran Chanciller de Savoya, nombrado y electo su curador para este acto, la qual, de motu proprio y de libre voluntad, por los motivos arriba [sic] expresados, y principal[en]te por el deseo que tiene de ver el esplendor su Casa conservado en las personas de los Príncipes sus herm[an]os y sus descendientes varones u de los Príncipes en línea colateral, y sus descendientes Varones en infinito, habiendo sido informada por d[ic]ho S[e]ño[r] Duque de Saboya, su S[e]ño[r] y Padre, que sin esta renuncia no se huviera hecho d[ic]ho matrimonio, y particularmente por d[ic]ho S[e]ño[r] Gran Chanciller, de la fuerza y del efecto de d[ic]ha Renuncia con Juram[en]to hecho sobre los Santos Evangelios, tocados en mis manos, tanto por cesión y donación entre vivos irrevocable y en la mejor forma que hacer se pueda, tanto por vía abdicativa, como translativa, para la misma Princesa, sus hijos y descendientes, á todos los derechos, nombres y acciones reales, personales, mixtas, hipotecarias y remedios posesorios, que pudiesen pertenecerle o á sus descendientes, sea en calidad de sus herederos ó no herederos, ó por razones propias, pensadas y impensadas á los Estados, Ducados, Principados, Marquesados, Condados, S[e]ño[r]íos Jurisdiccionales, Feudos, y sus atencencias [sic] y dependencias poseydas y pertenecientes deesta [sic] parte de los Montes y Collados á d[ic]ho su S[e]ño[r] y P[adr]e y que pudieren en adelante pertenecerle, y à la Corona de Savoya, para que su S[e]ño[r] y P[adr]e goze de ellos y sus descendientes varones sucesores a d[ic]ha Corona y en defecto deellos [sic], los varones en línea colateral de dicha Casa y descendientes varones en infinito, á favor de los quales dicha S[e]ño[r]a Princesa, para sí y los suyos, ha cedido, remitido y transferido, cede, remite y transfiere, todos los derechos, nombres, razones y acciones que pueden pertenecerla, o a sus herederos y descendientes, poniéndolos y constituyéndolos en su propio lugar, con promesa de jamás contravenir a ellos en ningún modo, que sea directa ni indirectamente. De modo que d[ic]ha S[e]ño[r]a Princesa, y sus herederos y descendientes, sean á perpetuidad excluidos, tenidos y considerados como extranjeros, incapaces de suceder á d[ic]hos Estados, Ducados, principados, Marquesados, Condados, Jurisdicciones, Feudos y dependencias sin ninguna excepción, aunque fueses necesario hacer específica é individual mención, y también aunque no huviera ninguna ley, Imbestidura, costumbre u otra disposición exclusiva de las hembras y de sus descendientes por la existencia de varones aunque más remotos, y en línea colateral d[ic]ho S[e]ño[r] Duque de Savoya, su S[e]ño[r] y Padre, presente estipulante, y aceptante por todos d[ic]hos Príncipes descendientes y colaterales varones nacidos y de nacer, que pudiesen tener derecho, conmigo, Ministro y primer Secretario de Estado, pero con declaración y protesta, que hace d[ic]ho S[e]ño[r] Duque de Savoya, en aceptar d[ic]has renunciaciones y cesión, de nunca jamás admitir, que d[ic]ha S[e]ño[r]a Princesa, su Hija, y otras Princesas, sus Hijas y sus descendientes, puedan en ningún tiempo ni caso alguno tener derecho alguno de suceder a d[ic]hos Estados de la Casa de Saboya en perjuicio de los varones. Además, d[ic]ha S[e]ño[r]a Princesa atendiendo a

la constitución dotal de d[ic]hos 200 mil ex[cudo]s de oro como arriva reconociendo tener un dote suficiente, y qual se acostumbra a dar a las Princesas de la Casa de Savoya, queda enteramente contenta y satisfecha de d[ic]ho S[eño]r su Padre, y ve, da entero finiquito d[ic]ho S[eño]r Duque de Savoya aceptante para sí y para los Príncipes varones sea en línea directa o colateral de su Casa, con promesa que hace d[ic]ha S[eño]ra Princesa de no llamarlos jamás, ni permitir que otros la llamen cosa ning[un]a, la aquí llana estipulación legítimamente y á la aceptilación [sic] interpuestas. Y además d[ic]ha S[eño]ra Princesa, también con la presencia y consentimiento de Madame la Duquesa Real, su S[eño]ra y Madre, y de Madama R[ea], su Abuela Paterna, hace una renuncia abdicativa y translativa de todos los derechos, nombres, razones y acciones q[ue] puedan y pudieren adelante pertenecerle, y a sus herederos, sucesores y descendientes, aunque no herederos, como si pudiesen obrar por razón propia en caso de fallecimiento anterior de d[ic]ha S[eño]ra Princesa a d[ic]ho S[eño]r su Padre, a los bienes paternos, maternos, antiguos, fraternos, y otros quales quiera, libres y alodiales, de qualquiera naturaleza, calidad y valor que sean sin ninguna excepción, sea por causa de dote, gananciales, nupciales, lejítima [sic] y suplemento deella [sic], y sucesión *ab inestatio* con todas las acciones personales, Reales, mixtas, hipotecarias y remedios posesorios, de cuyas razones todas, y acciones, d[ic]ha S[eño]ra Princesa se ha abdicado y ha imbestido d[ic]ho S[eño]r Duque de Saboya, Su S[eño]r y Padre, presente y aceptante, para disponer de ellos según su beneplácito, todo lo qual arriba contenido, tanto en la narrativa de d[ic]has Renuncias, d[ic]ha S[eño]ra Princesa con la asistencia y autoridad de d[ic]ho S[eño]r Chanciller, su Curador, ha asegurado y asegura ser verdaderas con juramento dado de nuevo sobre los Santos Evangelios tocados en mis manos, con el cual la misma S[eño]ra Princesa ha prometido y promete para sí, y sus súbditos descendientes, de tenerle por gratas, válidas, firmes é irritables y de tener de observarlas inviolablemente, sin jamás contravenir a ellas ni permitir que se contravenga debajo de obligación de todos sus bienes presentes y futuros, con cláusula de constituto, renunciando para este efecto, con dho. juramento reiterado, a todas las leyes, edictos, constituciones, estatutos y disposiciones contrarias al beneficio de la menor edad y a lesión enorme y enormísima, restitución por entero, nulidad de contrato por defecto de las solemnidades, acepción de cosa indebida y sin causa de fraude, temor reverencial ó presunta absolución de juramento, declarando no querer valerse de ellos en caso que llegase a alcançarla como nula e ineficaz y a cualquier otra causa y excepción, así pensadas como impensadas, de las quales fuese menester hacer una expresa e individual mención, y por cuyo medio d[ic]ha S[eño]ra Princesa, sus herederos, sucesores, y descendientes pudiesen contravenir al presente contrato, siendo su voluntad que d[ic]has razones y excepciones se tengan como si fuesen aquí específicamente expresadas, y que se hubiera expresamente derogado y renunciando á ellas, y que d[ic]hos juramentos queden para siempre firmes e irrevocables, que prevalezcan a cualquiera otro Acto que pudiera hacerse en contrario y que suplan a todo defecto de edad, de solemnidad y otros a los quales d[ic]ho S[eño]r Duque de Savoya, de su autoridad absoluta, ha querido suplir y suple y revalidar d[ic]has Renuncias en todas sus partes; y pues es la intención de S[u] M[ajestad] Católica que d[ic]has renuncias tengan su entero efecto, d[ic]ho S[eño]r Marqués de Castel rodrigo, embajador extraordinario, se ha personalmente establecido y constituido, el cual en d[ic]ha calidad de Procurador, y en nombre de d[ic]ha Majestad, sus herederos y sucesores á la Corona, de observar imbiolablemente d[ic]has Renuncias

como un Artículo esencial del presente contrato matrimonial, y de jamás contravenir a ello, ni permitir que se contravenga en ninguna forma. Todo lo qual d[ic]ho S[e]ño[r] Marqués de Castel rodrido en d[ic]ha calidad ha prometido y promete con juramto. de executar y observar devajo de obligación de bienes presentes y futuros, de d[ic]ha Mag[esta]d y de la Corona, con cláusula de constituto, haviéndose así acordado y convenido todo, principalmente por lo que toca a los descendientes de d[ic]ha S[e]ño[ra] Princesa.

9º

S[u] M[ajestad] Cat[ólic]a dentro de dos meses, después de haber llegado la Reyna Esposa a Madrid, ratificará en todo lo que fuere necesaria el presente contrato y su contenido pero con calidad que d[ic]ha ratificación no pueda jamás suspend[er] el efecto, fuerza y vigor del presente Instrum[en]to, y entre tanto d[ic]ha A[lteza] R[eal] Víctor Amadeo Segundo, d[ic]ha Ser[enisi]ma Princesa María Luisa Gabriela, en persona propia, y d[ic]ho S[e]ño[r] Marqués en calidad de Procurador de S[u] M[ajestad] Católica, por sí y por los suyos, y de d[ic]ha Majestad herederos y sucesores, han d[ic]ho, y dicen haber sido, ser verdadero todo lo contenido en el pres[en]te público instrumento, tanto en la narrativa como en la dispositiva, que han prometido y prometen atender y observar, y hacer observar inviolablemente, sin jamás contravenir aello, ni de iure, ni de facto, directa, ni indirectamente, debajo de cualquier causa, color, o pretexto, aunque de hecho u de derecho pudiesen, pues así se ha convenido, y acordado de buena fe en todos los Artículos, confirmando todo en su respectivo juram[en]to; esto es por lo que toca a Su A[lteza] R[eal] dado, tocándose la orden de la Sant[isi]ma Nunciada [sic], y por lo que toca a la Ser[enisi]ma Princesa, y d[ic]ho S[e]ño[r] Marqués, tocados los Santos Evangelios en manos de mí el infrascripto Marqués de San Thomas, Ministro y prim[er]º secretario de estado de d[ic]ha A[lteza] R[eal], y devajo de obligación respectiva y de constituto posesoria de bienes presentes y futuros de d[ic]ha A[lteza] R[eal] y Ser[enisi]ma Princesa, y de los de S[u] M[ajestad] Cat[ólic]a y con todas las demás cláusulas necesarias y oportunas, a dictamen prudente, que se tendrán aquí por expresadas, de cuyas convenciones he echo [sic] dos originales, uno de los quales se á remitido a manos del d[ic]ho S[e]ño[r] Marqués de Castel-Rodrigo, embax[ad]or ex[traordinar]io y el otro há quedado en mis manos, como Ministro y primero secretario de estado de d[ic]ha A[lteza] R[eal]. Hecho y firmado en Turín, en d[ic]ho día 23 de Julio de mil setecientos y dos [sic] [y uno].

***I. 1. Mémoire des considérations que l'on doit examiner au sujet de la déclaration de Madame la Princesse pour la future épouse du Roy d'Espagne (A.S.T., Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia, Mazzo 38).***

1º Quels traitemens on luy devra faire dès que le contrat sera passé. Si on devra commencer á la traiter de Reine dès ce temps lá ainisy qu'il semble qu'on le doit.

En conséquence si on devra luy donner un appartement séparé et luy établir sa maison á part iusques á ce qu'elle parte.

Réponse: Dès que le mariage sera fait elle devra être traitée en Reine avec tous les honneurs et les distinctions deües á une qualité si relevée.



Il propose d'aller faire le contrat et le mariage à Nice.

En France on fit le mariage de la Reine d'Espagne avec ceremonies, elle y sejourna quelques iours après et l'on dit que Monsieur et Mad[am]e. se nuirent au lit pour la recevoir.<sup>2397</sup>

2° De quelle manière S. A. R. et M. L. D. R.<sup>2398</sup> le devront la traiter.

R. La réponse est renfermée dans celle du 1<sup>er</sup> article.

3° Quel devra estre le cérémonial entre eux.

R. La même réponse du 1<sup>er</sup> article. Leurs AA. RR., c'est-à-dire M. R. et M. L. D. R.<sup>2399</sup>, ne se trouveront point à la messe, au circle et à table que quand elle y sera à cause de la différence des chaizes à la table et qu'à la messe elle pourroit prétendre qu'elles se missèrent derrière elle, mais S. A. R. pourra s'y rencontrer en luy donnant la main.

4° Par quelles Dames on la devra faire servir et si Made. la Princesse de Carignan ne devra point estre destinée pour cela.

R. On ne fit point accompagner en France la Reine d'Espagne par des Princesses du sang, mais par une Princesse de maison souveraine qui fut la Princesse d'Harcourt. Je propose Made. la Princesse de Masseran ou Made. La Marquise de Dronero.

5° Si à son départ S. A. R. ou M. L. D. R. devront l'aller accompagner et iusques en quel endroit.

R. Leurs AA. RR. devroient l'accompagner iusqu'aux confins de l'État.

6° Si leurs AA. RR. n'y vont pas, par qui on devra la faire accompagner, sçavoir si Made. la Princesse de Carignan devra y estre destinée et si elle devra seulement aller isqu'aux frontières ou bien l'accompagner iusques à l'entrée du Royaume d'Espagne, et même iusqu'à Madrid.

R. Envoyer une autre que la Princesse de Carignan pour l'accompagner iusques'à l'entrée dans le Royaume d'Espagne.

7° Si on devra la faire accompagner par un Ambassadeur extraordinaire.

R. La faire accompagner par un Ambassadeur Extraordinaire.

8° Quelles démonstrations publiques de ioye on devra faire.

R. Faire des à présent des démonstrations de ioye publiques.

9° Si les corps des Magistrats ne devront pas l'aller complimenter.

R. Les Magistrats doivent la venir complimenter.

---

<sup>2397</sup> Se refiere al matrimonio de María Luisa de Orleans con Carlos II en 1679.

<sup>2398</sup> Son Altesse Royale et Madame la Duchesse Royale.

<sup>2399</sup> Madame Royale y Madame la Duchesse Royale.

\*On ne peut rien dire de certain sur tous ces traitemens puisqu'il faudra se régler selon les instructions que l'envoyé d'Espagne qui viendra aura, tant pour le lieu du contrat et du mariage que pour la manière du traitement.

**I. 2. Copia de las cartas de Felipe V a la duquesa Ana y a la princesa María Luisa con motivo del anuncio de su compromiso (A.S.T., Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia, Mazzo 38).**

a. **Felipe V a la duquesa Ana.** De Buen Retiro, a 10 de mayo de 1701.

“S[e]r[enísi]ma S[eño]ra recibiendo ahora del Rey Xptimo [Crístianísimo] mi s[eño]r y mi Abuelo la noticia de que después de nuestras conferencias y la interposición de Su Mag[esta]d Xptima [Crístianísima] con las expresiones de mi deseo queda combenido mi tratado de casamiento con la S[e]r[enísi]ma Princesa María Luisa Gabriela, hija de V[uestra] A[lteza] para luego mi obligación a manifestar a V[uestra] A[lteza] el alborozo correspondiente a las estimables zircunstancias que yncluye este tratado en cuya conclusión se han de asegurar todas las felicidades que me prometo, continuándose también en ellas la antigua y firme unión de n[uest]ros estrechos vínculos, a que tanto atenderé siempre y a que V[uestra] A[lteza] lo experimente así en quanto sea de su mayor agrado. N[uest]ro S[eño]r g[uar]de a V[uestra] A[lteza] como deseo. Buen Hermano de V[uestra] A[lteza].”

(Carta entregada por el marqués de Castel-Rodrigo).

b. **Felipe V a María Luisa Gabriela de Saboya.** Buen Retiro, a 10 de mayo de 1701.

“Serenissima Señora, deseando el Rey Christianísimo mi señor y mi abuelo y yo conseguir para esta Monarchia la mayor felicidad, discurriendo ambos que ninguna sería más grande que el permitir V[uestra] A[lteza] Ser[enísi]ma el tratado de mi casamiento con su Real Persona y teniendo ahora la apreciable noticia que me a [sic] participado su Mag[esta]d Christianísima de quedar asegurada por su interposición y la del S[eñ]or Duque Padre de V[uestra] A[lteza] Ser[enísi]ma esta tan importante buena suerte y siendo yo en ella el principal y más interesado he querido desde luego manifestar a V[uestra] A[lteza] Ser[enísi]ma este insignito conocimiento y agradecer con el mayor aprecio su benignidad, fiando che V[uestra] A[lteza] Ser[enísi]ma la continuará en consecuencia de lo que yo procuraré adquirirla, para corresponder a V[uestra] A[lteza] Ser[enísi]ma con los reverentes obsequios propios de mi obligación y correspondientes a su persona. Nuestro S[eño]r guarde a V[uestra] A[lteza] Ser[enísi]ma como es menester y yo deseo. Buen Hermano y Primo de V[uestra] A[lteza] Ser[enísi]ma. Yo el Rey.”

**I. 3. Copias de las cartas de Felipe V a María Luisa Gabriela de Saboya durante el trayecto de la reina hasta Barcelona (A.S.T., Matrimoni de Sovrani e Principi e Principesse della Reale Casa di Savoia, Mazzo 38).**

a. **Felipe V a la reina de España.** Barcelona, 13 de octubre de 1701.

«J'ay appris avec beaucoup de chagrin, Madame, le retardement de votre voyage et l'incertitude ou vous estes encore si vous viendrés par terre ou par mer. Ce que ie puis vous dire sur cela, c'est que la voye la plus courte sera la meilleure pour veu que vostre santé soit égale. On a lesé [laissé] à la Pr[incesse] des Ursins et

au M[arquis] de Castel Rodrigo d'en juger. Je vous prie de me donner au plustost de vos nouvelles, de haster vostre voyage autant qu'il vous sera possible et d'avoir quelque attention à l'empressement infini que j'ay de vous voir, et de vous embrasser, ie crois que ce terme peut convenir a des gens qui sont mariés. Votre cousin. Philippe.»

b. **Felipe V a la reina.** Barcelona, 27 de octubre de 1701.

«Madame j'envoye le M[arquis] de Louville chef de ma maison françoise à vostre majesté pour l'assurer de l'impatience que j'ay de me rendre auprès d'elle et il a ordre de revenir au-devant de moy pour m'apprendre des nouvelles de V[ôtre] M[ajesté], la confiance que j'ay en luy le rend plus propre qu'un autre à vous assurer de l'impatience que j'ay de me rendre auprès de V[ôtre] M[ajesté] et de la diligence que ie fais pour cela en attendant ie prie Dieu qu'il ait la personne de V[ôtre] M[ajesté] en sa sainté et digne garde.»

c. **Felipe V a la reina.** Barcelona, 28 de octubre de 1701.

«J'ay madame plus de chagrin que ie ne puis vous dire de n'avoir pas este plustost averti que vous seres le vingt-neuf à Perpignan ie vous prie de vouloir y demeurer iusques l'arrivée de vostre maison que ie fais partir demain et qui ira avec toute la diligence possible. L'impatience que j'ay de vous voir ne me permettra pas de rester icy longtemps. Je vous prie d'estre à Figuières avant midy pour que l'on finisse ce iour là toutes les cérémonies et d'estre bien persuadée de ma tendre amitié pour vous.»

d. **Felipe V a la reina.** Barcelona, 29 de octubre de 1701.

«Madame je viens de m'apercevoir qu'on engageans votre Maiesté destre a Figuières avant midy. Elle souderait [¿ ?] dans l'inconvénient d'essuyer un mauvais giste à Junquera, ou de se lever trop matin à Boulou. Comme les cérémonies nécessaires se [illegible] a quelque heure qu'elle arrive, elle est la maitresse de choisir celle qui luy conviendra davantage. Je veux bien faire ce sacrifice pour que V. Mte. ne soit pas incommodée. J'ay chargé le marquis de Quintana, gentilhomme de ma chambre de vous rendre compte de l'extreme impatience que j'ay de vous voir. Vous devés aiouter foy à ce qu'il vous dira de ma part et croire qu'il ne scauroit exagérer la tendresse que j'ay pour vous. Je prie Dieu de tout mon cœur qu'il vous ait madame en la sainté et digne garde.»

e. **Felipe V a la reina.** Barcelona, 30 de octubre de 1701.

«Je ne puis Madame, laisser partir ce courier sans vous donner de nouvelles marques de mon empressement et de mon impatience, et vous prier d'en estre bien persuadée de la tendre amitié que j'ay pour vous. Philippe.»

f. **Felipe V a la reina.** Barcelona, 1 de noviembre de 1701.

«Comme mon impatience augmente a mesure que j'approche de vous, Madame, ie ne puis me refuser la satisfaction d'envoyer sçavoir de vos nouvelles et de vous donner des miennes le plus souvent qu'il m'est possible, en attendans le plaisir de vous voir. Je me flate que vous repondrés a mes sentimens et ie le souhaite plus que ie ne sçauois vous l'exprimer. Je ne me lasse point de vous répéter par mes lettres iusques à ce que ie puisse vous le dire moy même que ie vous supplie d'estre bien persuadée de ma tendresse. Philippe.

» P. S. J'ay chargé le marquis de Castel-Rodrigo de vous informer, Madame, de mes intentions en détail sur ce qui regarde votre maison.»

## II. La evolución de la imagen de la reina a través de las Instrucciones entregadas a los embajadores franceses en Madrid (1701-1711).<sup>2400</sup>

*Instruction du Roi au sieur Comte de Marsin, Lieutenant Général de ses Armées, allant a Madrid ambassadeur de Sa Majesté. 7 juillet 1701.*

«(...) Il sera présentement question de régler aussi la maison de la Reine, car il faut que toutes choses soient décidées sur ce sujet avant le mariage, et le temps en approche. Comme le Roi est d'un caractère doux, il sera facile à la Reine sa femme d'acquérir un grand pouvoir sur son esprit. On ne peut rien savoir encore de celui de la princesse de Savoye: elle est dans un âge où les vues du gouvernement sont très éloignées; mais ce même âge reçoit aisément toute sorte d'impressions. Il sera par conséquent très dangereux de mettre auprès d'elle des personnes dont les intentions seroient suspectes: elles lui inspireront facilement sentimens opposés à ceux qu'elle doit avoir, et l'inconvénient seroit presque égal, soit que la Reine d'Espagne eût assez de crédit sur le Roi son mari, soit que, trouvant de la part de ce prince toute la fermeté convenable, cette contrariété de sentimens troublât l'union de leur mariage (...).»<sup>2401</sup>

*Mémoire contenant plusieurs observations et changemens à faire à l'instruction donnée par le Roi au sieur comte de Marvin, lorsqu'il partit au mois de juillet de l'année 1701 pour aller en Espagne en qualité de son ambassadeur, l'intention de Sa Majesté étant que ce Mémoire serve présentement d'instruction à M. le Cardinal d'Estrées allant en Espagne avec le Roi Catholique. Octobre 1702.*

«VII. Comme le mariage du Roi Catholique s'est accompli depuis de l'instruction donnée au comte de Marsin, on a connu le caractère de la Reine. Ce que le Roi sait de son esprit et des marques qu'elle en donne tous les jours bien au-dessus de son âge, confirme encore l'opinion que Sa Majesté avoit par avance qu'il seroit facile à cette princesse d'acquérir un grand pouvoir sur le Roi son mari. Sa Majesté voit aussi l'utilité dont il est pour son service d'avoir mis auprès de la Reine d'Espagne une personne de confiance et aussi propre que la princesse des Ursins à lui inspirer les sentimens qu'elle doit avoir. Les conseils qu'elle a donnés à la Reine ont si bien réussi qu'il paroît que cette princesse regarde comme son plus grand bonheur de plaire au Roi, qu'elle comprend l'importance dont il est pour le Roi Catholique et pour elle de mériter la continuation de l'amitié de Sa Majesté, et certainement si ce prince doit être gouverné, il vaut mieux que ce soit par la Reine que par qui que ce soit. L'intention de Sa Majesté est que pour maintenir ces dispositions le cardinal d'Estrées agisse d'un parfait concert avec la princesse. Elle sait que le Roi désire véritablement de donner en toutes occasions des marques de son amitié à la Reine d'Espagne.»<sup>2402</sup>

---

<sup>2400</sup> Extractado de MOREL-FATIO, A. y LEONARDO, H. (eds.): *Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France depuis les Traités de Westphalie jusqu'à la Révolution Française. XII. Espagne-II*. París, 1898.

<sup>2401</sup> Pp. 18-19.

<sup>2402</sup> Pp. 68-69.

*Mémoire pour servir d'instruction au sieur duc de Gramont, pair de France, chevalier des ordres du Roi, gouverneur et son lieutenant général en son Royaume de Navarre et Province de Béarn, allant en Espagne en qualité d'ambassadeur extraordinaire de Sa Majesté auprès du Roi Catholique. Du 27 avril 1704.*

«(...) Le Roi avoit choisi la princesse des Ursins pour exercer auprès de la Reine d'Espagne les fonctions de camarera mayor. Sa Majesté la croyoit plus capable que personne d'inspirer à la jeune Reine les sentimens qu'elle devoit avoir pour son propre bonheur, pour celui du Roi son mari et pour une parfaite union avec Sa Majesté. Elle étoit persuadée que l'intelligence seroit toujours très étroite entre la princesse des Ursins et les ambassadeurs de France à Madrid. Les suites ayant obligé le Roi à la retirer, ont fait voir le contraire de ce que le public attendoit de son esprit.

»Sa Majesté avoit principalement considéré qu'il étoit nécessaire de mettre une Françoisse auprès de la Reine d'Espagne, par l'apparence presque certaine du pouvoir que cette princesse auroit sur l'esprit du Roi son mari. Le caractère de l'un et de l'autre ne permettoit pas d'en douter.

»La Reine a fait paroître depuis qu'elle est en Espagne un esprit au-dessus de son âge. Elle s'est fait aimer par ses manières gracieuses. Elle a donnée beaucoup d'application aux affaires, lorsqu'elle en a été chargée pendant l'absence du Roi son mari, et quoique elle ait souvent témoigné qu'elle ne les aimoit point, qu'elle ne croyoit pas être capable, il a cependant paru qu'elle désiroit qu'il ne s'en fit aucune sans sa participation. On a même trop affecté de faire connoître que les particuliers qui reçoivent des grâces du Roi d'Espagne, en avoient toute l'obligation à cette princesse. Elle en a reçu souvent les premiers remerciemens, en sorte que ceux que l'on faisoit ensuite au Roi Catholique n'étoient plus regardés que comme une formalité.

»Elle a tenu une bonne conduite lorsque le duc de Savoye est entré dans l'alliance des ennemis de la France et de l'Espagne. Elle a fait connoître que nul autre intérêt ne la touchoit que celui du Roi son mari, et quoique le duc de Savoye eût toujours témoigné une tendresse particulière pour elle, elle écrivit au Roi lors de la déclaration de la guerre pour prier Sa Majesté de vouloir bien régler le commerce que cette princesse devoit désormais avoir en Piedmont.

»Au reste, l'ascendant que la princesse des Ursins avoit pris sur elle étoit tel que tous ses ennemis étoient regardés par la Reine comme infidèles au Roi et à leur patrie; elle considéroit, au contraire, comme les seuls sujets affectionnés à leur maître ceux que la princesse des Ursins regardoit comme ses amis.

»Il est nécessaire que le duc de Gramont forme, s'il est possible, quelque liaison avec celle qui sera choisie [se refiere a la nueva camarera que será designada en sustitución de Ursinos]. Elle ne pourra douter de l'obligation qu'elle aura au Roi, et comme la reconnaissance est plus vive dans les commencemens, ce temps doit être plus propre à l'établissement d'une bonne intelligence entre elle et l'ambassadeur de Sa Majesté. Il est important qu'il soit informé ponctuellement de ce qui se passera dans l'intérieur du palais. Ces détails deviendront considérables par le crédit que la Reine aura sur l'esprit du Roi Catholique et que le Roi ne veut empêcher, car il est plus à propos que le Roi d'Espagne, ayant à se laisser conduire, le soit par la Reine, dont les intérêts doivent être les mêmes, que par quelque autre, qui

pourroit engager ce prince à faire de fausses démarches. Il faut seulement prendre garde que ceux qui seront auprès de cette princesse ne lui donnent, s'il est possible, que de bons conseils.»<sup>2403</sup>

*Mémoire pour servir d'instruction au sieur Amelot, conseiller ordinaire du roi en son Conseil d'État, allant en Espagne en qualité d'ambassadeur extraordinaire de Sa Majesté. Marly, 24 avril 1705.*

«TROISIEME ARTICLE – DE LA REINE D'ESPAGNE. L'extrême passion que le Roi son mari a pour elle, l'humeur douce de ce prince donnent à la Reine un pouvoir entier sur son esprit. L'intention du Roi n'est point de le diminuer, mais de faire en sorte que cet ascendant de la reine sur l'esprit du Roi Catholique soit employé à lui faire prendre de bons partis, et c'est ce que Sa Majesté attend des sages conseils que la princesse des Ursins lui donnera de concert avec le sieur Amelot.»<sup>2404</sup>

*Mémoire pour servir d'instruction au sieur d'Iberville allant à Madrid par ordre du Roi. 17 novembre 1709.*<sup>2405</sup>

«Le sieur d'Iberville jugera par les premières réponses qu'il recevra, soit du Roi, soit de la Reine d'Espagne, soit de la princesse des Ursins, de ce qu'il doit attendre du succès de sa commission. Il lui sera facile aussi de connoître si l'on prétend l'amuser par des défaites et par de réponses vagues et incertaines (...).

»L'intention de Sa Majesté est qu'il s'adresse uniquement pour le succès de sa commission au Roi, à la Reine d'Espagne et à la princesse des Ursins, parce que les ministres espagnols, n'étant pas instruits des engagements que le Roi leur maître a pris avec l'Électeur de Bavière, employeroient toute leur industrie à les éluder.»<sup>2406</sup>

*Instruction du Roi pour le sieur duc de Noailles, pair de France, chevalier de l'ordre de la Toison d'or, gouverneur et lieutenant général pour Sa Majesté dans la Province de Roussillon, commandant de son armée, capitaine de la première compagnie de ses gardes, etc. 6 septembre 1710.*<sup>2407</sup>

«(...) Le Roi Catholique, ne pouvant conserver l'Espagne et les Indes, n'auroit de ressource que d'accepter le partage que ses ennemis étoient disposés à lui offrir (...). Il faut lui ouvrir les yeux sur ces différens articles en présence de la Reine d'Espagne, car il est nécessaire qu'elle assiste à cette discussion, et les laisser ensuite l'un et l'autre dans l'embarras de chercher des remèdes aux malheurs dont ils sont menacés. Il faudroit même charger plutôt que d'en adoucir la peinture, si l'infortune de ces princes n'étoit par elle-même assez grande sans y ajouter de nouveaux traits pour la rendre plus sensible (...).

---

<sup>2403</sup> Pp. 96-97 y 108.

<sup>2404</sup> P. 141.

<sup>2405</sup> Recuérdesse que Iberville había sido enviado a la corte española con el fin de negociar con Felipe V la cesión al elector de Baviera de las últimas plazas en poder español en los Países Bajos: Luxemburgo, Namur, Charleroi y Nieuwport.

<sup>2406</sup> Pp. 171-172.

<sup>2407</sup> La embajada extraordinaria del duque de Noailles tenía por objeto convencer a Felipe V de que renunciara a la corona española a cambio de los reinos de Nápoles y Sicilia.

»Après ce premier pas le duc de Noailles parlera séparément, soit au Roi d'Espagne, soit à la Reine, le Roi remettant à sa prudence de s'adresser à l'un ou à l'autre, ou même à la princesse des Ursins, suivant ce qu'il jugera le plus à propos de faire (...).»<sup>2408</sup>

*Mémoire pour servir d'instruction au sieur marquis de Bonnac, lieutenant pour le roi au Pays de Foix, allant en Espagne en qualité d'envoyé extraordinaire de Sa Majesté. Fontainebleau, 5 août 1711.*

«Le Roi d'Espagne, d'un caractère vrai et plein de droiture, ne lui déguiseroit peut-être pas le véritable état de ses affaires, si ce prince les connoissoit à fond; mais il est à craindre qu'il ne soit lui-même le premier trompé. Il a cru trop aisément que les événemens heureux de l'année dernière l'assuroient d'un entier changement de fortune, qu'il devoit à sa fermeté le retour de son bonheur; l'excès de confiance lui paroît une vertu et ces idées flatteuses sont d'autant plus difficiles à détruire dans son esprit qu'il est opiniâtre dans ses sentimens, en sorte que si, malheureusement, il prend de mauvais partis, il ne sera pas facile de lui faire connoître l'erreur, lors qu'il aura comencé à s'y laisser entraîner.

»La Reine d'Espagne est également capable de le conduire dans une route conforme à ses intérêts et de l'en détourner. La voix publique est unanime en faveur de cette princesse. Sujets, étrangers, amis et ennemis célèbrent également son esprit et ses grâces, et lorsque ses talens seront bien employés, comme il paroît qu'elle en a l'intention, le Roi d'Espagne sera heureux d'être conduit par elle, puisque, du caractère dont il est, il semble nécessaire que quelqu'un le gouverne.»<sup>2409</sup>

---

<sup>2408</sup> P. 179.

<sup>2409</sup> Pp. 199-200.

### III. Cartas de la reina de España a los duques de Saboya. A.S.T., LPD., Mazzo 26.

#### a. La reina a la duquesa Ana. Sospello, 17 de septiembre de 1701.

«(...) Vous me faites compliment, ma chère Maman, sur ma naissance ; c'est bien plus à moi de vous le faire et vous remercier de m'avoir mis au monde (...). J'ay une grande tristesse dans le cœur et principalement dans la nuit quand ie m'éveille et me trouve come cela toute seule. Je vous assure, ma chère Maman, que i'ay bien sentie dans cette occasion les bontés que vous avez pour moi, pour l'amitié que ie sent pour votre chère personne, et ie suis bien fâchée de n'avoir pas assez d'esprit pour mieux vous l'exprimer, aussi bien que le respect que i'ai [pour vous] et qui sera toute ma vie très grand (...)»

#### b. La reina a la duquesa Ana. Niza, 21 de septiembre de 1701.

«Je suis bien contente car i'ay reçu deux de vos chères lettres aujourd'hui ; iay scay bien que l'éloignement fait toujours le mal plus grand qu'il est; ie vous assure que i'aurai bien souhaité que vous fussiez icy pour toute sorte de raison (...)»

#### c. La reina a la duquesa Ana. Niza, 26 de septiembre de 1701.

«[Le cardinal] a fait son entrée à ce matin. Il étoit abillée d'une manière que ie ne puis pas pu tenir de rire. M[adam]e de Bertang vous dira comme il avoit fait. Nous sommes etes l'eschée pour le voir passer. Il a été tout droit à la cathédral où l'on a chanté le Te Deum et puis il est venu tout droi icy (...). A cinq heures il a pris sa seconde audience et une heure après il a fait sa dernière, où il m'a donnée la Rose d'Or, les corps saints et des Agnus Dei, et il m'a présentée ceux qu'étoit avec lui. Il est fort content du dînes de ce matin et ie crois qu'il le sera aussi du soupper de ce soir. Ils devoient venir voir les Galères à ce soir mais la mer, étant un peu agitée, ils n'ont pas pu venir (...). J'envois le corp st. au St. Sudaire aussi bien que la Rose d'Or (...). J'ay fait une boete pour la mère Marie des Anges et une autre pour le Père Valfré.<sup>2410</sup> P'en ay donnai aussi à M[adam]e de Bertant pour ses sœurs de Chieri et puis i'en ay envoyé a toutes les religieuses.»

#### d. La reina a la duquesa Ana. Antibes, 28 de septiembre de 1701.

«(...) Je fais vos commissions à l'égard de M[ada]me des Ursins, ie vous assure qu'elle est très aimable et a beaucoup d'esprit, mais avec cela ie ne laisse pa que de bien regretter les autres dames que ie les ai quitté avec grand regret. Hyer i'eut un peu mal et vomit, ce qui me fait craindre las journées à venir. Cette nuit passée M[ada]me des Ursins a couchée dans ma chambre aussi bien que M[ada]me des Noyers, qui a aussi beaucoup souffert. Nous avons eu toutes trois toute la nuit des punaises qui nous ont bien tenue éveillées. Je devoit commencer ma lettre par vous dire la magnificence de notre Galère mais mon mal m'en a un peu dégoutée, ce qui me fait avoir une grande envie que mon trajet de mer soit finit. Je suis icy dans une grande tristesse (...) comme ie pourrais vivre en Espagne sans un piemontes (...) cela me commence faire un certain effet mais, puis de l'autre cotée, i'espère que le roy fera tout ma consolation (...)»

---

<sup>2410</sup> Sobre Marie des Anges y el Padre Valfré, véanse los capítulos de este trabajo dedicados a la infancia y educación de María Luisa de Saboya y a su viaje desde Turín a Barcelona.



**e. La reina al duque de Saboya. Barcelona, 11 de octubre de 1701.<sup>2411</sup>**

«Vous ne sauriez asses croire comme ie suis heureuse d'avoir un mari comme celui que i'ay car c'est le plus aimable Prince du monde et vous voules bien que ie vous en remercie, mon très cher Papa, puisque c'est vous qui m'aves fait femme d'un si charmante roy. Mais ie vous assure que ie n'en serois pas ingrate car ie profiterai avec grand plaisir de toutes les occasions qui pourroit vous faire etre un peu contante de moi envers mes chers frères et toute ma maison. Soyés en, ie vous prie, bien persuadé, aussi bien que du grand respect et tendresse que i'ay pour vous, mon très cher Papa, et aurai toute ma vie.»

**f. La reina al duque de Saboya. Marsella, 21 de octubre de 1701.<sup>2412</sup>**

«(...) Je vous demande bien de pardon, mon très cher Papa, de ce que i'ay demeuré si long sans vous écrire. Je vous assure que ce n'est pas manque de respect et de tendresse, car i'en ai autant que l'on en puisse avoir pour vous. Je le reparerai à l'avenir. Je ne perderois aucun ocatons à vous donner de mes nouvelles (...). Vous devez etre persuade, mon très cher Papa, que ma royauté ne me fera point du tout oublier mon cher Pais, mais bien aux contraire, si ie puis rendre quelque service à mes chers frères ie le ferai de très bon cœur, et i'yrai au-devant de tout cela. Je suis toutafait contante de la P[rincesse]<sup>se</sup> des Ursins, elle a toutes les bonnes qualités que l'on peut souhaitter (...).»

**g. La reina al duque de Saboya. Barcelona, 10 de noviembre de 1701.**

«(...) Je suis persuadé, mon très cher Papa, que vous seres bien aise de savoir que ie suis très contente du roy et même il me semble qu'il l'est aussi assés de moi. Nous sommes depuis avant hyer icy où ie me porte fort bien. Si vous souhaitez de savoir quelque particularité le M[arqu]is de Cirié<sup>2413</sup> vous les pourra dire. Pour moi, ie vous dirai que i'ay été bien surprise de e que l'on n'a pas voulu laisser venir aucun piemontois avec moi. Je ne puis pas vous en dire davantage car l'on m'atands pour donner audience. Ainsi, ie finis en vous assurant de mon respect et amitié et vous embrassant de tout mon cœur.»

**h. La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 14 de noviembre de 1701.**

«(...) Je vous envoi, ma très chère maman, une lettre du roy que ie crois vous fera plaisir. Elle est sans cérémonie et ie tacherai de le faire écrire le plus souvent qui lui sera possible. Son serieux en particuliere commence un peu à passer mais en public il est d'une timidité qui passe l'imagination. Depuis que nous sommes icy, l'on nous donne tous les jours quelques divertissements. Les trois premiers soirs il y a eu des feux d'artifice qui nous ont plus fort ennuiée que diverti. Avant hyer les écoliers nous donnèrent aussi une feste et aujourdui nous allons voir un tournoi (...). Comme ie crois que l'envoyé est à Turin [Albizu]<sup>2414</sup> ie vous prie, ma très chère maman, de vouloir bien lui dire que i'ay donnée son papier au roy

---

<sup>2411</sup> La fecha de esta misiva es con toda certeza errónea puesto que la soberana no arribó a Barcelona sino un mes después.

<sup>2412</sup> Las cartas e y f serían dos de las misivas cuyo contenido llevaría al duque de Saboya a instar una mayor prudencia a la reina en su correspondencia con Turín, habida cuenta las manifestaciones de abierta parcialidad que la reina revelaba hacia su dinastía de origen.

<sup>2413</sup> Enviado extraordinario de Saboya ante la corte española con motivo del matrimonio de Felipe V.

<sup>2414</sup> Don Juan Antonio Albizu, enviado, y más tarde embajador, español en la corte de Turín entre 1700 y 1703.

qui n'a pas pu lui faire cette grâce<sup>2415</sup>, mais ce que ie lui ai obtenu c'est le titre d'ambassadeur, peut-être il le saura déjà.»

**i. La reina al duque de Saboya. Barcelona, 27 de noviembre de 1701.**

«(...) Je crois que vous saures, mon très cher Papa, que le conte que l'on faisoit quand ie partit de Turin n'est pas si faux que l'on croioit car le roy veut aller ce printems à Milan, où i'espère aussi d'y aller et d'avoir la consolation de vous embrasser moi-même. Ce me sera une grande consolations [sic] d'avoir le bonheur de revoir mon pais. Anfin, mon très cher Papa, ie ne pense qu'à cela. Les catalans ont bien voulu donner au roy deux millions par notre voiage, que ie ne scai pas s'il sera par mer ou par terre. Je vous assure que s'il est par mer c'est bien pour retourner avec mon Père et ma mère car du reste c'est la plus désagréable voiture que ie n'ai jamais veu (...).»<sup>2416</sup>

**j. La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 27 de noviembre de 1701.**

«(...) Je n'ay pas de grande relation à vous faire, ma très chère maman, car ie vous ai déjà mandée notre vie et toutes ces jours icy le roy a toujours été à la chasse et moi ou à des convents ou à des jardins, c'est une chose qui est for rare icy, car il y a fort peu de jolies jardins aujourd'hui. Je vais à un convent qui s'appelle S. Domingo et le roy y vient aussi à cause qu'étant dimanche le roy ne vas pas à la chasse et ie crois que nous nous n'y divertirons pas fort, car toutes les convents icy sont fort vilains et mal propre (...).»

**k. La reina al duque de Saboya. Barcelona, 2 de diciembre de 1701.**

«(...) J'ay occasions d'être toujours plus contante car le roy me témoigne beaucoup de bontés, pour ne pas dire amitié, et il s'est fort égaie depuis que ie suis avec lui, ce qui me fait un sensible plaisir car ie vous avoüe que le serieux qu'il avoit ne me plaisoit pas du tout (...).»

**l. La reina al duque de Saboya. Barcelona, 1 de enero de 1702.**

«(...) Je suis fort contante de le voir dans l'état où il est présentement.<sup>2417</sup> Je vous mande cecy, mon très cher papa, pour que vous jugies de là de l'amitié que i'ay pour lui. Je me flatte que le Roy ait de la tendresse pour moi, comme aussi s'il plait à Dieu ie serai heureux, mais toujours vous devez bien etre assurée, mon très cher Papa, que ie ferai tout de mon mieux pour l'être par mes manières (...).»

**m. La reina al duque de Saboya. Barcelona, 7 de enero de 1702.**

«(...) J'ay scu que le Roy a écrit en France qu'il est contant de de moi, ce qui m'a encore fait grand plaisir, comme vous pouver croire, et ie vous avoüe que i'espère d'être heureuse, et vous devez estre persuadée, mon très cher Papa, que pour ce qui regardera ma conduite ie ferai toute mon mieux. Je ne scaurois trouver de termes qui puissent asses vous marquer combien toutes les marques de tendresse que vous me donnez me mettent dans une très grande consolation, mais ie vous puis dire que ie n'y suis

---

<sup>2415</sup> Posiblemente el pago de una ayuda de costa que Albizu venía reclamando desde finales de 1700.

<sup>2416</sup> Alusión de la reina a la incomodidad de su viaje en las galeras española con destino a Barcelona, que hubo de interrumpir.

<sup>2417</sup> Se refiere al buen estado de salud del rey durante su convalecencia.

pas ingrate, car i'ay pour vous un respect, accompagnée d'une amitié, que ie ne scaurois asses vous dire à quel point elle monte.»<sup>2418</sup>

**n. La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 9 de enero de 1702.**

«(...) Il me paroît que les dames que i'ay icy m'aiment fort et ie vous promets que ie tacherai toujours de leur plaire et aussi a tout le monde. l'en icy une (c'est-à-dire une dame) qui a servi la reine ma tante [María Luisa de Orleáns] qui me parois beaucoup plus raisonnable que les autres et celle-là [que] i'ay plus d'occasions de lui parler qu'aux autres à cause que c'est elle qui me coeiffe et m'abille<sup>2419</sup>, mais ie vous avoue, ma chère Maman, que quand elles sont toutes ensemble ie ne caresse pas plus une que l'autre. Je suis transportée de joie de voir que mon frère [el príncipe de Piamonte] se souviens toujours de moi. Comme ie connois son entandement, ie vous prie ma chère maman de l'en remercier et d'embrasser le petit [el duque de Aosta] (...). Je vous dirai que le Roy me marque toujours avoir plus d'amitié pour moi et il faut voir [illegible] l'impatience où il est de venir coucher avec moi, anfin il me la marqué en toutes sortes d'occassions et vous pouver croire dans le contantement où ie suis (...). Je ne puis pas encore parler de Madrid, ma chère maman, n'y ayant pas encore été, mais les même[s] espagnol[s] avoue[nt] des choses de ce pais-là qui ne sont pas du tout agreables (...).

»Je veux bien vous dire, ma chère maman, tout ce qui se pense icy, ainsi ie vous dirai que sur le voyage d'Italie le roy de France a écrit une lettre toute pleine de tous les inconveniens qu'il y a à le faire mais le roy en meurt d'envie, ainsi il écrit à son grand père par ce courier, qui apportera cette lettre a Lion [Lyon], qu'il le prie de lui permettre [d'aller] et que cela, étant déjà déclarée par tous les autres pais et ainsi pour des autres raisons qu'il lui marque, anfin il lui écrit une lettre qui m'a persuadé que le roy de France lui permettra [d'aller]. Il m'a montré la ditte lettre mais ce qui m'en a fait plus de plaisirs c'est la fin, où il lui dit qu'il veut aussi que ie soit de ce voyage car [par] l'amitié qu'il a pour moi ne veut pas que nous nous separions si-tost. Il vous prie, ma très chère maman, de n'en rien dire à personne car ie ne suis pas bien aise que l'on sache que ie vous écris ces sortes de choses-là. Je m'abille beaucoup plus souvent a la françoise qu'a l'espagnole. Pour ce qui est des *sacristain*, l'on m'a dit qu'il y a déjà quelque dames qui l'on quittée à Madrid, sachant qu'il ne me plaisoit pas, et l'on m'a aussi dit qu'il y en a de celles qui ne demande[nt] pas mieux que de s'abiller a la françoise, mais croyez ma chère maman que j'irai bride en main en toute ces sortes de choses-là (...).

**o. La reina al duque de Saboya. Barcelona, 16 de enero de 1702.**

«(...) Le Commandeur Opert m'a dit ce que vous lui aves mandée pour me dire. Je vous promets, mon très cher Papa, que ie ne fais ni ferai paroître la tendresse que i'ay pour mes chers frères que quand ie

<sup>2418</sup> Esta constituye la última de las cartas de la reina a su padre cuyo contenido fue censurado, por imprudente, por el duque de Saboya.

<sup>2419</sup> Podría tratarse de Francisca Enríquez, dama que se encargaba del tocador de María Luisa de Orleáns. Acudió a recibir a esta reina en 1679, trasladándose igualmente a Barcelona en 1701 para hacer lo propio con María Luisa de Saboya. Hija del marqués de Alcañices, sobrina del duque de Uceda, casó en 1703 con el marqués de Bedmar. A.H.N., OM-Casamiento Santiago, exp. 1007; A.G.P., Personal, C. 2620, exp. 11; *Ibid.*, Felipe V, leg. 52; LEONARDON, H.: «Rélacion du voyage fait en 1679 au-devant et à la suite de la reine Marie-Louise d'Orléans en 1679», en *Bulletin Hispanique*, n.º 2 (1902), pp. 104-118, en concreto, p. 107 (*infra* 4).

croiray qu'en ce que mon amitié demande (...). Vous ne devez point, mon très cher Papa, craindre sur cela, car soyez persuadée que ie ne ferai que le juste et raisonnable, quoique la tendresse que j'ay pour mon pais me fit aller plus loin, mais en cette occasions ie me surmonterai (...).»

**p. La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 16 de enero de 1702.**

«(...) Je puis toujours vous reconfirmer mon bonheur, car cela augmente toujours de plus en plus. Je me trouve encore plus heureuse (...) ie vous assure que ie voudrois bien me pouvoir partager en deux pour avoir la consolation d'être avec vous sans quitter mon petit roy, car ie vous avoüe que ie serais fâchée s'il fallut déjà nous séparer (...).»

**q. La reina al duque de Saboya. Barcelona, 23 de enero de 1702.**

«J'ay été surprise agréablement mon très cher Papa par votre lettre que ie n'atandois pas à cause que j'en avais reçue une autre la semaine passée. Je vois[s] avec un sensible plaisir[s] que vous le faites et espère que vous le ferez plus souvent que vous ne m'aviez promis. Je ressens une grande consolation quand ie reçois, mon très cher Papa, de vos chères nouvelles, principalement quand c'est par vous-mesme, vous aimant comme ie fais, qui est plus que ma vie. Je crois que ie mourray de joie si jamais ie peux vous voir et vous embrasser (...), ie vous assure de bien bon cœur (...), mais cela n'est pas si impossible que l'on pourroit bien dire. Je veux vous dire tant de chose, ne pouvant rien cacher à mon cher papa, que j'aime plus que moi-même, ainsi ie vous diray que le Roy a une très grande envie d'aller à l'armée et il a écrit une lettre très forte sur ce chapitre au Roy son grand Père, et nous attendons la réponse. Pour moi, ie me flatte qu'elle sera bonne. Toujours ie prie Dieu pour cela, mais ie n'en fait part fort samblant, disant que j'aurai plaisir d'y aller à cause que ie crois que cela seroit bon pour la gloire du Roy et ie puis vous dire que ie ne fait paroître l'amitié que j'ay toujours pour ma mère et aussi pour mes frères qu'autant qu'il le faut. Une chose que vous devez être assurée, mon très cher Papa, c'est que si le Roy va en Italie ie seray aussi du voyage, car le Roy mon mari a écrit au Roy de France qu'il vouloit que j'en fusse, m'aimant comme il fait, qu'il ne vouloit pas se séparer si tost de moi et aussi qu'il ne falloit pas laisser les espagnols sans l'espérance de nous voir bien tost des enfans, et ainsi il ne lui refusera pas à ce que ie crois. Je vous prie, mon cher Papa, de ne rien dire de tout ce que ie vous écris, car ie ne scay si l'on seroit bien aise que ie vous écrive tout ceci, principalement à présent, que le voyage n'est pas encore sur (...). Enfin, ie crois que ie deviendrois folle de consolations si ie vous revoie avec ma mère et mes chers frères. Je crains que vous trouviez que j'écris bien mal depuis que ie suis icy, mais la cause est que j'ay beaucoup plus de lettres à faire que ie n'en aies à Turin, et n'ayant pas beaucoup de tems à moi à cause que ie suis presque toujours le Roy, j'écris avec une grande précipitation, ainsi il est difficile que j'écrive bien, mais pourtant il me semble que mon écriture n'est pas encore toutafait invisible. Si vous ne pouvez pas lire mes lettres, mon très cher Papa, ie suis persuadée que ma mère les lira fort bien car il me semble qu'elle deschiffre aisement toutes les plus mauvaises écriture[s], mais bon Dieu ie suis enlevé de plaisirs

en vous écrivant (...). Voicy le Roy qui entre qui revient du Conseil, ie lui dit que ie vous écrit, il me charge de vous faire ses complimens de sa part, étant icy il faut que ie finise (...).»<sup>2420</sup>

**r. La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 24 de enero de 1702.**

«(...) La musique espagnole ne me plaira pas. C'est la plus mauvaise chose du monde car la beauté c'est de chanter dans la gorge, ce qui est bien différent des autres pays mais, Dieu merci, ie n'antand cette musique que quelque fois à la messe, ainsi ils ne s'aperçoivent pas, c'est-à-dire, les espagnols, si elle me plaît ou ne me plaît pas (...). L'on a établi un jeu qui fait une espèce de petit appartement deux fois la semaine. Le roi et moi jouont au 'aire' à cause qu'à ce jeu-là l'on peut être beaucoup et le roy est bien aise de faire cette honneur non seulement aux grands d'Espagne mais aussi aux grands seigneurs de ce pays-cy. Toutes les catalans en sont en une très grande joie de ce que ce Roy icy veut un peu plus se communiquer à toutes ces sujets que n'avo[en]t fait jusqu'à l'heure ses prédécesseurs. Le beau tems continue toujours icy et ie ne manque pas d'en profiter, car comme vous saves, ma très chère maman, j'aime fort à me promener. La P. des Ursins a sceu que de faire de tans en tans [temps en temps] des petits présents à ma sœur des choses de ce pais-cy (...). Nous avons été jusqu'à l'heure un peu embarrassée sur cela, mais à la fin nous avons jugé à propos lui envoyer un abit à l'espagnolle pour faire quelque mascarade ce *Carnaval*, ainsi nous avons demandé de l'étoffe en France et ie le ferai faire autant plus viste pour lui envoyer. Il me paroît que c'est la surprise qui fait ordinairement plus de plaisir, ainsi ie vous prie ma très chère Maman de n'en rien mander en France. J'ay encore receu une lettre de mon cher Papa qui m'a mit dans une grande joie en voyant qu'il m'écrit beaucoup plus souvent qu'il ne m'avoit promis. Plus ie considère mon état plus ie me trouve heureuse et ie remercie Dieu de m'avoir mis auprès de moi la P[rincesse] des Ursins, qui contribue fort à mon bonheur. Pensés un peu, ma très chère maman, si j'euse eu auprès de moi une espagnolle qui m'auroit enragé du matin jusqu'au soir, comme j'auroit été à plaindre mais, Dieu mercy, ie ne suis pas dans ce cas-là (...). [La princesse des Ursins] à toutes les bonnes qualités que l'on peut avoir (...).»

**s. La reina a la duquesa Ana. Barcelona 6 de febrero de 1702.**

«Je suis dans une étrange fraieur car ie ne scai comme on receura en France toutes les representations que le cardinal Portocarrero et les espangols ont fait sur notre voyage. Ils en sont au désespoir et disent que si le roy veut aller apbsolument qu'il me laisse au moins pour gage, car ce qu'il craigne c'est [que] nous nous trouvions bien dans quelque lieu d'Italie et que le roy reviendrait tout au plus-tots pour moi. Je veux espérer que cela ne fera aucun effet. Une chse qui est fort plaissante c'est qu'is en firent fort autant à Charles Quint, qui ne laissa pas que d'y aller et fut victorieux comme vous saves (...).»

**t. La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 5 de marzo de 1702.**

«(...) La P[rincesse] des Ursins en est témoin de l'impatience que j'ay d'en recevoir [vos lettres] quand c'est le jour de l'ordinaire. Une chose que ie veux vous prier ma très chère maman c'est de ne faire aucun jugement quand vous ne receves pas mes lettres par les ordinaires, car scait un signe que ie vous ai écrit

---

<sup>2420</sup> Obsérvense las dificultades de María Luisa para seguir los consejos del duque de Saboya en lo relativo al contenido de sus misivas.

par quelques ordinaires comme ie fais aujourd'hui (...). Je suis bien en peine de toute cela. Je vous avoue que ce me seroit une étrange affliction que de m'en retourner à Madrid, de quitter le roy et de perdre toutes les espérances que j'avois de vous voir et de vous assurer moi-même des sentimens que j'ay pour vous (...). Vous avez bien de raison d'avoir de l'amitié pour la P. des Ursins car elle la mérite fort, quand ce ne fut que par l'attache qu'elle a à tout ce qui me regarde, elle me l'a déjà dit qu'elle étoit fort amie du feu Monsieur. Voilà, bien de choses qui vous y obligent, mais sans toutes ces raisons vous la devez aimer par elle-même et pour moi. Je suis persuadée que si vous la voyez jamais un jour vous en serez charmé, car l'on ne peut jamais si bien juger d'une personne quand on ne la voit pas (...). Le comte d'Aguilar est icy. Il est bien content de tout ce qu'il a vu en France. Tout ce que l'on m'a dit de ce pays-là me fait une envie de le voir fort grande mais il n'y a pas rien d'impossible. M[onsieu]r de Cirié m'a envoyé une chanson de l'opéra fort plaisante et qui m'a fort rejouie (...). Je vous prierai, ma très chère maman, de lui dire qu'elle m'a fait plaisir. J'ay été fort aise aussi de voir quelque chose dans ma langue. Je crois que j'ay commencée à oublier la langue piémontaise: cela n'est pas extraordinaire car il n'y a personne icy à qui ie le puisse parler (...). Je crois que vous me trouverez bien parleuse depuis que ie suis icy et bien différente de quand j'étois à Turin. J'espère que vous le jugerez vous-même. Je souhaite d'avoir toujours votre approbation et tout ce que ie fais (...). J'ay été aujourd'hui au sermon, qui ne m'a pas fait grand profit ne l'ayant pas antandu étant espagnol et il faut savoir parfaitement bien la langue pour les antandre (...).»

**u. La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 19 de marzo de 1702.**

«(...) Je veux vous dire, ma très chère maman, que la P[rincesse] des Ursins et moi sommes en grande dispute. Vous en serez surprise après tout ce que ie vous en ai mandé, mais cela est tout comme ie vous le mande: c'est depuis un jour que nous étions ensemble ie vint parler de tout ce que fait mon frère<sup>2421</sup>, tout son entandement et son esprit qui surpasse tout son âge, et elle me soutient toujours que cela est impossible, mais elle ne peut pas en parler, car elle n'a jamais vu mon frère. Monsieur de Marsin, qui l'a vu est pour moi (...). Le commandeur Operti n'est pas encore de retour de son voyage de Madrid mais il a écrit pour savoir ce que le roy commande qu'il fit où qu'il fit le voyage d'Italie ou bien qu'il demeure avec moi et le Roy a jugé à propos qu'il demeure à cause qu'il me sera bien plus nécessaire qu'il ne l'auroit été au Roy, car si mon père a quelque affaire pour lui faire savoir il sera assez prêt pour lui envoyer quelqu'un (...).»

**v. La reina al duque de Saboya. Barcelona, 26 de marzo de 1702.**

«(...) Je vous dirai mon très cher Papa qu'il n'y a personne au monde qui méritent [sic] tant votre tendresse que moi non pas comme vous pouvez croire par mon mérite personnel, mais par tous les sentimens que j'ay pour vous et pour toute ma chère Maison (...). Je suis bien aise que mon petit frère, ou bien mon enfant comme vous dites, soit si sain et robuste que vous me le mandés. J'espère qu'il (...) jouira long-tems d'une très bonne santé, c'est ce que ie souhaite de tout mon cœur (...). Je vous dirai que les vaisseaux du Roy sont arrivés, ou pour mieux dire le conte d'Etrée qui l'est commandé, ainsi le départ du Roy n'est pas fort éloigné car il s'embarquera au premier bon vent. J'espère que les almans

---

<sup>2421</sup> Posiblemente el duque de Aosta, futuro Carlos Manuel III, nacido en 1701 y ahijado de María Luisa.

seront bien tost chassés de l'Italie principalement si la nouvelle du mal du prince d'Orange<sup>2422</sup> se confirme comme on l'écrit de France. Je crois mon cher Papa que vous le saurez et aussi il me semble que nous avons beaucoup plus d'avantages que les ennemis en toutes sortes de choses, ainsi il faut bien espérer de cette chère campagne (...).»

**w. La reina a la duquesa Ana. Barcelona, 26 de marzo de 1702.**

«(...) [En relación a la enfermedad de uno de sus hermanos] Mon Dieu ma très chère maman, conservez-vous bien car je crains que pour vouloir conserver la santé de mon frère vous n'oubliez pas la vôtre. Je ne voudrai jamais vous savoir malade et j'espère que vous ne le serez pas long temps. Je ne sais ma très chère maman d'où vient que vous en recevez point de mes lettres. Il me paraît que je vous ai écrit toutes les semaines (...) mais peut être que vous aurais puis beaucoup de mes lettres en une fois. Je le voudrais bien car cela vous ferai voir, ma très chère maman, que je vous écris très régulièrement, ne demandant pas mieux que de le faire à tous moments s'il y a des occasions.

»Il est vrai que l'habit espagnol que j'ay envoyé à ma sœur a bien réussi.<sup>2423</sup> Il a plu au Roy, qui est le principal et après cela on dit qu'il a aussi plu tout le monde. Ma sœur me m'a mandé dans sa dernière lettre que l'a trouvé si joli qu'elle veut changer les manches, le corps et la coiffure de l'habillement français pour y mettre l'espagnol, mais il faut dire que depuis que je suis en ce pays cy, il est assez différent car la Princesse de Ursins et moi l'avont fort rajusté tant l'habillement que la coiffure. Je ne savais pas que ma cousine [una de las hijas del príncipe de Carignan] voulait aussi s'habiller à l'espagnole. Sa gouvernante auroit bien pu la laisser écrire, car je sais qu'un enfant de son âge ne peut pas parler comme un oracle.

»La séparation avec le Roy me déplait fort, ainsi je ne voudrai pas que l'escadre vint si-tôt, mais après cela quand je pense qu'il faut qu'il fasse ce voyage et qu'il est bon pour sa gloire, je voudrai qu'il parte (...).

---

<sup>2422</sup> Guillermo III de Inglaterra, al que los gobiernos de las Dos Coronas no reconocían como rey de Inglaterra.

<sup>2423</sup> «Toutes les dames arrivèrent sur les quatre et cinq heures pour le bal, qui commence à dix heures et demie, le souper ayant été avancé d'une heure. Le bal se passa dans la salle de la comédie, dont on avoit ôté l'orchestre. Le roi se plaça dans la tribune, et madame la princesse de Conty [hija de Luis XIV y Madame de La Vallière] demeura près de Sa Majesté. Les dames dansantes furent madame la duchesse de Bourgogne, madame la Duchesse [de Borbón, otra de las hijas legitimadas del rey y Madame de Montespan], mademoiselle de Melun, madame de la Vrillière, madame la comtesse d'Ayen [sobrina de Madame de Maintenon], madame la duchesse de Lauzun, madame la comtesse d'Estrées, toutes vêtues magnifiquement à l'espagnole. La parure de Madame la duchesse de Bourgogne étoit superbe (...). Rien n'étoit plus galant que l'habit à l'espagnole de madame la duchesse de Bourgogne. La reine d'Espagne l'envoya à cette princesse. Il étoit accompagné d'une coiffure qui n'est pas, non plus que l'habit, selon l'ancienne mode. Cette coiffure a tellement plu qu'on croit à la cour que de celles de France et d'Espagne on en composera une nouvelle qui tiendra de l'une et de l'autre; les personnes de bon sens et de bon goût ne peuvent s'accommoder de la hauteur de celles de France (...). Tous ceux qui ont vu madame la duchesse de Bourgogne avec son habit à l'espagnole en ont été charmés, et l'empressement de la voir a été grand, mais il faudroit entendre cette princesse parler espagnol. Cette linge ne paroît pas moins agréable à sa bouche que l'habit espagnol sur son auguste personne.» *Mercur Galant*, febrero 1702, cit. en DANGEAU, VIII, p. 338-339 (*infra* 1).

»Je ne vous ai encore jamais parlé, ma très chère maman, de la fille de M[onsieu]r de Fuensalida [el conde de Fuensalida], que vous savez bien que M[onsieu]r Albizu a aimée. Je vous assure que je crois qu'il ne la jamais approché de bien près car elle pue la punaise que c'est une chose qui passe l'imagination. Elle est de mes dames et quand elle m'approche, il me vient quasi mal. Par-dessus cela, est fort laide et a fort mauvaise grâce. Je ne vous en fais pas, ma très chère maman, un portrait fort agréable, mais elle est toute comme cela (...)»

**x. La reina al duque de Saboya. Barcelona, 9 de abril de 1702.**

«Je ne doute que vous serez avec lui [Felipe V] à l'armée, ainsi mon très cher Papa, permettes-moi de vous dire que naturellement il est sérieux avec les gens qu'il ne connaît pas et comme vous êtes de ce nombre il faudroit que vous lui parlassiez et commenciez d'abord à être un peu familier avec lui et, dans ce temps là, vous verrez toutes ces bonnes qualités et je suis sûre que vous seriez fort content d'avoir un beau fils comme lui (...). Je finis mon cher Papa en vous assurant que votre *Louison* vous aime cent fois plus qu'elle-même et qu'elle souhaite ardemment de pouvoir vous embrasser encore une fois dans sa vie.»

**y. La reina al duque de Saboya. Zaragoza, 9 de junio de 1702.**

Je ne veux pas mon très cher Papa laisser partir ce courrier sans vous écrire non seulement pour vous assurer de mon amitié, mais pour vous parler d'une affaire que je me suis chargée. M[onsieu]r de Zanzadari [Zondadari], nonce extraordinaire du Pape, parle à Monserrate à la Princesse des Ursins et lui dit qu'il auroit bien voulu que je prie le Roy de faire ce qu'il pourroit pour vous rassurer avec sa Sainteté. Il dit cela de lui-même et sans aucun ordre du Pape. M[ada]me des Ursins en a écrit en France et je vous envoie la copie de sa réponse que M[onsieu]r de Torsi [Torcy] lui a fait qui est toutes de plus obligeante pour vous mon cher Papa. Le Roy de France, marquant qu'il ne voudroit faire une chose donc vous ne vous trouviez pas bien, je me suis chargée de vous le faire savoir et je vous prie de me mander ce que vous souhaitez. Là dessus les deux Roys semblent le souhaiter et si cela vous ajustoit je serai bien aise de vous voir bien avec la Cour de Rome (...)»

**z. La reina al duque de Saboya. Madrid, 13 de julio de 1702.**

«(...) Je me rejouis infiniment de ce que vous avez vu le Roy. Ne vous avais-je pas mandé que vous le trouveriez un peu froid dans le[s] premiers moments? Mais, Dieu merci, il ne l'a pas été après dans les conversations que vous eûtes avec lui, où ma mère et ma grand-mère y étois, à ce que vous me mandez. Il m'a toujours marqué avoir de la tendresse pour moi, mais je ne laisse pas que d'être très aise de ce que vous vous en êtes aperçue. Vous vous êtes bien aperçue, mon très cher Papa, de mon bonheur et je vous assure que je le connais et tâcherai d'en mériter la continuation. Mais je connais bien qu'il est impossible qu'une personne de mon âge ait toute la prudence qui est nécessaire pour cela. Je vous avoue que si j'étois toute seule j'en désespérerois quasi, mais ayant la P[rincesse] des Ursins auprès de moi je puis m'en flatter avec raison. Vous ne sauriez croire, mon très cher Papa, l'utilité dont la P[rincesse] des Ursins m'est. Je serai très fort embarrassé si elle n'étoit point icy (...). La P[rincesse] des Ursins a envoyé en France votre réponse sur votre affaire avec le Pape. Je lui ai dit aussi ce que vous m'avez chargé sur



son sujet.<sup>2424</sup> Si j'osoit, ie vous ferai resouvenir qu'elle vous a écrit et que vous ne lui avez point encore fait réponse de votre main, cela lui feroit un grand plaisir et croyés qu'elle le mérite. Vous pouriez lui dire que vos affaires ne vous avoit pas permis de le faire plus-tots. Anfin, si vous vouliez plus obligeante, elle serit mieux. Faites-en après comme il vous plaira car ce n'est qu'une chose que ie n'ai pu m'amepcher de vous écrire (...).»

**aa. La reina al duque de Saboya. Madrid, sin fechar.<sup>2425</sup>**

«(...) Sur ce que vous me mandes, mon cher Papa, de la Princesse des Ursins, ie prendrai la liberté de vous dire qu'elle mérite fort que vous ayez de la bonté pour elle, ainsi si vous vouliez lui écrire de tems en tems de votre main, cela vaudrait mieux que cens milles lettres de secrétaire, pour veu que cela ne vous incommode pas. Pour lecriture et le stile, ie vous assure que lun ny lautre n'est pas si mauvais que vous croyes. Je vous dis cela à cause que la P[rincesse] des Ursins est fort sensible et a fort remarqué le tems que vous avez été sans lui faire faire le moindre compliments et, si vous le faites, vous me ferez un grand plaisir, car encore une fois elle le mérite. Je vous prie de me faire réponse sur cecy dans un petit billet apart, comme ie fais. Je vous embrasse de tout mon cœur. Pardonnez-moi la liberté que ie prends.»

**bb. La reina al duque de Saboya. Madrid, 28 de febrero de 1703.**

«J'ay reçu mon cher Papa votre lettre du premier de ce mois (...) mais ie n'y repons qu'aujourd'hui car j'ay été si affligée de voir que le Roy très Chretien veut que la P[rincesse] des Ursins s'en aille et tous cela par des calomnies et des faussetés du Cardinal D'Estrée, qui sont crues, que ie ne puis le faire et quoique ie la sois encore, ie ne puis pas demeurer si long-tems sans vous assurer tout ma tendresse. Je vous assure que ie suis bien enragé contre les Estrée qui m'aute[nt] ce qui faisoit ma consolation et tous cela pas cens milles sottises qu'ils ont eut l'insolence d'écrire en France, où il se laissent si bien tromper, car assurément si on faisoit une foi connoître la vérité au roy, ie suis sure qu'il ne feroit pas en aller la P[rincesse] des Ursins, mais les Estrée, qui le mériteroi[en]t bien par leur procédé. Vous voyez mon cher papa dans quelle colère ie suis, mais le sur est que ie ne sçai ce que ie ferai quand la Princesse s'en sera allée et qu'on m'aura mis à sa place quelques espagnoles ou françoises, qui me fera enrager du matin jusqu'au soir [et] avec qu'il faudra que ie sois toujours sur mes gardes et qui me fera tous les pièges qu'elle pourra. Voilà dans quels états ie suis, ie vous en laisse à en juger (...).»

**cc. La reina a la duquesa Ana. Madrid, 29 de marzo de 1703.**

«(...) Je suis bien aise de ce que vous m'assurés que le mal de mon frère n'est rien car sans cela j'en aurais été fort inquiète car j'aime fort mes chères frères. Ainsi ie ne voudrais jamais les savoir incommodés mais toujours dans une parfaite santé (...). Le cardinal D'Estrée est venu à la fin voir la Princesse des Ursins car ie crois qu'on lui en a mandée apparemment quelque chose de France et ce que ie trouve d'admirable c'est qu'elle l'a reçu comme si rien n'étoit, mais au contraire, lui faisant toutes sortes d'ouï-dire. Vous pouvez bien croire, ma chère maman, qu'une visite du cardinal d'Estrée ne finit pas

---

<sup>2424</sup> Véase la misiva anterior.

<sup>2425</sup> La fecha de esta misiva aparece en blanco. Su contenido hace referencia a una misiva enviada por el duque a su hija con fecha de 16 de agosto de 1702, por lo que puede datarse entre finales de agosto y comienzos de septiembre.

les choses car après tout ce que l'on a fait à la Princesse des Ursins il faut bien plus que cela pour le réparer. Pour des nouvelles de France nous sommes dans un très grand étonnement car le roy, moi et la P[rincesse] des Ursins avons fort écrits par un courier extraordinaire qu'on a envoyée exprés, et depuis il en est venu deux de cet pais-là sans que nous aions receu une seule lettre. Je ne sçai ce que c'est que cela, nous verons si l'ordinaire de France qui arrive demain n'aportera rien. Nous savons l'arrivée de notre courier et n'avons aucunes responce. Je vous assure, ma chère maman, que cela est fort étonnant, mais de ce que ie suis encore plus étonnée c'est d'une chose qu'il m'est impossible de ne vous faire part: vous sçavez ma chère maman combien i'aime Madame<sup>2426</sup>, et la contant comme une de mes meilleures amies il y a quelque tems que ie lui écrivis une grande [lettre] lui rendant un conte exact d'un bout jusqu'à l'autre de tout ce qui s'est passée en ce pais-cy depuis l'arrivée du Roy, avec un air d'amitié et de confiance que ie croiois lui feroit plaisir et, en même tems, ie la priaï de vouloir bien me mander tout ce que l'on disoit de toutes nos affaires et de qu'elle man[i]ère on parloit du Roy, de la P[rincesse] des Ursins et de moi, lui demandant cela comme une marque de son amitié, et encore beaucoup de choses qui seroi[en]t trop longue à vous mander. Anfin, i'ay receu sa réponse, qui m'a mise dans un grand étonnement: elle passe sur ce chapitre, on ne peut plus légèrement, disant qu'elle est dans les limbes ne sachant rien de tout ce qui passe. Il semble qu'elle ne veuille point entrer en conversations avec moi sur ce sujet et qu'elle ne veuille en aucunes façons m'ouvrir son cœur. Je vous avoue, ma chère maman, que ie n'attendois pas cela d'elle. Je vous prie de me mander ce qu'il vous en paroît. Je lui répondis hier a cette belle lettre comme (...) à mon ordinaire. Je lui dis que ie croiois pouvoir lui ouvrir mon cœur sur tout ce qui se passoit, mais puis qu'elle m'assuroit être dans les limbes et ne savoir rien des choses du monde, que ie m'imposoit silence. Je crois qu'elle antandera bien que cela veut dire et ie vous manderai de qu'elle manière elle me repondra (...).»

---

<sup>2426</sup> Isabel Carlota de Baviera (1652-1722), segunda esposa de Monsieur el duque de Orleáns, hermano de Luis XIV, y abuelastra de María Luisa de Saboya.

#### IV. Correspondencia de la reina con Madame de Maintenon.

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Madrid, 24 may 1704.

«Vous me laissez si long-temps sans me donner de vos nouvelles, que je ne puis m'empêcher de vous écrire pour vous en demander. Donnez-moi en tout vos conseils: j'en ai toujours eu besoin, mais beaucoup plus présentement. Je crois que vous ne doutez pas de l'affliction où je suis depuis le départ de la princesse des Ursins (...).»<sup>2427</sup>

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Madrid, 19 septembre 1704.

«Comme c'est a vous que ie m'adresse dans mes peines pour y trouver du soulagement, personne ne pouvant m'en donner plus que vous. Je le fais aujourd'hui pour marquer la crainte que j'aye que tous les bruits qu'on fait courir tant icy qu'où vous estes ne fassent quelque effects dans l'esprit du Roy mon grand père. Ils me prennent par toutes sortes d'endroits mais celui qui m'est plus sensible qu'aucun autre c'est qu'il sent assez meschant et menteur pour vouloir persuader que ie n'aime pas le Roy très Chretien comme assurément ie fais et enfin que ie suis à son esgard toute different de la vérité. Je vous assure que ses belles choses qu'on debitent me picquent à un grand point qui presse toute imagination, mais ie me flatte que le Roy mon grand père me rendra la justice que ie mérite et n'écouterà point des frippons qui veulent mettre la discorde par tout, mais au contraire, croira qu'on ne sauroit avoir pour luy plus de respects et de tendresse que le Roy et moy en avons, aussi bien que de reconnaissance de tout ce u'il fait pour nous et ie espère qu'il le connoit au moins nous tachant de le faire, par une obeissance aveugle à tout ce qu'il peut desirer, ie croy aussi que si nous estions assez malheureux que le Roy crut cela de nous qui seroit la plus grand Malheur que pourroit nous arriver, vous nous rendriez justice en luy faisant connoitre la verité. Ce que ie veu encore demander pour la seconde foy est que vous faisies connoitre de ce Prince si juste et équitable, la verité à l'égard de la Princesse des Ursins, qui est dans un estat le plus pitoyable du monde, puisque pour recompense des peines et soins qu'elle a pris pour le service des deux Roys, elle est non seulement chassée honteusement d'icy, mais encore on ne veut pas seulement lui permettre d'aller à la Cour dire elle mesme ces raisons et d'autres choses aussi qu'il ne seroy pas mauvais que le Roy sçut. Enfin on ne veut point qu'elle y aille par ce qu'en sortant d'icy, elle edit qu'elle alloit à Rome, car elle ne savoit pas toutes les choses donc ces ennemis l'accusent et depuis l'avoir sut, elle desiroit s'aller justifier au pied de son maître. Il faut qu'elle ait fait des choses bien épouvantables puisqu'on luy a refuse si cruellement une telle permission. Au nom de Dieu que vous tachies de faire que le Roy mon grand père lui accorde une grace aussi aisée à ce qu'elle paroît que celle-ci. Cependant, ie vous assure qu'il ne pourroit faire une chose à la quelle ie fut plus sensible, car ie suis toujours la mesme pour la Princesse des Ursins et la seroy toute ma vie, c'est bien le moins que ie puisse faire que de dire sa conduite de la quelle j'aye esté tesmoins, vous avez beau dire que vous ne vous mesles de rien, et ie vous avoüe que ie conte sur vous et que vous feres les deux choses que contient cette lettre, qui me touchent tant. Croyes que ie

---

<sup>2427</sup> Recogida en *Mémoires pour servir à l'histoire de Madame de Maintenon et à celle du Siècle passé par M. de la Beaumelle. Tome Cinquième.* Maestricht, MDCCLXXXIX, pp. 204-205.

merite cela de vous par l'estime et l'amitié que j'ay pour vôtre personne. Marie-Louise». AA. EE., M/D, t. 128, fols. 58r.-61v.

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Madrid, 1 novembre 1704.

«(...) Vous direz peut-être, que dans toutes mes lettres je vous dis toujours la même chose: je l'avoue, mais, à vous dire vrai, l'affaire en question me tient tant à coeur, qu'il me semble que je ne puis assez vous en parler. Mais pourtant il faut me taire pour vous prier en confidence de me mander une chose, qui est, si je dois écrire souvent ou rarement au pays où vous êtes, c'est-à-dire, au roi mon grand-père, à Monseigneur, et à M[onsieur] le duc de Bourgogne. Si je suivais mon goût, j'écrirois sans cesse, sur tout au premier. Mais quand il n'y a rien de nouveau, je n'ose le faire de crainte d'importuner. Faites-moi donc, le plaisir de me mander de quelle manière je dois me conduire pour leur plaire, et pour leur marquer les sentiments vifs et sincères que j'ai pour eux. Vous pouvez croire que je serai ravie de suivre tous les conseils que vous prendrez la peine de me donner, et que je les regarderai toujours comme venant d'un personne que je compte au nombre de mes amies. Ne craignez pas, comme vous me marquez dans votre lettre, de vous rendre importune. Cela n'est pas facile, quand on a de l'esprit, et par dessus cela, qu'on a pour vous autant d'amitié que j'en ai.»<sup>2428</sup>

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Madrid, 4 mars 1705.

«Je voudrois vous écrire la semaine passée, mais une migraine qui me prit le jour qu'il falloit écrire m'en empescha; c'est ce qui fit que ie priai ma soeur de vous faire de ma part des excuses, mais aujourd'hui ie le fais très volontiers pour avoir le plaisir de discourir avec une princesse qui a tout l'esprit du monde et par laquelle j'aye beaucoup d'amitié. Je receu pandans que nous étions à l'Escorial votre lettre du 8 février et vous pouvez aisement vous imaginer le plaisir infini que ie ressentit en lisant ce que vous me mandes sur la Princesse des Ursins, puisque ie vois que vous la connoisses telle qu'elle est; elle a toujours eue au milieu de toutes ces peines cette tranquillité et cette moderation que vous luy avez trouvée. Je pouray vous dire sur cela beaucoup de choses de sa conduite mais presentement ie croy qu'elle n'a plus de soin de se justifier, ainsi ie n'en diray rien (...). L'espère qu'on va travailler et faire des merveilles, au moins le Roy ne demanda pas mieux et ie vous assure que c'est un plaisir que de voir combien il s'applique à ces affaires. Je vous dis cela car on l'accusoit du contraire et mesme ie vous avouëray en confiance que dans certaines tems il ne s'y appliquoit pas tant qu'on auroit pas voulu, mais pour asseure sans flatterie, il est tel qu'il faut et ie voudrois vous antandir parler les messieurs qui sont du *Despacho* qui dissent qu'eux mêmes, qui ont été toute leurs vies dans les affaires ne les comprennent et antendent point si bien que fait le Roy, tout d'un coup, anfin ils en sont charmée aussi bien que moy, remercie tous les jours le bon Dieu de m'avoir donné un mari si aimable et si parfait, l'espère qu'avec l'exemple qu'il a devant les yeux du Roy son grand-père, il deviendrat avec le tems un grand Roy, estimée, aimée et craint de tout le monde (...). Je vous assure que ie suis très persuadée de tous les sentiments que vous avez pour moy,

---

<sup>2428</sup> Recogida en *Ibidem*, V, pp. 206-207.

pour les miens, il ne seut pas aisé a exprimer, ainsi il vaut mieux que ie charge la P[rincesse] des Ursins, qui les a veu, de vous les bien persuader. Je ne repons rien sur tout ce que vous me mandés des flateurs, car ie voudrois que vous me parlassies plus sincèrement et me dissies mes défauts qui sont en plus grand nombre, pour que ie peut m'en corriger. Croyes que vous ne sauries me faire un plus grand plaisir et que ie ne suis point en cela comme sont d'ordinaires les Princes qui n'aiment pas qu'on leurs dice leurs verités. Je suis touchée plus que ie ne sauray vous dire de ce que vous me mandés de ma soeur, aussi bien qe de sa regularité, car en verité, ie l'aime bien tendrement, ie vous remercie des souhaits que vous faites que Dieu accomplirat quand il lui plairat, mais ie ne puis m'empêcher de vous dire que le projet que vous avez de marier mon neveu avec ma fille, vous ne l'aves pas pensée la première, car nous l'avons déjà ajustée ensembles ma soeur et moy mesme devant que mon nepveu vint au monde (...)» AA. EE., M/D, t. 128, fols. 62r.-64v.

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Buen Retiro, 8 may 1705.

«(...) Mais sur plusieurs point que la Princesse des ursins m'a fait savoir qu'on accusoit le Roy, ie luy répondis hyer et si elle est encore à Paris quand ma lettre arriverat, elle vous en informerat et ie croy que vous excuserez et de plus plaindres le Roy. Je desire fort que tous les changements qui vont se faire, soit fait [sic], car ie ne desire pas qu'à l'avenir nous ne songeant uniquement qu'à chaser l'archiduc. M[onsieu]r Amelot et Orry doivent arriver incessamment, la Princesse des Ursins me fait espérer d'être icy ver le 9 ou 10 du moy qui vient et ensuite, il faut que les ennemis permettent au Maréchal de Tessé de venir icy et tous ensemble travailleront avec le Roy et feront s'il plaît à Dieu des merveilles, mais une chose qui est absolument nécessaire pour que l'union règne icy c'est premièrement qu'on aute [oste, ôter] a Messieurs d'Estrées tous les commerces qu'ils ont en Espagne et ensuite qu'on n'écoute point tous les contes et faussetés qu'on vous irat dire, ou bien faises, si vous vouldes, une chose: c'est de nous les mander et nous vous feront voir d'où cela viens, si l'avis est bon ou mauvais, s'il est vray ou faux, et s'il est passionnée ou non, et par là, aussi vous pourres connoître advantage cette cour. Si vous ne faites ces deux choses, crois que nous aurens beau être tout raisonnable, il y aurat toujours milles cabales et mille choses et nous aurons toujours à justifier ce que nous n'avons point fait, ce qui n'est point agréable. Vous croyes bien que la faut que vous trouvés en la Princesse des Ursins ne me le paroît pas, au contraire, ie vous avoüe qu'elle a grande raison de vouloir que les Espagnols en France ne soyent point regardés comme les autres étrangers, ne vouldés vous pas qu'icy ne les traitiens également, il faut donc, que vous faisies la même chose. Je suis très éloigné de trouver mauvais que vous me parles trop librement (...), qu'on ne sauroit me faire un plus grand plaisir que de me dire francement tout ce qu'on dit de moy, tout ce que ie dois faire et tous mes défauts pour pouvoir m'en corriger. Fies-vous en à la Princesse des Ursins (...). Il faut me taire, car vous dires que tout ce que i'en diray est par passion, cela est pourtant bien éloigné car quoique asseurement on ne puisse l'aimer plus que ie fais [se refiere a Felipe V], la meme P. des Ursins peut vous avoir dit que dans la manière qu'il m'appartienne, ie gronde toujours le Roy et ne fait sans cesse que luy dire milles choses, mais après cela ie vous avoüe que ie me flatte qu'avec le tems il serat un grand Roy, car il en a toutes les qualités, il n'a qu'à les montrer, i'en peu plus qu'il ne fait, vous

voyes bien que ie vous parle a coeur ouvert et vous dit ce que ie pense comme à une de mes meilleurs amis (...).» AA. EE., M/D, t. 128, fols. 65r.-66v.

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Buen Retiro, 13 may 1705.

«Je vous avoue que j'ay été surprise bien agréablement en recevant votre lettre du 9 de ce mois, car ie ne m'y attendoit pas en avant eüe une le lendemain passé, la regularité ne manquerat pas de mon costé, car ce m'est un vray plaisir de recevoir de vos lettres, ce qui vous attirerat souvent de mes griffonnages, mais en verité, il m'est trop agréable d'avoir une commerce avec vous pour y manquer a aucunes matières, vous me mettres dans une grande inquiétude, touchant la santé de la princesse des Ursins. Je conte les heures et les moments qu'il manquent pour que ie l'aye avec moy (...). Je croy que le Roy mon grand père roirat (?) tout ce qu'elle luy a dit des sentiments que le Roy et moy avons pour luy, ie n'aye jamais doutée non seulement qu'on rendist justice à la Princesse des Ursins, mais qu'elle plut infiniment des que j'ayris qu'on lui avoit permis d'aller à la cour, car il est sur qu'on ne saurait la connoitre sans l'admirer et l'aimer et ie suis ravie de voir que ie ne suis pas la seule à qui cela soit arrivé (...).

»Je me feray aussi bien appliquer le plan de Marli, qui est a ce que j'ay oui dire un lieu enchantée. Il est vray que la P[rincesse] des Ursins a beaucup de projets pour ce país cy, mais pour cela il faut une bonne paix, vous apprendres par ce courier cyla perte de Salvaterra (...).» AA. EE., M/D, t. 128, fols. 68r.-69r.

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Retiro, 8 juin 1705.

«(...) sa présence [de la princesa de los Ursinos] nous est bien nécessaire, c'est ce quif at que j'aye été ce matin très fachée en aprenant que le quinquina ne luy a point auté la fièvre (...). Nous nous trouverons bien heureux quand elle serait icy, car de la manière que ie la connoit et aussi M[onsieu]r Amelot, ie suis très persuadée que tous seront de concert à songer uniquement au bien du service de nos deux chers Roys, il m'a parut que M[onsieu]r Amelot trouve le roi bien différend du portrait que certaines gens lui en avoit fait, ie ne doute pas qu'il n'en écrira mille choses et surtout de l'aplication qu'il a à ces affaires (...). Mr. Amelot et Orry viennent icy presque toutes les après dinée et sont des deux et trois heures avec le Roy a raisonner et cela après qu'il y a eut le matin un *Despacho* d'autres deux heures, vous m'avouieres que c'est quelque chose. Dans ces conférences des après dinée ils veulent toujours que i'en soit, et ie vous assure que ie m'en passeray très bien non seulement par ce que cela n'est pas divertissant, mais aussi croyes-moy, a 16 ans on ne s'antand guères a toutes ces choses.

»Et on peut bien se passer du sentiment d'une personne si raisonnable; ie ne scay si le duc parlerat de moy comme vous croies en France, pour icy il n'étoit pas si modéré et mesme ie puis vous assurer qu'il a dit de moy des choses qui passe (sic) la raillerie mais tous cela part il a fait de son mieux pour m'éloigner du Roy (...). Je ne luy souhaite point du tout mal, mais au contraire, ie luy souhaite par son âme qu'il ne soit pas à l'avenir comme il a été jusqu'asteure. Je scay la belle pensé qu'on ceux de la caballe de faire rapeller une seconde foy la P[rincesse] des Ursins, mais en mesme tems ie croit que nous sommes en suretés et que les tems passées ne reviendront plus (...).» AA. EE., M/D, t. 128, fols. 71v.-72r.

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Madrid, 19 juin 1705.

(...) Comme c'est par vos conseils que ie veux me conduire puisque vous voules bien prendre la peine de me dire ce que vous pensés, ie veux vous demander avec la confiance que nous avons, si le Roy mon grand père est content de ma conduite avec ma famille, ie fais de mon mieux car mon principal but est de luy plaire, mais ie ne scay si i'y reussit (...) prenes aussi s'il vous plait la peine de me mander si on ne trouve point que i'écris trop souvent à ma mère, la pauvre princesse est si a plaindre que ie ne puis m'empescher de faire de ems en tems une chose (...) qui lui fait plaisir et adoucit, si cela se peut, ces peines, mais malgré tout cela, si on ne le trouve bon ie ne le feray pas si souvent (...).» AA. EE., M/D, t. 128, fols. 77r.-77v.

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Madrid, 25 février 1706.

«(...) Il me faudroit employer du sens qu'il faut que ie donne malgré moy aux soins de ce malheureux gouvernement, don con a voulu que ie fusse chargé. P'en suis au désespoir, ie trouve les affaires insupportables et il faut être enrage pour y avoir du goût. Tout le soulagement que i'ayc'est d'avoir auprès de moy un homme comme Mr. Amelot, qui m'aiderat beaucoup et qui rendrat compte au Roy mon grand papa de ma conduite.» AA. EE., M/D, t. 128, fol. 126r.

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Madrid, 12 mars 1706.

«Voulés-bien que ie vous dise que ie ne trouve point que ie soit obligée de me mesler des affaires pandans que le Roy est à Madrid. Si ie croiois que ce fut un de mes devoirs, ie ne balanceray pas de le remplir, passant par-dessus mon plaisir et mon goût, mais ie croys être delivrée d'affaires quand le Roy est icy, et c'est ce qui me fait encore plus desirer qu'il finisse bient-tots son entreprise. Je vous assure que ie trouve tous les jours dasavantages [sic] les affaires insupportables, beaucoup de gens demandent fort souvent des choses ridicules, si on na leurs accordé pas il sent fachée et ceux d'ordinaire a qui ont fait quelques graces, n'en sont point reconnoissant. Ainsi on se fait hair fort aisement et il n'est pas aise de se aire aimer. On passé sa vie au conseil, a des audiances, antandre dire que totu se perd, qu'il faut des troupes, de l'argent et de tous, et on n'a point. Vous m'avoüeres que cela est bien agréable et capable de donner du goût a s'est mesler toujours (...). C'est une grande consolation pour moy que d'avoir la princesse des Ursins, c'est l'unique que i'ae et ie m'estimeray bien malheureuse si ie ne l'avoit pas (...).» AA. EE., M/D, t. 128, fols. 127v.-128v.

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Madrid, 4 avril 1706.

«Vous n'est (...) pas encore au but de me persuader que c'est un de mes devoirs que d'aider le Roy a gouverner ces etats, un grand Roy comme i'espère qu'il seroit un jour avec de bons ministres c'est ce qu'il faut pour gouverner et la Reyne ne doit songer qu'à plair à ceux qu'elle doit et a imaginer des amusements pour divertir le Roy au sortir de son conseil. Voilà ce que ie feray, mais pour les affaires, laisses moy en repos. Je n'en void que trop présentement toutes les peines (...). Je n'aie de consolation que de penser que voicy la dernière foy de ma vie que ie m'en meleray. Le Roy me fait trop d'honneur de

croire que ie suis bonne pour soulager, consoler et conseiller son petit-fils, les deux premières choses ie tacheray de les faire de mon mieux, mais pour la troisième ie pressumeray bien de moy si ie m'en croiois capable et i'en suis si éloigné (...).» AA. EE., M/D, t. 128, fols. 133v.-134r.

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Madrid, 13 novembre 1706.

(...) ie souhaittois la pai, mais ces souhaits ne m'empêche pas de la craindre présentement qu'on en parle et de songer à tous les malheurs qui nous sont arrivées depuis quelque tems, et au triste etat où nous sommes. Sauroit été une folie en tous tems si nous avions crut que cette guerre finit sans u'ils nous en coutat rien, mais asteure il est question de perdre considerablement et ainsi il est natural que nous le ressentions vivement quoique nous aions toujours la mesme confiance dans le Roy notre grand père et esperions qu'il aurat de la bonté pour nous jusqu'au bout, surtout dans une occation où il y vat du tout pour nous. Pour vous, i ene sait si peut-etre ie me trompe mais ie croy que vous ne gasteres rien et qu'au moins vous n'empescherez pas que le Roy suive son panchant et l'amitié qu'il a pour son petit-fils (...). Le Roy fait souvenir son grand-père par ce Courier cy de la promesse qu'il luy a faite de retenir en Flandre une petite principauté. Nous esperons qu'il nous accorderat une chose que nous luy avons demandé si instanment et qu'il voudrat bien avoir cette considération.» AA. EE., M/D, t. 128, fols. 187r.-188v.

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Madrid, 3 novembre 1706.

«(...) Le Roy (...) a jugé à propos de m'auter mes dames par les raisons que vous verres dans la lettre de M[onsieu]r Amelot. Pour moy, je m'en sauray fort bien priver etant question d'avoir assés d'argent pour maintenir les troupes. Il ne faut pas songer à autre chose pour presentement, car après cela i'aimeray fort à avoir une belle cour qui soit honorable et galante. Celle que l'avois en étoit bien éloigné et puis comme mande M[onsieu]r Amelot, il y a dans ces dames des filles, des soeurs, de gens fort mal intenionné; anfin, Madame, on a bien veu dans cette occation qu'après Dieu c'est les peuples à qu'il nous devons la couronne, ne croies pas au moins par là qu'on ne fait que chatier tout, on va fort doucement et mesme ie vous diray que i'ay veu ces jours cy des femmes de la première qualité, qui ont très mal fait et qui meritoit tout au moins de ne pas venir au palais, mais croies moy, nous ne pouvons pas compter que sur les peuples, qui graces à Dieu font le tout, car les seigneurs comme nous l'avons bien veu dans cette occation. Malgré leur mauvaises intentions, comme ils n'ont point de pouvoir ils ne sont point du tout à craindre, ie vous parle si librement parce que cette letter irat par un Courier extraordinaire (...).» AA. EE., M/D, t. 128, fols. 184r.-185r.

*La reina de España a Madame de Maintenon.* Madrid, 29 novembre 1706.

«(...) Ie suis fort aise que la résolution du Roy d'en chasser mes dames ait été approuvé, i'ay bien crût qu'on ne trouveroit pas mauvais une chose qui marquent que le Roy ne songe qu'aux moiens de soutenir le mieux qui luy est possible une guerre (...). Pour moy ma chère madame, je trouve que ce n'auroit pase té un bonne gloire mais une sotte vanité si i'avois été fâchée qu'on diminuât ma maisons dans le tems où



nous sommes. Pour les seigneurs, il est très naturel qu'il le ressente, non seulement parce qu'ils sont bien aise d'être deffait de leurs parentes, mais aussi parce que par leur moiens savent tous ce qui se passe dans le palais, quoique toutes ces dames ont ait fort mal usé. Pour moy, nous n'en avons pas laissé, le Roy et moy, que de les assurer que dans toutes les occasions qui se presenteront de les marier nous nous souviendrons d'elles et en useront comme si elles étoient auprès de moi (...).

»Il faut que ie vous aprenne un grand changement qu'il y a encore en cette cour environ dix jours, qui assurément ne vous affligerat pas, c'est dans le Roy. Vous savez qu'on a toujours dit qu'il y avoit beaucoup d'esprit, beaucoup de bon sens, juste, bon anfin, qu'il y avoit toutes les qualités nécessaires dans un Prince comme lui (...), mais on y adjoutois qu'il ne (illegible) point par une mésfiance qu'il avoit de luy mesme qui gastoit tout. Vous savez que la P[rincesse] des Ursins et moy avons toujours dit que s'il pouvoit se vaincre et n'avoir plus cette crainté qui nous desespéroit il seroit parfait; ce tems est arrive Madame et nous sommes assés heureux pour qu'il veille anfin se faire connoitre pour ce qu'il est. Il s'applique à tous non seulement aux grandes choses, mais aux petites, il veut estre informée de tout, il raisonne et comprend les affaires d'une manière qui estonne, il met en mouvement tous ce qu'il faut, il assemble de gens pour parler des moiens de faire promptement des recrues, il en parle comme s'il avoit beaucoup plus d'expérience qu'il en a. Anfin, ma chère Madame, il est charmant et le meilleur est que ie croy que cela continuerat et que nous le verons un jour un grand Roy (...).» AA. EE., M/D, t. 128, fols. 190r.-192v.

#### **IV. 1. Correspondencia de Madame de Maintenon con la reina de España.**

*Madame de Maintenon a la reina de España.* Fontainebleau, 5 octobre 1704.

«Je suis touchée des peines de Votre Majesté, mais je le serais encore davantage, si je la voyais insensible aux discours qu'on fait contre elle et qu'elle me fait l'honneur de m'écrire. On ne peut rien dire de plus désavantageux pour Votre Majesté et puisqu'elle veut que je lui parle avec liberté, j'ose convenir avec elle que c'est l'accuser de toutes sortes de défauts de vouloir persuader qu'elle n'aime pas le Roi, son grand-père. Il mérite certainement l'estime et l'amitié de Votre Majesté et je crïs que le roi d'Espagne ne lui a pas laissé ignorer les qualités du nôtre. Mais, Madame, quelque puissants que vous soyez tous sur la terre, vous ne pouvez empêcher qu'il n'y ait des méchants qui veulent semer la discorde partout, comme Votre Majesté le dit. Il paraît par tout ce qui revient de votre Cour qu'elle est remplie des cabales; chacun écrit selon sa passion car il est difficile de démêler de si loin la vérité. Pour moi, je n'ai jamais douté que Votre Majesté n'aimât pas le Roi et qu'elle eût une grande aversion pour les Français. Elle est à moitié Française, elle a un mari Français qu'elle aime passionément. Ses intérêts son joints à ceux de la France. Elle a eu auprès d'elle une personne qui ne peut haïr sa nation et qui n'en a point éloigné votre Majesté. J'ai toujours regardé ces discours comme venant d'Espagnols mal intenionnés ou de Français injustes qï voudraient que vos Majestés les préférassent aux Espagnols, ce qui ne doit jamais être. Votre Majesté voit par la conduite du Roi combien il désire que vous vous fassiez aimer en Espagne et avec quelle facilité il rappelle les Français qui vous Font le moindre embarras.

«Quel remède pour empêcher l'effet de mauvais discours et les chagrins qu'ils donnent à vos Majestés? Je n'en vois point d'autre que leur confiance dans l'ambassadeur du Roi. Et comment les affaires se peuvent-elles conduire autrement? Cet ambassadeur est choisi par le Roi; il n'a nul intérêt en Espagne, il ne peut désirer que de satisfaire son maître et de réussir dans son emploi et il ne peut y réussir qu'en unissant vos Majestés de plus en plus avec le [Roi], ce qui ne doit pas être bien difficile, étant déjà unis par le sang et par la conformité d'intérêts. Je n'ai donc point d'autre conseil à donner à votre Majesté, puisqu'elle me fait l'honneur de me l'ordonner, que de se confier dans les personnages principaux que le Roi, son grand-père, lui envoie et d'agir avec eux d'un si grand concert qu'une cabale ni aucun discours ne le puisse troubler. Je suis assurée que le Roi ne compte que sur ce que lui mande son ambassadeur. Voudra-t-il mander de choses fausses qui ne peuvent qu'affliger et embarrasser? La mauvaise intelligence qui était entre MM[essieurs] d'Estrées et M[ada]<sup>me</sup> des Ursins a fait bien du mal qu'il faut réparer, mais je supplie votre Majesté de ne point croire qu'on veuille perdre M<sup>me</sup> des Ursins, ni qu'on l'accuse d'autre chose que d'avoir voulu gouverner tout seule et rendre les ambassadeurs du Roi inutiles. On n'a nulle aigreur contre elle, chaque jour le fera voir à Votre Majesté (...). Du reste, rien n'est plus louable que l'amitié que Votre Majesté conserve pour cette princesse et la justice qu'elle rend à sa conduite auprès d'elle, mais cette amitié doit avoir des bornes et ne pas troubler ni son repos ni son intelligence avec le Roi.

«Il est très vrai, Madame, que je ne me mêle de rien et que je ne puisse rien, mais il est vrai aussi que je m'intéresse vivement à tout, que je désire ardemment votre union, votre bonheur, votre affermissement en Espagne, votre réputation, que je suis prévenue d'une grande admiration pour vous, que je souhaite que votre Majesté ne démente jamais l'idée que nous avons d'elle, bien différente assurément des discours dont elle se plaint et qu'on ne compte point ici (...).»<sup>2429</sup>

*Madame de Maintenon a la reina de España.* S. l., n. f., 1711.

«Il est bien triste et bien humiliant de ne recevoir qu'une lettre de Votre Majesté! Il faut pourtant vous remercier d'avoir bien voulu suppléer à Mad[ame] la princesse des Ursins. En vérité, madame, vous devriez vous contenter d'être adorée en Espagne, sans vouloir encore nous charmer ici, nous qui le sommes déjà tant de mad. Votre soeur. Je n'avois jamais cru que ce fût la crainte de m'importuner qui empêchât des reines de m'écrire. Je ne mérite un tel commerce par aucun endroit. Je suis une pauvre vieille qui n'est plus bonne à rien, et qui partira bientôt. Mais jusqu'à ce moment-là, je ne céderai à qui que ce soit sur l'ardent attachement dû à Votre Majesté. Il est vrai que j'ai été ravie de vous voir donner la main à ce qui peut donner le repos à l'Espagne et à la France, et d'une manière toute pleine de confiance pour notre roi, que Votre Majesté aimeroit mille fois plus, si elle le connoissoit.»

<sup>2429</sup> Recogida en BOTS, H. y BOTS-ESTOURGIE, E. (eds.): *Lettres de Madame de Maintenon. Volume III (1698-1706)*. Paris, 2011, pp. 132-134; también en MILLOT, pp. 402-403.

**V. Memoria de la princesa de los Ursinos sobre la corte de Madrid (1705).** AA. EE., CPE., t. 150, fols. 119r.-123v.

«Le motif de ce mémoire est le besoin que j'ay d'une instruction sur laquelle ie puisse régler la conduite que ie dois tenir en Espagne. Il vous seroit plus facile, Monsieur, d'en dresser une sur les fautes que j'ay peu [sic] faire, qu'à moy de vous proposer les matières; mais vous souhaitez que ie vous dise mon sentiment avec liberté et ie ne scais pas vous refuser cette marque de confiance.

»Le *Despacho* ou cabinet du Roy d'Espagne sera le premier article que ie traiteray. L'advoüe qu'il ne me regarde pas directement, cependant, comme tous mes soins deviendroient inutiles si cette principal partie estoit défectueuse, ie prendray la liberté de vous dire la forme qu'on pouvoit luy donner pour faire cesser les cabales causées par la ialousie qui est inévitable entre tous ceux qui aspirent au gouvernement, et pour que toute la nation Espagnole soit persuadée qu'on ne pense à rien moins en France qu'à l'assuiettir à une domination arbitraire.

»Loing de reformer ceux qui composent aujourd'huy le cabinet du Roy Cath[olique], mon sentiment seroit d'y appeler non seulement tous les presidens, mais encore le doyen du Conseil d'État et le président du Conseil des Finances, celui-cy neantmoins avec quelque différence, pour ne les pas égaler aux autres.

»Le Comte de Monterrey, n'estant point président, resteroit dehors ; mais il faut luy faire représenter le Conseil de Guerre.

»La seule obiection qui meritte vostre attention, Monsieur, est le trop grand nombre de conseillers touiours [illegible, ¿présentes?] au secret et à l'expédition des affaires.

»Cette difficulté se lève en partageant les matières et en fixant neuf conseils toutes les semaines, dans lesquels ils n'entrerant de tous ces Messieurs que ceux qui croira plus propres aux affaires que s'y traiteront.

»Ayant examiné à fond cette idée avec le S[ieu]r Orry, ie l'ay prié d'en dresser un proiet qu'il a communiqué à M[onsieu]r Chamillard. Je n'ay rien à y adiouter, si ce n'est que le secrétaire qui sera choisi pour les affaires de Guerre et des Finances ne doit pas estre plus qualifié que les autres secrétaires. Ces gens estant plus promptez à exécuter aveuglement les ordres du Roy d'Espagne.

»Il nous a paru qu'on pouroit répartir toutes les affaires de la manière qui suit:

Affaires	Iours de Conseil	Noms de ceux qui y entreront
D'Etat	Le Dimanche matin	M[essieu]rs De Mansera, Aguilare (pour le Conseil destat), Montalto, Monterey, Veraguas.
De la Guerre	Lundi matin Vendredi matin	Aguilare, Montalto, Monterey, le Président de Castille

	Samedy après midy	
Finances	Mardy matin	Aguilar, Veraguas, P[résident] de Castille, celui qui représente le Conseil des Indes, si on le iuge à propos
Castille	Ieudy matin	
Des Indes	Samedy matin	
Italie et Aragon	Vendredy matin	Mansera, Montalto et Monterey
Ordres et Cruzada	Mercredy après midy	Mansera, Veraguas, Président de Castille

»Nous supposons dans cet aragement qu'il ne sera pas possible d'engager M[onsieu]r le C[ardin]<sup>al</sup> Portocarrero à représenter le Conseil d'Estat. Je ne scais néanmoins si on ne le gagneroit point en le faisant entrer dans tous les conseils comme l'ambassadeur de France et sur le pied de premier ministre. Je souhaiterois que cette distinction le peust toucher, on le chargeroit de faire exécuter toutes les résolutions qui se prendroient.

**»La Reine. Une des choses que m'importe le plus de scavoir, est le sentiment du Roy sur la connoissance que la Reine doit prendre ou ne prendre pas des affaires du gouvernement. Il seroit a souhaiter que le Roy d'Espagne se trouvast avec les dispositions convenants pour la dispenser de cet ambaras, qui est si peu de son goust. Mais les inconvenients d'abandonner le Roy d'Espagne à luy mesme, sont trop grands pour ne pas convenir qu'on doit désirer qu'il ait toious une parfaite confiance en la Reine, que la meritte et qui en toutes occasions luy sera d'un secours infiny.**<sup>2430</sup>

»*Gardes.* L'acharnement qu'on les Espagnols a empescher que le Roy maintienne les Gardes et qui achève ce corps suffit pour faire connoistre de quelle importance il est dachever cet ouvrage et de le maintenir par-dessus toutes les choses. Le *Mayordomo Mayor* est celui des grands qui a plus d'intérêt à sy opposer parce qu'il prétend que la personne du Roy luy est confiée et que les capitaines des gardes ne peuvent, sans faire tort à sa charge, prendre l'ordre de Sa M[ajesté]; c'est une difficulté qu'il faut régler, si elle ne l'est pas.

»*Etiquette.* Le Roy a paru dans certains temps souhaiter qu'on la destruisist et iy [sic] ay travaillé autant que i'ay peu. Il y a cependant des parties auxquelles il sera toious délicat de toucher. La principale à maintenir aujourd'huy est la distinction des entrées pour les Grands, mais celle à détruire en mesme temps est celle qui empesche que la garde nouvelle prenne les postes qui conviennent pour la seurete de la personne du Roy.

»*Gens suspects.* Il est assez difficile d'establir un jugement certain sur les différentes opinions données de la plus part des Grands. La passion et les cabales ont tant de part aux portraits qu'on

---

<sup>2430</sup> La negrita es nuestra.

en a fait, qu'au moins que ceux qui ont escrit n'ayent posé des faits certains, on ne scauroit, sans courir risque de se tromper, décider sur ces advis.

»Il y a une autre espèce de gens qui doivent estre regardez comme très suspects par l'intérêt qu'on scait qu'ils ont à empêcher l'arangement des affaires du Roy d'Espagne, par exemple le Marquis de Rivas continuera de soulever tous les gens qu'il pourra mettre dans son parti pour empêcher qu'on ne réussisse à quoy que ce soit, parce qu'il se flatte toujours qu'on sera obligé d'en revenir à luy. Don Gregorio de Mella est un autre homme concerté avec luy qui n'a iusqu'à présent agi que pour rendre inutile tous les ordres que le Roy a donné pour le fait de la Guerre.

»Les Espagnols qui escrivent en ce pays-cy ne sont guères moins dangereux. La croyance qu'on donne à leurs lettres entretient l'esprit de cabale en Espagne et i'oze dire qu'on se trompa si l'on croit que la vérité ou le zèle y ayent quelque part.

»*Le duc d'Albe*. Si i'ozois, ie représenterois au Roy que les Espagnols seroient ravis que Sa M[ajesté] parust en tenir avec luy en certaines confiances que luy donnassent la distinction et l'agrément qu'il semble qu'il doit avoir dans les conionctures présentes. Ils seroient charmez si, sur des affaires qui regardent l'Espagne, le Roy luy faisoit l'honneur de luy demander son advis. Cela les tireroit de l'opinion où ils sont qu'on les mesprise, ce qui est insupportable au génie de la nation qui ne se conduit et ne se réduit que par des marques extérieures de gracieuseté et d'estime.

»*La reine douairière*. Cette princesse me fera l'honneur apparament de s'adresser à moy dans les choses quelle pourra souhaitter du Roy d'Espagne. Je viens mesme d'en recevoir une longue lettre par laquelle elle me prie de supplier leurs M[ajestez] Cat[holiques] de luy rendre son secrétaire. Il faut, s'il vous plaist Monsieur, que vous m'intruisiez de la conduite que ie dois tenir à son esgard. Tant que i'ay esté en Espagne, ie n'ay rien appris d'elle qui peust augmenter la déffiance générale qu'on en doit avoir et peut estre qu'on aura découvert des choses depuis mon départ qui ne sont pas venus à ma connoissance. I'ay observé qu'elle ne ménageoit personne assez pour craindre qu'elle songeât à se faire un parti. Elle a des connoissances et peu de gens ont pour elle une certaine estime.

»*Le Mareschal de Tessé*. Le bon esprit qu'on luy connoist ne permet pas de douter u'il ne soit dans toutes les dispositions possibles pour vivre en union avec M[onsieur] Amelot et avec moy, cependant il est très à propos que le Roy ait la bonté de luy escrire dans des termes à luy faire connoistre combien cette union est nécessaire, puisque tous les désordres ou se trouvent les affaires d'Espagne n'ont quasi pas d'autre source que la désunion des françois.

»*Officiers généraux françois qui sont en Espagne*. Je ne puis vous laisser ignorer à quel point va la zizanie parmi les troupes. Ceux qui sont la cause de cette mésintelligence ne scauroient estre rappelés assez tost. Il ne m'appartient pas de faire cette recherche ainsy ie diray seulement que toutes ces cabales sont d'un préiudice infiny au service des deux Roys.

»*Fonds*. De tous les secours que la France peut donner à l'Espagne, le plus assuré seroit que le Roy voit bien dans la conioncture présente [ilegible ¿envoyer?; ¿fournir?] deux ou trois millions

au Roy son petit-fils pour donner le temps de remettre les choses dans le courant ou il les avoit establies, car comme on ne scauroit douter des difficultez qu'on trouvera jusqu'à ce qu'on ait redonné la forme nécessaire où languira dabord et cela donnera dautant plus davantage à ceux qui par leur mauvaise volonté soppoent à tout, au lieu qu'avec ce secours on agira touiours; par exemple on fera payer les gardes qui n'ont pas touché un sold depuis six mois, preuve évidente de l'envie qu'on a de les détruire, et ainsy du reste.

»*Armes, poudre, &c.* Il en est de mesme des armes à tirer, de la poudre et quelques autres secours que le S[ieu]r Orry demande.<sup>2431</sup>

»*Le Prince de Tserclas et autres officiers flamans.* Ces M[essieu]rs ont esté d'une utilité infinie car personne ne vouloit agir et chacune vouloit faire ses conditions avec le Roy. On eut recours à ces M[essieu]rs, on les fit venir de Flandres peu à peu, on les degouste et on fait tout ce qu'il faut pour les retenir, quand ils ny seront plus, les officiers Espagnols recommenceront à faire les difficiles. Les flamands sont suiets du Roy d'Espagne comme eux ainsy il me paroist iuste de les maintenir en Espagne et de leur y procurer les agrémens qu'ils doivent attendre de leurs services.

»Ce Mémoire, Monsieur, que j'ay commencé pour mon instruction particulière, contient plusieurs choses qui regardent bien davantage M[onsieu]r l'ambassadeur. J'ay veu en y travaillant que ie mescartois de mon obiet; mais cela ne m'a pas empesché de le continuer parce que mon esprit ne me fournissoit rien qui eust uniquement rapport à moy. Je ne scais si c'est l'opinion que j'ay que ie ne scaurois mieux faire que j'ay fait sur ce qui m'estoit confié qui rend mes veües si courtes et si stériles.»

---

<sup>2431</sup> Cfr. la «Mémoire sur l'État de l'Espagne» (1705) remitida por Orry a Torcy y recogida en HANOTIN, G.: *Jean Orry...* (Apéndice 1), en especial, pp. 207-215.